

MIR

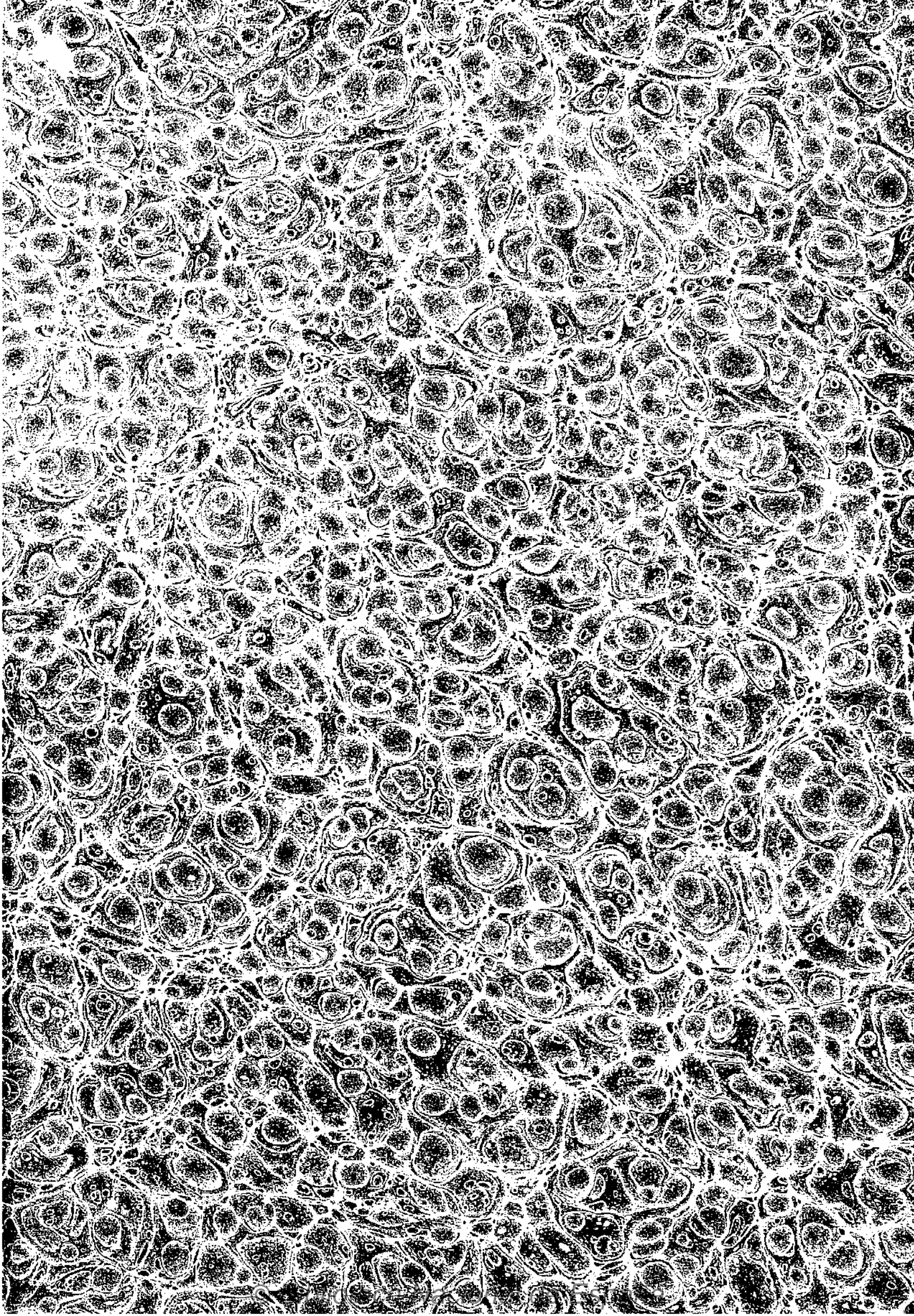
LA CREACIÓN





2





LA CREACIÓN

SEGÚN QUE SE CONTIENE EN EL

PRIMER CAPÍTULO DEL GÉNESIS

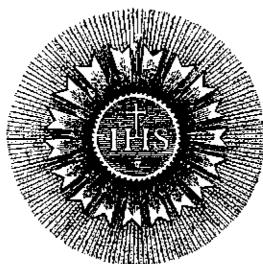
POR EL

P. JUAN MIR Y NOGUERA, S. J.

TERCERA EDICIÓN

CORREGIDA Y AUMENTADA

TOMO II



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

MADRID

LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO

SUCESOR DE OLAMENDI

Calle de la Paz, núm. 6.

1903

LA CREACIÓN

LA
CREACIÓN

SEGÚN QUE SE CONTIENE EN EL

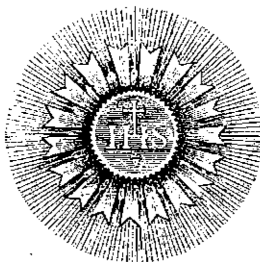
PRIMER CAPÍTULO DEL GÉNESIS

POR EL

P. JUAN MIR Y NOGUERA, S. J.

TERCERA EDICIÓN
CORREGIDA Y AUMENTADA

TOMO II



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

MADRID
LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO
SUCESOR DE OLAMENDI
Calle de la Paz, núm. 6.

1903

Madrid, 1903.—Imprenta de L. Aguado.—Pontejos, 8.

DIA QUINTO.

ERA CENOZOICA.



CAPITULO XXXI.

EL REINO ANIMAL.

«Dixit etiam Deus: Producant aquæ reptile animæ viventis, et volatile super terram sub firmamento cœli.»

(Vers. 20.)

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Era mesozoica.—Estado de la tierra antes del día quinto.—2. Tres cuestiones contenidas en las palabras de Moisés.—3. Primera: qué animales se mencionan.—División popular de los animales seguida por Moisés.—4. El *reptilia* del Génesis expresa lo mismo que el *cete grandia*, ó monstruos marinos mesozoicos.—Razón y autoridad.—5. ¿Por qué Moisés no expresó los peces en su enumeración zoológica?

1. Hasta aquí llega el período que al poner fin á los terrenos primarios abrió la puerta á los secundarios. Esta segunda edad, llamada mesozoica ó intermedia, se marca con el espectáculo de un nuevo orden de cosas, que corre hasta el remate de la tercera ó cenozoica. La vida animal crece poderosa, medra aquí con pujanza, constituyendo una categoría de seres especial y no vista. Ésta es una verdadera época; un día del Señor, el día quinto. El postrer período, el permo-carbonífero de la era paleozoica, ha servido para dar estabilidad á las condiciones requeridas por la era secundaria. Los astros ilustran ya con sus destellos los ámbitos de la creación, al paso que alegran con sus luces la superficie terrestre; el sol ha herido con la vehemencia de sus saetas, y derramado fecundidad en la extensión de los mares; el aire, templado el exceso de ácido carbónico, se ha hecho más respirable; el ambiente, por haber perdido aquel sofocante calor, es más suave que en la época vegetal; las plantas brindan con sazonado mantenimiento á la turba de nuevos vivientes; las aguas, granjeado particular sabor, se hicieron más idóneas para la vida; la naturaleza toda, en fin, ha llegado á tal punto de vitalidad, que bien puede hacer-

ostentación de sus fuerzas para sustentar cumplidamente un orden de organismos más aventajados.

2. En esta sazón dijo Dios: "Produzcan las aguas reptil de alma viviente, y volátil en la tierra debajo del firmamento del cielo„, y lo demás que añade el sagrado escritor, con que denota el concierto que Dios quiso se guardase en la fundación del nuevo reino. Tres son las principales controversias que se ofrecen en estos tres versículos: 1.ª ¿Qué seres se mencionan? 2.ª ¿Qué origen se les atribuye? 3.ª ¿Cómo responde Moisés á las conclusiones de la ciencia?

3. Antes que tratemos la primera cuestión, es muy de considerar que los hebreos repartían en cuatro clases todos los animales, en esta forma: cuadrúpedos, que llamaban en singular *behemá;* aves, *hhof;* reptiles, *remes;* peces, *dagh.* Cuán popular y recibida fuese esta distribución, puede verse en varios libros del Antiguo Testamento, Génesis [1], Levítico [2], Deuteronomio [3], Reyes [4], de cuyos lugares sacamos que se distribuía el reino animal por los judíos en peces, aves, reptiles y cuadrúpedos; clasificación muy acomodada á lo que los ojos ven en los ordinarios animales. Que fuese usada entre las naciones cultas, lo vemos en Marco Tulio, que en su libro *De Natura Deorum* dice: "De los animales, unos buscan el sustento andando, otros arrastrando, otros volando y otros nadando„. De los demás, de que nuestros zoólogos hacen tanta cuenta, ninguna hacían los antiguos; ora porque los viesen tan lerdos en sus movimientos, ora porque les pareciesen de boto sentido, los contaban entre las plantas y los desterraban del reino animal, como lo notó Santo Tomás [5]. No es, pues, de maravillar que Moisés no solemnice los zoófitos, moluscos, crustáceos, equinodermos, rizópodos, radiados, en quienes apenas parece la facultad sensitiva, y sólo tenga palabras para aquellos que por su magnitud pudieran acomodarse á los acuátiles, aves, reptiles, cuadrúpedos. Especialmente que los inferiores dichos, en su mayor parte se ocultaban al conocimiento de los hebreos; que si de algunos alcanzaron noticia, teníanlos en posesión de vegetales ó de seres inorgánicos. Tales eran también los microscópicos, los infusorios, los protózoos, parásitos y otros de menor cuantía.

Así, puédese afirmar que de moluscos, crustáceos y zoófitos, ninguna ó casi ninguna memoria se halla en las Escrituras, y ninguna ciertamente en el Hexámeron. "No es absurdo, dice el P. Pianciani, asegurar que calló Moisés los infinitos animalillos microscópicos que se hallan petrificados, pues deja en silencio los minerales, como escribe Santo Tomás. Y otro tanto podría decirse de los trilobites, cuya existencia era ignorada de los antiguos naturalistas, y solamente en nuestros días ha sido puesta en evidencia.„ Por donde, pues Moisés intentaba hacer conmemoración del reino animal en sus par-

[1] IX, 2.—[2] XI, 46.—[3] IV, 17.—[4] III, IV, 33.—[5] I p., q. CVI, a. 6.

tes más visibles, como quien con el pueblo hablaba, era razón que, dejadas reparticiones científicas, en cuatro clases resumiese toda la muchedumbre sensitiva, á saber: acuátiles y volátiles, que pertenecen al día quinto; mamíferos y reptiles, que son obra del día sexto.

4. Entrando en el punto principal de esta controversia, en primer lugar, dos suertes de animales se especifican en el vers. 20: *reptiles* y *aves*. La Vulgata, como luego se advierte, no hizo más que trasladar el ἑρπετά de los Setenta y escribir *reptilia*. Más significante sentido sugiere el original en la palabra (שֶׁרֶץ) *scheretz*, que suena *reptil* en general, y se dice de los acuátiles de mayor ó menor calidad; y particularmente hace significación de peces en común, esto es, de animales que se crían dentro del agua, ó junto á las corrientes marinas y fluviales. Cornelio Alápide llamó *reptiles* á los peces, por cuanto carecen de pies, y como que se deslicen y arrastren barriendo las aguas con el vientre; pero en la cuenta de peces mete los anfibios, que, aun teniendo patas, no las emplean para andar, sino para remar hendiendo las aguas; algunos autores modernos siguen ese parecer [1].

Quedará más específicamente declarado el valor del nombre *scheretz* (שֶׁרֶץ) si tenemos cuenta á su raíz el verbo *scharatz* (שָׁרַץ), que suena *bullir, pulular, rebosar, trasvertir,* como lo comprueban varios textos escriturales [2], donde los verbos expresivos de exuberancia se pintan con el vocablo *scharatz*. Así, *scheretz* no tanto exprime el tamaño como la calidad de los animales que se agitan y bullen inquietos. A los *scheretz* del Hexámeron dióles Gesenio significado de *reptilia, aquatilia minora*, y Winer también los rebajó á la condición de *bestiolæ quibus vel mare vel terra scatet* [3]; mas esa tan ceñida significación viene corta á la amplitud de la Escritura, que al moverse del cocodrilo le acomoda el verbo *scharatz* en el lugar citado. De manera que *scheretz* designa en rigor de propiedad animales enseñados á rozar con el suelo, ora arrastren del todo y zaleen sus cuerpos, ora los muevan pegados á la sobrehaz [4]. Los *scheretz* del día quinto gozaban de respiración pulmonar, pues ninguna razón hay para privarlos de ella, especialmente que el Levítico á los murciélagos califica de *scherets alados* [5].

Mas ¿por qué dió Moisés preferencia sobre el vocablo *dagh* (דָּג) que usa más adelante [6], y propiamente suena *pez,* al (שֶׁרֶץ) *scheretz,*

---

[1] Drioux, *La Sainte Bible*, t. I; *Gen.*, c. I.

[2] *Gen.*, VII, 17: Et *pullulent* in terra.—*Exod.*, VII, 28: Et *ebulliet* fluvius ranas.—*Levit.*, XI, 29: De his quæ *moventur* in terra, mustela, mus et crocodilus.—*Psalm.* CV, 30: *Edidit* terra eorum ranas.

[3] *Thesaurus*, pág. 1482.—*Lexicon manuale*, pág. 1028.

[4] Corluy, *Spicilegium*, 1884, t. I, pág. 201.

[5] *Levit.*, XI, 19, שֶׁרֶץ הָעוֹף.

[6] Vers. 26 y 28.

que es más vago é indeterminado? Hase de advertir lo primero, con qué estudio distinguió el sagrado autor el *scheretz* del *remes* (רֶמֶשׂ), dice literalmente *reptil* y se aplica á los terrestres, para expresar *animales de agua*, como insinuando sobre seguro que trataba de vivientes de mar ó de río, peces ó anfibios, y abrazarlos todos debajo de una denominación. Confirma esta conjetura el docto Calmet en su *Diccionario de la Biblia*, enseñando que los judíos apellidaban *reptiles* los peces de cualquiera forma y condición que fuesen. Donde parece ya cuán obscura y ambigua es la significación de *scheretz*, y cuán mal supone por los *peces*, que después son llamados por Moisés *degat hayam* (דְגַת הַיָּם), *peces del mar*. Con todo, se esclarecerá más el poder de esta palabra si damos luz al *tanninim* que le corresponde paralelamente en el vers. 21.

Porque, lo segundo, *tanninim* (הַתַּנִּינִם) es, según la versión de Wogue, *monstruos marinos;* para Gesenio *bellua* marina, *piscis ingens;* y lo propio suena el árabe *tennin* تنين, y el castellano *atún* ó *tonina*, y el italiano *tonno*, y el francés *thon*, y el inglés *tunny*, y el alemán *thunfisch*, y el latín *thunnus*, y el griego θύννος. Y aunque en la actualidad aplican dichas lenguas esta dicción para significar un pescado particular, largo como metro y medio, que frecuenta nuestro Mediterráneo y se tiene en grande estima; pero antes con la dicha voz se denominaba [1] el cocodrilo, bestia del río Nilo, y otra suerte de lagartos mayores. Y que en la misma Escritura la palabra *tannin* se diga tanto de los terrestres como de los marinos, lo tenemos claro en el Éxodo [2], Deuteronomio [3], Salmos [4], Jeremías [5], Isaías [6], Ezequiel [7], Job [8]: donde es muy de notar que en su propiedad expresa animal largo en forma de sierpe y de patas cortas, y por esta causa llámanle los intérpretes *dragón monstruoso* [9]. La versión de la Vulgata *cete grandia* no deroga, antes favorece á esta interpretación. Porque "por *cete grandia* no ha de entenderse una especie particular, sino toda la clase de peces de forma corpulenta y larga", dice el P. Pereira [10]. Cayetano apuntó que muy á propósito nombraba Moisés los *cete grandia* para atajar el error de los que sacaban las bestias mayores de la jurisdicción y poder de Dios, y que, viéndolas criadas por él, quitasen las dudas y entendiesen más claramente ser Dios autor de las menores [11].

El Leviatán del libro de Job [12] es dicho *cete* (κῆτος) por los Setenta,

---

[1] GESENIO, *Thesaurus*, t. III. —[2] VII, 10-12.—[3] XXXII, 33.
[4] LXXIV, 13.—XCI, 13.—CXLVIII, 7.—[5] LI, 34.
[6] XXVII, 1.—[7] XXIX, 3.—XXXI, 2.—[8] VII, 12.
[9] POOLE, *Comment. in Genes.*, cap. I.—PINEDA, *Comment. in Job*, capítulo XL, 20.
[10] *Comment. in Genes.*, l. I, Die quinta.
[11] *Comment. in Genes.*, cap. I.—[12] XL, 20.

con distar infinito de ser *ballena,* como quiso el P. Pineda [1]. Fr. Luis de León, en su Exposición del mismo libro, aunque le da renombre de dragón marino, y señaladamente ballena, añade que la pintura hecha en Job no conviene á las ballenas de que tenemos noticia, sino á otros monstruos grandísimos en fortaleza y fiereza [2]. Porque si su gran corpulencia y fortaleza incomparable le figuran con señales propias del ballenato; mas la armadura de sus dientes, que tanto encarece el Santo Job, sin ponernos á considerar otros particulares, convence que no puede ser ballena propiamente tal, por carecer éstas de dientes, tener flacas las mandíbulas y tan pequeños los intestinos, que sólo se incorporan moluscos, crustáceos y zoófitos [3]. Más justamente llena el título del *Leviatán* el lagarto enorme, el cocodrilo terrible; ni disuena su raíz *levah-thanin (draco copulans sibi),* monstruo acuático que vive en compañía de otros. No disimulemos otra razón en prueba de que el *cete* no es ballena, porque ésta, cosa sabida es, que atañe á los terrenos terciarios [4]. En resolución, *tanninim* significa bien *monstruos marinos,* ora sean peces, ora reptiles fluviales, ora anfibios de grandísima corpulencia, de espantable fuerza, de increíble ferocidad.

Sólo falta que declaremos cuán ajustadamente lo que suena *thannin,* eso mismo suena *scheretz.* No hay duda sino que los versículos 20, 21 y 22 son paralelos y se corresponden en todas sus partes. El 20 anuncia la ley, el 21 el cumplimiento de ella, el 22 el sello divino y la continuación de la obra por el transcurso de las edades. Pues el segundo hemistiquio de cada verso menciona claramente las aves; es luego natural colegir que el primero signifique los reptiles que son llamados *cete grandia, tanninim,* monstruos marinos. ¿Qué son los *cetáceos enormes* sino verdaderos mamíferos, de sangre caliente, de respiración pulmonar, dignos de ser puestos al lado de los hipopótamos y elefantes? Porque el criarse solamente en el agua y ser por su talle exterior semejantes á los peces, y el clasificarlos entre ellos Linneo, no empece que digamos no ser verdaderos peces, que ya Aristóteles los consideró clase aparte, pues basta ponerse á mirar la estructura de su organización para juzgarlos mamíferos pisciformes, como lo son los marsuinos y delfines; de cuya casta los hay de tan desmesurada grandeza, que nuestros mayores elefantes son pigmeos en su comparación. No es, pues, cierto que los *tanninim,* los *cete grandia,* los *scheretz* de la Biblia representen la rama de *peces* cualesquiera, sino una suerte de bestias de extraña grandeza y de monstruosa figura, que se criaban en el mar ó en los esteros, ó en las riberas y playas mesozoicas.

---

[1] *Comment. in Job,* cap. XL, vers. 20, quæst. IV.—[2] Cap. XLI.

[3] MILNE-EDWARDS, *Zoolog., Mammif.*

[4] POCHARD, *Hist. sacra.*—GLAIRE, *Les livres saints vengés,* t. II, chap. XI.

Tampoco es nuestro ánimo inferir que forzosamente los cetáceos deban ser comprendidos en estas denominaciones; pero al menos concluímos que en el quinto día no alcanzaron vida los peces en común, pues ya de ella gozaban tiempo hacía, sino los grandes monstruos, los anfibios disformes, los corpulentos batracios, los lagartos desmesurados, los feísimos pterosauros, los descomunales quelonios; por eso el quiroterio gigantesco, el hiperodapedonte, el rincosauro, el proterosauro, el dinosauro, el terodonte, el anomodonte, el brontosauro, el megalosauro, el iguanodonte, el notosauro, el plesiorauro, el ictiosauro, el cetiosauro, y otros sin cuento, en especial de las clases de las tortugas, pertenecen á la segunda era geológica, como lo pregonan á voces los estratos en que se hallan enterrados sus esqueletos, muchos de los cuales miden dimensiones excesivas y ostentan formas en un todo parecidas á verdaderos cetáceos, tales y tan raras, que á un mismo tiempo semejan aves, peces y reptiles.

Lo tercero, es firme testimonio para comprobar esta interpretación la autoridad del doctor Pozzy. "Guardémonos, dice, de confundir los reptiles del vers. 20 con los peces propiamente tales, como vemos que muchísimas traducciones los confunden y truecan. Tienen los hebreos un vocablo propio para denotar los peces, que es muy diferente del usado en este lugar"[1]. Si el abate Hamard, no menos competente que M. Pozzy, parece inclinarse á que los peces se contienen expresados en el vers. 20, como lo dice en una nota con que apostilló la obra del doctor Molloy[2]; no será difícil componer ambos escritores con sólo notar que el abate Hamard abarca con el nombre de *peces* los animales acuáticos, reptiles y anfibios, que ni son terrestres ni peces en todo rigor: declaración, que aleja las dudas y confirma todo el discurso antecedente[3].

5. Ni puede ser dificultad contra lo dicho la clasificación de Moisés. No es ella científica ni ajustada á sistema ninguno de zoología; ni era razón que lo fuese, porque el blanco del sabio legislador se cifraba en comprender todos los animales en sus más nobles categorías, anunciando que toda la muchedumbre del reino animal tenía á Dios por Hacedor; y así, en la obra del día quinto señaló los acuáticos y volátiles, y en el sexto los terrestres. Es muy para reparar que en este quinto día menciona los menos perfectos de entre los más nobles del reino. Esto teníalo ya notado el abad Ruperto; exponiendo la palabra *reptile animæ viventis,* dice que se significa aquí la vida imperfecta. Santo Tomás juzgó también que "por cuanto los acuáticos tienen vida más imperfecta que los terrestres, son llamados *reptile animæ viventis;* pero los otros, *animam viventem*"[4]. Por consiguien-

---

[1] *La terre et le récit biblique de la Création,* 1874.

[2] *La Géol. et la révél.,* p. 395.

[3] *Revue des questions scientifiques*, 1877, p. 82.—[4] I p., q. LXXII.

te, enseñan estos doctos intérpretes que los acuáticos fueron antes que las aves, porque Dios, en el producir los animales, procedió de lo imperfecto á lo perfecto [1].

Por esta causa, Moisés no celebra la creación de los peces en particular, como tampoco menciona los insectos, gusanos, sabandijas y otras alimañas de baja esfera; pero el no nombrarlos no es excluirlos, antes puede ser suponerlos como los supone criados el vers. 28, cuando dice que el hombre los tendría sujetos á su jurisdicción. Y es muy cierto en geología, como luego diremos, que los peces fueron los primeros animales que parecieron en los mares paleozoicos ya en el tercer día; pero en el quinto se festejan las especies más vecinas al estado de perfección. Notemos aquí esta singular conveniencia. Cuando amanezca el día sexto, y el hombre empuñe el cetro de su soberanía, entonces Moisés nombrará por primera vez los peces con su vocablo propio, porque los monstruosos *saurios* y los disformes *tanninim* habrán desaparecido de la tierra y de las aguas: fenecida esta fauna gigantesca de la era secundaria, reinarán holgadamente los peces (דָּג), sujetos al servicio del hombre. ¡Maravilloso concierto entre la Biblia y la ciencia! Si, pues, Moisés no recibió inspiración para narrar la formación de los peces, y sólo sí para insinuarlos formados, en lo que calló cierto es que no erró, sino que usó de incomparable cautela, digna de toda ponderación. Porque ¿qué historiador que emprendiera la relación de los reinos naturales habría pasado en silencio los peces allí donde parecían tener su lugar, y se contentara con aludir á ellos más adelante, sin decir cuándo ni cómo vinieron al mundo? ¡Prudencia soberana, que en lo humano carece de explicación! Un paleontólogo de nuestra edad, bien informado de la fauna fósil, no habría usado otro lenguaje que el que Moisés usó. Poco va, luego, en que algunos moluscos, zoófitos y peces hayan nacido y aun florecido por su copiosidad antes del día quinto y de la época secundaria. Basta que los monstruos marinos apareciesen por primera vez en este período, para que alcemos la voz enalteciendo el triunfo de la verdad bíblica.

ARTÍCULO II.

1. Segunda cuestión: ¿Qué origen atribuye Moisés á los animales?—2. ¿En qué sentido puede darse al agua el origen de los animales, como enseñaron los doctores Escolásticos?—3. Sobre el origen de las aves discurrieron éstos variamente.—Sentencia razonable.—4. Número de animales criados por Dios.—5. ¿Qué significa el *bará* de este día?—6. La bendición de Dios trajo dos bienes al reino animal.

1. Si ponemos ahora la consideración en la obra de Dios que en la hechura de estos seres resplandece, que es la segunda cosa que pro-

[1] I p., q. LXXI.

pusimos, hallaremos que en el vers. 20 intima Dios el mandamiento y promulga la ley, en el 21 testifica la ejecución de ella, en el 22 comunica, juntamente con la bendición, la facultad y orden de propagarse las especies, y, finalmente, en el 23 se resume el principio y término de la obra del quinto día. Mas ¿qué ley es la que se intima en el vers. 20: *Dixit autem Deus: producant aquæ reptile animæ viventis, et volatile volet super terram sub firmamento cœli?* Los Escolásticos, que solían consultar la Vulgata para dar salida á sus controversias de escuela, aunque á veces hacían también recurso al texto original ó á los Setenta, fija la atención en el *producant aquæ,* movían cuestión acerca de la materia de que fueron hechos los peces y las aves. "Dice Moisés que fueron producidos los peces por las aguas, porque en ellos prepondera el agua, no cuanto á la gravedad, sí cuanto á la humedad y frialdad, y por razón del temperamento que es todo ácueo... Los primeros peces fueron producidos inmediatamente por Dios de la sola materia del agua, añadidas las formas y cualidades de los demás elementos." Todo esto dice el P. Pereira [1].

2. Mas ¿qué es lo que dice el original hebreo, siguiendo el rigor de la letra? "Pululen las aguas con muchedumbre animada viviente; y vuelen aves por la tierra á lo ancho de los cielos." Así vierte este versículo 20 L. Wogue en su Pentateuco, aprobado y recomendado por los rabinos. Y es así que el verbo (יִשְׁרְצוּ) *ischretzu,* del verbo (שָׁרַץ) *scharatz,* vale tanto como resbalen, deslicen, arrástrense: ni lo contradice Genesio, pues añade que á veces la tierra ó el mar se dice que son arrastrados y rozados por reptiles, cuando éstos hormiguean, abundan y se multiplican copiosamente; y confirma su dicho con los lugares del Éxodo [2] y del Salmo [3], y aun del mismo Génesis [4]; y más donde vierte la Vulgata *produxerant aquæ* [5] entiende el verbo הָרֹמֶשֶׂת así: "*Bestiæ quibus scatent aquæ*", que es estar cuajadas las aguas de redundancia de reptiles. No de otra manera leyó este verso el docto Pagnini, pues le vierte así: "*Replificent aquæ reptile animæ viventis, et volatile volet super terram, super facies expansionis cœlorum*". La paráfrasis caldea trasladó también: "*Movere faciant aquæ reptile animæ viventis, et avis volitet super terram juxta faciem expansi cœlorum*". Alápide tradujo: "*Ebulliant et scaturiant in magna copia*", denotando la asombrosa propagación que en aquel hervidero de las aguas se efectuaba, y al mismo tiempo la incomparable abundancia de animales que se producían.

Pues luego, en vez de sostener que en la voz de la Vulgata, *Producant aquæ,* son aclamadas las aguas por fabricadoras de estos seres [6], debemos entender que únicamente se recomienda la estancia y el pa-

---

[1] *Comment. in Genes.*, l. I, die V.—[2] VII, 28.
[3] CV, 30.—[4] VIII, 17; IX, 7.—[5] Vers. 21.
[6] HAMARD, *Géol. et révél.*, Dr. Molloy, p. 395.

raje donde salieron á luz. La razón es porque más adelante, en el capítulo II, 19, se dice que Dios plasmó los animales terrestres y aéreos, no de agua, sino *de tierra* [1] expresamente. Lo cual no quita que digamos con el P. Pianciani: "Es de creer que estos seres fueron hechos de materia que ocupase estos elementos, los acuátiles de agua y de materias contenidas en el agua, ó en el limo y tierra sumida en el fondo; y los terrestres del día sexto de tierra vulgar en que siempre andan mezcladas substancias heterogéneas y compuestas„ [2].

Es aquí digno de consideración el oficio principal que da Moisés á las aguas en todo este capítulo, cual si de ellas dependiese toda la población y constitución del universo. No es tan corta la virtud del agua que sea incapaz de ser sublimada á tanta honra y ennoblecida sobre los demás elementos. En el día de hoy, en que pasa ya por axioma no haber célula que no provenga de otra célula, pesada y examinada la composición química de un globo celular, resulta que el elemento principal es el agua; la cual "entra por cuatro quintas partes, y forma una de las condiciones de vitalidad del glóbulo„: así lo dice Matías Duval [3]. Por eso es inestimable maravilla que á la vida ponga la Escritura en el agua su principio; los primeros vivientes que del reino animal nos presenta, en el agua los nombra producidos; y la paleontología, no tan sólo los primeros animales, mas también los primeros vegetales dentro de los mares nos los demuestra formados.

3. Sobre el origen de las aves reina gran disensión. Porque muchos son los Padres y Doctores que dan igual nacimiento á las aves que á los acuátiles, haciéndolas brotar de las aguas. Los Santos Basilio, Ambrosio, Crisóstomo, Jerónimo las quieren procedentes del mar. San Agustín enseña que las aves salieron del agua, al estilo de los acuátiles [4], y que se formaron de los vapores más tenues y suspensos en el aire húmedo. Lo mismo sintieron Ruperto [5], Santo Tomás [6], Suárez [7] y toda la escolta de Escolásticos comúnmente; pero es notable la sentencia de Eugubino, que juzgó haber las aves tenido su primer origen del agua elemental, de la que piensa se engendró el aire primitivo [8].

Esto no obstante, ya el cardenal Cayetano, Caterino y unos pocos más, como arriba se indicó, sustentaron la contraria, opinando que una fué la materia de que se fabricaron las aves, y otra la de los pe-

---

[1] Formatis igitur Dominus Deus de humo cunctis animantibus terræ et universis volatilibus cœli.

[2] *Cosmog.*, § LXIV.—[3] *Cours de Physiol.*, I, p. II.

[4] *De Genes. ad litter.*, l. III, cap. III.—[5] *De Trinit.*, l. I, cap. I.

[6] I p., q. LXXI, a. I.—[7] *De op. sex dier.*, l. II, die V.

[8] PETAVIO, *De opif. sex dier.*, l. I, cap. XV.—PEREIRA, *Comment. in Genes.*, l. I, opus V diei.

ces. Puesto caso que la Vulgata y los Setenta leyeron, "produzcan las aguas reptiles y volátiles sobre la tierra„, y Onquelos añadió, "volátiles que vuelan„; mas ni del original ni de las versiones siríaca y samaritana se saca semejante sentido, sino éste: "y volátil vuele en la tierra„. Más: ni aun la Vulgata nos necesita al sentido de los Escolásticos, porque el hemistiquio *et volatile super terram sub firmamento cœli* puede bien parafrasearse sobreentendiendo el verbo *sea producido,* ó como se toma en el verso siguiente: Crió Dios *cete grandia... et omne volatile secundum genus suum.* Así discurría el P. Fr. Domingo Báñez [1], no sin harto fundamento; antes ninguno hay para la contraria interpretación si no es lo material de las voces de la Vulgata, que no dan tanta luz como las del texto original; lo cual reparando el P. Pianciani, dijo con donaire: "No parece conforme á razón hacer oriúndas del agua las aves, que nada con ella tienen que ver, y hacerlas salir y volar por los aires con las plumas mojadas„ [2]. Esta es la sentencia más acreditada y justa.

No será ocioso repetir lo que tantas veces hemos dicho de la doctrina de San Agustín. En la producción de las aves y de los peces se aparta del camino trillado de los Padres griegos y latinos, porque éstos presuponen ambas suertes de animales criados en el acto, y el doctor de Hipona los concebía producidos en potencia y virtud. "No, dice Santo Tomás explicando á San Agustín que el agua ó la tierra poseyese virtud para engendrar estos animales, como soñó Avicena, sino que fué virtud dada á los elementos en la primera creación„ [3]. De este sentimiento tratando el P. Gregorio de Valencia, por más que le extrañe, habla con mucha loa, creyéndole por admisible, "ya que el tiempo, añade, tenía que ir desenvolviendo el orden de individuos potencialmente producidos„ [4].

4. Ahora, si Dios crió pocas parejas de animales, para que procreasen y se multiplicasen en las zonas donde hoy la diligente industria de los hombres los desentierra, ó si produjo por junto muchedumbre y manadas de ellas, ni hay por qué negarlo ni hay bastante razón para afirmarlo, pues que la Biblia calla y la paleontología no acierta á decidir. San Agustín parece sintió que cada especie fué enriquecida con muchas parejas. "¿Acaso, dice, de un caballo hizo Dios todos los caballos? ¿Por ventura no produjo la tierra á una muchos individuos? Y con múltiples fetos ¿no pobló muchos lugares?„ [5]

5. Finalmente, merece toda nuestra atención la augusta palabra *bará,* que usa el sagrado escritor en este verso 20 por primera vez después del principio [6]. Parécele al P. Pianciani que "es para signifi-

---

[1] In I p., q. LXXI.—[2] *Cosmog.*, § LXIV.—[3] I p., q. LXXI.

[4] *De op. sex dier.*, disp. V, q. III, p. V.—[5] Sermo 268.

[6] CORLUY: Advertamus præterea usurpari hic primum post v. 2 verbum בָּרָא; est enim productio principii vitæ animalis actio quædam creativa, ut vi-

car que el potentísimo Hacedor, en la fábrica de los animales, no contento con fraguar los cuerpos de materia criada, organizándola como hizo con las plantas, sobreañadió alguna cosa que no existía, conviene á saber, un principio distinto de la materia, el alma sensitiva criada inmediatamente por el divino poder„. Así pensaba este docto varón, aunque no se le ocultaba que podía Moisés llevar el intento de apartar á los suyos del peligro de venerar por dioses los animales, y que para excusarles la ocasión de errar atribuyó al sumo Dios su hechura [1]. Según esto, el *bará* no nos es aquí razón bastante para tener por verdadera creación la obra del quinto día cuanto á la parte material de los organismos; porque así como de los monstruos marinos dice el hebreo que fueron criados en el agua, de las aves dice que lo fueron en el aire; y tanto el agua como el aire meramente representan el lugar donde vivían los seres producidos. Así lo entiende el P. Patrizzi, añadiendo, conteste con el P. Pianciani, que quien considerare que las almas de los brutos son inmateriales y que debieron salir de la nada, tendrá motivo suficiente para justificar la dignidad del verbo *bará* [2]. Parecida sentencia seguía Suárez, apellidándola cierta y común [3], por más que admitiese como corriente la formación del reino animal en el espacio de dos días solares con todo su colmo de especies é individuos.

Parecida, dije, fué la sentencia de Suárez á la de Pianciani y Patrizzi, mas no del todo conforme. Porque cuando Suárez admitía que los animales fueron producidos inmediatamente por el Autor de la naturaleza, no era su ánimo otorgar, como los sobredichos sabios otorgan, que fuesen producidas de nada sus almas por vía de rigurosa creación, antes declaró que lo fueron de materia preyacente por otro jaez de producción propio del Hacedor Supremo [4]. Así sal-

---

detur, vel certe Deo soli propria. *Spicilegium*, 1884, pág. 202.—MONS. MEIGNAN: Remarquons que l'auteur inspiré se sert ici du mot *bara, creavit, créa*, terme omis dans le récit de la production des plantes. Les auteurs en ont donné deux raisons assez plausibles: 1.º Dieu voulut destinguer les animaux des plantes. Les animaux ne sont pas uniquement formés de la matière constitutive des corps organisés inférieurs; ils possèdent un principe de plus, ce qu'on est convenu d'appeler *âme des bêtes;* et Dieu dut tirer du néant ce principe animal invisible et intangible, que ne pouvait procurer la matière. 2.º Le législateur des hébreux ne négligeait aucun moyen d'éloigner son peuple de l'idolatrie des peuples voisins... En partant de la création et de l'origine des animaux, Moïse voulut sans doute déclarer d'une manière plus claire et plus formelle qu'ils étaient tous l'œuvre de Dieu et positivement creés par lui. *Le monde et l'homme primitif selon la Bible*, 1879, pág. 78.

[1] *Cosmog.*, § LXII.—[2] *De Interp. Scrip.*, l. II, q. I, a. IV.

[3] *De op. sex dier.*, l. II, cap. X.

[4] Ergo necessarium fuit, prima individua horum animalium immediate ab auctore naturæ fieri.—Quamvis productio istorum animalium, interdum creatio

vaba Suárez con más tino el valor del vocablo *bará*, tomándole en sentido lato. Ahora, en qué consistió ese modo de producción, que no era creación de nada con toda propiedad, no es de este lugar exponerlo, pues basta saber que ni podía ser generación natural, ni producción por medio de fuerzas astrales. Con todo, no perdamos de vista una verdad llana, y es que el alma de los brutos, por no ser inmaterial, ni totalmente simple, ni forma subsistente, no demanda comenzar á ser por creación, bastándole la educción dependientemente de la materia, como lo explica el P. Urráburu con su acostumbrada solidez [1]. De manera que, si queremos aquí pasar de corrida por la índole de los brutos, sólo el fundar Dios un orden de seres nuevo y tan aventajado, el organizarle de materia criada, el comunicarle vida sensitiva con facultad de procrear, viene á ser una cierta manera de *creación*, una obra excelentísima superior á fuerzas naturales, y como tal entra en la jurisdicción del supremo dominio de Dios.

6. Ciérrase la obra del día quinto con la solemne bendición del Señor, que no se repite en el sexto, porque recayendo sobre todo el reino en común, comprendía cada uno de los órdenes que en adelante vinieran á luz. "La bendición de Dios, dice Santo Tomás, comunica virtud de multiplicar por vía de generación. Y por eso la que se da á las aves y á los peces que primeramente ocurren, no fué menester que se repitiese, sino que se sobreentiende en los animales terrestres„ [2]. Para todos los que se habían de engendrar en el transcurso de las edades basta y tiene cumplida eficacia esta primera bendición, como prenda de la divina largueza. En ella se contiene el imperio del Supremo Legislador que manda despertar y avivarse en todos los animales el instinto de la conservación y la facultad de perpetuarse según sus especies; que por eso dice Santo Tomás: "Los individuos que ahora nacen preexistieron en aquellos seis días, no tanto respecto de la materia de sus cuerpos como respecto de las causas, en los primeros individuos de sus especies„ [3].

Dos consecuencias se derivan de este augusto beneficio. Primeramente, pues Dios bendijo y mandó á los animales que se propagasen, dotólos de aquellas propiedades que eran necesarias al efecto de la generación y producción de entrambos sexos. Porque al sacar á luz vivientes, mortales y corruptibles los formaba; mas sin el mutuo

---

dicatur, nihilominus non fuit ex nihilo, sed ex præjacente materia, modo tamen proprio auctoris naturæ. Hæc assertio est certa et communis.—Et ob eam rem creatio appellatur lato modo, ut et ab ordinaria generatione distinguatur, et ut denotetur fuisse quemdam modum productionis auctoris naturæ proprium. *De opere sex. dierum*, lib. II, cap. X, núm. 2, 3, 4.

[1] *Psychologia*, lib. I, disp. IV, cap. III, art. II.

[2] I p., q. LXXII, a. 4.—[3] I p., q. LXXIII, a. 3.

concurso de los dos sexos, ¿cómo hubiera durado la especie? ¿Cómo se hubieran multiplicado los individuos en la tierra y poblado los senos del mar? En el orden actual de cosas un solo sexo es infecundo; convenía, pues, al fin del Criador la formación de los dos [1]. Es firme apoyo de esta verdad la máxima de Santo Tomás: "Hizo mención de género y especie para denotar la generación de los vivientes que nacen de sus semejantes„ [2].

La segunda consecuencia que de esta bendición se saca es, que de tal manera concedió el Señor á los animales instinto para conservarse y virtud para procrear, que también con su soberano beneplácito los colmó de felicidad, haciéndolos capaces de sentir su manera de contentamiento y deleite, y de participar una cierta bienhadada vida. Por este motivo, aunque mandó á las plantas crecer, medrar y multiplicar, no les otorgó el privilegio de su franca bendición. Ingeniosa es la razón que alega Santo Tomás: "Las plantas, dice, carecen de todo afecto de propagar prole, y engendran sin sentido alguno; por eso fueron juzgadas por indignas de las palabras de bendición„ [3]. Pero á los brutos conveníales el divino precepto y el precioso favor de su benevolencia, porque, ya que no conozcan á Dios, ni obren por lumbre de razón, ni sean capaces de agradecerle tanto regalo, siquiera sienten las leyes de su potencia apetitiva impuestas por la divina Providencia, pues sienten los estímulos internos del hambre y sed, el aguijón de los movimientos instintivos, la fuerza de las inclinaciones y apetitos, en orden á llevar á ejecución el mandamiento del Criador.

ARTÍCULO III.

1. Tercera cuestión: cómo en este día la ciencia y la Biblia se dan la mano.—2. Testimonios de sabios modernos en prueba de esta concordancia.—3. Pareceres de los Escolásticos.—4. Resuélvense algunas dudas sobre la duración de esta época y la vida de animales antes del día quinto.

1. Resta, por último, declarar cómo la Sagrada Escritura, tan lejos está de tener en esta obra palabra que repugne totalmente, que antes cuadra y contesta con las conclusiones de aquella ciencia que merece nombre de tal. Los geólogos á una certifican que los animales más sencillos amanecen alojados en los terrenos paleozoicos; que desde los azoicos hasta el cretáceo son todos marinos, acuátiles ó anfibios; que el orden de los trilobites se extiende y corre por el cámbrico, silúrico y devónico; que los más ínfimos vertebrados ó peces más rudos son los del silúrico superior; que consecutivamente vienen los anfibios, saurios, dinosaurios, reptiles á llenar todo el perío-

[1] PIANCIANI, *Cosmog.*, § LXIV.—[2] I p., q. LXXII, a. 3.—[3] *Ibid.*

do de la era secundaria; y que, en fin, las aves cierran el tiempo mesozoico con gran cantidad de especies.

2. Así lo depone el testimonio de los más egregios autores por boca del geólogo Lapparent [1]. Confírmalo la autoridad de Barrande, citado por Augusto Nicolás. "Tocante á las aves, dice, muchas de ellas se criaron en épocas antiquísimas, á causa de tener que vivir de pescados, moluscos y alimentos marinos; con todo, los restos más viejos que conocemos no ascienden más allá de la época triásica [2]. Otras palabras cita el abate Moigno de este ilustre descubridor de la fauna silúrica, que son éstas: "El hecho de la existencia de los animales marinos antes de los terrestres, resulta, sin linaje de duda, de las observaciones geológicas recientes. Largamente lo expuso M. Bronn de Heidelberg en un tratado premiado en 1850 por la Academia de Ciencias de Francia. El animal más antiguo que sabemos respiró sobre la tierra, el *telérpeton elginense*, apenas alcanza á la parte superior del sistema devónico, y es cierto que antes de ese tiempo habían florecido cinco grandes faunas marinas, distintas y variadas, cosa fácil de comprobar en toda la sobrehaz de la tierra. Estas cinco faunas sucesivas de tipos marinos, cada vez más perfectos, que precedieron á los destinados á vivir en la tierra, demuestran un plan ordenadísimo, y un dilatado espacio de tiempo transcurrido en su ejecución. Así que la vida animal en los mares es antecedente á la terrestre. Además, el orden seguido por Moisés en su clasificación de animales marinos desde los reptiles, conviene á saber, moluscos y saurios, hasta los peces y grandes cetáceos, corresponde justa y tasadamente al orden observado en las capas geológicas„ [3].

No es menos elocuente la voz del claro escritor Hugo Miller. "La segunda edad, dice, tuvo, como la primera, sus hierbas y plantas menos corpulentas y lozanas que la época anterior; mas no constituían el distintivo principal de la creación secundaria. Poseyó ésta sus corales, crustáceos, moluscos, peces, y aun, en escaso número, sus diminutos mamíferos. Empero los seres que la califican y diferencian de las creaciones anteriores y posteriores son los grandes reptiles, los monstruos marinos, las aves gigantescas, cuyas huellas vemos impresas en las rocas. Este fué en particular el reinado de los animales ovíparos, con alas ó sin ellas. Prodigiosas bestias, parecidas á nuestras ballenas, sin dejar de ser reptiles, ictiosauros, plesiosauros, cetiosauros, debieron de rebullirse en el fondo de las aguas; lagartos y cocodrilos, tales como el telosauro, el megalosauro, el iguanodonte, en talla y magnitud mayores que nuestros elefantes, hubieron de poblar, á millaradas, las riberas y playas mesozoicas. Consta hoy en día que la huella de los pies de ciertas aves de aquel

[1] *Traité de Géologie*, 1883, p. 1260.—[2] *Les Études philos.*, t. I.
[3] *Les splend. de la foi*, l. II, chap. III.

tiempo es doblado ancha que la del caballo ó camello actual. Es, pues, manifiesto que el segundo período de los geólogos fué especialmente período de enormes reptiles marinos y terrestres, y de aves de grande corpulencia„ [1].

Añadamos el testimonio del evolucionista Huxley. "Hubo, dice, en tiempos remotos aves que más proporción y semejanza tenían con los reptiles que las de nuestros días, y reptiles que más semblante tenían de aves que los del mundo actual„. Y después añade: "La observación demuestra esta interesante verdad, á saber, que en asomando la era mesozoica se criaron bípedos con patas de ave que andaban en figura derecha, y eran probablemente reptiles y aves al par„ [2]. Ya el infatigable Cuvier había descubierto claros indicios de esta conformidad. "Los primeros cuadrúpedos, dice, que en las más antiguas capas he visto, son reptiles de la familia de los lagartos...; muchos de ellos parece que vivieron en agua dulce... Después vienen las grandes tortugas...; más arriba el ictiosauro, el plesiosauro, el megalosauro, lagartos monstruosos por la figura y grandeza; entre estos cuadrúpedos ovíparos sobresalían los reptiles„ [3].

Estos testimonios confirman cuán perfecta consonancia guarda el texto sagrado con los secretos de la ciencia paleontológica. Claramente abona esta verdad el geólogo Vilanova. "La paleontología nos demuestra, dice, que la vida animal empezó en el globo por seres esencialmente marinos; y aunque Moisés no expresa en el versículo 20 los zoófitos, los moluscos y los crustáceos, que fueron con los peces los primeros seres que vivieron, deben comprenderse indudablemente bajo la denominación de animales que nadan en las aguas. También está demostrado que los reptiles aparecieron después, y que muchos de ellos, como los pterodáctilos, estaban organizados para volar; luego se presentaron las aves, y finalmente los mamíferos y el hombre, últimos seres de la creación, como tan admirablemente dice Moisés„ [4]. No nos cansaríamos de acumular autoridades, si no sobrasen las dichas, en confirmación del estrecho parentesco que reina entre el orden de animales expresado por Moisés y la disposición de los descubrimientos alcanzados en estos últimos tiempos.

Si objetare alguno que fué menester larguísima pieza de años para la producción de estos seres, no seremos nosotros los que pongamos coto á la obra dentro de razonables términos. Cuando Darwin, estribando en los *Principios de Geología* de Carlos Lyell, como queda atrás apuntado [5], tuvo por cortos 300 millones de años para rodear y dar cabo á la época secundaria, con que echar las bases del reino ani-

[1] *Testimony of the Rocks*, p. 126.
[2] *Revue des cours scientifiques*, année V, p. 765.
[3] *Disc. sur les révol. du globe.*—[4] *Comp. de Geol.*, 1872, p. 582.
[5] Cap. XXV.

mal, á todos es notorio con qué valentía Ramsay y Huxley daban zumba y cantaleta á la exorbitancia de los geólogos, y con cuánta verdad el experto William Thomson probó, ya por medio de la observación de las temperaturas subterráneas, ya por la forma de la tierra, ya por las condiciones del reino vegetal, que la edad mayor á que puede aspirar la vida del reino animal en el globo no pasa más allá de unas pocas decenas de millones de años [1], que son los que bastan para explicar el origen del reino animal en el mundo y la obra entera del día quinto.

3. Que esta manera de pensar de los modernos acerca de los largos siglos que se embeben en los días mosaicos no van tan fuera de camino, por evidente razón nos lo ponen á la vista los mismos Escolásticos, tan atenidos á la servidumbre de los días solares. Porque de los animales híbridos concede Ruperto que, pues se engendran por individuos de diversas especies, no fueron criados en el día quinto [2]. Pereira tampoco escrupuliza en que los animalejos sin cuento que nacen por generación espontánea (entendida según la doctrina de aquellos tiempos), no vinieran en el quinto ni el sexto día, sino más adelante; porque en el quinto y sexto solamente fueron engendrados *causaliter* y *potentialiter:* y ocurriendo á una objeción, responde: "No ha de ser llamado perfecto el mundo porque estuviese enriquecido de todas las especies posibles; que hartas especies de plantas y de animales ha habido en diversas edades y hay aun hoy en día„ [3]. El Doctor Eximio consiente de buena gana que los animales imperfectos no fueran hechos inmediatamente por Dios ni en el discurso de estos dos días; la causa que da es digna de atención; "porque semejantes vivientes imperfectos no son requeridos por sí para la perfección del universo, como quienes *per accidens* nacen y se engendran del concurso de causas varias„ [4]. Finalmente, otra razón apunta este teólogo, muy á propósito para nuestro intento, y es que los animales pequeños podríamos decir fueron criados juntamente con los grandes, por causa de tener que servirles á ellos de mantenimiento.

Nivelando ahora el discurso con el peso de estas razones, bien se ve que los doctores Escolásticos no creyeron saltar la valla ni salirse de los términos del Génesis con admitir creación de muchos vegetales y animales fuera del trecho de los días quinto y sexto. Pues luego tampoco será absurdo, ni contra el espíritu de la letra, poner géneros enteros, y hasta órdenes de animales, producidos antes del día quinto en épocas anteriores. Muy conforme á la doctrina de San Agustín es el tal razonamiento; ni el mismo Suárez, gran defensor de la acción natural de las causas segundas [5], dista mucho de esta

---

1 *Revue scientifique*, 1870, p. 279.—2 *De Trinit.*, l. I, cap. LVII.

3 *Comment. in Genes.*, lib. I, die quinto.

4 *De op. sex. dier.*, l. XI, cap. X.—5 L. c, cap. X.

conclusión; de arte que, aunque se demuestre por los geólogos que de estas clases no pocas especies vivían ya antes del día quinto, ningún argumento se concluye contra la Biblia, la cual, callando, deja á obscuras la formación de ellas, contentándose con describir la de los géneros conocidos y visibles. Más: por el hecho de repartir en cuatro órdenes las producciones de los dos últimos días, y de comprender en el quinto animales de agua y de aire, y en el sexto reptiles y mamíferos, es muy consiguiente admitir que antes del día quinto tuvieron ser las clases que debajo de estos nombres no se encierran, y que Moisés no tuvo á bien describir. Más: hay quienes se atreven á sustentar que el reino animal comenzó á ser juntamente con el vegetal; ningún inconveniente ni linaje de argumento contra la Escritura sería concederles á dichos autores, por cuyo sentir no pasamos nosotros, que al tiempo de parecer en las aguas los más toscos vegetales amanecían las especies ínfimas del reino animal, protozoarios, zoófitos, radiados, etc., comoquiera que todas las observaciones concurren á demostrar que la vida empezó á manifestarse en las clases más sencillas, yendo en aumento al compás de los siglos.

4. Ocasión es ésta para ventilar una dificultad originada del texto bíblico, pues queda atrás prometida su oportuna respuesta. La vida vegetal pertenece al día tercero, la animal al día quinto; es así que en los bancos de hulla, que son propiedad del día tercero, se hallan moluscos y peces; luego la vida animal antecedió al día quinto; luego la ciencia hace desarmonía con la Escritura.—De esta dificultad hace mucho caudal el P. Hummelauer[1] como de inexpugnable Aquiles; Pozzy la llamó "una de las más graves en que ha tropezado hasta ahora la concordancia de la Biblia con la geología"[2]. Veamos á qué se reduce la discordia.

Dejamos dicho arriba, art. I, núm. 4, que la voz hebrea *scheretz* del día quinto denota *reptiles* en su acepción lata, y no meramente acuátiles menores[3]. La creación de los *scheretz* no incluye ciertamente la de los peces, moluscos y demás turba de baja estofa; mas tampoco dejó Moisés de insinuar, bien que confusamente, su venida al mundo antes del día quinto, no sin particular lumbre del cielo. El vers. 21 dice así: "Crió Dios las bestias mayores y todo animal viviente y agitante que las aguas habían rebosado según sus especies,

---

[1] *Comment. in Genes.*, 1895, pág. 64.

[2] *La terre et le récit biblique de la création*, lib. III, chap. IV.

[3] HUMMELAUER: Nomen *scheretz* de se ad omnis generis animalia refertur, scilicet, ad animalia aquatilia, volatia et terrestria. *Comment. in Genesin.*, pág. 103.—Extraña cosa es que Leopold, Guarin, Glaire, Drach y otros lexicógrafos porfíen, guiados por la ley del encaje, en dar á *scheretz* significación de *bestezuela*.

y todo linaje de volatería„[1]. La expresión de la Vulgata *quam produxerant aquæ, que las aguas habían rebosado,* es un pluscuamperfecto que demuestra haberse hecho ensayo de la vida animal antes de asomar el día quinto, aunque en forma inferior[2]. A la verdad, el hebreo שָׁרְצוּ está en pretérito, y significa *rebosaron* en la forma Kal, no *rebosan,* como quiere Hummelauer[3]; pero más vigor da al verbo la Vulgata, cuya autoridad no puede padecer mengua, asentando que en las aguas se habían agitado y remecido muchas especies que ahora, después del cuarto día, hacían de sí más esplendorosa ostentación. Las palabras *produxerant aquæ* dan á entender que los *scheretz* y *remes* del quinto día (pues ambos á dos linajes de bestias conmemora el texto original) habían madrugado, haciendo su primer ensayo en las aguas del día tercero, conforme lo patentizan los fósiles del cámbrico superior. Cuando vemos que antes de reir el alba del día quinto amanecen en los tremedales, lagos y esteros del tercer día unos animales de ínfima ralea, que no distan gran trecho de los *scheretz* y *remes* del quinto, entendamos que á Moisés no se le pasaron de vuelo, pues no le faltó luz para descubrirlos.

Además, no es verdad totalmente demostrada que los depósitos hulleros sean los únicos archivos de las formaciones del tercer día mosaico. Incierta cosa es que antes de alborear la vida animal no se hubieran forjado bosques de exuberante vegetación, quemados después y consumidos sin dejar memoria de sí[4]. De manera que las veinte mil y más especies de animalillos, que se dicen halladas en los estratos paleozoicos entre pocas especies de plantas, están muy lejos de hacer argumento demostrativo, pues no faltan paleozólogos que reciban por procedentes de rocas cuajadas de vegetales los gneiss metamórficos, muchos granitos y dioritas. Si más arriba[5] hemos

---

[1] Creavit Deus cete grandia, et omnem animam viventem atque motabilem quam produxerant aquæ in species suas, et omne volatile secundum genus suum.

[2] MONS. BOUGAUD: On eût dit que Moïse connaissant déjà ces premiers essais et les ayant négligés comme n'ayant aucune importance au troisième jour, il voulait maintenant rattacher à l'œuvre de la création animale et introduire *officiellement* ces êtres inférieurs qui déjà rampaient dans le vase. *Le christ. et les temps présents*, 1896, pág. 190.

[3] *Ibid.,* pág. 104.

[4] BISCHOF: Il n'est pas certain du tout, que les roches stratifiées inférieures, qu'on désigne par le nom d'azoïques, ou sans pétrifications, appartiennent toutes et sans exception à la période où la vegetation n'existait pas encore sur la terre. *Manuel,* vol. I, pág 44.—VOGT: Les schistes et gneiss appelés métamorphiques, la plupart des granits, porphyres et diorites, sont sortis de roches primitivement stratifiées et contenant des débris de végétaux. *Ausland,* 1863, pág. 840.

[5] Cap. XX, art. I.—Cap. XXII, art. II.

sustentado la contraria opinión por más probable, no ha sido con el intento de negar la probabilidad á la de esos autores. La ciencia no ha llegado aún al término de sus investigaciones. Por otra parte, amigos y enemigos, claman todos á una, que Moisés no erigió cátedra de geología para destetarnos con su Hexámeron.

Finalmente, quienquiera que llegase á probar que algunas especies de espongiarios ó rizópodos tomaron la delantera á las mismas algas ó á las primeras hierbas marinas, no desvirtuaría un punto la verdad bíblica; porque Moisés no trazó la historia de todo el reino en particular, sino en común y en sus partes más principales y notorias. Siempre será constante que en el tercer día crió Dios el reino vegetal, en el quinto el animal de volátiles y nadadores, en el sexto de reptiles y cuadrúpedos perfectos [1]. Si, pues, alguna especie ó género de animales menos nobles se rastrea en terrenos paleozoicos, nacidos en el cuarto, tercero y aun en el segundo día, su presencia perentoria ni hace ni deshace para que en el quinto viese la luz y en el sexto acabase de nacer la turba de los vertebrados en su mayor y más excelente porción. Los ganoides fueron los primeros peces aparecidos en el devónico; en toda la era primaria señálanse otros muchos géneros de peces; en el carbonífero se ostentan los saurios anfibios; en el pérmico los batracios y paleoniscos: todas estas suertes de animales no caben derecha y estrechamente en los versículos del Génesis cuanto á la obra del día quinto; ellas tan solamente acreditan y recomiendan los animales mayores y más extraordinarios que en el agua suelen tener su morada, y que antes de la era mesozoica apenas dieron muestras de sí.

Tal es el sentir de los escritores católicos que han tratado más de asiento la materia en estos últimos años. Siendo catedrático de Geología, en el Seminario conciliar de Barcelona, D. Jaime Almera, en su obra *Cosmogonía y Geología* decía en la pág. 453 estas palabras: "Ahora bien, añadimos nosotros: los peces y otros animales acuáticos vienen antes que las aves, que, según la creencia común, pertenecen al quinto día; luego los peces fueron creados antes del quinto día. Y, á más de esto, la palabra que en hebreo significa peces *(daghim)*, según los hebraizantes, no está usada en estos versículos, sino sólo en los versículos 26 y 28, como ya indicamos. Por lo demás, no resulta de esto conflicto alguno entre la Biblia y la ciencia que dificulte el acuerdo, aunque ésta diga que la era secundaria, que corresponde probablemente al quinto día, sea por excelencia la época de los grandes reptiles; antes bien, resulta más palpable el acuerdo entre la ciencia y el sagrado texto, pues de los reptiles, científicamente hablando, los que abundan en los terrenos secundarios son los quelonios (tortugas), los saurios (lagartos), los batracios (ranas, sapos), todos

---

[1] P. PIANCIANI, *Cosmog.*, § LXVIII.

los animales acuáticos, ó, á lo menos, que frecuentaban mucho las aguas„.

El sabio Juan D'Estienne, en el folleto que lleva por título *¿Cómo se formó el universo?*, publicado en la *Revista de las cuestiones científicas*, dice así: "Es mucha verdad que los peces primeros parecieron en la edad silúrica, juntamente con los primeros zoófitos, con los primeros moluscos, con los primeros crustáceos, con los primeros fucus y primeras algas. Mas tampoco es menos cierto que en la época secundaria se vieron nuevas familias de peces más parecidas á las actuales; y en particular igualmente verdad es que Moisés en ninguna parte habla de peces, á lo menos con especialidad, en la narración de la obra del día quinto. Antes, por el contrario, parece que hace caso omiso de aquellas especies, vegetales y animales, que viven tan solamente dentro del agua sin salir á la superficie. Podía callarlas en la enumeración de las creaciones sucesivas; y el silencio no implica negación. El haber callado alguna verdad no es haber errado en las que dijo„ [1].

Es también de peso la autoridad del doctor en Teología Gerardo Molloy, sabio digno de todo respeto, que en su *Geología y Revelación,* capítulo XXI, dice así: "Leemos que los reptiles, peces y aves fueron criados el día quinto. Pero nada hay en el lenguaje del escritor inspirado que nos mande creer que estas varias clases de animales no estuvieron antes de ese día representadas por especies varias, dado que probablemente en este día quinto crecieron en número y grandeza extraordinaria, hasta ser el objeto más importante de la creación... Supongamos que hayan existido en el primero y segundo día las formas humildes de zoófitos, graftolitos y trilobites, ¿qué mucho que el escritor sagrado las pasase en silencio, guiado por el Espíritu Santo, y se limitase á referir las cosas más sensibles y notables?... En este presupuesto, conceder que las plantas existieron antes del tercero día y los peces antes del quinto, no deroga á la verdad bíblica„.

ARTÍCULO IV.

1. Aunque ni la Biblia ni la ciencia resuelvan cuál de los dos reinos fué primero, parece que el animal sucedió al vegetal.—2. Las especies ínfimas fueron las primeras.—3. La vida animal tuvo principio en los mares.

1. Viniendo ahora á tratar la cuestión que tocamos arriba [2], cuál de los dos reinos fué primero en el mundo terráqueo, no parece dubitable que el animal sucedió al vegetal. La Biblia no resuelve seguramente la duda. Aunque Moisés ponga en primer término las plantas, bien puede entenderse que habla del reino vegetal por mayor, y

[1] 1877, p. 81.—[2] Cap. XXII.

no de sus particulares é ínfimos individuos: otro tanto hemos de pensar del reino animal, que vino, según él, más adelante, en pos de las plantas; pero como omite la mención de las inferiores clases y sólo conmemora los más señalados tipos, de ahí vemos que no hay para qué llevar adelante la resolución de esta disputa, fundándonos en la Escritura.

Ni es la ciencia más suficiente para definirla. Porque no faltan graves autores que crean ambos reinos por coetáneos y simultáneamente formados. "Esta proposición, dice el P. Pianciani, el reino animal es anterior al vegetal, es absurda, pues que las plantas acuáticas han de ser siquiera contemporáneas á los animales acuáticos, así como las plantas terrestres á los animales terrestres. No es cosa averiguada, puesto que sea verosímil, que las plantas marinas antecediesen á las terrestres, ni está demostrado tampoco que éstas fuesen posteriores á los animales marinos inferiores, ni faltan razones probables en favor del contrario aserto. No es tampoco verosímil que los vertebrados sean de fecha anterior, ni contemporáneos á las plantas de la tierra. A lo más, podríamos admitir que fueron coetáneas y antecedentes á los otros seres de entrambos reinos las plantas ínfimas, algas, etc., y las ínfimas especies de animales, zoófitos, rayados, pólipos, etc., que por su figura y condición tienen más semejanza con las plantas que con los animales, y por vegetales pasaron entre los antiguos naturalistas„ [1]. No se aparta mucho de este sentimiento el doctor Reusch, cuando dice: "En el tiempo que existían las plantas y los animales acuáticos se formaron las capas más antiguas del período paleozoico; por eso descúbrense en ellas vegetales y animales fósiles. Estas capas son exclusivamente marinas, y entre los organismos de los continentes las plantas son las que figuran primero. Luego las plantas marinas pudieron ser antes que los animales marinos, y las plantas terrestres antes que los animales terrestres. También podríamos decir que las plantas terrestres fueron criadas antes que los animales acuáticos más antiguos, y que existieron en el continente ínterin se fraguaban en el fondo del mar las más antiguas capas silúricas„ [2]. No es menos respetable el dictamen del sabio Humbolt, que dice: "De ciertas teorías *a priori* sobre las formas primitivas de los seres organizados, han pretendido algunos concluir que la vida vegetal fué anterior á la animal, como si ésta presupusiese aquélla forzosamente; mas parece no hay motivo para tal consecuencia„ [3]. Lo único que de estas sentencias se infiere es que los vivientes se dejaron ver en el mundo en razón inversa de la complicación de su estructura, como Marcelo de Serres [4] lo había reparado, y que, por

---

[1] *La Civiltà cattolica,* ser. IV, vol. II, p. 307.

[2] *La Bible et la nature,* XX.

[3] *Cosmos,* vol. I, p. 293.—[4] *De la Cosmog.*, p. 131.

consiguiente, el reino de los animales no fué primero que el de los vegetales.

Enfrente de estos autores se levantan otros de no menor valía, que defienden la creación anterior del reino vegetal. Tales son Ebrard, Pfaff, Dumas, Béchamp, Contejean, Dawson, Grad, Schimper, Miller, Bischof, Briart; aun Müller y Burmeister opinan que ningún animal pudo haberse anticipado á los vegetales, ya que su nacimiento podía haberse efectuado luego al punto. Este que parece el dictamen más ajustado á razón, explica bien el orden de los organismos. Porque habiendo la producción de los primeros animales héchose dentro de las aguas, como está declarado y lo insinúa el Génesis, habiendo en las aguas también nacido las primeras plantas, conforme dijimos antes, una vez que á éstas alcanzaron aquéllos seguidamente, y se zanjaron en este intermedio los terrenos cámbricos, resulta que en esta primera formación fosilífera era de esperar que se mostrasen, como efectivamente se muestran, vegetales y por su orden animales, como quienes habían ido más de cerca á los alcances de las plantas.

2. Además, es un hecho testificado por todos los geológos que en los estratos de los más hondos pisos hanse visto restos de vegetal sin memoria de animal. No se nos pase, con todo eso, que los animales más ínfimos podían haber perecido por entero sin dejar huella de su existencia, pues probablemente ignoraremos por siempre qué género de animales vinieron primero á luz. La causa que algunos han dado [1] en defensa de la anterioridad de las plantas, para que de ellas se alimentasen los animales, persuade que á lo sumo fueron criados á la vez; mas no convence precedencia. La exposición más sencilla es que los días del Génesis, como va dicho arriba, no representan el principio ni todo el transcurso de las obras, sino la manifestación esplendorosa y más notable de cada formación. "El tercer día, dice Foville, denota el apogeo de la vegetación, y ésta no excluye anteriores germinaciones, ni desarrollos posteriores„ [2]. Por eso, al señalar Moisés la aparición de las plantas no niega la existencia de ciertos animales; así como cuando pregona el reino de los animales, tampoco excluye que se continuasen nuevas especies de plantas. Así, creemos que sería exacta la palabra bíblica, aun cuando colocásemos en una época un orden de seres que hubiesen comenzado á mostrarse

---

[1] BURMEISTER: «El nacer de los animales primero que los vegetales es imposible, siquiera porque aquéllos tienen de éstos necesidad para proseguir el curso de la vida. Cierto, muchos animales se sustentan de la carne de otros animales, mas al cabo hemos de rematar en animales alimentados de vegetales, de manera que en la substancia del animal no se incorpore cosa alguna que no haya recibido antes forma organizada. De donde se infiere que en la época primitiva ningún organismo animal podía vivir antes que floreciesen organismos vegetales». *Geschichte der Schöpfung*, pág. 393.

[2] *Revue des quest. scientif.*, 1883, p. 136.

en otra anterior y acabasen de florecer más adelante, con tal que en la época indicada por Moisés hubiese tenido cabida su más solemne aparecimiento.

No es para echado en olvido que la ley de los animales, intimada por Moisés en el día quinto, abraza solamente cuatro clases de vertebrados. Si, pues, la atmósfera abastada de ácido carbónico era de perjuicio á la vida de los que respiran aire libre; si hay animales que se alimenten de vegetales ni hayan menester aire puro para subsistir; suponerlos formados en el día tercero, juntamente con los vegetales, no es condenar á Moisés de engaño ó de error: que así como no rebaja su autoridad el que algunas plantas naciesen el día quinto, con haberse promulgado en el tercero la ley general, ni cometiera yerro porque en el sexto veamos peces y aves; tampoco sería falsedad si antes del quinto hubiesen vivido especies animales no pertenecientes á los cuatro órdenes de vertebrados que el Génesis conmemora.

Es verdad que el vers. 21 tiene la palabra *todo* (כל, col) hablando de las aves y reptiles; mas nadie ignora ser común en las Escrituras usurpar esa voz en sentido de *mucho*, y no siempre de *todo* absoluto. Santo Tomás enseña que los animales nacidos de putrefacción no se produjeron el día quinto, sino es virtualmente [1]; Pedro Lombardo [2] y San Buenaventura [3] dicen que se produjeron *en semilla;* Alápide [4] resuelve que los ratones, pulgas, gusanos y otras sabandijas no se criaron el día sexto, porque fuera contra la felicidad de aquel primer estado del hombre: si estos claros Doctores no vieron razón para que tantos animales fuesen producidos dentro de los términos de los seis dias, ¿qué razón habrá qué obligue á negar que algunos de menor monta acelerasen la existencia con mucha antelación dándose prisa á vivir antes de publicarse la ley de la creación de los mayores y más perfectos? En conclusión, diremos que ni la ciencia ni la fe convienen ni repugnan en que los primeros vegetales y los primeros animales naciesen á un tiempo mismo; pero siempre será verdad que las plantas marinas no fueron después que los animales terrestres, según la ciencia y la Biblia.

3. Que la vida animal diese principio en los mares, no deja lugar á duda para quien pone los ojos en las palabras de los paleontólogos, que primero celebran los acuátiles que los terrestres. "Uno de los más notables y significantes hechos que resultan de la reseña que vamos á hacer, dice Briart, es el haber sido marinos totalmente los primeros seres del reino animal, y el componerse la fauna primitiva de vivientes que respiraron por medio de branquias aire disuelto en el agua. Solamente á fines de este período asoman los primeros ani-

---

[1] I p., q. LXXII.—[2] *Lib. II Sent.*, dist. XV.
[3] *In II Sent.*, dist. XV, q. III.—[4] *In cap. I Genes.*

males de respiración pulmonar, ofreciendo el espectáculo de la vida brotante del seno de las aguas„ [1]. Por eso este período hubo de ser de larguísima duración. En su discurso acaecieron catástrofes parciales, que, por haber deformado la superficie del globo, revuelto las acogidas de las aguas, y trocado la cavidad de los senos, acabaron con la vida de muchos individuos, echaron á pique no pocas especies, consumieron gran parte de la vegetación, dejando así enterrados sus restos y preparando nuevas viviendas á la fauna vertebrada y mamífera. Entre tanto, no cesaban de pulular en los mares nuevas suertes de animales en cambio de los que, dejando la vida, se extrañaban para siempre del reino.

---

[1] *Princip. de Paléont.*, chap. IV, § II.





CAPITULO XXXII.

LA VIDA SENSITIVA.

«Reptile animæ viventis... omnem animam viventem atque motabilem.»

(Vers. 20.)

ARTÍCULO PRIMERO.

1. El imperio orgánico de los modernos borra la diferencia de los reinos vegetal y animal.—2. Asiéntase la excelencia de éste sobre aquél.—3. Funciones comunes á entrambos reinos.—4. Diferencias notables.—5. Organismos microscópicos.—6. Novedad de los monistas.

1. Quienquiera que, contemplando la turba de los vivientes, ponga en parangón con animales mamíferos árboles cualesquiera, lo primero que á su pensamiento ocurra será la diferencia notable que á estos reinos distingue, por ser harto evidente, por ejemplo, cuánto va de un león á un pino, y las pocas y lejanas notas que tienen comunes entre sí. De las consideraciones abstractas y de las observaciones particulares, que filósofos y naturalistas han hecho en esos dos órdenes de seres, han nacido opiniones opuestas, quién pugnando por encarecer sin tasa la diferencia, quién porfiando en borrarla y desvanecerla del todo. Mas, vistas las cosas de cerca, ¿cuál es el límite real que comprende á cada reino, y hace la raya que le excluya del resto del imperio organizado? ¿Cuáles son las propiedades esenciales que definen la vida animal? Porque en nuestros días se está poniendo en ejecución una industria, con voz de reforma, que tiene por blanco referir á un solo *imperio orgánico* los hasta el presente nombrados *reinos* vegetal y animal. En esta empresa, acometida en son de realzar el encadenamiento universal que corre entre árboles y brutos, cual si éstos fueran sólo continuados eslabones de aquéllos, mientras llevan los neo-sabios puesta la mira en hacer que resplandezca la unidad de plan del Supremo Artífice, mucho se esfuerzan en

disminuir, y aun tiran á desterrar la hermosa variedad que tan noblemente atavía las obras de la creación.

2. Unánime fué desde la más remota antigüedad esta sentencia de los sabios: los minerales crecen; los vegetales crecen y viven; los animales crecen, viven y sienten; los hombres crecen, viven, sienten y piensan. En la compendiosa substancia de estos calificativos dejaron nuestros mayores cifrada la índole característica de cada uno de dichos reinos. Contra esta división, autorizada por la fama de los antiguos, se levantó en nuestros días el por tantos títulos celebrado Claudio Bernard, deseoso de hacernos ver cómo la desigualdad entre vegetales y animales más es de apariencia que esencial y efectiva. Trajo á su opinión la de no pocos modernos. Pero si por autoridad va, la diferencia esencial defendieron Linneo, Cuvier, Lamarck, Müller, Robin, Longet, Quatrefages, Milne-Edwards, Béchamp, Liebig, Lavoisier, Dumas, Boussingault, Agassiz, Tyndall, Huxley, Spencer y otros esclarecidos fisiólogos, zoólogos, biólogos y eminentes naturalistas. Claudio Bernard, que llevaba por intento señalar las semejanzas de los seres vivientes en vez de notar sus diferencias, combatió la *dualidad vital,* asentando la identidad de la nutrición en animales y vegetales contra el ilustre Béchamp y otros modernos, sin echar de ver que su engaño principal era mirar la nutrición como única función vital en los animales, no siendo sino la más elemental y grosera. Tratemos de poner en clara luz las excelencias del reino animal sobre el vegetal. Otorguemos de buen grado que animales y plantas tienen comunes entre sí muchas funciones y notas; eso no obstante, no pueden ser más palpables las prerrogativas íntimas y secretas, que alejan al uno del otro estos dos órdenes de vivientes.

3. En primer lugar, que los fenómenos de la digestión no sean señal distintiva, á una voz lo declaran los naturalistas cuando dicen que "hay seres tenidos por animales que carecen de aparato digestivo..., y, por el contrario, vemos en plantas efectos comparables á la digestión de los animales" [1]. A la verdad, ¿qué falta les hace el estómago ni el tubo digestivo á los animalejos que por mantenerse de líquidos ó de gases, hallan aderezados cerca de sí los alimentos que á su necesidad convienen? Casi infinito es el número de animales despreciados y viles, y los de especies elevadas no son pocos, á quienes negó Dios el aparato digestivo, dándoles facultad de absorber por endósmosis el alimento en todos los puntos exteriores del cuerpo. Porque es cosa clara que la introducción é incorporación de las substancias no pide de suyo cavidad particular; de arte que si ponemos la digestión en la facultad de sazonar y transformar los mantenimientos antes de asimilarlos, poséenla seguramente vegetales y animales por un igual.

Ni va por otro camino la absorción cuyo oficio es aspirar los jugos

[1] P. GERVAIS, *Zoolog.*, 1866, p. 29.

que han de ser incorporados. Transformar la fécula en azúcar, descomponer las grasas en sus principios, trocar los albuminoides en peptonas: he aquí las operaciones de la digestión; tres partes que hallamos constantes en el reino vegetal, no menos que en el animal, según que lo han hecho evidente los experimentos de Gorup-Besanez y de Will [1]; lo cual indujo con razón al botánico Morren á decir, que "todas las plantas digieren, y que su digestión en los fenómenos esenciales no difiere de la de los brutos„ [2].

En la circulación hay también que confesar que las plantas están provistas en su tanto de sangre (savia), que siguiendo sus veredas, lleva y trae el común sustento, repárale con el refrigerio del aire, repártele por los vasos y tejidos, ni más ni menos como lo hace la sangre animal, siendo fuente caudalosa de vida y necesaria causa de lozanísimo vigor.

Igual concepto merece la respiración. Respiran plantas y animales de día y de noche, absorbiendo oxígeno y despidiendo ácido carbónico y vapor de agua, como lo testifican las diligencias de Garreau, Sachs, Boussingault y otros, de tal manera, que "la planta no puede vivir en el ácido carbónico puro por faltarle oxígeno, que es su indispensable sustento„ [3]. La absorción del ácido carbónico, su descomposición en células de clorofila, la fijación del carbono y el desprendimiento del oxígeno, son operaciones que se observan en las plantas verdes; pero falsamente se había creído hasta ahora que eran peculiares de las plantas, pues que también han sido vistos animales verdes expuestos á la luz, echar de sí oxígeno en grande abundancia [4]; con que la facultad de respirar la participan los vegetales, porque no pueden sin la virtud del oxígeno llevar á efecto las combustiones orgánicas, manantiales de vitalidad. La transpiración es tan notoria en ellos como en los brutos, y puntualmente la secreción, sin que sea menester detener la pluma en cosas averiguadas y abundantemente satisfechas.

Notable, en fin, y digna de poderación es la semejanza en la facultad de propagarse entrambos reinos. Si por conservar la especie hay plantas hermafroditas, también hay hermafroditas en la turba animal; si se multiplican algunas de ellas por generación gemípara, no es ajeno de las bestias ese linaje de procreación, como les consta á los zoólogos modernos. Juntemos á estas analogías la semejanza en la figura exterior; ¡qué poco va de animal á planta en la ramificación de los miembros, si descendemos por los grados inferiores del

---

[1] *Berichte der Deutschen chemischen Gesellschaft*, 1874 y 1876.

[2] *Du rôle des ferments dans la nutrition des plantes, Bulletin Belge*, t. XLII.

[3] HAMARD, *Revue des questions scientifiques*, 1878, p. 170.

[4] *Comptes rendus de l'Academie des Sciences de Paris*, 1878.

reino sensitivo! La forma interior es en ambos de estructura celular; las células constan en ambos de protoplasma, núcleo y membrana; el núcleo en ambos es elemento fundamental constituyente de la parte activa del protoplasma; en fin, la glicógena y la celulosa, que antes se estimaban compuestos esencialmente vegetales, han sido hallados en tejidos animales. Evidentemente es grande la afinidad que tienen las plantas con los brutos en las funciones y en los varios accidentes de la vida vegetativa.

4. Mas, porque esto sea certísimo, ¿será permitido reputarlos por uno solo, ó por continuación el uno del otro, como pretenden los adversarios? "No, responde con mucho acuerdo el alegado Hamard; porque si los vegetales más perfectos fuesen los que más se avecinasen á los animales más ínfimos, acaso tendría fundamento la duda; empero las plantas humildes y más conformes á los seres inorgánicos son las que se parecen en eso á los animales. Luego por ningún caso puede ser tenido el reino vegetal por continuación del reino animal. Estos dos reinos se desenvuelven paralelamente, y forman, como dice Comte, dos cadenas descendentes, que derivando cada cual de un anillo sepáranse más cuanto más alto se encumbran" [1]. Si, pues, cotejadas entre sí las funciones de la vida vegetativa, tan á una van, tan de consuno obran, tan unas poseen aquellas facultades que miran por el buen ser del individuo y la conservación de la especie, como si estuvieran sometidos los seres de entrambas partes á un plan análogo, y sintiesen el imperio de unas mismas leyes; mas, con todo, si hemos de dar oído á los dictámenes de expertos fisiólogos, son muy verdaderas y mucho para notar las diferencias que entre el animal y el vegetal por extremo resplandecen.

Señalemos en primer término las diferencias secundarias y accidentales, que abran camino á las formales y más calificadas. A la verdad, aunque la planta se constituya por la suma de los mismos elementos fundamentales que el bruto, conviene á saber, oxígeno, carbónico, ázoe, y aunque se califique comúnmente por la clorofila ó materia colorante, que tanto ayuda á la vida vegetativa; todavía en la asimilación y desasimilación queda muy lejos de la perfección del animal. Porque la asimilación vegetal es sin comparación más complicada, por cuanto la planta, incorporando en sí las substancias minerales del aire y de la tierra, las transforma y vuelve orgánicas; pero el animal, utilizando las materias orgánicas y con antelación preparadas, conviértelas fácilmente en su propia substancia. Porque es cosa averiguada que los principios albuminoides, compuestos de carbono, hidrógeno, ázoe, oxígeno, azufre y fósforo, son elementos esenciales de todos los líquidos (sangre, linfa, albúmina) que entran en la máquina animal, y constituyen casi del todo el cuerpo organiza-

[1] *Comptes rendus de l'Academie des Sciences de Paris*, 1878, p. 174.

do. Pues á las plantas generalmente compete la fábrica de estas substancias; porque, extrayendo de los líquidos el ázoe, sacando la clorofila del carbono de la atmósfera, combinados el carbono y el ázoe con el oxígeno é hidrógeno, vienen á producir una materia albuminoidea, principio y base de las albuminoideas vegetales. Empero al animal le es de todo punto impracticable fraguar materias albuminoideas, antes debe tomarlas prestadas de mano del reino vegetal. Y si hay plantas que sólo pueden vivir de estas substancias, pero se diferencian de los animales en que en éstos entran los alimentos introduciéndose en el protoplasma y haciéndose en él la digestión; al revés, en los vegetales se embeben los alimentos disueltos por entre la superficie, mediante la capilaridad, endósmosis y lo permeable de la membrana. Sea ésta la primera diferencia.

Si consideramos ahora qué relación guardan con la atmósfera los organismos, á los ojos se viene la desemejanza. Lo que la planta despide de sí, admítelo el animal; lo que éste exhala y arroja, aquélla lo aprovecha; ella lanza oxígeno, él le codicia y respira; ella purifica el aire, él le corrompe é inficiona; ella vive de ácido carbónico, él con aspirarle se muere; donde él pierde su ser, ella le remoza y medra; en suma, los principios vitales para las plantas, son comúnmente mortales para el animal, y los que le dan á ella muerte, danle á él vida y vigor. No podia caber oposición más extremada. Que por esta causa la vida vegetativa era la única posible en la aurora geológica, como confiesan los biólogos: y cuando amaneció la vida animal, la materia alimenticia de entrambos reinos tuvo que proporcionarse guardando el conveniente equilibrio.

En tercer lugar, en el día de hoy el cuerpo de un animal es mirado por muchos como una máquina de vapor que produce fuerzas vivas, ó muda en ellas las potenciales y de tensión; por el contrario, el organismo vegetal trueca en fuerzas de tensión las fuerzas vivas del calor y de la luz. "Las plantas, dice Beaunis, convierten fuerzas vivas (calor y luz solar) en fuerzas de tensión; los animales, fuerzas de tensión en fuerzas vivas„ [1]. Acumulándose en los vegetales fuerzas de tensión, y en los animales fuerzas vivas, ¿cómo diremos que esta doble forma mecánica, sea cual fuere la verdad de dicha teoría, asienta en dos suertes de mecanismos de idénticas propiedades? [2].

En cuarto lugar, las plantas dan de sí poquísimo calor y exigua cantidad de movimiento local, por lo cual ni se cansan ni embotan sus facultades; los animales pronto sienten apagarse los bríos, de puro moverse y ejercitar las fuerzas musculares. Las plantas crecen en corpulencia y en años desmesuradamente, como no les falte sustento, porque el *Sequoia* gigantesco de la California alcanza á 150 metros de alto por 40 de circunferencia; el tronco del *Baobab*, del Africa

---

[1] *Physiologie humaine*, 1881, p. 24.—[2] V. cap. XXX, art. II.

tropical, á cinco metros de elevación desde el suelo hasta el ramaje, cuya copa mide una circunferencia de 30 metros[1]; la palmera *Rotang*, de tallo articulado y flexible, á la altura prodigiosa de 1.800 pies, como unos 600 metros[2]; los cedros del Líbano, á 100 metros de elevación y cuatro de diámetro; pero los animales, llegados á un término mucho más limitado que los árboles, sin echar menos el mantenimiento, desmayan y acaban sus días. Las plantas poseen un edificio de fábrica sencilla y fácil de sustentar; los animales le tienen delicado y quebradizo. Así como para el suyo hallan aquéllas la mesa franca dondequiera; éstos, al revés, han de buscársela acomodada á su condición, pena de la vida; de donde se sigue en retorno el no depender el animal tanto como la planta del medio exterior en que vive.

De estos preliminares distintivos podemos hacer el resumen, tomándole del fisiólogo Beaunis[3], en esta forma: Descúbrese en la planta presencia de la clorofila; en el animal ausencia de ella: en la planta la asimilación aventaja á la desasimilación; en el animal al revés: en la planta hay absorción de agua, de ácido carbónico y de amoníaco; en el animal absorción de oxígeno: en la planta eliminación de oxígeno; en el animal eliminación de agua, de ácido carbónico, de amoniaco: en la planta empleo casi nulo de fuerzas vivas; en el animal continuo gasto de ellas: en la planta transformación de fuerzas vivas en fuerza de tensión; en el animal transformación de fuerzas de tensión en fuerzas vivas: en la planta inmovilidad; en el animal locomoción espontánea: en la planta organización sencilla; en el animal más complicada: en la planta propensión al polizoísmo; en el animal á la vida individual: en la planta crecimiento casi indefinido; en el animal crecimiento limitadísimo: en la planta gran mutabilidad; en el animal poca y mayor fijeza.

Además, las diferencias de células en animales y vegetales, según que resultan de los últimos estudios del canónigo Carnoy[4], son las siguientes. En la división que en las células se hace por segmentación directa, son ordinarias en los vegetales, y muy raras en los animales, la multiplicación por yemas y la formación libre: en la segmentación indirecta ó cariocinética, al formarse la estrella ecuatorial, déjanse ver los filamentos pálidos muy perceptibles en los vegetales, y muy dificultosos de divisar en los animales: el uso de los hilos del retículo se advierte luego en los vegetales; no así en los anima-

---

[1] BELLYNCK, *Curso elemental de Botánica*, traducido y aumentado por D. Alberto de Segovia y Corrales, 1883, pág. 531.

[2] *Ibid.*, pág. 795.—GUÉRIN: Genre de plantes des Indes, à tige articulée et percée d'une infinité de tres petits tubulures longitudinales; tige grêle, sarmenteuse, dont la longeur démesurée peut atteindre 500 mètres. *Dictionn. des dictionnaires*, t. VI, art. *Rotin ou Rotang*, pág. 154.

[3] *Ibid.* p. 25.

[4] *Cytodiérése des arthropodes*, 1885.—*La Biologie cellulaire*, 1884.

les: por el contrario, la segmentación longitudinal que se hace en la estrella madre de las células de algún animal (la salamandra), no ha podido ejecutarse en ninguna planta. De poca entidad son por cierto estos distintivos para formar argumento de diversidad: el que no quiera hacer á la verdad violencia, debe confesar lisamente que la conclusión sacada hasta el presente por la escuela biológica es, no haber diferencia notable entre las células vegetal y animal, tocante á la división celular y á la fusión de la célula-óvulo con el espermatozoide ó anterozoide: los procedimientos parecen idénticos. "En los primeros tiempos de su existencia, las células vegetales y animales se parecen bajo el punto de vista morfológico: es en sus metamórfosis ulteriores en donde aparecen sus diferencias„. Esto escribe el doctor Aureliano Maestre de San Juan y Muñoz [1]. Siendo así en verdad, si tan raras modificaciones se descubren en las células vegetales, si en breve gran cantidad de aceites ocupan la cavidad celular, si luego, desapareciendo las materias nitrogenadas, vienen la dextrina, goma, azúcar, almidón, ácidos y alcaloides vegetales á depositarse en el interior de la célula vegetal, si éste no es por cierto el curso que sigue la célula animal, como los biólogos demuestran, ¿por qué no diremos que las dichas transformaciones, en vez de ser obra de meras acciones químicas, nacen de la raíz que está en la célula y provienen de su particular índole y naturaleza, por más que hasta el presente no hayan podido los observadores desentrañarla y definirla? Si el mismo Claudio Bernard, enemigo de la dualidad de estos reinos, admitía "una idea creadora que se muestra en la organización: idea directriz de que todo proviene, y en que consiste la vida„ [2]; siendo tan diferentes las fábricas, ninguno dudará sino que debe ser muy diverso el principio que las rige, comoquiera que no venimos en conocimiento de las causas, sino considerando la diversidad y oposición de los efectos.

Si pasamos ahora al embrión animal, es cosa evidente que por espacio limitadísimo de tiempo las células embrionarias conservan vitalidad capaz de desarrollo; cada especie de óvulos va sujeta á una vida tan efímera, que, pasadas algunas semanas, muere sin remedio y se hace incapaz de medrar: no así el embrión vegetal, que dura años enteros sin perder la potencia vital [3], como no sufra alteración química ó histológica. En esto, pues, se diversifican animales y vegetales, en que los vegetales poseen vida latente, y los animales no: los animales invernantes viven vida oscilante, no latente; porque la pasan gastando de su propia substancia para alimentarse. Así los huevos respiran absorbiendo oxígeno y exhalando ácido carbónico

[1] *Trat. elem. de Histología*, 1885, p. 159.
[3] *Introd. à la médecine expérim.*, 1865.
[2] Claude Bernard, *Phénomènes de la vie*, I, p. 92.

pero á las pocas semanas mueren si les faltan las condiciones necesarias: no así las semillas vegetales, que conservan por millares de años la capacidad de germinar. Casos se cuentan de huevos conservados por cinco años sin señales de muerte [1], y de caracoles hallados vivos en sepulcros egipcios al cabo de cuatro mil años; mas éstos son casos rarísimos, que con cautela se han de creer [2].

5. Finalmente: la mayor parte de las dudas propuestas por los adversarios vienen de los organismos microscópicos, que se mueven y agitan cual si estuvieran animados de principio sensitivo. En verdad, en los seres unicelulares es negocio arduo distinguir los movimientos automáticos de los espontáneos, y establecer determinadamente si son microfitos ó microzoarios. Las diatomeas, por ejemplo, hacen en el porta-objetos del microscopio giros tan peregrinos que parecen espontáneos, porque se adelantan, tuercen el camino, vuelven atrás, dan vuelta sobre su eje, según que lo consideró el diatomófilo Alfredo Truán [3]; de arte que no faltó quien los colocase en la partida de los infusorios, siendo así que los micrógrafos recientes las tienen por vegetales. Lo mismo digamos de las bacterias: son algas, y parecen protozoarios, según la rapidez de sus correrías.

Mucho sudan los naturalistas en su estudio y condición. No obstante la dificultad de la empresa, todos declaran contestes que en vano pretendió Haëckel levantar con estos seres vilísimos el reino de los protistas, pues por parecerle que estaban fuera de la jurisdicción de ambos reinos no supo dónde matricularlos. Al cabo son aquellos animales de quienes dijo Santo Tomás, con feliz acuerdo, que "poco distan de las plantas" [4]. Van Tieghem, desesperado, erró el golpe cuando dijo: "De estos seres no podemos certificar si son animales ó si son plantas: son vivientes, y nada más" [5]. Con qué derecho llamó *voluntarios* los meneos y sacudidas de estos entes indefinidos el fisiólogo Claudio Bernard [6], él se lo sabrá; no nos toca averiguarlo. Pero, no habiendo la ciencia señalado los linderos y cabos por donde entrambos reinos se tocan y se apartan, no es hacedero sacar por la dudosa calificación de estos diminutos vivientes la menor excelencia del un reino sobre el otro.

De lo hasta aquí declarado resulta destituído de razón el fisiólogo Beaunis, cuando, después de confesar muchas de las notas arriba citadas, exclama, saltando de placer: "Ninguno de estos caracteres es absoluto, ni el movimiento ni... la sensibilidad ofrecen distintivo

---

[1] LETOURNEAU, *Biologie*, p. 386.

[2] LONGET, *Physiologie*, t. I.—BAUDENT, *Dictionnaire universel*, art. *Sommeil d'hiver*.

[3] *Ensayo sobre la sinopsis de las Diatomeas de Asturias*.

[4] I p., q. CVIII, a. 6.—[5] *Traité de Botanique*, 1884, p. 936.

[6] *Phénom. de la vie*, t. I, p. 256.

particular; no tenemos, cierto, criterio real de la animalidad. Cuanto más adelante vamos en el estudio de los fenómenos, más analogías descubrimos entre las vidas vegetal y animal, y más terreno pierden las teorías dualistas„ [1]. La respuesta á esta salida, de lo dicho se puede colegir. El mismo Virchow, inventor de la teoría celular, no pudo menos de otorgar la esencial divergencia y apadrinar á los dualistas.

6. No es menor el desenfado del monista Ed. de Hartmann, patrocinador de las invenciones haeckelianas, en lo concerniente á la unidad de los reinos animal y vegetal. Su preocupación le hace ver, no sólo que los caracteres dichos son insuficientes para constituir diferencia real, sino que aun la conciencia es común á plantas y bestias, con esta particularidad, que la de los brutos es una, las de las plantas pueden ser muchas. "La planta, dice, no necesita, como el animal, unidad de conciencia, no ha menester hacer cotejos ni reflexión sobre sus actos; sólo requiere sensaciones aisladas que puedan actuarse en ellos como motivos para la intervención del inconsciente, ni tienen otro oficio en la planta, y le hacen y cumplen tanto conciencias separadas como una conciencia sola„ [2]. La conciencia de las plantas, para este novador, no es menos hacendosa en las inferiores que en las superiores, ni menor tampoco la sensibilidad y conocimiento que tienen de ciertos hechos, como lo denotan, á su parecer, las llamadas sensitivas: así que todo movimiento local, molecular ú orgánico, es prenda infalible de sensibilidad, de conocimiento y de conciencia, dondequiera que se le eche de ver. ¡Gentil arte de razonar! Siguiendo por la vereda de Hartmann, los planetas serían tan sensitivos y concienzudos como los espinos, y los peñascos poseerían tanto conocimiento como las monas. ¿Con qué apodo notaría esta necedad el ingenio de San Agustín, que motejaba de palurdo y de agreste al que regateaba la vida á las plantas?

ARTÍCULO II.

1. Carácter distintivo de la vida animal.— 2. Movimientos mecánicos, vegetativos y sensitivos en los animales.— 3. Los movimientos particulares de ciertas plantas no son sensitivos.— 4. El sueño de los animales.— 5. La irratilidad de las plantas.— 6. Los Santos Padres y Doctores Escolásticos afirman unánimes esta nota característica.

1. Considerados ya los distintivos secundarios y menos principales, bien es que veamos en qué consiste la discrepancia formal entre los dos reinos que decimos. Distingamos en los animales tres suertes de movimientos: los mecánicos, debidos á fuerzas físicas y naturales; los orgánicos, particulares de cada miembro; los espontáneos,

[1] *Phénom. de la vie*, t. 1, p. 25.— [2] *Revue scientifique*, 1873, p. 625.

nacidos de todo el conjunto animal. Los primeros van regidos por fuerzas materiales constantes y uniformes, gravedad, calórico, eléctrico, lumínico, acción química, etc.; los segundos provienen de la misma organización de los vasos, fibras y tejidos, como latidos del corazón, movimientos ciliares y peristálticos, secreciones de jugos y otros; los postreros son procedentes del compuesto, peculiares y característicos de la vida animal. Estas tres suertes de movimientos dábalos por sabidos el P. Suárez, cuando enseñaba que en los animales han de considerarse tres virtudes: la natural, que tienen al principio así que son concebidos; la vital, que se sigue á ésta y se muestra en la alteración del pulso; la sensitiva, que es la postrera y más perfecta de las tres: de ellas manan actos por su orden, al paso que el feto va medrando y entrando en días[1].

2. Expongamos más por extenso la índole de estos movimientos. Los causados por fuerzas físicas no pueden huir la regularidad y constancia, si no es que se ingiera entre ellos una fuerza contraria que los destemple y desbarate; prosiguen imperturbables en su dirección, como no topen con otra energía que se la tuerza; dado el impulso, menoscaba lentamente su velocidad la resistencia del medio; no se exentan del imperio de los agentes naturales, ni salen del círculo de las leyes físicas, químicas y matemáticas; en una palabra, los efectos proceden en un todo á proporción de las causas, y, siendo ellas naturales, hacen su obra con indeclinable necesidad, sin que baste humano esfuerzo á poner coto á los efectos, si ya no se mudan las circunstancias que rodean y acompañan al ser.

Los movimientos vitales, aunque son necesarios, no van sujetos á ninguna ley de la física y química molecular. El roce de los alimentos con la mucosa del estómago que segrega jugo gástrico, las convulsiones de una rana descabezada, la titilación del conducto auditivo que causa tos, y otros sin cuento, sin ser sensitivos ni espontáneos, son automáticos y se hacen por la sola virtud vegetativa. Los materialistas enseñan torcidamente que muchos de estos movimientos fueron un tiempo espontáneos, y que el hábito por haberles embotado la espontaneidad tornólos inconscientes.

Por el contrario, los actos de la vida animal son irregulares y tornadizos, hurtan el cuerpo á la ley, burlan las condiciones de la vida vegetal y dejan atónita la atención de los naturalistas; no son meramente externos, porque aun sin moverse de su lugar el animal los experimenta, como es de ver en las ostras, briozoarios, corales, esponjas; demandan por lo común una organización esmerada, con señales de aparato digestivo y de reproducción; pero, aun sin eso, los infusorios muestran movimientos extraños, impulsos internos y autonómicos, ejecutados por una causa diferente del principio vegetativo

---

[1] *De Anima,* l. II, cap. VIII, n. 3.

de las plantas. No siempre será hacedero calificar ciertos seres, como algas, zoósporos, zoófitos, y discernirlos tasadamente; pero siempre constará que allí donde hay movimiento, que corre uniformemente, y que pára luego de producido el efecto, ó tal vez dura, mas al fin cesa y muere, como en los movimientos ciliáticos se ve, ó bien sigue camino desconocido, pero con absoluta dependencia y orden de las condiciones presentes, debe referirse á causa puramente vegetativa, y no á vida verdaderamente animal. Así vense en plantas ciertos cuerpecillos que se rebullen semejando animalejos nacidos allí; pero ¿quién dirá que las plantas los hayan engendrado? Automáticos son, ó simplemente orgánicos, los movimientos de tales corpúsculos; no animales ni espontáneos, ni efectos de vida sensitiva.

3. En algunas plantas han sido notadas unas tan raras operaciones, que si no fueran periódicas, accidentales y en su manera muy regulares, bien podrían pasar plaza de espontáneas. "La sensitiva de Cartagena es tan sensible, dice D. Antonio de Ulloa, que luego que se tocan sus hojas, se cierran todas las de aquella rama, y aprietan unas con otras con tanta prontitud, que no parece sino que los resortes de todas ellas estuviesen esperando aquel instante con prevención para plegarse todas á un mismo tiempo. Después que han pasado algún espacio, no muy largo, vuelven pausadamente á desplegarse é irse apartando, hasta que quedan totalmente abiertas" [1]. Digna es también de memoria la *valisneria espiral;* vive zambullida en el agua, menos en la época de la fecundación; aquí la flor hembra saca la cabeza fuera, y se abre para recibir de la flor macho el beneficio del polen, y rica con su don vuelve luego al punto á sepultarse en las ondas y á desaparecer de la vista. Célebre no menos es la *dionea*, cuyas hojas, no bien se posa en ellas un insecto, se encogen, y aprietan al animalillo con tanta fuerza, que viene á morir á sus manos como entre dos puertas; después tornan á descogerse y á recobrar su primera figura. Los estambres de la *sparmannia africana,* familia de las tiliáceas, se apartan del estilo al tocarlos. La sensibilidad de la *drosera* es exquisita; puesto un insecto entre sus hojas, quédase enredado en la liga que segregan.

Además de esta sensibilidad, nótase en muchas plantas un movimiento particular. Las *oscilarias,* algas de agua dulce, muévense á derecha é izquierda con movimiento de rotación espiral. Las *volvocíneas,* otra suerte de algas, nadan por medio de filamentos móviles. Los zoósporos se menean, mudan de sitio, toman rumbo y hurtan el cuerpo cual pudieran hacerlo animalillos acuáticos. Estos juegos son tanto más admirables, cuanto en muchos animales apenas hallamos rastro de agitación espontánea.

Ahora, pues, dichos movimientos ¿arguyen causa vegetal ó ani-

[1] *Relación del viaje al Perú*, t. I, p. I.

mal? De la *sensitiva* consta que cuantas más veces la tocan, más remisa tiene la fuerza, hasta embotarse y apagarse del todo, porque aquellos ademanes y encogimientos melindrosos son causados por la irritabilidad de sus folículos, que se comunica de uno en otro. No es la mano ni el embarazo del animalillo quien excita sus contracciones; también la lluvia, el viento, la electricidad y la intemperie de la noche ocasionan en sus hojas semejantes delicadezas. Y señal clara de causa automática es cuando quiera que los efectos provengan del juego de los órganos y repitan el mismo suceso con regularidad y orden. El salirse á flor de agua la hembra de la *valisneria,* es efecto, según los modernos botánicos, de la ligereza del peso específico que tiene esta planta respecto del líquido; pero el fecundarla la flor macho tiene su causa muy secreta y desconocida; que, como oportunamente notó Hamard, el buscarse y holgarse los sexos es propiedad de los animales, y maravilla que en los vegetales nunca se ha presenciado [1]. Por el mismo camino va la *dionea* muscípula, la *drosera,* la *sparmannia* africana, la *oscilaria* y demás; no son espontáneas sus contorsiones ni sensitivos sus ímpetus, que á serlo, ¿qué necesidad habría de provocarlos con excitación exterior? No han menester los animales causa que impere sus actos; ellos de suyo se mueven; ni el ser súbitos y violentos en nada altera su condición. De donde resulta cuán inferior es la planta al animal, aun en aquellos actos que parecen á primera vista peculiares de la facultad de sentir.

4. Si comparamos el sueño de los brutos con el mal llamado *sueño* de las plantas, será fácil advertir la desemejanza. Propio es de los animales que duermen tener los miembros embargados, las articulaciones flojas, los sentidos embotados, los músculos lacios y descaecidos, todo el sistema nervioso aletargado y en estado de reposo; al revés, de noche las plantas conservan el mismo vigor que de día, sus hojas y tallos no se rinden á cualquier obstáculo, los vástagos resisten á la violencia, aquellos fenómenos raros y peculiares que van dichos arriba, ni se suspenden, ni son dificultosos, siguen el curso regular en todo tiempo. Y ¿quién ha sabido cortarle á un árbol el hilo del sueño? Porque, dado que hay plantas cuyas hojas en la obscuridad toman su postura, tiesa unas, otras desmayada, y luego en arrimándoles luz tornan á su primer estado, y otro tanto pasa á las flores, que durante la noche unas se abren, otras se cierran, unas se oponen, otras se miran de frente, y de día obran por contrario modo; pero en la luz y en la ausencia de ella hallan los botánicos la causa de estos fenómenos, y no en la suspensión de las funciones de relación que en los brutos vemos durante el sueño [2]. Estos fenómenos parecen más cla-

---

[1] *Revue des quest. scientif.,* 1878, p. 198.

[2] PFEFFER, *Die periodische Bewegungen des Blattorgane,* 1875, p. 163.

ros en la siesta de las plantas, cuando un sol ardiente les da en días de grandes calores. No duermen, pues, las plantas, ni tienen sueño, ni necesidad de él, cómo la sienten las bestias, por rudas que sean. Ya dijo Aristóteles que, cuando los animales duermen, viven vida de plantas, y que, por el contrario, las plantas no son capaces de sueño [1].

5. Si queremos dar á todas estas cuestiones una solución general, conviene recordar la doctrina de los fisiólogos modernos. Llaman *irritabilidad* aquella cualidad que tiene el protoplasma vegetal de entrar en acción cada y cuando que una causa exterior le excita y estimula. El efecto que de la excitación resulta es en todo caso de más alta esfera que la causa inorgánica; señal evidente que, demás del movimiento que le viene de fuera, hay en el protoplasma una virtud particular que le irrita y da vigor.

De la irritabilidad nace la facultad de alterarse, mudar de lugar, dar vueltas, en virtud de la contracción del retículo; que por esta causa es llamada *contractilidad* de la planta. En fin, consecuencia de entrambas propiedades es el *automatismo*, que procura al vegetal movimientos propios suyos, excitados en las entrañas de su ser.

La irritabilidad, con las consecuencias que de ella dimanan, pone en su lugar y cabalmente explica todas las maravillas que tanto en los vegetales nos espantan, sin que haya una sola que sea rebelde á esta exposición. Con las tres cualidades dichas se les quita á las plantas la facultad de dar de sí movimientos espontáneos, y se pone de manifiesto el poder caedizo y flaquísimo que las sustenta. De esta suerte, todo el reino vegetal se rige por una ley y un fuero. Cumplidamente lo demosfró el infatigable P. Antonio Vicent en una de las Conferencias dadas en la Academia de la Juventud Católica de Valencia en 1888 [2], donde, ante el rigor de su juicio, llamando á examen los casos más asombrosos que en las plantas se han observado, concluyó victorioso que las tres facultades antedichas no pueden pleitear ni tomar competencia con la *sensibilidad*, sino que están puestas en un territorio totalmente ajeno y distante.

No seguiremos el discurso científico del P. Vicent; pero no podemos perdonar á Claudio Bernard la sedición que movió en los dos reinos que nos ocupan, por haber confundido los conceptos antes explicados. Tentando novedades, á plantas y á brutos midiólos por un rasero. "La sensibilidad, dice, no es patrimonio peculiar del animal, como lo creyeron los antiguos naturalistas" [3]. ¿Qué razones trae para probar su tesis? Dos principalmente: 1.ª Hay plantas (zoósporos de las algas, robinia, mimosa púdica, etc.), que se agitan, mudan de

---

DARWIN, *The power of movement in plants*, 1880, chapt. VI.—VAN TIEGHEM, *Traité de Botanique*, 1884, p. 345.

[1] *De gener.*, l. V, cap. I.—[2] *Boletín-Revista*, núm. 75.

[3] *Leçons sur les phénomènes de la vie*, 1878, p. 268.

asiento, contraen sus pétalos, etc. 2.ª El opio, cloroformo, etc., de igual manera embota los movimientos vegetales que los animales.

Al primer argumento hemos ya respondido, que la irritabilidad y contractilidad son suficientes para resolver las habilidades de las criptógamas y fanerógamas; ni otra explicación se les ofreció á los insignes botánicos Van Tieghem y Sachs [1]. Al segundo argumento se responde, que prueba de sobra y arguye demasiado; porque los anestésicos (opio, éter, cloroformo) alteran de suerte el órgano, que le quitan la posibilidad de recibir impresiones, condición que si falta hace imposible la irritabilidad en la planta y la sensación en el animal. Dícelo el P. Vicent sabiamente por estas palabras: "La excitabilidad, impresionabilidad ó irritabilidad, como hoy se ha convenido en llamarla, es una *propiedad de la materia orgánica* en general, y como tal una condición indispensable de la sensibilidad. Todos los tejidos del organismo humano, y, por lo tanto, el sistema nervioso, son excitables é irritables: ahora bien, el éter y el cloroformo suspenden el ejercicio de excitabilidad ó irritabilidad, lo que causa por una parte la supresión de los movimientos automáticos en las plantas, y por otra impide que la sensación se produzca en el animal; porque la sensación no tiene lugar sin la impresión, y suprimida la excitabilidad ó irritabilidad en el tejido nervioso, deja de ser impresionable„ [2].

Con gran prudencia llama el P. Vicent la irritabilidad *propiedad de la materia orgánica;* y no *la exacta expresión de la esencia de los fenómenos vitales,* ni *facultad la más simple y general de la vida en los animales y en las plantas,* como quiso denominarla otro histólogo de la Universidad matritense [3], dando á entender que en la irritabilidad se cifra y resume toda la substancia y esencia de la vida animal y vegetal. No: la esencia de la vida orgánica es muy otra: la *irritabilidad* de Haller, ó la *incitabilidad* de Brown, ó la *excitabilidad* de Tiedemann, es una de tantas propiedades como dimanan de la esencia vital, conforme en su lugar queda dicho.

Resumiendo, la consecuencia que de estos hechos se deriva, el distintivo esencial de los animales, es la facultad de sentir. Lo irregular, lo inconstante, lo íntimo de sus movimientos acredita su sensibilidad. "La vemos, dice Hamard, en los sujetos más sencillos de la lista animal, pólipos, espongiarios, etc. Por el contrario, vive extrañada, como se ha probado, de todo el reino vegetal, aun de aquellas plantas que por lo raro de sus operaciones podían causar asombro„ [4].

---

[1] *Traité de Botanique; Physiol. expér. des plantes.*

[2] *Boletín-Revista,* 1888, t. VI, núm. 75, p. 154.

[3] D. AUREL. MAESTRE DE S. JUAN Y MUÑOZ, *Tratado elemental de Histología*, 1885, p. 162.

[4] *Revue des questions scientif.,* 1878, p. 201.

La sensibilidad es la que encumbra el reino animal sobre la ruindad del vegetal y le pregona por más digno de estima. Desde Aristóteles [1] y Plinio [2], pasando por los naturalistas de la Edad Media, Alcuino [3], Rabano [4], Alberto Magno [5], y no parando en Linneo [6], Cuvier [7], Lamarck [8], Muller [9], D'Orbigny [10], Robin [11], Longet [12], Gervais [13], hasta los biólogos y micrógrafos actuales, cuyas autoridades trae larga y eruditamente nuestro citado biólogo P. Vicent [14], los principales filósofos y los naturalistas de todas las escuelas y naciones han concurrido contestes en defender la diferencia esencial entre el reino animal y vegetal, negando á éste la sensibilidad y aventajando á aquél con la preeminencia de la vida sensitiva.

6. En los Doctores y maestros de la Iglesia católica esta sentencia respiró á boca llena. San Agustín, en muchos lugares de sus escritos [15], corrobora la doctrina enseñada en el libro *De Vera Religione,* donde asienta que en los árboles no hay sombra de sentimiento [16]. El Angélico Doctor, examinando cuál es la nota característica que constituye la esencia del animal, dice: "Llámase animal el ser que goza de naturaleza sensitiva„ *(hoc dicitur animal quod naturam sensitivam habet* [17]). Y más claramente en otra parte: "En lo sensitivo consiste la razón de animal, por la cual se distingue del que no lo es; por cuanto el animal alcanza el ínfimo grado de los seres que conocen„ [18]. La capacidad de sentir es, según el Santo Doctor, la diferencia esencial de este reino: la virtud de moverse espontáneamente, la facultad de apetecer, la determinación instintiva, son potencias que nacen de la sensibilidad, raíz y fundamento de las demás cualidades.

Confirmación ilustre de esta doctrina es la autoridad del P. Suárez. Estribando, como suele, en el dictamen de Santo Tomás, en el resolver la controversia de si han de distinguirse tres ó cuatro linajes de almas en los vivientes, ladéase á la solución del Angélico, que enseña la suficiente distinción de alma vegetativa, sensitiva y racional [19], tomándola de la diferencia de operaciones. Y satisfaciendo á los reparos hechos contra su aserción, dice así: "Respondo que el alma sensitiva no va separada de la locomotiva, por cuanto no hay viviente que tenga sentido y carezca de facultad de moverse según su capa-

---

[1] *De Anima*, cap. II.—[2] *Hist. natur.*
[3] *Interrog. et respons. in Genes.*—[4] *De universo*, lib. XXII.
[5] *De Animalib.*, lib. XXVI.—[6] *Systema naturæ.*
[7] *Le regne animal.*—[8] *Philos. zoolog.*, t. I.
[9] *Physiolog.*, t. I.—[10] *Dictionn. univers. d'hist. natur.*, t. I.
[11] *Anatomie et Physiolog. cellul.*—[12] *Physiol.*, t. I, introd.
[13] *Élém. de zool.*—[14] *Boletín-Revista,* t. VI, núm. 75.
[15] *Ser. 27 de Verb. Apost.; De quantit. animæ*, cap. XXXIII; *Lib. de mor. manich.*, cap. XVII; *De Hæresi*, cap. XLVI.
[16] Cap. LV.—[17] I. p., q. III, a. 5.
[18] *De sensu et sensato*, lect. II.—[19] I p., q. LXXVIII, a. 3.

cidad y con proporción. Porque si tiene perfecta facultad de sentir, tendrá también perfecta facultad de moverse, yendo de un lugar á otro, caminando, volando, saltando, nadando, etc. Y si tiene el sentido imperfecto, si sólo goza de tacto, al menos podrá moverse, extendiéndose, encogiéndose y mudando de lugar, aunque de un modo lento é imperfecto. Porque, probando arriba que las plantas no sienten, dijimos que ningún viviente sensitivo hay que no dé señales externas de conocimiento, y ésas sólo con movimiento local las explican los animales; y por ellas expresan dolor ó placer, hambre y calor cuando se dilatan ó recogen„ [1]. Y saliendo al encuentro á una objeción de los Conimbricenses, dice: "La potencia locomotiva es común á todos los animales. Porque aquel movimiento de los animales imperfectos, comoquiera es vital, pues no se hace sin sentido, sin imaginación, sin apetito, ni puede ejecutarse sin alguna facultad intrínseca activa, ora sea apetito, ora se arraigue en algún miembro particular. Luego los animales perfectos no llevan ventaja á los imperfectos en la potencia motriz, sino en la perfección de los movimientos...; y así la diversidad de perfección en el movimiento arguye mayor ó menor perfección en las almas dentro del grado de sensitivas... Poco importa que ciertos animales carezcan de algunos sentidos; eso arguye solamente diversa perfección. La opinión de los que niegan que sean animales los que poseen sólo tacto, la rechazan con razón todos los autores„ [2].

El mismo Doctor, en el cap. IV, después de enseñar que las almas vegetativas en los animales no se distinguen esencialmente entre sí, como tampoco se distinguen las sensitivas, declara que el alma vegetativa del animal se diferencia esencialmente de la del árbol, no en razón del grado vegetal, sino á causa de la excelencia del grado sensitivo. Resulta, pues, demostrada la esencial discrepancia que hay entre estos dos órdenes de vivientes. Ésta era la doctrina más común en las escuelas y la más acreditada antes que Descartes alzase la voz y viniese á trastornar el rumbo de las ciencias y de las artes.

ARTÍCULO III.

1. Pruebas son de sentir los brutos la diversidad de aparatos, el sistema nervioso, los órganos de los sentidos, las facultades internas, el instinto, el conocimiento de sus actos.—2. El compuesto animal es quien siente.

1. El vulgo de todos los hombres concordemente pregona que los brutos animales están dotados de la facultad de sentir. Mas lo que el vulgo predica en alta voz, lo negaron ó pusieron en duda, con la variedad de las suyas, aquellos filósofos de quien hace mención Aristó-

---

[1] *De Anima*, l. I, cap. VII.—[2] *Ibid.*

teles en su libro II de la *Generación de los animales*. No ha carecido de imitadores esta novedad entre los modernos, quienes, privando á los animales del sentido, los dejaron hechos máquinas tan artificiosamente labradas, que las sensaciones y habilidades, que tan parecidas son á las nuestras, no repararon en achacarlas á la sutilísima fábrica de sus organismos. Célebre fué el médico portugués Gómez Pereira por la peregrina exposición que dió en el siglo XVI de los actos bestiales en su *Antoniana Margarita*, de cuya obra parece copiaron sus cavilaciones el insigne Descartes en el siglo XVII, Fortunato de Brescia y Teodoro Almeida en el XVIII, y otros corpusculares atomistas, como el docto español P. Tosca en su *Compendio de Filosofía*[1], todos los cuales, reduciendo la vida á simples movimientos mecánicos, dieron á la virtud de los átomos las propiedades é industrias que en las bestias nos llenan de admiración. A esta sentencia de los que negaban á los brutos alma sensitiva llamaba ya Suárez "intolerable y enorme paradoja, y en lo tocante á filosofía, contraria manifiestamente al sentido común"[2].

Antes de empezar á discurrir sobre la naturaleza del alma de los brutos, tratemos de poner en claro, primero, que los animales sienten real y verdaderamente. Basta abrir los ojos y ponerlos en el cuerpo de un animal, para persuadirnos que experimentan, no solamente impresiones de objetos externos, mas también verdaderas sensaciones. ¿Para qué les dió el infinito Artífice órganos tan enteros, artificiosos y delicados como los de la vista, del oído, del olfato, con cuyo auxilio alcanzan á ver á larguísima distancia las cosas más menudas, perciben los más débiles sonidos, huelen de muy lejos el rastro de los cuerpos? Todo este artificio de máquinas tan exquisitas sería muy de balde á no ir ordenado á transmitir las impresiones recibidas al interior del sujeto, y si éste no advirtiese por ellas la presencia y acción de las cosas. ¿En quién, si place, se refundiría la vanidad de tantos aparatos sino en el descrédito de la sapientísima providencia del que los fabricó? No hay duda; la particular estructura de sus sentidos externos persuade que experimentan internas mociones[3].

Descendiendo más al particular, el sistema nervioso, asiento de las funciones de relación, es en todos los mamíferos, aves, reptiles y peces muy cercano á la condición del nuestro: cerebro, cerebelo, médula espinal, nervios, ganglios, todo forma en ellos un juego de fuerzas poderosas que ayudan y son necesarias á la sensibilidad y espontánea locomoción. En los animales imperfectos, moluscos, crustáceos, insectos é invertebrados, el sistema nervioso se reduce á una hilera de ganglios que corren por la línea media del cuerpo, de donde salen á repartirse en filamentos nerviosos por las partes remotas.

---

[1] Tr. X, l. II.—[2] *De Anima*, l. I, cap. V.

[3] SUÁREZ, *De Anima*, l. I, cap. V.

Reparando en los protozoarios, animalillos de bajísima suerte, nótase tan á duras penas sombra de sistema nervioso, que aun á veces parecen faltos de todo vestigio de inervación. Con todo eso, "estamos plenamente convencidos que en los organismos inferiores unicelulares, en los protozoarios que no ofrecen diferenciación alguna, el sistema nervioso reside y se halla localizado en el protoplasma, y principalmente en el *reticulum*". Así opina el experto P. Vicent [1]. A este tenor, escasa y limitadísima será la facultad de sentir que poseen los rizópodos, infusorios, foraminíferos, móneras y la infinita turba de menudísimos animales.

Escudriñados los órganos de los sentidos, donde ella se ejercita, ¡cuánta diversidad! El gusto de la lengua, que es casi nulo en los peces y animales inferiores, se aposenta en toda la cavidad bucal. El olfato, finísimo en los más de ellos, en los insectos, crustáceos y moluscos no acertamos á decir en qué parte determinadamente reside. Del oído, con ser propio de todos, menos de los zoófitos y otros más viles, no se les echa de ver á los insectos, ya que parezca que oyen; y aun los moluscos poseen, en vez de oreja, una vejiguilla al lado del cerebro, llena de líquido. El aparato de la vista, que casi se iguala con el del hombre, y es á veces más fino en los mamíferos, aves, peces, reptiles y batracios, tiene en los arácnidos, crustáceos é insectos pocos puntos de parangón con el mecanismo de los animales superiores; aun los más ínfimos zoófitos, infusorios y protozoarios es muy dudoso que estén dotados de sentido tan principal. Empero lo que no se disputa es que los privados de estos cuatro sentidos gocen del órgano del tacto, que, aunque por lo común tenga su lugar en la piel ó en membranas particulares, suele hacerle embotado la gordura de los cueros; por eso le ejercitan unos en la lengua, otros en apéndices y tentáculos, otros en otras partes, en las cuales reciben la impresión del aire, de los elementos, de los objetos exteriores, viniendo á ser el tacto el instrumento más común y general de que todos los brutos están provistos para ejercer su facultad. Si, pues, el supremo Hacedor, en todos los animales, dispuso aquella variedad de instrumentos proporcionados para sentir, si los cercó de estupendas maravillas para que ayudasen mejor á la sensación, si á ningún animal privó por entero del tacto, ¿cómo no les daremos á todos la facultad del sentimiento, sin la cual no tendrían causa bastante tantos aparatos finísimamente labrados?

Con este clarísimo privilegio han levantado la voz algunos zoólogos, pretendiendo que sin la facultad de sentir puede determinarse la condición de un animal. No es su contienda acerca de los vertebrados y de calidad superior; sólo tratan de volver por los de baja ralea, moluscos, zoófitos, espongiarios; quienes, "aunque estén pri-

[1] *Boletín-Revista*, t. VII, n. 77, p. 205.

vados de sensibilidad y de movilidad espontánea, son admitidos en el reino animal, á causa de su particular estructura. Porque tres caracteres esenciales constituyen un animal: facultad de crecer, facultad de reproducirse, estructura animal„ [1].

Cuán descaminado ande el discurso de este naturalista, échase luego de ver examinando los caracteres que señala como esenciales á la naturaleza animal. Porque el crecer y el reproducirse, evidente cosa es que no son notas privativas de los animales, sino comunes también al reino vegetal; y no bastando ambas para diversificar entrambos reinos, resta sólo la *estructura animal,* que es, según Milne Edwards, aquella configuración y particular hechura que no está ordenada al ejercicio de la sensibilidad. ¿Con qué linaje de razón la llamó *animal,* si nada tiene que ver con las condiciones características de los animales, sensación y movimiento espontáneo? Un ser que carece de sentido, y que solamente posee conformidad de estructura orgánica con los que sienten, ¿cómo puede entrar en la categoría de los sensitivos y ser dicho vivir como ellos, cuando está desposeído de aquel grado de vida? ¿Y cuál es el grado de vida animal sino la sensibilidad? ¿Cómo pues, no será burla y escarnio, por no decir palmario absurdo, apodar con el nombre de animal á un ser no sensitivo? Pero ¿qué dijera Milne Edwards si oyese afirmar que la estructura del protoplasma, que es la principal, no se diferencia esencialmente entre vegetales y animales? Y así los distintivos que este zoólogo presenta son notas comunes á entrambos reinos.

Además, convencen la sensibilidad animal las facultades internas que en los brutos relucen. La primera es el *sentido común,* llamado *interno* por San Agustín [2], que está desparramado por todo el cuerpo mediante el sistema nervioso, y en virtud de él, no sólo sienten, mas también conocen que sienten, y están dotados de una cierta conciencia de sus actos, que consiste en un conocimiento sensitivo de su interior estado, sin rastro de reflexión ni de libertad. Que éste sea en los brutos sentido diverso de los cinco, es cosa clara, porque para percibir el bruto que ve, que oye, que tiene hambre, y para enterarse de los actos propios, no le bastan los sentidos externos, que tienen limitado y muy ceñido el campo de su ejercicio; otra potencia sensitiva ha de haber que le adiestre y dirija en sus operaciones. "Si no sintiese que siente el animal, decía San Agustín, no se movería, apeteciendo ó esquivando lo que se le ofrece; pero el sentirse á sí propio no es para saber, sino para moverse. Porque el saber es oficio de la razón, que no está en poder de ningún sentido. Porque abrir los ojos y arrojarse á lo que desea ver, no podría de ningún modo, si cerrando los ojos no sintiese que no ve el objeto. Y si sintiese que no ve

[1] MILNE EDWARDS, *Encyclopédie du XIX^e siècle: animal.*

[2] *De lib. arbitr.,* l. II, cap. IV.

cuando realmente no ve, fuerza es que sienta que ve cuando de hecho alcanza á ver" [1].

La segunda facultad es la fantasía, que como en depósito guarda custodiadas las representaciones é imágenes habidas por los sentidos. Los brutos más perfectos dan señales de poseer esta potencia cuando andan y desandan un camino sin errar, cuando reconocen y halagan á sus dueños, cuando se recogen en sus madrigueras sin error, cuando como que murmuren entre dientes durante el sueño, según que San Agustín lo notó [2]. Y es mucho de reparar aquí lo que advirtió el Eximio Suárez, tratando cómo la memoria es propiedad de todos los animales. "Aunque en todos ellos, dice, haya sentido interno, no es en todos de igual calidad y perfección, ya que ni en todos puede ejecutar unas operaciones, ni versar sobre el mismo objeto adecuado, porque en los que sólo gozan de tacto y tal vez de gusto, es imperfectísimo el sentido interno, y no conserva las especies estando ausente el objeto, que por esta causa Aristóteles enseñó que estos animales carecen de fantasía" [3].

La tercera es la estimativa. Admitióla Santo Tomás en los brutos [4], al advertir en ellos algunos efectos que no pueden reducirse á sentido interno ni á fantasía. Aprenden los animales y conocen ciertas circunstancias que les acarrean daño ó provecho, y huyen ó se aficionan, según que perciban motivo de utilidad ó de perjuicio. Estas aprensiones son obra de la estimativa, y no del sentido. El lobo acosa al cordero, y no al chacal; el cordero huye del lobo, y no del mastín; las abejas acatan su reina, y por ella traban combate hasta entregar la vida á manos del enjambre enemigo; el gato da caza al ratón, y el ratón mira por enemigo al gato, y no al perro. El percibir relaciones sensibles y concretas no es operación que sobrepuje al grado de conocimiento sensitivo, por cuanto estos hechos singulares, ya que supongan nociones de más alta esfera que las orgánicas, no indican conceptos universales y abstractos, y así son de orden inferior á las espirituales. De donde se deduce que estos admirables efectos no tendrían lugar si no les asistiese á los animales la facultad de percibir relaciones concretas y sensitivas.

La cuarta es la memoria, la cual no es una mera reproducción de imágenes, como la fantasía, sino una viva aprensión de cosa pasada. El caballo que se venga de su jinete, con una furiosa coz, de un maltratamiento recibido en otro tiempo; el perro que menea la cola y brinca ante su antiguo bienhechor; el gato que huye del agua donde una vez le escaldaron, dan muestras de memoria sensitiva [5].

Todas estas facultades sirven admirablemente á los animales para

[1] *De lib. arbitr.*, l. II, cap. IV.—[2] *Contra epist. fundamenti*, cap. XVII.

[3] *De Anima*, lib. III, cap. XXXI.—[4] I p., q. LXXVIII, a. 4.

[5] LIBERATORE, *Il composto umano*, capo IV, art. III.

atender á la propia conservación y á la propagación de la especie. Evidentes son las industrias que muestran en razón de conseguir este doble fin; aquella vehementísima propensión que á sus tiempos los estimula á la multiplicación de la casta, aquella diligencia en dar á luz los hijos, aquel amor y solicitud en criarlos, el cuidado en mantenerlos, los ardides para buscar de comer, la traza en fabricar nidos, el apetito de holgar y solazarse, los artificios y asechanzas que usan para cazar, aquel afán de procurar y el acierto en hallar remedio á sus dolencias, el tiento en prevenir los peligros, sus jornadas y emigraciones á tierras lejanas, la maña en escapar de trances arriesgados, el ingenio en defenderse y en juntar muchos sus armas para la común defensa; en estos y otros parecidos casos no es posible dejar de ver el continuo ejercicio de la memoria, estimativa, fantasía, y por consecuencia forzosa la facultad de sentir.

2. Asentada esta tesis, resta que señalemos el sujeto de la sensación. No es el alma sola, ni sólo el cuerpo, sino el compuesto quien siente. No es el cuerpo quien entera al alma de las excitaciones que de fuera le vienen; tampoco es el alma quien exclusivamente recibe las impresiones corpóreas. La unión íntima y substancial del alma con el cuerpo hace que el órgano vivo sea el sujeto adecuado de la sensación, y que en sus sentidos experimente el bruto placer ó dolor, y juntamente la irritación y mudanza de apetitos.

Enseñaba Platón que sola el alma sentía. Entró en estacada con él Aristóteles, y le probó por razón lo contrario [1]. San Agustín, aunque platónico, en esto dejó de serlo: porque escribiendo á Volusiano adopta la sentencia del Estagirita. Santo Tomás en muchos lugares [2] enseña que "la potencia sensitiva tiene su asiento en el compuesto como en sujeto propio„. De otra manera, arguye el Santo, las almas de las bestias serían subsistentes y espirituales: porque si sin el cuerpo sienten, en ello son independientes de órgano corpóreo, y el sentir sería facultad inorgánica. En el compuesto, pues, reside el sentir como en sujeto propio. Cuando se deshace el compuesto humano, se pierde la sensibilidad y queda en el alma con su raíz y principio.

Con igual denuedo llamó á razón el P. Suárez á Gregorio de Rímini, que colocaba el sujeto de las potencias sensitivas en sola el alma. Redarguyóle de falso, y demostróle que en tal caso la sensación sería operación espiritual y los brutos estarían dotados de almas espirituales. "Las operaciones todas y las potencias sensitivas son comunes y de todo el conjunto„ [3]. Así Suárez, y con él toda la Escuela.

Esforcemos más la razón. ¿Qué es el sentido animal? ¿el órgano solo? Ciertamente que no; porque el cadáver, con poseer íntegro el

---

[1] D. THOM., I p., q. LXXV, a. 3.

[2] *De sensu et sensato*, lect. I; I p., q. LXXV, a. 3; q. XII, a. 3; q. LXXIII, a. 8.

[3] *De Anima*, l. II, cap. III.

órgano, dista mucho de sentir: tampoco es el alma sola; porque ella sin órgano, ¿qué siente? Luego "el sentir no es del alma, ni del cuerpo, sino del conjunto" [1]. Siendo la sensación una operación especificativa del animal, como el ser de éste consista en el compuesto de alma y cuerpo, si al ser debe seguir el obrar, preciso es que el compuesto, y no cada parte de por sí, sienta y experimente las sensaciones. La índole de la sensación esto pide y requiere. Porque, aunque la sensación sea una é indivisible, y eso se lo deba al alma incorporada en el organismo; pero no puede ser despojada de las determinaciones materiales y concretas que la acompañan: que de esta imposibilidad precisamente sacaba Santo Tomás ser la sensación acto de órgano corpóreo [2]. Si en el alma del bruto cupiese tal operación, y no en el cuerpo también, ¿cómo dejaría aquélla de ser subsistente, espiritual, inmortal?

ARTÍCULO IV.

1. Principio de la vida sensitiva.—2. Declárase más de propósito la naturaleza de los actos sensitivos para convencer á los atomistas.—Doctrina de los peripatéticos.—3. No vale el determinismo para la vida sensitiva de los animales.—4. El alma de los brutos no es un producto químico.

1. Pasando más adelante, la contienda presente se revuelve sobre este quicio: ¿cómo un ser corpóreo se torna sensitivo? Dos desvaríos están hoy de moda, y corren libremente en traje de opiniones por el campo de las ciencias naturales: el uno hace consistir la substancia de la vida animal en mero encaje de las moléculas orgánicas; el otro reputa, al contrario, el principio vital por una materia sutil, como si dijéramos, la flor de los elementos corpóreos, ó, hablando á la moderna, un producto químico. Detengámonos á mostrar cuán fuera de camino van entrambas opiniones.

2. Para hacer patente el despropósito de los atomistas, basta considerar cómo puede ser que un átomo falto de vida, de sensación y de apetitos, por el hecho de juntarse para hacer compañía á otros de su estilo en esta ó aquella disposición, adquiera facultades altísimas como las de percibir y apetecer. Porque gran trecho va de mover á sentir. La sensación ó percepción no es tan sólo un acto inmanente que se perfeccione en el principio activo, sino además un acto que pone al percibiente en posesión lógica del objeto percibido: no basta para la percepción visiva el retratarse al vivo los objetos en el fondo de la retina; es menester que una virtud particular del órgano de la vista ponga en actual ejercicio su vigor y se haga capaz de la impresión acaecida; de lo contrario, cada y cuando que un órgano es heri-

[1] D. TH., I p., q. LXXVII, a. 5.—[2] I p., q. XII.

do por un objeto, tendríamos de él noticia; ¿y cuántas no son las veces que por falta de atención, por indisposición del sentido, por incapacidad del sujeto, viene á quedar frustránea la impresión de un objeto exterior? Las condiciones antedichas se cumplirán, el objeto hará su oficio, el órgano estará bien dispuesto; más, el impulso habrá sido dado, transmitido, recibido, las fibras nerviosas habrán luego vibrado; sin embargo de ser así, la sensación no tendrá cabida sino en el instante en que el alma se apodere de la impresión y tome en cuenta el objeto que la produjo. Uno es el impulso que hiere, otro el percibir la herida; una la impresión pasiva del objeto, otra la actuación espontánea del principio que le señorea y hace presa en él. "Sentir, decía Santo Tomás, es una operación del que siente; no procede á hacer algo acerca de lo sensible, sino antes bien pára en la especie sensible que en sí tiene; y así, sentir, cuanto á la recepción de la especie sensible, dice pasión, pero cuanto al acto que sigue á lo sentido y percibido por la especie, dice operación, que se llama movimiento del sentido„ [1].

De esta doctrina, que fué común y celebrada en toda la Escuela, se infiere que las condiciones que á la sensación anteceden son operaciones totalmente distintas de ella: aquéllas son materiales, como decíamos arriba [2], la sensación es inmaterial y de más levantado jaez. Porque, según el mismo glorioso Doctor enseña, "toda potencia cognoscitiva en cuanto tal es inmaterial; aun del sentido, que ocupa el último lugar entre las potencias cognoscitivas, dice Aristóteles que es capaz de especies sensibles sin materia„.

Si, pues, en esto no hay duda, ¿cómo, veamos, pueden los átomos alcanzar á tanta dignidad por más ordenados y concertados que estén? Podrán moverse, actuar unos sobre otros, influir entre sí vigor mecánico, ejercitar de mil maneras artificiosas su física actividad; mas este ejercicio con alarde de fuerzas no sale del cerco interior, no traspasa su acción á la sobrehaz: en ocurriendo un objeto y en llamando con su impresión á las puertas de los órganos, no podrán los átomos darse por entendidos, antes quedará sin efecto la impresión por falta de virtud proporcionada. "Por consiguiente, concluye el Doctor Angélico, es imposible que la mixtión ú ordenación de los elementos cause virtud alguna cognoscitiva„ [3]. En cuyas palabras fijando la consideración el P. Kleutgen, añade: "La mezcla armoniosa de que hablan los atomistas podrá disponer el cuerpo á engendrar en sí el principio vital, y á ser activo juntamente con él; pero no podrá jamás hacer que un conjunto de átomos, sin principio nuevo, llegue á ser principio vital„ [4]. Lo mismo advirtió el P. Suárez refutando esta opi-

[1] In lib. I, dis. VIII, q. I, a. I.—[2] Art. II.
[3] *Contra gentes.*, l. II, cap. LXII.
[4] *La phil. scholast.*, t. III, dissert. VII, chap. V.

nión, que dice fué la de Epicuro y de Galeno, y de otros médicos y herejes: "El temperamento es necesaria disposición del órgano de cada facultad vital material, para que en el órgano pueda ella regir y obrar: de donde, así como las potencias vitales, aunque distintas del temperamento, se pierden y acaban disuelto el temperamento, así también el alma desaparece y cesa de ser si el temperamento falta" [1].

De esta doctrina se hace evidente que la facultad de sentir en los animales consta de dos partes: alma y materia corpórea. No es la forma ó el alma sola quien hace de principio constitutivo de la sensibilidad animal, su parte tiene el órgano corpóreo; de todo junto, como dijimos, del alma y del cuerpo, nace la sensación entera y acabada, y por eso es operación orgánica y hechura del compuesto animal, de suyo extenso y organizado.

Pero la ciencia moderna, que pone su gloria en desterrar de la enseñanza todo olor de espíritu, y que si le acepta es para envilecerle y hacerle despreciable, ha cerrado la puerta á todo principio animal que no sea pura materia; por este motivo, so color de dar causa á los fenómenos de la vida, engrandece con himnos de júbilo las prerrogativas de las fuerzas materiales. Descartes vive hoy con tanta ó mayor pujanza que hace dos siglos. El espíritu y la materia, cada cual en su territorio, divorciados, con sus propias cualidades, sin unión entre sí, forman dos mundos aislados, el mundo de los espíritus, el mundo de los cuerpos; de vida goza el espíritu en su región superior, de vida goza el cuerpo en su esfera material: reino espiritual y eterno; reino temporal y caduco. En todas las ciencias naturales, en las artes, en la política, el cartesianismo, que es la guerra de la materia contra el espíritu, prevalece y hace de señor absoluto.

3. ¿Qué es el determinismo de Claudio Bernard sino el cartesianismo en toda su desnudez? Este profesor del Instituto, venerado por milagro de sabiduría, inventó el vocablo *determinismo* para encajar más á mansalva los principios de Descartes, mil veces deshechos y desquiciados en las aulas de filosofía. Concede Bernard á la vida animal una índole propia, independiente del alma, haciéndola brotar de las leyes de la materia.

En Junio de 1870, en un curso de Fisiología, exponiendo su método y sus principios, "podríamos, decía, amontonar hechos en prueba de que todas las manifestaciones vitales, sin excepción, expresan directamente las propiedades físico-químicas de la materia organizada... El organismo se renueva de continuo, y esa renovación constituye la vida, que no es más que una creación orgánica. Han de considerarse en ella, como hemos dicho, fenómenos de síntesis vital y

[1] *De Anima*, l. I, cap. I.

fenómenos de combustión orgánica. Ambos á dos constituyen un todo concertado en las manifestaciones de la vida... La vida es una armonía, un concierto ejecutado por instrumentos que están representados en los elementos, tejidos y órganos del cuerpo. Si sobrevienen modificaciones ó discordancias en la armonía general, hay que buscarlas en el desorden y modificaciones de las propiedades físico-químicas de la materia organizada que podemos tener conocidas, y no en una fuerza vital ideal que no podemos alcanzar„ [1].

En estas palabras se descubre cómo, según Claudio Bernard, la materia tiene su manera de obrar con sus propiedades particulares, y el principio de vida es la idea creadora que ordena los elementos y causa la organización de ellos. Todo el desconcierto de este sistema está en apartar dos cosas que se han de considerar hermanadas, en mirar como elementos que obran de por sí los que obran íntimamente unidos, en separar, en fin, el principio activo del pasivo: tal es el cartesianismo.

El animal no puede ser llamado máquina viviente, porque la máquina no altera las propiedades de la materia, sino que compone los elementos según las leyes físicas, y los transforma siguiendo la dirección del que la fabricó. En los animales, empero, la materia, además de recibir disposición, participa propiedades nuevas, y no sólo mudanza de propiedades, mas también vitalidad y acción. Y ¿de dónde recibe cualidades tan nuevas sino del principio que las informa? Luego otras son las leyes que administran los cuerpos organizados, muy diversas de las leyes físico-químicas; conviene á saber, la substancia material, que debajo de leyes físicas no subía de punto ni salía de su baja esfera, sometida ahora al principio de vida se modifica, se transforma, adquiere nuevo ser y pasa á un orden superior, á ser organizada y viviente, de materia burda é inerte que antes fué.

4. Cuando, pues, el fisiólogo dice que las materias albuminoideas se acumulan en el hígado y que allí se vuelven materia glicogénica, y que ésta á su vez se torna azúcar en la sangre, y que allí se arde y consume, no hace más que exponer acciones parciales que acontecen en el organismo porque es vivo, pero no explica la vida: se detiene en los efectos de ella y en las condiciones necesarias, á fin de que al viviente no le falte un punto para obrar bien. Mas el vivir, ¿en qué consiste? ¿En las acciones materiales que obedecen á las leyes constantes de la materia, ó en los actos que proceden de la vitalidad del principio informante? Porque lo que fueren los actos del animal, eso serán las acciones y productos que resulten; y siendo los mismos los elementos materiales, podrán ser diversos sus productos, según que la disposición, vitalidad y actividad del animal sea más ó menos eficaz. Aunque los elementos físico-químicos sean de tan absoluta nece-

[1] *Revue scientifique*, 1871, p. 391.

sidad, que sin ellos no hay vida posible, la vida se constituye por el principio intrínseco que los dirige, trueca, perfecciona y no descansa hasta hacérselos suyos y partícipes de su propia vitalidad. Luego el determinismo, que no hace caso del principio vital y coloca la vida en la disposición de los átomos, pervierte el orden de las cosas, reduce lo maravilloso en imposible, saca de lo vil milagros y pretende propagar el cartesianismo, haciendo almacén de máquinas de todo el reino animal [1].

Por aquí se saca la refutación de la otra opinión moderna que propusimos, y que constituye el principio vital de los animales en un producto químico, esto es, en una materia sutilísima y acendrada muy semejante al fuego. Al cabo la sensación en ese concepto se reduciría á movimiento de la materia; y ¿cómo una operación mecánica poseería la inmanencia tan necesaria á la facultad de sentir? ¿Sería el cuerpo sensible? No, sino sólo impresionable, como lo es la placa preparada en la cámara obscura: el órgano recibiría impresión de luz, de calor, de sonido, de sabor; mas no se apoderaría de ella, no la experimentaría, no habría de ella verdadera sensación. Y esto baste para hacer ver la vanidad de esta manera de pensar.

---

[1] FRÉDAULT, *Forme et matière*, chap. XVIII.





CAPITULO XXXIII.

EL ALMA DE LOS BRUTOS.

«Reptile animæ viventis — animan viventem atque motabilem—anima vivens.»
(Vers. 20, 21, 30.)

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Estado de esta cuestión en el día de hoy.—2. Los brutos carecen de inteligencia; sólo tienen alma sensitiva; no poseen ideas universales.—3. El alma de la bestia no es espiritual ni nace por creación.—4. El alma sensitiva es la forma substancial del bruto y el principio de su actividad interna.—5. Misterio de la generación animal.—6. Doctrina de Santo Tomás.

1. Las opiniones que acabamos de refutar, con la evidente repugnancia de sus asertos han hecho desviar á muchos modernos, despeñándolos en el extremo contrario. Porque, viendo cuán diferente de las fuerzas materiales sea la facultad de sentir, han canonizado el alma de los brutos por substancia simple, espiritual, perfectísima, adornada de entendimiento y razón. Así como hubo filósofos antiguos, y de los modernos Richerand, Bichat, Robinet, que concedieron á las plantas la propiedad de sentir; así otros no extrañaron dotar á los animales de discurso y voluntad. Algunos años ha los llamados naturalistas se inclinaban á enaltecer al bruto con la dádiva del entendimiento, porque pocos eran los que le siguiesen el humor á Descartes, pareciéndoles cosa de menos valer y poco digna de filósofos; mas después, en especial los ingleses, han vuelto á engrandecer el automatismo de las acciones animales; no son con todo eso pocos los que por el gusto de asimilar al bruto con el hombre le igualan en el alma, para que, de la semejanza, la braveza de los instintos parezca de menos monta.

2. Esta opinión es vanísima y ajena de todo buen discurso, porque, como dice el P. Suárez: "De ella resulta que el bruto no se diferenciaría del hombre, sino con diferencia accidental, y sería el hombre un bruto más ó menos perfecto; lo cual ninguno lo puede afirmar, si no es que sea semejante á los jumentos insensatos, ó como el caballo y el mulo, que carecen de entendimiento, según que lo expresan las Escrituras „ [1]. "De donde se seguiría, añade, ó que las almas humanas son mortales, ó que son inmortales las de las bestias, y por ello capaces de felicidad y de miseria, de bien y de mal, con otras particularidades que sobre la transmigración de las almas suelen traerse á colación „. A la verdad, ¿qué señales dan los animales de poseer el don de la racionalidad? Ellos no gastan lenguaje, no usan de libertad en sus obras, los de una especie obran siempre de igual manera, la capacidad que tienen para aprender no les vale para llevar adelante lo aprendido, la enseñanza que se les puede dar se reduce á cortísimos límites, en fin, todo cuanto de ellos nos dicen sus industrias y habilidades, á grandes voces pregona que carecen de razón, y que está adornado de suma inteligencia y de altísima sabiduría aquel Señor que los crió y que con su providencia de continuo les asiste.

Además, el bruto es un ser que vive sola vida sensitiva; á fuer de tal tiene operaciones inmanentes, las cuales proceden del principio interior, y se actúan puestas las condiciones y la apta disposición del organismo. Ese principio no puede ser sino alma sensitiva. No es ningún espíritu que anime al bruto y le apremie á sentir, porque serían dos substancias subordinadas, como son el timonel y la nave, y del espíritu derivaríase al bruto la influencia física, mas no sería el bruto quien sintiese, porque de lo contrario, si siente el bruto, ó siente junto con el espíritu, ó siente por sí: si siente el bruto solo y por sí, ¿de qué le aprovecha el espíritu asistente?; si entrambos sienten por junto, el espíritu será el alma del bruto, porque la facultad de sentir no es advenediza y pasajera, sino substancial, inmanente y orgánica de suyo; y así tendrá que correr entre el espíritu y el bruto una comunicación mutua, en cuya virtud el cuerpo del animal, recibida la impresión en el órgano del sentido, deberá transmitírsela al espíritu y determinarle á obrar; ¿pero qué linaje de comunicación puede pretender un cuerpo en un espíritu que no le informa? Con que no puede señorear al bruto forma alguna, fuera de su alma, que sea principio de la vida sensitiva. Y pues el principio de su sentir es esencial y substancial, la forma que sea raíz de tales actos substancial habrá de ser, sólo capaz de operaciones sensitivas, incapaz de operaciones superiores.

Otra razón hay que prueba victoriosamente carecer el bruto de entendimiento, y es el estar privado de ideas universales, parto natu-

[1] *De Anima*, lib. I, cap. V.

ral de las almas que son espíritus. Porque el hombre, desnudando las ideas sensibles de aquellas notas concretas que las acompañan, sube á contemplar en su más abstracta noción las esencias de las cosas. No que los objetos de las ideas universales tengan en realidad de verdad aquella hechura que les atribuye nuestra mente: real es, sí, el pie y fundamento de ellas; pero nuestro entendimiento, por aquella excelente prerrogativa de abstraer de muchos individuos las circunstancias singulares, apura como en un crisol las nociones con que llega á formar idea de substancia, de existencia, de ser; de aquí comparando entre sí sus conceptos, juzga, y juzgando raciocina, y raciocinando acrecienta el tesoro de verdades, y, pertrechado de nuevas verdades, dilata su imperio sobre la región de los bienes sensibles. Mas el bruto ni adelanta ni da un paso en el estilo de sus obras, porque no posee conocimientos universales en que estribar. Y no es que le falten nociones concretas, antes en ellas se revuelve todo su poderío, en ellas vive como atollado y pegado; pero hallándose sin el don de abstraer, por falta de entendimiento, no pudiendo labrar aquella delgadez y sutileza de conceptos universales, no hay remedio de salir de lo trillado de su vida apocada, en que la experiencia no nos señala indicios de ningún progreso: no habiendo lugar el efecto, tampoco diremos que quepa en ellos la causa. Que si llegasen á ocupar sus potencias los conceptos generales y abstractos, unas cosas las sacarían de otras, estarían en lo que hacen, nos traerían atónitos con mil invenciones y raros modos de proceder, comoquiera que á todo observador sea bien notoria la absoluta incapacidad que tienen para llevar adelante las artes más mecánicas en el trato y comunicación que guardan entre sí y con los hombres. Pues luego los brutos carecen de entendimiento. Cuando veamos más adelante qué razón hemos de dar del maravilloso instinto que en sus obras resplandece, echaremos el sello á esta importante materia.

3. Así que tienen los brutos alma sensitiva y no espiritual. Con no ser espiritual, no es por eso materia, si bien de la materia depende su entidad, como depende su operación. Pues luego no sale á luz por vía de creación, viniendo del abismo de la nada, sino por vía de generación. No siendo criada, tampoco es aniquilada; acaba cuando se desata la máquina del cuerpo por hacerse inhábil para la vida. La condición intrínseca y entitativa del alma de los brutos está en que de sí nada puede sin el favor del cuerpo; es un ser imperfectísimo y manco, sólo capaz de usar de órganos y de percibir mediante ellos. "El alma sensitiva, dice Santo Tomás, no tiene operación alguna propia, todas son del compuesto; y así no es subsistente" [1].

4. Digamos ahora del oficio que hace el alma en el cuerpo del bruto. Entre las dos escuelas que caminan por vías contrarias (la materia-

---

[1] I p., q. LXXV, a. 3.

lista, que sólo divisa en la entidad de las cosas fuerzas físicas, y en ésas movimiento; y la idealista, que busca en solo Dios la causa formal de todo ser), asentó sus reales Aristóteles, enseñando que las cosas naturales son poseídas de principios ó de formas que unidas á la materia hacen una substancia determinada y completa. Es la forma de un ser aquel constitutivo que actuándole hácele capaz de obrar con plena causalidad y eficiencia. Pués tratando de los brutos, no se puede negar sino que hay en ellos un principio formal, fuente de unidad, de percepción, de causalidad. La materia de que se componen tiene partes yuxtapuestas y organizadas con maravilloso artificio, como hechas para recibir hondas impresiones y ejecutar nobilísimos movimientos. Es de toda imposibilidad imposible que partes extensas perciban, sientan y obren psíquicamente, á menos de tener entrañado en su extensión un ser capaz de recoger en sí las impresiones, de percibirlas y de expresar su contenido en alguna manera: de otra suerte, cada objeto exterior, haciendo efecto en partes distintas, produciría de sí en el animal variadas noticias, ni le fuera hacedero á éste formar percepción entera de una cosa. Pues como en el animal tengamos la facultad de referir á un solo objeto las impresiones recibidas de sus órganos, y de representarlas juntas en uno, y declarar en su manera la unidad de la cosa sentida; con suficiente razón colegimos que la unidad de percepción que en todo el conjunto resplandece le viene al bruto del elemento que completa la facultad de sentir. Tal es el alma de los brutos.

Después advertimos en ellos un continuo ejercicio de actividad, encaminado á dar crecimiento y lozanía á sus miembros, cebo á sus inclinaciones y á todo su ser perfección y contentamiento, no parando en ningún lugar ni tiempo, y sólo acabando con la muerte del animal. ¿Quién, pues, pone tanto orden en dicho ejercicio? ¿Quién así templa sus fuerzas con tanta armonía, que resulte el bienestar del individuo y la conservación de la especie? No, cierto, la materia, que es la movida, la forzada, la transformada, la animada, la cual, aunque para ayudar á estos efectos posea su caudal de propiedades, pues de lo contrario sería cosa de milagro la organización de un animal; pero las fuerzas que tiene, ya que basten para ejecutar los movimientos vitales, no bastan para producirlos, porque aunque fueran poderosas á causar algunas mudanzas, no lo serían á disponer el organismo de aquella particular manera que ha menester el animal para sobrevivir y crecer en medio del flujo y reflujo de moléculas que en su cuerpo concurren.

De arte, que alguna virtud superior hemos de introducir para alcanzar operaciones tan nuevas y peregrinas. No desechamos las fuerzas que en los órganos se esconden, aunque se subordinen á la eficacia del principio sensitivo; mas no son ellas de suyo suficientes para engendrar el orden maravilloso que luce en el cerebro, en el corazón,

en el aparato digestivo; son ineptas para las funciones de asimilación y de relación; son nulas para obra tan principal como es la fecundación, crecimiento del óvulo, formación del feto; y, por consiguiente, un principio debe admitirse de más alto jaez que tenga á su cuidado el concierto de tan delicadas partes, que distribuya la materia compuesta, que proporcione los miembros, que eche rayos de hermosura y sea raíz de la unidad, regla del orden, fuente manantial de vida, imán de fuerzas, flor y gloria de todo el bien que en el animal se encierra.

5. Tal es el fin de la forma, tal el ministerio que en el bruto ejerce; no es posible negar la unión substancial que del alma y del cuerpo resulta. Es cosa que pasma con qué espontaneidad se van arrimando á los antiguos los modernos en orden á reconocer en los vivientes los dos elementos, materia y forma, necesarios y distintos. Claudio Bernard, que no halló manera cómo penetrar en el piélago de la vida, enseñaba que el poderío del germen, al que llamó *impulso vital*, imprime en la materia protoplásmica, apercibida por el organismo de la madre, la forma específica de los movimientos que han de llevar al cabo el plan de organización trazado de antemano por la comunidad de la especie [1]. Así, antiguos y modernos comienzan á darse la mano sosteniendo que la eficacia comunicada á la semilla por el alma del padre saca del óvulo materno el principio vital, ó digamos el alma del bruto. "El alma, decía Santo Tomás, es producida, mediante la virtud formativa que le proviene al semen del generante por el alma" [2]. A la verdad, puesta la intervención del divino poder en la primera producción de las semillas animales, y la facultad cometida á las mismas de perpetuar indefinidamente la especie, á los agentes naturales tocaba el desempeño de la propagación, efectuada siempre con dependencia de la causa primera. Los agentes naturales no son otros, cuando concurren las debidas circunstancias de lugar y tiempo, que las semillas de los diversos animales, y juntamente los óvulos. "A la manera que la hermosura de un edificio bulle ya en la mente del arquitecto y en la bondad de los materiales, así la forma substancial del nuevo ser sensitivo preexiste en la virtud de los que le han de engendrar. Por esta causa, si bien ni en el óvulo ni en la semilla tengamos actuada la forma vital sensitiva, es perfectamente producida en el concurso de entrambos, no sin alteraciones de la materia, por medio de las cuales se lleva á efecto la generación animal" [3].

Mas ¡qué alteraciones tan raras y asombrosas! No hay, por cierto, entendimientos que basten á maravillarse de ello debidamente. La fecundación consiste en penetrar los zoospermos en el interior del óvulo. Hace un siglo se admitía el aura seminal, estimada vapor su-

---

[1] *Phénom. de la vie*, t. I, p. 352.—[2] *In II Sent.*, dist. XVIII, q. II, a. 3.
[3] P. PESCH, *Instit. philos.*, l. I, disp. III, sect. III.

til; debelóla Spallanzani en 1782: otros hablaban de filamentos espermáticos, en que veían una miniatura del futuro viviente; otros cometían á unos animalillos el oficio de fomentar con sus agitaciones el licor fecundante: todas estas teorías pasan hoy por falsas y nulas. El solo contacto directo de los zoospermos es juzgado verdadera causa de la fecundación.

Cuando esto acaece, cuando la cabecita de un zoospermo va con su rápida carrera á penetrar, cual saeta asestada al blanco, en la membrana vitelina, la telilla superficial del protoplasma ovular álzase en forma de cono y sube y le sale al encuentro hasta juntarse con él: vuelven ambos á caer abrazados en la masa vitelina; aquí la cabeza del zoospermo se abulta; después, ocupando el centro del óvulo, toma el aspecto de una mancha clara, que se rodea de rayos convergentes á manera de estrella: éste, que es el pronúcleo macho, júntase con el pronúcleo hembra, que antes residía en la vejiguilla germinal, y, penetrándose ambos á dos, vienen á constituir el núcleo vitelino; y henos aquí el huevecillo fecundado y dispuesto á tomar creces y á hacerse embrión animal [1]. De esta maravillosa operación podemos bien concluir cuán razonablemente son dichas las almas de los brutos deber su origen á los mismos animales que los engendran; muy de otra manera las almas humanas, que, siendo independientes de la materia, á solo Dios tienen por autor.

6. Hermosamente expone Santo Tomás esta doctrina al tratar cómo el alma, meramente sensitiva, comienza á ser [2]. Las almas sensitivas que informan los animales no son hechas por Dios de nada, porque no son subsistentes ni tienen ser y operación de por sí [3]: á los agentes corpóreos deben su origen, mediante las alteraciones operadas por la virtud corporal que en ellos reside. "Del alma del generante derívase una cierta virtud activa, que se traspasa al mismo cuerpo del animal...; y así el alma del engendrado es causada por el alma del engendrador ó, digamos, por aquella virtud que emanó de la propia alma„ [4]. Los machos poseen la virtud activa, las hembras suministran la materia del feto; por esto producida el alma sensitiva en virtud del principio activo, el embrión empieza á obrar, acrecentando la mole y llevándola á perfección. Tal es la doctrina del Angélico tocante al alma del bruto, muy conforme con la explicación que dan los fisiólogos de nuestra edad.

Otro es el discurso respecto del alma humana. La virtud fecundante no alcanza á producirla. El alma intelectiva, por ser subsistente y espiritual, transciende lo tosco de la materia, pues ejecuta operaciones en que no comunica con el cuerpo. Luego no puede ser origi-

---

[1] Duval, *Cours de physiologie*, 1883, p. 626.—Wund, *Nouveaux élém. de physiol. hum.*, 1872, p. 127.

[2] I p., q. CXVIII, a. 1.—[3] I p., q. LXXV, a. 3.—[4] Ib. in corp. art.

nada por virtud corpórea si no es en cuanto la virtud corpórea le sirve á Dios de instrumento y de disposición para sacarla él de la nada, como enseña el santo Doctor [1].

ARTÍCULO II.

1. Unidad animal.—2. Actos que parecen independientes.—3. El ingerto animal.—4. Doctrina de la unidad animal.—5. Las formas subordinadas.—6. Las colonias.

1. Una es el alma de cada bruto, porque uno es el ser substancial, una la forma principal y superior á que son deudoras de su virtud las funciones orgánicas, una la individualidad, y así uno el principio sensitivo y única el alma que señorea el cuerpo y sus facultades. De lo dicho hasta aquí se concluyen fácilmente estas proposiciones. Pero conviene estar bien en la cuenta de lo que nos informa el estudio de los peritos. Según las modernas observaciones de la fisiología, cada órgano tiene una suerte de vida independiente del comercio de los demás; cada parte del animal engruesa, se altera y puede reproducirse por sí. Los nervios, músculos, glándulas, tejidos, huesos, etc., están compuestos de células animadas de vida propia, y singularmente distinta de la vida del organismo entero, en tanto grado, que muchas partes pueden continuar vegetando fuera del cuerpo como concurran favorables condiciones. Así Lieberkuhn vió durar ochenta y cinco días los movimientos amiboideos de los glóbulos blancos en la sangre de la salamandra; Paul Bert demostró que las patas y colas de ratón pasan vivas días arreo separadas del animal; el mismo autor probó que una porción apartada de los centros nerviosos se nutre, se osifica y alcanza forma y dimensiones ordinarias si acompañan las circunstancias propicias para la nutrición; un órgano, en fin, mutilado, fuera de conservar su semblante y estructura, crece á veces también, se nutre y adquiere la debida proporción.

2. Además, aun muerto el animal se han visto células vibrátiles agitarse temblorosas en vivientes descabezados cuarenta y ocho horas después de la ejecución; en ranas muertas de varias semanas es dado hallar apéndices vibrando sin parar; en toros, seis días después de desangrados, se han notado movimientos de espermatozoides; aun en animales superiores parece que cada parte muere á su hora determinada, por orden, conforme sea la pujanza y vigor de que es capaz, y por esto las células musculares del corazón mueren unas tras otras, como Engelmann advirtió [2].

Igualmente admirable es la actividad de los leucocitos ó glóbulos

---

[1] I p., q. CXVIII, a. 2, ad 3.

[2] FRÉDÉRICK ET NOEL, *Physiol. humaine*, 1884.

blancos de la sangre. Sin excitación alguna exterior se contraen, se dilatan, se mueven con increíble ligereza, respiran consumiendo oxígeno y produciendo anhídrido carbónico, se alimentan tomando del medio que los rodea partículas asimilables, echan de sí las desaprovechadas ó nocivas, y, en fin, son hábiles para propagarse; porque es cosa de maravilla con qué tesón y constancia los glóbulos sanguíneos, abastados de potasa y de fosfatos, con estar nadando en un líquido que sólo abunda en sosa, por no perder su potasa, repelen la sosa con indecible tenacidad; y lo que más espanta es cómo estas funciones, no sólo las ejercitan dentro del cuerpo organizado y vivo, mas también á veces extrañados de él y sin participar del principio animal.

3. Pero estremece de pasmo el ver con qué facilidad un tejido trasplantado en otro punto del propio cuerpo, y también ingerido en un animal de otra especie, vive, crece y se propaga. Más: plantando en la piel de animales vivos pedazos de periostio de conejo, muerto un día antes, se logra tejido óseo. ¡Cuántos ingertos no hace diariamente la cirugía en animales extraños! De estos notables experimentos parece inferirse que las células constitutivas viven sin ninguna dependencia, cual si hurtasen el cuerpo á la jurisdicción y poder del principio vital; y de ahí concluye la biología moderna que toda parte del organismo goza de vida propia independiente [1].

Con esta prodigiosa independencia de tantos actos vitales y orgánicos han querido muchos fisiólogos levantar un baluarte de defensa para dar en tierra con la unidad del individuo animal. "Si la zoología y la embriología demuestran que los animales superiores en cuanto á su organización son verdaderas colonias de organismos elementares, la filsiología del mismo modo demuestra que el ser sensitivo y activo viene á ser una suma de yo distintos. La unidad aparente consiste toda entera en la armonía de un conjunto subordinado; pero los elementos llevan en sí cada cual los atributos esenciales y todos los rasgos primitivos del individuo animal„ [2]. Así Duval, copiando al materialista Edmundo Perrier [3]. Con menos arrogancia, hace unos cuarenta años, el experto Virchow, ponderada la unidad de los seres organizados, daba noticia de la *colonia* moderna, por estas palabras: "Los seres organizados tienen una existencia personal, y encierran en sí la raiz y fuente de todo el desenvolvimiento. Esta disposición interior constituye su propia índole, y la forma exterior que de ella resulta nos descubre su íntima naturaleza: el individuo lleva en sí impreso el sello de la unidad. Por muchas y varias que sean sus partes, forman una verdadera comunidad, en donde cada una se relaciona

1 JOLY, *Psychologie comparée*, 1877, p. 39.
2 *Cours de Physiologie*, 1883, p. 71.
3 *Les colonies animales et la formation des organismes*, 1881.

con las demás, de sus vecinas necesita, ni puede valer ni medrar fuera de la vida común. Como decía Aristóteles, todo ser que vive obra con su fin; y su fin es interno, como Kant dijo mejor. El organismo es una sociedad de células vivas, un pequeño estado bien regido con todo el cortejo de empleados y oficiales superiores y subalternos, mayores y menores„ [1].

4. Entremos en la declaración de la unidad animal, á fin de probar cómo todos los hechos arriba mencionados, en vez de quebrantarla y empecerla, mucho más la confirman y establecen. Porque, en verdad, de todos los órganos corpóreos, ninguno hay que sea centro de la máquina total. Centros y sistemas particulares, ¿cuántos no posee el cuerpo del bruto? El encéfalo no es sino una junta admirable de millares de elementos animados de vida propia. Mas ¿qué especie de vida es la suya? Sensitiva, no; porque no experimenta cada una de sus partes impresiones por cuenta propia, sino por cuenta del supuesto; el animal es quien siente en cada centro y parte del organismo. No es el ojo quien ve: el animal es quien percibe mediante el ojo. No hay en el organismo un centro material que gobierne las operaciones orgánicas; pero lo que la anatomía con sus instrumentos no alcanza á descubrir, la filosofía lo asienta y declara con sobradísima razón [2]. Si no es posible negar los muchos principios elementares que regeneran las células, tampoco es dado desconocer que un principio original compone la unidad. No bastan para la integridad del organismo las formas particulares de las células microscópicas; una es la forma superior que las gobierna todas, subordinándolas á un fin común y poniéndolas en su lugar y debida proporción. Reconocen los fisiólogos (Vulpian, Robin, Duval, Gavarret) en cada célula fuerza espontánea y activísima, y ¿negarán actividad al principio que rige todas las células trabándolas, dándoles unidad, y haciendo que todo el conjunto sienta y perciba sus modificaciones? Verdaderamente, el polivitalismo reciente se enreda en un laberinto sin salida, si no recibe un alma de esfera superior que sea centro de todo el mecanismo animal.

No debe embarazarnos para defender la unidad sensitiva esa multitud de acciones vitales que en los organismos parecen. El P. Francisco Suárez refiere la opinión de muchos médicos que ya en el siglo XV, demás de un alma que informase el cuerpo total, ponían formas varias que constituyesen las partes heterogéneas del ser organizado. Señaladamente seguía esta opinión el filósofo escolástico Agustín Nifo, que anduvo por Italia á principios del siglo XVI comentando á Aristóteles, con ánimo de componer sus doctrinas con las del moro Averroes. Otros autores alega Suárez partidarios de este sentimiento, y aunque denodado le combate, por seguir el común parecer de los

[1] *Revue scientifique*, 1866, p. 700.—[2] JOLY, *Ibid.*, p. 298.

filósofos de su tiempo que sustentaban la doctrina de Santo Tomás, no son sus razones tan eficaces que triunfen del adversario por entero [1]. Ya el sutilísimo doctor Escoto enseñaba que en los vivientes, fuera del alma, se aposenta una cierta forma substancial, que llamó *corporeidad,* que tiene por blanco establecer la materia en estado de cuerpo orgánico, dándola el ser de hueso, músculo, nervio, membrana, etc., en orden á la introducción del alma sensitiva. No fueron pocos los doctores que en este campo pelearon, ni pocos los que tomaron las armas en contra estribando en Santo Tomás [2].

5. Más adelante á primeros del siglo XVIII propuso el P. Juan de Ulloa una notable doctrina, yendo en el fundamento de Escoto, digna de particular mención por lo bien que se ajusta á las experiencias modernas, mayormente del ingerto animal. En todos los cuerpos, vivientes sobre todo, admite muchas formas substanciales subordinadas á una principal, no de manera que ellas pongan en su ser el compuesto totalmente, mas sólo á título de partes integrantes, pues son unos como preparativos para que la forma principal venga á dar fuerzas á toda la materia y la revista de su eficacia, obrando en ella con plenitud de poder [3]. Así en el hombre, sin el alma, que es la forma superior, hay las formas de carne, de hueso, de nervio, etc., que pertenecen á la integridad del hombre y toman la delantera en la obra material antes que el alma la informe. Los Escotistas, que habían propuesto esta sentencia, porfiaban que las formas subordinadas eran esenciales al viviente; el P. Ulloa templó la aspereza de estos vocablos, contentándose con atribuirles la prerrogativa de integrales. El deseo de conciliar la doctrina peripatética con las experiencias físicas y químicas que ya en su tiempo (1720) despertaban la agudeza de los ingenios, estimulado por aquel criterio independiente y libre de servidumbre que los filósofos jesuitas solían seguir, puso al P. Ulloa en la pluma tan hermosa explicación. Porque vemos, decía, que un madero arrimado al fuego se resuelve en humo, resina, sal, vapor acuoso, ceniza (lo mismo dijera del agua en oxígeno é hidrógeno, prendida la chispa eléctrica); formas que no se producen en el acto, sino que ya preexistían juntamente con la forma principal, y les estaban como pegadas y asentadas en sus dominios. Cuidadosamente concédeseles el oficio de actuar la materia con actuación de hueso, carne, nervio, etc., y no con actuación de viviente sensible; porque como la carne, hueso y nervio duran y continúan en despidiéndose el alma del cuerpo, señal es de que no dependen sus formas de la presencia del alma; que una cosa es la carne, otra el animal. No se diga que la carne no estaría animada por el alma; porque

[1] *De Anima,* lib. I, cap. XIV; *Metaphys.,* disp. XV, sect. X.

[2] I p., q. LXXVI, a. 4.

[3] *Physic. speculat.,* disp. I, núm. 149.

el alma, en el informar la materia de la carne, hace que aquella forma crezca y se anutrimente al estilo de la materia.

Esta manera de sentir fué tenida en grande estima, y aun defendida en Roma á principios del mismo siglo XVIII, públicamente y sin reparo, en esta substancia: "Es necesario admitir en los vivientes, y en el hombre especialmente, muchas formas que se subordinen una á otra„.—"Se dan en el viviente formas substanciales parciales, subordinadas al alma como á forma principal„. Estas tesis se sustentaban en el Colegio Romano, y también en otros establecimientos de pública enseñanza, con aprobación de los superiores eclesiásticos [1]. El P. Antonio Mayr, en su *Philosophia Peripatética* [2], inculcando esta doctrina, cita á Escoto, á Conninck, á Tanner y á otros muchos filósofos y médicos, "la cual sentencia, añade, es tan común y recibida entre los modernos (en 1745), que, excepto la escuela tomística, contados son los que enseñen la contraria„. Una de las respuestas que este autor da á las muchas dificultades que propone, es ésta: "Por cuanto en el cadáver humano vemos que las formas parciales producen algunos accidentes, hemos de confesar que los mismos producen ellas en vida del cuerpo; porque gratis se atribuye al alma la facultad de producir en un cadáver los efectos que en él vemos producidos por las formas parciales„.

Tanta estima fué granjeando esta opinión, que el P. Losada no pudo menos de hacer demostraciones de aprobación, mayormente viendo cuán poderosos adversarios tenía en los filósofos descreídos de su tiempo. "Esta sentencia, dice, evita primero la dificultad principal que tiene la forma de corporeidad escotística, porque las formas subordinadas de tal manera constituyen el compuesto, que se distinga del viviente. Lo segundo, es muy cómoda para las cuestiones teológicas acerca del cuerpo de Cristo en la Eucaristía, ó en los tres días de su muerte. En fin, cuanto á la física satisface á los sentidos y experiencia, ya en los vivientes, ya en los mixtos. Por esto, aunque no pueda demostrarse metafísicamente, podrá parecer más probable hablando físicamente. Desarma también á los corpusculares físicos (cartesianos), que á todas horas se nos vienen parapetados en hornillas químicas, y suelen notar y calumniar la doctrina peripatética, cual si, estribando toda en metafísicas especulaciones, hiciera poco caudal de la experiencia, que es la madre de la filosofía natural„ [3].

Pero *La Civiltà Cattolica* [4], que tuvo á bien celebrar con no merecidos elogios esta nuestra obrilla, al deshojar flores encima, quiso herir con la vara del rigor la sentencia del P. Ulloa, por parecerle que daba mala cuenta de la unidad substancial del compuesto

[1] P. Ramiere, *La filos. di S. Tomasso*, 1877, p. 14.
[2] P. IV, dist. I, q. I, a. 5.—[3] *Cursus phil.*, II pars, t. V, disp. V, cap. 3.
[4] Serie XIV, vol. IX, quad. 976.

viviente; y así juzgó que la teoría de las formas subordinadas "debería desterrarse del campo científico, si alguna vez hubiera reinado en él„ [1]. Agradeciendo de corazón las advertencias de *La Civiltà*, como agradeceríamos las de cualquiera persona que se dignase enseñarnos, confesamos no ser nuestra intención tomar las armas en una disputa doméstica, ni competir con la autoridad de tan acreditada revista.

Los autores que la propuesta opinión defendieron tenían muy bien pensados los inconvenientes, pues eran filósofos muy encallecidos en el arte de las guerrillas escolásticas; lo primero que procuraban poner á salvo era la unidad substancial del compuesto; y así decía el P. Losada, respondiendo á las dificultades en contra: "En el compuesto no hay más que una forma substancial, que reina sola como acto primero, y primera raíz de las propiedades y operaciones de la esencia compuesta„ [2]. "Las formas subordinadas, añade más abajo, no se producen de nuevo, ni están formalmente en el compuesto; pero allí quedan ocultas (*delitescunt*), y no como partes adventicias é integrantes„ [3].

En verdad, la introducción del alma humana se efectúa cuando el cuerpo está debidamente dispuesto. Aun antes de juntarse con el óvulo el espermatozoide, se requieren condiciones preparatorias. Así el óvulo, antes de la fecundación, debe pasar por estas tres modificaciones, á saber: desaparición de la vesícula germinativa, formación de los glóbulos polares, formación del núcleo ovular [4]. Otras muchas disposiciones toma el óvulo antes que el alma humana entre á desenvolver el embrión, en cuyo trabajo preliminar muchas son las formas que después prosiguen en su ser y se subordinan al alma, forma substancial que dirige y actúa toda la organización.

Tal es la sentencia que hemos querido insinuar. De cualquiera manera, "libre es cada cual de admitirla ó desecharla„ [5], decía el P. Losada. Filósofos de buen nombre la han mantenido, ni la notó la Iglesia católica; sin embargo de todo, seguimos con preferencia la doctrina asentada en otro lugar [6].

6. Tocante á las tan celebradas *colonias*, modernamente se ha averiguado, con el favor del microscopio, que las células de las plantas comunican entre sí por filamentos protoplásmicos que atraviesan las membranas celulares. Esto demostró el Dr. Strasburger, y está en manos de quien quiera repetir la experiencia. También podría atribuirse el crecer de los tejidos fuera del cuerpo propio á fuerzas vegetativas, que no estando supeditadas á la ley del principio vital, andan sueltas y sin mirar por el bien del individuo. Los Tomistas las

---

[1] *Ibid.*, p. 468.—[2] *Ibid.*, cap. III, n. 6.—[3] *Ibid.*, n. 13.

[4] BEAUNIS, *Élémens de Physiologie humaine*, p. 603.

[5] *Ibid.*, n. 22.—[6] Cap. XII, art. III.

consideraban efectos del principio sensitivo que duran y subsisten, aun siendo exceptuadas de su jurisdicción; cierto, la potencia sensitiva contiene eminentemente en sí la virtud de la vida vegetativa. En el ingerto animal, el sujeto que le recibe es quien le da vida y crecimiento; y así la vida prosigue y se perpetúa en el periostio por la acción rigurosa del animal vivo. Sea ello como fuere, sin principio vital no se puede explicar la causa de estos fenómenos; muchos de ellos penderán únicamente de causas mecánicas; otros se deberán á fuerzas vegetativas; otros á sensitivas; pero hacer caso omiso del principio vital es cerrar la puerta á toda razonable explicación [1]. Y aquí resplandece más claramente la unidad arriba propuesta del individuo animal. En el organismo todos los aparatos se requieren unos á otros; para mantenerlos trabados entre sí, todas las fuerzas orgánicas y vegetativas se ayudan y dan la mano, asistiendo de consuno al servicio de la virtud sensitiva, que es el imán poderoso que las atrae á sí y las sube á lo alto encumbrándolas á labrar la perfección del individuo. No es, pues, el alma sensitiva un caudillo que ordena, ni un cochero que guía, ni un amo que manda, ni un administrador que distribuye, sino un principio potentísimo que, hermanado estrechísimamente con el cuerpo al señorear sus fuerzas naturales, le sublima al grado de viviente sensitivo, dándole complemento y perfección substancial. "La forma, dice Santo Tomás, por sí misma hace que la materia sea actuada, comoquiera que es acto, y no dar ser por medio alguno" [2].

ARTÍCULO III.

1. Opiniones sobre la naturaleza del alma de los brutos.—2. Es simple, y, como dependiente de la materia, perecedera.—3. Cuestión sobre su indivisibilidad y su existencia fuera del organismo.

1. Acerca de la índole de este principio caben sólo conjeturas. Dos son los principales bandos: el que hace el alma de los brutos material, el que la tiene por simple é inmaterial. Con el común de los filósofos podemos proponer una substancia entremedia que ni sea materia ni sea espíritu: entre dos extremos tan distantes, ¿cuántas maneras de seres no se pueden idear inferiores al uno y superiores al otro? En este concepto, el alma de los brutos será una substancia simple dotada de aptitud para conocer y apetecer las cosas sensibles, precisada á obrar con dependencia de la materia. Porque la simplicidad es necesaria á un principio sensitivo que ha de dar unidad substancial al sujeto que siente, puesto que la sensación y la ape-

---

[1] P. Pesch, *Instit. philos.*, l. I, disp. III, sect. II, n. 208.

[2] I p., q. LXXVI, a. I.

tición no son, como decíamos, operaciones partidas, sino simplicísimas y enteras en su modo, ni pueden existir mermadas sin desvirtuarse y caminar al menoscabo [1]. Ésta parece ser la índole contenida en las palabras de Moisés que llamó al alma de los brutos *ánima viviente y movible—reptil de ánima viviente—en los cuales hay ánima viviente;* donde concede tanta dignidad al alma de las bestias sobre la de las plantas, que á éstas ni tan siquiera las nombra, cual si con lengua muda quisiera denotar cuán innoble condición sea la suya. Así lo entendió el gravísimo P. Pianciani, cuyas son estas palabras: "No es mi intento definir cuestiones que la sabiduría de Dios dejó disputables al estudio de los hombres; mas séame concedido advertir que los versículos 21 y 22 más favor hacen á la sentencia que tiene ser las almas de los brutos substancias inmateriales criadas por Dios, que á la opinión de los que piensan, ó que son máquinas sin sentido, ó, siquiera sientan y apetezcan por instinto, que son materiales á modo de materia ó forma substancial, comoquiera que ni es substancia ni modo de substancia" [2]. Esta sentencia, que es enteramente libre, tuvieron en grande opinión el cardenal Franzelin, los PP. Palmieri, Tongiorgi y otros.

2. Por otra parte, con sentir el alma de los brutos y conocer y apetecer cosas sensibles, es irracional y mortal, pues vive cautiva en su ser y operaciones totalmente de la materia organizada. Porque si de ésta no dependiese, no habría por qué negarle inmortalidad, ni sería justo privarla de entendimiento, ni de libertad que en el entendimiento arraiga, y por lo mismo no dejaría de ser racional; con que no hay sino acogernos á un ser medio entre la tosca materia y el puro espíritu entre simplemente intelectual y meramente material. Ninguna contradicción envuelve la existencia de una tal substancia, que en cuanto sensitiva se aleje de la materia y en cuanto no extensa se acerque al espíritu. Ya que se ocupa solamente en cosas materiales, atenida al órgano corpóreo, no hay por qué dificultar en llamarla material. No estando la materia dotada del privilegio de engendrar seres tan sutiles, á Dios competía su formación cuando por primera vez se constituyó la especie animal.

Dos dificultades podrían ofrecerse de algún momento en esta parte. Porque, al cortarle á la rana la cabeza, se rebulle y vive horas enteras; aun los reptiles partidos por medio no cesan de retorcerse. Además, los gusanos divididos en partes, y los pólipos, hidras y otros de grado inferior, deshechos en menudos pedazos, dan de sí tantos individuos cuantas son las partes cortadas. Respondamos brevemente: los movimientos de la rana descabezada no prueban vida animal, sino irritación de los nervios y músculos motores, ó efecto del con-

---

[1] P. CUEVAS, *Philos. rudim.; Cosmol.*, disp. II, c. II.

[2] *Cosmog.*, § LXIII.

tacto del aire, ó resabios de la forma vegetativa. La vida de los fisíparos es ciertamente múltiple, por resultar de cada división un nuevo feto, como quienes en cada parte poseen órganos suficientes para conservarse y proveer á su subsistencia; siendo tan groseros, semeja mucho su vida á la vegetativa; otro tanto dígase de los gemíparos, que se reproducen por yemas, como los árboles [1].

Dejamos atrás dicho que deteriorado el compuesto caduca la forma animal, porque, estando tan estrechamente ligada á la materia, no puede naturalmente fuera de la materia conservar su ser; luego deshecha la materia, fuerza es que el alma deje de vivir. Han controvertido algunos autores si pueden por vía de milagro conservarse fuera de la materia las almas de los animales; á unos arma el pro, fundados en que algo es la forma ó el alma sensitiva, y nadie quita que se conserve milagrosamente la cuantidad separada de la substancia. Otros están por el contra, apoyados en que mucho más íntima es la unión de la materia y la forma que de la substancia y cuantidad corpórea; porque ésta es forma accidental y el alma substancial; y así como las facultades vitales no se pueden apartar del sujeto, por análoga razón tampoco de la materia organizada el alma sensitiva, sin acabar y cesar de existir.

"El alma de los brutos no puede perecer por corrupción propiamente dicha, escribía el esclarecido Balmes; pues que así se ha de verificar de todo ser que no esté compuesto de materia. No veo que bajo este aspecto pueda ofrecerse ninguna dificultad; pero la cuestión no está resuelta sino en su parte negativa; pues hasta aquí sólo sabemos que el alma de los brutos no se corrompe ó no se muere por descomposición: fáltanos saber qué se hace de ella. ¿Se anonada? ¿Continúa existiendo? Y en tal caso, ¿de qué manera? Éstas son cuestiones diferentes... No sería contrario á la sana filosofía el sostener que las almas de los brutos se reducen á la nada. Pero supongamos que no se quiere acudir al aniquilamiento; ¿hay inconveniente en que continúen en su existencia? Si lo hay, yo no lo alcanzo. ¿Para qué servirán? No lo sé; pero es lícito conjeturar que, absorbidas de nuevo en el piélago de la naturaleza, no serían inútiles... ¿Quién nos ha dicho que la fuerza vital que reside en el bruto no haya de tener ningún objeto en destruyéndose la organización que ella animaba?" [2]. Así discurría el preclaro Balmes. Con justa razón censuró el doctísimo P. Cuevas [3] su teoría como contraria á la experiencia y al recto discurso. Porque siendo las acciones de los brutos meramente sensibles y no pudiendo ser ejercitadas sin ayuda de los sentidos, ¿quién no alcanza que, corrompidos éstos, el alma deberá fenecer y acabar

[1] TONGIORGI, *Psychol.*, l. I, cap. III.

[2] *Filosofía fundamental*, l. II, cap. II.

[3] *Philos. rudim.*, *Cosmolog.*, cap. II, dissert. II, a. II.

sin remedio? ¿En qué piélago podrá ser absorbida que no deba usar de materia para sobrevivir? Por más simple que sea, aunque sobrepuje á todas las fuerzas vegetativas y contenga con eminencia sus virtudes, aunque traspase toda la valentía de las fuerzas físicas y valga siendo una por todas estas potencias, con todo, es un ser de suyo caduco, efímero y dependiente del organismo en su esencia y operación, mucho más que depende del sol la viveza de sus rayos.

3. Sólo resta exponer la naturaleza del alma de los brutos cuanto á la integral composición. En esta controversia abundaron los pareceres. El de los antiguos filósofos Platón y Porfirio fué ser indivisibles é inextensas las almas de los animales, como de las plantas se dijo. Escoto, Durando, Capréolo, Egidio, Toledo, Suárez, Losada y otros mil Escolásticos, hasta el siglo XVIII las estimaron divisibles y compuestas de partes: Mauro, Lince, Quirós, en el siglo XVIII se inclinaron, por el contrario, á tratarlas de indivisibles. Otros, empero, hecha la distinción de animales perfectos é imperfectos, contaron por divisibles las de éstos, y las de aquéllos por indivisibles é inextensas. Este rumbo siguieron los más Tomistas, á quienes se adhirió el Eximio [1], aunque en la Metafísica [2] llamó más probable la contraria. Dióles mucho en qué entender á los doctores Escolásticos la lagartija, en cuya contemplación se quedaban atascados viendo cómo partida bulle y serpea sin parar.

Con todo, en el día de hoy la mayor parte de los filósofos sigue la opinión de San Agustín [3], sosteniendo la indivisibilidad del alma de los brutos. Cierto, admitida la máxima que la sensación no requiere principio simple en que ser recibida, como los peripatéticos dichos admitían, no serán pequeñas las dificultades que opongan los materialistas á la investigación filosófica. El cuerpo impresionado es parte necesaria de la sensación, pero sin principio simple no formará adecuado y cabal sujeto de ella [4]. En este modo de discurrir como en cosas difíciles de apear cabe entera libertad. Fútiles y ridículas eran, ¿quién lo duda? las consideraciones que hacían los peripatéticos sobre la lagartija cortada en pedacitos, pues se desvanecían en falsos discursos por no tener observada la índole de su estructura y organización; sin embargo de esto, en la común opinión de los Escolásticos sobre ser divisible el alma animal hallan las ciencias naturales explicación de fenómenos de singular maravilla. Por este motivo algunos filósofos no se desdeñan de arrimarse á los antiguos Escolásticos y de pelear en esta demanda debajo de su divisa. "Hay una razón positiva muy poderosa, dice el P. José Mendive, para negar á las mencionadas almas tal género de perfección. Esta razón está fundada en

[1] *De Anima*, lib. I, cap. XIII.—[2] Disp. XV, sect. 10.
[3] *De quantitate anim.*, cap. XXXI.
[4] PALMIERI, *Anthropolog.*, cap. II, thes. II.

la intrínseca naturaleza de ellas mismas, y se reduce á lo siguiente: el alma de los brutos, por razón de su dependencia intrínseca de la materia, sigue la condición de los accidentes en lo de no poder naturalmente existir fuera de un sujeto; luego por razón de esta misma dependencia debe ser incapaz, como ellos, de pasar de un sujeto á otro. Es así que, siendo simple ó inextensa, tendría que estar continuamente pasando de un sujeto á otro, porque, permaneciendo ella siempre la misma, la materia por ella informada se iría mudando continuamente. Luego su dependencia intrínseca de la materia indica que la tal alma no es simple, sino extensa como la materia misma„ [1]. Para que esta razón de tan acreditado filósofo fuese poderosa á concluir el intento, eran menester dos condiciones: primera, que el alma de los brutos pudiese compararse, respecto de la materia organizada, al accidente respecto de la substancia; segunda, que la materia fuese de continuo remudándose en el animal: presupuestos ambos de larga y escabrosa disputa. Comoquiera que ello sea, cierto está que las almas de los brutos no son substancias espirituales y subsistentes fuera del cuerpo; así como, por el contrario, no son los brutos meros autómatas ó máquinas animadas.

[1] *Cosmología*, cap. III, art. II.





CAPITULO XXXIV.

LA FAUNA PRIMITIVA.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Por qué se le pasan á Moisés por alto los principios de la fauna primitiva.— La paleontología da testimonio de estos principios. — 2. El terreno laurentino careció de vida animal. — 3. En el cámbrico empiezan á divisarse organismos animales de baja esfera: trilobites.— 4. En el silúrico crecen los ínfimos y asoman los peces.— 5. En el devónico abundan los peces.— 6. En el carbonífero nacen los insectos y reptiles.

1. A la manera que el historiador sagrado pasa en silencio la aparición de montes, islas y continentes, y calla también los primeros vegetales que parecieron en los océanos, porque para su intento de narrar lo tocante á la tierra habitada por el hombre érale de menor importancia apuntar los principios de la vida vegetal; así también omitió los primeros géneros de la escala animal, contento con tocar de ella los puntos más señalados. Lo que Moisés dejó por decir, el tiempo y la diligencia de los hombres nos lo han puesto á la vista. La paleontología, yendo en el fundamento de que los fósiles varían en las capas conforme sea el lugar que ellas ocupan en el profundo del suelo, y que son los mismos en toda la extensión de una capa, ha dado luz á nuestra ignorancia descubriendo los misterios encerrados en el regazo de la tierra, y haciendo manifiesta la verdad del Génesis respecto de la vida sensitiva, como en otra parte dijimos de la vegetativa.

Si queremos averiguar dónde, cuándo, cómo se manifestó por primera vez en el mundo la vida animal, ahí están los estratos sedimentarios sellados con el testimonio de fósiles, que con harto claras voces nos anuncian en qué época gozaron de vida.

2. El terreno llamado azoico ó laurentino es el primero que encierra los llamados *eozóon*, animales de la aurora. Muchos son los autores, como en lo pasado se dijo [1], que por no divisar en estos seres som-

---

[1] Cap. XXII, art. II.

bra de animalidad ni de vegetabilidad, métenlos en el catálogo de simples minerales; por eso es tan problemática la vida animal en este terreno, que generalmente se tiene por cierto que no la hubo.

3. Desde el cámbrico empiezan á divisarse tipos animales en cortísimo número de géneros, no sin copia de individuos. Los más ordinarios pertenecen á la ínfima suerte: de ellos, masas gelatinosas que se mueven y viven en el fondo de las aguas entre las algas marinas; de ellos, rizópodos foraminíferos que esconden en grietas su finísima hilaza; de ellos, anélidos que por su grande afinidad con las plantas han sido tenidos de muchos autores por algas. En algunos puntos déjanse ver crustáceos y braquiópodos, sin pies ni cabeza, con brazos en la boca, encarcelados en conchas con pliegues simétricos, todos de hechura perfecta en su grado, aunque respectivamente bajísimos. Alléganse los pterópodos, moluscos pequeños escondidos en un cucurucho de caras estriadas; espongiarios, bultos porosos, córneos ó calizos, ó juntas de celdillas pegadas en las rocas cámbricas; en fin, medusas, según que algunos autores lo admiten. Pero lo singular de este terreno primario es el aparecimiento de los trilobites, noble grupo de los crustáceos, compuesto de varios géneros, provistos de cabeza, tórax y abdomen, dotados de harto exquisita sensibilidad; clase que vió en breve los días de su acabamiento, y en la edad mesozoica había desaparecido. Contemplando este primer bosquejo de la prístina fauna, hemos de confesar que nos faltan los extremos individuos del reino, ni todos los que conocemos pertenecen á los tipos más vulgares. Sencilla es la estructura de todos en común, pero la de los trilobites constituye una rarísima excepción, y razón será tenerla en cuenta cuando se hable de las especies animales.

4. En el período silúrico entran en posesión de los mares los rizópodos, radiados, anélidos, moluscos y crustáceos. "Es de observar, dice D'Archiac, que de cada clase nacen primero los tipos más bajos, los crinoides entre los radiarios, de los moluscos los braquiópodos, de los crustáceos los trilobites; pero á fines del silúrico vienen á la vida los más perfectos de estas clases, con que la fauna progresa, campeando en magnitudes gigantescas los gasterópodos, los pólipos y los cefalópodos en número sinnúmero„ [1]. Los moluscos, que, como testifica su concha, tuvieron por cuna las aguas marinas, son los que más descuellan en las épocas geológicas, con tanto poderío, que en ésta del silúrico ascendían al guarismo de seis mil especies, cuya mitad eran de las más acabadas en su tanto. Los cefalópodos, conchas divididas en celdillas separadas por tabiques transversales, que por no poder vivir en lo más hondo flotaban en las aguas, merced á la agilidad de sus brazos, amanecieron también en el silúrico; pero sólo crecieron hasta mil seiscientas especies, porque llegadas á su apogeo (dos

[1] *Revue des cours scientifiques*, 1868.

metros de largo) en el carbonífero, mermaron pronto, viniendo tan á menos, que en el día de hoy sólo sobrevive el género *nautilus,* en dos ó tres especies. Los lamelibranquios, moluscos sin cabeza ni tentáculos, aquí gozaron de vida; junto con ellos las conchas que aún duran en nuestro Mediterráneo, los zoófitos crinoides fijos en el suelo, los pólipos con su cabeza guarnecida de tentáculos en forma de flor, los graptolitos puestos entre los pólipos y los rizópodos, los crustáceos armados de dos pares de antenas y muchos pares de patas y escudados con su caparazón; en fin, los trilobites, que componían la clase principal, moraban en el fondo de estos mares primitivos.

Toda esta muchedumbre era acuática [1]. Ahora, si bien es verdad que muchas especies perfectas participaron de la vida antes que las imperfectas, y en afirmar lo contrario D'Archiac no anduvo muy acertado; con todo eso, la vida animal era por este tiempo más bien pasiva que activa. Si luego añadimos que se han descubierto en lo más superior de los terrenos silúricos algunos ejemplares de la clase de los vertebrados, peces cartilaginosos de menor tamaño, en corto número y de flaquísima armazón, veremos cuán mal fundado está aquel axioma, que los animales vinieron á la vida comenzando por los más imperfectos, y que los de más sutil fábrica son más recientes; aunque muy bien podemos dar de barato que cada género tuvo principio en sus especies inferiores. "El carácter esencial del silúrico inferior, dice Credner, es la abundancia de ciertos trilobites que le faltan al superior„. Otra cosa muy rara y digna de consideración es de cuán diferente manera entren en el teatro de la vida los tipos de la fauna silúrica; unos, los graptolitos, cundiendo presto y procreando á maravilla; otros, los peces, yendo por grados lentamente como en progresión; otros, ya lo advirtió Lapparent, "en vez de manifestarse en formaciones nuevas por tipos incompletos ó atrofiados, se presentan al contrario en géneros tan elevados en su orden, que á veces no vuelven á producirse en adelante sino á expensas de la organización„ [2]. No salgamos de este período sin indicar que la fauna se mostraba uniforme en todos los puntos del globo, como lo significan las formaciones estratigráficas. El señor canónigo D. Jaime Almera, entre los muchos descubrimientos que ha hecho, halló en el silúrico superior, cerca de Barcelona, un hidrozoario del grupo *graptolithus,* que concuerda en las circunstancias con las del piso de Bohemia, y "viene á ser, dice, una comprobación de la uniformidad con que se sucedió la vida en aquellas remotísimas épocas en todos los mares„ [3].

5. Al despuntar la aurora del devónico vense los mares cuajados de crustáceos, cefalópodos, gasterópodos, braquiópodos, radiados,

---

[1] HAECKEL, *Hist. de la Création,* leçon XV.—[2] *Géol.,* 1883, p. 689.

[3] *Crónica científica,* de Barcelona, n. 321, 25 Marzo de 1891.

lamelibranquios. Los trilobites, llegados aquí, paran y no siguen más adelante; en retorno el mar recibe en su gremio una ilustre generación de los peces, los ganoides, los primeros de grandeza extraña, corpulentos hasta de 8 ó 10 metros de largo, de esqueleto óseo, por cueros corazas brillantes, y escamas esmaltadas; nuestra fauna apenas conserva en el esturión memoria de aquella generosa turba. Los placoides, de armazón cartilaginosa, de que son restos el tiburón, el torpedo, la raya, poblaron también los mares devónicos. Raras formas ofrecen estas primeras muestras de peces; si algunos zoólogos, amigos de fantasía, columbraron en ellos los precursores de los primeros insectos, ha prevalecido el dictamen de Agassiz, declarando que eran todos peces de este terreno.

Lo admirable es cómo en toda esta copiosísima fauna no parece rastro de animal terrestre. "No había á la sazón, dice el preclaro D'Archiac, animales de respiración pulmonar, sino tan solamente branquial, moluscos y peces; por cierto era su disposición fisiológica muy sencilla, comparable con los organismos inferiores de nuestra edad„ [1]. Callamos la riqueza de los braquiópodos en géneros y especies, mucho mayor que la de los lamelibranquios, la fecundidad increíble de los pólipos, la propagación de los crinoides, la abundancia de los pterópodos, la cantidad de los cefalópodos; por el contrario, es notable la escasez de los trilobites, la diminución de los gasterópodos, la falta de los graptolitos; bastándonos afirmar que, así como las criptógamas vasculares señalan la flora devónica, los peces marcan su fauna, por haber sido ellos en este período los principales moradores del globo, de los cuales cuéntanse 150 especies en variedad de formas no inferiores á las nuestras.

6. La época carbonífera abre á la pluma dilatadísimo campo, donde el reino animal ensancha los términos de su señorío. Reinan los crinoides, los goniatites, los heterópodos, los conotes, los gasterópodos; los pólipos mantienen su lozana vitalidad, los zoantarios medran, los equinodos hacen gala de su rara figura, las conchas univalvas se multiplican, los langostines y langostas se ostentan por primera vez guarnecidos de robusta coraza y armados de largas patas; al mismo tiempo merman los briozoarios, se resumen los braquiópodos, cesan los cefalópodos, desflórase el vigor de los anélidos y equinodermos, y envejecen y destiérranse casi del todo los trilobites, después de haber llevado la palma en la época silúrica.

Estos órdenes de representantes de la vida bruta comienzan á dar lugar á los insectos de respiración aérea, que, después de pasar de huevecillos á larvas y crisálidas, cunden á maravilla, ornada de dos antenas la cabeza, y de cuatro alas el cuerpo; el saltamonte, la tijereta, la hormiga, la blata, la avispa empiezan al fin á juguetear por

[1] *Revue des cours scientifiques*, 1868, p. 296.

los campos. Síguense los arácnidos, sin alas ni metamórfosis, como el regador, la garrapátula, que por entonces salieron á campaña. No hizo menos famosa la época carbonífera el quiroterio, batracio descomunal, insigne vertebrado, pez ganoide, en parte favorecido de grandes dientes, y dotado de un esqueleto con tres placas torácicas huesosas y con dos escudetes ventrales.

Pero la generación que más alta raya echó por este tiempo fué la de los reptiles marinos, que se mostraron por vez primera al mundo, sin abolengo ni solar propio. La atmósfera se había penetrado de más claridad al fin del carbonífero, cuando vinieron los reptiles, que son los primeros animales de sangre fría conocidos, intermedios entre peces y batracios, pues no podían vivir sin que parte de la tierra firme tuviese alguna extensión, así como no pudieran subsistir sin eso los moluscos pulmonados ni los insectos neurópteros que, ya pasado el carbonífero, respiraban con libertad. Poblaban, pues, los peces las aguas; los insectos henchían los aires; los reptiles resbalaban junto á los esteros y ríos. Aquel silencio sepulcral de las épocas precedentes había cesado ya; á las ramas agitadas por los vientos juntábase el chirrido de los reptiles, el zumbido de los insectos, el clamoreo de los batracios; mas no perfumaban aquellos aires las matizadas flores, ni lucían sus galas las lindas mariposas, ni trinaban las pintadas aves, ni infundían pavor con sus bramidos los mamíferos poderosos. Porque en los millones de metros cúbicos de hulla que las minas han dado de sí, ningún animal de respiración pulmonar ha sido descubierto; si algún geólogo intentó afirmarlo, halló luego quien le saliera al camino para desmentirle. El sabio Lyell tenía ésta por circunstancia digna de gran ponderación. La causa es que antes de venir al mundo los animales mayores, era conveniente que las plantas, hurtando el ácido carbónico, adelgazaran é hicieran respirable la atmósfera; que por esta causa antes fueron los peces, después los anfibios, y finalmente los mamíferos terrestres.

ARTÍCULO II.

1. En el pérmico perecen muchas especies animales.—2. Da principio á la edad mesozoica una nueva fauna marina y terrestre.—3. El jurásico es el teatro de los grandes monstruos y de las aves.—4. En el cretáceo se dejan ver los animales terrestres.

1. El período carbonífero sobresale entre los demás por la existencia de los anfibios, que, apenas recibido ser en el agua y hechos á la respiración branquial, adquirían habilidad para respirar aire libre mediante los pulmones. Aquí la vida marina comenzaba á comunicar con la tierra y á poblar los continentes. En la figura exterior ni eran marinos ni terrestres; ocupaban el lugar intermedio entre lagartos y sapos. Los del carbonífero atañen á la familia de los laberintodontes,

provistos de dientes cónicos y agudos, de coraza escamosa, de costillas cortas, de cóndilo occipital doble, en que se asemejan á los batracios. No eran de tanta grandeza al principio como lo fueron más adelante, ni tampoco creció mucho el número de las especies: los más famosos son el eosauro, afelosauro, proterosauro, enquirosauro y teriodonte; estos batracosauros no pasaban de dos pies de largo. En el ínterin, los peces ganoides del silúrico acrecentaban con grandes aumentos su corpulencia y la propagación de especies; no así la fauna malacológica, que permanecía queda sin crecer ni menguar. Empezaban ya á divisarse peces con escamas, pero ninguno hasta el presente había hendido las aguas con armadura de esqueleto huesoso.

La fauna del tiempo pérmico nos ofrece un espectáculo que nos deja atónitos con su admiración. En el transcurso del anterior, no tan sólo habían mejorado las especies ínfimas en número y extensión, ni solamente contaba el reino animal reptiles, batracios é insectos, sino que por toda la redondez de la tierra se criaban y multiplicaban estas especies con prodigiosos acrecentamientos. En la época de Perm llegan los reptiles á gran colmo de ufanía, creciendo y dominando progresivamente: los batracios, de régimen anfibio y de respiración incompleta, prosperan en la flor de su edad; los braquiópodos nadan en la abundancia; en medio de la prosperidad de estos vivientes, muestran por vez primera las ostras inequivalvas su concha aquillada y textura hojosa; también salen á luz algunos anfibios; pero lo más extraño y que abate las alas del entendimiento es cómo al fin del pérmico, á toda prisa, por momentos, se extinguen, juntamente con muchas suertes de cefalópodos y peces ganoides, los afamados trilobites, sin que hayan tornado después á renovar ni resucitar su linaje. ¿Qué causa daremos á tan peregrino suceso? Sea que la decadencia de la flora pérmica, por falta de ácido carbónico, trajera consigo el menoscabo de la vida animal, sea que las alteraciones atmosféricas hiciesen estrago y entremetiesen su perniciosa influencia en los organismos, ello es que la fauna y la flora, ya en el pérmico, habiendo pasado su medida y torcido y sentídose heridas de muerte, no vieron la hora de fenecer.

2. La formación pérmica, cerrando los tiempos paleozoicos de transición, abre nuevos horizontes á los reinos vegetal y animal. "Al cabo de la época de transición, dice el citado D'Archiac dando vuelo á su evolucionismo, parece que las fuerzas de la vida, por un momento paralizadas, tuvieron que esperar nuevos refuerzos para acometer nueva empresa de productos dispuestos con otros designios, conservando y modificando algunos tipos antiguos. Enervación general de las fuerzas orgánicas, extinción de ciertos tipos, escasez de los que sobreviven, más corto aún el número de los propios de este tiempo, son circunstancias muy de notar en la historia biológica de la tie-

rra; ni antes ni después ocurre ejemplar alguno tan asombroso; su causa apenas acertamos á rastrearla„ [1]. No disuenan de éstas las palabras de Credner. "La fauna de la creación poscarbonífera es mucho más mezquina que la anterior, y, quitados unos pocos reptiles y peces, redúcese á producciones marinas. Los restos de los protozoarios y de los equinodermos son extremadamente raros...; los gasterópodos se limitan sólo á unas veinte especies de cortos y raquíticos individuos; al propio tiempo desaparecen los cefalópodos, que en el carbonífero habían dado de sí tan calificadas pruebas... Los trilobites fueron ya„ [2].

De lo dicho es consiguiente inferir que, en el orden de la creación animal, á los zoófitos suceden los moluscos, á los moluscos los peces, á los peces los batracios, á los batracios los reptiles, todos primero de formación elementar, que va alterándose continuamente en el sobrevivir de unos, en el caminar de otros á mejor, en el durar de éstos sin mengua, en el empeorar de aquéllos y fenecer del todo. En el curso de tantas vicisitudes nótase una suerte de evolución progresiva muy diversa de la de los transformistas. Una cosa digna de atención en este desarrollo progresivo es que de los moluscos, zoófitos, peces, batracios y reptiles, varias especies muéstranse de súbito más perfectas de lo que de su condición era de esperar; argumento claro que una providencia externa y omnipotente las mandaba salir á luz, y no la fatal fuerza de la materia.

Llegada, pues, la edad paleozoica á la medida de la infancia terrestre, empieza á reir el alba del quinto día mosaico, anunciando que la tierra ha entrado en el período de su pubertad. El pérmico preparó el camino á los elementos fecundos, sol, aire, suelo y agua, así disponiéndolos, que en la edad mesozoica los reinos de la vida puedan extender sus límites, florecer y perpetuarse largamente. Tres linajes de terrenos se fraguan en este espacio de tiempo, los cuales todos juntos no montan siquier la quinta parte de los paleozoicos. En el triásico, que encierra yacimientos de sal gema y depósitos de yeso, venise luego rayar los ammonites, moluscos adornados de concha espiral, con las vueltas encajadas unas en otras, pero mide á veces un metro el diámetro de la concha; por sus pasos vendrá á finar la casta, en cerrándose los tiempos secundarios; juntamente con los ammonites faltarán del todo otras formas caracoleadas ó torneadas con espiral, hijas de este mesozoico. Descendientes del trías son también los peces dipnoicos, aforrados de gruesas escamas, protegido el paladar de grandes y largos dientes: por lo común, esta casta de peces tienen la columna vertebral más osificada que de antes. Pero quienes se ostentan más ufanos son los reptiles, que, por ser los más perfec-

---

[1] *Géol. et paléontol.,* 1866, p. 531.

[2] *Traité de géol. et de paléontol.,* 1879, p. 445.

tos vertebrados, llevan aquí la ventaja, porque son hasta ahora como la nata del reino animal: saurios nadadores, tales como el placodo, el notosauro, el simosauro, el quiroterio, el trematosauro, el mastodonsauro, el belodonte, el dinosauro, el megalodáctilo, el clepsisauro, el anisopo. De éstos los había de grande semejanza con las aves, porque eran bípedos y con tres dedos en los pies, y lo largo, de punta á punta, de medio metro. Estribando en estas observaciones, creyeron algunos geólogos que en el trías habían tenido su orígen las aves y pájaros.

Ello es que no puede afirmarse ni negarse que en el trías hubiese aves, porque carecemos de noticias averiguadas: sólo nos consta que en el trías aparecieron las primeras tortugas de tierra. El hecho más notable es que los geólogos americanos descubrieron en Connecticut un pequeño mamífero terrestre *(dromaterio)*; pero bien puede ser que viviese en el período jurásico (propio de los mamíferos), ya que falta el trías en el dicho punto geográfico.

3. Sin linaje de duda, el terreno jurásico es el teatro de los grandes lagartos, de cuerpo prolongado, de esternón y mandíbulas fijas: el teleosauro, cocodrilo de ancha boca sembrada de dientes cónicos; el paleosauro, lagarto de 25 metros de largo con piel adargada de placas sólidas, de mandíbulas extendidas; el ictiosauro, reptil anfibio, de espantable aspecto, quizá de diez metros de largo, en cuya cabeza puntiaguda asomaban ojos tamaños como la cabeza de un hombre; el plesiosauro, más fiero que el ictiosauro, figura de sierpe, de cabeza corta, cuellilargo, con aletas natatorias y de longitud más de siete metros; el ofidio, cuerpo sin escamas, sin pies, cabeza pequeña, de muchas vértebras como culebra; el ileosauro, sapo enorme, largo de ocho metros; el pecilopleuro, bestia monstruosa con dientes y garras; el cetiosauro, lagarto-ballena, el mayor y más horrible de los conocidos en la tierra, de veinte á veintitrés metros de largo por tres de alto; el dimorfodonte, de forma rara; el pterodáctilo, rabilargo, alas de murciélago, boca de cocodrilo, tan desfigurado que parece reptil, mamífero, ave, todo junto á la vez: el titanosauro, más gigantesco tal vez que el cetiosauro, celebrado por el de más portentosa grandeza que se ha descubierto hasta el presente.

Todos estos y otros monstruos, de cuyas gigantescas figuras solamente los cetáceos de nuestros océanos polares dan alguna idea, nacieron y se multiplicaron grandemente en esta segunda época del jurásico; mas con tan adverso azar, que en ella, ó cuando más en el terreno terciario, perdieron la vida y se extinguieron del todo, dejándonos por recuerdo el cocodrilo, la tortuga, la culebra, que también van caminando á su fin entre nosotros [1]. Porque de los saurios acabaron el ictiosauro y plesiosauro; algo más prosiguieron el teleosauro,

[1] Dollo, *Revue des quest. scientifiques*, 1884.

pliosauro, maquimosauro, geosauro; llegaron á su apogeo el pterodáctilo y ranforinco; pero fué señalado el esqueleto arqueoptérix, ave diferente de las actuales por la forma de la cola, que tenía veintidós vértebras, que por eso Van Beneden la calificó de reptil, por más que los evolucionistas le querían ave. "Es una forma, dice Briart, que indica el paso de reptiles á aves, pero hay tanto trecho que andar para ello, que no debe dudarse ser un verdadero reptil„ [1]. Hasta el presente se habían hallado muy dudosos restos de verdaderos mamíferos en las capas jurásicas; pero al fin ha parecido el más antiguo marsupial que se conoce el *microlestes antiquus*, del grado ínfimo de esta categoría.

4. En el cretáceo, plantel de árboles fibrosos, campearon los insignes reptiles, como el megalosauro, de 14 á 16 metros de largo, semejante á nuestro cocodrilo; el iguanodonte, lagarto de los mayores, más corpulento que el elefante, y largo de 30 á 35 metros; el mesosauro, cuya cabeza tenía dos metros de longitud, terrible carnívoro, tan pesado como tres elefantes juntos; ranas enormes, tortugas gigantescas, reptiles corpulentísimos que moraban, ora en las aguas, ora en las riberas, cuyo mantenimiento pedía gran cantidad de vegetales, copia de moluscos, peces á pasto, crustáceos sin medida. Albergábanse en las aguas cretáceas ganoides nuevos de hasta dos metros, unos de armadura ósea, otros de esqueleto cartilaginoso; se daban peces de escamas córneas, como el atún, salmonete, robaliza; abundaban moluscos cefalópodos dibranquios de ocho á diez brazos; pululaban las conchas testáceas de grandes ojos rodeados de tentáculos; revolvíanse en los mares belemnites con su caparazón en forma de huso, que finaron luego antes del terciario; formaban grandes compañías las rudistas bivalvas cónicas, que desaparecieron del todo sin dejar rastro de sí; se multiplicaban los miriápodos de infinitas patas, cientopiés, escolopendras; se propagaban los arácnidos pulmonares y los insectos de trompa larga y articulada, tales como la cigarra, el tábano; figuraban los equínidos, erizos de cuero sólido atravesado de tentáculos; aumentábanse las especies de crustáceos de forma varia; en fin, la fauna dilataba su fecundidad y pujanza sin término por todas partes, dando muestras de vigor cual nunca antes se había visto.

Pero al tocar á su fin este período se había envejecido y depauperado tan infelizmente la vida de los grandes lagartos, de los belemnites, ammonites, rudistas y muchísimas familias de los tiempos paleozoicos, que todo se les iba en huir del teatro del mundo, sin que hayan quedado sino poquísimos ejemplares que se perpetuaran por el discurso de las edades hasta la nuestra. Serpientes de verdad tales no han sido halladas aún en estos terrenos, y las aves descubiertas

---

[1] *Paléont.*, 1883, p. 250.

son, sobre dudosas, escasas. Por donde podemos colegir que los tipos que más claro nombre han dado á la época mesozoica son los grandes saurios y marsupiales en la rama de los vertebrados, y los ammonites y belemnites en la rama de los moluscos. Además, en estos tiempos muchos tipos paleozoicos dejaron de ser, siendo reemplazados por otros nuevos. Los braquiópodos y nautilos habían antes florecido, ahora reinaron los ammonites, belemnites y bivalvas; los peces cartilaginosos habían figurado en el paleozoico, en el mesozoico se propagaron los huesosos y de más robusta armazón; al principio los anfibios ostentaban formas imperfectas, aunque colosales y disformes; ahora, extintas ellas, dieron lugar á lagartos, batracios y tortugas de más artificiosa hechura; en fin, levantan ya la cabeza los vertebrados de sangre caliente, representados en unas pocas aves y marsupiales, como indicando de lejos el glorioso remate y la perfección última del reino animal [1].

ARTÍCULO III.

1. Aparecimiento de los mamíferos en el eoceno.—2. El mioceno es celebrado por las especies nuevas de mamíferos más perfectos.—3. Opinión del origen ribereño de la fauna en común.

1. El distintivo que marca la era terciaria ó cenozoica es la introducción de los mamíferos y el exterminio de infinitas especies de moluscos, crustáceos, reptiles y peces. Los numulites del eoceno son excepción singular, muy digna de admiración, no tanto por la inmensidad de las tierras que ocuparon, pues en casi todos los países de Europa, Asia y Africa dan con ellos los paleontólogos, cuanto porque, perteneciendo por su forma á la vilísima clase de los rizópodos, dejaron de ser, apenas nacidos, en este primer período terciario, contra el estilo, y á pesar de la larguísima duración que en los zoófitos hasta el presente hemos observado; circunstancia que da al traste con casi todas las leyes de la paleontología, y saca de quicio los cálculos todos de la sabiduria humana, como en su lugar se dirá.

Descendiendo á las especies peculiares del eoceno, sin parar en los moluscos, gasterópodos ó conchas cónicas con espirales ó torreadas con vueltas nudosas, no mencionando los cefalópodos, braquiópodos, lamelibranquios y radiados que dieron de sí mil variadas figuras, no fueron pocas las aves de sangre caliente y de circulación completa que ganaron con su venida las albricias del terciario: rapaces, de pico corto, pies pequeños, uña corva (águilas, buitres, lechuzas, gavilanes, mochuelos); pájaros, de pico vario y pierna emplumada

[1] *Revue des quest. scientif.*, 1885.

(urracas, canarios, gorriones, cuervos); trepadoras, de pico robusto, plumaje pintado y tieso (loros, tucanes, picos); gallináceas, de pie breve (gallos, palomas, perdices); zancudas, de pico ancho, cuello largo (grullas, flamencos); palmípedas acuáticas (patos, gaviotas, pelícanos), con otras variedades de aves y pájaros que acarreaban al mundo regocijo y embellecimiento.

Los mamíferos más esclarecidos fueron los siguientes: el pernaterio, el más antiguo desdentado, de la hechura del jabalí; el diceraterio, con dos cuernos, parecido al rinoceronte; el mesohipo, miohipo, anquiterio, formas semejantes al caballo; el uintaterio, más disforme que el elefante; el león, el rinoceronte, el hipopótamo, el paleoterio mayor, el anoploterio (suerte de asno), el cinodonte, el sifodonte ligero, el murciélago, el vampiro, el erizo, en fin, insectos (polillas, mariposas), insectívoros (topos, musarañas), sin conmemorar ahora los paquidermos con trompa y sin ella, que pasamos de largo en este lugar, dejándolos para otro.

2. En el mioceno son sin cuento las especies flamantes que se hicieron reparar: es á saber, anfibios de cuerpo largo y defensas temibles (focas, morsas, leones marinos); roedores sin caninos, de buenos incisivos y cabeza redondeada (ratas, liebres, puercos espines, castores); desdentados, con extremidades recubiertas y uñas grandes. Síguense los comparables con los elefantes: megalonix, como el buey; paquidermos, unos con trompa; el elefante primigenio ó mamut de crines erizadas, mucho mayor que el elefante; dinoterio, cerdo mayor, hipárion, reno, ciervo gigantesco de tres metros de astas, seledodonte como el hipopótamo, oríodóntide como cabrío en grandísimo número; hiracodonte, aceraterio, formas del rinoceronte, sin carnosidad nasal; brontoterio, simborodonte, titanoterio; éstos de talla exorbitante, de fuerza extraña, disformes, vivieron muy corto tiempo. Los rumiantes miocenos multiplicaron prodigiosamente, llegando á su apogeo jirafas, bramaterios, sivaterios, heladoterios, paleotragos, paleórix, tragoceros, gacelas y muchos otros antílopes y ciervos de grandes astas de dos, cuatro y más puntas y ramaje mayor que su propio cuerpo. No faltaban cetáceos de cuerpo pisciforme, ballenas, delfines; ni batracios sin cola, ranas, sapos. De todas estas especies, muchas menguaron presto, en particular las de excesiva corpulencia; otras prolongaron sus días hasta los nuestros, salvando prósperamente los infortunios de la época cuaternaria. Así el anquipo, protohipo, parahipo sucedieron al anquiterio; con todo, en algunos puntos, como en América, desaparecieron todas las formas equinas, como lo demuestra la conquista de los españoles en el Nuevo Mundo. No es nuestro intento en este capítulo referir por menudo los mamíferos, mansos y bravos, poderosamente organizados, que fueron ornamento de la era terciaria; porque no es posible delinear las formas monstruosas, colosales, espantables de aquella infinita

fauna, que tanto se ostentaba más perfecta, cuanto más se acercaba al advenimiento del hombre.

3. No terminaremos sin insinuar una opinión que priva entre no pocos naturalistas, es á saber, la que da á la fauna marina y también á la terrestre nacimiento ribereño. Los batracios y reptiles es cosa de ver cómo poseen aparatos respiratorios adaptados al agua no menos que al aire; pero puntualmente las langostas, escorpiones y otros anfibios, á causa de las mareas, se acostumbran al ambiente aéreo y al elemento ácueo. Más: aun las aves parece que habían de ser naturales de las aguas, porque el hesperornis y el ictiornis, descubiertos en Connecticut, eran acuáticos y de peces se mantenían. Por esta razón dice el ilustre Dollo: "La fauna litoral no tanto dió nacimiento á la fauna terrestre y á la de agua dulce, cuanto procuró elementos á la fauna pelágica, de la cual deriva su origen; y á su vez la fauna terrestre, después de haber descendido de la región litoral, le ha devuelto parte de sus habitantes, como declara el testimonio de ciertas aves ribereñas, focas, osos blancos, algunos moluscos, etc. La fauna abismal fué fundándose verosímilmente en remotos tiempos á expensas y por obra de la fauna litoral, cuando los desperdicios de las playas y los relieves de alta mar proveyeron de suficiente pasto á los peces que se albergaban en lo más profundo" [1]. Este linaje de discursos han de leerse con recelo, puestos los ojos en el evolucionismo, del cual suelen ser apoyos y rodrigones, tanto menos sólidos cuanto con más mañosa intención han sido inventados. Poco cuesta tender en el lecho de Procusto los sucesos, y estirar y encoger hasta que ajusten á la fantasía del inclemente inventor.

---

[1] *Revue des quest. scientifiques*, 1886, p. 438.





CAPITULO XXXV.

LA GENERACIÓN ESPONTÁNEA.

> «*Cete grandia... in species suas, et omne volatile secundum genus suum.—Jumenta et reptilia et bestias terræ secundum species suas in genere suo.*»
>
> (Vers. 21, 24, 25.)

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Los defensores de la generación espontánea no hallan en la Biblia escudo con que defenderse.—2. Opinión de los pasados siglos.—3. El monismo de Haeckel.—4. Dos partidos opuestos.—5. Los santos Padres y Doctores teólogos en qué sentido fueron heterogenistas.—6. Diferencia entre los antiguos y los modernos.

1. El inspirado hagiógrafo, al distribuir los animales en parejas, y dar á cada uno su semejante, de cuya junta se siguiese la conservación de la especie, estatuye el orden de la generación por los trámites de la vida animal. De cuya traza resulta que la doctrina que pone todos los vivientes nacidos de huevecillos ó gérmenes fecundados, no puede estar sino muy conforme con la letra del sagrado texto. La generación espontánea asienta empero que los animales tamañinos, parásitos, infusorios y microbios se crían por otras vías, y no por generación natural. No paran ahí los mantenedores de la generación espontánea [1]. Subiendo muy arriba á los albores de las cosas mundanas, dan por asentado que, ora fuese mera casualidad, ora fuese disposición del Criador, ciertas partículas tenuísimas de carbono se hicieron topadizas con otras partículas de hidrógeno, oxígeno, etc., de cuyo encuentro y maridaje resultó un parto feliz, un ser

---

[2] Con variedad de adjetivos la bautizan los modernos; denomínanla *equívoca, agenética, abiogenética, heterogenética, xenogenética. La Controverse*, 1882, t. IV, pág. 307.

orgánico, vivo y bullidor, un protoplasma activísimo, padre y abuelo de todos los organismos vegetales y animales que en el decurso de los tiempos ocuparon con su prodigiosa numerosidad el ámbito y redondez de la tierra. En esta traza han dado los modernos transformistas, muy decididos á patrocinar su invención, siquiera como cosa posible, fiados en que la ciencia por venir sobrellenará los vacíos que la experiencia presente con su escasez de hechos no puede colmar. Haciendo ahora caso omiso de la posibilidad abstracta, y limitando el discurso al hecho positivo, preguntamos: ¿pueden los secuaces de esta doctrina blasonar de defensores de las santas Escrituras? ¿Se compadece con el texto del Génesis la generación espontánea? Éste es el punto que nos toca aquí controvertir. A fe no han sido pocos los sabios, doctores católicos y expositores de la Biblia que no sólo sustentaron ó tuvieron por cierto el pro de esta cuestión, mas aun para justificar sus asertos, sin rodeos enseñaron que el Señor enriqueció la ruda materia en el quinto día, de aptitud potencial, á fin de dar salida, el tiempo adelante, á los cuerpos de estos menudísimos seres.

2. En verdad, no es posible poner duda que hay gusarapillos, insectos y pececillos que repentinamente bullen donde nunca se metieron, porque al mejor tiempo gusanean de cuerpos podridos, salen de tropel á deshora de intestinos de animales muertos, amanecen de presto en el corazón de las frutas, hinchen esos aires y cuajan esos campos sin llevar sobreescrito de procedencia animal. Los antiguos hicieron cargo de estos súbitos partos á la madre tierra, de cuyo regazo pululaban como por sí espontáneamente. Aristóteles, Plinio, Diodoro, Plutarco referían al sol, al fango, á la fermentación, la causa de tan prodigiosos engendros. En la Edad Media, y aun después, Kircher, Buonanni y otros, hasta mediados del siglo XVII, dieron por constante que una suerte de carne criaba abejas, otra escarabajos, otra cucarachas, otra sapos, otra moscas, y que tanta diversidad de animalejos no conocían ninguna otra casta de padres.

3. Mas faltábale á la generación espontánea un generoso adalid que con la porfía diese al mundo á conocer la flaqueza de su fundamento. Haeckel, encomiador del monismo, perfeccionador de las teorías de Darwin, acre defensor del transformismo, naturalista sin Dios, echa por zanja de su filosofía este afamado apotegma: "En el principio existió la mónera, átomo único, simple, primordial y eterno; creciendo engendró todas las especies por vía de generación espontánea„. Es la mónera, en su opinión, el organismo más tamarrituelo que concebirse puede; corpúsculo informe y microscópico, de substancia albuminosa, sin órganos ni estructura, dotado de propiedades vitales, en cuya virtud se mueve, se reproduce y procrea todas las formas. De este ser invisible nacieron por su orden el amibo, la célula, la materia organizada, la larva, el gusano, el pez, el ave, el

mamífero, el marsupial, el mono, el antropoideo, en fin, el hombre primitivo, que por estos pasos subió de simple mónera á ser monarca de la creación, el parto más primoroso de la generación espontánea. El hombre primitivo dividióse en varias especies, que fenecieron ya; á ellas sobrevivieron, por selección natural, solas dos, que, vueltas á dividirse, dieron origen á las doce especies de hombres que en la actualidad pueblan la faz de la tierra. Tal es la teoría de Haeckel sobre el origen de la vida animal y sobre la aparición progresiva de las especies.

No podía pintarse á sí propio con más vistosos colores el ateísmo material. La matriz del universo es el átomo eterno, la vida que prendió en la mónera por generación espontánea es el alma del mundo; conque eternidad de la materia y generación espontánea son los dos quicios en que se revuelve la máquina fantaseada por el naturalista alemán. ¿Qué prueba alega que asegure su verdad? Una dignísima de su ingenio: la necesidad de hacer hostilidades á la creación *ex nihilo*. No concebía Haeckel la acción de Dios en el mundo sin tener que devorar un milagro patente, pero el milagro parecíale repugnante paradoja; de aquí le vino al pensamiento la quimera más desatinada que pudo caer en humano pensamiento. Lo pasmoso y que dejaría sin pulsos al hombre menos crédulo, si no fuera tanta verdad, es cómo en obra de siete años (desde 1872 á 1878) se hubo ya traducido la *Historia natural del universo* de Haeckel en polaco, en dinamarqués, en ruso, en francés, en inglés, en servio, en holandés, y en español también. Ni será menester añadir que los materialistas más crudos se deshacían de gozo y de júbilo, saboreándose en esta ficción tan llena de vanidad. Hasta tal extremo de locura pudo llevar á los hombres la generación espontánea.

4. Dejando en el suelo la invención haeckeliana para pesarla más adelante, en dos partes se dividen los fisiólogos que tratan del origen de la vida en los seres organizados. Los más de ellos enseñan que no puede la materia organizarse por sí sola, ni levantarse al ser de animal, si no va sometida en todo y por todo á la influencia de un ser vivo ó de un germen que provenga de cuerpo organizado. Otros, por el contrario, quieren que la materia inerte, puesta en ciertas condiciones y acompañada de circunstancias físicas y químicas, tenga habilidad para tomar vida sin el auxilio de generador ninguno, pues la vida es excelencia de la materia, y florece cada y cuando que las circunstancias exteriores son propicias y convenientes [1].

Esta segunda opinión prevaleció hasta fines del siglo XVII entre teólogos, filósofos y naturalistas, aunque no reinaba con aquel ceño desapacible con que los modernos la figuran. Ya San Basilio y San Agustín, resumiendo los conocimientos de su época, declaraban que

[1] MILNE EDWARDS, *Mém. de l'Acad. des sciences*, 1859.

casi todos los hormigueros de animalillos se crian de miasmas cadavéricos, de hierbas ó maderas podridas, de frutas pasadas; "de estos seres, dice San Agustín, no podemos negar que Dios sea su autor„ [1]. Santo Tomás tuvo por corriente la misma doctrina [2], Pedro Lombardo la dió auge [3], San Buenaventura sin sospecha la profesó [4], y Suárez [5], Pereira [6], Molina [7], Alápide [8], Estío [9], Contenson [10], Albertini [11], Habert [12], y generalmente todos los Escolásticos que discurrieron en la creación animal, no anduvieron perplejos en si se daba ó no generación espontánea. No es maravilla que así opinasen los teólogos, cuando los filósofos naturalistas se quebraban las cabezas sin hallar otra salida á los hechos constantemente observados.

5. Conviene con diligencia definir en qué sentido y hasta qué términos abrazaron los Escolásticos esta doctrina. Los Escolásticos sostenían la verdad de lo que en sus ojos pasaba, sin sospechar engaño ni poner en tela de juicio la cortedad de su vista [13]. Legítimamente podían concluir de los hechos la posibilidad. Si los insectos de organización compleja en sus diversos aparatos nacen de putrefacción cadavérica, ¿por qué no había de procrearse igualmente sin óvulo materno un amibo, un protoplasma, mucho más simple y elemental que un gusanillo vil? Más: ¿cómo no trataron los Escolásticos de erigir en tesis general la generación espontánea de todo linaje de vivientes, pues tenían en su abono la de los animalillos inferiores, aplaudida de todos los sabios aunque falsa y neciamente?

La razón no puede ser más sencilla: los Escolásticos nunca pensaron que, sin virtud activa, pudiera originarse un ser viviente; por eso buscaban en los astros el origen de los animalejos. Para la generación requerían dos elementos: el uno fecundador y el otro fecundable, la semilla y el óvulo, activo el uno, pasivo el otro; ambos á dos formados por operación vital en órganos competentes. Esa *virtud formativa*, por ser fuerza vital, no se compadece con las fuerzas fí-

---

1 *De Genes. ad litt.*, lib. III, cap. XIV.—2 I p., q. LXXIII, a. I.
3 *II Sent.*, dist. XV.—4 *In II Sent.*, dist. XV, q. III.
5 *De op. sex dier.*, l. II, cap. X.—6 *Comment. in Genes.*, cap. I.
7 *De op. sex dier.*, disp. XX.—8 *In Genes.*, cap. I.
9 *In II Sent.*, dist. XVII.—10 *Theologia*, t. I, l. IV.
11 *Acroases de Deo Creatore.*—12 *Theol. dogmat.*, t. I, tract. *De Deo Creat.*
13 Los naturalistas de aquel tiempo andaban á un tenor con los Escolásticos en esta parte. Bastará oir al P. Bellinck, que escribe: Cardan prétend que l'eau engendre les poissons; Rondellet et Mathiole font naître les grenouilles et les anguilles du limon des marécages; Van Helmont indique le moyen de produire des souris; Munster et Aldobrande font pousser les bernaches sur les arbres; le P. Kircher expose fort au long son système auquel il donne le nom de *panspermie*... Il indique la manière dont les animaux naissent spontanément, et cite comme exemples les zoophytes, les annélés et les vertébrés. *Cours de Zoologie*, 1864, pág. 73.

sicas, cuya eficiencia es improporcionada á los efectos orgánicos. ¿Cómo, pues, discurrían los Escolásticos en los organismos producidos por generación espontánea? Iban en busca de la virtud activa que los hubiese arrojado al mundo; mas cuando no daban con ella, en vez de poner los ojos en la combinación de las fuerzas físicas, hacían recurso á la virtuosidad de los astros, porque, atentos á prohijar la vida á un principio activo, cuando no le descubrían en simiente alguna propia, refundían toda la eficacia en causa mayor y universal, cual era, en su opinión, el influjo de los astros, pues pesquisar en otra parte pareciales excusada tarea.

El P. Suárez, tratando cómo el mundo no puede ser eterno, á causa de la sucesión de generaciones, propone la siguiente objeción. Vemos, dice, que muchas especies de cosas fueron hechas sin *creación* de ningún individuo, y que algunas fueron engendradas por el sol y las estrellas, como son hierbas y animales imperfectos. Responde el Eximio en esta substancia. No hay que porfiar mucho en el nombre de *creación,* porque, al cabo, no puede darse proceso de emanación de un individuo en otro, sin que lleguemos á un acto de rigurosa creación; que si la acción de la generación se llama creación, es por amor de la materia que fué criada por Dios. Si algunos individuos nacen de otros fuera de su especie, es porque son imperfectos y porque su específico grado de perfección se contiene con eminencia en otro ser más levantado. Pero los seres perfectos nacen puramente de individuos de su propia especie, respecto de los cuales, no siendo posible proceder en infinito, al cabo vendremos á parar en un individuo de aquella especie que no haya sido engendrado, sino criado inmediatamente por Dios [1]. Esta es, en suma, la doctrina del P. Suárez, en donde bien es para reparar que, si tuvo en estima la generación espontánea de los animalillos, reconocía su origen en seres de especie más perfecta, como quienes encerraban colmadamente la entidad de sus inferiores; mas nunca creyó ser posible que animales perfectos derivasen la nobleza de su casta de otros perfectos de diversa especie, y mucho menos pensó que seres inferiores en perfección pudieran ser ascendientes de otros de más alta sangre; y, por el consiguiente, muy mucho se desvió del bando de Avicena (combatido por Santo Tomás) [2], que concedía á todos los animales en común la prerrogativa de nacer sin semilla por una suerte de juego de elementos, como desatinan nuestros transformistas.

6. Dos diferencias principales han de considerarse entre éstos y los antiguos teólogos. Los modernos partidarios de la generación heterogénea ciñen su teoría á los infusorios entozoarios, gusanos intestinales, parásitos, microbios, etc.; los antiguos extendían la generación espontánea á insectos, gusarapos, ranas, ratones, serpientes,

---

[1] *De op. sex dier.,* l. I, cap. II.—[2] I p., q. LXXI, a. I; q. LXXII, a. I.

anguilas y semejantes: los modernos, en la generación de sus infusorios y microbios, no requieren más fuerzas que las físicas y químicas; los peripatéticos daban por averiguado que los animales imperfectos se criaban de materias corrompidas y sin semilla especial, pero nunca se allanaron á tener por bastantes fuerzas cualesquiera para la generación de los vivientes. El moro Avicena, escritor ingenioso en el siglo x, había enseñado que todos los animales, como dejamos dicho, no sólo habían podido ser engendrados de la tierra en la primera niñez del mundo, mas también podían serlo en la actualidad: tal vez hízole caer en error la mala inteligencia de aquellas palabras: "produzca la tierra alma viviente„. Mas ¿qué estimación les mereció á los Escolásticos este desatino, que viene á ser parejo con el de los haeckelianos? ¿Qué caso hicieron de él? "Consta entre los filósofos de mejor nota ser falsa la opinión de Avicena: contra ella hemos disputado á la larga en nuestro libro octavo de la filosofía.„ Con tal calificativo como éste sentenciaba el docto P. Pereira la temeridad del árabe soñador [1].

Ya Santo Tomás había antes esgrimido las armas y dado en tierra con la audacia de esa opinión. "Avicena puso, dice, que todos los animales pueden criarse de mixtión de elementos sin semilla por vía natural. Eso no puede ser, porque la naturaleza se endereza á sus efectos por medios proporcionados. Por donde las cosas que se engendran naturalmente de semilla, no pueden sin semilla ser naturalmente procreadas. Y así diremos que en la generación natural de los animales el principio activo es la virtud formativa que reside en la simiente para los que de ella nacen: en lugar de semilla hay la virtud del cuerpo celeste para los que se crían de corrupción. Pero el principio material en unos y otros es algún elemento. En la primera institución de las cosas, el principio activo fué la palabra de Dios, que de materia elementar hizo los animales, ya sea en el acto, según muchos santos Padres, ya sea virtualmente, según San Agustín; no que la tierra ó el agua poseyesen virtud de procrear todos los animales, como quiso Avicena, sino que el poder de producir animales de materia elementar, por virtud de simiente ó de los astros, proviene de la eficacia dada á los elementos en la primera creación [2].

No tratamos ahora, nótese con advertencia, si la teórica de la generación, conforme la exponían los Escolásticos, debe tomarse por modelo irreformable sin tacha ni lunar; no, sino si, cuando ellos introducían la acción de los astros para dar cuenta del nacimiento

---

[1] *Coment. in Genes.*, op. VI diei.

[2] Et ideo dicendum est aliter, quod in naturali generatione animalium principium activum est virtus formativa quæ est in semine, in iis quæ ex semine generantur; loco cujus virtutis in iis quæ ex putrefactione generantur, est virtus cœlestis corporis. I p., q. LXXI, art. unic.

de los ínfimos vivientes, doblaban su brazo rindiéndose á la bajeza de la generación espontánea. La sencilla exposición de sus enseñanzas es suficiente para convencer de cegajosos á los modernos, que, con manosear sin tiento la autoridad del Angélico Doctor, forcejan por sostener que la materia inorgánica pudo dar origen, por su intrínseca virtud, á un ser viviente. Muy á la ligera pasan ellos por los fondos de la doctrina escolástica, sin embargo de hacer reputación de amontonar nombres y apellidos de aquellos sesudos ingenios. No los dejaremos de la mano sin advertir aquí, finalmente, que acudían al influjo de las estrellas porque en él descubrían el principio activo supremo y necesario de la generación de los menudos organismos. Aplíquese el entendimiento con meditación detenida á las expresiones del Ángel de las Escuelas, y se echará de ver con qué porfía insiste en considerar, no solamente los productores de especies orgánicas como instrumentos de los cuerpos celestes [1], mas también el calor generable de la semilla, como auxiliar del influjo estelar, por cuya virtud los agentes inferiores gozan de partos generosos, pues que la materia putrefacta carece totalmente de aquella virtud formativa que al semen es necesaria, y que no se puede suplir sino por la virtud oculta de los globos estelares [2].

Todos los peripatéticos á una voz, ya que alegasen por causa activa de la generación de los animales imperfectos las influencias del cielo, la humedad, el calor, la corrupción, la luz, ponían un principio material acondicionado á la naturaleza de cada uno [3]. Mas no bien

---

[1] Necesse est ponere aliquod principium activum mobile, quod per suam præsentiam et absentiam causet varietatem circa generationem et corruptionem inferiorum corporum, et hujusmodi sunt corpora cœlestia. Et ideo quidquid in istis inferioribus generat et movet ad speciem, est sicut instrumentum cœlestis corporis, secundum quod dicitur in 2 Physic. (text. 26) quod *homo generat hominem, et sol.* I p., q. CXV, a. III, ad 2.

[2] Vis activa... fundatur in ipso spiritu incluso in semine... in quo etiam spiritu est quidam calor ex virtute cœlestium corporum, quorum etiam virtute agentia inferiora agunt ad speciem, ut supra dictum est, quæst. 115, art. III, ad 2. Et quia in hujusmodi spiritu concurrit virtus animæ cum virtute cœlesti, dicitur quod *homo generat hominem, et sol.* I p., q. CXVIII, a. I, ad 3.

[3] Los filósofos de Coimbra presentaban la opinión general en esta forma: Quod vero ad animantia perfecta attinet, ex communi utraque theologorum et philosophorum doctrina asserendum est non posse gigni a cœlo, uti imperfecta, sed egere proprio sibique peculiari genitori. In lib. *Arist. De cœlo,* cap. III, q. VI, a. III.—El P. Arriaga: Objicies: cœlestia corpora habent talem virtutem (producendi formam substantialem); ergo angeli, qui sunt perfectiores, illam habebunt.—Respondeo, consequentiam non esse bonam; homo enim est perfectior bombyce, et tamen non ideo potest sericum producere. Cœlestia corpora experientia novimus influere in nos, unde probabiliter inferimus, habere virtutem mediis eis influxibus aliquid substantiale producendi; in angelis nec leve est indicium.—Replicabis: ea experientia in corporibus, non sufficit ad conce-

comenzaron á verse las cosas más de cerca y á ojos vistas en el siglo XVII, no faltaron varones de la Escuela que, libres de preocupaciones, acometiesen con gallardía la refutación de la generación espontánea. El doctísimo P. Luis de Losada, que escribió en el primer tercio del siglo XVIII, tomó luego las armas y dió con ímpetu y valor en la vieja opinión defendida por tantos maestros. "Hay autores, dice, que opinan que Dios, al principio del mundo, produjo muchísimas semillas de hierbas, de árboles y de animales, y que las mezcló con los elementos, con tierra y agua mayormente, y de estas semillas, cuando caen en parte acomodada á la índole de cada una, se procrean los animalillos imperfectos. A mí me parece necesaria la virtud seminal para la generación de cualquier viviente. Porque la organización maravillosa de un animal cualquiera, aunque sea gusanillo, y aun hierbecilla, no puede atribuirse al calor y á la humedad que causan putrefacción, siendo ellas causas de calidad muy inferior, y que nada tienen en sí que corresponda á una fábrica tan admirable y de determinada especie, como vemos en los varios animalejos que al parecer nacen sin semilla. Lo mismo hemos de decir de otras causas particulares que ni gozan de vida ni de parentesco con los que la tienen. Esta exquisita disposición de la materia pertenece á la virtud seminal, que es aquella fuerza peculiar que de suyo determina la materia á propagar los vivientes. Por lo cual, ó ha de admitirse la opinión de las semillas producidas en el principio del mundo y desparramadas por los elementos, ó se ha de decir que muchas semillas que emanan de los animales imperfectos y de las plantas y hierbas son arrebatadas por el viento y llevadas por doquier, y de ellas nacen después vivientes parecidos á los primeros, ó también degenerados" [1]. Todo esto es del P. Losada.

ARTÍCULO II.

1. El sentir de los Escolásticos no empece la verdad bíblica.—2. La doctrina de la generación espontánea es incompatible con la de San Agustín y de Santo Tomás.—3. Diferente enseñanza de ambos Doctores acerca de las *razones seminales*.—4. La autoridad de entrambos no puede alegarse en favor de la generación espontánea.—5. Experiencias de los primeros sabios.—6. Lucha entre los modernos sobre la generación espontánea.—7. Las micrócimas.—8. Los esfuerzos de los heterogenistas son excusados.

1. Aquí claramente se ve que la controversia de la generación espontánea, conforme la trataban los antiguos, ni era teológica ni dogmática, sino meramente filosófica ó escolástica. Admitida y todo,

---

dendam eis talem virtutem. Respondeo: si non sufficit, non concedatur nec quidem cœlis talis virtus; at multo minus cogemur eam angelis concedere. *De Angelis*, disp. XIX, sect. I, 8, 9.

[1] *Tr. de Gener.*, c. II, n. 26.

queda en pie el dogma de la creación de los reinos orgánicos. Ahora naciesen unos de otros los animales imperfectos, ahora de causas extrañas, ello era siempre verdad que Dios campea en su artificiosa hechura á par de primero y único autor. Lo cual bien mirado, ¿qué enseña Moisés de la propagación de los animales? Presenta la procreación de los individuos como una ley primitiva impuesta por el infinito Ordenador á todas las especies. La ley consiste en que reptiles, aves y mamíferos fueron criados según sus géneros y según sus especies, cada cual con su semejante, conviene á saber, ordenadamente y por parejas de entrambos sexos, con mandamiento de propagarse cada cual dentro de su especie particular. Esta solemnísima ley ¿queda perturbada por la generación espontánea? No á fe [1]. Sea que abracemos la exposición de San Agustín, sea que tengamos por mejor la de San Basilio acerca de los seres microscópicos, permanece siempre en su lugar la verdad mosaica y entera la verdad católica. ¿Cómo, en efecto, comentaron los teólogos el *producat terra,* y *producant aquæ,* respecto de los animalillos de que tratamos? Juzgaron que Moisés, en el describir la población del reino animal, no descendió á tratar por menudo de todos los órdenes de animales, sino que conmemoró solamente las clases más principales y del vulgo conocidas, conviene á saber, aves, reptiles, anfibios, mamíferos, sin omitir los peces; pero que de los otros de menos tomo no habló palabra, como quien, según advirtió Santo Tomás, "únicamente pretendió relatar las cosas que más á la vista están" [2]; y por eso envolvió en su mudo lenguaje los infinitos animales que ahora se nos ofrecen á los ojos en los terrenos sedimentarios.

Por este motivo "no les pareció inconveniente, dice el P. Pianciani, á los varones piadosos y doctos enseñar que estos animalillos no fueron criados en los dos últimos días". En efecto, Cornelio Alápide no repara en afirmar [3] que los que nacen de sudor, de podredumbre, de efluvios, recibieron ser en el sexto día, sólo potencialmente, en cuanto fueron hechos entonces los animales que los habían de engendrar después; de las pulgas y gusanos intestinales declara que no tuvieron entonces existencia, porque no se compadecía bien la molestia de sus ascosidades con aquella limpieza y buena andanza del estado primitivo. Suárez no osaba prometer tanto; juzgaba que porque de estos animales viles suelen mantenerse los mayores, y de los peces pequeños viven los grandes, y los pájaros de gusanos, habiendo Dios de poner en el mundo los principales, si eran los menores necesarios á la subsistencia de los mayores, bien se podía creer que todos juntamente salieron á luz; pero no halló reparo el cuerdo Doctor en conceder que no fueron hechos los pequeños en el espacio del

---

[1] REUSCH, *La Bible et la nature.*

[2] I p., q. LXIX, a. 2.—[3] In cap. I *Genes.*

dia quinto [1]. El mismo juicio venían á formar los demás doctores.

Por otra parte, la Iglesia católica en ningún tiempo definió el sentido preciso de este lugar del Génesis; dejó siempre libre la interpretación escolástica. No objeten los adversarios que Moisés favoreciendo su causa pregona la generación espontánea al introducir á Dios dando á las aguas y á la tierra orden de procrear reptiles y mamíferos. Porque si dice, *produzcan las aguas seres que resbalen y estén animados de vida* [2]; si añade luego, *Dios crió los grandes monstruos de las aguas* [3]; cuando más adelante pronuncia, *Produzca la tierra animales* [4], inmediatamente prosigue, *Dios, pues, hizo los animales terrestres* [5]. En cuyas palabras ciertamente consta que fuera del mar y de la tierra, que suministraron materia á los organismos, era menester otro elemento de vida que dependiese tan sólo de la libre disposición de Dios. Luego las Sagradas Escrituras ni autorizan ni condenan la generación espontánea; no la autorizan, porque no está en ellas suficientemente contenida; no la condenan, porque no está en ellas claramente condenada; y por eso, en el defenderla los Escolásticos y en el explicar según ella el Génesis, no hacían contra la verdad católica, comoquiera que la Iglesia ni aplaudia ni reprobaba su interpretación; callando toleraba, como tolera todo cuanto no va contra el dogma ni la moral. Pues luego, ¿cómo no ha de ser intolerable la audacia del racionalista que achaca á la Iglesia ó á sus doctores yerros formales, ó contradicción sistemática á los principios de la ciencia?

2. Razón será no dejar sueltos los cabos que en otra parte hemos procurado juntar [6]. El doctísimo cardenal Zeferino González en una acreditada obra escribe: "En resumen, quienquiera que tenga presentes las indicaciones é ideas de San Agustín y de Santo Tomás en los lugares citados y otros que sería fácil alegar, adquirirá la convicción de que la existencia de generaciones espontáneas, lo mismo que la preexistencia de gérmenes ú organismos simples primarios, como origen de las plantas y animales que en su desarrollo poblaron después la tierra, son perfectamente compatibles con la verdad de la Escritura Sagrada y con la exégesis racional y fundada de la misma" [7]. En las palabras del Eminentísimo andan envueltas las dos pro-

---

[1] *De op. sex dier.*, l. II, cap. X.—[2] Vers. 20.—[3] Vers. 21.

[4] Vers. 24.—[5] Vers. 25.—[6] Cap. XXIII, art. III, n.

[7] *La Biblia y la ciencia*, 1891, t. I, pág. 463.—Hablando de otro escritor católico dice *La Civiltá:* Si ascolti come ne parla un insigne scrittore in un'opera voltata non ha molto in italiano, e meritamente per la luminosa confutazione che vi fa delle fantasie evoluzioniste. *¿Perchè* (scrive egli nulladimeno all'ultimo) *secondo il bel pensiero de S. Agostino, che S. Tommaso è ben lungi dal disapprovare, certi esseri viventi–forse tutte le piante e gli animali* (dica pur tutte senza forse, e vi agginuga gli uomini: animalia, plantas et homines, como dice S. Tommaso. II. Dist. XII, q. I, a. 2, dietro S. Agosti-

posiciones siguientes: la generación espontánea es compatible con la verdad de la Sagrada Escritura; la doctrina de la generación espontánea halla apoyo en San Agustín y en Santo Tomás. Respecto de la primera proposición, acabamos de asentar que la generación espontánea ni va apoyada ni desapoyada por la Santa Escritura. De la segunda proposición dejamos dicho en el citado lugar que ni San Agustín enseñó, ni Santo Tomás aplaudió las *razones seminales* en cuanto significan gérmenes ú organismos sencillísimos: allí quedan apuntadas las pruebas.

Llevando un poco más adelante la materia, para crédito de la doctrina augustiniana, memorable es aquel lugar *De la Trinidad*, donde, queriendo el santo Doctor explicar el por qué no bastó el poder de los demonios para crear aquellas sabandijas con que se produjo delante de Faraón la confusa babilonia de ilusiones mágicas, añade el agudísimo escritor: "De todas las cosas que nacen corpórea y visiblemente, enciérranse ocultas ciertas semillas en los elementos corpóreos de este mundo. Las unas ahí están patentes á nuestros ojos, contenidas en los árboles y en los animales; pero otras son ocultas semillas de esas semillas, y de ellas, por orden del Criador, produjo el agua peces y aves, y la tierra sus primeras plantas y sus primeros animales. Porque para semejantes partos no fueron producidos animales y árboles, de suerte que en su producción se agotase aquella virtud, sino que á las veces faltan congruas ocasiones de temperos que den lugar á la propagación de sus especies„ [1].

Con acierto dió alcance á las honduras de la mente augustiniana el P. José Mendive, cuando, sin anegarse en la mucha agua, buscó

---

no, senza attenuazioni)—*non potrebbero essere stati creati da Dio allo stato potenziale? Perchè non avrebbe potuto Iddio deporre in certe parti privilegiate della natura fisica delle virtuosità latenti, essenzialmente distinte dalle forze fisico-chimice, che in certe circostanze favorevoli potessero passare dalla potenza all'atto e produrre delle manifestazioni vitali? E se queste molecole privilegiate d'idrogeno e de carbonio si fossero, sotto l'influsso di occasioni propizie, svolte sotto forma di vegetali ó d'animali, ciò non sarebbe in virtù della loro proprietá d'idrogeno ó di carbonio, ma in virtù d'un potere superiore, d'un principio vitale ricevuto dall'alto. La Civiltá Cattolica,* 1897, serie XVI, vol. XI, pág. 427.

[1] Omnium quippe rerum quæ corporaliter visibiliterque nascuntur, occulta quædam semina in istis corporeis mundi hujus elementis latent. Alia sunt enim hæc jam conspicua oculis nostris ex fructibus et animantibus, alia vero occulta istorum seminum semina, unde jubente creatore produxit aqua natatilia et volatilia, terra autem prima sui generis germina et prima sui generis animalia. Neque enim tunc in hujuscemodi fetus ita producta sunt, ut in eis quæ producta sunt, vis illa consumpta sit; sed plerumque desunt congruæ temperamentorum occasiones quibus erumpant et species suas peragant. *De Trinitate,* lib. III, cap. VIII, n. 13.

en su fondo las perlas de la limpia verdad, diciendo así: "Qué es lo que haya entendido este sapientísimo Doctor de la Iglesia con el nombre de *semillas ocultísimas* depositadas por Dios en los elementos de este mundo, para que, al presentárseles una ocasión favorable, *se desarrollen naturalmente y produzcan las diversas especies*, no lo dice en sus escritos, y quizá él mismo con dificultad nos lo hubiera podido explicar, si, dejándose de generalidades, hubiera intentado darnos de ello una idea exacta y bien precisa. Lo que podemos decir con toda seguridad es que estas *semillas ocultísimas*, en sentir suyo, deben distinguirse de las ordinarias y visibles que dan origen á los diferentes seres vivientes. La razón de esto se palpa con las manos, puesto que él mismo las llama *seminum semina*, ó sea *fuente y origen de las semillas comunes*, lo cual no puede encerrar sentido alguno sino en el caso de que exista real y verdadera distinción entre unas y otras„ [1]. Muy á propósito es la advertencia del P. Mendive. Distinción real y verdadera admitió San Agustín entre las semillas comunes y las *razones seminales*, denominándolas *occulta seminum semina;* es á saber, la diferencia que puede mediar entre una niña de quince meses y una moza de quince años respecto de la facultad de concebir. Porque San Agustín constituyó siempre la entidad de las *razones seminales* en una cierta potencia remota infundida por Dios en los elementos del mundo, con el fin de sacar de ellos vegetación, pues nunca reconoció el Doctor africano por *razones seminales* cosas individuas y concretas, como quien todo lo individuo y concreto concerniente á vegetales lo reservó para después de los seis días mosaicos, consignando á la tierra en el tercero la sola virtud de germinar. No podía hallar vocablos más expresivos que *occulta seminum semina* para calificar las *razones seminales* y distinguirlas de las simientes comunes y visibles.

3. Santo Tomás, que vió en las *razones seminales* de San Agustín sus reventaderos y malos pasos, sin parecer que en ellas ponía mano para hacerlas más tratables, las levantó á mayor crédito, alisándolas y puliéndolas con la lozanía de su incomparable talento. Propone el Angélico la cuestión *si en la materia corpórea hay algunas razones seminales* [2]. ¿De qué manera la resuelve? Muy según la profundidad de su raro ingenio; esto es, general y comprensivamente en esta forma. En cuatro órdenes puédense considerar colocadas las razones seminales: primer lugar ocupan las razones ideales que en el Verbo de Dios viven como trazas é ideas de las cosas; segundo, las que fueron producidas en los elementos del mundo, como en universales causas; tercero, las particulares que nacieron de esas cau-

[1] *La religión católica*, 1887, pág. 438.

[2] *Utrum in materia corporali sint aliquæ rationes seminales*. I p., q. CXV, a. 2.

sas universales en la sucesión de los tiempos; cuarto, las semillas que proceden de plantas y de animales, de quienes nacen otras y otras [1]. Estos cuatro géneros de *razones seminales* sácalos Santo Tomás casi palabra por palabra de San Agustín, cuya pluma no se cansa de estampar el concepto cien veces expresado, á saber, que las cosas criadas y actuadas recibieron sus formas y naturalezas de aquellas ocultas é invisibles razones entrañadas en la criatura causalmente [2].

Ahora, ¿cómo entiende Santo Tomás que caben *razones seminales* en las criaturas? ¿Acaso lo resume todo en el concepto de San Agustín? No. ¿Tiene por errado y reprobable el concepto de San Agustín? Tampoco. ¿Qué hace pues? Como buen intérprete le explica, aprovechándose de los escritos de su glorioso Maestro para extraer la substancia de su médula. Porque teniendo á la vista aquel texto *De Trinitate* donde se dice: *Omnium rerum quæ corporaliter visibiliterque nascuntur, occulta quædam semina in istis corporeis mundi hujus elementis latent,* saca la exposición de la manera siguiente: "Manifiesta cosa es que el principio activo y el principio pasivo de la generación de los vivientes son *semillas* de que los vivientes se engendran; y por eso acertadamente Augustino, todas las virtudes activas y pasivas que son principios de las generaciones y movimientos naturales, llámalas *seminales razones*„ [3]. Y no es pre-

---

[1] Hujusmodi autem virtutes activæ et passivæ in multiplici ordine considerari possunt. Nam primo quidem, ut Augustinus dicit (*Super Genes. ad litt.*, lib. VI, cap. X et XVIII), sunt principaliter et originaliter in ipso Verbo Dei secundum rationes ideales. Secundo vero sunt in elementis mundi, ubi simul a principio productæ sunt, sicut in universalibus causis. Tertio vero modo sunt in iis quæ ex universalibus causis secundum successiones temporum producuntur, sicut in hac planta et in hoc animali, tanquam particularibus causis. Quarto modo sunt in seminibus quæ ex animalibus et plantis producuntur, quæ iterum comparantur ad alios effectus particulares sicut primordiales causæ universales ad primos effectus producendos. I p., q. CXV, a. 2.

[2] Sed hæc aliter in Verbo Dei, ubi ista non facta sed æterna sunt; aliter in elementis mundi, ubi omnia simul facta futura sunt; aliter in rebus quæ secundum causas simul creatas, non jam simul sed suo quæque tempore creantur, in quibus Adam jam formatus ex limo et Dei flatu animatus, sicut fenum exortum; aliter in seminibus, in quibus rursus quasi primordiales causæ repetuntur, de rebus ductæ quæ secundum causas, quas primum condidit, extiterunt velut herba ex terra, semen ex herba. In quibus omnibus ea jam facta modos et actus sui temporis acceperunt, quæ ex occultis atque invisibilibus rationibus quæ in creatura causaliter latent, in manifestas formas naturasque prodierunt. *De Genesi ad litter.*, lib. VI, cap. X.

[3] Manifestum est autem quod principium activum et passivum generationis viventium sunt semina ex quibus viventia generantur. Et ideo convenienter Augustinus omnes virtutes activas et passivas, quæ sunt principia generationem et motuum naturalium, seminales rationes vocat. I p., q. CXV, a. 2.

cisamente verdad que diera San Agustín así á bulto nombre de *seminales razones* á todas las virtudes activas y pasivas que son principios de las generaciones naturales, sino solamente á aquellas virtudes que eran *como semillas de cosas futuras* venideras á luz en tiempo y lugar oportuno [1]. Tan cierto es que la noción de Santo Tomás difiere de la de San Agustín, que de los cuatro órdenes arriba alegados por entrambos doctores, sólo el segundo pertenece á las *razones seminales* de San Agustín, siendo así que también el tercero y cuarto comprenden las *razones seminales* de Santo Tomás, según que el P. Fr. Domingo Báñez lo explica [2].

¿Como, pues, rompió Santo Tomás con el miedo, sin titubear en extender tan ampliamente las *razones seminales?* Porque entendió que la restricción de San Agustín daba lugar á inconvenientes que se debían obviar con cauteloso cuidado; por eso amplificó el concepto con disimulo, no sin dar razón de su mitigada inteligencia. Porque en la misma cuestión ciento quince, respondiendo á la cuarta dificultad, sin salir del texto arriba alegado *De Trinitate,* dice así: "A lo cuarto se ha de responder, que las palabras de San Agustín, donde habla de las *razones seminales,* se pueden tomar en el sentido de que las mismas *razones seminales* son también *razones causales,* así como también la semilla es una cierta causa. Porque dice que, *así como las madres están preñadas de sus fetos, así el mundo está preñado de las causas de los que nacen*" [3]. Es muy de notar aquí que también San Agustín llamó indistintamente *causales razones* á las *razones seminales* [4], poniendo todo su ser en la *fuerza de la posibilidad, vis possibilitatis;* Santo Tomás, al contrario, puso distinción entre unas y otras, sin embargo de permitir se llamaran entrambas *razones se-*

---

[1] Quædam erant quasi semina futurorum, per sæculi tractum ex occulto in manifestum locis congruis exserenda. *De Genes. ad litt.,* lib. VI, cap. XI.

[2] Mens D. Thomæ est quod seminales rationes sunt in materia corporali in quantum in ea sunt virtutes activæ ratione substantialis formæ... Virtus seminalis dicitur etiam virtus activa ad generandum sibi simile, etiamsi non sit vivens. *Comment. in* I p., q. CXV, a. 2.

[3] Ad quartum dicendum, quod ex verbis Augustini de hujusmodi rationibus seminalibus loquentis, satis accipi potest quod ipsæ rationes seminales sunt etiam rationes causales, sicut et semen est quædam causa. Dicit enim quod «sicut matres gravidæ sunt fetibus, sic ipse mundus est gravidus causis nascentium». (*De Trinit.,* lib. III, cap. IX.) Sed tamen rationes *ideales* possunt dici *causales,* non autem proprie loquendo *seminales,* quia semen non est principium separatum; et præter hujusmodi rationes non finut miracula; similiter etiam neque præter virtutes passivas creaturæ inditas, ut ex ea fieri possit quidquid Deus mandaverit; sed præter virtutes activas naturales et potentias passivas quæ ordinantur ad hujus modi virtutes activas dicuntur fieri miracula, dum dicitur quod fiunt præter rationes seminales.

[4] *De Genesi ad litter.,* lib. VI, cap. XIV.

minales por consideración á San Agustín. La diferencia entre los dos santos autores estuvo en esto: San Agustín da nombre de *razones seminales* ó de *razones causales*, ó de *causas primordiales*, á la potencialidad remota, posibilidad, aptitud receptiva, potencia obediencial que Dios concedió á los elementos para producir efectos naturales y sobrenaturales; Santo Tomás reservó el nombre de *causales razones* á estas *razones seminales* de San Agustín, pero quiso llamar *razones seminales* á las facultades activas y pasivas de los seres ordenadas á inmediatos naturales efectos; por esta causa dice que los milagros no se hacen sin tener cuenta con las *razones causales*, pero se pueden hacer sin tenerla de las *razones seminales*, contra lo que San Agustín había asentado. En otra parte lo dice más claro Santo Tomás por estas palabras: "En dos cosas difiere la operación natural divina de la artificial humana: primero, por parte de la materia; segundo, por parte de la forma; porque las formas que induce el artífice no producen seres semejantes á sí, pero las formas naturales pueden producir seres semejantes á sí, y por esto tienen la propiedad de la semilla y pueden recibir nombre de seminales" [1]. Con razón podía Santo Tomás usar este lenguaje, porque aunque la propiedad de producir generación no sea de suyo innata á la materia inorgánica, el intento del Criador fué dejar en ella entrañada esa facultad seminal para llevar al cabo la multiplicación de las especies. Si pues toda causa generativa puede llamarse *razón seminal*, más ensanchas reciben las *razones seminales* de Santo Tomás que las de San Agustín. No sin especial aviso admite el Angélico en sus respuestas á las tres primeras dificultades de la cuestión ciento quince, artículo segundo, que las virtudes activas y pasivas cualesquiera, ordenadas á la generación, son *razones seminales*, no obstante que San Agustín limite ese título á las solas aptitudes potenciales concedidas por Dios á la tierra en los días mosaicos para dar de sí árboles y brutos. La equipolencia recibida por Santo Tomás entre *razones seminales* y *causas generativas*, y la diferencia entre *razones seminales* y *razones causales*, le separan de su Maestro africano, calificándole por autor independiente, como en otro lugar apuntamos [2].

---

[1] In duobus differt operatio Dei ab operatione artificis. Primo, ex parte materiæ... Secundo, ex parte formæ, quia formæ quas inducit artifex non producunt sibi similes...; formæ autem naturales sibi similes producere possunt, et ideo proprietatem seminis habent, et seminales dici possunt. *II Sent.*, dist. XVIII, q. 1, a. 2.

[2] Cap. XXIII, a. 2.—Cuando Santo Tomás dijo que la doctrina de Agustín le gustaba más por más razonable (Magis mihi placet, est rationabilior et magis ab irrisione infidelium Sacram Scripturam defendens. II, dist. XII, q. 1, a. 2), fundó su dicho en que, demás de muchos compuestos minerales, se habían formado en el transcurso de los siglos, y no en los seis días mosaicos, nuevas especies orgánicas, como los animales híbridos y los nacidos de materia co-

4. No hace falta pasar más adelante para absolver la controversia que traemos entre manos contra los heterogenistas. Podemos ya concluir que ni San Agustín ni Santo Tomás dan asidero á la defensa de la generación espontánea. Salvo lo sobredicho de los animales imperfectos, muy distante anduvo San Agustín de inclinarse á la generación espontánea de los vivientes. Las *razones seminales* ni rinden fruto de generación ni le rinden espontáneamente. No llevan frutos de generaciones, porque la generación es producción de viviente por medio de otro viviente, al paso que la tierra enriquecida con las *razones seminales* de San Agustín no tiene lugar de viviente, pues sólo *potentialiter et causaliter* produce; ni su producción es espontánea, sino recibida y encaminada por Dios. Dijo ciertamente San Agustín que "el mundo lleva en sus entrañas las causas de los vivientes, como la madre tiene en las suyas el feto"; mas esa preñez de causas la entendió Santo Tomás no de *razones seminales* propiamente dichas, sino de *razones causales,* esto es, de virtudes ó facultades potenciales y receptivas. Para que la doctrina de San Agustín sirviese de sostén á los amigos de la generación espontánea, deberían sus *razones seminales* consistir en una virtud intrínseca, en una virtuosidad latente, dada por el Criador á las moléculas minerales para romper en actos vitales y generativos cuando se ofreciese ocasión propicia [1].

Mas no es eso lo que San Agustín enseña. En su opinión, *razones seminales, razones causales, causas primordiales, semillas de semillas,* no denotan *virtudes activas intrínsecas* á la materia inorgánica, sino solas aptitudes concedidas por Dios para producir lo que Dios tuviese á bien mandar. Ni Santo Tomás dijo palabra de *virtud intrín-*

---

rrupta. El opinar eso el Santo Doctor le inducía á tener por más razonable la creación de las cosas *in causis,* necesaria para dar cabal razón de semejantes anomalías, pues de esta suerte aplicaba á todas las criaturas sin distinción la hipótesis augustiniana. Inventada la creación simultánea para deshacer los errores de los maniqueos, que ufanándose de científicos tomaban la Escritura por blanco de sus mofas é irrisiones, daba en tierra con todas las argucias de los herejes y ponía en punto invulnerable el texto del Hexámeron. Pero la exposición de Santo Tomás logra colmadamente el fruto de los deseos é intentos de San Agustín.

[1] Algunos autores han entendido de otra manera el texto de San Agustín. El P. Mendive escribió interpretando la preñez del mundo elementar: «Según esta manera de entender, que es la más obvia y más conforme al sentido natural de las palabras, la opinión del ilustre Obispo no se hallaría muy distante en el fondo de lo que últimamente ha escrito el famoso Darwin, diciendo que toda la naturaleza está llena por todas partes de un cierto elemento biótico capaz de producir organismos dotados de vida, con tal que se halle en las debidas condiciones para ello». *La religión católica,* 1887, pág. 439.—El *elemento biótico* de Darwin es muy distinto de la potencialidad y pasividad contenida en las *razones seminales* de San Agustín.

seca entrañada en los elementos minerales para dar de sí vivientes, y no habla de ella Santo Tomás porque á San Agustín no le pasó por el pensamiento. Sólo hablan los dos de *potencia* ó *virtud* dada á la naturaleza, al mundo, á los elementos, á las cosas, indeterminadamente; virtud que no es otra cosa, en la mente de San Agustín, sino posibilidad, potencia obediencial, potencialidad remota, causalidad lejana. ¿Qué potencia activa contiene el agua para convertirse en vino? Ninguna, cierto. No en el agua, sino en la cepa, estuvo la virtud activa para producir uva llena de vino. Ejemplo que trae San Agustín [1] para probar que la conversión del agua en vino se contenía, como los demás milagros, en las razones seminales. Pero dejémosle que vacie el raudal de su inagotable vena con el preñado lenguaje que le es propio. "Puede, con justicia, inquirirse de qué manera fueron instituídas aquellas razones causales que Dios entrañó en el mundo cuando crió todas las cosas juntamente, *omnia simul:* si, como lo vemos en todos los individuos que nacen, árboles ó brutos, siguieron ellas en sus formaciones y crecimientos varios espacios de tiempo según la variedad de especies; ó si, como creemos haber sido formado Adán en edad varonil sin progreso en el crecer, fueron los dichos individuos de primera mano formados cabal y completamente. Mas ¿por qué no admitimos más bien que aquellas sobredichas causas tenían en su capacidad entrambos modos, de suerte que de ellas resultase lo que al Hacedor le estuviera más á cuento? Porque si decimos lo primero, parecerán ellas tener contra sí no sólo aquel hecho del agua trocada en vino, mas también todos los milagros que se ejecutan contra el curso de la naturaleza. Y si decimos lo segundo, más absurdo aún parecerá que esas formas y especies cotidianas de la naturaleza vayan andando las carreras de sus tiempos contra aquellas primarias razones causales de todos los individuos que salen á luz. Resta, pues, que las seminales razones hayan sido criadas hábiles y proporcionadas á uno y á otro modo, ora sea al modo con que se desenvuelven las cosas temporales por el orden consueto, ora sea al modo que tienen de hacerse los milagros, según que le place á Dios hacer lo que á cada tiempo es más oportuno" [2].

---

[1] *De Genes. ad litt.*, lib. VI, cap. XIII.

[2] Quæri autem merito potest, causales illæ rationes, quas mundo indidit (Deus), cum primum omnia simul condidit, quomodo sint institutæ: utrum ut quemadmodum videmus cuncta nascentia vel fruticum vel animalium, in suis conformationibus atque incrementis, sua pro diversitate generum, diversa spatia peragerent temporum; an ut, quemadmodum creditur factus Adam, sino ullo progresu incrementorum, virili ætate, continuo conformarentur. ¿Sed cur non utrumque illas credimus habuisse, ut hoc ex eis futurum esset quod factori placuisset? Si enim illo modo dixerimus, incipiet contra ipsas factum videri non solum illud de aqua vinum, sed et omnia miracula quæ contra naturæ cursum fiunt. Si autem isto modo, multo erit absurdius ipsas istas quotidianas na-

Lo dicho prueba que las *razones seminales*, conforme las entendía San Agustín, no dan apoyo á la generación espontánea, pues ésta presupone fuerza vital en la materia, que por su propia virtud organiza y proporciona las partes dando vida al ser compuesto, en tanto que San Agustín no concede á la materia sino pura potencialidad, capacidad, habilidad, para ser elevada por Dios á efectos orgánicos. La intervención del Criador es suplemento indispensable á la indeterminación de las disposiciones de la materia [1].

¿Qué diremos de Santo Tomás? Mucho más lejos estuvo de ladearse á la generación espontánea, como quien á la tierra sólo otorgaba oficio de causa material y dispositiva, á Dios la eficiencia orgánica [2]. Con las *razones seminales* de San Agustín ejercitó su tolerancia por no parecer se oponía de punta en blanco al poderoso ingenio del ilustrísimo Doctor, si bien se le traslucieron las dificultades de tan peregrina sentencia; por eso más se inclinó á la contraria, en cuya defensa le siguió el torrente de casi todos los Escolásticos posteriores. Hemos visto la diferencia entre San Agustín y el Doctor Angélico respecto de las razones seminales. San Agustín sólo atendió á la virtud pasiva, á la posibilidad, á la potencia obediencial; Santo Tomás comprendió con el nombre de razones seminales las virtudes activas y las potencias pasivas, aquéllas para producir efectos naturales, éstas para efectos sobrenaturales y milagrosos [3]. Mas ¿cuál es la condición de las virtudes activas puestas por Santo Tomás? ¿Acaso Dios en el acto de la creación infundió en los elementos fuerzas

---

turæ formas et species contra illas primarias omnium nascentium causales rationes suorum temporum peragere spatia. Restat ergo ut ad utrumque modum habiles creatæ sint, sive ad istum quo usitatissime temporalia transcurrunt, sive ad illum quo rara et mirabilia fiunt, sicut Deo facere placuerit quod tempore congruit. *De Genesi ad litt*, lib. IV, cap. XIV.

[1] Quod scriptum est, ligna terram produxisse, causaliter factum erat in terra; hoc est, quia tunc ea producendi virtutem latenter acceperat, qua virtute fit ut etiam nunc talia terra proginat in manifesto atque in tempore suo. *De Genesi ad litter.*, lib. VIII, cap. III.

[2] Sunt productæ perfertæ species plantarum, ex quibus semina aliarum orientur. I p., q. LXIX, a. 2.

[3] Deus qui totius naturæ auctor est, non solum formas et virtutes naturales rebus contulit, sed etiam potentiam recipiendi illud quod ipse in materia facere vult. *II, Dist.* XVIII, q. I, a. 2.—Quædam fuerunt in operibus sex dierum, ut in potentia obedientiæ tantum, sicut ea quæ per miraculum fiunt. *Ibid.*, q. 5, a. I, ad 8.—Ad quartum dicendum quod secundum rationes causales in creaturis dicitur aliquid præexistere dupliciter: uno modo, secundum potentiam activam et passivam, ut non solum ex materia præexistente fieri possit, sed etiam ut aliqua existens creatura hoc facere possit; alio modo, secundum potentiam passivam tantum, ut scilicet de materia præexistenti fieri possit a Deo. Et hoc modo, secundum Augustinum, corpus hominis præextitit in operibus productis secundum causales rationes. I p., q. XCI, a. 2, ad 4.

activas bastantes á producir vivientes? Si así fuera, tendrían los fautores de la generación espontánea algún motivo para dar probabilidad á su hipótesis. Mas no es así, á fe mía. Las fuerzas activas dadas á los elementos inorgánicos sólo fueron disposiciones instrumentales puestas por Dios en la materia para contribuir al nacimiento de los organismos, según la doctrina de Santo Tomás; pero la constitución de los organismos no salió de las fuerzas activas de los elementos, sino de la orden y dirección de Dios que habilitó la materia, no para engendrar vivientes, mas sí para recibir la acción generativa [1]. Santo Tomás, que admitió la creación de plantas y animales en su ser perfecto é individuo, se acomodaba á la sentencia de Pedro Lombardo, cuya distinción dieziocho del libro segundo explicaba Escoto en esta forma: "De lo dicho se ve cómo se ha de entender aquello de San Agustín (lib. III *De Trinitate,* cap. IX), que en los elementos de este mundo se deben admitir razones seminales, por cuanto pueden ellos de tal manera prepararse, ó por simple mixtión, ó por yuxtaposición, que se cause en ellos cierta cualidad ó forma que sea camino para otra cosa más perfecta [2]. En la preparación de los elementos, que viene á ser como una incoación de la forma orgánica, mas de ninguna manera generación de organismos, se ha de constituir toda la entidad de las virtudes activas colocada por Santo Tomás en las razones seminales [3].

De aquí colegimos que la doctrina de San Agustín, comentada y extendida por Santo Tomás, no puede servir de carta de amparo á los católicos para autorizar el evolucionismo en las escuelas cristianas; especialmente que ni la Iglesia la aprobó, ni el consentimiento de los doctores teólogos la siguió, ni los evolucionistas osarán aplicarla en todas sus partes. Enhorabuena que nuestros sabios desechen á una la generación espontánea de aquellos animales á quienes se la concedían los antiguos; no es menos peligrosa la opinión de los materialistas modernos tocante á los menudos y microscópicos, sino que lo es mucho más. Porque los Escolásticos, cuando concedían á la tierra ó al agua virtud para engendrar, presuponían que les venía del

---

[1] Materia enim coadjuvat ad generationem non agendo, sed in quantum est habilis ad recipiendum talem actionem. *II Sent., dist.* XVIII, q. 1, a. 2.

[2] Ex dictis patet, quomodo intelligendum est illud Augustini, quod in elementis mundi hujus ponendæ sunt rationes seminales, quia possunt sic contemperari, vel per simplicem mixtionem, vel per illam quæ est per juxtapositionem; quod causabitur ex eis quædam qualitas vel forma, quæ erit via ad aliquid perfectius. *Opera omnia,* editio nova, 1893, t. XIII, pág. 95.

[3] *La Civiltá Cattolica* trata de asiento esta materia, sin poner distintivo entre la opinión de S. Agustín y la de Sto. Tomás respecto de las *razones seminales:* parécenos harto clara la diferencia. 1897, serie XVI, vol. XI, páginas 143, 421, 676.—Los artículos son obra del P. Salis Seewis, que los publicó aparte.

infinito poder del Criador; al paso que los materialistas, propugnadores de la generación espontánea, atribuyen ese poder á la misma constitución de la materia sin ningún respecto con Dios.

5. Fácil tarea es observar el nacimiento de las sabandijuelas visibles y palpables; no lo es tanto escudriñar la generación de los animalillos pequeñitos, y presenciar el desarrollo de los gérmenes que apenas pueden divisarse á los rayos del sol ó con la ayuda de finísimos instrumentos. A la verdad, no bien hubieron empezado los fisiólogos á vislumbrar la vida de estos diminutos corpúsculos, tejieron larga disputa entre sí sobre su procedencia, no faltándole á la opinión antigua defensores y patronos. El médico Francisco Redi fué el primero (en 1668) en discurrir que los gusanos nacían de huevecillos puestos en incomparable copia por los insectos que desovaban en la carne, ó allí mismo donde los vemos salir. Aplicáronse luego los peritos al estudio de materia tan nueva y curiosa; en ella pusieron su punto de honra los amigos de la antigüedad; en ella vieron también los naturalistas abierto anchísimo campo donde explorar los arcanos de la vida y el origen de los organismos. Leuwenhoeck averiguó que una mosca puede dar de sí setecientos mil óvulos; Linneo apostaba que tres moscas con sus crías son poderosas para comerse un caballo entero tan aprisa como puede hacerlo un león acosado del hambre; Vallisniere hizo ver cómo los gusanos de las frutas eran obra de la generación ordinaria, y que el insecto los había metido en forma de óvulos en las flores del vegetal antes de fructificar; Swammerdam descubrió que los enjambres de abejas eran, ni más ni menos, embriones de huevos puestos por la reina; Malpighi y Reaumur estudiaron los gérmenes de los insectos; Trembley atinaba con la reproducción de los pólipos; otros, en fin, no acababan de asombrarse viendo el sinnúmero de animalillos microscópicos aposentados en una gota de agua. No habia musaraña que quedase oculta á los ojos del hombre. Entonces, inventados nuevos y más poderosos microscopios, los aficionados, atendiendo á la especulación, apuraron con sus diligencias el conocimiento del mundo invisible, y pregonaron riquezas y maravillas tales en los seres infinitamente pequeños, que no cabían de gozo y admiración al contemplar su artificiosa grandeza. Tirábanse nuevas líneas, fabricábanse otros designios, sin que los obstáculos se arrollasen y del todo se venciesen.

6. Atónitos los investigadores de lo que veían y no entendían, partiéronse en dos bandos contrarios: Flourens, Gratiolet, Milne Edwards, Dumas, Pasteur, Bernard y otros muchos seguidores suyos, amenazaron fuego y sangre á la generación espontánea; Pouchet, Joly, Joubert, Musset, litigaban animosos por las antiguas ideas, y aun se atrevieron á poner en las manos y en los ojos de la Academia de Ciencias parisiense los descubrimientos que abogaban en su favor. Otros quedábanse á la mira, sin empeñarse en la lucha. En 1864

el sabio Flourens hacía público en su *Examen del libro de Darwin*, que de Redi acá ningún sabio, que ese nombre mereciese, defendió la generación espontánea de los insectos; que el de los gusanos intestinales se hallaba sin valedores después de Van Beneden; que habían quedado sin padrino los infusorios acosados por Balbiani, y que, en fin, vistos los experimentos de Pasteur, iba de vencida la espontánea generación de los animalillos en general [1].

Era verdad, de lo cual nos sugiere la biología celular esta firmísima razón. La química orgánica, en vez de descubrir en los átomos de los organismos propensión á juntarse, á organizarse, á favorecerse mutuamente, ha admirado, por el contrario, en ellos tan viva inclinación á gozar de su independencia y soltura, que únicamente el principio vital con su acción directriz es poderoso para tener la rienda á los átomos y sujetarlos á la ley de la organización; con que la generación espontánea, que presupone en los átomos materiales propensiones á organizarse de sí propios, pugna con la noción de la vida.

Por esta misma causa los naturalistas atribuyeron desde un principio la producción de los animalillos á multitud de huevecitos que flotaban por el aire; Spallanzani probó que los infusorios no medran en paraje libre de la acción del aire; Tyndall certificaba que basta dar entrada al aire en una cámara para ver cómo se pegan gérme-

---

[1] MILNE EDWARDS: On sait que non seulement des graines et des œufs peuvent rester pendant fort longtemps dans un état de vie latente, sans perdre la faculté de reprendre la vie active, lorsque les circunstances sont favorables à l'exercice de leurs facultés; mais que des animalcules adultes peuvent présenter des phénomènes de même ordre, et conserver leur vitalité après avoir été réduits à un état de mort apparente par la dessication. Enfin nous savons aussi que la dissémination des corpuscules légers pars les courants atmosphériques est chose facile... Aucun physiologiste ne révoque en doute la puissance génératrice des animalcules et des végétaux microscopiques, et pour se convaincre de la possibilité du transport de leurs propagules par la voie que je viens d'indiquer, il suffit de se rappeler la quantité énorme de poussière qui flotte toujours dans l'air, et la difficulté que nous éprouvons à préserver de son contact les objets qui ne sont pas renfermés dans des vases hermétiquement fermés. Des corpuscules bien plus gros et bien plus lourds, que ne doivent l'être les propagules en question, sont charriés de la sorte à des distances immenses, ainsi qu'on a pu s'en assurer en observant les poussières tombées de l'atmosphère dans les pays situés sous le vent de quelques volcans en éruption. Nous savons également que le transport des graines par les courants atmosphériques est un des moyens employés par la nature pour effectuer la dispersion des espèces végétales à la surface du globe; et par conséquent en attribuant à des phénomènes analogues l'apparition des corpuscules vivant dans les eaux chargées de matières propres à la nutrition de ces petits êtres, on explique l'origine de ceux-ci d'une manière bien plus plausible qu'en les supposant formés par une génération dite spontanée. *Leçons sur la physiologie*, t. VIII, pág. 255.

nes en las paredes; Payen se asombraba de cómo hay gérmenes que sufren y vencen el calor de las hornazas; Coste descubrió el secreto de la germinación de los infusorios ocultos en materias orgánicas; Balbiani ponía en evidencia que los microdernos no se reproducen como los pólipos por vía de escisión, sino por la fecundación de otro de su especie dotado de ambos sexos; Cloquet demostraba que los rotíferos y tardígrados conservan la vida en altísima temperatura, y que hay infusorios que echan de sí una materia que se cuaja y los hace incombustibles; Koch admitía que el aire es portador de enfermedades causadas por gusanillos microscópicos; Bert confirmaba que los fermentos acéticos y alcohólicos son obra de vivientes que huyen la acción de las causas destructoras de la vida común; Pasteur hacía palpable que la vida sin aire es muy posible á las bacterias, las cuales perecen porque no pueden vivir en él. Todos los experimentadores más acreditados se hacían ojos, y no les parecían bastantes para averiguar la fe de vida de estos vilísimos seres. De las más legítimas experiencias resultó que los microbios de dos milésimas de milímetro son de varias figuras, se mantienen unos de otros, hormiguean en todo lugar; que los polvillos del aposento, al rayo del sol apenas divisables, son huevecillos de microzoarios esparcidos á millones por doquier; que los tales proceden de infusorios preexistentes, se multiplican por fragmentos, por yemas y por óvulos, y nacen de padres semejantes á ellos; que, en fin, donde no hay gérmenes no se dan animalillos, siendo el aire su elemento, y el polvo el vehículo que los transporta.

De los parásitos que se crían dentro del cuerpo de los animales, Van Beneden tuvo cuidado de demostrar que un gusano parásito, tan lejos está de deber su nacimiento á causas extrañas, que pasa por muchos estados antes de llegar á formarse del todo, porque parte de sus días se le van pegado á un animal, emigra luego á otro, y allí, por fin, se viste de otras propiedades; así, el parásito del conejo se pasa al perro, el del carnero al lobo, el del ratón al gato, el herbívoro traga en las hierbas los huevecillos, que después en las entrañas del carnívoro se calientan y crían. Kuechenmeister y Leuckart confirmaron esta demostración con experimentos sobre las trichinas, y Robin comprobó que gusanos de herbívoros producen la tenía en los carnívoros. Así queda concluído que los parásitos, ¿y qué animal hay que no los tenga?, se introducen y propagan su pequeñez viniendo de fuera. "Éste es un hecho científico, decía Proost; quienquiera que los aclamase productos de organización espontánea de la materia inerte, daría muestra de ignorancia ó de mala fe„ [1].

[1] *Revue des quest. scientif.*, 1879.—El mismo autor añade: Des arguments en faveur de l'opinion que le ténia de l'homme provient des vermes contenus dans les aliments dont celui-ci se nourrit, avaient été fournis précédemment

7. Su lugar tiene aquí la prodigiosa vida de las micrócimas descubierta por el doctor Béchamp, que en su tiempo estuvo en boga. Son las micrócimas unos organismos vivientes, corpúsculos redondos (diámetro 0,0005 de milímetro), que en todo ser vivo se mueven, comen, trabajan y se propagan. Cada órgano tiene las suyas; en vida del animal, atienden á su propia conservación; muerto el animal, transforman en gas su substancia; pero no pasan días por ellos; tienen vida siempre activa, atareada al trabajo organizador, en particular á la fábrica de los fermentos. Las bacterias son micrócimas transformadas. La célula protoplásmica es una oficina, en cuyo centro multitud de micrócimas no se dan manos á levantar, demoler y fabricar los elementos que constituyen la célula: el protoplasma es obra de estos misteriosos artífices, dotados de instintos secretísimos. Los protozoarios, las móneras, las bacteriolas y los seres más menudos que hasta el día conocemos, son productos de estos maravillosos organismos. "En el origen de las cosas, dice Béchamp, cuando al Criador le plugo hacer el mundo organizado, dió principio criando las micrócimas, cada cual según su especie; púsolas en condiciones favorables, sometiólas á una ley particular, y de ahí nacieron, primero los vegetales y luego los animales.„ Muchos autores han manifestado su opinión acerca de esta teoría: los experimentos hablan alto en favor de ella; pero, aunque es muy tierna y debe madurar, cierto deshace y echa por el suelo los sueños de la generación espontánea.

No contentos los naturalistas con la humillación que tantas derrotas causaban en sus adversarios, trataron de combatir la fortaleza que les servía de refugio. Ya en el siglo XVII el médico Harvey, celebrado por haber descubierto la circulación completa de la sangre, enseñaba que "*omne vivum ex ovo*„, entendiendo por esta fórmula que todo ser vivo toma origen de algún germen que posea la constitución y naturaleza de huevo; mas no afirmaba, como le pareció á su compatriota Huxley, que el germen debiera provenir de padres semejantes á él: con todo, no defendía la generación espontánea en tan

par les observations de beaucoup de médecins et de voyageurs. Ainsi, on sait qu'en Abyssinie ce parasite est d'une fréquence extrême, et que dans cette partie de l'Afrique on fait un grand usage de viande crue on à peine cuite. Il parait aussi, que dans ce pays les musulmans, à qui l'usage de la viande de porc est interdite, ne sont pas sujets à cette affection vermineuse, et que les religieux de l'ordre des chartreux, qui ne vivent que de substances végétales, en sont egalement exempts. Plusieurs médecins ont remarqué que le ver solitaire est particulièrement fréquent chez ses charcutiers et les cuisiniers... Il y a donc lieu de penser que la présence du ver solitaire dans notre intestin est due à l'usage de cette viande infestée de cysticerques cellulaires vivants. *Ibid.*, pág. 536.—SALIMBENI, *Sulla eterogenia, ovvero, sulla generatione spontanea.*, 1863.—GALLO, *Sulle generazioni spontanee, Giornale di farmacia*, 1860.

rigurosa significación como los modernos[1]. Durante mucho tiempo, y aun en nuestros días, un Robin, un Onimus, un Ganin, se han declarado por la formación libre de las células, propugnando que pueden criarse por sí en un líquido exento de elementos celulares. Mas, al fin, tan mala cuenta han dado las experiencias de los heterogenistas, que ha prevalecido, y es en el día de hoy máxima corriente, la formulada por el alemán Virchow: *omnis cellula ex cellula*.

8. La formación por vía de aumento de células es la que satisface y provee plenariamente á todas las necesidades de la generación. El protoplasma, base física de la vida, como le llamó Huxley, es la substancia organizada y viva, esencial de la célula, que, creciendo, sirve de solar á todo organismo; de arte que desde el vilísimo amibo, que bulle invisible en los estanques, hasta el cetáceo corpulento, todo animal procede de un protoplasma, como de las plantas dijimos, particular y menudísimo, contenido en el óvulo dentro del aparato generador. Bien quisieran los heterogenistas, pues en ello sin descanso se desvelan, acertar con el arte de aderezar los elementos minerales para dar origen al protoplasma; pero, en lugar de haber fijado la rueda de su fortuna, es muy para celebrada y reída la confesión que hacen de su total ignorancia tocante á este arcano artificio[2]. Los menos apasionados dan el brazo á torcer y se rinden á la evidencia que tienen de no ser espontánea la generación de los organismos inferiores; empero todavía confiaron é hiparon algunos ver bacterias engendradas en disoluciones de sales preparadas con gran cautela. Así, el alemán Huizinga, el inglés Bastian, el americano Wyman, soñaron alcanzar victoria, y ya no cabían de placer, cuando Putzeys, Lankester, William, Roberts, Samuelson, Tyndall, Pasteur, atajándoles los pasos, hiciéronles tocar por la mano sus yerros y la desproporción de sus cacareados experimentos.

Derrotados en este campo los heterogenistas, apelan á los tiempos prehistóricos, pretendiendo que, ya que no sea hoy dado demostrar la generación espontánea, no hay duda sino que en remotas edades fué posible, y probablemente se efectuó. Así opinan algunos

---

[1] *Revue scientifique*, 1871, p. 2.

[2] BEAUNIS, *Physiol. humaine*, 1881, pág. 220.—SICARD: Toute cellule provient d'une cellule préexistante. On avait cru que ces éléments pouvaient apparaître au sein d'une matière amorphe, fluide ou semifluide, que l'on appelait *blastème*, ayant, grâce à sa composition chimique, le pouvoir de donner naissance à de nouvelles cellules. Mais les travaux de Remak et de Virchow ont montré que cette hypothèse ne reposait sur aucun fondement sérieux. Ces cellules se multiplient par scissiparité ou división, et ce mode de multiplication se retrouve chez des êtres plus élevés, chez les polypes, par exemple, où il a été observé au siècle dernier par Trembley et par Réaumur. *L'evolution sexuelle*, 1892, pág. 38.

naturalistas con Burmeister [1], quien, fundado en que la generación de los seres primitivos siguió otros trámites que en la actualidad, cuando viene á inquirir de dónde provino y cómo se fraguó la hechura de aquellos organismos, después de señalar en el aire el oxigeno y el ázoe, y en el agua el hidrógeno, ácido carbónico, carbonato de cal y ácido silícico, y de suponer una temperatura elevada, humedad correspondiente, condiciones favorables, en llegando al tope de la dificultad desata el nudo gordiano con esta declaración: "La hechura y el proceso de su fábrica es un verdadero enigma, que probablemente no se podrá en ningún tiempo resolver; no nos es posible dar solución categórica en este litigio. Confesémoslo abiertamente: nuestras observaciones no nos ponen en el caso de formar cabal concepto de la primitiva organización de los seres„. Así, con esta claridad debieran hablar todos los naturalistas que blasonan de filósofos y que raciocinan con sensatez; la ciencia es inhábil para explicar la producción de los primeros vivientes. Luego siendo incapaz, no podrá echar en cara á la sagrada Biblia dificultades originadas del relato de Moisés; luego no pudiendo, deberán darse por vencidos los naturalistas y confesar que la narración bíblica del quinto día está fuera del alcance de sus tiros; por eso habrán de persuadirse ellos y los racionalistas que por ese flanco no lograrán batir ni desmoronar su firmeza.

ARTÍCULO III.

1. Desvaríos de los materialistas en esta parte.—2. La mónera haeckeliana. 3. El célebre batibio.—4. Resultas concluyentes.

1. Con todo eso, los materialistas y racionalistas, no hallando salida á la formación de los organismos, por no someterse á la melena de la verdad bíblica, han preferido abrazar absurdísimas consecuencias, á trueque de subir por los aires su generación espontánea. ¿Dónde reside la fuerza espontánea? En la materia, dicen. Y qué, ¿no es ése el mayor misterio? ¿No es el más estupendo de los milagros que la materia saque de sus entrañas fuerzas sobre su facultad y engendre seres de marca mayor? ¿Les cabe á los materialistas en su capacidad que los efectos deban ser de más alto valor que las causas? No lo son, replican, porque si bien ahora la tierra es inhábil para dar de sí un viviente, por haber los años gastado y postrado sus fuerzas generativas, no asi cuando estaba en la flor de su mocedad y poderío. Así responden los heterogenistas. Mas ¿dónde han hallado ser la tierra vieja, y haberse marchitado su lozanía, y estar cansada de producir? ¿O hemos de juzgar de las leyes naturales nivelándolas con nuestros

[1] *Geschichte der Schöpfung*, p. 287.

antojos? ¿Qué causas nos autorizan á pensar que el reino animal siguió en sus principios otro estilo que el que ahora tiene? ¿Cuándo mudó de rumbo? ¿Quién estorbó su constancia? Entonces ¿qué es de la firmeza de sus leyes? ¿O no hay más ley en el reino orgánico que el decreto del naturalista?

Es cosa por demás increíble qué ardor muestran en volver por la generación espontánea. Díganlo sus propias palabras, y vengan á declarar con qué frenesí pretenden quitar de en medio la diferencia de vivientes y no vivientes, para más sobre seguro desterrar á Dios del universo, negando la necesidad de su providencia en la procreación de animales y vegetales. Citemos algunos dichos sueltos de hombres que se reducen á unidad en la locura de su lenguaje. Wiener, en su obra sobre la *Primitiva generación del universo,* dice así: "Hubo un tiempo en que, á causa del estado líquido de la tierra, no podía haber gérmenes y células; pues como antes de la primera producción de los vivientes sólo había átomos sin vida, de éstos deben de haber sido producidos aquéllos en circunstancias muy particulares que nos son del todo ocultas„.—Zoellner [1] afirma: "No hay otro origen posible; la controversia por deducción está resuelta; si los naturalistas se valen de la inducción, carecemos de formación teorético-cognoscitiva; la generación de los seres, por espontáneo desarrollo, no necesita milagros; está evidenciada„.—"Acogerse á la intervención de una causa extramundana es abandonar el terreno científico; lo cual será lícito solamente cuando el examen científico lo considere admisible„. Así Lange [2].—"Existe entre las móneras conocidas hasta hoy una especie que tal vez en el día de hoy se produce constantemente por generación primitiva; éste es el portentoso batibio haeckeliano descubierto y descrito por Huxley„. Así Haeckel [3].—"Las moléculas inorgánicas son los progenitores de las orgánicas; estas últimas fueron producidas de las primeras„. Así Fechner [4]. No extendamos las alegaciones que causan fastidio y mortifican demasiado la atención del cuerdo lector [5]. Muy cerca de la verdad andaba uno de los más

---

[1] *Naturaleza de los Cometas.*—[2] *Gesch. der Mat.*, II.

[3] *Hist. natur. de la Creación.*—[4] *Concepto sobre la hist. de la Creación.*

[5] A falta de otros entretenimientos dignos de su gravedad, sírvanle al lector de un entretanto las autoridades siguientes. Que la vie soit sortie de la matière brute ou inorganique, c'est là une vérité qui s'impose d'elle même. ISNARD, *Spiritualisme et matérialisme*, pág. 78.—L'hipothèse de l'apparition de la vie par voie naturelle à une époque déterminée du développement, est une nécessité logique, loin d'être le point faible de la théorie de la descendance. SCHMID, *Descendance et darwinisme,* pág. 119.—Qui ne croit pas à la génération spontanée, ou plutôt à l'évolution séculaire de la matière inorganique en matière organique, admet le miracle. C'est une hypotèse nécessaire, et qu'on ne saurait ruiner ni par des arguments *a priori*, ni par des expériences de laboratoire. SOURY, Préf. *Les preuves du transformisme*, pág. XI.—Si l'on

celebrados naturalistas cuando de muchas teorías presentes echaba la culpa á la fantasía de los observadores [1].

El físico Juan Tyndall, en un discurso pronunciado en el Congreso de Liverpool en 1871, decía, entre otros capítulos, para probar cómo la imaginación entra á la parte en las ciencias naturales: "Algunos naturalistas parece no hacen caudal de la distancia que separa los límites de los seres microscópicos y los límites de las moléculas; de ahí resulta que usen á veces palabras que dan margen á falsas ideas. Así, por ejemplo, cuando nos dicen que el contenido de una célula es perfectamente homogéneo y sin organización, por no descubrir en ello el microscopio la menor sombra de órgano, yo creo que el microcospio hace un oficio peligroso. Por poco que reflexionemos echaremos de ver que el microscopio nada es capaz de resolver sobre la estructura de los gérmenes. El agua destilada ofrece homogeneidad más perfecta que el germen orgánico; y, ¿cómo es que cesa de contraerse á cuatro grados y se dilata hasta congelarse, sino porque hay algo en su estructura que no alcanza ni alcanzará el microscopio por perfecto y fino que sea?... Ejemplos sobran que comprueben la impotencia del microscopio en la observación de la materia y sus movimientos... Entre el límite á que alcanza el microscopio, y el de los tamaños moleculares, hay lugar para un número infinito de permutaciones y combinaciones... La disposición primera de los átomos es fenómeno tan complicado, que el entendimiento más culto y la imaginación más viva y ejercitada se desalienta y desfallece en su empresa. El asombro nos embarga; ni hay microscopio que pueda remediarlo; porque, no sólo dudamos del poderío del instrumento, sino también del poder y bríos de nuestras potencias intelectuales

---

rejette l'hypothèse de la génération spontanée, force est alors d'avoir recours au miracle d'une création surnaturelle. Supposer qu'en ce seul point de l'évolution régulière de la matière le créateur soit intervenu capricieusement quand d'ailleurs tout marche sans sa coopération, à c'est là, il me semble, une hypothèse aussi peu satisfaisante pour le coeur du croyant que pour la raison du savant. HAECKEL, *Histoire de la création*, pág. 301.

[1] El naturalista Claparède, amigo de Haeckel, aunque propagador del transformismo, ponía en buena luz las exageraciones de la escuela diciendo: On voit aujourd'hui certain naturaliste reconstruire sans sourciller tout l'arbre généalogique de la première espèce venue, à travers toutes les époques géologiques; il le dessine avec autant de netteté et de coquetterie que celui d'un hobereau prussien. Puis vient un rival dont la sélection raisonnée se prononce en faveur d'une veine de sélection toute différente, et qui esquisse pour la même espèce une généalogie tout autre. Chacun parle avec une autorité égale et tellement accentuée, qu'on a déjà surnommé l'un des ouvrages les plus importants publiés en Allemagne sur la théorie du transformisme, la *Bible du darwinisme. La sélection naturelle, Revue des cours scientifiques*, 1870, página 564.

cuando tratamos de medirlas con las fuerzas constitutivas de la naturaleza„ [1]. Notables son estas palabras por venir de tal escritor. Desde el año 71 acá el microscopio ha ganado muchas leguas de terreno; descubre ya el contenido de la célula, la estructura de los gérmenes y los movimientos mecánicos de los seres menudísimos; lo que no puede brujulear aún son los movimientos químicos; mas con todo queda en pie la verdad aclamada por Tyndall, que gran parte le corresponde á la imaginación en la hipótesis de la generación espontánea. "En la ciencia experimental no hay posición más cierta que la que niega la generación espontánea„, repetía en sus *Microbios organizados*.

Confirma estos conceptos la autoridad de Huxley en su conferencia del mismo Congreso de Liverpool, en que era presidente [2]. "Si me fuera dado, dice, penetrar en los tiempos geológicos, me echaría á discurrir sobre la evolución del protoplasma viviente cuando salía de la materia desprovista de vida; me dispondría á ver parecer ese protoplasma en formas muy sencillas, capaces, como los hongos actuales, de determinar la formación de nuevos protoplasmas con substancias tales como carbonatos, oxalatos y tartratos de amoníaco, fosfatos alcalinos y terrosos, y de agua, sin el concurso de la luz. A estas conjeturas me conducirían las razones de analogía. Empero no olvidéis, señores, os lo conjuro, que no tengo razón ninguna para ofreceros mi idea, sino sólo á título de acto de fe filosófica. La biogénesis, con las excepciones indicadas, paréceme en el día de hoy vencedora y triunfante en toda la línea„.—Mejor enseñado por las experiencias del incansable Pasteur, decía el propio Huxley: "Pasteur llega á esta clara conclusión, que todas esas demostraciones que se echan de ver en los gusanillos de la carne no son sino gérmenes transportados por el aire y entrañados en los líquidos, en donde luego se dan á conocer. Los experimentos de Pasteur me obligan á recibir sus conclusiones y á tener por desechable la doctrina sobre la generación espontánea„ [3].

2. El monismo, en verdad, abrióse camino para hurtar el cuerpo á la creación; vereda llena de precipicios, cuyo remate es el abismo del absurdo. Haeckel sacó á plaza sus móneras, como decíamos, cuerpecillos informes, por lo común microscópicos, que constan de substancia homogénea albuminosa sin estructura y sin órganos, pero dotados de propiedades vitales y de virtud para moverse, alimentarse y reproducirse. Mas no es la mónera el primigenio viviente; el archiplasón es la primera manifestación de la vida; al archiplasón sucede el bioplasón, á éste la mónera, á la mónera el amibo, protoplasma con núcleo; á éste la citula, comunidad de células, y á la cí-

---

[1] *La Revue scientif.*, 1871, p. 21.—[2] *Ibid.*, 1871, p. 9.

[3] *Origin of species*, lect. III.

tula otros estados de seres hasta el hombre perfecto. ¿En qué fundamentos estriba toda la andamiada de Haeckel? En éste: "Las móneras primitivas nacieron por generación espontánea en el mar, en el período laurentino, de compuestos inorgánicos, merced al calor solar, á la electricidad, á la afinidad química, á la enorme presión y otras causas desconocidas„. Y para hacer más creíble su devaneo, añade el monista alemán que dentro de poco quizá los químicos logren sacar de sus laboratorios productos orgánicos y organismos hechos y derechos. Éstas son las razones que asisten á los monistas para hacer guerra á la creación. Pero para pasar de los elementos inorgánicos á los compuestos orgánicos, de éstos á la célula, de ésta á los elementos anatómicos, de aquí á los tejidos, luego á los órganos, y, en fin, por tantas andanas venir á parar al organismo, ¿cuántas leguas de mal camino no hay que hacer? Por esto decía F. Papillon: "La incapacidad que tiene la ciencia experimental de convertir en fuerzas de orden vital las actividades físico-químicas, se hace cada día más evidente. Semejante transformación, hasta hoy, parece fuera de la capacidad de los hombres„ [1]. El P. Bonniot, en su obra *Les malheurs de la philosophie,* censura agriamente la necedad de la invención haeckeliana, diciendo, entre otras cosas: "De la mónera al compuesto químico va esta diferencia, que en aquélla hay vida, y éste carece de ella: aquélla crece, se alimenta, se reproduce y muere; éste es materia bruta, y se parece á aquélla cuando ella deja de vivir„.

Aprieta y expone con toda lucidez este importante argumento el doctor Antonio Hernández y Fajarnés, en su *Psicología celular* [2], por estas elocuentes palabras: "¿Cómo el mineral no vive, y vive la mónera? ¿Tienen igual estructura, vistos con el microscopio no ofrecen diferencias, y sin embargo son tan distintos? Pues evidentemente el uno encierra alguna forma que en el otro falta: las propiedades físico-químicas no son el único constitutivo de los seres vivientes; sobre las relaciones de estructura y composición existe el principio real de la vida: el mundo organizado y el inorgánico se diferencian esencialmente por virtud de este principio; el reino mineral puro es incapaz de producir la vida: la negación absoluta de estas verdades biológicas fundamentales se halla envuelta en la particular interpretación que de las móneras hace el zoólogo prusiano„.

3. Si hemos de mentar aquí el *batibio,* que tomó Haeckel por anterior á la mónera y por soñado fundamento de su teoría, bastará decir que es una masa gelatinosa informe y sin órganos, desparramada en el fondo del mar: así nos le pintan Huxley, Gümbel y Zittel. Éste es el primerizo de los protozoarios, y el primer anillo de la cadena animal. No pasemos adelante sin advertir que sabios del calibre de Murray y Buchanan, después de vadear los mares con intento de

---

[1] *La const. de la matière: Revue des deux Mondes*, 1873.—[2] Cap. VI, II.

acechando encontrar con el batibio de Haeckel, cuando hubieron de presentar á la Sociedad Real de Londres cuenta y razón de sus diligencias, lo único que pudieron declarar fué que el tal batibio era en suma un poco de sulfato de cal, ó un simple precipitado de yeso disuelto en agua del mar. Que el batibio de Haeckel nunca existió, ni jamás existirá, sino en la imaginación de sus inventores, lucidísimamente lo demostró en 1876 el profesar Moebius delante de un Congreso de naturalistas de Hamburgo. Y en 1879 el profesor Huxley, con su inimitable estilo, dió final sepultura á "esa quisicosa que no ha cumplido las promesas que sus primeros albores pronosticaban„. Las burlas de los miembros del Congreso británico fueron la mejor respuesta á la gloria del batibio. ¿Cómo se le antojó después á Testutt resucitar en Lyon la especie fenecida de ese ente quimérico? El eofilo, el espirofilo, el eóptero, el eozóon y semejantes, nacidos, como el batibio, en el cerebro de los transformistas, están ya en el día de hoy deshechos y arrinconados por la diligencia de sus propios inventores. Cuando leemos "que el *bathybius Hæckelli* ó su análogo el *protobathybius Besselli existen real y positivamente* [1], entendemos que quien así habla es muy osado para de añadir lo siguiente: "Es de todos sumamente sabido las hipótesis en extremo gratuítas de los antiguos sobre la esencia de la vida, caracterizadas todas ellas por la existencia de un principio vital distinto de la materia„ [2]. A monista huele quien así respira. "Éstos son, exclama Lapparent, los lances que nos prepara la ciencia descreída cuando el espíritu de partido gobierna el rumbo de sus investigaciones. ¡Ojalá tantas desventuras les abriesen los ojos! Pero basta ponerlos en los últimos escritos de Huxley y Haeckel para convencerse con qué desdén y altivez tratan á los enemigos del transformismo„ [3].

4. Pero concedamos á los heterogenistas que el *batibio* y la *mónera* sean organismos y las matrices y primicias del reino animal; ¿quién les infundió la vida? ¿de dónde la tienen? Callan y no dan respuesta: conténtase Haeckel con proferir estas terminantes palabras: "Solas las móneras pueden resolver el gran problema del origen de la vida. Porque no pudieron nacer en las épocas primitivas por otras vías que por generación espontánea de materia inorgánica„. En cuya aseveración se encierran tres dislates por demás asombrosos: primero, que la vida se asentó en una masa puramente mineral; segundo, que las móneras nacieron por generación espontánea; tercero, que no ha sido posible otra suerte de nacimiento. Verdaderamente la imaginación de los monistas ha lozaneado y salido de quicio en tratándose de la generación espontánea: llamáronla *postulado indispensable*. ¿Por qué?

---

[1] Dr. Aurel. Maestre de San Juan y Muñoz, *Trat. elem. de Histología*, 1885, cap. III, p. 139.

[2] *Ibid.*, p. 160.—[3] *Revue des quest. scientif.*, 1878, p. 73.

Porque sin ella sería fuerza confesar la existencia del milagro. ¿Qué milagro? La creación. "No hay medio, dice Soury repitiendo la sentencia de Haeckel, para explicar el origen de la vida. Quien no crea en la generación espontánea debe acogerse al asilo del milagro„. "Como no queremos recurrir á milagros, repite Burmeister, ni á misterios, nos vemos precisados, para dar causa de las primeras criaturas organizadas, á volver los ojos á la virtud generatriz de la materia„ [1]. A los milagros y á los misterios del Génesis, que con sólo suponer en Dios poder se explican cumplidamente, reemplazan los positivistas milagros imposibles y falsísimos misterios, conviene á saber, la vida originada naturalmente del regazo de la muerte, el movimiento brotado de la inercia, la sensibilidad nacida de lo insensible y tosco. ¿Se quiere mayor milagro? Pero florecer la vida debajo del poder de Dios, ¿qué linaje de milagro es, como en la *Introducción* demostramos? En *La Psicología celular* [2] del alegado D. Antonio Hernández y Fajarnés, y en *La ciencia y la divina revelación* de D. J. M. Orti y Lara, catedrático de la Central [3], hallará el juicioso lector sólida y cumplida refutación de los argumentos de los monistas.

En resolución: tras de tantos experimentos como se han hecho, ningún organismo puede provenir, ni en la naturaleza proviene, sino de otros organismos de igual especie. El pleito entablado por Joubert con el laborioso Pasteur le absolvió la Academia de París, declarando que "los hechos observados por éste, y puestos en tela de juicio por MM. Pouchet, Joly y Musset, son de cabalísima exactitud„ [4]. Y R. Leuckart, hablando de los entozoos en su obra *Los parásitos humanos,* dice: "La espontánea generación, que todavía Rodolphi y Bremser propugnan, es error manifiesto; porque los entozoos nacen siempre á consecuencia de una propagación enteramente conforme con la de los demás animales„. Ímprobo trabajo sería allegar más autoridades de varones ocupados en esta contienda. Luego la generación espontánea carece de base en que estribar, ni la audacia de los materialistas es bastante para redimirla de la ignominia en que yace derrocada.

---

[1] *Hist. de la Création.*—[2] Cap. IV.—[3] P. III, § III.

[4] MOIGNO, *Les splendeurs de la foi,* t. III, pág. 1.299.—NADAILLAC, *Le problème de la vie,* 1893, pág. 47.—ARDUIN, *La Controverse,* 1882, t. IV, página 316.—PASTEUR, *Expériences relatives aux générations dites spontanées,* 1860.—*Études sur le vin,* 1866; *sur les maladies des vers à soie,* 1870.—DE LA VALLÉE POUSSIN, *Revue catholique de Louvain,* 1862.—LAPPARENT, *Traité de géologie,* 1893, pág. 733.—MOTAIS, *L'origine du monde,* 1888, página XXIII.—P. DIERCKX, *L'homme-singe,* 1895, pág. 18.—J. TYNDALL, *Essays on the Floating-Matter of the air,* 1892, pág. 126.—COCHIN, *L'évolution et la vie,* pág. 223.—A. FARGES, *La vie et l'evolution,* 1888, pág. 120.—ZAHM, *Evolution and Dogma,* 1896.



CAPITULO XXXVI.

LAS ESPECIES ANIMALES.

«In species suas... et secundum genus suum... et fecit Deus... juxta species suas et... in genere suo.»

(Vers. 21, 25.)

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Los transformistas. — 2. Causas que los han inducido á discurrir su hipótesis. — 3. Suma de los argumentos que esfuerzan. — 4. Razones que los deshacen: la falta de formas intermedias. — 5. Estado y perfección de los organismos históricos y prehistóricos.

1. El común sentir de los naturalistas en toda la antigüedad abrazó la fijeza de las especies animales. Si Anaximandro creyó por peces en su origen á todos los brutos, si Lucrecio puso su nacimiento en una casual concurrencia de miembros, eran opiniones singulares que poca ó ninguna resonancia tuvieron en el transcurso de los siglos. Al siglo XIX tocábale presenciar la invención de tantos sistemas sobre el origen de las especies, cuantos en ningún otro se habían propalado. Linneo propuso en traje de hipótesis la descendencia de todas las especies que á un género pertenecen, del tronco de la especie primitiva; Robinet [1], Maillet [2], Kant [3], por hacer lisonja al género humano, miraron la producción de los animales como ensayos enderezados á dar á luz, uno tras otro, al rey de la creación. Pero quien de todos los precedentes, como arriba apuntamos [4], introdujo con más osadía, por doctrina averiguada, el parentesco de todos los vivientes en la unidad de la familia orgánica, fué el médico Lamarck, cuyas pisadas siguieron

[1] *Considérations philosophiques*, 1761.—[2] *Entretiens d'un philos.*, 1748.
[3] *Antropol.*, 1798.—[4] Cap. XXVI.

en breve alemanes, ingleses, franceses, ayudando todos á erigir un edificio vastísimo, que ya con tantas reparaciones y remiendos ha perdido el semblante que de sus fundadores recibió.

Lamarck, para explicar las transformaciones sucesivas de las especies, se apoya en tres puntos principales, que son, la influencia de las circunstancias exteriores, la transmisión hereditaria, el tiempo ilimitado; Spencer estriba en la sobrevivencia de los más capaces; Powell, en las leyes de la evolución; Saint-Hilaire, en la acción del clima; Darwin, en la selección natural, en la lucha por la vida, herencia, clima y tiempo; mas siendo imposible enumerar las infinitas reformas, baste decir que Vogt, Büchner, Moleschott, Scheiden, Cotta, Haeckel, Wagner, Wundt, Strauss, Claus en Alemania; en Inglaterra Owen, Hooker, Lubbock, Tyndall, Bates, Lewis, Lancaster; en Francia Naudin, Dupont, Quinet, Martins, Claracépède; en Italia Quadri, Omboni, Montegazzá; en América Fiske y otros sinnúmero, enaltecieron, y con increíbles esfuerzos pregonaron por el orbe, la descendencia de todas las especies debajo de un plan único, vendiendo el transformismo por doctrina corriente, indubitable, certísima. Contra esta caterva de empíricos alzaron la voz insignes campeones: los alemanes Pfaff, Hartmann, Kœlliker, Baer, Burmeister, Günther, Wigand, Reusch, Pesch; los franceses Flourens, Quatrefages, Barrande, Godron, D'Archiac, Chevreuil, Blanchard, Brogniart, Sanson, Valroger, Hamard, Haté, Milne-Edwards, Arduin, Candolle, Beaumont; los belgas Van Beneden, D'Halloy, Lecomte, Dierckx, Bellynck; los italianos Todaro, Ghiringhello, Bianconi, *La Civiltà Cattolica;* los americanos Agassiz, Dana, Paine, Gray; los españoles Vilanova, Pérez-Arcas, Ribera, Letamendi, Mendive, Orti y Lara, Polo y Peyrolón, Miguel Mir, Fajarnés, Thos y Codina y otros eminentes escritores de todas las naciones ilustradas, de ciencia y experiencia llenos, combatiendo valerosos por la estabilidad de la especie con tan feliz suceso, que "se nota, dice Arduin, en el día de hoy una extremada cautela por parte de los que antes se ufanaban de darwinistas, pues sólo se cuentan ya entre los defensores del darwinismo las cabezas del materialismo ateo y los semisabios gaceteros vulgares, gente desnuda de autoridad científica" [1].

A la verdad, mientras que los representantes de la ciencia clásica desechan el transformismo crudo y radical, la mayor parte de los adocenados eruditos están por él y le dan soga. Éstos son los morfólogos extremados, que han propuesto echar al eterno Criador del teatro de las criaturas, y por eso llaman á Darwin "el Mesías de las ciencias naturales" [2], y al darwinismo "el Evangelio de los tiempos

---

[1] *La relig. en face de la science; Géol. et Géog.*, t. II, leçon XVI, 1883, p. 357.

[2] C. MARTIN.

modernos, la grande explicación del mundo y de la verdadera filosofía „ [1].

2. Dos son las causas que han levantado y hecho volar por las nubes el darwinismo: en unos la fantasía, en otros la impiedad. A los ojos de Strauss es Darwin un preclaro bienhechor del humano linaje, porque con su teoría cerró la puerta al milagro [2]. La desdichada Clemencia Royer, en el prefacio al libro de Darwin [3], escribe irreverente: "La doctrina de Darwin es la revelación racional del progreso, contraria á la revelación irracional de la caída „. Sarcey, llevando la voz de la prensa materialista, prorrumpía en estos hiperbólicos loores: "El libro sobre el *Origen de las especies* es una obra maestra; su autor ha dado cima á una revolución en las ciencias, tan asombrosa cual no la vieron los pasados siglos: Darwin no es solamente un atento observador, es también un hombre de intuición, que va con su ingenio más adelante que los mismos hechos, y abre á cada paso horizontes luminosos en las obscuras sendas de lo desconocido„ [4]. Así, en un cartel de impiedades, que de intento omitimos, anunciaba Sarcey la traducción del *Origen de las especies* en 1876. A su vez, Broca añadía: "Mostrar que la evolución de las formas orgánicas y la aparición de las especies, su extensión y distinción, son fenómenos ordinarios, es decir, necesarios y gobernados por leyes que no dan lugar á un poder superior, tal es el blanco y la consecuencia de esta hipótesis „ [5]. Dejemos en silencio los despropósitos y sarcasmos de Ferrière, Haeckel, Duval [6]; mas no nos cause extrañeza que la guerra al orden sobrenatural y á la sana filosofía haya hecho creciese como espuma el darwinismo, hasta el punto que el propio Darwin, que en un principio estableció su sistema sin ojeriza religiosa, acabó negando la revelación y ladeándose á los materialistas, si bien no llegó á ser ateo formal. Los transformistas, que se han abroquelado con esta hipótesis para hacer riza en la religión sacrosanta y negar la acción de Dios en el gobierno de las criaturas, por ello

---

[1] RENAN.—La *Revue scientifique,* no inventada ciertamente para exaltar la religión cristiana, niega con toda formalidad que entre el transformismo y el dogma de la creación quepa contradicción alguna. «Il n'y a, à en juguer autrement, que les personnes qui connaissent ou qui comprennent mal la théorie transformiste, et qui font plus attention aux conséquences illogiques et exagérées qu'en tirent certains adeptes imprudents et irréfléchis, qu'à l'exposé même qu'a donné Darwin de sa manière de voir. Le darwinisme n'exclut pas une cause première, qu'on l'appelle du nom que l'on voudra; bien plus, il l'exige d'une façon impérieuse». (22 Mai 1886.)

[2] VIGOUROUX, *Les livres saints*, 1886, t. II, p. 560.

[3] *De l'Origine des espéces*, 1870.

[4] CONSTANTIN JAMES, *L'homme singe*, p. 115.

[5] *Mémoires de antropologie*, t. III, p. 147.

[6] *Le Darwinisme*, p. 129.—*Leçons professées à l'école d'antropologie*, 1886.

mismo son convencidos de la falsa posición que ocupan y de haber perdido el aviso y el discernimiento.

El P. Zahm, atento á desarrimar á los transformistas de su tema, con arrojarse él apasionadamente á patrocinar el evolucionismo, discurre acertado sobre la necesidad de un Dios Criador antes de dar lugar á la evolución. "Por igual motivo, dice, la evolución pide y debe pedir un Criador, el soberano Señor de todas las cosas, la Causa de las causas, el término *a quo*, así como el término *ad quem* de todo cuanto hay ó puede haber. Pero la evolución demanda todavía más. Para que la evolución sea posible, es menester que haya habido, no sólo creación antecedente *ex nihilo*, sino también involución antecedente ó creación *in potentia*. Suponer que la pura materia tosca pudo, de su propia cosecha ó por un poder cualquiera inherente á la materia como á tal, ser la causa única y eficiente de la evolución de la materia inorgánica en materia organizada, de las formas inferiores de vida en formas superiores, de las criaturas irracionales en criaturas racionales, es admitir que una cosa puede dar lo que en sí no tiene, que lo grande cabe en lo pequeño, lo superior en lo inferior, el todo en la parte„ [1].

Fuera de la incredulidad, ayudó también la imaginación á eternizar la fama del transformismo. Porque juntando sagazmente Darwin al cúmulo de observaciones biológicas la destreza en inventar sutiles explicaciones, poetizando la selección natural, esforzando la lucha de los seres por vivir, encareciendo la adaptación al medio, mandando larguísima paciencia á los siglos, es decir, edificando supuestos sobre supuestos, postulados sobre postulados y castillos sobre el aire liviano, vino á dar á los curiosos una ingeniosa teoría que abría ancho camino á todas las cavilaciones posibles. El fundamento era éste, á saber: comparadas entre sí las especies fenecidas, descubrimos una conveniencia tal entre sus organismos, cual resultaría si hubieran descendido unas de otras. De las apariencias, soplando el fuego la fantasía, han querido los transformistas concluir la realidad; con que desamparando el terreno hipotético, se arrojaron á vender por dogma científico una aseveración no comprobada de todo en todo.

Al son de la fama, que todo cuanto toca acrecienta y sube de punto, la evolución vino á ser una suerte de revolución universal que todo lo trastornó. Los astrónomos enseñaron la evolución de los astros [2], los químicos aclamaron la evolución elemental [3], la historia apeteció también su evolución, la moral se apellidó evolucinista [4], la lingüística echó mano de la evolución de los idiomas, aun el matri-

---

1 *Revue des quest. scientif.*, 1898, t. XLIII, pág. 414.

2 *Notices de l'Annuaire pour 1888.*

3 WILLIAM CROOKES, *Éléments et méta-éléments*, 1888.

4 SPENCER, *Les bases de la morale évolutioniste.*

monio y la familia anduvieron á vueltas de evoluciones [1]: todos los ánimos hostiles, por lo común, á la tradición y á la religión, han buscado en el evolucionismo la piedra filosofal con que dar solución á todas las dudas.

El darwinismo echó raíces un tiempo en su fortuna. Mas, aunque en abstracto considerado, según diremos después, no vaya tan fuera de camino, y aun sería aceptable si prescindiésemos de la actual providencia de cosas: y, aunque les parezca á muchos que da sublimísima idea del poder, sabiduría y providencia del Sumo Hacedor, pues no puede haber censor tan rígido que le ate á Dios las manos y le niegue la facultad de producir de poquísimos organismos el concierto universal de todas las especies; todavía, no lo sublime y maravilloso, ni lo posible y lindo, sino lo conforme á razón y á la naturaleza de las cosas, ha de buscar el sabio en todo, ni le es lícito forjarse un Dios que se rinda á sus antojos; antes bien le cumple lo que su Majestad ha hecho de tal manera exponerlo y acomodarlo al marco de su teoría, que consuene perfectamente la realidad de los hechos con la invención de los designios. En todo cuanto Dios hace, lleva su altísimo fin, escondido á nuestros ojos, si ya no se digna revelárnosle: el transformismo pretende adivinar el fin de Dios; su presunción ha merecido el condigno castigo. Vemos organismos levantando y cayendo en el discurso de las edades; no ha llegado el día de conocer el por qué de tan extraña sucesión de cosas. Cierto que tuvo Dios su por qué: cuando amanezca el día, veremos cuán fútilmente pasamos el tiempo en su averiguación. Mas porque hechos positivos son los que autorizan una teoría, demostremos cómo la de los transformistas carece de pruebas que merezcan asenso prudente y seguro.

3. Mas antes de bajar á la arena, indiquemos sucintamente los argumentos que los transformistas ofrecen en su favor. La geología presenta continuidad entre los organismos que atañen á diferentes períodos geológicos; ya que no alegue todos los grados de transición, á causa de la escasez de excavaciones, puédese bien presumir que la evolución transformativa se efectuó. La paleontología testifica que la cantidad de especies observadas responde á pelo á la ley de la selección, que requiere la excelencia gradual de las especies. La geografía, con la distribución de animales y vegetales, comprueba íntima relación entre los fósiles y los actuales de un mismo lugar. La fisiología, examinada la conformidad de estructura, la semejanza de caracteres y la analogía de tan diferentes organismos, nos declara que todos derivan de un tipo común, y que por un padrón se formaron. La morfología nos persuade que los rudimentos de algunos órganos proceden de abolengo, y que el atrofiarse otros les viene de selección natural. La embriología, observando las mudanzas y esta-

[1] Ch. Letourneau, *Évolution des mariages et de la famille.*

dos de un embrión perfecto, nos enseña qué transformaciones hicieron todos los seres imperfectos, y nos induce á creer que las metamorfosis de los individuos pueden bien extenderse á las especies. La filosofía nos demuestra que las creaciones sucesivas no son suficientes para satisfacer á las averiguaciones de la paleontología, ni consienten la muerte súbita de tantas especies intermedias y el aparecimiento de tantas otras. En fin, todas las ciencias parece que juntan sus voces para hacer salva al transformismo, y presentarle á todos visos muy llano y recomendable.

4. Tratemos de insinuar algunas razones que hagan ver la flaqueza de estos argumentos y tapen la boca á la osadía de sus defensores. Sea la primera la falta de especies intermedias. A ser razonable la hipótesis transformista, á los ojos debieran venirse las especies imperfectas que entre las descubiertas mediaron; pero nadie hasta ahora dió con ellas ni halló un solo organismo imperfecto en su línea en camino de perfección [1]. Porque si bien son reducidas las colecciones hechas hasta el presente, poseemos noticias en todo el universo, donde por todas partes se echa de ver la misma repentina aparición de especies nuevas, la misma falta de especies medianeras. Fuera de que las medianeras y desaprovechadas debieran ser infinitas en el caso de los transformistas, y con todo eso, de las sin cuento del reino animal, ni una tan siquiera hay que no esté perfecta en su ser y bien caracterizada. Por el contrario, el número de especies, que debiera haber crecido en el transcurso del tiempo, ha venido á menos, de forma que de cien especies de rumiantes fósiles, tres solas subsisten hoy; de 25.000 especies de peces, solas 5.000 ó 6.000; de 40 especies de paquidermos, apenas queda uno solo. Es, sin disputa, grande la autoridad del paleontólogo Joaquín Barrande, que consagró treinta años, sin descanso, al estudio de las capas fosilíferas de Bohemia. He aquí las conclusiones que de sus diligencias resultan: "1.ª Los trilobites bohémicos que en sus formas ofrecen señales de mutabilidad son diez; conocemos en el día de hoy 350 especies de esta tribu en nuestro territorio; que-

[1] LAPPARENT: La vie a pris possession du globe, non à ce qu'il semble d'une façon progressive et par une lente évolution d'organismes inférieurs, mais, autant qu'on en puisse juger, par l'apparition presque immédiate de types possédant toute la perfection que comportaient les circonstances ambiantes... Loin que les premières éclosions de familles nouvelles se fassent par des types incomplets ou atrophiés, elles ont eu lieu, au contraire, par des genres physiologiquement très élevés, et où la taille des individus est souvent supérieure à ce qu'elle sera dans l'avenir. Tel est le cas des *Paradoxides*, tel est celui des *Orthocères* et des *Céphalopodes* enroulés de la faune troisième. Ces faits ne sont d'ailleurs pas particuliers aux temps siluriem; plus d'une fois ils se reproduisent dans l'histoire du globe, et il est impossible de n'en pas tenir grand compte dans l'appréciation des lois qui règlent le développement de la série organique. *Traité de géologie*, 1893, pág. 754, 1594.

dan, pues, aún 340 especies que conservaron su forma fija é inalterable en el decurso de su larga existencia. 2.ª Las variaciones notables de las especies que más vivieron, sólo versan sobre la corpulencia, grandeza de los ojos, número de lentes, articulaciones visibles del pigidium y puntas de adorno. 3.ª Estas diferencias no son permanentes, sino movedizas; y muchos casos hemos descubierto en que las postreras resurten y tornan á la forma primitiva; y así son vaivenes pasajeros. 4.ª De las 350 especies de Bohemia, ninguna hay que pueda con verdad decirse haber constituído una forma nueva, distinta y permanente. Así que las huellas de transformación por vía de parentesco son del todo imperceptibles en los trilobites bohemios„ [1]. Eso que Barrande testifica de los trilobites, y también de los cefalópodos, lo declaran Davidson, Pfaff, Gosselet, Carruthers, Grand Eury de los acéfalos y braquiópodos [2]. ¿Qué dice, pues, la falta de formas transitorias, sino que sólo reinan en la fantasía de sus inventores?

Siente la fuerza de esta razón el transformista Claus, pero al verse sin valor para deshacerla, como dándose por vencido, dice: "A lo menos, debiéramos hallar en las capas terrestres restos de formas intermedias más ó menos lejanas; y ésas las hallamos en serie bastante completa. Los inmensos vacíos zoológicos dicen claro que no nos es dado ordenar en vasta escala series de variaciones, que sin interrupción unas á otras se sucedan„ [3]. Eso no es sino confesar la insuficiencia de la teoría y acusar de gratuíta la suposición en que se funda. Especialmente que otros son más francos, y niegan sin miedo lo que no pueden probar. "Es cosa bien extraña, dice Thomson, que en todas las estratificaciones geológicas, donde perecieron tantas especies nuevas y hubo tanta revuelta de flora y fauna, nunca jamás fué cogido un solo vegetal ó animal *in fraganti* en el acto de pasar de una especie en otra por modificaciones insensibles„ [4]. La misma falta deplora el Dr. Thomas Wright. "A pesar, dice, del número sinnúmero de años transcurridos desde que viven y campan los moradores de las riberas silúricas, las leyes que antes los rigieron los rigen hoy, sin que haya memoria de especie que sirva de consuelo al sistema evolucionista„. ¿Qué más? Huxley, hombre independiente en sus juicios, no repara en declarar que en todo el período de la historia terrestre estudiada por los geólogos no asoma un mínimo

---

[1] *Défense des colonies*, 1870, p. 155.

[2] *Revue scientifique*, Avril, 1879.

[3] *Zoolog.*, cap. V, § V.—El mismo Gaudry no deja de confesarlo: «En réunissant les matériaux de cet ouvragre, je me suis convainen des innombrables lacunes que nous rencontrons, lorsque nous cherchons à établir d'une manière rigoureuse les filiations des êtres anciens. *Les enchaînements du monde animal*, t. III. *Mammifères tertiaires*, pág. 245.

[4] *Nature*, Nov., 1871.

ejemplar de transición entre dos grupos cualesquiera: "todos son individuos de especies de lleno en lleno constituídas„ [1].

5. En segundo lugar, no es verdad que la paleontología testifique el desenvolvimiento gradual de las especies. Los organismos que en el día de hoy labra la naturaleza, dirigida por su soberano Autor, en vez de estar en camino de trasmudarse, han llegado al colmo de su perfección; porque si muchas especies llámanse imperfectas por no hallarse adornadas de las prerrogativas de otras más gallardas, en hecho de verdad han granjeado dentro de su esfera todos los aumentos que su condición consiente. Con justa razón dice el sabio Snell: "¿Quién pensará que los vivientes actuales han de dar aún otras vueltas y parar en otros seres, y que en otro tiempo se mudaron y salieron de su camino en parecidas coyunturas? ¿Acaso la mudanza de un ser en otro no depende de causas internas que sobrepujan la eficiencia de las condiciones externas? Los vivientes que hoy poseemos son últimos términos de la naturaleza organizadora, inalterables y diferentes en lo esencial, nacidos de otros seres cuya índole no dependía del mundo exterior que los rodeaba„ [2].

Porque ni está todo en las formas intermedias ni en el aparecimiento gradual de las especies, sino en que las unas pululen de las otras: en este nacimiento nunca llegó el evolucionismo á asentar el pie con firmeza. ¿Qué inconveniente habrá en otorgar que Dios abrió las zanjas del reino animal trazando un padrón y modelo á cuya imitación se arrimasen todos los vivientes? Ninguno, por cierto, pues que Dios pudo correr las líneas y echar el nivel para fabricar la arquitectura del mundo orgánico, usando de una misma planta de construcción; pero entre esto y el descender las fábricas particulares unas de otras por línea recta de generación, hay un mundo de distancia. Concedamos á la anatomía é histología que entre los animales superiores é inferiores haya un colmo de formas que llena de mar á mar los vacios de los seres intermedios; concedamos que en la cadena animal cada eslabón vence en perfecta estructura al antecedente

---

[1] *Stud. of Géol.*—GOSSELET: Voilà vingt-cinq ans que je poursuis les horizonts fossilifères du bassin belge, en les isolant avec soin les uns des autres... Je n'ai encore trouvé ni dans le temps ni dans la forme le passage de deux types bien déterminés. Alegado por Duilhe de Saint-Projet., *Apologétique*, página 303.—CARLOS VOGT: Malheureusement, cet arbre si complet, si bien agencé, montre un seul petit défaut, semblable à celui du cheval de Roland: la réalité lui fait complétement défaut, comme la vie au cheval du paladin. Tous les échelons sont constitués par des êtres imaginaires, dont on n'a jamais trouvé de traces, mais qui néanmoins doivent être considerés comme entièrement réels. Si on ne les a pas trouvés, on les trouvera plus tard, ou bien ils etaient constitués de manière à ne pouvoir se conserver dans les couches de la terre. *L'origine de l'homme*, *Revue scientif.*, 1877, t. XIX, pág. 1058.

[2] *Creación del hombre*, pág. 46.

y es de inferior calidad que el inmediato siguiente; concedamos que el esqueleto del mono más gallardo se erige remontadamente, pero de forma que se va reduciendo por diminución insensible hasta igualarse en paralelo á la notocuerda del humilde anfioxus; concedamos, al revés, que la notocuerda del anfioxus crece más que á palmos, poco á poco, vistiéndose de vértebras, enramándose con renuevos y carnes hasta gigantizar en firmeza, hasta levantarse á fénix de la turba animal; concedamos, además, que el sistema nervioso de los animalillos mas toscos, reducido á misera neurona, sube de grado, toma fuerzas, pasa por infinitos cambiantes, adquiere sutilísimos perfiles, llega, en fin, á no tener segundo en perfección orgánica, á constituir el sistema nervioso del más autorizado gorila, que se compone de millaradas de neuronas; concedamos, finalmente, que la paleontología hubiera sacado de las obscurísimas tenebrosidades de los escondrijos terrestres, á la luz de los museos, todas las formas de transición juntamente con las anomalías que les dan próxima semejanza con la especie inmediata superior y con los lunares defectuosos que las arriman á los individuos de la especie inmediata inferior: á vista de tan grandioso espectáculo (que trae hechizada la imaginación de los evolucionistas, de solo fantasearle posible, y que en hecho de verdad, á este viso, deliciaría al entendimiento humano por lo alta que pone la providencia de Dios), una sola cosa echamos menos, que hasta la hora presente no han colocado en buena luz, ni por asomo, y es, que esos tipos transitorios se hayan multiplicado por vía de generación, naciendo unos de otros, que cada uno haya heredado de sus padres aquellas anomalías, siniestros, resabios, pintas, matices, semejanzas y desemejanzas, que, por decirlo de una vez, la evolución genética haya sido la producidora de tanta variedad y acrecentamiento.

Si de los organismos presentes subimos á los de fecha inmemorial de que da noticia la arqueología histórica, ningún rastro de metamórfosis podremos en ellos notar. Los animales hallados en los monumentos egipcios, que cuentan al pie de cinco mil años, ponen patente la misma estructura que los nuestros, como ya Cuvier demostró; ni en los despojos de las faunas de las edades llamadas prehistóricas y del período glacial se deja reparar el menor rasguño que indique conato de transformación. Esta conformidad en tantos siglos pregona que las especies tomaron al principio su manera de ser, sin andarse con aquellas veces que los transformistas quisieran. Y si los actuales organismos, y los históricos y prehistóricos, han permanecido en la condición con que nacieron, ¿no diremos otro tanto de los geológicos y fósiles? Si lo que ahora vemos y no podemos negar lo vieron igualmente los antiguos, pues no hay noticia de especies vacilantes y vagabundas, cuales los adversarios las pintan, ¿cómo no será verdad que el mismo tenor se guardó que en los nuestros en los tiempos pasados?

La única respuesta que pueden dar aquí es, haberse agotado antes de la era cuaternaria aquella oculta virtud que adelantaba los organismos y los subía á más alto grado de perfección; respuesta que viene á resumir la opinión de aquellos que juzgan haber reinado la evolución durante los tiempos prehistóricos tan solamente, mas que luego de venido al mundo el hombre se acabó del todo, gastada su eficacia. En este supuesto, el Autor de la naturaleza habría usado de la evolución como de temperamento para lograr la turba de especies fenecidas, las cuales logradas, porque no era de utilidad la virtud evolutiva, dejó de hacer mella en las especies cuaternarias [1]. Los que eso responden no sueltan, sino que parten el nudo, metiendo á Dios de por medio; pero carecen de razones en que fundar su respuesta. Porque en el territorio de la observación, antes mudará de ser ó le perderá del todo un orden de vivientes, que padezcan menoscabo el instinto y las propiedades de una especie, pero en esto es digno de advertir cómo la selección artificial, que suele ser el aquiles de los darwinistas, ningún tipo ha sabido modificar de raíz; solamente ha conseguido variedades limitadas, que tanto duraron cuanto duró la diligencia del diestro especulador [2].

ARTÍCULO II.

1. Prosiguen las razones contra el transformismo: ningún parentesco hay entre los organismos fósiles y los actuales. — 2. La embriología no favorece á los transformistas.— 3. Diferencia entre ellos y los Escolásticos en esta parte. — 4. Respóndese á dificultad de los órganos rudimentarios. — 5. Ocúrrese á otra dificultad. —6. Los transformistas carecen de razones sólidas.

1. Pasemos á la geografía para ver cómo ningún parentesco hay entre los organismos fósiles y los actuales del mismo lugar. Porque unos perecieron, otros permanecieron hasta ahora sin linaje de mudanza. "En las capas subsilúricas, dice Pfaff, vemos los prototipos de los moluscos y articulados, y en la silúrica superior muéstranse ya los peces, de modo que sólo faltan las tres clases más elevadas„ [3]. No repliquen los transformistas que no son ésos los más antiguos, que los más antiguos la muerte los arrebató; porque los trilobites del silúrico se dejan ver de súbito sin ejemplar precedente, y lo mismo les pasa á los cefalópodos al principio de la fauna segunda, y á los peces en la tercera. "Todas estas manifestaciones, concluye Barrande, re-

[1] *Revue des questions scientif.*, 1869, p. 418.—P. REGNON, *Métaphys. des causes*, livre VIII, cap. V.

[2] HOFFMANN, *Invest. para determinar las especies y variedades*, 1869, página 1, 7.—PFAFF, *Hist. de la création*, pág. 680.

[3] *Hist. de la création*, 1877, ibid.

pentinas de nuevas formas típicas, que constantemente se ostentan por doquier dotadas de la plenitud de sus caracteres, están en total disonancia con la hipótesis de una perfección granjeada por alteraciones imperceptibles [1].

De donde viene á ser que las fenecidas especies nada tengan de común con las actuales, ni relación, ni analogía natural. Otras hay que todavía subsisten; mas ¿cómo? Los pólipos, los acéfalos, los equinodermos en todas las formaciones antiguas y modernas se logran en abundancia; las conchas bivalvas y univalvas son vivientes de larga fecha; los crustáceos y gusanos no nacieron tampoco ayer; los insectos vienen del carbonífero; los reptiles y peces ¿cuán antiguos no son? Todas estas clases produjeron especies que han durado en la fijeza de su ser sin sentir las vueltas é injurias de los tiempos, con su tosca condición, no empeoradas ni mejoradas, tan unas como antes. No negaremos que muchas formas han ido dando lugar á otras de más noble categoría; mas muchísimas se han quedado en la bajeza de su rusticidad sin sentir qué cosa sea mudanza. Pues ahora, ¿con qué sombra de justicia presumen que unos seres hayan variado y tenido tan poco asiento, y que otros se hayan estado tan quedos en igualdad de circunstancias? Esa perpetuidad en la mudanza y en la firmeza no es fruto de una doctrina que quiera interpretar la naturaleza de las cosas. Más acertado es decir que Dios, rico en virtud, ha querido en un género de seres hacer públicos los infinitos matices de su fecundidad, dejándonos ver, como por celosías, en otro las líneas toscas y primeras solamente [2].

De manera que los organismos actuales, ó son totalmente otros que los antiguos, ó son enteramente idénticos; y así no hay entre ellos vínculo de descendencia por vía de trasformación. Tanteando Claus el peso de las dificultades del sistema, significa cuánto siente la carga por estas palabras: "Los adversarios habrían tenido más feliz lance si hubiesen opuesto á los secuaces del transformismo las innúmeras especies que desde el principio del período glacial fueron exentas de alteración en su ser, no embargante las vicisitudes clima-

[1] *Trilobites*, p. 267.

[2] P. HATÉ: La succession des espèces pendant les temps paléontologiques n'est pas une preuve péremptoire que les espèces nouvelles ne sont que des simples transformations des anciennes: le lien rationel manque à cette preuve. La succession serait la méme quand les espèces auraient reçu l'existence par création et non par transformation. Les reptiles ont succédé aux trilobites, aux reptiles les marsupiaux. C'est vrai; mais vous voulez en conclure que les trilobites sont les aucêtres réels des reptiles, les reptiles les aieux des marsupiaux, les marsupiaux les grands parents des paléothériums? La raison vous arrête et vous dit: Votre déduction n'est point légitime. Ces animaux se sont succédé, soit; mais qu'ils soient issus les uns des autres, il vous reste à le prouver. *La Controverse*, 1880, pág. 515.

téricas, ó les hubieran hecho palpables los rasgos de semejanza que tienen ciertas especies y ciertos géneros actuales con los del terreno terciario, y aun con las formaciones cretáceas„. Y luego, como quien de corrida quiere responder echando polvo á los ojos del adversario, añade: "Sin embargo de esto, el haber conservado muchos animales sus caracteres primitivos... no prueba la imposibilidad de las variaciones en general„. No la prueba, repetimos: ¿quién trata aquí de imposibilidad? Pero prueba que no hubo tal mudanza en hecho de verdad, ni es razón suponerla sin bastante fundamento.

Más abajo siente otra vez el zoólogo darwinista el aguijón de las contrarias razones y la flaqueza de las suyas propias; puesto en tanta apretura, se encruelece y torna contra sí mismo, dándose maniatado á los adversarios; y así dice: "Una consideración ha hecho M. Nägeli que asesta muy alto, pues parece demostrar la insuficiencia de la selección natural en cuanto base de explicación, y es tocante á las propiedades innatas de los primeros seres. En las primeras vueltas que dió el tiempo, sólo podía existir escaso número de protofitos y protozoarios unicelulares, formados sencillamente de protoplasma y sarcoda. Siendo tan circunscrito el número, y unas las condiciones exteriores, faltaban causas en la tierra que determinasen la producción de variaciones útiles. Éste es uno de los puntos más obscuros y escabrosos de la teoría de la descendencia; no se le puede dar respuesta que satisfaga... Libre campo queda al arbitrio de los juicios y á las aficiones de cada cual; el conceder á la selección natural mayor ó menor influencia, es cosa que depende solamente de la fe„. Todo esto es del transformista Claus, en los preliminares de su Zoología.

2. Tócanos ahora responder al argumento tomado de la fisiología. Primeramente, el que resulta del embrión es espada de dos filos que persigue de muerte al transformismo [1]. Los animales no preexisten en miniatura dentro del óvulo; van creciendo y mostrando sus formas al paso que el germen despliega su poderío, pero de tal manera

[1] LUBBOCK: Je crois que le temps viendra où il sera généralement admis, que la structure de l'embryon et les transformations qu'il subit en se développant, indiquent vraiment le cours des transformations des êtres organisés dans les anciens temps, au même titre que les débris enfermés dans les roches et l'ordre dans lequel ils se suivent, nous enseignent le passé de la terre elle-même. *De l'origine et des métamorphoses des insectes*, pág. 126.—CLAUS: Comme M. Fr. Müller l'a si bien montré, l'histoire de l'évolution individuelle est une répétition courte et abrégée, une récapitulation, en quelque sorte, de l'histoire de l'évolution de l'espèce. *Traité de zoologie*, pág. 142.—BAER: Je possède, conservés dans l'alcool, deux petits embryons, dont j'ai ommis d'inscrire le nom, et il me serait actuellement impossible de dire à quelle classe ils appartiennent. Ce sont peut-être des lézards, de petits oiseaux ou de très jeunes mammifères. Citado por Darwin, *Origine des especes*, pág. 519.

las muestran, que primero semejan célula informe, después gusano, luego péz, reptil y mamífero; mas éstos son rasgos generales y vagos. "Nunca, dice Müller, el embrión humano resplandece realmente con la claridad del gusano ni del pez; pero es verdad que en el desenvolverse aléjase poco de dichos tipos„ [1]. Según esto, si el embrión animal bosqueja algún rasgo de semejanza, distínguese luego de un tipo cualquiera por otros particulares, como el embrión del vertebrado, que sólo participa del molusco algunas notas confusas; por manera que cada célula embrionaria se desenvuelve y crece siguiendo un maravilloso diseño, que es uno mismo en cada especie [2]. Esta doctrina ya la hemos expuesto por la pluma de Santo Tomás. "En la generación del animal y del hombre, dice, concurren muchas formas intermedias... El alma vegetable, que es la primera cuando el embrión vive vida de planta, se corrompe y da lugar á un alma más noble, que es la nutritiva y sensitiva juntamente, y entonces el embrión vive vida animal„ [3]. Lo mismo enseña en otros lugares [4]. Para cuya inteligencia se ha de advertir que Aristóteles fué quien estimó que el hombre primero vive vida de animal, y después vida de racional [5]. Esta manera de decir buscaron traza cómo declararla los Doctores Escolásticos; y así, Alberto Magno [6], Marsilio [7] y otros más modernos, como Losada [8], enseñaron que el vivir el embrión vida de

---

[1] *Manuel de physiol.*, t. II.

[2] JOUSSET, *Évolution et transformisme*, 1889.—CASSANO, *Errori dell'Evoluzionismo*, 1890.—AGASSIZ: On a soutenu, dans les termes plus généraux, que les animaux superieurs passent, durant leur développement, à travers toutes les phases qui caractérisent les classes inférieures. Ainsi formulée cette proposition est tout à fait contraire à la vérité, et cependant il y a dans certaines limites une correspondance positive entre les phases embryonnaires du développement des animaux supérieurs, et les caractères permanents d'autres animaux d'un degré inférieur. En tant qu'œufs, dans leur condition primitive, tous les animaux se ressemblent. Mais aussitôt que l'embryon commence à montrer quelques traits caractéristiques, ceux-ci présentent des particularités telles que le type peut se distinguer. *De l'espèce*, pág. 278.—COSTE: L'œuf nous offre l'image transitoire de cette simplicité, car il a tous les caractères de la cellule et se développe comme elle. Il est constitué, de même que cette dernière, par une membrane enveloppante et par un contenu cellulaire; mais ce contenu, au lieu de subir le sort qui lui est réservé dans les cellules communes, tend à marcher incessamment vers le but de sa haute destination. L'analogie est donc ici dans la forme seulement ou dans l'apparence, et la différence dans la nature de la force qui anime cette forme et en coordonne les matériaux. *Hist. du développ. des corps organisés*, 1847, t. I, pág. 17.

[3] *Contra Gent.*, l. II, cap. LXXIX.

[4] *De Potentia*, q. III, a. 9; I p., q. CXVIII, a. 2, ad 2.

[5] *De Gener. animal*, l. II, cap. III.

[6] *De Anima*, tract. II.—[7] *I De Gener.*, q. 6.

[8] *Cursus phil. de Gener.*, cap. II, q. 3; *Animastica*, cap. III, q. I.

planta, y luego vida de animal, es ni más ni menos ejercitar el alma sensitiva los actos que puede, según la disposición de la materia, vegetando primero, y después sintiendo, sin que sea menester señalar á cada suerte de actos un principio vital distinto.

3. Pero Santo Tomás, y en su seguimiento los Tomistas, extendiendo las palabras de Aristóteles, quisieron sustentar que no es una sola el alma que rige en el embrión las funciones vegetales y sensitivas, ni la misma hace veces primero de principio vegetativo, y después de sensitivo, sino que la sola vegetativa informa totalmente el embrión, y en seguida sucede la sensitiva, siendo por ella expelida la primera. "El orden natural es, dice, que las cosas se reduzcan por grados de la potencia al acto. Por esto en los seres que se engendran hallamos que primero son imperfectos, y después van adelantando en perfeción. Y es cosa manifiesta que lo común se ha con lo propio y determinado, como lo imperfecto con lo perfecto; por esta causa, en la generación de un animal vemos que antes se engendra una manera de animal en confuso, que un hombre ó caballo singular„ [1]. De este principio deduce el Santo que no se introduce en el feto una forma superior, sin que la precedente inferior se corrompa y cese: desvanecida la primera, quédase la segunda dueña de aquella perfección, y acrecentada con mayores aumentos que los que la primera tenía [2]. Por manera que antes que el óvulo llegue al término de animal, va corriendo por sucesivas alteraciones, y ora es planta, ora animal en confuso, y, en fin, logra su forma individua principal, como lo explica el P. Liberatore defendiendo á Santo Tomás [3].

En esta suerte de evolución, celebrada por muchos Escolásticos, es fácil reconocer cuán lejos estaba el Doctor Angélico de la hipótesis de los darwinistas. Porque ellos introducen evolución activa y permanente, él pasiva y pasajera; ellos la quieren determinada y particular, él confusa y sin definir; ellos como causa de generación de una nueva especie, él como prerrequisito á la total formación de un individuo; ellos, en fin, yendo en el pensamiento de las especies movibles, él asentando el pie en la inmovilidad de la especie. Tan lejos estaba de ser evolucionista el Doctor de las Escuelas, que de él decía Suárez: "Otros opinan que el embrión humano desde el principio posee alma vegetativa, que á vueltas del tiempo se torna en sensitiva, y en fin racional. Esta sentencia con razón es impugnada por Santo Tomás, si se entiende que la primera alma, de esencialmente vegetativa que era, á manera de planta, se vuelve después sensitiva; porque eso es imposible, á causa de que una forma no puede pasar de una especie en otra„ [4]. La doctrina de Santo Tomás sobre el nú-

---

[1] I p., q. CXIX, a. 2.—[2] I p., q. CXVIII, a. 2, ad 2.

[3] *Metaphys. special*, p. 2.ª, cap. III, art. IV.

[4] *De Anima*, l. II, cap. VIII, a. 4.

mero de formas sucesivas no favorece los intentos de los evolucionistas, siquiera la llamemos "más ó menos probable" con el cardenal González[1].

Pero tampoco es verdad que los animales superiores figuren, al desenvolverse, las imágenes propias de las inferiores; por el contrario, las señas particulares que un embrión da de sí son tales, que diferencian su tipo de otro tipo cualquiera. Otra cosa nos certifican los observadores, como lo declara Baer[2], y es, que la semejanza que tiene un embrión con otro de distinta especie es casi nula ya desde los primeros pasos del óvulo. Más adelante van los embriólogos eminentes, cuando enseñan que los óvulos de especies diversas, aun antes de ser fecundados, se visten de cualidades propiísimas suyas[3]. Si, pues, en las vueltas sucesivas de la vida fetal se vislumbran apariencias de tipos inferiores, y en los embriones mamíferos se dibujan sombras de órganos que parecen peces, y luego otros borrones que indican miembros de anfibios, finalmente otros barruntos que simulan partes de seres más perfectos, ¿qué prueba tanta variedad de contingencias, que Santo Tomás encerró en aquella voz altamente significativa *commune*[4], sino que la materia, para llegar á recibir en sí la forma principal y determinativa, ha de correr por muchas disposiciones y subir sin parar de aquellos toscos delineamientos al grado de perfección que cada especie requiere? Por esta razón sin duda, Santo Tomás con justo acuerdo dijo: "La materia está en potencia para recibir la forma de elemento; estando en ella tiene potencia para la forma de compuesto; en adquiriéndola, está en potencia para el alma vegetal; ésta la habilita para la sensitiva; ésta para la intelectiva, y así queda demostrado el proceso de la generación; porque primero vive el feto vida de planta, después de animal, en fin, vida de hombre"[5]. En estas palabras no profesa el santo Doctor la descendencia de las especies ni transformismo de ningún género; solamente declara que la materia, por formas imperfectas, asciende á las más perfectas como por grados, significando que en la generación de las cosas ha lugar una cierta evolución pasiva, y una manera de progreso por saltos muy pequeños.

El punto de la dificultad está en demostrar que un individuo transmite á otro por generación las cualidades accidentales que son propias de su particular naturaleza. Todo lo contrario precisamente es lo que de día en día van poniendo los embriólogos más en claro. "No tenemos un solo caso, dice Weissmann, que demuestre transmitirse hereditariamente las cualidades adquiridas."—"Tengo estudiados, añade Pflüger, muy de cerca todos los hechos que se citan en pro de la

[1] *La Biblia y la ciencia*, 1891, t. I, pág. 572.
[2] *Estudios*, t. II, p. 476.—[3] *Revue scientif.*, 1864, p. 450.
[4] I p., q. CXIX, a. 2.—[5] *Contra Gentes*, l. III, cap. XXII.

transmisión hereditaria de las cualidades adquiridas, es á saber, no derivadas de la organización primitiva del óvulo y de los espermatozoides; mas ni uno tan solo de tales hechos prueba la herencia de las particularidades adventicias„ [1].

Estando muy en los estribos M. Virchow en la asamblea de naturalistas y médicos alemanes, celebrada en Wiesbaden, á los 22 de Septiembre de 1887, dábales en rostro á los transformistas con este argumento: "Esta escuela, decía, pregonaba por cierto que toda especie reproducía, en el decurso de su evolución, todas las fases evolutivas de las especies inferiores... Pero la embriología nos ha enseñado que los seres superiores no repiten los pormenores y señales de la evolución vital de los inferiores„. Y sin dejar portecilla ni trascorral á los adversarios, que porfiaban ser las especies inferiores imperfectos bosquejos ó esbozos del embrión superior, les mueve guerra declaradamente, diciendo: "Ninguna formación defectuosa hay que pueda hacer un mamífero de un pez ó de un anfibio, por más que uno ú otro órgano, tal ó cual tejido, parezca semejar al del pez ó al del anfibio„ [2]. Por eso no puede inferirse bien del continuo trueque de estado, aun si eso concediéramos, la teoría de la descendencia.—"El que podamos considerar el cuerpo del mamífero como alteración del ave ó viceversa, no es prueba de natural transformación histórica; es solamente reconocer en los seres un grado genérico de consonancia.„ Así Baer [3].—Vogt añadía: "La célebre ley biogenética del paralelismo exacto de la filogenia y ontogenia, que por largo tiempo estimé yo fundada, es falsísima de un cabo al otro„[4].—Fi-

---

[1] *Revue Nouvelle*, Lyon, 1.° Oct. 1866.

[2] *La Semaine médic.*, 1887, 28 Sept.—[3] *Estudios*, p. 386.

[4] *L'origine de l'homme*, 1877, t. XIX de la *Revue scientifique*, pág. 1059. El mismo Vogt, más adelante, combatió la *ley biogenética fundamental* de Haeckel, por estas palabras: «Au lieu de délaisser le dogme, désormais insoutenable, on a inventé une chose plus insoutenable encore, si cela est possible. On parle de cénogénie ou embryogénie falsifiée. Pauvre logique, comme on la torture! La nature qui dénature son propre plan en y introduisant des éléments hétérogènes, qui troublent l'homogénéité de la loi biogenétique!... Maudit embryon qui désobéit à la loi octroyée par un prince de la science; nous allons le stigmatiser comme faussaire». *Quelques hérésies darwinistes, Revue scientif.*, 1886, t. XXXVIII, pág. 485.—Más dura asentó la mano después sobre las invenciones haeckelianas, en esta forma: «Le parallélisme primitivement statué entre les embryons et les ancêtres a été tacitement abandonné depuis quelque temps. Il a été abandonné avec l'aveu de l'impossibilité qui existe quant à la réduction phylogénique pure et simple des formes embryonnaires ou larvaires; il a été abandonné lorsqu'on a reconnu que dans une quantité de cas on ne peut voir dans les ancêtres des phases de développement ontogénique; il succombe entièrement lorsqu'on doit dire avec Lang «que le développement ontogénique peut suivre des voies différentes pour arriver à la

nalmente, Perrier, triunfando, remataba: "El embrión humano, en ningún estado de su desenvolvimiento es verdadero zoófito; tampoco es reptil ni pez en otro estado progresivo. Tales son las objeciones que los embriogenistas presentan á la teoría de Serres, y que cubrirán de empacho su anatomía transcendental" [1]. Con esto han cerrado los embriólogos á cal y canto la puerta á la invención transformista.

4. No es otra la respuesta á la dificultad de los órganos rudimentarios, que parecen del todo inútiles, ó sólo hechos para traer á la memoria las partes desarrolladas que en otra especie se ven. Tales son las falsas tetillas en los machos, los lóbulos pulmonares en las serpientes, los dientes fetales en las ballenas, las alas menudas en el avestruz y otras aves que no vuelan, las alas membranosas en el dorso de ciertos insectos, el pedúnculo del ojo en crustáceos ciegos, y otras cosas tales que parecen á medio hacer, de donde toman argumentos los evolucionistas para predicar las maravillas de su invención. Pero ¿cuántos órganos no posee el hombre, por ejemplo, que se habían estimado ociosos hasta el presente? ¿De cuántos otros no aciertan los fisiólogos á darnos el por qué? El bazo sirve, en opinión de unos, para deshacer; en la de otros, para producir los glóbulos rojos de la sangre [2]: ¿de cuántas partes ignoramos el secreto fin? Porque se nos esconda, ¿ya no le tienen? "Algunos, decía San Agustín, osan censurar en este mundo muchas cosas, porque no ven sus causas; y con todo, puesto caso que muchas de ellas no hacen falta en nuestra casa, sirven para completar la perfección del universo" [3]. Porque veamos en un animal rudimentos de miembros, ó partes inútiles al parecer, no es lícito concluir que son debidos á un antepasado que los gozaba más voluminosos y cabales: engáñanse los transformistas, que sólo tasan la hermosura y armonía de las partes con la utilidad y provecho que ellos estiman.

Además, ¿quién ha llegado á realzar la importancia y necesidad de todas las partecillas que componen la tejedura de un órgano? Que muchas membranas, tenidas antes por excusadas, las hizo necesarias la fisiología, lo certifica el mismo Claus. Pero quisiéramos saber por dónde prueban los darwinistas que órganos dichos rudimentarios son órganos atrofiados, que faltos de ejercicios no pudieron crecer ni desarrollarse; porque todavía no han demostrado que el solo camino para crecer sea el uso y ejercicio. ¿Por qué un órgano que no trabaja, por fuerza se ha de atrofiar? ¿Por qué razón los tales órganos dejaron de trabajar? "Ignoramos el uso de muchos particulares en los

---

même phase finale». *Dogmes dans la science. Revue scientif.*, 1891, t. XLVII, pág. 650.

[1] *Philosophie zoologique avant Darwin*, pág. 621.

[2] DUVAL, *Cours de physiol.*, 1883, p. 274.

[3] *In Genes. contra Manich.*, cap. XVI.

animales; y en el darlos por inútiles echamos en olvido, aun dejada en silencio la poquedad de nuestros conocimientos, que la transmisión hereditaria tiene su parte en la selección natural, y hace dificultosa, y aun estorba, la desaparición total de ciertos caracteres„ [1]. Esto dice Claus, y se le ve que menciona la selección natural sin qué ni para qué; de cuya perplejidad sacamos que carecen de explicación los antedichos rudimentos en la teoría transformista.

Dicen los patronos de la evolución: "Sabemos que el caballo actual posee un dedo en cada pie, con la circunstancia de hallarse plantado un espolón óseo á cada lado del metacarpo ó metatarso. Estos dos huesecillos, asentados más arriba del arranque de los dedos, carecen de utilidad actual, como es cosa clara. Pero su significación se manifiesta cuando cotejamos la organización del caballo moderno con la de las especies fenecidas„ [2]. El razonamiento del catedrático de Ciencias de Angers hace poquísima fuerza. Contra él se levantó denodado el P. Eude, mostrando que el sistema dentario es marca más razonable que el sistema locomotor para distinguir la afinidad de los animales recientes con los fósiles. El Dr. H. Filhol había establecido por cosa corriente que primero se modificaron las patas de los animales, y luego vino la modificación y reducción de los dientes [3]. Arremete sin miedo el gran investigador contra esas embrolladas nociones de los evolucionistas, que por sólo haber venido el Caballo después del Hiparion ó del Anquiterio le miran como descendiente suyo. No, responde el P. Eude; no es verdad que, si el caballo sólo tiene dos pares de pezuñas, haya perdido los otros cuatro de que gozaba el Anquiterio, ni que los estiletes del caballo actual sean restos memorables de las patas fósiles de sus presuntos abuelos [4].

---

[1] *Zool.*, chap. v, § 9.

[2] MAISONNEUVE, *Création et évolution.—Compte rendu du Congrès international*, 1891, t. II, sect. VIII, pág. 38.

[3] Il parait démontré que les progressions organiques, dont le résultat devait être la réalisation du type *Equus*, ont porté d'abord sur les membres, et qu'alors qu'elles se trouvaient être arrivées à un haut degré de réalisation, comme le prouvent les observations si intéressantes que nous avons rapportées relativement aux pattes, les modifications du système dentaire étaient en retard par rapport à elles. *Annales des Sociétés géologiques*, 1891, pág. 191.

[4] Rien de mieux embrouillé que ces notions. En effet, pour affirmer que les «modifications du système dentaire sont en retard», il serait important de nous montrer deux points: le point de départ et le point d'arrivé, l'origine et le terme. C'est ce que l'auteur a oublié. Nous savons qu'un *Anchitherium* en marche vers *l'Equus* devra laisser aux marais quatre paires de sabots. La preuve en est simple: puisque le Cheval n'en a plus que deux, il faut qu'il en ait perdu quatre en montant sur les pelouses herbeuses; il les a perdus, parce qu'il a encore les stylets où les sabots étaient attachés! *Mémoires concernant l'hist. naturelle de l'empire chinois*, 1894, *Etudes odontologiques*, chap. III, pág. 145.

No permite la índole de nuestra obra acompañar al P. Eude en su demanda, que se cifra en hacer manifiesto cómo no había razón alguna para que el Anquiterio dejase las pezuñas primero que los dientes, si se había de convertir en caballo, pues antes que la andadura es la nutrición, para la cual los dientes equinos son los menos reducidos de toda la serie de los ungulados. De manera que no es tan clara como al catedrático Maisonneuve le pareció, la significación del estilete que adorna al caballo. El anatómico Huxley había puesto ya sus reparos á la opinión evolucionista, arguyéndola con un dilema irrefragable [1]; porque si los espolones no son de utilidad al caballo, después de tantos siglos que ha los lleva consigo, deberían haber desaparecido de sus piernas; y si le son útiles, no puede el evolucionismo valerse de ellos en prueba de verdad. En fin, sepamos ó no dar razón de su oficio, de ninguna manera significan el origen equino por evolución.

Igual discurso podríamos hacer sobre la tetilla del hombre [2]. Aquí no cabe el ejercicio, porque demás de que ni el ejercicio engendra órganos, ni la falta de ejercicio los extingue, sino que á lo sumo los enflaquece y aminora, el bosquejo de teta en el varón no es indicio de uso precedente, á no ser que los evolucionistas quieran suponer que en un principio atetaba el hombre á sus hijuelos entrándoles el pezón en la boca. ¿De dónde se sacan los adversarios esa peregrina suposición? ¿Fingiendo al hombre andrógino? Ni tienen otro remedio, porque "no se halla entre los mamíferos una sola especie cuyos machos den de mamar á sus crías„[3], salvo los de la especie humana,

---

[1] Il m'a souvent semblé, que les organes rudimentaires sont une arme à deux tranchants. Si nous devons supposer, comme le font en général les évolutionistes, que les organes inutiles s'atrophient, des cas tels que l'existence de rudiments d'orteils latéraux dans le pied du cheval nous placent dans un dilemme. Car, ou bien ces rudiments ne sont d'aucun usage à l'animal, auquel cas, considérant que l'animal existe dans sa forme actuelle depuis l'époque pliocène, ils devraient sûrement avoir disparu; ou ils sont utiles à l'animal, auquel cas ils ne servent de rien comme arguments en faveur de l'évolution. *Les problèmes de la géologie*, pág. 113.

[2] SPENCER: L'existence habituelle des organes rudimentaires, homologues d'organes développés chez les animaux ou les végetaux parents, qui n'admet pas d'autre explication rationnelle, trouve dans l'hypothèse de l'évolution une interprétation satisfaisante. *Principes de biologie*, n. 172.

[3] HUXLEY: Une réponse semblable, mais encore plus forte, peut être basée sur l'existence de mamelons et même de glandes mammaires fonctionnelles chez les mammifères mâles. De nombreux cas de mamelles actives chez des Hommes ont été recueillis, bien qu'il n'y ait aucune espèce de mammifère où le mâle nourrisse normalement les petits. Donc la glande mammaire était apparemment aussi inutile chez le mammifère mâle, le plus ancien ancêtre de l'Homme; et pourtant elle n'a point disparu. Est-il donc utile à l'organisme mâle de la conserver? Cela est possible; mais dans ce cas sa valeur démonstrative est perdue. *Les problèmes de la géologie*, pág. 113.

que, por la bella gracia de los evolucionistas, estuvieron dotados de tetas henchidas de sabrosa leche para que sus hijitos se las desjugasen mamullando á todas horas. Así forjan los adversarios invenciones nunca oídas; pero no demuestran cómo en tantos siglos, tras infinitas generaciones, no se le borró al varón el rastro de teta, que hizo en no sé qué tiempos tan raras maravillas.

Hemos querido hacer alguna pausa en los órganos rudimentarios, porque con ellos, como con nudoso bastón, amagó Haeckel á los dualistas y teólogos un golpe tan fiero, que les había de bastar para entregarse al despecho de la desesperación[1]. Confesemos que las razones de los transformistas nos ahorran el susto de sus amagos, porque cuanto más en particular descendemos al examen de cada órgano rudimentario, palpamos más sombras, descubrimos más devaneos, con más claridad se nos ofrece la sinrazón de los adversarios. No les echó mala lanza con su briosa pluma el atrevido Vogt, cuando les demostró que la máxima mil veces repetida, *forma idéntica, luego estirpe idéntica,* se deshace entre las manos de puro marchita[2].

5. Otra razón suelen esforzar por parecerles de peso. Vemos animales que tienen querencia y se naturalizan con una tierra, al paso que se malogran y mueren llevados á otra. ¿Cuál es la causa? El parentesco, responden los adversarios; al decir eso no reparan que hay animal que en un paraje nació, se crió, se formó, y que, hecho á las circunstancias locales, de ellas casi depende su robustez y bienestar. Si en su origen una especie se aclimató á la tierra que la rodeaba y á las condiciones de sol, aire, calor, luz, ordenadas para proteger su vida, ¿qué mucho que, arrancada de su lugar, perezca sin remedio? Mas expliquen ellos, si pueden, la innata inclinación que tienen los animales á mirar por la conservación de la especie con tanta solicitud como por el propio bien suyo; cómo cada cual busca pareja de su casta; cómo especies nobles carecen de aquel instinto vivísimo que descubren otras que son más vulgares; por qué aun el hombre es menos diestro que la abeja en labrar panales; porqué las especies híbridas no se propagan. Acudirán á la teoría de la adaptación mecánica; mas ¿qué nos dicen de la perpetuidad de unas especies y de la degeneración de otras? ¿Qué de la permanencia y transmisión de las cualidades excelentes? ¿Qué del asolamiento y perdición de aquellos sencillos seres que, cuando daban más esperanzas de durar y parecían más á propósito que otros de compli-

---

[1] Elle est comme la preuve la plus frappante de la vérité de la doctrine généalogique... Si les dualistes et les théologiens comprenaient l'énorme valeur de ces faits, ils en seraient désspérés. *Histoire de la création*, páginas 254, 258.

[2] Véase cómo da razón de los argumentos la *Revue scientifique*, 1891, t. XLVIII, pág. 78.

cada hechura, fueron arrebatados de la muerte y por siempre consumidos?

Para salir á tantos inconvenientes sacarán á plaza aquel principio interno é indeterminado que en los seres suponen, y que se determina y recibe complemento de las causas externas, de suyo variables y aun contrarias á la producción de nuevas especies [1]. Mas ese principio á lo sumo probaría que la distribución geográfica de los animantes y plantas *se puede* explicar de algún modo por el sistema de la transformación evolutiva, mas no prueba que no haya otro estilo de explicarla harto cómodamente, si, por ejemplo, pusiéramos que Dios formó en ciertas regiones una cantidad de especies, ó abrió camino para transportarlas á otros lugares. ¿Qué inconvenientes nacerían de semejante repartimiento? Los marsupiales, copiosos en la Australia, casi nulos en otros países; los lagartos *pleurodontes,* moradores de la América austral y juntamente de Madagascar; el pez del género *ofiocéfalo,* que tiene en los ríos de la India muchas especies, y también alguna en el Africa occidental; éstos y otros animales, derramados en tan remotas regiones [2], para que debieran su ser á una sola cepa, ¡cuántas subversiones no se han de suponer, cuántos asolamientos no se han de fingir, cuántos trastornos de mar y tierra no se han de fantasear, cuántos accidentes y quebrantamientos de leyes naturales no se han de permitir, si de las cosas tales como son en sí quieren los transformistas dar alguna fundada razón!

Doblará el cuello Mivart resignado, concediendo que no de un género, sino de varios al menos, se originaron las especies esparcidas en distintos lugares; y eso porque las influencias exteriores y las influencias hereditarias de mancomún ayudaron á la producción de aquellas especies distantes entre sí. Mas ¿en qué fundamento estriba la felicidad de tan semejantes efectos? ¿Quién dirige el rumbo de los agentes exteriores para hacer que diversos padres engendren hijos idénticos? ¿Quién? la ley de la evolución, que suple el defecto de las circunstancias exteriores: así resuelve Mivart el caso escabroso [3], no

---

[1] LYELL: La variation et la sélection naturelle donne aussi la clef des rapports généraux et intimes qu'il y a entre les plantes et les animaux vivants de chaque grande division du globe, et ceux de la flore et de la faune éteintes posttertiaires et tertiaires de la même région; ainsi, dans l'Amérique du Nord nous trouvons non seulement parmi les mollusques vivants des formes particulières étrangères á l'Europe, le *Guathodon* et le *Fulgur* (sous-genre de *Fusus),* mais nous rencontrons aussi les espèces éteintes des mêmes genres dans la faune tertiaire de la même partie du monde. De même, nous ne trouvons en fait de mammifères vivants en Australie, que les *Kanguroos* et les *Wombats;* or, les espèces fossiles éteintes de ce pays appartiennent aux mêmes genres. *L'ancienneté de l'homme prouvée par la géologie,* 1870, pág. 458.

[2] MIVART, *On the genesis of species*, 1872, pág. 165-169.

[3] LECOMTE: Pour échaper aux difficultés du darwinisme à l'endroit de la

obstante la *improbabilidad* de tal poder, declarada por el propio evolucionista. Al cabo el evolucionismo no hace sino que las especies anden en rueda como los trajes, y sean movedizas y sin asiento. Porque siendo imposible de géneros diversos nacer individuos de una misma especie y forma, no le queda á la especie sino cambiar semblantes contra la inclinación natural, haciendo que sus individuos retraigan unos á otros en las propiedades específicas, aunque por razón de su origen hayan heredado otras de muy distinta calidad. La filosofía se declara abiertamente contra esas adulteraciones. Más; ningún filósofo, que haga depender el principio interno de las causas exteriores, llegará á entender la perfección, hermosura y ordenada disposición de las especies conocidas. Hacerlas movedizas y livianas, y sólo constantes en la inconstancia, ¿no es marchitar su condición, poner dolo en su naturaleza, dar al traste con todo su ser y quitar de en medio toda buena manera de diferenciarlas y tenerlas en algo? Entendiólo así cuando dijo el discreto Barrande: "Las notas discordantes son tales y tantas, que la hechura de la fauna real parece haber sido trazada de intento para deshacer y desvirtuar todas cuantas razones acumulan las teorías evolucionistas sobre las formas de la vida animal en el globo; de arte que las especulaciones paleontológicas quedan confutadas por la realidad de las cosas, ni pueden hacer frente á sus poderosas baterías. Yo digo y redigo que la ciencia debe encerrarse en los estrechos cotos de las cosas observadas y vivir ajena de toda teoría que la arrastre á países imaginarios" [1].

6. Como esto sea así, infiérese cuán firme razón tiene la fisiología para poner las manos y llevar á cuchillo la hipótesis transformista. "Todas las teorías transformistas, exclama Quatrefages, padecen

---

distribution géographique des animaux, Mivart est obligé de supposer que les *Galaxias* identiques, qui habitent à la fois des régions sans liaison vraisemblable, telles que l'Amérique méridional et la Nouvelle-Zélande, sont dérivés, par un ensemble de circonstances favorables, de souches différentes. Or, que des combinaisons indéfiniment variées d'influences extérieures de tout genre puissent amener à des formes précisément identiques les descendants de souches différentes, c'est là un résultat contraire à toutes les lois de la probabilité et absolument inadmissible. Mivart lui-même, tout en étant forcé, pour sauver le système, d'admettre une telle dérivation, la déclare pour *hautemente improbable* eu égard à l'action différente des influences ancestrales; et pour la rendre plus acceptable il fait appel à une loi *innée* d'évolution, inconnue et purement hypothétique, cela va sans dire. Mais cette loi innée étant nécessairement transmise par herédité, se confond avec les influences ancestrales, et par conséquent n'explique rien. Il est donc plus logique, ce nous semble, puisque, de l'aveu des transformistes, leur système conduit à des conséquences *hautement improbables*, de le rejeter purement et simplement. *Le darwinisme et l'origine de l'homme*, 1873, pág. 116.

[1] *Trilobites*, p. 281.

este vicio capital: mientras concuerdan muchos hechos tocantes á la morfología de los seres, pugnan y riñen con los fenómenos fundamentales de la fisiología general, tan ciertos y comunes como los primeros. Esta contradicción no parece á primer aspecto; y por eso dichas doctrinas han avasallado, no sólo á hombres populares, mas también á floridos y sazonados ingenios, por haber mirado por sola una cara esta complicadísima cuestión... Yo, sin duda, hubiera caído en el lazo, como tantos otros, á no haber estado sobre aviso desde el principio, y visto claro cómo todas estas controversias están colgadas y pendientes de la fisiología [1]„. A este tenor puede verse con qué valentía y despejo arrolla este sabio las sutilezas contrarias. El respetable ingeniero de minas D. Silvino Thos y Codina, que tenía bien pesados los argumentos de los transformistas, exclamaba con claras muestras de convicción: "No, no hay tal selección; no hay tales transformaciones; no hay tal gradación insensible en la producción de las especies organizadas„ [2]. Neguemos oídos á la futilidad de razones con que los darwinistas pretenden poner á salvo su sistema: podrá verlas bien expuestas y agudamente rebatidas el lector en *La Religión Católica vindicada de las imposturas racionalistas*, por el P. José María Mendive, S. J.[3]

Mas no podemos dar de mano á esta contienda sin apuntar el juicio que les ha merecido á los mismos materialistas el sistema de Darwin, con ser ajustadísimo á sus dolosos intentos. A la teoría de la evolución respondió Rodolfo Virchow en 1877, en un discurso sobre *La libertad de la ciencia en el Estado moderno,* probando que la hipótesis haeckeliana carece de fundamento. ¿Qué replicó Haeckel, apremiado por la necesidad y por la fama de su nombre? ¿Qué pruebas dió? Léase su obra *Las pruebas del transformismo,* de 1875, y se verá cómo todas se reducen á experiencias habidas por artificio del hombre, no á hechos efectuados en las entrañas de las cosas [4]. En cada página repite Haeckel que no tiene por seguras sus razones ni por infalibles sus asertos, sino que necesitan averiguación y hacen alguna probabilidad [5]. La misma campaña emprendió luego Du Bois-Reymond contra la teoría celular de Haeckel, el cual confiesa que el transformismo y el darwinismo fueron mofados y silbados en Berlín con singular menosprecio [6]. "En el día de hoy, añade, los biólogos de Berlín resisten con indómita fiereza al progreso de la ciencia, al transformismo. La actitud hostil que ha tomado siempre la prensa berlinesa respecto de la teoría de la evolución, débese atribuir á la influencia de la autoridad de Virchow„.

---

[1] *L'esp. humaine,* l. II, chap. X.
[2] *El agua en la tierra,* 1878, p. 263.
[3] Cap. XXIII y XXIV.—[4] Ibid., chap. I, II.
[5] Ibid., chap. III.—[6] Ibid., chap. VII.

ARTÍCULO III.

1. Los evolucionistas modifican la hipótesis transformista.—2. Razones que se versan contra ellos.—Del orden de sucesión no se sigue la descendencia.—3. De la semejanza no se sigue la filiación.—4. Plan del reino animal.—5. Los evolucionistas carecen de criterio absoluto.—6. La metamórfosis de las larvas no prueba en favor de este sistema.—7. Los evolucionistas pervierten la naturaleza de la especie.

1. Pero ya que muchos modernos muestren ceño al transformismo crudo y universal, y no le disimulen las muchas tachas que tiene, con todo eso dicen mil bienes de la evolución ceñida en más cortos límites. Estos autores, con achaque de componer la descendencia absoluta con la estabilidad general de las especies, admitida la acción de Dios en el mundo animal, han fingido una suerte de desenvolvimiento de unas pocas especies en otras más en número, enseñando que los organismos perfectos vinieron á nacer por línea recta de otros menos perfectos y de especie diversa, después de pasar por grados de perfección, sin salir de ciertos y limitados grupos. Tal es el sistema de los evolucionistas. No pretenden, como los transformistas, la transformación radical de todos los vivientes en común; se contentan con la descendencia coartada de ciertas especies superiores, en virtud de la evolución de otras de inferior calidad, como arriba se dijo al tratar de las plantas [1].

2. Para proceder con más orden, no hablamos aquí contra aquellos naturalistas que ponen que Dios, autor de todo lo criado, se sirvió de una especie inferior, infundiéndole virtud para producir otra más excelente; porque tal linaje de derivación, ni puede probarse, ni del todo reprobarse. Tampoco vamos contra aquellos que quieren que dentro de los términos de una especie corrieron los individuos por ciertos grados de perfección, y que en ese estado procrearon otros de su misma excelencia; porque esta suerte de evolución no vemos por dónde pueda ser confutada razonablemente. Pero los que pretenden persuadir que unas especies descendieron de otras por vía de generación heterogénea ó de evolución interna, parécenos que defienden una teoría destituída de verdad que la abone y justifique. Éstos, aunque no sean transformistas radicales, cúbrense como ellos con el nombre de darwinistas y caen en parecidos inconvenientes. Mas si bien, como acabamos de ver, la geología, la paleontología, la geografía, la morfología, la fisiología, la embriología deponen contra los evolucionistas moderados como contra los transformistas exagerados, otras razones más particulares hay que desbaratan y arruinan su sistema.

[1] V. cap. XXVI.

Primeramente, la estratigrafía nos informa que en unas capas los fósiles proceden ordenadamente, los perfectos en pos de los imperfectos; en otras, por el contrario, seres imperfectísimos sucedieron á otros de más noble alcurnia en la escala animal; así como en otras, organismos de forma varia dejáronse ver simultánea y súbitamente [1]. En el cámbrico tenemos braquiópodos y gusanos; en el silúrico asisten todas las clases menos las superiores; en el período terciario, la turba de numulites se agolpa cundiendo entre lo más granado del reino animal, con tanta porfía, que Belt, uno de los peritos geólogos de Inglaterra, al describir la inesperada venida de estos anmalillos, "preséntanse de repente, dice, como un ejército invasor, y las pocas especies de olénidos y agnóstidos que vivían antes, son echadas fuera y taladas por la irrupción de los advenedizos„ [2]. Juntemos á los numulites los trilobites del silúrico; de 350 clasificados por Barrande, 340 se fueron los mismos que siempre, sin retroceder de su estado, sin adelantar en perfección, sin producir rastro de forma específica. Otro tanto debe decirse de los braquiópodos de la Gran Bretaña y de los zoófitos descubiertos en los arrecifes de coral de la Florida. Ni es otra la constancia de los insectos, que sin alteración han corrido la carrera inconstante de los siglos hasta el actual, firmes y enteros en su estructura orgánica. ¿No nos dirán los transformistas por qué alambiques de formas inferiores pasó esta turba de vivientes? ¿Con qué razón, pues, se llamará general una ley que padece tan notables excepciones? A Gaudry como hacíale cosquillas la dificultad, resolvíala diciendo: "hay tipos pancrónicos y tipos elásticos; los pancrónicos, por ser inalterables, pertenecen á todos los tiempos; los elásticos se modifican algo para tornar á su antiguo ser„ [3]. Mas, con ese juego de tira y afloja, antes bien deshace la ley general del evolucionismo, en cuyo árbol genealógico ni entran los pancrónicos ni los elásticos, aquéllos porque tienen recio en su andar constante, éstos porque vuelven á su primer estado [4]. Poco presta la distinción de Gaudry para dar razón de la realidad orgánica. De estos acontecimientos se sigue que, no por sucederse unas á otras las especies, puede colegirse la descendencia; y si pudiera tal, en los primeros estratos tendríamos, cierto, en sitial de preferencia los animales más toscos y elementales.

---

[1] CREDNER, *Traité de Géol.*, p. 349.

[2] PFAFF, l. c., p. 682.—[3] *Fossiles secondaires*, pág. 293.

[4] BOULAY: Certaines formes ou types spécifiques se présentent á nous comme douées d'une fixité absolue. Elles se distinguent facilement de toutes les autres; elles ne produisent pas de variétés notables et ne se croisent pas avec les espèces voisines. D'autres formes, au contraire, sont instables et variables à l'excès. On ne sait dans ces groupes où l'espèce commence et où elle finit. On érige ces espèces flottantes en séries, sans insister sur la valeur des caractères qui servent à les délimiter. *Les sciences naturelles et l'anthropologie*, *Rev. de Lille*, 1895.

3. En segundo lugar, no es posible dudar sino que todos los órdenes de vivientes ostentan una cierta conformidad. Por poco que se confieran entre sí los animales, adviértese la semejanza, no sólo en la estructura interior y en la forma exterior, mayormente entre especies próximas, mas aun en los actos de la vida orgánica y sensitiva. Pero de la semejanza y conformidad no se deduce la razón de su común descendencia. ¿Acaso no descubrimos entre los minerales una parecida similitud de propiedades comunes? Y porque nuestro entendimiento, abstrayendo las notas comunes y purificándolas, forme una naturaleza típica y universal, que tiene su fundamento en la realidad de las cosas, ¿diremos que ya hay entre ellos parentesco, y que unos pudieran bien descender de otros si tuviesen manera de propagarse? Cuanto más que en los animales no es tan sensible aquella conformidad que baste para juzgarlos oriúndos unos de otros. Porque si algunos tienen de común una particularidad, tendrán otras muy diversas semejables á otras especies; de forma que si fingimos que todas las especies componen un cuerpo, sus partes diversas en color, propiedades, organización y fecundidad, ofrecerán una rara composición, que más parecerá monstruo de mil cabezas que ser ordenado y uniforme [1]; luego falsamente se deduce de la tal cual conveniencia típica, ó de un parentesco ideal, la descendencia real y verdadera.

4. Por donde más puesto en razón será, en la sabiduría del divino Artífice, buscar la causa de tanta variedad de seres enmoldados sobre un mismo tipo fundamental. Allí, en su soberana mente, se le representaron las infinitas imágenes que podían servirle de patrones para organizar todas las especies; pero como Dios, sin dejar de ser uno simplicísimo, sea tan hermosamente rico en perfección, cuan infinitamente imitable, y como, por otra parte, en toda la variedad de sus obras deba reinar altísima unidad y simplicidad acabada; un tipo general, entre los millones que se pusieron delante de su clarísimo entendimiento, escogió con preferencia, de cuyas principales líneas participasen todos los organismos inferiores y superiores, cada cual en su manera, por grados distintos, formando así todos una bien dispuesta escala, ó una cadena de anillos, siempre más encumbrados y perfectos sucesivamente, hasta arrimarse al hombre, sin alcanzarle ni confundirse con él. Así hemos de pensar que ordenó el eterno Hacedor el plan de la creación con tan primoroso artificio, que dondequiera que pongamos los ojos veamos sobresalir aquellos grandes

[1] A esta confusísima babilonia convida Gaudry cuando dice: A mon avis, les noms d'espèces, de genres, de familles, d'ordres, représentent le plus souvent, non pas des groupes d'animaux distincts, mais plutôt des estades, des manières d'être; par consequent, des parents observés pendant une longue période géologique doivent changer tour à tour d'espèces, de genres, de familles, d'ordres. *Les enchainements du monde animal*, 1878, pág. 168.

rasgos del modelo ideal modificados en cada especie, ó reducidos ó más adornados, conforme el grado de perfección que en la jerarquía de los seres cada uno, según el diseño divino, había de obtener y representar. Atendiendo á la estructura anatómica, el ala del ave, la aleta del pez, la pierna del cuadrúpedo, el brazo del hombre, no parecen sino un solo miembro, diputado á desempeñar el mismo oficio, de arte que hecha la anatomía del reptil, pez, ave, cuadrúpedo, mono, con sólo alargar ó encoger algunas partes, ¿con qué facilidad no resulta la forma del cuerpo humano? Igualmente los sentidos, entrañas, venas, corazón, nervios, huesos, parecen constar en los más de los animales de unas mismas piezas y de análoga manera dispuestas, tanto, que concluía Buffon: "Parece que Dios quiso emplear una sola idea y variarla de todos los modos posibles, para que el hombre admirase espantado la magnificencia de la ejecución, y juntamente el orden y sencillez del designio„.

Alzando más arriba los ojos, animales simplicísimos estrenan el imperio de la vida; andando los siglos muestran su poderío seres más complicados; propáganse rápidamente; crece la hermosura de formas al compás de los tiempos; en medio de la muchedumbre y variedad de especies, los órganos se embellecen, los aparatos se robustecen, la locomoción se desarrolla, la sensibilidad es más exquisita, el instinto más perfecto, la estructura causa más estupor, la animalidad convida con nuevas maravillas, la vida se hace más sazonada é ilustre; en fin, desde el humilde protozoario hasta el soberbio león se abre y desenvuelve todo un drama sublimísimo, que de escena en escena, de acto en acto, crece, progresa, se encumbra hasta llegar al supremo fin, que es el hombre, admirable compendio de los reinos naturales. ¡Qué espectáculo tan grandioso, si se contempla en su total magnificencia! ¡Qué correspondencia tan inefable, si se miran los caminos por donde el próvido Artífice le llevó á perfecta ejecución!

Si, pues, Dios quiso modelar todos los animales por un dechado común, ninguna forma de parentesco hace al caso fingir para entender tan hermosa unidad en tan incomparable variedad. Luego si, entre dos especies inmediatas, la uniformidad de algunas propiedades es tan evidente, según poco ha decíamos, cuanto lo es la diversidad que en algunas otras se descubre, ¿por qué de la conveniencia de las unas quieren los evolucionistas inferir la comunidad de origen, y no sacan antes bien de la diferencia de las otras el ningún parentesco? Por eso el docto Wigand expresó el plan de los reinos naturales con esta comparación: "La organización del sistema natural, dice, de ninguna manera puede explicarse por la imagen de un árbol, sino por la figura de una red con sus infinitas mallas; y aun el concepto de anillos eslabonados y haciendo cadena, es más conforme que el árbol„[1].—En

[1] *Sobre el darwinismo.*

otra parte dice: "La máxima comúnmente recibida, la igualdad de origen es causa de semejanza, se convierte erradamente en la recíproca, la semejanza arguye igualdad de origen„ [1].—Y dando la razón del yerro, dice Baer de esta manera: "¿Habremos de admitir que los rapaces descienden de los herbívoros? Fácil cosa es asegurar que se hizo el tránsito por medio de los omnívoros; mas ¿cuántos otros arbitrios no pueden imaginarse, ora atendamos á la forma de los dientes, ora á la disposición del pie, ó á las uñas, ó, en fin, á la manera y condición del estómago?„ [2].

D. Laureano Pérez Arcas, reparando en la teoría moderna del origen de las especies, expone su dictamen de esta forma: "Considerados en conjunto los animales relativamente á su organización, nada más sencillo que colocarlos en línea recta, de manera que en un extremo se encuentren los de organización más sencilla, á éstos sigan los que la tienen menos, y así hasta llegar al hombre..., esto es lo que se ha llamado escala animal. Pero descendiendo á la colocación material de una especie después de otra, se ve que no es posible ejecutarlo; pues unas son más complicadas en unos aparatos, y otras en otros. Hay especie que tiene grande afinidad con tres, cuatro ó más, sucediendo lo mismo con los grupos naturales; de modo que si se quiere representar las afinidades de unos animales con otros por su posición relativa, no se les dispondrá en línea recta, ni tampoco en varias paralelas, como han propuesto algunos, ni en círculos, según han manifestado otros, sino, como indicó el inmortal Linneo: *Sicut provinciæ in charta geographica*„ [3]. Pero más ajustado á razón parece el sentimiento del esclarecido P. Bellynck. "Una serie lineal, dice hablando de las plantas, no existe en la naturaleza; cada tipo es un centro que reverbera en otros tipos vecinos. Una clasificación natural no puede ofrecer la imagen de escala ó línea, ni tampoco de red ó superficie, sino una junta de esferas que se tocan en varios puntos„ [4].

De aquí es que no parecen estar en lo cierto aquellos naturalistas que por ver series de formas parecidas, desde las más humildes hasta las más enriquecidas, concluyen luego que cada serie es una parentela y compone verdadera familia. Ni va contra lo dicho el que muchos paleontólogos deriven del hiracoterio el paleoterio, de éste el anquiterio, de éste el hiparion, de éste el caballo, y así de otras especies; porque dado que en algún caso la semejanza sea indicio de descendencia, los grupos que así convienen son, antes que especies, razas y variedades de una especie primitiva, la cual, dando de sí dentro de sus límites específicos, engendró diferencias de gradual

---

[1] *Genealogía de las células*, p. 47.
[2] *Estudios pertenecientes á la Hist. nat.*, t. II, p. 419.
[3] *Elementos de Zoología*, p. I, lección XXIV.—[4] *Botanique*, p. 325.

perfección en la muchedumbre de su prosapia [1]. "La causa fundamental de estas dificultades, dice Quatrefages, es evidentemente la poca claridad que se tiene en el definir el vocablo *especie.* En ninguno de esos escritos he advertido puntualidad acerca de esto, y es ésta la censura más benigna que podemos hacer de un autor que declara haber dado con el secreto del origen de las especies„ [2]. Lo dicho sobre el origen del caballo actual (ejemplo notabilísimo de la pasada posible de los ungulados á los solípedos) puede aplicarse á otras transiciones. Así el *Simocyon* será el pasadizo del oso al perro; el *Cynodon* hace saltar del perro al gato; el *Helladoterio* hace soga de la jirafa al gamo; el *Ceboquero* está en la medianería entre el mono y el cochino; el *Arqueopterise* se muestra precursor de los reptiles [3]. De esta suerte van los transformistas y evolucionistas señalando medianeros, pasadizos, interventores, lazos y nudos con que estrechar con vínculos de buena armonía la muchedumbre casi infinita de especies, derivándolas unas de otras, sin reparar en desguindar las de abatido linaje. El verse faltos de enlazamientos con que continuar la cadena, no los desazona ni desbarata su sueño dorado: remiten á los siglos por venir su pobreza de medios. Confiesan á una voz que hartos es-

---

[1] Donoso es por cierto el discurso de los transformistas. El *eohipo* del eoceno inferior poseía cuatro dedos en las patas delanteras, y tres en las traseras; el *mesohipo* del eoceno superior no tenía sino tres dedos y un rudimento del cuarto, en los pies delanteros; el *miohipo* ó *anquiterio* del mioceno medio mostraba el dedo mediano más abultado que los dedos laterales; el *hiparion* del mioceno superior tenía el dedo medio algo más largo que los dos laterales; el *caballo* del plioceno sólo conservó un dedo fuerte, pezuña firme, con sus apéndices huesosos á los lados: estas diferencias les bastan á los transformistas para inferir la derivación evolutiva. Tocando esta materia dice el Padre Dierckx: Les partisants de l'évolution progressive ne manquent pas d'observer que parmi les ossements *d'hipparion* recuellis dans le seul gîte de Pikermi en Grèce et répartis par M. Gaudry entre quatre-vingts individus, les différences de taille et les variations de forme sont telles, qu'au premier abord il est difficile d'attribuer tous les individus à la même espèce; et cependant, lors qu'on réunit un grand nombre d'os, il devient impossible de tracer entre eux une ligne de démarcation nette.—Mais, on ne peut le méconnaître, ce dernier fait et d'autres analogues se dérobent à la théorie qu'on veut y asseoir. Ils permettent tout aussi bien de supposer qu'un grand nombre de formes organiques, réputées caractéristiques d'autant d'espèces distinctes et inscrités dans nos catalogues sous des noms différents, ne sont en réalité que des *particularités de race.* En d'autres mots, beaucoup d'espèces *nominales* ne seriaient pour le physiologiste que des variétés devenues plus ou moins constantes. *L'homme-singe,* 1895, pág. 34.

[2] *L'esp. hum.,* chap. X.

[3] Boule: Quelque paradoxal que celà puisse paraître au premier abord, on est autorisé à croire que les oiseaux sont des reptiles modifiés. *Revue scientif.,* 28 fevrier 1891.

labones se echan menos en la indefinida cadena, pero se les acaba la congoja con sólo imaginar que el tiempo los sacará á relucir: ¿cuántas cosas se explican hoy que ayer eran inapeables? De manera que al transformista se le puede con suma facilidad atajar, diciendo: sí, señor, tendrá usted razón cuando nos presente los eslabones en la mano; pero entienda usted que los anillos de esa cadena son sin cuento, porque las modificaciones profundas, las variedades específicas, las transiciones notables, los pasos lentísimos, hubieron de pasar la raya de lo imaginable para llegar de aquellos cinco ó seis progenitores á la inmensísima turba de especies.

5. En tercer lugar, los paleontólogos en sus museos hacen ostentación de fósiles antiquísimos, cuyas formas se enlazan, al parecer, con las especies actuales. Entre el urohipo del tiempo eoceno y el caballo del nuestro podrían intercalarse el miohipo, el anquiterio, el pliohipo, el hiparion, que componen cinco géneros y treinta especies; así lo decreta Claus [1], trayendo á colación muchas afinidades tomadas de la figura exterior. Mas ¿dónde están las listas de géneros parecidos? Porque el mismo zoólogo se desvive buscando géneros de bueyes para entroncarlos hasta que vengan á procrear nuestros actuales toros, y no llega á dar con ellos. ¿Cómo, pues, siendo tan vacías las series que la paleontología nos muestra, será posible pregonar la progresiva perfección de los grupos, faltándonos, como nos falta, según propia confesión de Claus [2], el criterio absoluto para juzgar los grados de perfección? Lo más que podría inferirse de las dichas afinidades es la pauta que ha seguido una especie en el perfeccionarse sin salir de sus aledaños. Su peso tiene en esta materia el nombre de Contejean, por sus estudios zoológicos. Dice así: "De buen grado compararía yo las especies á los soldados de una refriega que reciben nuevos refuerzos: las filas se aprietan, mas los hombres se distinguen con igual facilidad unos de otros. Entre las especies tendrían que descubrirse medios términos; podemos asegurar osadamente que no los hay. A no suponer que las especies salten á tontas y á locas sin parar, lo cual es contra la doctrina evolucionista, hemos de admitir que las muchas épocas que denotan las transformaciones deberían ser representadas cada una por su forma particular en estado fósil; formas que serían sin cuento y mayores en número que las especies conocidas. Fuera de que, no puedo menos de insistir en ello, los tipos específicos, anegados y confundidos en esa multitud de intermedios, no podrían distinguirse unos de otros, ó, en otras palabras, no existirían. Pues precisamente todo lo contrario es lo que acontece„ [3].

6. En cuarto lugar, parece á los evolucionistas que la metamórfosis de los insectos comprueba el trueque de las especies, ni menos la convencen las horribles fealdades de los monstruos, que aun Baer,

---

[1] *Zool. génér.*, chap. v.—[2] *Ibid.*, § 21.—[3] *Revue scientifique*, 1881.

con ser enemigo del darwinismo, juzga serían, sin duda, más frecuentes en los tiempos nebulosos de la antigüedad [1]. Mas los monstruos, que son rarísimos y no se propagan ni forman especie, tiénense por trastornos casuales ó alteraciones morfológicas que no merecen explicación. "Podemos admitir, dice Wigand, que las monstruosidades se ocasionan por circunstancias de la vida anormales y fortuítas. Y puesto caso que su producción fuese regular en la naturaleza libre, tendrían poca inclinación á conservarse á causa de la incapacidad de su propagación„ [2]. Por lo que respecta á las larvas, su metamórfosis sólo atañe al artificio externo del organismo, no á su estructura interna y esencial, que en cada especie es determinada y constante; ¿qué tiene que ver, pues, con la alteración de las especies? Demás de que, si vale el argumento de los adversarios, probaría todo lo opuesto, porque el insecto que nace de la larva ó de la crisálida sería más perfecto que el gusano, siendo todo muy al revés.

7. De las consideraciones que anteceden podemos bien concluir que los evolucionistas van contra la naturaleza de la especie cuando la privan de su inmutabilidad. El ilustre conchílogo Deshayes, incansable escudriñador de moluscos, en vez de persuadirse que las especies dejaron de ser unas, y que no duraron en su constancia, testifica, por el contrario, que los terrenos primarios, secundarios y terciarios poseen faunas tan varias, que entre el piso inferior del uno y el inferior del otro apenas se advierte fósil que sea común: hasta tal extremo tenía este sabio por averiguada la fijeza y constancia de las especies [3]. Lo que más es, los mismos que siguen la evolución animal y la propugnan con ardor, no pueden disimular la insuficiencia de las razones en que se apoya. "Si pasamos por el crisol de la censura, dice Claus, los argumentos en que esta teoría descansa, llegaremos presto á convencernos que la ciencia es en el día de hoy insuficiente para darnos demostración directa, y lo será siempre quizá, porque se funda en supuestos que la observación no puede verificar.„ El conde de Saporta, eminente paleontólogo, con ser evolucionista en sumo grado, lisamente declara la flaqueza de pruebas por estas palabras: "La prueba directa y decisiva aún está por hacer; pero sabemos que si ha de darse en los términos que la piden los contrarios, es de todo punto imposible... Ninguna razón puede suplir los vacíos que resultan de la insuficiencia de documentos; con todo, bastantes razones tenemos para avivar la curiosidad, y también para causar convicción„ [4]. Léase cuidadosamente cómo trata este ilustre ingenio por la evolución la organización de los insectos, y se verá en cuántas dificultades tropieza y cuán á medias describe el nacimiento de estos animalillos [5].

---

[1] *Estudios*, p. 456.—[2] *El darwinismo*, c. I, p. 49.
[3] *Revue scientifique*, 1877, p. 864.
[4] *Le monde des plantes*, 1879, chap. I, p. 23.—[5] Chap. I, III.

¿Qué será, pues, si añadimos que otros naturalistas califican de juego de la fantasía la hipótesis evolucionista? "La doctrina de la descendencia, dice Gustavo Jäger, estriba más en el orden de nuestros pensamientos que en el conocimiento de hechos naturales" [1].

El infatigable Emilio Blanchard, acostumbrado á recoger fósiles de todos los países, retaba á los transformistas, diciendo: "Con todas las fuerzas de mi alma encabezo este libro y doy en cara á todos los aficionados á ciencias naturales con esta voz: enseñadme un solo ejemplar de la transformación de una sola especie" [2]. Nadie tuvo pecho para desmentirle con razonable respuesta.—El mismo Perrier, evolucionista furioso, concede que jamás se ha notado ni logrado en la naturaleza el tránsito de una forma á otra [3].—Aludiendo al sistema transformista, le llama Carlos Robin "un poético amontonamiento de probabilidades sin pruebas, de explicaciones seductoras sin demostraciones" [4].

ARTÍCULO IV.

1. Los ciega su prevención.—2. De balde aborrecen el milagro.—3. Su presunción no les deja ver medio entre el evolucionismo y las creaciones sucesivas.—4. El evolucionismo se halla falto de razones convincentes.—5. Qué debe juzgar el católico sobre el darwinismo.

1. Antes de dar remate á este punto, pasemos de corrida por el territorio filosófico para entender por qué motivo muchos naturalistas, persuadidos y todo de la arenisca base de la evolución, la apadrinan y en su pro menean las armas. El motivo principal que á los más impele es la repugnancia á tragar las creaciones sucesivas que para el origen de las especies fueran menester. Oigamos á Baer: "El haber de recibir la descendencia de unas formas en otras, ya que no se demuestre la transformación absoluta general, estriba, en mi opinión, en que un naturalista no debe creer en milagros, conviene á saber, en la ruina de la ley natural. Todo lo que sale de los términos naturales, pues el naturalista tiene por oficio escudriñar las leyes de la naturaleza, es para él como si no fuese; y por eso no debe admitir la continua intervención de la Omnipotencia divina en la propagación de las especies. Quien quisiere admitirla, tendrá que meter en el número de creaciones los aparecimientos de nuevos organismos, por ser cosa clara que los diferentes organismos vinieron unos en pos de otros á largos trechos de tiempo" [5]. Ésta es la espina que duele, el milagro:

---

[1] *Teoría de Darwin*, p. 4.

[2] *La vie des êtres animés*, 1888, préface, p. XV.

[3] *Le transformisme*, p. 335.

[4] *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, Art. organisme.

[5] *Estudios*, t. II, p. 422.

quisieran poder pasar sin la providencia de Dios; llaman milagro su amorosa intervención; y de sólo pensar que los hechos los fuerzan á confesar su infinito poder, se les desatina el juicio, con que alborotan el mundo por ver si despertarán aprensiones contra las maravillas de Dios. Es muy sin duda que el origen de las cosas naturales no ha de darse á milagro así como así. El imaginar que la naturaleza no guarda en sus obras las leyes puestas por Dios, y que no hay sino cosa de encantamiento en todo cuanto se esconde en las entrañas de la tierra, "daría mucho que reir á los infieles, que harían cuenta que nosotros, dice Santo Tomás, creemos las cosas de la fe por semejantes motivos„ [1]. Esto mismo no se hartaban de repetir los escritores católicos Pereira, Suárez, Pianciani, protestando que no hemos de buscar amparo en el poder absoluto de Dios sin razón suficiente.

2. En este fundamento, ¿sería cosa de milagro venir al mundo las especies con dependencia del divino poder? No, cierto; porque Dios, autor de la naturaleza, siempre obra conforme á ella en todo cuanto hace tocante al orden general: aun el crear, que es sacar de la nada la substancia de un ser, dista mucho del milagro, como en otra parte se dijo [2], por más que requiera infinito poder. Antes por el contrario, milagro sería, y de primer orden, el que un animalillo vilísimo, no contento con engendrar otros semejantes, saltase la valla de su especie y, subiéndose á mayores, aspirase á dar de sí más de lo que su semilla consiente. El vencer este imposible por su propia virtud, sería más que milagro. Porque, repetimos con Santo Tomás, "reside en cada ser apetito de conservarse; y no se conservaría si se trocase en otra naturaleza. Por eso ninguna cosa que esté en un grado inferior puede apetecer otro mayor, como el jumento no anhela ser caballo: que, si eso lograse, dejaría de ser jumento„ [3]. Sería, pues, portentoso y monstruoso milagro si los animales que nacen de semilla de su especie vinieran á nacer de otra semilla de inferior calidad.

Por esta causa los Doctores Escolásticos que aplaudían la generación espontánea, expuesta en el capítulo antecedente [4], dos maneras de producción solían introducir en la escuela; una por vía de generación, y otra por vía de procesión: la primera daba lugar á las relaciones de padres é hijos; la otra á la de pura procedencia. Tenían por máxima que la generación hace de suyo al engendrado imagen y semejante del que le engendra; mas porque veían tanta desproporción entre las sabandijuelas y la podredumbre, concluían ser aquélla procesión, no verdadera generación. Pero los evolucionistas quieren generación de una especie levantada, y la buscan y creen haberla hallado en seres de baja ralea y del todo desproporcionados. A los ojos brota la repugnancia de conceptos.

Porque para que de una especie vil emanase otra más ilustre, ó

---

[1] I p., q. XLVI, a. 2.—[2] Cap. VIII, art. III.—[3] I p., q. LXIII.—[4] § II.

han de imaginar que el Soberano Artífice con su infinita potencia así levantó la más abyecta al grado de la más noble, que elevase los huevecillos del ovario del animal basto á más aquilatada virtud que su condición pedía, y entonces, triunfando el brazo de Dios, estamos fuera del palenque de los evolucionistas; ó bien ponen la causa de la alteza de los organismos mayores en la misma virtud seminal de los menores. Y aquí, una de dos: ó dicen que todas las especies ínfimas poseyeron en su ser virtualmente la prerrogativa de dar á luz otras aventajadas; en cuyo caso, ¿cómo es que la mayor parte de los animales imperfectos quedaron privados de la generosidad de la descendencia, acabando unos el curso de sus días sin dejar sucesión, y viéndose otros concentrados dentro de estrechos límites, como por la paleontología consta? O prefieren que ese privilegio se concedió á unos pocos de cada especie inferior, y en tal caso ya tenemos diferencia específica entre los levantados progenitores de esclarecidas especies y entre los indignos de tanto lustre y sólo dignos de durar en la bajeza de su condición. Pero si en verdad las especies insignes nacieron de otras innobles, que hacían veces de perfectas, cae por el suelo la evolución natural, ya que tan sinrazón ni fundamento pretende este inaudito milagro y asienta una cosa que al cabo á ningún buen término sale [1].

El peso de estas razones sintió Claus, y convencido escribió: "Si llegásemos á entablar una manera de evolución natural, en vez del antiguo concepto de las creaciones sucesivas, el primer advenimiento de los organismos inferiores quedaría por explicar, pues que no vale la generación espontánea; quedaría también por explicar el camino que siguió la organización en el complicarse y perfeccionarse en los grados sucesivos del sistema natural. Multitud de fenómenos asombrosos del mundo orgánico, por no hablar del origen del hombre, son para nosotros enigmas obscurísimos, que aguardan de lo porvenir su cabal solución" [2]. En estos conflictos pone á los llamados sabios su porfía en despedirse de la intervención divina, que se les mete por los ojos y les sale al paso dondequiera que fijen la vista.

3. No es posible echar por alto aquí el extraño ardid de Contejean en la cuestión que nos ocupa. Por venirle muy á pospelo el milagro, niega rotundamente las creaciones sucesivas, estimándolas milagrosas. "La teoría de las creaciones, dice, está condenada por el discurso de la razón y por la claridad de los hechos"[3]. Con todo eso combate valerosamente la doctrina evolucionista, que parece inventada para negar la ación divina en el mundo sensible. "Más osado que Darwin y su escuela, dice el sabio Hamard, M. Contejean no repara en sustentar que la vida podría bien haber sido fruto de combinaciones quí-

---

[1] P. TILMANN PESCH, *Instit. philos.*, l. III, disp. I, sect. II.
[2] *Zool.*, cap. V, § 23.—[3] *Revue scientifique*, 1881.

micas. A su aserto pudiéramos responder con el argumento que él á sus adversarios hace: compuestos orgánicos producen nuestros laboratorios; ¿cuándo, dónde se ha producido la vida?„ [1]. Disparate mayor no puede caber en hombres del viso de Contejean: asienta y defiende con los partidarios de las creaciones sucesivas el tesón de las especies, y riñe con ellos ó desatina con malísimo intento, forcejando por deslustrar el dogma de la creación. "Si hay verdad, dice, palmaria, y tal como un axioma, es que la materia eterna, inmutable, siempre existió y siempre existirá, que nunca trocó ni jamás trocará sus propiedades y cantidad; en fin, que ella no fué hecha de la nada. De materia preexistente se forjaron las especies vegetales y animales.„ Así resulta que puede darse un enemigo del transformismo que sea rematado materialista y descomunal ateo.

¡A cuántos de los modernos alucina su insana presunción! ¿De qué premisas han ellos colegido que no hay otro remedio que escoger entre la evolución darwinista y las creaciones sucesivas, y que la una teoría es verdadera por ser la otra falsa é insostenible? Causa ciertamente estupor leer en la *Historia de los conflictos,* de Draper: "Semejantes consideraciones nos inducen á considerar favorablemente la idea de una transmutación de una forma en otra, más bien que la de creaciones repentinas. La creación implica una aparición brusca, la transformación un cambio gradual... Si examinamos la introducción de cualquier tipo de vida en las series animales, vemos que se halla de acuerdo con la transformación, no con la creación„ [2].

Lo que más debe asombrar al lector es ver discurrir á este novelero, cual si no hubiera término medio posible entre el darwinismo y la teoría de las creaciones sucesivas; y como si el sacar falsa esta hipótesis fuera salir él triunfante con la suya. Porque ¿quién nos necesita á poner á Dios ocupado en crear organismos sin descanso? "No hace falta presuponer, dice el P. Pesch, que Dios estuvo de continuo empleado en crear organismos, puesto caso que no pueda probarse que no pudo estarlo. Pero podían quedar las especies desde el principio determinadas y de tal manera separadas, que cada una, excepto el hombre, empezando por un estado inferior, sin salir de sí, se vistiese de nuevas figuras, se desenvolviese y alcanzase la perfección que ahora tiene... Con presuponer á Dios autor de todas las cosas, y con pensar que dió vida á varias especies, según sus altísimos fines, se satisface plenamente al orden y maravilloso concierto del mundo, ora digamos que sacó de la materia inorgánica especies más y más perfeccionadas, ora afirmemos que en el procrear de las más altas se sirvió de las más ínfimas, ora, en fin, demos que las mayores se acrecentaron por grados viniendo de un estado elemental dentro de la esfera de sus específicas propiedades. Mas ninguna buena

---

[1] *La Controverse,* 1881, p. 48.—[2] Cap. IX, 1876, p. 256.

razón hay que nos fuerce á buscar seguro y amparo en la teoría de la descendencia„ [1].

¿Y por qué no repetimos aquí lo dicho en el cap. XXIII, art. III, exponiendo la hipótesis del P. Bellynck, que corría libremente entre los Escolásticos doscientos años ha? Según aquella exposición, resulta que Dios produjo en el principio del mundo muchísimas semillas de animales de especies diferentes, con tal arte dispuestas, que, concurriendo las causas exteriores ajustadas á la índole de cada semilla, ayudando Dios, se desenvolviese ésta y creciese, instituyéndose así una especie animal. Introducida la especie en el teatro de la vida, procreó individuos, acrecentó la descendencia, la prosapia se propagó indefinidamente mientras no le faltó el favor de las circunstancias externas. Mas alteradas éstas, trocado el ardor en tibieza, mudada la condición del aire, al cargarse el agua de nuevas substancias, penetrando la luz solar, con el arreciar de los fríos, muchas especies que hasta entonces habían subsistido viéronse incapaces de triunfar de los contratiempos, y á unas el aire las inficionaba, á otras el sustento las corrompía, á éstas el frío las helaba, á aquéllas la carestía las quebrantaba, aquí las acababa la soledad, allí las consumía la vejez; en una palabra, muchas se precipitaron al no ser, en tanto que nuevos óvulos, con la templanza y rigor que reinaba, se pudieron desenvolver y dar nacimiento á otras mucho más robustas.

De esta manera, durante los tiempos primarios, secundarios y terciarios, salieron al campo de la vida muchas no vistas especies, cayeron de su estado las inhábiles para sobrellevar aquella sazón, muy al revés de otras de más probada virtud que pasaban navegando los siglos por mil infortunios y corrían victoriosas hasta el fin de las edades. Déjese, pues, de maravillar el insigne Pfaff, ni le dé demasiada congoja el pensar que entre cada dos terrenos geológicos sería menester intercalar multitud de creaciones de pocas espe-

---

[1] *Instit. phil.*, l. III, disp. I, sect. II, n. 610.—No andaba lejos de alguna de estas soluciones propuestas por el P. Pesch el preclaro Kirwan en la censura que dió de la obra *Promenades à travers l'histoire naturelle*, 1897, del Dr. Maisonneuve, tan inclinado al evolucionismo, que llegó á estimarle «plus grandiose et plus digne de la majesté du Tout Puissant». Dejándole en su parecer, dice Kirwan: «Dieu aurait pu, à l'origine, édicter des lois spéciales en vertu desquelles, soit au sein des airs, soit au sein des ondes, soit sur ou sous le sol, les différents types végétaux et animaux se seraient formés successivement et parallélement par le concours des éléments ambiant. Hypothèse pour hypothèse (car ici nous ne sortons pas et ne sortirons probablement jamais du terrein hypothétique), on peut aussi admettre celle-là. Il y aurait, d'après cette vue, une sorte d'évolution, non plus ancestrale ou génitale, mais de simple consécution, en vertu d'une loi de continuité édictée en même temps que la loi créatrice.» *Revue des quest. scientifiques*, 1897, t. XLII, p. 594.

cies [1]; no le cause tanto embarazo esa dificultad. Para salvar la estabilidad de las especies, bástanos suponer que el Señor de todo lo criado fijó su número y condición, y que les dió la facultad de desarrollarse cada una según su ser, en el tiempo y con el favor de las circunstancias físicas y climatéricas que su índole pedía, y de propagarse y alargar la vida hasta que la fuerza del tiempo, que todo lo gasta, se la quitase y consumiese. Ello es que sin necesidad de las creaciones sucesivas, y sin la descendencia y parentesco, puede muy bien tantearse alguna manera de razón acerca del origen y variedad de las especies animales.

4. Si, para acabar de entenderla, quiere uno suponer que el Criador, al principio de los tiempos zoológicos, dotó las sobredichas semillas animales de una cierta plasticidad ó aptitud para modificar el organismo por alteraciones lentas é imperceptibles, que se continuaron de generación en generación, hasta dar cima á los designios del Ordenador Supremo [2], no vemos otro inconveniente en esta hipótesis que carecer de fundamento y ser poco honrosa á la ciencia; pero siempre queda muy lejos de las ideas de Gaudry, que contempla los seres primordiales dotados de *plasticidad* y de *elasticidad* para modificarse por el decurso de los tiempos, yendo de menos á más y volviendo de más á menos [3]. A lo sumo, el fautor principal de la eficiencia del antedicho superior poder sería el medio geográfico. Mas qué leyes regían aquella variada organización, qué linaje de circunstancias locales la fomentaban, qué alteraciones experimentaba la estructura orgánica de cada animal, qué animales gozaban de semejante privilegio, cuáles llevaron la ventaja, cuáles la delantera, con qué orden aparecieron en el tiempo, cómo se multiplicaron en el espacio, todos estos son misterios inapeables al hombre, el cual, en tocando el secreto de la vida, palpa con las manos su profunda ignorancia, sin quedarle más remedio que bajar la cabeza y encogerse de hombros.

Según esto, no es plausible el aparente despego del traductor de Draper, D. N. Salmerón, cuando, después de tirar del freno al furioso transformista, coge la pluma y escribe: "Mas quedará siempre en la evolución un fondo de verdad, así por lo que repecta á la aparición sucesiva de las especies, como á la modificación del tipo específico y al desarrollo del individuo" [4]. Ni tan llenas de verdad están como eso las siguientes palabras del palentólogo D. José Landerer [5]: "Ya no es posible, dice, sin faltar al criterio que sirve de norma en la ciencia, y aun al simple buen sentido, dejar de subscribir á

---

[1] *Hist. de la creación*, p. 625.
[2] NADAILLAC, *Les progrès de l'anthropologie*, 1891, § II.
[3] *Enchaînement du monde animal. Fossiles secondaires*, p. 32.
[4] *Prólogo á los Conflictos*, 1876, p. 67.
[5] *Principios de geol. y paleont.*, p. I, cap. III.

la idea de que un gran número de especies proceden por vía de transformación lenta y gradual de las especies que han precedido. Esta idea se impone imperiosamente al espíritu despreocupado, cuyo fin objetivo es la investigación de la verdad natural. Cuanto más se ensancha el horizonte de los conocimientos geológicos y paleontológicos con el estudio detenido y asiduo de la comparación de las faunas, de la determinación de especies fósiles, de las condiciones biológicas á que están sometidas; en una palabra, cuanto más vigor de razonamiento adquiere la inteligencia, tanto más racional aparece la expresada doctrina„. Justamente granjeada es la reputación que de sabio goza el Sr. Lánderer en el mundo científico, nacional y extranjero; con todo eso sentimos no poder avenirnos aquí con su parecer, porque son muchos y de vigorosa inteligencia los naturalistas que juzgan todo lo contrario de lo que él asienta, ni son de menos agudo ingenio los filósofos y paleontólogos que notan de fantástica la opinión que él encomia como *la última palabra de la ciencia*. Porque nos cogió en gracia, cáusanos deleite repetir, resumiendo todo lo dicho, el chistoso silogismo de Carlos Elam, quien, pesados con madurez los hechos en tres graves artículos, al fin concluye en esta forma: "Una enseñanza teorética, no conforme con la realidad de las cosas, es una mera ficción del entendimiento; es así que la teoría de la evolución orgánica es una teoría no conforme con la realidad de las cosas; luego la evolución orgánica es una mera ficción del entendimiento„ [1].

De lo que hemos dicho, por acabar, se coligen las proposiciones siguientes: en la variedad y muchedumbre de animales conocidos se contienen verdaderas especies; es decir, hay compañías de animales de forma y hechura determinada, que así como se asemejan entre sí del todo, se distinguen de otros grupos por notas singulares; conservan y propagan sus tipos especiales por vía de juntarse sus individuos unos con otros en cualquier lugar y tiempo; los mismos individuos de una especie difieren, no en lo substancial de la estructura orgánica, sino en propiedades accidentales, que sólo constituyen castas y variedades pasajeras; las naturalezas de los animales no son tan vagas y efímeras que el tiempo las azozobre, ó el clima las envejezca, ó los golpes de mil vaivenes las vuelvan y transfiguren; cada una tiene sus linderos bien definidos, dentro de los cua-

---

[1] The conclusions which necessarily follow from the foregoing observations, may be briefly summed up in one syllogism, embracing not only natural selection, but also the larger thema of organic Evolution generally: Without *verification* a theoretic conception is a mere figment of the intellect; but the theory of organic Evolution is an unverified theoretic conception; therefore organic Evolution is a mere figment of the intellect. *Contemporary Review*, decemb. 1876, pág. 132.

les cría razas y variedades, y fuera de ellos nunca salió ni jamás saldrá sin pagar con la esterilidad la transgresión de sus términos; finalmente, las especies, catervas de individuos semejantes y nacidos unos de otros, son reales y positivas en la naturaleza, y poseen cualidades firmes, fijas é impasibles; y, por el contrario, todo empeño de no definir ó definir mal la índole de las especies, desterrándolas del reino, por no recibir sino variedades, ó á lo más especies fluctuantes y hechizas, deslustra el buen orden, mengua la hermosura de la vida sensitiva, menoscaba la obra de Dios, corrige el plan divino, y hace vacilante y descaecido lo que el Criador quiso exento de variación y mudanza.

5. Tócanos ahora declarar qué juicio ha de formar el católico acerca del origen de las especies. Ningún fallo dogmático ha proferido la Iglesia de Dios en este particular; deja franco el campo á la interpretación de los comentadores, porque no quiere queden notados de menos católicos los naturalistas que siguen el darwinismo, si admiten y profesan la acción de Dios hacedor y conservador del universo [1]. El católico que filosofa debe, pues, tener por averiguado que, como sea la causa de suyo más realzada que sus efectos, es de todo punto imposible que una rana, por ejemplo, entregada á sus propias fuerzas, por sí y sin más alto concurso, no tan sólo engendre un individuo superior, un conejo, mas ni aun produzca un ranacuajo. La razón es, porque la causa principal ha de contener en sí la razón suficiente de todo cuanto hay en el efecto; y es imposible que un ser limitado y finito contenga en sí la razón de las cualidades genéricas, específicas é individuantes que en el efecto parecen [2]; lo cual, sin el auxilio de Dios, autor y conservador de las causas segundas, no puede tener lugar. Si un animal engendra su semejante, es con la intervención de Dios; ¿y quieren que sin esa intervención un individuo engendre otro de más encumbrado linaje? No: la metafísica lo repugna de todos modos.

---

[1] Estribando en la acción de Dios ha defendido el P. Zahm el verdadero ascenso de la vida desde las formas inferiores hasta las superiores (a veritable ascent of life from lower to higher forms. *Evolution and Dogma*, 1896, página 357). Llama en su abono la doctrina sobre las *razones seminales* de San Agustín y Santo Tomás: por ningún estilo, como probamos, favorecen á los evolucionistas entrambos Doctores. El punto que menos satisface en la hipótesis transformista es la afirmación sin pruebas concluyentes, la indicación de resultas sin señalamiento de causas eficaces y perentorias. Por la misma senda ha echado el abate Guibert, que no repara en apellidar el darwinismo un «sistème si fortement conçu et si logiquement enchaîné» (*Les origines*, 1896, pág. 65), sin embargo de confesar que está sembrado de vacíos, pues no explica las variedades orgánicas.

[2] P. TH. DE REGNON, S. J., *Métaphysique des Causes*, 1886, livre VIII, chap. V, 6.

Mas, presupuesta la causa primera, no repugna que las cosas se transelementen y transformen de mil maneras. En la generación, los padres son causa instrumental, Dios la primera y principal. No dudamos que pueda Dios influir de forma en las generaciones, que los efectos se vistan de condiciones y semblantes que no tuvieron sus causas. Si ahora los hijos salen á sus padres y son puntuales copias suyas, no hay razón para pensar que no pudieron dejarlos atrás y aventajarlos en perfección en otros tiempos, Dios mediante. Los antiguos Escolásticos, que enseñaban la materia *de generatione* con pasmosa conformidad, defendían que la chusma de sabandijas podían nacer de materias corrompidas, calentadas por el sol; porque les parecía que la virtud encerrada en este astro era suficiente á dar alientos de vida [1]. *(Corpus cœleste ex virtute sui motoris, qui est substantia vivens, potest causare vitam.)* De los Escolásticos pasó este sentir á los naturalistas, como queda dicho en el capítulo antecedente, aunque luego, en el siglo XVIII, bravosamente lidiaron no pocos ingenios contra aquel jaez de espontánea generación, cuyo crédito más se debía á ignorancia y falta de experiencia, que á falta de razonable discurso. Porque á ningún Escolástico se le perdió de vista que la materia orgánica, por ser de más alto linaje que la meramente inorgánica, no puede tener de ella principio, por eso acudían al influjo de los cielos ó á ciertas virtudes ocultas impresas por Dios en la vil materia, la cual si había de sacar á luz lo que tenía concebido y atesorado, no era posible desabotonase plantas, cuanto menos animales, sin una suerte de prodigio. Bien considerada la sentencia de los Escolásticos, ningún asidero da al evolucionismo, bien que ciertos evolucionistas quieran colorear con aparentes pretextos de la Escuela sus pretensiones y antojos.

No es maravilla, pues, que varones doctos, católicos y predicadores de la fe, no hallen reparo en abrazar la evolución de las especies en el sentido expuesto, como hipótesis probable y digna de aceptación. El P. Leroy, de la sagrada religión de Santo Domingo, se declara abiertamente por ella [2]; el P. Montsabré, de la misma venerable Orden, la estima por buena [3]; el docto Hamard la juzga inofensiva y sin riesgo para la religión [4]; Duilhé de Saint-Projet la califica de compatible con la fe cristiana [5]; el P. Delsaulx, S. J., da prendas de la afición que le tiene [6]; el erudito Arduin confiesa que en ella no corre peligro la fe [7]; el P. Corluy, S. J., opina que se concilia perfectamente con la letra del Génesis [8]; el P. Valroger, del Oratorio, se

---

[1] I p., q. LXX, a. 3.—[2] *L'évolution des espèces organiques*, 1886.
[3] *Carta al P. Leroy*, 7 Junio 1886.—[4] *Cosmos*, n. 172, 192.
[5] *Apologie scientifique de la foi chrétienne*, p. 299.
[6] *Les derniers écrits philosoph. de M. Tyndall*, 1877.
[7] *Géologie et géogénie*, 1883.—[8] *Spicileg. dogmatico-biblicum*, 1884, vol. I.

pone por escudo y amparo de su posibilidad [1]; el mismo Vigouroux, que la mira con desamor, no deja de probar que con ella queda á salvo la Sagrada Escritura [2]; y conocido es entre nosotros el juicio de los escritores Mendive y Miguel Mir, y lo que más monta, del eminentísimo cardenal González y de los Ilmos. Cámara y Vigil.

En el Congreso Científico Internacional celebrado en París el día 12 de Abril de 1888, entablóse una porfiada contienda acerca de la evolución, promovida por el Dr. Maisonneuve, el cual, alegando razones y autoridades, proponía al Congreso que se le concediese á esta hipótesis la honra de teoría científica. El debate fué reñido. Monseñor Hulst, presidente de la sección, puso en prez muy alta su prudencia declarando que pedir á la Asamblea el dictamen común era traspasar los términos prefijados, en cuya virtud manifestó que aquella Asamblea distaba mucho de ser Concilio; pero que si únicamente se solicitaba el parecer de los miembros en particular, era notoria la diversidad de opiniones. De modo que este Congreso católico no vió cómo dar salida á las razones en contra, ni tuvo por conveniente formular decretoria sentencia [3].

Igualmente reñida fué la discusión que se suscitó en el Congreso de 1891, donde era mantenedor de la hipótesis evolucionista el propio Maisonneuve. Después de larga disputa y de muchos dares y tomares, el presidente del Congreso, Monseñor Freppel, significó con entereza su dictamen personal en esta forma: que él era enemigo de las hipótesis evolucionista y materialista, aun limitadas á las especies inferiores; que las tenía por opuestas á los conceptos de la sana filosofía y por faltas de base científica; pero que la ciencia quedaba en pleno uso de su derecho mientras no afirmase cosa contraria á la revelación divina ni á la enseñanza de la Iglesia [4].

De lo dicho se colige que la hipótesis evolucionista es un arma muy inofensiva [5] y de tiro corto para combatir la autoridad de las sagradas Letras. Poco le importa al católico abrazarla ó desecharla. Por esta parte, ningún conflicto teme la Religión sacrosanta de la propagación de esta doctrina, aun puesto caso que fuese verdadera. No son ciertamente escasos los católicos escritores que piensan insinuarse en el Génesis con suficiente distinción la inmutabilidad de las especies [6]. Otros escritores igualmente católicos, al revés, huelgan

---

[1] *La Genèse des espèces*, 1873, p. 32.

[2] *Les livres saints et la critique rationaliste*, t. II, p. 593.

[3] *Congrès scientifique*, 1889, t. II, p. 609.

[4] *Compte rendu*, t. II, sect. VIII, p. 224.

[5] ALB. FARGES, *La vie et l'évolution des espèces*, 1888, p. 205.

[6] LAMY, *Comment. in Genes.*, 1883, t. I, pág. 119.—SORIGNET, *La Cosmogonie*, pág. 37.—P. BRUCKER, *Études religieuses*, 1889, t. XLVI, pág. 567.—P. HATÉ, *Études religieuses*, serie VI, t. II, pág. 497.—POZZY, *La terre et le*

de encarecer con elogios inusitados no solamente la real mutabilidad específica, mas también la sublimidad de ese concepto, pues aun asientan en sus libros que, si hay hipótesis que enaltezca y ponga en su punto los atributos de Dios, es la transformación de las especies. En ella ven campear con singular resplandor el poder, la sabiduría, la providencia del divino Artífice. Tal es la importancia que Darwin pretendía para su invento en el remate de su libro. Nosotros no nos atrevemos á tanto [1]. ¡Ojalá los hechos que con nuestros ojos vemos no publicasen la falsedad de tan ponderada hermosura! [2].

Si hubiese razones con que realzar el darwínico pensamiento... No las hay; la naturaleza toda con gritos, que de sus entrañas salen, clama hoy todo lo contrario. ¿Las habrá mañana para llevar en palmas el triunfo del evolucionismo? Rechazar para en adelante á cierra ojos toda esperanza de victoria, no es razón; aplaudir sin reparo las victorias hasta hoy alcanzadas, no es cordura: las sagradas páginas ni autorizan ni condenan la evolución de las especies. El repetir tantas veces el Génesis "según su especie", no es avisar á los evolucionistas: es sólo indicar Moisés que en Dios está la causa principal del desenvolvimiento de los organismos: por el mismo caso, al poder y á la sabiduría de Dios han de reconocer todos los géneros, todas las especies, todos los individuos por primarios autores de su existencia y condición. Mas en qué grado haya concurrido el divino poder, si directa ó indirectamente, si por creaciones sucesivas, por vía de transformaciones, por única creación de gérmenes, por determinado número de parejas, por elevación de algunas especies, ni lo dijo Moisés, ni lo intentó decir, ni le hacía al caso significarlo [3]. El día, pues, que la evolución sea preconizada verdad científica, no menguará un punto, seguros estamos, antes resplandecerá con nuevo lustre la sencillez y fecundidad de la palabra divina.

En resolución, creemos de suma importancia confutar el transformismo radical volviendo con brío por la acción de Dios en el reino organizado. Cuanto á la evolución moderada, dejada aparte la formación del hombre, no parece prudencia calificarla de absurda, ni tampoco pensamos que merezca estimación en el tribunal de la verdade-

---

récit biblique, pág. 353.—PIANCIANI, *Cosmogonia*, 1882, pág. 235.—DE LESTRADE, *Transformisme et darwinisme.*—P. URRÁBURU, *Psychologia*, pars prima, 1894, pág. 536.

[1] REUSCH, *La bible et la nature*, leçon XXVI.

[2] *Revue des questions scientifiques*, Janvier, 1891, p. 125.—*Études religieuses*, Décembre, 1892, p. 573.

[3] P. HUMMELAUER: Potuit Deus animalia, quæ nec sunt, e terra secundum species suas formata exhibere, omissis quæ inter has et inter prima viventia intercessissent evolutionibus. Dicamus igitur, Geneseos textu, darwinistarum quæ de plantis et animalibus sunt placita, non excludi. *Comment. in Genesim*, 1895, pág. 129.

ra ciencia. Mientras aguardamos que la Iglesia santa tome la mano y hable por sí, quedemos cerrada la boca, respetando entrambas opiniones como igualmente probables é igualmente desprovistas de razones demostrativas [1].

---

[1] El dictamen de la *Revue des questions scientifiques*, que recoge debajo de sus alas las más autorizadas plumas en materia científica, se podrá colegir de uno de sus escritores, que censurando el evolucionismo de Woodward, se expresa en estos términos: La théorie de l'Évolution, croyons-nous, n'est pas, à l'heure actuelle, une hypothèse scientifique. Et la preuve, dira-t-on, de cette affirmation rétrograde? Elle se dégagera lumineuse à qui voudra lire sans parti pris *Darwin et ses précurseurs français* ainsi que les *Émules de Darwin*, par de Quatrefages; le travail de M. Delage sur l'*Hérédité et les grands problèmes de la Biologie générale;* enfin, l'étude sur l'*Homme et le Singe*, publiée récemment ici même par M. le marquis de Nadaillac. La variéte infinie des systèmes transformistes (chaque auteur a le sien), le conflict d'arguments et les contradictions qui en résultent suffiraient seuls à mettre en relief cette conclusion: l'hypothèse transformiste n'est pas scientifique. *Revue des quest. scientif.*, t XLIV, 1899, pág. 619.





CAPITULO XXXVII.

EL INSTINTO DE LOS ANIMALES.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Afán de los modernos en estudiar el instinto de los animales. — 2. Propónese la cuestión.—3. Actos propios del instinto animal. — 4. Habilidades de algunos: nidos, correrías, compañías, obras raras en orden á la conservación de la especie y del individuo. — 5. Animales venenosos. — 6. Las abejas. — 7. Hormigas y parásitos.

1. El estudio de muchos naturalistas está puesto en acechar las industrias artificiosas de los animales, con el intento de examinar sus actos para de ellos deducir la condición de las potencias que los ejercitan. Lo mismo hacen con las plantas, para de sus efectos concluir la índole de su vida y facultades. Pero con tal arte discurren, que comenzando por los seres imperfectos, no descubren en los más perfectos sino un progreso de la naturaleza, un grado de desenvolvimiento, una obra más acabada. Por este camino tratan de hacernos subir del mineral á la planta, de la planta al animal, del animal al hombre, pretendiendo convencernos de que el hombre es respecto del animal lo que el animal respecto de la planta, lo que la planta respecto del mineral. ¡Desatinado discurso! Porque, como muy bien se lo echa en cara el acreditado Enrique Joly [1], los naturalistas que así proceden presuponen lo que han de demostrar; porque no tratamos aquí de saber si los animales ejercitan estos ó aquellos actos, sino cuál es la potencia que los determina y causa. ¿Y puede acaso la observación darnos noticia evidente de las potencias que en los animales obran? No por cierto: sólo el estudio psicológico del hombre y el conocimiento de nuestra propia experiencia nos ayudan á rastrear por los actos las facultades de los brutos; no nos es dado venir en conocimiento cierto de las de una naturaleza inferior si no es comparan-

[1] *L'homme et l'animal*, 1877, introd.

do sus operaciones con las de otra naturaleza superior ya conocida.

Mas con todo, es ya moda en nuestros tiempos hermanar al bruto con el hombre y hacerle particionero de sus nobles prerrogativas. Hasta ahora los alumnos de Descartes negaban á las bestias aun las sensaciones: acometidos, arrollados, deshechos por briosos adversarios (quien más briosamente refutó sus argumentos fué el P. Gastón Pardies en su *Discurso sobre el conocimiento de las bestias)*, entraron en la liza otros no menos terribles enemigos de la verdad, que, llevando camino contrario, concedieron á los brutos razón, conciencia, libertad. Así Hobbes les otorgó discernimiento; Locke, Cudworth y Moore, comparación de ideas; Priestley, principio espiritual; Dugald-Steward, la facultad de recibir educación; Quatrefages, religiosidad y reconocimiento; William Lawrence, discurso de razón; Smellie, grado de inteligencia; pero quien con más porfía ha llevado adelante su tema de exaltar la dignidad de los animales ha sido en estos últimos años M. N. Joly, poniendo sobre las nubes su entendimiento y su discurso. Llama en su apoyo á Cuvier, que los asimilaba á los niños y ponía grados sinnúmero entre los más viles y los más perfectos, y á Claudio Bernard, que daba á las bestias inteligencia consciente, y razonable y libre al hombre; en cuyos testimonios fundado se alaba de vencedor y triunfador. Encastillado en esta fortaleza, defiende con tesón el instinto de los brutos como obra del entendimiento de que el cielo los dotó; con que sácalos de su pluma espejos de cordura, dechados de discreción, flor y nata de todas las inteligencias [1]. Como en estos últimos tiempos semejantes ideas han cundido más de lo que fuera menester, siendo el instinto animal uno de los artificios más admirables que acreditan la sabiduría infinita, bondad y poder del Criador, y una de las obras más primorosas que en la fundación del reino animal sobresale, creemos no será fuera de propósito tratar aquí principalmente dos cosas: primera, cuáles son los actos más comunes que descubren el instinto animal; segunda, en qué consiste esta rara habilidad.

3. A todos los animales armó la divina Providencia de instrumentos aptos para conservación propia y de la propia especie, pues conforme habían de ser sus necesidades y gustos, á ese paso convenía los proveyese de facultades con que subsistir y medrar. No viven de los mismos granos todas las aves; cada planta tiene su especie animal, que con ella se nutre y propaga la especie; cada especie posee sus inclinaciones que juntamente con las propiedades del organismo tienden al fin especial, que es la vida y conservación de todo el reino. Los animales más ligeros gozan de larga vista; los más medrosos poseen mejor oído; de los rumiantes, el ciervo, de oído fino y olfato delicado, tiene la vista muy débil; la gacela posee muy agudos los

[1] *Revue scientifique*, 1876, p. 42.

tres sentidos; el avestruz, con ser estúpido volátil, es de vista acicaladísima; á la lechuza se le concedió oído finísimo, pero vista sumamente corta. Así, conforme sea la condición del animal, son los sentidos que le adornan; el tímido, el prudente, el osado, el fiero, el astuto, el manso, están provistos de sentidos á propósito para atender á las necesidades de la vida [1]; aun la organización indica las habilidades de cada uno y anuncia los caracteres instintivos de la especie; todo, en fin, lo que en ellos hay, sensaciones, necesidades, industrias, órganos, propensiones, todo lo que nace de su organización, concurre á formar en ellos el prodigio del instinto; todo va gobernado por una singularísima providencia. Llevados de esta poderosa fuerza, ejecutan acciones en que no fijan ellos atención ninguna.

¡Qué trazas tan admirables no usan para la conservación de la especie y del individuo! ¡Con qué tiento se alimentan unos de vegetales, otros de solos animales; unos comen hojas ó frutos de una planta, desechados los de otra cualquiera; otros, siendo carnívoros en estado de larvas, después de crecer se tornan fitívoros: ¿quién los adiestró á esa tan constante y singular vivienda? ¿Qué diré del artificio que usan para cazar? La hormiga-león, que de insectos se sustenta, en parajes arenosos hace en el suelo su hoyo en forma de embudo de superficie muy lisa, y, escondiéndose en el centro, espera que un insecto venga á caer en las paredes del embudo y resbale hasta el fondo; sale de repente de su emboscada el enemigo, ase del insecto con presteza y le chupa el licor vital. Si por ventura el insecto le hurta el cuerpo, por ser la hormiga-león pesada en sus movimientos, arroja al que huye granos de arena, con que le embaraza los pasos, y da con él otra vez en el hoyo. Para trazar su embudo invertido, tantea primero el terreno, describe una circunferencia perfectísima, y á la parte interna cava con los pies la arena, la toma á cuestas, y sacudiéndose de presto échala lejos del círculo; si encuentra en la obra con piedrezuelas, las deja, y, acabada la construcción, cárgalas en la cabeza y las arroja de su armadijo; si se le desmorona la fábrica por la caída de algún insecto, restaura prontamente el daño. ¿Qué más hiciera quien piensa y raciocina?

4. No son menos ingeniosas las trampas de ciertas arañas para prender moscas: en aquellos hilos delgadísimos envuelven á los animalejos sin darles lugar á defensa. El ardid que usa el pez arquero del Ganges para coger insectos consiste en disparar gotas de agua con tanta destreza sobre los que ve montados en hierbas acuáticas, que los derriba y ceba en ellos su crueldad; pocos son los que se le escapan. La habilidad de otros para proveerse de mantenimiento para lo porvenir es rara y maravillosa. La ardilla recoge en verano almendras, bellotas, avellanas en huecos de árboles, para en invier-

---

[1] BREHM, *La vie des animaux.*

no acudir á su despensa á satisfacer el hambre, guardando los relieves para otra ocasión. Más singular es el instinto de un roedor de la Siberia; después de tronchar en la otoñada las hierbas más recias de los prados, pónelas á secar al sol, júntalas en haces, escóndelas en alfolíes subterráneos, visítalas á tiempo, para que en el invierno estén mejor sazonadas.

Notable es particularmente la industria de los animales en la fábrica de sus nidos y madrigueras. El gusano de la seda, de los hilos que de su cuerpo segrega, hace aquel capullo con que se envuelve para transformarse en linda mariposa. Una suerte de ratón habita en las tierras del Norte, que en su morada, que edifica debajo de tierra, abre un agujero inclinado para echar fuera los desperdicios, y otro vertical para entrar y salir: ambos comunican entre sí por escondrijos circulares; en el uno mora el roedor, y los otros sirven de despensas. Araña hay, como la Migala, que en tierra arcillosa ahonda un pozo cilíndrico de ocho á diez centímetros, revoca y encala las paredes con una suerte de mortero firme; fabrica después con pellas de tierra mezcladas con hilos una tapadera muy ajustada al agujero de entrada: ésta se abre para afuera, con su gozne también de hilacha, con tal arte, que la puerta vista de lejos no parece sino parte del suelo, pero en su interior tiene agujeritos que sirven al insecto de asideros para asegurar la posesión de su nido, si por ventura algún enemigo pretendiese entrar á saco la vivienda. Las orugas enrollan hojas, atándolas con briznitas, y haciendo saquitos se encarcelan en ellos para metamorfosearse á mansalva. Otros insectos, en telas, libros, paredes, techos, vigas, hallan materia con que hacer casa tan proporcionada y conforme con sus necesidades cual pudiera el artífice más ingenioso. Los invernantes, como la marmota, que pasan el frío amodorrados y sin rebullirse, á boca de invierno, como anteviendo el largo trecho que han de dormir, cierran la puerta del nido y descansan seguros en su letargo.

Si tratamos ahora de la solicitud que tienen ciertos animales en escoger paraje acomodado para que los pequeños tengan á mano, luego en naciendo, el conveniente sustento, es cosa para alabar á Dios cómo hay insectos que sin experiencia, y aun sin ver nacer su prole, ponen los huevecillos en materias que sirvan luego á las larvas de alimento proporcionado; así obran las necróforas de nuestros campos; así las pompilas, suerte de avispas que viven de vegetales, aparejan para sus crías comida animal, que es la que las mantiene en estado de larvas. Pero la construcción de nidos es sobremanera curiosa. Cada bestezuela tiene el suyo; quién en tierra, quién en alto, quién en mechinales, quién al aire libre; de forma redonda, cónica, cilíndrica, prismática, siempre acomodados al número de hijuelos: y hácenle de plumitas ó pajitas blandas y brozas á propósito para la terneza de las crías. La baya, avecilla de la India, labra su casita en

forma de redoma, colgándola en una rama delgada boca abajo, para que ningún animal dañino pueda saltearla. De igual sagacidad se vale el papagayo contra los asaltos de la serpiente. Otro pajarito, silvia sutoria, con algodón, que hila con patas y pico, hilvana varias hojas largas donde asienta su habitación. Ni es menos admirable el sicólope, abeja grande de alas moradas, que á lo largo de los troncos abre surcos ovalados en dirección oblicua, y después, con el serrín de la obra, levanta celdillas en que depositar los huevos, cuidando de amontonar junto á ellos cantidad de polen para cebo de sus larvas.

Los gorriones, que llaman republicanos, de África, levantan una doble techumbre con sus casitas ajustadas al número de ellos, en el tronco de un árbol, en figura de banasta, que rodee todo el tronco. Las avispas para sus nidos cortan con sus mandíbulas pedacitos de madera seca, y amasándolas con su humor, así construyen cuartos de celdillas exagonales, disponiéndolos paralelamente y distantes entre sí, separados por columnitas, para después plantar en el hueco de un árbol ó en tierra este lindo y portentoso palacio.

¿Qué pensamos ahora de las correrías que hacen los animales para mirar por la conservación de la casta cuando ha crecido, y abastecerla de mantenimiento? Ora sea el frío ó el calor, ora el hambre ó sed quien los impela á buscar climas acondicionados á su necesidad, ello es que sin preceder alteración atmosférica júntanse en un abrir y cerrar de ojos en tropas, á fin de emprender desmedrosos sus viajes al país que les conviene. Los monos, apretados del hambre, saltan de rama en rama, yendo juntos un sinnúmero de ellos en busca de frutas dondequiera que las hallen: talado que han un campo, cargadas las madres con sus pequeños, con grande bullicio corren á devastar otro país. Hay á orillas del mar Glacial una casta de ratones que, cuando formados en hilera, sin ser parte para no seguir línea recta los obstáculos que sobrevienen, salen á merodear de noche muchos en número, consumen campiñas enteras, royendo la hierba y aun arrancando de cuajo las plantas para comerse las semillas; con que son, cuando esto hacen, que es cada diez años, un verdadero azote á los pueblos de Laponia y Noruega. Otra especie de ratas andan en la isla de Kamtchatka, que emigran al Occidente en primavera, y, después de hechas á centenares las leguas de camino, se restituyen á su tierra en tan crecida muchedumbre, que una columna de ellas tarda largas dos horas en desfilar en presencia de los moradores, los cuales festejan su llegada como día de regocijo, porque las fieras mayores que á los ratones persiguen les son á ellos lance de preciosa cacería.

También los ciervos del Cabo de Buena Esperanza y de la América Septentrional, en llegando primavera y otoño, se huyen á lugares lejanos, yendo en innumerables tropas. En particular las aves, pasan á bandadas desde Europa á África, y vuelven luego con la mis-

ma puntualidad que si tuvieran contados los días. Ejemplo admirable son las golondrinas, que, después de mostrarse á primeros de Abril en nuestras comarcas, antes de cerrar el invierno se despiden para juntarse en las costas del Mediterráneo, donde al mejor tiempo alzan el vuelo y hacen su travesía en grandes ejércitos. Viajan por mar de un cabo á otro salmones, langostas, arenques y otros infinitos peces. Cielos, tierra y mar están poblados de animales vagabundos, sin solar fijo, que, por conservar la vida y la de su especie, dejan hogar y tierra en busca de otro país. No puede darse testimonio más claro de la divina Providencia que asiste á cada especie, imprimiendo en ella la marca de su particular instinto.

Célebres son las compañías que por temporada se aunan para sus comunes intentos. Lobos, hienas, palomas, cuervos, peces, insectos, se mancomunan para cazar, talar, asolar vegas, y también para holgar y tomar placer juntamente. Las palomas torcaces llenan á veces con su muchedumbre un kilómetro de ancho y 12 de largo; las langostas, en legiones sin cuento, hacen riza en arboledas y sembrados; los arenques forman bancos de centenares de pies de grueso, en extensión de muchas leguas; los loritos del Cabo de Buena Esperanza se convocan á departir con incomparable confusión de voces, y después de bañarse dando saltos de placer revuelan por los árboles con increíble contento.

Donde más claro se ve el instinto de los animales es en las juntas que hacen muchos para trabajar en común. Los castores júntanse á docenas, en Julio y Agosto, á orillas de un lago, á construir sus cabañas; en Septiembre las proveen de sustento, y después se entregan al doméstico solaz. Sobre una estacada que hacen dentro del agua, junto al lago, con ramaje y barro, edifican sus madrigueras, casi ovaladas, de hasta dos metros en ancho, con singular destreza y primor. De dos piezas consta el edificio: la una sirve de almacén ó despensa, donde guardan cortezas de árbol y retama tierna, que es su alimento más apetecido; la otra contiene gran número de chozuelas, donde habitan las parejas con mucho orden y comodidad, porque están las casillas de tal manera dispuestas, que tengan dos salidas, una para ir á tierra, otra para echarse al agua.

Esto acontece en los lagos que conservan las aguas en un constante nivel. En los ríos, en que la corriente sube y baja, á fin de no recibir molestia de tantas idas y venidas, construyen un parapeto que mantenga el agua á la misma altura. Escogen en la orilla paraje de poca profundidad; allí, cortados y aliñados con sus finísimos dientes troncos de árbol de igual longitud y de vario grosor, los clavan verticalmente en el suelo y enlázanlos con ramaje, después llenan los huecos con lodo que con sus pies y cola amasan, y enlucen la obra por defuera lindísimamente. La estacada así construída con estos palos viene á formar pendiente, de base ancha hasta cuatro me-

tros, mucho más delgada en la parte superior; pero hácenla tan sólida y bien construída cual conviene para impedir el paso del agua, sostener su peso y romper la violencia de la corriente; por eso en lo alto de este dique abren dos ó tres boquerones, con la precaución de estrecharlos ó ensancharlos según que el río crezca ó mengüe. Al lado del dique hacen luego sus casillas, como va dicho. Es muy admirable esta habilidad de los castores.

5. El instinto de los animales singularmente se muestra en el escupir veneno para defensa de la vida. ¡Cosa notable! Los más viles parecen dotados de más maravilloso artificio. Porque entre los mamíferos y las aves no se conoce uno solo que dañe con veneno. Aun de los reptiles, casi la serpiente es la única venenosa; ni todas lo son, porque las *boas* y los *pitones* no poseen dientes para envenenar, sino sólo fuerzas hercúleas para enroscarse en el cuerpo del enemigo, darle violenta muerte y pasarle á su hambriento buche. Pero, dejadas aparte las serpientes inofensivas, hay otras terribles que en el hueso maxilar superior llevan un diente encorvado, por cuyo centro corre un canal que en su base comunica con la glándula venenosa y en su extremidad se abre para derramar el tósigo allí donde el diente aferró. La víbora es el reptil más temible. En la clase de los batracios, los sapos, las salamandras y los tritones tienen glándulas en el dorso llenas de materia tóxica con que suelen embadurnar la piel de las ranas y otros animalejos para devorarlos, pues carecen de aparato para infiltrarles el veneno. De los peces, pocos hay que tengan glándulas para atosigar; menor es aún el número de los moluscos envenenadores.

Pero la clase de los insectos, miriápodos y arácnidos es indecible la copia de venenos que fabrican y escupen. El escorpión segrega veneno en dos glándulas situadas al remate del cuerpo, y le arroja por un aguijón encorvado, en cuya punta se abren dos tubillos por donde el líquido venenoso corre. Al hacer presa el escorpión en un insecto con sus tenazas delanteras, le alza sobre la cabeza á tiempo que, retorciendo la cola, le hinca el aguijón envenenado una y otra vez, hasta inficionarle y herirle de muerte. La picadura de las arañas procede de parecida manera. Agarran y envenenan la presa con sus tenacillas, en cuya extensión corre un canalillo por donde lanzan el producto de una glándula venenosa [1].

La clase de los insectos merecería un estudio dilatado en la materia de los venenos que posee y arroja con singular instinto para protegerse de sus adversarios. El aguijón de la abeja sabemos está oculto en la parte baja del abdomen. Compónese de un tubito por

[1] Con provecho leerá el deseoso de más circunstanciada noticia la Conferencia hecha por Mauricio Lefébure á la Sociedad científica de Bruselas, el día 24 de Octubre de 1895. *Revue des quest. scientif.*, 1896, t. XXXIX, pág. 94.

donde pueden colarse dos estiletes muy finos. Cuando el insecto quiere picar, dispara de repente el tubillo; con los estiletes agujerea la piel, y en la llaga abierta introduce la boca del canutillo, derramando luego por ella un rayo de veneno contenido en la vejiguilla que el animalejo posee en la base del mismo instrumento. Los dos estiletes están vacíos; en sus extremidades llevan diez dientes en forma de sierra menudísima; al moverse paralelamente dentro del canutillo, yendo y viniendo como la varilla del pistón dentro del cuerpo de bomba, llénanse cada vez de líquido venenoso que el insecto echó fuera por la boca del tubito en la llaga que antes abrió al cutis del paciente. Entre los himenópteros, sólo la abeja está dotada de un aparato tan singular, cuyo volumen cabe todo entero en la punta de la más fina aguja [1]. Instinto asombroso, no menos en regalarnos con miel que en derramarnos su hiel.

6. A fin de confeccionar su deleitosa miel, hacen señaladísima ventaja, en la vida común que tienen, al resto de los animales. Cada enjambre consta de diez á treinta mil obreras, de seis á ochocientos machos, y de una sola hembra principal, llamada reina ó abeja maesa, que es la sola fecunda, encargada de depositar sus huevecillos en las casillas exagonales labradas por las obreras. De éstas, las unas entienden en el cuidado de acarrear víveres y materiales para la construcción de las celdas, y las otras tienen á su cargo las crías y el manejo de la colmena. Las obreras son las diputadas á salir al campo: escóndense dentro del cáliz de las flores, les roban el polen y, sacudiendo luego los arpados piececillos, hacen bolitas y las guardan en las piernas traseras para fabricar miel; también recogen materia resinosa para cerrar las rendijas de la colmena y que no entre repunta de luz si no es por un agujerito que les sirve de postigo. La cera segréganla en órganos particulares que en el abdomen tienen, extrayendo el zumo de las plantas. Los panales se componen de celdillas prismáticas de seis lados: cada alvéolo tiene por entrada un exágono regular, cuyo fondo está compuesto de tres rombos, inclinados con tanta perfección, que la superficie alabeada sea un mínimo, para que haya el ahorro de cera mayor posible. Miran por la comodidad y simetría, disponiendo los alvéolos unos al lado de otros, de arte que, teniendo las bocas hacia afuera, se toquen las bases y sirva cada paredilla para dos celdas contiguas. Los panales cuelgan del techo de la colmena paralelamente, con huecos intermedios, que den paso libre á las abejas que labran la miel. Las obreras están dedicadas á la fábrica de los alvéolos, los cuales fabrican, con

[1] Je ne crois pas, dice Carlet, que le mecanisme de la seringue se trouve ailleurs dans le règne animal, et qu'un instrument aussi parfait que celui que j'ai décrit, ait été jamais réalisé dans l'industrie. *Comptes rendus, Acad. scientif.*, 1884, t. II, col. 206.

exactitud geométrica, de tablillas de cera, todos de iguales dimensiones, fuera de algunos que los hacen mayores y cilíndricos para las larvas hembras. En los aposentillos de arriba guardan la miel, que confeccionan de los sucos azucarados de las plantas, y las tapan luego con cera; en los de abajo crían las larvas con suma solicitud. Los zánganos, que tienen por oficio hacer fecunda la abeja maesa, cumplido el deber, mueren á mano de las obreras, juntamente con las larvas machos.

Fecundísima la reina es; pondrá tal vez veinte mil huevecillos; antes de hacerlo examina cuidadosamente las celdillas, escoltándola la turba de jornaleras, por cuya cuenta corre el cuidado de las queresas luego de nacidas, hasta que á los nueve días pasen á ninfas, y entonces cierran con cera el alvéolo, dejando que la abejita joven se abra por sí la puerta después de la metamorfosis. La reina, como sabe de qué huevos han de nacer los zánganos, los echa en celdillas mayores, y así las obreras les asisten con alimento más substancioso. Conocen también que la alimentación es parte en el crecimiento de las larvas; por eso cuéstales poco á las abejas, si se les muere ó pierde la maesa, constituirse reina por sus manos de una larva nutrida con más abundante pasto y en separado maestril. No es esto decir, como se cree comúnmente, que la diferencia de mantenimiento baste por sí para dar sexo al óvulo neutro. En los alvéolos destinados á larvas hembras nótanse dos ó tres protuberancias, hechas por las mismas abejas, que piden mayor espacio para la nutrición: el instinto induce á las obreras á conocer la índole de los huevecillos y diferenciar los neutros de los que no lo son, para el caso de tener que procurarse reina. "Misterios insondables de la colmena„, solía exclamar el agricultor americano Langstroth. No es menos de admirar la vida común que hacen y cómo se ayudan y juntan en torno de su reina y enjambran dondequiera cuando, por desgracia, se les malbarató su dulcísimo palacio, ó se traban batallas campales entre su reina y otra que intente usurparle el cetro, ó si, por otras causas, aquel pueblo alado llega á tumultuar y á desbandarse en confusos pelotones, ó cuando viene á las manos un enjambre con otro que trató de invadir su morada: ¡con qué lealtad y denuedo acuden entonces todas á pelear al lado de su principal, aunque deban morir á manos del peligro! Tanto concierto, tanta industria, tantas maravillas, serían increíbles si no las hiciese ciertas la cotidiana observación.

7. La historia de las hormigas está también colmada de encanto. Las hay estériles, como las abejas, y son las que carecen de alas y tienen mayor la cabeza, pero están al pie de la obra, unas amontonando materiales, otras edificando, otras trayendo alimentos, otras cuidando larvas, y todas prontas á reparar luego el edificio que se les desmorone; al revés, las hembras fecundas y los machos viven jubilados, sin tomar ni dar en las faenas caseras, pues sólo entienden en la conser-

vación de la especie. Los machos, fecundadas las hembras, mueren, así como las hembras madres pierden luego las alas, y son tratadas con particular regalo por las estériles. Los huevos de que han de nacer las hembras van en celdillas distintas de las otras. La solicitud impele á las obreras á coger pulgones y á beberles el licor dulce de sus cuerpos, que guardan en sus silos cuidadosamente para mantener á las larvas. Lea quien quisiere los doce hermosos capítulos del Padre Fr. Luis de Granada, que en la primera parte del *Símbolo de la fe* trata esta tan entretenida materia, y podrá el lector convencerse que no sólo no anda largo en la descripción de las habilidades de los animales, sino que se queda muy corto, según las experiencias que en esto han hecho los modernos, en particular Bonet, Hubert, Latreille, Fabre, Dujardin, Van Beneden, por no citarlos á todos.

A los animales hasta ahora mencionados se aventajan los parásitos en dar, no embargante su pequeñez, pruebas de particular instinto. Cada animal, cada planta, cada órgano y cada parte de organismo tiene sus parásitos, los cuales tan sinnúmero son y tan bravos, que talan un campo como por vía de encantamento, tala que creerán los labriegos ser cosa de brujería ó arte de mal espíritu. Mas ellos son los autores del estrago; ellos los que cumplen de una manera invisible, ciega y constante las inclinaciones de su instinto, siempre dirigido por la mano de la divina Providencia. Unos habitan dentro de un órgano cerrado (corazón, cerebro); otros asientan su morada en órganos libres (pulmones, estómago, oídos, fosas nasales). Los parásitos no se reproducen dentro del animal; púrganse los huevos con los excrementos, y tornan luego al mismo órgano envueltos en substancias alimenticias. A las veces muchas familias cargan sobre un vegetal, acechando la oportunidad para meter sus óvulos en las flores, donde crecen las larvas hasta desenvolverse con tanto brío que ciegan la savia, derraman la ponzoña en el fruto y contaminan y traen á perdición la substancia del árbol entero. Porque un parásito tiene otros mil que le mueven guerra y hacen campo en la planta para satisfacer su apetito de venganza; y así unos saltean los gérmenes, otros taladran las hojas, otros se encruelecen con las membranas, otros se hartan de líquidos, otros corrompen la savia, y todos juntos pasan á sangre y fuego la floresta y cuanto en ella hay. Y son algunos tan fecundos y poseen tanta vitalidad, que toda industria es poca para exterminarlos; tal vez una gota de agua, una pizca de rocío basta para sacar á luz infinitos, y royendo y consumiendo dejar yerma toda una región.

¿Quién será capaz de narrar todas las maravillas acumuladas en el instinto de los animales, cómo aciertan á poner los huevos allí donde mejor se críen, cómo sin experiencia ni previsión vencen tantos obstáculos que á su vida y multiplicación se oponen? ¿Qué más hicieran si estuvieran dotados de razón? A los mismos hombres, que tantas

habilidades consideramos, nos parece sobrepujan toda admiración; tanto, que las tendríamos por increíbles si no supiéramos que aquella soberana Majestad que rige y gobierna esta máquina del mundo, en todos puso tan grande artificio y destreza. Pues nadando entre tantas maravillas, ¿quién será el ingrato que no levante el corazón al Dador de todo bien, y reconozca su bondad, y engrandezca su sabiduría, y acate su magnífico poder?

ARTÍCULO II.

1. Opiniones diversas sobre el instinto.—El instinto no es grado perfecto de inteligencia.—2. No nace de hábito adquirido.—3. Ni de representaciones innatas.—4. No tiene proporción con la sagacidad de la bestia.—5. No procede de herencia.—6. No consiste en las facultades sensitivas.

1. Los modernos autores que porfían en ataviar á los brutos con el don de la inteligencia, cuando quieren investigar la índole de los actos instintivos que acabamos de referir, se dividen en pareceres: unos los admiten en el cómputo de puramente intelectivos, otros distinguiendo instinto y entendimiento, en el instinto ven la ignorancia, en el entendimiento la prudencia, y de ambas facultades juntas componen la causa de las industrias de los animales; otros reputan por instintivos los actos que descubren más tino y sagacidad [1]; otros, en fin, muy casados con el progreso, los celebran por señales de perfectísimo ingenio. En una memoria elevada á la Real Academia de Ciencias de Bélgica, M. I. Delbœuf, en 1875, propuso una doctrina apestada de materialismo, que deba sensibilidad á las plantas, entendimiento á los brutos, al hombre infinitos sentidos, pero el colmo de la perfección intelectual colocábale en el instinto de los animales. "El más diestro obrero, dice, es el que hace su obra sin pensar en ella" [2]. Como digno competidor de Darwin, y aprovechado discípulo de Huxley, este soñador, cuya presunción toca en locura, ha tenido la osadía de calcular con fórmulas algebraicas las leyes de la sensibilidad.

2. Mas dejando en un rincón tales desvaríos, y para luego la refutación de la inteligencia que en estas habilidades los autores arriba citados quieren descubrir, antes de discurrir sobre la naturaleza del instinto, salgamos al encuentro á otras explicaciones que del instinto se dan. Dicen que nace del hábito adquirido. No ser eso verdad lo publica la observación. ¿Cuántos animales, no bien acaban de nacer, obran con el mismo artificio que seguirán hasta que mueran? El castor que edifica su dique y choza, la ardilla que llena su despensa, el

---

[1] HENRY JOLY, *L'homme et l'animal*, 1877, p. 160.
[2] *Revue scientifique*, 1875, p. 98.

gorrión que hace su nido, la abeja que construye sus celdas matemáticas, la araña que caza con su finísima red, la hormiga que ahonda su silo, obran sin saber cómo ni por qué, por impulso irresistible, con altísima perfección sin haber sido adiestrados, á modo de ciencia infusa, porque ni se perfeccionan con la repetición de actos, ni los ejecutan con nuevo primor, antes de hacerlos poseen suma facilidad, la frecuencia no mejora ni altera sus obras, la memoria de lo hecho no les sirve para sacar piezas más primas; de suerte que así como el niño que apenas habla, por medio de ensayos y á tientas se enseña á mover los brazos y pies, y con su experiencia corrige el desorden de sus movimientos hasta adquirir facilidad y perfección; por el contrario, el animal, que nace enseñado y obra ciegamente, mira por sí con más acierto que cualquier niño, pues atina con grandísima prontitud, y ejecuta movimientos y obras á que no alcanza el ingenio de los mejor educados. No se puede atribuir el instinto al hábito de obrar de una manera determinada.

3. Menos les viene á los animales de representaciones innatas transmitidas por generación. Porque no son las representaciones sensibles las que determinan el instinto; antes las sensaciones son las que despiertan la propensión del instinto, las cuales nada tienen que ver con las representaciones innatas. El pájaro que compone su nido por primera vez, nada sabe de los huevos que ha de poner. La representación viénele después de la sensación, así como la sensación sigue á la impresión exterior; pero la destreza y habilidad de los animales es perfecta desde que nacen; y cierto no reciben ningún impulso externo al nacer. Pues aunque algún impulso es necesario como condición y como estimulante, la disposición instintiva está ya entrañada en cada animal desde el seno materno, y cuanto la organización del sistema nervioso es más sencilla, más seguro y determinado es el instinto; y al revés, cuanto es más complicada la estructura del cerebro, es menor la determinación hereditaria del instinto.

4. Tampoco puede decirse que el instinto tenga proporción con el grado de sagacidad. ¿Hay bestia más despierta que el mono? A su viveza debe el saber en pocos meses hacer toda suerte de juegos, á usar tenedor y cuchillo, vestirse, barrer, ir por agua, servir á la mesa; su excelente memoria, junto con la maña natural, es facultad que ayuda grandemente á su instinto de imitación [1]. Con todo, el mismo Pouchet, en su libro sobre los *Insectos,* testifica, hablando de la fábrica de las hormigas, que "de los monos metidos en las cuadras, ni un solo ejemplo se conoce que muestre el tino y acierto que es de ver en las hormigas trabajadoras, cuando acarrean los materiales en sus alfolíes" [2]. ¿De dónde les nace, pues, á los monos, de

[1] BREHM, *L'homme et les animaux; les singes.*

[2] *Revue des Deux Mondes,* 1870, p. 680.

suyo hechos para remedar, aquella gracia en el contrahacer los gestos y muecas, sino de aquella retentiva y fantasía con que aprenden á imitar lo que ven hacer? Porque, antes de ser domesticados, sólo muestran intentos brutalísimos. "Al mono, añade el alegado autor, la edad le hace más bestial é indómito; sus facultades van dando de sí, al parecer, y se avivan en el trato con el hombre„. Y el transformista Claus, en su *Tratado de Zoología* [1], dice: "Los monos, por su maligna condición y perversas inclinaciones, han de ser tenidos por los animales más brutos en la mala acepción de la palabra„. Todo esto lo confirma la observación de los viajeros que han estudiado de cerca las costumbres de los monos africanos, pues á una voz testifican que no es en ellos el instinto tan perfecto como muchos naturalistas han querido suponer.

5. Otra exposición quieren introducir los modernos fisiólogos para satisfacer á las maravillas del instinto. Los actos instintivos, dicen, son actos reflexivos algo más complicados que los ordinarios, porque la excitación que los provoca es difícil de alcanzar; pero cierto está que las sensaciones, representaciones, apetitos, necesidades propias despiertan el ejercicio del instinto. El sitio local de los centros instintivos no está del todo definido; pero parece ha de colocarse en las partes superiores del eje nervioso [2]. Es probable que todos los actos instintivos fueron al principio voluntarios y discursivos, mas con el tiempo y la repetición se hicieron involuntarios; pero no hay duda que por herencia se transmite de padres á hijos la facultad del instinto. "Tales son las teorías que profesan, tal vez algo tiernas, Tayne, Luys, Onimus, Durand de Gros; á ellas parece dar Claudio Bernard peso con la autoridad de su nombre„ [3]. Así M. Joly. Otros de entonces acá siguen dando fama á la teoría de los reflejos, en la cual ven el dichoso talismán que responde á todas las dificultades.

Para desenvolver esta teoría, más espacio y mejor propósito sería menester. Brevemente digamos que los actos reflexivos son propios y peculiares de la facultad intelectiva. Una facultad que vuelve sobre sí, y cuyo acto se tiene á sí mismo por objeto y por término, no puede ser orgánica, ha de ser espiritual. Conclusión es de Santo Tomás: "Las potencias cognoscitivas que no son subsistentes, no se conocen á sí propias, como es patente en cada sentido„ [4]. La razón es porque el alma, en cuanto se difunde, como en el bruto, por el órgano que informa, le ocupa todo, no subsiste en sí, no reflexiona, ya que sólo el subsistir independiente de la materia da lugar á la reflexión y conciencia. A la manera que la facultad sensitiva no es abstractiva ni capaz de contemplar la quiddidad universal, por estar empleada en la información de los órganos corpóreos, de esa manera el vivir ato-

---

[1] P. 1523.—[2] *Revue scientifique*, 1868.

[3] M. JOLY, *Revue scientifique*, 1876, p. 604.—[4] I p., q. XIV, a. 2 ad 1.

llada en las cualidades concretas le impide la concentración intencional. Sólo en sentido metafórico podría decirse que la sensibilidad humana es reflexiva, en cuanto quien reflexiona es el alma espiritual que la informa. Puede el movimiento de un filete nervioso correr á lo largo, y dando la vuelta mudarse en curvilíneo; pero eso no es volver sobre sí, propiamente, ni reflejarse, ni entrar en reflexión; aun si la vuelta fuese cognoscitiva, no sería reflexiva, porque la operación sigue al ser, y á la extensión de los filetes repugna la reflexión psíquica. No se mueven de su lugar las fibras; ¿y dirán que se repliegan? Ni aun materialmente lo hacen, cuánto menos en lo intencional.

Pero las facultades sensitivas, reponen, son inextensas é inmateriales. A eso responde ya Santo Tomás en el lugar citado, que, aunque sean simples, están sumidas en la materialidad de los órganos; no como el entendimiento que traspasa con su acicalada vista lo grosero de los cuerpos; ellas, empero, participando las condiciones de lo extenso, son limitadísimas en sus dominios. La única reflexión que tienen los brutos les viene de la imaginativa que les representa sensaciones tenidas ó apeticiones queridas; entonces conocen que ven ó recuerdan que han visto, ó sienten su propio cuerpo, ó las alteraciones y dolores de los órganos; mas ésa á males penas merece el nombre de reflexión, porque la imaginación entonces aprende los actos de los otros sentidos, no los propios; y porque la facultad sensitiva se actúa en estas dos maneras, por eso dan lugar á una suerte de acto reflejo imperfectísimo.

La fisiología moderna abre campo franco para discurrir por los reflejos; mas nunca dará, rastreándolos, con la causa del instinto. ¿Dónde colocan los modernos la región de los reflejos? En la parte nerviosa que corre de las capas ópticas hasta el extremo del cono medular. Cuando los vibramientos nerviosos no llegan á escalar la superficie del cerebro, dicen los fisiólogos que el hombre no se da por entendido, porque los movimientos nerviosos no hicieron presa en él, pues solamente le impresionan los golpes recibidos en la corteza cerebral; con todo eso, podrá obrar, añaden, por virtud de los movimientos reflejos, que dependen de los centros nerviosos sitos en la región inferior de la parte central. En la opinión de los fisiólogos, los reflejos son manifestaciones de la vida puramente animal espontánea, mejor digamos automática, no de la racional y libre, ni aun de la humana sensitiva. Finjamos que á un perro le arrancan los dos hemisferios cerebrales. Conservará el animal intactas las fibrillas centrípetas, como antes por ellas se comunicaban á los centros nerviosos inferiores los impulsos venidos de fuera ó de dentro, sin poder hacer entrada en la corteza cerebral; saldrá les azar el golpe, cual si dieran en diamante, ningún tiro hará asiento en el descerebrado animal, que se volverá insensible, entorpecido, sin rastro de

memoria, de fantasía, de estimativa, de sentido común, como quien tiene tapiadas las puertas de la sensibilidad. Con todo, podrá moverse, gemir, aullar, apretar los dientes, dar con ellos mordiscones, mostrarse hambriento, colear furioso hasta ver satisfecha el hambre; éstas son demostraciones reflejas que se han tocado con las manos más de una vez. Otro tanto le pasa al niño acabado de nacer, cuyos hemisferios cerebrales no se hallan aún con la aptitud orgánica necesaria para las funciones propias.

Al perro imaginado y al infante recién nacido, la porción nerviosa, que de las capas ópticas llega hasta el término inferior del cono medular, les sirve de instrumento activo para romper en acciones reflejas, pues les falta la idoneidad del cerebro. Mas ¿cómo se amañaron los fisiólogos para dar razón del instinto mediante los reflejos? Si los reflejos desconciertan las potencias sensitivas, si las pasman y entorpecen, si desarmada la mollera ha de quedar la vida más tonta y brutal que antes, si, en una palabra, los reflejos presuponen más embobecidos y aneciados á los brutos, atolondradísimos ya de su condición, ¿cómo servirán para explicar aquellas afiligranadas y delicadísimas obras que parecen hechas con prodigiosa agudeza de ingenio? Cuando, pues, los fisiólogos á una voz engrandecen la teoría de los reflejos por aptísima para declarar los actos instintivos, otra cosa no hacen sino humillar las funciones sensitivas á la condición de fuerzas mecánicas y materializar los actos inmateriales. Los brutos siempre viven como atolondrados y fuera de sí; nunca están en lo que hacen, ni en lo que apetecen, ni en lo que les pasa. Su vida es un como sueño, visión fantástica, somnambulismo, según decía Cuvier de las abejas. El bruto se representa las sensaciones pasadas; y aunque se siente, pero se ignora á sí mismo y desconoce los afectos que le ocupan; es feliz á medias y á duras penas. Y esto baste para satisfacer á la teoría de los actos reflejos hereditarios del instinto.

6. Otros, finalmente, colocan el instinto de las bestias en las varias potencias de que están adornadas fuera de la de sentir, como sentido interno, fantasía, estimativa y memoria, de que antes hicimos mención [1]. Porque el animal adquiere de muchas cosas noticia que no le traen los sentidos, alcanzándolas por medio de la estimativa, fantasía y sentido interno. Pues algunos modernos, no bien fundados en estos principios, dan al instinto tales operaciones; debiendo ser muy al revés; porque estas facultades sirven más bien al instinto, y con su ministerio le hacen más vigoroso. Porque, como dice á este propósito el P. Tongiorgi, "La naturaleza no impele á los brutos á manera de máquinas, sino proporcionándose á su condición; muévelos á obrar, excitando en ellos el apetito; y el apetito se despierta con alguna aprensión; la aprensión es por lo común de cosa deleita-

[1] Cap. XXXII, art. III.

ble, dado que no todas veces. Luego alguna aprensión natural, ausente ó presente el objeto, los mueve á apetecer y á obrar, porque sin determinación de la naturaleza no pueden llegar á aprender las cosas, ya que carecen de discurso de razón; esta determinación natural á un acto es una facultad necesaria. Y así, por el hecho de afirmar que el instinto los mueve, debemos decir que les es natural la estimativa, y que en ella se arraiga el mismo instinto natural„ [1].

Notorios son los elogios de la hormiga pronunciados en los Proverbios, donde el Sabio remite el hombre á la consideración de la solercia de este animalillo, diciendo: *Vade ad formicam et considera vias ejus et disce sapientiam.* A la verdad, la hormiga huelga con el color encarnado y vuelve las espaldas al morado, huele finísimamente, da con el camino por más que se la extravíe, tiene fantasía para aprender, reconoce con halagos las compañeras de su nido, muestra con ellas desvelos cuando las ve en apretura, cría pulgones para beber de ellos suco y cebar las larvas: en estos actos, muy claramente vemos resplandecer la estimativa de este animal. Pues á pesar de estar dotada la hormiga de tantas facultades, es muy de notar que la Escritura Sagrada no le atribuye sabiduría ni prudencia, siendo tanta y tan grande la que marca sus obras: sólo manda al hombre que, consideradas las industrias, idas y venidas de la hormiga, aprenda en este dechado prudencia y sepa vivir apercibido y precaucionarse á tiempo. Porque no es prudencia la traza de obrar que ella tiene, sino mera necesidad que descubre la prudencia del que la gobierna. El instinto es una inclinación ciega y poderosísima que, sin conocimiento suficiente y sin capacidad de atender á lo forzoso de la obra, impele por fuerza, supliendo la naturaleza con su impulso la imbecilidad de la potencia cognoscitiva. El instinto no presupone formalmente sensación, ni imaginativa, ni otra facultad que en el acto ejerza su poderío sobre el animal: sin embargo, todas las facultades, todos los órganos, meneos, fuerzas, propensiones, necesidades, están maravillosamente trabadas entre sí, para concurrir con su virtud y ayudar al instinto de la especie.

No destruye lo dicho la autoridad de Aristóteles, cuando afirma que demás del sentido poseen los brutos memoria y un cierto grado de prudencia natural. Exponiendo el P. Suárez este lugar de la *Historia de los animales,* dice que Aristóteles entiende el conocimiento sensitivo suministrado por la presencia del objeto, ora ese conocimiento sea obra de los sentidos, ora de la imaginación, el cual es tan común á los brutos como la facultad de sentir, según el mismo Suárez; aunque la memoria no todos la participan, sino solamente los que pueden moverse sin embarazo. "Porque la memoria, prosigue, les fué dada para que puedan mudar de lugar, huyendo lo nocivo y buscan-

[1] *Instit. philos.,* vol. III, cap. III.

do lo útil, según la experiencia que tienen. Mas los imperfectos, que sólo usan del tacto y del gusto, podemos asegurar que carecen de memoria„. La prudencia que les dió Aristóteles, dice el P. Suárez que ha de entenderse metafóricamente, porque donde falta discurso y juicio de las cosas es imposible haber prudencia; aun esa metafórica la tienen sólo algunos, que son astutos y diestros por cierto nativo ingenio que remeda á la razón humana. Pero aunque dicha prudencia no se funda en la memoria por ser instintiva, va junto con ella en tales brutos, porque aun la misma memoria sírveles de acrecentar su sagacidad y de hacerlos más cautos. Por lo que toca á la educación supuesta por Aristóteles, enseña el P. Suárez que debe tomarse en sentido impropio y metafórico, "porque llámanse capaces de disciplina los brutos que se acostumbran á las señas, siendo llamados á juntarse en oyendo un sonido, á correr, á retozar, á meter bulla y cosas semejantes; pero estas cosas las hacen por sólo instinto, presupuesta la memoria y la experiencia de un signo„ [1].

ARTÍCULO III.

1. El instinto no es inteligencia en los brutos.—2. Los brutos no juzgan.—3. No poseen lenguaje.—4. No gesticulan ni se perfeccionan.—5. Fáltales la libertad.—6. En sólo Dios está el por qué del instinto animal.—Razones y autoridades.—7. Cómo explican el instinto animal algunos filósofos.

1. Analizando las obras del instinto, autores hay que las estiman hechas formalmente con conocimiento de fin y con comparación de medios, si bien imperfectamente, como los niños, los somnámbulos, los tontos, etc. Otros opinan que sólo van hechas con conocimiento del fin, mas no con previa comparación de medios, y que así, llevados de su instinto, aplican medios sin saber que lo sean. El instinto natural sería en este caso la determinación á buscar su bien y á evitar el mal sin juicios comparativos.

Para mayor claridad, hemos de acabar de probar que carecen los brutos de la facultad de juzgar, como más arriba en parte delaramos [2]. Y parece cierto que no la tienen, porque si la tuvieran, elegirían entre varios medios el más expeditivo al logro de su intento; pero falsos de juicio, no pueden comparar, la cual comparación es de necesidad para la recta elección. Si obrasen con discurso, no siempre seguirían un mismo tenor en su vida, de la cual bien sabido es que la uniformidad es su distintivo, aun en los casos más imprevistos y en los lances más apretados: tal hacen hoy como hacían siglos ha. Ábranse los libros de Aristóteles [3] y de Plinio [4], compárense con los libros de

[1] *Metaphys.*, disp. I, sect. VI.—[2] Cap. XXXIII, art. I.
[3] *Hist. natural.*, lib. VII-XI.—[4] *Histor. Animal*, lib. II.

Buffon y de los naturalistas que más desvelos han gastado en el estudio de la zoología, y quedará el ánimo suspenso al ver cuánta firmeza de constancia han tenido en sus obras los animales por espacio de veinte siglos, sin haber sido poderosos á dar un paso en la vía del progreso artístico y material. Si porque hay orden y uniformidad en las obras de las bestias les concedemos discurso de razón, será menester concedérsele también al sol, planetas y estrellas, á las plantas y demás cosas corporales. Porque ¿quién, si advirtiere las combinaciones químicas, los esfuerzos de mecánica, la ejecución ordenada de las leyes naturales que se obran en un gabinete, en una máquina, en la atmósfera, no confesará que todas las cosas poseen una como razón é inteligencia, que no es otra sino la suprema inteligencia del Criador, que las gobierna con sus incontrastables leyes? No basta, pues, la uniformidad y el orden que en los animales vemos para concederles la prerrogativa del entendimiento.

2. Si algunas obras salen del círculo de esa uniformidad, se explican bien por la excitación de su fantasía ó por impresiones que les vienen de fuera. Cierto; si obrasen por lumbre de razón, vendrían á ejecutar obras más delicadas que los hombres más ingeniosos; ¿cuándo éstos acertaron á labrar un panal de miel como le sacan de su corcho las abejas? Obran ellas artificios perfectísimos, mas no con perfección subjetiva. Porque la medida de la perfección subjetiva son las obras que piden discurso; ¿qué obra da señal de que discurren y comparan? El lenguaje no les es propio. ¿Quién duda que se comunican las sensaciones, y que tienen su manera de expresar las pasiones ó disposiciones internas? Las abejas, las hormigas, las palomas, por no subir á los mayores, con signos, voces, arrullos, se dan parte mutua de sus percepciones sensibles y apetitos animales [1]. Mas ¿cuando hicieron alarde de un solo juicio razonablemente hecho? [2]

---

[1] P. POUGEAN, *Amusements philos. sur le lang. des bêtes.*

[2] Es digna de memoria la lógica desplegada por Darwin al explicar la traza que dijimos tienen las abejas en la construcción de sus celdillas exagonales. «Hemos de suponer, dice, que las meleras llegaron á fabricar celdillas por extremo esféricas y de iguales dimensiones; lo cual no sería de maravillar, pues en cierto modo lo hacen ya... Hemos de suponer, lo segundo, que se ocuparon en labrarlas ordenándolas en forma de camas iguales... Hemos de suponer, lo tercero, y éste es el paso más difícil, que cada abeja vino á juzgar, de una manera ó de otra, á qué distancia puntual debía ponerse respecto de las otras obreras... Finalmente, hemos de suponer, y esto no ofrece la menor dificultad, que una vez halladas las celdas exagonales, podían las abejas prolongarlas según su menester... De esta suerte, por la sola selección natural puede explicarse el más asombroso de los instintos». *Origin. of Species*, páginas 227, 235.—Suposición sobre suposición, presupuestos tras presupuestos, sin advertir el autor si por algún resquicio mete caso de imposibilidad en la especie. Con esto quedan graduadas, en concepto de Darwin, las abejas por los primeros abuelos de los geómetras más famosos.

3. El docto Quatrefages, con ser tan comedido en sus sentencias, dió en conceder á los brutos lenguaje rudimentario, formado de interjecciones: de menos monta fuera este inconveniente si no hubiese querido el sabio antropólogo derivar el habla animal de una facultad intelectiva semejante á la nuestra, aunque de grado menos perfecto [1]. Confunde Quatrefages lastimosamente el órgano y los gestos con la intención y la facultad de juzgar. El órgano de la voz, los sonidos y la manera de producirlos podrán ser iguales en el hombre y en el animal, como veremos más adelante; pero, cuando el hombre articula palabras, lleva puesta la mira en comunicar sus conceptos. "Los animales, dice Santo Tomás, ya que algo manifiesten, no lo hacen con esa intención" [2]. Sus ademanes, meneos, voces, correrías, trampas, ardides, van enderezados á la propia conservación, al ejercicio de sus facultades, al bien del individuo ó de la especie, no á hacer otros participantes de sus internas disposiciones. Deléitanse entre sí las hormigas, comunícanse las abejas, hácense señas á su modo, solázanse en común los castores, júntanse á retozar los potros, dan los gozquejos muestras de gran contento saltando y triscando de placer; mas estas demostraciones no salen de la esfera sensitiva, se limitan á satisfacer una necesidad, una pasión, una inclinación natural.

Además, á un ser dotado de razón no había de serle cuesta arriba, no digo ya inventar un idioma, pero aprender siquiera el que le enseñasen, y gozar del trato de otros animales, como nosotros, dotados de razón. Mas porque esta empresa pide conocimiento de relaciones y práctica de raciocinio, según que más adelànte se dirá, por mucho que el hombre se esfuerce no saldrá con el empeño de enseñar á un bruto la lengua del país. ¿Qué digo lengua? Ni aun la verdadera mímica, la expresión mediante el gesto, está en la facultad del animal mejor dispuesto. Contrahacer sabrá, mover los miembros, hacer momerías, excitar la risa con sus desgarbadas contorsiones; pero expresar por sí mismo, hablar con el gesto, remedar la expresión humana con señales vivas de lo que está dentro, ni lo puede ni lo entiende. El hombre, favorecido de inventiva, cuando se halla falto de palabra acude presto á las manos, y si la mímica no le basta, con gestos y meneos de cuerpo demuestra suficientemente la substancia de sus pensamientos y cuánto se recrea con la presencia de sus semejantes: el uso del gesto, que es el lenguaje más natural que el hombre posee y que emplea sin haberle aprendido, testifica ciertamente estar enriquecido de facultades intelectuales; por el contrario, el ser los brutos mal agestados prueba que están faltos de entendimiento para tratar y comunicarse con los demás.

4. A la misma conclusión conducen las obras de los animales llenas de artificio y de ingenio. De dos fuentes provienen las hazañas que

[1] *L'espèce humaine*, l. I, chap. I.— [2] II II.ae, q. CX, a. I.

los hombres ejecutan. Primeramente, de las facultades superiores con que inventan, trazan y toman á pechos las empresas; después, de los medios con que miden la dificultad de las acciones con la grandeza de los designios: con estas dos alas vuelan los hombres de hazaña en hazaña, hasta subir camino derecho de siglo en siglo á la perfección de sus obras. Los animales, empero, aunque con la delicadeza de sus miembros efectúen maravillosos movimientos, faltándoles facultades que rijan la maniobra, á pesar de poseer facultadas orgánicas, motrices y sensitivas, por más perfectas que las supongamos, paran luego, quédanse reducidos á muy cortos límites, porque ni la monotonía los deja medrar, ni el ejercicio aguza sus ingenios, ni la repetición de actos los alienta á otras raras maravillas. La estudiosidad, el apetito de saber, la curiosidad de inventar, el afán de escudriñar, que tanto pueden con el hombre, son aguijones sin virtud para despertar en los brutos el deseo de fabricar altos designios que los estimularían á mirar con más acierto por su propio bienestar. Da de esto el P. Losada una muy buena razón, que tocamos arriba [1], y es, dice, "porque no perciben los brutos objetos espirituales, ni aun los materiales en abstracto, pues ningún animal ha sido capaz de aprender geometría; porque tocante á los objetos sensibles, dado que formen algún juicio impropio y virtual, que consiste en cierta aprensión bastante á mover y determinar su apetito, no juzgan propiamente, comparando el sujeto con el predicado, y fallando sobre la distinción ó identidad de entrambos. Para eso era menester alguna noción de identidad y distinción y de ser en común; la cual noción, siendo abstracta, sobrepuja en gran manera el conocimiento material de los brutos„ [2].

De donde se deriva que los brutos pertenecientes á una especie han tenido siempre la misma manera de proceder en todas sus cosas, á no ser que alguna causa externa haya atajado y desconcertado sus maniobras; constante inclinación, que demuestra lo limitado y rastrero de sus conocimientos. El castor que edifica sus chozuelas á la orilla de los ríos, con aquella destreza que queda referida, en algunos puntos de Europa se contenta con abrir en la ribera un agujero donde esconderse y esquivar la vista del hombre. A las abejas de Europa llevadas á las Antillas se les gasta y desfallece aquel afán de hacer panales: y así de otros brutos. Mas este poder que se les quita para obrar, no es mudanza de instinto ni alteración de inclinaciones; es sólo impedimento que ponen las circunstancias locales á sus instintivas manifestaciones; aun si queremos llamarlo modificación del instinto, no es en verdad progreso, ni perfección en las obras instintivas, ni enderezamiento que las lleve de bien en mejor; es únicamente satisfacción forzosa de los naturales apetitos. "El hombre, dice Suárez, por medio del raciocinio, distinta y claramente conoce que un objeto

[1] Cap. XXXIII.—[2] *Curs. phil.*, p. III; *Animast.*, c. IV.

es bueno ó malo, y la razón de bondad ó malicia; el ángel alcanza la misma razón con una simplicísima intención, y así tiene más perfecto conocimiento; el bruto, empero, con un simple acto conoce confusamente lo bueno ó lo malo, rastreando solamente su razón material, por donde su conocimiento es mucho más imperfecto que el del hombre y el del ángel„ [1]. Según esto, toda la sagacidad, discreción y prudencia que parece en los animales, hay que referirla al Autor de la naturaleza, que los dotó de tales inclinaciones, y por cuya virtud, en el acto, súbitamente, sin discurso, como por intuición, conocen y apetecen su bien natural, aunque no puedan caer en la cuenta ni penetrar el por qué de sus hechos.

Los que en un lance parecen superiores al hombre, en otros mil le son infinitamente inferiores. Si la abeja hace riquísimos panales después de labrar admirables alvéolos, nunca supo ni intentó tejer una telaraña, que parece más fácil; ni la hormiga acertó á edificar otra suerte de silos que los suyos: prueba que no aplican reglas artísticas, ni siguen más ley que la propia comodidad en la conservación y propagación de la especie. Pues luego absurdo es comparar al hombre con los animales para sublimar su perspicacia y capacidad, porque la industria, discurso y entendimiento del niño de siete años raya sin comparación más alto que el ingenio de los brutos más aventajados. Por lo cual repetimos con el P. Nieremberg: "No es Dios menos admirable en un mosquito que en la fábrica del sol y todo el cielo. El ingenio y astucia de los mismos animales, que hacen obras de razón sin tenerla, que hacen obras artificiales sin arte y sin disciplina, muestra con evidencia que hay una razón y poder oculto, y una mano escondida que secretamente los gobierne„ [2].

5. Mas no sólo carece el animal de discurso, sino también de libertad. Los sentidos externos, los internos, la imaginación, la memoria, la estimativa, son facultades que concurren provechosamente al ejercicio de sus actos instintivos; por cuyo medio llevan al cabo maravillas puestas fuera de la órbita de la sensibilidad. Es irresistible la pujanza que tienen de sí estas potencias para incitar al animal á obrar de esta y no de otra manera. "De cuya invencible fuerza, dice el Padre Cornoldi, procede la constante uniformidad de su obra. Han recibido de otro la manera de obrar, y por eso es siempre la misma; el hombre la tiene de suyo, y por eso siempre varía„ [3].

De aquí se sigue el carecer el animal de libre albedrío, por cuanto no es dueño de elegir y de disponer de sus propias operaciones, ni las tiene de suyo, ni las ha adquirido, ni puede repudiarlas, ni ver en ellas razón de bien universal; siéntese poderosamente arrastrado á obrar con ellas el bien particular que su individua condición deman-

---

[1] *De Anima*, l. III, c. VI.—[2] *Oculta filosofía*, lib. II, cap. LVII.
[3] *Lez. filos. scol.*, lez. LVI.

da. No echemos, pues, á elección libre la astucia, que es extremada en algunos brutos. Viéneles, ó de la enseñanza que del hombre reciben con tanta repetición de actos, ó de su inclinación á remedar acciones humanas, ó de las continuas impresiones que los objetos materiales en ellos hacen; porque á la manera que el hombre es movedizo y liviano por veleidad propia, así lo parece también el animal, que no está en un ser y es impelido á variar su estado por los objetos que le rodean; pero en cesando éstos de imprimirle cesa el efecto, bórrase la primera sensación, entra una segunda en su lugar, el animal parece otro, tan otro, que con sólo ofrecerle un objeto nuevo que solicite su apetito será tan fácil atajar al ímpetu de sus inclinaciones, que la que fué considerada sagacidad y prudencia se torne torpeza, brutalidad, insensatez, inclinación ratera y tosca.

Explícanos bellísimamente Santo Tomás la razón de esto, diciendo así: "A la manera que dijo el filósofo en el 3.º *De los Físicos:* El movimiento es acto del móvil que proviene del motor, y por eso la virtud del motor parece en el movimiento del móvil; no de otra manera, en todos los que se mueven por razón vese orden procedente de la misma razón, pero las cosas que no son movidas por la razón, no la poseen en sí mismas. La saeta vuela derecha al blanco disparada por el arquero, cual si en ella hubiera razón que la dirigiese. Lo mismo vemos en los movimientos del reloj y en todas las máquinas fabricadas por arte humano. Ésta es la razón por qué se manifiesta tanto orden en las obras de los que se mueven según naturaleza, como en los que se mueven por arte, como dice Aristóteles en sus *Físicos.* De lo cual resulta la capacidad en el obrar de ciertos animales. Obran así, porque tienen natural inclinación á una suerte de obras llenas de orden, por gobernarlos en ellas el arte divino. Por este motivo algunos llámanse prudentes y sagaces, no porque estén dotados de discurso y facultad de elegir, lo cual se ve claro, pues todos obran naturalmente de un modo determinado y particular" [1].

6. Ni basta discurrir que á Dios le era fácil fraguar máquinas que se moviesen con tanta destreza como se mueven los brutos. Porque, aun supuestas tales máquinas, ¿cómo engendrarían y parirían máquinas parecidas? ¿Cómo tendríamos seres que recuerdan, acometen, toman venganza, dan señales de placer, de temor, de tristeza, de sumisión, que conocen y van en pos de su bienestar sensible, y que huyen y alejan de sí el mal contrario á su condición? Si, pues, á Dios hacemos autor de tan ingeniosas máquinas, ¿no será más razonable por más digno de su bondadosa providencia admitir que la libertad y razón que parece en las bestias, Dios es quien la posee, con cuyo concurso y ordenación hacen ellos perfecta y necesariamente las cosas que parecen voluntarias y deliberadas?

---

[1] I p., q. XIII, a. 2.

Muy atinadamente, para probar nuestro inmortal Quevedo la existencia de Dios en el tratado de su *Providencia*, dice estas admirables palabras: "Otras criaturas hay que, excediendo apenas á los átomos, contentas con ser algo y dejar de ser nada, hizo el Hacedor capaces de vida, instinto, movimiento en cuerpos que con la pequeñez burlan las atenciones de la vista: los mosquitos, que sin poderles hallar la boca y sin saberles descubrir el pulmón, tocan instrumento sonoro y ejecutan heridas; la polilla, que roe sin dientes, y muerde sin quijadas, y digiere sin estómago; las pulgas, de quien se sabe, más porque se sienten que porque se ven, que tienen la defensa en lo imperceptible, que ven en lo obscuro y apenas son visibles en lo claro. ¿Quién hizo labradoras á las hormigas y tan próvido aquel pueblo negro y menudo? ¿Quién en tan pequeño jornalero como la abeja encerró ingenio geométrico? Dirás que todo eso da la naturaleza; y si ésta lo recibió de otro, daremos proceso infinito, y éste ninguno le concedió. Si á la naturaleza llamas principio de todo sin principio, necesariamente confiesas que hay un Dios. Pónesle nombres, mas no le niegas; llámasle como quieres, no como debes". Con estas palabras refería á Dios el instinto de los brutos este erudito ingenio; y respondiendo á los que los dotan de entendimiento, decía con agudeza: "Pues quien se juzga no diferente de las fieras en el alma, no tendrá asco ni horror de trocarse con ellas"[1].

Esta misma razón da el venerable P. Fr. Luis de Granada en su *Símbolo de la fe*[2], donde dice así: "Quien considerare que en todos los animales suple Dios la falta que tienen de razón con su providencia, obrando en ellos, por medio de las inclinaciones naturales que les dió, lo que ellos obraran si la tuvieran perfecta, no le será increíble lo que en esta materia se dijere. Porque el que por sola su voluntad y bondad los crió, y quiso que permaneciesen en el ser que les dió, estaba claro (pues sus obras son tan perfectas) que les había de dar todo lo que les era necesario para su conservación, obrando él en ellos lo que para esto les convenía, y así dice Santo Tomás[3] que todos estos animales son instrumentos de Dios, el cual, como primera y principal causa, los mueve á todo lo que les conviene, mediante aquellas inclinaciones é instintos naturales que les dió cuando los crió..., con las cuales inclinaciones hagan todo lo que hicieran si tuvieran razón, no sólo tan perfectamente como los hombres, sino muy más perfectamente. Porque más ciertos son ellos, y más infalibles, y más regulares, y más constantes en las obras que pertenecen á su conservación que los hombres en las suyas. Y aun pasan más adelante de ellos... Pues en esto manifestó el Criador la grandeza de su poder y de su sabiduría y providencia". Y más abajo dice el mismo sa-

[1] *Providencia de Dios*.—[2] Parte I, cap. XI.

[3] L. II, q. I, a. 2.

bio escritor, hablando de las hormigas [1] al responder á la duda del filósofo Cleantes sobre si tienen ó no razón y entendimiento: "A la verdad, entendimiento tienen, no suyo, sino de aquella soberana providencia que en ninguna cosa falta y en ninguna yerra, y en todas es admirable, como lo es en sí misma„. Esto dice este preclaro escritor en su celebradísima obra, donde larga y discretamente describe las habilidades, inclinaciones y ejercicios de los animales y de los más menudos insectos.

Examinadas con atenta consideración las acciones de los animales, y visto con cuánta perfección sacan la primera vez un artefacto que el hombre, tras largos años de experiencia, apenas podría imitar; por otra parte, considerando que ni saben mudar de estilo, ni aciertan á corregir las cosas mal hechas por otros, ni á remedar el ingenio de los seres más imperfectos, ocurre preguntar: ¿Quién les infundió, pues, una tan extraña inclinación? ¿Quién la sustenta? ¿Acaso Dios les imprimió en la estimativa la manera artificiosa de obrar que cada especie animal había de tener? ¿Es por dicha Dios el inmediato motor de sus órganos? Algunos autores, pareciéndoles demasiada la inteligencia que se esconde en las habilidades de los brutos para suponer en ellos alguna, han acudido á una mente infalible y suma que obrase en ellos, dirigiendo sus obras y sirviéndose del instinto como de instrumento para llevar adelante fábricas y acciones tan portentosas. Esta sentencia tiene el inconveniente de atar al supremo Ordenador á cada caso particular, con tenerle ocupado de continuo en sugerir el medio apto para lograr el fin; ¿cómo se compone con eso el que los animales tantas veces se engañen en sus manifestaciones instintivas y muestren limitadísima capacidad? [2].

7. Para templar esta dificultad, otros explican el instinto de la manera siguiente: Los hombres, repitiendo y reiterando los actos, al principio dificultosos, logran contraer tales hábitos con una cierta facilidad en el obrar, que casi sin sentir ni pensar en ello ejecutan perfectamente lo que antes parecía impracticable. Si Dios nos infundiese los hábitos naturales á la manera que nos infunde los sobrenaturales de la gracia, no cabe duda sino que produciríamos actos iguales y por igual estilo que si fueran los hábitos adquiridos. Supongamos, pues, también que Dios, sapientísimo Ordenador y Presidente del universo, adorna la naturaleza bestial de hábitos convenientes ingiriéndolos en sus almas, pero lanzándolos de arte en la rudeza de los órganos, que rompan en actos proporcionados con facilidad y deleite: en este caso, sólo faltaría un estímulo que despertase el hábito y activase su determinación; para eso ayuda y sirve el conocimiento sensitivo que el objeto exterior imprime en los animales: conocimiento

[1] Ibid., cap. XVIII, § 1.°
[2] WUNDT, *Élém. de psychol. physiologique*, 1886, p. 384, II.

que, atizado por el apetito de la conservación, excita y aviva el hábito infuso y determina maneras tan excelentes de obrar, que dejan atónitos y espantados á todos los hombres. Si alguno prefiere suponer que los brutos toman noticia de lo que han de hacer, y quiere concederles idea sensible anticipada de las mismas cosas que hacen, sugerida por vía de hábito infuso, no es inconveniente, con tal que declare no ser experimental la dicha aprensión, sino innata; concreta y material, no abstracta y universal. Sea como fuere, al Autor y Gobernador de todo hemos de hacer recurso para explicar el origen de los hábitos que constituyen el instinto [1].

Con el premeditado intento de extirpar toda noticia de Criador y creación, los transformistas, cuando se ponen á dar cuenta de las acciones instintivas de los brutos, sin miedo á la mole de dificultades amontonan siglos y más siglos, imaginando que en su pacífico decurso los animales se adiestraron en el arte de conservar incólume su especie con notable provecho. Respondamos á la hipótesis transformista en pocas palabras. ¿Cuándo empezarían las abejas á fabricar sus panales de miel? Díganlo por Dios los adversarios. Porque si al principio solamente daban de sí cerote ú otro excremento, que después pasó á ser cera, explíquennos de qué vivían, qué flores galanteaban, qué destreza usaban; pero antes declaren qué jaez de organismo era el suyo, pues el que ahora gastan es muy á propósito para dar cera y miel; que eso apetecen ellas, picando en esta y aquella flor por cumplir con su instinto, que se explaya en aquella maravillosa hechura de prismas exagonales primorosísimos. Si las abejas no labraban miel en sus colmenas, ni gozaban de tan asombrosa habilidad, sería porque algún miembro se lo estorbase, ó porque su organismo no era para el caso, ó porque, siendo abejorros sin talle ni gracia para adquirirla, habían de pasar por muchos alambiques de despojos y escotaduras; mas entonces, ¿cómo vivían? ¿Qué seres nacían de su propagación? ¿Los han visto en algún museo los transformistas? Dirán que poseían instinto rudimentario. ¿Han imaginado lo que significa un rudimento de instinto en bestezuelas de esta calaña? El instinto (que es aquel modo de obrar íntimamente relacionado con la estructura orgánica) lleva en sí el sello de la perpetuidad, como le lleva la especie que le ejercita. O le hay ó no le hay; así como no se conocen animales organizados á medias, tampoco se tiene noticia de instinto á medias. Cada especie le goza por entero formado: los siglos ni le acrecientan, ni le corrigen, ni le quitan, ni le truecan, ni le desfloran; solamente la extinción de la especie acaba con él, no le marchita la edad ni le envejecen los años.

Atentos los transformistas á apocar el concurso de Dios en la disposición de los instintos, se han escandalizado por parecerles mane-

[1] P. DOM. PALMIER, *Antropol.*, cap. II, thes. IV.

ra de crueldad el que el gato aceche al ratón para engullírsele, la araña envuelva en sus hilos las moscas para chuparles la sangre, el lobo acose al cordero, la zorra á la gallina, y así de los demás. Los escrúpulos de los transformistas debieran picar más vivamente sus conciencias cuando están á punto de escopetear liebres, fusilar perdices, saborear faisanes, freir salmonetes, porque ellos son los que se muestran enemigos de la abstinencia por no privar su gula de los exquisitos platos que la carne del animal les facilita. ¿No es en ellos crueldad la matanza, y lo será en los brutos carnívoros que no pueden proveer á su vida sin hacer presa en la de los frugívoros destinados á conservársela? ¿No será crueldad en el cirujano el amputar la pierna del transformista que se la quebró de un mal traspié, y á contemplación del perniquebrado la zorra perecerá de hambre por no atreverse á escalar el gallinero? No ven los compasivos zoófilos las niñerías de sus discursos; menos verán la sabiduría del Criador estampada en el instinto de las bestias, á cuya escuela manda Dios los hombres bestiales para que aprendan amor de la virtud y aborrecimiento del vicio [1].

El día quinto, al anunciar la fundación del reino animal en común, celebra en particular el apogeo de los anfibios y de las aves en la era mesozoica hasta principios de la cenozoica. Los animales, los seres más misteriosos de toda la creación, que han dado tanto en qué entender á los sabios, porque su naturaleza es un abismo sin suelo, nacen á la voz de Dios en el seno de las aguas; la vida sensitiva, más excelente que la vegetativa, se apodera de mares y riberas. Tiene comunes con la vegetativa muchas funciones; en las principales le lleva infinitas ventajas. Los animales sienten exterior é interiormente; están dotados de fantasía, de estimativa, de memoria sensitiva; poseen conocimiento y apetito de cosas puramente materiales. Al paso que la vida sensitiva los hace más excelentes que las plantas, declaralos inferiores al hombre la falta de inteligencia. Un principio los anima, mortal, pero no material; activo, pero caduco; perceptivo y apetitivo, pero no racional ni libre. Dios es quien dirige la manera de obrar de los animales, dándoles fuerza que los sostenga, constancia que los conserve, avivando con secreta virtud sus facultades, reduciendo todo el reino á perfectísima unidad. No hace Dios dejación de esta clase de hechuras: ¿qué harían sin el concurso divino? Dios protege, defiende, alienta, gobierna y rige el mundo de los animales; con que si no se movió hoja de árbol en el transcurso de los siglos sin el beneplácito divino, ¿cómo había de perecer un insecto sin su soberana disposición? Aquí se muestra Criador, dando ser á las primeras almas de cada especie; bienhechor, enriqueciendo los cuerpos de tanta hermosura de miembros; supremo Ordenador, mandando que cada espe-

---

[1] *La Civiltà cattolica*, 1895, vol. IV, pág. 539.

cie salga á luz en oportuna sazón; vivificador, influyendo virtud en cada individuo para desarrollarse y crecer; inteligencia infinita, infundiendo hábitos instintivos en cada especie; providencia amabilísima, llenando á todo animal de su larga bendición. Así la jerarquía sube de punto y se encumbra, el mundo granjea incomparable hermosura, la vida se explaya en variedad de formas nuevas; así, en suma, se prepara el desenlace final del drama divino con el aparecimiento del hombre.



DIA SEXTO.

ERA MODERNA.



CAPITULO XXXVIII.

LA FAUNA TERCIARIA.

«*Dixit quoque Deus: producat terra... jumenta et reptilia, et bestias terræ .. factumque est ita.*»

(Vers. 24.)

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Declárase la obra del día sexto por el Génesis.—2. La distribución de mamíferos del Génesis responde á la clasificación zoológica moderna.—3. Numerosidad de los mamíferos.

1. La obra del día sexto se contiene en los versiculos 24 y 25, donde la Vulgata dice así: "Dijo también Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su especie, jumentos y reptiles y bestias terrestres según sus especies. Y así se hizo. Hizo Dios bestias terrestres según su especie, y jumentos, y todo reptil en su género; y vió Dios que era bueno„. Autores hay, Calmet parece ser uno de ellos, que remiten esta obra al día quinto, deseosos de juntar en uno la creación de todo el reino animal; pero, no porque de esa opinión resulte más obscura la letra, ni menos conforme con los dictámenes de la ciencia, sino por ser más común el sentir de los intérpretes, que hacen de la formación de los mamíferos día especial y aparte, es preferible atenernos á lo más literal del capítulo.

Primeramente, la Vulgata, el original hebreo, los Setenta, el caldeo, el siríaco, el samaritano, el arábigo, se sirven de la palabra *producir* para expresar la creación de la fauna principal y más perfecta. El sentido literal y obvio de esta voz *producat terra,* en hebreo *totze* (תּוֹצֵא הָאָרֶץ), vale tanto como sacar afuera, hacer público, extraer: no tiene la potestad de *engendrar* en su propia significación, como algunos antiguos creyeron, llamando *madre* á la tierra por haber dado nacimiento á tanta copia de animales. La razón es porque la dic-

ción *(totse)* תּוֹצֵא viene de יָצָא *(yatza)*, que significa *salir*, y en la forma hifil *sacar*, y de ninguna manera *parir*.

Tampoco cabe aquí la cuestión escolástica sobre si la tierra concurrió con su eficacia á la producción del reino animal. Tanta virtud daba el cardenal Cayetano, como en lo pasado dijimos, á este vocablo *producat*, que concedió á la tierra causalidad de verdadera madre, de cuyo seno hubieron de nacer los vivientes del sexto día, así como lo había dicho ya de los vegetales. Suárez, por el contrario, declaraba que "esa palabra significa causalidad acondicionada al elemento de la tierra; y así de las palabras muy bien se prueba la causalidad material; pero la eficiente, ni se prueba, ni puede componerse con la razón" [1]. Del mismo parecer era el expositor Pereira, discantando en esta forma: "La voz *producat terra* no denota en la tierra virtud activa y causadora de animales, que no es de creer fuese ella capaz de tanta eficiencia; sino que indica la vigorosa materia de que el poder divino sacó tantos animales; ó bien significa que la tierra es el lugar natural de los brutos, puesto que en ella son conservados, alimentados y engendrados. Por lo cual, algunos hebraizantes juzgan que el *producat terra* es frase hebrea, y modo de hablar puesto por *prodúzcanse de la tierra*, ó *sean producidos en la tierra*" [2]. De suerte que la letra no obliga á sentido determinado; pues si la tierra dió ser á la turba mamífera, no se dice el cómo; y el callar tiene misterio [3].

A qué guarismo se extendió el número de individuos de cada especie, es disputa que toca Suárez, y resuélvela de paso, remitiéndose á la entablada sobre las plantas. Este punto se enlaza con aquel otro, si los animales se mostraron en un solo lugar, ó por todo el orbe. "Dado que sea cosa incierta, dice, parece más verosímil que aparecieran por doquier. Pero siempre quedará para nosotros obscuro cuántos individuos salieron á la vez en todo el orbe de cada especie de animales: y así dejémoslo á la sabiduría divina, á cuyo arbitrio fué hecha esta multiplicación y distribución. Con todo, así como de las plantas dijimos, también aquí puédese considerar que de estos animales, unos se criaban mejor y más á propósito en unas regiones que en otras; y que en la misma especie unos eran mayores y más fuertes que otros, y dotados de otras cualidades en un terreno más que en otro. Y por este norte es verosímil que Dios, con su sabiduría, reguló y proporcionó la variedad de estas producciones con los climas y comarcas." Hasta aquí el P. Suárez.

2. Ahora veamos qué generos de animales comprendió Moisés en los tres nombres *jumenta, reptilia, bestias terræ*. Todas las versiones han seguido la letra original que usa la voz singular *behema*

[1] *De op. sex dier.*, lib. II, cap. X.—[2] *Comment. in Genes.*, die VI.
REUSCH, *La Bible et la nature*, leçon IX.

(בְּהֵמָה), en vez del *jumenta,* conformándose todas con ella, menos los Setenta, que por *jumenta* leyeron *cuadrúpedos,* y la Vulgata y la arábiga, que vierten el *behema* hebreo en plural; pero la samaritana, la caldea y la siríaca retienen el singular del texto. *Behema* dice cuadrúpedo mayor y terrestre [1], de índole mansa, que vive en manadas, y por su mansedumbre é instinto casero se contrapone á la braveza de las fieras salvajes. "Muchos, dice Winer, entienden por *behema* el elefante, otros el hipopótamo; la voz parece de origen egipcio, y suena buey manso„ [2]. A este propósito advirtió Santo Tomás, que llámanse *jumenta* aquellos animales que sirven al hombre, y son capaces de ser domesticado [3], ó también dícense cuadrúpedos por los Setenta para diferenciarlos de los reptiles que carecen de pies.

La segunda palabra *remes* (רֶמֶשׂ) sustituye por aquellas bestias que andan resbalando el cuerpo, y no usan de patas para moverse, como en otra parte se dijo [4]: asimismo pertenecen á esta denominación todos los animales terrestres [5] que ni son *jumentos* ni *fieras.* Por este tercer vocablo, dice el hebreo וְחַיְתוֹ־אֶרֶץ, forma anticuada de caso constructo, en vez de חַיַּת *(hhayat),* que se lee más abajo. Este es plural de חַיָּה, que viene del verbo חָיִי, *vivir,* y significa con propiedad *vida,* de ahí *animal,* mayormente cuando se opone á *behema* suena *animal lleno de vida,* bruto vigoroso, fiera indómita, espantable por su bravura y ferocidad. De manera que las dos voces *behema* y *hhayat* se contraponen y andan encontradas, representando dos clases totalmente enemigas: *hhayat,* por lo común, los carniceros, rapaces, feroces y terribles, que se sustentan de la carne de los *behema,* cazándolos para de ellos comer. Es muy de notar que todas las versiones arriba citadas traen el *hhayat* en singular, excepto la Vulgata, que tradujo por *bestias terræ* la palabra que en los Setenta es *fieras* terrestres, ó animales señalados por su crueldad.

De aquí se entenderá con cuánta amplitud quiso Moisés abarcar todo el ejército de los mamíferos en un solo día, sin hacer caso de los pocos en número y en dignidad del día antecedente. Porque á todos los encerró en dos opuestos órdenes, figurando por *behema* los que se mantienen de vegetales, y por *hhayat* los que se ceban de carne animal, dejados para la denominación de *remes* los mamíferos que ni son aves ni peces. Así también lo interpreta el judío Wogue en sus postillas al primer capítulo del Génesis [6], diciendo: "En la primera edad ningún animal fué domesticado; pero han de entenderse en la creación por domésticos los que después se aplicaron al servicio del hombre. Sea como fuere, *behema* y *hhayat* es imposible expresarlos en términos propios; la mejor distinción es sin duda la de Biour, comentario de la versión de Mendessohn, que lee en el primer

---

[1] GESENIO, *Thesaur.,* vol. I.—[2] *Lexic. hebr.*—[3] I p., q. LXXII, a. I.
[4] Cap. XXXI, art. II.—[5] *Gen.,* IX, 3.—[6] P. 88.

vocablo *behema* las especies frugívoras ó herbívoras, y en el segundo *hhayat* las carnívoras, independientemente de su condición *pura* ó *impura,* mansa ó brava„. Estas tres suertes de mamíferos, herbívoros, carnívoros y reptiles distintos de los del día quinto, se ofrecen claramente á nuestra consideración en la época terciaria, según que vamos á exponerlo en sucinto resumen.

3. Empresa ha sido en todo tiempo de ardua dificultad el ordenar y repartir en clases los seres organizados: cuanto más ha crecido el número de observaciones hechas en el campo de la historia zoológica, más molestia ha causado la dificultad, tanto, que en el día de hoy viene á ser casi imposible presentar una clasificación perfecta por sus cabales. No es pequeña parte de este inconveniente la misma discordancia de sentires en los naturalistas tocante á géneros y especies. Uno de ellos, M. Contejean, tomado por fundamento el linaje de la comida, que es la que mira á la conservación del individuo, distribuye los mamíferos en carnívoros, herbívoros y mixtos, señalando á cada especie por su orden el grado de perfección que le compete, hasta los monos, que son los más aventajados por su hechura: cualquiera que no conociese las detestables doctrinas de Contejean pensaría que su clasificación fué inventada para dar razón del orden que guarda Moisés, en la cual los herbívoros serán el *behema,* los carnívoros el *hhayat,* y el *remes* comprenderá los de régimen mixto, y juntamente los pisciformes, anfibios, sirénidos, y luego los monos entre los más perfectos. Así podemos concluir que el repartimiento general de Moisés suma en tres compendiosas palabras toda la fauna terrestre de aquellos tiempos prehistóricos, con que responde ajustadamente á las pretensiones de la moderna zoología [1].

ARTÍCULO II.

1. Circunstancias de la época terciaria.—2. Es la época de los mamíferos.—3. Orden de categoría en esta fauna.—4. Raro aparecimiento de los numulites.

1. Ábrese, pues, á nuestros ojos la era terciaria, era de extraños sucesos geológicos y orgánicos, era que prepara de lejos el estado presente de cosas. La temperatura que reinó en aquella sazón pasó por muchas alteraciones: en general, debe decirse que la promedia fué mucho más baja que antes. En la aurora del eoceno las estaciones del año no estaban del todo definidas, los inviernos en cada región no diferían de los otoños tanto como ahora, el clima central de Europa se parecía al del Mediodía de España; pero se habían ya apoderado del polo boreal los fríos, los cuales fueron bajando de las regiones árticas y ocupando las latitudes inferiores con tanta prisa y rigor que,

[1] *Revue des cours scientif.,* 1868, p. 251.

según las observaciones de Oswaldo Heer, la temperatura media, cuando en el eoceno sobrepujaba á la nuestra en 13º, en el mioceno ya no la excedió sino en 8º, y en el plioceno en solos tres [1]. Cuál fuese la causa de tan rápido enfriamiento no está del todo averiguado, según es grande la división y pugna de pareceres [2]. Maravillosa traza fué que la tierra, á poder de gastar tanto calor, fuese disponiéndose y dando lugar á las zonas climatéricas, que ya desde el cretáceo habían comenzado á insinuarse, y que en este tiempo terciario habían de quedar definitivamente establecidas y zanjadas; disposición, que no fué casual ni fuera de razón, sino divinamente trazada por aquella infinita Providencia, que en esta grande era quería que naciese y se propagase la fauna mayor en toda su plenitud.

En el decurso de los tiempos secundarios reinó, como dicho tantas veces tenemos, notable conformidad de circunstancias físicas y biológicas en toda la redondez del globo; llegado á su término el cretáceo, siéntese la tierra presa de extraños rumores y torbellinos, no tanto por los productos que brotaban de sus entrañas, cuanto á causa de los grandes estremecimientos que en su corteza causaba la fuerza del calor interior. Los Pirineos se levantaron, empináronse los Alpes, alzaron sus crestas los montes Carpatos, el Cáucaso brotó del seno de la tierra, el Himalaya amenazó al universo con su altanería; y al arquearse estas inmensas cordilleras, precipitáronse por sus quiebras acogidas caudalosas de aguas, se descolgaron de sus cumbres lagos convertidos en ríos y regaron con sus raudales los nuevos valles y senos [3]. A vueltas de tan incomparables convulsiones, ¡cuántos tipos de animales y de vegetales vieron su fin! ¡Cuántas formas dejaron de ser! Amonites, belemnites, hipurites, saurios marinos, pterodáctilos, ganoides, crinoides, sin contar las coníferas, cicádeas y otras muchas castas de animales y plantas, fenecieron y dejaron la vida para no tornar á resucitar su linaje, sin que sea hacedero señalar otra causa, que convenza, de fenecimiento tan absoluto, sino la traza de la adorable Providencia, que lenta y gradualmente llevaba á remate sus soberanos consejos.

Hagamos aquí una digresión, pues lo sufre la importancia de la materia, para dejar más acabadamente calificada la Cordillera de los Andes, ejemplar notabilísimo de cadenas montañosas, la más larga y de más regular longitud que en el globo se conoce, llamada con énfasis la espina dorsal del continente americano. ¿En qué época se formó? La opinión general la reputa por la más reciente cordillera. En su dilatada extensión de 3.000 leguas casi no se hallan piedras guijarreñas, ni rocas estriadas, ni breñas aborregadas, sino señales

---

[1] *Le climat et la végét. du pays tert.*, p. 193.

[2] Saporta, *Nature*, 1878, 1er S., p. 187.

[3] Credner, *Traité de Géol. et Paléont. Tertiaire.*

manifiestas de glaciares. Por esta causa muchos geólogos son de parecer que los Andes se descollaron en tan incomparable grandeza á fines del período glaciar, cuando los trastornos geológicos en aquellos parajes acabaron con el mamut. Alegan esta razón: el mastodonte está sepultado en ambas vertientes de la gran Cordillera á la altura de 2.500 y más metros; arduo de creer es que en semejante elevación pudiera vivir este mamífero, y con más dificultad se entiende cómo atravesaría las cumbres áridas en busca de vegetación, pues de otro mantenimiento no se nutre. Además, por los valles profundos, por los llanos y por las más altas laderas corre una capa de depósito sedimentario, cuya formación se atribuye á las aguas: tan diversa distribución de limo arguye que, cuando se depositó en las distintas regiones, se hallaban éstas enrasadas á nivel. De donde resulta que el levantamiento de la Cordillera americana es posplioceno y aun posterior á la época terciaria [1]. Tal es el dictamen de Howorth [2], cuya opinión acerca del desaparecimiento del mamut, por revueltas de catástrofes súbitas, no merece el aplauso de Lapparent [3]. Pasemos adelante, anudando el hilo de la época terciaria.

2. Paréceles á algunos escritores que ésta no debiera ser llamada *era de los mamíferos,* á causa de que no pocos de ellos habían dado ya muestras de sí, aunque en formas imperfectas y transitorias, en la alborada de los tiempos secundarios. Así lo juzga Briart [4]; no por eso niega, ni es posible porfiar, sino que, como dice Credner [5], "El desenvolvimiento del vulgo de los mamíferos y la lozanía de los árboles angiospernos son caracteres distintivos y esenciales de la época terciaria„. No disputamos que los marsupiales, mamíferos de la ínfima plebe, se propagaron variamente en el tiempo anterior, y vinieron á faltar en Europa á mediados del terciario; pero no impide esa anomalía que intitulemos por reinado de los mamíferos todo el transcurso de esta edad; cuanto más, que es tarea dificultosa deslindar bien los terrenos que se tocan y continúan.

3. Desde que Lyell ordenó la tercera época en tres períodos, que apellidó eoceno, mioceno y plioceno, han seguido comúnmente los paleontólogos la norma de estas denominaciones, ajustando á ella los sucesos de los tiempos terciarios. Después el infatigable D'Archiac describió en su *Geologia y Paleontologia* todo cuanto importa saber de las faunas primitivas, fuera de que en otros muchos escritos cargó

---

[1] STAINIER: On peut donc, remarque M. Howorth, dire après d'Orbigny: «il y a eu parfaite coïncidence entre le soulèvement des Cordillères, la disparition des grands mamifères et le dépot de boue des Pampas». Ce soulèvement est certainement post-tertiaire». *Revue des quest. scientifiques*, Janvier, 1892, pág. 294.

[2] *Geological Magazine*, 1891.—[3] *Revue des quest. scientif.*, ibid., pág. 645.

[4] *Principes élément. de Paléont.*, 1883, p. 294.—[5] L. c, p. 577.

siempre la consideración sobre este capítulo, tratándole con tanta diligencia y acierto, que su nombre ha quedado como prenda de confianza y como autoridad de mayor excepción. "Por la época terciaria, dice, entramos, digámoslo así, en el atrio del mundo moderno; ya vislumbramos de lejos, por entre varias modificaciones, la condición y hechura de los animales y plantas de nuestros días. La naturaleza pone más cobro en rematar su obra, haciendo que entren en el teatro de la vida, en los primeros depósitos, verdaderos mamíferos, carnívoros y herbívoros placentarios de talla mediana" [1]. En cuyas palabras es muy de advertir cómo los mamíferos yacen enterrados solos, casi sin otra compañía, en el período terciario inferior, esto es, en el eoceno: conclusión muy conforme con la letra del Génesis.

Otra advertencia no menos digna de estima es que, no sólo los que se divisan en los primeros terrenos eocenos son herbívoros, mas también carnívoros, para que entendamos que al decir Moisés que Dios "hizo fieras, jumentos y reptiles" [2], y al colocar estos nombres en orden inverso en el versículo 24, en que manda Dios tengan ser los jumentos, reptiles y fieras, quería enseñarnos que, en hecho de verdad, no hubo preeminencia en la sucesión, ni descendieron unos de otros, sino que todos juntos los mamíferos reinaron á un tiempo sin notables diferencias. Mas con ser esto verdad, no obsta admitamos que en los mamíferos en común tuvo lugar algún orden de sucesión, yendo de menos perfecto á más perfecto, como lo dan á entender estas palabras del ilustre Barrande: "En lo tocante á los animales terrestres, geológicamente hablando, son de origen menos antiguo que las aves y peces; y su formación fué sucesiva como en éstos. Cada tipo antiguo se desparece para dar cabida á tipos nuevos. Su crecimiento en el decurso del tiempo tiene por causa, ó bien una acción nueva y repetida del Criador, ó bien las leyes primitivas impuestas por su eterna Majestad" [3].

Todos los testimonios de los sabios vienen á concluir que en esta época terciaria las circunstancias físicas y biológicas de la tierra tan del todo difieren de las anteriores, que sus faunas y floras distan infinito de las primitivas y mesozoicas. "Los mamíferos, dice Lapparent, por largo tiempo atrofiados, despiertan á nueva vida con extraordinario vigor y entran en posesión del globo, en tanto que el mundo vegetal, antes de la invasión final de los fríos boreales, despliega manificencia y variedad desconocidas hasta la sazón. El imperio de las gimnospermas ha tocado á su fin; las palmeras y los árboles de hojarasca mudable gallardean y hállanse en su mayor aumento en el corazón de la época terciaria. En los mares los cefalópodos

---

[1] *Revue des cours scientifiques*, 1868, p. 304.—[2] Vers. 35.

[3] Citado por MOIGNO, *Les splendeurs de la foi*, t. II, chap. III.

pierden la ventaja, los braquiópodos cuentan pocos ejemplares, y los amonites despídense de la fauna y se retiran del todo. Al revés, los lamelibranquios abundan juntamente con los gasterópodos, las faunas locales se multiplican, y con el favor de condiciones exteriores, de cada día más variadas, ábrese camino á la riqueza y diversidad de las provincias zoológicas de la época actual„ [1].

4., Pero un suceso inopinado y sumamente curioso se presenta al romper el alba del período eoceno: el mar súbitamente se cuaja del notabilísimo género de los numulites *(nummus, moneda)*, tan pequeños en el tamaño como sin número en sus especies, vivientes ruines, los más menguados y toscos tal vez, como está dicho arriba [2], de toda la turba animal. Lo raro y estupendo del caso, y que deja atónito al hombre que lo considera, es que, no bien hubieron amanecido y hecho ruidosa salva á la alborada del eoceno, como corridos de la luz, no vieron la hora de espirar y retirarse del teatro del universo. Mas como importaba tanto la ostentación al crédito de su existencia, en el poco tiempo que tuvieron de vida diéronse tanta prisa á procrear y á multiplicarse, que, con ser casta tan abatida y para poco, cual si nuevos bríos les dieran las dificultades, superaron imposibles, se dilataron por los anchos mares, se alzaron con nuevas tierras, y, conquistada la Europa, poblaron el Asia, se derramaron por las Indias, cubrieron con su figura circular todos los territorios, llegando en ellos á formar gruesos montones, capas dilatadas, arrecifes enormes, de manera que desde el litoral de España hasta el Japón y costas de la China, no solamente se hallan al paso petrificadas grandes rocas de numulites, mas también muchas de estas capas orgánicas tapizan las laderas de los Pirineos, de los Alpes, de los Apeninos, montes Carpatos y cumbres de la India oriental. No fundaron prosapia: en breve la casta se revino y se remató del todo; de aquel extraño acontecimiento, sólo la fama ha quedado. Mas ¿cómo se hicieron aquí lugar tras de los grandes reptiles y consecutivamente á las aves de los terrenos secundarios, entre los animales perfectos de los terciarios, estos menudísimos vivientes, los más imperfectos, raquíticos y traspillados del reino animal? Los transformistas, perdidos siempre por lo mejor, echan mordaza á la lengua, disimulan y excusan el suceso. Quiso, sin duda, el Señor de cielos y tierra sembrar las aguas de estos diminutos seres circulares y hacerlos tan rodaderos (el mayor como una pieza de cinco céntimos) para que en ellos, como en chinitas livianas, tropezasen nuestros transformistas y dando de ojos reconociesen la fuerza del incontrastable divino poder.

---

[1] *Traité de Géol.*, p. II, livre II, sect. IV.—[2] Cap. XXXIV, art. II.

ARTÍCULO III.

1. Los cuadrúpedos herbívoros representados en el *behemot.*—2. Los reptiles en el *remes.*—3. Las fieras en el *hhayat.*

1. Particularizando ahora la historia de la fauna terciaria, es tan digna de consideración, que bien justifica las palabras del Génesis, al presentarnos en tres diferencias muy separadas la muchedumbre de los mamíferos. Ocupan lugar distinguido los *jumenta,* ó digamos cuadrúpedos herbívoros, tantos en número y tan varias sus especies, que "algunos autores, dice Briart, han dado en llamar á la época terciaria, no época de los mamíferos comoquiera, sino época de los ungulados„ [1], que son los que caen debajo de la denominación de jumentos. Según esto, para distinguirse esta era por los *jumenta* de Moisés, fuerza es que fuesen sin cuento. Nombremos sumariamente los más principales, aunque debamos repetir aquí cosas dichas en otro lugar [2].

El paleoterio, bruto poderoso de la talla del caballo, armado de pequeña trompa, semejante á nuestro tapir; el anoploterio, otro paquidermo de régimen vegetal, parecido al asno; paleoterios y anoploterios moraban juntos en grandes manadas á fines del eoceno; el antracoterio, con quijadas guarnecidas de caninos, incisivos y molares, muy á propósito para tronchar y mascar plantas; el famoso dinoterio, de siete ú ocho metros en largo y cuatro ó cinco en alto, cabeza larga de metro y medio, armado de terribles colmillos, no tanto para defensa, cuanto para descepar vegetales que componían su mantenimiento; con ser éste uno de los más corpulentos proboscídeos que se conocen, faltó luego, sin dejar rastro de sí, y sin saberse cómo vino al mundo, al cerrarse la era terciaria. "¿Cómo pareció? ¿Cómo despareció?„, pregunta el marqués de Nadaillac; y responde confuso: "Nuestra ignorancia no atina, ni halla modo ni manera. Lo único que podemos declarar es que todas las criaturas vivientes están dotadas de un temple y organización tal cual conviene á las circunstancias en que han de vivir; alteradas éstas, vense ellas fatalmente necesitadas á dejar la vida„ [3]. ¿Y qué hizo el transformismo de sus milagrosos trueques? También dejaron de ser, y espiraron por siempre otros mastodontes gigantescos, con sus pares de colmillos de defensa: solamente el elefante *meridional,* uno de los mayores mamíferos, sobrevivía en el principio de la era cuaternaria como resto de esta asombrosa fauna. Los elefantes formaron lo más granado de la miocena, pues aun por sus armas y por su trompa vencían

---

[1] *Princip. élém. de Paléont.,* 1883, p. 301.

[2] Cap. XXXIV, art. III.—[3] *Les premiers hommes,* chap. XIV.

en vigor y corpulencia á las otras clases de toda la fauna terciaria.

También los paquidermos, y con ellos los tapires, rinocerontes, hipopótamos, lofiodontes, hioterios, paleoqueros, que juntaban á cuerpo monstruoso feísimo semblante y espantoso poderío, se propagaron durante el eoceno y mioceno con extraña fecundidad. Añádanse el paleoploterio, el corifodonte, el hiraquio, el hiracoterio, el paquinolofo, el queropótamo, que tenían tamaño y figura de cerdos. Sobre todos son notables los dinocerontes, de grandeza elefantina, adornada la cabeza de grandes astas; los brontoterios, de disforme grandeza, con dos protuberancias en la nariz y plantados en ella dos enormes cuernos; los uintaterios americanos, colmilludos, cuellilargos, de cabeza angosta con tres gruesas protuberancias. Todos ellos eran *jumentos* herbívoros, y llenaban cumplidamente el título de *behema* que la Escritura les da, comoquiera que sean los primeros pobladores de los campos que empiezan á alborear después de la era secundaria.

No se nos pasen los rumiantes que vieron la luz en el eoceno y crecieron rápidamente cuando los paquidermos empezaban á mermar, á mediados de la época terciaria. Muy celebrada es la clase de los ciervos y venados miocenos, de extremada agilidad, de galana figura, de singular esbeltez por el ramaje de sus astas. El sifodonte fué el primero, alto como el camello y ligero como el corzo; el dremoterio, muy corredor y sin astas; el bramaterio, coronado de cuatro cuernas; el sivaterio, de alzada de elefante y también con sus cuatro ramas en la cabeza; el heladoterio, de más de dos metros de alto: todos estos juntos, en ganados considerables, retozaban por montes y llanos, pasaban á nado los ríos, corrían inmensas campiñas, acusando de perezosas aquellas torres de carne de los paquidermos. No tardaron en parecer en público el anquiterio, suerte de caballo, luego el hiparion, que ocupó las llanuras miocenas, y con ellos tropas de orohipos, eohipos, epihipos, con otras especies sinnúmero de este linaje de jumentos.

Finalmente, en el plioceno, en que, después de encumbrarse las cordilleras de los Alpes, Pirineos y Apeninos, quedó marcado y sellado el relieve europeo, figuraron los grandes proboscídeos, especialmente el elefante meridional, cuya casta corrió hasta las playas de Inglaterra; multiplicáronse generosamente las familias del hipopótamo, del ciervo, del buey, del rinoceronte, mayormente del caballo, en el ínterin que los mastodontes y los monos huían veloces del teatro europeo, y el camello, la marmota, el oso, dábanse prisa á remontarse á los Alpes y Pirineos, mientras pasaban por el estrecho trance de la muerte muchas familias, quedando así fundado el reino nuevo y gallardo que ha de campear en el tiempo cuaternario.

"La fauna de las Islas Británicas, dice Hugo Miller, fué verdaderamente grande en aquellos antiguos días. Tigres bravísimos como

las más bravas fieras del Asia se encovaban en las selvas, elefantes doblado mayores que los de África ó de Ceilán erraban por las praderías, dos suertes de rinocerontes vagaban por los bosques primitivos, y los ríos y lagunas eran habitación de hipopótamos iguales á los del África en talla y en defensas„. En estas breves y compendiosas palabras cifra el insigne sabio la fauna terciaria de Inglaterra y el cumplimiento de la sentencia mosaica [1].

2. Viniendo ahora á enumerar los animales contenidos en el título del *remes* hebreo, llamados por la Vulgata *reptiles*, y que podemos colocar entre los herbívoros y carnívoros, hemos de confesar que los saurios de la época antecedente se habían malogrado del todo, dejando sólo memoria de sí cuando asomó la era terciaria. En ésta dominaban los cocodrilos de espantables dimensiones: solas dos formas han hecho pie y llegado hasta nosotros, degenerados y pequeños [2]. Pero las tortugas continuaron su estirpe, y llegaron al apogeo en los tiempos terciarios, tanto en Europa como en América: las había de todos tamaños, largas hasta seis metros, altas de dos, siendo unas terrestres, otras fluviátiles, otras marinas. Seguían las serpientes semejantes á nuestras boas, de hasta seis metros en largo y más: no nombrando ahora los batracios, salamandras y anfibios, como el cenglodonte, de 21 metros en longitud, de los cuales hallamos memoria señalada en los terrenos de esta época.

Juntamente con estos *remes* de la tierra nacieron en los mares los géneros ballena y delfín: las formas baleonoto-megáptera, balénula, balenóptera, así como muchas otras de sinéridos y delfínidos, se dejaron ver y echaron gloriosa raya por su abundancia y monstruosa grandeza en los mares terciarios, nadando á miles por aquellos océanos y avecinándose á las bocas de los ríos, mayormente en las zonas frías. Las ballenas sobrepujaban á todos los animales marinos: medían á veces 80 y 100 pies, y pesaban 2.500 quintales. Notables eran también por su magnitud los escuálidos y haliterios, muy comunes en aquellos siglos. Ni hay para qué entretenernos en las especies de inferior calidad; ni tampoco perdamos tiempo en contar las águilas, cigüeñas, mochuelos, papagayos y otras suertes de aves mayores que el avestruz, que son de aquella edad. Tamaña muchedumbre de géneros y especies, que ufana se lograba en la era terciaria, debe considerarse contemporánea de la formación de los *remes;* y aun hay autores que apellidan *remes* á todos los animales comprendidos entre fieras y mansos [3].

3. Resumamos brevemente todo cuanto enseñan los paleontólogos acerca de la aparición de los animales feroces en la era terciaria, y acabaremos de demostrar cuán acertadamente los señaló Moisés con

[1] *Testimony of the Rocks*, p. 127.—[2] BRIART, *Paléont.*, p. 332.
[3] NADAILLAC, *Les premiers hommes*, chap. XIV.

el nombre *hhayat*. Provienen del eoceno el anfición, semejante al perro en parte y en parte al oso; el hienartos, vecino más del oso que de la hiena; el cinodonte, entre el perro y el gato de algalia; el ictiterio, linaje de pantera; el gato montés, que se multiplicó á fines del mioceno; el macairodo, de armas espantables; el megaterio, de caninos como puñales, más fiero y formidable que el tigre y el león; el *canis spelæus*, de fiereza parecida al lobo; el oso primitivo, de indómita bravura; la marta devastadora, con otras muchas clases y familias, que fuera nunca acabar referirlas todas, cuya descripción podrá verse en la obra de M. Gaudry [1], afeada por las pueriles ponderaciones del evolucionismo, y también en la *Paleontología* de Pictet.

Pero no son para dejados en silencio los cuadrumanos, los brutos más perfectos que en esta sazón daban mayor lustre al reino animal. Durante largo tiempo se negó por los sabios la existencia del mono en esta fecha. Cuvier pronunció un día estas pomposas palabras en su *Discurso sobre las revueltas del Globo:* "Lo que más espanta es, cómo entre tantos huesos de mamíferos que se descubren en países cálidos, ni un solo cuadrúpedo parece, ni un diente ni hueso de mono, ni mucho menos hueso de hombre„. No bien hubo cerrado los ojos el eminente geólogo, comenzaron á salir huesos y esqueletos de monos de sus tumbas terciarias y cuaternarias, sin que alzase el dedo un solo geólogo para sacar la cara por el malogrado Cuvier. Nadie volvió por su honra, porque no ha sido posible dudar que existieron monos á fines del mioceno, como lo abonan el pliopíteco y el driopíteco, descubiertos por Lartet; aun el mesopíteco de Gaudry nos induce á conjeturar que andaban castas de monos en grandes compañías por las selvas pliocenas.

ARTÍCULO IV.

1. La flora terciaria apercibe mantenimiento á la fauna.—2. El periodo plioceno, tránsito á la era cuaternaria, ofrece nuevo aspecto en su fauna y flora.—3. La fauna marina.—La fauna abismal.

1. Queda arriba referido cómo el enfriamiento de los polos se dejaba sentir muy poco al rayar el tiempo eoceno; con que siendo constante y apacible el calor atmosférico, el invierno consentía flora tropical. Las palmeras gallardeaban en las altas latitudes, los cocoteros medraban en Inglaterra, las acacias acepaban en la Provenza, en el Norte de España florecía vegetación africana, por doquier abundaban copados nogales, soberbios laureles, elegantes magnolias, altas encinas, poderosos robles, pinos próceres, yedra trepadora. De puro menguar el calor se diferenciaron más los climas en el mioce-

[1] *Les enchaînements du monde animal*, 1878.

no; fué no pequeña parte para esta variedad el levantamiento de las cordilleras. Así y todo, reinando por este tiempo una tal cual humedad, y sembrados los llanos de lagunas y caudalosos ríos, la flora europea no se revenía con los hielos boreales, antes ahijando con pujanza daba nuevas y hermosísimas especies. Arboledas de plátanos nacían entre los olmos, los palmitos competían con los pinos, los desmayos disputaban la lozanía á los helechos, los sauces jugueteaban con las magnolias, los cedros alternaban con los madroños, los castaños se entrecriaban con las higueras; mirtos, abetos, tejos, álamos y otros árboles frondosísimos se lograban y engrosaban en todos los climas á corta diferencia durante el mioceno, suministrando abundante pasto á la populosa fauna que á la sombra de aquellas selvas se holgaba y guarecía [1].

Providencia de Dios fué que tantas especies de bestias como cruzaban las llanuras y trepaban por los montes hallasen á mano el necesario sustento. El sapientísimo Ordenador que proporciona los medios con la grandeza de los fines, con sumo acierto disponía así que los herbívoros de toda suerte, los reptiles y las aves, las fieras y monos tuviesen preparado y á las puertas de las madrigueras el mantenimiento acomodado á su necesidad. Así multiplicaron en el mioceno y plioceno, como hemos dicho, por tan prodigiosa manera los mamíferos terrestres, según que dan de ello fe las entrañas de la tierra, que son las arcas donde se guardan los restos de aquella floreciente vitalidad.

Cuando iba cerrándose la era terciaria, rematábase con un enfriamiento singular en las regiones polares. El plioceno es un período tan diferente de los dos anteriores, cuan distante de nuestros tiempos. Los mares se orillan y recogen, los suelos se levantan y componen, las cumbres asientan sus bases, furiosos volcanes abriendo sus bocas alborotan la tierra, las aguas se distribuyen, las cordilleras se enmoldan y dibujan mejor, el piso de los mares se ahonda y ensancha; en fin, la geografía de Europa queda enteramente perfeccionada. Si hacemos caudal de las aseveraciones de Saporta, tendremos que admitir por cierto que la vegetación terciaria cuatro veces envejeció y varió en Europa su fisonomía general, y que á la fauna mamífera tocáronle parecidas bajas. "Éstos son efectos, añade el marqués de Nadaillac, que dominan en la época terciaria, y hemos de tener con ellos cuenta al estudiarla en su conjunto.„ Muchas y parecidas sentencias ha dictado el evolucionismo; con todo, el conde de Saporta merece entero crédito en materia tan de su facultad. Vemos, en verdad, que hartas fueron las especies que faltaron en unos puntos y nacieron en otros lejanos. Las palmeras en el plioceno ya no se llevaban sino en menores latitudes; las encinas se dieron en España sólo á

[1] SAPORTA, *L'évolut. du règne végétal.*

fines del plioceno; otras plantas delicadas se desterraron al Sur. Así quedó privada la vegetación de innumerables árboles que, ó acabaron para no retoñar, ó, muriéndose en Europa, revivieron después en América.

2. Otro tanto digamos de la fauna. Las alteraciones atmosféricas, el enfriamiento de los polos, la varia temperatura, que iba siendo más real cuanto más se aproximaba la época cuaternaria, fueron causa de que muchas especies animales, ó del todo pereciesen, ó emigrasen á otras tierras, aun antes de amanecer la era del humano linaje. Cercenóse la vida de muchas y notables alimañas; no las dió más la tierra antes de la aurora cuaternaria; otras, como el reno, el camello, la marmota, el oroque, y un sinnúmero que sería prolijo nombrar, buscaron en climas benignos asilo contra las inclemencias de las nieves que embarazaban ya los montes, y hacían inhabitables las más altas latitudes.

Lo que en nuestra España aconteció en toda la era terciaria, sobremanera dilatada, qué fieras cruzaban sus risueñas soledades, qué reptiles apetecían la frescura de su litoral, qué cuadrúpedos, qué aves, qué peces reinaban debajo su dulcísimo cielo; cómo, en fin, se cumplían en nuestra Península las palabras del Génesis, lo han puesto en buena luz las diligencias de los Sres. Prado, Maraver, Pherson, Machado, Góngora [1], Tubino [2], ocupados en recorrer los terrenos de Andalucía; los Sres. D. José Pla de la Ollería y Federico Botella, escudriñando el reino de Valencia; los Sres. Danayre y Mestre, visitando el Aragón; Zubia, Rada, Figueroa, haciendo excavaciones por Logroño, y otros muchos geólogos llenos de amor á la ciencia prehistórica, campeando entre todos el ardor de D. Juan Vilanova y Piera [3], de cuyos descubrimientos hechos en San Isidro del Campo en las cercanías de Madrid, y en mil otros lugares de la Península, resulta que la España terciaria y cuaternaria no reconocía ventaja en fauna y flora á los demás países europeos.

A la era cuaternaria pertenecen todas las especies de mamíferos salvajes que conocemos; ni una de ellas tan siquiera ha venido al mundo desde que el hombre le habita. "Punto es éste, dice Hamard, en que todos convienen, y él solo basta para demostrar cuán sin razón han pretendido los geólogos separar la época cuaternaria de la moderna, haciéndola entrar en la cuenta de los tiempos geológicos" [4]. Con justicia arguye este sabio á los naturalistas, pues lo que califica una era geológica es la nueva aparición de vivientes, y aquí no la hay.

---

[1] *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, 1868.

[2] *Revista de Bellas Artes.*

[3] *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre prehist. español.—Historia general de España*, 1890, Geología y Protohistoria Ibéricas.

[4] *La Controverse*, 1887, 15 Août, p. 515.

Los principales brutos de la era cuaternaria que vivieron con el hombre y que han huído de entre nosotros son los siguientes. El elefante primigenio moraba en la Europa meridional con el hombre [1], según que entre otros lo muestran claramente los fósiles de Carrión de los Condes en España [2]. Juntamente con el hombre vivieron entre la fauna cuaternaria meridional el elefante antiguo y el rinoceronte de Merck. Ambos paquidermos acabaron del todo á fines de los tiempos cuaternarios, después del período interglaciar, como lo testifican los depósitos estratigráficos, en cuyas capas se ven sus restos entre aluviones paleolíticos á corta profundidad de los valles. Declinado que hubieron el elefante antiguo y el rinoceronte de Merck, á los primeros asomos del último glaciar (el segundo que varios geólogos admiten antes de terminar el tiempo cuaternario), bajaron como agavilladas á las regiones meridionales de Europa notables especies de la fauna septentrional, el reno, el jabalí, el ciervo, el corzo, la zorra, el buey, juntándose con el mamut, león, hiena y otras especies de la fauna meridional, si bien luego, en lanzándose otra vez el calor por los bosques del clima europeo, gran parte de la fauna ártica se remontó al polo en busca de más fría vivienda. Por esta causa los estratos cuaternarios muestran mezclados animales del norte con otros del mediodía [3]. Algunos críticos creían que el mamut era de otra especie que los elefantes actuales; mas otros, con más acierto, le estiman tronco de toda la estirpe, como en otro lugar se verá. Si en Europa hace siglos que los elefantes faltan, si los romanos apenas tuvieron noticia de ellos, conocíanlos muy bien los griegos, como lo probó Aristóteles describiéndolos mejor que Buffon; los cartagineses, que les daban caza en el norte de África antes del siglo XII (A. C.), y los habitantes del Eufrates, que los veían pacer en grandes manadas. El mamut es dudoso en qué siglo desapareció de la faz de la Europa; en la Siberia se han hallado cuerpos enteros metidos entre hielos con las carnes bien conservadas, tanto, que no falta quien los estima en el día de hoy moradores del polo ártico [4]; ya que eso sea incierto, no lo es que hace seis mil años florecía esta notable bestia.

Otra es el rinoceronte ticorrino, su compañero inseparable, que estaba hecho á climas fríos. Encontrósele en Gibraltar y en Burgos entre osamentas de liebres, gamos y cerdos [5], señal demostrativa de su escasa antigüedad.—El oso de las cavernas *(ursus spelæus)* fué uno de los primeros que acabaron después de la venida del hombre. Ha sido hallado, junto con cascos de barro ó con animales domésti-

---

[1] HAMARD, *Age de la pierre et l'homme primitif*, p. 427.
[2] VILANOVA, *Origen y antigüedad del hombre*, 1872, p. 381.
[3] ARCELIN, *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, pág. 10.
[4] JAMES SOUTHALL, *The recent origin of man*, p. 325.
[5] IBID., *Ibid.*, p. 219.—VILANOVA, *Ibid.*

cos, en Francia, Italia, Austria, Alemania, España (Guipúzcoa) [1]. El que sobrevive en algunos puntos de Europa es considerado por muchos paleontólogos como descendiente del *ursus spelæus*. — El león de las cavernas *(Felix spelæa)*, ó llamemos tigre, ó gato mayor, como le llamó Cuvier, que habita hoy en países calientes, vivió en tierras de Inglaterra, Bélgica, Austria. El león, que huyó de la Grecia y Tracia hace dos mil años, le tienen muchos zoólogos por hijo del león antiguo.—La hiena de las cavernas *(hyæna spelæa)* corría por las vegas de la Europa cuaternaria; hoy sólo ocupa las comarcas del Asia y del África. Desapareció de entre nosotros no ha mucho por la caza que le daban y por la falta de sustento [2].—El reno *(cervus tarandus)* vivía en tiempo de César en las Galias [3], y de sus pieles se vestían los germanos; efectivamente, se le ve junto á utensilios muy modernos en Francia, Suiza, Italia, Pirineos [4]; mas, exterminado por el hombre europeo, se refugió á los polos [5].—El ciervo de grandes astas *(cervus megaceros)*, tan grandes, que medían tres y cuatro metros de punta á punta, vivía en Irlanda hace pocos siglos, sin que se sepa de cierto cuándo faltó.—El buey primigenio *(bos primigenius)* es reputado por padre de las razas actuales. César le mencionaba con el nombre de *uro*; otros le llamaron *búfalo*. Vivió hasta la Edad Media. En España nos le muestra en Segovia don Juan Vilanova [6]; pero no se ha de confundir con el bisonte americano. Y esto baste para declarar la turba de animales que rodeaban al hombre en la era cuaternaria y han huído de nuestro suelo.

3. Queda arriba apuntado (en los capítulos XIX y XXXIV) todo lo que sabemos de alguna manera acerca de la fauna marina. Los peces que se crían en el abismo, según el juicio de Dollo y de otros acreditados paleontólogos, no son modernos; proceden de la abundancia y variedad de aquellos tiempos pasados en que tenía la fauna marina gran pujanza. Ya en los tiempos terciarios es de creer que muchos peces se acostumbraron á rodear con los ojos y á vadear con su corpulencia los senos profundos, donde permanecían y moraban allí mientras no les faltaba el apetecido alimento. Tanta era la fecundidad de los peces, tanta su variedad, tan extraños sus instintos, que muchos holgaron de estar escondidos y huir de la luz, por morar metidos dentro de las tinieblas. Así fueron poblando aquellas honduras desiertas, subiendo de cuando en cuando á dar caza á los peces pelágicos que vagaban por la superficie; mas luego que tuvieron hechos los ojos á

---

[1] *Matériaux pour l'hist. de l'homme*, 1872, t. I, p. 303; t. VII, p. 40.—VILANOVA, *Ibid.*

[2] *Revue scientifique*, 1876, p. 364.—[3] *De Bello gallico*, VI.

[4] SOUTHALL, *The recent origen of man*, p. 227.

[5] NADAILLAC, *Les premiers hommes*, t. I, p. 169.

[6] *Origen y antigüedad del hombre*, p. 361.

las tinieblas y engendraron hijos semejantes á sí, quedó constituída la lúgubre turba de peces abismales, pobladora de aquellas cavernas donde reina perpetua obscuridad; porque, como dice el alegado Dollo, "en las playas se formaron todas las grandes divisiones geológicas, todos los seres terrestres y abismales pasaron por la ribera" [1].

La relación de la fauna terciaria y cuaternaria nos induce á concluir, que para dar crédito á las palabras del Génesis y tenerlas por divinas basta abrir los ojos y ponerlos en las capas de numerosísimos fósiles que el globo en su gremio encarcela, donde se hallará, verificado á la letra, todo cuanto Moisés nos dejó escrito, sin que le falte una jota que no quede de todo en todo satisfecha.

Al período terciario pertenece, pues, el desenvolvimiento más activo y perfecto de todo el reino animal. Podemos, por tanto, concluir con el ilustre testimonio de Marcelo de Serres: "Tanto el Génesis como la observación de los fósiles enseñan de consuno que la tierra, antes desierta y despoblada, fué poblándose de muchas generaciones de vivientes, y que tanto más dista de nosotros el reino animal, cuanto son más antiguos los estratos que encierran sus despojos. Esta es la última conclusión de nuestra ciencia geológica, y ¡cosa extraña! los hechos que la ciencia hoy nos enseña, en alguna manera los hallamos anticipadamente notados en el primero y más antiguo de los libros. Esta concordia da testimonio de la veracidad del libro y de la fidelidad de las observaciones" [2].

---

1 *Revue des questions scientifiques*, 1886, p. 493.

2 *Cosmog. de Moïse*, p. 170.





CAPITULO XXXIX.

ORIGEN DEL HOMBRE.

Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.
(Vers. 26.)

ARTÍCULO PRIMERO.

1. El origen del hombre, conforme le refiere el divino escritor, halla contradicción en los positivistas modernos.—2. Extrañas opiniones de los antiguos acerca del origen del humano linaje.—3. Los transformistas modernos pasan la raya del desvarío.

1. La cuestión de más transcendencia que ha sido propuesta en nuestros días es: ¿qué lugar ocupa el hombre en la creación? ¿Es el príncipe de los animales, el más perfecto entre todos, la obra más acabada de la fatal evolución, ó es un ser singularmente perfecto, cuya vida y perfección pasa de vuelo la vida y perfección sensitiva? Los amigos de la materia y de los movimientos mecánicos no han reparado en igualar al hombre con el bruto, aunque deban atribuirle facultades, como la conciencia y la reflexión, que mal se componen con las propiedades de la materia. La razón de este sentimiento se funda en el sistema de la evolución darwínica, según el cual todas las especies, aun la humana, brotaron unas de otras; porque decir especie ó desenvolvimiento de un organismo por acumulación hereditaria y por alteración accidental, viene á ser una misma cosa.

Mas de qué manera hizo el hombre su primera entrada en el teatro del mundo, nos lo enseña el Génesis con incomparable sencillez. Referida la institución de los reinos mineral, vegetativo y animal, prosigue el divino historiador por estas graves palabras: "Y dijo Dios: hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; y tenga mando en los peces, en las aves, en las bestias de la tierra y en todos los reptiles que en su sobrehaz se revuelven. Dios, pues, crió al hom-

bre á su imagen; crióle según la imagen de Dios, y le formó varón y hembra. Bendíjolos, y les dijo: Creced y multiplicaos: henchid la tierra y apoderaos de ella: señoread los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven por la tierra„. Más abajo, en el capítulo siguiente, viniendo al particular, narra la formación del hombre, diciendo: "El Señor formó al varón del lodo de la tierra; sopló en su rostro espíritu de vida, y le formó vivo y animado. Tomóle el Señor y púsole en el paraíso de delicias para que le labrase y custodiase. Y dijo: No es bien que el hombre esté solo: hagámosle una compañera semejante á él„. Y como no hubiese ser alguno en todos los criados que al hombre se pareciera, añade el sagrado texto: "Envió Dios sueño profundo al hombre, y ya que estuvo adormecido, tomóle una costilla y puso carne en su lugar; y de la costilla que tomó de Adán fabricó la mujer, y presentósela á Adán, el cual en viéndola exclamó: He aquí hueso de mis huesos, carne de mi carne; ésta se llamará *virago*, que traiga á la memoria al varón, pues del varón fué formada.„ Tal es el origen de los primeros padres del linaje humano. Las almas fueron criadas de nada; los cuerpos hechos de barro por las manos del mismo Dios.

Mas un origen tan generoso no halla entrada en el ánimo de los positivistas: los cuales, desdeñándose de dar oídos á la palabra de Dios, ponen el crédito en sistemas forjados por su fantasía, y pervirtiendo el vulgo simple, le despeñan en seguimiento de sus insanos errores. Para señalar alguna razón á la existencia del hombre, los unos admiten por fundamento la materia increada y activísima; los otros, concedida la creación de la materia, la adornan y visten de virtud bastante para engendrar todos los órdenes de seres y la misma consonancia del universo; otros se alargan á una creación libre del mundo, pero introducen unas vueltas de transformaciones tales, que de poquitos seres, con el concurso divino, nazcan innumerables especies diversas en condición y linaje, y la hermosa fecundidad de los reinos organizados; otros, en fin, poniendo criadas en el principio las semillas de todas las especies, establecen que en el transcurso de los siglos fueron desenvolviéndose y dando de sí vegetales y animales cada vez más perfectos, subiendo con paso lento á organismos perfectísimos, cuyo coronamiento y glorioso remate ha sido el cuerpo del hombre. A la raya de esta ruin prosapia tiran los esfuerzos de muchos autores recientes.

Los filosofastros del siglo XVIII, alzada bandera contra las divinas Escrituras, como no pudieron avenirse á otorgar al hombre la soberana dignidad que el Génesis le confiere, ni aun allanarse á que saliese maduro y dotado de facultades superiores de las manos del Criador, fingieron un estado de estupidez original, en que nos pintaban al hombre flaco y desmedrado, criado en la selva y departiendo con las fieras, y querían que á poder de ensanchársele muy despacio el crá-

neo, de desbastársele el cuerpo, de crecerle el cerebro, de escarmentar y enseñarse á vivir, llegase á hacerse astuto, diestro, racional y civilizado. Las primeras sensaciones se adelgazaban y repulían de una generación en otra, hasta convertirse en espirituales conceptos, alcanzando á tanta virtud que lograsen levantar al hombre de su nativo abatimiento á la grandeza que hoy goza. Con la vanidad de estas consejas pretendían los filosofantes obscurecer los rayos de semejanza que el hombre tiene con su Criador. No consintiéndole esfera propia en que espaciar su entendimiento, hiciéronle movedizo y voltario, y que fuese, de ser en ser, pasando de un estado á otro, corriendo por todos los grados, hasta tomar asiento en el racional por los esfuerzos de *natura,* á quien largamente dieron poder infinito, al igual del mismo Dios.

2. Mas para hacer con la verdad tan desvergonzada farsa, ni siquiera les valió el ingenio. Porque ya antes que á ellos al orador romano le había salteado el pensamiento de abrir su primer libro de *Inventione* con esta rústica delantera: "Un tiempo fué en que los hombres andaban vagabundos por los campos á manera de bestias, y como bestias vivían y se criaban, no gobernados por lumbre de razón, sino siguiendo sin rienda sus apetitos. Ninguno daba culto á la religión, ni cumplimiento á los humanos deberes. No conocían enlaces legítimos, ni titulaban por propios los hijos, ni sabían qué ventajas acarrea el derecho común de gentes; antes la ciega y desapoderada codicia, amparada del error y de la ignorancia, abusaba, por cumplir sus apetitos, de las facultades del cuerpo, perniciosas compañeras. Entonces cierto varón recto y prudente, entrando en cuenta de cuán oportuno y decoroso sería reprimir las codicias y mejorarlas, juntó en uno los hombres que vivían derramados por los bosques y escondidos en chozas, y puesta delante de sus ojos la conveniencia y honestidad, logró convertirlos de feroces y bárbaros en humanos y civilizados„.

Todo esto nos dejó escrito Marco Tulio Cicerón. Y aunque pudiera bien entenderse cuanto escribió, de alguna casta particular de hombres embrutecidos y facinerosos, si ya no quiso hablar por encarecer la virtud de la elocuencia, mas el no declararnos de quién habla, y traer iguales ó semejantes conceptos Diodoro de Sicilia, y el no enterarnos ni uno ni otro en qué fuentes bebieron agua tan turbia, induciría á cualquiera á creer que intentaron ambos narrarnos el origen del humano linaje según andaba en las lenguas del vulgo.

Porque Diodoro dice así: "De escritores aprobadísimos nos consta que los primeros hombres que hubo en el mundo vivían sin orden ni freno, como animales por los campos, buscando dondequiera el sustento necesario, y si daban con algunas hierbas tiernas y blandas, comíanlas con las frutas de los árboles silvestres. Acosados de las fieras, ayudábanse mútuamente, juntándolos el miedo y aconsejándoles

la sujeción de unos á otros. Al principio echaban gritos confusos y sin sentido; luego voces articuladas; al fin instituyeron signos arbitrarios de las cosas, conviniendo en la aplicación é interpretación de ellos. Como estas juntas de hombres se tenían en diversas partes y cada pueblo se explicaba á su modo, no fué común la manera de hablar; de aquí nacieron las varias formas del lenguaje. Aquellas primeras juntas fueron las cabezas de todas las gentes. No habían inventado aún manera segura de conservar la vida, y así la pasaban con grandes riesgos, sin vestidos con que cubrirse, sin casas donde albergarse, sin fuego y sin alimentos proporcionados á su menester. Perecían muchos yertos de frío y fatigados del hambre, hasta que la experiencia les enseñó á guarecerse en las cuevas en invierno y á encerrar en su lobreguez los frutos de la tierra. Experimentada la utilidad del fuego y de otras comodidades, inventaron al fin las artes y todo lo que atañe á la vida social. La carestía y la necesidad fué la primera maestra que adiestró aquellos hombres, y les sugirió el conocimiento y uso de cada cosa; pues no se ayudaban solamente de las manos para ejecutar, sino también del ingenio y penetración para discurrir é inventar„ [1].

Hasta aquí Diodoro. Muy osado anduvo este escritor, como todos sabemos, en vender patrañas, que hacen sospechosas sus historias; tanto peor para el crédito de los que le han copiado. Hablando de él, dice Eusebio de Cesarea: "Este escritor no se dignó tan siquiera mentar el nombre de Dios, sino que forjó una manera de historiar á su talante y opinión; y lo mismo vemos hicieron la mayor parte de los filósofos griegos„ [2]. Notemos, en fin, de paso, que ya el persa Manés, insigne heresiarca del siglo III, extendió por la India y la China sus desaforadas patrañas, enseñando que Adán fué criado en figura de fiera. El Concilio general séptimo y segundo de Nicea llamó "*ludibria puerilia, furiosa dicta ac scripta*„ las enseñanzas de estos herejes [3].

3. Pues esta galana historia de los ateos antiguos es la que han tomado por vara no pocos naturalistas para medir con ella y declararnos la alteza y dignidad de la naturaleza humana. El inglés Darwin, levantando del polvo los embelecos del materialista Lamarck, revolvió tantas cabezas con el cuento de su curioso transformismo, que en 1877 decía de él la *Revista de las cuestiones científicas:* "Parece haber ya señoreado en el día de hoy todas las cátedras científicas de Alemania; escasa es la contradicción que halla en Inglaterra, y sus primeros ensayos de aclimatación en Francia no le van saliendo mal„ [4]. El inglés Carlos Darwin, hombre de agudo ingenio y enriquecido de vastos conocimientos naturales, no enseña tasadamente que el hom-

[1] L. I, p. VI.—[2] *Præpar. Evang.*, lib. I, cap. VII.
[3] Cap. IX.—[4] P. 292.

bre derive del mono su prosapia, ¡cuanto menos de los actuales!, como algunos escritores han querido suponer, sino que todo el reino animal, y lo propio va dicho del vegetal, desciende de cuatro ó cinco tipos principales, que, pasando por una multitud de alambicamientos indefinidos, vinieron á fundar todas las diferencias de vivientes, bautizadas por Darwin con el apodo de *variedades*, para desautorizar el antiquísimo y venerable nombre de *especie*, como en su lugar hemos declarado. El ascendiente inmediato del hombre fué, dice este novador, un mamífero peludo, rabilargo, orejudo, quijarudo, pies de cernícalo, trepador, pertrechado de armas ofensivas y defensivas [1]; remontando más arriba por línea recta, su abuelo fué un marsupial, su bisabuelo un reptil, su rebisabuelo un pez; en fin, sin más averiguaciones, un animalillo dotado de entrambos sexos fué la cepa de nuestro noble linaje. Incomparable gracia y candor demuestran los discípulos de este maestro de poesía brutal, cuando nos cuentan los saltos y trastrueques de peces en aves, de aves en cuadrúpedos, de mamíferos en antropopitecos, de éstos en hombres mudos, y así sucesivamente de todos los animales, hasta llegar á su tataranieto, el hombre parlero.

No será ocioso, de los infinitos que á la pluma se ofrecen, mencionar algunos dichos de los modernos profesores de esta necedad. "Hallámonos en el día de hoy, dice M. Mortillet, muy distantes del mono; pero comparando con ellos las razas inferiores, vemos caracteres monescos en ciertos pueblos y en ciertas cabezas, que nos dicen claramente que descendemos de razas parecidas á ellos, ya que no de monos actuales; y ese origen simio no empece un punto, ni rebaja, antes enaltece y honra, á la humana condición„ [2].—Catailhac, partidario de nuestra descendencia simia, la defiende con una suerte de cautela parecida al miedo; pero á capa y espada pelea por el salvajismo original [3], poniendo en altísimo punto los instintos de la vida cerril.—No le va en zaga el célebre Broca; con no ser alumno de la escuela monesca, parécele que el hombre vino al mundo despojado de toda dignidad, marchito, desnudo, hambriento, sin ventura, sólo de astucia y valentía poseído para escaramuzar contra las fieras, de cuya braveza su pujanza triunfó, sobreviviendo á las especies intermedias que en la lucha dejaron la vida. No reparó la agudeza de este escritor que tanta sagacidad en señorear brutos entalla mal con la abyección y suma rudeza en que nos le pinta sumido.—Más al caso hace el dictamen de Hovelacque, manteniendo que el hombre es nieto carnal del mono, diferenciándolos en que éste no habla y el hombre sí, y ponderando que, por haber inventado el lenguaje en circunstancias propicias, es digno de mayor respeto. Ya que despropósitos se digan, sea con gravedad

1 *The descent of man.*, chapt. VI.

2 *Matér. pour l'hist. primit.*, t. XIV, p. 453.—3 *Ibid.*, t. VIII, p. 91.

y desarrebozadamente [1]. Así, mucho más famosa es la opinión de Zaborowski, cuando, no contento con señalar al hombre por abuelo un mono, dale á cada raza el suyo, á los negros el gorila dolicocéfalo, á los malayos el orangután braquicéfalo. "Las quimeras del sobrenaturalismo, añade con desenfado, pasaron ya, añejas son: hallámonos con hechos que nos entroncan con los siglos pasados, y nos demuestran nuestro origen bestial, dado que vivamos tan solitarios y huérfanos en la actualidad„ [2].—Y en otra parte dice: "Á los antiguos seres, caras de mono, tronco de nuestra humanidad, son debidas las primeras glorias que poseemos„ [3].

Forzoso será pasar en silencio las sentencias de otros transformistas, como la de Huxley, que se gloriaba de ser hijo del humilde mono, por más que todavía esté aguardando las probanzas de su preciado abolengo. Dejemos á Lyell, que si admite la divinidad de la creación, y la diferencia entre el hombre y el bruto, no sabe desapropiarse del estado selvático de la primitiva humana casta [4]. No hagamos caso de Lubbock, si nos presenta al hombre sin arco ni flecha, y sin más favor que su clava y lanza [5]. Ni conmemoremos á Vogt, que reparte en tres las castas del tipo antropomorfo, y son tres cabezas de familias distintas que, al crecer paralelamente, engendraron las razas americana, africana y asiática [6]. Ni gastemos tiempo en ponderar aquel dicho del deísta Schaafhausen, que el hombre, cuanto más antiguo se le considera, más bruto se le halla; de arte que un cráneo que no dé señales claras de imperfecta organización, no puede ser tenido por de hombre primitivo. Tampoco haremos mérito del antropólogo Bordier, denodado transformista, que de cotejar las notas físicas, comunes á hombres y á bestias, sacó en limpio la semejanza, y de la semejanza concluyó la comunidad de parentesco [7]. Mas razón será que perdonemos las extravagancias del sexo flaco, á quien en esta materia no se le ha hecho vergüenza tomar cartas y describirnos, como lo hizo la Clemencia Royer, al hombre primitivo con rasgos de musculatura terrible, de instintos desaforados, de pasiones indómitas, andando primero á gatas, trepando después, en fin, enderezado y aun gallardeando sobre los monos sus primos [8]. No todos son transformistas los que bárbaramente maltratan la verdad; enemigos ha tenido el transformismo que, tras de romper no pocas lanzas en la lid, han enseñado que la naturaleza humana salió de las mantillas del salvajismo para pasar á las mejorías de la barbarie, y de ahí subió por sus pasos al esplendor de la vida civil y política; por consiguiente, "el

---

[1] *La lingüistique*, chap. II.—[2] *L'homme préhist.*, p. 163.
[3] *De l'ancienn. de l'homme*, t. II, p. 186.
[4] *L'ancienneté de l'homme.*
[5] *L'homme préhist.*, p. 525.—[6] *Revue scientif.*, 1877.
[7] *Revue scientifique*, 1882.—[8] *Orig. de l'homme*, p. 212.

Edén con su soñada felicidad es, concluye el impío Contejan, excusada ilusión„ [1].

Dando, pues, lado á tan pueriles fantasías, sólo queremos insinuar la locura del transformista Herberto Spencer. Echado el fundamento que todos los fenómenos del mundo proceden de los átomos de una inmensa nebulosa, engendrada por el incognoscible que difunde su eficacia por la tierra mediante la acción del sol, enseña que las fuerzas físicas se componen y dan la mano por tan artificiosa manera, que al mejor tiempo tórnanse vitales, vegetativas y sensitivas. Los átomos que, coligados entre sí, constituyen el ser de las plantas y brutos, nacen de la tierra y del ambiente, como resultas de rayos solares: de ahí viene el engendrarse organismos muy simples, que, con el crecer y multiplicarse por largos siglos, han engendrado toda suerte de árboles y animales, y, finalmente, han producido al propio hombre [2].

No es menos fantástico el invento de Haeckel, de que tratamos arriba [3]. Sin rebozo asentaba en 1879 que el hombre es de alcurnia animal; no que deba su hechura á ningún cuadrumano de los actuales, sino á un ascendiente de éstos muy antiguo. Los primeros vivientes, que fueron móneras, se criaron en el fondo del mar; de la mónera amorfa hasta el hombre corrieron veintidós transformaciones mayores; la veintiuna fué el mono catarrino (de narices tabicadas), abuelo del hombre civilizado. Así resulta que la mónera es por línea recta nuestra primitiva matriz; á ella sube Haeckel por vía de trastruecos seculares. "Quien no creyere, dice, en esta evolución ancha y espaciosa, tendrá que acogerse al milagro sin remedio.„ ¡Baladronada muy digna del ateo alemán! [4].

Otros antropólogos adjudican al hombre cepas varias. Cope le da por progenitor directo un lemurio, el *anaptomorfo homunculo;* Schmidt le señala un paquidermo; Topinard busca el padre del hombre entre los gibbones; Vogt le remite á un tronco monesco no conocido. Semejantes deslumbramientos han cegado los ojos de los transformistas, empujándolos más adelante en las metamórfosis de Ovidio, que el propio Darwin, que se contentaba con derivar el origen del hombre sin insinuar la condición y categoría del antepasado animal menos perfecto.

Lo increíble del caso está en la supina ignorancia de los antropó-

[1] *Élém. de Géol.*, p. 104.—[2] *Les premiers princip.*, chap. VIII.—[3] Cap. XXXV.

[4] Les monères sont nées par génération spontanée comme les cristaux naissent dans les eaux mères. Il n'existe point, en effet, d'autre alternative pour expliquer l'origine de la vie. Qui ne croit pas à la génération spontanée admet le miracle. C'est une hypothèse nécessaire et qu'on ne saurait ruiner par des arguments *à priori* ni par des expériences de laboratoire. Discours prononcé à Paris, le 29 août, 1878. Cité par M. Émile Ferrière, *Le Darwinisme*, dans la *Bibliotèque* dite *utile*.

logos dichos (por más que corran plaza de sabios, pues parece se hacen del ojo para mofar de la ciencia con más desenvoltura), cuando se les precisa á declarar ingenuamente la verdad de las cosas tan sin titubear aseveradas. Responden con la sal ó sosería de siempre: no lo sabemos, estamos en ayunas, no hay rastro de tal cosa. Traslado á Topinard, que es buen testigo. Sentado en su cátedra materialista, enseña que de un gibbon desciende el hombre primitivo, del primitivo el hombre prehistórico, del prehistórico el civilizado, todo por los pasos de la evolución, pasos muy lentos de siglos y más siglos. ¡Oídos que tal oyen! Tienta el deseo de hacer preguntas. Hagámosselas al *respetable* doctor, y veremos reducidas á puros nones las respuestas.—¿Dónde está el *hombre primitivo?* No queda señal alguna de él entre la turba de fósiles.—¿Dónde hallaremos indicios siquiera de sus descendientes? En ninguna parte, porque no sobrevivieron, ni uno que es uno alargó la vida, pues de sus cinco ó siete razas primordiales apenas queda probabilidad; pero cierta cosa es que el *hombre primitivo* fué el eslabón de pasaje entre el *antropoideo* y el *hombre prehistórico.*—Y del *antropoideo* ¿qué noticias hay? Ninguna, que sepamos, porque los monos de ahora no figuran ni representan la semejanza de los *antropoideos.*—Pero, al cabo, ¿de qué linaje traemos nuestro origen? Del mono antropoideo *gibbon,* no del *gibbon* actual, sino de otro par de *gibbones* mucho más valentazos, cuya cuenta y razón se nos oculta [1].—Miradas las cosas á esta inspección, aun va picando el escrupulejo de saber si el descender el hombre actual por línea recta de aquellos desconocidos antropoideos es cosa que trae dudas ó sólo tiene bravos barruntos. No; es verdad totalmente cierta, no amenaza ruina de fabulosa [2].—A los ignorantes que tropezamos en un pelillo, se nos hace recio de creer que el cerebro del *antropoideo gibbon* recibiese aumento de volumen cuando pasó á cerebro de hombre: ¿será eso también verdad? Verdad de Perogrullo, porque al pasar de los antropoideos al hombre, súbitamente se hizo tres veces mayor, *tout à coup en passant des anthropoïdes à l'homme* [3], aunque ignoremos el cómo y el por qué.—Basten las respuestas negativas para dejar puesta en buena luz la necedad de nuestro antropólogo, de quien podría dudarse si peca más de sagaz que de simple; pero su obra de ensamblaje muestra hasta dónde puede llegar el cinismo de un epicúreo [4].

---

[1] TOPINARD: Nous descendons du Gibbon, non de ceux que nous connaissons, mais de quelqu'autre ignoré et beaucoup plus grand». *Science et foi: l'anthropologie et la science sociale*, 1900, pág. 173.

[2] En tout cas, il est absolument certain que l'Homme descend des Primates qui l'ont précédé, et que l'Homme que nous connaissons ressemble aux Anthropoïdes plus qu' à tout autre Singe. *Ibid.*, pág. 21.

[3] *Ibid.*, pág. 320.

[4] Ahí van, entre otros mil delirios que batallan entre sí á cada renglón, los

ARTÍCULO II.

1. Los amigos y los enemigos de estas teorías declarán cuán grande cúmulo de dificultades encierran.—2. La selección natural, la lucha por la existencia, la selección sexual, la sobrevivencia de los más fuertes, las fuerzas desconocidas, demuestran el cimiento deleznable de las invenciones modernas respecto del origen del hombre.

1. Fatiga la atención el relato de tantos desvaríos: el corazón se indigna y no se sabe resistir tan pesada tarea; ¡cuánto más molesta será la de refutarlos y confundirlos! Han desplegado contra ellos la riqueza de su doctrina los esclarecidos Flourens, Mivart, D'Archiac, Agassiz, Göppert, Baer, Rambler, Mendive y otros muchos contemporáneos de ajustada crítica. El esforzado Quatrefages, en su obra *Hommes fossiles et hommes sauvages*, publicada en 1884, combatió y arrolló el transformismo y el origen brutal del hombre. "Únicamente la ignorancia, dice el Dr. Reusch, ha sabido celebrar en la teoría de Darwin el fruto espontáneo de las ciencias, ó una hipótesis científica fundada en razones. Darwin mismo declara sin dificultad que no cree haber resuelto la disputa del origen de la especie, y que tan solamente la ha levantado del polvo y puesto en tela de juicio„ [1]. Los más valerosos defensores de estas caballerías inglesas piensan que son de grandísimo peso las dificultades que contra sí tienen. Véase cómo Huxley, discípulo de Darwin, censura la obra de su maestro: "Hay un sinnúmero de inconvenientes á que esta hipótesis no puede satisfacer; por ejemplo: los fenómenos del hibridismo, la esterilidad de los descendientes de ciertas especies„ [2]. El zoólogo Claus, resignado á sostener esta hipótesis sin asiento, dice: "Aun en el caso de que tanto cúmulo de dificultades no nos dejasen tener esta opinión por suficiente para declarar las alteraciones de los organismos en el transcurso de los siglos, todavía deberíamos abrazarla por

siguientes: «Chez les Singes il faut reconnaître l'esprit d'examen, la sympathie et l'antipathie, le besoin de parler, d'écouter et d'être écouté, de jouer, de vivre en societé, etc.» *Ibid.*, pág. 22.—«Le *moi* des vertébrés comprend... la notion même de ses facultés et de ses opérations intellectuelles, *cogito*, ergo sum», pág. 47.—«Le christianisme est issu de l'Inde bouddique, introduit en Judée par saint Jean Baptiste, le maître du Christ.», pág. 257.—«La philosophie est l'opposé de la science. La philosophie est issue, comme la religion, de la croyance au surnaturel de l'homme plus ou moins primitif», pág. 267.—«*L'homme* accepté par la philosophie classique et la religion, est en complète contradiction avec *l'homme* réel enseigné par la physiologie et l'antropologie, página 370.—«La science et la foi sont deux termes qui se excluent: la science, s'est ouvrir les yeux le plus largement possible, chercher et finalement savoir; la foi, c'est fermer sistématiquement les yeux et croire, pág. 551.

[1] *La Bible et la nature*, leçon XXVI.—[2] *Ueber unsere kenntnis*, p. 126.

doctrina sólida y positiva, siquiera para explicar muchas de tantas transformaciones. En cuanto al hombre, no poseemos hasta hoy indicio alguno acerca de sus anteriores ascendientes: quizá se dieron por primera vez la mano en el período terciario„ [1].

Para que apreciemos el valor del darwinismo, no bien hubo cerrado los ojos su autor (en 1882), veamos qué juicio formaron de él los paladines materialistas y ateos de Alemania, Wirchow y Haeckel. Para Haeckel, el inglés Darwin es un *ingenio poderoso,* que reformó la ciencia, como Lutero la Iglesia, sabio experimentador que derrocó todos los dogmas con la solidez de sus observaciones. "Esta doctrina, dice de la darwínica, en estos postreros años, por causa de los estudios esmerados que se han hecho, ha logrado granjear la afición de los sabios más competentes, y será de hoy más la piedra fundamental de la nueva ciencia„. Así se ufanaba en Octubre de 1882 el más radical de los antropólogos alemanes [2]. Si Darwin ha de lograr en la ciencia las reformas que Lutero hizo en la Iglesia de Dios, excusados son y muy en vano los esfuerzos de su teoría. Por opuesto camino discurría Wirchow, tan desaforado materialista como Haeckel, cuando por el mismo tiempo, en el Congreso tenido en Francfort, clamaba en alta voz: "Nuestra escuela cifra su gloria en respetar como verdaderas las cosas que podemos realmente demostrar. Yo creo que uno de los más preciados timbres de nobleza de esta Sociedad Antropológica alemana será, para lo porvenir, el no haber perdido de vista la lumbre de la razón en tiempos en que la marejada del darwinismo estuvo más en hervor. Pocas épocas se habrán visto en que tan importantes cuestiones se hayan tratado con tanta liviandad y desconcierto. Hacíannos creer que el hombre, corriendo de mudanza en mudanza, descendía de un animal. En realidad de verdad, no han dado aún con el rastro de ese mamífero, cuando ya se vendía por averiguada su existencia. El mismo Darwin se andaba con gran tiento en afirmarla; y solamente al asomar las teorías de Haeckel acabó aquél de asentar y orillar la suya; pero él propio confesaba que no poseía de anatomía, de fisiología y de patología otro caudal de conocimientos que los que tiene un hombre del vulgo; por eso nunca se había arrojado á tratar del hombre científicamente„. Á este mismo propósito añadía Wirchow sin temor: "Tenemos en Alemania una cáfila de hombres celosos que publican y esparcen libros sobre el origen de los seres; pero los más de ellos son los que menos entienden lo que escriben. No advierten los muy atrevidos que más tiempo y tiento es menester para examinar un cráneo que para escribir un capítulo. Si tuviera yo que extender diez capítulos ó examinar diez cráneos, apuesto á que concluyo los diez capítulos en un tercio de tiempo„. Estas palabras, salidas de los labios de Wirchow,

[1] *Zoolog. génér.,* § 23, chap. v.—[2] *Revue scientifique,* 1888.

expresan cuán poco valor tiene en sus ojos la hipótesis de Darwin, y de qué calibre sean las cabezas que la propagan y defienden.

Mas no dejemos de la mano al médico Wirchow, que por ser hombre científico y muy ajeno de las doctrinas cristianas, no dará mala espina á los enemigos del dogma católico. Empeñóse Mortillet en acreditar su sueño dorado, que consistía en apequeñar y enanar al hombre trazándole en su imaginación torpe y grosero, sin gracia ni habilidad, al fin como descendiente de micos, en cuya alabanza desplegó mil lenguas, sin reparar en la mezquina traza. con tal que redundara ella en gloria de los monos padres y en desdoro del hombre monesco [1]. Tomada por Mortillet la posesión de juez competente, después de asentar la infalible verdad de su fallo, la deducción lógica de sus consecuencias, la observación directa de los hechos, la certidumbre inquebrantable de su juicio, la conclusión definitiva del pleito en favor del mono contra el mezquino del hombre; levántase Wirchow á ponderar los descuidos, á pesar las injusticias, á desmenuzar los hechos, á condenar la sentencia de Mortillet, inclinando el fiel justo de la balanza al bando de la razón, en público Congreso internacional de 1892 [2]. Así en su discurso inaugural, delante de los antropólogos de fama, el acreditado Wirchow deshizo en 1892 el sue-

---

[1] MORTILLET: Nous savons aussi d'une manière positive que l'Homme a varié dans les temps géologiques. En effet, l'Homme quaternaire ancien n'était pas le même que l'Homme actuel, qne l'Homme qui lui a succédé du temps des cavernes, comme le prouvent les crânes de Néanderthal, d'Eguisheim, de Danise, de Canstadt, et la mâchoire de la Naulette. La différence au commencement du quaternaire est déjà si grande, qu'on a parfois hésité si l'on rapporterait bien à l'Homme les débris que je viens de citer. Nous sommes donc forcément conduits à admettre, par une déduction logique tirée de l'observation directe des faits, que les animaux intelligents qui savaient faire du feu et tailler des pierres à l'époque tertiaire n'étaient pas des Hommes dans l'acception géologique et paléontologique du mot, mais des animaux d'un autre genre, des *précurseurs de l'Homme* dans l'échelle des êtres, précurseurs auxquels j'ai donné le nom d'*anthropopithecus*.—Ainsi, par le seul raisonnement solide appuyé sur des observations précises, nous sommes arrivés à découvir d'une manière certaine un être intermédiaire entre les Anthropoïdes actuels et les Hommes. Cela rappelle Leverrier découvrant sans instruments, rien que par le calcul, une planète. *Le préhistorique*, pág. 102.

[2] Les objets de paléonthropologie sont si rares, et pour la plupart si sujets á caution, que jusqu'à présent la tentative de description de la race la plus ancienne de l'Homme quaternaire dépasse les forces de la science. Nous avons eu en Europe deux exemples peu encourageants: la tentative faite à propos du crâne de Canstadt et celle du crâne de Néanderthal, lesquels, comme l'ont supposé jadis deux savants éminents, auraient appartenu aux aborigènes disparus de la race européenne primitive. Il y a quinze jours, au Congrès des anthropologistes allemands tenu à Ulm, nous avons discuté la question soulevée à propos de ces deux crânes, et nous avons trouvé que celui de Canstadt n'appar-

ño de Mortillet estampado doce años antes. El *eslabón extraviado* que Mortillet se ufanaba de tener en su mano, era tesoro de duendes, sueño salido al revés. Aquella certidumbre invicta, aquella observación directa de los hechos, aquel fallo definitivo del origen monesco del hombre fué placer aguado, sombra acuchillada, mentira sin gota de verdad. Poco presta saber trazar en la imaginación, si la realidad no hinche la traza de lo imaginado.

Ahora, una hipótesis que de suyo amenaza ruina, ¿qué necesidad tiene de ser herida y refutada? Y más cuando tantas son las baterías que de todas partes se han desencadenado contra ella. Contentémonos, pués, dejando á otras plumas [1] la gloria de la refutación, con exponer las razones que suelen alegar los transformistas para dar colorido de verdad á su sistema.

2. La primera es, que el uso hace los órganos vigorosos y que crezcan y se desarrollen; por el contrario, la inacción los enerva, menoscaba y aun aniquila del todo. De este discurso quieren concluir que el hombre, con el ejercicio de tantos años, perdió aquellas formas desaliñadas, y granjeó la hermosura y majestad que en su semblante se admiran. Esta razón, por lo menguada, pareciéndoles á los darwinistas insuficiente para su intento, acudieron luego al reparo con la *selección natural.* Á la manera, dicen, que un diestro jardinero, si ve rosas en un rosal de diferentes matices, corta el tallo de cada matiz y los planta, y riega con solicitud, con que consigue rosas de subido carmín, de color quebrado, y de contrapuesto matiz; no de otra manera natura matiza la fauna y la flora de abigarradas y diversísimas especies, esforzando las variedades aptas para la propagación y desechando las inútiles é imperfectas. Juntáronse, pues, un día dos animales elegidos por la naturaleza entre los más excelentes; los hijos heredaron por legítima sus preciosas propiedades: de éstos á su

---

tient pas á l'époque quaternaire, tandis que celui de Néanderthal est pour le moins très loin d'avoir une forme typique.

Je n'examinerai pas toute la série des découvertes analogues, dont la plupart ne nous ont fourni que des crânes uniques exceptionnels. Mais je dois déclarer que quand même ces crânes eussent été tels qu'on les a décrits, et que leur position géologique eût été exactement définie, ils ne pourraient pas constituer la preuve de l'existence d'une race inférieure primitive qui pût être considerée comme le terme de passage entre les animaux et l'Homme actuel. Beaucoup de crânes semblent très anciens, mais ils ressemblent sous tous les rapports aux crânes des races modernes, et certains même à ceux des races civilisées. C'est en vain qu'on cherche le chaînon, *the missing link,* qui aurait uni l'Homme au Singe ou à quelque autre espèce animale. *Les Problèmes de l'anthropologie, Revue scientifique,* 1892, t. L, pág. 590.

[1] REUSCH, *La Bible et la nature,* leçon XXVI. — P. MENDIVE, *La relig. catól.,* cap. XXII.—FAJARNÉS, *Estudios críticos,* I, cap. VIII.—COMELLAS, *Demostración de la armonía entre la religión cat. y la ciencia,* 1890, p. 255.

vez, escogida una valiente pareja, y cerrada la puerta á las otras, se procreó nueva descendencia, linaje más noble; así sucesivamente hasta llegar, al cabo de millones de siglos, á la generación de un bruto perfectísimo, que tuvo la dicha de ser animal racional. La hilaza de este tejido ¿quién no la ve patente? En la selección artificial entra la deliberación, la traza premeditada, la diligencia y el cuidado, los medios ordenados al fin propuesto, en una palabra, la disposición libre del hombre: en la selección natural, ¿dónde está el jardinero que piense, pueda y quiera? La evolución ciega, que al cabo es la naturaleza de cada cosa, ó la propensión y facultad que posee cada ser de vivir y propagarse, ¿es acaso alguna voluntad deliberada que tenga manos para escoger medios y proporcionarlos á un fin libremente escogido? ¿Qué es natura, sino el Autor de ella? ¿Dónde consta esa voluntad que la selección natural introduce, sino en el supremo Ordenador del universo?

Apretados los transformistas por esta razón, corren en busca de otro arbitrio, no menos flaco y ruin: *la lucha por la existencia.* Infinitos animales, dicen, nacerán de una pareja, destinados á engendrar sin término otros muchísimos: atizados éstos por dos instintos, deseo de conservar la vida y temor de perderla, darán lugar á un encendido combate, á quien más puede; caen unos en la lucha, otros tienen fuerte en los aprietos, los más gallardos triunfan, sobreviven los más idóneos, y comunican á sus descendientes la nobleza de su calidad. Mas ¿cómo no pierden la vida los mejor acondicionados? ¿Por qué perecen y van á pique todos los ruines, sin quedar uno solo en pie? ¿Qué se hizo de las afinidades y diferencias necesarias entre los principales y valerosos? ¿Cómo nacen y se crían siempre enteros y no contrahechos los descendientes? Poco caso hacen los darwinistas de estas preguntas; de más altas veras consideran el buscar efugios para tapar la vista á los ignorantes.

Tienen recurso al *atavismo,* con afán de demostrar cómo ciertas cualidades que en individuos se notan les vienen de especie inferior. Pero ¿quién no entiende luego que éstas son propiedades patológicas? "El primer requisito, dice Virchow, de una producción atavística sería que en un tipo cualquiera hubiesen florecido alguna vez individuos con cerebro, por ejemplo, de tal tamaño, y que se hubiesen conservado por algún tiempo, y procurado la formación de una raza„ [1]. Lo contrario suponen los darwinistas, pues quieren sacar de especies ínfimas propiedades que son de las supremas, y dan por prendas y señales del atavismo los que son vicios de generación y pruebas de naturaleza limitada.

Tampoco se desvelan mucho por descifrar el por qué de la llamada *selección sexual,* conviene á saber, la causa de aquel innato ins-

[1] *Discurso de Leipzig,* 1878.

tinto que impele á cada bruto á comunicar mejor con el otro sexo que con el propio: ¿quién es capaz de explicar, por vía de selección, que cada animal vaya en pos de su conveniente pareja, y que la escoja adornada de aquellas cualidades que le acomoden y digan bien con el intento de la naturaleza, y que encuentre con la más apta para la procreación?

De la sobrevivencia de los más fuertes no hay para qué hablar. Baste el dicho de Romanes, favorito defensor de Darwin; "ningún observador serio, dice, pretende que la sobrevivencia de los individuos más aptos sirva para explicar la formación de las especies„ [1]. "Antes parece que los animales más fecundos y mejor dotados fueron los primeros en huir del teatro de la vida„ [2]. Ahí están los gigantescos pterygotos, los grandiosos ortoceros, los potentes anciloceros, los membrudos dinoterios, los colosales alantosauros, el macarodo ferocísimo, el ictiosauro disforme; los cuales, no bien hubieron asomado en el campo geológico, se despidieron sin fundar descendencia, dejando á innumerables familias de menudos vivientes en pacífica posesión del orbe entero [3]. Á este tenor los amonites, los belemnites, los crinoides hicieron lugar á los rudistas, foraminíferos, espongiarios, estelérides y á parecidas turbas de abyectísimas especies.

Finalmente, cuando ocurra peligro de malograrse el imaginado trastrocamiento, quédales el arbitrio de las *fuerzas desconocidas,* inherentes á cada individuo. Son ellas, en las manos ó en las plumas de los transformistas, tan milagrosas, que cuando la selección natural, la selección sexual, la ley del más fuerte, la transmisión hereditaria, fueran causas del todo desaprovechadas y vacías de efecto, todo lo allanarían las *fuerzas desconocidas* con su mágica virtud. Ni hay manera de hacer que entiendan la desproporción de estos medios con aquellos fines; acostumbrados á verlo todo de rosado color, no rinden el ánimo á la dificultad. Ellos saben que los organismos en algo se parecen todos, notan en los embriones grados muy análogos cuanto al crecimiento progresivo, no pueden negar que todos los seres organizados posean miembros parecidos desde que empiezan á vivir; pero de éstas, que son puras analogías y borrones de semejanza, se arrojan á inferir en todo su seso, sin más razón, que unos animales descienden infaliblemente de otros, que tienen un padre común, y, lo que más importa, que el hombre no ha de ser de peor condición que el resto de los brutos. ¡Intolerable ceguera! Porque, como en otra parte decimos [4], si en todos los seres resplandece una singular semejanza

---

1 *Physiological selection*, 1886.

2 NADAILLAC, *Les progrès de l'anthropologie*, 1891, § II.

3 VOGT, *Quelques hérésies darwinistes.—Revue scientif.*, 1886.—HUXLEY, *Lay sermon*, p. 193.—PERRIER, *Le transformisme*, p. 330.

4 Cap. XXXVI, art. II.

cuanto más se avecinan y tocan las especies, es mucho más de admirar su no comparable diferencia: semejanza y diferencia divinamente compuestas; las cuales hacen que el plan de la creación sea uno, grandioso, hermosísimo, y que desde el más pequeño viviente hasta el más primoroso y perfecto, todos entre sí se tengan algún respecto, ofreciendo grados variadísimos de perfección, parte desigual y parte semejable: mas, con todo, siempre será contra los principios de la sana dialéctica deducir de la semejanza de organización igualdad de procedencia.

Mas supongamos que la transformación de las especies fuese hipótesis aceptable, y que las razones contrarias expuestas aquí y más arriba [1] fueran de ningún valor; todavía nos toca preguntar á estos oráculos de la ciencia: ¿cuántos eran los tipos primitivos, autores de la muchedumbre de especies que vemos? ¿Uno ó muchos? ¿Cuántos? Porque los que han pretendido que un solo tipo fué causa de todas las especies, ni acertaron á señalarle, ni dieron pruebas demostrativas, ni pusieron fuera de duda su dicho. Darwin, cuando hablaba del paso del mono al hombre, decía: "El gran vacío que hay en la cadena de los organismos entre el hombre y los más inmediatos, ha sido propuesto como una grave objeción á la doctrina de la descendencia; pero aunque ese vacío no pueda colmarse por ninguna especie extinta ó viva, la objeción no es de gran peso para los que, convencidos por razones generales, tienen fe en el principio de la evolución„ [2]. ¿Mas por qué aquel misterioso poder que produjo el germen único, raíz y principio de todos los organismos, no produjo otros muchos gérmenes que fueran raíces de particulares evoluciones? ¿Por qué no dió luego á luz un germen destinado á procrear el tipo inteligente y libre? ¿Qué responden los darwinistas? Callan, y échanse á discurrir por otros rumbos.

Dicho esto por términos generales y comunes, pues no queremos hacer lenguaje de materia tan manoseada, holguémonos de repetir aquí lo que llevamos arriba indicado [3]. Puesto caso que el discurso del tiempo llegase á sacar evidente la transformación de las especies y á poner de manifiesto que de pequeños principios y de pocos individuos nacieron por evolución todas las castas de bestias que han vivido sobre la tierra, ningún detrimento padecería la autoridad de la Biblia. Los libros sagrados, ni abonan ni reprueban la hipótesis de Darwin; la dejan muy atrás, pues señorean en esfera superior las disputas humanas. Pero en esta resolución se sobreentienden dos principales condiciones: la primera es, que la hipótesis transformista presuponga que los primeros tipos fueron hechuras de Dios y recibieron de su infinito poder la facultad de transfigurarse y pasar por esos tra-

---

[1] Capítulos XXVI, XXXV, XXXVI.

[2] *The descent of man.*, l. II, p. 200.—[3] Cap. XXXVI, art. IV.

siegos indefinidos; la segunda es, que en la sucesión de transformaciones no sea contada la especie humana, hecha singularmente por Dios á su imagen y semejanza. Así entendida la opinión transformista, poco recelo debe infundir á los expositores del Génesis; más divertido y ejercitado tendrá el ánimo de los hombres de ciencia, si se empeñan en llevar hasta el cabo la ardua empresa de su demostración [1].

ARTÍCULO III.

1. La edad de oro, celebrada de los antiguos, condena el estado salvaje del hombre primitivo.—2. Atájase una dificultad.—3. Las tradiciones vienen en apoyo de la perfección original del hombre.—Asiria, Egipto, Persia.—4. India, China.—5. Grecia, Italia.

1. Descendiendo ahora á tratar la sentencia arriba propuesta, que no tiene empacho de cercar de ignominia la dignidad de nuestro origen y de humillarla con vilísimas afrentas, no podemos irnos á la mano sin traer aquí el testimonio de la antigüedad profana, que señale á los ojos de todos la insensatez de los racionalistas. La literatura pagana, archivo de venerables tradiciones, entre las galas con que adornaban los crímenes de sus dioses, dejó entrever como por resquicios los destellos de la primitiva edad. ¿Qué fué la de oro, celebrada por los poetas y oradores, sino recordación y prenda de cosa realmente pasada? De los que la encomiaron, Ovidio fué el que con más puntualidad encerró en sus *Metamórfosis* [2] los restos de la tradición popular. "La edad de oro, dice, amaneció la primera: guardó sin violencia y sin el estímulo de las leyes la buena fe y la justicia. Los hombres no conocían el temor de los castigos; no se leían en público sentencias amenazantes, ni los delitos temblaban en el acatamiento de los jueces, ni la paz común era obra de la vigilancia de los magistrados... La tierra inculta, sin sentir la fatiga del arado, daba de sí copiosa y rica miés. Aquél sí que era reinado de primavera eternal„. Y así prosigue con palabras encarecidas este argumento, presentándonos la mañana de la vida primitiva como era de suma perfección y regalo.

El divino Platón, siglos antes, había estampado en su *Política* estas admirables palabras, hablando especificadamente de los primeros hombres del mundo: "Dios los apacentaba rigiéndolos por sí mismo, á la manera que ahora los hombres de superior calidad guían y adiestran los animales. A la sazón, ni había repúblicas, ni se tenían mujeres ni hijos, y mientras faltaban estos entretenimientos, sobreabundaban frutos en los árboles que la tierra por sí y sin cultivo á manos llenas regalaba. Desnudos andaban y sin necesidad de ma-

---

[1] Reusch, *La Bible et la nature*, leçon XXXI.—[2] Lib. I.

nida, porque lo benigno de los climas y la blandura de los céspedes convidaban á cada paso con fácil y sabroso descanso. Los hombres de aquellos tiempos saturnales llevaban á los de ahora infinitas ventajas, según eran sin cuento las comodidades que tenían para vivir bienaventurados„. Y en el libro III de la *República* escribe así: "Dicen que Dios, en criando á los hombres, quiso hacerlos á unos idóneos para el mando y les infundió oro que diese lustre á su dignidad; á los hábiles para acometer empresas, adornólos de plata; á los oficiales y labradores cargólos de hierro y acero; y teniendo todos entre sí tan estrecho parentesco, procrearon hijos semejantes á su condición, y veces hay que de la plata nace oro, y del oro plata, y así por el consiguiente„. Esto encomendaba al escrito el ingenio de Platón, conmemorando la vida de los primeros mortales, como noticia habida de muchos que la contaban, y declarando que tales nuevas se tenían recibidas, viniendo de mano en mano, de los ilustres mayores. En los labios de Ovidio y de Platón, cualquiera verá reflejados los ecos de la tradición de los pueblos más antiguos.

Demás de que, si éstos fueran los únicos testimonios que de la original felicidad y cultura depusieran, podrían engendrar sospecha; pero cinco siglos hacía que Hesíodo y otros dejaban autenticada la misma tradición. Hesíodo, que vivió á principios del siglo IX (A. C.), cantó en su *Teogonía*, estimada divina por los gentiles, como testifica Orígenes [1]:

«El vulgo de los hombres en la tierra
Vivió de afanes libre y de trabajos,
En paz, sin los cuidados de la guerra».

Por igual manera los poetas Arato, Cratilo, Telécides, Ferécrates, pintaron la bienandanza de la primera edad. Dicearco, alumno de Aristóteles (320 A. C.), citado por Porfirio [2] y por Varron [3], afirmaba también que "los primeros mortales fueron de blandísima índole y de vida bienhadada; por eso llamóse de oro la edad en que vivieron„. Los poetas latinos no se quedaron cortos en la medida de sus loores, como puede verse en Virgilio [4] y Tibulo [5], que describen con vivísimas imágenes el imperio de Saturno, ajeno de bélicos ardores, nadando en solaz y deleite. Y es bien notar aquí lo que con copia de autoridades demuestra el doctísimo P. Lorenzo Hervás [6]; es á saber, que las fiestas saturnales, instituídas á honra del rey Saturno, y solemnizadas por los paganos con tanta magnificencia, eran conmemoración de aquellos tiempos heroicos en que nadaban los hombres en la abundancia y vivían en el colmo de la dicha.

---

[1] *Contra Celsum*, l. IV.—[2] *De non esu animal*, l. IV.
[3] *De Re rustica*, l. I, cap. II.—[4] *Georgic.*, l. I, vers. 125.
[5] Lib. I, eleg. 3.—[6] *Storia della terra*, p. II, capo II.

Añádese á esto la sentencia de Cicerón en su libro I *De legibus* [1], donde instituye este agudo raciocinio: "Pues el hombre está dotado de razón, y la razón es lo más excelso y divino que hay; luego únicamente Dios pudo formarle, y con él trató y conversó. Luego tiene el hombre semejanza con Dios [2]. (*Est igitur homini cum Deo similitudo.*) De Ciceron no se desvió Séneca, llamando á los hombres "vástagos de alta sangre„, porque salieron de las manos de los dioses; y Lucano va en lo mismo, aseverando que Dios en persona crió al hombre y le enjoyó en aquel primer instante con todo jaez de conocimientos.

No obscurece la claridad de estos testimonios el decir que los filósofos gentiles habían bebido en la fuente original de los dogmas bíblicos. San Agustín aprendió en los libros de los platónicos muchas verdades que los cristianos creemos [3], y con su lección se le avivaron las ansias de defender la doctrina de Jesucristo. Esto escribe en su libro III *Contra los Académicos* [4]; no le sirvió poco ese conocimiento para convertirse de veras á Dios. Particularmente en el libro II de la *Doctrina cristiana*, hablando del maestro y padre de su alma, San Ambrosio, dice: "El referido Obispo, teniendo á la vista la historia de los gentiles, como creyese que Platón en tiempo de Jeremías se había partido á Egipto, en donde moraba á la sazón el Profeta, demuestra ser más probable que Platón fuese informado de nuestras Escrituras por Jeremías para poder enseñar ó escribir las cosas que tanta loa merecen... Así que, considerados los tiempos, hácese mucho más creíble que los platónicos tomaron de nuestros libros las cosas buenas y verdaderas que dijeron, que no los cristianos de los libros de Platón el conocimiento del Señor Jesucristo, lo cual es locura grande creerlo„. Si después más adelante, pesadas mejor las fechas, retractó el santo Doctor alguna circunstancia de este pasaje [5], declarando: "en lo que dije de la historia de los tiempos, como si Platón y Jeremías hubieran sido contemporáneos, la memoria me fué infiel„; todavía, tanto su dictamen como el de San Ambrosio, mantienen su vigor y hacen fe respecto del punto principal de esta contienda, que es haberse los escritores paganos alzado con muchas verdades bíblicas.

Y aunque, por el contrario, Tertuliano dió el nombre de patriarcas de los herejes á los filósofos, pues llamó á Platón adobador de todos los herejes (*Platonem doleo omnium hæreticorum condimentarium factum*) [6], como si con la doctrina platónica todos los herejes hubieran informado sus errores, y parecidamente habló en sus *Præscriptiones* [7]; pero otros, como Eusebio, de quien hicimos arri-

[1] Cap. XVII.—[2] Cap. XIX.—[3] *Confes.*, l. VII, cap. IX.
[4] Cap. XIX.—[5] L. II, *Retract.*, cap. IV.
[6] *De Anima*, cap. XXIII.—[7] Cap. VII.

ba mención [1], y San Justino [2], y Clemente de Alejandría [3], y aun el mismo Tertuliano [4], no dejaban de confesar que muchas y grandes verdades se deslizaron por las plumas de los filósofos paganos, tomadas de los libros de los judíos. Dignos de loor han sido los esfuerzos de Vosio [5], Bochart [6], Huet [7] y otros varones excelentes en ciencia y erudición, por haber realzado los resplandores que debió la pagana filosofía á las costumbres y enseñanzas judaicas; y si en esta demanda su celo llevólos á ponderaciones demasiadas, no dieron en despeñaderos ni extravíos, pues ponían los pasos en la tierra firme de tantos Padres y Doctores.

Mas, viniendo á nuestro propósito, el haber trasladado los autores gentiles arriba citados, de la Sagrada Escritura sus nociones, no quita la fuerza al argumento, antes le robustece mucho más. Porque ¿cómo habían ellos de canonizar y hacer suya propia una doctrina que no dijera bien con las opiniones recibidas, ó no les pareciese conforme á la sana filosofía? ¿Cómo vendieran por habida de sus mayores la felicidad de los tiempos saturnales, si no les hubiese constado la verdad de esta tradición? ¿Eran acaso los griegos y latinos de tan humilde ingenio, que sin más ni más se apoderasen de una enseñanza cualquiera? ¿Tan lerdos eran que no mirasen con atención dónde ponían la pluma? Luego ¿recibieron de los judíos por indubitable la felicidad de los primeros mortales? Su razón se tuvieron, plausible y digna de encomio. ¿No la recibieron de ellos, sino que les vino encañada por la corriente de la tradición? Muy en la cuenta estaban cuando juzgaron la edad de oro por merecedora de la noticia de todas las gentes.

La edad de oro celebrada de algunos pueblos antiguos adquirió fama especial entre los bramanes, dignos de consideración por haber imaginado cuatro edades ó épocas, descritas brevemente por Lenormant en esta substancia: "la edad de la perfección, *kretayuga;* la edad del triple sacrificio, *tretayuga;* la edad de la duda y ofuscamiento religioso, *dvaparayuga;* la edad de perdición, *kaliyuga,* que es la presente, y acabará con el asolamiento del mundo" [8]. Más abajo se tocarán por menor estas cuatro edades, cuya calificación sacaría Lenormant de las *Cartas Edificantes,* donde el P. Lalane, entre otros, junta los cuatro cursos ó estados transcurridos por el linaje de los hombres desde la vida inocente y dichosísima hasta la vida actual azarosa é infeliz. El cuento de las cuatro edades fué, como tantos otros, ingeniosa invención de los bramanes, atentos á ganar fama de

---

[1] Cap. VIII, art. II.—[2] *Apol.*, II.—[3] *Stromat.*, II.

[4] *Apolog.*, cap. XLVII.—*De Testimon. animæ,* cap. V.

[5] *De orig. et progr. idol.*, l. II, c. XXX.

[6] *Geogr. Sacra,* p. II, l. I, cap. XVIII.—[7] *Demonstr. Evang.*, IV, cap. X.

[8] *Hist. ancienne de l'Orient,* 1881, pág. 26.

divinos, pues que en la primera edad ó siglo de oro "tuvo origen la casta de los bramanes, descendientes de Brama; eran á la sazón los hombres, á par de gigantes, sus costumbres inocentísimas, y vivían sin rastro de dolencia hasta los cuatrocientos años" [1]. Cegóse Lenormant leyendo semejantes consejas, por no haber reparado la desapoderada ambición que había inducido á los bramanes á mentir con tanta desenvoltura. Séase lo que se fuere, si los bramanes no tomaron parte de la tradición hebrea para enhilar el cuento de la sucesiva decadencia humana, ciertamente no la hallaron en los libros védicos, que no la mencionan ni por asomo. Las únicas verdades contenidas en la relación bramánica, dejada aparte su procedencia, son estas dos: felicidad incomparable, desdicha suma; ésta á la zaga de aquélla, con dependencia estrechísima. Las otras dos edades, *tretayuga* y *dvaparayuga,* son aditamentos bramánicos, destituídos de verdad histórica.

Los griegos y romanos ocuparon sus ocios en realzar las cuatro edades. Hesíodo, en su libro *Obras y días,* encarece, como va dicho, con los nombres de oro, plata, cobre y hierro las vicisitudes por donde el género humano pasó. La edad de oro prepondera á las otras tres por el bienestar y descanso de la vida, cuya gustosa prosperidad viene á menor estado al compás de los siglos hasta el presente, en que, trocada la fortuna en desdicha, se les ennegreció á los hombres la esperanza de tiempo mejor. Qué relación tengan las cuatro edades griegas con las bramánicas, á la legua se ve; ó son arroyos de la misma fuente, ó copias de un original. Si Grecia es hija del Asia, como lo presumen algunos, muy á mano está la explicación; si no lo es, como lo porfían otros con notable ponderación, bien pudo dar en los oídos de Hesíodo la fama de las cuatro edades bramánicas; si ni esto ni esotro, remitamos á la tradición primitiva la memoria de la dorada felicidad, y demos á humana invención todo lo demás.

A los romanos, está dicho ya, también llegó el rumor de las cuatro edades. Ovidio hizo de ellas ponderativa mención, manifestando con sombras y figuras las envidiables mejorías de la de oro en el libro primero de sus *Metamórfosis,* y describiendo las sucesivas quiebras de las otras tres. Otro tanto le ocurrió á Virgilio en las *Geórgicas,* ni se quedó atrás Horacio en sus *Odas.* Bien podremos aquí decir que las voces romanas fueron las últimas resonancias de las griegas.

Pasando á la América, testimonio de la edad de oro dan los mejicanos, según que lo refiere Humboldt por estas palabras: "El reino de Quetzalcoalt era la edad de oro de los pueblos de Anahuac (Méjico). Entonces todos los animales y los hombres vivían en paz; la tierra convidaba de por sí con ricas mieses; el aire estaba poblado de

[1] *Cartas edif.,* t. VII, pág. 23.

pájaros admirables por su canto y por la hermosura de su plumaje„ [1]. Pasamos por alto otros pueblos de ambos mundos [2] que participan de igual luz, siendo cosa que deja suspensos los ánimos el pensar cómo naciones tan diversas y apartadas han podido concordar en atribuir á los primeros pobladores de la tierra vida dichosa y alto grado de civilización.

¿Qué concluir de esta nube de testimonios, sino que pueblos diferentes en lengua, religión y costumbres tenían por fundamento de sus creencias la dignidad y santidad de nuestro origen? Por esto la edad de oro cantada por antiguos poetas, celebrada por historiadores, autorizada por leyendas populares, registrada en anales de naciones, es ilustre prueba de la narración de Moisés, suma y fruto de la original tradición acerca de la perfección primitiva, pública reprensión y solemne mentís á la petulancia de los que encomian nuestro primordial abatimiento. Luego no hizo Dios al hombre estúpido, ni nació éste salvaje, ni se crió en los bosques, ni disputó á las bestias el sustento, ni fué tan extremada su ignorancia y abyección que no pudiese por sí guardar policía, ejercitar las artes, aplicarse á las ciencias y hacer á los brutos incomparables ventajas desde el punto en que abrió los ojos á esta luz natural.

2. Subirá de punto el resplandor de esta verdad si consultamos el parecer de los hombres versados en el estudio de las lenguas. El filólogo Federico Schlegel, en su obra *Sobre la lengua y sabiduría de los indios,* tratando cómo nacieron las flexiones ó letras adicionales de las palabras, no halla más salida que referirlas á la humana habilidad. "El hombre, en su origen, según Schlegel, dice M. Breal, no era inculto y grosero, como una filosofía superficial quiere persuadirnos: dotado de suma delicadeza de órganos, sentía la significación original de los sonidos, el valor de las letras y sílabas, y con vista profética hallaba sin trabajo la relación entre la voz y la idea: el hombre actual, con sus facultades descaecidas, no puede rastrear esa relación entre el signo y la cosa significada; pero una intuición infalible se la daba á conocer á los hombres primitivos„ [3]. Esta teoría de Schlegel, que, siguiendo á Creuzer, presupone la familia humana honrada en sus principios con el privilegio de una elevadísima educación, no granjeó el agrado del filólogo Bopp, quien con desenfado y brío trató de combatirla, dondequiera que se le ofreciese ocasión [4], porfiando que ni la sabiduría de los indios ni la perfección de su idioma eran dignos de las ponderaciones de Schlegel. Á los doctos y peritos toca sentenciar este pleito. Pero lo muy sin duda, dejada aparte la disputa filológica, es que entrambos filólo-

[1] *Vue des Cordillères*, p. 30.—[2] LUKEN, *Les traditions de l'humanité,* t. I.

[3] *Grammaire comparée* de BOPP: Introd.

[4] *Ibid.,* 1875, § 108.

gos conforman en un parecer, acogiendo con buen rostro la ilustrada inteligencia de los antiguos. Dícenlo claramente estas palabras de M. Breal, que resume la doctrina de Bopp [1]: "La combinación de seis ó setecientas raíces de verbos con un corto número de raíces de pronombres dió lugar á un mecanismo maravilloso, que espanta y saca de quicio al que le examina por primera vez, y confunde y deja atónito al que, después de considerar sus pequeños principios, mide su inmensa importancia. El instinto humano con los medios más sencillos crió un instrumento, que después de siglos es suficiente para satisfacer las necesidades del pensamiento„. No es menos explícito el mismo Bopp: "Las lenguas indo-europeas, dice, en el primer período de su juventud estuvieron ricamente dotadas, y obtuvieron, en la facultad de componer y de aglutinar, todos los medios de desenvolverse: como mucho poseían, podían mucho perder, sin por eso cesar de comunicar entre sí mediante la gramática; á fuerza de menoscabo, de alteraciones, de supresiones, de transformaciones y de sustituciones, las antiguas afinidades se borraron, desvaneciéndose casi del todo„ [2]. Más adelante examinaremos qué valor tiene esta teoría; pero quede por ahora sentado cuán claramente han conocido los filólogos, puestos los ojos en los albores de la antigüedad, que el hombre en su origen dista infinito de haber sido salvaje.

3. De la prosperidad y bienandanza primitiva pocas veces hablan los monumentos asirios y egipcios hasta hoy descubiertos, bien que varios lugares dan asomos de gran ponderación, pues ponen en muy alta estima los bienes de los primeros hombres. Dejada en silencio esta mal segura tradición, entremos en Persia, cuyas tradiciones constan del Avesta, si pueden las suyas denominarse tradiciones iránicas y no más bien fantasías del zoroastrismo. El Avesta solos dos linajes menciona de paraíso, con el nombre de *garonmana* (morada venerable), el de Ormuzd y el de los hombres justos; ambos á dos paraísos están encumbrados y llenos de resplandeciente majestad; el Avesta en varios lugares parece igualarlos. Mas ésos son paraísos celestiales y no terrenales, como el que ahora buscamos.

La más positiva noción del paraíso terrenal hállase en el Vendidad, tratado principal del Avesta. Allí es de ver á Yima tratando con el dios Ormuzd, quien le constituye señor y administrador de las cosas terrestres; en cuyo gobierno gozaba de felicidad y abundancia, sin sentir calor ni frío, sin padecer enfermedad ni menoscabo [3]. El

---

[1] *Grammaire comparée,* introd., p. XL.—[2] *Ibid.,* Préface de 1883, p. 3.

[3] *Vendidad,* Fargard II. Yima, c'est le premier homme que j'ai appelé à s'entretenir avec moi, moi qui suis Ahura-Mazda.—Et le brillant Yima me répondit: Oui, je développerai tes biens terrestres, je les ferai croître, je serai de tes êtres terrestres le nourricier, le soutien et le maître.—Que dans mon royaume il n'y ait ni vent glacé, ni chaleur ardente, ni dépérissement, ni

Vara, que Ormuzd mandó á Yima edificar como sitio de placer, albergue cerrado por todas partes, donde se conservan las semillas de animales y plantas, no puede compararse con el Edén bíblico, como algunos autores han opinado, porque más es comparable con el arca de Noé, en cuanto viene á ser lugar de refugio contra las violentas inundaciones que amagan arriar la tierra. "Los hombres pasan vida dichosísima en el Vara que Yima construyó„ dícese en el número 136 del mismo capítulo, en que se denota cómo los hombres se vieron libres de las aguas con aumento de felicidad.

Por otra parte, en el Yest descúbrese un rasguño de la bienandanza primitiva [1], por cuanto allí se realza la vida bienhadada de los hombres, exenta de frío y calor, ajena de vejez y muerte, sin envidias ni molestias, colmada de bonanza y prosperidad; bienes que se fueron todos á pique, por haber Yima dado entrada á la mentira y falsedad, de la cual vencido perdió el contento y la grandeza de su estado. Que esta leyenda haga alusión al Edén de la Biblia, es dictamen de muchos autores; pero el del iranista Harlez se opone á que en los libros zendos se hable del fruto prohibido, de la tentación y caída [2]. Ello es que el Yima avéstico, ora semeja Adán, ora semeja Noé; ni se puede poner en duda que estos mitos pertenezcan á tradiciones antiguas. ¿Acaso los zoroástricos tomaron sus relaciones de la tradición hebrea? Mucho se ha altercado sobre esta cuestión [3].

Más por menor describen los libros pehlevis la vida de los primeros hombres, en la fábula de Máshya y Máshyoi. Gayomart dió ser á la primera humana pareja del modo que antes se dijo. "No hubieron bien logrado alma racional, Ormuzd les habló declarándolos perfectos é intimándoles obediencia á sus mandatos. Andaba el uno al sabor del paladar del otro, llevándose los mutuos tenores. Aclamaban á Ormuzd por Criador de todas las cosas. Vivían á sus anchuras ceñidos de hierbas sin necesidad de comida; su bebida era agua pura. Más adelante la malicia pervirtió sus corazones, cuando el espíritu malo y ruin se apoderó de sus almas y los indujo á creer que la tie-

---

mort.—Yima est établi au plus haut point du pouvoir royal.—Trois cents régions échurent au roi Yima. *Ibid.*, 5-19.

[1] *Avesta*, pág. 545.

[2] *Dictionn. apologét., art. Ahriman*, pág. 49.—*Avesta*, 1881, Introd., página CXXXVII.

[3] FELIPE BERGER: Que de fois n'avons-nous pas entendu citer la ressemblance de la création biblique avec celle de l'Avesta comme une preuve de la composition récente de la Genèse, qui n'en serait qu'une copie? C'était le cheval de bataille de M. de Eichtal. Or, voici M. Darmesteter qui vient nous déclarer, après une étude approfondie, que c'est l'Avesta qui a copié la Bible! Je suis porté à croire que M. Darmesteter a raison, sans pourtant qu'il soit possible de l'affirmer pour tous les points. *Revue des Deux Mondes*, Septembre 1893.

rra y demás cosas habían sido hechuras de sus manos. Huyeron á la soledad del desierto, y como encontrasen con una cabra, la ordeñaron; por eso la leche fué el primer alimento del hombre„. Por estas palabras resume Casartelli las nuevas de los mazdeos sobre el primer estado de los hombres, tomándolas del Bundehesh, en cuyas páginas se prosigue largamente el cuento de la desgraciada vida humana [1]. No se nos vaya el tiempo en medir y pesar el valor de la leyenda; el Bundehesh es libro perteneciente á la literatura sasánida que floreció en el sexto siglo de la era cristiana, si bien algunas de sus tradiciones podían estimarse más antiguas aún que las del Avesta; pero ninguna razón hay para conceder á la sobredicha tan alta honra.

4. Entremos en la India. Abramos el *Código de Manú*. En el libro primero ofrécese el dios Brama con título de padre de Manú, y éste con ínfulas de engendrador de los diez *maharichis*, señores de las criaturas, bramanes todopoderosos. "Estos hombres, libres de enfermedades, alcanzan la satisfacción de todos sus apetitos, y viven cuatrocientos años en esta primera edad; en la Tretayuga y en las edades siguientes su vida merma por grados una cuarta parte de la duración„ [2]. Este testimonio servía á los misioneros apostólicos, como arriba se apuntó y en breve se dirá, de firme cimiento para encarecer la tradición de la India, cual si las *leyes de Manú* fueran obra aryaca y no meramente bramánica, es decir, hija de la ambición y del embuste.

No por eso negaremos que hallasen los bramanes en el Rig-Veda parte de su invención, que no todo se fragua de golpe. El Yama indio se ostenta en el Rig-Veda colmado de felicidades: es el rey de los dichosos, el hijo de Vivasvat, el primer hombre y el primer muerto, el príncipe y cabeza del linaje humano, el que en el otro mundo se ve rodeado de los abuelos de los aryas, el que recibe acatamiento de los Pitris, sacrificadores celestes que llevan vida felicísima á la sombra del árbol copado, bebiendo raudales de la esencia divina y cumpliendo la ley inmortal de los dioses. Estas y otras semejantes grandezas se dicen de Yama [3]. Mas ¿en qué parte del Rig-Veda se

[1] *La philos. religieuse du mazdeisme*, 1884, chap. v, pág. 123.—Añade luego: Nous avons cru nécessaire de donner cet aperçu des origines de la vie humaine selon le mazdeisme de l'époque que nous traitons. La position occupée par l'homme dans l'échelle de la création ressort plus clairement de cette étude, et les fondements de la morale de ce système apparaissent nettement. Les points principaux en sont donc: l'unité originaire de la race, la nature morale de l'homme, son innocence originaire, sa chute par l'influence des dêves, son progrès successif dans les arts de la vie. *Ibid.*, pág. 126.

[2] *Manú*, lib. I, vers. 34-83.

[3] *Rig-Veda*, X, 14, 8.—X, 10, 3.—X, 13.—*Atharva-Veda*, XIII, 3, 13.—BERGAINE, *La religion védique d'aprés les Hymnes du Rig-Veda*, 1878, t. I, pág. 87.

hallan escritas? En el libro décimo, que huele más á bramanismo que á vedismo. Aun así y todo, dice el indianista Barth: "Yama, el primer hombre, el hijo del sol, podía haber vivido vida inmortal, pero antepuso á la vida la muerte, y entró por el camino que no tiene vuelta, abriendo de este modo senda por donde anduviesen las generaciones futuras. Vino á ser rey de la mansión de los muertos. En los aledaños del cielo, en la región de la luz y de las aguas eternas reina en paz y en unión con Varuna, gran dios del cielo" [1]. En este reducido epílogo se cifra la fábula de Yama, conforme se colige del Rig-Veda. En esta pintura échase menos la felicidad primitiva terrenal, sólo se advierte la celestial, que disfruta Yama en compañía de los Pitris á la sombra del árbol místico, teniendo en custodia las almas justas de los fenecidos. ¿Qué hicieron los inventivos bramanes? Con achaque de ciencia soberana extendieron el cordel de la tradición védica, no reparando en dar color á provechosos engaños: entronizaron á Manú en lugar de Yama, contáronle por abuelo de los Pitris, á éstos los divinizaron aclamándolos por de origen anterior á los dioses védicos, á los dioses védicos los pregonaron por hechuras del propio Manú, á éste, en fin, le regalaron dicha perenne en esta y en la otra vida: todo por colocar en jerarquía excelsa la casta de los bramanes, hasta encumbrarla á la alteza de la divinidad. ¿Quién despertó en ellos la pompa de tan despropositadas excelencias? El conocimiento de la Biblia, como lo diremos más abajo. De manera que la felicidad primitiva no es parto de la tradición aryaca; si la hallamos en el libro de Manú, patente es el hurto hecho á la tradición hebrea.

Podríamos notar de camino la semejanza del Yama indio al Yima zoroástrico. Yima es hijo de la luz *(Vivanhat)*, como Yama hijo de Vivasvat (luz, fuego, resplandor); Yima fué hijo del Cielo, como también Yama; Yima tiene semejanza con Noé en la construcción del *Vara;* Yama, hermano de Manú, y aun igual é identificado con Manú, sálvase también del diluvio. Ambos á dos, ora se equiparan á Noé, ora á nuestro padre Adán. La diferencia está en que Yama ó Manú se levanta á lo supremo de la deidad por arte de los bramanes; no así Yima, que nunca pasó los términos de héroe mítico. Cierto, entrambos pueblos, persa é indio, siguieron en la formación de sus fábulas instinto particular diferente, pero como astillas ó vástagos de los aryas, emparejaron en lo substancial, bien que el vapor de la vanidad y de la ambición no humeó tanto en el ánimo de los zoroástricos como en el de los presuntuosos bramanes [2].

Los chinos no heredaron visos de la primera felicidad humana: si de los emperadores fabulosos pintorean los king fantasías de gran-

[1] *La religion de l'Inde*, pág. 23.

[2] Harlez, Avesta, 1881, *Vendidad*, Farg. II, pág. 13.

des bienes en general, forman retratos sin ser, con lindos lejos henchidos de sombríos tachones. El Japón nos dejó un borrón de paraíso en esta forma. Los kamis divinos engendraron los kamis humanos, Izanagi é Izanami, dotándolos de cuerpo semejante al humano, con el cargo de producir el mundo terrestre. Al efecto proveyéronles de una lanza penetrada de milagrosa virtud. Izanagi é Izanami, revolviendo con la punta la masa cenagosa é informe de la tierra, formaron la isla de Onogoro, adonde bajaron á coger la flor del placer solazándose en aquellos aires vitales. Allí, para dar principio al linaje humano, tuvieron por fruto de su enlace un hijo, tan raquítico y desmedrado, que hubieron de volar al cielo á presentar querella á los dioses, que tan desdichada fecundidad les habían concedido. Declaran los dioses, amostazados, que la fealdad del primogénito procedió de culpa cometida por la madre Izanami; la cual, arrepentida, bajó con su marido Izanagi al mismo paraje, donde, más cautelosos y observantes, dieron origen al archipiélago del Japón y á la población de toda la tierra. En esta fábula pueden advertirse las cosas siguientes: formación de los dos progenitores humanos por obra de los dioses; cargo encomendado por los dioses de formar la tierra [1]; morada apacible de los dos en la isla; pecado cometido por la primera mujer antes de dar á luz su primogénito; monstruosidad del parto como consecuencia del primer delito; arrepentimiento de la delincuente y perdón de los dioses; muerte de la mujer que luego se siguió; lloros sin consuelo del marido viudo. En el fondo de estas circunstancias se esconde casi toda el alma del Edén bíblico.

5. Qué memoria quedó entre los griegos de la felicidad primitiva, lo particularizó Hesíodo con singular menudencia, á este tenor: "Cuando los dioses y los hombres nacieron de una cepa, los inmortales otorgaron á los mortales la edad de oro. Al par de dioses vivían los hombres, sin congoja ni molestia, exentos de cansancio y de dolor, porque la enfermedad, compañera de la vejez, andaba de ellos extrañada. En la edad decrépita conservaron la flor de la juventud, felices con su venturosa vida, alejados de todo mal, abastecidos de ganados, queridos de los dioses; dulce sueño les era la muerte. Ningún bien les podía faltar cuando la tierra, con su caudal inagotable, les ofrecía á manos llenas variedad de frutos. La abundancia sin límite no daba lugar á la envidia, desviando de los hombres todo linaje de recelo" [2]. En la descripción de Hesíodo se descubren indicios harto menudos de la dicha que logró el género humano en su primera institu-

---

[1] Castonnet des Fosses, que traslada la leyenda, añade aquí: Aucune raison n'est donnée pour expliquer cette mission particulière. *Revue des religions*, 1895, pág. 394.—Sería fácil de entender la *misión*, si, en vez de *cargo de formar*, se dijese *encargo de poblar* la tierra.

[2] *Obras y días*, vers. 47.

ción [1]. Mas luego el bien padeció quiebra, el mal tomó alas en las edades posteriores, menguando el brío de la virtud con el crecer del vicio en tanto grado, que se ve el poeta precisado á exclamar: "¿Por qué me tocó á mí vivir entre esta generación de hombres? ¡Ojalá hubiera yo fallecido en otra edad! La vergüenza y la justicia, vestidas de blanca estola, subiéronse al Olimpo; no quedan sino dolores á los mortales, desdichas y quebrantos sin remedio„. A impiedad suenan las lástimas de Hesíodo. ¿Acaso castiga Dios por antojo? Si los hombres le hicieron agravio, ¿no está en la expiación cifrado el remedio de sus males? ¿Echó en olvido Dios, infinitamente justo, su infinita misericordia? Sea como fuere, las erróneas y mezquinas nociones de los griegos no fueron parte para borrar la memoria de la verdad tradicional que en el Génesis está grabada [2], conforme lo expone San Agustín [3].

La tradición helénica fué cundiendo por la gente romana. Los poetas vertieron sus voces en la vulgaridad. Ovidio cifra en pocos versos la inocencia y santidad de los primeros hombres, cuya dicha temporal constituyó la edad dorada [4]. Consonancia hace Virgilio mostrando la edad de oro colmada de bienes y ajena de males, sin fatiga ni recelo [5]. En la pluma de entrambos poetas no se advierte que de la inocencia original dependiese la bienandanza terrena, ni de la culpa la desdicha posterior; pero harto muestran sus bellísimas descripciones el orden de prioridad en que el bien llevó al mal la delantera. Con más acierto cantó el poeta Horacio elegantemente la introducción de males en el mundo, tras la florida bienandanza, á

---

[1] El mismo Bunsen no puede menos de confesar, no obstante la enigmática relación de Hesíodo, los fondos de verdad en ella contenidos. Cette incontestable ressemblance de la tradition primitive des grecs avec la tradition hébraïque, s'éxplique aussi peu par le hasard que par la transmission. Nous avons affaire ici à une réalité qui est Dieu dans l'histoire. *Dieu dans l'histoire*, 1868, pág. 213.

[2] DE PRESSENSÉ, *L'ancien monde*, 1889, pág. 410.

[3] *De Civit. Dei*, lib. XIV, cap. XXVI.—*De peccator. meritis*, lib. II, capítulo XXII.

[4]

Aurea prima sata etas, quæ vindice nullo
Sponte sua, sine lege, fidem rectumque colebat.
Ipsa quoque immunis, rastroque intacta, nec ullis
Saucia vomeribus, per se dabat omnia tellus.

Metamorph., lib. I.

[5]

Ante Jovem nulli subigebant arva coloni,
Nec signare quidem aut partire limite campum
Fas erat. In medium quærebant, ipsaque tellus
Omnia liberius, nullo poscente, ferebat.

Georg., lib. I, vers. 125.

causa del robo infausto [1] de que más arriba se habló. Por tener los romanos tan asentadas las glorias del reino saturnal, como ejemplar de bienaventuranza terrestre, hicieron especial hincapié en la antigua felicidad. Imitáronlos en esto los germanos, que reconocían los antiguos Ases por hombres dichosos, invulnerables, ricos y florecientes, como el Edda los pinta.

ARTICULO IV.

1. Respóndese á las citadas descripciones de Cicerón y Diodoro. — 2. Autoridades recientes en abono de la perfección primitiva del género humano.—3. Razones de Santo Tomás.

1. ¿Qué respuesta daremos, pues, á Cicerón y á Diodoro Sículo, que nos dejaron una tan mísera pintura de la primera gente que en el mundo vivió? Sin reparo debemos decir que la laceria que minuciosamente nos encarecen como venida de abolengo á los hombres, no tanto ha de considerarse física cuanto moral, y representativa de aquel estado de abatimiento que alcanzó á nuestros primeros padres, después que hubieron pecado y levantado los ojos á la excelsitud sobrenatural, de donde su desobediencia los tenía derribados.

Porque habiendo el hombre bastardeado la generosidad de su primera condición, no sólo se hizo semejante á las bestias, pero pasó más adelante: quedóse mucho peor; porque ¿qué bestia hay tan feroz que sea capaz de tantos males como la malicia humana armada y aguijada de los bríos de la razón? No hay desconcierto como éste: "en el entendimiento obscuridad, y en la voluntad flaqueza, y en el apetito perversa inclinación, y en la memoria olvido, y en los sentidos, en unos engaño y en otros fuego, y en el cuerpo muerte, y desorden entre todas estas cosas que he dicho, y disensiones y guerra" [2]. Todo este cúmulo de males manó de aquel primer pecado. Algunos profesores de la antigua filosofía alcanzaron esta contrariedad; así como el no alcanzarla otros fuéles ocasión para escribir grandísimos disparates, así á los modernos el no querer reconocer la causa del

[1] Audax Japeti genus
Ignem fraude mala gentibus intulit.
Post ignem ætheria domo
Subductum, macies et nova febrium
Terris incubuit cohors;
Semotique prius tarda necessitas
Lethi corripuit gradum.
Oda 3.ª

[2] Fr. Luis de León, *Nombres de Cristo*, l. III, Jesús.

desorden moral no les excusa de los mayores desatinos que tan á sabiendas estampan.

San Agustín, que vivió hasta los treinta años envuelto en los errores de los maniqueos y en la ignorancia del pecado original, quedaba confusamente escandalizado de tan espantoso desvarío, no sabiendo cómo componerle con la infinita sapiencia de Dios. "¿De dónde procedió el mal y por qué puerta entró acá? ¿Cuál fué su raíz? ¿Cuál su simiente? ¿Ó por ventura no hay tal cosa? Pues ¿por qué tememos lo que no es? Y si vanamente tememos, ya ese temor es malo. Pero ¿de dónde nació, si Dios, bueno, todas las cosas hizo buenas? ¿De dónde tuvo origen este mal?... Tales cosas resolvía yo en mi pecho fatigado con cuidados congojosísimos del temor de la muerte, sin haber hallado la verdad„ [1]. Todo esto es de San Agustín, antes de dar en la vena del pecado original. Si este nobilísimo ingenio en tales términos se espantaba, que no los hallaba en la explicación de los trastornos físicos y morales que padecemos, no es mucho que otros ingenios más apocados se alargasen á fingir fábulas para dar alguna causa simbólica de lo que sentían y no entendían.

Pero también puédese responder que los testimonios antedichos deben referirse á un pueblo particular caído en el envilecimiento, y no al primer estado del linaje de los hombres. El libro de Job, antiguo tal vez como puede serlo el Génesis, corrobora esta solución. Describe el santo paciente la vida que pasaban aquellos desdichados que, antes de venir él á menos, le oían con el dedo en la boca y temblaban en su presencia. "Burlan de mí ahora, dice, los mozos, cuando sus padres no merecían dormir á par de mis mastines, ni tenía yo en ningún precio sus servicios; antes mirábalos como indignos de la vida. Hombres eran ellos consumidos de hambre y pobreza; en las soledades llevaban una vida escuálida y miserable; manteníanse de hierbas del campo, de cortezas de árboles, de raíces silvestres. En dando con fruta bravía en los valles, todo era correr y arrojarse á ella, para arrebatarla con impaciente codicia. Moraban en las quiebras de los barrancos y en las cuevas de los montes, teniendo por merced la sombra de los zarzales. Gente estúpida y soez, si la hubo, sin nombre decente en la redondez de la tierra„ [2]. Todas éstas son palabras del santo Job, por cuya boca el Espíritu Santo dibujó el oprobioso entorpecimiento en que había venido á parar aquella casta de gente; pero, ciertamente, no habrá quien se atreva á sostener que era común á todos los hombres estado tan lastimero.

2. "Después de la dispersión de las naciones, dice á este propósito el docto Feller, algunas pudieron llegar á ser y andar errantes y feroces, como los tártaros; otras antropófagas, como los brasileños; aquéllas ejercer el latrocinio, como los árabes, y luego ser civiliza-

---

[1] *Confess.*, l. VII, cap. V.—[2] Cap. XXX.

das, por algún amante de la humana gente, que, excitando en ella las ideas morales y religiosas, la redujese á vida más honesta y más feliz. Pero estos hombres jamás estuvieron privados de razón, ni vivieron sin sociedad ni sin leyes. Los hombres salvajes, que alguna vez han sido hallados en las naciones cultas, fueron sin duda abandonados en la tierna edad lejos de sus habitaciones, y podemos comparar su razón á la semilla sembrada en terreno inculto„ [1]. No es menos estimable la autoridad de un filósofo del siglo XVIII, á quien entre mil desatinos se le escaparon de la pluma estas atinadas palabras: "El estado conveniente á la naturaleza del hombre es un estado de razón y de reflexión; porque es especial á su alma la facultad de pensar y reflexionar; por consiguiente, sólo por ese estado pudo comenzar. El hombre no pasó á vida selvática, que es un estado de la naturaleza animal, sino cuando dejó de discurrir sobre las costumbres y usos de sus mayores, ó cuando continuó en seguirlos sin conocer su espíritu„ [2]. Por esta causa podemos pensar que los hombres á que Cicerón y Diodoro aluden, serían los antiguos fundadores de las gentes latina y griega, los cuales, siendo bárbaros y de estragadas costumbres, sin ley ni freno en sus codicias, pudieron dar lugar á que un varón de más despierto ingenio y de elocuente voz extendiese su mano contra ellos y los domesticase y sujetase á razón.

Confirma todo lo dicho un moderno escritor, Bartolomé Saint-Hilaire, de juicio imparcial y digno de crédito. "Una de dos, dice: ó el hombre comenzó á ser como en el día vemos que es, ó comenzó de otra manera; es decir, ó nació niño, ó nació adulto. Por mi parte, yo no dudo sino que el hombre en el principio de las cosas fué criado adulto y tan perfecto como puede ser. La razón es muy sencilla: el hombre adulto podía bastarse á sí mismo para vivir; si hubiera nacido infante, como suponen, habría perecido sin remedio. Yo no digo que la creación de un adulto sea más fácil de entenderse que la de un infante; pero admitida esa imposibilidad, que es igual en ambos casos, concíbese que el linaje humano podía perpetuarse si el primer hombre era adulto, así como no hubiera podido sobrevivir un solo día siendo niño, acompañado de todas las flaquezas y peligros á que está expuesta la infancia. En el sistema del adulto sólo queda una dificultad; conviene á saber, un solo milagro; en el sistema del estado de infancia quedan dos: el nacimiento y la conservación. En tal caso, la elección no es dudosa; y ya que no podemos hurtar el cuerpo á todas las dificultades, la cordura pide que ciñamos nuestra atención en una sola, en vez de multiplicarlas á nuestro talante. Pues luego la ciencia, guiada por la lógica, debe aceptar la solución del Génesis, si no por amor del dogma, por amor de la ra-

---

[1] *Catecismo Filos.*, t. II, cap. I, § 2.

[2] *Antiq. dévoilée*, l. VI, cap. II, citado por Feller.

zón. So pena de desechar la cuestión y de menospreciar su importancia, no es posible resolverla de otro modo. La ciencia ha de parar allí donde la razón detiene sus pasos: y yo juzgo y tengo para mí que la razón puede llegar hasta esta extrema inducción, tomando por tema este hecho indubitable y casi evidente: que el hombre adulto puede bastarse y valerse á sí propio, y que el niño no es poderoso para subsistir„ [1]. Así discurría este sabio, á quien perdonemos por ahora que dé á milagro la formación del hombre; pero concédanle los enemigos de la humana dignidad que raciocina concluyentemente contra el estado salvaje ó embrionario.

Á este mismo tono habla el erudito Max Müller en defensa de la perfección del hombre. "Si queremos imaginar al primer hombre-niño y desenvolver paso á paso sus fuerzas físicas y morales, no habrá modo de entender cómo pudo vivir un día sin dispensación sobrenatural„ [2].—Otro testimonio tenemos de igual lustre en el protestante Guizot [3], que dice así: "Ninguno afirmó, á mi ver, ni jamás afirmará, que por obra de una generación espontánea el hombre, es decir, el varón y la mujer, hayan podido salir un día de las entrañas de la materia, hechos y crecidos en la plenitud de sus fuerzas y facultades. Con todo, sólo así podía el hombre vivir, perpetuarse y fundar el humano linaje. ¿Cómo es posible imaginarnos al primer hombre naciendo niño, inerme, incapaz, sin ingenio y sin industria para valerse, tiritando y llorando, sin madre que le abrigase y mantuviese? Y, con todo, ése sería el primer hombre que la generación espontánea podría regalarnos. Pues luego el otro origen es el único admisible y factible. De donde el hecho sobrenatural de la Creación es el que verdaderamente explica la primera aparición del hombre sobre la tierra„.

Aguda y galanamente y con sin par solidez amplificó la fuerza de estas razones el Padre Fr. Francisco Alvarado en sus *Cartas críticas* [4], hiriendo y deshojando con la vara del rigor lógico las insipiencias que los afrancesados á principios del siglo último quisieron esparcir por España. También se leerán con provecho los capítulos de al *Psicología celular,* de D. Antonio Hernández Fajarnés, escrita con buen criterio y paciente erudición; sin mentar ahora publicaciones extranjeras, en que salen muy malparados los invencioneros ingleses y alemanes, y nos excusan la tarea de deshacer uno por uno sus incomportables errores.

Consuena, en fin, la antropología con la gravedad de tantas autoridades. Á seis razas suelen reducirse los hombres fósiles que hasta nuestros días se han descubierto. La primera y más antigua es la de Canstadt, hallada en muchos puntos de Europa: el tipo que repre-

---

[1] *Journal des Savants*, 1862, p. 608.—[2] *La sciencie du langage*, p. 295.

[3] *L'Église et la societé chrêtienne*, p. 22.—[4] T. I, cartas I y VI.

sentan sus cráneos es común entre hombres actuales aventajados; la talla, mayor que la ordinaria, arguye temperamento robusto. La segunda es la de Cro-Magnon, que sobrepuja, según todas las noticias que de ella se tienen, á las razas salvajes mejor dispuestas; era raza de cazadores y guerreros con prendas de excelentes artistas. Otras dos razas notables son las de los Furfooz, que, bien estudiadas, indican haber sido gentes aquéllas ingeniosas y denodadas, aunque poco aficionadas á las artes. La quinta es la de Grenelle: de ella poco sabemos. La sexta, la de Truchère, casi desconocida; pero estas dos postreras dan señas de haber sido de hombres más cultos y más ajenos de la barbarie que el darwinismo quisiera. Éstas fueron las primeras razas que poblaron la Europa; fundaron colonias, construyeron dólmenes y otros monumentos dignos de eterna celebridad. No son razas bastardas, sino muy enteras y aptas para igualar y también superar en industria y capacidad á muchas de las actuales [1].

Pero débese advertir con cuidado que la paleontología no tiene noticia de hombre primitivo: el hombre europeo fósil, ni es el hombre del Génesis [2], ni nos habla de las razas más antiguas. ¿Con qué tenor de discurso atribuyen los positivistas á los hombres más antiguos que la geología ha desenterrado la condición de los primeros hombres del mundo? "Cuando la geología haya explorado, dice con oportunidad el presbítero D. Antonio Comellas, suficientemente las regiones del Asia, aunque llegase á encontrar los cráneos y esqueletos mismos de Adán y Eva, aun entonces no habría encontrado al hombre en su estado primitivo, en el estado de inocencia y de felicidad, en el cual no permaneció" [3]. Así que considera al hombre por un lado solo y no enteramente el geólogo que no tiene en nada el criterio del Génesis, libro antiquísimo y merecedor de toda fe.

3. No levantemos la pluma sin dar al Príncipe de los teólogos la gloria de haber trazado tantos siglos antes la refutación del error que tenemos entre manos. Baste alegar las palabras que en la *Suma* leemos, y son éstas: "Comoquiera que las cosas se instituyeron por Dios en un principio, no tan sólo para que subsistiesen en sí, mas también para que fuesen principios de otras muchas, fueron producidas en estado perfecto, en el cual pudieran servir á otras de principios. El hombre puede ser principio de otro, no sólo por vía de generación corporal, sino también por vía de enseñanza y gobierno. Y por esto, así como el primer hombre fué criado en estado perfecto cuanto al cuerpo, para que después pudiese engendrar, así también fué ins-

[1] QUATREFAGES, *L'esp. humaine.—Hommes fossiles et hommes sauvages*, 1884.

[2] Cap. II.

[3] *Demostración de la armonía entre la religión católica y la ciencia*, 1880, p. 231.

tituído en estado perfecto cuanto al alma, para que pudiese enseñar y adiestrar á los otros, como sea cierto que nadie puede instruir á otro si carece de ciencia„ [1]. En estas graves sentencias demás de contenerse sumariamente todos los argumentos que prueban haber el hombre venido á este mundo en el lleno de su edad y en la plenaria posesión de sus facultades, se deshacen las tinieblas de los sistemas contrarios.

Éste no es meramente el sentir de un Doctor singular, sino la interpretación y el eco de todos los santos Padres y Doctores de la Iglesia. Si algunos escritores eclesiásticos resbalaron en tener á Adán por niño tierno y poco dispuesto al conocimiento de la ley divina, según parece en San Teófilo Antioqueno (ὁ Ἀδὰμ ἔτι νήπιος ἦν) [2], en Procopio, en Nemesio, en San Juan Damasceno, quienes le pintan falto de medios y lleno de cuitas; tan singulares interpretaciones, que benignamente podrían explicarse en un sentido moral, no hacen argumento contra la muchedumbre de Padres y Doctores que á boca llena declaran y enaltecen la sabiduría, prudencia, señorío y plenitud de vigor de la cabeza del linaje humano, como puede ver quien quisiere en el P. Petavio [3] y en el P. Pereira [4], erudita y copiosamente.

Pero erraría quienquiera que pensase que por haber sido dotados de cultura los primeros padres, ya poseyeron sus hijos conocimiento perfecto de la industria y de las artes. El Génesis previene este error avisando que Tubalcaín fué el primero que forjó metales, como si nos quisiera significar que, sin ser hombres menguados, poco á poco fueron levantando el pensamiento á nuevas invenciones, hasta lograr un grado esplendoroso de civilización, de donde más adelante el ardor de la concupiscencia á no pocos derribó, haciéndoles perder la belleza y frescor de la primera cultura.

Después de lo declarado en todo este capítulo no podemos oir sin asombro de labios católicos estas formales palabras, tomadas de un libro de texto que anda en manos de la española juventud: "No se crea que el hombre apareció sobre la tierra con el desarrollo intelectual con que la historia nos le muestra desde el comienzo de los tiempos históricos. El hombre terciario, si existió, y el cuaternario antediluviar, ó el cuaternario propiamente dicho, habitaba en cavernas, era totalmente salvaje „.

---

[1] I p., q. XCIV, a 3.—[2] *Ad Autolycum*, l. II.
[3] *De opif. sex. dier.*, l. II.—[4] *Comment. in Genes.*, l. IV.





CAPITULO XL.

EL EVOLUCIONISMO.

«Et ait: faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram... masculum et fœminam creavit eos.»

(V. 26, 27.)

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Intento de los evolucionistas.—2. Peligros de este sistema.—3. Ocúrrese á sus reparos.—4. El dictamen común de los Santos Padres pregona la formación inmediata de los cuerpos de Adán y Eva.—5. Se satisfacen algunos lugares dudosos.

1. Los transformistas, como arriba declaramos, se dividen en materialistas y espiritualistas. Los materialistas todo lo confían á la materia: la materia es la que se desenvuelve y muda; la materia con sus trueques y trastrueques lo fabrica todo, lo asea todo, lo ordena todo; la materia, de sus íntimos tuétanos hace brotar espontáneamente los reinos mineral, vegetal, animal y aun el reino humano. Los espiritualistas, ya que admitan la creación del espíritu y la creación de la materia, y diferencien de raíz estos dos principales elementos, haciendo de ellos autor al soberano Artífice del universo, sostienen que la materia fué dotada de tan prodigiosa virtud para transformarse, que, pasando por innumerables alteraciones, produjo, subiendo de grado en grado, los reinos vegetal y animal, ó siquiera todo el animal, y aun en último término al mismo hombre en persona. El transformismo, quier materialista, quier espiritualista, ha sido desportillado y entrado á saco por esclarecidos maestros, de cuyas impugnaciones, como muchas veces hemos visto, á tal extremo ha quedado reducido, que difícil será se rehaga y pueda sobrevivir. Pero en su lugar ha levantado la cabeza el evolucionismo, que con desechar la transformación absoluta de una especie en otra, sin términos ni condiciones, introduce la mudanza específica dentro de cier-

tos géneros y por tales vueltas, que hagan efectiva la descendencia de una especie derivando de otra muy ajena y distante de ella. En particular, hablando del hombre, no hallan ningún reparo en que pudiese originarse la especie humana del desenvolvimiento de un animal inferior, sin que sea de necesidad suponer que salió inmediatamente de las manos de Dios.

2. Esta sentencia, con ser especiosa, es grandemente perjudicial. El reconocer estos católicos la creación inmediata de las almas humanas no es género de comedimiento que hagan á la causa de la verdad, antes parece cautela para excusar la nota de temerarios; porque ya que la Iglesia no haya definido este punto ni héchole dogma de fe, el consentimiento unánime de los Padres y Doctores no dá á estos escritores lugar á otra cosa sin culpable atrevimiento, por ser, dice Santo Tomás, la creación *ex nihilo* de las almas verdad aplaudida y aprobada por la voz de la Iglesia santa [1]. Tienen, pues, que Dios es autor de las almas, pero en lo tocante al cuerpo del primer hombre, contentos con recibir la creación inmediata de la materia elemental, no juzgan por necesario poner en Dios la fábrica misma del cuerpo humano, que ésa, dicen, es obra confiada á la facultad de las causas naturales. "Trátase de saber, exclama el aguerrido Agassiz en sus conferencias tenidas en Nueva Yorck [2], si somos hijos del Espíritu Creador, si somos resultas de una evolución natural, ó términos de un acto de creación específico. Al anunciar esta diferencia, no es mi ánimo acusar á los evolucionistas ni baldonarlos porque nieguen la intervención de un poder creador en las cosas del mundo, ó el señorío de Dios en el orden de la naturaleza; pero los acuso y reconvengo porque niegan su intervención inmediata y directa en la producción de estas señaladas diferencias" [3].

---

[1] *De potentia*, q. III, a. 9.—[2] *Revue scientifique*, 1874, p. 817.

[3] Para que se vea con más claridad cómo se les obscurece la luz de la razón á los negadores del poder divino, presentaremos al lector el sabroso párrafo de Delage, evolucionista obstinado, cuyas palabras se levantan á cada renglón contra quien las escribió: «Je reconnais sans peine qu'on n'a jamais vu une espèce en engendrer une autre, et que l'on n'a aucune observation absolument formelle démontrant que cela ait jamais eu lieu. J'entends une vraie bonne espèce, fixe comme les espèces naturelles et se maintenant comme elles, sans le secours de l'homme. A plus forte raison cela est-il vrai pour les genres... Je suis absolument convaincu qu'ont est ou n'est pas transformiste, non *pour de raisons* tirées de l'histoire naturelle, mais *en raison* de ses opinions philosophiques: S'il existait une hypothèse *scientifique*, autre que la descendence, pour expliquer l'origine des espèces, nombre de transformistes abandonneraient leur opinion actuelle comme insufisamment démontrée. Je considére cependant la descendence comme aussi certaine que si elle était démontrée objectivement». *Structure du protoplasme et hérédité*, pág. 184.—Así se explica un catedrático de la Sorbona, que, arrojadas al vien-

3. No podrán replicar, para dar vado á su afán de novedad, que el Génesis sea libro poético, sembrado de imágenes y adornado de metáforas, siendo una de ellas la formación de Adán y Eva; llevamos anticipada la respuesta en el capítulo IV, donde hemos cerrado la puerta á estas evasivas y demostrado ser el Hexámeron parte histórica, no mítica ni figurada. Tampoco aleguen que á los adelantamientos modernos cuadra mejor el sentido metafórico. Porque la ciencia ha caminado á largos pasos en el campo de la observación: el deseo de conocer el mundo ha puesto á los hombres alas en los pies, instrumentos en los ojos para escudriñar los menudísimos seres, los tejidos delicados, los zoófitos imperceptibles; de cuyas diligencias han procedido noticias generales de los reinos; pero compulsados los procesos de tantas informaciones juntas, ha resultado una tal conformidad en la hechura de entrambos reinos, que muchos autores han caído en la red, atribuyendo la armonía de las partes á una sola y misma causa, en tanto que otros han buscado causas varias á quien dar los efectos producidos, asentando siempre á Dios en medio del concierto universal. Mas ¿qué aconseja la prudencia al que filosofa y quiere indagar el por qué de la formación del hombre, sino proporcionar á la importancia de los efectos la condición de las causas, y allí donde ignora las causas, usar en el señalarlas con el dedo recato, recelo y suma desconfianza? [1].

---

to las pruebas del evolucionismo, por no admitir el poder divino del Criador se entrega en brazos de la evolución insensata.

[1] El naturalista San-Jorge Mivart enseñó que el primer hombre había salido adulto de las manos del Criador, pero que su cuerpo tenía un origen diferente de su alma, porque, si el alma fué criada por acción directa é inmediata de Dios, el cuerpo le vino de un animal antecedente, por evolución, según la pauta de las leyes naturales.—«The aim has been to support the doctrine, that these species have been evolved by ordinary *natural laws* (for the most part unknown), aided by the *subordinate* action of natural selection; and, at the same time, to remind some readers that, there is and can be absolutely nothing, in physical science, which forbids them to regard those natural laws as acting with the divine concurrence, and in obedience to a creative *fiat* originally imposed, on the primeval Cosmos in the beginning, by its Creator, its Upholder, and its Lord.» *The Genesis of Species*, 1871, pág. 333.—P. MENDIVE: «¿No pudo Dios haber intervenido *sobrenaturalmente* en la formación del feto de algún mono, de suerte que recibiendo éste por virtud *sobrenatural* en el seno de su madre, al tiempo de ser concebido, la forma orgánica de un hombre perfectísimo, quedase, sin embargo, verdadero mono, hasta que Dios, *por otro acto sobrenatural* de su omnipotencia, introdujese en el cuerpo así formado el almá de Adam? O bien, si se quiere evitar la multiplicidad de actos sobrenaturales, ¿no pudo Dios haber transformado de repente el cuerpo de un mono adulto, haciéndole adquirir en un instante, con la virtud maravillosa de su palabra creadora, la organización del hombre, é introduciendo en él inmediatamente el alma racional creada al efecto? *La religión católica vindicada*

¿Qué diremos, pues, de este linaje de evolución? ¿Es científica? ¿Procede filosóficamente? ¿Nivela sus asertos con ajustamiento cuando porfía que el hombre desciende, cuanto al cuerpo, por mil revueltas de generaciones, de un animal muy ajeno y distinto de él? Veamos primero qué interpretación consiente la Sagrada Escritura: y pues tratamos con católicos, expongamos antes qué juicio hicieron los Padres y Doctores acerca de la formación de Adán y Eva; luego vendremos á razones sobre cuál de las sentencias merece ser preferida.

4. En los testimonios que dieron los Padres griegos y latinos de la formación del primer hombre, comúnmente declararon que, fuera de la creación precedente de la materia, ninguna otra acción concurrió que no fuese del todo divina, porque entendiendo á la letra la historia de entrambas formaciones, y singularmente parando en la verdadera edificación de Eva, distinguían con cuidado tres acciones, á saber: la creación de la materia, la fábrica del cuerpo, la introducción del alma; pero asombrados del divino poder, á él sólo daban la gloria de estas tres obras, negando la intervención de otra causa cualquiera.

Pero mejor será en este asunto hablar con las mismas palabras de los santos. Empezando por los Padres griegos, San Ireneo dice: "Las manos de Dios le formaron juntando á la figura la aspiración vital„ [1].—Clemente Alejandrino: "Cuando los filósofos paganos tratan de la fábrica del cuerpo del hombre, denominan tierra al cuerpo„ [2]. Y trae el testimonio de Homero, Calímaco, Hesíodo, que llaman barro al polvo.—Más claramente Filón: "Parece quiso Dios formar la estatua del cuerpo humano con suma diligencia, no de cualquier parte de la tierra, sino escogiendo de todas partes lo acendrado de una materia pura, sacando lo purísimo y que fuese más á propósito para aquella obra„ [3].—San Basilio: "Si hubiera dicho simplemente que le hizo, pensáramos que le hizo como el resto de los animales y plantas; para precaver este yerro nos avisa la Escritura la manera especial de esta fábrica, diciendo: *Tomó Dios polvo de la tierra*. Antes había dicho que le hizo; aquí enseña el modo de hacerle, tomando polvo de la tierra y labrándole con sus propias manos„ [4].—San Gregorio Niseno: "Todas las cosas con una palabra de Dios fueron producidas.

---

de las imposturas racionalistas, 1877, pág. 404.—P. FR. LEROY: Le corps humain pourrait, à la riguer, dériver de l'animalité, mais rien ne prouve qu'il en a été ainsi. *L'évolution des espèces organiques*, 1887, pág. 193.

[1] *Contra Hæres*, l. V, cap. I.—[2] *Stromat*, l. V, cap. XIV.

[3] *De opific.*—JOSEFO: Finxit Deus hominem, humo telluris sumpta, immisitque in eum spiritum et animam. Homo autem hic vocatus est Adamus. Significat autem hoc hebræorum lingua rufum, quandoquidem e rufa humo fermentata est factus. Talis enim est virgo terra. *Antiquit.*, lib. I, cap. II.

[4] *De Hominis structura*, or. II.

Para la fábrica del hombre sólo llega el Criador del universo con cierta consideración, preparando primero la materia, determinando la forma, según un ejemplar de extremada hermosura, proponiendo también el fin para el cual se había de criar. Finalmente, formó una naturaleza semejante á sí, y en las acciones vecina, que fuera muy á propósito para lo que había predestinado„ [1].—San Cirilo, patriarca de Jerusalén: "Producirse cuerpos de otros cuerpos, maravilla es, pero posible. Mas el polvo de la tierra volverse hombre, muy más admirable cosa es; que el barro amasado tome la disposición de membranas, la firmeza de huesos, la blandura de pulmón y demás suertes de miembros, cosa es digna de grande admiración„ [2].—San Gregorio Nazianceno: "Tomando parte de la tierra blanda con sus manos inmortales hizo una figura y la infundió vida„ [3].—San Filastrio: "El Señor tomó tierra de barro y labró sus cuerpos„ [4].—San Teófilo Antioqueno: "Esta única obra túvola Dios por digna de sus manos„ [5].—San Crisóstomo: "¿Qué dices? ¿Cogiendo de la tierra polvo formó al hombre? Sí; y no comoquiera ni cualquiera tierra por ahí, sino polvo, es decir, de lo más vil y trillado de la tierra. Gran maravilla te parecerá; pero si piensas quién es el Artífice, no rehusarás dar crédito; te espantarás y adorarás su poder. Que si atiendes á los pensamientos humanos, no se hacen cuerpos así de tierra, sino tejas y ladrillos; pero mirando al divino Poder, entenderás la fuerza de esta palabra„ [6].—De Eva dice el mismo santo: "Porque fué hecho Adán del barro, por eso dice que Dios le formó y modeló; porque Eva fué hecha de una costilla, conviene á saber, de cosa ya formada, á quien faltaba perfección, por eso dice que la edificó„ [7].—San Metodio: "Cuando Adán se iba formando, y estaba, como si dijéramos, tierno y húmedo, y no cocido aún, ni endurecido con la inmortalidad, según la costumbre de los alfareros se disolvió por el agua del pecado„ [8].—Procopio de Gaza: "Este modo es nuevo y muy diferente de la creación de los animales. Tomó, no lo más precioso y escogido de la tierra, sino lo superfluo é inútil, para demostrar que se valía de la tierra como de instrumento, y ponía de su parte lo más precioso. En la formación es buscado el polvo, en la resurrección el polvo se presentará; aquí es alterado por la virtud del Artífice, allí será convertido por la sapiencia del Hacedor„ [9].—De la mujer dice el mismo autor: "A fin de ingerir en el varón afecto á la mujer, tomando una pequeña porción de él, y llenando la falta, la llevó á perfecto

---

[1] *De opificio hominis*, cap. III.—[2] *Cateches.*, XII.
[3] *Carm.*, l. I, sect. II.—[4] *Liber de Hæresibus*, CXVII.
[5] *Ad Autolycum*, l. II.—[6] *In cap. II Genes.*, hom. XII.
[7] Hom. XV.—[8] *Convivium decem Virgin.*, cap. V.
[9] *Comment in Genes.*, cap. II.

fin, y así hizo veces de paraninfo„. Con esta misma claridad todos los Padres griegos que trataron la materia [1].

No otro es el sentir de los Padres latinos. Citemos solamente algunos. Tertuliano: "La fábrica del hombre hízose mediante el agua, concurriendo la materia de la tierra; y no fué hábil hasta que se humedeció, templada el agua con el polvo„ [2].—"Tantas veces fué honrado el barro, cuantas llegaron á él las manos de Dios, mientras le tocaron, mientras le amasaron, mientras le extendieron y mientras le figuraron. Considera á todo aquel Dios entendiendo en aquella obra y empleando manos, sentidos, operación, consejo, sabiduría y providencia; y mayormente aquel afecto con que sacaba las facciones y líneas; cualquiera parte que en el barro se figuraba, era teniendo presente á Cristo, que hombre debía ser„ [3].—Lactancio: "Dios hizo oficio de verdadero padre, él modeló el cuerpo, él infundió el alma; todo es suyo cuanto somos„ [4]; y así va probando que sólo Dios pudo formar al hombre, y se funda en Cicerón y en las Sibilas.—San Ambrosio: "Es tanta la dignidad de la condición humana, que no sólo fué criado el hombre, como las demás cosas de los seis días, por la palabra de quien manda, sino por el Consejo de la Santísima Trinidad y por la obra de la majestad divina, para que entendiera, en la honra que le hizo Dios en su primer formación, cuánto debía á su Autor„ [5].—San Hilario: "Tres operaciones entran en la formación del hombre: hácese á imagen de Dios el alma, fórmase el cuerpo de tierra, y con el soplo del espíritu se constituye viviente; por eso dice el Profeta que fué formado, no con la mano como los demás seres, sino con las manos, pues que en su constitución hubo estas tres operaciones, y no de un solo artífice„ [6]. Este santo Doctor, como aquí se insinúa y más claramente en el Salmo XXX, fué de los que pensaron que primero había sido criada el alma y después el cuerpo de Adán. "Cuando Dios hizo el hombre á su imagen, no hizo entonces el cuerpo *(non tuncet corpus effecit)*. El Génesis enseña que mucho después de ser hecho el hombre á imagen de Dios fué tomado el polvo y labrado el cuerpo *(postea quam ad imaginem Dei homo erat factus, pulverem sumptum formatumque corpus)*„.—San Filastrio [7] y algunos pocos escritores enseñaron lo mismo; hasta tal punto atribuyeron únicamente á Dios la total formación del hombre. A los cuales San Agustín con una sola palabra respondía: "No advierten ellos que varón y hembra no pudieron ser hechos sino cuanto al cuerpo„ [8].—San Ze-

---

[1] TEODORO MOPSUEST. *In Genes.*—S. DAMASCENO, *De fide orthod.*, l. II, cap. XII.—[2] *De Baptismo*, cap. II.

[3] *De Resurrectione carnis*, cap. VI.—*De Corona militis*, cap. IV.

[4] *De origine erroris*, l. II, cap. XII.—[5] *De Dignit. hum. condit.*, cap. I.

[6] *Tractat. in Psalm. CXVIII.*—[7] *Hœres.*, XL.

[8] *De Genes. ad liter.*, lib. III, cap. XXII.

nón: "Acabado el mundo, es hecho el postrero el hombre, con el dedo y mano de Dios, del limo de la tierra. Es construído un simulacro movible é insensible, y para que sea imagen de Dios le es inspirada por el Artífice alma viviente„ [1].—San Jerónimo: "¿Cree alguno en Dios Criador? No es posible que eso crea, si primero no cree ser verdad lo que está escrito, á saber, que Adán fué formado por Dios, y Eva fabricada de una costilla y del costado del varón„ [2]. San Gregorio Magno: "No se dijo de él, como de los demás seres, *fiat, et factum est;* ni como los animales fué hecho el hombre; sino que con consejo fué fabricado, como por estudio; de la tierra fué labrado y levantado á la vida por la inspiración del Hacedor„ [3].—El bienaventurado San Anselmo pone tres maneras de efectos que pueden producirse en el mundo: los unos proceden de la voluntad de Dios, los otros de la naturaleza criada según las fuerzas recibidas del Criador, los otros de la voluntad humana ó angélica; y llama este triple efecto prodigioso, natural y voluntario. Pues hablando de la formación del primer hombre, enseña que no fué natural ni voluntaria, sino obra del poder y voluntad de Dios. "Dios, dice, con su voluntad y poder, compuso al primer hombre del barro de la tierra„ [4]. No podía el Santo señalar más claramente la acción inmediata de Dios en la creación del primer hombre.

Ilustre es y de gran ponderación el testimonio de San Agustín en su respuesta á los judíos, amigos de novedades, que querían hubiese Dios formado al hombre con sus dos sexos juntamente. "Para que ninguno pensase, dice, que en un hombre singular se presentaban los dos sexos, como á veces vemos que nacen hombres, y los llamamos andróginos, expresó la Santa Escritura en aquella palabra *ad imaginem Dei creavit illum,* que ponía el número singular á causa de la junta de los dos. Y porque la mujer fué hecha del varón, según luego declaramos, para mostrar que eran dos, añadió en seguida el número plural, diciendo: *fecit eos et benedixit eis*„ [5].—En el libro XIII de la *Ciudad de Dios* satisface á las dificultades de aquellos escritores poco considerados que, suponiendo al primer hombre formado ya con alma y cuerpo, hacían cuenta que aquel soplar de Dios en su cara fué sólo vivificar el alma con la virtud del Espíritu Santo. "Que eso no fué así, harto lo declaran las palabras *et formavit Deus hominem pulverem de terra,* y formó Dios al hombre de la tierra polvo. Lo cual, queriendo algunos interpretar más llanamente, dijeron: *et finxit Deus hominem de limo terræ;* y modeló Dios al hombre del légamo de la tierra. Porque había dicho arriba: *fons autem ascendebat de terra, et irrigabat omnem faciem terræ:* y subía de la tierra

[1] Lib. II, tract. VI.—[2] *In Ep. ad Philem.*
[3] *Moral,* l. IX, cap. XLIX.—[4] *De Concept. Virgin. et peccat. origin.*
[5] *De Genes. ad litt.,* l. I, cap. XXII.

una fuente y regaba toda la haz de la tierra. Como si por eso se debiera entender el *légamo* que se hace y cuaja de la humedad de la tierra. Porque en habiendo dicho esto, luego sigue: *et formavit Deus hominem pulverem de terra*, como lo tienen los códices griegos, de donde se tradujo en la lengua latina la divina escritura. (Alude el santo al uso de las iglesias de su tiempo, que empleaban la versión latina tomada de los Setenta, hasta que San Jerónimo publicando la suya del hebreo, completó la Vulgata.) Y cuando uno quiera decir: *formavit* ó *finxit*, lo que en griego dice: *eplasen* (ἔπλασεν), aquí no importa nada, aunque más propiamente se dice *finxit*. Pero los que dijeron *formavit*, quisieron huir de la ambigüedad, porque en latín está más recibido que digan *fingere* los que componen algo fingida y disimuladamente. A este hombre, pues, formado del polvo de la tierra ó del légamo (porque era el polvo húmedo), á éste, digo, por hablar más expresamente según la Escritura, polvo y tierra, como dice el Apóstol, que le hizo Dios cuerpo-animal cuando le infundió el alma„ [1]. Y así va satisfaciendo los reparos que á esta materia se podían objetar, siempre insistiendo en el fundamento de la inmediata acción de Dios [2].

5. Una dificultad podría sacarse tal vez de los libros de los Padres

---

[1] Lib. XIII, cap. XXIV.

[2] Otros dichos de Padres.—SAN IRENEO: Sumpsit Deus limum de terra et formavit hominem. Et quidem multo difficilius est et incredibilius ex non existentibus ossibus, nervis et venis et reliqua dispositione, quæ est secundum hominem, quam quod factum est et deinceps in terram est resolutum, rursus redintegrare. *Advers. hæres.*, lib. V, cap. III.—SAN CIRILO ALEJANDRINO: Cum autem homo animal sit revera pulchrum Deoque simillimum, ne videretur supremæ gloriæ simulacrum eodem formationis modo quo aliæ creaturæ quæ tales non sunt, constare, deliberatione manualique (ut ita dicam) operatione ejus structuram est dignatus. Formato enim ex terra simulacro, animal ratione præditum illud effecit. *Glaphyrorum in Genesim*, lib. I.—SAN PRÓSPERO: Cumque omnia verbo

Conderet, hunc manibus, quo plus Genitoris haberet.

Dignatur formare suis. *Carmen de providentia.*—SAN JUAN DAMASCENO: Sic Deus hominem manibus suis condidit, ut corpus e terra effingeret, animam ratione et intelligentia præditam per insufflationem ei tribueret id quod divinam imaginem appellamus. *De Fide orthodoxa*, lib. II, cap. XII.—PRUDENCIO:

Tantus amor terræ, tanta est dilectio nostri:
Dignatur præpinguis humi comprendere mollem
Divinis glebam digitis, nec sordida censet
Hærentis massæ contagia. Jusserat ut lux
Confieret, facta est ut jusserat. Omnia jussu
Imperitante novas traxerunt edita formas.
Solus homo emeruit Domini formabile dextra
Os capere, et flabro Deitatis figmine nasci.

Apotheosis, vers. 1028.

contra lo dicho. Porque algunos, entre ellos San Juan Crisóstomo [1], dieron á entender que el cuerpo del hombre fué formado antes que el alma racional. Por el contrario, Orígenes pensó que las almas habían sido criadas antes que los cuerpos, en cuyo yerro le había precedido Platón, y Aristóteles estamos en duda si le enseñó ó no, pues encontrados andan los peripatéticos, si ya no son contradictorios los dichos del mismo Estagirita. Sea de esto lo que fuere, si algún Padre ó Doctor siguió á Orígenes en este parecer, como San Hilario, San Filastrio, ó si algunos teólogos anduvieron perplejos en la solución de esta duda; la común sentencia abrazada por los Escolásticos con el Niseno [2], Damasceno [3], San Jerónimo [4], San León [5], San Agustín [6], es, que ni el cuerpo fué primero organizado que animado, ni el alma existió antes que el cuerpo; sino que á la vez, en un punto, sin diferencia de tiempo, el cuerpo fué organizado y el alma infundida, y así se quedó al hombre súbitamente hecho. De esta manera de fábrica da una buena razón Santo Tomás, diciendo: "La naturaleza de las partes es que, separadas y puestas fuera del todo, están en estado imperfecto. Porque como la parte sea por causa de todo, el bien y perfección de ella no ha de residir fuera del todo. Pues habiendo Dios en aquella primera procreación de cosas hécholas todas en estado perfecto, era inconveniente hacer el cuerpo separadamente del alma, ó el alma sin cuerpo, ambos en estado imperfecto" [7]. Si, pues, San Crisóstomo ó algún otro, como da á entender San Agustín [8], creyó que el cuerpo fué formado antes que el alma, de ninguna manera pensó que el cuerpo de Adán tuviese de su cosecha vida vegetativa, sensitiva, movimiento, órganos ni parte alguna de cuerpo organizado: hablan estos Padres de la materia térrea que con el soplo divino fué convertida en carne animada.

De las sentencias antedichas se sigue cuán diferente camino tomó Dios para hacer al hombre, del que los evolucionistas imaginan. Ellos le meten en una cuenta con los demás animales; Dios se particulariza con él sobre todos los demás: ellos quieren encomendar á los elementos su hechura; Dios le saca al campo de este mundo con modo sobremanera honroso: ellos quisieran que se fabricase como los demás seres, hablando y mandando; Dios ejecutando su producción por sus propias manos: ellos pretenden que sin pensar y sin consejo, como al descuido; Dios, poniéndose de asiento á deliberar, ocupando en ello manos y corazón: ellos se contentan con la figura tosca de un brutillo por ahí; Dios anduvo con tanto desvelo, que no paró hasta sacar un cuerpo "como una estatua de oro recién fundida y resplandeciente

---

[1] Hom. *In Genes.*, XII, cap. II.—[2] *Lib. de Homme*, cap. XXIX, XXX.
[3] *De orthod. fide*, l. II, cap. XII.—[4] *Ep. 61 Ad Pammach.*
[5] Epist. LXXI.—[6] *De Civit. Dei*, l. XIII, cap. XXIII.
[7] I p., q. XC.—[8] *De Civit Dei*, l. XIII, cap. XXIV.

con gran claridad„ [1]: ellos no admiten singular demostración de afecto ni linaje de fineza; Dios se mostró tan fino y cumplido, que no queriendo que todo cuanto al hombre tocaba pasase por otras manos, hizo aquella regalada ceremonia de dar vida á la figura de barro con el anhélito de su boca, declarando cuán tiernamente ponía en ello su regalo. Todos éstos juzgan los santos Padres por extremos de divina ternura en la creación del primer hombre. Según esto, la *Revista de Dublin*, que censuró con justo rigor la sentencia del católico Mivart, anduvo corta y poco remirada cuando dijo, que los santos Padres más atendieron á manifestar la dignidad del hombre que á especificar la formación de su cuerpo [2]. Ahí están los textos que prueban lo contrario; y no lo pueban comoquiera, sino como testimonios fehacientes de la tradición, á cuya eficacia debemos doblarnos mientras los evolucionistas no formen buenas razones en contra, con algo cierto é indubitable. ¿Han, por ventura, hecho demostración de cosa cierta contraria al dictamen patrístico? No. ¿La harán en lo porvenir? Todo induce á pensar que no. Luego, mientras los adversarios no derruequen el alcázar de la tradición con argumentos apodícticos, quedará en pie, con invicta majestad, el dictamen de los Santos en pro de la formación inmediata del cuerpo adamítico.

ARTÍCULO II.

1. Los Doctores Escolásticos concuerdan con los Santos Padres acerca de la formación directa é inmediata de Adán.— 2. Reprueban la interpretación figurada de la formación de Eva.

1. Podríamos continuar la cadena de oro de sentencias patrísticas, uniéndolas con eslabones de los escritores de todos los siglos; pero, por evitar prolijidad y no ser menester, digamos qué pensaron los teólogos Escolásticos de la fábrica de Adán y Eva. El Maestro de las Sentencias, tratando en qué edad fué hecho el hombre, expone la doctrina de San Agustín por estas graves palabras: "Augustino dice que Adán fué hecho de un golpe en estado varonil, y eso según las causas superiores, no según las inferiores; es decir, según la facultad y potencia de Dios, que no está atada á los géneros de la naturaleza, como fué la vara de Moisés convertida en dragón. Porque semejantes cosas van contra la naturaleza para nosotros que medimos el curso natural por las cosas que ordinariamente suceden; pero

---

[1] San Crisost., *Lib. de stat.*

[2] At the same time it must be said that when the Fathers speak in these terms, the are rather seeking to show the dignity of man, than the precise point of the speciality of his body's creation. *Dublin Review*, *Evolution and Faith*, July, 1871, pág. 20.

para Dios, la naturaleza es quien lo hace; luego no contra su disposición lo hizo Dios. Porque en aquella primera creación de las causas estaba ya contenido que el hombre pudiera ser hecho así, pero no estaba contenido en ellas que así fuese hecho forzosamente, porque eso no estaba encerrado en la condición de la criatura, sino en el beneplácito del Criador, cuya voluntad es necesidad... Y así fué formado Adán, no según las causas inferiores, porque no estaba en las causas seminales de las cosas que así fuese formado, sino según las superiores, no obrando éstas contra la naturaleza, porque en las causas naturales de las cosas estaba el poderse hacer así„ [1].

La misma explicación da el clarísimo Maestro sobre la formación de Eva, supuesto que hay en Dios arcano poder para poner en ejecución cosas á que no alcanza la facultad de las criaturas, y así dice: "San Agustín pone entre las cosas que son preternaturales la hechura de la mujer, diciendo así: "Para que fuese hecha la mujer, era del caso que residiese poder, no en las cosas, sino en Dios... La primera creación de las cosas no contenía en sí el hecho de la formación de Eva, pero sí el poder ponerse ese hecho, para que nadie pensase que Dios hacía cosa con voluntad mudable, contra lo voluntariamente establecido„ [2]. Claramente entenderá quien esto leyere cuán lejos anduvo el Maestro Lombardo de enseñar la formación del cuerpo de nuestros primeros padres por las vías naturales del evolucionismo, como quien, distinguiendo muy tasadamente la obra de la naturaleza y la del divino poder, á la naturaleza concede no más que la no repugnancia y la posibilidad, al brazo de Dios la entera ejecución de la obra; de manera que no concuerda con los evolucionistas que presumen que la naturaleza obrara sola en la fábrica del cuerpo humano.

Allégase el testimonio de Santo Tomás. En la cuestión donde resuelve que el alma de Adán no fué criada antes que el cuerpo, propone la dificultad de San Agustín en esta forma: "Augustino dice [3] que el alma del primer hombre fué criada con los ángeles antes del cuerpo por esta razón; porque pone que el cuerpo del hombre no fué producido *en el acto* en aquellas obras de los seis días, sino tan sólo según las causales razones; y eso no puede decirse del alma, que no fué hecha de materia corporal ó espiritual preexistente, ni por virtud criada; por eso parece que el alma fué criada juntamente con los ángeles entre aquellas obras de los seis días en que fueron hechas todas las cosas, y después fué inclinada á regir y á gobernar el cuerpo„. A esta dificultad responde primero el Angélico que el alma puede decirse producida en aquellos seis primeros días, en general y como por analogía, en cuanto habiendo sido criada al principio la na-

---

[1] II, dist. XVII.—[2] II, dist. XVIII.
[3] *De Gen. ad litt.*, l. VII, cap. XXIV, XXV, XXVII.

turaleza angélica, y participando las almas humanas una semejanza de naturaleza intelectiva con los espíritus, no hay por qué repugnar que se diga fué el alma de Adán hecha y contenida ampliamente y en común en la creación de los seres espirituales, no singular y determinadamente [1].

Tocante al cuerpo, á este príncipe de la teología le dió ya en los oídos la moderna interpretación. "Hay quien piensa que el cuerpo del hombre fué formado primero, *prius tempore,* y que, luego de formado, Dios le infundió el alma„ [2]. A lo cual responde con esta filosófica doctrina: "Pero es contra la perfección de esta primera institución el que Dios hiciera el cuerpo sin el alma, ó el alma sin el cuerpo, siendo ambos partes de la naturaleza humana„. Y confirma y acaba de cimentar su respuesta con esta importante razón: "Mayor inconveniente es decir eso (que fué formado antes) del cuerpo, que depende del alma, y no al revés„.

En la misma cuestión, tratando y definiendo que el cuerpo de Adán fué fabricado inmediatamente por Dios, acude al reparo de San Agustín en la forma siguiente: "Preexistir una cosa según las razones causales, dícese de dos maneras: lo primero, en orden al poder activo y pasivo juntamente, de suerte que no sólo pueda la cosa ser hecha de materia anterior, sino que preexista alguna criatura que la pueda hacer. Segundo, en orden á la potencia pasiva tan solamente, es decir, que pueda la cosa ser hecha por Dios de materia preexistente. Y, conforme á Augustino, el cuerpo del hombre preexistió de esta segunda manera en las obras producidas según las razones causales„ [3]. La misma respuesta aplica á la formación de la mujer. "Así como Augustino atribuye á la primera creación, no la hechura, sino lo posible de la hechura de la mujer, así también deberemos decir que su cuerpo preexistió en las primeras obras según sus razones causales, no en cuanto á la potencia activa de la criatura, sino á la potencia activa del Criador„ [4]. Claramente somete Santo Tomás la obra del cuerpo del hombre y de la mujer al poderío del soberano Artífice, excluyendo toda intervención activa de las causas naturales; al revés, los evolucionistas requieren poder en Dios para la creación de las almas, pero hallan en la evolución pertrechos suficientes para producir los cuerpos.

Cuán contrario al juicio de los Escolásticos fuese el antojo de los evolucionistas, lo demuestra muy á las claras la opinión de Oleastro [5] y de Eugubino [6], los cuales imaginaron que, para formar al hombre, tomó el Hijo de Dios figura humana, llena de resplandor y belleza, y enseñaron que, á semejanza de tan agraciado modelo, fué hecho el semblante de Adán. Todos los teólogos desecharon por nuevo y frí-

---

[1] I p., q. XC, a. 4.—[2] I p., q. XCI, a. 4 ad 3.—[3] I p., q. XCI, a. 2.
[4] I p., q. XCII, a. 4.—[5] *In Genes.*, cap. II.—[6] *Cosmopœia*, fol. 46.

volo el comento de estos autores. En particular el Cardenal Aguirre (O. B.) le impugnó vigorosamente en sus *Comentarios á la Teología de San Anselmo* [1], manifestando que Tertuliano [2] y Prudencio [3], en lo que sobre esto dijeron, hablaron trópicamente y á otro particular intento.

El agudísimo Dr. Maestro Durando, de la Orden de Santo Domingo [4], no consiente duda en la inmediata formación del cuerpo de Adán, ni en la parte histórica de la formación de Eva [5].—El Tostado pone la diferencia del hombre á los animales en ser éstos producidos unos de otros; el hombre no así, ni la mujer tampoco [6].—El P. Benito Pereira, reprendiendo la sentencia del Cardenal Cayetano, que dió en tener por figurada la historia de la formación de Eva, nota su audacia con estas formales palabras, que valen por cuantas razones se pudieran alegar: "Sepa el lector que á Cayetano le son contrarios, no tan sólo todos los Doctores católicos, mas también Josefo, el príncipe de todos los hebreos en ingenio y doctrina, y los principales rabinos que han interpretado el libro del Génesis" [7].—También es buen testimonio el P. Maestro Fray Domingo Báñez, el cual, relatadas las opiniones de Plotino, Amonio y Orígenes, que estimaron alegórica la historia de Eva, después de comprender á Cayetano entre los alegoristas, demuestra esta proposición: "Todas estas sentencias, y otras, si las hay, que afirman la formación de Eva de la costilla de Adán, no acaecida en hecho de verdad, sino en sentido metafórico, no tan sólo son peligrosas en la fe, mas también contra la fe, y erróneas" [8]. Por lo que hace á Cayetano, ya que le castigue con la advertencia severísima de sus yerros, excúsale la nota de herejía que Ambrosio Caterino [9], Alonso de Castro [10] y Gabriel Prateolo [11] quisieron aplicarle; aunque, bien mirado, estos autores únicamente le condenaban la doctrina, dejando en su lugar la docilidad de su autor, como á Suárez le pareció [12].—Asimismo el P. Luis de Molina [13] juzgó por poco segura en la fe la sentencia de Cayetano; las razones que trae son: primera, el ir contra la común exposición de los Padres y Doctores; segunda, el no concordar con el sentido obvio de la historia del Génesis; tercera, el disminuir la fuerza y autoridad de las Escrituras; cuarta, el dar al través con el sacramento del Matrimonio.

No va por otro camino el juicio del Dr. Guillermo Estio [14]. Preguntando si el cuerpo de Adán fué hecho antes que el alma, respon-

---

[1] *Tract. V De Natura hominis pura*, monol., cap. LXVII, disp. CII, sect. II.

[2] *Lib. De Resurrect. carnis*, cap. VI.—[3] *Apotheos.*, p. 245.

[4] L. II, dist. XVII, a. 2.—[5] Ibid., dist. XVIII, q. I.—[6] *Comment. in Gen.*, c. I.

[7] *Comment. in Gen.*, l. IV, q. XI; *De form. Evæ.*

[8] *In 1 p. D. Thom.*, q. XCII, a. 3.—[9] *Super Genes.*, l. II.

[10] *Ad hær.*, l. II.—[11] *De Vir. hær.*, l. XVIII, cap. XX.

[12] *De op. sex dier.*, l. III, cap. II.—[13] *De op. sex dier.*, disp. XXIV.

[14] *In lib. II Sent.*, dist. XVII, § III.

de con San Gregorio Niseno [1] y San Juan Damasceno [2], que ni el cuerpo fué antes que el alma, ni el alma antes que el cuerpo, sino ambos á dos á la vez. "No es preciso, añade, entender aquí orden de tiempo, como si Dios hubiese primero formado al hombre de barro, y después le inspirase el alma... no dice la Escritura que Dios formó el *cuerpo* del hombre, sino que formó el *hombre,* significando que el término de la formación no era un cuerpo sin alma, sino el hombre que no carece de alma„. Y respondiendo al reparo común en esta materia, dice así: "Si por cuerpo humano entiendes el que se apercibe con ciertas alteraciones previas á la recepción del alma, aunque le falte la última disposición, verdadera y rectamente se dice en ese sentido que el cuerpo del primer hombre y el de todos los demás es primero que la infusión del alma„. Habla así este teólogo concediendo el espacio de tiempo necesario para que el barro de su ruda condición pasase al de perfecta fábrica inánime hasta que hiciese el alma su entrada: la cual operación en menos de veinticuatro horas hubo de llevarse al cabo, según la opinión de la Sorbona, por donde Estio era doctor. Más abajo alega en favor de la historia de Eva dos razones principales: la una, ser representación de Cristo y de la Iglesia; la otra, santo símbolo del matrimonio, y por ello indubitable realidad.—El P. Martín Becano [3], aunque cree probable que el alma de Adán fué primero que su cuerpo, más probable juzga que fuese producida juntamente con él; pero, acerca de Eva, "concuerdan, dice, Padres y Escolásticos, sin discrepancia ninguna, excepto Cayetano„.

El P. Francisco Suárez mantuvo como doctrina católica la producción inmediata del cuerpo de Adán en conformidad con todos los Padres y teólogos, entendiendo por formación la organización material [4]. Pregunta el Eximio Doctor, llevado de su deseo de apurar los extremos de la verdad, si el cuerpo de Adán quedó organizado en el acto con toda la disposición y ornato de sus miembros, ó si fué pasando por grados del estado de polvo al ser de carne, con mudanzas sucesivas, de arte que viniese á recibir el alma en el punto de tocar á su término la organización; pero resuelve, apoyado en San Juan Damasceno [5], San Gregorio Niseno [6], y Santo Tomás [7], que en un instante quedó el cuerpo acabado, mudándose en el acto de substancia térrea en condición de carne y echando rayos de vida racional; es decir, que quedar hecho carne, organizado, animal y racional, fué todo para Suárez obra de un solo instante. La razón que esfuerza es, que de lo contrario, siendo sucesiva la formación, primero la tierra hu-

---

[1] *De homine*, cap. XXIX, XXX.—[2] *De orth. fide*, lib. II, cap. XII.
[3] *Summa Theol. Schol.*, p. I, tr. V, c. I, q. 2.
[4] *De op. sex dier.*, l. III, cap. I.—[5] *De fide orthod.*, l. II, cap. XII.
[6] *De opif. hom.*, c. XXVIII.—[7] I p., q. XCI, a. 4.

biera pasado por la forma vegetativa, después por la sensitiva, antes de adquirir la forma racional; y estas purificaciones y pasos parécenle al Eximio, sobre increíbles, absurdos. Tanteada en seguida la opinión de los que, como el Crisóstomo [1], el Tostado [2] y Castro [3], dijeron haber sido el cuerpo de Adán antes que el alma, niega que ello así fuese; pero otorga que "pudo Dios formar aquel cuerpo por alteraciones progresivas, como que del limo fuesen hechos los varios miembros del cuerpo humano distintos por su figura, situación, rareza ó condensación siquier en un breve tiempo". He aquí cuanto concede este ilustre Doctor á los evolucionistas que con tanta alharaca le declaran por suyo; concédeles que pudo Dios labrar el cuerpo en el intervalo de unas pocas horas, pues que en el espacio de veinticuatro se hubieron de producir todos los mamíferos, y Adán y Eva, según la sentencia de Suárez. ¿Tienen harto los evolucionistas con la posibilidad? ¿Les arma el espacio de unas horas para su soñada evolución? ¿Por qué, pues, levantan al Eximio ese testimonio y le hacen pactar consigo, cuando tan lejos anda de su sentir?

Porque salva á Suárez de las uñas de los evolucionistas la cuestión misma que entabla al final del capítulo I. Propone la duda si el cuerpo de Adán fué criado con toda la perfección necesaria y debida al alma racional, ó á cuerpo digno de tal alma. "Esta duda, dice, puede entenderse, ó de la perfección específica y esencial del cuerpo, ó de la individual y consumada cuanto al estado y edad. En el primer sentido no ha lugar la duda; porque fué menester que aquel cuerpo poseyese esa perfección específica, no sólo porque la recibiese formalmente del alma, sino porque forzosamente hubo de estar dotado de tales disposiciones, y en aquel grado que el alma racional requiere para poder informar el cuerpo, y un cuerpo semejantemente dispuesto puede llamarse específico en su manera, y connatural al hombre por razón de su especie: y así no hay duda, sino que el de Adán poseyó tal perfección para tal individuo determinado". No podía Suárez con más claridad expresar que el cuerpo de Adán fué formado con aquella perfección que convenía al ser de hombre, esto es, á la dignidad de morada de alma espiritual. Luego no fué hecho para ser animal solamente, como porfían los evolucionistas, sino para ser animal racional y digno santuario del alma humana; lo cual siendo así, ¿cómo no ha de ser vana la fantasía de aquellos escritores que se cubren con el manto de Suárez para autorizar sus despropósitos?

2. Vengamos al cuerpo de Eva. Propuesta la novedad de Cayetano, asienta Suárez esta clarísima tesis: "Sentencia católica es que estas palabras de la Escritura deben entenderse á la letra; que á la letra las entendieron los Padres todos y la universal Iglesia hasta Cayetano; y

---

[1] *In Genes.*, hom. XII y XIII.—[2] *Ibid.*, cap. II.
[3] *Advers. hær.*, *V.*, *anima.*

por cosa cierta y católica creyeron que Eva fué fabricada de una costilla de Adán„. Después de fundar en razones esta aserción, responde á los argumentos de Cayetano, que no dan, ciertamente, asidero ó soluciones evolucionistas, sino á declarar solamente que la manera que guardó Dios en aquella fábrica del cuerpo de Eva fué del todo extraordinaria y sobre las fuerzas criadas.— Más adelante va el P. Rodrigo Arriaga [1], aseverando ser cosa cierta y de fe la formación de la primera mujer; y por argumento principal dice que si las historias verdaderas se trastruecan y tornan alegorías, no habrá verdad que se tenga en pie en todas las Escrituras.— El P. Fr. Juan Gabriel Boyvin (O. M.), tanto del alma de Adán como de la de Eva, juzga que fueron producidas en el mismo instante que sus respectivos cuerpos [2], y no antes que ellos, fundando su dicho en San Buenaventura [3].

En el mismo siglo XVII, Francisco Silvio [4], al propio tiempo que defiende no haber sido formado el cuerpo de Adán antes que se le infundiese el alma, explicando qué cosa entiende por *cuerpo humano*, dice: "Bien podemos conceder que la materia del *cuerpo humano*, tierra, agua, limo, y aun la configuración *(imo et figurationem quæ motum successivum requirit)*, antecedieron en tiempo á la creación del alma, como lo advirtieron Pereira, Valencia, Estio; sin embargo, el cuerpo mismo humano, con todas las disposiciones que le habilitaban para ser informado por el alma humana, ningún momento de tiempo fué hecho antes que el alma racional se le juntase„. De manera discurren y hablan estos Doctores, cual si hubiesen presentido y querido con antelación deshacer las invenciones de los comentadores recientes.

ARTÍCULO III.

1. Los teólogos modernos sustentan la misma tesis.—2. Las Escrituras sagradas la confirman.—El texto del Génesis la corrobora.—3. Las tradiciones antiguas la ratifican.

1. Sobre el mismo camino anduvieron los teólogos posteriores. Ilustre testimonio es el del Papa Benedicto XIV. La creación del alma humana, que en general no es milagro de Dios, lo fué aquí en sentir del sapientísimo Pontífice, por cuanto la infusión del alma de Adán se hizo "en un cuerpo formado de tierra y de ninguna manera dispuesto para recibirla„ [5].—El P. Fr. Bautista Gonet (O. P.) [6] declara

---

[1] *De op. sex dier.*, disp. XXXIV, sect. 2.

[2] *Theologia Quadripartita Scoti, prima pars. Tract. De Creatione mundi*, disp. III, quæst. I.

[3] *In II*, dist. XIII, art. 1, q. III.—[4] *Comment. in Ip. D. Thomæ*, q. XCI, art. 4.

[5] Utpote infusa in corpus ex terra compactum, et nullatenus dispositum ad animam recipiendam. *De servor. Dei beatif.*, lib. IV, p. I, cap. I, n. 4.

[6] *De creatione hominis*, disp. I, a. I.

que "la sentencia de Cayetano fué rechazada comúnmente por los teólogos é intérpretes de la Escritura, y tiene por contrario el unánime sentir de todos los Padres, que afirman haber sido Eva formada de Adán, lo cual de la narración de Moisés, que describe la procreación de Eva, abiertamente se colige„.—Fray Lorenzo Berti, de la Orden de San Agustín, esclarecido propugnador de las doctrinas del Obispo de Hipona, sobre concordar con el P. Gonet [1] en la doctrina del santo Doctor que arriba citamos, añade este comentario: "Según San Agustín, los ángeles vieron en el Verbo todo cuanto en aquellos primordiales velos se escondía y encerraba. Y así vieron el barro de la tierra, y cómo de él había de ser fraguado el cuerpo de Adán, y cómo Dios le había de infundir el alma; y estas cosas las vieron también á ojos vistas, en sí mismas, fuera de las causas, cuando visiblemente fueron hechas„.—Honorato Tournely sostuvo la misma doctrina. "En el primer capítulo se describe la obra, en el segundo el modo de ejecutarla; es decir, Adán formado del limo terrestre, Eva de la costilla de Adán... Creados pueden llamarse cuanto al cuerpo, por haber salido de materia creada poco antes *(proxime creata)*„ [2].—El teólogo Contenson (O. P.) asentaba estas dos proposiciones: "Dios formó el cuerpo de Adán *de limo terræ:* Dios formó dicho cuerpo *in instanti*„ [3].—El Padre Juan B. Jener (S. J.) defendía que el solo divino Artífice construyó inmediatamente el cuerpo adamítico *de limo terræ;* esto es, de tierra mezclada con agua *(proxime construxit),* y lo prueba con largo catálogo de autores cristianos y gentiles [4].—Otro esclarecido teólogo, L. Habert, propugnaba que el hombre por causa del alma racional fué hecho viviente *(factus est vivens),* y que Dios le formó con las manos, así como, al revés, había formado las demás criaturas con el imperio de la voz [5].—"El cuerpo de Adán fué hecho en la forma que suele tener ahora un cuerpo de edad perfecta„. Así Juan B. Dall' Occa [6].

Acercándonos al siglo XIX, vemos continuada por los teólogos la misma tradicional doctrina. Fr. Jorge María Albertini (O. P.): "Considerad las palabras del Génesis en los días precedentes; todo, por disposición de Dios, sale del mar, de la tierra, del aire: ninguna cosa se hace con consejo de la Trinidad, ninguna con las manos de Dios, ninguna á su imagen y semejanza: sólo del hombre se dicen estas maravillas„ [7].—Fr. Tomás María Cerboni (O. P.): "Dos cosas han de

---

[1] *De Theol. Discipl.,* l. XII, dissert. I, cap. II.
[2] *Prælection. Theol.; De op. sex dier. Genes.,* l. V, art. VIII.
[3] *Theologia,* t. I, lib. IV, dissert. V, cap. 2, specul. I.
[4] *Theologia dogmatica Scholastica,* t. III, p. II; *Tract. I,* lib. III, cap. I.
[5] *Theol. dogmat.,* t. II—*Tract. de Creatione,* II p., cap. III.
[6] *Instit. theolog.,* t. II; *Tract. de Homine,* dissert. I, cap. I, art. II.
[7] *Acroases de Deo hominis Creatore:* Acroasis I.

distinguirse en la producción de Adán: la formación del cuerpo, y el *spiraculum vitæ:* aquélla, del barro se dice hecha por Dios, éste inspirando Dios y sin precedente sujeto„ [1].—Fr. Pedro María Gazzaniga (O. P.), después de advertir cómo algunos autores admitieron dos creaciones del hombre, la una cuanto al alma, la otra cuanto al cuerpo, dice que "la formación descrita en el capítulo II es sólo repetición y declaración especificada de lo que se había dicho sumariamente en el capítulo I, sin explicar el modo de formación„. Aquí trae en apoyo de su aserto las poderosas razones de Santo Tomás.—Con igual tesón el P. Billuart (O. P.) [2] pelea por la inmediata formación del cuerpo de Adán y del sentido literal de la formación de Eva; y la misma doctrina enseña el P. Agustín Calmet [3], fundado en la Escritura, en los Padres y en la tradición.—El P. Pianciani (S. J.), después de asentar la formación inmediata del cuerpo de Adán, dice: "Caterino arguye á Cayetano con acrimonia y no sin su porqué. Sabemos, al decir de Petavio, que Cayetano á veces interpretó las Escrituras con demasiada osadía y con menos cautela. Semejantes interpretaciones tienen encuentro con el dictamen de los Padres y Doctores de la Iglesia, y huelen á hermenéutica origenista; por lo tanto han de temerse y desecharse„ [4].—El P. Perrone (S. J.) [5], no contento con esforzar la formación inmediata de entrambos progenitores y con responder á las objeciones, añade, refiriéndose á la hipótesis de Aristóteles [6], que parece suponía al hombre nacido de gusano ó huevo: "alguna venia merece este filósofo, como quien carecía del beneficio de la revelación; pero no la merecen, no, los modernos que sobre el origen del hombre han desbarrado sin tino ni tiento„.

Si venimos á nuestros días, hallaremos que ya el sabio Darras [7], aludiendo á la opinión de Cayetano, decía: "No alcanzamos á qué viene el ansia de la escuela alemana por resucitar y dar nuevo calor á esta teoría... El relato de la formación de la mujer es tan obvio y terminante como las obras de la creación: el fingido símbolo sólo está en la fantasía de algunos modernos autores„.—Habla de la formación inmediata el P. Palmieri (S. J.), y escribe [8]: "Este es el sentido obvio, no puede negarse; á no haber de por medio alguna prudente razón, á todo trance se ha de defender„.—Con harta viveza expresa igual sentimiento el P. Clemente Schrader (S. J.) [9], cuando declara la diferencia entre el *bara* del capítulo I, vers. 27, y el *yatzer* del capítulo II, vers. 7. "Adviértase, dice, que en el primer pasaje se trata de la producción del hombre, y mayormente de su parte principal y de la for-

---

[1] *Inst. theolog.*, t. III; *De primo homine*, disp. VIII, lib. I, cap. II.
[2] *De op. sex dier.*, dissert. V, a. I.—[3] *In Genes.*, cap. II.
[4] *Cosmogonía*, § LXXVI.—[5] *De homine*, cap. I.
[6] *De Genes. anim.*, l. III.—[7] *Hist. de l'Église*, t. I, ép. I, chap. III.
[8] *De Deo creante*, p. 220.—[9] *Ibid.*, cap. II.

ma que se llama substancial, y lo es, y cuya producción no puede darse sin creación *ex nihilo;* en el otro se habla de la fábrica del hombre cuanto al organismo corpóreo, cuya materia preexistente estaba hecha, y que también poco antes se lee haber sido producida de la nada„. Mucho más explícito es el P. Hurter (S. J.)[1]; señalando con el dedo la opinión del doctor Mivart, dice: "A esa opinión, ciertamente, ni la tachamos de materialismo, ni de incredulidad; pero la reprobamos, porque no va conforme á razón, cuanto menos á Escritura, que nos muestra á Dios autor inmediato del cuerpo humano„[2].

El cardenal Mazzella (S. J.), en asentando como muy cierta la formación inmediata de los cuerpos de nuestros primeros padres, hace esta advertencia: "Esto decimos para prevenir á los incautos é ilustrar á ciertos católicos escritores que, llevados más de lo que fuera razón de sus aficiones, establecen teorías, sin tener cuenta con la revelación, y se esfuerzan luego en ajustar la historia bíblica á sus propias teorías; cuando, por el contrario, la Santidad de Pío IX[3] escribía: "Los católicos que cultivan estas ciencias conviene que „tengan por estrella la divina revelación que les guíe los pasos; para „que, puesta en ella la mira, se aparten de los escollos de los errores„[4].—El P. Tilmann Pesch (S. J.), soltando la duda de aquellos escritores poco avisados, que porque ven que el hombre, según la Escritura, no vino al mundo por los trámites de la evolución, niegan por analogía ser posible la de las especies animales, dice así: "Los que tal piensan, luego que adviertan que la Escritura de muy distinta manera refiere el origen del hombre y el de los animales, juzgarán que esa analogía no tiene lugar ni hay que hacer caso de ella; y verán claramente que no es apartarse de la narración mosaica el dar al hombre un origen diferente de los demás organismos. Fuera de que, enseñándonos la revelación cristiana que el hombre ya desde el principio fué levantado por Dios á un fin sobrenatural, no puede decirse que la producción de los primeros hombres y la concurrencia de tan raras maravillas tuviesen competencia y enemistad entre sí„[5].—Finalmente, el Ilmo. Sr. Obispo de Oviedo, P. Martínez Vigil (O. P.), refiriéndose á la hipótesis de Mivart, la juzga por estas palabras: "Para abandonar el sentido literal (del Génesis), comúnmente aceptado en la serie de los siglos y por las eminencias del saber, han de presentarse, si no demostraciones científicas, hipótesis racionales y fundadas, que hayan salido del período de prueba y hecho su entra-

---

[1] *Theol. dogm. De Deo creatore,* th. CXII.

[2] LIEBERMANN, *Instit. Theol.,* t. III, l. III, cap. II, art. II.—MIGUEL SÁNCHEZ, *Cursus Theol. dogmat.,* tract. V, p. I.

[3] *Carta al Arz. de Munich,* 21 Diciembre 1863.

[4] *De Deo creante,* disp. III, art. I, § I.

[5] *Instit. Philos. natur.,* l. III, disp. II, sect. II.

da solemne en el dominio de la ciencia, y ya veremos que no reune estas condiciones la hipótesis transformista„ [1].—Dejamos en silencio otras autoridades, pues no es posible traerlas todas, como la de Jungmann [2], de Katschthaler [3], de Urráburu [4].

Con razón dice Benedicto XIV [5] que "ninguno de los católicos antiguos se halla haber torcido á impropiedad las palabras textuales de este lugar„. Y San Agustín había dicho ya, en tono de reprensión, que "los que miden por estas obras ordinarias y cotidianas la virtud y sabiduría de Dios, las que primeramente crió, porque no las entienden ni saben, imagínanlas infielmente„ [6].—El Concilio provincial de Burdeos, celebrado en 1868, decretó lo siguiente: "Cuando al principio crió Dios de la nada en Adán, único tronco de los hombres, el humano linaje, le formó en su propia y especial naturaleza, y le dotó de gracia *(Quando ab initio in uno hominum principe Adamo humanum genus Deus e nihilo creavit, inpropria specialique natura illud condidit atque gratia donavit)* [7].—Más clara y concluyentemente expresó nuestra tesis el Concilio provincial de Colonia, en 1860, por estas palabras: "Los primeros padres fueron formados inmediatamente por Dios. Y así, declaramos ser del todo contraria á la Escritura sagrada y á la fe la opinión de aquellos que no reparan en afirmar que el hombre, siquiera cuanto al cuerpo, salió á luz por la espontánea alteración de una naturaleza más imperfecta, yendo por grados continuos hasta llegar á la condición más perfecta que ahora tiene„ *(Primi parentes a Deo immediate conditi sunt. Itaque Scripturæ sacræ fideique plane adversantem illorum declaramus sententiam qui asserere non verentur spontanea naturæ imperfectioris in perfectiorem continuo ultimoque humanam hanc immutatione hominem, si corpus quidem species prodiisse)* [8]. Examinados los decretos del Concilio de Colonia por la Congregación del Concilio Tridentino, y presentados á la Santidad del Papa Pío IX, éste alabó y aprobó en general la doctrina, como se lo escribió al arzobispo cardenal Juan de Geissel, en 7 de Abril de 1862.

2. De todos cuantos testimonios hemos acumulado hasta aquí, podemos concluir que la tradición de diezinueve siglos está en pacífica posesión de esta verdad, conviene á saber, el primer hombre y la

---

[1] *La Creación, la Redención y la Iglesia*, 1892, t. I, p. 158.
[2] *De Deo creatore*, 1871, pág. 151.
[3] *Theologia dogmatica, catholica, specialis*, 1877, lib. I, pars 2, n. 219.
[4] *Psychologia*, 1894, pars prima, pág. 427.
[5] *De serv. Dei Beatif.*, lib. IV, p. I, cap. XXIII, n. 5.
[6] *De Civit. Dei*, lib. XII, cap. XXIII; *De Genesi ad litt.*, lib. IX, cap. XIII.
[7] Cap. IV, § II.—*Collectio Lacens*, t. IV, p. 812.
[8] Tit. IV, cap. XIV.—*Coll. Lac.*, t. V, p. 292.

primera mujer fueron formados por las manos del mismo Dios, de portentosa manera, y no por vías naturales. Por esta verdad claman las Escrituras. El Eclesiástico: "Dios crió al hombre de la tierra, y le hizo según su imagen...; y creó de él una ayudadora que era semejante á él" [1]. —Job: "Tú hiciste á Adán del limo de la tierra, y le diste á Eva por auxiliar" [2].—San Pablo: "Adán fué criado el primero, Eva después" [3]. —"No el varón salió de la mujer, sino la mujer del varón" [4]. Por esta verdad clama el común sentir de las gentes cuando el *polvo* reconocen por principio de nuestro origen, y publican á una que tierra somos, ceniza, lodo, légamo vil, y que tierra nos hemos de volver. Por ésta verdad claman el mismo vocablo *Adamah* (אֲדָמָה), que significa *tierra labrantia*, y dió nombre al primer mortal; y la voz *virago (ischa*—אִשָּׁה*)*, que es *hembra*, y denota que del hombre fué sacada sin medianero ni linaje de evolución natural. De lo contrario, ¿cómo Adán la confesara hueso de sus huesos, carne de su carne? ¿cómo no prorrumpió en loores de admiración sino después de contemplar toda la turba de animales, y cuando hubo visto que ninguno había entre ellos que mereciera los afectos de su corazón sino la mujer que de su costado había salido? ¿Qué significación tendría, en la hipótesis evolucionista, aquel himno que entonó Adán profetizando el enlace de Cristo con su Iglesia, y celebrando y exaltando el vínculo del matrimonio, como es cierto que los profetizó y celebró? [5].

3. Por último: no advierten los modernos comúnmente cuánta estima merecen las tradiciones antiquísimas de los pueblos. Forjan teorías, no dándoseles nada de la veneranda antigüedad, así como pasan en silencio el baluarte de la tradición, pareciéndoles que si queda algún cabo suelto, como no traiga consigo inconvenientes de bulto, bien pueden llevar adelante su libertad de opinar; mas no acaban de persuadirse que cada invención mal cimentada deslustra los sentimientos pregonados por la ancianidad de los siglos. ¿Qué tradición hay más común ni mejor establecida que la formación del primer hombre?

Revolvamos los documentos paganos. En la cuarta tablilla cuneiforme de la creación asirio-caldea descúbrese un rasguño allí donde se dice: "Marduk cortó la cabeza á Tiamat, derramó gotas de su sangre y aventólas á los lugares tenebrosos. Entonces, echando mano al cadáver, formó las principales obras del universo; partióle en dos pedazos, del uno hizo la morada de los dioses" [6]. No trae más la tableta, dejando á obscuras la formación del hombre, que en la quinta se insinúa muy encubiertamente. Beroso anduvo más claro, bien que enredadísimo, cuando escribió: "Bel cortó la mujer

---

[1] Cap. XVII.—[2] Cap. VIII.—[3] *I Timoth.*, cap. II.—[4] *I Cor.*, cap. XI.
[5] *Ephes.*, V.—[6] *Revue des religions*, 1891, pág. 500.

(Tiamat) en dos partes; de la mitad inferior produjo la tierra, de la superior el cielo. Lo cual es símbolo de la producción de las cosas, porque, al tajarse Bel la cabeza, de la sangre mezclada con tierra, los dioses dieron ser á los hombres„. Así se expresa Beroso, atribuyendo á Bel-Marduk el oficio de demiurgo, que en otros documentos cuneiformes se atribuye á Ea, á Samas, á Sin, conforme cuadra al escritor caldeo. Es muy digno de advertencia, cómo dice primero Beroso; que Bel cortó la cabeza á Tiamat (la masa caótica) para forjar cielos y tierra, y que luego se la segó á sí propio, al efecto de formar los hombres y animales: dos obras bien diversas se contienen en los dos cortes de cabeza; de la primera dan razón las tablillas cuneiformes; de la segunda no se ha descubierto aún noticia por menor entre los documentos asirios. Solamente de Beroso consta haber sido el hombre formado de sangre divina mezclada con tierra.

Alguna luz, con todo eso, dan á las sombras caldeas las tablillas de la epopeya llamada *Gilgames,* donde la diosa Aruru es representada en el acto de formar al héroe Eabani. "Aruru se lava las manos, amasa con ellas barro, extiéndele por el suelo. Así quedó Eabani formado, vástago ilustre; su cuerpo estaba sembrado de pelos; la cabellera larga, como de mujer, ondeaba á guisa de campo de trigo„ [1]. Nótese que *Eabani* significa *Ea es mi Criador*. Además, si la diosa Aruru formó á Eabani, compañero de Gilgames, fué por orden del dios Anu, para que le rindiese adoraciones y servicios. Ni es para tenida en poca consideración la figura monstruosa con que Eabani se ostenta en los monumentos asirios [2], como señalando la bastardía de su estado. En la misma epopeya, tablilla diez, se describe la terrible tentación armada por la desenvuelta Samhatu al noble Eabani, cuya caída y muerte miserable lloró Gilgames, diciendo: "Mi amigo y mi amado Eabani se ha convertido en polvo„ [3]. Así se lamentaba Gilgames cuando iba en busca de la planta de la inmortalidad que le preservase de morir como su amigo. Iguales lamentaciones hacía la diosa Istar viendo perecer los hombres entre las ondas del diluvio„. "Esta generación se torna barro... ¿dónde están los que yo engendré?„ [4]. Estas razones son casi perentorias para dejar concluído que la formación del hombre es la misma en los documentos babilónicos y en la Biblia.

---

[1] LOISY, *Revue des religions,* 1890, pág. 100.—1892, pág. 319.—Aruru s'y prend, pour faire Eabani, de la même façon que Javéh pour creer l'homme, au second chapitre de la Genèse. *Ibid.*, pág. 133.

[2] SAUVEPLANE: Eabani est souvent figuré sur les monuments à peu près tel que nous le trouvons ici peint, comme une espèce de monstre, à la barbe inculte, à la crinière flottante, avec la tête et le buste de l'homme, les cornes, la queue et les pieds de taureau, portant les attributs de la virilité. *Revue des religions,* 1892, pág. 312.

[3] *Ibid.*, pág. 539.—[4] *Revue des relig.*, 1890, pág. 114.

De la religión egipcia se ha conservado el *Himno á Amon-Ra,* compuesto en la dinastía XVIII, que dice: "¡Gloria á ti, Dios Ra, Señor de la verdad, Señor misterioso de los dioses en su santuario! Dios *Kepra* en su barca, cuando rompe el silencio sacando á luz la verdad, los dioses reciben ser. Dios Tum, que hace los seres inteligentes, que determina sus formas, que produce sus vidas... Forma única, que engendra todas las cosas; el Solo único hacedor de los seres. Los hombres salieron de sus ojos, y su palabra hace dioses„ [1]. En el *Himno á Amon-Ra* se echa sólo de ver la dependencia que tuvo de Dios el hombre en su formación; pero el bajo relieve del templo de Denderah exprime gráficamente la manera que tuvo Dios de formarle. El dios Knum está sentado, con los brazos extendidos en ademán de ir puliendo y acabando de plasmar la figura de un niño que se halla de pie en el plato del torno de alfarero; al otro lado está la diosa Heket, arrodillada, alargando á las narices de la figurilla plástica una cruz con asa, símbolo de la vida [2].

La tradición fenicia expone el origen humano por estas palabras: "Del viento Kolpia y de la Noche nacieron el Evo y el Primogénito, hombres mortales. El Evo buscó y halló sustento vegetal en los árboles. De entrambos provino el Género y la Especie„ [3]. A ciertos autores les parece que aquella expresión *Evo buscó y halló sustento vegetal en los árboles* alude al paraíso terrenal y á la tentación de Eva, especialmente por ser el vocablo griego *aeon* semejante al hebreo *Havah,* nombre de Eva; mas no consta esa analogía con bastante claridad, así como tampoco se sabe si el ser los primeros varones (ἄνδρες) partos del espíritu (viento) y de las tinieblas (noche), podrá significar haber los dos nacido del espíritu divino y de la materia inferior. Extrañeza hará á cualquiera la relación fenicia, si es que Sanconiaton tenía de las cosas cabal concepto, ó si Filon de Biblos acertó á traducirle.

Más extraña es aún la relación de los persas. Gayomart, hombre puro y santo, criado mortal por Ormuzd, estando para morir dejó salir de su cuerpo substancia vital; parte de ella quedó embebida en el suelo, de cuyas entrañas brotaron á los cuarenta años en figura de árbol dos hombres, Máshya y Máshyoi (varón y hembra), unidos por el medio con tal disposición que no se les reconoció el sexo hasta que después hubieron pasado de la forma vegetal á la forma humana.

---

[1] Varios son los lugares donde se repite el *salir de los ojos de Ra los hombres.* Papyrus egipcio del Museo de Boulag, publicado por Mariette.—ROBIOU, *Revue des quest. histor.*, t. XXIV, pág. 463.—GRÉBAUT, *Revue archéol.*, 1873, t. XXV, pág. 382.—BOURDAIS, *Revue des religions*, 1896, pág. 141.

[2] *Dictionn. de la Bible*, art. *Adam*, pág. 181.

[3] *Sanconiaton,* traducido por Filon de Biblos, alegado por Eusebio, *Præpar. Evang.*, lib. I, cap. X.

De este origen resulta que el linaje humano se formó mediatamente del cuerpo de Gayomart, cuya muerte fué necesaria para dar ser y vida á los hombres [1]. Adobada es la relación del libro Bundehesh, capítulo XV, escrito en época posterior al nacimiento de Cristo, si ya no la decimos simbólica; pero de ninguna autoridad ciertamente gozó para testificar las enseñanzas de la tradición iránica.

Otro tanto pasa en la India. La formación y origen del hombre no se relata en libros védicos, sino en libros bramánicos, que debieron á la Biblia hartas verdades, viciadas y embrutecidas por el mostrenco panteísmo. En el Manava-Darma-Sastra leemos: "Como el Sumo Señor hubiese hecho de su cuerpo dos partes, vino á quedar medio varón y medio hembra, y en la porción hembra engendró á Vivaj. Dióse Vivaj á cruelísima penitencia y produjo á Manú, hacedor de todo el universo„ [2]. Este mismo jaez de formación se insinúa en el libro Sama-Veda, por estas palabras: "El eterno vivía feliz en su soledad; deseó compañera; de contado trocóse en dos, varón y mujer; la unión de ambos dió ser á todos los hombres„. El libro Sama-Veda es un como preámbulo del bramanismo, que comenzaba ya á despuntar aventando las lóbregas tinieblas del vedismo. Mas, con todo, al poder del Sumo Señor achacaron los bramanes el origen del género humano.

Los budistas del Indostán no es posible apear qué concepto tenían formado del origen del hombre; pero de los libros búdicos del Tibet sácase un cuento curioso en esta substancia. Los espíritus, atizados de la golosina, sepultaron en sus entrañas la materia sutilísima y finísima; á fuerza de traspalarla y digerirla iban ellos embarneciendo y engordando á palmos, hasta que al fin, á los veinte traguillos, criaron mofletes, pantorrillas y panza, ostentando ya figura de hombres sin diferencia de sexo; el último trago dió desarrollo á los perfiles escorzados de varón y hembra [3].

Al talle de los tibetenses describen los chinos el origen del hombre en una leyenda que dice así: "Un día salió del caos un ser humano, que se llamó Pan-ku. Entró éste en lugar de Shang-ti á gobernar el mundo. Después que el cielo y la tierra estuvieron formados, dejóse ver el hombre. Murió Pan-ku, y de sus miembros se originaron las partes varias de la tierra„ [4]. Como la leyenda china no hace mención de Dios respecto del origen del hombre, no pecaría de discreto

---

[1] CASARTELLI, *La philos. relig. du mazdéisme*, 1884, pág. 122.—HARLEZ, *Avesta*, 1881, introd., pág. CXXXVII.—WINDISCHMANN, *Zoroastrische Studien*, pág. 216.

[2] *Leyes de Manú*, lib. I.

[3] DESGODINS, *Boudhisme thibétain... Revue des religions*, 1890, pág. 203.

[4] PAUTHIER, *Livre sacré de l'Orient*, pág. 40.—HARLEZ, *La religion primitive des chinois*, 1884.

quien achacase el relato á prurito de los taoistas, enemigos de las antiguas tradiciones del Celeste Imperio.

La mitología helénica, cual ninguna otra, conservó representado el origen del hombre con singular viveza. Prometeo toma polvo, por sus manos amásale con agua, del barro forma una figura humana, imagen de los dioses; viendo la diosa Minerva aquella linda escultura, dícele á Prometeo que para dejarla perfecta y con alma le subiría ella al Empíreo, donde hallaría lo necesario al remate de la obra. En el carro de Febo remontóle la diosa á la morada del Olimpo; allí reparó Prometeo que eran de fuego vivísimo las almas de los dioses. Atrevióse á alcanzar de rebatiña una centella de aquel ardor celeste que le había llevado tras los ojos el corazón para aplicarla al pecho de su plasmada figura. Bajado que hubo con el tesoro vital, animó la estatua del hombre, á quien puso por apellido Pandora. Júpiter, como cayese en la cuenta del hurto sacrílego, sacando de madre la cólera contra el ladrón, mandó le amarrasen á un peñasco y que un buitre le estuviese royendo los hígados sin acabar de consumirlos. Varios son los autores, latinos y griegos, que adornan esta fábula [1], no sin diversidad de perfiles, claros y obscuros, que dejan dudas en el ánimo sobre si fué Prometeo el hacedor de todo el hombre, ó solamente el infundidor del alma intelectual. Aun puédese decir que el Prometeo de Hesíodo es á la vez dios del Olimpo. Titán aguerrido, prototipo de la especie humana, modelo de la civilización griega. Mas todo bien considerado, parece ser el mito de Prometeo trasunto de la revelación primitiva y no invento de la fantasía helénica.

Los Germanos, como se contiene en el Edda, admitían que "la tierra produjo los primeros seres humanos, hombre y mujer, simbolizados en el fresno duro y en el aliso flexible; mas los dioses dieron á los mortales espíritu y vigor.—Loki, unido con Odin y Honir, procuró al hombre, oriúndo de la tierra, los medios de subsistencia" [2].—América y Oceanía ofrecen iguales nociones, como podrá ver el curioso en los libros que esta materia tratan [3], pues no es éste lugar á propósito para exponerlas todas.

Hablando Lucken de ellas en general, dice con sobrado motivo: "La tradición acerca del origen del hombre se conservó tan vivamente impresa en la memoria de los pueblos, que no sólo sobrevivió por doquier, mas hizo también que los gentiles diesen al hombre el

[1] HESÍODO, *Opera et die*, vers. 46.—ESQUILO, *Prometh. lib.*—CICERON, *Tusculan. quœst.*, lib. II.—VIRGILIO, *Egloga* VI.—PLINIO, *Hist.*, lib. VII, capítulo LVI.—OVIDIO, *Metamorph.*, lib. II.

[2] BUNSEN, *Dieu dans l'histoire*, 1868, pág. 442, 445.

[3] *Annales de la littérature et des arts*, t. X, pág. 280.—*Journal de la société asiatique de Londres*, 1832.—ANDREW LANG, *La mythologie*, 1886, página 163.—LENORMANT, *Hist. ancienne de l'Or.*, t. I, pág. 22.—*Dictionn. de la Bible*, art. *Adam*, pág. 182.

calificativo de *nacido de la tierra, tierra animada*, y otros apellidos semejantes„ [1]; de los cuales decía Lactancio: "erraron en los nombres, no en las cosas„ [2]. Mas una verdad llana se deriva de lo dicho, y es que ningún pueblo dió en imaginar que el primer hombre hubiera sacado del vientre de una mona su grandeza y soberanía real. Todas las mitologías paganas conceden al hombre mucho más alta filiación. En verdad, las analogías que se advierten entre las tradiciones profanas y la narración bíblica son someras y materiales, en tanto que las discordancias son substanciales y profundas; pero la intervención de la divinidad, si bien es común á las mitologías y á la Sagrada Escritura, cuanto al modo de concurrir y al intento moral en la primera formación del hombre, se muestra en el Génesis con más eminente resplandor que en las leyendas paganas [3].

ARTÍCULO IV

1. San Agustín no hace en favor de los evolucionistas.—2. Texto del santo Doctor, mal traducido y peor interpretado.—3. Otra impertinente interpretación.—4. Santo Tomás se muestra encontrado con el evolucionismo: textos.—5. Por milagro contó la formación del cuerpo adamítico.—6. Oficio de los ángeles en la producción del cuerpo de Adán.—7. Otros lugares de Santo Tomás.—8. Juicio del P. Suárez, opuesto al evolucionismo.—9. Sentencia del teólogo Arriaga.

1. Las razones hasta aquí propuestas parecerían bastantes para dar por conclusa esta causa, y en tierra con la evolución respecto del hombre, si los adversarios no se gloriasen de pregonar que la

---

[1] *Les traditions de l'humanité*, t. I, livre I, chap. III, § XII.

[2] *De orig. erroris*, lib. II, cap. XI.

[3] P. BRUCKER: Les dissemblances entre la Genèse et les traditions profanes sont bien plus profondes que les ressemblances. Celles-ci n'existent guère qu'à la surface et dans quelques traits pour ainsi dire matériels, tandis que les autres affectent la substance même des choses.—Ce qui est bien commun à la Bible et aux cosmogonies et mythologies de l'antiquité, c'est la fréquence des interventions de la divinité ou des êtres supérieurs à l'homme, dans le monde et dans la vie de l'humanité primitive... Mais, sous des apparences plus ou moins pareilles, ces manifestations extra-naturelles sont radicalement et essentiellement différentes. Le merveilleux biblique, dans ce qui le constitue foncièrement, est unique et hors de pair. Il n'est comparable avec le merveilleux des Chaldéens, des Hindous, des Grecs, etc., ni quant à la conception de la divinité, ni quant à la manière dont elle intervient dans les choses du monde, ni quant au but qu'elle poursuit par ses interventions... Enfin, il n'y a aucune de ces théogonies, cosmogonies ou mythologies antiques, qui n'outrage plus ou moins l'honnêteté et le bon sens. Ce qu'elles renferment de moins mauvais consiste en un jeu d'imagination, brillant quelquefois, comme chez les Grecs, plus souvent extravagant, et presque toujours vide de toute signification et de toute tendance morale. *Études religieuses*, 1890, t. XLIX, pág. 464.

Teología cristiana y la evolución no se tienen tanta ojeriza como parece. Porque aun consintiendo que la evolución no esté demostrada, y que tenga contra sí graves inconvenientes, porfían que San Agustín, Santo Tomás y Suárez, que son los príncipes de la Teología positiva y escolástica, la dieron con sus plumas alto crédito. En los testimonios antedichos va contenida la respuesta que á esos efugios conviene; pero los iremos satisfaciendo en particular y más despacio, á fin de que la gloria de estos claros Doctores se muestre en todo su esplendor, y los partidarios del evolucionismo [1] se corran de la sinrazón que les hacen.

Así lo entendió el doctísimo Berti (O. A.), cuando en nombre de San Agustín asienta la creación simultánea de la materia, y la formación inmediata del cuerpo de Adán [2]. Si no bastan los lugares de San Agustín que van arriba citados para sacar á los evolucionistas la espina que se les atravesó, pongan los ojos en el cap. XV del *Genesis ad litteram*, lib. VI, donde vayan leyendo: "El hombre fué hecho así, ni más ni menos, como aquellas primeras causas consentían que fuese hecho el primer hombre; el cual convenía que fuese fabricado de limo, y no que naciese de padres, pues ningunos habían precedido. Porque si de otra manera fuera hecho, Dios no le hiciera en aquellas obras de los seis días; y en ellos debió ser hecho; conviene á saber, no él, sino la causa material de que á su tiempo el hombre había de ser formado por Dios; el cual en el criar las causales razones consumó los principios, y comenzó las cosas que se habían de llevar al cabo en el orden de los tiempos. Si, pues, en aquellas primeras causas que el Criador ingirió en el mundo, no solamente estableció que había de formar el hombre del barro, sino también cómo le había de formar, si en el seno de la madre ó en forma juvenil; sin duda hizo después lo que antes había determinado, pues no había de obrar contra aquella su disposición. Y si puso allí solamente la virtud de la posibilidad, encerrando solamente el poder ser hecho el hombre así y así; y si aquel modo que había de emplear en hacerle guardó en su voluntad y no le confió á la constitución del mundo, es cosa clara que no fué hecho él contra lo prescrito en la primera condición de las causas, porque en ellas estaba contenida la posibilidad, no la necesidad de ser fabricado de esta manera; que ésta no pendía de la condición de la criatura, sino del beneplácito del Criador, cuya voluntad es necesidad de las cosas" [3].

---

[1] MIVART, *Genesis of species*, 1871; *Lessons from nature*, 1876.—MOIGNO, *Les splendeurs de la foi*, t. II, append. C.

[2] *De Theol. discip.*, l. XI, l. XII.

[3] Ut illud tantum proprium habuerit Adam, quod non ex parentibus natus est, sed factus ex terra. *De Genesi ad litter.*, lib. VI, cap. XIII. —Verumtamen sic factus est homo quemadmodum illæ primæ causæ habebant ut fieret pri-

¿Quién, si con atención leyere este capítulo, descubrirá en él cosa que huela, ni por pensamiento, á evolucionismo? Crió Dios al hombre sin padres, pues de padres no nació, porque de ninguna manera los tuvo *(non ex parentibus nasci, qui nulli præcesserant);* formóle Dios de barro, porque quiso; en el principio infundió á los elementos virtud para que *pudiesen* de todas maneras *(vim tantum posuit ibi possibilitatis)* dar ser al cuerpo de Adán; entre todas las posibles, reservó para sí la manera propia y realmente efectiva que quería emplear en su formación; este arbitrio extraordinario no le vinculó en las fuerzas mundanas *(non mundi constitutioni ipsum modum),* aunque le decretó en la misma primera creación *(procul dubio fecit ut illic præfixerat),* porque no cabía en la facultad de la criatura, sino sólo en la suprema voluntad del Criador *(non erat in conditione creaturæ, sed in placito Creatoris).* ¿Dónde está el evolucionismo de San Agustín? Descúbrese, por el contrario, en el santo Doctor cauteloso estudio en distinguir la obra de Dios y la obra de la naturaleza, pues resuelve que, aun caso que fuera posible ser hecho el hombre de muchas maneras, la única que Dios había escogido la remitió á la fuerza de su poderoso brazo, sin fiarla á la evolución de la materia. ¿Podía un Doctor antiguo antever con más claridad el sistema de los evolucionistas, y enflaquecerle y ahogarle, aun antes de nacer, con más vigorosas razones?

El mismo Huxley, afamado darwinista, no pudiendo averiguarse con los argumentos del Dr. Mivart (y mayormente recibiendo pena de que éste se amparase con la autoridad de los Doctores católicos para dar asilo y autoridad á su evolucionismo), cuando no le quedaba piedra que arrojar contra los transformistas, tomó á pechos el estudio de los libros eclesiásticos; pero cansado de revolver volúmenes, declaró que ni uno tan siquiera había hallado que profesara el evolucionismo. "No seguiremos á M. Huxley, dice la *Revue Scientifique* [1], en las citas teológicas que llenan trece páginas de su artículo, por el poco interés que para nuestro caso tienen. En su juicio, contra el de M. Mivart, los Padres más graves de la Iglesia católica son enemigos de la evolución„.

2. Para que sentencie el discreto lector cuán sin razón se favorecen los evolucionistas de la autoridad de San Agustín, trasladaremos aquí un texto del Santo, citado en francés por el abate Moigno [2],

---

mus homo, quem non ex parentibus nasci, qui nulli præcesserant, sed de limo formari oportebat, secundum causalem rationem, in qua primitus factus erat... Si ergo in illis primis rerum causis, quas mundo primitus Creator inseruit, non tantum posuit quod de limo formaturus erat hominem, sed etiam quemadmodum formaturus, utrum sicut in matris utero, an in forma juvenili; procul dubio sic fecit ut illic præfixerat. *De Genes. ad litter.*, lib. VI, cap. XV.

[1] 1871, p. 578.—[2] *Les splend. de la foi*, t. II, append. C.

tomado del *Genesis ad litteram* [1]. Es como sigue: "Saint Augustin, dans son livre *De Genesi ad litteram*, livre v, chap. v, n. 44, dit expressément: "De même que dans la seule graine est contenu tout ce „qui dans le temps doit s'élever sous forme d'arbre, de même quand „on dit que Dieu créa tout ensemble *creavit omnia semel*, il faut „comprendre le monde entier avec tout ce qui a été fait en lui et avec „lui: lorsque le jour fut venu, non seulement le ciel avec le soleil, „la lune et les étoiles; mais aussi tous les êtres que la terre et l'eau „ont produits potentiellement et causetivement, avant qu'ils naquis- „sent dans la suite des temps, tels qu'ils sont déjà connus dans les „œuvres que Dieu opère encore aujourd'hui„.—Et ailleurs:—"Tous „ces êtres originairement et primordialement sont déjà creés dans „une certaine texture d'éléments, mais ils se produisent quand „l'occasion favorable est donnée„.—Saint Thomas cite et aprouve les textes de saint Augustin, et... Suárez se fait l'écho de ces mêmes doctrines„ [2]. Hasta aquí el tenor de los retazos de San Agustín conforme los trae el abate Moigno.

¿Quién creyera que el abate Ducrost hubiese tenido valor para copiar servilmente letra por letra, sin dignarse consultar el original, la versión del abate Moigno tal cual va aquí estampada? [3] Abrase *La Controverse* [4], y se cae el alma á los pies viendo el párrafo sin las citas, con prendas evidentes de servil plagio. Para que pueda el lector tasar el precio de esa traducción, sírvase pasar la vista por el texto de San Agustín, que dice así en la parte mal citada por esos escritores: "Sicut autem in ipso grano invisibiliter erant omnia simul quæ per tempora in arborem turgerent; ita ipse mundus cogitandus est, cum Deus simul omnia creavit, habuisse simul omnia quæ in illo et cum illo facta sunt, quando factus est dies; non solum cœlum cum sole et luna et sideribus, quorum species manet motu rotabili, et terram et abyssos, quæ velut inconstantes motus patiuntur atque inferius adjuncta partem alteram mundo conferunt, sed etiam illa quæ aqua et terra produxit potentialiter atque causaliter, priusquam per temporum moras ita exorirentur quomodo nobis jam nota sunt in eis operibus, quæ Deus usque nunc operatur„ [5].

No hagamos cuenta de la versión desaliñada, tal vez mal copiada por Moigno, del Dr. Mivart; pero ¿dónde prueban esos traductores y copiantes que San Agustín habla, en el lugar alegado, de la evolución, y particularmente de la evolución humana? Pues como si el dicho del abate Ducrost fuera autoridad de mayor excepción, hete aquí que el crítico Jean D'Estienne apela al nombre del abate para dar por cierto que la hipótesis evolucionista es digna de toda consi-

[1] L. v, cap. xxiii.—[2] *De creatione*, disp. xv, núms. 9, 13, 19.
[3] *Revue des questions scientifiques*, 1886, p. 582.
[4] T. II, Oct. 1884, p. 216.—[5] Lib. v, cap. xxiii, n. 45.

deración y respeto [1]. ¿Quién queda aquí más burlado, el lisonjero, el plagiario, el copista ó el traductor?

3. No soltemos la pluma sin poner de manifiesto otro punto escapado á la del mismo Jean d'Estienne. Censurando la obra de M. De Lastrade [2], dice así: "¿San Agustín no admite acaso en algún lugar que las plantas podían haber sido criadas solamente *in causa, in fieri*, cuando Dios pronunció el mandamiento: *germinet terra herbam virtutem?* Es verdad que el texto hexamérico añade luego: *et protulit terra herbam virentem*, etc.; lo cual indica que si las plantas fueron criadas primero tan sólo en potencia, *in causa*, el hecho no tardó en seguirse al mandato. Mas ¿quién estorba que admitamos que la ejecución del precepto se llevó al cabo sucesivamente y por grados?„ ¿Quién lo estorba? Lo estorba San Agustín, que ni palabra ni media dice de la alteración gradual y sucesiva de los seres; fuera de la sucesión de tiempo, ¿dónde están esas subidas de especies, esos pasos de una especie en otra, ese arte de transpeinar y purgar la escoria de una misma especie? Antes al contrario, San Agustín contradice á la evolución, porque funda y prueba con razones la estabilidad de las especies; ni quiere que se martirice á una planta y se la haga pasar por el potro de tantos trabajos para dar á luz otra de diferente jaez.

En la creación primera fueron echados los principios ó causas seminales de las cosas; esto significa San Agustín cuando dice que los seres orgánicos existieron potencial ó causalmente, en semilla ó en razones seminales, como en su lugar dejamos dicho; puesta la creación de las primeras causas, se siguió, según el Santo, la producción de cada organismo á su debido tiempo, nivelada con el beneplácito de Dios, y regulada con el metro de sus santísimas leyes; de modo que la creación fué momentánea, la formación sucesiva y á plazos, y por eso el desenvolvimiento de la creación es por espacios distintos de tiempo, en los cuales los seres, unos tras otros, salen al campo de la vida, según la regla de la divina voluntad y de las leyes impuestas. Esto enseña, esto inculca, esto encarece San Agustín. Pero ¿dónde pensó que el nacer los seres *unos tras otros* era nacer *unos de otros?* ¿Dónde que *sucederse* las especies era *transformarse?* ¿Que el multiplicarse pasarse en otras? ¿La propagación evolución? ¿En qué lugar á San Agustín se le deslizó palabra que á semejantes deducciones sonase? Preséntense en hora buena razones, amontónense hechos, muéstrense probanzas, discurra la anatomía, escudriñe la paleontología, desójese la biología, echen mano á todos los registros los evolucionistas para legalizar, si pueden, su sistema; pero no mezclen á los Santos Padres en esta contienda, ni hagan recurso á la autoridad de los Doctores eclesiásticos, como ejecutoria que de-

[1] *Revue des quest. scientif.*, 1886, p. 582.—[2] *Ibid.*, p. 584.

cida su pleito, porque les saldrá contrario el designio, y se les tornará lanza la adarga.

4. Respecto de Santo Tomás, prevenida está en lo dicho su enseñanza; pero conviene extenderla un poco más, porque no faltan autores modernos empeñados en conciliarla con el evolucionismo [1]. Antes de explicar más detenidamente los conceptos de Santo Tomás en esta materia, notemos las cosas siguientes: que el Angélico Doctor ni aprobó ni reprobó la opinión de San Agustín acerca de las razones seminales; que más con disimulada prudencia inclinó á la creación individual por días de veinticuatro horas que no á la creación simultánea general; que si San Agustín se declaró con sutileza por las razones seminales, entendiéndolas de la potencialidad pasiva y no de las fuerzas activas, Santo Tomás escribió de ellas con pluma suspensa mostrándose más aficionado á las fuerzas activas, que cuadraban mejor con su sistema general; que, finalmente, las fuerzas otorgadas por Dios á los elementos no fueron, en la opinión de Santo Tomás, sino disposiciones instrumentales de los mismos elementos en orden á cooperar á la acción generativa efectuada por las manos del Criador. Esta suma de conceptos halla su declaración en lo dicho más arriba [2].

---

[1] El Card. González, hablando de la hipótesis de Mivart, dice: «Esta hipótesis ofrece graves inconvenientes en el terreno puramente filosófico y científico.—Estos inconvenientes desaparecen, ó se atenúan al menos, poniendo en contacto y relación la hipótesis de Mivart con la idea que apunta Santo Tomás acerca de la posibilidad de que causas ó agentes distintos de Dios hayan intervenido en la formación del cuerpo de Adán, ó sea en la preparación previa del mismo, hasta llegar á un grado más ó menos perfecto de desarrollo, pero reservando siempre á la acción de Dios la preparación última y como la disposición orgánica próxima para recibir el alma racional. De esta manera, y según esta concepción del Doctor Angélico, se salva el fondo de la hipótesis de Mivart, sin perjuicio de la acción directa é inmediata de Dios en la formación del cuerpo del primer hombre, acción que parece exigir la exégesis bíblica tradicional». *La Biblia y la ciencia*, 1891, t. I, pág. 150.—El teólogo sulpiciano Tanquerey, que defiende por hipótesis probable el transformismo mitigado, alega razones como éstas: Patres nonnulli et Scholastici fere omnes generationem spontaneam animalculorum admiserunt, et ut probabile saltem tenuerunt species quasdam viventium ex speciebus inferiorum originem duxisse. Ita S. Augustinus ait: «Terrestria animalia (creavit) tanquam ex ultimo elemento mundi ultima; nihilominus potentialiter, quorum numeros tempus postea visibiliter explicaret». Nec aliter Sanctus Thomas: «Species etiam novæ, si quæ apparent, præextiterunt in quibusdam activis virtutibus, sicut et animalia putrefactione generata producuntur ex virtutibus stellarum et elementorum». Dici ergo nequit specierum aliquam transmutationem, vi legum a Deo conditarum effectam, evidenter Scripturæ adversari». *Synopsis Theologiæ dogmaticæ specialis*, t. I, 1899, pág. 287.

[2] Cap. XXIII, art. III.—Cap. XXXV, art. II.

Ahora, para concluir que la doctrina de Santo Tomás se opone á las pretensiones de los evolucionistas, bastará prestar mediana atención á sus textuales palabras, que más atrás tocamos: "De dos maneras, dice, podemos concebir formado el cuerpo de Adán: ó formado activa y pasivamente, de modo que, siendo posible su formación, alguna criatura la llevase á efecto, ó formado sólo pasivamente, de modo que sólo Dios pudiera formarle de manera preexistente; de esta segunda manera preexistió el cuerpo de Adán en las obras producidas al tenor de las causales razones, según el dictamen de San Agustín„ [1]. Este lenguaje de Santo Tomás, aun abogando por la creación virtual de San Agustín, expresa sin rodeos que sólo Dios concurrió en la formación del cuerpo adamitico, excluída absolutamente toda virtud activa y pasiva natural de cualquier criatura, conviene á saber, excluída aquella disposición instrumental que el Angélico admitió siempre en los elementos para la producción de animales y plantas. Si tuvo Santo Tomás por entendido y resuelto que solamente las manos de Dios pudieron plasmar el cuerpo del hombre, en el caso de San Agustín, que le ponía plasmado como en virtud y posibilidad, con más valeroso pecho había de oponerse á verle formado por otras, manos en su propia opinión, cuando se inclinaba á la producción actual y perfecta [2].

Lo resuelto acerca del cuerpo varonil lo aplica el Santo Doctor al cuerpo de Eva: "preexistió, dice, no según el poder activo de los elementos, sino solamente según su poder pasivo en orden al poder activo del Criador„ [3]. Ambos á dos Doctores dan igual voto en la formación de Adán y Eva: entrambos cuerpos tuvieron por producidor el sólo poder activo de Dios, sin concurrencia del poder activo de las criaturas, presupuesta la cooperación puramente pasiva de la materia. Los evolucionistas que introducen la intervención activa de los animales en la generación de los cuerpos de Adán y Eva, sacándolos de las manos de la naturaleza, no pueden hallar buena acogida en los textos de Santo Tomás.

5. Sólo falta que aclamen por milagrosa la formación de Eva, porque también milagro tendrán que admitir en la formación de Adán, y milagro, no en la infusión del alma, sino en la plasmación del cuerpo, pues entrambos á dos fueron producidos por la misma traza mila-

[1] Et hoc modo, secundum Augustinum, corpus hominis præextitit in operibus productis secundum causales rationes. I p., q. XCI, a. 2, ad 4.

[2] Augustinus in ipso sexto die ponit esse factam animam primi hominis in actu, et corpus ejus secundum rationes causales. Alii vero Doctores ponunt et animam et corpus hominis factum sexto die in actu. I p., q. XCI, a. 4, ad 5.

[3] Ad tertium dicendum... secundum causales rationes præextitit corpus mulieris in primis operibus, non secundum potentiam activam, sed secundum potentiam passivam tantum, in ordine ad potentiam activam Creatoris. I p., q. XCII, a. 4, ad 3.

grosa; que ésta es la condición del milagro, ejecutarse á lo divino sin dar lugar á las virtudes activas naturales ni á las pasivas ordenadas al servicio de las activas, sino sólo á las virtudes pasivas puestas en las manos del Criador [1]. De lo contrario, si las facultades activas de los brutos hubieran tenido parte en la generación de Adán, no le habrían faltado padres ni abuelos; pero San Agustín se los negó totalmente, no porque fueran de ruin casta, sino porque no los tuvo en manera alguna, pues el no tenerlos era blasón y propiedad honorífica [2]. El ver al primer hombre sin antepasados y sin vínculo de parentesco, no salido á esta luz á costa de dolores ni arrojado al mundo por la madre naturaleza, sino formado súbitamente por las manos de Dios, le precisó á Santo Tomás á honrar su formación con el renombre de *milagro,* calificativo que debiera bastar por sí para eximir al Angélico escritor de todo resabio de evolucionismo. "La preparación del cuerpo para hospedar el alma, hácese por la virtud concedida á la criatura. Pero si el alma se infundiera sin tal precedente apercibimiento, lo cual se echa de ver con claridad en la formación del primer hombre, podría llamarse milagro„ [3]. La sentencia del Santo Doctor exceptúa del procedimiento natural el organismo del primer hombre, pues da título de *milagro,* no á la infusión del alma comoquiera, sino á la infusión espiritual sin apercibimiento corporal, por cuanto á haber precedido á la entrada del alma humana alguna prevención natural ó la organización del cuerpo, caliente, pronto y aparejado á recibirla, no se verificarían bien las expresiones del sapientísimo Doctor.

Dirán: el *milagro* no consistió en la preparación remota del cuerpo adamítico, que se podía comenzar á disponer por la pareja de monos, sino en la preparación próxima, hecha por Dios inmediatamente ó por medio de los ángeles.—R. Pregunto: ¿la pareja de monos engendró hombre ó mico? Mico, responden; porque los animales, cuando procrean por su natural virtud, dan fruto de su propia casta. Pregunto otra vez: ¿en qué consistió esa preparación remota? ¿por ventura en hacer la cama al cuerpo humano, socorriéndose el par de monos muy á tiempo de cautelas y prevenciones? No, señor, reponen,

[1] Non fiunt miracula... præter virtutes passivas creaturæ inditas ut ex ea fierit possit quidquid Deus mandaverit; sed præter virtutes activas naturales et potentias passivas quæ ordinantur ad hujusmodi virtutes activas, dicuntur fieri miracula dum dicitur quod fiunt præter rationes seminales. I p., q. CXV, a. 2, ad 4.

[2] Ut illud tantum proprium habuerit Adam, quod non ex parentibus natus est, sed factus ex terra. *De Génes. ad litt.,* lib. VI, cap. XIII.—Nulli parentes præcesserant. *Ibid.,* cap. XV.

[3] Si tamen sine tali præcedente præparatione anima infunderetur, miraculum dici posset, ut patet in formatione primi hominis. *In II Sent.,* dist. XVIII, q. I, a. 3.

sino en que la evolución, cuando iba limpiando de superfluidades la casta monesca, de repente rompió el hilo, atajó el parto, que en vez de salir mico amaneció hombre.—Torno á responder preguntando: en esa interrupción, en ese tránsito repentino, ¿concurrió influjo especial de Dios, ó no concurrió? Porque si entremetió el Criador su especial influjo para que del vientre de una mona saliera súbitamente vaheando un niño verdadero hombre, supliendo la divina Majestad con un portentoso milagro la radical incapacidad del ovario monino, entonces excedemos la raya de los evolucionistas, que sólo ponen generación natural en el tránsito repentino de mono á hombre, pues ese concurso extraordinario de Dios sería sobrenatural y milagroso: de semejante caso no habla Santo Tomás ciertamente, ni le pasó por pensamiento. Si no se pasan los evolucionistas del pie á la mano admitiendo especial intervención de Dios, es imposible salga bien librada su hipótesis, porque una mona, usando de su natural vigor, sin virtud extraordinaria del cielo, no puede sacar de sus entrañas un parto de superior calidad y de especie infinitamente más noble. ¿Qué acto vital podían efectuar los monos padres, ordenado á un engendro tan distante de su facultad? Ninguno, porque son improporcionados para la producción de estirpe que no sea bestial.

6. A los ángeles tampoco se les alcanza el sacar de entre los pies de una mona un hijo hombre. Al naturalista Wallace se le ofreció ser eso posible [1]. Mas ¿qué pueden los ángeles? ¿Acaso dirigir el rumbo de la natural selección, imprimiendo en el mono alguna mayor virtud prolífica? No, porque ni les es posible modificar el ovario de la hembra, ni realzar la semilla del macho; sólo está en su facultad el *aplicar* las causas naturales sin tocar en su condición nativa, para tomar de ellas lo que más les cuadre al logro de sus propios efectos. Con que si á esto sólo llega la posibilidad de los ángeles, si no son dueños de imprimir más excelente virtud prolífica en los órganos generadores de los brutos, por más que hagan todo su posible en gobernar la selección natural de los monos, al cabo solamente queda en su ser la virtud generativa de la brutal pareja, cuya causalidad es impotente para efectos de tan subidos quilates, como va dicho. Que pudieran sobrenaturalmente los espíritus angélicos ejercitar una facultad que no tienen á la mano, es impertinencia el inquirirlo cuando andamos tras la explicación natural de los hechos, conforme los evolucionistas la pretenden [2].

---

[1] La sélection spéciale a été réglée par des êtres intelligents supérieurs à nous, ayant une existence individuelle distincte, intermédiaires entre l'homme et le Grand-Esprit de l'univers. Ce sont eux qui ont concouru à la production de l'homme intellectuel, moral et indéfiniment perfectible. *La selection naturelle*, trad. Candolle, pág. 293.

[2] P. URRÁBURU: Secundo ergo modo considerari potest Deus utens ange-

Al reparo de Wallace satisfizo con antelación Santo Tomás, soltando una dificultad parecida á la del evolucionismo. La dificultad decía así: "Parece que el cuerpo del hombre no fué producido inmediatamente por Dios. Porque dice Augustino (in 3 *De Trinit.*, cap. IV) que *las cosas corporales dispónelas Dios por medio de la criatura angélica.* Pero el cuerpo del hombre fué formado de materia corporal, como está dicho en el artículo precedente. Luego hubo de ser producido por medio de los ángeles y no por Dios en persona" [1]. Antes de responder al silogismo, asienta el Doctor Angélico esta máxima: los ángeles no pueden hacer transmutación de cuerpos á forma alguna sin emplear ciertas semillas, como lo dice Augustino [2]. Luego deshace el argumento por estas palabras: "A la primera dificultad ha de decirse que, si bien los ángeles algún ministerio presten á Dios en las cosas corporales, otras acciones hace Dios en la criatura, que de ningún modo pueden los ángeles hacer... Pudo ser que algún ministerio ejecutasen ellos en la formación del cuerpo humano, como le ejecutaran en la postrera resurrección recogiendo las cenizas"... [3].

7. La respuesta de Santo Tomás, que parece á media luz, recibe todo el lleno de su resplandor, cotejada con las del artículo IV. No quiere el Angélico que á los bienaventurados espirituales dijese Dios *hagamos al hombre*, como algunos perversamente lo entendieron [4].

---

lis vel animalibus elevando illa tanquam instrumenta omnipotentiæ suæ, et assumendo, ut cum altiori virtute divina influerent ad formationem humani corporis. Hoc porro non video quod repugnet, sed revera non est ad rem; quia nos non quærimus quid Deus *potuerit* absolute facere, vel quid non repugnet absolute, sed quid Deus *reapse fecerit.* Quid autem Deus reapse fecerit, constat nobis ex doctrina Ecclesiæ. Ergo etiamsi potuerit Deus facere quæ objectio assumit, neganda omnino est consequentia, et explodendus transformismus. *Psychologia*, 1894, Pars prima, lib. I, disp. II, cap. II, art. II, pág. 447.

[1] Videtur quod corpus humanum non sit immediate a Deo productum. Dicit enim Augustinus (in 3 *De Trinit.*, cap. 4), quod *corporalia disponuntur a Deo per angelicam creaturam.* Sed corpus humanum formatum fuit ex materia corporali, ut dictum est, art. præc. Ergo debuit produci mediantibus angelis et non immediate a Deo. I p., q. XCI, art. 2.

[2] Angeli non possunt transmutare corpora ad formam aliquam, nisi adhibitis seminibus quidusdam, ut Augustinus dicit (in 3 *De Trinit.*, cap 9).

[3] Ad primum ergo dicendum, quod etsi angeli aliquod ministerium Deo exhibeant in his quæ circa corpora operantur, aliqua tamen Deus in creatura corporea facit quæ nullo modo angeli facere possunt, sicut quod suscitat mortuos et illuminat cœcos; secundum quam virtutem etiam corpus primi hominis de limo terræ formavit. Potuit tamen fieri ut aliquod ministerium in formatione corporis primi hominis angeli exhiberent, ut exhibebunt in ultima resurrectione, pulveres colligendo. *Ibid.*, ad 1.

[4] Ad secundum dicendum, quod non est intelligendum, Deum angelis dixisse, *faciamus hominem*, ut quidam perverse intellexerunt. I p, q. XCI, a. 4, ad 3.

Tampoco sufre se diga que el cuerpo del hombre fué formado con anticipación, ni que, formado ya, le infundiese Dios el alma, porque es contra el primer instituto de las cosas el hacer Dios el cuerpo sin el alma ó el alma sin el cuerpo, puesto que entrambos son partes de la naturaleza humana; lo cual es aún más absurdo en cuanto al cuerpo, que depende del alma, y no al revés [1]. La perfección del primer instituto y orden de las cosas pedía que el cuerpo de Adán no tuviera ser antes que el alma: luego, según Santo Tomás, es absurda la precedencia del cuerpo adamítico en estado de organización, la cual debía emanar del alma. Aun acrecienta más el doctísimo autor. "Para el intento de excluir lo dicho (esto es, la simultánea producción de alma y cuerpo), opinaron algunos que cuando se dice *formó Dios al hombre,* se entiende la producción del cuerpo y alma juntos; pero que cuando se añade *é inspiró en su faz soplo de vida;* se entiende del Espíritu Santo. Mas esa exposición, como Augustino dice, queda excluída por las palabras de la Escritura que siguen luego, *y fué constituído el hombre en alma viviente;* palabras que el Apóstol refiere, no á la vida espiritual, sino á la vida animal. Luego por *soplo de vida* se entiende el alma; de manera que la expresión *inspiró en su faz soplo de vida* viene á ser explanación de lo sobredicho, por cuanto el alma es forma del cuerpo„ [2].

Estas clarísimas razones del Angélico nos dan licencia para sacar los consectarios siguientes: ningún ser criado tuvo parte en la formación del cuerpo adamítico; sólo Dios puso las manos en su plasmación; no precedió á ella acción alguna vital ni orgánica; antes de aposentarse en el cuerpo adamítico el alma racional, no estuvo animada de vida ninguna; el alma racional fué la forma única del cuerpo humano; al recibir el cuerpo del hombre el soplo de Dios, estaba

---

[1] Ad tertium dicendum, quod quidam intellexerunt corpus hominis prius tempore formatum, et postmodum Deum formato jam corpori animam infundisse. Sed contra rationis perfectionis primæ institutionis rerum est quod Deus vel corpus sine anima, vel animam sine corpore fecerit, cum utrumque sit pars humanæ naturæ. Et hoc etiam est magis inconveniens de corpore, quod dependet ex anima, et non e converso. Ibid., ad 3.

[2] Et ideo ad hoc excludendum quidam posuerunt, quod cum dicitur *formavit Deus hominem,* intelligitur productio corporis simul cum anima; quod autem additur *et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ* intelligitur de Spiritu Sancto, sicut et Dominus insufflavit in apostolos dicens (30, 20, 22): *accipite Spiritum Sanctum.* Sed hæc expositio, ut dicit Augustinus in lib. 13 de *Civit. Dei*, cap. 24, excluditur per verba Scripturæ, nam subditur ad prædicta: *Et factus est homo in animam viventem*, quod Apostolus, *I ad Cor.*, 13, non ad vitam spiritualem, sed ad vitam animalem refert. Per spiraculum ergo vitæ intelligitur anima; ut sic quod dicitur *inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ* sit quasi expositio ejus quod præmisserat, nam anima est forma corporis. Ibid., ad 3.

sin vida animal. ¿Qué oficio hicieron, pues, los ángeles en la formación del cuerpo adamítico? Ninguno que tuviera la menor conexión con su orgánica contextura [1]. El alma, infundida en aquella materia inorgánica por el soplo de Dios, la alzaprimó súbitamente vistiéndola de virtud y fortaleza espiritual y levantándola á una majestad incomparable. El alma, en un abrir de ojos, esparció rayos de vida por toda la masa de barro, la vitalidad del alma se derivó á todos los miembros, los cuales, libreados con variedad de colores, se animaron juntamente comenzando á vivir en un mismo punto, brotando por mil partes vivíficos resplandores, ostentando frescura y verdor en las carnes, firmeza y agilidad en los huesos, lozano vigor en los órganos, trabazón admirable en todos los nervios, en las membranas desenvuelta actividad, en los receptáculos y concavidades más secretas hervor no interrumpido, porque al primer toque del alma, instantáneamente había el corazón empezado á enviar el licor vivificativo por los canales de las arterias á los centros más poderosos para el conveniente ejercicio de las vitales funciones, que daban al hombre la llave para vegetar, sentir, pensar, querer con destreza incomparable. Todo reía en aquel gracioso y gallardo cuerpo varonil, venido á la vida en la flor de la edad.

¿Cómo, pues, se compadece la doctrina de Santo Tomás, que á tanta grandeza abre camino, con la rastrera hipótesis de los evolucionistas? De ningún modo: el evolucionismo busca en el concurso de dos bestezuelas la formación del cuerpo humano, Santo Tomás no admite otro concurso sino el de Dios; el evolucionismo pone los ojos en el tardo evolutivo trastrueque del elemento terroso, que, á poder de vitales generaciones, viene á parar en cuerpo de hombre, Santo Tomás excluye toda generación evolutiva, como quien sólo tiene cuenta con el barro animado por Dios en el punto de entrar el alma en su posesión; el evolucionismo hace hincapié en organización precedente, Santo Tomás la destierra y abomina. De manera que el evolucionismo, no solamente no hace ajustado equilibrio con las enseñanzas de Santo Tomás, sino que queda por ellas desopinado, con-

---

[1] El americano P. Zahm, mantenedor de las hipótesis evolucionistas, se muestra perplejo en aplicarlas á la especie humana (*Evolution and Dogma*, 1896), pero tampoco sonríe á las palabras del Card. González arriba citadas. Exprésalo Nadaillac diciendo: La Cardinal Gonzalès dit, sans se prononcer lui-même, que l'hypothèse de Mivart aurait été plus acceptable si au lieu de prétendre que le corps d'Adam était sortit par évolution de celui d'un singe, le biologiste anglais l'avait montré produit partiellement par l'œuvre directe de Dieu. Le Tout-Puissant aurait achevé ainsi ce que l'évolution avait commencé. Cette modification de l'archevêque de Séville ne me satisfait guère, pas plus qu'elle ne satisfait le R. P. Zahm. L'assertion de Mivart peut être vraie, elle peut être fausse; dans les deux cas elle forme un ensemble complet et inséparable. *Revue des quest. scientif.*, 1896, t. XL, pág. 234.

cluído, deshecho, desbaratado. Algo duros son, pero colmados de verdad, los reproches con que *La Civiltà Cattolica* redarguye el abuso de los evolucionistas, haciéndoles cargo de ampararse, contra toda buena razón y justicia, con la autoridad de San Agustín y Santo Tomás en esta controversia diametralmente contraria al sentir de entrambos Doctores [1].

8. A otro acuden los evolucionistas, al Eximio, tomando su nombre como pavés, con cuya protección poner en salvo la manoseada hipótesis. Por lo que toca á Suárez, no en la disp. XV, citada por los adversarios, números 9, 13 y 19 *De Creatione*, que ni es obra suya, ni parece en todos sus volúmenes; pero ni en todo cuanto tenemos de su pluma hállase rastro de frase que remotamente sepa á evolucionismo, ó se componga con él. Los que á Cornelio Alápide, ó á otros teólogos y comentadores Escolásticos, que admitían la generación espontánea para ciertos animalillos, les acumulan la evolución ó les cargan aficiones á ella, hacen pública su propia ignorancia, y demuestran sin empacho que, ó nunca consultaron las fuentes, ó leyeron por pasatiempo obras dignas de tanta consideración [2].

Pues volviendo al Eximio Doctor Suárez, probado como cierto que Adán cuanto al cuerpo fué hecho del barro de la tierra [3], resuelve contra algunos herejes antiguos que únicamente Dios formó sin medio alguno, con sólo tierra, el cuerpo de nuestro primer padre [4]. "Este aserto es, dice, doctrina católica, enseñada por Santo Tomás y otros teólogos y Padres, en particular San Crisóstomo, Ambrosio, Basilio, Cirilo, Agustín.„—A fin de satisfacer enteramente la duda de si los ángeles ayudaron á la fábrica del cuerpo humano, ocurrésele al Eximio proponer esta cuestión: "si el cuerpo de Adán fué formado en un instante, ó si tardó Dios espacio de tiempo en organizarle [5]„; que, como luego declara, viene á reducirse á esta otra: "si las diferentes partes del organismo fueron hechas en un instante volviéndose de tierra en carne perfecta, ó si hemos de interponer alguna tardanza en la disposición y fábrica de cada miembro„. En esta disputa, así entablada

---

[1] Sarebbe tempo perciò che si smettesse oramai, e nelle scuole cattholiche si smentisse di proposito, l'indegna leggenda che fa, di quei due gran Dottori, due precursori dell'evoluzionismo. Si comprende infatti che gli adepti di quel sistema mal notato, cerchino di coprirse e farsi forti di autorità cosi rispettate. Ma non s'intende come certi altri si avvisino di far onore a quei sommi, attribuendo loro una dottrina scalzata oggi dalla scienza positiva; che di questo si tratta: S. Agostino el'Angelico avrebbero sostenuta non la mera *possibilita,* ma il *fatto* della generazione spontanea primitiva. Si dica il contrario: S. Agostino ha schivato maestrevolmente quell'errore, S. Tommaso l'ha confutato da mezzo millennio: questo è il vero vanto loro. Vol. IX della Serie XVI, 1897, pág. 691.

[2] V. cap. XXXV.—[3] *De opif. sex. dier.,* l. III, cap. I, n. 2.

[4] *Ibid.,* n. 4 —[5] N. 7.

por Suárez, conviene tener presente la opinión de los Escolásticos, que ponían la creación de los mamíferos y del hombre en el trecho de veinticuatro horas, en cuyo caso la controversia se resume en esta forma: "¿El supremo Artífice tardó algunas horas en modelar el cuerpo de Adán, ó le sacó del barro totalmente hecho en un brevísimo instante?„ ¿Quién no ve ya cuán lejos anda Suárez de allanarse al intento de los evolucionistas? ¡Cuán impertinente fuera semejante propuesta en el caso de Mivart! Tanto más cuanto esta proposición declara Suárez que Santo Tomás no la tocó [1], y con todo Mivart es el primero que trata de sobresanar su hipótesis con el paliativo del Doctor Angélico.

Si no hace Suárez la causa de los evolucionistas en el proponer la cuestión, menos les favorece en el resolverla. Porque dos opiniones extremas se disputan aquí la victoria. San Gregorio Niseno [2] y otros Padres y Doctores están por la formación instantánea; San Crisóstomo [3], el Abulense [4] y Alonso de Castro [5] tienen, por el contrario, que primero fué dibujada la forma y luego vaciada, yendo de lo imperfecto á lo perfecto, á trechos, hasta hacerse capaz de recibir el alma humana. Esta oposición de opiniones desazona á los evolucionistas, porque da al traste con su pretensión; pues claro está que los intervalos de tiempo los quisieran ellos, no para pasar de miembro en miembro, sino de mono en antropoídeo, y de éste en hombre cumplido.

Mas abra los labios Suárez y díganos cómo absuelve la contienda. "Me adhiero, dice, á la primera sentencia, por ser más probable; y afirmo que aquel cuerpo fué formado en un instante, por manera que de tierra inmediatamente fueron hechos huesos, carne, nervios y todos los órganos; los cuales fueron entre sí juntamente hechos, ordenados y compuestos„ *(ita ut ex terra immediate fuerint facta ossa, caro, nervi et omnia similia)* [6]. Dejemos al juicio de los evolucionis-

---

[1] N. 8.—[2] *De opif. hom.*, cap. XXVIII.—[3] Hom. XII, XIII, *In Genes.*

[4] *In Genes.*, cap. II.—[5] *Advers. Hæres.*; *Anima.*

[6] Nihilominus tamen primæ sententiæ ut probabiliori adhæreo, asseroque corpus illud in instanti fuisse formatum, ita ut ex terra immediate fuerint facta ossa, caro, nervi, et omnia similia, quæ, simul etiam inter se facta et debite ordinata, composita fuerunt. Ducor primo, quia hoc est magis consentaneum verbis illis, *faciamus hominem*, et *creavit Deus hominem*, et *formavit Deus hominem.*—Secundo moveor, quia hoc modo credimus produxisse Deum in instanti cætera animalia, etiam quoad corporum accidentalem formationem, organizationem et dispositionem... ergo a fortiori de corpore hominis idem dicendum est.—Tertia est optima ratio, quia licet Deus produxerit hominem ex præjacente materia, nihilominus produxit illum et cætera animalia altiori modo quam per naturalem generationem, ac proinde per quemdam secundarium modum creationis, ut in superioribus declaravi... Nam licet ille modus productionis altior sit, et in hoc sensu dici possit supernaturalior, nihilominus est magis

tas las razones que presenta Suárez para corroborar su tesis: y díganños si les vale la doctrina de este Doctor para bravear y autorizar su evolucionismo. Mas ¿cómo les ha de valer, cuando expresamente dice, cual si hubiera olido en profecía las razones de Mivart y de Wallace, que el ministerio de los ángeles no se pudo extender á forjar antes un cuerpo animal en estado de menor perfección constante de carne y huesos, ineptos aún y mal dispuestos á recibir el alma racional, aunque capaces de otra menos perfecta, que abriese camino á la introducción del alma humana? Lo que niega aquí Suárez es, ni más ni menos, lo que le quieren sacar de la boca los evolucionistas: un renoquiero más claro no se podía esperar; tan asentada tenía el Eximio su propia opinión. ¿Qué digo? Si inclinase Suárez á la contraria, nada les aprovecharía para su triunfo la duración de breves horas que pudiera tardar la materia térrea en convertirse en carne, huesos y nervios, obra que no podía correr por manos angélicas, como adelante diremos, sino reservada al brazo omnipotente de Dios [1].

9. Añadamos, pues, ahora que Suárez juzga por de alguna estima la sentencia contraria, y tanto, que en filosofía la intitula más probable, dado que en el terreno teológico está él por la instantánea formación. Más: el P. Rodrigo Arriaga, teólogo sapientísimo, pesados los momentos de las razones de entrambas partes, no repara en calificar de más probable la formación sucesiva, aun en el terreno teológico [2]. ¿Cómo, pues, no se abroquelaron los evolucionistas con el renombre de este canciller de la Universidad de Praga, en vez de mendigar el de Suárez, que de ningún valor les es para ejecuto·

---

accommodatus primæ productioni substantialium rerum a potentissimo auctore suo.

Quod si hæc opinio vera est, certius erit angelos non solum non fuisse cooperatos ad productionem corporis humani, ut humanum est (quod est certissimum, ut dixi), verum etiam neque ad illud corpus formandum vel organizandum... Facilius admitti potest aliquod ministerium angelorum, non vero tale quod pertingeret ad hoc... ut animale prius tempore formatum in aliquo esse minus perfecto, id est, habens carnem et ossa, etc., nondum tamen apta et proxime disposita ad animam rationalem, sed ad aliquam minus perfectam, et quasi via ad illius introductum. Nam hoc etiam non potest tribui angelis. *Ibid.* n. 13, 14.

[1] *D. Thom.,* I p., q. XCI, a. 2.—S. AUGUST., *De Genes. ad litt.,* l. IX, capítulo XV.

[2] Ego vero... in præsenti sane non video majorem auctoritatem pro prima quam pro secunda sententia; imo forte plures sunt pro secunda (formatum scilicet corpus Adami per moram aliquam ex præjacente materia), quia Augustinus et Chrysostomus eam defendunt; Abulensis item, et alii, apud eumdem Suárez, ibi. Ex alio capite manet semper major claritas in secunda sententia; ergo non est cur eam non defendamus ut theologice probabiliorem. *De opere sex dier.,* disp. XXXIV, sect. I, n. 10.

riar su pleito? Pero tampoco podían ellos solicitar el patrocinio de Arriaga, que de nada les puede valer. Porque Arriaga, que sostiene la formación de Adán y Eva, y juntamente de todos los mamíferos, en el espacio de sólo un día solar [1]; Arriaga, que defiende haber sido criados nuestros primeros padres con la mayor perfección y hermosura que en hombres puede caber [2]; Arriaga, que tiene por doctrina de fe la fábrica del cuerpo de Eva como el Génesis la describe [3]; Arriaga, que ni á los ángeles concede la honra de instrumentos en la fábrica del cuerpo de Adán [4]; Arriaga, que quiere que Dios, no atendiendo á la dirección de la obra por mayor, sino desplegando los rayos de su poderío, por sus propias manos le amasase de la tierra vecina al sitio mismo en que salió hecho hombre, ¿cómo podía tomar debajo de su protección la teoría de los evolucionistas, si ni por asomo imaginó posible la refinadura de ningún organismo para sacar acendrada la forma de Adán, y sólo llegó á concebir que el cuerpo térreo fué, según algunas disposiciones, antes que el cuerpo vivo y animado? Perdida á remate va la causa en manos de tales abogados [5].

ARTÍCULO V.

1. Trátase si el Génesis favorece á los evolucionistas.—2. Respuesta á las réplicas.—Declárase el texto bíblico.—3. Razón tomada del *spiraculum vitæ*.—4. Argumento sacado de la formación de Eva.—5. El evolucionismo á nadie contenta.—6. Qué significa la imagen de Dios en el hombre.—7. El evolucionismo trastorna el orden moral.—8. Autoridades dignas de respeto.—9. Censura del evolucionismo.

1. Puesto que á los evolucionistas se les quiebra la nave sin remedio en el golfo de la teología, veamos cómo tampoco les vale recogerse en el puerto de la hermenéutica para cautelar su hipótesis. La narración del Génesis, dicen, no condena formalmente la evolución tocante al cuerpo humano. Con atribuir á Dios la formación, solamente indica Moisés que los elementos corpóreos eran los mismos que los de la tierra; mas no define el modo particular que tuvo Jehová en la ejecución de la obra. Porque las palabras del texto no expresan si puso Dios las manos directa é inmediatamente en el polvo, ó si de causas segundas se sirvió para sacar perfecto del barro el organismo del hombre; con que sufriendo el texto esta doble exposición, cabe asegurar que la fábrica del cuerpo humano por vía de evolución, ya que no se demostrase verdadera por los hechos, aunque fuera contraria á los principios de la filosofía, no parece repugnar á las divinas Escritu-

[1] *De op. sex dier.*, disp. XXXIV, sect. V.
[2] *Ibid.*, sect. IV.—[3] *Ibid.*, sect. II.—[4] *Ibid.*, sect. I.
[5] PEREIRA *Comment. in Genes.*, l. IV.

ras [1]. Así discurría un teólogo después de dar reglas sólidas de Hermenéutica sagrada.

Pero no se salvan bastantemente con este discurso las palabras de la Biblia. En ninguna parte insinúa Moisés que "los elementos del cuerpo humano son los mismos que los de la tierra „. Fuera de que la inspiración del soplo de vida es acción inmediata, y ninguna diferencia pone el Génesis entre ésta y la fábrica del cuerpo; á no ser que digan que por no referir Moisés cómo Dios sopló realmente en el rostro de Adán, no sabemos si fué el soplo divino obra directa, ó si se valió Dios de otro artificio para infundir la vida racional. Pues así como todos los Santos y Doctores reconocen acción inmediata en la creación del alma, también es indubitable la acción inmediata en la formación del cuerpo. Así lo entendieron los Santos y Doctores de la Iglesia, así lo interpretó la católica tradición. Si, pues, el Concilio Vaticano declaró que "á nadie es lícifo contra el unánime consentimiento de los Padres interpretar la sagrada Escritura „ [2]; si por ese consentimiento se ha de entender el acuerdo formal en una afirmación cierta, con exclusión de toda duda; si tenemos aquí, no sólo el consentimiento formal, mas también el material de todos los Padres y Doctores que en el asunto han escrito; si no hay duda posible acerca de la autenticidad del lugar; si, en fin, toda la Iglesia, con el escuadrón de Padres y Doctores, ha leído en este pasaje la formación inmediata, ¿cómo querrá el católico escritor introducir sombra de duda, y melindrear y fruncir el ceño á palabras tan manifiestas? [3]

No parece más afortunada la opinión de aquellos escritores que, llevados del deseo de mostrar pecho generoso, á fin de conceder á la *ciencia* todo el campo posible, han imaginado que pudo Dios haber intervenido en la formación del feto de algún mono, dándole figura de hombre y dejándole con el alma de mono hasta infundirle el alma racional. Tampoco podemos convenir con los que piensan que Dios transformó súbitamente el cuerpo de un mono adulto, dándole en un tris organización humana, é introduciéndole el alma espiritual. No les harían poca gracia á los evolucionistas tan galanas monerías, ni

---

[1] *La Controverse*, 1885, Mai.—[2] *Const. Dei filius*, cap. II.

[3] Muchos son los textos de la Escritura que precisan al sentido literal del versículo presente, por cuanto encierran la misma doblada causa, eficiente y material. Dios y polvo: In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in *terram de qua sumptus es*, quia pulvis es et in pulverem reverteris. *Genes.*, III, 19.—Væ qui contradicit *fictori suo*, testa de Samiis terræ. *Isaiæ*, XLV, 9.—Numquid sicut figulus iste non potero vobis facere, domus Israel, ait *Dominus?* Ecce sicut *lutum* in manu figuli; sic vos *in manu mea*, domus Israel. *Hieremiæ*, XVIII, 6.—Sum quidem et ego mortalis homo, et ex genere *terreni* illius qui prius factus est. *Sap.*, VII, 1.—*Deus* creavit *de terra* hominem, et secundum imaginem suam fecit illum. *Eccli.*, XVIII, 1.—Primus homo *de terra* terrenus, secundus homo de cœlo cœlestis. *I Cor.*, XV, 47.

poco pie tomarían de ahí los materialistas para reirles á los teólogos católicos sus enseñanzas. ¡Como si fuera negocio de poca monta, de un brutillo ahí sin caudal, sin ingenio, sin discurso, hacer un hombre de cabal talento, de gran saber, y extremadamente hecho! El mismo Figuier, por tan extraña juzgaba la diferencia del mono al hombre cuanto á la organización, que prefería confesar que ignoraba totalmente el origen de la humana especie, antes que declararse por la descendencia antropoídea. Más noble maravilla y digna de la majestad de Dios es tomar polvo de la tierra, y en un punto fabricar un cuerpo humano y encender en su semblante y sentidos la llama del espíritu, quedando así el hombre entero y verdadero; más decente es esto á Dios y honorífico, que causar tanto estrago en el cuerpo de un mono, teniendo que estirar sus tejidos, enderezarle los huesos, acortarle los brazos, alargar piernas, extender húmeros, resumir antebrazos, abreviar pies, cuadrar la cabeza, acrecer la masa cerebral, dar al cerebro sus circunvoluciones, añadirle dos dedos de frente, levantarle el agujero occipital y situarle en su justo medio, abrirle el ángulo facial haciendo del hocico labios, agraciarle la dentadura, asearle las manos, tornearle los dedos, ensancharle el bacinete, reforzarle los huesos ilíacos, habilitar su laringe, avivarle los ojos, en fin, ponerle tieso, hacerle reir y darle garbo, destreza, primor y gallardía de persona. Porque sería cosa indigna de Dios, por sacar una especie perfecta, descalabrar otras, cual artífice pobre de medios. Porque decir que *polvo de la tierra* sólo significa elemento material y no polvo de la tierra, es interpretación singularísima, que no halla favor en la tradición de los Padres y Doctores. Léanse los claros testimonios de los intérpretes del Génesis, y se verá cuán ajenos están del sentido indeterminado que al *Adamah* se quiere atribuir; y por ahí dedúzcase cuán vivos quedan los inconvenientes que se querían evitar.

2. Ni hace consecuencia el replicar que, así como en el *germinet terra* y *producat terra* se contiene facultad encomendada á la tierra para producir animales y vegetales, tampoco repugnaría que hubiese Dios concedido á la tierra el privilegio de engendrar al hombre, pues dice: «*Formavit de limo terræ*». Mas no repara quien eso objeta, que donde la Vulgata escribe *de limo terræ,* el original asienta *pulverem de terra* (עָפָר מִן־הָאֲדָמָה — *hafar min adamah);* y los Setenta leen *pulverem de terra* (χοῦν ἀπὸ τῆς γῆς); y Onquelos, *pulverem de terra;* y el Samaritano, *pulverem de terra;* y el Arábigo, *pulverem de terra;* y el Siríaco, *pulverem de humo:* por el contrario, donde en la creación de las plantas y animales vierte la Vulgata *terra,* el original y demás versiones escriben *aretz* (אֶרֶץ), y *aretz* dice extensión, llanura, campo, región; pero *adamah* es tierra de labor, elemento térreo, materia para labrar, como derivado de *Adam* (אָדָם), que es *rubuit, rubicundus fuit,* y de aquí *adamah* suena como si dijé-

ramos la roja, la bermeja, y se aplica en sentido puramente material, según que puede verse en Gesenio, Winer, Buxtorfio, Glaire y otros. Conviene en esto advertir que aquel *limum terræ* puesto por la Vulgata, San Gregorio [1], San Agustín [2] y otros le explican por el *barro hecho con agua,* según atrás queda referido: á cuya interpretación oponen San Basilio [3], San Crisóstomo [4] y otros Padres griegos el mero *polvo,* conforme se colige de los Setenta, que trasladaron χοΰν, y es versión acomodada al עָפָר hebreo, que suena *polvo* y no *lodo;* que lodo es en hebreo טיט *(thith).* Tal vez quisieron significar, como indica el P. Manuel Sá [5], vertiendo el *de limo terræ* por *accipiens pulverem e terra,* que el hombre fué hecho de barro, como insinuando que es compuesto de alma y cuerpo, cual lo es el barro de agua y polvo. Pero todos los Padres tienen que el hombre fué fabricado de sola tierra. Erró Filón en el lugar citado arriba, pensando que fué hecho de las partes más purificadas y acendradas, para encarecer la dignidad de su origen; pero se engañó, porque la humana dignidad no está en el cuerpo, sino en el alma principalmente [6]; aunque no erró en declarar, como todos los Padres declaran, en sentido material la tierra de que Adán fué formado.

De donde, yendo adelante en la consideración, la Biblia señala por origen del hombre el polvo rojo, el elemento terreno; al paso que al tratar de los animales y plantas manda á la tierra, á la llanura, á los campos solitarios y extensos que se pueblen de bestias y se vistan de arboledas, así como antes había ordenado que las aguas se cuajasen de reptiles, y que los aires se hinchiesen de aves. De manera que no hay punto de comparación del hombre á los animales cuanto á la voz *tierra;* ni tampoco la hay cuanto á la formación, porque el agua y la tierra fuéronle á Dios manos con que sacar animales y plantas; por eso encerró en estos elementos alguna eficacia para fomentar los gérmenes y darles conveniente nacimiento. El producir plantas y animales fué como menearles Dios las manos para que obrasen; pero la fábrica del hombre fué obra confiada á las manos de Dios, como decíamos con San Hilario; no fué oficio de la naturaleza mera, sino traza de los dedos de su Soberano autor, mediante la masa de barro. El arzobispo de Granada D. Benito Monzón daba á un académico amigo de los evolucionistas, entre otras advertencias, ésta, que viene muy á propósito: "En la cita que hace V. de Naudin en la página 58, se dice, entre algunas cosas no muy exactas y propias, que—el limo de la tierra es el encargado de suministrar el animal, al que Dios adunara un alma hecha á imagen suya,—cuya proposición no parece muy conforme con la letra y espíritu del sagrado texto, en

[1] *Moral,* l. IX, cap. XXVIII.—[2] *Gentes contra Manich.,* l. II, cap. VII.
[3] Hom. XI *In Genes.*—[4] Hom. XII.—[5] *Notationes in Genes.,* cap. II.
[6] CARD. TOLEDO, *Comment. in Joann.,* cap. XI, annot. VI.

el cap. II, vers. 7 del Génesis, donde se dice, no que el limo de la tierra suministró el animal, ó sea el cuerpo del hombre, sino que sólo suministró materia bruta é inerte, de la que Dios quiso servirse para formar y organizar por sí mismo el referido cuerpo humano„. Hasta aquí el docto arzobispo de Granada, por cuyos labios habla toda la católica Teología, desde San Ireneo hasta el cardenal Mazzella.

3. Llevemos adelante la exposición del versículo séptimo, donde añade el sagrado escritor: "et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem„. El hebreo lee: "Jehová Elohim sopló en sus narices soplo de vida: así vino el hombre á ser alma viviente„. *Soplo de vida* dícese en hebreo *nischmath chaiim*, נִשְׁמַת חַיִּים; así como *alma viviente* es *nefesch chaia*, נֶפֶשׁ חַיָּה. El *spiraculum vitæ* no significa *soplo viviente*, porque el soplo no vive, aunque manifiesta la vida; tampoco quiere decir *soplo causante de vida*, sino *espíritu vital*, respiración mostradora de aliento, propia del ser vivo que alea. De suerte que el versículo séptimo hace este sentido: Lanzó Dios con su divino huelgo en el semblante de aquel cuerpo un espíritu y aliento capaz de respiración, y quedó el hombre erigido y constituído en verdadero viviente. En virtud de la divina operación, Adán comenzó á echar el resoplo, á despedir y recibir aire, á resollar y respirar con entera libertad, funciones que antes no pudiera ejecutar.

Mas aquí nos sale al paso una dificultad, cuya solución no puede quedar en silencio. También el Génesis otorga á los animales *espíritu vital* [1]; y aun con más énfasis dice, que "murieron todos los animales y hombres en quienes aleaba el soplo de vida„ [2]. Otro tanto leemos en los Reyes, donde la expresión *nischmath chaiim* suena *respiración vital*, aliento y resoplido [3]; además, la dicción *nefesch chaiia* se aplica á los animales en los versos 20, 21, 24, 30 del capítulo primero del Génesis. Mas todas éstas, en vez de dificultades son comprobaciones del intento contra la opinión de Mivart, porque de ellas resulta que *nefech chaiia* es *principio de vida*, así como *nischmath chaiim* denota *respiración vital* [4]; ora se ajusten esos vocablos á hombres ó á animales, siempre significaron principio de vida y manifestación de vida, vida en potencia y vida en ejercicio. Luego

[1] *Gen.*, VI, 17: Ut interficiam omnem carnem, in qua spiritus vitæ est subter cœlum.—VII, 15: Ingressa sunt ad Noe in arcam bina et bina ex omni carne, in qua est spiritus vitæ.

[2] *Gen.*, VII, 22: Universi homines et cuncta in quibus spiraculum vitæ est (נִשְׁמַת רוּחַ חַיִּים), mortua sunt.

[3] *III Reg.*, XVII, 17: Et erat languor fortissimus, ita ut non remaneret in eo halitus.

[4] CORLUY: *Nefesch chaiia*, sic dicitur principium vitæ animalis seu sensibilis, et per metonymiam ipsum animal tali principio animatum. *Spicilegium*, vol. I, pág. 201.

antes de recibir el hombre la infusión del espíritu vital, antes del *spiraculum vitæ*, ¿qué vida gozaba? Ninguna por cierto; ni olor de espíritu, ni hálito había en él; sin alma estaba su cuerpo, puro barro y polvo era, inerte, inanimado, ni más ni menos como los Padres y Doctores le describen. Así como de los animales, antes que respirasen alientos de vida sensitiva, no se puede asegurar que poseyesen principio vital; tampoco del texto bíblico se puede concluir que el hombre, antes de recibir el *spiraculum vitæ*, gozase de organismo animado de vida sensitiva y animal.

Entre la formación del hombre y la de los animales son dignas de notar las diferencias siguientes. De los animales no dice la Escritura que Dios con su soberano huelgo los excitase á la vida, como lo dice del hombre. Tampoco testifica la Escritura que Dios plasmase los cuerpos de los brutos empleando materia determinada, como lo testifica del hombre; á lo sumo declara, que Dios ejecutó la formación de los brutos usando *de la tierra*, puesto que no echó mano del agua, como va dicho en su lugar [1]; pero el cuerpo del hombre fué primero masa tosca, limada por las manos de Dios, sacada del *polvo terrino*, á cuya terrosidad aplicó el Señor el *huelgo de su boca* para *inspirarle vida*. ¿Quién negará que en el fraguar Dios el cuerpo de Adán y en infundirle el alma se singularizó más que en la forjación de los animales? Siendo esto así, cuando los evolucionistas presumen que al soplar Dios el alma humana en un cuerpo de mono, el cuerpo del hombre fué en verdad plasmado de elemento terrizo, han de suponer una de cuatro cosas: ó que el alma sensitiva del mono se convirtió en racional, ó que al alma monesca se juntó la espiritual, ó que en el útero de la mona madre se infundió la forma de hombre, ó que el mono adulto se trocó de repente en cuerpo humano. Lo primero no puede ser sin dejar de existir la animal, y ¿el cuerpo cómo queda? Lo segundo tampoco, porque tendría el hombre dos almas. Lo tercero pide un grandísimo milagro; y mayor aún lo cuarto. Mas ¿qué es todo esto sino poner leña al fuego sin dar salida al humo? Porque de las palabras textuales no consta que fuese racional el alma infundida por Dios en el cuerpo del hombre; ¿de dónde se lo sacan los evolucionistas? Y si eso no sacan del texto, ¿cómo osan afirmar que Dios llevó á efecto esos repentinos y milagrosos trastrueques? Muy donosa es la licencia que se toman los evolucionistas en la interpretación de las palabras *factus est homo in animam viventem:* al *hombre* llámanle *bruto*, al *viviente* intitulan *hombre*. Sí, porque traducen el texto en esta forma: *el mono se volvió hombre*. Pero no es ésa la genuína versión, sino ésta: el que antes carecía de vida comenzó á gozar de ella, el inanimado quedó animado, el que no era hombre ni bestia fué contado en el número de los vivientes. Tal es la interpre-

[1] Cap. XXXI, art. II.

tación del texto [1]. Donde oportunamente advirtió el Tostado, que en la proposición *factus est homo in animam viventem*, el vocablo *homo* no es sujeto, sino predicado, porque si fuera sujeto haría falsa la proposición, pues el *homo* indicaría que disfrutaba de vida antes de poseerla. El sujeto es *cuerpo sin alma*, el predicado *cuerpo con alma humana* [2]. Así se verifica bien la sentencia de la Sabiduría, que llama á nuestro padre Adán el *primer plasmado* y *terrígeno* [3]. De todo lo cual concluyamos, que los evolucionistas no hallan apoyo en la Escritura para autorizar la organización del cuerpo adamítico antes de recibir vida el propio Adán. Si, pues, asientan la inmediata y próxima acción de Dios en la infusión del alma racional, confiesen que no les valen las argucias en imaginar formación remota y mediata del cuerpo antropomorfo.

4. Lo dicho debiera bastar para satisfacer á los que andan perplejos, sin acabar de ver el evolucionismo sentenciado á muerte por la Sagrada Escritura. Usando con ellos de generosidad, condescendamos con la terquez de algunos autores que no descubren en el Génesis el *modo* de formación, mediata ni inmediata, del cuerpo humano [4]. Sigámosles los humores, demos que sea así. Aun les queda á los evolucionistas otro reventón malo de pasar, la formación de nuestra ma-

[1] TOSTADO, *in Gen.*, II, 7, quæst. VII. Id est, factus est habens animam dantem vitam, et non solum viventem, sed etiam vegetantem, moventem, sentientem et intelligentem.—SÁ, *Ibid.* Factus est in animam viventem, quasi dicat, cœpit vivere.—ESTIO, *Ibid.* Spiraculum vitæ, id est, animam ipsi indidit.—MARIANA, *Ibid.* Id est, cœpit vivere, cum viventibus numerari.—MALVENDA, *Ibid.* Id est, factus est homo anima præditus, animatus, et cœpit vivere naturali seu humana vita.—ALAPIDE, *Ibid.* Itaque factus est homo perfectus, corpore humano et anima rationalis constans.—MENOCHIO, *Ibid.* Hebraismus, pro factus est animal vivens.

[2] *Comment. in Gen.*, quæst. VII. Et non debet poni hic *homo* a parte subjecti, sed prædicati, quia si ponatur a parte subjecti est sensus, quod homo factus fuit in animam viventem, id est, recepit animam viventem. Sed hoc falsum est, quod homo recepit animam, quia numquam fuit homo quin haberet animam viventem. Si autem ponatur homo a parte predicati est vera propositio. Est autem sensus, quod illud corpus formatum a Deo, factum est homo, sive factus est homo, quia utrumque congruum est. El sic dabimus quod fuerit ante hominis existentiam illud corpus non animatum, deinde factum homo.

[3] Sap., VII, I. πρωτόπλαστος καὶ γηγενής.

[4] P. DELATTRE: La Bible n'attache point une signification matérielle à l'acte du Créateur façonnaut ses œuvres. Pour elle tout Homme est façonné par Dieu comme le premier qui sortit de ses mains. *La science catholique*, 1891, página 984.—P. HUMMELAUER: Quod tandem *Gen.*, 2, 7 attinet, concedimus cum P. Knabenbauer (*Stimmen aus Maria Laach*, XIII, 125, Freiburg I, B. 1877), si res unice ex eo versu dirimenda esset, eo non excludi sententiam Mivart; neque enim corpus hominis neque corpora brutorum *quomodo* de terra formata fuerint, mediatene an immediate, in *Genesi* docemur, sed totum de facto ea esse de terra, id est, materia. *Comment. in Genes.*, 1895, pág. 129.

dre Eva. Llamado á examen el texto de la Escritura, ¿cómo se concilia con la sentencia del evolucionismo? ¿Se atreverán los adversarios á sustentar que también la primera mujer vino al mundo por los pasos de la evolución animal? Dios derriba á nuestro primer padre en sueño profundo; viéndole adormecido quítale una costilla, en su lugar pone carne, de la costilla plasma un cuerpo de mujer, preséntasela al despabilado Adán, el cual, puestos en ella los ojos, exclama: "ésta sí que es hueso de mis huesos, carne de mi carne; ésta se llamará hembra, porque del hombre se tomó" [1]. En estas circunstancias históricas no cabe explicación evolucionista. Si porfía Mivart que Eva desciende por línea recta de forma animal, ¿no nos dirá qué sentido se encierra en las últimas palabras? [2]. Es imposible negar aquí la acción inmediata de Dios.

Los mismos evolucionistas sellan los labios á vista de tan asombrosa formación; tan del todo cosen la boca, que ni siquiera aventuran en su obsequio un solo ensayo de transformismo. El P. Fray Leroy, de la Orden de Predicadores, bien que partidario de la evolución, no sólo no remite al silencio, como lo hace Mivart, los elogios de esta altísima transformación, sino que la pregona por obra directa é inmediata de la divinidad [3]. No fué mona antes que mujer nuestra madre Eva, aunque á su esposo Adán le pareciese la más remona de las hembras animales; la Escritura no consiente tan vil aprecio [4], en especial cuando Adán al verla promulgó, inspirado de Dios, aquella ley fundamental del matrimonio: "Por esta causa dejará el hombre á su padre y madre, y se juntará con su mujer, y ambos serán una carne". De manera que al decir Adán que la mujer *fué tomada del varón (de viro sumpta est)*, declaró el origen inmediato de Eva, sacada viva á luz sin influjo de agentes naturales. Donde es muy de advertir la diferencia, notada ingeniosamente por nuestro Tostado, entre la producción de los animales y la producción de la mujer: los demás animales entraron en el mundo de tropel, machos y hembras por junto y sin orden, sin proceder de macho la hembra; pero en la naturaleza humana hubo un linaje de producción más alta, en cuya virtud la mujer salió de la carne varonil hecha un piélago de perfecciones, flor y nata de todas las hermosuras [5].

---

[1] *Gen.*, II, 21, 22, 23.

[2] CARD. MAZZELLA: Etsi, ut ex *Genesi* patet, discrimen sit in modo quo Deus viri et feminæ corpus efformavit, si tamen unice quæratur utrum Deus immediata sua actione illud effinxerit, una eademque est quæstio de utriusque corporis origine. *De Deo Creante*, 1880, pág. 344.

[3] La manière de procéder du Créateur en cette rencontre est différente de celle qu'il a suivie pour Adam, c'est bien manifeste. *Science catholique*, fevr. 1892, pág. 246.

[4] *I Cor.*, XI, 9.—*Matth.*, XIX, 5.—*Marc.*, X, 7.—*Ephes.*, V, 31.—*I Cor.*, VI, 16.

[5] In hoc differt productio hominis a productione aliorum animalium, quia

Ahora, pues, cuando dejó Dios armado al hombre de punta en blanco, después de trocarle de mono en racional, según lo defienden los evolucionistas, ¿es posible que entre las monas no se hallase una, que es una, tan á propósito para recibir en sí el alma humana como el mono pretenso de los adversarios? Si la había, ¿cómo no la hizo Dios mujer, sino que la sacó de la costilla de Adán con todas las jarcias de persona á todas luces perfecta? A este reparo no saben los evolucionistas qué responder, sino advirtiendo que también podía Dios haber dado vida á un cuerpo de arcilla para fraguar á nuestra madre Eva. Mas esa escapatoria no deshace el nudo de la dificultad, porque aquí deberían probar ellos que Dios, no sólo pudo, sino quiso formar el cuerpo de Eva con arcilla por sus propias manos. Fué Dios servido de fabricar el cuerpo de Eva, siendo su inmediato artífice, sin los alambiques de la evolución, sin la turquesa indefinida de las leyes naturales, llevando á efecto un insigne milagro; ésta es la verdad histórica, palmaria, infalible. ¿Por qué, pues, no había Dios de hacer ilustre su omnipotencia con otro milagro insigne, labrando muy de su mano el cuerpo de Adán, modelándole con masa de limo? ¿Con qué fundamento le quitan á Dios los evolucionistas por una parte lo que por otra le dan? ¿Con qué licencia ó verosímil razón atribuyen sentido literal y obvio al texto que refiere la creación de la mujer, y sentido metafórico al que narra la creación del hombre?

¿Tanta diferencia notan los evolucionistas entre ambas formaciones? "Forjó Dios al hombre del polvo terreno, y le inspiró en el semblante aliento vital, y fué hecho viviente „.—"Tomó Dios una costilla del hombre, y en su lugar puso carne, y la costilla que á Adán quitó edificóla en mujer„ [1]. La diversidad de labor está en el polvo y en la costilla; esto es, en la materia, no en la forma. Convertir polvo ó carne en persona humana, allá se va respecto de la acción divina, que en ambos casos es milagrosa. Pero los evolucionistas no reparan en inconvenientes, con tal de llevar adelante su tema. Notemos algunos. Primero: la mano de Dios dejó á Eva muy acabada mujer, de cuerpo divinamente organizado, más cabal persona humana que el hombre; porque éste al cabo debía á un bruto su organismo, y si tenía ser de persona era por el alma racional que informaba su cuerpo, y que no había informado ni organizado la célula germinal ni el esperma de entrambos monos padres, cuya acción genera-

alia animalia simul in masculis et femellis producta sunt, nec sumpta fuit femella de masculo. In natura autem humana femina de carne viri sumpta est. *Comment. in Genes.*, I, quest. XXXI.

[1] Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terræ, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem. *Gen.* II, 7.—Cumque Adam obdormisset, tulit unam de costis ejus, et replevit carnem pro ea, et aedificavit Dominus Deus costam quam tulerat de Adam, in mulierem. *Gen.* II, 21, 22.

tiva era necesaria para la constitución del feto adamítico. Segundo: el cuerpo de Eva fué más puro y delicado, de más alta compostura, más bien templado y desenvuelto, más vestido de hermoseo y adorno, más proporcionado para las funciones espirituales, más noble y espiritualizado que el cuerpo de Adán, que, como descendiente de bestias, era macizo y grosero, duro y fornido, basto é innoble, con tufo de rancio que olía á salvajez. Tercero: el cuerpo de Adán, en resumen, era parto de bestias, sometido al peso brutal que traía consigo, de menor dignidad que el de Eva, cuyas facciones, arterias, nervios, músculos y órganos habían recibido firmeza y gallardía en la turquesa del mismo Dios. ¿Pasan los evolucionistas los ojos fríos por estos y otros inconvenientes que nacen de su hipótesis? ¿Admiten de buen grado una tan desigual pareja por tronco del humano linaje? ¿Paréceles bien que los padres de Adán y los abuelos de todo el humano linaje fuesen dos bestiones sin pizca de humanidad ni de racionalidad? Siquiera apiádense á las lágrimas del pobre Abel, que en las trabacuentas con su hermano Caín, ansioso de consuelo, iría llorando á contárselo á su abuela, mona linajuda, que andaba por el bosque tascando nueces y castañas, muy mal dispuesta á sacárselas del fuego al asendereado nietecito, cuyas lástimas no movían ni poco ni mucho su pecho de fiera. Bien merecen las niñerías del evolucionismo que nos chocarreemos con ellas un rato.

5. Pero ¿á quién intentan satisfacer los evolucionistas con sus raras inconsecuencias? ¿A los incrédulos? ¿A los científicos? ¿A los católicos? No; ni el sectario Haeckel, ni el antirreligioso Huxley, ni el racionalista Vogt, ni el extraviado Darwin reciben contento de esa solución, que mirada á cualquier viso presupone el milagro [1]. ¿Acaso los autores que estos castillos levantan, lo hacen guiados por el deseo de contemporizar con las pretensiones científicas hasta la raya de lo posible y no dogmático? Mas ¿qué títulos tiene la paleontología para demandar tanto sacrificio y tan profunda reverencia? Ninguno. ¿Ha demostrado acaso que, á todo trance, semejanza de forma arguye comunidad de origen? No. ¿Está puesto fuera de contienda que el hom-

[1] P. FR. MONSABRÉ: Du reste, cette hypothèse, malgré tous les efforts que fait M. Mivart pour la rendre orthodoxe, ne lève pas toutes les difficultés. Comment expliquer l'origine de la première femme par l'évolution, si l'on croit à la vérité du récit biblique, qui nous montre Dieu formant d'une des côtes de l'homme celle qui devait être sa compagne! (Conférence de 1875 sur *la Nature de l'homme,* pág. 356).—La création de l'homme, telle qu'elle nous est présentée par la Bible, nous place tout simplement en dehors des lois de la nature; l'hypothèse que nous critiquons ici, au contraire, est le renversement complet de ces lois; c'est le miracle à la plus haute puissance. Et pourtant, c'est pour éviter le miracle dans l'origine corporelle de l'Homme qu'on imagine cette histoire nouvelle de la création de notre espèce. *(Ibid.,* página 357.)

breno vino al mundo por caminos nuevos y no trillados? No. El mismo Wallace, con ser la mejor lanza que tiene el evolucionismo, ¿no declara á más no poder que "los nombres de leyes de crecimiento, leyes de desarrollo, leyes de forma hereditaria, leyes de variación, leyes de correlación, leyes de costumbre y de instinto, acción directa del medio, y otras parecidas, son palabras huecas que se usan para expresar acciones de causas que nos son tan desconocidas como la naturaleza de la vida? [1]. Otras declaraciones dejamos de referir, que pueden verse en la obra *Hommes fossiles et hommes sauvages*, 1884, en donde el afamado Quatrefages debela con copia de argumentos el origen brutal del hombre; tratado precioso, si no le afearan las sombras del hombre terciario que el autor esparce por sus páginas con sobrada confianza [2]. ¿Pues qué le vamos á conceder al evolucionismo, cuando él propio no hace sino jugar de vocablo sin acertar á saber lo que se quiere? ¿En qué ley cabe que martiricemos el sentido de un texto bíblico por lisonjear la vanidad de hombres descontentos, que tienen puesto en la fantasía el norte de su saber y andan perdida el áncora donde poder aferrar?

Es cosa muy de ver con qué ardid el ilustrado catedrático de la Universidad de Lovaina M. A. Proost torcía el curso del agua para traerla á su molino. En un acabado discurso sobre el parasitismo y transformismo expuso la manera de pensar del Sr. Naudin, que, después de haber movido guerra á los transformistas, se había pasado á sus filas; después de citadas estas palabras del mismo: "Léase, dice Naudin, la relación mosaica sobre la creación, y se echará pronto de ver que la cosmogonía bíblica no es más que la teoría evolucionista de un cabo al otro„; añádeles el profesor Proost este comentario:

---

[1] *Revue des quest. scientif.*, 1881, p. 135.

[2] En el Congreso internacional de Moscou de 1892 el progresista Virchow hizo esta ingenua confesión: Dans la question de l'Homme nous sommes repoussés sur toute la ligne. Toutes les recherches entreprises dans le but de trouver la continuité dans le développement progressif, ont été sans résultat. Il n'existe pas de *Proanthropos*, il n'existe pas d'Homme-singe; le *chaînon intermédiaire* demeure un fantôme. *Revue scientifique*, 1892, t. L, pág. 591.—Carlos Vogt decía también: Partout, dans ces investigations du plus haut intérêt, nons sommes forcément renvoyés, non à des représentations générales, dont on a ébouriffé le monde, mais à des recherches spéciales s'attachant aux faits, bornées à des cas limités et circonscrits, qui doivent être menées avec la plus grande circonspection et entrer dans les détaills les plus minimes en apparence. C'est de cette manière qu'on résoudra peut-être, en usant d'une patience à toute épreuve, quelques unes des questions pendantes; et si l'on n'y réussit pas, il vaut encore mieux avouer son insucès que de s'éfforcer de couvrir les lacunes avec un enduit limoneux que la moindre averse fait découler en boue». *Revue scientifique*, t. XLVIII, pág. 79).—Estas y parecidas autoridades muestran que respecto de la antropología se han llevado los incrédulos hasta el presente culebrazo fino, pues les ha salido el sueño al revés.

"Esta manera de ver del Sr. Naudin, en quien no puede recaer más sospecha de ateismo que en los Sres. Gaudry, Mivart y D'Homalius, merece toda nuestra consideración, en vista de los descubrimientos de cada día más asombrosos de la embriología y paleontología„. Y luego, en más claros términos, prosigue braveando, sin fiarse de sí propio: "Comoquiera, según hacía reparar en la Cámara belga el señor Thonissen, hace catorce siglos que San Agustín defendía que Dios había criado en un instante los gérmenes de todos los seres, que se han desarrollado durante las seis épocas de la creación; y Santo Tomás afirma que esta doctrina le place mucho, y no es contraria á la enseñanza de la Iglesia„ [1].

No haremos el recuento de San Agustín y Santo Tomás, ni repetiremos cuán en balde les sale el favor de ambos Doctores á los evolucionistas, ni les mostraremos á qué riesgo se ponen de embarrancarse los que se meten en teologías sin tener para ello el caudal necesario. Si el doctor Proost merece tanto crédito en los artículos que escribe, como el Sr. Thonissen en lo que á San Agustín y Santo Tomás carga, triste honra se le seguirá de sus escritos. Pero la evolución trae tan trastornados los juicios de los hombres científicos, que dan por clara y perentoria la cosa más obscura del mundo. El mismo Naudin confiesa, y no lo niega el preclaro Proost: "Lo que ha apartado de la doctrina del evolucionismo á gran número de personas, ha sido el ardor con que el ateísmo se apoderó de ella: eso bastó para que los creyentes se arredraran y militaran en el campo contrario„.

6. También el célebre D'Homalius d'Halloy puso en el montón su piedra. En un discurso que dirigió á la Academia de Ciencias de Bruselas en 1874 acerca del transformismo, no vaciló en aseverar que esta hipótesis nada tiene contrario á las páginas de la Biblia, ahora se aplique al hombre, ahora no. "La suposición, dice, que los primeros hombres no tenían las formas de los hombres actuales, no se opone á la Escritura; pues este libro no describe las formas del primer hombre; solamente dice que Dios le hizo á su imagen; y esto no puede aplicarse á sus formas materiales, sino á la fuerza que le animaba, que para ser hecha á la imagen de Dios ha de ser inmortal. Pues como hay ahora hombres que por defectos de organización no pueden ejercitar las funciones que son propias del hombre en particular, concebimos que los primeros hombres podían tener una organización tal, que no les permitiese ejecutar trabajos manuales, mas que no les impedía conocer sus deberes para con el Criador; organización, que debió de refinarse después á vueltas de la evolución transformista *(Organisation qui se serait ensuite améliorée par l'évolution transformiste)*„ [2].

[1] *Revue des quest. scientif.*, 1881, p. 128-592.

[2] *Revue scientifique*, 1874, p. 719.

En estas palabras se encierra una suma inexperiencia de las cosas sagradas. Define este autor que no se describe en el Génesis la formación del primer hombre, pues sólo se dice que Dios le *crió á su imagen, lo cual sólo se puede entender del alma, que para ser á imagen de Dios ha de ser inmortal.* Conviene saber, para descubrir la falsedad de esas afirmaciones, que hubo Santos que entendieron por *imagen de Dios* el alma; mas como esté el alma dotada de entendimiento y voluntad, unos pusieron la imagen en el entendimiento, como Clemente Alejandrino [1], San Diadoco [2], San Agustín [3]; otros en la voluntad, como Tertuliano [4], San Jerónimo [5], San Zacarías de Mitilene [6], San Macario [7], el Damasceno [8]; otros, en fin, en el alma en cuanto dotada de entrambas facultades, como San Gregorio Niseno [9], Doroteo [10], San Cirilo Alejandrino [11], San Ambrosio [12]. Pero algunos de los dichos cifraron la imagen y semejanza en la forma propia del cuerpo de Adán: así el Damasceno [13], San Gregorio Niseno [14] y San Agustín [15], cuando hacen la descripción de la hermosura del cuerpo adamítico y ensalzan sus prerrogativas sobre todos los animales, y el orden y maravillosa disposición que en su semblante resplandece. Fuera de estos autores, otros aplicaron la imagen de Dios á la virtud y santidad de costumbres y á la justicia y honradez: tal pensaron Clemente Alejandrino [16], San Gelasio [17], San Crisóstomo, citado por el Damasceno [18], Severiano Gabalitano [19], San Ambrosio [20], San Pedro Crisólogo [21], y aun algunos colocaron la imagen en la comunicación del Espíritu divino, como San Cirilo Alejandrino [22], y mayormente decían que la semejanza se daba por la infusión del Espíritu Santo, poniendo diferencia entre imagen y semejanza, dado que á Petavio le pareció que Moisés quiso con estas dos palabras nombrar una cosa sola. También leyeron algunos en la imagen de Dios la inmortalidad y vida perdurable que el hombre ha de tener: así Prudencio [23], Máximo, mártir [24], Fausto Regiense [25].

Entre todas estas interpretaciones, es célebre y rubricada por las firmas de grandes autores la que pone la imagen de Dios en el dominio sobre todas las cosas criadas. Agradóle esta explicación á San Crisóstomo por extremo [26], y á San Gregorio Niseno [27], los cuales con afluencia de razones y escrituras realzaron esta excelente prerrogati-

---

[1] *Strom.*, VI.—[2] *De perfect. Sprit.*, cap. LXXXVII.
[3] Lib. XII, *De Trinit.*, cap. VII y VIII.—[4] L. II *contra Marcion.*
[5] L. II *contra manichæos.*—[6] *Libr. de Opificio.*—[7] Hom. XV.
[8] II *Lib. de Fide orthod.*—[9] *Libr. de Homin. opif.*, c. IV.
[10] *Doctr.*, I.—[11] L. IX *In Joann.*—[12]—L. VI *In Hexaemer.*
[13] *In Eclogis.*—[14] *De opif. Hom.*, cap. XIII.—[15] L. XIX *De Trinit.*, cap XVIII.
[16] *Stromat.*, 2.—[17] *In actis Conc. Nicœni.*—[18] *In parallelis.*
[19] *De mundi opificio*, orat. V.—[20] *De bono mortis*, cap. V.—[21] Serm. CXX.
[22] *Thesauri*, XXXIV.—[23] *Apotheos.*—[24] *Cent.* III *de Charitate*, cap. XXV.
[25] Libr. I *de lib. arbitr.*—[26] *In Genes.*, hom. X.—[27] *De hom. opif.*, cap. IV.

va, juntándoseles en el mismo empeño Teodoreto [1], San Clemente Romano [2], San Gelasio [3], Isidoro Pelusiota [4] Filopono [5], y otros que no es posible aquí citar, y que pueden verse citados por sus propias palabras en el P. Petavio [6]. La explicación que á este sapientísimo teólogo parécele más verdadera es la que mira la imagen de Dios en el hombre total, compuesto de alma y cuerpo, y no en la sola alma. Y ésta parece ser la intención más clara de Moisés, al decir: "Hagamos al hombre... y mande á los peces...„; por motivo de que el hombre entró á participar del dominio de Dios á título de compuesto de alma y cuerpo, y sácase de testimonios clarísimos de los Santos Niseno, Damasceno, Crisóstomo con Clemente Alejandrino, que comprueban que ni la sola carne, ni la sola alma, sino el conjunto, el hombre entero, lleva impresa la imagen de Dios.

Estas consideraciones vienen á poner de relieve cuán sin motivo se dice que la imagen de Dios consistió únicamente en ser el alma inmortal. No nos detendremos en confutar el estado de abyección primitiva que D'Homalius insinúa en las palabras susodichas. ¿Cree el eminente geólogo que Adán fué levantado al orden sobrenatural en el punto que fué criado? Si lo cree, ¿dónde se deja la integridad, la ciencia, la justicia original, el dominio sobre todos los animales de que fué revestido al salir de las manos de Dios, cuando apenas le concede conocimiento de sus deberes para con el Criador? ¿Cómo tuvo empacho en 1874 de repetir los encomios que en 1866 dirigía á los libros divinos este presidente de la Real Academia de Ciencias de Bélgica, cuando demostraba la ninguna repugnancia que hay entre la Biblia y la ciencia? En tales barrancos como éstos atollan los patrocinadores de teorías curiosas por el prurito de la novedad. Las voces de tantos Padres y Doctores, que nos enseñan la creación inmediata, persuaden, concluyen, abren el sentido, aun dado que fuera arcano y obscurísimo de las divinas Escrituras; su universal testimonio hace criterio seguro. ¿Luego va ó no contra la letra y sentido del Génesis la conseja de la evolución humana? ¿Quién sino la tradición es fiel intérprete de la Biblia cuando la Iglesia no decreta? ¿O hemos de fantasear sistemas sin respeto á la santa Escritura, y luego estirar la Escritura para que ajuste á nuestros devaneos?

Otro sería nuestro discurso si tratásemos de plantas ó de animales. Hablando de las especies vegetales dijimos arriba [7], cómo el divino escritor dejó de mencionar el modo que le plugo á la divina majestad seguir en la creación y desenvolvimiento del reino vegetal, y que, por esta causa, libertad le quedaba al sabio para espaciar su in-

---

[1] *In Paul. ad Corinth.*—[2] *Apud Damasc., in Eclogis*, cap. I.

[3] In II par. *Act. Niccenor.*, cap. XIV.—[4] Lib. III, ép. 95.

[5] *De mundi opif.*, l. VI, cap. VI.—[6] *De opif. sex dier.*, l. II, cap. II, III.

[7] Cap. XXVI, I.

genio en orden á explicar el crecimiento de este reino; y las mismas razones se versan, como queda dicho [1], tocante al reino animal, en virtud de las cuales el transformismo y el evolucionismo, por más que en el tribunal de la ciencia no puedan salir bien librados, nunca podrán ser condenados por opuestos á la santa Escritura, según lo demuestra larga y perentoriamente el P. Miguel Mir [2]. Mas aquí tratamos del hombre, en cuyo caso es mero antojo, de la estructura de un animal cualquiera, querer pasar á la organización perfectísima del humano ser sin dar al traste con todas las leyes del desarrollo orgánico, según decía Quatrefages.

7. Milita contra el evolucionismo esta obvia consideración. El hombre, examinadas sus concretas propensiones, es sociable, como hecho para vivir en trato con sus semejantes. El habla, la razón, el corazón, sus ademanes y habilidad, todo publica que la vida social es uno de sus caracteres esenciales: la vida social demanda orden y dependencia entre unos y otros miembros, amor de hijos á padres, reverencia á los mayores, autoridad en los padres para criar y gobernar á sus hijos. ¿Qué hace el evolucionismo? Trastorna todo este orden, atropellando la dependencia y rompiendo las relaciones de los miembros entre sí. Porque los primeros hombres fueron, según el evolucionismo, hijos de brutos: á fuer de tales tenían derecho de sujetar á sus padres á la vara de su poder, podían prenderlos con redes, hacerlos domésticos, desmenuzarlos con golpes, mantenerse de sus carnes, tratarlos, en fin, como ganado vil, siendo así que corría por sus venas la misma sangre que ellos tenían. Así se habrían descarado los hijos contra sus padres, y derribado por el suelo la autoridad paterna, con gran menoscabo de la subordinación en la familia. ¿Con qué derecho podían estos desnaturalizados hijos haber impuesto á sus descendientes la ley del respeto y obediencia? De donde se sigue que los primeros hombres estuvieron colocados en una condición totalmente contraria á las leyes de moralidad; y eso por ser engendros de animales y padres de hombres. Porque no hay duda de que, en un momento dado, una pareja privada de razón habría procreado un ser dotado de ella, inteligente, moral: de padres fieras habría nacido un hijo hombre, bruto por un lado, por otro ser humano; por un lado transición brusca y súbita, por otro continuación lenta é insensible. A decir verdad, más lógica se halla en el transformismo radical de Spencer que en el mitigado de Mivart; más incoherente y disparatado es el evolucionismo que el transformismo, por más que ambos á dos estriben sólo en la fantasía de sus autores [3].

---

[1] Cap. XXXVI.—[2] *Harmonia*, 2.ª edic., cap. XV, p. 332.

[3] Entre los católicos escritores, que han defendido como probable siquiera la hipótesis evolucionista, cuéntanse los siguientes: COCHIN, *L'évolution et la vie*.—LEROY, *L'évolution restreinte*, 1891.—MAISONNEUVE, *Création et évo-*

Así que, en asunto de tanta gravedad y trascendencia, no es lícito apartarnos de la pauta que nos delinearon nuestros mayores, enseñada por los Doctores de la Iglesia. A fuer de fieles, ¿no habíamos por el contrario de apoyarnos en los textos claros, y cerrar todos los portillos á la libertad de pensar, á no ser que razones poderosas nos obligasen á otra interpretación? ¿No sería entonces más lógico nuestro proceder? Si los evolucionistas poseyeran argumentos con que dar color á su hipótesis, mucho habían ellos de pesar para inclinar el fiel y hacernos romper la cadena tradicional de tantos siglos. Mas, ¡famosa razón la suya! ¡Pintar con vistosos colores la posibilidad, alterar textos de santos Doctores para hacerla creíble, y luego dar por hecha y por firme la teoría! Exclamaba el P. Didon, de la esclarecida Orden de Predicadores: "Los sabios han dicho con incomparable descaro: Por más que el orgullo humano se dé por ofendido, sépanlo todos: el solar donde el hombre nació fué un animal; la primera madre del hombre fué un animal; el primer alimento que le vino á la boca fué leche de animal [1]. Sí, señores, esto se dice, esto se escribe, esto se aplaude.—No es tanto nuestro orgullo quien se da por ofendido, ¡oh cínico!; nuestra alma es quien se enoja y enciende con tus baldones.—Dejemos en su lodazal, en sus pasiones, en sus ruinas á esos pregoneros de brutalidad y de naderías. Dios nos crió: fuimos hechos á su imagen: hay cosa divina en nosotros. Tengámoslo presente, y roguemos que el hombre-animal no prevalezca en la tierra. Trabajemos en particular y peleemos con denuedo para que no lleve la palma en nuestra nación: acabaría con ella„ [2].

8. El grave antropólogo marqués de Nadaillac, en un discurso leído en el Congreso internacional de París, año 1891, sobre los progresos de la Antropología, recopiló el estado actual de la ciencia en estos términos: "En los postreros años, en verdad, ningún conocimiento de importancia hemos aprendido, ningún hecho nuevo, ninguna teoría flamante ha trastornado las nociones que ya teníamos; con todo eso, los pasos andados no dejan de ser de consideración. Hemos acabado ya con esas aseveraciones doctrinales, tan categóricas cuan desnudas de razones eficaces. No hay sabio, merecedor de ese renombre, que tenga pecho para defender las generaciones espontáneas, la antigüedad descomunal de nuestro linaje, el origen monesco del hombre. Los varones que gozan de autoridad, aunque reconozcan que el darwinismo podía explicar de algún modo la formación de las castas, no

---

lution, Congrès scientif. internat. 1891, Anthropologie.—GUILLEMET, *Pour la théorie des Ancêtres communs*, Congrès scientif. internat. 1894, Anthropologie.—TANQUEREY, *Synopsis theol. dogmat. specialis*, 1899, t. I.—GUIBERT, *Les origines*, 1896.

[1] *Discours sur l'origine de l'homme*, par Reichenbach.

[2] *L'homme selon la science et la foi*, 1886; deuxième confér.

aciertan á atribuir el origen de las especies, ni á selección sexual, ni á lucha por la vida; y si es verosímil que las condiciones exteriores, el medio en que los seres se han de mover, puedan causar alteraciones tal vez más importantes en el organismo, no las consideran ya causas únicas de semejantes mudanzas, leyes absolutas que presiden á esas alteraciones. Forzosamente nos vemos en la precisión de ser más modestos: ora las variaciones se hayan originado de un principio inherente al individuo, ora de influencia exterior, ora de entrambas causas á la vez, todo eso no es tan oculto como podía serlo antes de Newton la ley de la gravitación. Esperemos de lo porvenir lo que lo presente no puede dar. Digamos mejor, no esperen los sabios de los siglos venideros penetrar el arcano de nuestro origen„ [1].—"En el orden de las ideas, la aplicación del evolucionismo á la formación del cuerpo humano es posible...; pero en el orden de los hechos, ni la revelación ni la relación de las cosas la confirman ni corroboran„, decía el P. Castelain [2].—Cardenal González: "No seré yo quien se permita calificar con nota alguna desfavorable la opinión del teólogo inglés, mientras que sea respetada, ó tolerada al menos por la Iglesia, único juez competente para fijar y calificar las aserciones teológico-dogmáticas, y para decidir acerca de su compatibilidad ó incompatibilidad con la Sagrada Escritura.—Pero si, saliendo de este terreno, colocamos la cuestión en el terreno puramente filosófico y científico, la opinión del teólogo inglés parece inadmisible ó, á lo menos, poco probable. Por de pronto, si nos atenemos á las reglas generales de hermenéutica y á una exégesis racional, es preciso admitir que la narración bíblica entraña el sentido de que Dios, al crear el primer hombre, lo hizo comunicando al polvo la forma de hombre, tanto más cuanto que el texto hebraico, en lugar de decir, como el de la Vulgata, *formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terræ,* dice que *formavit Dominus Deus hominem pulverem de terra;* palabras que parecen expresar que el objeto de Moisés fué significar que el polvo fué el sujeto en que se recibió la acción formadora de Dios„ [3].—P. Dierckx: "Esa tesis no tenemos intención de propugnarla. Sabe el lector el por qué. Otras razones podíamos añadir. Esa tesis es gratuíta, porque no descansa en hecho alguno de gravedad; ella satisface poco, porque no excusa la necesidad de admitir el milagro, *aun tocante á la formación del cuerpo adamítico;* ella es anticientífica, porque va contra los principios fundamentales del darwinismo en que intentan apoyarla„ [4].

Basten las autoridades antecedentes para dejar demostrado que la

[1] *Compte rendu du Congrès international,* 1891, t. II, pág. 34.
[2] *La première page de Moïse,* VIIIe confér., 1884.
[3] *La Biblia y la ciencia,* 1891, t. I, pág. 540.
[4] *L'Homme-Singe,* 1894, pág. 111.

opinión evolucionista da mala sombra y trae descontentos á los incrédulos, á los científicos, á los católicos, sin que haya apenas uno solo que no la vea sembrada de espinas y de congojas. El P. Fr. Leroy dormía á placer envuelto en las imaginaciones de Mivart, sostenidas por varios escritos [1], cuando hubo de sentir el aguijón de los despertadores que no le dejaban cuajar el sueño; despertó, y, vuelto en sí, como encubriendo con buena capa el artificio, trató de guardar la suya, si bien concedió algo que parecía contrario á su primer sentimiento. Dijo se podría admitir por cosa probable que el *substratum* destinado á recibir el alma humana y á tornarse cuerpo de Adán fué obra de las causas segundas, ejecutada por los trámites de la evolución natural [2]. La quisicosa del *substrato* introducida por el P. Fr. Leroy no es el organismo humano, ni tiene nada que ver con el cuerpo de Adán, como el propio autor lo declara; ¿qué sería, pues? No se ve claro lo que pudo ser, si no decimos que el macho y la hembra animal concurrieron á engendrar un feto dotado de organización conveniente para recibir el alma humana; ese feto, que frisó, por obra de la evolución, con el punto más cercano posible de la humanidad, no fué ciertamente la materia terrosa en que trabajaron los dedos de Dios, pero sería el *substrato* de Fr. Leroy.

Ahora los evolucionistas no hablan sino del mono, ni pueden aludir á otras bestias, á menos de poner en aventura la unidad de la rama primitiva, cepa de nuestra especie. Luego el *substrato* de Fray Leroy ha de ser un mico, organizado en el vientre de la mona, que sube al ser de hombre por la sola infusión del alma racional; así como decimos nosotros, que el barro se tornó carne humana, merced á la entrada del *spiraculum vitæ,* otro tanto le sucedió al *substrato*-mico del P. Fr. Leroy [3] cuando, siendo hijo de monos ó fruto de bestias, adquirió la hermosura y forma definitiva de hombre. Si esto es así, no va gran trecho entre el Dr. Mivart y el P. Fr. Leroy: las razones ex-

---

[1] *L'évolution restreinte aux espèces organiques*, 1891.—*Science catholique*, Février, 1892.

[2] Si le corps de l'Homme a été formé directement par Dieu lui-même, ¿ne pourrait-on pas cependant admettre, que le *substratum* destiné à recevoir l'âme humaine et à *devenir* par conséquent le corps de l'Homme ou l'organisme humain, car c'est tout un, ne pourrait on pas supposer que ce *substratum* est l'œuvre des causes secondes, et qu'il a été préparé, sous l'action du Créateur toujours, par l'évolution?—Sans me faire positivement l'apôtre de cette idée, je me suis pourtant appliqué à montrer ce qu'elle peut avoir de plausible... Non seulement je n'ai pas l'idée comme téméraire, mais je l'ai présentée comme probable. *Revue Thomistique,* sept. 1893.

[3] Les partisans de la statue classique d'argile se récrieraint, et à bon droit, en disant: L'argile n'est devenue chair humaine qu'après et par l'insufflation de l'âme. Qu'ils me permettent d'en dire autant de mon *substratum*, et nous finirons par être d'accord. *Revue Thomistique,* sept. 1893, pág. 533.

puestas contra aquél, también militan contra éste. Dios nos libre de herir con rayos la opinión de nadie, mientras la autoridad católica no esgrimió su espada fulminante con censura de ningún género; mas tampoco participamos de la alentada confianza de aquellos que remiten á la ciencia por venir la solución de la presente controversia [1], cuyo definitivo fallo creemos ha pasado ya en autoridad de cosa juzgada [2].

9. Haciendo epílogo de lo tratado en el capítulo presente, hemos de conceder al evolucionismo el predicamento que tiene merecido; no merece otro sino el de mera hipótesis, desnuda de razones comprobativas. Que sea hipótesis digna de reprobación, no consta con evidencia; pero que las especies orgánicas hayan corrido por tantas mudas y trances como el evolucionismo asienta, tampoco se autoriza con argumentos incontrastables, siquiera se gradúe por sentencia de tal cual probabilidad. Una cosa redunda en alabanza del evolucionismo, y es, que si los materialistas beben los aires por dar á la hipótesis el sello de verdad científica, la evolución les huye de las manos, dejando sin crédito la doctrina cosmogónica del materialismo. El católico

[1] VERNEAU: La question n'est donc pas encore élucidée, mais il est prudent de ne pas se montrer trop systématique, et de tenir compte des enseignements que nous apporte journellement la science. *Races humaines*, pág. 9.—ABBÉ D. LE HIR: Cette attitude expectante et réservée est celle qui convient à tous en face de ce difficile problème. Il faut se défier de l'engouement d'une école pour qui le transformisme est un dogme sacré et indiscutable; mais il ne faut pas moins éviter les exagérations des peureux, qui crient au scandale chaque fois qu'un catholique témoigne quelque faveur pour la doctrine de l'évolution. De part et d'autre on a tort. *Revue des quest. scientifiques*, 1892, janvier, página 566.—CARD. GONZÁLEZ: Si, andando el tiempo, la biología, la antropología, la paleontología, con las demás ciencias físicas y naturales, llegaran á demostrar—cosa difícil por cierto—que el organismo humano está y estuvo relacionado y ligado con otros organismos anteriores é inferiores, no habría fundado motivo para escándalo ni perturbación alguna por parte del hombre de fe católica, siempre que esa relación y enlace no se hicieran extensivos al alma racional. *La Biblia y la ciencia*, 1891, pág. 552.—JEAN D'ESTIENNE: Si donc les sciences naturelles, biologie, anthropologie ou autres, venaient quelque jour à produire des faits et des arguments sérieux et probants—et combien jusq'ici elles en sont loin!—en faveur d'un rattachement généalogique quelconque de l'organisme humain à telle ou telle forme animale antérieure, nous croyons qu'il n'y aurait pas lieu de s'en troubler, ni de faire une opposition systematique et de parti pris à la théorie, étant bien entendu que celle-ci s'arrête absolument et exclusivement à l'âme humaine. *Revue des quest. scientif.*, 1889, avril, pág. 379.

[2] El libro del P. Leroy, aunque no fuese encartado en el Indice, fué recibido en Roma con señales de desaprobación, «parce que l'auteur n'y enseignait pas assez formellement la création immediate de l'âme humaine», dice el católico Guibert (*Les origines*, 1898, pág. 202), embozado con la capa del evolucionismo.

que, en lugar de rendir parias á la hipótesis evolucionista, hace rostro y se conjura públicamente contra su aplicación á la descendencia animal del hombre, vuelve por su inviolable derecho y por la honra de la ciencia, porque ni el catolicismo ni la ciencia le ponen en la obligación de reconocer por enseñanza legítima la que con ningún argumento exegético, patrístico, escolástico, teológico, filosófico, antropológico, geológico, paleontológico demuestra ser merecedora de consideración [1].

---

[1] Con este dictamen frisaba el manifestado por el barón Von Hertling en su discurso de apertura que, á título de presidente, pronunció en el cuarto Congreso científico internacional de los católicos, celebrado en Friburgo el mes de Agosto de 1897.





CAPITULO XLI.

EL REINO HUMANO.

ARTICULO PRIMERO.

1. Costumbre ordinaria de introducir al hombre en el reino animal.—2. El hombre hace reino aparte.—Diferencias anatómicas y fisiológicas entre el hombre y el bruto.—Postura erguida.—3. La mano.—4. Desnudez.—Dentadura.

1. Es costumbre frecuentada por los naturalistas el contar al hombre entre los animales en los catálogos zoológicos que de ellos suelen hacer. Lo ordinario es ponerle en la lista de los mamíferos, y aun describirle á la zaga de los monos, como si metido entre ellos fuera de menos bulto la diferencia. Fúndanse en la estructura anatómica del hombre, que por poco distar, dicen, de la del mono, permite emparejarlos sin peligro de error. Mas no advierten que aun llamar al hombre animal, es poco decir para calificarle por entero, como sea indubitable que el carácter distintivo que funda su excelencia sobre los mamíferos, vertebrados y vivíparos está en la lumbre de la razón, constitutivo de la diferencia específica. Pero la costumbre de dejar aparte este distintivo esencial, por parar la vista en la figura del cuerpo, que parece le avecina á los mamíferos de clase mayor, ha sido ocasión de que abalanzados el hombre y el bruto, unos le hayan igualado á los monos, otros le hayan hecho de peor condición, otros le creyeran comparable con la rana, otros le asimilaran al delfín, refiriendo los más de ellos por cierto lo imaginado, y borrando la infinita distancia que hay de un hombre á una bestia cualquiera. Ello es, que los embaimientos de Lamarck, de Vogt, de Huxley, de Tiedemann, de Clauss y otros autores de este jaez corren con más fama que fuera menester á la sana filosofía y á la humana dignidad. Veamos, pues, cómo de contraponer con el hombre el animal más perfecto, nacen forzosamente diferencias notabilísimas, cuales pueden caber entre el reino mineral y el vegetal, entre el vegetal y el sensitivo, por manera que nos obliguen á constituir un reino de por sí,

el *reino humano,* encumbrado infinitamente sobre los demás reinos naturales.

2. Descendamos á enumerar las excelencias anatómicas más principales que en el cuerpo del hombre resplandecen; comencemos por la propiedad de estribar sobre las plantas de los pies. Así describe la postura vertical el catedrático de medicina en la Universidad de Madrid D. Julián Calleja: "Apoyado sobre los dos pies, dejando en completa libertad los miembros torácicos para maniobrar con ellos, con la cabeza erguida, los ojos situados horizontalmente, en actitud de abarcar extensiones inmensas, y con los órganos del lenguaje hablado y de los gestos colocados en la cara...: tal es la actitud natural del hombre. El examen de las regiones del cuerpo demuestra que no puede ser otra, ni ha podido la educación intervenir en ella" [1]. Declaremos más por extenso la nobleza de estas cualidades, siguiendo la norma de la severa anatomía.

El concienzudo Quatrefages estudia reposadamente el índice cefálico, la capacidad del cráneo, el índice facial, los índices nasal y orbitario, el prognatismo, el ángulo facial, el parietal y otros caracteres osteológicos, de cuya consideración concluye victorioso señaladas diferencias entre los hombres y los brutos [2]. No es de nuestro propósito entretener el tiempo en semejantes averiguaciones. Pero no pasaremos en silencio el ángulo esfenoidal, descubierto por Wirchow y estudiado por Welker, para cuya medida inventó Broca un ingenioso instrumento. Tiene este ángulo su vértice en la mitad del canal óptico, al borde anterior de la silla túrcica: desde este punto medio se tira una recta á la sutura fronto-nasal, y otra al borde anterior del agujero óptico; el ángulo formado por ambas rectas es el ángulo esfenoidal, según le describe Littré [3]. Comparadas entre sí las medidas de Welker, resulta que en el hombre recién nacido el ángulo esfenoidal es de 141°, en el adulto de 134°, en el mono recién nacido de 140°, en el adulto de 174°; de manera que este ángulo en hombres y cuadrumanos presenta una evolución inversa en el progreso de la edad. "No hay para qué insistir, añade Quatrefages, cuán irreconciliables son hechos de esta índole con las teorías que dan al hombre por ascendiente un ser más ó menos pitecoídeo".

La cabeza humana, á fin de que su gran peso no la desquicie y saque del centro de la columna vertebral, en la mitad de la base del cráneo tiene un agujero que encaja en la primera vértebra, sin que sea menester ligamento dorsal que la tenga arrendada, como á los cuadrúpedos acontece, y al mono en particular, para el conveniente equilibrio. En la cara, espejo de incomparable hermosura, los ojos

---

1 *Nuevo compendio de Anatomía descriptiva,* 1878, p. 34.

2 *L'espèce humaine,* livre IX, chap. XXX.

3 *Diccionario de Medicina y Cirugía,* Val., 1889.

sin músculo suspensorio, vivos, levantados y volubles, las ventanas nasales hacía abajo, los labios recogidos, la barba hacia adentro, anuncian claramente que la posición derecha es la propia de los hombres. Los miembros torácicos, dispuestos para abrazar y levantar peso, no para servir de estribos como en los mamíferos, cuelgan de los lados del tronco con graciosa inclinación al movimiento curvilíneo propensos á replegarse sobre la cavidad anterior. Para que las manos no se humillen al oficio de pies, fuera de estar libres y limpias, poseen una semejanza de gozne en el dedo pulgar que facilita admirablemente todas las operaciones menos la andadura. Por el contrario, los miembros inferiores son columnas y palancas de gran resistencia, que sobrellevan marchas forzadas; para cuyo efecto apriétanse los músculos en torno de las cañas formando un sinnúmero de fibras; los pies, bases que sustentan el edificio, tienen holgada la planta y ajustada al suelo por sus músculos; los huesos del tarso y metatarso están arqueados, como era razón, para poder recibir la carga con más seguridad; los dedos, que no sirven para asir, sino para dar mayor anchura á la base, son cortos y endebles, por consiguiente el hombre que quiera andar á gatas debe hacer mucha fuerza en las puntas de los pies y de las manos.

No así los monos. Si Linneo y Buffon pensaron ser propia inclinación suya andar erguidos, hablaban seguramente de monos domesticados por el hombre. Porque los naturalistas han llegado á persuadirse, y es ya dicho común, que el hombre es el único animal hecho para moverse levantado sobre los piés. "La situación vertical, dice Godron, resulta de la contextura particular del esqueleto humano, y del equilibrio que hace la acción de sus músculos con el peso de los órganos abdominales" [1]. El gorila, el orangután y el gibón, con gran dificultad se mantienen rectos sin apoyo de palo, caminan inclinados hacia adelante, y no dan paso seguro á causa de que la longitud del antebrazo hace los miembros anteriores más largos que las piernas, cuando todo lo contrario nos acontece á nosotros. Los pies y las manos en el mono y en el hombre tienen entre sí cabal competencia: el pie del hombre no se hizo para agarrar, el del mono sí; la mano del hombre es fina y ligera, la del mono tosca y pesada; la planta del hombre es corta y ancha, la del mono larga y angosta. En fin: así como es propiedad del pez nadar, del ave volar, del reptil arrastrarse, del mono trepar, el hombre tiene por natural modo de locomoción la andadura con solos dos pies [2].

---

[1] *De l'esp. et des races*, t II, p. 119.

[2] La evidencia de las cosas abrió los ojos á Topinard, propugnador incansable del origen animal del hombre, hasta el punto de obligarle á estampar palabras como éstas: Par la tête et le crâne les anthropoïdes se confondent avec les autres singes, et ne sont même pas, à l'état adulte, aussi favorisés

Santo Tomás, señalando esta importante prerrogativa [1] con mucho acuerdo, reduce las diferencias físicas al servicio del entendimiento, que es la principal entre el hombre y el bruto, como dando á entender cuán perfectamente conocía que no está la suma de nuestra excelencia en los sentidos y aparatos del cuerpo, sino en las facultades del alma; y por ahí demuestra cómo la estatura inclinada y no recta sería de estorbo al uso de la razón y trabaría el ejercicio del habla. En esto discurría siguiendo la doctrina de Aristóteles, que en su libro IV *De los animales* dice que "entre todos ellos el hombre es el derecho, por ser divina su naturaleza y condición, y por ser su obra la más divina, es á saber, entender y poseer sabiduría; y no le sería fácil alcanzarla si la disposición del cuerpo fuese horizontal ó inclinada, por cuanto la pesadez del cuerpo hace más tardo el entendimiento y el sentido común„. Y hablando de la mano, dice: "La mano es, no uno, sino muchos instrumentos; al que podía abrazar muchas artes, dale la naturaleza un instrumento que para muchas cosas fuese á propósito„.

Muy admirablemente escribe San Gregorio Niseno sobre la formación del hombre: viniendo á exponer la excelencia de la fábrica de nuestro cuerpo, dice estas gravísimas palabras: "La figura derecha concedida al hombre que al cielo se levanta y por la tierra tiende los ojos, demuestra dignidad imperatoria y regia. Porque entre todos los animales, él es el único que mira arriba, los demás abajo, con que demuestra el poderío eminente que sobre todas las cosas tiene á su imperio sometidas. Los demás animales válense de los pies anteriores como de apoyos donde asentar los cuerpos, al hombre en su lugar se le dieron las manos. Porque para la figura erguida bastaba una

---

que certains d'entre eux. Rien n'indique de ce côté un acheminement quelconque à l'attitude bipède. Par la colonne vertébrale et le thorax, ils sont intermédiaires entre l'homme et les singes. Par le bassin, ce sont absolument des singes, quoiqu'ils présentent quelques caractères indiquant l'acheminement bipède. Par les proportions générales des membres, ce sont peut-être les singes les mieux caracterisés. Par le pied, ce sont des singes au plus haut degré, ils n'ont rien de l'homme. *L'homme dans la nature*, pág. 298.—Muy malparados quedan en la pluma de Topinard el chimpancé, el gibón, el gorila, el orang, comparados con los demás monos. Lo que no será bien dejar en silencio es la palabra de Dorsey, que quita á cualquiera la facultad de hacer pasar el hombre sucesivamente por la naturaleza de los antropoídeos dichos, no obstante la semejanza de algunos miembros de ellos con los del hombre. Dice así: But because parts of man's skeleton bear close ressemblance to the gorila, other parts to the chimpanze, still others to the orang and the gibbon, ¿does it follow that man in his race history has been successively a gibbon, an orang, a chimpaze, and a gorila? Surely it would seem that no one would claim for man such a pedigree as this; but this has been done; if not openly, it has at least been tacitly implied. *Science N. Y.* 28 July 1897.

[1] I p., q. XCI, a. 3.

sola base que hallase descanso seguro en ambos pies. Y por otra parte, éranle precisas manos para ayudar á la elocución. Y así, quien dijere que las manos le fueron dadas para exprimir el lenguaje, no va fuera de camino. Ni sólo hemos de parar la atención en la palabra escrita, para la cual sirve la mano, y harta destreza demuestra en ello la razón: otra causa quiero alegar en abono del uso de las manos„. Más abajo, explicando este pensamiento, prosigue diciendo: "Estando, pues, el hombre dotado de la facultad de hablar, necesitaba un instrumento apto para el uso de la locución. Á esta causa le fueron dadas ambas manos. Porque, aunque son infinitas las ventajas y usos que las manos tienen en todo linaje de obras de arte, y las puede contar el que las ejercitare en la guerra y en la paz; todavía la naturaleza dióle manos al cuerpo por amor del lenguaje. Y si tuviera el hombre que verse privado de ellas, sin duda la cara estaría formada por sus partes de manera que fuesen proporcionadas para alimentar al hombre. Así la nariz sería larga, delgada y comprimida; los labios gruesos, salientes y duros, para que pudiesen cortar la hierba; y la lengua abultada, sólida, áspera para destrozar los alimentos, ó si no blanda á los lados y flexible como la de los perros y animales crudívoros. Por esta razón, si manos no se hubieran añadido al cuerpo, ¿cómo habíamos de enunciar los sonidos articulados careciendo de miembros aptos para ello? Ciertamente fuera menester balar, aullar, ladrar, relinchar, mugir, bramar como bestias. Mas ahora que vemos manos en el hombre, digamos que están bien empleadas en expresar la locuela, y, por tanto, son muy propio instrumento para hablar, y á ese fin van destinadas y concedidas por el Autor de la naturaleza„ [1].

3. Por la hermosura de estas expresiones bien se ve cuál sea el oficio de las manos y con cuánta razón hizo Cuvier del hombre el orden de los bimanos. A la verdad, aunque erró en el fundamento pensando que toda la hechura de la mano consistía en que el pulgar se oponga y sirva á los otros dedos, pues no advirtió que hay monos que le juegan con tanta destreza como el hombre, y que aun hay hombres que se valen del pie como de una mano para escribir, pintar, tocar y jugar, de arte que ni el hombre sería bimano, ni todo bimano sería hombre [2]; todavía, si consideramos nuestra mano adornada de dedos blandos, movibles y dispuestos para abrazar, y que, de los cuatro miembros extremos, dos facilitan el asimiento y los otros dos la andadura, y que, por el contrario, los animales sólo tienen, ó patas para caminar, ó manos para agarrar, colegiremos estar el hombre provisto de dos manos y dos pies, y el mono de cuatro manos; y, por consiguiente, el hombre será bimano y el mono cuadrumano, siendo notorio de aquí cuántas ventajas haga el hombre en perfección y varie-

---

[1] *De hominis opificio,* cap. VIII.—[2] GEOFFROY, *Hist. natur. gén.,* t. II, p. 200.

dad de órganos á los brutos más perfectos, y cuán lejos esté de poder figurar en una línea con ellos [1]. "Toda la construcción de las manos, dice el sabio Calleja, revela el más admirable mecanismo, tan característico del hombre, que ni aun los cuadrumanos tienen las manos de igual conformación„ [2].

Gustoso nos es trasladar aquí, entre otras, la pintura que de la mano del hombre nos dejó en su *Oculta filosofía* [3] la ingeniosa pluma del P. Juan Eusebio Nieremberg (1630). "La mano, dice, no es un instrumento solo, sino muchos, es instrumento de instrumentos; y así la naturaleza dió al hombre, que podía tener muchas artes, manos á propósito para el uso de muchos instrumentos. Injurian á la naturaleza los que se han quejado de su descuido en la fábrica del hombre, por haberle malparido desnudo y desarmado. Porque los demás animales no tienen sino un socorro y don de la naturaleza, que ni pueden dejarle ni trocarle, ni pueden dejar el calzado, ni el vestido, ni las armas; han de dormir necesariamente calzados y vestidos, han de comer y descansar armados. El hombre se puede ayudar de muchas cosas, dejarlas y trocarlas. Recibió tantos beneficios de la naturaleza, cuantos no necesitó recibirlos, y puede buscárselos; pues aunque desvalido, puede buscarse las armas que quisiere y como quisiere. La mano le es lanza, espada, saeta; sírvele por la garra del león, casco del caballo, colmillo del jabalí, púas del espín, cuerno del toro, cola del caimán, trompa del elefante, dientes del tiburón y todo género de armas. El artificio de la mano es singular; está dividida en muchos dedos para que usase de ella partida, y compuesta, y entera. Si la hiciera seguida, sin división, no la pudiéramos partir, y fuera para menores usos; pero, haciéndola partida, se puede componer y unir, con que es ya de más uso. Las juntas y dobleces de los dedos están á propósito para tomar, ajobar y apretar cualquier cosa. Al lado se juntó un dedo, pero corto y grueso; de manera que si no tuviera mano, no pudiera el hombre tomar nada, así si no tuviera aquel dedo no lo pudiera tomar bien y con comodidad; porque apretando ese dedo por la parte inferior y los demás por la superior, se agarra mejor cualquier cosa y con más fuerza. Es aquel dedo solo muy fuerte que vale por muchos. Es corto, por que fuese robusto, y por que no fuera de más provecho si fuera más largo. El último dedo es pequeño, el de en medio más largo, dice Aristóteles, como el remo de en medio de las barcas; porque lo que se agarra es necesario que aquel dedo lo abrace más„. Todo esto es del P. Nieremberg. Bien pueden los darwinistas contemplar las manos desmañadas del gorila; nunca llegarán á demostrar que las ocupe en toda suerte de ministerios [4].

---

[1] HAMARD, *Revue des questions scientifiques*, 1878, p. 174.

[2] *Anatomia*, 1878, p. 40.—[3] Lib. II, cap. LIV.

[4] El P. Fr. Pedro de Vega, explicando aquel dicho de un filósofo *homo sa-*

4. No todas las diferencias son positivas en el hombre; aun las negativas encarecen la alteza de su origen. Una de ellas es la desnudez. A todos los animales repartió el Criador armas ofensivas y defensivas: sólo al hombre dejó desarmado. El vello, común á los animales más nobles, es tan escaso en los hombres, que no le basta para vencer las molestias de la intemperie; mayormente la región dorsal, que aun en los monos está poblada, demuestra en su tersura cuánto dista el hombre del parentesco mamífero. "No hay explicación que baste, dice un sabio moderno, á darnos razón de la falta de pelo en el hombre, si es que descendemos de progenitores velludos; al contrario, se entiende perfectamente en ese sistema la adquisición gradual del vello en las formas que derivan de un tronco sin pelo; por causa de esto, el darwinismo en este caso debiera trocar sus fundamentos, y decir: el mono desciende del hombre„ [1]. No habiendo, pues, animal que sea velloso á la manera que el hombre, ¿no será razón respetar la desnudez como señal primitiva de su especie? [2]

Parte de otra diferencia es la dentadura. Los monos más ilustres cuentan en cada quijada cuatro incisivos, dos caninos y diez molares; el hombre ni más ni menos; pero porque los caninos del mono largos y agudos se enclavijan al cerrarse las mandíbulas dejándose ver después del segundo molar, hemos de decir que le son terribles defensas; pero al hombre bastábale el dominio de la razón para prevalecer contra la fiereza de sus enemigos. "¿Qué significa, exclama San Gregorio

---

pientissimus animalium quia manus habet, le declara diciendo: «¿De qué les sirviera á todos los otros animales ser buenos oficiales de todos los oficios, saber el arte, no teniendo manos acomodadas para la ejecución de ellos? Como los hombres, que teniéndolas diferentes de todos los demás animales, tienen por ellas los instrumentos para labrar todo lo que cumpliere á su conservación. Mediante las manos hacen murallas, con que amparan las ciudades; pólvora y cañones de artillería, con que ojean los enemigos; escudos y espadas y mil diferencias de armas ofensivas y defensivas; y aunque naturaleza no se las dió, basta haberles dado manos hábiles para poderlas labrar. Y en tanta variedad de cosas obradas y artificios, como por ellas se han hecho en el mundo (que admiran al que las mira) se muestra el hombre sabio por las manos, aunque lo sea por el entendimiento; y teniéndolas tales se debe reputar por más bien librado que todos los animales á quien naturaleza engendra bien proveídos de lo necesario para sus menesteres. De este mismo principio procede, que cuando acontece nacer algunos sin manos, luego oiréis decir que tienen extrañas habilidades en los pies: escriben y juegan á la pelota con ellos, porque como todo el caudal de nuestro remedio está librado en la habilidad de las manos, si ésas faltan, pasa naturaleza la habilidad á otra parte; provee que tengan la misma destreza en los pies, que habían de tener en las manos». *Declaración de los siete salmos penitenciales*, 1606, salmo VI, vers. I, disc. III, fol. 9.

[1] L'ABBÉ LECOMTE, *Le darwinisme et l'origine de l'homme*, p. 301.

[2] HAMARD, *Revue des questions scientifiques*, 1878, p. 179.

Niseno, la fábrica derecha del hombre? ¿Por qué no posee su cuerpo fuerza á propósito para poner en salvo la vida? Destituído de todo auxilio natural, inerme, imbele, falto de lo necesario, viene á este mundo, más digno de compasión que de ser llamado feliz. No armado de la fortaleza de los cuernos, ni de la agudeza de las garras, ni de los fuertes colmillos, ni de pezuñas potentes, ni de aguijón envenenado, con que vemos pertrechados á muchos animales, ni aun pelos cubren y defienden su cuerpo. Y ciertamente, al que había de tener el imperio de las cosas, convenía estar dotado de armas propias, y no mendigar auxilio extraño para asegurar su vida. El león, el jabalí, el tigre, provistos andan maravillosamente de instrumentos de defensa; el toro, de cuernos; la liebre, de ligereza; la cabra, de velocidad para saltar; el uno de trompa, el otro de corpulencia, de alas el ave, de aguijón la abeja, de algo, en fin, todos que les sirva de suficiente defensa. Sólo el hombre es el más lerdo entre los ligeros, el menor entre los corpulentos, el más flaco entre los apercibidos de armas„ [1].

El sentencioso D. Diego Saavedra Fajardo, exponiendo la natural inclinación del hombre, dice elegantemente así: "No le crió Dios para la guerra, sino para la paz; no para el furor, sino para la mansedumbre; no para la injuria, sino para la beneficencia, y así nació desnudo, sin armas con que herir, ni piel dura con que defenderse; tan necesitado de la existencia, gobierno y enseñanza de otro, que, aun ya crecido y adulto, no puede vivir por sí mismo sin la industria ajena... Le dió la voz articulada, blanda y suave con que explicase sus conceptos; la risa, que mostrase su agrado; las lágrimas, su misericordia; las manos, su fe y liberalidad; y la rodilla, su obediencia; todas señales de un animal civil, benigno y pacífico. Pero á aquellos animales que quiso la naturaleza que fuesen belicosos, los crió dispuestos para la guerra con armas ofensivas y defensivas. Al león, con garras; al águila, con presas; al elefante, con trompa; al toro, con cuernos; al jabalí, con colmillos; al espín, con púas... A casi todos estos animales armó con duras pieles para la defensa: al cocodrilo, de corazas; á las serpientes, de malla; á los cangrejos, de glebas. En todos puso un aspecto sañudo y una voz horrible y espantosa. Sea, pues, para ellos lo irracional de la guerra, no para el hombre, en quien la razón tiene arbitrio sobre la ira„ [2].

---

[1] *De homin. opif.*, cap. VII.

[2] *Idea de un Príncipe político-cristiano,* t. II, empresa LXXIV.

ARTÍCULO II.

1. Compárase el encéfalo del hombre con el de la bestia.—2. Estas diferencias han de considerarse por junto.—3. Excelencia del alma racional como carácter distintivo.—4. Dichos de los sabios en confirmación del reino humano.

1. Si pasamos á comparar el encéfalo del hombre con el de los animales, resultará considerable preeminencia. El volumen del cerebro humano es sin disputa mucho mayor, aun tresdoblado, que el de los monos á proporción de los cuerpos. Quiso ponerlo en duda el materialista Huxley, pareciéndole que en las razas humanas se nota igual diferencia de sesos; pero mereció que otro transformista le apease de su pretensión, probando, como declara el abate Hamard [1], que el cerebro del habitante de la Australia vence en volumen dos ó tres veces al del gorila, en tanto que el del europeo, por desarrollado que esté, apenas sobrepuja en una quinta parte al del indio más bozal. Basta medir los cráneos y advertir la relación entre los diámetros perpendiculares, largo y ancho, para entender, según que de los modelos de la arqueología resulta, cómo, parangonados los cráneos de los monos fósiles con el más imperfecto, el de Neanderthal, del hombre, el volumen del seso del mono es mitad del más diminuto seso humano [2].

Ya confiesa Beaunis que las circunvoluciones cerebrales "están menos desarrolladas en los antropomorfos. Según Bischoff, la disposición de los pliegues encefálicos no es la misma en el orangután que en el hombre; para descubrir analogía sería preciso cotejar el seso del orangután con el del feto humano á la segunda mitad del octavo mes. Además, el pico del encéfalo, prominencia del lóbulo anterior que corresponde á la fosa olfatoria, existe, según parece, en los antropomorfos, y falta del todo en el hombre. Gratiolet admitía que el seso del hombre, al desenvolverse, sigue orden inverso al de los monos: en el hombre las circunvoluciones anteriores deben de ser las primeras, en los monos las postreras. Pero, con todo, las observaciones distan mucho de conformarse con esta ley de Gratiolet; fuera de que las ocasiones de examinar sesos de fetos de antropomorfos han sido hasta el presente muy pocas para de ellos poder sacar conclusiones tan absolutas. En fin: estos caracteres distintivos se reducen á tan pocas diferencias, que no justifican la denominación de arquencéfalos que dió Owen al primer grupo de Primates, y la separación entre él y los otros mamíferos" [3].

El discurso de este materialista deja entrever la ventaja del cere-

[1] *Revue des questions scientifiques*, 1878, p. 179.

[2] QUATREFAGES, *Hommes fossiles et hommes sauvages*, 1884.

[3] *Nouveaux élém. de Physiol. humaine*, 1841, p. 46.

bro humano sobre el antropomórfico: no apunta Beaunis las razones que hacen falsas las observaciones de Gratiolet [1]; pero en la solución del nudo se clarea la cortedad de su respuesta.—Más ingenuo es el darwinista Claus, al declarar "el rico desarrollo de las circunvoluciones cerebrales que en el hombre resplandece" [2]; pero luego, como quien cae en la cuenta de haber otorgado más de lo que convenía á su intento, amaína velas y añade: "Estos particulares, que son de importancia para el desarrollo psíquico del hombre, carecen de valor para caracteres fundamentales: deben atribuirse á desviaciones progresivas, y son menos considerables que los que distinguen los monos superiores de los inferiores".

Con más acuerdo y mejor intención, Santo Tomás de Aquino, reparando en la grandeza de los sesos humanos, descubrió una señal de primacía. En la compostura del encéfalo conoció la relación mediata que guarda con el entendimiento del hombre, y sacó de la magnitud relativa la fuerza y grandeza de éste. Y así dice: "Fué necesario que el hombre, entre todos los animales, tuviese un cerebro mayor respecto de su cuerpo, para que en él más fácilmente se ejercitasen las operaciones de las fuerzas sensitivas que son menester para la obra del entendimiento" [3]. En las cuales palabras resume el Santo la verdadera causa del exceso del cerebro humano sobre el de los animales, según que más adelante se dirá.

2. Pasemos de corrida por otras señales que los autores celebran, el ángulo facial, la eminencia de la frente, lo crecido de la barba, el hueso intermaxilar, el número y distribución de las vértebras y otras tales, que más que notas específicas, son grados diversos de estructura en los órganos; pero baste lo dicho para mostrar la invadeable distancia que media entre el hombre y el animal, y para confirmar que no es de pura convención la excelencia del uno sobre el otro, según que de la anatomía y fisiología se colige.

Pero los hombres que llevan la voz en la república del moderno saber tienen por cosas baladíes y de ningún tomo estas fuentes de grandeza. "Sea el que fuere, dice Claus, el mérito que se dé á la configuración del cráneo, á la estructura del cerebro, á la posición vertical del tronco, á la figura erguida, hemos de confesar que el hombre y el mono están formados sobre un mismo padrón. El dar, como hacía Cuvier, á estas diferencias estimación para colocar al hombre en un orden de por sí y apartado de la clase de los mamíferos, ó el adoptar la opinión de Huxley y de Haeckel, que solamente miran como secundarias estas notas zoológicas, y por eso establecen el orden de los Primates, es asunto de conveniencia y ventaja personal" [4]. Hablando

[1] *Revue des cours scientifiques*, t. I, p. 191.
[2] *Traité de zool.*, 1884, p. 1528.
[3] I p., q. XCI, a. 3.—[4] *Traité de zool.*, 1884, p. 1529.

en la misma substancia el antropólogo Topinard, pregunta qué lugar ocupa el hombre entre los mamíferos, y, aunque examinadas sus facultades, le conceda puesto de preferencia, no le reconoce otras prerrogativas sobre los monos antropoídeos, sino las de tenerse ordinariamente en pie y poseer un cerebro tres veces mayor que cualquier animal. De este privilegio deduce el lenguaje y la excelencia de las demás facultades, y resumiendo la enseñanza común entre muchos modernos, "el hombre, acaba diciendo, constituye una familia, la primera en el orden de los Primates, la primera en la clase de los mamíferos„ [1].

Lo que la paciencia no sufre es que al son de estas aseveraciones se divulgue libremente el parentesco del hombre con el bruto, se publique, se escriba, se enseñe que del instinto animal al entendimiento del hombre no va otra diferencia que de más á menos. Al paso que la perversa doctrina lanza su ponzoña con disimulación, el veneno así cunde, contamina y corrompe, que aun hombres sesudos y doctos alargan la rienda á todo lo que pide el error. Maravillado Bischoff del mal término de muchos llamados filósofos, los reprende tácitamente diciendo: "Las diferencias entre el hombre y el mono más perfecto no se limitan al ángulo facial, á la posición del agujero occipital, á la disposición y hechura de los dientes, al tamaño del cerebro, al orden de las circunvoluciones, á la conformación de las extremidades, ni á otros puntos aislados: no, sino que se extienden á los mínimos particulares, de todos los que resulta un efecto general más asombroso que de los rasgos principales. El haber hecho poco asiento en estos pormenores los materialistas ha sido causa de que Huxley osase vender por averiguado este dictamen: las diferencias que hay de monos á monos pesan más que las que van de monos á hombres. La verdad es que, teniendo cuenta con el efecto que de las excelencias particulares nace, el villano más cerrado, un niño sin experiencia, no vacilaría un punto en poner á un lado todos los monos del mundo y al otro todos los hombres de la tierra, sin quitar los habitantes de la Nueva Zelandia„ [2]. Y confirmando esta sentencia, M. Virchow decía: "Es totalmente imposible instituir comparación entre el hombre y el mono: no hay eslabón de cadena real y continua que corra del mono al hombre„ [3].

En conclusión: la estatura dispuesta del cuerpo, la majestad del semblante, lo generoso de la cabeza, el resplandor fogoso del rostro, la gravedad de la frente, la viveza de los ojos, la nobleza de la mano, lo gallardo de su presencia, la proporción, en fin, de tantas partes

---

[1] *L'Antropologie,* 1884, livre I, chap. V.

[2] *Ueber die Verschiedembeit in der Schœdel barnordnung des Gorilla,* 1867.

[3] *Vortrag, gelialten in Berlinen gewerkvereim,* 1869.

bien ordenadas y unidas, espectáculo son de mil lindezas, y muy de lejos muestran quién es el que en sí la resume; ¿y por qué agradan y pueden tanto con nosotros, sino porque son cifra y vislumbre de la razón? "El hombre civilizado, dice elegantemente un escritor, oculta á la vista la parte que tiene de bestia; pero descubre en su rostro la imagen de Dios, en su frente el asiento del pensar, y en su mano el símbolo de la acción. La frente queda despejada para recibir la corona, la mano desnuda y libre para tener el cetro de la creación„ [1].

3. Mas ¿son acaso bastantes los caracteres antedichos para señalarle un lugar eminente fuera del orden de los animales? El desemejarse un ser de otros ¿es razón perentoria para constituir orden aparte y de por sí? Dejemos á la disputa de los zoólogos la solución de esta controversia. Al juicioso Milne-Edwards parecióle que las manos solas del hombre debieran serle á cualquier naturalista argumento para hacer reino diferente de los demás reinos [2]; ¿cuánto más si se juntan la posición vertical, el esqueleto, el cerebro y sus circunvoluciones? Con todo, "el orden de los bimanos, añade, sólo consta de una especie; y se distingue de los restantes brutos por sus facultades intelectuales mucho más que por los caracteres anatómicos de que acabamos de hablar„. Así declara este sabio naturalista cómo los hombres forman un reino de suyo apartado de los otros reinos por especiales prerrogativas, que nada deben en perfección á los brutos más cabales.

Porque, aunque mirado el hombre en la variedad de miembros y órganos, menos tal vez aventaje á los monos superiores que éstos á los inferiores mamíferos, porque, parando en solos los órganos y funciones fisiológicas, las participa con los brutos; mas, para calificar á un ser que pertenece á la creación sensible, no basta pesar sus propiedades materiales y visibles; es necesario estudiar y estimar el metal de sus singulares potencias, y, examinado su valor, señarle el lugar que en la escala natural debidamente le compete. "¿Por qué, decía Buffon, desterrar de la historia natural del hombre la parte más noble que tiene? ¿Por qué envilecerle sin tiento y forzarnos á tenerle sólo por animal, cuando es de condición tan diversa?„ —Lo mismo viene á decir el estudioso Quatrefages. "¿El hombre es ó no es diferente de los animales por notas importantes, características, totalmente extrañas á ellos? Sobre cuarenta años hace ya que respondí afirmativamente á esta pregunta: mi persuasión, puesta á prueba en tantas disputas, ha ido fortaleciéndose de día en día. El alma humana es, á mi juicio, la causa desconocida de los actos exclusivamente humanos, que solamente en el hombre parecen, pues es imposible negar de cuán grande importancia son; por ellos se aventaja

---

1 DUILHÉ DE ST.-PROJET, *Apologie scientifique*, 1885, chap. XVII.

2 *Zoologia*, 1867, p. 370.

el hombre al bruto, como el conocimiento da exceso al animal sobre el vegetal, y la vida al vegetal sobre el mineral. Tales son los atributos del reino, que llamaremos *reino humano*„ [1].

4. Linneo, en su *Sistema de la Naturaleza*, contó al hombre entre los Primates, puesta la consideración en solas notas escogidas al acaso; mas cada y cuando que le contrapone á los animales en común, y mide y pondera todo su ser por junto, como es razón que lo haga el naturalista, declara sin empacho debérsele á la especie humana el cetro del reino animal.—"El método natural, dice otra vez Quatrefages, no deja libertad para escoger tal ó cual número de notas: débese hacer caudal de todas juntas, sin perjuicio de tantear bien el precio de cada una. Este método me ha forzado á admitir el *reino humano,* propuesto ya debajo de títulos diversos por varones eminentes; yo creo haber dado de él una determinación más exacta y rigurosa„.—Señalando en seguida los fenómenos y las causas de ellos en el reino humano, concluye diciendo: "En este reino hallamos, junto con los fenómenos peculiares, los que hemos descubierto en todos los reinos inferiores. Por consiguiente, no podemos, no, admirar en él, obrando de consuno todas las fuerzas y todas las causas, los efectos que les son propios. Mirado á esta luz el hombre, merece bien el título de *microcosmos* que antiguamente le dieron„.

Si, pues, el alma racional es parte tan constitutiva del hombre, que le da ser substancial y unidad de persona, como luego diremos; si el hombre es respecto del animal lo que puede ser la planta respecto de la torpe substancia de los minerales; si en toda clasificación bien ordenada deben campear aquellas notas que individúen con más propiedad la índole de los seres; no puede ser sino que al naturalista le cumpla atender á los efectos del alma humana, notar sus rela-

---

[1] *L'esp. humaine*, l. I, chap. I.—QUATREFAGES: Sous peine de quitter la voie ouverte par le père des sciences naturelles et suivie par tous les naturalistes, on doit conclure que la moralité et la religiosité sont de véritables attributs justifiant l'adoption d'un nouveau règne, qu'avec quelques-uns de mes prédécesseurs j'ai appelé le *règne humain. Introd. à l'étude des races humaines,* 1887, chap. I, pág. 6.—Exponiendo el abate Le Hir las doctrinas de Quatrefages, al llegar á la calificación del *reino humano*, añade: Qu'on accepte cette division ou qu'on la rejette, il n'en reste pas moins vrai que l'homme a ses manifestations caractéristiques et exclusives, et qu'au lieu de l'incliner vers la terre et de la rapprocher de l'animal, ces manifestations, si rudimentaires qu'elles soient, tendent à l'en séparer et à l'élever plus haut. La pensée qui se dégage de l'œuvre anthropologique du savant professeur est donc éminemment salutaire. C'est celle qu'exprime si bien le poète:

Os homini sublime dedit cœlumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.

Revue des quest. scientif., 1893, t. XXXIII, pág. 431.

ciones, estimar su primor y poner de relieve su no comparable excelencia. ¿O diremos que le toca al naturalista solamente el oficio de contar, medir y celebrar los caracteres que nos hacen confines con los animales, siéndole lícito cerrar los ojos y desechar como desaprovechados los que de ellos nos separan? [1] Si ciertos autores de zoología tuvieran valor y saber bastante para arrostrar las arduas cuestiones de la psicología, y se acostumbrasen á poner en los efectos del alma el cuidado que ponen en los rumbos de la materia, no tendríamos que lamentar los despropósitos que de continuo leemos estampados en libros modernos. "Nadie niega, exclama Beaunis, la excelencia del entendimiento del hombre sobre el mono; pero en clasificaciones de Historia natural, el entendimiento no ha lugar, ni hace número, ni debe concurrir como distintivo esencial: eso sería trastornar toda clasificación y meter el caos en la ciencia: no ha llegado aún el día de hacer una clasificación psicológica, en vez de la orgánica y fisiológica„ [2]. Debajo del manto de esta hipocresía ocultan los materialistas su refinada malicia.

Cuán molesta les haya sido la resolución de los varones sensatos lo rebosa á la clara C. Vogt cuando, al dar en rostro á M. de Quatrefages con su *reino humano,* brama de coraje diciendo: "Yo no entraré á discutir el reino humano que opone M. de Quatrefages, por razones meramente metafísicas, á los reinos animal y vegetal. No disputaré las diferencias de almas, animal y humana, que son para M. de Quatrefages fuerzas análogas á las de atracción ó gravitación (?), y para nosotros no son más que suma de funciones del sistema nervioso central, simple resultante de la organización de un miembro, y que desaparece aniquilado el órgano...„—Y más abajo, todo turbado, añade: "Resulta, pues, que como hay diferencias fundamentales en toda organización entre plantas definidas y animales definidos, no habría ninguna entre animales definidos y el hombre definido: y así como en el primer caso los reinos vegetal y animal se diferencian por caracteres materiales y legítimos, no sería posible hallar diferencia material entre el reino animal y el reino humano„ [3].

---

[1] GEOFFROY ST.-HILAIRE, *Hist. natur. génér.*, t. II, p. 256.

[2] *Nouveaux élém. de Physiol. hum.*, 1881, p. 49.

[3] *Revue scientifique*, 1879, p. 1058.—No deja de causar novedad la repugnancia que mostró el Dr. Verneau á recibir *el reino humano* de Quatrefages, su maestro y aleccionador, con ser así que señalaba las diferencias anatómicas, orgánicas y espirituales del hombre sobre los brutos, como lo demuestran las palabras siguientes: «Le peu que je viens de dire, suffira à montrer la distance qui nous sépare des animaux les plus voisins de nous. C'est en effet dans les phénomènes intellectuels que réside la véritable caractéristique de l'humanité. Assurèment nous différons des autres mamifères par certaines particularités anatomiques, mais nous leur ressemblons aussi par beaucoup de détails de notre organisation physique; aucun ne se rapproche de nous par son

Así salen en pública plaza las raposerías que albergan los materialistas en sus rateros entendimientos, sin respetar principios ni conclusiones. De suma importancia es, pues, enaltecer y celebrar la grandeza del *reino humano*, especialmente por el enojo que á ellos les da tan acertada división. Al tratar del instinto de los animales [1], hemos asentado que carecen del don de la inteligencia, cuyo fruto es la locución, de la cual vamos á decir algo de lo mucho que se podría, para que quede concluído con más evidencia cuánta desconformidad tenga con el hombre el bruto que de ella carece [2].

ARTÍCULO III.

1. Excelencia del lenguaje en prueba del reino humano.—El lenguaje distingue y califica al hombre.—Los tradicionalistas, haciendo necesaria la locución, humillan la humana dignidad.—2. El habla no es común al hombre y al bruto.—3. Origen del lenguaje.—Índole de las voces articuladas.—4. La mímica expresión de conceptos.

1. Es el habla joya preciosísima de tan subidos quilates, que sin ella parecióles de ninguna estima á no pocos filósofos modernos la humana razón, con ser tan levantada y divina facultad. El vizconde de Bonald se engolfó en la ponderación de su excelencia hasta el extremo de reputarla fuente original de los pensamientos. "El hombre, decía, no puede hablar su pensamiento sin pensar en su palabra.—El espíritu antes de entender las palabras está vacío y desnudo.—No tiene el hombre necesidad del lenguaje para percibir los objetos exteriores; que los animales, privados del habla, los perciben como él; la locuela sólo le es necesaria cuando quiere combinar y generalizar las imágenes y sensaciones y sacar de ellas nociones abstractas„ [3].

---

intelligence». *Races humaines*, pág. 7.—¿Qué le falta, pues, al hombre para constituir reino particular y ajeno de la turba animalesca? Las razones de Verneau no sólo no justifican su repugnancia *(Ibid.*, pág. 3), sino que manifiestan su pueril preocupación.

[1] Cap. XXXVII, art. III.

[2] DR. JOUSSET, *Évolution et transformisme*, 1889, 4.e partie, p. 109.—Ejemplo de rarezas humanas es el libro del Dr. Maréchal, de la Facultad de París. Lleva por título *Superiorité des animaux sur l'homme*, 1901. El animal hace al hombre incomparable ventaja en lo físico, en lo psicológico, en lo intelectual, moral y religioso. Entre otras donosuras, hablando de la solicitud y cariñosa ternura de las madres bestias, dice así: Je n'ai pas besoin de dire que le dévouement, et la science maternelle des animaux sont admirables, bien supérieures (étant données les conditions de la lutte continuelle pour la vie, auxquelle la mère animale est soumise) aux qualités identiques chez la mère humaine. *Ibid.*, pág. 190.—Al Dr. Maréchal le hubiera bastado para comprobación de su tesis haber ofrecido á la publicidad un libro compuesto por un animal tan extravagante como el suyo, que parece garla de papagayo.

[3] *Recherches*, t. I, chap. I.

Estos principios vienen á inculcar que, destituído del lenguaje y sin el favor de la enseñanza, vive el hombre en la imposibilidad de granjear conceptos universales.

Menos extremados anduvieron Bonnetty, Rosmini, Ráulica, Gioberti, si bien todos opinaron ser al hombre necesaria la locución para revolver sobre sus conceptos; por esta causa hicieron forzosa la tradición, la enseñanza, la revelación, sin cuyo auxilio no fuera dable descubrir las verdades del orden metafísico y moral. En fin, el tradicionalismo depaupera al hombre del todo, le desnuda de sus facultades, tanto que, sin el socorro de la tradición, apenas le distingue de las bestias; al revés, engrandece la dignidad de la locución hasta el punto de hacerla capaz de darle el principado sobre las demás criaturas sensibles. Grande encarecimiento y digno de eterna loa, si no despeñase en precipicios y no enflaqueciese la gallardía y vigor de la humana grandeza por el camino mismo por donde quisieran magnificarla.

Sabiamente derrocó por el suelo la arrogancia de este sistema la bien cortada pluma del P. Mateo Liberatore [1], apoyado en las doctrinas de Santo Tomás y San Agustín, demostrando que la palabra va en pos del pensamiento, que hablamos porque pensamos, y no al revés, como á los tradicionalistas se les antojara. Es bien aquí notar cómo las ponderaciones modernas parecen siempre conjuradas contra el buen ser del hombre. Los tradicionalistas, levantando más de lo justo el primor de la locución, hiciéronla autora del caudal de conocimientos intelectuales; los materialistas, prendados de la prerrogativa de la locución, se la conceden á los brutos; con que aquéllos hacen agravio al hombre tratando contumeliosamente su razón, y éstos le afrentan con grave ofensa, nivelándole con las bestias; y entrambas escuelas, con enaltecer la excelencia del lenguaje humillan y agravian al hombre, y dan con su honra al través.

2. No fuera mucho que por este lado solo le vinieran á nuestra excelsitud las piedras de los vituperios. Varones de mucho viso y autoridad en las ciencias, aun sin intención tal vez, atropellan las mejorías del hombre. Oigamos cómo uno de los más cuerdos naturalistas, Quatrefages, razona llevado de su tema de probar que no distinguen al hombre los actos de su entendimiento. "Cuanto más discurro, dice, más me confirmo en que el hombre y la bestia piensan y raciocinan por una facultad que les es común, y que en el primero está mucho más desplegada que en el segundo. Y lo que digo del entendimiento no reparo en afirmarlo del lenguaje, que es la más alta manifestación de la inteligencia. En verdad, sólo del hombre es la palabra, á saber, la voz articulada; pero dos suertes de animales poseen voz; hay en nosotros perfección inmensa, pero no cosa nueva de raíz. En

[1] *Conoscenza intellectuale*, vol. I, capo III.

ambos casos los sonidos producidos por el aire y puestos en vibración por los movimientos voluntarios dados á una laringe, expresan las sensaciones y los pensamientos personales, según los entienden los individuos de la misma especie. El mecanismo de la voz, el fin, el efecto, son en substancia idénticos„. — "El lenguaje de los animales es, cierto, más rudimentario, y enteramente ajustado á la inferioridad de su inteligencia; así podríamos decir que consta casi únicamente de interjecciones; aun así y todo, es bastante para satisfacer las necesidades de los mamíferos y de las aves, que le comprenden muy bien. El hombre le aprende sin trabajo, y, contrahaciendo los acentos, gritos y señales de ellos, logra engañarlos y ganárselos. De suyo se calla que yo aquí dejo aparte el canto de las aves como el del ruiseñor, que me parece ajeno de significación, y sólo comparable á la vocalización de un solfeante„ [1].

Veamos ahora cómo propone esta misma teoría un materialista, muy ajeno de admitir la espiritualidad del alma humana que profesa Quatrefages. Dice así el fisiólogo Beaunis [2]: "La voz articulada es de tantas formas de expresión como la mímica y la gesticulación; ni hay para qué hacer de la locución una cosa especial superior á la naturaleza humana. Hemos visto que los animales usan voces articuladas á su manera; pero en ellos los movimientos expresivos y el lenguaje en particular se reducen á un mínimo, por ser tan limitado el círculo de sus ideas, y por bastarles los modos más sencillos para dar á entender todo linaje de sensaciones. ¿De qué les serviría la instrumentación complicada del lenguaje á seres que llevan una vida intelectual tan circunscrita? El problema del origen del lenguaje abraza el desarrollo de la inteligencia, ni hay para qué detenernos en ello, y el desarrollo gradual del modo de expresión y de movimientos musculares que constituyen la mecánica de la locuela. La solución de este problema ha de buscarse en el niño desde que nace hasta que habla distintamente, en el estudio de las lenguas entre salvajes y en las lenguas primitivas,..„—"Dos teorías son hoy recibidas acerca del origen del lenguaje, la de la onomatopeya y la de la interjección; en la primera, el lenguaje primitivo no debió de ser más que la imitación de ruidos exteriores; en la segunda, el desarrollo de gritos sentimentales; ni la una ni la otra, ni ambas juntas, bastan para explicar el lenguaje. Atribuirle con Max Müller á una fuerza inherente á la naturaleza humana, no me parece acuerdo feliz. El habla es uno de tantos modos de expresión, y los animales poseen también esos movimientos, aunque sus manifestaciones sean más limitadas que en el hombre. Luego el lenguaje no es esencial á la naturaleza humana; es sólo término superior de una evolución común á todos los seres

[1] *Nouveaux élém. de Physol. hum.*, 1881, p. 966.
[2] *L'esp. humaine*, livre I, chap. I.

animados, y la manifestación más levantada es la más notable. El lenguaje es tal cual le hace la inteligencia humana, la cual ha perfeccionado poco á poco el grosero instrumento de los primeros tiempos... El orden que progresivamente ha seguido es éste: gritos y gesticulación instintiva; vocalización, mímica, danza; articulación, monosilabismo, escritura figurada; lenguas monosilábicas, lenguas aglutinantes, lenguas amalgamantes ó de flexión„. Hasta aquí Beaunis, con su confusión de ideas y vocablos. Concuerda con Quatrefages en venerar en hombres y bestias sin diferencia el don del habla, fundados ambos autores en la prerrogativa de la inteligencia, que para Beaunis es el meollo de las fuerzas físicas, y para Quatrefages facultad espiritual totalmente exenta de materia. Hasta tal extremo corren á rienda suelta por el campo del saber moderno los devaneos.

3. Mas entremos á declarar qué cosa sea la palabra. Antes de responder conviene advertir que, estando nuestra alma substancialmente así unida con nuestro cuerpo que formen ambos á dos un solo ser, necesarios son signos sensibles que den noticia de los pensamientos á los seres con quien tratamos. Estos signos pueden ser instintivos ó artificiales; los instintivos, suspiros, gestos, meneos de pies y manos, expresan las sensaciones y la interna disposición con tal cual exactitud; pero los artificiales ó de convención, como el lenguaje, parecen los más á propósito para representar con acierto los afectos y pensamientos del alma. Entre las señales y expresiones de los conceptos sobresalen las palabras que, según el arbitrio de los hombres, figuran determinadas ideas; y aunque no sean medio del todo necesario para darles cuerpo y vida, son instrumentos aptísimos, porque hablando á la imaginación facilitan al entendimiento la vista clara de los conceptos que significan. "Así vemos, dice á este propósito el P. Liberatore, que los pueblos, según que sea analítica ó sintética la lengua que usan, son sintéticos ó analíticos en sus ideas; y no erraría lejos de la verdad quien buscase en la riqueza y propiedad de una lengua, en parte al menos, la razón del progreso filosófico ó literario, y en la índole de un idioma la causa del diverso pensar de las naciones„ [1].

Si contemplamos las dicciones en cuanto imágenes de los pensamientos y deseos, no hay duda que son las que más al vivo los representan, como el signo más principal; ni hay otro que con más claridad, facilidad y generalidad haga pública la intención. Porque los suspiros, gestos, visajes, gritos, ademanes y otros semejantes, con tener gran símbolo y proporción con las ideas, ofrecen suma dificultad, expresan confusamente, vagamente enuncian, y piden esfuerzo y atención al que deba interpretar el sentido que entrañan. Y no tan sólo son en sí embarazosos los gestos y malos de descifrar, pero también depende

[1] *Conoscenza intell.*, vol. I, capo III.

su valor de circunstancias particulares, que traen consigo buen cúmulo de dificultades. ¿Cuánta fatiga no cuesta al sordomudo pintar con los dedos y poner delante de los ojos la cosa que anhela?

La mano, como decíamos poco ha, es uno de los principales órganos que tiene el hombre para comunicar con sus semejantes y para expresar los pensamientos. Hablar con la mano es común tal vez más que con la lengua. Díganlo los sordomudos, que sin el favor de la mano serían hombres mucho más desgraciados; los ciegos de nacimiento, que en la mano tienen la brújula que guía sus pasos; las casas de educación, que se sirven del tacto para enseñar á discurrir á los niños más torpes; los maestros de enseñanza que, mediante los gestos de la mano, llevan á sus alumnos á la cumbre de las ideas intelectuales; los padres de familia, que usan de la mímica para entenderse con los hijos.

4. A qué perfección haya llegado el arte de la mímica, bien lo sabemos; mas no todos alcanzamos cuántos imposibles se han tenido que vencer para inventar signos y figuras que representen los pensamientos. ¿Y por qué se ha levantado el arte á tanta perfección, sino porque los sordomudos son gente dotada de razón, y el ejercicio de la locución allanó las más de las dificultades? "Hagan la prueba, dice el docto Hamard; den educación al mono más listo de la escala zoológica, traten de enseñarle con esmero á escribir: la sola tentativa, aun imaginada, mueve á risa por lo excusado de la tarea; y, con todo, si, como presume M. de Quatrefages, el animal estuviese enriquecido con nuestras facultades intelectuales, la mona debería ser idonea para la educación tanto como el sordomudo, que en lo físico es menos favorecido de la naturaleza. ¿En qué está la infinita distancia, sino en que el hombre posee una potencia de que carecen los animales inferiores?„ [1]. A la verdad, el discurso de la razón nos abre la puerta para explicar lo fácil de la educación de los sordomudos. El artificio de los signos simbólicos y de las figuras de la mímica sería industria vana si estuviesen privados de la facultad de expresar sus ideas y de comunicar con sus semejantes; pero dicha facultad por sí sola basta al hombre en cualquiera coyuntura para significar lo que quiere, lo que pasa, lo que le conviene hacer.

El bruto es imposible que mienta; de ello es incapaz. Sólo el hombre sabe mentir, cuando quiere y como quiere. ¿Y por qué, sino porque tiene poder para disfrazar sus pensamientos de innumerables maneras, aun haciendo sonar en los oídos imágenes adulteradas? Ni dejemos de advertir que si caben mentiras en los gestos, como las hay en las palabras, las mentiras de acción parecen no desdecir tanto como las de locución, á causa de la mayor vaguedad que en los gestos se contiene. Muy á este propósito dijo nuestro eruditísimo

[1] *Revue des questions scientifiques*, 1878, p. 208.

Quevedo: "Débese advertir con Cayetano, que más fácilmente se excusan de mentirosas las obras que las palabras; y es la razón, que las palabras son propia y expresamente las señales del concepto, y para exprimirle se instituyeron; no así las acciones, que se interpretan más latamente„ [1]. De donde cierta cosa es que el discurso hablado, la razón vestida con palabras, en fin, el uso del habla, hace á todos los otros signos no comparables ventajas, ya porque los nombres sustantivos y adjetivos diestramente trabados entre sí dibujan al vivo el sujeto y le señalan con el dedo, ya porque el verbo con la variedad de modos, tiempos y personas hace pintura de su estado y disposición, ya porque las demás partes gramaticales realzan los perfiles y avivan los colores dando la última mano á la figura, pues señalan tan patentemente la cosa, que quede de todo en todo dada á conocer. Y así, decía San Agustín: "Las palabras han alcanzado entre los hombres el señorío y poder de significar todo cuanto el ánimo concibe„ [2]. Por manera que es el lenguaje para el trato humano como la moneda entre mercaderes: y así como la moneda representa todos los valores y es medio general de cambio, no de otro modo el estilo y el lenguaje hace las veces de todos los conceptos y es instrumento universal de humano comercio. Este es pensamiento de nuestro español Quintiliano.

ARTÍCULO IV.

1. El lenguaje no es propio de animales.—Los brutos no exprimen conceptos por gestos ó señas.—2. Teoría de los Escolásticos sobre el *verbum mentis*.—3. Examínase la índole del acto intelectual y sensitivo.—4. Los brutos no carecen de órgano para hablar.—5. Extraña teoría de Quatrefages.—6. Más extraña la de los materialistas.—Historia del niño de Darwin.—7. El *verbum mentis*, que es el alma del lenguaje, les falta del todo á las bestias.

1. Supuesta la inteligencia de cuán precioso don sea el habla, veamos cuán lejos esté de caber en la facultad de los brutos. Los modernos, que en afirmar osadamente y como averiguadas las cosas que bien les parecen son modelos acabados, se han mancomunado para franquear á las bestias la facultad del lenguaje, siquiera rudimentario, como hemos visto arriba. ¿Qué razones presentan? Ninguna por cierto: dicen que los brutos poseen su manera de comunicar los afectos y sentimientos, y que en su desaliñado estilo hablan y conversan, teniendo unos con otros muy buenos ratos. ¿Mas es lenguaje el suyo? ¿Así hablamos los hombres? Porque bien dijo Santo Tomás: "Toda representación consiste en una cierta comparación del signo á lo signado, que pertenece propiamente á la razón; y así los brutos algo manifiestan; mas no intentan esa manifestación, sino que por su

[1] *Vida de San Pablo Apóstol.*—[2] *De doctr. christ.*, l. II, cap. III.

natural instinto hacen alguna cosa, á la cual sigue la manifestación„ [1]. El lenguaje es, ó natural ó convencional: el natural explica por gestos y ademanes la interior disposición: á esto en su manera alcanzan los brutos, y aun con artificiosa paciencia se les enseña á dar algún sentido á una determinada acción. El perro y el mono conocen lo que su amo pretende cuando toca el tambor, y luego empiezan á bailar; pero si el titiritero intenta mostrar su voluntad con el redoble, los danzantes no pretenden mostrar su obediencia pronta ejecutando la danza: obran sin querer y sin saber, ni es lenguaje aquella torpeza de figuras y meneos. ¡Qué bien lo dice el P. Carbonnelle por estas palabras!: "Cuando los animales hacen señas cualesquiera con la voz ó con el gesto, en el afán de transmitirlas se echa siempre de ver que tienen otra cosa presente. La gallina que cacarea y aletea con presteza, avisa á los polluelos del peligro que corren, mas es para juntarlos y tenerlos cerca de sí: el perro y el gato, delante de un enemigo, toman posturas belicosas con ademanes amenazadores, mas es para ahuyentar al enemigo. Nunca vemos que parlen platónicamente entre sí, y con todo á veces debieran hacerlo si de ello fuesen capaces. La necesidad social que tienen unos de otros, y que á menudo experimentan, demandaría en muchos casos algunas explicaciones. Los más de ellos cuidan con solicitud sus hijuelos: ¿cómo no les cuentan lo que la experiencia les enseñó, pues de ello bien se acuerdan?„ [2]. Hasta aquí el P. Carbonnelle.

2. Entremos más adentro en el profundo de esta materia. En el acto intelectivo más elemental dos cosas vienen á encerrarse, la impresión que el objeto hace en el entendimiento, y la aprensión del objeto efectuada por el mismo entendimiento. Los antiguos Escolásticos llamaban con razón *verbum mentis* al acto intelectual en que la mente, representados los conceptos de las cosas, da su fallo y habla como juez. En los actos sensitivos hay representación del objeto, ó imagen sensitiva, que no es distinta del acto; en esta imagen la potencia sensitiva conoce su objeto singular; por eso dice oportunamente Suárez: "Las potencias sensitivas tienen una producción semejante á la producción del verbo mental„ [3]. Pero la obra del entendimiento *(verbum mentis)* consiste en afirmar ó negar la conveniencia del sujeto con el predicado; y para eso es menester compulsar los extremos, y luego dar la sentencia afirmando el sí ó el no. Mas porque en los brutos sólo caben aprensiones sensitivas y no intelectivas, mucho menos pueden hacer comparaciones ni juicios; por eso "propiamente, añade Suárez, no dicen ni hablan, porque conocen con imperfección; y nada afirman ó niegan, sino sólo simplemente perciben, y así la denominación de *palabra* no la merecen sus conceptos„ [4].

---

[1] II II.ae, q. CX, a. I.—[2] *Revue des quest. scientifiques*, 1880, p. 207.
[3] *De anima*, l. III, cap. V.—[4] *Ibid.*

La razón es, porque como la virtud manifestativa sea la que entabla correspondencia entre la palabra externa y el concepto mental, puesto que "la manifestación se halla sólo en el entendimiento, y si fuera del entendimiento se atribuye á alguna cosa la propiedad de manifestar, es porque algo queda en el entendimiento que es principio manifestativo„ [1]; de aquí nace que la palabra no tenga de sí misma el ser representativa, sino que reciba ese oficio del entendimiento; al concepto intelectual le compete con propiedad, y no al nombre, el oficio de manifestar; el concepto es la imagen viva del objeto; el vocablo es la señal y figura de ella, el cual, sin el concepto, es cosa hueca, sin importancia, mero sonido. Por eso el entendimiento, que contiene aposentadas en sí con maravilloso artificio las cosas que conoce, no las manifiesta en aquel ser real y tosco que de suyo tienen, sino en las imágenes y figuras espirituales de ellas, y así, cuando quiere decir y mostrar lo que siente, envuelve sus conceptos en unos como bultos de voces y da á conocer las cosas como las entiende. De manera que, así como la lengua es instrumento de palabras, las palabras son la lengua del entendimiento. Por galana manera puso en claro estas nociones el P. Fr. Luis de León, diciendo: "Hay dos maneras ó dos diferencias de nombres: unos que están en el alma, y otros que suenan en la boca. Los primeros son el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros el ser que tienen en la boca del que, como las entiende, las declara y saca á luz con palabras. Entre los cuales hay esta conformidad: que los unos y los otros son imágenes, y, como ya digo muchas veces, sustitutos de aquellos cuyos nombres son. Mas hay también esta desconformidad: que los unos son imágenes por naturaleza, y los otros por arte. Quiero decir que la imagen y figura, que está en el alma, sustituye por aquellas cosas cuya figura es, por la semejanza natural que tiene con ellas; mas las palabras, porque nosotros que fabricamos las voces señalamos para cada cosa la suya, por eso sustituyen por ellas„ [2].

3. Si hacemos cotejo de la imagen sensitiva con la palabra, notaremos que la sensibilidad presenta la figura y apariencia del objeto, su traje y hábito de fuera, no su naturaleza íntima y real. Y porque sería usurpar una dominación propia de un orden más alto el atribuir al sentido el acto del entender; así tampoco á la imagen sensible le pertenece propiamente hablar y usar de nombres, pues la palabra, como decimos, es la imagen del concepto íntimo de la cosa. Por esta causa, no sólo el bruto no habla, mas tampoco en el hombre dicen cosas los conocimientos sensitivos. Porque el que habla por medio de nombres, sustantivos y adjetivos, verbos y demás partes del discur-

[3] S. THOMAS, *De veritate*, q. IV, a. 3.

[4] *Nombres de Cristo*, introducción, § 2.

so, significa en general los modos de ser, las notas, las relaciones y accidentes de los objetos; ninguna palabra hay que dibuje el conocimiento sensitivo de una cosa, que es singular y mecánico; ni el entendimiento, que tira á investigar y á exponer con sus ideas las esencias de las cosas que trata, ha menester pintar circunstanciadamente la sensación recibida; bástale referir la representación del fantasma, á lo cual ayuda la palabra; la cual en faltándole, acude el hombre al gesto para manifestar el concepto que desea. Las voces onomatopéyicas buenas son para quien ignora la lengua del país, ó para gente ruda que no sabe hablar.

Cuando los modernos andan perdidos por demostrar que los primeros hombres entraron en el mundo hablando con onomatopeyas y con interjecciones inarticuladas con que hacer patente la rudeza de sus sensaciones é ideas, ¿qué otra cosa pretenden sino mostrarnos con el dedo el genio tosco y embrutecido de aquellas familias humanas? No; el hombre habló desde que puso los pies en la tierra; vino al mundo hablando, el cual es un hecho histórico que no consiente duda ninguna. Las interjecciones le podían servir para hacer patentes los afectos de su voluntad ó los sentimientos del apetito inferior testificados por la conciencia; introducir la fábula de las onomatopeyas es amontonar desatinos para obscurecer más al seguro el resplandor del humano linaje.

La palabra, pues, se instituyó para significar, no fantasmas sensibles, sino conceptos intelectivos é insensibles, y para representar con facilidad y entereza toda suerte de cosas. A su formación concurren las potencias sensitivas, ora ayudando á vestir con voces articuladas la imagen intelectual, ora ofreciendo al entendimiento la imagen del vocablo articulado visto ú oído, mediante las cuales el entendimiento, enriquecido de conceptos, muestra al exterior con el sonido de los vocablos la señal de lo que allá dentro concibió. Así, tres cosas concurren en el proferir palabras; el concepto del entendimiento hablado sin voz ni semejanza, el fantasma que es imagen de la palabra externa, y la voz articulada, por donde la palabra depende de la fantasía y del sentido materialmente, y formalmente del concepto. Y de aquí por necesidad se concluye que en los brutos no tiene lugar la palabra por faltarles entendimiento [1].

4. No está, pues, la diferencia en que carezcan los brutos de condiciones para articular; porque demás de que, como Buffon declaró, el mono está provisto de todos los requisitos para ello, y aun tiene lengua tan expedita como el hombre, el poseer aparatos nada prueba, pues son una mera condición, no la substancia del lenguaje; el punto está en la razón y en el concepto. Ajustadamente escribió Beaunis las siguientes razones: "Muchos animales, dice, poseen la

[1] P. SEEWIS, *Della conosc. sensit.*, capo III, art. V.

voz articulada como el hombre. No alcanzan á formar palabras si no es por imitación, como el papagayo y otras aves; pero no producen naturalmente sonidos articulados. Los mamíferos á lo sumo vocalizan, aunque pueden emitir consonantes. Así la *b* se deja oir claramente en el balido del cordero; las consonantes *z*, *r*, *s*, *p*, *g*, *k*, *u*, etcétera, se distinguen en el canto de los pájaros„ [1]. No digan, pues, que la mala traza de la laringe, ó la torpeza de la lengua, ó la cavidad de la boca, son estorbo al ejercicio del habla; confiesen, por el contrario, que es un pasmo cómo los que tienen órganos acomodados no saben ejercitarlos á maravilla. ¿De dónde le viene al hombre el primor y hechizo que tiene, sino de la lengua y boca? ¿Y por qué sino por ser el habla el instrumento más propio de la razón, donde se refleja más claramente el alma? Hermosas son todas las cosas; enamora y cautiva tan sólo el hombre porque habla, en tanto que los demás seres no saben sino estarse mudos y quedos por más que sepan vocear.

No en lo físico, tornamos á decir, si bien se mira, está el efecto del lenguaje. Si el hombre, mediante la laringe y el aire de los pulmones, despide sonidos, y meneando labios, dientes, lengua, y dando contra las paredes fijas de la boca pronuncia voces diversas, no de otra manera los animales remedan sonidos articulados, con su balido las ovejas, con los trinos los ruiseñores, con el castañeteo las monas, con el silbido las serpientes, con el rugido los leones. Mas semejantes voces son articulaciones imperfectas, sin hermosura y sin expresión; por el contrario, al hombre le es dado hacer sonar en los oídos por infinita variedad letras vocales con incomparable limpieza, broncas consonantes con suma facilidad, vocablos de cualquier idioma con su donaire particular; y eso porque á él sólo le es concedida la propiedad de razonero, esto es, la facultad de pensar y de elegir, de declarar, en fin, sus conceptos con la lengua, para cuyo desempeño ambas potencias se requieren.

5. Pues luego discurren sin concierto los que hacen al bruto partícipe del privilegio del habla que es peculiarísimo del hombre. Es muy extraño que al ilustre Quatrefages se le escapase esta esencial diferencia, y que deslustrase la verdad afirmando que "el lenguaje de los brutos es rudimentario y consta de interjecciones y de admirativos esencialmente„, y que el del hombre es sólo de mayor perfección que el del animal. Nunca llegaron las bestias á instituir voces convencionales, porque el instituir signos que á ciertos conceptos habían de estar vinculados prerrequiere convención mutua, y, no habiendo convención posible sin discusión y sin comunicación de inteligencias, el lenguaje sólo puede hallarse entre personas capaces de raciocinio. Sones varios, palabras enteras, frases compuestas pueden enunciar-

[1] *Nouveaux élém. de Pyhsiol.*, 1881, p. 963.

las los brutos: ¿cómo no son suficientes á darles sentido ni á ordenarlas á la expresión de sus sentimientos, sino porque el hacer voces dignas de sentido sólo se les facilita á los que gozan de habla interna, no á los destituídos de intención discursiva? Lo más que de la bestia puede el hombre prometerse es que articule una frase dispuesta de antemano y hablada por él; todo cuanto sale del territorio de lo mecánico y pasa á lo moral é intelectivo es vano intento pedírselo á seres irracionales; siempre será constante esta verdad; si del bruto es la voz, sólo del hombre es el habla [1].

"Hay esencial diferencia, dice el P. Carbonnelle, entre el lenguaje humano y el de los brutos: en el hombre la comunicación del pensamiento es conocida y expresamente intentada; en el animal es un medio ignorado por el mismo que le emplea, y viene á ser su ignorancia como la que el hombre tiene de los actos cerebrales, nerviosos y musculares. También el hombre hace á veces ademanes, gestos y exclamaciones como ellos, pero es el único que sabe articular con la voluntad resuelta de explicar sus sentimientos y participarlos á los demás„ [2]. La razón es, como hemos dicho, que el habla, por significar conceptos internos, va derecha á su blanco con voces escogidas y proporcionadas; pero siendo los vocablos de suyo generales, vagos y aptos para simbolizar diversas ideas, el artificio que su empleo pide arguye entendimiento, que no falta al hombre más lerdo, y se echa menos en el bruto más sagaz. Podrá la cotorra garlar una serie de palabras, el mono tomará la pluma, manoseará el oso un libro; pero jamás llegará la cotorra á distribuir las voces sino como las oyó articular, sin dar tono ni sentido diferente á la frase; tampoco el mono conseguirá en toda su vida el arte de escribir, ni lograréis del oso que descifre una sola letra, á no ser que, á poder de palos y escarmiento, llegue á grabar en la memoria sensitiva aquellas figuras arbitrarias. Cuando, pues, Quatrefages afirma con tanta aseveración que el hombre y el animal piensan y raciocinan por obra de una facultad que les es común, si bien más destrabada en aquél que en éste, y cuando asienta que el instrumento, el fin y el efecto del lenguaje son en ambos á dos una misma cosa en substancia, no hace sino ir contra la corriente de todos los filósofos más calificados, dar pruebas de ignorar la esencia de las facultades cognoscitivas, servir por su mano á los materialistas y abrir la puerta á la ruina del *reino humano,* que con tantas veras pretendió establecer y fundar.

6. De entretenimiento y gusto es la hipótesis del darwinista Hovelacque [3], en confirmación de la teoría de Mortillet acerca del parentesco del hombre con los monos. Unos cuantos animales favorecidos

---

[1] Arist., *De Anim.*, l. iv.—[2] *Aveuglement scientifique*, art. ix.
[3] *Ass. Française*, Lyon, 1883, p. 613.

de circunstancias felices lograron la fortuna de hablar; otros, semejantes á ellos en el organismo, en vez de fijar la rueda en la perfección de sus facultades, no sólo se les volvió y quedaron cerrados y mudos, mas también cayeron en el abismo de una abyección deplorable: éstos son los monos antropomorfos, gorila, orangután, quimpancé, gibón; aquéllos los antepasados del hombre. Esta rustiquez de la doctrina de Hovelacque es corolario del transformismo: ya el mágico Darwin dió en la flor de achacar los adelantamientos del hombre al lenguaje articulado [1]. Pero tres cosas son dignas de advertencia en esta hipótesis darwinista: primera, el discurrir su autor en materia peregrina y del todo ignorada; segunda, el estribar en fantasías sin hechos comprobativos; tercera, el confundir la causa con el efecto y enmarañar la cuestión grandemente. "Sin duda, dice el marqués de Nadaillac, el lenguaje articulado es preciosísimo don. La locución manifiesta cuánto vale y cuánto puede el hombre que la ejercita. Los animales tienen voz, decía Aristóteles; los hombres sólo habla: Cuvier, Gratiolet, Huxley son contestes en reconocer que la facultad de hablar constituye el distintivo por excelencia de la especie humana. Todos los hombres hablan; aun las razas inferiores conocen los artificios, digamos mejor, el arte de la elocución. El hombre, del oso y del elefante señoreaba, y avasallaba con las palabras los animales que tenía en torno suyo; y cierta cosa es que los hombres todos, desde los albores de su vida, comunicaron entre sí sus primeras impresiones„ [2].

Sirve de juego la pintura que Darwin nos dejó de un niño suyo, donde procuró representar por qué medios la criatura logró entrar en conversación y trato con sus domésticos. Entre otras gracias, cuenta que "á los seis meses y once días manifestaba simpatía cuando el ama hacía como que lloraba. Al cabo del año estudiaba la expresión del semblante de los que le rodeaban cuando había hecho alguna travesura. Probablemente, el que unos rostros le agradasen más que otros á los seis meses, debíase á la expresión diferente más que á la forma de los rasgos. No bien tenía un año, entendía el tono y gesto, y aun varias palabras y frases breves. El nombre de su ama le aprendió cinco meses antes de inventar su favorita voz *mum*, con que la nombraba al cabo de un año. Desde que le pronunció, en vez de llorar cuando quería el pecho, no hacía más que repetirle como significando su necesidad. No sé qué motivo le indujo á emplear esa palabra„ [3]. Con este candor va contando el padre las gracias de su hijuelo, pretendiendo probar cómo los niños dan á conocer sus necesidades por gritos instintivos, por la expresión de la fisonomía, por palabras vagas que inventan, en fin, por otras más claras, que son dejos de

[1] *The descent of man*, t. II, 1873, p. 391.

[2] *Les premiers hommes*, t. II, chap. XIV.—[3] *Revue scientifique*, 1877, p. 25.

las que oyen, y "éstas últimas, añade, las aprenden con maravillosa presteza„.

Pero no advierte el naturalista que de su perro ó de su papagayo no contaría tan halagüeños triunfos, por más que certifique al terminar su artículo que los animales se habitúan fácilmente á entender ciertas palabras. También omite, en la menuda relación que de las hazañas del niño hace, las industrias que él ó el ama empleaban en su crianza y educación, haciéndose criatura, adelgazando y enflautando la voz, gorjeando para mejor remedar y encaminar al pequeño á la perfección del hombre. Y ¡cuántas veces debiéronle de ver á este oráculo de la ciencia moderna hacer visajes, enflaquecer el aliento, fingir miedos, mentir lloros, andar á gatas, correr á los caballitos, hecho niño con su niño para hacerle hombre como él! ¿Por qué estas escenas de familia se las dejaba en el tintero el bueno de Darwin, sino porque barruntó que podíamos, si las contaba, echarle en cara su proceder, tan distante del de los brutos, que abandonan sus hijuelos apenas nacidos porque nacen enseñados, ni hay que esperar aprendan palabra de quien ni una sola por maravilla oirán? Pero ¿cómo no vió Darwin que aquellas acciones disimuladas, y que en los gozquejos de su casa hubieran pasado por inadvertidas, eran rayos de vivísima luz, y clarísimo espejo, y poderoso estímulo á la precocidad de su pequeñito? Si no reparaba entonces en la diferencia del niño y del animal, cegábale la pasión científica ó el amor á los precipicios. Mas salgamos de esta niñería, y concluyamos (perdónese la digresión) el hilo del empezado discurso.

7. No es la vocalización ó la articulación de las vocales la que constituye la gracia del lenguaje, sino la manifestación de los conceptos. Los animales, cuando más, aciertan en el traje aparente, no saben dar con el cuerpo; gastan y estropean vocablos, no usan de la locución; porque carecen del poderío de atar á una suma de voces un pensamiento; gloria reservada al niño, al hombre, al príncipe de los animales. El meollo y la substancia del lenguaje está en el interior del alma; la palabra mental, aquel *verbum mentis* que decíamos con los Escolásticos, es el ser formal de la palabra externa: donde el alma enmudece, donde no vibra la palabra interna, ¿cómo ha de ser posible su reflejo y expresión? Por eso el mono más habilidoso, el gorila de cerebro más desarrollado, nunca gastó una palabra, ni movió los labios, ni fué poderoso á hacer un visaje con ánimo de significar alguna idea ó deseo; al revés, el hombre más rudo, privado de oído y lengua, demuestra claramente sus sentimientos, y se corresponde con los circunstantes sin mucha dificultad. No se canse, pues, el materialista Broca en perorar, mostrándonos cómo la facultad del habla reside en ésta ó aquélla circunvolución cerebral de los brutos; no nos predique Vogt que la posibilidad de combinar sonidos y letras depende de tal parte del encéfalo; no nos aturdan los oídos con la no-

vedad de sus descubrimientos: en balde suenan el clarín clamoroso si, ufanos por haber averiguado el mecanismo de la articulación, no aciertan á dar en la veta del mecanismo del pensamiento.

ARTÍCULO V.

1. La controversia si el hombre inventó el lenguaje, en el orden de lo posible, admite contrarias sentencias.—2. En el orden de los hechos, el hombre le recibió de Dios inmediatamente.—Las palabras de la serpiente en el Edén no deshacen lo asentado. 3. Que el hombre perfeccionó el lenguaje recibido de Dios, fué ya opinión del Tostado.—4. Civilización del hombre primitivo.—5. Cuál fué el idioma que el primer hombre habló.

1. La contienda del origen del lenguaje sobre si fué dueño el hombre de inventarle, ó si debió recibirle ya formado como merced del sumo Hacedor, es sobremanera ardua y enojosa. Cuanto á la posibilidad absoluta, aunque algunos autores creyeron que no estuvo en la mano del hombre hallar su traza, otros son de parecer que era capaz la humana inventiva de señalar á ciertos sonidos un determinado concepto y atar á un grupo de sílabas la idea de cosas sensibles. Que el hombre tenga idioma natural, es vana pretensión afirmarlo; interjecciones, sonidos vocales, gestos, ademanes, suspiros, gemidos, son los signos exteriores de que se valen los hombres espontáneamente para expresar los afectos del ánimo. Mas no es ésa la presente cuestión; ésta tiene más dificultad de lo que á primer aspecto parece.

El P. Lorenzo Hervás se inclina á creer que no es hacedero al hombre inventar un idioma. "Cotejo, dice, y llamo á examen casi todas las lenguas que se conocen en el mundo, y de este modo hago inútiles centenares de libros que sobre dichas dudas se han escrito; y, observando la diversidad substancial de los idiomas en las palabras y en la sintaxis, establezco que el hombre es incapaz de formar por sí mismo un idioma, que fué infuso el primero que hablaron los hombres, y que la diversidad de los idiomas en palabras y sintaxis no puede ser efecto de otra causa que de la admirable confusión de lenguas que refiere Moisés, y se contiene algo enmascarada en la mitología, tradición é historia de las naciones paganas„ [1]. Ninguno habrá que ose negar el peso de esta ilustre autoridad. El mismo pensamiento siguió Balmes. "Si para el desarrollo, dice, de las facultades intelectuales y morales es necesaria la palabra, los hombres sin lenguaje no pudieron concebir y ejecutar uno de los inventos más admirables; y en este sentido dijo con verdad y agudeza un autor nada sospechoso á los incrédulos: me parece que ha sido necesaria la palabra para inventar la palabra„ [2]. En otra parte dice: "La palabra no produce

[1] *Historia de la vida del hombre*, l. II, cap. VII.
[2] *Curso de filos. elem. Metafis.*, c. XVII.

ni puede producir la idea, esto es cierto: la razón de las ideas no está en el lenguaje; la razón del lenguaje está en las ideas. La palabra es un signo, y no se significa lo que no se concibe. Pero este signo, este instrumento es de un uso maravilloso; las palabras son al entendimiento lo que las ruedas á la potencia de una máquina. La potencia le da el movimiento, pero la máquina no andaría sin ruedas. Faltando la palabra, la inteligencia podría tener algún movimiento, pero muy lento, muy imperfecto, muy pesado. La Biblia nos presenta al hombre hablando luego de criado; el lenguaje le fué, pues, enseñado por Dios. Éste es otro hecho admirable que la razón confirma plenamente. El hombre no pudo inventar el lenguaje. Esta invención excede á cuantas se pueden imaginar; ¿y se quiere atribuirla á hombres tan estúpidos que carecen de lenguaje? Menos extraño sería que un hotentote inventara el cálculo infinitesimal„ [1]. Así piensa este gran filósofo, algo extremado en calificar la razón humana.

Poniendo la consideración en lo que le pasa al niño antes de saber lo que habla, vemos que, callando la boca, sus ojos dan voces y significan, su rostro descubre lo que siente, con clamores y gritos pregona las impresiones de alegría ó dolor, en sus ademanes reluce la disposición interior, aun sin entender la criatura qué valor tengan aquellos signos por ella empleados con tanta frecuencia. Por otra parte, al revés de los animales más perfectos, carece de habilidades instintivas para mirar por su vida, si la educación no se las enseña. El único instinto que muestra al nacer es el tomar y desjugar el pecho de la madre. Al compás de la impresión que en sus sentidos hacen las cosas exteriores, va menudamente cobrando ideas sensitivas; á ese paso procura insinuarlas con gestos antes que mostrarlas con palabras. Porque es imposible que, no poseyendo la idea, aplique la conveniente dicción; aplicación que llega mucho tiempo después de haber balbucido la palabra con repetidos esfuerzos sin entenderla; en la cual aplicación y en la correspondencia que el niño entabla entre el concepto adquirido y la dicción que le enseñaron consiste propiamente el habla. Muchos ensayos preceden, ejercicios de mímica, remedos infantiles, gesticulaciones, indicaciones de objetos: en esta porfiada gimnasia, ya que los actos del infante parezcan automáticos y espontáneos, difieren sumamente de los que aprenden los brutos en la finura de la articulación, en la modulación de la voz, en el tono expresivo que á cada vocablo atribuye. Aquel lenguaje natural, que es tan peculiar en los niños y que tanto embaraza á los domésticos hasta que han aprendido á interpretarle, no es otra cosa sino fruto de las sensaciones que experimenta, primer destello de la inteligencia que principia á rayar, demostración de la facultad de hablar que posee, y brota por mil partes indicios de capacidad. ¿Qué prueba todo

[1] *Filos. fundam.*, l. x, cap. xvii.

esto sino que si la facultad de hablar es en el hombre innata, ha menester maestro que la despierte y enderece?

2. Sea de ello lo que fuere, ésta es cuestión libre, y "el resolverla afirmativamente, dice el filósofo José Prisco, no va tan fuera de camino ni de religión como muchos se creen„ [1]. Mas, bajando de la esfera de lo posible al territorio de los hechos, podemos confiadamente asegurar que el hombre recibió del Soberano Criador la prerrogativa del habla. En el describir Moisés los primeros padres tratando entre sí y conversando con Dios, y la mujer dando y tomando con el enemigo común, muestra que, ó recibió Adán, en hecho de verdad, del mismo Dios todas las voces compuestas y aderezadas, ó ingenio especial para componerlas y ordenarlas. Que si el primer hombre fué enriquecido de conocimientos, naturales y sobrenaturales, como más adelante probamos, porque era tan conveniente á una criatura racional que salía perfecta de las manos de su Criador [2], con no menos justicia podemos filosofar del habla, que era tan necesaria al humano comercio. No hay que reparar mucho en lo que San Gregorio Niseno dice por estas palabras: "Siendo la mente ajena de materia corpórea, había de gozar de sus excelentes facultades; por manera, que muy poco provechosas le fueran si careciera de artificio con que manifestar por defuera sus ocultos sentimientos. Y así érale forzoso poseer estructura de órganos tal, que el entendimiento se sirviera de ellos para formar sonidos, como de instrumento músico, y hacer patentes sus espirituales afectos„ [3]. Otras cosas va exponiendo este eruditísimo santo sobre los órganos de la lengua y de la voz articulada que arriba tocamos [4];

---

[1] *Elem. de Filos. espec.*, 1866, t. I, p. 403.—[2] D. THOMAS: I p., q. XCIV, a. 3.

[3] *Contra Ennomium*, lib. XII.—Más abajo añade el Niseno: Quare fixa nobis manet sententia quæ voces humanas nostræ mentis inventa esse definit. Neque enim a principio, quando unilingue erat totum genus humanum, homines divinitus verba edoctos esse e Scriptura discimus, neque ubi in varias linguarum differentias discissi sunt, divina quædam lex quomodo quisque loqueretur præstituit. Sed volens Deus homines diversis uti linguis, dimisit naturam pergere via sua atque pro lubitu apud singulos articulare sonum ad nominum declarationem.—Casi único fué el Niseno de los Padres que se declararon contra la divina institución del lenguaje, pues todos (SAN AGUSTÍN, *De Civit. Dei*, lib. XVI, cap. IV.—SAN CIRILO ALEJANDRINO, *Contra Julian.*, lib, IV, lib. VII.—SAN CRISÓSTOMO, *Hom. in Gen. II.*—SAN JERÓNIMO, *Quæst. hebr.)*, abogaron por ella. Si á muchos modernos (MOTAIS, *Le déluge*, 1876.—HARLEZ, *La Controverse*, Juin 1883.—ROBERT, *La non-universalité du déluge*.—VIGOUROUX, *Manuel biblique*, t. I.—VAN DEN GHEYN, *Revue des quest. scientif.*, 1893, t. XXXIV), les ha parecido bien negarla, otros responden con harta satisfacción á los argumentos. (HUMMELAUER, *Comment. in Genes.*, 1895, pág. 305.—KAULEN, *Die Sprachverwirrun zu Babel*, 1861.)

[4] Cap. XLI, art. I.

de cuyo testimonio solamente se puede colegir que Adán no podía, sin auxilio de aparato vocal, dar sonido á las palabras; y que, habiéndoselo concedido el Señor, le fué fácil expresar por signos y declarar en términos humanos lo que por su alma pasaba; pero no niega el Niseno la imposibilidad absoluta de la invención del lenguaje, como ni tampoco afirma que tuviese Adán necesidad de recibir de Dios vocablos fraguados ya y del todo significantes: lo más que podría de sus palabras sacarse es que proveyó la divina bondad al hombre de medios convenientes para ejercitar el habla, significando las cosas, dando cuenta de sí y platicando con sus semejantes.

Cuán acertada les parezca, aun á los sabios independientes, la solución que del Génesis resulta, lo significó, entre otros, Bartolomé Saint-Hilaire [1] por estas palabras muy dignas de consideración: "La relación, dice, entre la idea y la palabra se explica con claridad en un corto número de onomatopeyas: las más veces es inexplicable y debe admitirse como un hecho, sin que sea dado calar su misteriosa correspondencia. El respecto de las palabras con los conceptos ó con la realidad de las cosas no existe en sí, sino que varía al par de los pueblos, sin ellos caer en la cuenta. Hay aquí tinieblas que la razón no puede disipar, y que pueden mirarse como divinas: la única aserción que entre tanta obscuridad es permitido asentar es, que los primeros hombres que dieron nombres á las cosas debieron de ser muy pocos en número y ejercieron una legislación exclusiva; porque si no queremos arrojarnos en el sistema insostenible de las convenciones, hemos de admitir que los primeros inventores del lenguaje, los padres de la lengua primitiva, transmitieron á sus descendientes su invención sin dejarles licencia para escudriñarla y discutirla. Más aún: osaré aseverar que la invención del habla se explica mucho mejor si suponemos una sola pareja que si suponemos muchos individuos, entre los cuales fuera inevitable la confusión y diversidad de pareceres. Por lo cual, la solución del Génesis paréceme mucho más razonable... La unidad del hombre inventor del lenguaje no es menos necesaria que su mocedad y perfección original".

En el capítulo III del Génesis leemos que la serpiente trataba rostro á rostro con Eva, pasando con ella pláticas, y replicando á sus respuestas con grande elocuencia. Este suceso es reputado mito por la escuela racionalista, Cayetano le juzgó por alegórico, Jahn le dió á sueño de la primera mujer, otros le han bautizado parecidamente, como refiere Gabler en sus *Prolegómenos*; poco tiene que ver con la tesis que aquí tratamos el lenguaje de la serpiente. Porque aunque San Cirilo [2] y alguno otro escritor imaginase que no fué de veras serpiente, sino aérea ó fantástica, el común de los Doctores y Teólogos enseña que fué verdadero reptil. Pruébalo con aparato de razo-

---

[1] *Journal des Savants*, 1862, p. 610.—[2] L. III, *Contra Julian.*

nes el doctísimo Patrizzi [1], concluyendo dos cosas: primera, que la serpiente del Génesis no fué fingida, sino real; segunda, que el espíritu diabólico habló por su boca, y le meneó y adiestró la lengua, quedando así cerrada la puerta, no tanto á los que tienen por fábula el diálogo entre la serpiente y la mujer, cuanto á los que hacen alarde de pregonar que los animales parlan y razonan. Ya se le había ocurrido á Josefo [2] insinuar que era natural el habla á la serpiente antigua, no menos que la facultad de entender; y parece que San Basilio, en su homilía sobre el Paraíso, fué de opinión que todos los animales antes del pecado eran mansos, y con la conversación entretenían lo más del día; ni á Platón se le hizo recio de creer que en el reinado de Saturno los hombres tenían razones y agradable deporte con los brutos, inquiriendo y escudriñando sus cosas para acrecentar la filosofía [3]. Mas éstas son conjeturas que se han quedado por singulares en el prontuario de las cavilaciones humanas.

Pero una verdad luce en la lobreguez de estas opiniones, y es que á ningún autor antiguo se le asentó que la facultad de hablar anduviese divorciada de la facultad de pensar: juzgáronlas ambas tan estrechamente unidas, que aun á aquellos brutos en quienes no parece vislumbre alguna de entendimiento, creyeron deber concedérsele para que debidamente gobernasen la lengua; pues, como dice el Padre Pereira: "Algunos animales que, enseñados por el hombre, fingen voces semejantes á las humanas, ni lo hacen naturalmente, ni con la inteligencia de las cosas que dicen„ [4], y notólo Aristóteles con discreta oportunidad [5].

Lo que de este discurso se convence con evidencia es que el hombre fué criado con habla, y dotado por el Criador de órgano á propósito y de discurso de razón para emplear luego su facultad. En esto van acordes los Santos Padres y Doctores más afamados de todos los siglos. Quedaba para la desgracia del nuestro oir cosas tales como éstas: "Podemos pensar que el linaje humano vivió largo tiempo sin habla, y aun podríamos conjeturar que la tierra estaba harto poblada cuando el lenguaje se inventó en una familia ó en una tribu, comunicándose de esta suerte á las demás„ [6]. "¡Linda cosa hubiera sido, exclama Víctor de Bonald, ver la tierra habitada por una caterva de mudos! ¿Qué concepto habríamos entonces formado de la inteligencia y sabiduría de Dios? Es gran lástima que no haya llegado hasta nosotros la fama del inventor. Pero Moisés nos ahorra el trabajo de buscarle„ [7].

---

[1] *De Interpr. Script. sacr.*, l. II, cap. II.—[2] *Antiquitat.*, l. I, cap. I.
[3] EUSEBIO, *Præp. Evangel.*, l. XII, cap. IX.—[4] *Comment. in Genes.*, l. VI.
[5] *De animal. Hist.*, l. IV, cap. IX.
[6] *Dictionnaire Encyclop.*, art. *Langage.*
[7] *Moisés y los geól. mod.*, cap. XI.

"El lenguaje y la sociedad, ha dicho Donoso Cortés, no son asunto de invención ni de revelación, sino de creación; siendo atributos esenciales de la naturaleza del hombre, fueron creados cuando su naturaleza fué creada. Ni cabe siquiera imaginar que el hombre saliera de las manos de Dios sin estar adornado de todos sus atributos esenciales... En el instante mismo en que el hombre sale de la nada, le vemos escuchando y entendiendo la plática divina, lo cual supone en él el don de la palabra„ [1].

Igualmente explícito es el conde de Stolberg. "Utopistas se han visto, dice, que soñaron un estado de pobreza mental vecino del idiotismo. El Criador, según ellos, abandonó al hombre en manos de su industria, así como el avestruz desampara sus huevos en la arena del desierto, dejando á los rayos del sol africano el cuidado de calentarlos. Privados de habla los primeros hombres con que conversar entre sí y mostrar su voluntad á los animales, sólo poseían de Dios la facultad de inventar lo preciso para significar sus impresiones. Estos filósofos no determinan qué tiempo tardaron los hombres en salir de tan mísera condición. A mí no me cabe duda de que si el primer hombre hubiera sido criado sin el divino don del habla, nosotros sus descendientes viviríamos aún en perpetua mudez„ [2].

Con esto queda desbaratado el *mutum et turpe pecus,* el hombre *alalus* de los modernos epicúreos, que tanto exageran el estado bestial de la humana condición. También se satisface á la teoría del sensista Condillac, que juzgaba las palabras por condición necesaria del pensamiento. "Ni palabra sin pensamiento, ni pensamiento sin palabra; hablar es pensar, y de ambos uno es el origen„. Así formulaba su doctrina, y por toda razón decía que el hombre empezó siendo mudo, la sensación crió en él pensamientos, los pensamientos brotaron palabras. "El habla, escribe el preclaro Humboldt, va conjunta al hombre. El habla no pudo ser inventada sin un tipo preexistente del entendimiento humano... Estoy grandemente convencido que es en verdad divino el vigor que en las facultades humanas se encierra„ [3].

Pero no coartemos las opiniones más de lo justo. Respondimos que el hombre no inventó el lenguaje; se lo otorgamos de gana á los tradicionalistas; pero no les damos que fuese del todo incapaz de mejorarle. Bastábale la razón asistida de órgano conveniente. El tiempo, la humana destreza, la necesidad de aquellos primeros hombres, el caudal de sus luces, lo florido de sus ingenios, pudieron superar los obstáculos que á tamaña empresa se habían de oponer. Adán, enriquecido con esta joya del cielo, tuvo harto que hacer para llevarla á perfección. Porque no fué la boca de Adán, aprendida esta preciosa traza, un vocabulario perenne, ni una enciclopedia viva, ni en la len-

---

[1] *Obras*, t. III, *Bosquejos histórico-filosóficos*, 7.°

[2] *Hist. de la Relig.*, t. I, 1817, p. II.—[3] *Origine des formes grammaticales.*

gua que hablaba concurrían tantos primores que no cupiesen más rayos de perfección; antes al contrario, como lo significan estas palabras del apologista Tripard, "cuando derivamos el lenguaje de la fuente de la revelación primitiva, no es nuestro intento declarar que brotó de aquel caudal una lengua científica y perfecta, como la Minerva de la fábula salió perfecta de la cabeza de Júpiter; solamente decimos que los elementos esenciales del lenguaje procedieron de las palabras oídas de la boca de Dios, las cuales eran de suyo una revelación„ [1].

Por esta causa no podemos asentir á ninguna de las extremas opiniones que tienen por cabezas á Bonald y á Renan. Bonald, como dicho va, juzgó la forma del lenguaje por obra divina, porque creyó al hombre insuficiente para inventar sin pensar, é incapaz de pensar si no era hablando; y, haciendo aplicación de este su principio, enseñó que Dios crió al hombre mudo y sin pensamientos, y dotóle de facultades en germen y sin virtud para brotar de por sí actos espontáneos y libres; y que, en sonando la voz de Dios en sus oídos, Adán habló, y hablando despertaron del letargo sus potencias y rompieron en pensamientos y voliciones. Pero en esto torpemente erraba, porque, haciendo cuenta de combatir á los sensistas, cayó en el abismo de rebajar y marchitar la virtud de las humanas facultades.

Por el contrario, Renan, echando á burlas la verdad del Génesis, enseñó ser el lenguaje fruto espontáneo y necesario de las potencias, ni más ni menos que la visión respecto del ojo: "Tras de diez años de estudios, insisto en juzgar el lenguaje formado de un golpe... Aunque poco á poco fué llegando á la plena evolución de su poderío, había sido enteramente constituído en el primer día, así como en el capullo se esconde la flor encerrada toda entera con sus partes esenciales, por más que las partes estén ajenas de haber alcanzado perfecto crecimiento„ [2]. No solamente Renan dió muchos pasos desatentados en el sacar las consecuencias de esta doctrina, y en el tratar de la confusión de lenguas en la torre de Babel, en cuya empresa encontró, por fortuna, con el erudito Schæbel, que le arguyese de sofista y le volviera en su acuerdo [3]; pero aun en la raíz y fundamento que aquí propone, asienta muy mal el pie. Porque, al declarar el origen del lenguaje, totalmente destierra la reflexión, el discurso y la voluntad, y deja al hombre en manos del ciego instinto; con que, en vez de resolver el problema, le suprime y barre del todo. Con razón el erudito Lenormant, notando á Renan, dice: "Mucho dudo que el sabio autor del *Origen del lenguaje* quisiera hoy día sustentar su manera de sentir„ [4].

---

[1] *Moïse*, t. I, p. 208.—[2] *Origine du langage*, 1859, p. 16.
[3] *La Philologie comparée*, 1867.
[4] *Hist. ancienne de l'Orient*, 1881, t. I, p. 321.

Maine de Biran, mirando con enfado la divina institución del lenguaje, prefirió colocar su origen en el ejercicio libre de las facultades humanas, y filosofando sustentaba su opinión. Los lingüistas modernos, abriendo otra senda, vinieron á parar al mismo término, pretendiendo por el estudio de las lenguas buscar el rastro del lenguaje primitivo. En esta empresa trabajaron Burnouf, Grimm, Schlegel, Humboldt, Max Müller, Whitney, Pott, Schleicher y Steinthal, aunque tiró cada cual por su lado y por contraria dirección. Concedemos muy de grado que no es necesario en nuestros tiempos sostener que el lenguaje del todo hecho fuese sobrenaturalmente revelado por Dios á los primeros hombres: ni la religión lo exige, ni la ciencia lo demanda. Dios, criando al hombre, concedióle el don de hablar, como el de pensar, y adornóle de esta facultad para que con el ejercicio la perfeccionase y emplease en provecho suyo. De muy buena gana les permitiremos á los filósofos esta posición; pero ninguna razón sufre que excluyamos del todo la mano de Dios en la institución del lenguaje, porque ningún fundamento tienen los filósofos para excluirla.

"El hombre primitivo, dice Lenormant resumiendo los recientes estudios, formó el lenguaje sin esfuerzo, sin tener conciencia cierta de las operaciones reflexivas que á ello le movían; espontánea é instintivamente, como todos los instintos, que al paso que crece el discurso de la razón, á ese paso ellos decrecen; así también la facultad del lenguaje fué agotando y menoscabando su fuerza creadora„ [1]. La íntima unión del alma con el cuerpo dió lugar á que los sentimientos interiores saliesen á pública luz con expresiones sensibles, con interjecciones animadas, con vivas onomatopeyas, con voces apelativas. Monosílabos fueron, según Maury, las primeras palabras que el hombre articuló, y esas primeras raíces de aquel fundamental idioma, cuyo vocabulario era escasísimo y sólo contenía vocablos concretos. "Las palabras monosilábicas, según Grimm, constaban de vocales breves y de consonantes sencillas, y apretábanse en el discurso como las briznas de hierba en el césped„ [2]. Por igual tenor va discurriendo Lenormant, cual si se hubiera hallado presente y hubiera conversado con aquella florida juventud: de aquí pasa á referir la historia y altibajos que tuvo la primitiva lengua, y cómo se perdió y desapareció, y cómo vinieron á nacer los idiomas sucesivos hasta los que en nuestros días se usan.

Mas ¿se contiene en esta fábula algún sólido argumento? Ninguno, sino que hubo de ser así, porque es imposible remontarnos á la lengua primitiva, y porque esa imposibilidad es un artículo fundamental, que no debe ponerse en duda. Notemos de paso cómo el sistema del monosilabismo se cuenta ya en el arancel de las invenciones soñadas; por tanto, aquel presupuesto tránsito del lenguaje mo-

---

[1] *Hist. ancienne de l'Orient*, 1881, t. I, p. 322.—[2] *Grammaire allemande.*

nosilábico al aglutinativo, y de éste al de flexión, se halla destituído de autoridad. Los investigadores Grube y Terrien de la Couperie, filólogos de fama, han puesto en clara luz que el idioma usado por los chinos antiguos era aglutinante y no monosilábico, pues constaba de voces de una y de dos sílabas, como la lengua de los tibetenses [1]. Nadie ha sacado en buena forma la conclusión de que los hombres primitivos declarasen sus pensamientos con solas raíces aisladas; los que traen á cuento los monosílabos chinos, deberían pensar que ésas no son raíces [2]. ¿Cómo, pues, tan sin fundamento y sin socorro de pruebas quieren precisarnos á admitir, en nombre de la ciencia, la institución del lenguaje, sin dar su parte á la divina bondad? Bástanos la palabra revelada para establecer contra los filólogos que Dios sugirió en hecho de verdad al primer hombre un idioma suficiente, y que él después, favorecido de su discurso y esforzado por la necesidad, le llevó á debida perfección. Pero los modernos, que han jurado, al parecer, hacer al hombre salvaje en su origen [3], no cejan en llevar las cosas por sus premeditados trámites. Hemos tratado este punto en el capítulo XXXIX, y desvanecido este despropósito; y así, no dudamos en afirmar ser más conforme á las divinas Escrituras, á la tradición de los pueblos y al sentir de graves autores la sentencia que en el origen del lenguaje atribuye á Dios la parte de institución, y al hombre la perfección y desenvolvimiento. Y éste que al historiador Darras parecióle destello de las luces modernas [4], no fué sino dictamen significante propuesto por el ingenio de nuestro Tostado.

3. Porque en la cuestión 342 sobre el capítulo XIII del Génesis trata este sapientísimo comentador, y con larga copia de razones prueba que el idioma hablado por Adán fué perfecto en su tanto, diciendo

---

1 *Die Sprach geschichtliche Stellung des Chinesischen*, 1881. — *Muséon*, t. VIII, pág. 247.

2 P. VAN DEN GHEYN: Concluons: on n'a pas réussi jusqu'à présent à établir la thèse de l'évolution du langage, ni le passage successif du monosyllabisme à l'agglutination et à la flexion. Et pourtant que d'efforts tentés dans cette direction! Schleicher, Bunsen et Max Müller se firent les premiers champions de cette doctrine. Ils furent vigoureusement combattus par Pott et Renan. *Revue des quest. scientif.*, 1893, c. XXXIV, pág. 119.—SAYCE: Pour moi, je considère la théorie du développement comme fausse autant que séduisante; elle part de là, que toute science doit reposer sur la loi de l'uniformité de la nature; par suite, que le principe formateur en œuvre dans les temps modernes doit être le même que celui qui agissait aux périodes plus anciennes. Conclure de là, que les éléments formateurs récents sont d'une certaine nature, que les éléments formateurs plus anciens doivent être les mêmes, c'est une inférence illogique au suprême degré. *Principes de philologie comparée*, pág. 128.

3 LENORMANT, *Hist. ancienne de l'Orient*, 1881, t. I, p. 331.

4 *Hist. de l'Eglise*, t. I, chap. III.

entre otras cosas: "El primer idioma fué dado por Dios; Dios instituyó las primeras voces, tanto comunes como propias, haciéndolas aptas para significar; porque no había quien pudiese hacerlo sino él. Y así recibió el hombre de Dios conocimiento de casi todo el idioma...: no que Dios le enseñase y amaestrase, pero dióle súbitamente un conocimiento habitual de los vocablos, por manera que luego al punto supiese hablar tan fácil y expresivamente como si por muchos años hubiese manejado la lengua". La razón principal que el Abulense señala de la facilidad del lenguaje adamítico es la jurisdicción que tenía el hombre sobre las cosas criadas, porque convenía que quien podía usar á su voluntad de todas las criaturas, las apellidase también á su voluntad y les impusiese el nombre que más al propio les cuadraba y competía.

Podemos confirmar esta opinión con la tesis defendida por el cardenal Zeferino González en su Discurso leído en la sesión tercera del Congreso Católico Nacional de 1889. Sostuvo el Eminentísimo que la vida de los primeros hombres ni fué del todo brutal ni enteramente civilizada. "Todo induce á creer, dice, que el estado primitivo de la humanidad ni fué de civilización perfecta ni de completo salvajismo, sino el intermedio de una civilización relativa, cuyo desarrollo, más ó menos lento, más ó menos complicado por la mezcla, choque y contacto con otras razas ó familias (?), dió origen á las civilizaciones antiquísimas que aparecieron en el Oriente y en el Egipto, precedidas de otras anteriores, cuyos vestigios nos revelan hoy monumentos históricos y arqueológicos de todo género, y con especialidad la escritura cuneiforme" [1].

4. La ciencia carece de argumentos con que contrarrestar la referida opinión; las tierras que tiene exploradas hasta la hora presente no ofrecen razones contra ella; porque si los paleontólogos han abierto zanjas en puntos de Europa y hallado algún barrunto de prística barbarie, otros, por el contrario, han descubierto en el corazón del Asia, cuna de la humana especie, resplandores de civilización antiquísima que los han deslumbrado y sacado de sí. La Biblia, por su parte, ofrécenos en sus primeras páginas pastores como Abel, labriegos como Caín, tañedores como Tubal, herreros como Tubalcaín; ejercicios que, ya que no sean señales de cultura perfecta, no dicen bien con la estupidez de la gente bozal y salvaje.

Siendo ésta la solución que la ciencia y la Biblia presentan como más probable, infiérese fácilmente que una civilización imperfecta presupone un idioma ni tan rico ni tan bello como el usado por naciones civilizadas, dado que perfecto respectivamente cuanto convenía á las necesidades de la vida y al ministerio que aquellas prime-

[1] *Crónica del primer Congreso nacional español*, t. I, p. 281.—*La Biblia y la ciencia*, t. II, p. 427.

ras familias debían desempeñar. Porque así como Adán y Eva estuvieron dotados de perfección de alma y cuerpo, necesaria para engendrar, educar y regir debidamente á sus hijos; perfección que requería suficiencia de conocimientos en lo natural, moral y religioso; así también, para llevar á efecto la obligación de educar y de transmitir á sus descendientes el depósito de cosas reveladas, bastábales un lenguaje elemental, suficiente para expresar sus conceptos; si bien cuando el pecado los hubo reducido á mendiguez, afligiéndolos con lastimosas menguas, iríase enriqueciendo de nuevas voces y empobreciendo también la lengua según el grado de cultura que cada pueblo alcanzaba, á la manera que viene de abundancia á pobreza el idioma de una nación cuando se deshace su prosperidad y pára la fortuna su rueda.

5. Cuál fuese el primer idioma que hablaron los hombres, no hay manera de averiguarlo. San Jerónimo [1], San Agustín [2], San Crisóstomo [3], y en su seguimiento los intérpretes Salmerón [4], Cayetano [5], Pereira [6], juzgaron que la lengua hebrea era la única que sonaba en el mundo antes de la torre de Babel, por eso la apellidaron matriz de todas las lenguas. Teodoreto tributó esa gloria á la siríaca [7]. Otros estuvieron por la caldaica. De los modernos, pocos son los que se arriman á partido: casi todos se mantienen neutrales [8]. Danko es de los pocos que han roto la neutralidad, declarándose por el dictamen de los antiguos [9]. El principal, y digamos único, argumento que tiene en su favor es la índole de los nombres propios del Antiguo Testamento, que presuponen etimología hebrea. Cuán flaca sea la fuerza de esta razón, y cuánto camino abra el árabe, siríaco, caldeo y á toda lengua semítica para pretender la honra de originales, fácil es demostrarlo. Los nombres apelativos podía muy bien Moisés traspasarlos al hebreo, ó tomarlos del pueblo en cuya boca corrían, vestidos del traje nacional y tenidos ya por propios [10].

Los modernos filólogos, que todo lo quieren medir con la vara del progreso, y que no pueden consentir que saliese de las manos de Dios cosa ninguna perfecta, beben los vientos por demostrar que, debiendo ser muy elemental la primera lengua y cepa de las lenguas

---

[1] *Ep. XVIII, ad Damas.—In Sophon.*, III.

[2] *De Civit. Dei.*, lib. XVI, cap. XI.—L. XVIII, cap. XXXIX.

[3] *Hom. XXX, in Genes.*—[4] *Proleg.*, XIV.—[5] *In Genes.*, II, I.

[6] *In Genes.*, XVI, disp. VIII.—[7] *In Genes.*, quæst. LX.

[8] JANSSENS, *Hermen. Sacra.*, cap. IV, sect. I.

[9] *Hist. div. revel.* —Muy al revés de Hummelauer, que dice así: Antiquam Judæorum fabulam, primitivam linguam fuisse hebræam, explodere hoc loco non juvat. Inter semiticas assyro-babilonica videtur esse hebræâ antiquior; dum chananæa, qua inscriptiones Tell et Amarna plures sunt exaratæ, eidem est perquam affinis. *Comment. in Genes.*, 1895, pág. 303.

[10] CORNELY, *Introd. Gener. In V. Test.* 1885, p. 236.

humanas, es de todo punto imposible tener de ella noticia, y trabajo excusado inquirirla. No hay que negarles á los modernos que buscar la lengua original sea andar á caza de imposibles; pero tampoco les concedemos que pueda esa imposibilidad evidenciarse *a priori* y por causa del progreso humano, sino solamente por faltar razones, en el estado actual de cosas, que permitan dar con el rastro de esta divina institución. La primera lengua se perdió, clamaba ya San Gregorio Niseno [1], y Teodoreto vino á decir lo mismo [2], juzgando cosa tan excusada dar la palma al hebreo como buscar entre los demás idiomas la primacía. Lo que estos escritores aseveraban se lo arrogan á sí los modernos, acompañando su aserto con la vanidad de su invención y con la flaqueza de los argumentos que adelante se dirá.

Con lo hasta aquí declarado queda por cierto que, si no hiciera el hombre otra ventaja al bruto que la de hablar y dar parte de sus penas y gozos, atando al sonido de voces los conceptos de su interior, sería ésta sobradísima razón para diferenciarle de la turba animal, y para constituirle en el reino humano, apartado de los demás reinos y excelentísimo de su cosecha.

---

[1] *Lib. XII contra Eunomium.*—[2] Quæst. LXI, *In Genes.*





CAPITULO XLII.

EL HOMBRE TERCIARIO.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Disputas recientes acerca del hombre terciario.—2. Los sílices de Thenay no bastan á convencer el intento, ora se consideren de por sí, ora respecto de los cataclismos prehistóricos.— 3. En mal hora acuden al antropopíteco. — 4. Los pedernales de Thenay, ó nada prueban, ó prueban demasiado.

1. Grande ha sido el ahinco de algunos geólogos modernos empeñados en demostrar que el hombre vivió en el tiempo mioceno juntamente con los grandes paquidermos, que la paleontología nos enseña soterrados en estado fósil, ni menos varios son también los argumentos que se han ofrecido á la disputa de los peritos. En veinte años, con haberse trasteado más de veinte veces terrenos terciarios en diversos parajes de Europa, dos apenas son los casos que han merecido alguna estima, pues los demás hablan sólo de osamentas fracturadas ó rayadas, y de pedernales hendidos ó quebrados. Pasados por el tamiz de la censura estos argumentos, "resulta, dice M. Alejandro Bertrand, que con las circunstancias geológicas de la época terciaria se compadecía bien la vida de los hombres, y que era posible sin disputa; pero no queda hasta el presente probada su definitiva existencia„ [1]. Al contrario, Francisco Lenormant parece admitirla en la mitad de los tiempos miocenos. "Es cierto, dice, que en comarcas de la Francia central han sido hallados pedernales rotos por la acción del fuego en estratos miocenos: en ellos ¿quién no reconoce señales de trabajo intencionado y emprendido con el fin de hacer de las piedras armas y utensilios?„ [2]. Vivísimas discusiones han despertado entre los doctos

---

[1] *Discours d'ouvert.*, 1883.

[2] *Hist. ancien. de l'Orient*, p. 121.—Al ingeniero católico Carlos Lenthé-

estas tan encarecidas señales de humana industria, negando unos todo rastro de obra voluntaria, disputando otros que los terrenos fuesen terciarios, arguyendo otros que no eran las cosas peculiares de aquella edad, prevaleciendo generalmente la opinión de que los efectos representados en los sedimentos de que se trata podían haberse causado por sola acción solar y por influencia atmosférica.

2. Larga y ruidosa fué la disputa que tejió el abate Bourgeois sobre el terreno falúnico de Thenay en Francia. La primera vez que trajo á luz ante la Sociedad Geológica, 1863, las diligencias practicadas en un terreno del todo no bien definido, donde había hallado algunos pedernales partidos que creyó ser obra de arte humano, al ver con cuánta vehemencia contraminaban sus designios aquellos geólogos, atentos á deshacer su pretensión, concibió el pensamiento de consagrarse á nuevas excavaciones, hasta que al cabo descubriese, como de hecho descubrió en Thenay, muchos sílices sepultados en escondrijos conocidamente terciarios. "En estas láminas, dice, los cortes, retoques, bultos de percusión, indicios de fuego, formas usuales y comunes entre nosotros, son argumentos claros de que estos objetos servían para agujerear, cortar, herir ó partir„. A tal extremo llegó la credulidad de este escritor, que ideó la traza de referir la forma de los pedruscos *á un precursor del hombre mosaico, á un hombre preadamita.* "Me limito, dice con todo, á exponer cómo he hallado pedernales, evidentemente labrados por manos de hombre, en un terreno llamado terciario por los geólogos; y no pretendo otra cosa más.„ Folletos y revistas, libros y periódicos entraron en campo y pusiéronse á luchar con increíble ardor, unos defendiendo el pro, otros el contra; hasta que, presentado el debate á la autoridad de un Congreso prehistórico, en Bruselas en 1872, cometido el fallo de la causa á la discreción de quince peritos, cinco de ellos negaron todo asomo de humano trabajo, y los que algo concedieron rodearon su sentencia de tantas condiciones y peros, que bien dieron á entender cuán poca fe tenían todos en el hombre terciario [1].

Primeramente, no han puesto duda los geólogos en que las capas de Thenay sean propiedad de tiempos miocenos, como lo dice claramente á los ojos su estratificación mineral y su fauna gigantesca; pero autores no han faltado de la nombradía de Hamard y D'Homalius que han discurrido que dos terrenos apartados por considerables distan-

---

ric se le ofreció que no solamente era creíble el hombre terciario, mas también el secundario. Su razón se compendia en este silogismo: el hombre puede vivir donde llevan la vida los mamíferos; es así que los primeros mamíferos amanecieron en los tiempos secundarios; luego el poner al hombre en el tiempo secundario no va contra los fueros de la ciencia: à plus forte raison en est-il de même pour l'homme tertiaire. *L'homme devant les Alpes*, 1896.

[1] *Les Mondes*, 1878; *Revue des quest. scientif.*, 1879; *L'homme tertiaire.*

cias pueden tener semejanza y pertenecer á edades muy diferentes, y que, por tanto, dado que sean estos de Thenay de remotísima fecha, no es hacedero determinar su tiempo con toda certidumbre y verdad. Gentil fortuna fuera, como notó el sabio Desnoyers [1], que solamente en Thenay se hubiese perpetuado la memoria del hombre terciario, cuando tantos son los depósitos miocenos que se han explorado en todo lo que el sol mira y rodea.

Lo segundo, los pedernales son, cierto, coetáneos de los sedimentos; ni es razonable la duda de los que no quieren sean terciarios. Mas lo vivo de la disputa está en que hagan la significación y figura que se les atribuye. El abate Bourgeois veía en ellos cuchillos, hachas, punzones, sierras, puntas de flechas, martillos, clavas, etc., y, así conforme los tenía pintados en su imaginación, los presentó al examen de los arqueólogos: ¿y qué hicieron? ¿Votaron por el hombre terciario? El ilustre Quatrefages declaró en el *Journal des Savants*, que si algunos jueces los habían juzgado efectos del humano ingenio, "por lo que á mí toca, dice, examinada con estudio su configuración, no puedo acabar conmigo de dar parecer; otros muchos naturalistas están perplejos como yo„. Es bien verdad que Quatrefages tres años adelante inclinó á la afirmativa, y con él los más del Congreso de Bruselas; pero desde aquella sazón la Sociedad Geológica miró con disgusto y recelo sus voltarias decisiones; porque, según decía M. Chabas, arqueólogo de primera nota, "lo que hace al caso para la significación de los pedernales terciarios es que sean instrumentos aptos para el servicio del hombre, pero los presentados hasta hoy son pedazos de sílex irregulares y puntiagudos, que de ningún provecho le podían ser„ [2]. Contestan con Chabas el geólogo Evans, con ser amigo del hombre terciario [3], M. Gaudry [4] y otros de señalada autoridad en la materia.

Cotejados finalmente estos fragmentos con los habidos en terrenos cuaternarios, á vista de ojos se conoce la diferencia: la forma simétrica y redonda, hermosa y artística arrebata tras sí el fallo del entendimiento en favor de la data moderna. Es muy sin duda que la naturaleza física (ó el Señor que la rige), haciendo su obra, fué muy capaz de traer á efecto esa tan tosca y desaliñada labor, porque muchas veces causas físicas han ejecutado cosas que podían haberse mirado como trabajo de manos humanas. ¿Y tan á la ligera verán, en éstas que decimos, señales de humana diligencia? Así es que bastóle á M. Bertrand exponer los trozos de sílex de Thenay á la intemperie, para lograr cortes y quebraduras parecidas á las de M. Bourgeois. Pues luego si pudo acaecer que estuviesen los pedernales en

[1] *Les Mondes*, 1878, t. III, p. 130.
[2] *Études sur l'antiq. hist.*, p. 362.—[3] *Les âges de la pierre*, p. 637.
[4] *Les enchaînements du monde animal*, p. 240.

territorio gredoso, y sobreviniendo subida temperatura saltasen laminitas, y resultasen formas diversas, ó por virtud de causa física, ó de acción química, ó de circunstancias de clima, ó de choques eventuales, y que, en fin, se originasen hendeduras, quiebras y abultamientos que pareciesen figurar puntas cortantes, martillos, punzones; tendríamos explicada bastantísimamente tan rara transformación sin haber de hacer recurso al auxilio del brazo humano.

Abriendo ahora la puerta á otra suerte de consideraciones, es cosa digna de ponderación que desde el amanecer de la edad miocena hasta la cuaternaria transcurrieron centenares de años, y, lo que más es, que ríos y mares metiéronse tierra adentro, y engulleron comarcas pobladas de animales, y que de ellas hartas especies perecieron del todo, y otras muchas sobrevivieron, y luego al fin fueron arrebatadas de la muerte: en este intervalo, ¿cómo es creíble que, á vuelta de tantos infortunios, haya podido el hombre superar por largos siglos la mole inmensa de trabajos que asolaban y arruinaban los reinos, y más si concedemos á los adversarios lo que tanto anhelan, que el hombre llevase vida salvaje, sin dar un paso en las artes, puesta su gloria en los mal labrados instrumentos de piedra? ¿A quién podrá persuadir esta rara eventualidad? Porque Quatrefages vió un día un canto que semejaba hacha, empezó á titubear cúya sería la obra; y al que le hacía reparar que toda la fauna mamológica había padecido grandes desastres en la era miocena, y que el hombre no podía haber librado mejor, daba por respuesta que tenía él bien calada la humana capacidad y lo que enseña el instinto de la vida. Pasemos por ello; mas, en ese caso, un esqueleto, un cráneo, un hueso, un artejo, ¿no hubiera venido á darnos siquier un rayo de luz entre la inmensa muchedumbre de obras del hombre mioceno, si en hecho de verdad lo fueran? Resumir todas las prendas de la vida del hombre terciario en solas piedras, parece arbitrio que confina con lo fabuloso.

3. Acosados por la fuerza de estos argumentos, quisieron algunos geólogos imaginar un ser precursor del hombre, ocupado en labrar pedernales, única habilidad que tenía. Así el antropólogo Mortillet, la fábrica de sílices recogidos en tierras miocenas y pliocenas la refirió á la destreza de un mono antropoídeo, bautizado por él con el nombre de antropopiteco, que aprendería á sacar chispas con el pedernal, y con el calor, ó dando un canto con otro, figuraría los instrumentos de que tratamos: y hete ahí demostrada la existencia del primer ascendiente del hombre. Mas ¿dónde yacen sus despojos? ¿Cuál es su historia? ¿Qué se hizo de él? ¿En qué vino á parar su casta? ¿Qué es de sus otras habilidades? Echóse á dormir, y estaba soñando paraísos el antropólogo Topinard, cuando con sus galanas esperanzas prometía que "tal vez de un día para otro amanezca entre nosotros el antropoídeo, tronco del humano linaje, con su esque-

leto, descubierto en alguna ría de aquel tiempo, aplastado por un peñasco ó sepultado por el cieno„[1]. A transformistas rematados huelen los que tal piensan, y no lo disimula el afán de Mortillet en sacar á relucir las gracias de su antropopiteco para luego hacernos tragar su parentesco con el hombre. No es posible que de esta pendencia pueda salir bien librado.

4. No es de provecho alegar que las abejas, ya antes del terciario fabricaron aquellos riquísimos panales, como las hormigas sus admirables silos; y que así no es maravilla que también hubiese animales que entendiesen en labrar cantos con la perfección que en estos terrenos se ve; porque, en verdad, los animalillos dichos, y cada cual según el estilo de su instinto, pueden hacer sus obras con exquisito primor, y las que son propias de la especie las trabajan tan ciega cuan perfectamente; su instinto les basta para proveer á sus necesidades. Pero los pedernales terciarios, ó nada significan, ó significan demasiado: porque si un animal bastó á su fábrica, sea mono, ave, mamífero, reptil, ninguna necesidad hay de sacar á plaza el hombre terciario. El día que encuentre con restos de colmena terciaria, ¿pregonará acaso Mortillet la existencia del hombre? Y si á la sazón hubo hombres canteros y picapedreros, ¿cómo no dieron de sí obras de más excelente ingenio? Así ha sucedido que el hallazgo de los fragmentos de Thenay con el examen de ellos ha hecho más dudosa que antes la existencia del hombre terciario. Los que celebraban el hallazgo, dándose el parabién por su imaginario triunfo, se corrieron después de haber aplaudido, pues mostraron con el silencio en qué aprietos habían puesto su fama y nombre estos terribles lances. Y con razón, porque de miles de pedernales escoger unos pocos, y ésos regulares y bien tratados, y oir cómo el calor del sol bastaba para abrirlos y despedazarlos y ocasionar figuras que parecían obra de hombres, y entender cuán fácil respuesta daba la experiencia á casos tan embarazosos, era trago muy amargo y bastante para dar al través con la más obstinada credulidad.

Véase con qué franqueza declaró Gaudry á la Academia de las Ciencias su humillante escarmiento: "En mi *Encadenamiento del mundo animal*, dice, alegué las razones que me movían á no estimar cortados los sílices de Thenay; pero dije que, si algún día quedase demostrado que lo fueron, me parecía tan imposible concebir la existencia del hombre en la época del mioceno medio, que yo atribuiría los cortes más bien al driopiteco que al hombre. En el día de hoy me hallo menos ignorante, y no debo usar el mismo lenguaje. A juzgar por el estado de nuestros conocimientos, no había en Europa durante los tiempos terciarios ni hombre ni criatura alguna que se le pareciese. Siendo el driopiteco el más aventajado de los monos

---

1. *L'Antropol.*, 1884, III par., chap. I.

descubiertos hasta el presente, debemos reconocer que la paleontología no ha facilitado aún entre los hombres y los animales entroncamiento razonable„ [1].

ARTÍCULO II.

1. Los sílices del Tajo, los huesos mellados, las piedras rayadas tampoco hacen fuerza para persuadir.—2. Los descubiertos restos del plioceno son ineficaces pruebas. 3. Descubrimientos americanos.—4. El *Pitecántropo* de Dubois.—5. Nulidades del hallazgo.—6. El hombre terciario sería un anacronismo.

1. Mas los curiosos, no satisfechos, porfiaron en la demanda. Por el mismo tiempo alzó la voz en Lisboa el portugués Ribeiro, en ademán de apoyar la pretensión del abate Bourgeois, presentando unos trozos de cuarcito y de sílex hallados en tierras arcillosas del valle del Tajo. La primera vez que notificó al público su descubrimiento, el Congreso de Bruselas torció el rostro á las largas razones del descubridor, esquivando exaltar el mérito de sus diligencias. Seis años después levantáronse en París hombres benévolos, que, para responder á raíz de la pretensión, trataron de acreditar los afanes del portugués. ¿Eran terciarios los sílices? ¿Eran labrados? ¿Probaban algo? Tres cuestiones que, ventiladas con esmero, fueron á los jueces ocasión de tener por muy dudosa la tesis que se pretendía probar. Los terrenos era muy disputable que fuesen terciarios: el mismo Ribeiro lo ponía en duda. Tampoco es increíble que fueran los pedernales acarreados por violentas avenidas y mezclados con las capas superficiales del depósito, ya que en ellas fueron hallados. Cuanto á la forma, ¿por qué las roturas, bultos, figuras aovadas no han de ser efectos de choques de agentes físicos, como tantas veces sucedió? En Otta, sitio del hallazgo, abunda el sílex; ¿es de creer que el hombre se hubiera conformado con láminas toscas y puntas romas para su menester? Así, que los pedernales de Otta no responden al infalible acierto de la verdad [2].

---

[1] *Comptes-rendus*, 24 fvr., 1890.—*Mém. Soc. geol. de France: le Dryopithèque.*—*Nature,* 5 juillet, 1890.

[2] *La Controverse*, 1880, Hamard.—Parecidas respuestas merecen otros sílices hallados después en 1888 y 1889, y examinados en el Congreso internacional de París por el entendido D'Acy *(Compte rendu*, t. II, 1891, sect. VIII, pág. 89). No es para pasada en silencio la salida de Mortillet á los reparos del propio D'Acy; cuando éste le preguntó qué utilidad sacaba el antropopiteco de aquellos pedernales así cortados con sus patas y dientes, respondióle Mortillet muy serio: le servían para rascarse las espinillas cuando le daba rascazón, pues no le podían faltar animalejos que espulgar. Il devait avoir plus de vermine que l'homme, qui pourtant n'en manque pas. Les grattoirs et les pointes servaient à se gratter quand les démangeaisons devenaient trop vivres. *Bu-*

Otros hechos han alegado los mantenedores del hombre terciario; pero, á nonada que los pasemos por la piedra de toque, se deshacen. Al poner los ojos en las hendeduras é incisiones que tenía el esqueleto del aliterio, hallado en la cantera de Chaze-le-Henry (Francia), muchos sabios se sintieron inclinados á tenerlas por cosa humana; pero ha prevalecido hasta nuestros días el juzgarlas mordeduras de otros animales de aquella edad. A un estudioso que en 1876 presentó huesos de balenoto con cortes curvilíneos, que parecían no poder provenir de peces carnívoros pliocenos, saliéronle otros al encuentro con maxilares de especies pliocenas de tal suerte dispuestas, que hincándose en la presa podían dejar la impresión de aquellas misteriosas curvas.

No hagamos mención de las mellas y sisas que han parecido en huesos de mamíferos de Grecia; el mismo que les descubrió, Gaudry, en 1872, creyó dar, y no pudo, con las piedras que los habían mellado. Y de los agujeros de los dientes del carcarodonte, y de los dibujos trazados en un hueso de dinoterio en los Dardanelos, y de las rayas transversales y paralelas de un fémur de rinoceronte, y de otros seiscientos particulares que se traen como prendas ciertas de humano artificio, hemos de confesar que ningún vigor tienen para probar el intento, y que si de alguna cosa hacen evidencia es, de que entre los millares de huesos fósiles que se han desenterrado, nunca tropezaron los ojos ni las manos en una sola canilla, diente ó artejo de humano esqueleto: cosa rarísima y sumamente maravillosa, si fuera digno de fe el hombre terciario [1]. Luego el hombre mioceno está aún por demostrar; á cargo queda la demostración de los infatigables observadores, si pecho tienen para acometerla. No deja lugar á sospecha esta declaración de Beaunis: "Según algunos autores, el hombre existió ya en el período terciario mioceno, como dicen que lo acreditan unos pedernales cortados con huesos de dinoterio. Pero los hechos son tan escasos hasta el presente (1881), que no permiten sea admitida sino con cautela la existencia del hombre terciario. Por el contrario, la del hombre cuaternario parece del todo puesta en clara luz" [2].

Los sílices de Kent, según Newton lo probó, tampoco son terciarios [3]. Otro tanto debe decirse de los descubrimientos hechos en Hoxne, como lo decidió la Comisión británica [4]. A este tenor podíamos amontonar resoluciones en orden á otros muchos descubrimien-

---

llet. Soc. d'Anthropologie, 3.e série, t. VIII, pág. 180.—¿Y las uñas para cuándo las guardaba, si no le hacían oficio de rascador?

1 *Revue des questions scientif.*, Hamard, 1879.

2 *Nouveaux éléments de Physiol. hum.*, t. II, IVe p.

3 *The evidence for the existence of man during the tertiary period*, 1897.

4 REID, *The relation of paleolithic man to the glacial period.*

tos, que parecían testificar la obra del hombre terciario [1]. No de más peso se han de estimar las razones que blasonan los transformistas para hacer la salva al antropopiteco, al precursor terciario del hombre. Lo que pasa con los restos del hombre terciario pasa con los precursores terciarios del hombre: los huesos fósiles en ninguna parte dieron razón de un solo animal que pudiera llamarse parecido al hombre, porque si en una cosa se le asemejaban, en otras cien no le sacaban pinta. De arte, que ya en 1888 pudo Arcelin dejar concluído que el hombre terciario no se podía prometer acogida favorable de los verdaderos sabios, á menos que sus partidarios le presentaran en traje regular y decente [2].

2. Resta, pues, que acabemos de discurrir por el campo plioceno. Es cosa digna de notarse que con ser este último período de la era terciaria el más escaso, y el más fácil de confundir con el cuaternario, y más que los antecedentes ocasionado á efectos de la vida humana, carezca con todo de memoriales que denoten su acción é industria. Los descubrimientos recientes hacen relación de huesos y de piedras con estrías, y de unas como flechas en ademán de traspasar huesos; mas ni los huesos son humanos, ni el trabajo de la obra pide fuerzas humanas, ni hay en ello cosa que pruebe humana asistencia. En el ejemplar que en 1863 se presentó al examen de la Academia de Ciencias de París, no fué pequeña tarea el demostrar ante todas cosas que el terreno del hallazgo fuera en hecho de verdad plioceno, porque á los más parecióles cuaternario. Más embarazo hubo en averiguar que los cantos fuesen de la propia era, á causa de las revueltas que semejantes capas han dado. Las rayas, fácil era encomendarlas á los dientes de un roedor que en el depósito se encontró. Sobre el descubrimiento del Puy [3], si eran ó no eran de hombres fósiles aquellos restos incrustados en un peñasco, disputóse largamente: quién ponía dolo en el hecho, quién consideraba volcánico el terreno, quién juzgaba por averiguado el hombre plioceno, quién hizo nuevas excavaciones sin dar con el rastro que pensaba; quién, en fin, vista la condición de los huesos, haciendo ostentación del ingenio, concedióles á duras penas catorce siglos de existencia.

No es más demostrativo el haberse descubierto huesos en un depósito de mariscos en Savona (Italia), porque ni está probado que fuese terciario el sedimento; y aun siéndolo, las conchas y los huesos no serían forzosamente de aquella edad; mucho más reciente se la concedieron al esqueleto los prácticos que le pasaron por el crisol de

---

[1] NADAILLAC, *L'homme et le singe, Revue des quest. scientif.*, 1898, t. XLIV. pág. 416.—DIERCKX, *L'homme-Singe*, 1894, pág. 40.

[2] *Rapport du Congrès scientifique internation. de Paris*, 1888, t. II, página 667.

[3] *Les Mondes*, t. XVIII, p. 134.

la crítica [1]. ¿Qué diremos de los huesos de ballena que Capellini ofreció al Congreso parisiense (1878)? Harta respuesta fué volver los asesores las espaldas á sus razones dejándolas por gratuitas y mal fundadas. Ni merecen otra los huesos desenterrados cerca de Stokolmo (Suecia), en capas arcillosas; pues estos territorios son de edad cuaternaria, como lo aseguran los paleontólogos comúnmente. Tampoco han excusado pesquisas los americanos en el litoral del Pacífico, donde en 1869 hallaron un cráneo á cincuenta metros de hondo; pero ningún geólogo ha dado pruebas de ser terciario el terreno, y, si lo fuese, no faltan razones para creer que el cráneo fué enterrado allí de intento en época reciente: hágase la misma cuenta de restos humanos descubiertos en Natches, á orillas del Missisipí. Hace pocos años fué hallado en California otro cráneo en terreno donde había armas y anillos de piedra, vasos y utensilios de industria. En la República Argentina, no lejos de la embocadura del río de la Plata, desenterró Ameghino en siete parajes chismes humanos mezclados con huesos pliocenos. De todos estos hallazgos, y juntamente de los cuatro cadáveres de hombre descubiertos en Castenedolo (Brescia, Italia) hace veinte años, dieron dictamen y satisfacción suficiente los críticos Hamy [2], Sergi [3], Desor [4], Arcelín [5], Ameghino [6].

3. El marqués de Nadaillac, pesadas con madurez las cosas descubiertas en América tocantes al hombre, conviene á saber, el cráneo de Calaveras, la figurilla de Nampa, los utensilios de piedra del Colorado y la Nevada, los fósiles humanos desenterrados en las Pampas y otros instrumentos de parecido jaez, subscribe su dictamen en esta forma: "En nuestra opinión, queda concluído que ningún argumento, ningunísimo, da licencia para prohijar á tiempos terciarios la vida del hombre en América. Más aún; todos los conocimientos granjeados por la ciencia y todos los ramos del saber gravemente sazonados por el estudio lo contradicen y repugnan tan del todo, que con razón nos causa maravilla aquel sentir de un varón tan eminente y concienzudo como Wallace, cuando exclamaba: He must have existed as Man in pliocene times, and the intermediate forms connecting him with the higher apes probably lived during the early pliocene or the miocene period" [7].

De otros debates han sido teatro los rincones americanos. Los *arcillitos* encubados en la cuenca del río Delaware, cerca de Trenton,

[1] *Revue scientifique*, 1871.—[2] *Précis de paléont. humaine*, chap. III.

[3] *L'uomo terziario in Lombardia*, 1880.

[4] *L'homme pliocène en Californie*, 1879.—[5] *Revue scientif.*, 1881, p. 279.

[6] *La antigüedad del hombre en el Plata*, 1881, 2.° vol.

[7] «El hombre hubo de vivir sin duda en el plioceno, y las formas intermedias que le enlazan con los monos de más nombre y categoría vivieron probablemente durante la aurora del plioceno ó en el mioceno.» *Revue des questions scientif.*, 1893, t. XXXIV, pág. 386.

ofrecieron á la disputa materia tan peligrosa, que de soslayo hubo de entrar otra vez la calavera de California en tela de juicio, á fuer de comprobante de los pretensos *arcillitos* terciarios. Con todo, á pesar de complacerse los americanos en la melodía de su propia opinión, que no se paga menos que de publicarlos por los primeros hombres del mundo, al que preguntaba si eran terciarios los instrumentos de piedra de Trenton, respondieron muchos y entendidos americanos: eso no consta [1]. No está demostrado, *not proven*, clamaba Dawson, hombre de saber, en los Congresos de Détroit y de Toronto; á su dictamen se adherían John Evans, Chambertin, Mac Gee; de cuyos pareceres armó Nadaillac el suyo, diciendo: "Las piedras de Trenton son en el día de hoy el único argumento de alguna gravedad, no digo yo comprobativo, que se alega sobre la antigüedad del hombre en tierras del Nuevo Mundo" [2].

Tal vez, á falta de otras pruebas, han vuelto los americanos prehistóricos á sacar á vistas el sobredicho cráneo de California, descubierto en 1866 en el valle de Calaveras, á unos 128 pies de profundidad, como si librasen el crédito de los arcillitos en la ostentación de la calavera. Quien solicitó con más ruidosas publicidades la autenticidad del cráneo terciario, fué Whitney [3]. Por dicha no dió por bueno ese parecer el geólogo Holmes cuando, en 1899, descendió al apuradero de la verdad metiendo las manos en el paraje del hallazgo. Tanteadas diligentemente las circunstancias del terreno, de la calavera, de los escombros y demás secretos interesantes, dió sentencia formal contra la autenticidad [4]; y de tal manera la dió, que no dejó de insinuar había sido la calavera introducida fraudulentamente por maliciosa calaverada. Con su buena industria atajó Holmes los artificios de los mauleros.

Epilogando Nadaillac este debate, y juntando en una las conclusiones de todas las reyertas americanas, acaba por estos términos:

---

[1] RUSSELL, *Human remains from the Trenton Gravels, Americ. Naturalist.*, Febr. 1899.—MERCER, *A new investigation of man's antiquity at Trenton*, 1897.—BOYD DAWKINS, *On the relation of paleolithic to the neolithic*, 1897; *Science*, 28 Jan. 1898.

[2] *Le crâne de Calaveras, Revue des quest. scientif.*, 1900, t. XLVIII, página 357.

[3] Escribiendo á Desor en 1872, le decía con énfasis: Sachez que *Le crâne de Calaveras* n'est pas isolé, mais que j'ai une série d'autres cas bien authentiques, où l'on a trouvé dans la même position géologique soit des débris humains, soit des objets travaillés. *Revue d'Anthropologie*, 1872, pág. 761.—Aunque Whitney pareció poner aquí ramo á la puerta, no ha mostrado aún á los ojos del público los huesos humanos que blasonaba poseer. *The auriferous Gravels of Sierra Nevada*, 1897.

[4] *Preliminary Revision of the Evidence relating to the auriferous gravel Man in California*, 1899, pág. 634.

"En conclusión, las cosas que ciertamente sabemos no dan licencia para extender á la época terciaria la vida de un ser semejante á nosotros, cuanto menos un ser medianero entre nosotros y los simios; cuanto más se ahonda la inquisición, más lejana se halla la solución, así en América como en Europa. Ni el hombre que vaciaba los almireces de la California, ni el que labraba los arcillitos de Nueva-Jersey, se remontan á los tiempos terciarios. El cráneo de Calaveras, al cabo de todo, es moderno y pertenece á un indio ó á un eskimo. Para dar cabida á otra solución, fuera menester trastornar todas las leyes de la ciencia " [1].

4. El médico militar D. Eugenio Dubois, revolviendo un día las entrañas de un terreno sito en la isla de Java (posesión holandesa de la Oceanía), á los 15 metros de profundidad descubrió dos dientes; al cabo de un mes, cavando lateralmente, á un metro de distancia dió con un casco de calavera; el año siguiente, en el mismo nivel del terreno, allá lejísimos, á cien metros, le vino á las manos un fémur. El ansia de completar el esqueleto le estimuló á buscar y rebuscar en el corazón de la tierra; en blanco le salieron las pesquisas. Pero al ingenioso médico las cuatro piezas (dientes, fémur, pedazo de cráneo) le fueron harta materia para fabricar toda la armazón, sobreañadiendo, encarnando, vistiendo aquella figura de huesos con tales colores y gracia, que no reparó en presentarla á la publicidad en la Exposición de París de 1900, con el renombre de *Pitecántropo erguido, Pithecanthropus erectus.* Este descubrimiento del holandés Dubois en 1891 y 1892 pareció henchir las medidas á los amigos del hombre terciario, y más sin tasa á los transformistas. El animal descubierto pregonábase por superior á los antropoídeos vulgares, é inferior á los hombres actuales de más ínfima ralea; con que estando en medio de unos y de otros, podía, con su mediación, entroncar hombres con monos auténtica y cumplidamente, y pasar por cepa y archipríncipe de toda la humana familia. Esta fué la causa de llamarse, como Du-

[1] Añade luego: Les opinions préconçues, que l'on nous reproche, n'ont rien à faire dans la question. Les faits la résolvent avec une incontestable clareté. La consciencieuse enquête faite sur les lieux mêmes par un savant aussi distingué que M. Holmes, ne peut laisser des doutes; sa conclusion est nette, appuyée sur des faits qui paraissent indéniables; le crâne n'a jamais été entraîné par les eaux tertiaires, il n'a point été recueilli dans la mine où bien des mois après on a prétendu montrer son gisement. Il n'appartient ni à un homme pliocène, ni à un homme miocène, mais à un homme moderne. Toute la découverte, enfin, continue M. Holmes, est fondée sur la fraude ou sur une mystification regrettable.

Sauf sur ce dernier point, où je fais quelques reserves, j'accepte entièrement les conclusions de M. Holmes. Elles me paraissent rigoureusement déduites des faits aujourd'hui connus. *Revue des quest. scièntif.*, 1900, t. XLVIII, pág. 357.

bois le llamó, *Pitecántropo erguido*, mono-hombre que anda con dos pies [1].

Historiar ahora las crestas que levantó el anuncio del *Pitecántropo*, los humores que removió, las olas de opiniones que revolvió en Revistas y Congresos, los debates y ventoleras que entre los sabios avivó (como se echó de ver en el Congreso de Leyde, 1894, donde el patólogo berlinés Virchow tuvo con el propio Dubois muy gran pelotero), sería, sobre molesta ocupación, fuera de nuestro propósito. Baste saber que, no bien al materialista Mortillet le dió en los oídos tan inesperado suceso, hízose lenguas desfogando por la pluma las ansias del corazón, puesto que "el descubrimiento confirmaba colmadamente los dictámenes de los evolucionistas y transformistas acerca del parentesco del hombre con el mono„: así lo dejó escrito, enviando á la *ciencia* el parabién de la importante novedad [2]. Los saltos de placer que dió el monista Haeckel no son para dichos; pareció haber logrado el premio de sus negras fatigas [3]. Hacer pinillos y estar de gorjeo los viejos, mal año para la *ciencia*. Afanadamente trabajó el holandés Dubois, hizo merced á la ciencia con su descubrimiento, no positivamente por lumbre que la acarrease, sí negativamente por haber desviado la buena dicha del transformismo, aunque hubiera él pretendido con su obra darle la mano. Éste fué el remate de tantas cascabeladas y niñeces.

Uno de los sabios de más nombre que estuvo despacio mirando y

---

[1] Como le pareciese á Dubois, aunque poco hecho á semejantes estudios, que el cráneo y los dientes mostrasen ser de mono, y el fémur pertenecer á hombre, vino á inferir que los cuatro huesos correspondían á un animal que ni era mono ni hombre, sino medio entre los dos; razón que le bastó para bautizarle con el nombre de *Pitecántropo*, á que añadió el epíteto *erguido*, porque el fémur denotaba andadura vertical. En ello se estuvo con más porfía al ver la diversidad de opiniones que andaba entre los más reputados antropólogos, de cuyos varios pareceres sacaba que el suyo, medio entre todos, era el mejor; inconsecuencia que el P. Bolsius satirizó con donaire diciendo: «¿qué pensaríamos de un numismático, que á vista de varias monedas de edad controvertible discurriese de esta manera: los hay que opinan ser estas monedas del siglo XV, otros las refieren al siglo XIII; yo concluyo que deben ser del siglo XIV? Así, ni más ni menos, discurre Dubois». *Stüdien op godsdienstig*, t. XLV, 1895, pág. 197; t. XLVI, 1896, pág. 200.

[2] *Revue encyclopédique*, 15 Fevrier 1895.

[3] Pompeándose y blasonando altiveces de triunfador, dice así: D'après les simples lois de la logique, cette seule conclusion me semble justifiée: le *Pithecanthropus erectus* de Dubois fait partie de ce groupe éteint, qui marquait le passage du singe à l'homme, et auquel j'avais dès 1866, alors qu'il n'était encore qu'hypothétique, donné le nom de *pithecantropus*. C'est l'anneau tant désiré qui manquait encore à la chaîne des primates les plus élevés, le *missing link* suivant l'expression des anglais. *État actuel de nos connaissances sur l'origine de l'homme*, 1900, pág. 25.

remirando las cuatro piezas oseas de Dubois, fué el Dr. Houzé; aplicó la atención con cuidado al examen anatómico de cada una, sin atendencia á las circunstancias geológicas, que, á su juicio, no hacían al caso para el acierto de la información; porque, "aun si se llegare á demostrar, decía, que los huesos humanos de Java son terciarios, no por eso quedará demostrado que pertenecían á un ser intermedio„ [1]. Tal era su convicción respecto del primero y principal debate, contra el parecer de Dubois, cuyo intento fué demostrar que el *Pitecántropo* constituía el lazo de parentesco entre el hombre y el mono. El Dr. Houzé deshace el lazo, arguyendo á Dubois de mal fundado en su pretensión. Al dictamen de Houzé se acogieron otros muchos [2], como Arcelin, Van den Gheyn, Dierckx, Nadaillac, en cuya opinión son de hombre y no de bestia los cuatro huesos hallados en Java, junto á Trinil [3]. En verdad, el Instituto Antropológico de Londres, en 1896, delante del propio Dubois, no se atrevió á dar fallo decisivo sobre si los huesos dichos eran de hombre ó de mono: ¿qué prueba la perplejidad de los sabios? Una cosa evidente, á saber, que ni los transformistas ni los evolucionistas pueden apoyarse en el presunto Pitecántropo para confirmar sus hipotéticas conjeturas.

5. Si entramos á examinar el hallazgo de Dubois, se ofrecen al paso las preguntas siguientes: ¿Por dónde sabe el médico holandés que los dientes no son de hombre? Del tamaño, de la figura, de los raigones, de la superficie triturante no lo podrá sacar, porque en estas particularidades no se diferencian de los dientes de hombres cuaternarios que andan rodando por los museos. ¿El hueso del fémur cómo adivinó que era de bruto? La forma, las dimensiones, aun las anomalías que ostenta, le declaran por fémur humano. ¿El casco de calavera con qué compás le midió para negarle procedencia humana? A poca costa pudo haber tomado por padrón el cráneo de un hombre cuaternario, como el de Neanderthal, y aun sin moverse de Java podía haber averiguado la semejanza ó la analogía, con sólo reparar en el diámetro frontal, en el contorno horizontal, en el índice cefálico, pues

---

[1] *Le Pithecanthropus erectus*, 1896, pág. 31.

[2] En el año 1896 los pareceres de los sabios se dividían de la manera siguiente, conforme lo señalaba el Dr. Houzé: Les opinions sont partagées en trois camps. MM. Waldeyer, Krause, R. Virchow, O. Hamann, H. Ten Kate sont d'avis que la calotte de Trinil appartient à un anthropoïde. MM. Dubois, Manouvrier, Verneau, O.-C. Marsh, A. Nehering penchent vers une forme intermédiaire entre le singe et l'homme. Enfin, pour MM. W. Turner, J.-J. Cunningham, A. R. Keith, R. Lydekker, Matschie, Topinard, Rudolf Martin et pour moi, les restes de Java sont humains. *Ibid.*, pág. 16.

[3] NADAILLAC: La calotte crânienne de Java présente les caractères de la race quaternaire de Neanderthal. Elle appartient à un homme tres ancien. *Revue des quest. scientif.*, 1898, t. XLIV, pág. 420.

que en todos estos elementos se asemejan los cráneos de los javaneses antiguos al que tenemos entre manos, como lo opinan muchos antropólogos de viso. Fuera de que, la medida del cráneo, nunca ha sido norma segura para la conmensuración de la humana capacidad.

Si no bastan estas preguntas, ahí van otras que dan materia de nuevo estudio. ¿En qué documentos se funda Duboïs para asentar la condición terciaria de los huesos? La sencilla razón de haber tropezado con ellos á un metro de hondo debajo de la madre del río, no es motivo suficiente para calificar de plioceno superior el depósito, pues consta que todavía no han definido los geólogos la naturaleza paleontológica de aquel sedimento. Y cuando la hayan definido, como quienes aún ignoran si la isla de Java es de tiempo terciario, ¿con qué derecho se podrá colegir que las cuatro partes óseas (dientes, cráneo y fémur), recogidas en tres puntos distantes, convenían á un solo esqueleto, y no á dos, tres ó cuatro distintos? ¿Por qué razones los cuatro fragmentos han de ser coetáneos del piso plioceno? ¿Acaso la estratificación mineral, la fauna y la flora lo comprueban? Porque siendo tan fácil el trabucarse los terrenos, especialmente el plioceno, que con gran frecuencia se confunde con el cuaternario, pruebas claras y positivas son menester para la debida calificación. Cuando el médico militar las haya presentado de ser terciario el terreno y de corresponder á un solo esqueleto las cuatro porciones descubiertas, aún le faltará descabezar el paso más escabroso, á saber, que el tal esqueleto fué enterrado naturalmente y no con arte en aquella profundidad en época más reciente, y que á vueltas de trastornos locales no se trasmudaron los fragmentos yéndose cada cual por su parte; porque hartos estamos de noticias acerca de huesos pliocenos mezclados con utensilios humanos, y de huesos humanos cuaternarios salidos de sus sitios y mandados por la violencia á morar con cadáveres terciarios de animales; no sería el de Dubois el único caso del mundo.

Muchas quiebras se habrán de reparar, hartas añadiduras se tendrán que hacer, á mil dudas se habrá de dar solución antes de dejar por legítimo el *Pitecántropo,* si se quiere llegar á la paleontológica verdad. Después de sacarla en limpio, vendrá el discurrir sobre la extrañeza del calificativo *erectus,* que más novedad causa que el propio *Pitecántropo.* Propiedad del hombre es la posición derecha, ningun otro animal pudo robársela; ni la educación, ni la costumbre, ni mudanzas sucesivas son parte para engendrarla; en la misma naturaleza y armazón estriba del cuerpo humano. El mono antropoídeo nació para trepar; aprovechándose de las presas, da consigo arriba por árboles y picazos con ligereza extremada; la naturaleza no le armó para descollarse y erguirse sobre los pies; al hombre sí, y púsole en zancos para que anduviera siempre enhiesto. Tal es el juicio

de los antropólogos [1]. ¿Dónde halla Dubois las señas anatómicas del descuello natural de su Pitecántropo? Porque ninguna descubrían los antropólogos sobredichos, y por no jugar de astucia tuvieron por asentado que no de antropoídeo, sino de hombre, eran las señales aquellas. De lo contrario, ¿cuál sería la estructura de la pelvis y de los huesos que la forman, y que al hombre le facilitan la andadura vertical? ¿Qué disposición tenía la curva de las vértebras dorsales? ¿Qué forma había dado la naturaleza á su pie, que en el hombre está ordenado á ser báse firme de todo el cuerpo? De todo esto queda en ayunas Dubois; siquiera conociese la mano, que la del antropoídeo es pura pata. Del sólo fémur no podía deducir la posición descollada de su Pitecántropo, porque para andar empinado, *erectus,* naturalmente necesitaba las articulaciones de las caderas y rodillas, la estabilidad de las plantas, variedad de movimientos en manos y brazos, movilidad de la cabeza, asiento de ella en la cima de la columna vertebral; complicada armazón, que en la pelvis y no en el fémur había de notar la excelencia del privilegio, pues manifiesta cosa es que en la pelvis se alejan del hombre los monos, aunque ofrezcan ciertos signos de andadura bípeda, y más monos son aún en la forma del pie, infinitamente distante de la del pie humano. En una palabra, de tantos pormenores debiera Dubois satisfacernos, antes de pregonar por hecho su *Pitecántropo erguido,* que, por escasos los que presenta, no dan luz ni autoridad para esa calificación.

Los transformistas, que por amigos de roer buscan siempre lo mejor para dentellearlo, registraban en estos huesos resquicio donde hincar sus caninos taladrantes para forjar el fantaseado eslabón entre el hombre y el mono. La ciencia dió al traste con su interesada pretensión, respondiendo: no ha lugar. Bien les está. Querían hacer mundo nuevo fraguándole en la turquesa de su fantasía, por armar lazo á la buena fe; porque si plantan el Pitecántropo en el plioceno es para avisar taimadamente que estaba el hombre á punto de venir á la vida, pues la gozaban ya sus abuelos, archipríncipes del humano linaje. Mas ¿cómo Topinard, que en otro tiempo sembraba fatigas con esperanza de ver desenterrado al antropoideo pasado nuestro [2], no sólo no se abraza ahora con el Pitecántropo de Dubois, sino que le desestima y le ahuyenta de sí como corrido y afrentado? Sin duda porque siente herido su leal saber por la mezquindad de los cuatro fragmentos [3].

---

[1] VOGT, *Leçons sur l'homme,* lec. VI.—GAUDRY, *Paléontologie philosoph.*, pág. 90.—TURNER, *La place de l'homme dans la nature,* pág. 80.

[2] *L'anthropologie,* 1884, III partie, chap. I.

[3] Aucun type intermédiaire entre l'homme et les primates ne s'est révélé encore, et toutes ces hypothèses d'*anthropopithécus* on de *pithécanthropus* ne sont que des conceptions prématurées. *L'anthropologie,* 1895, pág. 607.

6. De manera que, hasta el día de hoy, no ha parecido asomo alguno de haber gozado del aire terciario, no digo el hombre, mas ni animal intermedio entre el hombre y el mono conocido. Cuando se presenten otros casos, los pasaremos por el crisol del detenido examen con entera libertad [1]. Con razón, pues, Pablo Combes, á vista de la musaraña contrahecha por Dubois y plantada en el Trocadero de la Exposición de París, exclama: "El Pitecántropo no se levantará del último fiero culebrazo que acaba de darle esa representación ridícula, y añadamos indecorosa, en un paraje abierto á la publicidad, donde penetran mujeres y niños. El nombre de *Pitecántropo erguido* se ha de extrañar de la ciencia. Ni es *Pitecántropo*, porque es javanés, ó comoquiera hombre; ni es *erguido*, porque no tiene firme y se cae á pedazos„ [2].

En probanzas como éstas estriba la opinión del hombre terciario. Cuán ineficaces sean para concluir lo que se pretende, vese luego por lo dicho. No habiéndose hallado hechos indubitables, ni esqueletos, ni pertrechos humanos, comoquiera que sean sinnúmero los despojos de animales y vegetales que por doquiera parecen, no es razón solemnizar la existencia del hombre terciario y cantarle el vítor, aclamándola por cierta y averiguada. Cuanto más, que los huesos del hombre no se pudren ni se deshacen en la sepultura; mas ya que se hubiesen corrompido y descompuesto, hubiérase quedado la forma del cadáver dibujada en el suelo, así como vemos estampadas las ramas y troncos de vegetales. Por manera, que ocioso parece desvelarse buscando y escudriñar, con extremos de diligencias, escarbando las entrañas de la tierra terciaria. El hombre mioceno es un devaneo, el plioceno una quimera; los terrenos que prometían buena suerte han sido sin provecho trasteados; los hombres que subieron un día á esperanzas alegres han tenido que arrostrar el desengaño; luego bien podemos concluir que aquellos escritores, que llenos de presunción quimerizaron una casta de hombres anteriores á nuestro padre Adán, han levantado torres de viento y andado en pos de consejas [3].

---

[1] NADAILLAC: Jusqu'à présent, nous n'avons donc aucune preuve sérieuse qui permette d'affirmer l'existence à l'époque tertiaire, soit de l'homme, soit d'un être intermédiaire entre l'homme et les anthropoïdes. *L'homme et le singe. Revue des quest. scientif.*, 1898, t. XLIV, pág. 421.—BOULE: On peut dire que nous n'avons actuellement aucune preuve concluante en faveur de l'existence de l'homme à l'époque tertiaire. *Anthropologie*, 1897, pág. 638.—HUXLEY: La paléontologie ne jette aucune lumière sur l'origine pithécoïde de l'homme, ni sur ses ancêtres simiens. Tant que cette lumière nous éclaire, nous le voyons l'homme tel qu'il est aujourd'hui; quand cette lumière s'affaiblit, nous ne trouvons aucun fait qui permette de croire qu'il ait jamais été autrement. Citado por el sobredicho Nadaillac, *Ibid.*, pág. 422, tomado de *Popular Science*, June 1897, pág. 127.—[2] *Cosmos*, 1900, n. 817, pág. 357.

[3] Entre ellos ha de contarse el católico Leuthéric, que en su obra *L'homme*

Es muy digna de advertencia la razón que alega el excelente geólogo A. de Lapparent para negar la existencia del hombre en la era terciaria; está tomada de M. Boyd Dawkins [1], y dice así: "A cualquiera viso que miremos las cosas, el hombre ha de considerarse coronamiento del mundo orgánico, y se le ha de colocar después que el reino vegetal y animal pasaron por sus grados de crecimiento. En la época miocena el desenvolvimiento era todavía muy incompleto para que la presencia del hombre tuviese oportunidad y sazón; el hombre en ese tiempo fuera un verdadero *anacronismo;* y baste lo dicho para desechar con fundamento cosas que no le tienen. Cuanto á las incisiones que se observaron en huesos de aliterio, y que semejaban obra humana, han sido falladas por nulas é insuficientes para probar el intento: fueron contadas entre las mordeduras de un escuálido„ [2].

ARTÍCULO III.

1. Los allegados al hombre terciario se hallan sin razones para sustentar su aserto.—2. La hipótesis del antropomorfo prehistórico es una fábula.—3. Clemente Alejandrino difamado sin razón en esta causa.—4. Últimos esfuerzos de los antropólogos.—5. Las diligencias de Quatrefages favorecen al reino humano.—6. El hombre terciario es un sueño.—7. El ente preadamítico es liviana conjetura.

1. El empeño de los transformistas en echar nieblas sobre el origen del hombre, claramente manifiesta cuán sin tino caminan y cuán mal disimulada traen la confusión. "Sobre el origen del hombre, dice Claus, y en los primeros días de su existencia, reina grande obscuridad... Es cierto que el hombre vivía en la época pliocena, y por ventura también á principios del período terciario. Aún no poseemos acerca de su nacimiento prueba segura: los conceptos de Darwin son los únicos que nos dejan suponer que el ser más elevado pudo provenir, por vía de selección natural, de un grupo inferior de Primates„ [3]. Si este zoólogo confiesa no tener más escalones que los embelecos de Darwin para subir al origen del hombre, ¿cómo no diremos que cree muy aprisa, y que todos los que con él piensan, que son hartos, disfrazan con especiosos nombres la tiranía de sus opiniones? ¡Cuán de otra manera proceden los geólogos de buena fe! El marqués de Nadaillac, que en su preciosa obra *Los primeros hombres* ha sondado en lo posible las simas de los tiempos prehistóricos, expuesta á la larga la contienda del hombre terciario, concluye con estas formales palabras: "No ha sido probada hasta hoy la existencia del hom-

---

devant les Alpes, 1896, renovó las especies de la Peyrère, de Jordan Bruno, de Agassiz, de Vogt, y de algunos más, respecto de los preadamitas.

[1] *Geol. Society of London*, 14 Abril 1880.

[2] *Traité de Géol.*, 1883, p. 1031.—[3] *Zoologie*, 1884, p. 1529.

bre en la época terciaria: ésta es la conclusión razonable que podemos formular si no queremos salir de la jurisdicción de los hechos y arrojarnos á conjeturas aventuradas. ¿Llegará la observación con el tiempo á probarnos la existencia del hombre terciario? Está en lo posible...; á las generaciones por venir, toca resolver este problema„ [1].

2. Entre tanto, ¿es lícito, filosofando, señalar por autor de los pedernales cortados, de los huesos rayados, de los restos, en fin, que se estimaron efectos de operación humana, un animal dotado de inteligencia, precursor del hombre, antepasado suyo en la línea de los antropomorfos? Causa tristeza el decirlo; pero no faltan escritores de nota que se han hecho abogados de esta causa. En 1864, el transformista Vogt pregonaba ante el Congreso de Copenhague que el hombre y el mono descienden ambos á dos de una especie de animal que, sin ser mono ni hombre, se avecinaba mucho á los microcéfalos de nuestros tiempos; el evolucionista Federico Müller fantaseó un ser de cuyas entrañas el hombre había venido al mundo por desarrollo progresivo; y entre tanto desconcertaba los sueños dorados de estos inventores el geólogo Gaudry señalando por cortador de los pedernales al driopiteco, aunque después, remachando el clavo y miradas mejor las cosas [2], vino á sostener solemnemente que el tal driopiteco era de condición inferior al actual gorila; pero quien ha alambicado más el juicio y escrito más despropósitos sobre el *precursor del hombre* es el ya citado Mortillet, para quien, si hay duda acerca del hombre terciario, no la tiene el precursor de Adán. Las razones que dan pie á esta hipótesis son: el resplandecer en toda la fauna un plan vastísimo y un como padrón de estructura que va creciendo en más y más subida perfección; el no asistirle al hombre razón ni justicia para exentarse de esta ley universal; el haber poseído unos seres la facultad de hablar, y haberla otros perdido viniendo á sumo abatimiento. "Si estas razones, exclama Nadaillac rompiendo con admiración y pasmo, son pruebas valederas á los ojos de la ciencia, declaro que la ruina de la ciencia es de todo punto irremediable. Quitando los ojos de estas razones, si lo son, demandaremos que nos den á conocer los caracteres anatómicos y fisiológicos de ese ser que tiene por descendientes á dos familias tan desemejantes y diversas como hombres y monos„ [3].

3. Muy en lo justo se pone el erudito marqués; pero no le perdonaremos que así, sin escrúpulo, cargue á Clemente de Alejandría, como le carga, la triste gloria de autor de tan vil pensamiento, sin echar de ver entre la hierba la culebra. Clemente de Alejandría escribió el libro de las *Hipotiposis*, ó digamos instituciones ó disposiciones: no

[1] Chap. XIV.—[2] *Mém. soc. géol.*, 1890, p. 7.
[3] *Les premiers hommes*, chap. XIV.

cabe dudarlo. El eruditísimo Eusebio [1] y San Jerónimo [2] nos certifican de ello y alejan toda sospecha en contrario. Pero quien inficionó con su veneno el curso de esta preciosa obra, de que sólo por unos breves retazos tenemos noticia, fué el cismático Focio, patriarca de Constantinopla, el cual, en su famosa *Biblioteca*, dice estas formales palabras: "*Las Hipotiposis* contienen la disceptación de algunos lugares del Viejo y Nuevo Testamento, que el autor sumariamente expone é interpreta. Aunque en ciertas cosas pareció sentir bien, en otras discurre impía y fantásticamente. Porque afirma ser la materia eterna, y finge que las ideas están encerradas en ciertos decretos. Cuenta también al Hijo entre las cosas criadas. Allégase á esto que se deleita en las transmigraciones de las almas, y predica la existencia de muchos mundos antes de Adán". Estos y otros estupendos agravios hizo Focio á la memoria del doctísimo escritor. Y que sean éstas puras calumnias lo demuestra el silencio de Eusebio, que trata largamente la doctrina de Clemente, y alega pedazos sueltos de su obra, sin oponer la menor advertencia ni notar una levísima mancha en sus opiniones. Bien declara el mismo Focio su facinerosa temeridad, cuando al fin de su crítica intencionadamente deja caer esta expresión: "... ó el, ó cualquiera que sea el que hizo su personaje *(seu ipse, sive quis alius ejus personam indutus)*". Los que defendían la existencia de muchos mundos y de hartos y muchos hombres antes de Adán, eran los herejes que los escritos de Clemente depravaron y pervirtieron con la ponzoña de sus dañados errores. Es muy de maravillar que el doctísimo P. Don Calmet dormitase en este paso, escribiendo y copiando de la boca de Focio que Clemente de Alejandría "creyó la materia eterna, la metempsícosis y la existencia de muchos mundos antes de Adán" [3]. Luego Clemente de Alejandría no pudo ser traído á colación por autor ninguno para seguirle el humor vicioso á Mortillet, ó dejarle más asentada su vaciedad á Hovelacque y á los de su estofa.

4. No contentos los amigos del hombre terciario con lo vano de sus pesquisas, en 1884 juntáronse de nuevo en Blois para inquirir y tratar de los depósitos de Thenay, por si daban con la pista de algún humano ser. Hombres versados en el arte mandaron abrir zanjas en nombre de la asociación científica; á geólogos consumados cometióse que considerasen con atención las formaciones de los terrenos: así los miembros del Congreso de Blois se hicieron capaces de liquidar la verdad acerca de los afamados pedernales, tema de la controversia. Gastóse tiempo en dares y tomares entre los Sres. Nadaillac y Cartailhac, entre Fuch y Cotteau. Examinadas las cosas con suma industria y diligencia, resumió M. Rabourdin la contienda diciendo

[1] *Historia eccles.*, l. IX, cap. XIII.—[2] De *Script. ecclesiast.*, § 48.
[3] *Dictionnaire de la Bible: Préadamites.*

en definitiva, que en ninguno de los pedernales hasta entonces observados parecían indicios de corte intencionado ni marca de mano de hombre; y concluyó: "no poseemos aún prueba ninguna que corrobore la existencia de un ser inteligente en la época terciaria„ [1]. Con todo eso, á pesar del acuerdo de estos pareceres, el presidente, al levantar la sesión, se afirmó en la creencia de un precursor terciario del hombre, aun cuando no diesen los pedernales excavados argumento bastante para ello. No vió la hora Mortillet, que estaba ausente, de abogar por su antropopiteco, arrimándose al dictamen del presidente de Blois, guiado más de su antigua afición que del peso de las razones. Mas el esclarecido Adriano Arcelin, hombre versadísimo en este linaje de luchas, y que había apurado cuidadosamente buen número de sílices de la era terciaria, provocaba con denuedo á los geólogos á que desenvolviesen los senos de la tierra, y acechasen y espiasen los mínimos pedazos de piedra de aquellas formaciones, apostando que ni por pienso hallarían sombra de hombre terciario. "Todos los geólogos saben, decía, que, mayormente en la época eocena, sucedieron en la tierra grandes trastornos causados por causas eruptivas é hidrotérmicas. ¿No es razón buscar en ellos el por qué de las alteraciones que les vinieron á los sílices en los depósitos de esa época?„ [2].

5. Finalmente, el audaz Quatrefages, dejándose llevar de la corriente, por mostrar su amor á la novedad [3], dió en creer que por Europa no sólo pasó el hombre el período plioceno, sino también el mioceno. Las nuevas pruebas que trajo en confirmación de su dicho son las tantas veces manoseadas y que llevan ya por adelantado la respuesta. Quien leyere con atención la obra de Quatrefages reconocerá en la misma lectura la insuficiencia de sus argumentos, y asentará en su ánimo que dista infinito de estar demostrada la existencia del hombre terciario. ¡Cuán diferente fué el voto de su discípulo Vernau, no obstante la reverencia que profesaba á su maestro, ufano de haberle convertido á su modo de sentir! "Con todo eso, dice, nos es notoria la perplejidad de ciertos sabios. Los descubrimientos relativos al hombre terciario son escasísimos y más de uno da lugar á censura; ninguno hay que arrebate el asentimiento general. ¿Llegará lo porvenir á poner en buena luz esta controversia? Lícito es esperarlo. Pero si tenemos cuenta con el largo espacio de tiempo transcurrido después de la época miocena, y con los azares á que se hallaron expuestas las reliquias del hombre y de su industria; si atendemos á que nuestra especie estaba á la sazón representada por un número ceñido de individuos, nos será fácil entender que no hay que

---

[1] *Matériaux pour l'hist. primit. et natur. de l'homme*, 1884, p. 481.

[2] *Revue des questions scientifiques*, 1885, p. 270.

[3] *Introduction à l'étude des races humaines*, 1887.

fundar confianza de descubrir en las capas terciarias tantos indicios de nuestros antepasados como en las de la época cuaternaria„ [1]. Quien así habla, no sólo no se muestra convencido, mas aun disimula con arte la convicción de los demás. La persuasión de Quatrefages hizo poca mella en el ánimo de Verneau.

Pero el varón infatigable no suelta lo que una vez prendió. Entre otras publicó una obra, encaminada á demostrar qué género de vida y de costumbres ejercitaría el hombre en la época neozoica. Presupuesta la prueba de su existencia, pretende responder á las objeciones que se le podrían hacer acerca de su civilización. *Les pygmées* de Quatrefages es un libro lleno de erudición, que describe la índole de las razas negras de más diminuta estatura que hay, y que son tenidas por la hez y escoria del humano linaje. De los enanos hicieron mención los antiguos, dándoles el nombre de pigmeos [2]. Quatrefages estudia con diligencia sus costumbres, lenguas y moral. Hasta ahora fué opinión de muchos escritores que estas razas frisaban mucho con las especies animales superiores, y que por ahí emparentaban al hombre con el bruto. Quatrefages demostró cuán errados eran estos juicios, y que si en la parte física caben muchos grados de miseria y hartas señales de abyección, no así en la parte moral. El salvaje braquicéfalo, con poseer raquítica y asquerosa figura, está dotado de un caudal grande de conocimientos que le enaltecen á la dignidad de los demás seres racionales. Los mincopios de las islas de Andaman, los negritos del Asia, los negrillos del Africa, los hotentotes y los bosquimanes son castas de pigmeos, que creen en un Dios Criador y gobernador del universo, juez y galardonador de las obras humanas; profesan los principios de lo honesto, justo y recto; guardan las máximas fundamentales de la vida social; cumplen las obligaciones para con Dios, para consigo y para con sus semejantes.

---

[1] *Races humaines*, pág. 28.

[2] Acerca de los enanos han corrido opiniones raras y opuestas entre sí. El arqueólogo Monseur descubrió en la fama de los enanos parte histórica y parte fabulosa, como es la verdad, pero pensó no eran tan diminutos cual supone la leyenda que les atribuyó el arte de la metalurgia. Lo mismo opina Levaux, con esta diferencia: que à juicio de Monseur los enanos instruyeron á los aryas en la fundición de metales; mas, en opinión de Levaux, los aryas la recibieron de los trogloditas. (MONSEUR, *Compte rendu du Congrès de Liége*, 1890, página 209.—LEVAUX, *La Chantoire et les Nutons du Val-Sainte-Anne*, 1889, pág. 203.) Quien á mayores extremos llegó en calificar la condición de los enanos fué Van Elven, que los identificaba con los iberos. (*Annales de la Soc. archéol. de Namur*, t. XVIII, pág. 327.) Dar á los aryas lugar en el cuento de los enanos es aventurado empeño. Sea como fuere, notable diferencia va de enanos á pigmeos. Los enanos no componen casta aparte, los pigmeos sí; los enanos son exiguos por degeneración patológica, los pigmeos lo son por generación natural.

De manera que el celoso Quatrefages, sin ser católico, y sin lograr poner fuera de duda la existencia del hombre terciario, acabó de demostrar la infinita distancia que hay entre el hombre más miserable y el animal más perfecto, y confundió y aniquiló con argumentos incontrastables los errores de los naturalistas que difaman el origen del hombre, y hacen guerra sin piedad á la nobleza del reino humano.

6. El resumen del debate se compendia en estas palabras del marqués de Nadaillac: "Yo no puedo afirmar ciertamente la existencia del hombre terciario; tampoco pretendo negarla; en el día de hoy está destituída de pruebas„ [1]. A este dictamen subscriben los antropólogos Arcelin, Bertrand, Mercy, Vilanova, Hamard, Mesnil, Evans, Cotteau y otros muchos contra Quatrefages, Capellini y algunos pocos. A los defensores del hombre terciario, la imaginación les aliña las cosas á su gusto. En la era cuaternaria hallamos al hombre diseminado por todos los climas y corriendo por diferentes tierras, llevando la cultura artística muy subida de punto. De aquí es muy fácil dar hilo al pensamiento y fantasear todo un plan de propagación lenta y progresiva, induciendo siglos y más siglos hasta lograr al hombre tan civilizado y despierto que merezca ser rey del período cuaternario.

Ilusiones y nada más. A las cuales, refiriéndose el Dr. D. Juan Vilanova y Piera en el discurso que pronunció en su recepción de académico de la Historia, desea, burlándose, á los partidarios del hombre terciario, "que los regocije la esperanza de encontrar algún día en el terreno la realización de lo que creó la fantasía, como la abriga el portugués, bachiller en filosofía y medicina, Burnay, en su libro de Craneología, publicado en Coimbra en 1880, añadiendo de cosecha propia que debemos estar preparados para el tal descubrimiento; resignándose, añade, de buen ó mal grado, aquellos á quienes sea poca grata la ascendencia„.

Podemos, pues, dormir á buen reposo; la vida del hombre terciario es una suposición que se deshace como humo, ni tiene hasta el presente en su favor más arrimo que el prurito de la novedad [2].

7. Sin embargo de todo esto, por sí ó por no, cual si quisieran curarse en salud algunos escritores católicos, han discurrido un arbitrio curioso, para el caso eventual en que los ulteriores descubrimientos saquen á vistas del mundo la figura del hombre terciario sin dar lugar á zozobra. Boucher de Perthes fué el primero que abrió camino á los católicos. Dividía los hombres que han venido al mundo en *antediluvianos* y *posdiluvianos*, sin relación de parentesco entre sí, componiendo dos creaciones totalmente diversas cuanto al origen.

---

[1] *Homme tertiaire*, 1885, p. 54.
[2] *Revue des quest. scientif.*, 1891, Juillet, p. 117.

Los hombres *antediluvianos* vivieron en época anterior á toda tradición hablada ó escrita, separados por un cataclismo ó diluvio antecedente al de Noé de los *posdiluvianos*, que son, según este arqueólogo, todos los descendientes de Adán [1].

Más adelante, Fabre d'Envieu, catedrático de Teología en París, imaginó que antes de la era cuaternaria podían haber gozado estos aires de vida multitud de seres racionales, que sin ser abuelos nuestros, cumplido el tiempo de prueba y terminada su carrera, recibieron de la mano de Dios galardón ó castigo [2].

A este dictamen se arrimó, aunque con cierto recelo, el P. Valroger, del Oratorio, diciendo: "La coexistencia preadamítica de precursores de nuestra especie es una hipótesis inverosímil. Juzgo por temerario el negarla *a priori*. Si, contra lo que yo siento, los adelantamientos de la arqueología, de la geología y paleontología viniesen á demostrar, yo no sé cómo, que hace veinte, cuarenta, cien mil años, existían en la tierra seres organizados al par de nosotros, y capaces de industria parecida á la de los salvajes de nuestra especie, llenaríame de asombro, pero mi fe religiosa no padecería menoscabo. Diría entonces sin vacilar: tan raros bimanos no eran monos transformados ni perfeccionados, que los monos ni se transforman ni se perfeccionan; no eran hijos de Adán, como lo son los hombres que hoy viven, pues que Adán no vivía á la sazón; la Biblia no tenía por qué hablarnos de ellos. La Biblia no fué inspirada para darnos nuevas de la historia de especies fenecidas„ [3]. A estas palabras aplica el sabio Juan d'Estienne justo correctivo diciendo: "El ente preadamítico admitido como posible, y propuesto por vez primera, así lo creemos, en las controversias de estos últimos tiempos, por el malogrado Rdo. P. de Valroger, es una conjetura más gratuita aún que la del hombre terciario„ [4].

También el P. Monsabré, de la Orden de Predicadores, deseoso de facilitar la inteligencia de los instrumentos que acaso mañana se desentierren, presentó la existencia del ente antropomorfo terciario, precursor del hombre, como admisible [5], sin por eso concederle la dignidad de padre y progenitor de los hombres actuales. "Esta opinión, dice Nadaillac, no basta á desquiciarme de la mía; para probar que en los tiempos terciarios existió un hombre semejante á nosotros ó un ser desconocido de quien el hombre descendiese, muchos, claros y concluyentes argumentos eran menester, y ellos, según llevamos dicho, faltan hoy en día enteramente. ¿Sonará la hora en que los poseamos? Yo no contradigo...; una cosa sostengo, y es que la prueba está todavía en ciernes.„

---

[1] *Antiquités celtiques et antédiluviennes*, t. I, p. 243.
[2] *Les origines de la terre et de l'homme*, p. 477.
[3] *Revue des quest. scientif.*, 1874.—[4] *Ibid.*, 1882, p. 369.—[5] *Confér.*, 1875.

Antes de poner los ojos en esta hipótesis de los dichos escritores católicos, conviene notar la infinita distancia que la separa de la de Mortillet. Porque, á juicio de Mortillet, la existencia del precursor humano es fruto natural del darwinismo, el de los citados católicos es creación aparte y de por sí; el preadamita de Mortillet prosigue desenvolviéndose con actividad y siendo patriarca de los hombres presentes, el de los católicos acabó sus días y cesó de vivir antes que Adán viniese al mundo; el de Mortillet es hijo natural de las especies más viles, el de los católicos es hijo del plan divino en la constitución de las eras geológicas. Las diferencias no pueden ser más patentes. Mas, esto aparte, hora es ya de preguntar á Mortillet, para que llegue á oídos de todos sus paniaguados: ¿Qué se hicieron aquellos galanísimos discursos, aquellos solidísimos argumentos, aquellas observaciones precisas, aquel fondo de certidumbre con que pregonaba su *Antropopiteco,* señalándole por precursor del hombre en la escala de los seres? [1] ¿Dónde está el desempeño de tan graves aseveraciones? ¿Hasta cuándo ha de gitanear la confianza de sus discípulos dándoles cuerda sin fin? ¿No bastan veinte años de dilación para ver el término de sus promesas? ¿Cuántos más habrán de pasar sufriendo zozobra, con la esperanza de aquella absoluta certeza que tan sin reparo blasonó? ¡Qué hombres tan niños ha criado el siglo XIX! Porque el que en el día de hoy se atreviese á propalar la existencia del hombre terciario, ó la existencia del antropopiteco, ó la existencia del Pitecántropo, como fruto de la paleontología, como verdad

[1] Il faut tout baser sur l'observation directe des faits, et il importe d'étudier ces faits avec la critique la plus sévère. C'est, malheureusement, ce qui n'a jamais eu lieu jusqu'à présent.—Il est maintenant établi d'une manière certaine, que dans les terrains tertiaires existaient des êtres assez intelligents pour faire du feu, tailler des silex et des quartzites... Nous savons aussi d'une manière positive que l'homme a varié dans les temps géologiques. En effet, l'homme quaternaire ancien n'était pas le même que l'homme actuel, que l'homme qui lui a succédé du temps des cavernes, comme le prouvent les crânes de Néanderthal, d'Eguinheim, de Denise, de Canstadt et la mâchoire de la Naulette. La différence au commencement du quaternaire est déjà si grande, qu'on a parfois hésité si l'on rapporterait bien à l'homme les débris que je viens de citer. Nous sommes donc forcément conduits à admettre, par une déduction logique tirée de l'observation directe des faits, que les animaux intelligents qui savaient faire du feu et tailler despierres à l'époque tertiaire n'étaient pas des hommes dans l'acception géologique et paléontologique du mot, mais des animaux d'un autre genre, des *prècurseurs de l'homme* dans l'échelle des êtres, précurseurs auxquels j'ai donné le nom d'*Anthropopithecus.*

Ainsi, par le seul raisonnement solidement appuyé sur des observations précises, nous sommes arrivés à découvrir d'une manière certaine un être intermédiaire entre les Anthropoïdes actuels et l'homme. Cela rappelle Leverrier découvrant sans instrument, rien que par le calcul, une planète. *Le préhistorique*, 1883, pág. 33.—Pág. 102.

científica, no sólo haría á la verdad indigna trampa, sino que mentiría á boca llena; no sólo mofaría de la ciencia con sofisterías y patrañas, sino que fingiría, como bellaco, otra cosa de la que tiene en el pecho, y es el adjetivo más blando que se le pudiera aplicar.

Ahora, si queremos examinar qué puntos de semejanza tenga la opinión arriba indicada con la de los preadamitas, inventada por el calvinista Peyrère, bastará poner á la vista la índole de entrambas para notar la diferencia. Peyrère enseñaba que Moisés narra dos procreaciones de hombres, una en el capítulo primero, otra en el segundo del Génesis. El hombre del capítulo primero fué criado en el día sexto, constituído cabeza de los gentiles, sin nombre conocido, muchos años antes de ser formado Adán, escapando libre del diluvio noético con toda su descendencia. El hombre del capítulo segundo fué padre de todos los judíos, tuvo por nombre Adán, fué formado por Dios muchos siglos después del primero, y castigado con toda su casta por las aguas del diluvio, quedando libres del castigo Noé con sola su familia. Todos los teólogos católicos se arrojaron denodados á combatir esta inaudita ficción del audaz calvinista [1].

Los modernos, por el contrario, presumen que antes de Adán pudo haber habido otra casta de hombres, que del todo acabó, sin dejar nombre ni rastro de prosapia, y así, que todos los que hoy viven son hijos de solo Adán. En el mero hecho de introducir los autores citados alguna familia moderna que, sin pasar por Adán, proceda del hombre terciario, incurren el error de Peyrère y son fautores de sus imaginados preadamitas. Pero si ponen otra generación de hombres anterior á la nuestra, que no dejó más memoria de sí que sus propios huesos y los productos de su industria en las entrañas de la tierra, entonces no hay por qué tacharlos de preadamitas en el sentido baldonado por los teólogos; porque, admitida la ninguna relación de parentesco con los hijos de Adán, queda en pie la unidad de los hombres actuales, á fuer de nacidos de un mismo tronco. La dificultad que podría originarse respecto de la remotísima ancianidad no va, ciertamente, contra la fe, pues que la Iglesia no impone cronología de ninguna suerte, como hemos insinuado y expondremos más adelante. Así que la conjetura propuesta, por ningún cabo merece la nota de heterodoxa.

Científicamente considerada es extravagante, intempestiva, vana y peligrosa. Extravagante, porque no lleva camino una sentencia

---

[1] CALMET, *In Genes.*, cap. II, v. 7.—GENER, *Theolog.*, p. II, tract. I, libro III.—TOURNELY, *Prælet. theol. De op. sex dier.*—ZACARÍAS, *Diss. cont. Præadam systema.*—NATAL ALEJANDRO, *Hist. eccl. vet. test.*, t. I, diss. III, art. I.—REUSCH, *La Bible et la nature*, 1867, pág. 475.—MEIGNAN, *Le monde et l'homme primitif selon la Bible*, 1869, chap. VIII.—POZZY, *La terre et le récit biblique*, 1874, pág. 455.—VIGOUROUX, *Les libres saints*, 1891, t. IV.

que, sin tener enemigos que combatir ni razones que invocar, se aventura y arroja á descomunales intentos, exponiendo á nuevas dificultades no pocos textos bíblicos relativos á la creación, caída y unidad del linaje humano. Es intempestiva, y no sólo prematura, como quiso llamarla el cardenal González [1], porque una opinión que, demás de carecer de fundamentos metafísicos y naturales, presume proveer con impacientes ansias al caso futuro, ó futurible, en que se descubran en terreno terciario restos de hombre, no sólo viene fuera de tiempo, sino que acude á peligros imaginados con importunísima prevención, y es como padecer tormenta en la bonanza. No son tiendas de enemigos los depósitos estratigráficos. El día en que los temidos restos se hallen, las circunstancias dirán lo que se deba sentir del hallazgo, y cómo pueda explicarse que huesos humanos hayan podido bajar del piso moderno al terciario sin notable inconveniente. Es, además, vana, porque cuando no haya modo plausible de referir al tiempo cuaternario las cosas tal vez desenterradas en pisos terciarios, la cronología bíblica no dejará de dar corte á la dificultad, ofreciendo camino breve y expedito. Es, en fin, peligrosa, porque reconocer la existencia de un precursor humano, sin fundamento bastante, es allanar el camino y conceder, hasta cierto punto, la razón al sistema transformista en sus aplicaciones antropológicas, como bien dice el cardenal González en el lugar citado.

[1] *La Biblia y la ciencia*, 1891, t. II, cap. III, p. 364.





CAPITULO XLIII.

EL HOMBRE CUATERNARIO.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. El hombre cuaternario es dificultoso de rastrear.—2. Noticia de la fauna cuaternaria.—3. Cotejo de ésta con la actual.—4. Extinción de unas especies y propagación de otras.

1. "No hay época menos conocida de los sabios que la cuaternaria, decía Nadaillac, ni estudio tan arduo como el de sus sucesos" [1]. La misma queja no se hartaba de dar el esclarecido Gaston de Saporta, doliéndose de la escasez de medios para indagar y cotejar los terrenos [2]. También nosotros, de nuestra parte, queremos declarar que las vicisitudes que en este período pasaron por el hombre, según que nos las pintan los escritores de paleontología, andan tan llenas de casos hipotéticos, que, en vez de hechos reales, más son invenciones ó suposiciones mal fundadas, de cuya obscuridad abusa extrañamente la malevolencia. ¡En cuántos libros modernos la pintura del hombre cuaternario es mera poesía, fábula donosa, en donde, exceptuados los pocos sucesos que nos suministra la Biblia y la escasa porción de descubrimientos arqueológicos, qué hay sino caprichos de interpretaciones libres? Y quede esto aquí notado para que entienda el lector el ningún caso que hacemos de las opiniones modernas tocante á los primeros pasos de la vida humana. Las que en lo sucesivo adoptemos acerca del hombre cuaternario, en tanto las estimamos cuanto sea el momento de las razones en que se funden. Es mucha verdad que cuanto con más diligencias se revuelven los escondrijos de la tierra, más viva es la luz que echan de sí los fósiles encerrados, sin que por eso dejen de cegarse los ojos de muchos geólogos cuando tratan de

[1] *Les premiers hommes*, t. II, chap. X.—[2] *Ibid.*

definir los puntos controvertidos. A los ingenios de Cuvier y de Elías de Beaumont hacíaseles duro de creer que el hombre pudiera haber pasado la vida con los mamíferos fenecidos: nunca se rindieron á partido; hacían siempre rostro con porfiada tenacidad. Pero en el día de hoy parece ya indubitable que, mezclados con huesos de aquellos animales, se descubren señas claras de vida humana, sin que pueda razonablemente dudarse que el hombre fué contemporáneo de las bestias cuaternarias.

2. La fauna cuaternaria, cerrado ya el círculo de trastornos anteriores y asentado el orden regular de las cosas, ostentóse engalanada con los delineamientos que la mano del Hacedor quería dar finalmente á su obra. La tierra, ornada de aquellas circunstancias meteorológicas y topográficas que eran más á propósito para proteger la vida y la conservación de las especies perfectas, el levantamiento de las grandes cordilleras, el surgimiento de tierras sepultadas antes en las aguas, la demarcación de los continentes, la dilatada extensión de las llanuras, el sosegado vaivén de las ondas, lo profundo de los mares, el temple del aire atmosférico, la diversidad de los climas, la claridad de los cielos, la hermosura de la luz, la fragancia del ambiente, el dulce temperamento del oxígeno y carbónico, la riqueza y abundancia de pastos, en una palabra, las condiciones geológicas, físicas y climatéricas que eran de desear, adunáronse en la era cuaternaria ordenadas en buena correspondencia para servir á la vida y llenar de bienes á los animales más aventajados.

Si hemos de dar fe á las diligencias del industrioso D'Archiac [1], los mamíferos menores se descubren en las cavernas, en los llanos y en los valles los mayores y más robustos, pues que, ora las grutas, ora los estratos de transportes fluviales, son depósitos que atesoran los fósiles cuaternarios. Así sabemos á ciencia cierta, siguiendo á este escritor, que todo el antiguo continente, desde Irlanda hasta el estrecho de Behring, era á la sazón habitado por manadas de mamutes y de rinocerontes ticorrinos, que corrían por el Mediodía de Europa, por el Centro de Asia y por el Norte de África con entera libertad. Hacíanse reparar la hiena sanguinaria, el oso mayor, el gato montés, el lobo voraz, el indómito jabalí, la astuta zorra, la nutria inquieta, viviendo entre ellos el ferocísimo *macarodo* terciario, y haciendo estas cuadrillas de fieras por Europa y Asia riza espantable en las especies herbívoras y mansas. Propagábanse por doquier los bueyes primigenios junto con los de inferior tamaño, el búfalo y el ciervo irlandés poblaban los prados boreales, y el reno, que hoy es polar, alargaba sus correrías hasta la región pirenaica. Camellos, carneros, cabras y demás tropa lanar concurrían en frecuentes manadas, fatigados de la necesidad, á matar la sed en los

[1] *Géol. et Paléont.* 1886, chap. VIII.

ríos y lagunas, sin dejar de familiarizarse con los hipopótamos y con los castores de incomparable grandeza. No tenían cuento los roedores, ratas, conejos, liebres, marmotas, erizos, comadrejas y otras alimañas de este jaez; ni son para referidas las bandadas de aves y los infinitos reptiles de aquel tiempo, que, sobre la dificultad de conservarse enteros sus frágiles esqueletos, parecen sombra comparados con los herbívoros de cuernas enarboladas, que reinaban en su apogeo como próceres del reino animal.

Así se criaban y florecían en todas las partes de la tierra los vertebrados mamíferos de toda hechura y condición. Generalmente hablando, eran de tamaño mucho mayor que los del mismo linaje que en nuestros días viven. Los más, á largos pasos corrieron á la muerte; fenecida y borrada quedó su memoria, tan por entero, que olvidadas é ignoradas durarían aquellas especies, y aun tendríamos por fabulosa su existencia si los depósitos no nos mostrasen á montones sus huesos de extraña magnitud.

De esta fauna cancelada por la muerte en los tiempos prehistóricos, ofrécenos la paleontología casos de curiosa consideración. En el norte continental de América se conservaron por mucho tiempo el mamut, el reno, el bisonte y otros rumiantes cornígeros; no así el oso de las cavernas, el buey primigenio, el rinoceronte ticorrino, el ciervo irlandés, de los cuales se halla después acá en los siglos históricos cierta noticia en la Europa meridional. Bajando más al Mediodía de América, viene el mastodonte gigantesco, que en la era terciaria huyó de la faz de la Europa, y fué después el cuadrúpedo que más señalada prez alcanzó en el cuaternario americano. Al revés el caballo, que por lo agudo de sus relinchos y lo soberbio de sus crines aterraba las soledades de entrambos mundos, espiró súbitamente en el nuevo, adonde hubo de ser llevado hace pocos siglos por la diligencia del hombre europeo. Pero los que ennoblecen más honrosamente la fauna americana son los desdentados, por su inaudita grandeza, en particular los megateroides, que moraron con los elefantes y mastodontes. Ejemplares clarísimos son el Megaterio, de cuatro metros en largo y tres en alto; el Megalonix, de horrible aspecto; el Milodonte, disforme y desaforado: ¿qué son en su presencia las más descomunales fieras de ambas Américas? [1] Ni se dejan desear tampoco los monos, murciélagos y marsupiales, según que lo han comprobado los últimos descubrimientos. En esta palabra resumió el colmo de su admiración el esclarecido D'Archiac: "La fauna vertebrada del Brasil fué la más rica de todas las del período cuater-

[1] El esqueleto del *titanoterio*, cuya longitud pasa de cuatro metros y cuya alzada es de dos metros treinta centímetros, ha podido completarse en estos últimos años. Fué cornudo americano de los tiempos terciarios. *Revue des quest. scientif.*, 1897, t. XLII, pág. 312.

nario„ [1]. Viniendo á la fauna china, las investigaciones del lazarista A. David concluyen, que ofrece muchos rasgos de semejanza con la fauna americana, especialmente cuanto á peces de agua dulce, y á reptiles é insectos. La vegetación da también muchas especies comunes á entrambos continentes, las cuales carecen de representantes en los campos europeos. Con ser notable esta semejanza, la fauna del Celeste Imperio se deja admirar por las muchas especies que le son peculiares, desconocidas en otras regiones, dejándose reparar también la falta de otras sinnúmero que son frecuentes en Europa.

Por lo que hace á las faunas antiguas, hanse desenterrado huesos del elefante primigenio y del rinoceronte ticorrino en el Mongol y en la China. Y porque las tradiciones de aquellas gentes remontan á un período anterior á seis siglos (A. C.) la existencia de colosales paquidermos, hay motivos para conjeturar que estas bestias pertenecían á tipos cuaternarios; tanto, que, considerando cómo en todo el vasto Oriente no se hallan piedras erráticas ni señales del suceso glacial, cae uno luego en sospecha, y aun viene á resolver probablemente, que cuando los glaciares ocupaban y tenían asidas con las apreturas de sus hielos las cordilleras y cumbres europeas y americanas, los susodichos mamíferos debieron de ausentarse del Occidente con ligereza y esfuerzo, á buscar en los confines del Oriente cielo blando y conveniente sustento, hasta que, llegados los tiempos históricos, su progenie vino á menos y del todo feneció.

Antes que el geólogo Boule alcanzase á descubrir en el cuaternario de Charente, por los años de 1895, el Elefante primigenio, que en los tiempos pliocenos parecía haber fenecido, el canónigo Almera había hallado en la cuenca de Tarrasa (Cataluña), "á más de un fragmento de defensa de Elephas encontrado en el cuaternario, muy análogo á los descubiertos hace algunos años, uno en el *Mas Duran* de Sant Vicents del Horts, y otro en las cercanías de Villafranca del Panadés, en terrenos de la misma edad„. [2]. La misma cuenca lacustre de Tarrasa en sus capas pliocenas albergaba restos del *hippopotamus major,* del *ursus spelæus,* del *equus spelæus,* del *hipparion gracile,* descubiertos por el propio canónigo Almera [3].

---

[1] *Revue des cours scientifiques,* 1868, p. 307.

[2] Almera, *Descripción de los terrenos pliocénicos de la cuenca del bajo Llobregat y llano de Barcelona,* 1894, pág. 91.

[3] Y pues viene bien aquí, no pasemos en silencio la mala zancadilla que el académico D. Arturo Bofill dió muy á tiempo y sazón al Sr. Odón de Buen, deseoso de coger de sobresalto á la Sociedad española de Historia natural con el descubrimiento asombroso del *hipparion gracile* efectuado por él en la Garriga. Registrado con diligente solicitud el terreno, y completamente enterado el Sr. Bofill de lo acaecido en aquel paraje de la Garriga, respondió sin titubear á la novedad del Sr. de Buen, divulgada ya en los anales y papeles periódicos por estas palabras: «Según los datos que he podido procurarme,

Puesta la consideración en la muchedumbre de mamíferos fósiles habidos á las manos en los alrededores de Barcelona, decía el referido cánonigo Almera: "La presencia de estos y otros restos, de que ya dimos cuenta á la Academia en otra ocasión con el Sr. Bofill, en los terrenos terciarios de nuestros contornos, indica claramente que no eran estos desiertos inhabitados en los tiempos terciarios, sino que, lo mismo que en otras comarcas de España, de Francia, de Italia, de Grecia, etc., vivían y pacían en ellos diversos vertebrados terrestres ó continentales, al mismo tiempo que pululaban en las aguas dulces y marinas un sinnúmero de moluscos, radiados y heteromorfos. Estos descubrimientos revisten gran interés, no sólo para la ciencia en general, sino también, y muy particularmente, para la historia geológica y paleontológica de nuestra comarca é ilustración del pueblo„ [1]. Tanto más justamente pueden blasonar entrambos investigadores de haber mirado por la gloria patria, cuanto no ha cesado su diligencia de amontonar más documentos en crédito de su acendrado cariño.

Si pasamos con la consideración á las islas de la Australia, se ven campear el dasyuro, el tilacino, el tilacoleo, el fascolomis, el diprotodonte, el nototerio, el magalanio: el diprotodonte tenía la cabeza de un metro, y era deforme y feísimo como el hipopótamo; el tilacoleo, no menor ni menos bravo que el león; el nototerio, reptil carnívoro, de siete metros de largo. No hagamos memoria del dinormis, ave de tres y medio metros de alto, ni de otra de la talla del avestruz, ni de otra de pie comparable al del elefante: estas aves monstruosas se criaban en bandadas, y eran azotes terribles por dondequiera extendían las alas: entre la muchedumbre de huevos suelen citarse los descubiertos en Madagascar, seis veces mayores que los del avestruz actual; ¿cuál, si no sale falso el hallazgo, no sería á proporción la grandeza de las madres que los pusieron?

3. De estas cualidades han querido colegir los eruditos que los tipos antiguos fueron más variados y de mayor corpulencia que los nuestros; y para celebrar tanta excelencia han pensado que los mayores acabaron la vida, quedando con ella los menores y perpetuándola hasta nuestros días. Este sentir siguió el citado D'Archiac. Otros han llevado la contraria. Que entre los fósiles antiguos se contengan formas monstruosas y desaforadamente grandes, no lo podemos ne-

---

exactamente en el mismo punto del descubrimiento había sido enterrado, á menos de un metro de profundidad, un solípedo actual, siendo más que probable que la osamenta encontrada (por el Sr. de Buen) no era otra que la de dicho animal doméstico». *Nota sobre la presencia del «hippopotamus major» y otros mamíferos fósiles*, 1893, pág. 6. No están, loado sea Dios, los paleontólogos catalanes dispuestos á admitir dobleces y engañifas de este jaez.

[1] *Ibid.*, pág. 4.

gar; pero ¿dónde nos ha enseñado la paleontología tronco de árbol de cuatro metros de diámetro como los que hoy poseemos? ¿Hay monstruo fósil que lo parezca comparado con el ballenato viviente? Si corpulentos eran aquellos cuadrúpedos, no lo son menos los nuestros; si los tenemos de tamaño menor, pequeños también los hubo en la antigüedad. "Estoy pronto á confutar la opinión de los que porfían que en la fauna primitiva sobresalían los animales gigantescos, y que no había vertebrados del tamaño actual.„ Con estas voces desafiaba Meyer [1] á los encarecedores de las vetustas grandezas. A cuyo dicho hacía eco el Dr. Enrique Reusch [2], diciendo: "Si en el día de hoy no poseemos muchas de aquellas formas colosales de la época primitiva, otras no menores las han sucedido; los seres organizados en el estado presente no ceden á los anteriores en magnitud. Demás de que los animales de talla mediana y aun menor, y también los animalillos microscópicos, rebosan en la fauna fósil„. No nos toca á nosotros decidir este altercado, pues la letra del Génesis deja dilatado campo á la libertad de opinar; mas no es posible dudar sino que los mamíferos antiguos se aventajaron notablemente á los hoy en día conocidos, y que aquellas torres de carne pesadas y disformes no tienen en la era presente quien simbolice su voluminosa presencia.

4. Más digno de consideración es cómo fué cercenada por siempre la vida de unas especies, y pasó adelante la de otras, propagándose hasta hoy. Algunos autores que han parado en esta misteriosa baja, han creído que las condiciones terrestres, las alteraciones y violencias de los elementos hicieron imposible la propagación de las formas gruesas y facilitaron la fecundidad de las pequeñas, sobreviviendo éstas á aquéllas y reinando sobre la aspereza de los contratiempos. "Es muy de considerar, pondera D'Archiac, que si unas formas orgánicas ínfimas duraron dejando burlada la ley común, y corrieron á lo largo de las edades sin riesgo, si otras continuaron un tiempo y disminuyeron, dejando luego de ser y hundiéndose en la corriente de los siglos; la ley general es que la longevidad de los tipos está en razón inversa del grado de perfección animal... Además, puede notarse que también la duración de las especies y géneros es inversamente proporcional á la masa y á la talla, siendo así que la vida normal de los individuos debería estar en razón directa de la masa„ [3]. Mas, con todo, son ineficaces los documentos que hoy nos ofrece la fauna cuaternaria para hacer buena la explicación de estas maravillas. De creer es que la paleontología, que es niña é inexperta, enseñará, andando el tiempo, cómo las especies menores parecen y desaparecen al estilo de las mayores, y que la naturaleza organizada sigue un curso de leyes que en la actualidad no columbramos.

[1] *Sur les reptiles*, p. 3.—[2] *La Bible et la nature*, 1867, p. 257.
[3] *Leçons sur la faune quaternaire.*

ARTÍCULO II.

1. Cómo se entiende que el hombre fué el postrero de los animales.—2. Extremos que se han de huir.—3. Sentencia de los doctores Eclesiásticos.—4. Advenimiento del hombre, aparejado por los reinos naturales.

1. Lo hasta aquí referido parece dar pie á los modernos prehistóricos para pensar que el hombre no fué el postrero de los animales, como lo pronuncia la Biblia, pues que habiendo otros muchos entrado en esta vida en pos de él, ¿cómo se dice que Dios descansó luego de criado el hombre, después del día sexto? Poca ó ninguna mella debe hacernos este escrúpulo de los modernos. "Paréceme, responde el P. Pianciani, que aún dura el día de aquella trabajosa cesación en que el Padre celeste obra conservando las cosas criadas, y en esto cesa y descansa, porque no produce nuevas clases de substancias, al menos en nuestra tierra, ni causa aquellas insignes y extraordinarias alteraciones que eran comunes en los períodos primitivos, cuando se preparaba el camino á la venida de las criaturas que en el día sexto mayormente habían de reinar. Día grande es el séptimo, sin tarde y sin ocaso, como dice San Agustín [1]. Dura aún ese día, y durará hasta que á Dios plazca, mientras durare en la tierra el orden presente de cosas. No sé, cierto, si no es trascendiendo los límites de las cosas naturales, qué nuevo período debamos ya esperar" [2]. Hasta aquí el docto Pianciani, en cuya opinión nada nuevo crió ni criará el Omnipotente Hacedor después que sumó en el hombre las perfecciones y prerrogativas de todos los seres con infinitas ventajas.

Para responder más derechamente el argumento se ha de tener por cosa cierta que los animales que nos rodean proceden de la era cuaternaria: Porque los grandes cuadrúpedos del mioceno acabaron ya dejando su memoria verificada en los armazones de sus huesos descomunales; al perecer ellos, entraron en su lugar los paquidermos, carnívoros y demás de los tiempos cuaternarios, muchos de los cuales dejaron también la vida; ni hay noticia de que se reprodujesen y revezasen, ni señal ninguna de su ser en toda la redondez de la tierra, fuera de sus incorruptos huesos. Mas ¿quién será poderoso para probar que los que sobrevivieron y ahora son conocidos y comunes en nuestras comarcas, no existían ya en otros puntos del globo mucho antes que fuesen vistos en Europa? ¿Cómo, dónde consta que fueron criados seguidamente después del hombre, y que no lo fueron antes juntamente con los extinguidos?

Además, la objeción presupone un fundamento que tal vez viene á ser falso. Dan por hecho los adversarios de la Biblia que los ani-

---

[1] *Confes.*, l. XIII, cap. XXXVI.—[2] *Cosmog.*, § LXXX.

males que dicen posteriores al hombre constituyen especies nuevas. ¿Por qué no han de ser tenidos por degenerados y por hijos que bastardearon en virtud de la influencia de los climas, sin que por eso deban perder el grado de parentesco que su condición específica pregona? Porque muchas razas, no digo de perros y gatos, pero de hombres, hay que de tal suerte se hacen desemejantes por el temple de la tierra, que parecen ser de especie totalmente apartada: ni son tantas las diferencias que observa el paleontólogo entre el elefante plioceno y el cuaternario, que juzgue deba negarles todo prohijamiento, y excluir á éste de la progenie de aquél, especialmente siéndonos desconocida la condición de aquellos órganos y la hechura interior de aquellos tejidos, carnes y miembros. Lo que nunca vió ni presenciará la humana curiosidad es que una familia, desfigurado el ser, se mude en otra, que un carnívoro se torne rumiante, que un megaterio se vuelva raposo, comoquiera que cada tipo fundamental esté firmemente constituído según su diseño; pero, en los aledaños y cercanías de un mismo tipo, no puede negarse que caben infinitas variedades, tantas y tan matizadas, cuanto son más sensibles las alteraciones de clima, régimen y celestes influencias.

2. Aquí se debe muy bien advertir, como en otra parte dijimos, que á dos opuestos principios suele subirse la exageración de los modernos zoólogos: ó disfrazan con especiosos nombres la diversidad de las especies, haciendo creer á los incautos que todos los animales son hijos naturales de un organismo primitivo; ó, por el contrario, ponderan tan desmesuradamente las especies, que vienen á confundir con ellas las mismas variedades. Entre humillar las especies hasta el punto de aniquilarlas, y exaltar tanto su número que no haya lugar á prohijación, el camino medio y seguro es contener á cada individuo dentro del círculo de su propia especie, dejando, empero, paso franco en la generación á infinitos pormenores, que pinten en las fisonomías diferentes semblantes, y parezcan, y no sean, hijos de familias extrañas. Supuesto este sencillo cuan notorio fundamento, ¿no será ya permitido empadronar en el catálogo de las familias cuaternarias las especies actuales? La paleontología no está tan sobrada de razón que pueda justamente darse por afrentada y herida en sus derechos; ni posee de sus fósiles tan puntual conocimiento, que sea violentar su autoridad el reducirla á ese término medio. Más expuesto á peligro es el huir de un extremo y pasar á otro sin parar en el camino trillado. El discreto Hamard, versadísimo en las cosas naturales, no repara en dar por asentado que, sin nota de temeridad, puédense tener los elefantes actuales por hijos legítimos de los elefantes fósiles, como hicimos notar tratando de la fauna terciaria [1]. "Y aun más me atrevo á sostener, añade; muy gus-

---

[1] Cap. XXXVIII, art. IV.

toso admitiría yo que tienen ambos por común tronco al mastodonte, paquidermo mirado por los naturalistas como género de por sí, y otro tanto diré del hipárion, que M. Gaudry estima por ascendiente del caballo„ [1].

Esta concesión hecha por Hamard en obsequio de Gaudry no parece, hemos caído en la cuenta, prudente ni fundada en razón. El elefante fósil no es hijo del mastodonte, ni el caballo desciende del hipárion. El elefante por ningún título debe al mastodonte su origen: el sistema dentario, criterio seguro de calificación específica, se desenvuelve en ambos de diversa manera; los molares del mastodonte pueden equipararse á los dientes biyugados del elefante, pero en el crecimiento y amplificación se diferencian, como lo nota el P. Eude [2]. Tampoco el hipárion puede ser tipo del caballo: aunque éste haya venido al mundo en pos de aquél, lo cual no es razón suficiente de descendencia, los dientes del hipárion están más reducidos que los del caballo y diversamente modificados. Es imposible que los dientes equinos provengan por reducción de los hipariónicos, ya que todos los sabios admiten como evidente postulado que lo una vez perdido en el camino de la evolución nunca torna á recobrarse. Las nociones enseñadas por Gaudry [3], por Tilhol [4], por Kowalevsky [5], no se fundan en firmes argumentos, como el citado P. Eude lo evidencia [6]. El sistema dentario, por ser el primero que en el animal se desenvuelve, pues antes es la nutrición que la andadura, merece la preferencia para constituir criterio seguro y estable de calificación específica, como en otro lugar se dijo [7].

La fauna cuaternaria paréceles á los paleontólogos tan diferente de la nuestra, porque no consideran que los animales han padecido sus infortunios en cada generación, no tan sólo de parte de los climas, que se hicieron más crudos, pero también de parte del hombre, que en los reencuentros y escaramuzas tenidas con las bestias exterminó muchas de ellas. "Lo que espanta, dice el mencionado Hamard, no es el desaparecimiento de las muchas especies, sino cómo quedan en pie tantas otras„ [8]. Este modo de soltar el nudo propuesto trae consigo la necesidad de ceñir mucho el número y orden de las especies; de manera que pesa una importante tarea sobre aquellos clasificadores que han encumbrado su noticiosa erudición hasta el punto de despeñarse á sí propios, de desesperar á los lectores, y de introducir increíble confusión en las ciencias naturales. Si, pues, las especies pliocenas y cuaternarias no se extinguieron de raíz, y faltaron sólo en parte, bien podemos concluir que Dios cesó de criar es-

[1] *La Controverse*, 1881, p. 34.—[2] *Mémoires*, t. II, 1894, p. 170.
[3] *Mammif. tertiair.*, p. 119.—[4] *Ann. des scienc. géol.*, 1891, p. 191.
[5] *Journ. de l'Anat. et de la Physiol.*, 1884.—[6] *Ibid.*, p. 1, chap. III.
[7] Cap. XXXVI, art. II.—[8] *La Controverse*, 1887, p. 542.

pecies nuevas después que sacó al hombre al teatro de este mundo.

Resulta de lo dicho que siempre será gran verdad la palabra de las Escrituras, que primero crió Dios los animales que los hombres. Los mamíferos en común vienen del tiempo eoceno; en todo el discurso de aquella edad terciaria esparció rayos de vida la magnífica turba del reino animal; en el día sexto se hizo glorioso lugar entre la fauna común la noble y generosa de los mamíferos, con variedad de especies. A la manera que en el día tercero se criaron los vegetales, y no todos nacieron en aquellos yermos primarios, y como en ese tiempo levantaron cabeza saliendo á flor de agua los grandes continentes, y no todos, pues que muchos son de tierna edad, y así como en la era secundaria las aves y peces respiraron nueva vida, aunque no todos, comoquiera que en la época siguiente viéronse nacer especies flamantes que pertenecían á edades pasadas; de esa misma manera no deroga á la sacrosanta verdad del Hexámeron el que después del sexto día empezasen á vivir algunas especies desconocidas, puesto caso que Dios trazó el orden de los mamíferos en general, é instituyó y perfeccionó el reino, antes de poner las manos en la institución del hombre. De suerte que, si el asolamiento de aquellas formas se llevó á término por grados, faltando unas más presto que otras, y aun despidiéndose no pocas en edad reciente y á presencia nuestra, no sería de maravillar que parte de las modernas nacieran después del hombre, ya que todas se resumían por mayor en el establecimiento del reino animal.

Mayor maravilla es y que más suspenso deja el ánimo cómo el hombre sobrevivió en medio de los infortunios que escaramuzaban con su existencia, á vueltas de los cuales fueron arrebatadas de la muerte tantas generaciones de mamíferos. Si los huesos humanos encarcelados en cuevas junto con los esqueletos de las bestias cuaternarias no nos dieran claro testimonio de esta verdad, ningún antropólogo se levantaría á salir á su defensa.

3. Al cerrarse el tiempo cuaternario, cesando las alteraciones geológicas de más consideración, entró el orbe en una era de gran paz y quietud. ¿Quién será suficiente á historiar la vida humana en el discurso del cuaternario antes de pacificarse la tierra? Juntemos, para de algún modo bosquejarla, primeramente los dichos de la antigüedad acerca de la primera venida del hombre. Cuán adornada disposición tuviese el universo, y en qué expectación estuvieran las cosas antes de nacer su natural señor, lo cantó en estos versos Ovidio:

Cesserunt nitidis habitandæ piscibus undæ;
Terra feras cepit, volucres agitabilis aer.
Sanctius his animal mentisque capacius altæ
Deerat adhuc, et quod dominari in cætera posset.
Natus homo est.

(METAM., I, v. 75.)

Realzó la pintura Filón con esta bellísima semejanza, encareciendo la salva que hizo la naturaleza al advenimiento de su rey. Así como los maestresalas no llaman al convite los comensales sin primero aderezar las cosas necesarias para el festín, y como los gimnastas y actores antes de convidar al teatro y á la palestra preparan de antemano copia de personajes, de mutaciones, de juegos y lances; así ni más ni menos el Príncipe de este mundo, como quien quería dar un certamen y sarao, antes de convidar al hombre al banquete y al espectáculo apercibió todo cuanto convenía para ambos efectos, de suerte que en entrando en el mundo tuviese luego á punto banquete y teatro sacrosanto [1]. Con semejante pintura recuenta San Gregorio Niseno los preparativos de la entrada del hombre. "No era bien, dice, que primero fuese el emperador que aquellos á quienes debía mandar: constituído y fundado el imperio, entonces era sazón de nombrarse el rey que le gobernara. Por esta causa el criador del mundo labró un sitial regio al que había de dar el mando: el sitial fué la tierra, y las islas, y el mar, y el mismo cielo, que amparase y cobijase todas estas cosas. En la fábrica de estos palacios fueron empleadas riquezas de gran valor; por riquezas entiendo plantas, animales y todo cuanto goza de sentido, vida y alma" [2].

De igual forma y con no menor elegancia celebra San Crisóstomo la venida del hombre en medio del concierto de todas las criaturas, debajo de la imagen de un monarca que antes de entrar victorioso en una ciudad cortejado de sus tropas envía delante aposentadores que le dispongan palacios, arcos de triunfo, festejos y regocijos. "De la manera que cuando ha de entrar un rey en una ciudad van primero algunos soldados y ministros que alhajen las casas reales y adornen el palacio, para que, estando bien compuesto todo, viva allí el rey con más lustre y decoro; de la misma suerte, habiendo de constituir Dios al hombre por rey de todas las cosas terrenas, primero fabricó todo el ornato de este mundo, y últimamente le formó á él, á quien había de levantar por señor de toda la tierra" [3]. Y por no alargar el discurso, San Fulgencio [4], Severiano [5], San Gregorio Nacianceno [6], San Zacarías de Mitilene [7], Sinesio [8], simbolizaron el mismo concepto con elegantes figuras. Todos los escritores antiguos, sagrados y profanos dan testimonio clarísimo de esta verdad, á saber, el hombre tomó posesión del teatro de este mundo constituídos ya los reinos vegetal y animal, como si entrambos caminasen á servir á otro orden superior, á la excelencia del reino humano.

4. Este ilustre testimonio de la antigüedad se confirma admirablemente por el dictamen de la ciencia, declarando que, después de par-

---

[1] *De mundi opif.*—[2] *De hominis opific.*, cap. II.
[3] *Hom. III in Genes.*—[4] Serm. CLXXX *De Temp.*—[5] Hom. IV.
[6] Oratio XLII.—[7] *De hom. opif.*—[8] *De rag.*

ticipar de la vida vegetales y animales, le tocó al hombre la vez. El juicio del Padre Pianciani, que en estas materias pesa mucho delante de todos los sabios, es como sigue: "Que el hombre no fué hecho antes que la tierra y la mar se poblasen de árboles y animales, perfectamente lo comprueba la distribución y sucesión de fósiles que en su gremio la naturaleza atesora; todos los geólogos de nuestro siglo, sea cual fuere su sentimiento religioso, fácilmente concuerdan en esto con Moisés. Porque en los antiguos estratos fosilíferos, entre tantos despojos de entrambos reinos naturales, ni rastro ni señal han descubierto de hombre ó de humana industria. Por lo cual, lo que en la explicación de los días vulgares es dificultad contra la narración mosaica y de no fácil solución, es solidísima confirmación de esta nuestra sentencia„ [1]. Al pie de estas graves palabras podíamos trasladar las firmas de infinitos escritores; pero, no siendo menester, traigamos siquiera el testimonio de Van Beneden, que tan alto ha puesto su nombre en la república de las ciencias naturales. "Si tengo de decir lo que siento, exclamaba, no me es posible negar que la tierra fué dispuesta y ordenada para recibir sucesivamente las plantas, los animales y los hombres. Desde las primeras obras que Dios ejecutó en la materia, tenía presente ante sus ojos aquel ser que un día debía levantar su espíritu y rendir homenaje á la majestad de su Criador. Ésta es la respuesta que doy á la controversia propuesta poco ha por Agassiz, sobre si la tierra fué hecha y aparejada para los vivientes, ó si éstos se desenvolvieron por sí, según la medida de sus fuerzas y conforme á las vicisitudes físicas de nuestro planeta, cuestión debatida hace tiempo, y que la *ciencia*, que sólo mide sus pasos por el compás del escalpelo, nunca jamás logrará resolverla „ [2].

ARTÍCULO III.

1. El acontecimiento de los glaciares.—2. Varias exposiciones de este suceso.—3. Dificultades que entraña esta contienda.—La sentencia de Croll.—4. Opinión de Cetta.—5. Opinión de Lapparent.—6. El diluvio mosaico no es el *diluvium* geológico.

1. Ardua empresa para los geólogos es narrar lo ocurrido en los tiempos cuaternarios, en que vió la primera luz el hombre monarca de la tierra. Ésta es la voz común de todos sin discrepancia, á saber, que cuanto son más vecinas á nuestra era las cosas, más inexplicables parecen y más colmadas de misterios [3]. En la época cuaternaria, la sazón del tiempo se inclinó á ser algo más fría que la del tiempo plioceno, y algo más cálida que los nuestros. La flora y la fauna de que hoy gozamos estaban enteramente entabladas y repartidas por

---

[1] *De Cosmog.*, § LXXIII.—[2] *Revue scientifique*, 1874, p. 745.

[3] HEBERT, *Leçons*, 1865; CONTEJEAN, *Élém. de Géol.*, 1876.

el globo. La cadena de los Alpes, la cordillera de los Pirineos, los montes Apeninos y la forma orográfica de toda la Europa habían ya tomado asiento definitivo: en fin, el período antropozoico estaba á punto de rayar.

En este intervalo acaecieron grandes trastornos y perturbaciones climatéricas, no en esta ó en aquella región, mas en gran parte de la redondez de la tierra. Poco antes de salir el alba que había de anunciar la venida del hombre, un manto muy tupido de hielo cubrió la faz de la Europa septentrional, trocando en mar glacial una extensión de seis millones de kilómetros cuadrados. Las heladas causaron tiempo invernizo en todas las regiones sitas á 50° de latitud boreal hasta lo más alto del polo; las llamadas ahora Irlanda, Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Prusia, Suecia, Rusia, hasta los montes Urales, se convirtieron en blanquísima nevera. El resto de Europa encaneció á trechos con las neviscas extraordinarias, que especialmente acumulaban infinitos copos sobre los elevados montes. Los Alpes quedaron sepultados en masa de hielo, tan alta y penetrante, que se extendía hasta los flancos del monte Jura, llegando á esponjar con sus escarchas la tierra de Lyon en Francia, los términos del Danubio en Alemania, las cercanías de Turín y Verona en Italia. La gran nevada ocupó las cordilleras de los Vosgos y de los Pirineos, que despachaban á las llanuras avenidas de hielo, cuyo espesor en los puntos sobredichos no bajaría de un kilómetro. Más espantable fué en el Norte de América el espectáculo del glaciar. El hielo salteó la vasta amplitud de 15 millones de kilómetros cuadrados. Los límites de las nevascas americanas se comprendían en los 35° de latitud boreal, teniendo por orilla el pie de las Montañas Roqueñas, las fuentes del Misurí, el lago de Erié hasta cerca de la actual Nueva York. De modo que, "en el hemisferio boreal, el dominio de los hielos no abrazaba menos de 22 millones de kilómetros cuadrados, esto es, más de la séptima parte de la superficie terrestre"[1]. Violentas riadas con frecuentes avenidas sorbían los campos dejándolos enlagunados de cieno y basura; los aluviones, derribándose furiosos en las hondonadas, abrían valles profundos y arrastraban tras sí los materiales detenidos en las pendientes. Como las lluvias venían á convertirse en neveras en los más altos riscos por ser extraordinaria la copia y el frío muy intenso, no es mucho que las nieves cubriesen con su blancura las cimas de las montañas. Al derretirse los hielos formábanse corrientes impetuosas que llevaban en pos de sí peñascos enormes, y hacíanlos correr sin estorbo ni embarazo, socavando más profundo lecho, por collados, ríos y valles, á más de 200 leguas de su natural asiento. De este grandioso suceso dan testimonio todas las regiones de Europa y

[1] LAPPARENT, *Les causes de l'ancienne extension des glaciers. Revue des quest. scientif.*, 1893, t. XXXIV, pág. 404.

de América boreal, y le publican claramente todos los montes y cordilleras de alguna consideración; en tal forma, que este período abrazó buena parte de la tierra firme á un mismo tiempo, causando iguales desastres. Al cabo de este período glacial la superficie terrestre descansó y recibió su última demarcación [1].

No faltan geólogos de gran nombre, como Lapparent, que admitan varios glaciares, uno en la época pliocena, otro en la pleistocena. El primero estuvo encerrado en los tiempos terciarios, al remate de ellos, cuando el elefante meridional, precursor del mamut, andaba tascando tronchos en los bosques europeos: de su invasión hállanse rastros en Suiza, Auvernia y Pomerania. El segundo, acaecido en la edad cuaternaria ó pleistocena, el más notable por su extensión superficial y efectos extraordinarios, coincidió con la multiplicación prolífica del elefante antiguo, cuya falta reemplazó después el mamut en la época interglaciar, durante la cual déjanse ver los primeros asomos de la industria paleolítica humana, resumida en sílices tajados, que los aluviones llevaron tras sí envueltos en las arrebatadas crecientes y avenidas de agua. Demás de estos dos glaciares no faltaron después fríos intensísimos y heladas frecuentes en las regiones de Alemania, Suiza y América, pero con tanta limitación y estrechez en sus términos, que siempre se quedaron muy atrás, á distancia de centenares de kilómetros del glaciar cuaternario. Por esta causa, aun dado que hubo en los tiempos antiguos diversidad de glaciares, divididos entre sí por descansos intermedios de más ó menos larga duración, y aun cuando en tal presupuesto debamos conceder que no se puede contar por único el *período glacial* [2]; pero la grandeza del glaciar cuaternario antedicho nos da licencia para señalarle con sello particular como distinto de los demás, aventajado entre todos, de indubitable verdad, digno de especial memoria, por la conexión que tuvo con la época actual, y de gran momento para descifrar los primeros albores de la vida humana [3]. Atentos á la importancia del glaciar cuaternario los geólogos, repararon tan nada en los demás, que los tuvieron por casos de menos valer, reservando para él

---

[1] ARCELIN: La géologie stratigraphique nous apprend qu'il y eut pendant l'époque quaternaire, deux phases d'extension des glaciers: l'une, la plus longue, occupe le début de cette période géologique; l'autre, la plus courte, s'est produite plus tard. *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, pág. 6.

[2] LAPPARENT: Il n'y a donc pas eu, comme on l'a cru longtemps, une *période glaciaire;* mais on en doit compter plusieurs, separés par des phases interglaciaires. *Revue des quest. scientifiques*, t. XXXIV, pág. 405.

[3] LAPPARENT: S'il est un fait sur lequel les récentes observations des géologues aient réussi à faire pleine lumière, c'est à coup sûr le développement extraordinaire que les glaces ont dû atteindre, dans les parties montagneuses et les hautes latitudes de notre hémisphère, durant les premières phases de ce qu'on peut appeler l'époque actuelle. *Revue des quest. scientif.*, t. XXXIV, p. 402.

solo el renombre de *período glacial,* pues tan adecuado le venía el singular apellido.

2. De tan raros acontecimientos, testificados por todos los geólogos sin disputa, cuál haya sido la causa no es fácil asegurarlo. Entre dos períodos de suave temperie, el postplioceno y el reciente, ¿de dónde pudo nacer la intensidad del frío y una catástrofe tan espantosa? En verdad, cotejando temple con temple, ya que el de nuestros climas no consienta períodos glaciales, pero estando los antiguos sujetos á tantas mudanzas y alternativas de frío recísimo y de excesivo calor, podían, ¿quién lo duda?, causarse hielos y deshielos por grandísimas llanuras. Porque la temperatura terrestre, si bien fué bajando desde un principio, según la medida del enfriamiento general y progresivo, nunca siguió en su decrecimiento un paso regular, antes de creer es que tendría sus retrocesos y reacciones contrarias, de que se engendrarían diluvios espantables, ventisqueros frecuentes, grandes terremotos y otras osadías de los elementos que huyen nuestro ordinario concepto. El calor interno del globo, aun siendo poco sensible en la superficie; el calor que el sol arroja, que bastaría para deshacer una capa de hielo de 31 metros de espesor que cubriese toda la tierra; el calor que le envían los cuerpos luminosos de la bóveda celeste, que no tiene poca fuerza: estas tres fraguas de calor en tales circunstancias podía ser que obrasen, que su influjo fuera de ningún efecto, y aun quedara contrarrestado por el frío incomportable de los espacios por donde de continuo pasa navegando la tierra; así que ha de ser muy costosa la explicación de los hielos amontonados en el período glacial, aun dado que tuviera parte en su formación el enfriamiento cósmico.

El ilustre M. Lecoq, que sólo reconocía la época glacial cuaternaria, le daba por causa un exceso de calor, que debió de ocasionar evaporación considerable que tuviese cuajada el agua por largo tiempo [1]. Tyndall refirió los glaciares á la diminución del calor que el sol enviaba á la tierra. Lyell creyó descubrir su causa en la configuración del suelo y en el repartimiento de las tierras que surgieron del agua. Otros dijeron que, pasando por junto á la tierra un enjambre de asteroides, le robaron al sol la luz por algún tiempo, provocando así un total enfriamiento. Otros pensaron que el eje de la tierra se había torcido lentamente, hasta que sus polos coincidieran con las diversas partes del esferoide, quedando éste helado y yerto. Vézian imaginó la hipótesis de la traslación de la tierra por espacios de varia temperatura, unos más fríos que otros, pues bastó que nuestro globo entrase en un espacio más frío que el que antes ocupaba, para que sobreviniesen los accidentes de los glaciares y sus terribles efectos [2]. No falta quien haya reducido este suceso á variaciones de ex-

[1] *Des glaciers et des climats,* 1847.—[2] *Revue scientifique,* 1876, p. 543.

centricidad en la eclíptica ó á la alteración en la oblicuidad del globo terrestre sobre el plano de la órbita. Ni es para callada entre las raras la opinión [1] que establece una relación formal entre el hielo de este período y el paraíso perdido; poca fortuna promete esta sentencia, por acomodar á exorbitantes efectos causa desproporcionada: es como aquella del devoto escritor Mons. Carlos Gay, que conjeturó que los animales fueron sujetos á muerte sólo á consecuencia del pecado de Adán, de quien eran solidarios [2]. El sabio Lartet admitió un solo glaciar mucho después de dar principio la era cuaternaria: primeramente, alteración general de climas; después, suave y acompasada preparación de estaciones; una de las conjeturas que hace es que el hombre vino al mundo en la aurora del período cuaternario, como los paleontólogos confiesan: fuera caso muy recio que hubiera visto la luz en medio de los fríos del glaciar y en época en que había de cundir tanto estrago y destrucción en el reino mamífero. Comenzar el hombre la vida con tanta mortandad parecióle á Lartet cosa increíble. Lo mismo sentía Gastón de Saporta, afirmando que no tanto el tiempo glacial le sonaba á sus oídos riguroso frío, cuanto humedad permanente.

3. Por grande que sea el precio de estas sentencias, ninguna de ellas basta para satisfacer la duración, términos y asolamiento de este incomparable suceso. Los valles del Cáucaso, de los Pirineos, de los Apeninos, de los Carpatos, de las grandes cordilleras, convertidos en mares vastísimos de hielo: al deshelarse, peñascos enormes eran desencajados y transportados por las corrientes á larguísimas distancias; miles de kilogramos pesan los que aún se ven en altas cimas, puestos allí por la fuerza de las aguas. Si tanta desolación hubo de presenciar el hombre cuaternario, si á vueltas de ella tuvo que luchar, si á ella sobrevivió, si miró florecientes y risueñas después campiñas devastadas por el aciago glaciar; no es maravilla que donde perdieron la vida tantas especies vegetales y animales feneciesen también muchas familias de hombres á manos del hambre y del contratiempo; aun milagro fué de Dios que no acabase del todo el humano linaje.

Por esta causa, vista la dificultad de las opiniones precedentes, pareció digna de estima, y á los astrónomos les agradó más, la teoría de la mutación del perihelio de la tierra. El eje mayor de la órbita terrestre se mueve de continuo en su propio plano con tanta lentitud, que, á razón de un grado cada sesenta años, cumple su revolución en el espacio de 209 siglos. En el decurso de su camino llega á un punto en que el afelio coincide con el solsticio de verano, y el perihelio por su parte con el solsticio de invierno; y como estando la tierra en

---

[1] Jaime Almera, *Géol. y Paléont.*, 1878, cap. xxx.

[2] *De la vie et des vertues chrétiennes*, t. II; *De la douleur chrétienne*, I.

su afelio sean más largos los días, por virtud de la ley de las áreas que en tiempos iguales se describen iguales por el radio véctor; y pues, á causa de caer entonces los rayos más perpendiculares, recibe la tierra más calor que no pierde por su mayor alejamiento del sol; y de la misma suerte en su perihelio ó aproximación se queda más fría por ser los días más cortos y los rayos del sol más oblicuos: de aquí se sigue que cada diez mil años la tierra pasa por un punto extremado de calor y de frío, y entonces el verano y el invierno son iguales en número de días. Pues seiscientos cincuenta y más años ha, en 1250, el afelio vino á parar en el solsticio de verano, y eran los estíos de larga duración: por igual motivo diez mil años antes, conviene á saber, hace obra de once mil años, el afelio coincidía con el solsticio de invierno, y fueron á la sazón los inviernos largos y friísimos cuanto cabía, dada la situación del globo [1]. Mas los efectos de tan suma frialdad no pudieron dejarse sentir hasta pasados algunos años de evaporación estival: de esta suerte, á paso lento, sobrevino aquella época de nevascas y de hielos inauditos que cercenó la vida de tantos paquidermos y obligó á otros animales á guarecerse en apartadas comarcas. Esta es la teoría de M. Croll, aplaudida por muchos modernos.

Graves eran, cierto, y de autoridad los que á ella se inclinaban. En ella se contiene que sobre el año 7000 antes de nuestra era, reinó el mayor extremo de frío; porque, habiendo comenzado á arreciar más de diez mil años ha, iría bajando acompasadamente la temperatura anual durante una gran parte de este largo período, hasta que, llegando el frío á su máximo (en 7000 A. C.), alzaríase otra vez la temperatura anual con proporcionada lentitud durante más de mil años, y tornaría á dominar el templado calor de antes. Así expuesta la opinión, satisface á muchos eruditos, porque da salida á no pequeñas dificultades, de las que no es la menor la existencia del hombre. "Dígase lo que se quiera, todo prueba que el hombre no presenció la época glacial: y fuera dura cosa que nuestra especie, acostumbrada ya á los calores de los países asiáticos, se hubiese de aclimatar á condiciones tan contrarias [2]. Así habla el sabio Hamard.

Las pruebas en que funda su parecer se reducen á que no se descubre en ningún terreno glacial huella de hombre, como ya lo tenían advertido los geólogos Huson y Arcelin. Juzga, pues, el antedicho escritor que si moró el hombre largo tiempo en Asia, no se pasaría á Europa hasta fines de la época cuaternaria ó en la llamada más propiamente moderna. El ciclo astronómico causado por la mudanza del perihelio terrestre duró diez mil quinientos años, y terminaría unos siglos antes de Cristo; pues sabemos que por ese tiempo eran crudos los climas que ahora son benignos: por manera que el hombre fué cua-

---

[1] DELAUNAY, *Cours élémentaire d'astronomie*, 1853, p. 305.

[2] *La Controverse*, 1886, t. VIII, p. 357.

ternario, no por haber existido en todo el discurso de la época cuaternaria, sino sólo en el remate de ella. "Si fuera menester definir más por menudo, concluye el alegado autor, y señalar fecha á la venida del hombre á nuestros países, abrazaríamos con gran gusto el guarismo de 3000 años (A. C.). Por lo menos, no vemos qué objeciones puedan hacerse á este cómputo. Por una parte, el clima había mitigado su dureza, pues que desde el año 4000 iba haciéndose más suave; por otra, era el momento de los deshielos, y las aguas, corriendo á riadas, depositaban acá y allá cargas de aluvión, la humedad alimentaba abundancia de vegetales, á cuyas expensas florecía copiosa fauna, que aliviaba las necesidades más perentorias de los cazadores cuaternarios„ [1].

4. No ha mucho tiempo, Alberto Cetta publicaba en Italia su obra *Il Diluvio,* con ánimo de presentar á la meditación de los doctos una nueva causa de este suceso. Para Cetta no hay más período glacial que el diluvio de Noé. El glaciar no fué anterior á la aparición del hombre sobre la tierra, ni se efectuó en el dilatado trecho que algunos han creído; en fin, el glaciar de los geólogos y el diluvio de Moisés son, no dos, sino un solo suceso. La causa del glaciar, ó dígase del diluvio mosaico, estuvo en una oscilación de la corteza terrestre, que hizo que una inmensidad de tierra tropical quedase sorbida por las aguas; con el sumergirse creció la evaporación y menguó el calor; de ahí lluvias en las regiones meridionales y nieves en las boreales; pero no hubo bien salido de las ondas la superficie sumida, mermó la humedad y se acrecentó el calor; las nieves se derritieron, y corrieron las avenidas de agua descargando por doquier detritus y lechos de aluvión.

Demás de la dificultad de probar que el glaciar no precedió á la existencia del hombre, y que fué obra de breve tiempo, en cuyo examen gasta el autor unos veinte capítulos, otros muchos y no pequeños inconvenientes se le pueden oponer al escritor Cetta, que hacen su opinión menos probable de lo que á primera vista parece. Es cierto que, si en opinión de algunos geólogos, el glaciar duró 160 y aun 2.000 siglos, y acaeció 225 siglos antes de la era vulgar, duración increíble por lo desaforada, como lo muestra Lapparent en su *Tratado de geología;* no es menos evidente que el señalar trecho cortísimo, como el que duró el diluvio de Moisés, á un suceso extraordinario y natural, es caminar por veredas extremas y adelgazar tanto las cosas, que quiebren y queden sin valor ni estima.

5. El afamado geólogo Lapparent, dado el sompesete á la exposición antedicha de Croll, hallóla falta de asiento. Parecióle que buscar en circunstancias astronómicas la causa del enfriamiento terrestre

[1] *La Controverse,* p. 359. — ARCELIN, *Revue des questions scientifiques,* Avril, 1891, pág. 378.

septentrional con que los glaciares eternizan los inviernos, era caer en vago y no en macizo, entre otras razones porque la formación de los hielos no tanto pide frialdad cuanto *precipitación* de vapores acuosos, que se condensan produciendo lluvia en los llanos, nieve en los montes y elevadas latitudes; *precipitación* que depende de condiciones geográficas, no de influencias cósmicas ó astronómicas. La Siberia, con estar penetrada del mayor grado de frío continental, se halla desnuda de nieves y de hielos; la Groenlandia, por el contrario, sin embargo de ocupar la misma latitud que la Siberia, se ve amilanada por las neviscas, argaviesos y turbiones que amontonan nevadas de 1.600 metros de altura. La consideración de la Groenlandia en particular dió á Lapparent la llave, á lo que parece, para desestimar la sobredicha explicación de Croll, y para proponer la suya cifrándola en la abundancia y distribución de los aguaceros, cuya humedad es la principal autora de los glaciares, en la forma siguiente.

Durante la época terciaria encímanse las cordilleras [1] con repentino esfuerzo, la cadena que tenía eslabonado el continente de España con el de África quiébrase por medio, de la ruptura proviene el estrecho de Gibraltar y multitud de convulsiones orográficas y de modificaciones geográficas, entre ellas probablemente el rompimiento del cordón terrestre que ataba las Baleares con la Córcega. De los hundimientos meridionales y de las vicisitudes montañosas habían de nacer alteraciones del régimen meteorológico europeo, porque las moles macizas de las montañas, cuya gigante cumbre está como garapiña constantemente á cero, no podían ser sino poderosísimos condensadores, donde el vapor de agua contenido en las corrientes aéreas se precipitaba con fuerza para cuajarse y formar masas enormes de hielo, cuya formación crecía ó menguaba al compás que crecía ó menguaba la copiosidad de las acumulaciones vaporosas. La alternativa de crecimiento y de mengua causará indefectiblemente invasiones de glaciares y treguas interglaciares, en diversidad de tiempos, en Europa como en América.

Que vengan al justo correspondiendo las obras con las palabras, los hechos con las suposiciones, lo publican á voces las piedras erráticas, repartidas por el septentrión europeo y americano con tal orden, que vienen á describir un círculo, no paralelo á los círculos de latitud, sino oblicuo y tan desviado, que parece tener su centro, tanto en Europa como en América, en la mitad del Atlántico boreal. Semejante disposición del terreno errático, asombrosa por demás, no puede achacarse á causa astronómica: ¿por qué, si no, la Siberia, friísima como es, se vió libre de la invasión glacial europea? Ello es, que ninguna consideración astronómica obliga á los depósitos glaciales á mermar al paso que se hallan más distantes del Atlántico.

---

[1] Véase el cap. XXXVIII, art. II.

Los peñones erráticos, ordenadamente sembrados por el septentrión de Europa y de América, peñascos desnudos, angulosos ó redondeados, cortados caprichosamente, dan bastante indicio de haber sido, en tiempos remotos, trasportados del norte al lugar que en la actualidad ocupan, por la violencia de caudalosas arriadas que los llevaban á jorro [1]. Así se explica bien cómo el Himalaya, empinado en la época terciaria á una altura doble de la de los Alpes, no entró en cuenta con las cumbres europeas respecto de los efectos glaciales. Espántanse los geólogos á vista de tan singular excepción; la causa es porque la mole del Himalaya había de ir por otra ley, ya que su desnudez errática arguye falta del influjo acuoso, que á las demás cordilleras les venía del Atlántico.

En la acción de este océano estriba solícito Lapparent para explicar los glaciares, que con sus hielos y deshielos apagaron el calor vital de innúmeras especies animales y vegetales, dieron al través con gran parte de mastodontes, carnívoros y rumiantes, y hubieran echado á pique la vida del hombre si, por dicha, no hubiese aún de salir á la luz del revuelto mundo. El continente atlántico septentrional sepultóse en la obscuridad de las aguas durante el período mioceno, cuando levantaban la cresta los Alpes con espantosa convulsión. Antes del mioceno había comunicación y paso fácil entre nuestro Mediterráneo y las Antillas [2]; este acaecimiento y los demás que los geólogos asientan, sácanlos de cotejar las faunas y floras de entrambos mundos. Por otra parte, el estrecho de Gibraltar, en los tiempos pliocenos, al abrir el mar Atlántico la entrada en el Mediterráneo dejó pasar la turba de la fauna septentrional, que corrió libremente y aportó á las costas de Toscana y Sicilia, como de la paleontología consta.

Ahora, ¿quién dirá las precipitaciones atmosféricas, los cúmulos de vapor acuoso, á que dió lugar el hundimiento del continente atlántico norte? Las masas de aire húmedo en las regiones tropicales

---

[1] Contra la diseminación de las breñas erráticas, tenida por argumento irrecusable en la opinión de todos los geólogos, alzó la voz en 1897 el catedrático de geología Estanislao Meunier (*Revue scientifique*, 27 février 1897), empeñado en explicar el transporte de las masas breñosas sin necesidad de los glaciares. El geólogo Lapparent, en el cuarto Congreso científico internacional de los católicos, celebrado en Friburgo en Agosto de 1897, satisfizo á las razones de Meunier cumplidamente, mostrando las menguas de su flamante opinión. *Revue des quest. scientif.*, 1897, t. XLII, pág. 529.

[2] LAPPARENT: Aussi les géologues les plus autorisés, en particulier M. Suess (*Antliz der Erde*, I, pág. 368), ne doutent-ils pas, que lors du miocène supérieur, il n'ait existé entre la Mediterranée et les Antilles, sinon une terre continue, tout au moins une chaîne d'îles très rapprochées les unes des autres. Des traces positives de cette communication se retrouvaient même à Santa Maria des Açores. *Revue des quest. scientif.*, 1893, t. XXXIV, pág. 422.

con la continua instabilidad de los vientos sacaron de quicio el estado atmosférico del septentrión; las corrientes frías, las bajas de temperatura, los alzamientos locales, los aires negreando con espesas nubes, los torbellinos y turbiones tempestuosos, las tronadas y diluvios incesantes, los pedriscos y neviscas continuadas, que los vapores del Océano Atlántico y las sacudidas acuosas del Mediterráneo engendraban en las elevadas latitudes, erizaron con nieves, rebozaron con hielos las regiones boreales, teniéndolas convertidas en sierras nevadas por largo tiempo [1].

La explanación de los glaciares, resumida aquí sucintamente, habíala el propio autor insinuado en 1873 en su *Tratado de Geología,* página 1.108. No sin oportuna reflexión responde á las sutilezas de la ingeniosa hipótesis de Croll, mostrando la verosimilitud de la suya [2]. El hundimiento atlántico siquiera coloca las invasiones de los glaciares en tiempos dignos de consideración, da buena cuenta de su extensión local geográfica, señala los convenientes descansos interglaciares, manifiesta la causa de haber quedado exentos de glaciar las regiones asiáticas y meridionales, funda en sucesos geográficos, locales y realísimos la substancia del período glacial cuaternario, de tan notable momento para la vida del hombre [3].

6. Es gran verdad que á la fusión de las nieves siguióse naturalmente el *diluvium,* esto es, una rara y desigual frecuencia de inundaciones y depósitos de acarreo. Mas no hemos de confundir este efecto,

---

[1] LAPPARENT: On le voit, l'hypothèse que nous proposons est une sorte de résurrection scientifique de la conception de l'Atlantide. Cette tradition, recueillie chez les peuples méditerranéens, est-elle, comme Buffon semble l'avoir cru, un écho lointain de la réalité, ou n'y doit-on voir qu'une vue de l'imagination privée de toute base sérieuse? C'est une question à laquelle nous ne sommes pas en mésure de répondre. *Ibid.*, pág. 428.

[2] Nous avons émis une hypothèse, dont il convenait établir la vraisemblance. Mais le moment n'est pas venu d'en discuter les détails, et il serait prématuré de vouloir mettre dans cette discussion une précision que le sujet ne comporte pas encore. Il nous suffit d'avoir montré qu'en face de l'impuissance notoire de toutes les explications jusqu'ici proposées, l'hypothèse de l'écroulement atlantique, sans faire appel à des influences extraordinaires, sans rejeter dans un passé fantastique la date de la dernière invasion glaciaire, fournit de l'ensemble du phénomène une justification adéquate... A l'avenir de décider si quelque conception plus plausible doit lui être substituée. *Ibid.*, pág. 431.

[3] El preclaro Stainier fulmina contra la hipótesis de Croll la sentencia siguiente: «L'hypothèse de Croll, qui faisait appel à des facteurs astronomiques et qui a été fort en faveur, doit être abandonnée. En effet, elle ne peut se soutenir qu'en admettant que les périodes glaciaires d'un hémisphère étaient contemporains de périodes chaudes sur l'autre hémisphère. *Revue des quest. scientif.*, t. XLVI, 1899, pág. 319.—Así van hoy cayendo y levantando explanaciones en testimonio de la humana cortedad, al paso que se deshacen las ignorancias de ayer.

como suelen muchos apologistas, con el diluvio de la Biblia. La razón principal es, que al retirarse las aguas de todas las cumbres habrían dejado tras sí, en laderas, llanuras y valles, légamo y arenillas de una misma edad. Lo contrario es lo que se observa en llanos y flancos antiguos: unos contienen légamo de una edad, otros de otra, y muchos de época anterior, sin duda, al diluvio de Moisés. Estos fenómenos se explican bien por avenidas y corrientes de aguas, que cubrían de limo los parajes por donde pasaban; y pues no pasaron todas por todos los que invadió el diluvio bíblico, no á todos alcanzaron los mismos aluviones. Es verdad que la falta de argumentos geológicos embaraza el discurso; pero cuando el *diluvium* se explica perfectamente por causas naturales, ¿á qué acudir al diluvio de Moisés, que fué obra tan milagrosa?





CAPITULO XLIV.

LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Importancia de la materia.—2. La arqueología prehistórica con sus tres edades.—3. El uso de la piedra no es señal de notable antigüedad.—4. La España prehistórica.—5. La edad del reno.—6. Entre la cultura neolítica y la paleolítica no cabe hiato.—Depósitos españoles.—7. Indicios de cultura extranjera en estaciones españolas.—8. Orden de metales en la España antigua.—9. Los hombres paleolíticos no difieren de los neolíticos.

1. Todo su estudio ocupan los racionalistas modernos en desdorar con el aparato de las ciencias el valor de la historia mosaica acerca de la formación del hombre, por ser éste el quicio en que se revuelve toda la máquina de la religión revelada. Las infinitas objeciones que á la letra del Génesis suelen hacer, á dos cabezas principalmente se reducen: á la antigüedad del hombre, y á su origen y manera de formación. Y pues de esta segunda parte hemos tocado lo que conviene al intento de esta obra y á la cortedad de nuestro ingenio, falta que discurramos brevemente por la antigüedad del género humano. Para descifrar los secretos de los tiempos, la arqueología prehistórica auna sus esfuerzos con la paleontología, con la lingüística, con la antropología, que son ramos muy tiernos aún; cuyos descubrimientos, si algunos rayos envían que prometan suceso feliz, no hacen argumento demostrativo para fallar con acierto (a). A la crítica toca,

---

(a) Habiendo el controversista Venturoli publicado en varios escritos una refutación formal de las edades prehistóricas, salióle al encuentro el profesor Castelfranco en el *Anuario Scientifico industriale*, de Milán, con esta amarga censura: «De paso denuncio un libro del Sr. D. Marcelino Venturoli, intitulado *Le età prehistoriche;* y declaro que lo hago de mala gana, pues no es ningún trabajo científico, sino una polémica religiosa. El autor piensa que la paleon-

pues, recibir con encogimiento los fallos de estas disciplinas del humano saber. ¿Quién hay que haya leído con la debida cautela los anales de todos los pueblos? Y si algunos vemos descifrados ya en las piedras de sus monumentos, ¿quién nos certificará que sean nuestras interpretaciones tan verídicas que nada les falte, nada les sobre? La pseudociencia, despreciadora de las tradiciones seculares, ha pretendido exaltar sin medida la antigüedad de la especie humana **(b)**;

---

tología no es más que una *mezcolanza de verdades y mentiras, de ideas rectas y de conceptos torcidos, de cuestiones no definidas y de hipótesis arriscadas;* niega la existencia de las tres edades prehistóricas, y, empeñado en probar su aserto, amontona sobre base deleznable toda suerte de argumentos vacilantes. Querer yo aquí contar los errores y contradicciones en que incurre este autor, es tarea tan ardua, que renuncio á ella de buen grado, y paso adelante». (1882, parte 2.ª, p. 645.)

A los fieros del profesor Castelfranco respondió Venturoli con el brío que el caso pedía. *(Scienza italiana*, 1880, p. 28.) En esto se ajustó al parecer del P. Fr. Jerónimo de San José, que dice así: «Si alguno tiene por soberbia el responder, advierta que mucho más lo es el acusar. Esto puede excusarse muchas veces, aquello omitirse menos; y en algunas, ni la acedía, ni la aspereza de la respuesta: porque imputada la calumnia, no sólo el callar, pero el responder con menos brío, daña; pues igualmente se reputa á confesión el silencio que la respuesta floja.» *(Genio de la Historia,* tercera parte, capítulo VIII.)

Los españoles somos muy formales. También á LA CREACIÓN le ha salido de través su Castelfranco, más pacienzudo que el milanés, empeñado en *notar errores y contradicciones* á este capítulo de las edades prehistóricas. Dió á luz las observaciones del censor español la *Revista contemporánea* (30 Marzo, 1891, p. 564), de cuyas páginas será conveniente tomar ocasión para extender la materia de este capítulo (dejando en su integridad el texto) por vía de notas, que sirvan de respuesta, no tanto al preclaro académico de la Historia, cuanto á la escuela á que parece profesa pertenecer. No es necesario declarar al sabio lector, porque leyendo está bien persuadido, que de ninguna manera condenamos el *uso*, sino sólo el *abuso*, que los versados en estudios recientes suelen hacer de sus descubrimientos. Ojalá fueran muchos en España los varones que consagrasen sus talentos al cultivo de estos ramos, y saliesen tan consumados en ellos como nuestro Vilanova: serían justos acreedores á la estimación de la patria y de la ciencia.

(b) «La ciencia, no la pseudociencia, ó á medias, ni la falsa y caediza, sino la sólida verdadera... se propone trazar la historia de la humana especie, tomándola desde su aparición en la tierra: y comoquiera que haya probado hasta la evidencia con datos irrecusables que aquélla data de tiempos muy anteriores á lo que equivocadamente se consideraba antes como comienzo de la historia, de aquí la remota evidente antigüedad, sin que esto altere en lo más mínimo el significado del capítulo primero del *Hexámeron*, ni nuestras arraigadas creencias.» *(Revista contemporánea*, 30 de Mayo, 1891, p. 566.)

Primeramente, «dicen nuestros modernos filósofos: Nosotros no armamos cuestión sobre los últimos seis ó siete mil años transcurridos por el humano

tratemos de poner en claro cómo ni la arqueología, ni la paleontología, ni la lingüística, ni la etnografía, ni la misma cronología son normas bastante seguras para determinarla por indubitable manera.

---

linaje; estamos de acuerdo y convenimos en que pueda decirse que en todo ese tiempo ha tenido el hombre su historia sobre la tierra. Pero más allá de esa época el hombre ya vivía, y vivía sin que nadie historiase sus aventuras, sus empresas, cualesquiera que fuesen. Este hombre fué verdaderamente prehistórico, porque fué antes que la historia comenzase, y, consiguientemente, la ciencia que sin ayuda de la historia descubre la índole y condición de tal hombre puede sin disputa llamarse ciencia prehistórica».

A este modo delineaba la *Civiltà Cattolica* (serie X, vol. VI, p. 692) el sistema prehistórico; sistema defendido con grande aparato de razones hasta por muchos enemigos de la católica verdad.

Pero ello es que en esta parte su *ciencia* no es *sólida* y *verdadera*, por más que la adornen con tan pomposos nombres. La historia del hombre comienza en Adán: en tiempos anteriores á nuestro padre Adán, no hay historia ni prehistoria humana. Desde Adán hasta los Israelitas en Egipto, tenemos historia humana, no prehistoria; y eso, aunque ignoremos los hechos de gran número de familias humanas. De donde concluye la *Civiltà Cattolica* que «la *ciencia prehistórica* no existe» (ser. X, vol. VI, p. 691). A lo sumo, «es un mero nombre». *(Études religieuses*, t. X, V.e serie, p. 406.)

Cuando dicen los prehistóricos que más allá de los siete ú ocho mil años que concede la Biblia vivía también el hombre, y que nos consta su género de vida por la *prehistoria*, cometen una falacia, que se llama *petición de principio*, porque sacan consecuencias de una proposición que nunca han probado, aunque digan con seriedad que *la han probado hasta la evidencia con datos irrecusables*. No bastan hechos y observaciones para constituir ciencia: es preciso que los hechos se pesen puntualmente en justa balanza, y que bien pesados se sujeten á principios ciertos, de los cuales y de los hechos salga limpia la consecuencia que intentan sacar. El primer principio que echan por delante es que el hombre prehistórico existió en realidad de verdad: de este preámbulo y de los fragmentos que les vienen á las manos deducen la piedra prehistórica, la cueva prehistórica, el arma prehistórica, la edad prehistórica, el terreno prehistórico; todo porque estas cosas caen dentro de los límites en que piensan vivió el hombre que dieron en llamar *prehistórico*.

«En este punto, dice el cardenal González, no podemos menos de estar conformes con M. Arcelin cuando escribe: Para los que aceptan la autoridad de nuestros libros santos, y consideran el Génesis como texto inspirado, no hay tiempos prehistóricos, propiamente hablando, puesto que la historia bíblica da principio con el origen mismo de la humanidad... La palabra *prehistórico* sólo puede tomarse en un sentido local y restringido, para designar los tiempos que en un pueblo particular ó en una región determinada precedieron á la existencia y formación de anales regulares.» *(La Biblia y la ciencia*, 1891, t. II, p. 371.)

Júzguese ahora qué valor pueden tener las demostraciones de aquellos hombres que «clamando á todas horas *la ciencia, la ciencia*, abusan tan osadamente de su nombre y de su honor, y que sentados en su poltrona van repitiendo á sus simplecillos alumnos: *la ciencia dice, la ciencia ha definido, la*

2. Haciendo correr el discurso por las edades prehistóricas, llamadas vulgarmente de la piedra, del bronce, del hierro, hemos de advertir que Thomsen fué el primero que imaginó tres épocas consecutivas, en que el hombre empleó diferentes materias de instrumentos para mirar por su vida y subvenir á su necesidad. Al principio usaba armas de piedra tosca y sin labrar en la guerra y caza; presto la experiencia le enseñó el arte de desbastarla y pulirla, de donde nacieron puntas de flecha, martillos, cuchillos, clavos, vasos de piedra, con que partía las frutas y destrozaba las carnes de venado, las cuales, crudas ó al sol calentadas, servíanle de sustento. A esta doble edad de la piedra llaman *paleolítica* y *neolítica*, ó digamos edad de la piedra tosca, y de la piedra labrada. La segunda edad fué la del bronce, indicio de progreso; porque, descubierto ya el uso de los metales, fundió el hombre el cobre, aleóle con el estaño, forjó aceros, templó navajas, vació cortantes, con que no sólo perfeccionó los vasos de barro fabricándolos al torno y dándoles forma artística; mas, subiendo de punto su industria, señoreó los elementos, aplicó sus cuidados al comercio, inventó la escritura, fundó ciudades, levantó baluartes, estableció colonias, y alargó el paso en la senda de la civilización. Finalmente, la edad de hierro le soltó al hombre las trabas de su embrutecimiento, y restituyóle á su nativa libertad: aquí se inaugura el tiempo histórico; el hombre escribe leyes, promueve la agricultura, adelanta las artes, atiende á la especulación, ejercita las ciencias, rige pueblos, entabla reinos, y corre á paso de gigante á la corona de conquistador de la naturaleza. Es circunstancia principal de esta fábula el presuponer que el tránsito de una edad á otra se hizo á costa de miles de años, y que, por consiguiente, el hombre que cursó las tres edades debe ser muy entrado en siglos.

El cuento de las edades fué quimera de los geólogos, que, obstinados en aplicar al estudio del hombre el método empleado en la historia natural, se enredaron en un lóbrego caos de confusiones. Porque de la manera que las zonas geológicas dan señas de sí por los restos de animales y vegetales en ellas contenidos, así quisieron los geólogos sobredichos equiparar los productos de la humana industria

---

ciencia ha demostrado. Sí; francamente lo declaramos: esos que se llaman doctores, ó engañan, ó van engañados». *(La Civiltà Cattolica,* ser. X, volumen VII, p. 689.) Con sobrada razón el gran geólogo Stoppani respondía á los discursos de Lyell: «Entiendo muy bien que tan donosas explicaciones sienten mejor en un discípulo que en un consumado maestro. En el lenguaje de la cátedra, las voces *claro, evidente, fácil de entender,* han de sustituirse muy á menudo por estas otras: *obscuro, indemostrable*». *(Geologia, torrenti, fiumi,* etc.) Tal es nuestro caso. «Los que se ostentan fervientes amadores de la ciencia y filósofos modestos, en verdad no son sino sabios de fantasía *(pretesi scienziati)* y cristianos incrédulos.» *(La Civiltà Cattolica,* serie X, vol. VI, p. 685.)

á la condición de los fósiles, poniéndolos á la iguala y llevándolos por un rasero sin ápice de diferencia. El presuponer, cuasi *a priori*, que las manifestaciones humanas habían de dar principio por formas sencillas, tomando luego creces por grados insensibles hasta levantarse á mayor perfección al compás de los siglos, indujo á los evolucionistas á dar por firme que los primeros ensayos de la habilidad humana debían consistir en cortes de pedernales, como los de Otta, de Thenay, etc. Tan cándidamente se dejó llevar Mortillet de su credulidad, que no tuvo reparo en notificarla al mundo sabio, pregonando por histórico un suceso ajeno de toda credibilidad, conviene á saber, que en la época del elefante antiguo sólo tenía el hombre nuevas de un instrumento, apto para toda faena, la *punta,* cortante y afilada por ambos lados, único chismecillo que reinó en toda la época llamada *mousterienne* por los franceses. El estudio de los estratos deshizo con la fuerza de la verdad esa imaginación, pues los depósitos paleolíticos más vetustos de la época del elefante antiguo patentizan á ojos vistas indicios manifiestos de variada industria, muestras de singular ingenio.

A la verdad, no es de hoy la división aclamada por Thomsen, Lyell y otros ingleses y alemanes; casi un siglo antes de Jesucristo, el epicúreo Lucrecio, patriarca patrocinador de todos los materialistas y ateos, en cuyos versos bebieron los del siglo XIX la ponzoña de sus depravadas doctrinas, cantó en su poema *De rerum natura* las tres famosas edades, diciendo:

«*Arma antiqua manus, ungues, dentesque fuerunt*
Et lapides et item silvarum fragmina ramei,
Et flammæ atque ignes postquam sunt cognita primo
Posterius ferri vis est ærisque reperta
Et prior æris erat quam ferri cognitus usus.»

(Lib. V.)

No será tampoco temeridad pensar que Lucrecio no sacaría de su aljaba las flechas, ya que maldad tuviera sobrada, sino que las robaría á otro tan impudente como él, y de ellos las usurparon y las vendieron como nuevas Thomsen, Lyell, Nilsson, Torchammer, Lafitau, Mercati, Jussieu, echando fama por el orbe científico, que los pedernales, instrumentos de bronce y utensilios de hierro, son señales evidentes de la graduación y diferencias de la humana cultura, aunque á Thomsen tócale la gloria de haber extendido más las alas de su diligencia, señalando los linderos de las dichas tres edades. Los anticuarios afamados Lubbock [1], Lyell [2], Mortillet [3], Vogt [4]

---

[1] *L'homme avant l'histoire.*—[2] *L'ancienneté de l'homme.*
[3] *Matér. pour l'hist. pos.*—[4] *Leçons sur l'homme.*

y otros concuerdan en que los hombres prehistóricos pasaron sucesivamente por el crisol de todas; mas no concuerdan en el señalar el trecho entre la piedra y el bronce, entre el bronce y el hierro, aunque, según era incomparable la estupidez primitiva, paréceles á ellos que no puede ser sino larguísimo el intervalo, y que, por tanto, el aparecimiento del hombre no baja de cien mil ó doscientos mil años seguros [1]. A la sombra de estos antropólogos se refugian otros autores que, sin examen ni caudal científico, llegan al extremo de la fanfarronería. "Sabemos hoy, dice Eugenio Pelletan, con los comprobantes en la mano, que nuestra especie cuenta más de cien mil años. ¿Qué era el hombre en aquella época prehistórica? Podemos decirlo con toda certidumbre: era lo que es ahora, el salvaje más atrasado. El hombre, reducido entonces á su mínimum de existencia, no era sino un animal como otro, y menos bien organizado para su defensa y para su alimento„ [2].—Rodolfo Cronau escribe: "Si tales hallazgos no han sido hasta hoy muy frecuentes, no por eso dejan de probar con toda evidencia que existen seres humanos en el mundo americano desde hace innumerables millares de años„ [3]. Las voces *con toda certidumbre, con toda evidencia, con los comprobantes en la mano,* usadas por Pelletan, Cronau y parecidos escritores, significan absoluta ignorancia, sin fundamento positivo, ganas de embaucar al lector (c).

---

[1] Camestrini, *Origine dull'uomo,* 1866.

[2] *¿Ha muerto Dios?,* trad. de Agramonte, 1888, p. 199.

[3] *América,* 1892, p. 29.

(c) Guarda en sus museos la arqueología huesos, secos y gastados, y junto á ellos pedazos de silex, en maravillosa curiosidad dispuestos y ordenados. Entra un alumno de Mortillet, y, con ánimo de restituir á la luz al hombre prehistórico, empieza á vaticinar sobre los desenterrados fragmentos. Compone los huesos entre sí, dando á cada uno su lugar y supliendo los que faltan con el vigor de su ingenio; enlázalos y fortalécelos con nervios de bien calculadas conjeturas, vístelos de carne con ostentación de galanísimas disposiciones, cúbrelos con pellejo de aparatosa narración, pinta el conjunto con monumentales colores, infunde á toda la trabazón soplo de vida con la gracia de una vivísima elocuencia, y hete ahí al hombre prehistórico saltando entre la pluma y el papel del amigo de la antigüedad. Para hombre resucitado, sólo le falta haber vivido. Y si los huesos humanos andaban mezclados con colmillos de mamut, será el hombre del mamut; si con astas de reno, será el hombre del reno; si con quijadas de oso, será el hombre del oso, y cien mil quisicosas de este jaez. Y si los huesos humanos sólo estaban acompañados y revueltos con fragmentos de silex, puesto que el silex es el hombre, de ahí sacarán los prehistóricos el grado de inteligencia y de cultura, el genio y condición, los usos, costumbres, trajes, guerras, oficios, ocupaciones, régimen, policía, moral y toda la historia de aquella cáfila de entes prehistóricos, en el presupuesto que cada uno dista siglos sin cuento del que está situado en los criaderos un poquito más abajo. Boucher de Perthes (*Antiquités celtiques, et antedéluviennes,* t. 1),

3. Importa, pues, averiguar qué estima hemos de conceder á las edades ponderadas por la arqueología prehistórica. Primeramente la historia, maestra de la verdad, ábrenos los ojos para enseñarnos que nunca hubo pueblo tan venturoso que á sí mismo se haya bastado, sin ayuda ni trato de otro pueblo culto, para desterrar las tinieblas de la barbarie y salir de entre los zarzales de su rustiquez á campo más libre y al resplandor de la luz. Persuasiva es, ciertamente, la autoridad de Lyell, cuando sin reparo nos dice: "La incapacidad é ineptitud de las tribus salvajes se ha tocado con las manos en el Oeste de América, donde los habitantes siguen usando de la piedra, tal como sus mayores hicieron„ [1]. Si el humano linaje hubiera vivido en sus principios sujeto á esta gran miseria, no le habría sido posible, sin un milagro de Dios, sacudir la torpeza mental y moral que tanto le envilecía.

Además, ¿qué tiene que ver con la civilización el uso de la piedra? ¿Qué proporción tiene con el embrutecimiento? (d). ¿No la emplea-

---

Clemencia Royer (*Association française*, 1873, p. 615), Castelnau (*Les ancêtres d'Adam*, p. 98), Broca (*Confer. sur les Troglodytes*, 1872), y otros sin cuento, son los nuevos artífices de estas pinturas, teniendo de continuo puestos los ojos en la divina revelación con voluntad determinada de no pactar con ella en lo más mínimo.

La perspicacia de nuestro prehistórico vió aquí yerro y *flagrante disparidad* con lo que más adelante decimos. El lector concienzudo entenderá luego que la verdadera civilización no la alcanzaron los pueblos salvajes, en hecho de verdad (y no discurrimos sobre las causas), si no es poniéndose en trato con otros más adelantados. Mas de esto nadie tiene licencia para inferir que una familia, un pueblo, aun permaneciendo en su aislamiento y en su baja rustiquez no pudiera labrar instrumentos de piedra ó de metal con harta perfección, según que las materias se ofrecían á sus manos, y remediar sus necesidades, logrando aquel género de cultura y bienestar que cuadraba con su estado de barbarie. Sin ser esto civilización, sería prueba de ingenio. «Los audaces aventureros, dice el antropólogo Arcelin, que vinieron los primeros á visitar las regiones inhabitadas de la Europa occidental, se hallaron separados por enormes distancias de su punto de partida, y esto explica las diferencias profundas de sus industrias en épocas tal vez contemporáneas.» (*Revue des questions scientifiques*, t. IV, p. 319.) Bien expresan estas palabras los diversos grados de cultura que pueden alcanzar los pueblos, sin por eso llegar á notable civilización.

[1] *L'ancienneté de l'homme*, p. 418.

(d) Responde la *Revista Contemporánea:* «Ya lo creo que tiene que ver, como que las gentes que no pasaron aún de semejante estado son en la actualidad las nómadas y salvajes, faltas de toda cultura». (*Ibid.*, pág. 568.)—Nuestro argumento en esto consiste. Si la piedra fuera señal característica de embrutecimiento, no la habrían usado gentes civilizadas, antiguas y modernas, como en efecto la usaron; luego la piedra no es nota distintiva ni de salvajismo ni de antigüedad; y, por consiguiente, el argumento de los prehistóricos carece de fuerza demostrativa. Sintió la energía de esta razón el prehistórico Lubbock,

ron acaso comúnmente las naciones de más policía? Los hébreos, con navajas de piedra administraban la circuncisión [1]; los germanos apenas gastaban hierro, como lo refiere Tácito [2]; los etíopes peleaban con flechas de pedernal, como narra Heródoto [3]; los romanos tenían hechos callos en el manejo de las armas de piedra, como cuenta Micali [4]; aun en nuestros días, en el Japón, en las Californias, en Tesa-

y confesó con lisura: «Muchísimas pruebas hay en confirmación de haber sido usados sincrónicamente la piedra y el bronce. Bateman ha examinado 37 túmulos que encerraban objetos de bronce, y en 29 de ellos reconoció instrumentos de piedra. Cuando fué descubierta la América, los mejicanos, aunque conocieran el bronce, empleaban pedazos de obsidiana para cuchillos y navajas, y, aun después de admitido el hierro, hacían uso de la piedra para diversas necesidades». *(L'homme avant l'histoire*, chap. III.)

Pero los prehistóricos más tozudos sueltan este argumento, diciendo así: el embrutecimiento está íntimamente enlazado con la piedra, porque los que en la actualidad usan de ella son nómadas y salvajes. Faltaría aquí demostrar que manejan instrumentos de piedra por el mero hecho de ser salvajes, y no por otras causas independientes del salvajismo, y eso no lo demuestran los prehistóricos. Antes hay hechos modernos que significan lo contrario. Los Gíbaros, moradores del Río-Bamba y Cuenca (república del Ecuador) son salvajes y usan metales *(Les Misions catholiques*, 11 Juin, 1875): los Esquimales y Chippewayeses viven en plena edad neolítica: los Pieles-de-liebre pasan por la edad paleolítica *(Matériaux pour servir à l'histoire primitive*, 1874, página 398). Sin embargo de ser salvajes conocen el hierro, porque le tienen á mano, debiendo advertirse con cuidado que los Pieles-de-liebre, que son los menos industriosos y los más bozales, se han familiarizado con los instrumentos de metal, sustituyéndolos á los de piedra, y los Esquimales no. Éstos son los hechos: confiéralos entre sí el curioso lector, y vea si la piedra tiene que ver, aun en la actualidad, con el embrutecimiento, ni si indica señal de cultura ó falta de ingenio.

«Ciertos hechos nos dan lugar á pensar que los cazadores de renos, por ejemplo, que dejaron rastro entre los yacimientos cuaternarios de Europa, no eran salvajes cerriles como los neo-calcedonios ó los australianos de nuestros días. El uso peculiar de armas ó utensilios de piedra no es incompatible con un cierto grado de civilización.» (ARCELIN, *Revue des questions scientifiques*, t. IV, p. 319.)—«¿Qué relación puede haber entre los sílex y la antigüedad del hombre? Hela aquí. Si admitís que el hombre comenzó por la más extremada rusticidad, por la estolidez suma, para llegar al grado de ilustración que hoy poseemos, os advertirán que esa evolución y ese progreso no pudo hacerse en un día, sino en millaradas de siglos. De ahí pasan á constituir un inmenso período prehistórico. Esta conclusion se hallará confirmada por un gran número de épocas pasadas por el humano linaje al recorrer tan largo camino, épocas que son tantas cuantas son las formas ó tipos del silex. Tal es el argumento arqueológico en toda su fuerza.» *(Études religieuses*, v[e] serie, t. X, p. 380.) Va confutando sólidamente el docto Haté este aparato *científico*, deshaciendo las sombras y estantiguas de los prehistóricos.

[1] *Exod.*, IV, 25; *Jos.*, V, 2.—[2] *De mor. german*, cap. XL, XLVI.
[3] Lib. II.—[4] *Storia de li antichi popoli d'Italia*, 1835, vol. 2.

lia, en el Danubio, en otros cien países, ¿quién ignora que reinan instrumentos de piedra? Ahora, para que se vea cómo justamente con la piedra aliñada estuvo en uso el metal, baste recordar que los israelitas, pasado el mar Bermejo, fundían el oro y la plata con admirable artificio [1] (e); que los fenicios y romanos, con ser hábiles forjadores de metales, no se desdeñaban de empuñar cuchillos de piedra [2]; que los egipcios, aventajados en cultura, con instrumentos de pedernal embalsamaban los cadáveres [3], y hacían gala de fraguar armas con mezcla de piedra y metal, como lo demostró el insigne Mariette. ¿Y cuántos martillos y hachas cortantes no se han descubierto en el territorio africano semejantes á los llamados prehistóricos, con la singular diferencia que, cuanto más antiguos son, más finas labores ostentan? [4] (f). Todo esto debiera dar ojos á los modernos con

---

[1] *Exod.*, IV, 25.

(e) «Este hecho arranca desde el conocimiento del cobre y del bronce.»—«Durante el gran espacio de tiempo que representan los períodos llamados páleo, meso y neolítico, el hombre no conoció metal alguno.» *(Ibid.*, p. 568). Estas dos afirmaciones opone la *Revista Contemporánea* á nuestro pacífico discurso.

Leemos en la Sagrada Escritura que Tubalcaín fué *malleator et faber in cuncta opera æris et ferri (Gen.*, IV, 22): y no dice solamente *inventor*, sino *artífice* y *forjador*. Otros lugares del Génesis (XX, 16; XXIII, 15; XXIV, 22, 35; XXVII, 40; XXXIV, 25) indican que los antiguos Patriarcas tenían noticia cabal y práctica de metales muchos siglos antes que existiese Moisés, y aun antes de la dispersión de las gentes. Si los israelitas en el desierto se hallaban en la edad del bronce, ¿en qué edad vivía Tubalcaín, que ya forjaba hierro? ¿En qué tiempo vivían los ascendientes de Israel, que labraban oro y plata, como lo significan los textos del Génesis ya citados?

[2] CORN. NEP., *Hannibal*. —TIT. l. IV, I, 26.—[3] HEROD., II, 86.

[4] M. CHABAS, *Étud. sur l'antiq. hist.*, 1871.

(f) Aquí se atraviesa la *Revista Contemporánea*. El P. Mir, dice, «cita hechos que no haría mal en comprobar, como el que refiere el refractario Chabas». *Ibid.*, p. 570.)—No es Chabas quien le refiere (ni eso dice el texto), sino Mariette; citado con elogio por Chabas. Dice el egiptólogo Mariette: «Las piedras mejor labradas se hallan en los sepulcros más antiguos». (CHABAS, *Études sur l'antiquité historique*, p. 337.) De manera que no es uno, sino dos, los que, versados en esta materia, son *refractarios* á la escuela prehistórica. Ni discrepa de ellos este otro: «No hay dificultad en creer que la mayor parte de los instrumentos de piedra que se hallan repartidos en la superficie del mundo entero sean posteriores á la invención de los metales». (ADRIANO ARCELIN, *Revue des questions scientifiques*, t. IV, p. 319.) El protestante Naville, en el Congreso de los orientalistas (Lyon, 1878), declaró que en Egipto, desde las más antiguas épocas, se hallan vestigios simultáneos del bronce, de la piedra y del hierro. *(La Controverse*, 1887, t. X, p. 265.)

Cuando el egiptólogo Chabas presentó su libro *Études sur l'antiquité historique* á la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras, fué acogido con grandes elogios por sus ideas y por la *seriedad y ahinco* con que las esforza-

que supieran ver cómo la piedra no es marca de barbarie, ni señal de envilecimiento. Hemos dicho arriba cómo el santo Job describe la vida de aquellos ranchos de hombres que vivían en medio de una floreciente cultura "en barrancos y quebradas, metidos en grutas, teniendo á dicha las espinas y zarzales" [1]; no estuvo, pues, tan reñida la barbarie con la civilización que no cupieran ambas en un mismo país; ni puede luego darse por prenda general de estupidez el manejo de instrumentos de piedra.

Fundado en sólidas razones, ante el tercer Congreso científico internacional de los católicos, celebrado en Bruselas el año 1894, protestaba sin rebozo el imparcial Arcelin: "Sílices cortados hállanse en gran copia dondequiera, no sólo en Europa, mas en Asia, en Africa, en América del Norte. Representan épocas diversísimas, cuya cronología solamente por la condición de las faunas ó por consideraciones estratigráficas se puede calcular. Cuando estos dos elementos faltan, fuerza es poner entredicho al afán de ahijar los pedernales á tiempo determinado. La presencia de los animales árticos en los depósitos occidentales de Europa es marca y divisa que señala el acabamiento de los tiempos cuaternarios, denominados edad del reno... Volveremos una y otra vez al mismo tema: los indicios arqueológicos, industriales, no prestan para graduar cronológicamente un yacimiento, cuando faltan otros distintivos suministrados por la fauna y por la estratigrafía. A ésta toca resolver en última instancia" [2].

Si nos acercamos á nuestros tiempos, para los que también han de correr las razones susodichas, "el usar los indios mejicanos sus instrumentos de pedernal, dice Solís, no impedía que fuesen excelentes maestros de obras, y menos bárbaros en medir sus edificios con la necesidad de la naturaleza, que los que fabrican grandes palacios para que viva estrechamente su vanidad" [3]. "El ser los chichimecas y otomíes gente bárbara, dice en otra parte, sin república ni policía, que habitaban en las cavernas de la tierra, ó en las quiebras

---

ba. (*Comptes rendus*, IIIe serie, t. I, p. 254.) En este libro decía: «Los exploradores más ilustrados y más independientes se han dejado llevar de la aparente revelación de un mundo del todo nuevo. Con semejantes preocupaciones, las pesquisas y observaciones padecen una influencia en que no reparan los investigadores. Éstos porfían contra los hechos *(se raidissent contra les faits)* que contradicen á sus teorías, y casi sin entenderlo acumulan como pruebas de la exactitud de sus teorías gran cantidad de hechos que son dudosos por lo menos. Tiempo es ya de dar á estos estudios otra dirección». Conque tenemos la autoridad de una ilustre Academia que mira indiferente las cuentas galanas de la escuela prehistórica. Pedir más evidente comprobación de su falsedad, sería poner en contingencia la gravedad de los autores.

[1] *Job*, XXX, 3.—[2] *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, pág. 13, 16.

[3] *Conquista de Méjico*, l. I, cap. XXI.

de los peñascos, sustentándose de la caza y frutas de árboles silvestres„, no quitó que, valiéndose de la piedra, fuesen "tan diestros en el uso de sus flechas y en servirse de las asperezas y ventajas de la montaña, que resistieron varias veces á todo el poder mejicano„ [1].

4. Pasando de la nueva España á la antigua y prehistórica, viénesenos á las manos un poderoso argumento en favor de nuestra tesis. En el yacimiento de San Isidro (Madrid), notable por su espesor, han sido descubiertos instrumentos de pedernal, hachas amigdalóideas de gran tamaño y linda hechura, percutores para labrarlas, tasquiles á manera de cuchillos: junto con ellos restos del elefante, caballo, toro primitivo, del oso, león, hiena, tigre; los cuales, por ser de solar africano, prueban cuán franco tenían el paso para venir á nuestro país. Parecidos instrumentos encontráronse en Leiria y en Turinha (Portugal). Tales parecen ser los efectos más antiguos de la industria humana en la Península (g).

---

[1] SOLÍS, *Conquista de Méjico*, l. II, cap. III.

(g) «No sin trabajo y contrariedades fué subiendo el hombre desde el hacha tosca de San Isidro (Madrid) al cuchillo de piedra, á la flecha, al punzón, punta de lanza, aguja de hueso, al hacha pulimentada, á la grosera cerámica...» (*Revista Contemporánea*, ibid., p. 569.)—Esa lentitud de pasos y ese inventario al parecer tan ordenado, se saca de sólo ver superpuestas las piezas unas sobre otras. Mas antes de inferir de la superposición el orden histórico, que es el que nos ha de servir de base, sería preciso responder con seguridad á esta sencilla pregunta: ¿se sabe con certeza cómo se originó y formó el depósito de San Isidro (Madrid)? Esto es: ¿cómo consta que la superposición fué natural y no violenta? ¿Quién ha demostrado hasta el presente que la superposición y yuxtaposición siguieron por su orden las leyes del tiempo y del espacio? Porque es cosa de todos conocida que para explicar el origen y formación de otro depósito, más famoso que el de San Isidro (Madrid), el depósito de Saint-Acheul, se han propuesto por los sabios nada menos que doce hipótesis, sin que sepamos en definitiva si el dicho depósito es anterior ó posterior al diluvio del Génesis, ni qué causas influyeron en su total formación.

No basta desenterrar fragmentos, ni ordenarlos, ni saludarlos, ni adorarlos; no basta echar conjeturas, ni pregonar desde la trípode que el orden con que se hallan enterradas las cosas es ni más ni menos el mismo que guardaron en su existencia y sucesión. Eso, que á los prehistóricos les es suficiente demostración, es lo de menos para los controversistas: examinar conjeturas, analizar causas, medir y comparar lugares, contraponer tiempos, calificar fundadamente, dar razón de lo que se dice, responder á los argumentos en contra, es oficio del verdadero sabio, el cual se diferencia del anticuario en que éste, con armarse de martillo y brújula, y desencarcelar piezas, limpiarlas, ordenarlas y ponerlas de manifiesto en los anaqueles de un museo, cumplió con su obligación honrada y provechosamente.

El sabio Hamard, que goza en Francia de bien merecido nombre, dice así: «Cuanto más progresa la ciencia, más convencidos estamos de que la mayor parte de los depósitos y monumentos que al principio se referían á la edad de

Dan señales de mayor adelantamiento industrial las estaciones de la Cova Negra (Játiva), San Nicolás de la Ollería, Parpalló (Gandía), Moro (Alicante), en donde se contienen cuchillos, raspadores, cascos y punzones de sílex, dientes y huesos de caballos y toros primitivos, conchas, caparazones de moluscos, sin rastro de hueso humano. Estos despojos demuestran que en la Península ibérica iba adelantando en destreza lentamente el ingenio de los indígenas; y más claro aún lo evidencia la muchedumbre de flechas, arpones, agujas, estiletes, espátulas, lanzas que abundan en las cuevas de Seriñá (Gerona), Santillana (Santander), San Feliú de Guixols. No menos notable es el progreso en cerámica que se observa en otras cuevas (Lóbrega, Mujer de Alhama, Tesoro), cuyos cacharros, imperfectos aún y de formas irregulares, acusan al hombre de falto de medios, no de torpe y desaliñado.

Pero lo raro es que, junto con vasijas de barro en todas formas, hállanse en gran copia utensilios de pedernal, huesos de cuadrúpepedos, conchas terrestres; como si dijéramos, en un mismo paradero (Argecilla, de Guadalajara), obras de dos períodos de la piedra sucesivos, las cuales prueban que el español de aquella edad iba adelante por sí sin necesidad de maestros extraños, ocupándose á un tiempo en trabajos paleolíticos y neolíticos. ¿Qué necesidad hay, pues, de introducir, como pretende Mortillet y otros, un intervalo espacioso de siglos entre estos dos períodos, cuando los efectos que nuestras estaciones conservan son anteriores al neolítico, según que

---

la piedra, pertenecen realmente á la de los metales... El eminente director del Museo de Saint-Germain-en-Laye, M. Alejandro Bertrand, parécenos que está en lo cierto cuando quiere que se confundan é identifiquen esas dos *pretensas* edades, de la piedra pulimentada y del bronce, al menos por lo que toca al territorio de la antigua Galia. En hecho de verdad parece ciertamente que ambas no componen más que una, la primera de la época geológica actual». *(Dictionnaire apologétique*, 1889, art. *Pierre*, ps. 2460, 2461.)

El mismo autor *(Ibid.*, art. *Bronze)* pregunta si el bronce ha tenido edad especial (pág. 343), y responde: «Arqueólogos y eruditos *(des archéologues et érudits)* del mérito de Alejandro Bertrand rehusan admitirlo» (p. 344). La razón es, porque «sería menester hallar yacimientos arqueológicos que nos mostrasen sobrepuestas por su orden las industrias de la piedra, del bronce y del hierro, y estos casos de superposición faltan, según parece, de todo en todo». *(Ibid.)*—Un poco más abajo, después de manifestar la confusión que resulta confiriendo los bronces de Escandinavia, Inglaterra y Francia, dice: «La consecuencia de tamaña confusión es, que importa desterrar del mundo ó la edad de la piedra pulida, ó la del bronce. En Francia no hay lugar sino para una sola edad... Luego es menester tomar partido y borrar de la cronología prehistórica la una ó la otra de entrambas edades». *(Ibid.*, p. 350.) Y en seguida, con copia de argumentos, extermina la edad neolítica con todas las divisiones y subdivisiones de los prehistóricos.

Vilanova oportunamente advirtió? [1] Por esta causa la porfía de los antropólogos va hoy de vencida, pues va siendo general opinión que no media espacio de tiempo entre los hombres paleolíticos y los neolíticos. Quatrefages, citando las exploraciones de L. Lartet y Chaplain-Duparc en la cueva Duruthy, asegura que la raza de Cro-Magnon, reputada paleolítica, yace en la referida gruta en compañía del león y del oso, y revuelta con armas é instrumentos de industria neolítica [2]. De donde concluyamos que los hombres paleolíticos conversaron y se dieron la mano con los neolíticos, presenciando las vicisitudes de la humana cultura [3].

5. De gran fama goza entre los paleoetnógrafos la edad apellidada del reno, animal que comenzó á dejarse ver en el occidente de Europa al extinguirse el elefante antiguo después del descanso interglaciar cuaternario. Durante la vida del reno, que alcanzó los primeros ensayos de la industria humana europea, habían los hombres salido ciertamente de pañales, porque se daban tan buena maña en despabilar el ingenio, que causa pasmo á los más despiertos aquella perfección de esculturas y grabados, de ornamentación geométrica, de manufacturas variadas, y aun de cerámica, que subieron de punto la capacidad artística de aquellos hombres paleolíticos, estimados rudos por los modernos fabulistas [4].

Por ser este punto de singular importancia, razón será extenderle un poco más. La edad del reno es á los paleontólogos de especial consideración, por haber tomado principio con la extinción del elefante antiguo y del rinoceronte, y con la bajada de la fauna septentrional, en que el reno llevó la palma entre bueyes, antilopes, zorras y demás turba mamífera, cuyas especies se remontaban al Norte en gran número otra vez, al paso que el clima de Europa se iba calentando, pero teniendo firme el reno, sin moverse, en compañía del

---

[1] *Discurso de entrada en la Academia de la Historia.*

[2] *Hommes fossiles et hommes sauvages*, p. 38.

[3] Un prehistórico de fama, Salomón Reinach, lo confiesa sin ambages: Lorsque M. de Mortillet atribue une durée de 222.000 ans, dont 100.000 pour le *moustérien*, aux quatre phases de la période paléolithique, il abandonne le terrain de la science pour celui de la fantaisie, où la critique doit renoncer à le suivre. *Descript. raissonnée du musée de Saint-Germain-en-Laye*, t. I, página 78.

[4] ARCELIN: On gravait et on sculptait la pierre, l'os, la corne et l'ivoire. Les principaux motifs de décoration sont empruntés à la faune. Mais on remarque aussi de nombreux exemples de ornamentation géometrique, où figurent le dent du loup, le losange, les rinceaux, les palmettes, les forsades, les treillis, les rosaces, les feuilles disposeés symétriquement, etc. Ce n'est pas de l'art infantin; c'est de l'art très étudié, très cherché. Et encore est-il permis de penser que nous ne connaissons qu'une faible partie des productions de nos artistes quaternaires. *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, pág. 18.

mamut, león, hiena y algunas otras especies de brutos más valerosos. Pero más digna de estudio es la edad del reno por haber en ella dado principio la segunda temporada glacial (tras la postglacial), en que con la venida del hombre al mundo ciérrase la puerta á los tiempos cuaternarios para abrirla á los llamados modernos [1].

Porque, cuando la decrepitud comenzaba á dejar agostada la vida del reno, sobrevino en el clima una mudanza notable, de frío en calor, de humedad en sequía, durante la cual el reno caminó sin remedio al fin, dando lugar al ciervo; mas, aun acabado el reno del todo, el hombre proseguía sin mengua siempre fiel á sus tradiciones artísticas y religiosas. A esta novedad sucedió otra más considerable. No bien se le hubo acabado al reno el resplandor de su larga vida, las poblaciones humanas parecían caminar á un estado de cultura más levantada que antes. En muchas estaciones reluce el alarde de ritos fúnebres, el arte de talla va en aumento, lanzas y flechas compiten ya en belleza artística, grabados y adornos en hueso y marfil dan muestras de sí, las piedras durísimas reciben pulimento, hasta la alfarería comenzaba á despuntar aun antes que el reno declinase y feneciese del todo; porque, así que acabó de ser, ya no había rastro de fauna cuaternaria, en cuyo lugar entró la moderna, ciervo, caballo, buey, cerdo, perro, cabra, etc., sin resabio ni memoria de especies de mamíferos antiguos.

6. Entre esta cultura neolítica y la paleolítica antecedente ponen los antropólogos en general un hiato considerable de tiempo, en que las habilidades del hombre, manifestadas al fin del reno, quedaron sofocadas, dicen, sin dar de sí provecho alguno, antes espantosa miseria, cual fué el atollamiento en el estado salvaje, poco después de amanecidos los tiempos modernos, siquiera en la gran soledad de Europa. El hombre á la sazón tenía su vivienda aparte, con la sola compañía del perro, sin gracia para cortar piedra, sin maña para aprovecharse del hueso, sin destreza para dar vueltas al torno. Pero, pasada la civilización paleolítica, después del hiato famoso, al romper el alba neolítica, mostróse diestro y entendido en la construcción de los gallardos dólmenes y piezas monolíticas.

Pero si hemos de poner en su punto la verdad de las cosas, no hay asomos de semejante hiato entre el tiempo cuaternario y la edad neolítica, bien que se puedan admitir vacíos locales [2], que se pueden colmar con elementos hallados en otros sitios [3], como de verdad los

---

[1] ARCELIN: Une durée de 7.000 à 9.000 ans est généralement admise maintenant, soit en Europe, soit en Amérique, pour la phase post-glaciaire comptée jusqu'à nos jours. *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, pág. 8.

[2] ARCELIN: Il n'y a ni lacune, ni hiatus au sens absolu. Mais il y a des lacunes locales. *L'antiquité préhistorique. Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, pág. 24.

[3] Ya Quatrefages lo tenía advertido: Il est permis de dire, que pour ces

ha colmado en parte la perspicacia de los investigadores, sin que se eche menos la contiguación de entrambas épocas. "En España, dice Siret, nuestra tarea ha sido más fácil, el pasaje del cuaternario al actual es imperceptible, pues que los más antiguos comienzos de los tiempos dichos actuales frisan, cuanto á la industria, con los tiempos cuaternarios. En la mitad de los cuaternarios no se ofrece suceso de importancia que justifique la introducción del hiato; otro tanto acontece hasta muy entrada la época de los tiempos modernos" [1].

Aquí, pues la ocasión nos convida, aprovechémonos de los descubrimientos recientes hechos en varios parajes de la península española, para ver particularizado en ella el progreso de la edad neolítica. En las grutas peninsulares, lo más digno de notar comúnmente es el sinnúmero de piedras labradas y la multitud de instrumentos y armas de piedra á propósito para cortar y pulir. El cuarcito y el pedernal son los minerales más comunes; las formas se reducen á puntas, sierras, tajantes, hachas, láminas y otros utensilios de piedra, con algunos también de hueso. Mas en la fábrica de semejantes instrumentos, ya desde el principio nótase perfección, poco variada, sí, pero maravillosa y conforme á los menesteres de aquel trabajo de labranza. Así corrió el fin de la edad paleolítica, hasta el principio de la neolítica, sin notable diferencia.

Los depósitos españoles, como El Garcel, Cueva de los Tollos, Fuente del Lobo, Cerro del Mochuelo, Atalaya de Garrucha, Tres Cabezos y otros de Almería, Murcia, Córdoba, Málaga, Granada, ostentan señales de industria neolítica semejante á la paleolítica, si bien más copiosa y diversificada, conviene á saber, punzones, láminas, rascadores, peines, flechas, cortantes, tijeras, hachas de piedra varia (diorita, fibrolita, esquisto) y de singular perfección. Júntase la obra de cerámica, ánforas, jarros, pucheros, ollas, tinajas, alcuzas, que en la cueva de la Mujer (Granada), en las de los Murciélagos, de los Tollos, del Tesoro (Málaga), ofrecen estructura no basta ni bronca, sino curiosa y de fino dibujo. Alléganse labores de esparto, sogas, trenzas, ruedos, esteras, como las de la Cueva de los Murciélagos (Granada), donde se hallaron además diademas de oro, brazaletes de mármol y otros peregrinos aderezos de grande ornato y curiosidad. Tan escogida perfección parece denotar, juntamente con la abundancia, el concurso de dos pueblos que se esmeraban en fomentar con primor las artes, pero es dificultosa tarea señalar el origen de su cultura. Tal vez una población remedaba ins-

---

localités l'hiatus a réellement existé. Les auteurs qui l'ont soutenu n'ont eu d'autre tort que de regarder comme général un état de choses essentiellement local. *Hommes fossiles et hommes sauvages*, pág. 100.

[1] *L'Espagne préhistorique. Revue des quest. scientif.*, 1893, t. XXXIV, página 505.

trumentos labrados en otra, compitiendo en adelantar los perfiles y desvelándose en levantar la obra por más ingenioso artificio, porque el humano ingenio en el buscar trazas y nuevas invenciones anduvo siempre por desusados caminos [1].

La ciudad descubierta por Siret en el llano de los Millares, á orillas del río Andarax (Almería), contiene construcciones neolíticas de gran precio para el estudio de la prehistoria: sepulturas á montón en forma de dólmenes, con galerías y pasadizos, con bovedillas y columnas, encerraban tijeras, cuchillos, hachas, láminas, hoces, sierras, todo de pedernal por lo común. Lo admirable es la elegancia de las flechas, el primor de sus largas puntas, la simetría de los dientes, la regularidad de la figura. ¿Qué diremos de la cerámica? Cacharros de linda hechura, con labores grabadas en la exterior superficie; vasijas de tierra dadas de vario color, en forma de cáliz, de ornamentación geométrica; estatuítas de alabastro y de marfil; figurillas pintadas, conchas agujereadas, granitos de ámbar, retales de tela, pomos de cinabrio, pendientes, anillos, dijes; estas y otras quinquillerías semejantes fueron halladas en la necrópoli de los Millares, muy frecuentes en los sepulcros neolíticos de España, destinadas á obsequiar los cadáveres de los hombres de la edad neolítica.

7. El investigador Siret tuvo por bien parear las sepulturas españolas con las egipcias, porque le parecía que fábricas tan espaciosas y cuajadas de vestíbulos, pórticos, pasadizos, cámaras, cúpulas, algo más habían de representar que meros osarios, á otra más alta representación debían de responder, como los mausoleos egipcios ordenados á simbolizar la inmortalidad de las almas. La vecindad de estos moradores favorece no poco á la opinión que presupone haber los pueblos hispanos de la costa marítima recibido las costumbres egipcias, de que es prenda y testimonio el templo con estatuas de dioses egipcios, descubierto modernamente en el Cerro de los Santos [2]. El

---

[1] En la excursión que los diputados de la Sociedad Geológica de Francia hicieron por Cataluña en compañía del paleontólogo Vidal, á 25 Septiembre de 1898, tuvieron espacio para examinar la colección de instrumentos neolíticos hallados por el Dr. Alsius en la cueva de Serinyá, como lo testificaron diciendo: Nous y avons remarqué la très petite taille des instruments en silex, des fins burins, grattoirs, pointes de flèches, et surtout une petite serpette en silex, forme que nous croyons tout à fait nouvelle dans l'industrie magdalénienne. La station préhistorique de Sérinya était sans doute un atelier de petits instruments en silex destinés aux échanges avec d'autres objets. *Bulletin de la Société Géologique de France*, 1898, t. XXVII, pág. 674.

[2] SIRET: Le plan même du tombeau néolithique est bien celui d'une maison qu'on a voulu rendre immortelle. On construisait pour les morts de véritables logis, des villes entières, où ils continuaient à vivre non loin des leurs, et d'une vie toute semblable. Ils entraient dans leur dernière demeure avec leurs habits et leurs parures; ils emportaient avec eux les instruments les plus

santuario de los egipcios se resumía en el sepulcro, no como en monumento de sombría tristeza, sino como en baluarte de la vida por venir, para cuyo goce dichoso apercibían de todo linaje de armas é instrumentos al malogrado difunto, quien había de conquistar la felicidad mostrando valor á los enemigos de su eterno descanso. Conforme á estas nociones, vemos en el neolítico del mediodía español edificadas verdaderas ciudades en honra de los muertos, cuyos sepulcros abastecidos de instrumentos y armas, ornados de pinturas y esculturas, henchidos de enseres y ofrendas, significaban que la vida no fenece acá bajo en esta tierra de penalidades.

No es esto decir que no anduviesen mezclados restos de otra cultura en el neolítico español, comoquiera que la hechura de las vasijas, el arte del grabado, la pintura de las paredes, la lista de los tejidos, y otras reparables circunstancias de los antedichos depósitos arguyan señales de extraña influencia, malas de componer con el arte jeroglífico de las sepulturas egipcias. Con advertencia reparó Siret la semejanza de los hallazgos del mediodía español con los de Hissarlik, Chipre y Micenas, ciudades de la antigua Grecia, cual si la edad neolítica de entrambas regiones hubiese corrido por iguales grados de humana cultura [1].

En esta disposición de las flechas y otros instrumentos de piedra pulida, y juntamente en la analogía singular entre los monumentos españoles y helénicos, que parecen pintiparados y como sacados por una turquesa, descúbrese algún rayo de luz con que rastrear los autores de las obras contenidas en la civilización neolítica de nuestra península, siquiera tocante á los depósitos vecinos á la costa del Mediterráneo. Que la cultura de la Europa occidental no derive de los aryas, es ya en nuestros días opinión constante, sin embargo de los valerosos defensores que la contraria hasta hoy había tenido. Tampoco merece recibo la sentencia que achaca á los babilonios el progreso de artes y ciencias en Occidente. El sentir más conforme á razón histórica y etnográfica prohija á los Pelasgos la propagación de

---

nécessaires de la vie quotidienne, la charrue pour féconder la terre, la famille pour recueillir le pain, les flèches pour abattre le gibier ou pour continuer à combattre l'ennemi à côté des vivants, la hache, l'herminette, le ciseau pour le travail du bois, des couteaux, des poignards, du fard pour s'embellir, des vases à destination variée; et que d'objects ont pu disparaître! Les divinités, peintes et sculptées sur les murs ou sur des tableaux protégeaient leur nouvelle existence. Ne faut-il pas voir des images de leur âme, ou de leur *double*, dans les stutuettes répandues dans ces demeures, comme dans les tombes égyptiennes où elles avaient cette signification? *Revue des quest. scientif.*, 1893, t. XXXIV, pág. 544.

[1] Si l'on se demandait ce qu'aurait pu faire l'habitant d'Hissarlik, chassé et livré à ses propres forces dans les montagnes de l'Espagne, on trouverait, nous semble-t-il, une réponse satisfaisante en montrant les œuvres du néoli-

las artes por el occidente marítimo [1], en el supuesto que los Pelasgos no difieren, como parece verdad, de los Heteos ó descendientes de Cam, que fundaron poblaciones en el Asia menor y á lo largo del Mediterráneo. No es nuestra intención dar por cierto que la edad paleolítica y ni aun el principio de la neolítica española tuviera por autores y propagadores á los Pelasgos Heteos, pues que ninguna inscripción lo presupone ni autoriza; pero la perfección de la cerámica, indumentaria, pintura, escultura, platería, arquitectura, que más adelante echó de sí refulgentes resplandores, no sin harto motivo puede atribuirse á una casta de hombres que como los Pelasgos, así lo nota Estrabón, "ávidos de viajar corrían de comarca en comarca" [2]. Mas ¿por qué no la hemos de dar al ingenio español?

8. Mejor se entenderá esto, si nos paramos á sospesar los metales descubiertos en los depósitos españoles. El primero que se empleó fué el cobre juntamente con la piedra labrada, á cuyos instrumentos servía de ornato accesorio en la edad neolítica, como consta de los ejemplares hallados en Totana (Murcia) y en El Argar (Almería). El segundo era el bronce, que poco á poco fué extrañando los instrumentos de piedra, dando lugar á que los de cobre se multiplicasen, no sin llevar él la ventaja. Ni podía ser otra cosa, atento á la riqueza de metales de que España pudo en todo tiempo engreirse con justísima razón. Así vino á ser, que no bien llegó á oídos de los extranjeros, los Pelasgos, que la plata fundida al calor de las llamas corría en arroyos por el suelo español, ¿con qué furia se les saltarían los ojos tras el apetecido metal, especialmente viendo cuán descuidados apreciadores eran de su valor los indígenas, hechos á tratarle como cosa baladí? En contracambio los pobladores facilitarían á los naturales el estaño, que no es producto del mediodía español, para la composición del bronce, siquiera de este metal se hayan hallado piezas varias en los Eriales (Granada), en El Argar (Almería), en Los Millares y en otros sitios del sud peninsular.

Síguese el hierro, que vino á fines del bronce; échase de ver dentro de las sepulturas en puñales, escudos, lanzas, brazaletes y en otras alhajas que suelen llevar por adornos rasgos de plata, cobre y bronce. En la edad del hierro presume Siret adivinar la influencia fenicia y griega. No se lo regateamos, con tal que confiese haber podido á los Heteos caberles parte de la gloria en el uso de los metales

---

thique ancient dans ce pays. Plus tard, en pleine civilisation mycénienne nous trouvons, à Mycènes même, les flèches de pierre propres à la deuxième et dernière phase du néolithique, ainsi que des couteaux et encore quelques haches polies. Comme on peut le voir par le croquis ci-joint, le type des flèches mycéniennes est un de ceux du sud-ouest espagnol. *Ibid.*, pág. 549.

[1] Véase cómo el P. Cara desenvuelve esta espinosa materia, refutando los contrarios decires, en su obra *Gli Hethei-Pelasgi*, 1894, capo XVI.

[2] πολύπλανον δὲ καὶ ταχὺ τὸ ἔθνος πρὸς ἀπαναστάσεις, lib. XIII, cap. III.

sobredichos [1], comoquiera que durante la edad neolítica española vióse inundada la península de extranjeros codiciosos de tejer su fortuna con los hilos de los soterrados metales.

9. Volviendo ahora los ojos atrás para anudar el hilo del discurso, ya que el período neolítico se enlaza estrechamente con el uso de los metales, como lo testifican los monumentos megalíticos españoles; ya que los tiempos neolíticos no son sino continuación de los paleolíticos, según que los propios monumentos lo acreditan; ya que piezas de metal andan mezcladas con otras de piedra, no sin asombro de los exploradores Siret, como en El Argar, Zapata, Gatas, Ifre, El Oficio y Fuente Alamo [2] lo han demostrado; síguese en conclusión, que, siquiera tocante á la península española, no difieren los hombres paleolíticos de los neolíticos sino en cortos accidentes; porque si la fortuna los hizo desiguales, fueron tan parecidos y tan hombres en las obras de ingenio, que podían muy bien ufanarse los unos de no deber nada á los otros en labor intelectual y moral.

Otro tanto hemos de concluir si visitamos países extranjeros. En muchos puntos, que fueron morada de los romanos, salen á vistas utensilios de piedra al lado de labores de gran perfección. El infatigable Hamard cita más de sesenta localidades en donde andan á la par las señales de edad paleolítica y neolítica [3]. No hagamos mención de haber reinado en Asia un período neolítico coetánco al arqueolítico europeo; ni mencionemos que la Escandinavia carece totalmente de la edad de la piedra tosca y sin labrar. Pero ¿con qué sombra de razón pueden sostenerse las divisiones y subdivisiones, las seculares distancias entre las edades de la piedra, cuando vemos al español y al extranjero ocupados en piedra rústica, al mismo tiempo que lucían su habilidad en primores de gran perfección? [4]

---

[1] Cotejemos las sentencias de Siret con las del P. Cara. SIRET: Près des urnes, plus souvent qu'à l'intérieur, sont des armes en fer: sabres courts ondulés, poignards, lances à douille ornée de cuivre et d'argent, débris de boucliers, ceintures, fibules, etc.; les armes sont toujours tordues. *Ibid.*, página 561.—P. CARA: L'armi proprie degli Hethei sono la spada corta con impugnatura semilunare, la mazza a testa sferica, la bipenne, e una specie di lancia falcata o di scimitarra. *Gli Hethei*, capo XVII.

[2] *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España*, 1890, lib. 2, p. 2, cap. 1, pág. 316.

[3] *Études critiques d'archéologie préhistorique*, pág. 153-163.

[4] ARCELIN: L'époque néolithique paraît donc faire suite sous beaucoup de rapports à l'âge du renne. Mais il faut tenir compte cependant des différences. Il y a d'abord le changement du climat européen, qui apporta certainement de grandes perturbations dans les conditions d'existence des tribus humaines. La faune se transforme. A la flore de la steppe a succédé une végétation forestière. Les animaux de la steppe émigrent, et avec eux le renne, si longtemps utilisé par les besoins de l'homme... Mais les industries utiles continuèrent à

¿Quién pondrá coto al ingenio del hombre? ¿Pudo en breves años adelantarse una generación, y en pocos siglos alcanzar gran perfección de arte; lograron los cinceles griegos y los pinceles egipcios aquella subida gallarda que en vano han emulado nuestros artistas; y no pudieron ir desenrudeciéndose y crecer prósperamente, dejando á sus vecinos envueltos en la abyección, los pueblos prehistóricos dotados de un mismo temple é ingenio que los modernos americanos? [1]. Si, pues, en los siglos remotos estaba la tierra sembrada de grados diversos de policía; si tanto en Europa como en Asia, en África como en América, los instrumentos de piedra caminaban con los de metal juntamente á la conquista de la perfección social; si tal pueblo hubo que trabajó con piedra cuando sus convecinos forjaban cobre; si, finalmente, con la piedra ó sin la piedra se desnudaron las gentes y se vaciaron de la rusticidad contraída, y con el viento y los halagos de la fortuna se alzaron de grado en grado á consumada civilización; luego en mal hora cantan loores á la edad de la piedra, ponderando su fabulosa antigüedad, aquellos eruditos que, so color de tiempos mal deslindados, pretenden retrotraer desmesuradamente el advenimiento del hombre **(h)**.

---

se développer comme par le passé. Sur un point on perfectionnait la taille du silex, sur un autre l'art de la poterie... Enfin, l'usage d'enterrer les morts dans les grottes n'est pas abandonné... Ici l'on trouve des tribus très arriérées; ailleurs des populations plus avancées ont laissé leurs traces (palafittes, camps retranchés). Des lambeaux de stratigraphic montrent sur certains points la pierre polie succédant à des assises néolitiques où il n'y a encore que de la pierre taillée; sur l'autres points la pierre polie semble succéder directement au paléolithique. *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, pág. 22, 26.

[1] ROUGÉ, *Notice somm.*, 1873.—LARTET, *Revue archéol.*, 1864.

(h) «Los hombres que cultivan la ciencia con seriedad y ahinco, declaran que la historia de nuestra especie no cabe dentro de los estrechos límites que hace poco se le señalaban». *(Revista Contemporánea,* ibid., p. 571.)—La cronología tradicional, que abraza siete, ocho y hasta nueve mil años, parece á muchos sabios que basta y sobra. La revista *Études religieuses,* después de discurrir á la larga por doce estaciones arqueológicas, concluye que, para dar cabal razón de las épocas paleolítica y neolítica de los prehistóricos, son suficientes cuatro mil años, y que aún quedan en la Biblia siglos sobrantes. (v[e] ser., t. IX, p. 64.) M. Chabas, desechada la voz *prehistórico* porque era mal escogida de los versados en estas materias, y mal entendida de los extraños á ellas, decía: «Esa palabra despierta en el ánimo la idea de una altísima antigüedad, á que no bastarían los límites de la cronología; pero, en verdad, muchas cosas tenidas por prehistóricas dejan margen aún para una treintena de siglos á la cronología bíblica, y aún para más de una cuarentena si nos atenemos al cómputo de los Setenta». *(Études sur l'antiquité historique.)*

ARTÍCULO II.

1. Las tres edades no siguieron orden fijo, ni reinaron con uniformidad.—2. No corresponden á tiempo determinado.— 3. Los monumentos megalíticos de Europa.—¿Quién los levantó?—4. Monumentos americanos.—¿Quiénes fueron sus autores?—5. Los megalitos no son testimonios seguros de la antigüedad humana.

1. Hablando más en particular de los metales, que se presuponen de origen inmediato al uso de la piedra, sabemos por el Génesis [1] cómo ya los hombres los ejercitaban en la aurora de su vida; leemos en Job cuál servíanse del hierro sus contemporáneos [2]; en el Pentateuco es corriente el ejercicio de instrumentos metálicos [3]; por doquier relampaguean lanzas, espadas, broqueles y armas de diferentes metales, no sólo en tiempos históricos, sino también en los mitológicos, como Rougé, Chabas, Lubbock lo testifican de parte del Egipto. Y puesto caso que el uso del bronce parece en Asia más antiguo que el del hierro, mas una edad en que reinase sólo el hierro, ó sólo el bronce, ó sólo el pedernal, es en vano buscarla; en ninguna parte se sabe de cierto que existiese. Habráse valido el hombre de la piedra siempre que le hayan faltado metales ó industria para forjarlos, habrá acudido al bronce donde el hierro escaseó, habrá manejado hierro según las ventajas y facilidad de labrarle; pero que la causa del uso ó desuso de estos materiales haya estado cifrada en el grado de barbarie de la humana gente, ni se prueba, ni hay razón que lo patentice.

En España y Portugal el bronce y el cobre se ven trabados en muchos yacimientos, en dólmenes, en túmulos, en castros (especialmente en Almería); y, lo que es más, yacen allí mismo hachas pulimentadas, objetos de hueso, cuchillos de pedernal. Testigos los criaderos de Andalucía, Valencia, Aragón, Cataluña, Asturias, Galicia, donde es cosa clara que el indígena, sin despedirse de las anteriores conquistas, crecía en el camino de sus adelantamientos. Si, pues, vemos en un mismo sitio instrumentos de piedra y de metal; si contemplamos adunados los períodos mesolítico, neolítico, metálico; si estos enseres no guardan orden de superposición ni se llevan unos á otros ventaja ninguna, ¿cómo dicen los antropólogos que denotan grados diversos de humano desenvolvimiento, y que califican al hombre de más salvaje cuanto más tosca labor ejecuta? Si el aborigen ibérico bastóse á sí propio para labrar los ramos de la piedra antedichos, ¿por qué había de menester enseñanza ajena en el uso de los metales, cuando los mismos criaderos hablan tan alto de su incomparable des-

---

[1] Cap. IV, 22.—[2] XIX, 24.
[3] *Levit.*, XXVI, 15; *Num.*, XXXV, 16; *Deut.*, III, 2; XIX, 5.

treza? Porque bien pudo descubrir el cobre y el estaño, y comenzando á fundirlos y alearlos fabricar instrumentos de bronce, sin que fuera necesario llamar á un pueblo marchante que le adiestrara y descubriera el secreto. ¿Tan insuperables serían los reventaderos y malos pasos que los antropólogos imaginan? Es, por cierto, peregrina la ocurrencia de los Sres. Siret y otros viandantes parecidos. Se figuran que, como en España abundase el cobre, y la rudeza de los naturales fuese tan supina, hubo de arribar á la Península una gente avasalladora y más despierta, la cual, trayendo consigo gran copia de estaño, rompió el velo de las tinieblas que cegaban á los peninsulares, enseñándoles el arte de fundir en debida proporción el estaño con el cobre para lograr bronce; mas que luego, escaseándoles el estaño, no hubo más arbitrio que valerse del cobre, como antes habían hecho. ¡Extraña invención! El cobre fué el primer metal que trabajaron los españoles históricos; ni fué tanto su embrutecimiento que hubieran de estampar su pisada en las costas gentes nuevas para explotarnos dicha industria.

El período del hierro sucedió al del bronce sin interrupción. Citania de Briteiros, Alcalá de Chisvert, Yecla y otros paraderos de Castilla y Andalucía patentizan adornos y utensilios curiosísimos y artísticamente labrados con entrambos metales, donde se ve cuán sin sentir iban los hombres entrando en tratos comerciales y acercándose á la raya de los tiempos históricos. Tanto más es esto verdad, cuanto el uso del hierro parece á muchos metalúrgicos haber precedido al uso de los otros metales, ya por la mayor facilidad de extraerle, ya por la dificultad de fabricar los otros sin auxilio del hierro. Sea de ello lo que se fuere, es indubitable que la edad del bronce no nos introduce muy adentro en las nieblas de los tiempos prehistóricos; anda ya frisando con la civilización celta [1].

Por eso el erudito Issel, aun admitiendo la división de las tres edades, la tiene por vacía de valor cronológico. "¿Quién ignora que el bronce florecía, dice, en Grecia y en Italia cuando había llegado á su apogeo la cultura egipcia? ¿Quién ignora ó no sabe que, al inaugurar los etruscos en Italia la era histórica, no había aún penetrado el bronce en muchas comarcas italianas? Y aun entre nosotros, introducido el uso del hierro, ¿no continuó acaso por siglos el uso del bronce?„ [2]—Confirma esta sentencia la autoridad del docto Venturoli. "Si hubo, dice, en Italia edad de la piedra, habrá sido entre los indígenas, que no sabemos de dónde salieron, ora fuesen celtas, ó ligurios, ó cimbrios, etc.; que los pelasgos arribados por el mar, sus metales se trajeron consigo, como lo deponen sus armas y utensilios claramente„ [3]. De aquí el doctísimo Rossi, que estudió con ahinco el

[1] *Diction. apologét.*; *Antiquité de l'homme*, 1889, p. 229.

[2] *L'uomo preist. in Italia.*—[3] *La scienza ital.*, 1877; *Le età preist.*, fasc. 4.°

curso del hierro por el Lacio, resuelve que en la era de la fundación de Roma estaba en auge el bronce, se forjaba el hierro, y se labraba también la piedra para hacer instrumentos, campeando las tres cosas juntas durante el gobierno de los reyes [1]. Pues luego ¿con qué sombra de razón presumen los modernos levantar á tan exorbitante guarismo el dominio de la piedra, del bronce y del hierro, siendo tan imposible limitar el tiempo de cada reinado cuan imposible es definir su total independencia? Ningún linaje de autoridad les asiste para dar veinte, treinta, cincuenta, cien mil años de existencia al hombre que pasó por esas edades, pues carecen de unidad de medida con que determinar su duración, si es que alguna tuvieron. Si no, ¿hasta qué años ó siglos duró el imperio de la piedra? ¿Cuántos el cetro del bronce? ¿Dónde estrenó su jurisdicción el hierro? ¿En qué padrones berroqueños leyó el geólogo Oppert los cuarenta mil años que señala al hombre de la piedra? Cierto; un ser que en cuarenta mil años no sale de breñas, cantos y cascajo, y discurre, y es racional, bien merece tan donosos panegiristas [2].

En prueba de que á la época de la piedra no corresponde necesariamente el estado salvaje, queremos conmemorar los recientes descubrimientos hechos en las minas del Monte Sinaí por Juan Keast-Lord, y en las excavaciones de la antigua Ilión por el incansable Schliemann. De la circunstanciada descripción que hace Keast-Lord de sus investigaciones, sacamos que el Egipto, en cuanto sobresalía por su esplendorosa cultura y se gloriaba de toda suerte de metales, no se desdeñaba de manejar á un tiempo armas de piedra, vasos de alfarería, punzones y martillos de silex; industria, que obligó al egiptólogo Chabas á concluir "que los egipcios, diestros en el uso del metal, empleaban al propio tiempo utensilios de piedra, no de otra manera que los bárbaros ignorantes de los metales é inhábiles para procurárselos" [3].

Más alto hablan aún los sudores de Schliemann, que gastó cuantiosas sumas en las excavaciones de Ilión. El relato que del hallazgo hace el abate Hamard [4] se resume en estas consecuencias: que los antiguos habitantes de la Tróade no conocieron primero la piedra que el metal, sino mucho tiempo después; que pasaron por el período de la piedra unos ocho ó nueve siglos antes de Cristo; que después de civilización adelantada cayeron de su antiguo esplendor; porque, cuanto más ahondaba Schliemann las zanjas, más claras eran las muestras de la cultura troyana que le venían á las manos, hallan-

---

[1] *Civiltà Cattol.*, 1875, Marzo, quad. 593.

[2] Con gusto y provecho se leerá la obra de Pablo Du Chatellier *Le poterie aux époques préhistorique et gauloise en Armorique*, 1897.

[3] *Étude sur l'antiquité histor.*, p. 341.

[4] *L'âge de la pierre et l'homme primitif.*, p. 240, etc.

do las más lindas piezas de alfarería entre 10 y 15 metros del suelo, y más arriba los instrumentos de piedra„, como el propio Schliemann testifica (1).

2. Demos un paso más. Pues que, según los adversarios, los pueblos de Europa en lo más antiguo de su fundación admitieron la piedra para sus comunes necesidades, y sucesivamente pasaron de la piedra tallada á la pulimentada, y de ahí, por sus grados, al brillo de los metales y á obras de alfarería é indumentaria; considerando, además, que las tribus salvajes de América y Oceanía por igual camino subieron de los rudimentos de la piedra tosca hasta la fabricación del hierro, según que sus descubrimientos lo demuestran; como sea, por otra parte, verdad que mientras el hombre europeo y americano atravesaba los períodos de la piedra, el egipcio, el persa, el babilonio, el dardanio, desplegaba las velas de su prosperidad con policía brillantísima, labrando sin sucesión de tiempo piedra y metal juntamente para ornato de sus monumentos, sin que haya quedado rastro de haberse en sus tierras sucedido las tres sobredichas edades, yendo en decadencia su civilización al compás de los siglos; de manera que si al tiempo que los occidentales aguzaban el ingenio buscando con ansia el progreso, le tenían los orientales consigo sin estorbo y

(1) El sabio A. Ducrost, mencionados estos notables descubrimientos, resueltamente concluye· «A vista de tan preciosos hallazgos, fuerza será abandonar, á lo menos como general, la hipótesis que tanto halaga á los partidarios del libre pensamiento y á los enemigos de la Biblia; conviene á saber: no puede ya sostenerse que el hombre comenzó en todas partes por el estado salvaje, que sus primeras armas fueron pedazos de piedra, que alcanzó los metales y la perfección de su industria después de haber corrido las edades de la piedra tallada y pulimentada». Y prosiguiendo con brío la impugnación de la prehistoria, más abajo añade: «Cartailhac (librepensador) declaró ante el Congreso de Nancy que los trabajos de Schliemann aconsejaban á no hacer tanto caso de nuestras clasificaciones, en especial tocante á lo prehistórico.» *(Une cité préhistorique de l'âge du bronze,* 1887.) De donde con toda razón y justicia podemos inferir que la estratigrafía en ningún punto del Asia ni del África nos ha mostrado la existencia sucesiva de las tres famosas edades, antes por el contrario, argumentos positivos é indeclinables contra la teoría de los prehistóricos. *(Dictionnaire apologetique,* art. *Antiquité de l'homme,* p. 228.)

En la asamblea general de la *Sociedad científica de Bruselas,* celebrada á 8 de Abril del año de 1891, un arqueólogo (M. Rachon), que había visitado las ruinas y excavaciones de Hissarlik, tratando de su grande importancia y significación, vino á concluir que las injustas y apasionadas diatribas dirigidas contra el benemérito Schliemann provenían, primero de la envidia, y después «de haber dado armas sólidas con que combatir las aserciones de la escuela evolucionista». *(Bulletin de la Société Scientifique de Bruxelles,* Avril, 1891, pág. 38). Luego no son *problemáticos (Revista Contemp.,* ibid., p. 571) los hechos en que se funda la escuela anti-prehistórica; son hechos reales y fehacientes reconocidos por corporaciones de gran nombre.

sin medida, y aun daban á sus vecinos parte de sus adelantamientos; ¿no hay acaso razón, siendo así, para concluir que la primera civilización humana obtuvo en Asia su asiento, y que del Asia se derramó por el Occidente, y que si en el Occidente corrió varia fortuna, decayendo aquí, conservando allí su tesón, acullá pereciendo del todo y rematando en barbarie, y aun en deplorable salvajismo, la civilización asiática, tardó siglos en venirse al suelo, pues que casi hasta nosotros han llegado los últimos rayos de su decreciente esplendor? ¿Dónde está la ley del progreso continuo, tan encomiada por los antropólogos ponderativos y repulgados?

Luego no han reinado las tres edades antedichas en ningún país por su orden sucesivamente; ni, si por alguna comarca pasaron, significaban policía ó estado de embrutecimiento; así como tampoco es verdad que la piedra labrada ó por labrar fuese peculiar á los siglos más remotos; ni es cierto que la edad neolítica precediese en Europa á la de los metales: estos asertos, que en boca de tantos eruditos corren plaza de axiomas (j), ningún apoyo hallan en los depósitos es-

---

(j) «Lo de que la edad neolítica no haya precedido en Europa á la de los metales, sólo es permitido aseverarlo, sin prueba alguna que lo confirme, á quien no haya saludado este linaje de estudios; pues son tantos los datos que lo contradicen, descubiertos en nuestro propio país, que apenas se comprende los ignore persona tan ilustrada como el P. Mir.» (*Revista Contemporánea*, ibid., pág. 571.)—La *Scienza italiana*, los *Études religieuses*, la *Revue des questions scientifiques*, *La Controverse*, *La Civiltà Cattolica*, el *Dictionaire apologétique*, son seis baluartes, colocados en el campo de la ciencia, que tienen de su parte arqueólogos eminentes y varones muy versados en la materia prehistórica; estos seis monumentos de tanta autoridad defienden nuestra tesis, que la *Revista Contemporánea* llama *tesis extraña y errónea* (ibid., página 572).—No hay para qué nombrar á Chabas, á Alejandro Bertrand, á Issel, á Arcelin, á Pablo Lioy, á Ducrost, á Pignorini ni á muchos otros indagadores beneméritos, paleontólogos de cuenta, geólogos de gran fama, que combaten denodados la escuela prehistórica. Si algún pueblo de la Península, en época determinada, gastó utensilios de piedra (que no lo disputamos), ese pueblo no era España toda, ni España es toda la Europa, como debiera ser para la eficacia del argumento; y por consiguiente queda en pie lo que tan graves autoridades tienen por cierto.

El arqueólogo inglés John Evans, en su introducción á la *Edad del bronce*, da este juicioso dictamen: «En otra parte hice notar que las tres fases de la civilización, representadas por la edad de la piedra, del bronce y del hierro, se mezclan y confunden unas con otras, como los principales colores del arco-iris; mas, por lo que toca á la Gran Bretaña y á la Europa central, la sucesión de estas tres edades *parece* tan bien definida como la de los colores del espectro solar».

El cardenal González, en una obra llena de erudición y doctrina, resume en estos términos la verdad de nuestra tesis: «La observación y los hechos á que debemos atenernos ante todo cuando se trata de ciencias físicas y naturales, y

tratificados[1]. Que algunos pueblos en ciertas épocas hayan manejado armas de hueso y pedernal, según lo pedían las circunstancias locales ó comerciales, no hay por qué negarlo; pero es enteramente gratuíto pensar que en toda la redondez de la tierra hayan dado prin-

no á teorías formuladas de antemano y á concepciones sistemáticas, tienden á probar, por el contrario, que no existe *una* edad de la piedra, *otra* del bronce y *otra* del hierro, como expresión de otras tantas evoluciones progresivas y necesarias del género humano en todas sus ramas, razas y naciones, sino que existen, ó digamos mejor, existieron épocas ó períodos de la piedra, del bronce y del hierro, múltiples y diferentes entre sí, en relación con la variedad de lugares y de tiempos; siendo de notar que, hasta en comarcas no distantes entre sí, la existencia de las citadas épocas prehistóricas no se verificó en la misma forma ni tampoco al mismo tiempo». *(La Biblia y la ciencia,* t. II, página 373.)

Use de indulgencia el benévolo lector, y, poniendo los ojos atento en el acertado dictamen de uno de los más graves escritores del siglo XVII acerca de los historiadores, aplíquele con mayor motivo á los nuevos prehistóricos. «Vengo á tener por mayor conveniencia el no se hallar presente (á las cosas que narra) el historiador; por que así, libre de su particular opinión y noticia, que también como las de otros puede ser errada, tenga el ánimo libre y desapasionado para juzgar y conocer la verdad, examinando, sin el amor y afecto de la propia, las ajenas relaciones: cosa dificultosa en los que se precian y jactan de que vieron ellos mismos las cosas, aunque con menos cuidado y atención. Por lo cual vemos que cada uno de éstos tenazmente defiende lo que le parece que vió, contra los que también afirman que vieron otra cosa, ó la misma en diferente modo y con muy diversas circunstancias: de todo lo cual está libre el que no la vió, y desapasionado para juzgarla rectamente.» FR. JERÓNIMO DE SAN JOSÉ *(Genio de la Historia*, parte II, cap. II.)

La autoridad de este clarísimo escritor da licencia á cualquier eclesiástico para juzgar rectamente á los prehistóricos que cuentan á su manera las cosas que vieron y pasaron por sus manos. Museos arqueológicos á la vista están, libros no faltan, paciencia para revolverlos la tendrá aquel á quien Dios se la dé, que no es poca la que requieren las pretensiones de esta escuela. Y aquí conviene repetir el lamento que D. Juan Catalina García expresaba en su tiempo, diciendo: «Mayor daño haremos los católicos por nuestro apartamiento de cierta clase de estudios, que los mismos que se sirven de ellos como armas de combate contra las divinas enseñanzas. Es errónea y torpísima la especie de que el ejercicio de la razón debe limitarse á ciertos campos. Tras de esto ha venido la gran desgracia de que la impiedad se levante cual si fuera dueña y señora de varios órdenes de ideas que nosotros le entregamos por nosotros mismos. De ello debemos acusarnos con provechosa sinceridad, y más importa todavía que por ello sintamos dolor y arrepentimiento, precursores felicísimos de próxima enmienda. *(La ciencia cristiana*, vol. XI, 15 Sep. 1879, p. 474.) Entre tanto, juzgue el lector, con su natural criterio, si quien estampó en la *Revista Contemporánea* la censura que encabeza esta nota lo hizo «obedeciendo estrictamente á las exigencias y venerandos fueros de la verdad: *Amicus Plato, magis amica veritas*». (*Ibid*, p. 581.)

[1] *La scienza ital.*, 1877, vol. XI, fasc. I.

cipio los hombres por la piedra, pasado después al bronce, y finalmente venido al hierro en tiempos anteriores á una historia cualquiera.

El juicio del marqués de Nadaillac, consumadísimo en este género de estudios, es éste: "A los anticuarios del Norte, dice, debemos esta división; ni es exacta ni bien definida; tienden á dar en tierra con ella los descubrimientos recientes. Porque las tres edades, en realidad de verdad, no se sucedieron con orden uniforme. Si son indicios de tres jornadas distintas en la civilización, no se sigue que todos los pueblos, sin exceptuar uno, las hayan pasado ni que las pasasen en igual época. Por esto nos arrimamos á la opinión de M. Bertrand [1], que dice: "No hay ley general que sea aplicable á los grupos humanos, á la sucesión de los órdenes de la civilización. Creer que todas las razas pasaron forzosamente por las mismas fases de desarrollo, y que corrieron toda la serie de los estados sociales, como esta teoría quiere suponer, es gravísimo error„ [2].

Pues luego los ingleses y alemanes han hablado de imaginación, quiero decirlo así (1), y entre sueños, sin tantear las cosas, cuando pregonaron las edades prehistóricas, trayendo al mundo embelesado con sus artificiosas pinturas. Mas carecen de fundamento seguro en que estribar para repartir á cada edad su duración, dado que las tres se reciban como corrientes. Por abundar en un siglo los instrumentos de piedra y escasear los de metal, no es lícito colegir que un período durase más que otro. porque fuera de que muchas piedras se labraron en tiempo de los metales, éstos se refundían y duraban menos que las piedras. En el siglo de Homero (900 A. C.), conocido era el hierro en el Sudeste, y no lo era en el siglo XIII del sitio de Troya; luego el hierro no se forjó en Grecia antes del siglo XII (A. C.). En la Italia meridional entró á reinar en el siglo XII (A. C.); más adelante cundió por la Italia septentrional; de allí pasó á las Galias; extendióse por España y no llegó á las islas Británicas hasta el siglo IV (A. C.): por manera que, para ensanchar sus dominios y mostrar su poder en toda Europa, necesitó obra de ocho siglos.

3. Mayor es la confusión que engendran los instrumentos de piedra labrada. Porque son comunes en los países que más tardaron en aplicarse al bronce, y, al contrario, muy raros en Grecia é Italia, donde

---

[1] *Arch. celtique et gauloise*, p. 46.—[2] *Les premiers hommes*, chap. I, p. 16.

(1) «Ni en el asunto de que se trata hay de parte de nadie el desatinado y pueril deseo de embaucar á los incautos.» *(Revista Contemporánea,* ibid., página 572.)—«Gratuite ipotesi, favole fantastiche, sogni fugaci» llama *La Civiltà* á los discursos de los prehistóricos. (Ser. X, vol. VI, p. 692.) «Novela prehistórica» (Roman préhistorique) apellidaba á la prehistoria un miembro del Instituto francés. *(La Controverse,* 1885, t. V, p. 161.)—Los embaucamientos de los prehistóricos se verán comprobados en la nota (r).

presto resplandecieron los metales: prueba clara que la edad neolítica duró pocos siglos, y sería yerro manifiesto darle excesiva duración. Los monumentos megalíticos levantados en las costas de la Escandinavia, en el Norte de Alemania, por el centro de Francia, por el litoral de España, desde las costas del Atlántico hasta los montes Urales, desde las fronteras de Rusia hasta las riberas del Pacífico, de las soledades de la Siberia á las llanuras del Indostán; los túmulos, semejantes á los sepulcros; los dólmenes, formados por varias piedras verticales, llevando á cuestas una gran losa rectangular, y figurando criptas y asilos; los crómlechs, círculos de piedra que cercan los dólmenes; los menhires, toscos obeliscos de peso y extensión grandísima; las galerías, ora circulares, ora rectangulares, formadas de gruesos peñascos: todos estos monumentos, esparcidos á miles por diversas comarcas, fueron erigidos, á lo que parece, por los antiguos á la memoria de sus antepasados y para sepulturas de sus cadáveres. "Tienen una arquitectura particular, dice Fergusson, que lleva señales de una raza, ó de un grado de civilización, ó de circunstancias determinadas" [1].

Señalado es entre todos los conocidos, y puede competir en hermosura con los más lindos de Europa, el dolmen de Antequera junto á Málaga [2]; veinte losas forman las paredes de la cripta, cinco grandes peñascos la cobijan y tres pilares sostienen el cuarto interior de forma ovalada; mide 6,15 metros de ancho, 24 de largo, tres de alto. Otros muchos dólmenes se ven por Asturias y por el Norte de España, y no pocos son los sembrados por el Sur [3]. Ni son de menor estima los *talayots* de Menorca, diferentes de los dólmenes peninsulares, de los *nuragos* en Cerdeña, y de las *torres* de gigantes en Malta. De los *talayots* de Menorca y de los *clapers,* dólmenes, túmulos de Mallorca han discurrido, sin acertar á definir su origen y condición, entre otros, Juan Ramis [4], Antonio Ramis [5], Juan Armstrong [6], Francisco Martorell y Peña [7], Cesáreo Fernández Duro [8], el archiduque de Austria [9], Emilio Hübner [10]. A la diligencia de nuestros compatricios encomendamos el estudio de estas construcciones megalíticas, que ofrecen tantos rasgos de condición peculiar.

Volviendo á los megalitos en común **(m)**, ¿quién los fabricó? ¿Quién

---

1 *Les Mon. mégal.,* trad. Hamard, p. 43.

2 D. MANUEL GÓNGORA, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía,* 1868.

3 D. RAFAEL MITJANA, *Memoria sobre el templo druida de Antequera,* 1847.

4 *Antigüedades célticas de la isla de Menorca,* 1818.

5 *Inscripciones relativas á Menorca,* 1833.

6 *The history of Menorca,* 1752.—7 *Apuntes arqueológicos,* 1879.

8 *La Academia,* vol. I, 1877.—9 *Die Balearen in Word und Bild.,* 1884.

10 *La arqueología de España,* 1888.

(m) «Nadie los invoca como dato en pro de la antigüedad del hombre.» *(Revista Contemporánea,* ibid., p. 573.)—La época llamada por los prehistó-

amontonó en las recámaras tantas riquezas de armas, de utensilios y de memorias como contienen? "No pudo ser el acaso", responde M. Bertrand [1]. Fábricas en tantas partes hechas con artificio semejante, hábiles maestros suponen y muchos en número. Una familia, rama de los aryas, fué la autora de los dólmenes, dicen unos [2]; según otros, los construyeron razas neolíticas vencidas y desterradas [3]; otros los juzgan por señales de tránsito entre la segunda edad de la piedra y los primeros albores del bronce [4]. La opinión que más prevalece los refiere á toda suerte de razas, y no á una particular, pues se mira en ellos la expresión de un culto religioso y por doquier propagado [5].

Si inquirimos qué gente los edificó, varias son también las opiniones. M. Bertrand cree que fueron los pueblos anteriores á los Galos; Bonstteten, tribus de pastores salidos del Indo; Fergusson, los iberos perseguidos por los cartagineses; otros, los celtas; otros, los turaneses. "La hipótesis más verosímil, dice Nadaillac, es que los megalitos fueron fabricados por los iberos, casta turanesa. Aristóteles contaba que los belicosos iberos ceñían las tumbas de sus guerreros con tantas piedras como enemigos habían muerto. Y en una tesis últimamente sustentada por M. Pélagaud en Lyon, se prueba con excelentes razones cómo los iberos fueron los primeros que en el Occidente acertaron á emplear el bronce. Si esto es verdad, á ellos debemos atribuir la propagación del metal, á ellos los adelantamientos de las artes" [6].

Al mismo autor parécele que la erección de estos monumentos es obra de una misma casta de hombres, á causa de las particularidades que reinan en todos [7]. Si atendemos al dictamen de Vilanova y Piera [8], resulta que estas tenidas por formaciones celtas no son sino

---

ricos neolítica, así como posee caracteres especiales en la fauna, tiene también los suyos en la industria del hombre, de que las construcciones megalíticas y lacustres son parte muy principal. (NADAILLAC, *Les premiers hommes*, chap. V, p. 230.) Con tanta porfía las invocan los prehistóricos para encarecer la antigüedad del hombre, que algunos atribuyen los dólmenes y menhires europeos á la población más antigua, los túmulos á la casta invasora y dominante. Los palafitos ó construcciones lacustres se cuentan igualmente entre los monumentos de la antigüedad, y de ellos se aprovecha la escuela de Mortillet para la exorbitancia de sus cuentas. (LUBBOCK, *L'homme prehistorique*, chap. XII.—MORTILLET, *Le prehistorique*, p. 617.—NADAILLAC, *Les premiers hommes*, chap. IV, chap. XIII.—POZZY, *La terre et le récit biblique*, chap. XII.)

[1] *Arch. celtique et gauloise*, p. 173.—[2] ENR. MARTIN, *De l'orig. de mégal.*

[3] MAURY, *Journal des savants*, 1877.

[4] VILANOVA, *Compendio de Geol.*, p. III, cap. III.

[5] NADAILLAC, *Les premiers hommes*, t. I, chap. VI.

[6] *Les premiers hommes*, t. I, chap. VI.

[7] *Mœurs et monuments des peuples préhistoriques*, 1888, chap. V.

[8] *Discurso de entrada en la Academia de la Historia*.

obra de un pueblo sedentario y agrícola, como lo indican los objetos de industria que encierran. Además, son de forma varia y de estructura diferente, como se ve en los de España y Portugal; y así el carácter indígena que los distingue no permite atribuirlos á la cultura de los celtas. Servían para enterrar cadáveres en vez de quemarlos [1], si bien les faltaban tinas grandes donde conservar los huesos humanos acompañándolos de riquezas neolíticas y de metal.

Asimismo dudosa es la edad de los megalitos; porque el ser de piedra no declara en qué época se construyeron. Una cosa puede darse por evidente, y es, que ningún megalito fué consagrado á la honra de los dioses paganos; circunstancia notable, que ha dividido en dos tan encontrados los pareceres, que los unos los hacen posteriores á la era vulgar, los otros los remontan á dos mil años antes de Cristo. Cierto podemos afirmar que en tiempo de Moisés había dicho Dios á su pueblo: "Si me hicieres un altar de piedra, no le construyas con piedras cortadas: que si alzares instrumento cortante sobre él, quedará contaminado„ [2]. Y más adelante: "Cuando hubiereis pasado el Jordán, levantad piedras; yo te lo mando hoy en el monte Hebal, y las revocarás con cal, y edificarás allí altar al Señor tu Dios de piedras, no tocadas del hierro, y de peñascos informes y toscos„ [3]. Y que se hizo así como lo había mandado, lo declara el libro de Josué [4].

4. El indio Garcilaso de la Vega, contando la manera que tenían los de la Florida de fundar sus pueblos, dice así: "Es de saber que los indios de la Florida siempre procuraron poblar en alto, siquiera las casas de los Caciques y Señores, cuando no podían todo el pueblo. Y porque toda la tierra es muy llana y pocas veces hallan sitio alto que tenga las demás comodidades útiles y necesarias para poblar, lo hacen á fuerza de sus brazos, que, amontonando grandísima cantidad de tierra, la van pisando fuertemente, levantándola en forma de cerro de dos y tres picas en alto, y encima hacen un llano capaz de diez ó doce, quince ó veinte casas para morada del Señor y de su familia y gente de servicio, conforme á su posibilidad y grandeza del estado. En lo llano, y al pie del cerro natural ó artificial, hacen una plaza cuadrada, según el tamaño del pueblo que se ha de poblar; al derredor de ella hacen los más nobles y principales sus casas, y luego la demás gente común las suyas; procuran no alejarse del cerro donde está la casa del Señor, antes trabajan de cercarle con las suyas. Para subir á la casa del Curaca hacen calles derechas por el cerro arriba, dos ó tres más, como son menester, de quince á veinte pies de ancho [5].

De este lugar de Garcilaso ha querido aprovecharse el marqués de Nadaillac para componer un reñidísimo pleito que en estos pos-

---

[1] CARTAILHAC, *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal.*

[2] *Exod.*, XX, 25.—[3] *Deuter.*, XXVII, 4.—[4] VIII, 3.

[5] *Historia de la Florida*, 1722, parte primera del segundo libro, cap. XXX.

treros años ha bullido entre las plumas de los etnólogos americanos, sobre quiénes fueron los alarifes y constructores de casi infinitos monumentos sembrados por el Norte de América, entre el golfo de Méjico y el Ohio, entre el Mississipí y los montes Alleganis, donde á miles se han descubierto casi todos en ruinas. Miden algunos hasta mil pies de base y quinientos de altura. Basta pasar los ojos por la descripción que Garcilaso nos dejó del Templo ó Entierro de Cofuchiqui [1], para quedar uno atónito á vista de tanta grandeza, majestad, riqueza y artificio. "Estos Templos, advierte oportuno Garcilaso, no servían sino de osarios, donde guardaban los cuerpos muertos, y no entraban en ellos á sacrificar ni hacer oración, que, como al principio dijimos, viven sin estas ceremonias„ [2].

No todos los monumentos americanos deben reputarse de la forma descrita por el autor indio. Otros son montecillos artificiales de tierra regularmente fabricados, de figura varia, oval, redonda, cuadrada, triangular, piramidal; su altura de hasta 30 metros, diámetro de hasta 300. De semejantes *túmulos* en sólo el Ohio se cuentan al pie de 306 mil; en espacio de cincuenta leguas á la raya de los Estados de Jowa y de Illinois llega su número á 2.500; al talle de esta razón en otros puntos de los Estados Unidos, sin meter en la cuenta el

---

[1] «El Templo era grande, tenía más de cien pasos de largo y cuarenta de ancho, las paredes eran altas conforme al hueco de la pieza; su techumbre muy levantada, con mucha corriente, porque como no hallaron la invención de la teja, érales necesario empinar mucho los techos, por que no se les lloviese la casa. La techumbre de este templo se mostraba ser de carrizo y cañas delgadas y hendidas por medio, de las cuales hacen estos indios unas esteras pulidas y muy bien tejidas á manera de esteras moriscas. Sobre la techumbre del Templo había puestas por su orden muchas conchas grandes y chicas de diversos animales marinos, que no se supo cómo las hubiesen llevado la tierra adentro... Entre las conchas y los caracoles había espacios de unos á otros, porque todo iba puesto por su cuenta y orden. En aquellos espacios había grandes madejas de sartas, unas de perlas y otras de aljófar, de media braza en largo, que iban tendidas por la techumbre, descendiendo de grado en grado, que adonde se acababan unas sartas empezaban otras y hacían con el resplandor del sol una hermosa vista.—Para entrar dentro, abrieron unas grandes puertas que eran en proporción del Templo. Junto á la puerta estaban doce gigantes entallados de madera, contrahechos al vivo, con tanta ferocidad y braveza en la postura, que los castellanos sin pasar adelante se pusieron á mirarlos muy despacio, admirados de hallar en tierras tan bárbaras obras que si se hallaran en los famosos templos de Roma, en su mayor pujanza de fuerzas é imperio, se estimaran y tuvieran en mucho por su grandeza y perfección.—Alrededor del Templo había ocho Salas, apartadas unas de otras, y puestas por su orden y compás, las cuales mostraban ser anejas del Templo, y á su ornato y servicio. Estaban llenas de armas, puestas por el orden que diremos.» *Ibid.*, libro III, cap. XV, XVI.

[2] *Ibid.*, lib. III, cap. XIV.

sinnúmero de ellos esparcidos por la espesura de los bosques impenetrables. No puede caber linaje de duda sino que los arquitectos de estas riquísimas y artísticas moles conservaban la creencia de la vida futura, según lo publican á voces las estatuas, alhajas, adornos, pinturas, planchas de oro y plata, piedras peregrinas, que con esplendores los embellecen y autorizan, como podrá ver el curioso en el resumen que de ellos hace el citado Nadaillac [1].

¿Quiénes eran los autores y artífices que con tanto primor cortaron, desbastaron, labraron metales, minerales, esculturas, telas y edificios de tanta suntuosidad? En dos bandos se dividen los pareceres. Los unos piensan que fueron los antepasados de los indios actuales [2]; los otros opinan que fenecieron sin dejar rastro de prosapia [3]. Fundados en nuestros historiadores de Indias Acosta, Gómara, Cieza, Solís, Garcilaso, Clavijero, una cosa hemos de dar por asentada é indubitable, y es que al llegar los españoles á las playas americanas para abrir por allí la puerta á la conquista, se encontraron con dos linajes de indios, civilizados los unos y tratables, los otros nómadas y cerriles: éste es el hecho histórico. Ahora, que los abuelos de los indios más adelantados en artes é industria fueran los alarifes y hacedores de los sobredichos monumentos, congruentísimamente se ha de presumir, no sólo del silencio que los propios indios guardaron, sino también de los indicios que nuestros historiadores y cronistas dejaron traslucir, pues de ellos sácalo Nadaillac por conjetura probable; porque hacer á los Pieles-Rojas descendientes de aquellos habilísimos maestros de obras, es cosa ajena de todo buen discurso [4].

5. Los documentos actuales no dan lugar á mayor claridad cuanto al tiempo en que floreció la escuela de los famosos edificadores. Tan cierto como es que diez siglos darían suficiente razón de las americanas construcciones, tan cierto es que también treinta siglos ofrecerían buena explicación si fuese dado rastrear los secretos de la antigüedad. No es maravilla las coloquen algunos escritores en el siglo séptimo de la era cristiana. En verdad, se han desenterrado cráneos

---

[1] *Les Mound-Builders, Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVIII, página 353.

[2] CYRUS THOMAS, *Work in Mound Exploration*, 1887.—CARR, *Mounds of the Mississipi Valley*.—BRINTON, *Notes on the Floridian Peninsula. Races and Peoples.*

[3] KNIGHT, *Arquæologist*, march. 1895.—WHITTELESEY, *On the evidence of the antiquity of man.* —PEET, *Great Cahokia Mound Americ. antiquarian*, Jan. 1891.—FOSTER, *Prehistoric Races of the United States.*—PUTNAM, *Iron from the Ohio Mounds*, 1883.

[4] Peut-être est-ce chez ces hommes refoulés jusqu'aux rivages de la mer par des barbares venus du nord ou du nord-ouest, que nous retrouverons les dernières traces des Mound-Builders. *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVIII, pág. 440.

de los osarios, aun esqueletos en buen estado de conservación, al pie de 1.200, ni falta quien descubra á la luz de los huesos dos castas distintas, rivales y enemigas entre sí, la una braquicéfala, la otra dolicocéfala, ambas á dos de pequeña estatura; mas como las ocasiones suelen arrebatar los ojos y llevar engañosamente á la novedad, para precaverla esperemos del perseverante estudio la noticia fundada del origen, filiación, ancianidad, peregrinaciones de esta misteriosa gente.

Otro tanto podíamos resolver tocante á la civilización del Perú antes de la dominación de los incas. Los monumentos más celebrados son ciertamente ajenos de esta raza, bien que no sea hacedero el distinguir qué parte les cupo á los incas en la restauración, embellecimiento y ornato de las obras cuya conservación les acarreó utilidad y provecho. Puede verse en los *Estudios críticos* del P. Ricardo Cappa [1] la descripción de las ruinas de Tiahuanaco y de otras antigüedades preincásicas, sobre cuyos autores no sabemos sino remitir nuestra ignorancia á la sabiduría de Dios.

De aquí parece concluirse que los megalitos no son criterios ciertos para asegurar la antigüedad del hombre, y que, por tanto, malograron en su estudio el ingenio aquellos autores que describen estos monumentos según se los pinta la afición ó el interés, deseosos de encarecer lo fabuloso de su edad, y concluyentemente queda declarado cuán poca fuerza tiene la arqueología prehistórica para fallar la antigüedad de la especie humana.

ARTÍCULO III.

1. La geología no puede definir los límites de la época actual.—2. El principio de las causas lentas es engañoso. —3. El período glacial es fundamento ineficaz. —4. La acompasada mudanza de los climas no basta. —5. Las vicisitudes de la superficie terrestre no son indicios suficientes.—6. Los productos geológicos no hablan de la antigüedad fabulosa del hombre.—7. Las cavernas de fenecidas especies tampoco sirven de criterio para el intento. —8. El hombre americano.

1. Digamos ahora qué auxilio presta la geología á los nuevos embaidores para excederse en sus encarecimientos (**n**). Los oficios que

[1] Parte segunda, 1889, pág. 207.

(**n**) No le parece bien al censor cortesano que se dé «el calificativo de audaces, temerarios, embaidores y otros por el estilo á los que se dedican á cierto linaje de estudios, entre los cuales figuran eminencias dignas del mayor respeto, tales como... Tyndall». (*Revista Contemporánea*, ibid., p. 578.)

Los calificativos de *audaces, temerarios, embaidores*, nunca ha sido nuestro ánimo en el discurso de este libro aplicarlos á los ingenios que con glorioso desvelo se consagran al estudio de las ciencias naturales; pero cuadran muy bien á los que con vana, maligna ó execrable intención filosofan por el campo

habrían de obligar su gratitud en esta contienda, entonces serían plausibles cuando estuviera en la mano de la geología definir los límites de la época actual. Mas no es así. Porque Cuvier juzgaba que el período moderno no sube más arriba de seis mil años, Elías de Beaumont porfió que los deltas de los ríos y las dunas se formaron en épocas recientes; por el contrario, Lyell, protector de la antigüedad, quiere que el delta del Mississipí comenzase á fraguarse hace más de cien mil años; no que pretenda que el hombre sea coetáneo del nacimiento de ese mismo delta, pero tampoco le duele, sino que le regocija la novedad del Dr. Dowler, que dió noticia de un esqueleto humano hallado, dicen, en el mismo delta, y que por buena cuenta tendrá ahí unos cincuenta y siete mil abriles de existencia. Otro menos remirado hace remontar la formación del delta á ciento cincuenta y ocho mil años; y para que nadie se llame á engaño, emplaza la admiración del público á los ulteriores descubrimientos, encomendando á lo porvenir la confirmación de su exorbitante guarismo [1]. Con este autor acota el ponderativo Vogt, rubricando con su firma la edad de los ciento cincuenta y ocho mil años; en cuyo trecho parécele que vivieron hombres y desaparecieron como humo con trístes y alegres sucesos; si bien se le parte el corazón de pena al ver que los esfuerzos de los sabios no han llenado aún las medidas á las aspiraciones de la ciencia [2]. En fin, el mesurado Quatrefages, en una obra reciente [3], piensa que "lo único que puede decirse por cierto es que el período geológico actual asciende á más de siete ú ocho mil años y no pasa de cien mil".

2. El discurso de semejantes escritores se funda en el principio recibido por ellos como infalible verdad, que los sucesos geológicos se efectuaron en lo antiguo con la misma lentitud que ahora presenciamos. Principio engañoso, que ni se demuestra ni se puede sostener. ¿Quién es tan temerario que quiera encadenar la acción de las causas naturales? ¿Quién enfrenará las violencias crecientes y pondrá coto á los eventos tan apresurados cuanto portentosos de las primeras edades? Pues aquella pausa que en la formación de los terrenos tuvo Lyell por averiguada, acomodóla también á la institución de las razas humanas, señalando á cada una espacio dilatadísimo en que explayarse

científico, teniéndose por licenciados para impugnar con impío atrevimiento la verdad revelada, y para maltratar y hacer odiosa nuestra sacrosanta religión. El paciente lector habrá podido notar con qué apasionamiento tratan los racionalistas como Tyndall las verdades más venerandas. (Véase pág. 200, t. I.) El que haya penetrado nuestra intención, no es de creer que la repruebe; peor sería el caso si se hiciera panegirista de un Tyndall, gran mofador de la verdad revelada y falsario del dogma católico.

[1] Marcou, *Bull. des Soc. Géol. de France*, IIe ser., t. XII.

[2] *Leçons sur l'homme.*

[3] *Introduction à l'étude des races humaines*, 1883, p. 62.

y constituirse. Mas ningún argumento trae en pro de su aseveración que no vaya encajado en alguna hipótesis graciosa. Porque por ligeramente que pongamos los ojos en lo acaecido después del diluvio, notaremos, como lo notó Quatrefages [1], que al separarse las familias en la torre de Babel, el mismo aislamiento en que vivieron, la condición peculiar de cada suelo, las circunstancias de los climas, la diversidad de costumbres, la calidad de los alimentos, la desigualdad de los enlaces, la desproporción de las causas físicas, las propensiones de cada familia y otras anomalías que no alcanzamos, ayudaron poderosamente á fundar y consolidar las diferentes castas actuales en menos siglos que la porfía de los antropólogos demanda.

Esto pensaba el avisado Quatrefages veinte años ha. Mas el poder de las opiniones radicales, que en Francia con su cetro y corona está sentado en la cátedra de pestilencia, le ató de tal manera las manos, que luego no sintió alma para pelear con denuedo. Porque en la *Introducción al estudio de las razas humanas,* á fin de venir á establecer los límites de ocho mil y cien mil años, entre otras cosas asienta que durante la era cuaternaria se propagaron en la Europa Occidental hasta seis razas de hombres enteramente distintas. Á la verdad, los restos humanos que el suelo cuaternario ha dado, aunque lleven una tal cual divisa particular, no la señalan de forma que dé derecho para constituir seis castas diversas. Además, ante todas cosas debería determinarse aproximadamente el punto en que da principio la época geológica presente: no constando qué linaje de sucesos separan la época cuaternaria de la nuestra, no sólo es imposible filosofar con acierto, sino que es empeñarse en afirmaciones difíciles de sostener.

3. Tampoco les sirve de arrimadizo á los geólogos el período glacial (o), ocurrido en la era cuaternaria, por ser fundamento ineficaz

---

[1] *De l'unité de l'esp. hum.*

(o) «Ni hay tal período, sino varias formaciones glaciares, ni geólogo alguno, que yo sepa á lo menos, las considera como fundamento para descifrar la inauguración de la época moderna.» *(Revista Contemporánea,* ibid., p. 573.) Mortillet, gran paladín del bando prehistórico, aclamado por los franceses primer maestro de la escuela prehistórica, con intento de hacer creíbles los 230 ó 240 mil años que quería dar á la edad del hombre, dividió la edad paleolítica de la era cuaternaria en cuatro partes; á una de las cuales, que llamó *mousterienne,* concedió cien mil años, tantos cuantos pensaba que había durado el período glaciar. Quien esto ignora, también ignorará que Mortillet calculó con gran trabajo que una piedra para correr desde el centro del glaciar hasta el extremo hubo menester espacio de 4.468 años; y por consiguiente, ignorará que el adalid de la escuela prehistórica francesa quisiera sacar tan inauditas computaciones del período glacial. Mucha ignorancia es ésa. Mas probando que el glaciar de Mortillet «es muy anterior á la venida del hombre» (ARCELIN, *Les glaciers à l'époque quaternaire.—Revue des questions scienti-*

y de escabrosa dificultad para descifrar la inauguración de la época moderna. Porque si bien el común de los materialistas admite como constante que el hombre existía antes del glaciar, que convirtió la Europa toda en inmensa nevera; no pocos son los que lo niegan, como antes decíamos. Si damos preferencia á la opinión que ha tenido tantos secuaces [1], y refiere los glaciares á la precesión de los equinoccios y á las variaciones de la eclíptica, en los nueve mil años (A. C.) se apoderaron de la tierra los fríos mortales y desoladores. Si se reciben dos glaciares, uno á fines del terciario, otro á fines del cuaternario y otro más adelante, como muchos quieren, y que entremedias de los dos últimos viniese al mundo el hombre y morase entre los grandes mamíferos, mas no de suerte que el postrer glaciar acabase con todos los hombres, puesto caso que á vueltas de él perecieron y cesaron innúmeros animales; entonces, el período cuaternario abarcaría solos veinte mil años, y el afelio habría coincidido dos veces con el solsticio de invierno, y el hombre habría sido poderoso para sobrellevar heroicamente, gallardamente, contrastando las heladas y la crudeza de aquellos fríos que consumieron los grandes paquidermos. De la explicación de Lapparent, puesta al remate del capítulo anterior, resulta mejor asentado el cómputo y orden de los sucesos cuaternarios. Mas bien se entiende por esta cuenta

---

fiques, 1891, t. XXIX, p. 388), queda Mortillet desarmado, y puesta en claro la importancia de los glaciares en la cuestión que nos ocupa.

En la cual es muy para considerar que á la época postglacial ó moderna concede M. Warren Upham 10.000 años, M. Gilbert 7.000, el Dr. Andrews 7.500, M. Emerson 10.000, el marqués de Nadaillac 8.000; el cual, dando por firme la existencia y valor de los glaciares, dice: «Yo no tendría reparo en afirmar con M. Arcelin, uno de nuestros más concienzudos y competentes sabios, que las informaciones que vayamos recibiendo, en vez de realzar la grandísima antigüedad del hombre, comprobarán por el contrario que la extensión y cesación de los glaciares son sucesos más recientes de lo que hasta ahora se pensó. Tal parece ser el juicio de M. Warren Upham: las observaciones actuales, dice, permiten juzgar que el fin del período glaciar es mucho más moderno de lo que se creía». (*Les plus anciens vestiges de l'homme en Amérique: Revue des questions scientifiques*, t. XXX, juillet 1891, pág. 161.) Este dictamen, que vale por tres, muestra cuán á la ligera sentencian su causa los modernos prehistóricos.

Los que persisten negando que haya habido en la era cuaternaria período glacial, poco monta que porfíen. El marqués de Nadaillac, pesadas las dificultades acumuladas por Saporta, concluye: «No hay razón para negar la existencia del período glacial». (*Les premiers hommes*, chap. X.—*La Controverse*, 1886, nov.—HAMARD: *Études critiques d'archéologie préhistorique*.) Y en esto convienen los geólogos americanos. Tenga el prudente lector cuenta con lo dicho en la pág. 477, acerca del dictamen de Lapparent, que no va contra lo aquí sostenido.

[1] PÉREZ ARCAS, *Elem. de Zool.*, p. 168.

cuán fallida les sale la suya á los antropólogos, que, perdido el miedo á la antigüedad, suben por el mayor montón la edad de la especie humana.

4. Una de las razones en que nuestros cronólogos fundan la largura de los siglos, es la mudanza lenta que en los climas se ha advertido desde que hay hombres en el mundo. Pero, mirando las cosas con más diligencia, se echa de ver que el tiempo cuaternario poco difería del presente; era, sí, más frío que cuando acaeció el espantoso glaciar, pero no estaría en lo cierto quien atribuyese al cuaternario una temperatura elevada y uniforme, ó muy húmeda y fría; porque los restos de animales hallados en varios países demuestran que aquel clima, en parte, fué más frío y húmedo que el nuestro, y más cálido también, pero no tanto como quisieran los adversarios, los cuales por lo mismo son convencidos de salir del camino de la verdad en el dar á aquellos tiempos una duración fabulosa. Abriendo las historias más antiguas, es cosa de maravilla cómo nos pintan las tierras que en la actualidad gozan de cielo benigno, presas de frío intolerable. Tal es la descripción que hace Heródoto de la Escitia [1] y del Danubio, y Aristóteles de la Galia [2], y Teofrasto de la Grecia, y Plinio de Italia [3]; de cuyos testimonios, y de otros que pasamos en silencio, y que nos cuentan alteraciones parecidas en otros países, se saca que para dar con inviernos más rigurosos que los nuestros no es menester alargar la rienda á muchos centenares de siglos, y que por consiguiente la era cuaternaria dista de nosotros menos de lo que piensan los amigos de las causas lentas.

5. Atendiendo á los levantamientos de tierra, que en muchos parajes han causado deformaciones orográficas, no hay por qué fingir tiempos infinitos para su verificación. Podrá ofrecérseles á Lyell y á Mortillet la tierra debajo de forma monstruosa, podrá dibujar su imaginación un mapa geográfico artificial, podrán hacer presencia en su fantasía, aquí hundimientos, acullá oscilaciones, acá levantamientos, allí diluvios, en otra parte volcanes; haga en buen hora asiento en sus ingenios la acompasada pereza de las leyes y la suma lentitud de los sucesos; mas ¿quién sino la hipótesis viste con hermosas galas estas ficciones que tienen tan poderosos contrarios? La tradición nos señala con el dedo la existencia de la Atlántida, que en tiempos históricos y modernos parece que se sumió en las ondas del Océano, dejando otros hechos de no menor consideración [4].

Otro tanto debemos resolver de las mudanzas producidas en la superficie terrestre: ninguna de ellas pide tiempo ilimitado. Los aluviones cuaternarios, causados por inundaciones violentas, en pocos siglos pudieron formarse; siendo cosa notoria que antes de la era

[1] Lib. IV, cap. XXVIII.—[2] *De gener. animal.*, l. II, cap. V.
[3] *Hist. Nat.*, XVII.—[4] *La Controverse*, 1886, p. 499.

vulgar las corrientes de los ríos acarreaban materiales con tanta facilidad, que en breve trocaban el nivel de los terrenos, efectuaban la erosión y transporte de las gravas y cantos, vaciaban valles, alzaban ribazos, asentaban depósitos, formaban lomas, asolando en breve tiempo y dejando sin moradores vegas y praderías enteras. Lyell mismo refiere que en 1603 una bocanada de lava cegó un riachuelo que corría al pie del Etna, y, á la vuelta de doscientos años, el arroyo había ahondado un lecho de cuarenta pies en medio de la masa compacta. No van tan despacio las cosas como se las pinta su deseo á los sabios.

6. ¿Qué diremos de las turberas, que diz gastaron miles de siglos en tomar asiento? Para tenerlas por de moderna formación basta considerar que nunca descansan debajo de aluviones cuaternarios, que los restos animales que en ellas yacen son de especies recientes, que los efectos de industria que contienen indican civilización y cultura. El sabio Steenstrup se alarga á conceder cuatro mil años á los turbales de Dinamarca, y los geólogos más acreditados les dan apenas un par de siglos [1]. La solución estriba en el grueso que alcanza una turbera en cada siglo. ¿Quién fijará la medida? Y si alguno pretende señalarla valiéndose de las turbas actuales, mire no se alabe de vencedor; porque las circunstancias de ahora distan infinito de los climas húmedos y revueltos de aquella sazón (p). Boucher de Perthes

---

[1] NEUVILLE, *Matér. pour l'hist. de l'homme*, 1876, p. 358.—VÉZIAN, *Prodrome de géol.*—HAMARD, *L'archéologie préhistorique.*

(p) La escuela *glacialista* defiende la suma intensidad del frío en la época cuaternaria; la escuela opuesta se inclina á que reinaba temperatura dulce y más igual á la presente. Entre estas dos escuelas, un término medio parece más aceptable, es decir, un clima algo más frío y mucho más húmedo que el nuestro. (*La Controverse*, 1886, t. VIII, p. 336.—LAPPARENT: *Traité de Géologie*, p. 1272. Temperatura un poco más baja (según C. Martins sería inferior en cuatro grados), y notable humedad son los dos caracteres más principales del clima cuaternario. Otras circunstancias le acompañaban, que hicieron impracticable la formación de turberas. La más principal fué la violencia de las inundaciones, á la sazón frecuentísimas. Quien contempla las masas de aluviones y los enormes amontonamientos de grava y arena, que ocupan valles y laderas, no acaba de persuadirse que el curso de los actuales ríos pudiera obrar tan inmenso trabajo de erosión y transporte. En una memoria *(De Monjuich al Papiol*, 1879) de D. Jaime Almera se ve una prueba clara de esta verdad (p. 45), amén de lo que dice M. Mercy sobre las aguas de la Somme *(Bulletin de la Société géologique de France*, 1876, p. 347.)

Según esto, las turberas, á causa de la agitación de aquellas corrientes, no podían formarse en la época cuaternaria: «á haberse entonces formado, las extraordinarias crecientes y avenidas que caracterizan aquellos tiempos habrían llevado tras sí los bancos de turba». (*La Controverse*, 1886, t. VIII, p. 173.) Por causa de esto decimos que «las circunstancias de ahora (y sólo señalamos una) distan infinito de los climas húmedos y revueltos de aquella sazón», sin

concedía sólos cuatro centímetros á cada siglo; al contrario, Andrews da cincuenta, y aun sesenta á los turbales americanos; y la misma formación atribuyen muchos á los irlandeses. "Un siglo basta, dice Vézian, para que unos humildes musgos produzcan un banco de turba de tres metros„ [1]. ¡Cuán lejos van estos dictámenes de los innumerables años que exigen los adversarios!

No es otro el concepto que debe hacerse de las estalagmitas que se levantan en el suelo de las cavernas, y suben á veces á abrazarse para hacer cuerpo con las estalactitas suspensas en la bóveda, productos ambos del carbonato de cal que deja depositado é infiltra el agua goteando de lo alto de las cuevas. Mucho ha hilado la imaginación en ponderar los años que tardan en criarse estas incrustaciones calcáreas, llegando la admiración de algún geólogo á concederles millares de años. Pero, observada cuidadosamente la formación, se ha averiguado que, por lo común, crece cinco milímetros por año, y tal vez nueve [2]. Y aunque en algunas cuevas, como en las de Artá (Mallorca), las estalagmitas apenas adelantan un milímetro cada diez años; mas, como dice con razón Desnoyer: "No hay cosa tan ocasionada á yerros como los cómputos fundados en el largo tiempo gastado en estas concreciones; ni hay cosa menos regular ni más inconstante; porque, dependiendo su crecimiento de circunstancias accidentales, varía de una gruta á otra; en la misma gruta es diverso según las partes; en fin, cotejadas unas con otras, dan margen á conclusiones encontradas„ [3].

7. Parecida es la dificultad que ocurre en las cavernas, cuyos pisos son de edades muy varias, y andan en ellos á vueltas esqueletos de hombres y de bestias en grandísima confusión; de manera que yerran los que dan á tiempos inmemoriales los sílices y huesos hallados en depósitos fosilíferos, que, si hacemos cuenta de las perturbaciones locales, pueden ser recientes y de ayer.

En confirmación de lo dicho, respondamos al argumento que los amigos de la antigüedad sacan de las especies extintas **(q)**. El hom-

---

que el discreto lector pueda descubrir, entre esto y lo que antes dijimos, la contrariedad que se le ofreció al académico censor. (*Rev. Contemp.*, p. 574.)

[1] *Prodrome de géologie.*

[2] J. SOUTHALL, *The recent origin of man*, p. 122.

[3] *Dictionn. d'hist. natur.*, art. *Grottes.*

(q) «El encontrarse los restos del hombre y de su tosca industria junto con los del Elefante primitivo, del Oso de las Cavernas... y de otras especies extinguidas... prueba la remotísima antigüedad del hombre.» (*Revista Contemporánea,* ibid., p. 574).

Para que la pruebe, es preciso satisfacer á estas preguntas: ¿Cómo se demuestra que todas las especies extinguidas se extinguieron sucesivamente? Si se extinguieron sucesivamente, ¿con qué suerte de sucesión dejaron de ser? ¿Cuántos años mediaron entre el desparecimiento de dos especies? Porque si

bre, dicen, vivió juntamente con ellas; son de época inmemorial; luego el hombre es más antiguo de lo que comunmente pensamos. En la menor de este silogismo está solapada una insigne falsedad. Porque las especies fenecidas no son tan antiguas como eso; en el espacio de dos mil años son sin cuento las que han faltado en Europa y en otras partes del mundo. A M. Gerard debemos esta conclusión: en quince ó veinte siglos han perecido en el suelo de la Alsacia doce especies de mamíferos [1]. Emilio Blanchard cuenta más de nueve especies de animales borrados por la muerte en pocos siglos [2]. Basta leer las obras de César [3], de Plinio [4], de Macrobio [5], para entender que el uro y el oroque existían en su tiempo en la Europa central. En

---

fueron ciento las especies extinguidas, por ejemplo, y acabaron cinco en cada siglo, al cabo de veinte siglos hubieron todas de cesar. ¿Qué respuesta dan los arqueólogos al rigor de estas preguntas? Ninguna que satisfaga: no se entienden entre sí.

«Es disputable, dice Hamard, que el elefante cuaternario deba contarse entre los animales extintos.» *(La Controverse,* 1887, t. X, p. 517.) «Hubo de sobrevivir á la mayor parte de especies fenecidas», añade Lyell (*Principes géologie,* t. I, p. 325). Otros autores comúnmente le estiman cuaternario. Pero «nadie me hará creer á mí (dice un escritor gravísimo hablando del descubrimiento, hecho en la Siberia, del mamut conservado en carnes frescas dentro del hielo) que haya sido posible alimentar á perros, en 1806, con carne de un animal muerto antes de los tiempos históricos, es decir, cinco ó seis mil años hace. Si fuera menester, razones no me faltarían en que fundar mi incredulidad». *(Dictionnaire universel d'hist. natur. par d'Orbigny,* art. *Elephant.)*

El Oso de las Cavernas es reputado por Lartet el animal más antiguo entre los compañeros cuaternarios del hombre; otros ni tan siquiera le hacen cuaternario. *(La Controverse,* t. X, p. 524.) El león de las cavernas, quién le tiene por antiguo, quién le confunde con el actual (LUBBOCK: *L'homme préhistorique,* p. 266). La hiena de las cavernas, en concepto de Lartet y de Chantre, pertenece á la época moderna *(Revue Scientifique,* 1876, t. I, p. 364), aunque en opinión de otros feneció en el cuaternario. El reno es especie emigrada, no extinguida, á juicio de Hamard *(La Controverse,* t. X, p. 529); al de Lartet, es característica del tiempo cuaternario; de Gaudry, es anterior *(Materiaux pour l'hist. des temps. quatern.,* 1876); de Mortillet, desapareció hace quince mil años; de Nilson, vivió en tiempo de César *(Les habitants primitif. de la Scandinavie,* p. 303). El buey primigenio ¿ha de colocarse entre las especies fallecidas ó entre las emigradas? «No lo sabemos, responde Hamard. Que feneció ha sido hasta el presente común opinión; pero la contraria, que ve en él un antepasado del buey actual, tiende á prevalecer.» (*La Controverse,* t. X, p. 538.)

En tanta lucha de pareceres, ¿quién osará afirmar que el hallarse huesos humanos junto con huesos de las especies dichas sea argumento de la remotísima antigüedad del hombre, como se afirma en la *Revista Contemporánea?*

[1] *Essai sur la faune historique de l'Alsace,* 1871.

[2] *Les animaux disparus depuis les âges historiques: Revue des deux mondes,* 1870, 15 Oct.

[3] *De bello gallic.,* VI, 28.—[4] *Hist. natur.,* VIII, 15.—[5] *Satur.,* VI, 4.

vida de Aristóteles, las focas, las ballenas y otros cetáceos eran frecuentes en las aguas del Mediterráneo. El león, la pantera, el lince, el oso poblaban la Grecia, como se ve en Jenofonte [1] y Pausanias [2]; el elefante, el rinoceronte y el cocodrilo moraban en el Norte de Africa durante el imperio romano [3].

¿Qué más? En las islas Mascareñas (Africa), á fines del siglo XVII, florecían anguilas monstruosas, tortugas de un quintal, murciélagos disformes, muchedumbre de ratones, palomos domésticos, papagayos verdes y azules y una infinidad de otras aves terrestres y marinas [4]. A fines del siglo pasado, toda esta fauna casi enteramente faltó. De estos hechos testificados por la historia se sigue que la extinción de las especies no pide tantos siglos como enseñan los arqueólogos prehistóricos; y, por consiguiente, la existencia de animales extintos no arguye desmesurada antigüedad. Dondequiera que exista el hombre, los animales corren más riesgo de perecer y de rematar su especie, ora porque su vida de ellos le es nociva, ora porque su muerte le es sustento, ora porque su caza le sirve de placer. Por tanto, "no es de maravillar que las especies cuaternarias, que el hombre halló en posesión del suelo al principio de su existencia, le cediesen luego el lugar y desapareciesen del campo de la vida„ [5]. Así que el hallarse en las cavernas mezclados huesos de hombres y huesos de animales fenecidos no prueba la antigüedad de la especie humana.

8. Respecto del hombre americano, el oir la suma de siglos señalados á su existencia por ciertos geólogos (30.000 años — 150.000 años), daría motivo de espanto si no constase cuán dificultosa es la empresa de determinar con precisión la edad de los restos humanos ó de los residuos de la humana industria. El marqués de Nadaillac, examinados con atención los descubrimientos de Abbott, de Cresson, de Babbitt, de Upham, de Cushing, de Flint, reduce su discurso á esta conclusión: "Ningún hallazgo efectuado hasta la hora presente da licencia para establecer con alguna certidumbre la vida del hombre en el Nuevo Continente, anterior ó contemporánea del período glacial„ [6]. Prosigue ahondando más la materia, y concluye: "Los descubrimientos más recientes dan lugar á admitir que el hombre americano alcanzó los tiempos interglaciales... Así y todo, no poseemos la data inicial de su existencia, ni hay en el estado actual de las cosas manera alguna de determinarla. La incertidumbre es en todos estos puntos cabal y absoluta, como se ve„ [7]. El año siguiente, 1892, es memorable en los fastos americanos por las demandas y respuestas que se pasaron entre el Dr. Brinton y el glaciarista Wright sobre si ciertos pa-

---

[1] *De la caza,* cap. XI.—[2] *Viaje en Grecia,* VI, 5.
[3] PLINIO, *Hist. nat.,* VI, 29.—[4] *Aventuras de Fr. Leguat.*
[5] HAMARD, *La Controverse,* 1887, p. 403.
[6] *Les plus anciens vestiges de l'homme en Amérique,* 1891.—[7] *Ibid.*

leolitos, que parecen de hechura humana, pertenecían á la época glacial ó eran más bien postglaciales. Al parecer de Brinton se ladearon Holmes, Mac Gee y otros; á Wright seguían Metz, Haynes, Putnam; todos ellos versados en la materia geológica y antropológica. Larga disputa se tejió por los litigantes, de cuyas altercaciones daba cuenta el marqués de Nadaillac, viniendo á concluir sobre las arcillitas de Trenton: "Este solo hecho, aunque recibiera de otro alguno comprobación, bastaría por sí solo para tener por establecida la existencia de un hombre semejante á nosotros, en las riberas del Delaware, durante los tiempos paleolíticos, y para creer por probable su existencia en otros países, donde la naturaleza se mostraba tan lozana y la vida era tan fácil de llevar„ [1].

Y pues son así las cosas, y el período cuaternario fué señalado por la actividad de los agentes exteriores, y supuesto que los sucesos, que con los ojos presenciamos, no nos enteran de cómo se llevaron al cabo, muy justo es concluir no ser posible científicamente computar el tiempo transcurrido desde que el hombre vino á morar entre los animales como su rey y señor. Dice Prestwich: "Yo infiero que nuestra experiencia es sumamente limitada para abastecernos de noticias fidedignas; todo empeño de concluir de lo particular lo universal deberá ser notado de falaz y erróneo. Las grandes quiebras y revueltas de los estratos y la vasta erupción de peñascos desbreñados indican cuán poderosas fueron las fuerzas que obraron: averiguar su intensidad es tan dificultoso como medir el cielo á palmos„ [2].

---

[1] En Europe comme en Amérique on a accepté, quelquefois bien légèrement, comme travaillées par l'homme, des pierres charriées par les eaux, portant des encoches, des incisures, des entailles, suite naturelle de chocs répétés. Les trop célèbres silex de Thenay au musée de Saint-Germain en sont une preuve éclatante. Il y a là pour nos études un grave danger, et la controverse si vive qui vient de l'élever parmi les savants américains en est la meilleure preuve. Il n'est plus douteux que de nombreuses découvertes faites sur le grand continent qui s'étend de l'Atlantique au Pacifique, sont absolument fausses, du moins quant à l'ancienneté que l'on prétend leur attribuer. Pour d'autres, après les travaux récents que je viens de résumer, de graves doutes sont permis. Il en reste cependant dont l'authenticité ne peut être sérieusement questionnée. Je citerai en première ligne les argillites de Trenton; après l'examen qui a été fait par un des maîtres de la science contemporaine, M. A. Gaudry, après l'exposé si clair de M. Boule, toute hésitation doit cesser; et ce seul fait, si même il n'était corroboré par aucun autre, suffirait à établir l'existence d'un homme semblable à nous sur les rives du Delaware durant les temps paléolithiques, et à rendre cette existance probable sur d'autres points où la nature était au si riche et la vie aussi facile. *Revue des quest. scientif.*, 1893, t. XXXII, pág. 400.

[2] *Nature*, 18 Feb. 1875.



CAPITULO XLV.

EDAD DEL LINAJE HUMANO.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. La lingüística es inútil para fijar la edad del reino humano.—2. Origen y parentesco de las lenguas.—3. Apartamiento de las primeras familias.—4. Cuna de la especie humana.—5. El hombre europeo.—6. Los cántabros.—7. Los aryas.—8. Dudosa influencia de los aryas en la civilización de Europa.—9. La filología no vale para determinar la edad del humano linaje.

1. El sistema de las edades prehistóricas con la presunción de llevar adelante el desmedido abolengo del hombre, se vale, como de patronos, de todos los ramos del humano saber, enlazándolos con la hipótesis darwínica, para definir por ahí por qué grados fué subiendo la humana salvajez al cetro de la policía que hoy posee. Achaque ordinario de los prehistóricos es (1), con voz de averiguar la verdad,

---

(1) «Esto se llama juzgar las cosas y las personas de un modo apasionado é inconveniente, pues en asuntos de tal índole no caben arrogancias ni atrevimientos, sino tan sólo el examen y estudio formal y detenido de la cuestión... De donde se desprende no ser correcto, ni mucho menos, calificar semejante procedimiento de achaque de prehistóricos, los cuales proceden, como es sabido, valiéndose de todos los ramos del humano saber, para llegar algún día al feliz término del empeñado debate». *(Revista Contemporánea*, ibid., p. 575.)

Cuál sea el *empeñado debate*, cuál el *feliz término* á que aspiran los prehistóricos, no lo dice con claridad, ni importa que lo diga su abogado fidelísimo: harto lo sabemos, y le aseguramos que perderá la causa aunque *se valga de todos los ramos del humano saber*. «Hay una escuela *prehistórica:* la conocemos, sabemos qué trazas tiene, qué intento lleva; pero no es uno, sino muchos los abismos que la alejan del término que pretende. Hay también una cuestión *prehistórica:* de ella se habla por doquier y á cualquier propósito; de ella se hace una gran cuestión. Mas esa cuestión lo es sólo de palabra; demandad una definición, y todo el encanto pára en humo». *(Études religieuses*, t. x, p. 413.)

En otra parte pregunta el mismo autor: «¿Por qué motivo la ciencia prehis-

tener por de ningún momento, ó interpretar á su talante libros, pergaminos, jeroglíficos, inscripciones, tradiciones, como importunos embarazos, que ponen apretado cerco á la arrogancia do sus asercio-

---

tórica se vale de pruebas que no son de buena ley?» Y añade: «En lo sucesivo, si viene uno y me dice que el diluvium y los silex de Saint-Acheul son *antiquísimos*, que son *prehistóricos*, me bastará hacerle esta pregunta: ¿Sabe usted cuál es el origen de ese diluvium? ¿De dónde proceden esos silex? Entre los doce sistemas que hay de concebir la formación de ese terreno, ¿cuál es el de usted? Expóngamelo, y, sobre todo, demuéstremelo usted. No será fácil darme la prueba tan presto». *(Ibid.*, t. VIII, p. 534.)

El escritor Marcelino Venturoli, explicando el achaque de los prehistóricos, y con qué destreza emplean *todos los ramos del humano saber para llegar al término feliz del empeñado debate*, dice así: «Industriales hay que falsifican los instrumentos de piedra, ó, por mejor decir, los presentan con sobreescrito de antiguos, siendo ellos sus naturales autores. A la exposición de objetos prehistóricos de Bolonia (1871), de varias partes se enviaron armas y utensilios de piedra, que no fueron recibidos, porque se tuvieron, con razón ó sin ella, por de origen reciente». *(Scienza italiana*, anno II, vol. I, p. 234.)

En Septiembre de 1875, M. Pottier hizo excavaciones en Orange, y, dando con unos fragmentos de tiempos pasados, los pregonó por prehistóricos *(Matériaux pour servir à l'histoire primitive de l'homme*, 1876, p. 189): cierto, hubieran cobrado gran fama, á no haber salido el grave Fergusson á demostrar que pertenecían á tiempos romanos. Con increíble alborozo solemnizaron Meignan, Lyell, Figuier el hallazgo de unos esqueletos humanos y de otro de animal, descubiertos en Machecoul y comprados á buen precio, en 1863, por Boucher de Perthes, con la persuasión de que eran prehistóricos: llamábase Boucher de Perthes el hombre más bienaventurado del mundo, porque creía haber llegado al término feliz del empeñado debate, cuando hete aquí que viene á descubrirse por cosa cierta que el más antiguo de los dichos esqueletos apenas contaba seis siglos. *(Revue des Deux-Mondes*, Juillet, 1873.) Parecidas sorpresas pueden leerse en la *Scienza italiana*. (Anno V, vol. 1, 1880, p. 31.)

Según los dictámenes de los prehistóricos, los dólmenes son anteriores á la edad del hierro. Acertó un día M. Cartailhac á descubrir hierro en un dolmen del Aveyron, y «aconsejado por M. de Mortillet, dice, disimulé y callé por largo tiempo». (ALEJANDRO BERTRAND, *La Gaule avant les Gaulois.)* «Tal como ésta es la buena fe de nuestros prehistóricos». *(La Controverse*, 1885, t. V, p. 161.)

«Las excavaciones de Italia, en especial en Breonio, cerca de Verona, en donde las divisiones de la edad de la piedra no se cumplen de ningún modo, trastornan á los tan afamados autores de estas divisiones. Mortillet, que osó tratar de *mistificaciones* los hallazgos hechos allende los Alpes, mereció de Pignorini esta amonestación: «M. de Mortillet no ha visto los objetos originales, no ha visto las localidades donde se descubren, no ha estudiado los terrenos que los contienen; en una palabra, no ha cumplido ninguno de los deberes á que estaba obligado para poder subirse á la cátedra y pronunciar la sentencia. Apellidó *mistificación* sólo porque allende los Alpes no se han hecho semejantes descubrimientos, y porque éstos vienen á modificar sus teorías sobre

nes (s). Y pues hemos visto que la geología y la arqueología van á la una en probar el ningún fundamento que tiene la exorbitante antigüedad del hombre, quédanos por declarar cómo tampoco la lingüística, la etnografía ni la cronología son parte para fijar la edad de la humana especie.

---

las divisiones y sobre los caracteres de las edades prehistóricas». (A. DUCROST, *La Controverse,* 1887, t. x, p. 265.)

Esto es lo que ha pasado en Francia y en Italia. Ignoramos si en España se emplean también *todos* los ramos del humano saber para llegar al término deseado.

(s) «Son dos problemas distintos el del origen y el de la fecha que lleva el hombre en la tierra: éste, resuelto merced á los progresos por las ciencias naturales en los últimos tiempos realizados; aquél, hoy por hoy insoluble, como el de todos los orígenes, y en manera alguna ligado con el anterior». *(Revista Contemp.,* ibid., p. 576.)

Dos cuestiones distintas son el origen y la antigüedad del hombre: ¿quién lo pone en duda? El origen del hombre, empero, no es *insoluble hoy por hoy,* sino que está resuelto hace siglos, y por eso deja ya de ser *problema.* La cuestión de la antigüedad también parece resuelta en el día de hoy, pero no según los dictámenes de la escuela prehistórica, como va dicho. Con todo, la mayor parte de los prehistóricos ligan entre sí y hacen dependientes una de otra entrambas cuestiones, que ellos estiman por problemáticas.

«No hace mucho tiempo, hombre hubo que escribió, y aun mandó publicar en la prensa, que la cuestión de la antigüedad del hombre es del todo independiente de la cuestión del transformismo, según le defienden los modernos naturalistas. No acabamos de asombrarnos de tan peregrino aserto. ¿Podía decirse cosa más ajena de verdad? Tenemos aquí delante muchísimos de esos seguidores modernos del transformismo; y todos clarísimamente cantan en coro la decrepitud del hombre en la tierra y su incomparable antigüedad. Y porque no nos gusta afirmar sin probar lo afirmado, ahí van sus elocuentes voces para quien quiera oirlas». *(La Civiltá Cattolica,* serie x, vol. vi, p. 686.) Y va trasladando copia de autoridades, en orden á demostrar que «la remotísima antigüedad del hombre es base necesaria para entender su origen», como solía decir Darwin.

Disimulemos las proposiciones, malsonantes á oídos católicos, que van embebidas en la censura de este capítulo (por ejemplo, p. 564, lin. 25; p. 576, lin. 17, etc., etc.), y que podrían pasar plaza de próximas á herejías; mas porque van confutadas en el decurso del texto, y porque el que las escribió lo hizo de paso é inadvertidamente, nos abstenemos de responder á ellas. Tampoco decimos palabra de ciertas críticas, en que el propio censor publica su mengua y descubre su ignorancia, por no ser competente en la materia que censura. En una ocasión, metiéndose en teologías, dice inconsideradamente: «Háblase también en la obra de la *saña* del Altísimo, como si Dios participara de las mezquinas pasiones humanas». *(Rev. Contemp.,* ibid., p. 578.) La ira no es pasión mezquina, sino muy noble de suyo; las circunstancias, de pasión la hacen virtud, y estaría muy bien empleada contra los atrevidos y embaucadores que impugnan y niegan con pertinacia doctrinas recibidas y protesadas

2. En tres grandes ramas reparten los eruditos el árbol genealógico de las lenguas conocidas, que llaman lenguas monosilábicas, aglutinantes y de flexión. Las monosilábicas, como la china, siamesa, birmana, tibetana, anamita, por ser las más simples en la forma y construcción de las voces, son estimadas por los modernos las más cercanas á la primitiva. De su excelencia señalan por prueba su misma conservación en los pueblos orientales durante larguísimos siglos; lo cual no les parece tener otra causa sino la civilización vetustísima, que, señoreando los vocablos, vinculó su poder á la escritura; que donde falta el arte de escribir presto fallece el estilo del lenguaje. El segundo género de lenguas comprende las aglutinantes, así llamadas por trabarse en uno diversos elementos, con cuya trabazón, guardando el principal de ellos su radical significado, exprime diferentes matices y aun suena cosas del todo nuevas, conforme sean los afijos que le acompañen: así son el vascuence, el turco, el húngaro, el caucásico, el malayo, el polinesio, el guineo, el dravídico. El tercer cuerpo abraza los idiomas de flexión ó amalgamantes, cuyas palabras radicales truecan ó moderan su poder á causa de las terminaciones y desinencias, ó por la incorporación de otros particulares; tales son las lenguas semíticas.

Los filólogos modernos creen casi unánimes que el tipo monosilábico, hablado hoy en día por 450 millones de hombres, fué el primero que reinó; convienen que el tipo aglutinante, usado por 216 millones, es señal de adelantamiento; conceden que el de flexión, común entre 537 millones, denota de suyo un perfecto estado de cultura; mas no quieren argüir de estas tres suertes de idiomas diferencias esenciales de policía en los pueblos que los hablaron. Porque los chinos, aun en la celsitud de su pujanza, no dejaron de ser fieles á la simplicidad de sus vocablos; los vascos, aún en nuestro siglo, dicen sus conceptos y los rebosan por el consorcio de aquellas palabras aglutinativas; los egipcios, en su más ilustre antigüedad, emplearon la forma flexible: y así no tienen de su cosecha estos tipos proporción con determinadas razas, pues que casi todos los blancos hablan idiomas de flexión, siendo de castas muy desemejantes.

3. Indicados estos preliminares, que luego examinaremos con más

---

por los verdaderos sabios. Cristo (mansedumbre infinita) llamó á los que desfiguraban la verdad *hipócritas, casta de víboras, sepulcros blanqueados, llenos de hediondez, hijos del diablo*. Lactancio escribió un libro sobre la ira de Dios, al cual remitimos á los que se escandalizan de que el Altísimo tome á veces contra nuestros pecados la vara del rigor, como en el diluvio mosaico aconteció.

A nadie debe causar admiración, sino dolor y profundísima pena, ver estampados tan perniciosos conceptos en una revista como la *Contemporánea*, que saluda con ambiciosa carga de elogios á un librepensador como Duruy y á un materialista como Romanes. (*Ibid.*, p. 665.)

detención, hemos de presuponer que la mayor parte del linaje humano pasó en sus principios por una catástrofe de dispersión casi total. Los hijos se apartaron de la compañía de sus padres; en la soledad de su aislamiento, padres é hijos hubieron de acometer peligros, arrostrar desventuras, emprender viajes por conservar la vida: en medio de sus afanes acrecentaron la prole; pero ¿cómo podían criarla en aquellos levantados sentimientos de nobleza antigua que en ellos se había convertido en tosquedad y villanía? No duraría largos siglos el aislamiento total, especialmente que consta en los libros sagrados cuán de presto se multiplicaron las gentes y entraron en vías del comercio y conversación: que á no haber sucedido así, viviendo en perpetua soledad, se hubieran formado maneras de lenguas muy otras de las que hoy conocemos. Mas comoquiera, los descendientes de los hijos de Noé, que se extrañaron y desviaron del centro común y se despeñaron en el abismo de la barbarie, aunque más cerriles y groseros, eran muy idóneos para entrar de nuevo en la senda de la perdida cultura, no bien se les amaneciese la lumbre de los pueblos civilizados.

Así la familia monosilábica, antiquísima, ha sobrevivido en los confines del Oriente (China, Tibet, Indo-China), porque los fundadores de estos pueblos apartados de la cepa principal bastardearon y perdieron la policía de sus antepasados; mas muy luego, hallando amistad y trato sincero en familias civilizadas, que habían sabido conservar su independencia y perpetuar la índole nobilísima de la lengua monosilábica, recobraron aquel resplandor de cultura que desde la dispersión habían malogrado. Dictamen es éste de muchos modernos, ocasionado á error, pues hemos de ver más adelante cómo ni la lengua de los chinos es monosilábica en rigor de propiedad, ni consta fuese monosilábica la primitiva, ni por serlo algunas de las conocidas tiene prendas de más alto origen. El monosilabismo es artimaña de los modernos para inducirnos á la persuasión del estado salvaje. Dejando ahora las otras partes del mundo, á fin de declarar el ningún título que tiene la lingüística para sancionar con el sello de su autoridad los siglos sinnúmero de la vida del hombre, detengámonos á considerar las alteraciones que hicieron las lenguas de Europa desde que las primeras familias fijaron en el Occidente su morada.

4. Es dicho común de muchos filólogos que en el centro del Asia asentó sus primeros reales la humana familia, ocupando más adelante sus miembros los demás continentes. Al rededor del centro del Asia hállanse efectivamente todos los tipos de las lenguas conocidas. Pero á Quatrefages le pareció que las primeras familias humanas habitaron la Siberia en la época terciaria; muy pocos son los autores que siguen su opinión, por estar destituída de pruebas y edificada sobre flaquísima base, como se dijo en su lugar. De la cuna solariega de la civilización varias fueron las familias que, estimando en

poco las ventajas de una policía ya formada y patriarcal, emigraron á países desconocidos en busca de nuevas derrotas sin provecho y sin ventura.

Muy común es en nuestros días admitir que los aryas, que ocupaban el corazón del Asia, fueron los primeros que se apoderaron del continente europeo. Mas, aun antes que los aryas vinieran á habitar las regiones occidentales, era morada Europa de otros pueblos primitivos, que en tiempo inmemorial habían asentado su hogar en nuestro territorio. La arqueología ha puesto en evidencia la población de estos antiquísimos europeos, mostrándonos armas de pedernal, hachas bruñidas, vasos de tierra, enseres de cocina, figuras, dibujos y otros pertrechos hallados en Bélgica, Suiza, Pirineos, Irlanda, Dinamarca, que no admiten linaje de duda, y testifican la índole nada salvaje de aquellas prístinas gentes.

De dónde procedían, cómo vinieron á parar en Occidente, qué lazos de parentesco los unían con el resto de la humana gente, es controversia, sobre complicada, obscurísima, en que da y toma á porfía la curiosidad de los eruditos. No parece dudoso que el hombre europeo fué contemporáneo del buey primigenio, del ciervo hibérnico, del elefante primigenio ó mamut, del elefante meridional, del rinoceronte ticorrino, del hipopótamo mayor, del oso primitivo, como en otro lugar hemos visto; por esta causa antes dijimos que con poco acierto Quatrefages distinguó seis castas de hombres en la Europa cuaternaria occidental. Pero baste para nuestro intento advertir que la lengua que hablan en el día de hoy los húngaros, vascos, turcos y siberios es aglutinante, y tal vez pertenece á la familia turánica del Turquestán.

Los turaneses, vecinos un tiempo de los aryas en el mismo corazón del Asia, al separarse de ellos, derramáronse en dos rumbos, partiéndose unos á la Mongolia y otros al Poniente, donde fijaron sus tiendas, siglos antes que los aryas abandonasen su querencia asiática. Repartiéronse por las comarcas europeas las familias turanesas, unas al Sudoeste (vascongados), otras al Noroeste (lapones, finlandeses, escandinavos), otras, en fin, no se apartaron del centro (húngaros). Al paleontólogo Vilanova parécele que, bien miradas las señales de humana industria que hasta el presente en España se han descubierto, "es muy natural suponer que del continente asiático, donde, de común acuerdo, se coloca la cuna humana, llegarían hasta España, aprovechando el istmo de Gibraltar, que no se convirtió hasta más tarde en lo que hoy es estrecho, los primeros pobladores, los cuales, salvando más tarde la cordillera pirenaica, hubieron de correrse por Francia ó Inglaterra, probablemente no separadas aún por entonces„ [1]. Confirma su conjetura con la famosa calavera ha-

[1] Discurso de recepción en la Academia de la Historia.

llada en la cueva de Gibraltar, que da prendas de ser tan antigua como los cráneos de Canstadt y Neanderthal. A este dictamen queremos advertir que el cráneo de Gibraltar es dolicocéfalo, de frente estrecha y deprimida, de nariz ancha y chata, de mandíbula inferior larga; pero aunque no hay razón para afirmar que la casta dolicocéfala sea inferior en ingenio y destreza á la braquicéfala, antes creemos que no pueden establecerse relaciones ciertas y constantes entre las dimensiones ó diámetros del cráneo y los grados de inteligencia y de moralidad; todavía no es suficiente el rastro de un solo cráneo para determinar el camino de toda una población; cuanto más que en otros paraderos de muy adelantada industria (cueva de la Solana, Monóvar, Málaga, Alcoy, Almería), tenemos cráneos dolicocéfalos y braquicéfalos juntos y mezclados [1].

5. Queremos trasladar aquí la opinión de D. Aureliano Fernández Guerra, ornamento de la Academia Española, varón lleno de erudición histórica. "El sencillo Ibero, dice, primer habitante de la Península..., hallábase dividido muy de antiguo en dos grandes familias, que se decían vascones y vándalos, las cuales..., hasta ahora y por más de cuarenta siglos han conservado casi intacta su sangre, lengua, libertad y costumbres patriarcales.—„ Tribus jaféticas, abandonando en la edad primitiva las márgenes del Ibero, del Arrago y del Áraxes (ríos que hoy se denominan Kur, Iora y Araks, entre los montes Ararat y Cáucaso), recorrieron las playas meridionales del Mar Negro, cruzaron el Bósforo de Tracia, siguieron la orilla derecha del Danubio y del Dravo, entraron por los Alpes orientales, por la Liguria, por la comarca del Ródano, por el Pirineo, y ocuparon á España „ [2].

Derramados por el Occidente los turaneses, hechos señores de inmensas tierras, crecieron, prosperaron, vinieron á ser poderosos y temibles, principalmente en el corazón de Europa. El Dr. Cruel, en una obra llena de erudición, publicada en 1883, hecha anatomía de la lengua aglutinante que hablaban, ha querido demostrar la índole, vida, costumbres y civilización de estos pueblos. Conforme de dicho autor se infiere, en estas familias, separadas entre sí, sin ciudades ni forma de comunidad, sin leyes generales ni instrucción política, el padre era caudillo nato de la sociedad doméstica; los animales caseros eran el perro, el caballo, la oveja, el buey, no la cabra ni el cerdo. El carecer su idioma de voces que signifiquen instrumentos de labranza, persuade que no conocían la agricultura, pues era su ordinario sustento leche y carne, como lo dicen las voces que usaban, y su vestido común, pieles, y almadreñas por calzado.

---

[1] *Historia general de España,* 1871. Primeros pobladores, pág. 118.

[2] *Cantabria,* por D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid,* t. IV, p. 99.

Mantenían entre sí relaciones de contratación, sin por eso borrar la diferencia de ricos y pobres. No tenían por religión el politeísmo, sino una suerte de culto mal definido, que rendían por mayor y á bulto al cielo y á los genios, introduciendo en sus ceremonias sacrificios y sacerdotes, como patentiza el género de sus vocablos. Mas es cosa muy digna de consideración que carecieran de palabras que expresasen metales, porque las empleadas para denotar oro, plata, bronce, hierro eran del todo peregrinas y extrañas al idioma nativo; de donde se saca que ignoraron el uso de los metales, porque si los conocieran habrían dejado al vascuence y al húngaro, lenguas derivadas, las raíces de aquellas voces; por el contrario, usaron armas de piedra, como lo declaran las palabras que significan hacha, cuchillo, espada, derivadas de otra que suena piedra ó roca. Lo cual no empece lo dicho anteriormente, pues sabemos que el usar un pueblo piedra y no metal, no es prenda ni grado de cultura.

Tras largos años de gozar á su placer los turaneses y de recorrer pacíficamente las llanuras del Occidente, vino á ser que los aryas intentasen seguir la misma derrota que sus antiguos vecinos, y así, enderezando los pasos al Poniente, invadieron la Europa, acampando unos al Sudeste, otros al Noroeste, con ánimo de arrojar de su posesión á los antiguos moradores; muchos de los cuales, acosados después por los aryas, más poderosos que ellos, inhábiles para enfrenar los acontecimientos, se vieron forzados á poner á salvo sus vidas, buscando asilo, quién en las quiebras de los Pirineos, quién en los nevados riscos del Nordeste de Europa. Apoya este parecer el eruditísimo arqueólogo P. Fidel Fita (S. J.), en carta escrita á su amigo D. Aureliano Fernández Guerra, diciendo: "Soy de parecer que los cántabros vinieron de Asia con su nombre nacional... Inmensa luz puede resultar estudiando la región índica del Cántabro. Los aryos echaron de aquel suelo gran parte de la raza indígena, que se dilató por el Occidente. La que allí quedó, ó sea la tribu de los Ghonds, tenía y retiene aún costumbres políticas y creencias religiosas parecidas á las de nuestros cántabros" [1]. Según esto, quedóse corto, á nuestro parecer, D. Arístides de Artíñano, cuando se contentó con sostener que "los vascongados son los descendientes de las primeras emigraciones europeas de la raza arya"; ni tampoco le era bastante afirmar que los vascongados "fueron los primeros que poblaron la España" [2], sino que podía haber extendido la discreción de su pluma hasta la gloria de asentar, como cosa más probable, que fueron los primeros pobladores de Europa anteriores á los aryas, y mucho más á los íberos, conforme de lo dicho puede colegirse.

6. De aquí nació la independencia que es proverbial de los vascon-

---

[1] *Boletín de la Sociedad Geográfica*, t. IV, p. 124.

[2] *El señorío de Vizcaya*, 1885, prim. parte, cap. V, pág. 43.

gados, de los finneses, lapones y habitantes del Volga, los únicos que guardan en su idioma la forma aglutinante, y los solos representantes de los primeros señores de Europa. En esta sangrienta lucha, vencidos y vencedores confundieron su lengua, sangre, costumbres, tradiciones; y así los europeos no fueron ya gente pura y castiza de la raza de los turaneses ni de los aryas, sino compuesta de las dos ramas entreveradas, como lo demuestran las lenguas europeas, que tienen raíces de entrambas familias.

Solos los cántabros y los finneses son reliquias venerables de la población primitiva, independiente y señora natural. El tipo físico y la formación braquicéfala del cráneo altamente lo pregonan, porque es muy de notar que la configuración que se les advierte hoy á estos pueblos es la misma que se dibuja en los cráneos fósiles más auténticos de los prístinos europeos.

La gente vasca ha sido estudiada con particular diligencia por Virchow, Broca, Quatrefages, Retzius, Pruner Bey. La particularidad de poseer la voz *aitz* (piedra), que, unida á muchísimos nombres, expresa cosas de piedra, es muy significativa para inducirnos á creer que esta gente debe su origen á la más remota antigüedad, y que está entroncada con finneses y lapones. Hamard juzga que los vascongados son de la llamada edad paleolítica, restos de la población primitiva [1]. Algunos quieren incluir esta raza en la de Cro-Magnon, dolicocéfala de los tiempos neolíticos, según Mortillet; pero yerran, porque los caracteres de entrambas son muy diferentes; fuera de que en Zaráuz se han descubierto cráneos braquicéfalos, en prueba de que en nuestro antiguo continente reinaban hombres semejantes [2].

Viene en apoyo de este parecer el ilustrado Dr. Joly, quien públi-

---

[1] *Dictionnaire apologétique*. p. 230.

[2] El antropólogo Arcelin resume el dictamen corriente sobre la familia vascongada en estos términos: Si les Basques représentent, comme on le croit généralement, une des plus anciennes races de l'Europe, il est intéressant de rapprocher l'étude qu'en a faite M. le Dr. Dollignon des donnés empruntées par M. Piette à l'art des cavernes.

Les Basques ou les cantons basques se trouvent en partie sur la France, en partie sur l'Espagne. Les Basques de France sont brachycéphales, les Basques d'Espagne dolichocéphales: ils diffèrent donc entre eux par le crâne. Mais par les traits de la face ils se ressemblent et se distinguent de tous leurs voisins. D'après M. Collignon, le type basque espagnol résulte de croisement, le type basque français représente la race pure. Voici des traits principaux: taille élevée, larges épaules, afectant le type carré des statues égyptiennes; bassin droit et rétréci comme chez les anciens égyptiens et les berbères; jambes grêles; crâne sous-brachycéphale par suite du gonflement considérable qu'il présente à la hauteur des tempes; tête étroite; menton prodigieusement pointu; cheveux bruns, légèrement ondulés; yeux bruns. Les deux particularités frappantes

camente, en una conferencia sobre el hombre fósil, en 1865, declaraba que los habitantes europeos antecedentes á los aryas, y por éstos perseguidos, eran de mediana estatura y pertenecientes á tipo braquicéfalo, tipo calificado por lo corto del diámetro anteposterior del cráneo, si se compara con el dolicocéfalo, que tiene el cráneo prolongado hacia atrás [1]. No hacen mucho peso en el ánimo de este escritor los distintivos braquicefálicos y dolicocefálicos; ni tampoco cree que el haber tenido los labios fruncidos y abultados fuera señal de envilecimiento; en ambas cosas prueba cordura y rectitud de juicio; mas en una yerra, y es en juzgar que los antiguos europeos eran hijos de la tierra y no descendientes de Adán. Error tanto más grave, cuanto más demuestra quien le patrocina no ser materialista ni enemigo de la teología, ni novicio en filosofía, como dan testimonio los muchos libros que nos ha dejado escritos.

7. Más cuerdo y avisado el Dr. Cruel, muestra cómo las familias turanesas establecidas en Europa no fueron las primeras que la poblaron. Antes de ellas hay memoria de otras de tipo dolicocéfalo, cuyos restos se descubren en Bélgica, Francia é Inglaterra. Examinadas las formas gramaticales y conferidas las lenguas de estos primeros dominadores de Europa con los indios y esquimales americanos, cree el citado doctor poder, con razón, afirmar que estaban emparentados con los indios de América. Debió, pues, de acontecer que, viniendo

---

sont le renflement du crâne au niveau des tempes et le rétrécissement de la face vers le menton.

Les Basques ou Vascons occupaient primitivement le cours supérieur de l'Èbre (la Navarre actuelle). Ils s'établirent en France vers 587 après J.-C., chassés probablement par les visigoths. C'étaient des Ibéres. Mais, d'où venaient les Ibères? Les rapports anthropologiques des Basques et des Egyptiens les rattacheraient aux races nord-africaines (Chamites blanc). *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, pág. 259.—Así discurren los modernos; en materia tan obscura quédese para los doctos venideros la dicha de acertar con más esclarecidos rayos de luz.

Es un pasmo el atolondramiento de muchos escritores de hoy empeñados en descifrar el misterioso abolengo de la gente vasca. Von der Gabelenz (*Die Verwandtschaft des Baskischen mit den Berbersprachen Nord-Afrikas nachgewiesen*, 1894), ha querido emparentarla con los berberiscos del Norte de Africa. Por otra parte, Eliseo Reclus hasta negó el ser al tipo vasco: *il n'y a point de type basque*, decía en el ínterin que Colignon medía millares de cráneos y de rostros de vascongados para sacar falsa la negación de Reclus (*La race basque, L'anthropologie*, Juillet, 1894). Otro etnólogo, M. Gray, entronca los vascos y los iberos con los *pictos* ó *pictones* de la Galia y Gran Bretaña: «la lengua de los Pictos era el vascuence, dice; su nombre se deriva de un término eúskaro, *pikatu*, *golpear*». (*Distribution of the Picts in Britain; Report of the British Asociation*, 1894.) A la cortesía del curioso quedan semejantes pareceres, contrarios á otros de autores recomendables.

[1] *Revue des cours scientif.*, 1885, p. 267.

de Oriente una raza desconocida, acertó á pasar parte de ella por la Groenlandia, y arribaría á las Américas. Después los moradores del Turan llegaríanse á nuestras tierras, abandonadas por los anteriores dueños, y formarían población nueva con su lenguaje aglutinante, hasta que los aryas, enseñoreando á los turaneses, diesen á Europa más alto grado de esplendor material é intelectual, introduciendo animales desconocidos y domesticados, cereales, metales, agricultura, industria y comercio [1]. Con todo, las familias antecedentes no pueden, sin injusticia, apellidarse salvajes [2], pues que su industria y especulación estaba en consonancia con las difíciles circunstancias de aquella edad [3].

En el reinado de los aryas floreció, en verdad, la cultura que los había acompañado en su salida del Asia central: poblaron los terrenos escabrosos, cultivaron las artes, criaron animales domésticos, su agricultura dió felices productos, entraron en tratos con los países de Oriente, desenvolvieron la vida social, ordenaron la política, explotaron minas de oro, dieron, en fin, largos pasos en la senda de la civilización, no embargante que muchas familias, viviendo á sus anchuras, tornáronse en su aislamiento medio salvajes más embrutecidas que antes, cayendo en el oprobio de antropofagia y politeísmo que no conocían sus antepasados. Porque, al mudar de clima, dieron en países estériles y quebrados; en donde mal hallados con su libertad, favorecidos de las ruines pasiones, abatieron la nobleza de su condición, y desdijeron de su noble cuna, borrando toda divisa de humana condición. Esta sí que fué para no pocas tribus edad paleolítica y estado salvaje, así como para otras más venturosas, edad de bronce y de oro. Porque los fenicios, cebados por el atractivo de los mineros de Europa, sedientos de oro y plata, corrieron el litoral del Mediterráneo, trataron y practicaron sus ensenadas por medio del timón, levantaron en las costas edificios de construcción desaliñada, ínterin los pelasgos, ligurios, celtas, germanos y eslavos sembraban por doquier monumentos megalíticos, introducían nuevos ingenios, mejoraban las costumbres, trabando enlaces con los naturales echaban los cimientos de las naciones modernas y fun-

---

1 *Revue des questions scientif.*, 1883, p. 256.

2 HAMARD, *La Controverse*, 1884, Juin.

3 El etnólogo Keane, en su obra *Man past and present*, de 1899, propone sobre los aryas una solución media. Divídelos en dos ramas, la una braquicéfala, la otra dolicocéfala; á la primera pertenecen los Celtas, á la segunda los Teutones. Éstos se acamparon en el Norte: allí cobró sello especial su casta, que salió más adelante á extenderse por Europa. Con la opinión del *Hombre antiguo y moderno* se da salida á ciertos argumentos objetados contra el origen asiático de los aryas; pero quedan indeterminables otros muchos de dificultosa solución, y que por falta de razones es de creer no la alcancen jamás definitiva.

daban las gentes que hasta el día perseveran. Pero los etruscos, célebres por sus vasos de barro, señalados por su arte de tintura y barniz, no menos que por sus agüeros, son los representantes del progreso europeo en los albores de la historia: "los príncipes de la Etruria enseñarán la disciplina", dictaba la ley romana [1].

8. El discurso que acabamos de hacer presupone por fundamento el origen asiático de los aryas. Mas cúmplenos aquí declarar cuán en balanzas anda esa opinión de los sabios [2]. En estos postreros años esta controversia ha despertado el estudio de los antropólogos y hécholos descender á la arena con doblado brío. Hace treinta años era común parecer de los sabios, como dijimos, situar en el Asia la cuna de esta casta y poner allí la matriz de las lenguas indo-europeas. Es cierto que no convenían todos en señalar el paraje y nacimiento de los aryas, inclinándose unos á la India, otros á la Siberia, otros á la Bactriana, otros á la meseta de Pamir, otros, en fin, á la Armenia; pero gozaba de general estima la sentencia de que el continente asiático había criado y robustecido á esta famosa casta, fundadora de la civilización europea. En el día de hoy anda esta opinión en aventura doblando muchos cabos y á punto de hacer naufragio. Llevó en su lugar la palma y pareció vencer la corriente la opinión que hace á los aryas oriundos de Europa, en prueba de que no el Asia, sino Europa, fué el primer teatro de sus interpresas y excursiones. Increíble es el número de escritos que han salido á luz en Alemania, Inglaterra y Francia, encaminados á sustentar esta posición, esforzando argumentos antropológicos, lingüísticos, arqueológicos, geográficos, en defensa de la causa. A la autoridad de los escritos juntóse la adhesión del Congreso de la Asociación Británica celebrado en Manchester en Septiembre de 1887. Con todo eso, un escritor lleno de erudición y cordura [3], apoyado en gravísimos autores y guiado por documentos interesantes, ha demostrado cómo la sobredicha hipótesis carece de pruebas convincentes y dista mucho de merecer asiento entre las sentencias plausibles.

Por otra parte, el docto Reinach salió en campaña empleando los

---

[1] CICER., *De leg.*, l. II, cap. XVIII.

[2] En 1897 el sabio Alejandro Bertrand se declaraba aún por los turaneses, dándoles el primer lugar entre los fundadores de los pueblos galos. La rama turanesa va, cierto, desgajándose del árbol etnográfico; pero la ignorancia en este linaje de orígenes suele ser mayor que la ciencia. Confiésalo el propio Bertrand por estas palabras: «Les maîtres de la science se déclarent impuissants à nous dire où nous devons placer le centre primitif du développement, le point de départ de la race ou des races dont se composaient les tribus constructeurs de mégalithes». *Nos origines. Le religion des gaulois, les druides et le druidisme,* 1897, pág. 125.

[3] P. VAN DEN GHEIN, S. J.: *Le berceau des Aryas,* 1881; *L'origine européenne des Aryas,* 1888.

aceros de su saber en ojear el origen asiático de la civilización neolítica europea [1]. Contra él meneó las manos valerosamente, satisfaciendo á los argumentos en contra. La razón tomada de la lingüística parecióle improbable: á la verdad, hay en Europa lenguas como el vascuence, el lituanio, el lapón, que conservaron en su integridad las formas y raíces primitivas con más constancia que el sanscrito las suyas; fuera de que no nos ha llegado noticia ni llegará á tenerse jamás del jaez de lenguaje usado por los europeos neolíticos: la lingüística no aboga, pues, por los aryas. Tampoco hace fuerza la razón sacada de la historia natural: los animales domésticos, al parecer de varios naturalistas, no provienen del Asia, sino de los mismos europeos indígenas, amansados, curtidos y hechos tratables por el hombre neolítico que tenía mano para domar monstruos; además, en los palafitos de la edad de la piedra descúbrense animales y plantas de origen muy obscuro. Finalmente, los instrumentos de la edad neolítica, las ciudades lacustres, los monumentos megalíticos conducen de consuno á la misma exclusión de la procedencia oriental.

En esta suerte de controversias, dificultosísima cosa es dar el punto y sazón á las opiniones, que andan barajadas con grandes muestras de ignorancia, nacida de escasez de documentos. Sea como fuere, si volvemos atrás la vista, sólo el contemplar la posesión geográfica de Europa debiera bastar para fundadamente resolver que de fuera les vino á los europeos la cultura [2] en grandísima parte. Hallándose en correspondencia y como pared en medio con gentes civilizadas más antiguas, que se les podían entrar á todas horas por las puertas del Mediterráneo, y habiendo el Oriente, según vemos en las más viejas historias, llevado la delantera en el camino del progreso artístico y literario, no sería de maravillar que los asiáticos, al término de la época cuaternaria, hubieran venido á estimular la vida é industria monótona de los europeos, en cuya región y destreza hallaban facilidad para desplegar holgadamente sus tradiciones y costumbres. Con razón, pues, concluye el citado Arcelin: "A tiempo que nuestros padres vivían en la que podemos llamar la edad media neo-

---

[1] *L'anthropologie,* 1893, pág. 539, 699.

[2] ARCELIN: Si l'opinion qui attribue à la civilisation néolithique une origine orientale semble perdre du terrain, il ne faut pas trop se hâter cependant, d'admettre que cette civilisation est née par une sorte de génération spontanée, dans l'isolement absolu, au sein des populations européennes. Sans doute, il est difficile de citer à l'époque néolithique un objet, un animal, une plante, une coutume, une race humaine de provenance orientale certaine. Mais la question d'origine reste néanmoins posée dans quelques cas... Écartons, si l'on veut, l'hypothèse des importations orientales. Les Européens ont bien pu néanmoins recevoir du dehors certains ferments de civilisation. On ne conçoit même pas que les choses ne soient passées autrement». *Revue des quest. scientif., L'antiquité préhistorique,* 1895, t. XXXVII, pág. 29.

lítica, que principia tal vez hacia el siglo cuarenta antes de Jesucristo, los caldeos edificaban grandes ciudades, levantaban estatuas á sus sacerdotes-reyes, conocían la escritura y sabían fundir y modelar el cobre: no menos adelante andaba el Egipto. ¿Es inverosímil que desde aquellos tiempos remotos penetrasen algunos destellos de luz en el fondo del Occidente? A fines de la época neolítica, la duda se convierte en certeza cuando vemos parecer el metal en figura de objetos raros en las riberas marítimas, subir río arriba y derramarse poco á poco en lo interior del continente. La importación basta por sí para explicar ese modo de progreso„ [1].

9. De estas vicisitudes de la población de Europa, América, Asia y demás partes del mundo, que no es posible delinear, y en cuya narración andan á tientas los historiadores, quieren inferir los filólogos el infinito cúmulo de años que fueron menester para dar asiento á tantas lenguas como en la América se hablan, para explicar la ruina de muchísimas europeas, para dar lugar á la introducción de las africanas, y, en una palabra, para construir esa tan misteriosa variedad de idiomas que en todo el mundo han reinado, imposible de componerse con la perfección de una lengua madre y fundamento de todas. Aquí conviene advertir con qué astucia los racionalistas para vender sus marañas se cubren las manos. Todo su ardid está puesto en desfigurar y corromper el ser del hombre y en representárnosle salvaje por los bosques entre fieras y pensando "de qué manera había de traducir en una palabra una contorsión y en una frase un gesto„ [2]. De aquí les viene aquel prurito de ponderar cómo las lenguas más antiguas fueron las monosilábicas, por parecerles más elementales; arrebatados del vértigo del progreso, no pueden sufrir sin cegarse los resplandores de la verdad histórica, cual si para ellos no hubiese más razón que su acariciada filología. Fiados en sus principios, y quitando á Dios todo derecho de hacer cosas perfectas, cometen á la industria del hombre y á la evolución de los tiempos los más grandiosos acontecimientos. Ésta es la urdimbre de las modernas invenciones, con que quieren tejer los sabios una flamante historia de la humana generación y fabricar mundo nuevo á su antojo. Pero cierto es que rompen desatentados la tela de la verdadera historia.

Oigamos á Lenormant: "Importa, dice, declarar aquí, que cuanto á la formación de las lenguas y de las razas, entre los hechos observados y la doctrina impuesta por el dogma religioso y la filosofía espiritualista, la conciliación no es natural, y ni siquiera posible, si no es suponiendo altísima la antigüedad del hombre, y un continuo progreso desde el punto del estado salvaje„ [3]. ¿Qué dice, veamos, la lin-

---

[1] *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, pág. 30.

[2] Donoso Cortés, *Estudios*, t. III, 1854, p. 413.

[3] *Hist. ancienne de l'Orient.*, 1881, t. I, p. 331.

güística sobre la formación de los idiomas? Dos cosas principalmente. La primera es: "Ninguna lengua puede permanecer en un estado, sino en continua evolución" [1]. La segunda: "Reinan grupos de idiomas que hasta hoy no han podido reducirse" [2]; pero, no obstante, "el vascuence es resto de aquellas lenguas de los atlantes que en remota antigüedad se extendieron por Europa antes de la invasión de los aryas" [3]; "el chino y las lenguas monosilábicas son antiquísimas, y por ellas empezó el hombre" [4]. En dos mil años, ¿cuántas lenguas no ha gastado el occidente europeo? [5]. El mismo escritor trae las causas físicas, morales é históricas que prueban haber sido las lenguas juguete del tiempo [6], y, trocadas las circunstancias, haberse ellas alterado y perecido también. Si, pues, conocemos idiomas que no han empeorado con el correr de los siglos, antes han ampliado y extendido su incorrupción hasta el nuestro, aunque otros hayan perdido el ser y mudado de estructura con el transcurso de los años, ¿con qué apariencia de razón se concluye que la filología demuestra la ancianidad del hombre y su imponderable duración? [7]. Veremos luego cuán por diferente rumbo filosofan los modernos en el juzgar la índole de los idiomas actuales, y la relación que guardan entre sí, y cómo sus dictámenes dejan en pie el capítulo XI del Génesis sobre la confusión de las lenguas. Siendo esto así, poco filósofo anduvo y muy atrevido Lenormant cuando escribió lleno de melindre que se apiadaba de los ánimos meticulosos que "por no sacudir viejas ideas ó viejos errores no admiten estos dos grandes hechos históricos". Guarde su compasión el erudito para los amigos de novedades, que concluyen así tan á la ligera, sin probanzas suficientes, nivelando sus teorías por el nivel del humano progreso.

---

[1] *Hist. ancienne de l'Orient.*, 1881, t. I, p. 331.—[2] *Ibid.*, p. 339.

[3] P. 347.—[4] P. 324.—[5] P. 388.—[6] P. 334.

[7] TERRIEN DE LA COUPERIE: Un pareil monosyllabisme n'existe pas et n'a jamais existé. Il n'y a en réalité que trois sortes de monosyllabisme: un de dépérissement, un d'écriture et un d'élocution. C'est au premier et au dernier qu'appartiennent les langues du sud-est de l'Asie, avec la complication du second dans le cas du chinois moderne. *Muséon*, t. VII, pág. 341.—SAYCE: Comment des hommes pouvaient-ils se parler à l'aide de simples syllabes isolées, qui n'indiquaient pas les rapports des idées entre elles? Il faut à la vérité une foi bien robuste pour s'imaginer que le langage ait pu naitre de ce qu'il y a de plus opposé à ce qu'on entend par le langage, d'autant plus que c'était là un langage, fondement et origine du groupe des langues infléchies. La langue ne peut contenir à sa base son contraire, le *non-langage*, ni révéler au savant qui l'étudie une pareille contradiction à son origine. *Principes de philologie comparée*, pág. 130.

ARTÍCULO II.

1. La cronología no es bastante á determinar la edad del humano linaje.—2. Qué cómputo hacen los geólogos de la formación de los sedimentos.—3. La cronología histórica de las más antiguas naciones no sugiere á los cronólogos arbitrios para resolver este punto.

1. Veamos ahora qué descanso pueden hallar los antropólogos en las luces de la cronología. Si pasamos á tantear los años que cuenta el hombre de vida sobre la tierra, ¡cuán diverso cómputo hacen los geólogos según las aficiones que los dominan! Los hay que para mudanzas accidentales amontonan siglos. "Dicen que para bajar el globo incandescente de la temperatura de 212° (F.) á 122° (F.), emplearía 1.018 millones de años, en cuya edad las aguas pudieron dar cabida á los organismos: para pasar de 122° á 77°, temperatura del eoceno, gastó 1.280 millones de años. La luz camina 300.000 kilómetros por segundo; y todos los astrónomos enseñan que fueron menester millares de años para hacerse visibles las estrellas todas á los moradores de la tierra; 26.000 años para que el eje terrestre torne á ocupar el sitio que tiene respecto de la Osa menor; 100.000 años para que el perihelio cumpla su revolución: ¿y sólo el hombre hurtará el cuerpo á la ley de duración, escrita en todas las páginas del libro de la naturaleza, y tendrá que medir la magnitud de los tiempos con la cortedad de su existencia?„ [1]. Así propone Nadaillac la dificultad de los que pretenden no haber inconveniente en acumular siglos y más siglos sobre la vida del hombre. Mas ¿qué ciencia es la que tan ufana decreta? ¿Es ciencia fundada en hechos y en principios evidentes? ¿Cómo será ciencia la que se arrima á meras conjeturas y se apoya en hipótesis que tienen tantos visos de probables como las que lo contrario asientan?

2. A la propuesta dificultad, baste por junto responder con la firma de tres autoridades de mayor excepción. El geólogo americano Dana, el geólogo francés Lapparent y el físico inglés Thomson, yendo cada cual por su camino y por veredas diversas, han calculado con paciente esfuerzo que la sedimentación de los terrenos, desde el cámbrico hasta los aluviones modernos, se efectuó, á lo sumo, en el espacio de 90 millones de años; resolviendo que en ese guarismo caben todos los sucesos relativos al desarrollo de la vida en el globo terrestre. Conque si la vida humana cuenta 70 ú 80 siglos, la proporción entre la existencia de la vida humana y la de los otros dos reinos viene á ser $\frac{1}{10.000}$, que es, á corta diferencia, la relación entre el diámetro de la tierra y el radio de la eclíptica, como

[1] NADAILLAC, *Les premiers hommes*, t. II, chap. XIII.

Lapparent oportunamente advirtió [1]. De donde se sigue que, por larga que sea la historia de la tierra, no lo es tanto que no pueda comprenderse en límites finitos, tomada por unidad la misma que sirve para medir la edad de la especie humana; con lo cual quedan atajados aquellos períodos descomunales é indefinidos que han ido introduciendo sin reparo los geólogos, á los cuales amonestaba ya con previsora cordura el eminente director del *Servicio* geológico de la Gran Bretaña, Archibaldo Geikie [2].

Los geólogos hablan del principio de la época reciente: ¿quién será tan vano que presuma determinar los siglos que ha que dura? Sobre lo cual va dicho lo bastante en las notas del capítulo anterior. Quatrefages quiere que los límites superior é inferior sean 100.000 y 7.000 años, y que entre ellos deba colocarse la edad actual. Mas aquí cabe preguntar: ¿la llamada época reciente lo fué en verdad para la tierra toda? ¿Es temeridad porfiar que los trastornos terrestres duraban aún en el suelo americano cuando los hombres asiáticos y europeos vivían prosperados y muy de reposo en el goce de la bonanza? Dicen que entonces dió principio la época actual, cuando hubieron acabado las especies fósiles de la fauna cuaternaria. Mas ¿en qué siglo acabaron? ¿Perecieron todas por junto? ¿Conserváronse algunas pocas en un rincón de Europa? El mamut, el oso mayor, el rinoceronte, ¿fueron antediluvianos ó postdiluvianos? Luego ¿qué discurso da facultad para colegir de ahí la edad del hombre? Especialmente que la fauna cuaternaria vino al mundo antes que el hombre, como todos confiesan; y del mamut, por ejemplo, ignoramos cuándo empezó á resumirse, pues aun hoy en día puede ser que, juntamente con el oso de las cavernas, hurte las asechanzas de los cazadores del Norte.

3. Las computaciones históricas que gozan de más autoridad son muy modernas para de ellas sacar la longevidad humana. La era de las Olimpíadas suele colocarse en el año 776 (A. C.); la memoria de los aryas, en 1600 y 1700 (A. C.); la vida de Abraham, en 2000 (A. C.); el diluvio de Noé, en 4000 (A. C.); las listas de Maneton, que nos guían hasta el año 5000 (A. C.), son muy inciertas: en estos guarismos se suma todo cuanto de algún modo nos consta sobre la antigüedad del hombre: lo que de estas fechas salga no pasará de hipotético y muy dudoso. Porque falsamente habló quien dijo que los indios hacen cuenta de larguísimos siglos. Los escritores que se han curtido estudiando sus historias y monumentos, declaran ser fabulosos esos números que la pretensión de la antigüedad imaginó. "Los indios carecen de libro de historia„ [3]. "La historia anterior al año 1200

---

[1] *La destinée de la terre ferme, R. des q. scientif.*, juillet, 1891, p. 38.

[2] *Test Book of Geology.*

[3] TH. KRUSE, *Indicus alte Geschichte,* 1888.

(A. C.) es hechiza„[1]. "No es posible remontar más allá de 800 años con toda seguridad „[2]. Tales son las voces de los autores más versados en la cronología oriental. Que si consultamos los documentos fehacientes, el más antiguo es la inscripción de Darío, rey de Persia, descubierta en Persépolis: en ella se conmemora la India como parte del imperio persa; ni hay después memoria de ella en otro instrumento histórico anterior al siglo III (A. C.), según verá quien leyere á Duncker, Oldenberg, Sewell, Max Müller, Fergusson. El eruditísimo Max Müller, que ha tratado y hecho diligente pesquisa de la literatura sanscrita, fija el punto más alto de la civilización india entre los siglos XII y II antes de la era vulgar. De los cuales testimonios se infiere que la India no tiene dónde hacer pie, y que, á causa de las tinieblas que cercan su historia, carece de cronología y de tradición verdaderamente auténticas. Las epopeyas, sus grandes sucesos, sus hazañosas empresas, son fábulas increíbles y ridículas; de forma que los escritores más avisados tienen los indios por contemporáneos de Abraham[3], y así el ilustre Klaproth dice: "Las tablas astronómicas de los indios, que se han exaltado como antiquísimas, se construyeron en el siglo VII de la era vulgar, si bien luego la malicia disimulada las refirió á época primitiva„[4].

La cronología histórica de los caldeos da alcance á unos pocos miles de siglos (A. C.), si de testimonios ciertos ha de constar. Las cuentas de Beroso ascienden á 468.310 años, en esta forma: 432.000 antes del diluvio, 34.080 años después del diluvio hasta fines de la segunda dinastía, 1.500 años hasta la séptima dinastía, y un residuo para otras dinastías. Pero ya Cicerón condenaba de mendosa la suma de los miles babilonicos[5], á cuya exorbitancia no hay sucesos en la historia asirio-caldea que le den visos de probable, como Eusebio lo advirtió[6]. Los cálculos astronómicos, examinados cuidadosamente por Straussmaier, á malas penas abarcan el espacio de veinte siglos[7]. Tirando la barra lo más posible, llegan algunos autores al siglo XXV (A. C.), no sin alarde de generosidad[8]. Comunmente los asiriólogos, echadas con tiento las cuentas, ponen los primeros monarcas asirios

---

1 M. Lassen, *Indische altethumskunde,* 1867, t. I.

2 M. Duncker, *Geschichte des Alterhums,* 1879, t. III.

3 William Jones, *Chron. of the Hindoos,* vol. II.

4 *Mém. rel. à l'Asie.*

5 Condemnemus babylonios aut stultitiæ, aut vanitatis, aut imprudentiæ, qui 470 millia annorum, ut ipsi dicunt, commenta comprehensa continent, et mentiri judicemus. *De Divinat.,* lib. I, 35; lib. II, 75.

6 *Chronicon,* p. I, cap. II.

7 *Astronomisches aus Babylon,* 1889.

8 Pannier: Plusieurs listes royales ont permis de arrêter les grandes lignes de l'histoire babylonienne jusqu'au XXVe siècle avant Jesuchrist. *Dictionn. de la Bible,* 1895, art. *Babylonie,* t. I, pág. 1367.

poco antes del siglo XX [1]; el dar á los de Caldea veintitrés siglos es trabajosísimo negocio [2].

El tiempo histórico reputado más antiguo es el que se infiere del cilindro de Nabónides, cuyo texto podrá verse discutido en *La religión*, cap. II, art. 5, pág. 124. Los que remontaren á treinta y ocho siglos las computaciones del cilindro, tendrán que habérselas con un Sayce, con un Peters, con un Sarzec y con otros entendidos asiriólogos, que desencarecen mucho la cuenta. Si el jarro de Tello, que es otro monumento, fuese anterior al Naramsin del cilindro, aun más pujaríamos la antigüedad de Caldea; pero fuerza es someter el prurito á la vara de la crítica imparcial, que no se puede socorrer de pruebas idóneas para arrojarse á cómputos tan elevados [3]. La epopeya de Gilgames no merece otros términos sino del año 2450 al 2250 (A. C.), como lo da por asentado Sauveplane, citando en su favor las autoridades de Smith, de Jeremías y de Loisy [4]. En conclusión, la cronología histórica de Caldea á duras penas toca en los márgenes del año 3000 antes de Cristo, si en nombre de la ciencia, y no de la voluntaria opinión, hemos de rubricar el fallo.

Pasando á Egipto, vemos alegados los 30.000 años que á las dinastías señaló Maneton, de cuyos excesivos cuentos mofaba San Agustín muy á su sabor [5], antes que los modernos los notasen de mentirosos. Hacer ahora caso de los 10.000 años que Platón regalaba á la cultura egipcia, de los 11.340 que Heródoto aseguró á los faraones egipcios, de los 48.863 que Diógenes Laercio deputó al primer rey de Egipto, sería malbaratar tiempo en ir á la mano á escritores que no reventaban de cautos en el asentar los dedos [6]. Para la debida inteligencia, conviene distinguir en Egipto tres géneros de cronología: cierta, incierta, indeterminable. Los cómputos ciertos fundados en hechos históricos no ascienden más allá del siglo VII (A. C.); cuando mucho, frisan con los fines del siglo VIII. El egiptólogo Brugsch dice: "La historia anterior á la dinastía veintiséis, del año 656 (A. C.), queda aún por reducir á computación cronológica" [7]. La cronología incierta, que conjeturalmente se podía rastrear, tomados en conside-

---

1 SMITH, *History of Sennacherib*, 1878, pág. 133.—SAYCE, *Ancient empires of the East.*, pág. 216.

2 SMITH, *Hist. of Assurbanipal*, pág. 250.—LOISY, *Revue des religions*, 1891, pág. 103.

3 Cuando Pannier y otros parecidos escritores afirman en tono grave: vers l'an 3800 regnait à Akkad Sargon l'ancien et Naram-sin son fils *(Dictionn. de la Bible*, 1895, pág. 1367), no hablan así porque estén en lo que dicen, sino por ganas de seguir opiniones particulares, que no pasan de conjeturas.

4 *Revue des religions*, 1893, pág. 444.

5 *De Civit. Dei*, lib. XII, cap. X; lib. VIII, cap. V.

6 Véase *La Religión*, cap. III, art. III.

7 *History of Egypt under the Pharaons*, 1881, chapt. IV.

ración los tiempos de las primeras dinastías y de las pirámides, se alarga hasta el siglo XXXV (A. C.)[1]. La dificultad de esas conjeturas consiste en determinar si las dinastías de Egipto han de contarse todas por sucesivas, ó muchas por simultáneas. Si se reciben todas por sucesivas, componen una suma total de 5.332 años (A. C.); si algunas se estiman simultáneas, habrá que hacer tal baja, que ya "Chabas, interpretando el papirus de Ebers, hubo de intercalar el reinado de Menkara, de la cuarta dinastía, entre los años 3007 y 3010„ [2]. Más arriba del año 3500 andan los hechos indeterminables, fuera de compás y término. Quien pretenda pujar, se verá precisado á traer documentos siquiera probables, que hasta el presente nadie ha osado ofrecer.

Para acabar de entender el peso de la cronología de los indios, chinos, griegos, detengamos en ellos la consideración. Igualmente escasa es la cronología de los indios, si á computación segura de sucesos históricos se ha de acompasar la cuenta. No faltan autores que atribuyan á los reyes de la India 3.500 y aun 5.000 años (A. C.), pues ponemos aparte los 6.402 años que graciosamente el griego Megástenes les dejaba gozar. El indianista Dunker determina con fijeza el año 800 (A. C.) por aledaño y punto de origen, que con alguna certidumbre se puede asentar, para dar principio á los cálculos de cronología posterior, porque en tiempos anteriores no es posible hacer presa sin envolver en nubes de perplejidad las computaciones. Aun la computación del Rig-Veda es de algunos siglos antes de la era cristiana, si bien los hechos narrados y varios documentos contenidos en la dicha colección, así como las hazañas de las epopeyas Mahabárata y Ramáyana podían arrimarse al siglo XVII y aun al siglo XX (A. C.); mas de todo ello no hay averiguación cronológica que cierre con seguridad la puerta al temor de errar[3].

---

[1] ROBIOU: La conjecture la moins invraisemblable, celle qui ne doit pas être bien éloignée de la vérité, c'est que l'histoire des Pharaons a commencé dans le quatrième millénaire, peut-être dans la première moitié de ce millénaire. *Dictionn. apologét.*, art. *Égypte*, pág. 1056.—*La Controverse*, 1882, t. IV, pág. 151.

[2] ABBÉ MOOR, *La chronologie égyptienne, Revue des religions*, 1894, página 482.—Podrá ver el curioso discutida en este autor la presente controversia.

[3] Monseñor Laouenan, diligente escudriñador del vedismo y bramanismo, alegados los pareceres de los modernos indianistas tocante al Rig-Veda, formula su conclusión, para luego probarla, en estos términos: S'il nous est permis, après tant de savants indianistes, d'exprimer notre avis sur ce point important, nous dirons, après une longue et minutieuse étude des hymnes du Rig-Véda (qui est incontestablement le plus ancient des quatre), que la composition en a pu commencer dans le XV^e et même dans le XVII^e ou le XVIII^e siècle avant notre ère; mais ce travail de composition s'est poursuivi pendant

Los que, consideradas las observaciones astronómicas, han echado seso á montón, multiplicando siglos, por subir de punto la antigüedad de la India, no han reparado que la astronomía de los indios más es á manera de mentir que á manera de decir, pues se funda sólo en hablillas de griegos y alejandrinos mal enterados de las cosas del Asia central, comoquiera que los astrónomos bramánicos son de ayer, digámoslo así. Prueba palmaria de los exorbitantes siglos que á la India se dan gratis es ésta. Dividen los indios la edad toda del linaje humano en 14 períodos, cada período consta de 12.000 años divinos, cada año divino es de 360 años humanos ó vulgares. La suma total de la edad humana asciende á 60 millones de años solares. Además, cada período se divide en cuatro edades ó *yugas*, de tiempo desigual. Cabalmente ahora, dicen, nos hallamos en la postrera edad, llamada caliyuga, que ha de durar 5.000 años, y empezó en el año 3101 antes de Cristo: terminada esa edad del último período, remata cuentas el mundo también. ¿Qué cara pondrían los bramanes al amanecer del año 1901, en que los halló el tiempo alcanzados de cuenta, al verse aún bajo la férula de los ingleses, sin que el orbe diera el estallido por ellos soñado? [1]. Mucho será si, descartada la parte fabulosa, se le conceden á la India 3.000 años de edad real (A. C.); más que eso no se saca de verídicas suputaciones, y aun sobre ello se podían dar muchas vueltas. Los juicios falsos que de la extremada antigüedad de la India han corrido por Europa, en grandísima parte proceden de los amigos de enaltecer la casta de los bramanes [2].

Gente más tocada de vanidad que los chinos en hacer plaza de luengos años, no la hubo en todo el orbe. A sus primeros monarcas cargaban tantos miles, que á los solos nueve hermanos Yin-Hoang atribuyeron por junto 45.600 años de vida. No es maravilla que los letrados del Celeste Imperio, por ambición de canas, contasen dos y aun tres millones de años entre la formación del primer hombre y el

---

plusieurs siècles, jusqu'au temps de Budda (543 A. C.), peut-être même plus tard. *Du brahmanisme*, 1884, t. I, pág. 274.

[1] Véase la cuenta sobredicha en Laouenam, *Du brahmanisme*, t. II, pág. 44.

[2] Mons. Laouenan tuvo que reprimir las osadías del P. Dubois, grande encarecedor de la sangre bramánica: Nous sommes obligé de nous mettre ici en contradiction avec le venérable auteur des *Mœurs et institutions des peuples de l'Inde:* non seulement le fait qu'il énonce n'est pas exact, mais la conséquence qu'il en tire en faveur de la haute antiquité du peuple indien, ou plutôt de la race brahmanique, manque de fondement. *Du brahmanisme*, 1885, t. I, pág. 36.—El Vicario Apostólico de Pondichéry, que podía tocar con las manos los yerros de la desaforada antigüedad, añade en otro lugar: Le Kaliyuga, âge noir, âge de malheur, le seul qui soit tenu pour réel par las Indiens eux-mêmes, a commencé en l'an 3101 avant l'ère chrétienne. Cette supputation, qui est fondée sur une infinité de documents incontestables et incontestés, coïncide d'une manière admirable avec l'époque du déluge de Noé. *Ibid.*, t. II, pág. 350.

nacimiento de Confucio, como Meyer lo escribe [1]. ¿Por qué se les levantaron los espíritus tan sin medida, sino porque, así como en la India los bramanes mostraron notable vena en pompearse con ridícula presunción, también á los taoístas chinos se les antojó fabular y vender por historia la mitología de ellos inventada? Los misioneros católicos, que en el siglo XVII comenzaron con el estudio á meter los ojos en el laberinto de la cronología china, por no haber acertado á coger el hilo de los tiempos, aun echando á fábula los sucesos antecedentes al reinado de Johi, no repararon en establecer á éste en los años 2952 y aun en 3468 (A. C.) [2]. Nadie extrañará, según eso, que aquellos autores antepusiesen los Anales de la China á los monumentos históricos de cualquiera otra nación.

Los modernos, al contrario, inclinados á quitar á la China el pelo viejo, la van enjordanando y despidiendo de sus fabulosas canas los humos de la incomparable vejez. El período histórico de la cronología cierta y segura arranque del siglo octavo (A. C.), dicen los sinólogos, sin embargo de confesar, pues no pueden menos, que los siglos antecedentes parte son históricos, parte legendarios y fabulosos, pero no hay computista que los trabe en una tela ordenada de tiempos. Abalanzadas las razones de entrambos extremos pareceres (como dejamos advertido en *La Religión*, cap. VIII, art. 2), al emperador Iao le podían caber sin considerable dificultad veinticuatro siglos (A. C.), y algunos más á los pocos emperadores precedentes; pero á cuarenta siglos (A. C.) no se extiende la cronología histórica de la China con entera seguridad, porque los libros King no dan licencia para tanto.

La cronología helénica anda ras con ras al talle de la china. Platón fijó la fundación de Atenas en el año 11000 (A. C.); ¿á qué inmensidad de años no subiría el filósofo la vida del primer hombre? [3]. En el día de hoy, quien otorgue á la fundación de Grecia de dos á tres mil años, habrá echado el rasero conforme á la amplitud de su historia [4].

---

[1] *Chinese Readers Manuel*, 1874, pág. 364.

[2] P. HALDE, *Description de la Chine*, 1735, t. I, pág. 193.—P. GAUBIL, *Traité de la chron. chin.*, publicado por Sacy en 1814.—P. AMIOT, *Mém. concernant les chinois*, t. XIII, pág. 229.—P. PRÉMARE: «Lo que se cuenta antes del tiempo de Fohi debe pasar por mitológico». *Cartas edificantes*, t. XII, página 103.

[3] La cuenta de Platón se calcula de la forma siguiente: Atenas se fundó 1000 años antes de la guerra de los Atlantes, ésta acaeció más de 9000 años antes del siglo quinto (A. C.); todo ello por dicho del propio Platón en su *Critias*.

[4] DIEHL: Hissarlik est plus ancien que Santorin et que Jalysos... Si l'on veut fixer des dates approximatives, on placera Hissarlik avant le XVe siècle. *Excursions archéol. en Grèce*, 1895, pág. 48.

De todo lo dicho hasta aquí podemos ya dar por averiguado que, conferidos entre sí los anales de la Caldea, de Egipto, de la India, de la China, de Europa, y de las naciones más antiguas del mundo, la cronología histórica no sube más allá del año 4000 (A. C.). Añádanse dos ó tres mil años más á la época anterior del diluvio, y concluyamos que la edad del linaje humano hasta el día de hoy apenas frisa con diez mil años transcurridos [1].

ARTÍCULO III.

1. La cronología bíblica no reconoce límites positivos.—2. Es incompleta y dudosa.—3. Por qué causas hállanse vacíos en las listas genealógicas de la Escritura.—4. Omisiones evidentes.—5. Razones para tener por ninguna la cronología bíblica.—6. El silencio de la Biblia no legaliza los desmesurados cuentos de siglos que los modernos fantasean.—7. La Biblia ofrece términos razonables donde poder convenientemente comprender los sucesos geológicos.—8. Ardides de los enemigos de la Biblia.

1. Tal es el realce que se ha querido dar en estos últimos años á la contienda sobre la edad del humano linaje, que no hace un escritor debidamente su oficio, según parece, si no extiende todas las velas de su diligencia en esta cuestión principal. Leyendo, pues, con estudio las sagradas Escrituras, quien advirtiere que fuera del libro de los Macabeos casi no se descubre orden de siglos ni cómputo de años en todo el Viejo Testamento, concluirá fácilmente que el tiempo transcurrido desde Adán hasta nosotros carece de fundamento seguro para la noticia cronológica, la cual sólo puede conjeturarse vagamente, y no por tasa, ni por guarismo aproximado. Cada comentador, según el pie que toma para la numeración de los años, saca diferente cómputo; serán, pues, muchas y varias las opiniones que en el referir lás fechas por necesidad ha de haber. Ya en el siglo XVII el doctísimo P. Pezron, de la Orden de San Bernardo [2], sostenía que entre la creación del hombre y la venida del Mesías mediaron más de cinco mil años, antigüedad más remota que la que en su tiempo corría.

Algo más adelante vinieron otros cronólogos, á quienes pareció corto el espacio de cuatro mil años computados por el cálculo judío

[1] NADAILLAC: Nous sommes loin de ces amoncellements de siècles que les amateurs du merveilleux et les contempteurs de la révélation acceptent avec autant d'enthousiasme. Il est impossible de ne pas être frappé de la concordance des calculs géologiques avec les données que nous avons empruntées à l'histoire et à l'archéologie. Appuyé sur des faits indéniables, sur tous ceux actuellement connus, nous répéterons que la limite extrême que l'on peut assigner à l'humanité, depuis la création, ne saurait guère dépasser 10000 ans. *Les dates préhistoriques*, Correspondant, 1893.

[2] *Antiquité des temps défendue et retablie*, 1687.

para la edad del mundo antes de Cristo. Han filosofado estos sabios que si la Escritura por una parte guarda silencio acerca de la primera edad, por otra la ciencia natural demanda gran suma de tiempo para la formación del globo. Han advertido cuidadosamente, que los escritores de los siglos pasados por confundir la creación de las cosas con la hechura del hombre, daban á entrambas obras períodos de breve duración; no así los modernos, los cuales, distinguiendo la creación primera de la institución de los diferentes reinos, y éstos de la formación del hombre, al hombre decretan sin dificultad cien mil ó doscientos mil años [1], y aún más [2]. Y como la Biblia, insisten, no da armas á nadie con que postrar su osadía, tampoco nos obliga á tener por descabellada su pretensión. Porque en el cálculo usado por los expositores, prosiguen, hallamos esa divergencia, y así puédese creer que Dios ha dejado la cronología mundana al arbitrio de los hombres, como una de tantas controversias, puesto que cada escritor inventó su sistema, estableció su base, discurrió por su cuenta, sacándola tan diversa uno de otro, que entre más de doscientos cómputos por un autor del siglo XVIII recopilados [3], los extremos son de 6984 y de 3483 años [4].

Para definir en breves términos algo de lo mucho que los antedichos autores refieren, es digna de observarse la notable diferencia entre los cálculos presentados por cronólogos de gran fama respeto á la edad del hombre antes de Jesucristo. Los cómputos más celebrados son los siguientes: judíos modernos, 3761 años (A. C.); San Jerónimo, 3941; Escalígero, 3950; Petavio, 3994; Sixto Senense, 3960; Alápide, 3953; Usherio, 4004; Natal Alejandro, 4000; Clinton, 4138; Benedictinos de San Mauro, 4963; Hales, 5411; Jackson, 5426; Iglesia alejandrina, 5504; Iglesia de Constantinopla, 5510; Clemente Alejandrino, 5624; Julio Africano, 5502; Hesiquio, 6000; San Julián de Toledo, 5325; por manera que entre las cuentas dichas caben largos siglos de diferencia. San Agustín, si bien no atinó á notar guarismo, dice que no llegan á seis mil los años contados desde que el hombre existe hasta su tiempo. El Martirologio Romano, siguiendo á los Setenta, señala al hombre 5199 años de edad.

2. ¿Qué peso hemos de dar á estas tan desiguales computaciones? ¿Es creíble que el Espíritu Santo quisiese sugerir á los hagiógrafos

---

1 HAECKEL, *Historia de la creación*, 1884.—MORTILLET, *Le préhistorique: antiquité de l'homme*, 1883.

2 *La Civiltà cattolica:* Al solo genero umano il Lyell e il Lubbock regalavano 200.000 anni; il Fuhlrot e il Vivian, 300.000; altri, 1.000.000; l'Hunt, Presidente della Società Antropologica di Londra. 9.000.000.000. Si calcolino da ciò i miliardi di secoli necessari per la derivazione di tutte le specie per gradi insensibili. 1895, vol. IV, pág. 540.

3 ALFONSO DE VIGNOLES, *Chron. de l'hist.*, 1738.

4 P. RICCIOLI, *Chronologia reformata*, 1669, t. I, l. VII.

un sistema de cronología determinada? ¿Cabe revelación divina en la cronología de la Biblia? ¿Pudieron los santos historiadores padecer engaño ó error en el asiento de los guarismos? Para resolver con más acierto estas cuestiones, será bien advertir que hasta el siglo XIX había sido estimada comúnmente verdad notoria que la cronología de la Biblia era divinamente revelada ó fruto de la divina inspiración. Hacían cuenta los expositores que todos los guarismos que notan años y señalan las vidas de los Patriarcas se continuaban sin interrupción unos tras otros, componiendo así una suma total con sus épocas distintas y determinadas. Fiando los apologistas en los números bíblicos, y haciendo fuerza en la vaga noticia que tenían de los pueblos antiguos, daban solución á los argumentos en contra descartándolos con suma facilidad.

Por no haber ellos sondeado, como los modernos, la antigüedad de los pueblos, en el día de hoy el proceder de los antiguos está muy lejos de apagar los deseos de los estudiosos. Tenemos más clara noticia de muchas gentes antiguas, merced á los afanes de los sabios que se quemaron las cejas en su estudio y averiguación. Pero es muy para considerar que esa tal cual noticia, respectivamente más completa, no lo es en tanto grado que deba sernos suficiente para apadrinar las teorías sistemáticas y los relatos fabulosos, que hombres superficiales y malcontentos con la divina revelación forjan con tanta liviandad, sacando de la observación y de los hechos cosas que ni los hechos ni la observación permiten sacar.

Dejemos ahora los cuarenta y más siglos (A. C.) que blasonan los chinos, indios y asirios, porque ni las historias de estas naciones son continuas, ni sus libros merecedores de entero crédito, ni sin sospecha sus cómputos. Viniendo á la historia egipciaca, que es la más estudiada y la más completa de todas, hallamos una cronología aproximada que se remonta al siglo XIV (A. C.), como lo demuestran los egiptólogos Rougé y Robiou: más arriba de esa fecha podemos conjeturar con el docto Robiou que la historia de los Faraones comienza en el cuarto millar antes de la era cristiana, si bien es ésta una conjetura poco fundada, aunque parezca algo conforme á la verdad de las cosas [1]. La cronología de la Vulgata, que admite tres siglos entre el diluvio y el nacimiento de Abraham, es insuficiente y escasa, pues no se ajusta bien con la verdadera historia de Egipto. La cronología de los Setenta, que concediendo más amplitud que la Vulgata, asienta unos doce siglos entre el diluvio y la peregrinación de Jacob á Egipto, corre mejor y viene más medida con la cronología de los egipcios. Con todo, puesta la historia egipcia al lado de las genealogías de los Patriarcas, pesadas ambas en una balanza, es de todo punto imposible sacar á luz la verdad y determinar su perfecta conveniencia: por to-

---

[1] *Dictionnaire Apologétique,* 1889, art. *Égypte,* p. 1056.

dos lados se palpan tinieblas que infunden sobresalto y confusión.

Atentos los exégetas modernos y los ojos abiertos á las gravísimas dificultades que de ahí forzosamente habían de nacer, estimulados por una más extensa y profunda noticia de la antigüedad, después de haber rodeado los senos ocultos de las listas genealógicas del Pentateuco, y ahondado la preñez de cosas que encierran, han venido á establecer que las genealogías bíblicas no son continuas, sino discontinuas, que faltan fechas numéricas en el catálogo de las generaciones, que se echa menos el proceso puntual del árbol genealógico, y que, por tanto, el autor sagrado, ya que estuviese inspirado y acertase indefectiblemente en el señalar los años, no hizo propósito de alegar, ni Dios le quiso poner en la pluma las omitidas genealogías, para efecto de constituir una cronología general y cumplida. A la manera que en la genealogía de Cristo, citada por San Mateo, hay evidentemente vacíos y faltan generaciones intermediarias; á ese tenor pasa otro tanto en las listas de genealogías anteriores al patriarca Abraham.

3. Para que esto mejor se entienda, pongamos otra vez los ojos en las computaciones arriba mencionadas: en ellas debe advertirse que casi á una voz hállanse conformes los cronólogos en conceder unos dos mil años (A. C.) al nacimiento de Abrahán; pero en el determinar los que le precedieron hasta Noé ó hasta Adán, tira cada cual por su parte, sin haber sido posible reducir las infinitas opniones á tres ó cuatro escuelas principales, porque la discordia nace del mismo texto original, diversamente entendido por los hebreos, por los samaritanos, por los Setenta, entre cuyas interpretaciones la diferencia es de unos 1.400 años desde Adán hasta Abrahán (texto hebreo 2.023, samaritano 2.324, alejandrino 3.389).

Cuál sea la causa de tan raras divergencias, ninguno hasta el presente ha podido apearla, como ya en su tiempo lo repetía San Agustín [1]. El texto de Moisés, en orden á los números cronológicos, es tan incierto, que no podemos alcanzar por ninguna plausible conjetura cuál fuese el primitivo y original; luego por esta parte es libre, pues que ni la Iglesia ha puesto la mano en la determinación, ni toma partido ni aboga por un cómputo más que por otro. Con razón decía el esclarecido Rougé: "La Biblia en ningún lugar afirma que el mundo tenga cuatro, cinco ó seis mil años (A. C.); nosotros somos los que hemos creído poder, con ayuda del cálculo, llegar á estos guarismos, que al fin expresan sumas cuyos sumandos no tenemos enteramente conocidos" [2]. Según esto, no hay cronología bíblica, es decir, contenida material ó formalmente en las Escrituras; lo que sí hay es grandísima variedad y confusión de cómputos hechos por los es-

[1] *De Civitate Dei*, lib. XVI, cap. X.

[2] WALLON, *Notice sur M. de Rougé, Journal officiel*, 16 Déc. 1877.

criturarios con el artificio de sus sistemas; cómputos, sujetos á discusión é inciertos por resultar de combinaciones dudosas, y por esta causa expuestos á error, y repudiables ó aceptables al arbitrio los autores. Concluyamos de aquí que "no hay razón decisiva para preferir los guarismos de los Setenta á los del texto hebreo, ó los del hebreo á los del samaritano„ [1], porque no salimos de duda ni sabemos cuál de los tres, ni aun si alguno de los tres, contiene los números auténticos y verdaderos; con que se hace imposible tasar al origen del hombre fecha determinada, ni siquiera con aproximación y entre ciertos límites, si hemos de atenernos á los números por la Escritura suministrados.

¿Qué será si llega uno á reconocer que las tablas cronológicas, frecuentes en muchos libros de la Biblia, están incompletas y mermadas? ¿Qué si se pone uno á considerar que estamos lejos de poseer todo el árbol genealógico de los Patriarcas desde Adán hasta Abrahán, y que apenas disponemos de ramas sueltas y mutiladas, tales, conviene á saber, cuáles eran menester, y no más, para hacer ostensible la filiación de los hombres en línea recta? Que si no todas las generaciones eran necesarias, si podían los hagiógrafos declarar la sucesión de los hijos de Adán sin notar la sucesión minuciosa de sus edades y tiempos, no había para qué nos diesen razón de muchas descendencias intermedias, pues muy bien podían sepultarlas en perpetuas tinieblas, borrando así la memoria de años y siglos enteros. Decía San Agustín: "No quiso el Espíritu divino señalar los tiempos antes del diluvio en las estirpes de la ciudad terrena, sino en las de la celestial, teniéndolas como por más dignas de mención; y cuando nació Set, aunque refiere los años de su padre, ya había engendrado á otros, y si fueran solos Caín y Abel, ¿quién osara afirmarlo? Porque no por ser solos los nombrados, por amor de las listas y órdenes de las generaciones que convenía poner, por eso nos debe parecer que fueron solos los que entonces engendró Adán... El escritor de la sagrada historia sólo refirió las generaciones, no las que primero tuvieron los padres, sino las que vinieron en la lista y orden de la propagación„ [2]. Según este santo Doctor, el cuidado de poner manifiesto el orden de la humana propagación guió la pluma de Moisés en el asentar los años y las generaciones.

Ahora, pues, no faltan motivos para conjeturar, y aun para resolver con harta probabilidad, que en los cuadros genealógicos se desterró la memoria de varias generaciones. El P. Lequien, erudito cronólogo de la Orden de Santo Domingo, ya en su tiempo (1663-1733) discurría que las seis generaciones contadas entre Naasón y Salomón eran insuficientes para llenar el espacio de 500 años, por eso no-

[1] VIGOUROUX, *Les livres saints*, 1890, t. I, p. 470.

[2] *De civitate Dei*, lib. XV, cap. XV.

taba de escasas las listas de cuatro libros que las contienen [1], como puede verse en el *Curso de Escritura* publicado por Migne [2]. Sin esto los Paralipómenos intercalan ocho generaciones entre Eleazar y Sadoc [3], mas es cierto que Josefo da á Sadoc otros muchos ascendientes [4]. Laban, con ser nieto de Nacor, es tratado como hijo [5]. Llaman los Números á Jocabed hija de Leví, y fué su bisnieta ó rebisnieta [6]. Subuel pasa por nieto de Moisés [7], siendo á la vez contemporáneo de David. En otros muchos pasajes [8] los vocablos padre, hijo, han de entenderse sin falta en sentido lato de ascendiente ó descendiente más ó menos remoto [9], por cuya razón, dondequiera que se proponen catálogos de estirpes, anda como en aventura el expositor, indeterminado y perplejo, recelando si son nietos y abuelos los denominados por el texto hijos y padres.

4. Crece la perplejidad si asentamos que la morada de los israelitas en Egipto duró 430 años, razonable cuenta, según la cual, entre los nacimientos de Caat y de Moisés hubieron de pasar más de 350 años, porque Caat vino al mundo antes que su padre Leví entrase en Egipto [10], y Moisés era ya de 80 años cuando la salida. Sin embargo de lo que dicen los Números [11] y el Éxodo [12], salen mucho menos de 270 años (133 + 137). Esta discordancia indica que Caat no era abuelo de Moisés, sino bisabuelo ó rebisabuelo; el modo de componer la contradicción será decir que entre Caat y Amrán falta el nombre de otro ú otros patriarcas [13]. También señalan los Números á Caat cuatro hijos [14], pero en el segundo año de morar en Egipto dicen que la casa ó familia de Caat ascendía á 8.600 varones [15], y las hembras serían otras tantas: suma fabulosa, si el árbol genealógico de Caat no estuviese destroncado en la Biblia. Comparando los dos catálogos de San Mateo y de San Lucas, es cosa clara que San Mateo veneró con el silencio la mitad de las genealogías intermedias desde Zorobabel hasta San José, porque San Lucas menciona veintidós y San Mateo solas once [16].

Más evidente argumento facilita el capítulo XI del Génesis, leído con atenta consideración. El texto griego, entre Arfaxad y Sale intercala un Cainan [17]; el original hebreo le pasa en silencio, contentándose con solos diez patriarcas postdiluvianos; falta, que podía acha-

---

[1] *Ruth*, IV, 18-22; *I Paralip.*, II, 11-15; *Luc.*, III, 31-33; *Matth.*, I, 45.

[2] T. III, col. 1572.—[3] I, cap. VI, 3.

[4] *Antiquit. judaic.*, lib. VIII, cap. I.—[5] *Gen.*, XXVIII, 5, XXIX, 5.

[6] *Num.*, XXVI, 59.—*Exod.*, VI, 20.—[7] *I Paralip.*, XXIII, 15.

[8] *III Reg.*, XIX, 16; *IV Reg.*, IX, 20; *II Paral.*, XXII, 7.—*I Esdr.*, V, I; *Zach.*, I, I.

[9] VIGOUROUX, *Les livres saints*, t. I, p. 476.

[10] *Gen.*, XLVI, 11.—[11] XXVI, 57, 58.—[12] VI, 18, 20.

[13] BRUCKER, *La Controverse*, 15 Sept. 1886, p. 81.—[14] III, 19.

[15] *Num.*, III, 28.—[16] *Matt.*, I, 12-16.—*Luc.*, III, 23-27.—[17] *Gen.*, XI, 12.

carse á distracción del copista, pues que también pudo estar distraído el griego al ingerir su nombre en la versión alejandrina, si bien es caso recio suponer distracciones en cosas tan graves; fuera de que repiten los Paralipómenos [1] la interpolación, y San Lúcas [2], como lo reconocen los más eminentes escriturarios. Ni es único este caso: San Mateo [3] pasa de Joram á Ozías sin mentar á tres reyes [4] que fueron ascendientes intermedios, con que hace á Ozías hijo de Joram, cuando de verdad es su tataranieto [5]. San Juan desterró del catálogo de las tribus la de Dan [6]. El doctísimo P. Malvenda, dominico, muy versado en esta suerte de discusiones, no dudaba en el siglo XVII que la Escritura expresa por intermedios *(per intermedios)* la filiación de Sale y de Ozias [7], y respondía desmedroso á las razones en contra. Lícito es, pues, concluir que en las genealogías bíblicas faltan generaciones enteras, no sólo entre Abrahán y Noé, mas también entre Abrahán y Jesucristo. Los antiguos cronólogos, que por sola curiosidad, sin razón de apología, escudriñaban las listas, dieron por constantes los años transcurridos desde Abrahán hasta la era cristiana; los modernos, acosados por la escuela prehistórica y por los ramos científicos que exigen con imperio exorbitancia de años para sus imaginados descubrimientos, al insistir con más diligente estudio en no dejar rincón en la Biblia que no huellen, ni catálogo que no pasen por el examen severo de la crítica, hallan cada día nuevos motivos para extender la cronología llamada tradicional.

5. Confirmación esclarecida de que al usar el sagrado escritor la voz *genuit* para entroncar hijos con padres, no es fuerza que debamos entender generación inmediata, ofrece el capítulo x del Génesis. En el versículo 13 dice que Mezraim engendró *(genuit)* á los ludeos, á los anameos, labeos, filisteos... y luego que Canaan engendró *(genuit)* al heteo, al jebuseo, al amorreo, jerjeseo, heveo, araceo, sineo, etc.; donde consta que éstos no fueron individuos, sino pueblos y familias numerosas con quienes midieron más adelante las armas los hijos de Israel. De forma que las voces *engendró, nació, padre, hijo,* tan frecuentes en los cuadros genealógicos del Génesis, Éxodo, Números, Paralipómenos, Reyes, Rut, Esdras, Lucas, Mateo, no necesitan á

[1] I, cap. I, 18.—[2] III, 36.—[3] I, 8.

[4] *IV Reg.*, XIV, 21.—*II Paralip.*, XXVI, I.—*I Paralip.*, III, 11, 12.

[5] PATRIZZI, *In Evangel.*, lib. III, diss. IX, eap. X, § I.—VIGOUROUX, *Revue des quest. scientif.*, 1886, pág. 372.—BRUCKER, *Études*, 1894, 15 août, página 632.—ZAHM: It isto be noted, that... the Evangelist uses the word *genuit (Joram genuit Oziam)*, although Ozias was the son of Amasias. This proves that the Hebreus, like the Orientals generally, did not always employ this expression in its strict seme; the word is the consacrated term always employed in the genealogical lists, and may signify mediate as well as immediate filiation. *Bibel, science and faith*, p. III, chap. I, pág. 303.

[6] *Apoc.*, VII, 5-9.—[7] *De Antichristo*, lib. II, cap. X.

una significación restringida y ordinaria, antes dan lugar á otra más amplia, de descendencia ó filiación mediata y remota, sea que la pobreza de la lengua hebrea careciese de dicciones propias con que denotar los grados de parentesco, sea que por altísimas razones empleasen los escritores vocablos más comprensivos y universales. De donde viene á ser que en las genealogías del Génesis los Patriarcas, antediluvianos y postdiluvianos, pueden con plausible razón considerarse como familias ó casas distantes entre sí, y aun con varios intermedios y con interrupciones en la inmediata relación de la descendencia, sin que por eso deba defraudarse á los individuos allí notados su ser histórico y personal. No es esto maravilla, por motivo de que el intento de Moisés, como decíamos con San Agustín, no tanto fué dar cuenta de todo el árbol genealógico de cada casa ó familia, cuanto certificarnos que Abrahán, padre de todos los creyentes, tenía relación estrechísima y notoria con aquellos antiguos Patriarcas que habían recibido y perpetuado las promesas y revelaciones divinas.

Este dictamen, barruntado en los tres últimos siglos por Melchor Cano [1], por el P. Lequien [2], por el P. Malvenda [3], eruditísimos teólogos de la Orden de Predicadores, han abrazado y seguido en nuestros días muchos escritores de merecido renombre [4]; los cuales, advirtiendo que la disposición cronológica que se echa de ver en los sagrados libros no ayuda á formar cuenta determinada, entera y cabal, afirman ser evidente la continuidad de las genealogías en algunas listas, muy probable la de otras, y cierta la intención de no ofrecer el hagiógrafo á los hombres una suma de años completa y total; de donde pasan á concluir que la cronología de los tiempos anteriores á Abrahán carece de valor numérico, y viene á ser como si no la hubie-

[1] *De locis theol.*, lib. II, cap. XIII.

[2] MIGNE, *Cursus completus Script. sacræ*, t. III, col 1572.

[3] *De Antichristo*, lib. II, cap. X.

[4] SACY, COSQUIN, *Revue des questions scientifiques*, 1880, p. 286.—MOLLOY, *Géologie et révélation*, trad. de Hamard, 1881, p. 331.—VALROGER, *L'âge du monde*, 1869, p. 47.—WALLON, *La sainte Bible résumée*, 1867, t. I, p. 433.—MEIGNAN, *Le monde et l'homme primitif*, 1879, p. 435.—REUSCH, *La Bible et la nature*, leçon XXXI.—BELLYNCK, *Anthropologie. Etudes religieuses*, Avril, 1868, p. 578.—PANNIER, *Genealogicæ biblicæ*, 1886, pág. 242.—KNABENBAUER, *Bibel und Chronologie.—Stimmen aus Maria Laach*, t. IV, 1874, p. 362.—GÜTTLER, *Naturforschung und Bibel*, 1877, p. 315.—BRUCKER, *La Controverse*, 1886, t. VI, p. 387; t. VIII, p. 95.—MENDIVE, *La religión católica*, 1887, p. 763.—MIGUEL MIR, *Harmonia entre la ciencia y la fe*, 1895, cap. XVII.—DE BROGLIE, *Étude sur les Généalogies bibliques*. Congrès scientifique international, 1889, t. I.—CARD. GONZÁLEZ, *La Biblia y la ciencia*, 1891, t. II, página 514.—VIGOUROUX, *Les livres saints*, 1890, t. III, p. 468.—VIGIL, OB. DE OVIEDO, *La creación, la redención y la Iglesia*, 1892, t. I, p. 183.—BOURDAIS, *Dictionnaire apologétique*, art. *Patriarches*.

se [1]. Y esto, no solamente porque la Iglesia no ha querido tratar como cosa de fe la cronología bíblica, sino porque aunque sea verdad que cada biografía patriarcal contiene indicios numéricos dignos de toda reverencia; pero por ser elementos destrabados, de origen mal seguro, de dudosa significación, de discordante inexactitud, no parecen ordenados por el sagrado autor á constituir un todo cronológico completo y general. Los guarismos de las listas son merecedores de toda veneración y acatamiento, el orden de los sucesos consta también claramente en la Escritura; con todo eso, los acaecimientos omitidos, las fechas pasadas en silencio, los descuidos de los copiantes, la particularidad del sistema de numeración que los hebreos usaban, la tolerancia de la Iglesia en tanta diversidad de cálculos, dan luz y persuasión para concluir fundadamente que es incompleta y mermada la cronología bíblica [2].

6. Mas de aquí se origina la dificultad más arriba apuntada. Los modernos, desvanecidos con los triunfos de la *ciencia,* mirando con ceño la diversidad de cómputos antedicha y la ninguna cronología dictada por las Escrituras, se ponen á filosofar de gentil manera, discurriendo que, pues no hay para la edad del hombre fecha constante, ni guarismo determinado por la fe ni por la tradición, quédale al naturalista libertad omnímoda para explayarse sin tasa y amontonar años hasta un millón y más, ó siquiera de siete mil á cien mil: manera de dialéctica que, vemos usada por escritores que se precian de defensores del dogma cristiano y de la veneranda tradición de la Iglesia.

Pero en su discurso no parece quedar lucida la bizarría de sus ingenios. Porque, aunque la Biblia ni la tradición prescriban cotos fijos, ni la Iglesia los señale, mas ni la Biblia ni la Iglesia abren campo franco á excesos desaforados y exorbitantes. Ahí está la tradición de los intérpretes y Doctores eclesiásticos, que ponen linderos harto dilatados, dentro de los cuales será lícito al católico espaciarse libremente, sin que le sea dado, so pena de pasar los términos de lo razonable, extender indefinidamente el vuelo á miles y miles de años. Bien se lo decía San Agustín á los presumidos parleros de su tiempo: "En

[1] *La Civiltá Cattolica:* L'anello di congiungimento tra un patriarca e l'altro è espresso dalla parola *genuit.* Se questa parola *genuit* richiede che il generato, che s'indica, sia immediatamente congiunto col generante, in tal caso avremmo nella stessa Bibbia *determinato* il tempo che corre da Adamo a Gesù Cristo; che se invece la parola *genuit* non richiede che il generato, che s'indica, segua immediatamente il generante, in questa ipotesi tra l'uno e l'altro potrebbe, in certi casi, suporsi una lacuna, non sappiamo quanto lunga, da riempirsi con generanti e generati che dalla Bibbia non vengono punto nominati. E posto ciò, il tempo trascorso da Adamo a Cristo potrebbe essere assai più lungo di quello che si computa dalla successione de patriarchi espressamente nominati nella Bibbia, 1894, vol. XII, pág. 281.

[2] *La Controverse,* 1886, 15 Mars, 15 Juillet.

vano, con liviana presunción charlan algunos diciendo que desde que los egipcios llevan la cuenta y observación de los astros han pasado cien mil años y más...; porque no habiendo aún transcurrido seis mil años desde el primer hombre, que se llamo Adán, ¿cómo no merecen ser más bien burlados que refutados los que á esta verdad pretenden persuadir opuesta cuenta sobre los tiempos?„ [1] ¿En qué está el nervio del argumento del santo Doctor, sino en que, no alegando sus adversarios razón alguna en prueba de su dicho, hablaban de cabeza y merecían correctivo?

Pues éste es nuestro argumento. ¿Dónde tienen los modernos tan poderosas razones que les den licencia para exceder los límites de una moderada cuenta? ¿No decía ya Petavio que los años transcurridos desde la creación hasta la fundación de Roma, "por ninguna razón cierta, sino sólo por conjetura verosímil se coligen„? [2] ¿Y cómo se explica tanta diversidad de opiniones sino declarando que cada cual sacaba los años de allí donde menos explícitamente se contenían? En este mismo sentido otorga Ubaldo Ubaldi que "la Escritura no expresa la cronología de las edades antiguas, sino que sólo ofrece materia con que componerla„ [3]. Mas estas autoridades no abren la puerta á la invención de las millaradas de siglos que sueñan los científicos del día. El texto hebreo cuenta desde Adán hasta el diluvio 1.656 años; el Samaritano, 1.307; el griego, 2.242: van casi mil años de diferencia: en las restantes edades hasta la venida del Mesías, concurren los tres casi de todo en todo. Razones para sospechar que en la Biblia se omitieron generaciones no faltan, como hemos dicho; que no tuvo cuenta Moisés con narrar la sucesión, sino la filiación, de las familias humanas, en cuanto decían respecto al Mesías y al desenvolvimiento del orden sobrenatural [4].

7. Las listas genealógicas no son varas de medir, será todo mucha verdad; hay confusión suma, no cabe dudarlo, y de ella se lamentaba San Jerónimo [5]; mas la discrepancia, á causa de dicha omisión, entre cronologías diversas no da derecho para introducir á voluntad y aumentar sin reparo generaciones humanas, y subir á excesiva exorbitancia la suma de años. Luego la confusión ni el silencio de la cronología bíblica licencian á Nadaillac ni á otro escritor alguno para fingir siglos por meras sospechas y sin bastante fundamento. ¿No le bastan 9.000 ó 10.000 años para explicar la historia humana desde Adán hasta hoy? Con razón el sabio Hamard nota la arrogancia de este antropólogo, y vuelve por la autoridad de los li-

---

[1] *De civit. Dei*, l. XVIII, cap. XL; lib. XII, cap. X.
[2] *De ratione tempor.*, p. II, l. II.
[3] *Introd. in Sacr. Script.*, vol III, 1881, p. 596.
[4] M. VALLON, *La Sainte Bible résumée*, 1867, t. I.
[5] *Epist. ad Vitalem; Comment. in epist. ad Tit.*

bros sagrados [1]. "Estamos, añade en otra parte, en la mayor incertidumbre tocante á la antigüedad de nuestra especie: es posible que tenga seis mil años, según el texto hebreo, y también siete mil, según los Setenta; y es posible que remonte más arriba, á causa de las omisiones que pueden suponerse en los árboles genealógicos„ [2]. Mas, en caso de tanta confusión, ¿serán tan temerarios los naturalistas que presuman, mediante los arcaduces llenos de robín de sus hipótesis, sacar limpia el agua de la verdad? Porque la ciencia verdadera, sólidamente establecida, sería la llamada á fijar la edad del hombre, cuando todo calla, la Biblia, la Iglesia, la tradición. Y ninguno hasta el presente ha tenido ingenioso denuedo para determinar de una manera indubitable la edad cierta y segura de cada época geológica, cuánto menos la del hombre. En mal hora, como si se le rebotara la sangre de coraje, escribió Mortillet: "La Biblia, ese aclamado fruto de la revelación y depósito de toda verdad, ha sembrado grandes discordias entre los cronólogos, de suerte que no han podido entenderse acerca del tiempo transcurrido desde la creación de Adán al nacimiento de Cristo„ [3]. ¿Qué culpa tiene la Biblia de las discordias de los cronólogos? Si el Espíritu Santo no quiso revelar al mundo la edad del hombre, y por eso la cronología bíblica no es artículo de fe, queda su averiguación al sudor de los hombres estudiosos. Ellos son los que han de hacer zanja firme para construir la obra, ellos los que deben concertarse y avenirse.

Pero ¿qué sucede? "La venida del hombre á morar entre los seres que le obedecen, ¿cuándo acaeció? Dudamos de las manifestaciones primeras de la vida; pero aquí nuestras dudas se doblan. La venida del hombre es un misterio, de explicación imposible, si la han de dar las luces de la ciencia. Más: la explicación se hace tanto más dificultosa cuanto son más conocidas las condiciones de la vida. Solamente la ignorancia, dice con razón M. Hebert, es capaz de imaginar que la ciencia humana es todopoderosa„ [4]. Esto dice Nadaillac. De donde una de dos: ó demuestre la ciencia con hechos positivos la verdad de sus famosos millares, ó, si sólo ha de rastrearla por apariencias naturales, aténgase á los números cronológicos que en la Iglesia católica corren como valederos, y no pondrá su honra á riesgo de despeñarse. "Yo no entiendo, exclamaba el cardenal Mazzella, por qué han de ponerse al abrigo de semejantes efugios, cuando tenemos patente y á la vista un camino derecho que podamos seguramente seguir. Porque á cuantos atribuyen al género humano indefinida ancianidad, podemos decirles: vuestras razones nada prueban, ni concluyen el in-

---

1 *La Controverse,* 1881, t. II, p. 570.
2 *La chronologie des temps primitifs,* § III.
3 *Le préhistorique,* p. 515.
4 *Les premiers hommes,* t. I, chap. I.

tento; luego no es posible apartarnos de la referida cronología„ [1].

No puede ponerse duda, repetimos, en que la cronología bíblica vaga incierta; es tan vario el cómputo de los intérpretes, que bien podemos afirmar que no tenemos cosa fija en los años de la historia sagrada. Mas también es muy gran verdad que esto, positivamente hablando, es cierto, pero negativamente no; conviene á saber: la Biblia no determina qué número tasadamente de años abrace la existencia de la humana familia, ni la Iglesia precisamente los define, pero no consiente la razón que se excogiten límites exagerados, sin qué ni para qué, dando de mano á los razonables que están en uso entre los fieles. Luego positivamente no tenemos cronología bíblica, pero negativamente sí; poseemos los dos términos extremos entre los que puede fluctuar la cantidad real positiva, fuera de los cuales será cantidad imaginaria la edad de la especie humana mientras no la establezca la ciencia por razones evidentes y perentorias.

8. Lo cual no puede lisonjear la vanidad de los arqueólogos, porque también ellos andan entre dos aguas; su cuenta varía de diez mil años á un millón y más. Si, pues, nuestra edad no tiene asiento seguro, sino que se ha colocado entre seis y nueve mil años, si para el caso de pruebas eficaces y verdaderamente científicas hallamos libre el camino para acrecentar de algunos millares la cuenta tradicional, si por otra parte los arqueólogos sin argumento bastante piden para ordenar sus hallazgos prehistóricos de diez mil á cientos de miles de años; ninguna suerte de justicia, repetimos, les asiste á ellos para desechar la cronología eclesiástica y pedir que caigan los hombres ante su faz y adoren reconociendo su antiquísima edad, cual si fuera fecha autenticada y sin disputa [2]. ¿Quién no descubre en la arrogancia de esa pretensión la guerra sorda y sistemática que á la Biblia se hace por los amigos de novedades? Si es fácil arbitrar sistemas, no es sino muy arduo apoyarlos en razones macizas; que el piélago de las hipótesis es anchuroso, pero malo de vadear y muy expuesto á peligro de naufragio. Los exégetas católicos tienen bien consultados y examinados todos los códices, tienen vistos y pasados los senos del vasto mar de las Escrituras; y así no es creíble que anden, tocante á la suma de años, tan errados y mentirosos como la arrogante interpretación quiere suponer.

"Lo que aquí no debe perderse de vista, dice el cardenal González resumiendo el debate, y lo que en realidad representa el pensamiento cristiano con relación á este problema, es que ni la Biblia ni la Iglesia enseñan nada concreto y fijo acerca del tiempo transcurri-

[1] *De Deo creante,* disp. III, art. IV.

[2] *Les Mondes,* 26 avril 1877.—*Journal of Geology,* vol. I, 1893, pág. 32.—ADONE, *Conferenze,* 1894.—ZAHM, *Bibel, science, and faith,* p. III, chapt. I, II, III.—*La Civiltà,* 1894, vol. XII, pág. 279.

do desde Adán hasta nosotros, y que, por consiguiente, hoy por hoy la ciencia, por este lado, tiene el camino expedito para entregarse á sus investigaciones propias, formular hipótesis, y, sobre todo, acumular hechos y datos que puedan conducirla á la solución definitiva del problema. Entre tanto, es prudencia, no sólo cristiana, sino científica, suspender el juicio en cosa tan dudosa, de conformidad con el consejo de San Agustín: *Servata semper moderatione piæ gravitatis, nihil credere de re obscura temere debemus*„ [1].

[1] *La Biblia y la ciencia*, 1891, t. II, p. 527.





CAPITULO XLVI.

UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Verdad cristiana de la unidad de nuestra especie.—2. Los preadamitas y los poligenistas la menoscaban sin título ni razón.—3. Noción de especie, variedad, raza.—4. Inconvenientes de las definiciones modernas. Definición tradicional.—5. La semejanza y la filiación son dos elementos que determinan la especie.—6. Ley de la propagación en el cruzamiento de las razas.—7. Suéltanse algunas dudas.

1. Conviene bien distinguir el origen del primer hombre y el de los demás hombres sus descendientes. Cuanto al origen del primer hombre, la ciencia humana calla y callará siempre, porque le faltan razones para afirmar cómo vino al mundo; pero la fe habla muy alto, más alto que del resto de los vivientes, cuando declara que las manos de Dios fabricaron su cuerpo y que su espíritu fué criado por el infinito poder. Mas del resto del humano linaje ¿qué dice la ciencia? Nada que se oponga á la exposición de la fe. La paleoetnología va en aumento y adelanta, pero aún dista mucho de haber llegado al estado de madurez; ayúdase de la antropología, de la paleontología, de la geología y zoología en el ardor de sus pesquisas; pero, hasta el día de hoy, no ha formulado sistema, conclusión ni aserto que pueda mirarse como digno de toda fe. Con todo, de los museos reunidos, de las clasificaciones hechas, de los instrumentos hallados, de los congresos tenidos, resulta que el designio indicado en la Biblia no disuena de la interpretación dada por la ciencia prehistórica al origen y desenvolvimiento de la humana especie después del pecado y caída de Adán.

Pongamos, en primer lugar, la enseñanza de la religión católica, tocante á la unidad de la especie humana. Constante clamor de las divinas Letras es que antes de Adán ningún hombre había venido al mundo. "No había hombre ninguno que labrase la tierra antes de ser

formado Adán„ [1].—Después de formado, antes de la creación de Eva, consta que "no existía hembra que le fuera semejante é idónea„ [2]; y que, en viéndola formada, Adán "llamóla Eva, es á saber, madre de todos los vivientes„. De aquí es razón inferir que ningún ser humano fué primero que Adán, y que antes de Eva sólo existió Adán, padre del universo mundo, como le apellida el libro de la Sabiduría [3].—Lleno de esta verdad, el Apóstol de las Gentes pregonaba: "Como por un hombre entró el pecado en el mundo, y en pos del pecado la muerte, así por todos la muerte pasó por el mismo caso de haber todos incurrido en pecado„ [4].—Y quién fuese el hombre, lo expresaba diciendo: "Como en Adán todos mueren, en Cristo todos reciben vida„ [5]; y más claramente se lo anunció á los atenienses por estas palabras: "Hizo Dios que de uno solo naciese el linaje humano que habitase toda la tierra„ [6].

Vió San Agustín tan de bulto esta verdad, que exclamó henchido de gozo: "En el principio Adán y Eva eran los padres de todas las gentes, y no sólo de los judíos; y cuanto se figuraba de Cristo en Adán, á todas las gentes se extendía y aplicaba„.—En otra parte dice "¿Quién será capaz de comprender esta alteza incomprensible y escudriñar lo que no se puede rastrear, cómo crió Dios en tiempo, con inmutable voluntad, al hombre temporal, antes de quien jamás hubo otro hombre, y con quién sólo multiplicó el linaje humano?„ [7]—Y más adelante da una razón propia de su levantado ingenio, diciendo: "No será dificultoso de ver que fué mucho mejor lo que Dios hizo cuando de un hombre multiplicó el género humano, que si comenzara por muchos„ [8]; pues la fraternidad es base de la unión y paz general, como lo prosigue más abajo en esta forma: "Ni tampoco la naturaleza pudiera testificar más cómodamente contra el vicio de la discordia, ó para prevenir y guardar que no la hubiese, ó para quitarla cuando la hubiese, que trayéndonos á la memoria aquel primer padre, á quien por eso quiso Dios criarle único, de quien la demás muchedumbre se propagase, para que con esta admonición se viniese á conservar también entre muchos la unión concorde„ [9]. Todo esto es de San Agustín, en cuyos labios suenan las voces de todos los Doctores de la Iglesia, testificando la unidad de la especie humana.

Quien reparare cómo Caín pudo edificar aquella ciudad que en el Génesis leemos, sin tener copia de oficiales, máquinas y gente diestra, cuando la familia de Adán á malas penas había crecido, piense que al llegar Caín á la edad madura habían ya nacido y tenido sucesión hijos é hijas, los cuales, en los ciento treinta años que contaba la humana familia á la muerte de Abel, pudieron llegar á razona-

---

[1] Gen., II, 5.—[2] Gen., II, 20.—[3] Cap. X, I.—[4] Rom., V, 12.
[5] I Cor., XV, 22.—[6] *Act. ap.*, XVII, 26.—[7] *De Civ. Dei*, l. XII, cap. XIV.
[8] *Ibid.*, cap. XXI.—[9] *Ibid.*, cap. XXVII.

ble suma de miles; porque si Petavio hizo la cuenta que en trescientos cincuenta años, á la muerte de Noé, de ocho personas pudieron procrearse hasta un millón de descendientes [1] y levantar la torre de Babel, no será fuera de razón pensar que de pequeños principios creció incomparablemente el linaje de los hombres en la persona de Caín. Ni mayor dificultad presentan las tradiciones de gentes que se estimaron aborígenes ó naturales de la tierra que habitaban, como Platón, Eurípides, Aristófanes y el mismo Cicerón cuentan de los griegos; porque semejantes fábulas las inventó la vanidad y el apetito de gloria, junto con el afán de poetizar.

En los lugares alegados de la santa Escritura, y con la interpretación y doctrina de los Padres, queda, pues, calificada la unidad de la humana especie.

2. Contra la firmeza de esta verdad, que frisa con el dogma del pecado original, levantó la voz el calvinista Peyrère, en el siglo XVII, intentando probar en un libro, por título *Los Preadamitas*, como en otra parte se dijo [2], que Adán es el primer padre de los judíos, mas no el ascendiente universal de todos los hombres; porque parecióle que antes de Adán había habido hombres en el mundo, por cuanto, primero que se intimase la ley á Adán, á nadie había sido imputado el pecado, por más que estuviese la ley en vigor. Confundía aquí el calvinista la ley dada por Dios á Moisés con la ley promulgada al primer hombre; de cuya confusión venía erradamente á concluir que antes de ser Adán, muchos otros hombres habían gozado de vida en la tierra. Felizmente el docto Selden y otros celosos teólogos salieron al campo contra este novador, y jugaron valerosamente las armas, haciendo que abjurase sus errores, como parece lo hizo al cabo de un año en manos de Alejandro VII.

Mas, á pesar de tan honrosa sepultura, renaciendo los preadamistas más audaces, como vestiglos parecieron por doquier en nuestra edad, condenada á ver correr insolentes todos los errores juntos; lo que más es, este desatino ganó en Alemania y en América estima y autoridad desde que la antropología comenzó á hacer sus correrías. Los monogenistas por una parte, que celebran una sola especie humana y tienen las diferencias en posesión de razas y castas; y por otra los poligenistas, que establecen ó tantos troncos como ramas, ó centros separados en diversos lugares de la tierra, ó creaciones humanas antecedentes á Adán, forman en el día de hoy dos bandos que combaten á la descubierta y en batalla campal, los unos en pro y los otros en contra del padre común de los hombres.

Primeramente, Buffon, Cuvier, Humboldt, Blumenbach, Blainville, Geoffroy-Saint-Hilaire, Pritchard, Flourens, Quatrefages, Gratiolet, Hollard, y otros eminentes ingenios, se han ofrecido desme-

---

[1] *De doctr. temp.*, t. II, l. IX.—[2] Cap. XLII, art. III.

drosos y resueltos á tomar las armas en favor de la unidad de nuestra especie. Pero otros, sin embarazarse en asertos, nivelando el ser del hombre con la suerte de los demás animales, han imaginado centros principales de creación humana, como Virey, que cuenta dos, Bory Saint-Vincent, que quiere quince, Agassiz, que pone solos ocho, Desmoulins, que se alarga á dieziséis, y aun Knox, Nott, Gliddon y otros han partido la naturaleza humana en tantas especies zoológicas y en tantas cabezas cuantas son las naciones ó las poblaciones señaladas por caracteres fijos y estables. No pasemos en silencio que los fautores de la esclavitud de los negros son los que con más calor encarecen y divulgan el triunfo del partido poligenista, por parecerles que la unidad de la especie humana obscurece la gloria de la excelencia y de los derechos que ellos creen tener sobre la barbarie y miseria de los demás hombres. Y dado caso que las teorías inventadas para colorear estas marañas hayan perdido ya crédito y autoridad, de modo que al presente pasen sólo por osadías de ingenio, mas en nuestros días es obligación del polemista dejar bien afianzada la verdad, y limpio el camino de trabas y cavilaciones.

3. Para lograrlo con acierto, conviene poner por fundamento que la unidad de la especie humana no hay ciencia que alcance á demostrarla con absoluta evidencia, como lo hace la religión revelada. No le es posible al sabio subir con sus pesquisas hasta la primera familia; los hechos averiguados por la anatomía y la fisiología no bastan para la solución del misterio; la lingüística y la etnografía son cortas para esclarecerle del todo; la ciencia con todos sus pertrechos no tiene aliento para más. Establecer puede en bases sólidas los presupuestos y condiciones del problema; mas no es capaz de darle cabal solución. Lo único que la severa crítica tiene derecho á demandar es, que la unidad de la especie humana quede del todo calificada y justificada, y se le demuestre cómo el cúmulo de investigaciones de la ciencia experimental no es suficiente á eclipsar el resplandor de esta verdad. La doctrina religiosa lleva tras sí los ánimos con tanto poderío, que vence y arrolla todos los inconvenientes de la ciencia profana. Así la controversia pierde la mitad de su aspereza.

A fin de proceder con más orden, será bien declarar el verdadero ser de la especie, y definir su propia entidad. Según las varias nociones que de ella nos han dejado los maestros de la ciencia zoológica, dos elementos esenciales la constituyen: la semejanza y la filiación. He aquí cómo definen varios autores la especie en común. Según Buffon, es "una constante sucesión de individuos semejantes y capaces de reproducirse uno á otro".—Según Candolle, "una reunión de todos aquellos individuos que se asemejan más que otros, y son hábiles para reproducir su semejanza, por proceso generativo, de manera que puedan presumirse descender todos de un solo ser ó de un solo par".—Según Müller, "una forma viva representada por indivi-

duos que se ofrecen en el producto de su generación con ciertos caracteres, y es constantemente reproducida por el acto generativo de individuos semejantes„.—Según Pritchard, "separado origen y distinción de raza, constituída por constante transmisión de algunos peculiares caracteres de la organización„.—Según Woodward, "todos los individuos que son tan semejantes que podemos creerlos descendientes de un común tronco„.—Según Quatrefages, "un agregado de individuos más ó menos semejantes entre sí, pero idóneos para ser tenidos por descendientes de una sola pareja, en virtud de una sucesión de familias natural y no interrumpida„ [1].

De estas definiciones se sigue que la filiación y la semejanza son dos divisas de la especie. La semejanza puede ser de muchos grados, y por ellos difieren los individuos de una especie engendrando *variedades* que, si llegaren á perturbar el ejercicio de las funciones orgánicas, serán *monstruosidades*. La filiación ó parentesco hace que los individuos hereden un organismo semejante á aquellos que los engendraron; de donde, cuando la variedad dicha se propaga y perpetúa por vía de filiación, se origina la *raza*, que viene á ser "la muchedumbre de individuos semejantes que conservan establemente una variedad por vía de generación„. De aquí se toma la definición de la *variedad*, que es "la muchedumbre de individuos que, nacidos de un mismo tronco, difieren de los de su especie en una ó más notas características„. Suele, pues, la *especie* definirse: la multitud de individuos entre sí semejantes y descendientes de un mismo origen. De manera que la *variedad* se constituye por la desemejanza externa de individuos de una misma especie; *la raza*, por la propagación de una variedad de padres á hijos; la *especie*, por la semejanza externa é interna granjeada por vía de generación.

4. Estas nociones de los modernos, vulgarizadas en los tratados científicos, si hemos de significar nuestro dictamen, no dejan de ofrecer un grave inconveniente, y es el presuponer la inmutabilidad puesta en tela de juicio por los transformistas. El sentido común tiene por averiguado que los individuos descendientes de una pareja son herederos de su nativa condición, cuya sangre pasa vinculada en los hijos, sin declinar de su naturaleza; pero á los transformistas, que hacen poca presa en el común sentir de los hombres, dióles la humorada de pensar, en contra, que las especies orgánicas caen fácilmente de su natural generosidad, bastardeando y torciendo, al impulso de los agentes exteriores y de las fuerzas interiores. No parecerá, pues, oportuna dialéctica, si hemos de tener consideración á la porfía de los contradictores, entrometer en la definición de la *especie* el concepto de la inmutabilidad, que ellos á todo trance repugnan admitir, y que va embebido en la filiación y semejanza cifradas en las so-

[1] *L'espèce humaine*, livre I, chap. III.

bredichas definiciones. Además, la filiación no es de absoluta necesidad para calificar los individuos de una especie, porque si hubiera Dios criado al principio una pareja de hombres en cada centro de los imaginados por Agassiz, las castas diversas engendradas en diversos lugares pertenecerían sin duda á la especie humana, sin descender de dos solos padres por vía de generación. Añadamos que fuera de las especies orgánicas las hay en las substancias espirituales, las hay en el reino mineral, las hay entre los ángeles del cielo, las hay en el mundo de otras diversas índoles, que no deben á generación su ser y naturaleza.

Más vale, pues, insistir en la definición tradicional filosófica, que declara en su rigurosa propiedad el concepto de la *especie* en esta forma: "un agregado de individuos que gozan de la misma naturaleza", ó "la naturaleza que á muchos individuos por entero conviene". Y porque es propio de toda definición constar de género y diferencia, se llamará *género* aquella razón ó naturaleza que á muchos individuos es común como parte esencial, y que se ha de determinar singularmente por la diferencia específica. En el hombre se verifica esto á la letra. Su definición es: *animal racional*. La parte *animal* denota el género que, comprendiendo á todos los animales, no limita menudamente la esencial condición de ninguno; pero en el atributo *racional* está pincelada la diferencia que particulariza al hombre separándole del bruto, y convendría también al ángel si no se le juntase el concepto *animal*. De modo que la *animalidad* y la *racionalidad* juntas en uno dejan al hombre cabalmente especificado, con señas y contraseñas inaplicables al ángel y al bruto; luego constituyen la propia definición de la especie humana [1].

Con tanto mayor empeño importa hacer insistencia en la definición filosófica de la especie, cuanto del descuido en esta parte han nacido, así lo recelamos, las propensiones de hartos autores á las máximas transformistas. Vieron en libros de Zoología y Botánica, acreditadas con el renombre de especies, listas de individuos que no pasan los términos de razas ó de variedades, pues no ofrecen notas distintas en la esencia, sino sólo en la forma ó en accidentes exteriores; y porque en el tropel confuso de especies, variedades y castas tomaron unas por otras, fácilmente dieron en imaginar, embarazados con su diversidad, que variaban las especies al mismo compás que las razas, pues veían á cada generación asomar formas flamantes de individuos cuya disimilitud les pareció argumento de específica mutabilidad. Con la luz del desengaño debía darles en los ojos la definición; mas, como no percibían su fuerza, tampoco les hizo mella la disonancia. Los individuos dotados de una misma esencia, figura-

---

[1] P. MENDIVE, *La religión católica,* 1887, cap. XXIX, pág. 583.—P. URRÁBURU, *Psychologia,* Pars prima, 1895, lib. I, disp. II, cap. II, art. IV, pág. 496.

bles por un solo concepto, de tal manera constituídos cual si en hecho de verdad representasen un solo individuo, á una especie corresponden, á cuya distinción ayuda poderosamente el instinto secreto que retrae los individuos del acoplo con tipos extraños. Entre la comunidad de notas esenciales cabrán en los de una especie discrepancias corpóreas, distintivos particulares, marcas y contraseñas, divisas y caracteres que rubriquen los individuos con sello accidental, sin tocar en la naturaleza esencial específica; tales son las *variedades* y *razas* [1] encepadas y profundadas con la fuerza del tiempo, como si formasen especies distintas; especies de mero nombre, locas y de solo capricho.

Las *razas* suelen provenir de la herencia y del medio. Porque el distintivo esencial de la especie no tanto es el parentesco cuanto la posibilidad de contraerle mediante la descendencia con la intrínseca virtud de fundar sucesión; pero no de arte que la falta de fecundidad notoria en los híbridos los exima de la especie ó los anatematice con el oprobio de seres monstruosos. En virtud, pues, de la generación, comunican los padres á la prole la substancia de sus individuas propiedades, transfundiendo en los hijos su esencia específica. El medio que abraza las condiciones de clima, alimento, posición geográfica, ejercicio orgánico y demás circunstancias exteriores, ayuda poderosamente á la formación de la raza. Por este motivo, tratando de la especie humana no sería oportuno dejar aparte la filiación y descendencia que es origen de semejanza y no toca en el ser substantífico del linaje [2].

5. Pero se deben advertir con sumo cuidado dos cosas muy importantes en esta materia. La primera es, que la semejanza, con ser elemento de la especie, es cosa tan vaga é indeterminada, que en ella

---

[1] MILNE-EDWARDS: Ces espèces nominales ne seraient donc pour le physiologiste que des variétés devenues constantes par suite des tendences homomorphiques du travail génésique, effectué par des reproducteurs et de la sélection naturelle de ceux-ci, ou en d'autres mots, par les effets de la variabilité limitée des individus et la transmission héréditaire des propriétés acquises ainsi que des propriétés innées. *Leçons sur la physiologie,* t. XIV, pág. 319.

[2] MILNE-EWARDS: Si les idées émises par les partisans du transformisme ont obtenu auprès de beaucoup d'hommes éclairés et d'un jugement droit, un succès qu'on ne saurait méconnaître; celà me parait dépendre en grande partie de l'abus excessif que les naturalistes classificateurs font des distinctions spécifiques. La plupart des zoologistes de nos jours, et beaucoup de botanistes, considèrent comme étant autant d'espèces particulières les groupes d'individus aptes à se reproduire, qui présentent en commun des caractères quelconques, à l'aide desquels les observateurs attentifs peuvent les distinguer des groupes voisins; caractères qui très souvent n'ont ni plus de valeur physiologique, ni plus de fixité que ceux offerts par les diverses races de nos animaux domestiques, dont la consanguinité est indubitable. *Ibid.,* pág. 320.

podrá esconderse engaño ó yerro si faltare la cautela conveniente; porque tales podrían ser los rasgos de seres de una misma especie, que, mirados por defuera y á bulto, parezcan señalar diferencia específica, así como tan una podrá ser la fisonomía de dos animales de distinta especie, que parezcan pertenecer á una sola. El cuervo y el mirlo no pueden disimular el engaño con apariencias de más igual semblante; con todo, de especie diversa son: al revés, el caballo inglés y el flamenco, siendo de una especie, saben desmentirlo con marcas muy desiguales.

Lo segundo digno de notarse es, que la noción de parentesco ó de filiación, bien que pertenezca á la especie, es más difícil sujetarla á condiciones determinadas. Un par de animales engendra siempre otros semejantes á sí, aunque más monstruoso sea el engendro; mas no será hacedero poner tasa á la fecundidad. Porque, ó las parejas son de igual especie y raza, ó de una especie y diferente raza, ó de especies del todo diferentes. En estos tres casos, las leyes que en el cruzamiento se han observado son éstas: la junta de bestias de una especie es siempre fecunda; la mezcla de especies diversas es siempre estéril, ó de limitada fecundidad; la unión de razas diferentes es en todo caso fecunda, y más tal vez que la de individuos de igual raza. Estas leyes que son firmes y constantes, como sacadas de la experiencia, encierran en sí el dictamen más perentorio que posee la ciencia zoológica [1]. A veces la industria del hombre alcanza fecundidad entre especies diversas, no sin estratagemas y prevenciones; pero los híbridos quedan infecundos, aunque pertenezcan á especies tan cercanas como el caballo y el asno, la liebre y el conejo; y si poseen alguna fecundidad, la pierden luego sus hijos. Los lepóridos, nacidos de liebre y conejo, se tornan conejos al cabo de pocas generaciones, sin que les quede parte alguna de liebre [2].

6. Si, pues, el hombre participa con los animales la facultad de propagarse, á la ley principal que los gobierna conviene que esté sometido. Según la cual, en el cruzarse las razas humanas reinará ilimitada fecundidad, si de veras forman una sola especie: engendros mestizos podrá haberlos, híbridos en ningún caso. Ahora, pues, veamos qué es lo que acontece, y qué efectos se han observado en la unión de blancos y negros, de europeos y americanos, de asiáticos y hotentotes. Traídos á examen y cotejo los estudios hechos por varo-

[1] QUATREFAGES, *L'espèce humaine*.—GEOFFROY, *Historia natur.*, t. III, cap. III.

[2] SANSON, *Dictionn. d'Agriculture*, art. *Léporides*.—NADAILLAC: Les cas d'hybridité à l'état sauvage ont été établis dans un excellent travail de M. Suchetet lu au congrès de Bruxelles, en 1894. Il ne connait, dit-il, aucun cas d'hybridité chez les mammifères; chez les oiseaux les cas allégués soumis à une critique sévère se réduisent à un très petit nombre et toujours chez des espèces trés voisines. *Revue des quest. scientif.*, 1896, t. XL, pág. 240.

nes desapasionados, como Levaillant, Humboldt, Quatrefages, Bertrand, resulta que, en lugar de ser estériles los cruzamientos, mayor número de individuos han dado que las parejas de una casta. Vencido por la fuerza de esta razón, escribía el anatómico Juan Müller: "Las razas humanas son formas de una especie única, que se juntan permaneciendo fecundas, y se perpetúan por vía de generación. No son especies de algún género; que si lo fueran, en el cruzarse tornaríanse infecundas„ [1].—Tan penetrada tenía Buffon la estabilidad de esta ley, que exclamaba: "Cuando el hombre quiso aclimatarse en tierras extrañas, mudó de semblante, y pareciera ser de especie diferente de los demás hombres, si no constase que, dondequiera, fué siempre capaz de fundar parentela y perpetuarla; de suerte que sus diferencias no son de origen, sus desigualdades son exteriores y las alteraciones de su naturaleza sólo son superficiales; por tanto, son todos el mismo hombre con varia denominación„ [2].

7. Aquí pretenden los enemigos del monogenismo que los caracteres de casta son estables. Topinard en particular asienta que los judíos, los negros y los blancos no han variado de color, ni alterado la condición del cabello, ni mucho menos la forma del cráneo y de la frente [3]. No pasamos por esa pretensión: es falso que perseveren los dichos caracteres. Muy al revés, son sin cuento los casos en que los influjos del clima, del alimento y vivienda perturban de todo en todo los rasgos de una casta. "El negro pierde parte de su tez cuando se traslada á las tierras del Norte„, dice Pruner-Bey. El negro atezado de África no sólo menoscaba la tez y las facciones, llevado á América, mas aun se le va aquel olor insoportable, porque demuda el rostro y muéstrase otro de lo que es: "en el espacio de 150 años dista de los blancos una cuarta parte menos que antes„ [4]. Cuanto á los judíos, es indubitable que cambian el rostro natural según en qué climas viven. Porque los del Norte difieren de los meridionales; en la India los hay cobrizos; en la Abisinia prietos y de azabachado color [5].

Si ahondamos más en este punto, veremos que hay razón para que no se constituyan castas nuevas sino con dificultad. Porque las castas se establecieron á los principios y adquirieron las cualidades que hoy poseen. Ayudábales la mayor variedad y destemplanza de los climas, la flexibilidad del tipo humano, la facilidad de los temperamentos, el aislamiento de las familias, la falta de medios para guarecerse del clima; en la actualidad, empero, las circunstancias son otras, la herencia transmite los caracteres, la industria da armas contra el clima, el tiempo fijó su variabilidad, el aislamiento es menos frecuente;

---

[1] *Physiol. de l'homme.*—[2] T. IV, p. 110.
[3] *Éléments d'anthropologie générale*, p. 86.
[4] *Revue des Deux Mondes*. 1er août, 1859.
[5] *Les Missions catholiques*, 1879, p. 319.

de dónde se sigue quedar burladas las influencias climatéricas, que el tipo egipcio persevere cuarenta siglos sin mentir su fisonomía, que los indios que se remontan y tornan á la vida silvestre no por eso ensucien la tez ni se desnuden de la figura adquirida en estado de domesticidad, y que, en fin, todas las naciones tengan estable y fijo su semblante, que el tiempo no adultera, ni está en la mano del hombre borrarle ó desmentirle.

Otra lanza, jugada por el propio Topinard, hemos de quebrar contra lo arriba afirmado. "El ser estériles las especies entre sí nada prueba, así como nada significa la fecundidad entre el blanco y el negro" [1]. Esta objeción descansa en falso fundamento. Presupone Topinard que la esterilidad entre especies es total, sin que sea posible el cruzamiento. No es verdad. El perro y el lobo, el caballo y el asno, la oveja y el cabrío, en el cruzarse son fecundos y se propagan; no tanto como los animales de una especie, porque entre éstos no tiene término la multiplicación, principalmente si se cruzan castas diversas de una especie, como harto lo saben los encargados de la remonta, los cuales han de poner más cuidado en impedir que en procurar el cruzamiento. Mas especies diversas cuesta gran trabajo cruzarlas, y cuando esto lo consigue la vigilante diligencia, no obedece la fecundidad al deseo; con que se frustra la mira de sacar un nuevo tipo. Acóplense liebre y conejo, nacerá de ellos el lepórido, que goza de ilimitada fecundidad; pero á pocas vueltas nacerán conejos y no otros. Lo mismo pasa entre el asno y el caballo. Por milagrosa tuvieron los antiguos la fecundidad de los mulos. La mula del *Jardin d'Aclimatation* ofreció á M. Beaudoin, no ha mucho, casos extraordinarios de fecundidad, que confirman esta ley general, los híbridos son infecundos; porque sus partos retrocedieron al tipo primitivo desde la segunda generación, ó fueron del todo estériles [2]. No tiene lugar aquí aquella réplica: el hombre no pone, sino que saca lo que hay; no crea una virtud nueva, sino que explota la potencia natural. No digan eso, porque la naturaleza no es el arte. El hombre con su industria puede torcer el curso de las leyes naturales; pero aquí averiguamos cuál es la ley natural que en el cruzamiento de las especies se sigue, y no qué pueden ellas dar de sí llevadas por vías de violencia. "El orden existe en el reino animal y vegetal, dice Quatrefages, en razón de la imposibilidad en que se hallan las especies de mezclarse las unas con las otras por cruzamientos fecundos" [3]. Por manera, que "la producción de un tipo nuevo dotado de caracteres estables, efectuada por animales de distinta especie, es negocio impracticable" [4]; por el contrario,

[1] *Les Missions catholiques*, 1879, p. 319.
[2] *Congrès international*, 1891, t. II, *Anthropol.*, p. 219.
[3] *L'espèce humaine*, chap. XI.
[4] HAMARD, *Congrès scientif. internation.*, 1888, t. II, p. 618.

parejas humanas que engendran individuos de cualidades fijas no pueden constituir especies, sino sólo razas diferentes.

Esto tiene de peculiar la casta, que perpetúa algunos de sus típicos caracteres en el decurso de las generaciones. Aun cuando pasen del estado servil y doméstico á la vida cerril y montaraz, no se borra en ellos del todo aquella primera fisonomía que heredaron: ni el cerdo se torna enteramente jabalí, ni el perro se vuelve chacal, ni los árboles frutales pierden totalmente la condición que imprimió en ellos la mano del hortelano, cuando se pasan al estado bravío y selvático. Por igual causa los mulatos y los mestizos americanos no reciben mengua en sus propiedades, ni vuelven á los tipos de sus padres, ni viene á menos la fecundidad de sus cruzamientos. De donde tenemos otra vez que la generación es el indicio de la especie. El fruto entre castas de una especie es fácil, copioso y bien logrado; entre especies diferentes dificultoso, limitadísimo y desaprovechado; y, por consiguiente, si las castas dan origen á castas, y si las especies son inhábiles á constituir especies, fuerza es concluir que el monogenismo triunfa y que el poligenismo se viene abajo con sus ruinosos fundamentos.

En un estudio lleno de erudición y saber, ha demostrado Suchetet que los casos de animales híbridos, entre las 150.000 especies que la zoología cuenta, son de poca ó de ninguna importancia. También junta copia de argumentos en prueba de que la fecundidad de los cruzamientos se logra entre variedades y no entre especies; que si entre éstas salen á veces á medida del deseo, ó lo que engendran cae en esterilidad, ó vuelven á reproducir el tipo primero; de forma que "la hibridación no modifica la especie, á lo menos de un modo permanente, ni puede admitirse que haya tenido prósperos sucesos ni influjo de cuenta en la evolución de los seres„ [1].

---

[1] *Revue des questions scientif.*, 1888, p. 244.—En otro libro posterior *(Des Hybrides à l'état sauvage*, 1897) no deja Suchetet de la mano este interesante estudio. Examinados los lances de hibridación procurada, ofrece el cuadro siguiente:

PAREJAS QUE PERTENECEN Á	MAMÍFEROS	AVES
Familias diversas	0	16 (dudosos)
Géneros diversos	11 (dudosos)	68
Especies de un mismo género	82	178

Acerca de los híbridos naturales, asegura el autor que la unión espontánea de especies diversas no produce especie nueva cuando en la accesión no interviene influjo artificioso del hombre, pero el producto sale por fuerza á una de las dos especies engendradoras. De los lepóridos añade: Sous le nom de Léporides on n'offre généralement que des variétés rousses de lapins. Nous sommes à même d'affirmer qu'aucun hybride demi-sang, intermédiaire entre le lapin et le lièvre, n'existe actuellement sur les marchés.

Para corroborar el valor de estas razones, baste declarar que los casamientos de blancos y negros en el espacio de tres siglos han acrecentado la población del globo en 1/70, y que la raza blanca siempre ha emparejado prósperamente con cualquiera otra; de aquí, ó las razas no son especies, ó deben inventarse leyes nuevas para efectos obvios y comunes. Si estas consecuencias no son admitidas por los poligenistas, deberán admitir en cada casta muchas castas; porque, en tal caso, harían especie de por sí los blancos, y también entre los negros habría sus especies, no menos que entre los europeos, y tantas cuantas fueren las variedades; consiguientemente en cada nación será fuerza introducir diversidad de cepas originales, comoquiera que muchas naciones europeas se diferencien entre sí en tantas calidades, condiciones y figuras de rostros, como puedan diferenciarse las castas.

ARTÍCULO II.

1. Razones anatómicas.—El color de las castas; en qué consiste; á qué causa debe darse.— 2. Cavilaciones de los transformistas.—3. Diferencias de vello, estatura, facciones, cerebro.—4. Ningún animal, excepto el hombre, es cosmopolita.

1. Mas entremos á tantear el peso de las dificultades que tanto encarecen los poligenistas. Sea la primera el color de la piel, que es su aquiles inexpugnable. El color de las razas ¿es parte de la interna organización, ó depende de circunstancias accidentales? ¿Qué nos dice el microscopio sobre la piel del hombre? La piel tiene dos caras: la profunda se continúa con el tejido laminoso y fascias superficiales y con la grasa subcutánea; compónese de fibras laminosas, acompañadas de fibras elásticas, de substancia amorfa, de filetes musculares, de innúmeras redecillas de arterias, venas, vasos linfáticos, nervios y, en fin, de papilas sin cuento, sembradas en toda la superficie del cuero. La epidermis ó sobrepiel es una película finísima extendida sobre la dermis, de grosor diferente según la calidad de los órganos; consta de tres cuerpos sobrepuestos: superficial, pigmentario y mucoso; la capa pigmentaria llámase así porque tiene substancia orgánica negra (melanina) en granulaciones azoadas, y, según las razas, es de pigmento más ó menos abundante. El cuerpo mucoso de Malpighi está compuesto de células blancas estratificadas. La capa superficial es de células aplanadas, que se despiden vueltas polvillo ó escamas. En toda la epidermis no hay vestigios de vasos ni de nervios.

Es, pues, de considerar que la substancia de la epidermis es la misma en todos los hombres: sean del color que fueren, todos tienen las tres partes arriba indicadas é igualmente dispuestas. "Todos ellos poseen, dice el experto anatómico Dr. Calleja, unos elementos ana-

tómicos celulares, conocidos con el nombre de *células pigmentarias,* las cuales gozan de la propiedad de contener dentro de sí la materia colorante negra. Precisamente las graduaciones que pueden existir en la cantidad de ésta determinan todos los colores; por esto puede decirse que forman una escala insensible, cuyo máximum le ocupa el color negro, que supone la mayor cantidad de pigmento, y cuyo mínimum le forma el albinismo, que supone la carencia absoluta de substancia colorante„ [1]. En esta declaración concuerdan los naturalistas Flourens, Quatrefages, Gutter, Kœliker, Simón, cuyos testimonios persuaden que el color de la piel descansa en la telilla media de la epidermis, y no en la profunda llamada *red mucosa* de Malpighi, como se creía hace poco; la cual telilla pigmentaria no es privilegio que tengan unos hombres y otros no, pero en unos es más fácil de ser impresionada y matizada que en otros. Con razón, pues, el antedicho Dr. Calleja advierte á los poligenistas de su error, diciendo: "Esta capa es la que injustamente ha sido considerada como aparato especial cromatógeno de los negros„ [2]. Ese tan ligero accidente no puede bastar á los neosabios para decretar que rojos, blancos, negros y cetrinos son hombres de diversa especie.

A cuatro pueden reducirse los colores principales que en las castas más campean: blanco, bermejo, negro y bayo. El blanco ó albino es propio de hombres que moran en las partes más septentrionales de Europa, que tienen blanquísimos aun los cabellos, y el iris de los ojos casi rojizo. El color bermejo es de la raza caucásica, que puebla la Europa, costa malabárica y otras partes del Asia; á este color del rostro acompaña el pelo blondo y el iris azul, pero se empañan y ofuscan sus tintes á proporción de la edad. El moreno es el más general de la tierra; variedades suyas son el amarillo de los árabes, el cobrizo de los egipcios, el aceitunado de los mogoles; al color de la piel sigue lo pardo del iris y la negrura del cabello. El color negro es apropiado á las zonas abrasadas; y ora es de ébano claro, como en América; ora amarillo sucio, como en Persia; ora negro azabachado, como en África; corriendo parejas con el color del pelo el iris de los ojos.

¿A qué causas debe referirse el color de las razas? ¡Ardua tarea! Demos el primer lugar al sol. El color viene á alterarse por la latitud del lugar, y también por lo claro ú obscuro del monte ó valle; así los habitantes de la zona tórrida son negros, y se les esclarece la negrura al paso que se alejan de la equinoccial; por esto son blancas las naciones de la zona templada. Si los lapones son cetrinos, sin deberlo al sol, regrácienselo á sus antepasados, que de la fuerza de los rayos solares recibieron aquella tez. No debemos dificultar mucho que razas que corren por una misma latitud contenida entre los dos trópicos se diversifiquen en el color; porque también confesamos que "la

---

[1] *Nuevo compendio de Anat. Descript.*, 1878, p. 53.—[2] *Ibid.*, p. 908.

variedad del clima ó la mayor ó menor actividad del sol no bastan para la totalidad del efecto de la negrura ó blancura, y que sobre estos colores influye también la constitución física de cada país y sus producciones„. Así lo dice el P. Lorenzo Hervás [1], notando cuánta consonancia hacen los cabellos y la barba con el color de las carnes; y que en los etíopes la negrura produzca efectos notables en su pelo, es tan cierto como lo es que los europeos, por ser blancos, tienen el pelo de vario color.

América hace lampiñas casi todas las gentes de color aceitunado. "Son los chilenos, dice el P. Alonso de Ovalle, los más blancos de América, y los que nacen en más altura al polo y en regiones más frías lo son más... Todos, así hombres como mujeres, tienen el pelo negro y muy duro y grueso, de manera que los mestizos, que son los hijos de español y de india, no hay otra señal para distinguirlos del puro español sino en el pelo, que hasta la segunda ó tercera generación no se modifica... En los indios el tiempo no hace la mella que en nosotros; y así encubren los años, no sólo por lo lampiños, que esto es común á otras naciones, sino porque no encanecen sino muy viejos, de cincuenta y cinco á sesenta y más años..., y así, cuando llegan á tener toda la cabeza blanca ó comienzan á tener alguna calva, es allá vecinos á los cien años„ [2].—Francisco Javier Clavijero, en su *Historia antigua de Méjico* [3], dice: "Los mejicanos son de cabellos espesos, negros, gruesos y lisos, de barba escasa, y comúnmente no tienen pelo en las piernas ni brazos. Su piel es de color olivastro„.—Finalmente, Francisco de Gómara, que anduvo por las Américas, dice: "Los indios americanos son todos en general como leonados ó membrillos cochos, ó tiriciados ó castaños; y este color es por naturaleza y no por desnudez, como pensaban muchos, aunque algo les ayuda para ello andar desnudos; de suerte que así como en Europa son comúnmente blancos y en África negros, así también son leonados en nuestras Indias, donde tanto se maravillan de ver hombres blancos como negros... También dicen que no hay crespos, que es otro notable, y pocos calvos, que dará cuidado á los filósofos para rastrear los secretos de la naturaleza y novedades del Nuevo Mundo, y las complisiones del hombre„.

De estos testimonios podemos colegir que la latitud del lugar, la física constitución del país, las circunstancias atmosféricas, son causas que, tomadas por junto, tienen acción sobre la encarnación de los cueros. Qué tiempo sea necesario para este efecto, ninguno hay que lo pueda averiguar. El citado P. Hervás confiesa que, apoyado en escritos de misioneros, sostuvo primero que los etíopes no se blanqueaban; después, con otras autoridades contrarias, dijo que sí; y por fin,

---

[1] *Hist. de la vida del hombre*, t. v, trat. II, cap. IV.

[2] *Hist. relac. del reino de Chile*, 1646, lib. III, cap. v.—[3] L. I, § 15.

tenida conferencia con tres doctos Jesuítas americanos, concluyó que "hasta ahora no se tienen las observaciones necesarias para resolver esta duda". Esto decía en 1789. De un siglo á esta parte no estamos más abastecidos de pruebas; pero no es dudoso que el fijarse el color de una casta requiere la paciencia de largos años. En mostrándose un color en un individuo y perseverando en la familia algún tiempo, con la inclinación innata á la especie de transmitir por herencia el matiz granjeado, llega al fin á quedar marcada la tez de los rostros. Júntense á estas causas la humedad de tierras paludosas, lo malsano de los vapores, la miseria, desnudez, desaseo, y se tendrá la razón de por qué los hombres que parecen haber degenerado de la primera fisonomía, deben reducirse á la misma invariable especie [1]; y de aquí por qué, ocupando igual latitud, sean blancos los sevillanos, negros los hotentotes, castaños los de la Plata, y viviendo debajo de la línea sean atezados en África y en Asia, y no lo sean en Quito, Méjico y Panamá.

2. Los transformistas son los primeros en declarar, así lo hace Mortillet, que el color de los animales no es divisa general. "Aunque la negrura, dice, diferencia al etíope, se hallan entre ellos casos de albinismo. La selección natural puede mudar razas negras en otras abigarradas" [2]. Mas sirviéndose de su tranformismo como de acicate para correr al precipicio, añade el paladín prehistórico: "El antropoídeo que se transformó en hombre fué negro, porque los negros son los que más al propio representan los caracteres de los monos, y en Africa debió de nacer". Pero acosado y preguntado si todos los hombres descienden de los negros, responde sin empacharse que no, sino que allá en el centro de la India nació otra especie de hombre; pues se sabe que los indios son braquicéfalos, y los negros dolicocéfalos de naturaleza. Nótese aquí la liviandad de estos filosofantes; á pesar de mantener que más va del mono al hombre que del negro al blanco, y teniendo que ser monogenistas por la consecuencia de su sistema, cavilan para el negro distinto origen que para el blanco, por no rendir á la verdad un tan mísero homenaje.

3. Lo dicho del color del cutis acomódese también al pelo, que en todos los hombres guarda una ley, así como, por el contrario, en las especies mamíferas es muy diversa. En una casta será más espeso y cerrado, en otra más escaso y ralo, aquí crespo y rizado, allí fino y liso, acullá grueso y cerdoso; mas ¿quién ignora que, examinados los pelos todos á la luz del microscopio, no se les advierte desemejanza substancial, pues todos constan de raíz contenida en el folículo, y de tallo con substancia cortical y medular, consistiendo la diferencia única en ser la sección perpendicular del tallo en los blancos oval, en los amarillos circular, en los negros elíptica? ¿En qué está una tan livia-

[1] Blumenbach, *De gener. hum. var. nat.*—[2] *L'origine sur l'homme.*

na deformidad sino en las causas señaladas para los matices de la piel? El calor ensortija los cabellos, la humedad los enlacia, las condiciones de la tierra los tornan finos ó gruesos. De manera que traen á mal traer las castas los que las quieren de varias especies.

Engañosa medida es la estatura para seña esencial. La talla media del hombre varía entre 1m,92 y 1m,38; aquélla es de los patagones, ésta de los esquimales. Las que de estos términos salen, como la del finlandés Bayamo, que alcanzaba 2m,33, y la del enano Hugdson, que no pasaba de 0m,56, deben llamarse monstruosas anomalías que no han podido perpetuarse. La estatura media de 1m,65, que viene á ser la española y francesa, se ajustan á todas las castas y á los individuos de cada una.

Los rasgos de la fisonomía tampoco son distintivos especiales, porque son hijos del temperamento, como lo es la proporción de los miembros. Porque la fisiología y la anatomía, por la voz de preclaros naturalistas, han demostrado que las razas humanas, por opuestas que sean, poseen una estructura orgánica, una vida media, una temperatura media, un pulso medio, y otras no menos importantes razones de conformidad que no se hacen reparar en individuos de diversas especies. A la configuración del cráneo han consagrado los poligenistas su particular estudio; pero en vano. Desbarató sus consejos el estudioso Flourens, resumiendo ante la Academia de París las observaciones hechas, en esta forma: "Los hombres, de cualquier casta que sean, blancos ó negros, bermejos ó amarillos, todos poseen á proporción igual capacidad de cráneo. Ni el cerebro ofrece diferencias; por el contrario, difieren los sesos humanos de los del orangután en la forma, peso, volumen, lóbulos, circunvoluciones, etc." Además, es muy incierta señal la figura del cráneo para por ella reconocer la desigualdad de los organismos; porque el estudio del cráneo se reduce á examinar si la sección oval se allega ó se aparta de la circular; y no cabe duda que entre cráneos de iberos, celtas, africanos, asiáticos, americanos, y aun entre los de una misma nación, los hay ovales, circulares y de otras muchas figuras.

Cuanto más, que la deformidad de los cráneos puede haber sido artificial en muchos pueblos, que la consideraban prenda de hermosura; porque así como los etíopes tienen por buena la tez negra, y los asiáticos hacen honra al negro claro, y los americanos se alaban de aceitunados, y los europeos celebran el color blanco, así también acontece respecto de la cabeza y demás partes del cuerpo. El antropólogo Topinard [1] refiere un sinnúmero de deformaciones artificiales del cráneo en muchas naciones antiguas y modernas, que hicieron grande estima de esas facultades. Para mayor certificación de esto, Francisco de Gómara, describiendo las costumbres de los cumane-

[1] *L'anthropologie*, 1884, p. 183.

ses, dice: "Al parir las mujeres, aprietan á los niños la cabeza muy blando, pero mucho, entre dos almohadillas de algodón, para ensancharles la cara, que lo tienen por hermosura" [1]. Asimismo Tácito calificaba ciertas gentes por lo crespo de sus cabellos, por lo fornido de sus miembros, por lo encendido de sus rostros; si estas particularidades se han desvanecido en los hijos de aquella s gentes, lo mismo acontece respecto de los cráneos; ni hay entre tales naciones aquella diferencia que en los antepasados se dibujaba y hacía visible, y que debería eternizarse en sus descendientes si de las entrañas de la especie procedieran [2]. En fin, las causas de tantas alteraciones en todas las castas de hombres son, como dicho está, el clima, el sol, la temperatura, la humedad, los alimentos, las costumbres, como lo han demostrado, Buffon en su *Discurso de las variedades de la humana especie*, Wiseman en sus *Conferencias*, Pianciani en su *Cosmogonía*, Pritchard en su *Historia natural*, Quatrefages en la *Unidad de la especie humana*, Müller en su *Fisiología*, Reusch en su *Biblia y naturaleza*, Fredault en su *Antropología*, Moigno en sus *Esplendores*, y otros muchos escritores de ciencias naturales, que nos excusan la necesidad de extender más el discurso en este particular.

En un punto convienen todos, á saber, que las causas sobredichas han de considerarse, no singularmente de por sí, sino todas á una, y obrando á la vez, pudiendo sumarse en una sola y general, que es el clima. ¿Quién rehusará conceder que la elevación del polo, la condición de la tierra, los aires de mar, las corrientes de los vientos, la calidad de los llanos, montes, alimentos, crianza, en una palabra, que el clima influye á la larga poderosamente, y asienta la variedad de tantas modificaciones? ¿Pues negará alguno que "hay (son palabras de Humboldt) en el hombre una asombrosa facultad de organización para aclimatarse y hacerse á todas las zonas?" [3] Sin ella no se explicarían las colonias de los hebreos, griegos, asiáticos, europeos, que en breve se naturalizaron y medraron en tierras extrañas, cual si fueran propias y nativas. Y quien pusiere en dudosa balanza la aclimatación de las razas, discurra con los ojos por el mapa, y cuente, si puede, las infinitas gentes que han poblado el orbe de la tierra, y verá cuán pocos son los parajes donde sólo hayan vivido indígenas. La Grecia colonizó la Italia y Asia menor; los asiáticos invadieron la Europa y África; los visigodos y vándalos ocuparon la España; los españoles y portugueses arraigaron en América y en la India; ¿y con cuánta facilidad y ventaja? El clima, junto con la generación y transmisión de la sangre, hace connaturales muchas variedades, cuyos misterios por ninguna otra vía podrían los poligenistas cumplidamente declarar.

---

[1] *Hist. de las Indias*, p. 1.ª

[2] L. RIOULT DE NEUVILLE, *Revue des quest. scientif.*, 1882.—[3] *Cosmos*, t. 1.

4. Finalmente; es una verdad lejos de toda controversia que ninguna especie de vivientes es cosmopolita; cada uno ocupa un territorio particular, donde se cría y vegeta, y, de él extrañado, no puede prósperamente vivir. En ambos mundos cíñense las especies en tan estrechos cotos, que ninguna extiende su fecundidad á toda la faz de la tierra. El oso, el castor, el león, el mono, tienen sus querencias en latitudes ciertas y seguras. Lo mismo es de notar en la flora: ¿qué fanerógama prueba bien en todo el globo, siendo cosa averiguada que cuanto es más perfecta la organización, más limitada es la vivienda? Sólo el hombre en todas partes vive, por todas partes procrea, á todos climas se hace, debajo todos los cielos campa, por todas latitudes florece, sin contemplación de razas, sin diferencia de temperamentos.

Ni para aclimatarse y dar origen á una raza son menester las causas lentas de Lyell, ni la infinidad de siglos que él requiere [1]; porque los delineamientos se figuran en menos tiempo de lo que á primer aspecto parece. Si es lícito por lo que los ojos ven tantear los caminos ocultos de la naturaleza, ¡cuántos animales crecieron poderosamente en brevísimo espacio de tiempo! En 1791 nació en los Estados Unidos un cabrito de raro aspecto, y, en el día de hoy, llenas están de ellos aquellas vegas. En 1828, en un rebaño de merinos, vino á luz un cordero de lana sedosa; y hoy en día es ya casta de grande importancia. Los bueyes gnatos, de fisonomía disforme, criados en el Sur de la Plata entre ganados montaraces, se han propagado con increíble facilidad [2]. Al cerdo casero, recobrada su libertad, ¿no se le vuelven púas las cerdas á las pocas generaciones, los colmillos tamaños de largos, el cráneo aplanado, las orejas tiesas? Al asno, á la cabra, al gato, al perro, al caballo, ¿no les acontece recobrar sus instintos salvajes, como Roulin observó? [3]

Los enemigos de la verdad que acuden por armas al campo de la antropología para asestar sus tiros contra el dogma de la unidad, interpretan estos efectos ponderando los caracteres físicos de las especies, no tanto con el fin de multiplicarlas, cuanto para, de su multitud y cotejo con las razas humanas, inferir también la muchedumbre de las humanas especies. Pero de que los tipos sean capaces de modificarse según en qué circunstancias vivan, de cuya verdad pueden leerse hartos ejemplos en la *Revue Scientifique* (1882, Febrero), ¿cómo los antropólogos legítimamente deducen la mudanza de especies? Y aquí séanos lícito repetir lo dicho en otra parte con el concienzudo Hamard: "Hase hecho moda en el día de hoy el acrecentar en demasía las especies, principalmente en el reino animal. Persuadidos estamos á que las más veces se estiman especies las meras variedades; y no es maravilla se pase así tan de ligero de una espe-

---

[1] *Principles of Geol.*, p. 660.—[2] *Revue des deux mondes*, 1869.

[3] HOLLARD, *De la diversité des typ. hum.*

cie á otra. El atavismo es el camino seguro que guía al tronco primitivo la rama que momentáneamente se desvió de él. Por eso el señor Bordier no esconde la ojeriza que al atavismo profesa, cual si fuera un obstáculo al progresivo desenvolvimiento„ [1]. Así que la observación de las mudanzas en las especies animales no empece ni menoscaba la perfecta unidad de la especie humana. Concluyamos, pues, con el sabio Humboldt: "En mi opinión, dice, poderosas razones se versan en la cuestión de la unidad de la especie humana, es á saber, los innúmeros matices de la piel, la estructura del cráneo, la analogía que tienen en sus alteraciones los otros animales y las observaciones positivas que se han hecho sobre los límites de la fecundidad en los mestizos„ [2]. Y acaba diciendo: "Ora sigamos la división de Blumenbach en las cinco razas, caucásica, mongola, americana, etiópica, malaya; ora contemos siete con Pritchard, iránica, turanesa, americana, hotentota, negra, paquia y alfurúa, cosa cierta es que no se diferencian estos grupos en alguna nota radical y típica, ni en algún principio de división natural y riguroso„ [3].

ARTÍCULO III.

1. Razones etnográficas. — Parentesco de los pueblos. — Ritos comunes.— 2. Dificultad que resulta de la lingüística. — 3. Razones astronómicas: los zodiacos.— 4. Razones populares: la cerámica, las costumbres.— 5. Los pigmeos. — Su procedencia.— 6. Los negros.— Los australianos.

1. No menos que la historia natural la etnografía, que es otro ramo que ha crecido mucho entre las disciplinas modernas, muy á las claras nos muestra el íntimo parentesco de los pueblos desde la más lejana antigüedad. Porque tanta consonancia de costumbres, de tradiciones, de verdades, de ritos, de sacrificios, de inclinaciones, ¿dónde hay arbitrio para declararla mejor que en la comunidad de origen? Para que gentes tan extrañas hayan conservado conveniencias de principios y de prácticas, no embargante la diversidad de formas, fuerza ha sido que las derramadas por tantos tiempos y lugares hayan vivido largo tiempo juntas con apretadísimos vínculos. Lo más asombroso, y que deja más confuso al que lo considera, no es la conformidad, sino la diferencia. El tipo caucásico, de cara oval, cabeza redondeada y recta, nariz prominente y delgada, labios delgados, ojos horizontales, cabello tendido y blando, barba poblada, color transparente y claro en todo el semblante; el tipo mongol, de ancha cabeza, pómulos abultados, labios gruesos, ojos saltones, nariz arrellanada, barba rala, pelo híspido y negro, color cetrino; el tipo etiópico, azabachado, cabeza larga y angosta, cara asomante, nariz arre-

[1] *La Controv.*, t. III, p. 491.—[2] *Cosmos*, t. I, part. III.—[3] *Ibid.*

mangada, labios fruncidos y gordos, pómulos eminentes, pelo corto y crespo, barba lampiña; el malayo, con su cráneo ensanchado, nariz gruesa y ancha, labios enflautados, tez morena, pómulos hinchados, formas esbeltas, genio vivo y emprendedor; el polinesio, de tez verdinegra, boca grande, labios gordos, cabello abundante, nariz holgada; el australiano, de color moreno, cabello cerdudo, miembros proporcionados; el americano, ojos grandes, pómulos prominentes, nariz larga, labios recios y poco fruncidos, facciones vivas, natural sensible: todos estos tipos, variadísimos, extraños, y en sumo grado diversos, no tan sólo contraen espontáneamente enlaces unos con otros, se cruzan, logran robusta generación, multiplican y medran con holgura y felicidad dondequiera que pueda brotar una planta; mas también se dan la mano en infinitos puntos, porque profesan la unidad de Dios, el dogma de la creación, la inmortalidad del alma, la caída y depravación del hombre, la acción de espíritus buenos y malos, de premios y castigos; ejercitan la oración, guardan ritos expiatorios, sacrificios, ceremonias con los cadáveres, promesas sagradas, confianza en el favor del cielo [1]; por manera que á vista de tan general y secreta comunicación podemos, con Hollard, decir: "Ofrécense á nuestra consideración como se presentarían los descendientes de una pareja, si nos fuese dado remontarnos á su primitivo origen; son familias hermanas en estado de dispersión, iguales, si no en su desenvolvimiento, en la comunidad de su naturaleza„ [2].

Hagamos de camino mención de un rito, común y casi general en los tiempos prehistóricos. La costumbre de enterrar los cadáveres en figura recogida, las piernas encorvadas y cruzados los brazos, se practicó en Europa, África, Asia, América, sin notable diferencia, como lo demuestran las urnas, sepulcros y campos funerarios, desde la era llamada paleolítica hasta la edad del bronce, en que dió principio la cremación de los difuntos [3]. Esta postura tan comúnmente usada, no sólo indica la unidad de la especie humana, pero además denota creencias tradicionales de esfera superior. "El cadáver confiado á la madre tierra, colocado en postura parecida á la del niño en el útero materno, testifica un rito funerario que descubrimos en épocas y partes muy diversas„ [4].—"Dar al cuerpo del difunto la posición del feto, conservarle en esta forma con cordeles, depositarle en el seno de la madre universal, aguardar un nuevo nacimiento para la

---

[1] GAINET, *Hist de l'anc. et du nouveau Test.*, t. III, chap. II.

[2] *Revue des cours scientifiques*, 1865, p. 347.

[3] NADAILLAC, *Mœurs et monuments des peuples préhistoriques*, p. 279-286. TROYON, *Revue archéologique*, V.e année, p. 289-299.— WOSIUSKY, *Congrès. international*, París, 1891, t. II, sect. VIII.— KOHN UND MEHLIS, *Materialen zur Vorgeschichte des Menschen im östlichen Europa*, t. I.

[4] NADAILLAC, *Correspondant*, 1889, p. 98.

resurrección del cadáver; todo esto proviene de nociones de orden más elevado„ [1]. A este tenor podría instituirse comparación entre otras costumbres antiguas, así como entre idiomas é idiomas, de donde resultaría la maravillosa conformidad que á una sola familia corresponde.

2. Pero aquí nos sale al encuentro una no pequeña dificultad. El parentesco de todas las lengüas dista mucho de estar evidentemente demostrado; antes parece que muchos grupos dimanan de diferentes orígenes. Para dar á esta objeción la debida respuesta, es de saber que en ningún tiempo se ha cultivado con tanto ardor como en el nuestro el estudio de las lenguas. Cuanto más adentro penetra la paciencia de los eruditos en los laberintos de los idiomas, más íntimas son las afinidades que en grupos diversos descubre [2]. Hace años, los sabios, llevados no sé de qué espíritu de vértigo, habían opinado, casi *a priori*, que, cotejadas entre sí todas las lenguas, mostraban claras señales de derivación común. Alejandro de Humboldt [3], Gouanoff [4], Klaproth [5], Heider [6], Schlegel [7], Remusat [8], Niebuhr [9], Balbi [10], Maury [11], Wiseman [12] y otros eminentes filólogos, habían creído que todos los idiomas del mundo estaban emparentados como descendientes de una cepa, si bien no declaraban cuál fuese la matriz de que todos provenían. Aguijados de este vivísimo deseo, esclarecido renombre han alcanzado los Vater, Adelung, Klaproth, Pictet, Schlegel, Jones, Grimm, Creuzer, Bopp, en razón de los grandes esfuerzos que han hecho por ver de averiguar la derivación de todas las lenguas conocidas. Pero menester es confesar que el fruto que se siguió de sus investigaciones no correspondió al intento ni al trabajo.

La única empresa coronada con feliz suceso fué la acometida por los lingüistas, que trataron de probar la comunidad de origen que tienen entre sí los idiomas de un mismo grupo. La conformidad que enlaza todos los idiomas indo-europeos (sanscrito, persa, armenio, griego, latín, gótico, alemán) es ya en el día de hoy principio fundamental de la filología; William Jones le puso en clara luz [13]. Hace siglo y medio, en 1767, el Padre jesuita Cœurdoux, misionero de Pondichery, en parte había descubierto esta verdad y sacado de esta conveniencia el parentesco original de indios, griegos y latinos [14]. Pero tocábale al estudioso M. Francisco Bopp acabar de desvanecer toda sombra

---

[1] TROYON, *Ibid.*—[2] PERRONE, *De Homine*, cap. I, prop. II.
[3] *Asia polyglotta de Klaproth*, p. 6.
[4] *Discours sur l'étude fondamental des langues*, p. 61.
[5] *Asia polyglotta*, p. 10.—[6] *Mém. de l'Acad. de Berlín*, 1781.
[7] *Ibid.*—[8] *Recherches sur les langues tartares*, vol. I, p. 29.
[9] *Hist. romaine.*—[10] *Atlas ethnographique du globe.*
[11] *Moniteur universel*, 1864.—[12] *Conférences.*
[13] *Recherches asiatiques*, t. I, p. 422.
[14] *Mém. de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres*, t. XLIX, p. 647-697.

de duda en su *Gramática comparada de las lenguas indo-europeas*. Otros esclarecidos filólogos no han dejado cosa por hacer, atentos á evidenciar la íntima relación entre las lenguas del grupo hamítico (egipcio, etíope, libio) y entre las del semítico (caldeo, siríaco, hebreo, árabe, fenicio). Pero se les desgraciaron todas las tentativas, y sintieron desmayar sus bríos cuando volvieron los pensamientos á investigar qué linaje de afinidad había entre las lenguas indo-europeas y las semíticas, por ejemplo: ningún erudito había logrado declararlo. De aquí resultó que se pregonase por axioma que existen lenguas irreducibles, radicalmente distintas unas de otras, sin lazo de correspondencia aparente. Con todo, "la ciencia, decía Lenormant, no ha proferido aún su última resolución sobre el parentesco primitivo, ó sobre la diferencia radical de todas las familias de lenguas„ [1].

Es verdad, en nuestros días la filología comparada, investigando y apurando con gran cuidado el parentesco entre las dos familias indo-europea y semítica, entre el sanscrito y el hebreo, ha descubierto notables conveniencias cuanto á las raíces primitivas, que anuncian origen común. Porque, dejadas aparte las flexiones y aglutinaciones particulares de cada una de estas ramas, la substancia radical de los vocablos de entrambas indica que, no por casualidad, sino por derivación común, acaecen dichas coincidencias, como lo han demostrado Eweld, von Raumer, Delitzsch, Ancessi, Ascoli, con pasmo de los eruditos. Y aunque la comparación que se ha hecho de las lenguas semiticas é indo-europeas con las turanesas, que son las que constituyen el tercer grupo de lenguas matrices, no ha producido el fruto que era de esperar; no por eso han perdido los doctos la esperanza de salir al fin con la empresa, demostrando la afinidad y parentesco de todas las lenguas conocidas [2].

Ofréceles, con todo, la canosa antigüedad un reventadero tan malo de pasar como un camino sin salida. Cuando la primera familia humana se desmembró repartiéndose en varias familias, el lenguaje uniforme comenzó á padecer quiebra, la variedad de vocablos entró á romper la unidad, cada familia llevaba su parte yendo de por sí; pronto la diversa pronunciación de ciertas voces dió lugar al dialecto entre las familias apartadas, hasta el punto de comenzar á no entenderse unas con otras si acaso venían á juntarse los individuos, pues se había disuelto el vínculo de la lengua primitiva por los antojos de la humana invención, disipado el adquirido caudal. Los dialectos fraguados por el aislamiento formaron más adelante los primeros idiomas, porque es una experimental verdad que así como la soledad

---

[1] *Histoire ancienne de l'Orient*, 1881, t. I, p. 327.

[2] MAX MÜLLER, *La science du langage*.—ANCESSI, *Études de grammaire comparée*.

multiplica los dialectos, la comunicación y trato promueven la unidad de lenguaje. Es éste tan alteradizo como el dinero: con el uno se trafaga como con el otro á vueltas de cambios y recambios, hasta el extremo de recibir otro cuño, otro color, otra forma, otro ser, desanejándose del suyo propio. Vémoslo en las lenguas fenecidas. ¡Cuántas perdieron su figura en América y en la Oceanía! ¿Quién oye hablar en latín, en asirio, en copto, en sanscrito, en zendo? ¿Dónde está en uso el tracio, el púnico, el etrusco, el gótico? Vistiéronse todos ellos de las condiciones que les quiso cortar á su talle la humana curiosidad. Las calabriadas de los dialectos ¿quién las podrá contar? Transformación parecida amenaza al idioma español, el más gallardo y rico de todos, á pesar de haber señoreado la inmensidad del orbe con su gigante predominio; enanado y venido á suma pobreza, parece vive ya sólo de las piltrafas que le echan el francés, el inglés, el alemán, el italiano, pues malrotó el clásico patrimonio que dichas lenguas envidiaban. En recambio el inglés, el francés, el italiano, el alemán, arrinconada ya gran parte de sus dialectos, corren en alas de la moderna civilización, por la facilidad de las comunicaciones, asistidos de las relaciones comerciales, políticas, internacionales, á ser señores absolutos de las naciones, con la pretensión de absorber los señoríos de término redondo.

Si pues las lenguas modernas dejaron ofuscadas las antiguas, á malas noches, en total eclipse; si las antiguas debieron su ser á dialectos más obscurecidos aún; si apenas hay erudito que guarde el secreto de los idiomas extintos, ¡qué contrariedades no se habrán de vencer, qué incomposibles no se habrán de unir, qué imposibilidades no se habrán de ejecutar para sacar de rastro los primitivos elementos del humano lenguaje, ó andar en su busca, negocio más imposible aún, entre las ruinas del universal asolamiento? [1]. No es esto decir que los sudores gastados por los lingüistas en el empeño de hacer de todos sus estudios un cuerpo doctrinal, hayan sido por entero vanos; ni tampoco queremos significar que aunque no sea cordura negar hoy rotundamente que haya parentesco entre los actuales idiomas del mundo, lo más prudente sería, por ahora, tener el ánimo suspenso sin dejarle desengañado ni esperanzoso, pues vemos la suma facilidad con que muchos eruditos empeñados en la demanda inventan el enemigo y la victoria, y porfiando que han de ver sueñan primero la visión; mas con todo, dando de barato lo dicho, queremos, en respuesta á la objeción, hacer este dilema: ó en hecho de verdad hay enlace entre las lenguas, ó no le hay. Si de las raíces comunes á las familias principales de idiomas es hacedero subir á una lengua ma-

[1] SAYCE: Au lieu de chercher à dériver les langues d'un centre commun, il serait plus juste de dire qu'elles sont lentement sorties d'un amalgame de dialectes préexistants. *Principes de philologie comparée*, pág. 101.

triz primitiva, ¿cómo tendrán razón los autores que de la diversidad idiomática presumen concluir la diversidad de humanas especies, puesto caso que no admitan haber dictado Dios á los primeros hombres la misma cartilla?

El segundo miembro del dilema podía dar algún cuidado. Pero en la presente controversia será bien observar que la divina institución del lenguaje no concluye la unidad de la especie humana con dependencia tan absoluta que, si no presuponemos aquélla, resulte á ésta detrimento y desautoridad. No; aun concedida la imposibilidad de reducir las varias lenguas habladas por el hombre á un idioma común, esto es, al aprendido de Dios, no vendría á menos fortuna la unidad de la humana especie [1]. A salvo quedará ella en medio de la multiplicidad lingüística. El dogma de la específica unidad no es tan efímero que dependa de opinioncitas humanas [2]. En esta parte los darwinistas no llegarán de mil leguas á la posición de los monogenistas, aunque demuestren la reducibilidad de todos los idiomas. El solo propósito de negar el habla al hombre primitivo, porfiando que el hombre mudo y afónico fué quien dió las primeras señales de su natural capacidad, es una alevosa falsedad colocada en plenísima evidencia por la disposición de la laringe, por la proporción y aptitud de las cuerdas vocales, por los músculos de la boca puestos en relación con la tercera circunvolución frontal; circunstancias, que hablan muy alto en abono y favor de los monogenistas, ora den éstos al hombre la facultad de inventar lenguaje articulado, ora le prefieran suponer venido del cielo, comoquiera que la hipótesis de las onomatopeyas no merece mención alguna á causa de los falsos presupuestos que envuelve, contrarios á la notoria experiencia [3].

Queremos, por tanto, otorgar graciosamente á los poligenistas que haya verdaderamente lenguas irreducibles que no puedan refun-

---

[1] WHITNEY: Ce qui est encore plus démontrable, c'est que la science lingüistique ne prouvera jamais non plus la variété des races et des origines humaines. *La vie du langage*, pág. 221.

[2] P. VAN DEN GHEYN: Si donc, d'une part, il est chimérique de chercher un argument pour le monogénisme dans la réductibilité des langues, puisqu'un si grand nombre résiste à pareil effort; d'autre part, la lingüistique n'est pas plus favorable à la diversité originelle des races humaines. La race a pu être une, et se répandre dès les premiers temps assez rapidement pour que les germes fondamentaux de chaque groupe de langues aient été en réalité produits indépendamment dans les unes et dans les autres. *Revue des quest. scientif.*, 1893, t. XXXIV, pág. 126.

[3] PREYER: Les onomatopées complètement spontanées sont rares chez les enfants; je ne les ai observées que chez les enfants connaissant déjà quelque mots. *L'ame des enfants*, pág. 363.—BREAL: Il serait plus vrai de dire que nous entendons les bruits de la nature à travers les mots auquels notre oreille est habituée depuis l'enfance. *Mél. de mythol. et de linguistique*, pág. 401.

dirse en la unidad; ¿qué consecuencia pretenden ellos sacar? ¿Que fueron muchas las familias originales que en un principio esas lenguas inventaron? No pueden concluir eso. ¿Quién lo veda? Esta sencilla razón: El parecernos irreducibles las lenguas conocidas por no convenir en la unidad, bien puede ser efecto de la insuficiencia de nuestros conocimientos lingüísticos. Porque, fuera de que no hay cosa más mudable que la lengua, nos es imposible tener noticia de las que se hablaron en los tiempos prehistóricos: ¿cuánto más de las que perecieron? ¿Qué diremos, pues, de la primera de todas? Especialmente que donde el lenguaje no está preso con la cadena de la escritura, sería suerte de milagro el dar con el rastro de cosa tan rodadera y caduca; que así como la especie animal produce variedad de razas, con la misma facilidad la lengua primitiva brotó variedad de idiomas: luego como nos sea imposible descifrar la raza primitiva, también lo es barruntar el lenguaje primitivo; luego como, por contraria razón, el ser muchas las lenguas no deroga á la perfecta unidad de la primera, tampoco la variedad de razas quita que fuese una la primera que reinó. Y así, concluyamos con el filólogo Whitney: "La incompetencia de la lingüística para decidir la unidad ó diversidad de las razas humanas parece del todo é irrevocablemente demostrada [1].

En mal hora el poligenista Agassiz, considerada la diversidad de idiomas, quiso concluir la diferencia de especies, cuando al observar que los animales de una especie usan la misma manera de vocear, creyó que el mudar los hombres de lenguaje era indicio de mudanza específica. Engañábase ciertamente; porque el no haber nunca el jumento aprendido á relinchar, ni el caballo á rebuznar, ni la gallina á castañetear, ni la mona á cacarear, fué por falta de discurso de razón; por ese motivo nunca el animal perdió su antiguo propio canto. El hombre, por el contrario, puesto en comunicación con otros, de tal manera hace suyo un idioma extraño, que se olvida del propio. Los judíos dieron de mano al hebreo seiscientos años (A. C.); los francos se despidieron de su germánico trescientos después de Clovis; el inglés suplantó la lengua primitiva de los británicos; el griego acabó con los idiomas nacionales de Tracia y del Asia Menor; el galo se desterró por el latín, que fué común en el Sudoeste de Europa; y ¿dónde está el antiguo gótico que en Germania se hablaba? "La razón es, dice agudamente Quatrefages, que la voz del animal es distintivo de especie, y el idioma es distintivo de raza; el atributo específico del hombre no es la lengua particular que maneja, sino el habla, la facultad de articular que le sugiere arbitrios para formar idiomas y variarlos de infinitas maneras" [2]. Así, al modo que la variedad de lenguas prueba la variedad de razas, la facultad de hablar convence

[1] *La vie du langage*, pág. 240 —[2] *L'espèce humaine*, l. X, chap. XXXIII.

la unidad de especie; luego no le valen á Agassiz las diferencias de idiomas para legalizar diferencias de humanas especies.

3. Pasando á la astronomía, no sin grande admiración veremos que todos los zodiacos conocidos nacieron de un solo centro. El de la luna es el más celebrado por la antigüedad. Los pueblos orientales se regían por el curso de la luna, y apellidaban *casas* las constelaciones en que el satélite parecía alojarse temporalmente. Andaba tan valido en el Asia este zodiaco, que era recibido con su nombre y número de casillas ó signos por los árabes, coptos, persas, indios y chinos. Justifícalo M. de Guignes, diciendo: "He conferido las nociones que tenían los árabes en astronomía con las de los chinos, las he cotejado con las de otros pueblos de Asia, según mi posible, y heme convencido que todas estas naciones usaban un mismo sistema„ [1]. Las consideraciones de este afamado autor prueban que desde la Arabia hasta la China corría un mismo orden de nombres, de figuras, posiciones y divisiones celestes, y que en todos estos pueblos el zodiaco comenzaba por Aries: circunstancia maravillosa, que no se debe á las diligencias de los moros, como algunos piensan, pues los libros chinos, más antiguos que Mahoma, hacen mención del zodiaco, y en los demás países del Asia se pierde su memoria en la noche de la antigüedad. "Henos aquí, exclama el citado Guignes, recibidas por árabes, persas, coptos, indios, chinos, veintiocho constelaciones señaladas con sus nombres, ocupando unos lugares, formadas de las mismas estrellas; que si en algunos países se introducían algunos más astros, no eran de los brillantes, sino de los menos visibles.„ Esta general conformidad pone de manifiesto los antiquísimos lazos que mantenían amistad y concordia entre la China y el Egipto, y tuvieron toda el Asia perfecta y familiarmente emparentada [2].

Por otro camino, yendo con paso muy lento, llegó Humboldt á la misma conclusión, y aun la hizo más general. "Los pueblos del Asia poseen, dice, de tiempo inmemorial dos divisiones, una de 28 casas lunares, la otra de doce partes. Considerados los apellidos de las casillas lunares que se usaban en la India, se hacen reparar los nombres del zodiaco tártaro, tibetense y griego; de donde se infiere que el zodíaco solar de doce signos se formó sobre el lunar de 28 casillas, separándose cada plenilunio del precedente por dos y cuarto casas lunares. Conforme á esto, los días del calendario mejicano obtienen las mismas denominaciones que los signos del zodíaco indio, griego, japonés, tártaro, etc.„ De donde colige este autor que todos los pueblos de entrambos mundos concuerdan en profesar el mismo zodíaco.

No mentemos los ciclos notables de la China y del Tibet, que le sirvieron al incansable Humboldt para probar matemáticamente el origen asiático de las gentes americanas; pero traslademos aquí,

---

[1] *Mém. de l'Acad.*, t. XLVII.— [2] M. GAINET, *Hist. de l'anc. Test.*, vol. III.

en suma, el razonamiento de este ilustre campeón de la ciencia. Al principio de la conquista de Méjico, los españoles contaron que los mejicanos daban á los días nombres que significaban perro, mono, liebre, tigre; y que los años los denominaban como se acostumbra en China, Tartaria, Japón, Tibet y Mongolia. Mas estos animales, tigres, monos, perros, nombrados en los zodíacos, ni se crían en las alturas del Asia central y oriental, ni en la tierra de Méjico, ni de ellos se tiene noticia en tales puntos: de otra parte les vinieron los nombres: por esta causa, concluye Humboldt, los signos zodiacales inducen á creer que todos los zodíacos de los toltecas y aztecas, mongoles y tibetanos, árabes y chinos, tuvieron origen en el antiguo continente de Asia; y de aquí es obvio inferir el estrecho parentesco de todos los pueblos de la tierra [1].

4. Otro investigador de la cultura americana, el marqués de Nadaillac, ha hecho observaciones sobre la cerámica ó fábrica de vasos de barro, publicando varios escritos que declaran qué grado de perfección habían alcanzado estas artes en América: en uno de ellos, ponderadas las conveniencias entre la cerámica americana y asiática, lleno de asombro exclama: "Todo lo dicho demuestra que el hombre, dondequiera que le estudiemos, preséntasenos de una índole, sin que le desmientan sus instintos, necesidades y facultades; antes todos los ramos de la industria concurren á corroborar la maravillosa unidad de la especie, que parece ser en los reinos orgánicos privilegio particular de la naturaleza humana„ [2]. En este sentido abundaba ya el antedicho Humboldt. "Yo reconozco, decía, en la mitología de los americanos, en el manejo de sus pinceles, en su lenguaje y fisonomía exterior, á los descendientes de las castas de hombres que, apartados al principio de la compañía de los demás, siguieron por largos siglos una senda singular en el desenvolvimiento de sus potencias intelectuales y en sus propensiones á la civilización„ [3].

Este mismo discurso podemos acomodar á los negros africanos. No son ellos tan bozales como los pinta la fantasía de aquellos historiadores que no los trataron de cerca. Preguntando por los votos y pareceres de los etnógrafos, hallámoslos discordes en muchos puntos tocantes á la raza negra, en particular á los pigmeos, de quienes con-

---

[1] *Vue des Cordillères*, t. II.—[2] *Revue de l'antropologie*, 1882.

[3] *Vue des Cord.*, I, p. 242.—Por no vacar espacio bastante para extender la pluma en la materia, remitimos la diligencia del que desee estudiarla al artículo *Unité de l'espece humaine prouvée par la similarité des conceptions et des créations de l'homme*, publicado por Nadaillac en la *Revue des quest. scientif.*, 1897, t. XLII, pág. 415. Mas no será ocioso advertir que estas llamadas *pruebas de la unidad de la especie humana* han de tomarse por junto y no cada una de por sí, porque muchas de ellas consideradas aparte tienen poca fuerza para convencer el intento, pero todas juntas en uno forman argumento insoluble.

vendrá añadir algo más á lo dicho en el cap. XLII, art. III. Tribus de pigmeos hay en África y en Asia: tales son los Negros del África central y los Bosquimanes, que ocupan diez poblaciones; los Mincopios de Andaman, los Veddehes de Ceilán, los Kanikares, los Aetas de Filipinas [1]. Las particularidades que los distinguen de las demás castas son las siguientes: Viven á solas entre los árboles, desterrados de las ciudades, hechos al desierto de los montes, donde la caza es su habitual ocupación. Su abrigo son ramas de árbol, en cuya comparación la choza fuera albergue de lujo. No se aplican al trabajo de la labranza ni se ocupan en arte de industria; la única que ejercitan es cambiar reses y despojos de caza por armas, vestidos y utensilios para servir á la necesidad. El aislamiento general los induce á no apetecer sangre extraña y á contraer enlaces entre sí. El perro es su compañero inseparable. Tales son las costumbres generalmente seguidas por todos los pigmeos, ora sean africanos ó asiáticos. No es fácil asentir á todos los dictámenes de los etnólogos acerca de los pigmeos para colegir su estado social, el poder de sus facultades intelectuales, su lengua y tradiciones.

5. Pero será oportuno tratar de las notas más características de los pigmeos. La primera y más principal es la exigüidad de la estatura, que en ellos apenas llega á 1,40 metro, con ser así que la altura general del hombre mide 1,50 metro. Algunos antropólogos han opinado que las dimensiones del cuerpo humano son hereditarias, asunto de estirpe. Sea lo que fuere tocante á los enanos lapones y á los próceres patagones, cuanto á los pigmeos, africanos y asiáticos, ni la suculenta nutrición, ni el trato con gentes civilizadas, ni las circunstancias climatéricas, ni otras cualesquiera condiciones, han podido modificar aquella raquítica pequeñez con un pelo de añadidura. Por esta causa les parece á los más antropólogos ser éste el principal distintivo de los pigmeos, no originado de accidente patológico, sino de natural generación [2].

---

[1] De los pigmeos filipinos escribía el P. Combés: «Hay en esta isla negros atezados, que á nadie reconocen, como los de la isla de Negros y de las serranías de Manila, llamados Aetas. Viven más como brutos que como hombres, huyendo de todos, haciendo mal á cuantos pueden. No reconocen pueblo, ni en tierra de tantas inclemencias tienen otro abrigo que el de los árboles. En la ensenada de Pangil se ven cada día. Y en el pueblo de Layavan, hallándome de visita, me parecieron muchos de ellos. No usan de más galas que las que heredaron de la naturaleza, acudiendo á la decencia con tanta escasez, que no alcanza á lo preciso. Sus armas son arco y flecha armada de venenos que ellos conocen y con que las enerbolan. Parece, por lo que sabemos de otras islas donde se hallan de esta nación reconcentrados en los más inaccesibles montes, ser ésta la nación que primero que todas las ocupó.» *Historia de Mindanao*, 1667, lib. I, cap. XI.

[2] P. VAN DEN GHEYN: C'est la taille reduite qui constitue le caractère prin-

Otras anomalías consideran ciertos etnógrafos por señales de la casta: la melena crespa, ensortijada y cerdosa, la amplitud de los hombros, el color azabachado de la tez, el arrugamiento de la piel sobre la frente, la obesidad del volumen abdominal, las narices remachadas, la longitud excesiva del tronco en comparación de todo el cuerpo, la desproporción entre la caja del cráneo y la parte facial, la demasiada anchura de la cara puesta en parangón con su longitud, el corto desenvolvimiento del esternón y otras parecidas irregularidades [1]. Mas porque no son ellas tan permanentes como pide la índole de la casta, más vale tenerlas en concepto de casos patológicos, accidentales y pasajeros, pues en verdad lo son, según lo ha comprobado la experiencia. Al menos están muy distantes los etnólogos de convenir entre sí acerca de su verdadero valor para ser divisa de raza [2].

Lo que con más solicitud se ha de inquirir es el lugar que ocupan los pigmeos en la república humana. Los transformistas, propensos á ingeniarse en tomar la medida de todas las cosas por el metro de la evolución, puesta la mira en los pigmeos, han alcanzado á descubrir en su rudeza la marca original de los hombres primerizos [3], especialmente cuanto á la configuración corpórea de los Veddahs de Ceylán, en cuya isla asentaron algunos autores el paraíso terrenal, de que los transformistas hacen irónica burla, como se dirá más adelante.

---

cipal et distinctif des pygmées. *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, página 39.—QUATREFAGES, *Les pygmées*, pág. 68.—VIRCHOW, *Zeitschr für Ethnologie*, 1875, pág. 412.—GEOFFROY-SAINT-HILAIRE, *Hist. génér. et part. des anomalies chez l'homme et les animaux*, 1837, pág. 141, t. I.

[1] El moderno autor de las *Notas* puestas á la *Historia de Mindanao del P. Combes*, vuelta á imprimir en 1897, describiendo las señales de los Aetas filipinos, dice así: «Distínguense de las demás razas filipinas principalmente en la talla, la desproporción de los miembros, el color y el pelo: son bajos, tienen algo de panza, que choca en medio de un cuerpo en general raquítico; de brazos largos y piernas un tanto cortas; *negros* — como lo indica el nombre genérico con que se les conoce — y de melena canosa y greñuda». *Ibid.*, página 775.

[2] Los enanos del valle de Ribas, provincia de Gerona, presentados por el Dr. Delfín Donadiu al Congreso científico de los católicos en Bruselas, 1894, no fueron admitidos por verdaderos pigmeos de casta, á pesar de su talle diminuto, que podía provenir de generación bastardeada y deforme. Haliburton, *The Academy*, 22 juillet, 1893; 12 août, 1893.—*Asiatic. Quaterly*, juillet, 1893.

[3] DENIKER: «Pour ne pas démentir le sous-titre de leur ouvrage, MM. Sarasin tâchent de démontrer qu'au point de vue ostéologique le Veddah se rapproche, plus que n'importe quelle autre population, des singes anthropoïdes et notamment du chimpanzé, par une foule de caractères (longueur de l'avant-bras, perforation de l'olécrâne, structure de l'omoplate, petitesse du crâne, courbure de la colonne vertébrale, forme du ptérion, inclinaison du trou occipital, etc.)». *L'anthropologie*, 1894, pág. 240.

Hartas veces han probado la mano los noveleros con ensayos buscando el hombre primitivo entre los hotentotes ó entre los habitantes de las Islas de Andaman; como se les ha pasado la vida sin fruto, piensan cogerle mirando y remirando los pigmeos de Ceylán. Mas por cuanto las deformaciones del cuerpo no dan lugar á colegir inferioridad de especie, ni la falta de cultura arguye prioridad de origen; por eso ni del ser y condición de los pigmeos podrán concluir los evolucionistas que dejen de ser los de Ceylán hombres como los demás, ni tampoco que hayan sido los primeros moradores de la tierra. No decimos más; la experiencia y el tiempo les darán ojos.

¿De dónde proceden los pigmeos? ¿De África ó de Asia? Vémoslos albergados en más de veinte puntos de entrambas regiones, ó solos ó acompañados. La primera cuestión había de ser, si componen todos una misma casta: nadie hasta el día de hoy lo ha resuelto. Siendo así, ¿quién osará tantear el origen geográfico de estas peregrinas tribus? El P. Van den Gheyn se abalanzó á indagar su procedencia; examinadas sus señales antropológicas, sus tradiciones y manera de vivir, las plantas y animales que en África y Asia les sirven de mantenimiento, hallaba razones para asegurar que no son indígenas, sino procedentes del Asia [1]. A los dos años hubo de confesar que le hacían poca mella las razones [2]; pero se consolaba de su desengaño pensando como cosa probable que tal vez los pigmeos, tan arduos de descifrar, nos ahorrarían ulterior molestia despareciendo, como el humo de la faz de la tierra [3]. Igual desventura les prometió á todos los negros, negritos y negrillos de Filipinas el autor de las Notas á la *Historia del P. Combés* [4]: si el P. Combés, arriba citado, tuvo á los pigmeos por los primeros pobladores de las islas Filipinas, no parece gratitud vaticinarles tan triste azar. A los yankees tocará habérselas á la larga ó á la corta con esta aniñada gente.

6. Dejándola aquí y hablando en general de los negros, sabemos que en el orden moral y sociable ejercitan oficios de cazadores, pastores, labradores, y se amoldan, aun los cafres y hotentotes, á los primores de nuestra civilización. Por poco que se los trate, nótase que

[1] *L'origine asiatique de la race noire.* Compte rendu du deuxième Congrès scientifique des catholiques. Paris, 1892.

[2] J'avoue que, pour l'heure présente, je trouve moins de force aux raisons que j'ai fait valoir pour la migration d'Asie en Afrique. *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVII, pág. 51.

[3] A moins, ce qui est également probable, qu'ils ne disparaissent de la surface du globe. *Ibid.*

[4] «Existen tribus en distintas islas, y, según la localidad, reciben nombre especial; los de Mindanao se llaman *Mamánuas;* son nómadas; casi van en cueros; son tímidos, holgazanes y en la lucha cobardes; usan armas primitivas; por todos los signos que en ellos se observan, bien puede asegurarse que á la larga acabarán por existinguirse.» *Ibid.*, pág. 775.

las tribus negras tuvieron en lo antiguo policía adelantada, como lo declaran los monumentos de piedra sitos á la orilla del Níger. ¿Quién ignora el pasmo de Blumenbach cuando hubo recogido toda una biblioteca de autores negros? En el día de hoy son diestros, no sólo en las artes mecánicas, mas también en la música instrumental, en la pintura y poesía [1]. La moral de los hotentotes no sufre el desorden del adulterio; creen en un Dios supremo y en la inmortalidad de las almas.

No son, pues, los negros raza tan vil y contentible que deba ser tenida por apartada de la descendencia común. Cierto, ¿cómo se explicaría que Moisés, caudillo del pueblo más civilizado á la sazón, tomase por mujer á una negra, sabiendo la ojeriza que tenían los egipcios á los abisinios y etíopes, que, según Josefo, habían invadido antes aquel territorio [2], y exponiéndose á presenciar en su misma casa discordias entre su hermana y su esposa? [3] ¿Hubiera jamás escogido por compañera una raza tan miserable, si fueran verdad los sueños de los antropólogos? Todo se les va en medir cráneos, en examinar pigmentos, y en tener poca cuenta con la parte racional y de costumbres. "¿La excelencia de una raza se cifra por ventura en señales exteriores?„, preguntaba Quatrefages, y respondía: "Mirando las cosas de cerca, todo nos fuerza á pensar que no„ [4]. La craneología, la fisiología, la biología, poco camino harán siguiendo por tales veredas [5], porque la etnografía deshará sus artificios, consumiendo con el fuego de la verdad la herrumbre de sus tropelías.

¿Es posible imaginar hombres más envilecidos que los australianos? Bárbaros, sin rastro de cultura, sucios, asquerosos, vagabundos, parecen la hez del orbe. Pero si entramos á escudriñar sus costumbres, sus nociones, sus instintos, hallaremos contradicción flagrante entre los relatores. Lumholtz [6] los pinta como bestias sin asomo de amor. Al revés, otros escritores descubren moralidad entre los australianos, corrompida sí por el trato con los europeos [7], á cuyos

---

[1] Monseñor Le Roy emprendió la descripción de los *Negrillos* ó pigmeos africanos, de una manera científica y grave, cual á su cargo de misionero convenía. Distingue cuidadosamente los pigmeos de los enanos, pues aun entre aquéllos se notan casos de monstruosidades que distan mucho de ser propias de la casta. Con especialidad insiste el autor en examinar las facultades intelectuales de los Negrillos, entre cuyas tribus cita filósofos pigmeos, vocabularios, máximas, canciones, primores de arte y de literatura, que acreditan los pigmeos de gigantes en comparación de nuestros Hurdanos. *Les Missions catholiques,* 1897.

[2] *Antiquit.,* l. II, cap. V.—[3] *Numer.,* cap. XII.

[4] *Revue scientifique,* 1881, 17 déc.—[5] V. cap. XLIII, art. III.

[6] *Among the Cannibals,* 1889, p. 161.

[7] HOWITT, *Journ., Anth., Inst.,* Aug. 1888.—CURR, *The Australian. Race,* 1886.—SMYTH, *The aborigenes of Australia,* 1878.—STEPHENS, *Journal of Roy. Soc. of New South. Wales,* t. XXIII.—SALVADO, *Mém. hist. sur l'Australie.*

vicios deben los suyos aquellos desdichados hombres. Bastaría considerar su idioma y los dialectos derivados, la gramática y la destreza en la composición de las voces, para deslindar la capacidad intelectual oculta entre tanta barbarie. Ciertamente los australianos descienden de un pueblo más civilizado, bien que no sepan los paleoetnógrafos averiguar su procedencia con cabal seguridad[1].

ARTICULO IV.

1. Población de la tierra.—Centro de los hombres postdiluvianos.—2. Satisfácese á la dificultad de la aclimatación.—3. Población de las Américas.—4. La teoria de los centros es digna de censura.

1. Resta que declaremos por dónde pudieron los pueblos, siendo unos en el origen, apoderarse de todo el orbe hasta ocupar las regiones más apartadas. La controversia del orígen de las gentes es la más enmarañada y dificultosa de resolver de cuantas trata la etnografía. Por algún tiempo prevaleció la hipótesis que el centro del Asia había sido el lugar de división, donde después del diluvio se recogieron las familias humanas para derramarse por la redondez de la tierra. En estos últimos años parece que va echando raíces y ganando crédito la opinión que enseña no haber tenido el humano linaje después del diluvio su asiento en la Bactriana, país de los aryas, sino en la cordillera del Cáucaso, es á saber, en la Mesopotamia, desde donde nuestros mayores salieron á repoblar toda la superficie terrestre. Aun en nuestros días no faltan autores que propugnen que los aryas descienden de la Armenia, y que allí esta casta de hombres creciendo se repartió por el resto del Asia y ocupó toda la Europa. El Dr. Hermann Brunnhofer hace pocos años, y antes de él Anquetil Duperron, Kleuker, Herder, Peschel, Heeren y Müller, habían señalado por cuna de los aryas las cumbres de la Armenia. Los adversarios mismos de las opiniones de Brunnhofer concuerdan en que los aryas y los semitas tienen parentesco entre sí[2]. Mas, no entrando ahora en esta contienda, y remitiéndonos á lo dicho antes[3], lo que más importa establecer es cómo les fué empresa fácil señorear las cinco partes del mundo á los hombres descendientes del patriarca Noé.

Primeramente, el Mediterráneo facilitaba á los pobladores del Oc-

[1] El acreditado Horatio Hale, que recorrió la Australia muy de asiento, estima los australianos por oriundos del Indostán: «Thus the Australians, whom some to eager theorists have accepted as the best representatives of primeval man, prove to be the offspring of one of the most endowed races of Southern India». *Language as a Test of mental capacity being an attempt to demonstrate the True Basis of Antropology,* 1891, pág. 101.

[2] *Revue des quest. scientifiques,* 1885, p. 263.—[3] Cap. XLV, art. I.

cidente la ejecución de sus intentos, dando lugar á que unas familias se acampasen á lo largo del litoral, y otras se metiesen tierra adentro en caravanas á poblar el corazón de la Europa. Sobreviniendo del Asia nuevas colonias más adelantadas en las artes, disputaron á las primeras la posesión de su territorio; éstas, inferiores en fuerzas, no pudiendo resistir el ímpetu de los usurpadores, hubieron de buscar, al abrigo de los montes, remedio á su desolación, cediendo á los enemigos el centro europeo que habían habitado. Entre estas prístinas familias cuéntanse los vascos y los finlandeses, amparados aquéllos á la sombra de los Pirineos, reducidos éstos al Norte de Europa, como antes dijimos [1]. Anteriores, pues, á los iberos y celtas fueron en España los vascos; los cuales, haciendo después comunes los intereses con los iberos y celtas, dieron nacimiento y fundación al pueblo español, propagaron las artes, industria y animales domésticos, desmontaron y desbrozaron el suelo virgen, limpiándole de las fieras bravas que le infestaban. Pero los vascos son la gente solariega principal que puso primero los pies y mandó como señora en los dominios de la Península. Ésta es la opinión que, por más ajustada á la verdad, defienden los sabios Rioult, Hamard, Cruel y otros que distan infinito de ser españoles.

El alemán Vogt pone dificultad en la población de América, Australia y archipiélagos de Oceanía, pues quiere que los americanos sean hijos del suelo que los sustenta. Indudablemente, "colocándonos en el territorio de la ciencia, es imposible averiguar si los americanos son nativos de aquel suelo ó si partieron de remotas regiones para poblar las Américas" [2]; por eso, á la luz de la revelación se debe el perfecto conocimiento de la unidad de nuestra especie. Con todo, el infatigable Nadaillac, después de pasar por la crítica censura todas las noticias que han logrado los modernos hasta el día sobre el hombre antiguo americano, saca esta importantísima conclusión: "Por mucho que subamos, el hombre del Nuevo Mundo es, por su estructura huesosa, del todo semejante al hombre de nuestras regiones. Hecho de indisputable importancia, tanto más digno de consideración cuanto la fauna mamífera americana difiere singularmente de la fauna mamífera de los antiguos continentes. Esa misma semejanza hallamos en las producciones del hombre, armas, utensilios, vasijas, las cuales presentan las mismas formas, variedades y procedimientos. Por doquier igual es el instinto de sociabilidad, por doquier las mismas necesidades se satisfacen con iguales remedios. La identidad del ingenio humano en todos climas y comarcas me parece tan asombrosa como la semejanza del esqueleto" [3].

---

[1] Cap. XLV, art. I.

[2] NADAILLAC, *Les plus anciens vestiges de l'homme en Amérique*, 1891.

[3] *Ibid.*—El mismo autor, en 1893, publicó *Le problème de la vie*, donde

Ni resulta inconveniente en la población de las Américas. Como si fueran en lo antiguo de mayor dificultad los viajes que en nuestro tiempo; como si le hubiera faltado en algún siglo al hombre consejo, destreza, arrojo y constancia para hacer frente á los montes de dificultades que se le pusieran delante. Seiscientos mil kalmukes, cerca del Volga, juntáronse en 1771, imperando Catalina de Rusia, y, mandados por Zebeck Dorchi, acometieron la hazañosa empresa de viajar al imperio de la China. Dentro de ocho meses, arrostrando fríos, calores, hambres, sed, por breñas y riscos, caminando el espacio de un cuadrante terrestre, arribaron al término de su viaje, no sin haberse quedado en el camino más de un tercio de caminantes. Pues ¿tan difícil de ejecutar sería en los siglos pasados la emigración por tierra? Cuanto más, que la Polinesia fué habitada de navegantes, surtos del archipiélago indio, y con mayor razón pudo serlo la América entrando sus pobladores por mar, yendo del Oeste al Este. No hace á nuestro propósito determinar quiénes fueron los progenitores de la gente americana: escritores hay que señalan los hebreos, otros los fenicios, otros los vascos, otros los romanos, otros los chinos, otros los mongoles; y aun aquí unos autores admiten una sola casta de pobladores, otros abrazan tanta diversidad de castas, que aun sólo el Perú estiman fundado por varias naciones de gentes. Lea quien quisiere en los importantes *Estudios críticos* del celoso P. Ricardo Cappa (S. J.) la diversidad de opiniones en esta materia [1].

2. Pero veamos: ¿qué inconvenientes podían hacer al hombre embarazosa la aclimatación? La raza blanca es capaz de naturalizarse en ambos hemisferios; la amarilla emigra frecuentemente, viendo cuán fácil le es ajustarse al clima; los chinos han extendido su industria por las Américas; los judíos se alaban de ser señores del globo; á los negros la felicidad los acompaña en los Estados Unidos fuera de la zona tropical. Presupuesta la capacidad en el hombre de triunfar y tener entera salud debajo de cualquier cielo, es muy conforme á razón pensar que el primer apetito que se despertó en los hijos de Noé, luego de secarse la tierra después del diluvio, fué el deseo de correr tierras y descubrir más dilatados horizontes, según el mandamiento que se les había intimado por el Señor en saliendo del arca: "Creced y multiplicaos y henchid la tierra" [2]. Puso espuelas á este deseo la necesidad. Juntos los descendientes de Noé en las llanuras de Senaar, frustrada su ambición en la fábrica de la

---

menudamente inquiere las notas distintivas del hombre, aun en las castas más envilecidas; al fin de su jornada añade: Je demande de nouveau au lecteur de bonne foi si l'on n'est pas forcément amené à la conclusion d'un illustre savant anglais, sir R. Owen: l'homme est sur la terre le seul représentant de son ordre.

[1] Parte segunda, 3.ª edición, 1889, *Apéndices.*—[2] *Gen*, IX, 1.

Torre, viendo con estupor que ninguno de los presentes se podía averiguar con sus convecinos, no hubo otro remedio sino desterrarse y apartarse unos de otros, llevando cada cual consigo su algarabía, fiado en la divina Providencia, que tenía la mano en aquel impensado acontecimiento. El hombre postdiluviano, dotado de fisonomía particular, ni blanco ni negro, amarillo tal vez, cabello terso y tendido, creció, se multiplicó, colonizó, emigró, rodeó la tierra y, luchando con la inclemencia de los climas, llenó el mundo otra vez con los efectos de su industria. El caudal de los ríos no estorbaba el paso al que tenía ingenio para esguazarlos y hacerlos servir á sus intentos; los bosques vírgenes tampoco eran parte para retardar sus empresas; su infatigable diligencia pasaba los anchos lagos; su denodado esfuerzo atravesaba los vastos páramos; al que era diestro en el arte de lidiar con las fieras, los viajes por el continente no ofrecían insuperable dificultad.

¿Serían mayores los imposibles por mar? En el día de hoy expedito es, y muy hacedero, el camino á la Oceanía por Malaca á Sumatra y á la Sonda, ó si no por la China, isla Formosa, Filipinas, Carolinas, á Nueva Guinea. Menor embarazo presentaría el paso de Europa á las Américas por el Norte, donde la Islandia y Groelandia abrirían rumbo seguro. Además, las corrientes marinas del Pacífico, que van del Japón á la América, si las conocieron los japoneses, como las conocemos hoy, induciríanlos á las costas de la California derechamente; y asimismo la contracorriente que discurre de Este á Oeste y sigue la derrota de América, y otra que toma el rumbo de Terranova y muere en la costa de África, caminos eran muy apropiados para allanar el paso por mar. En prueba de esto trae Quatrefages el ejemplo de los chukchis, casta que antes vivía en Asia, y actualmente mora en la costa de América. "Este solo caso, añade, bastaría para demostrar cómo el antiguo continente pudo descargar sobre el nuevo gran parte de su población" [1]. Finalmente, la corriente ecuatorial del Atlántico, que quiebra su furia en el cabo de San Roque, yendo de África, serviría también de pasaje; sin mencionar ahora la famosa Atlántida de Platón, que algunos, con Nadaillac, no tienen por tan increíble, y sería de fácil paso á las Américas en los siglos prehistóricos [2].

---

[1] *L'unité de l'esp. humaine,* v.

[2] También el geólogo Lapparent se muestra inclinado á darla asentimiento, bien que más insiste en el hecho del Atlántico boreal. De la Atlántida dice así: Pour notre part, nous inclinerions plutôt à croire que l'écroulement définitif de l'Atlantide a nettement précédé les temps historiques plus anciens. Tout au plus chercherions-nous à placer, à l'aurore de cette dernière période, l'événement qui a mis fin au froid sec de l'âge du renne; lequel a succédé, comme on sait, à la dernière retraite des glaces. *Revue des quest. scientif.,* 1893, t. XXXIV, pág. 428.

3. Todas éstas son respuestas que deshacen las dificultades presentadas por los enemigos de la unidad de nuestro linaje, que tienen por engañosa fantasía la población de las islas y continentes de América por gentes extrañas. Bajando ahora á tratar de cómo en hecho de verdad hubo fácil paso en lo antiguo para las Américas, dicho va [1] de qué manera el Dr. Cruel, versado en estas materias como el que más, concebía que las gentes asiáticas habían por el Norte de Europa pasado al Nuevo Mundo. Y que muchos siglos antes que el inmortal Colón diera vista á las costas americanas hubiese camino expedito, se saca, entre otros clarísimos monumentos, de las Bulas de Gregorio IV y Pascual I. Porque en el año de 822 fué enviado por la santidad de Pascual I á las islas del Septentrión, Islandia y Groelandia, el obispo Ivon, como consta del decreto expedido por el Sumo Pontífice para encomendarle aquella santa misión, y puede verse en el *Magno Bulario* [2]. En 834 el Papa Gregorio IV fundó asimismo en Hamburgo una silla arzobispal, que tuviese rendidas á su jurisdicción todas las naciones del Norte, convertidas á la fe por el celo apostólico del santo obispo Ivon. En la Bula antedicha nombra el Romano Pontífice "á Auscario y á sus sucesores por delegados suyos en todas las gentes circunvecinas de la Suecia, Noruega, Eslavia, Dinamarca, Irlanda, Groelandia, y de todas las naciones boreales y occidentales de cualquier casta que sean" [3]. En 849 el Papa León IV le otorga al mismo Auscario la honra del sagrado palio [4]; con que ya en el primer tercio del siglo IX profesaban la fe romana los pueblos septentrionales, y señaladamente la Irlanda y Groelandia, que distan brevísimo trecho de la América del Norte. Aun antes del siglo IX, en vida de San Bonifacio, apóstol de la Germania, de 716 á 755, San Virgilio tuvo con este varón santísimo una contienda, á causa de que, contra la opinión de San Bonifacio, afirmaba Virgilio que había antípodas, apoyando su aseveración en ser redonda la tierra, y en noticias que como buen isleño había oído á los navegantes que corrían aquellos mares; de lo cual dijimos en otro lugar [5].

Pero demostremos con razones eficaces el suceso de la población americana. Sea la primera la que nos suministra el marqués de Nadaillac en su obra *La América prehistórica*, 1883. Fundado en pruebas positivas, sostiene que los americanos no son hijos de la tierra, porque las tradiciones que conservan en orden á gentes arribadas por mar son sinnúmero é irrecusables; en dichas tradiciones hablan de perturbaciones climatéricas, de turbiones y diluvios antiquísimos, de trastornos y catástrofes, que se corresponden y cuadran bien con la antigüedad de la época postdiluviana y con las tradiciones asiáticas.

---

[1] Cap. XLV, art. I.—[2] T. I, p. 271.—[3] *Magn. Bullar.*, t. I, p. 278.
[4] *Ibid.*, p. 291.—[5] Cap. XXIX, art. III.

La segunda razón es, que en tanta variedad de fisonomías como hay entre los americanos señálanse los esquimales, chippeway y pieles-rojas, que parten sus límites con el Golfo de Méjico y Canadá, y son dignos de consideración por el tipo singular, nariz grande, ojos vivos, tez cobriza, pelo negro, barba escasa; señales que denotan decadencia de antigua prosperidad, y no brutal salvajez, como al fantástico Chateaubriand se le antojó. Y por eso es más de estimar el juicio del sabio Berard, que tiene á los esquimales y chippeway por razas asiáticas; ni menos lo son los pieles-rojas, así llamados por lo bermejo del cuero, anomalía singularísima en toda la América.

En tercer lugar, es constante tradición de los mejicanos que el solar de los antiguos toltecas estaba allende los inmensos mares. Cuentan que su religión consistía, no en adorar palo ni piedra, sino en alzar los ojos al cielo y en guardar las leyes del Sumo Hacedor. De aquella ociosidad malcontentas algunas familias, dicen que resolvieron alejarse de su patria, y, embarcándose en siete fustas, dieron fondo en Panuco, viniendo de la parte de Oriente. Todo esto refiere el erudito Domenech en su *Viaje pintoresco.* El mismo autor narra la tradición de los Quichés, que blasonan de haber sido los primeros que arribaron á Guatemala, y enseñaron leyes y policía á los toltecas. Ni disuena de esto lo que el sabio P. de las Casas dejó escrito sobre la memoria que en Yucatán se festejaba de veinte capitanes ilustres salidos de Oriente siglos hacía, de traje largo, luenga barba y autorizado acompañamiento.

Siguiendo al citado Domenech, los documentos históricos de los escandinavos no dejan poner duda en los sucesos arriba mencionados. En cuya confirmación y á mayor abundamiento halláronse en los Estados Unidos lápidas y monumentos sepulcrales, que comprueban el origen asiático de los americanos. Además se refieren en dicha obra navegaciones de normandos y groelandeses por el Norte y Oeste en el siglo x de nuestra era, que hacen menos increíbles los testimonios de Platón, de Teopompo y de Diodoro sobre el hundimiento de la Atlántida. Sea de esto lo que fuere, no es posible dudar sino que el estrecho de Behring, las dos cadenas de islas Kuritas y Aleutinas, y las de Sandwich y Otahiti, ofrecieron fácil paso para poblar por el Norte de Asia.

Pero las comarcas más habitadas fueron Méjico, Perú y Mississipí; y aquí tenemos gran copia de razones en abono de la unidad de la especie humana. Conforme la relación que nos dejó D. Francisco López de Gómara en su *Historia general de las Indias,* constaba Méjico de muchas y muy variadas generaciones de gentes; la más antigua era la de los chichimecas de Aculucán, que eran hombres religiosos y devotos, y adoraban el sol por los años de 720 de la era cristiana. Doscientos años hacía que habían llegado á Aculúa unas gentes guerreras de gran lustre y policía cuando los chichimecas co-

menzaron á desechar su rustiquez y á comunicar con ellos por matrimonio. "En este medio tiempo, escribe el historiador, llegaron á esta tierra los mejicanos, nación también extranjera, y en aquellos reinos nueva, aunque algunos quieren sentir que son de los mesmos de Aculúa, por cuanto la lengua de los unos y de los otros es toda una, y dicen que no trajeron señores, sino capitanes... Crecieron tanto en hacienda, que muy en breve tiempo fueron mayores señores en la tierra que los de Aculúa y que los chichimecas„.

Favorece, además, este discurso el relato de Pedro Cieza de León, que en su *Crónica del Perú* cuenta cómo á principios del siglo XVI Francisco Pizarro fué gobernador de Uraba, y los muchos trabajos que pasó con los indios; "los cuales, añade, según decían, no eran naturales de aquella comarca; antes era su antigua patria la tierra que está al Río Grande del Darien„ [1]. Más adelante dice: "También antiguamente no eran naturales estos indios de Quimbaya, pero muchos tiempos ha que se entraron en la provincia... Yo conjeturo haber gran curso de tiempo que estos indios poblaron en estas Indias„ [2]. Muchos otros testimonios podríamos aquí juntar en prueba de ser constante tradición en América que sus moradores deben su origen á otras gentes apartadas de países lejanos.

Finalmente, el antedicho Francisco de Gómara refiere cómo Vasco Núñez de Balboa, partiéndose del Darien, y llegado á Cuareca, "halló algunos negros esclavos. Preguntó de dónde los habían, y no le supieron decir ó entender más de que había hombres de aquel color cerca de allí, con quien tenían guerra muy ordinaria. Éstos fueron los primeros negros que se vieron en India, y aun pienso que no se han visto más„ [3]. Y aunque Bernal Díaz del Castillo en su *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España* se dedicó muy de asiento á corregir los yerros y encarecimientos de Gómara [4], dejó pasar esta relación sin irle á la mano; cuanto más, que Gómara repite adelante, al hablar de la ley de los indios, la misma noticia de los negros de Cuareca. "Por lo cual, añade, es opinión que va en los hombres y no en la tierra; que bien pudo ser, aunque todos seamos nacidos de Adán y Eva, bien que no sabemos la causa.„—Ni es para omitido lo que el propio historiador cuenta del viaje que en 1542 hizo Francisco Vázquez con los suyos á Quivira, población sita á los 40° de latitud. "Vieron, dice, por la costa naos que traían arcatraces de oro y plata en las proas con mercaderías; y pensaron ser del Catayo y China, porque señalaban haber navegado treinta días.„ Cuyo dicho confirma galanamente el juicio de M. d'Eichtal, diligente observador de las antigüedades mejicanas, donde descubrió evidentes prendas del budismo indio, y examinando figuras indias y japonesas se rati-

[1] Cap. VI.—[2] Cap. XXIV.
[3] *Hist. general de las Indias*, parte primera.—[4] Cap. XVIII.

ficó en que guardaban con las de Méjico y Yucatán muy cercana semejanza. Todo lo dicho demuestra cuán fácil camino tenían abierto los americanos á la comunicación con las otras partes del orbe, y cuán antiguo es su linaje.

La civilización peruana y mejicana hace infinitas ventajas á la de las tribus circunvecinas del Este, Californias y litoral del Pacífico: porque la desigual disposición de los ingenios no viene de viciosa organización física, es antes bien accidental, y pende en grandísima parte de las condiciones del clima. Estos pueblos, no contentos con hacer uso de los metales, sin dejar de gastar armas y flechas de piedra, poseían todos los grados de esplendor á que pueden aspirar naciones florecientes. Testigo el imperio de los Incas. La hermosura del cielo, la riqueza de la tierra, la abundancia de productos, la situación geográfica, la vecindad de los mares, ayudaron poderosamente al crecimiento intelectual y moral de estos pueblos, haciendo que, no sólo conservasen en su lustre las recibidas tradiciones, sino que granjeasen estimación por sus ingenios entre las naciones sabias, en tanto que otras gentes, ó por menos favorecidas del clima, ó por más indolentes y cerreras, libraron su bienestar en la caza y en la pesca, quedando por largos siglos envueltas en las nieblas de una bárbara y lastimosa ignorancia.

4. Resumiendo todo lo dicho, la razón más principal, que ha quedado hasta hoy sin respuesta, es la identidad humana en todo lugar y tiempo. El hombre, entre el torbellino de alteraciones en la fauna y en la flora, á pesar de las diferencias de tipos animales que en los tiempos cuaternarios se sucedieron en América, Europa y Australia, ha conservado siempre la misma estructura, los mismos instintos, unas costumbres, igual cultura intelectual y moral, idéntico estilo en los túmulos, parecidas armas, semejantes invenciones, remedos de ritos, repetición de industrias, constancia en las mismas tradiciones, continuación de la misma creencia, práctica de los mismos deberes; en cualquiera comarca, clima, latitud, por más arriba que subamos, hallámosle siempre de un tenor, sin género de cadencia ni intercadencia en su modo de vivir, de manejar instrumentos, de ejercitar artes, de domesticar brutos, de ocuparse en el cultivo del campo, de aliñar pieles de bestias después de cazadas, de buscar abrigo contra la inclemencia y rigor del clima, de inventar voces en que envolver sus conceptos; en todas partes vémosle perseverante en acudir á la sombra de un supremo Señor que le cubra con el manto de su piedad, y, cual si presintiese no ser la tierra el paradero final de la presente vida, puebla el vasto universo de genios invisibles, que en la otra le serán amorosos padrinos ó crueles perseguidores; por doquiera descubrímosle, en una palabra, con inquebrantable tesón, de unas pasiones, de unas máximas, de unos principios morales, en medio de cuya inmovible conformidad son de admi-

rar las diferencias hereditarias de largos años, muy á propósito para calificar razas, pueblos, tribus; pero cuando el mono siempre mono se quedó, y la abeja abeja, y el perro perro, y el atún atún; puesto que en la permanencia del instinto hallamos argumento firme de la unidad de la especie, porque ni las moscas hacen panales, ni las abejas silos, ni las hormigas cera, ¿cómo no concluiremos finalmente que, pues los hombres han perpetuado sus propios instintos, no obstante la inmensidad de los océanos ni el transcurso de los siglos, son propia y verdaderamente miembros de una sola familia, hijos de un mismo padre, individuos de una misma especie, única y privilegiada?

Poniendo ahora la atención en lo hasta aquí discurrido, ¿qué juicio deberemos formar de la teoría de Agassiz, cuyos principios parecen tan contrarios á los de Darwin? El valeroso Quatrefages, en su obra *L'espèce humaine*, una de las más sabiamente escritas en esta materia, acomete la refutación de la hipótesis de Agassiz en el libro IV, donde, analizándola, señala los extravíos de este varón tan benemérito por sus luchas con el darwinismo. "Agassiz y Darwin, dice Quatrefages, por haber querido atenerse á la morfología y desconocido la parte fisiológica de esta cuestión, dejándose llevar de la corriente de una lógica que se fundaba en hechos incompletos, han llegado por caminos diferentes á un término igual. Ambos desconocen este grande hecho, que el sentido común entiende, la ciencia demuestra y domina en zoología y botánica, á saber, la división de los seres organizados en grupos elementares fundamentales que se propagan en el espacio y en el tiempo. Pero Darwin, haciendo pie en los casos de las variaciones que ofrecen los seres, no ve sino razas en las especies, al paso que Agassiz, solamente atendiendo á los lances de fijeza, viene á no ver más que individuos en la naturaleza viviente. Ambos olvidan que nuestro gran Buffon había caído en todos los extremos para venir á la doctrina que explica todos los hechos resumidos en estos términos: distinción de la raza y de la especie.„ Y más abajo añade: "Propio de Agassiz es haber dado al hombre por patria primera todo el globo, y haber admitido que las razas habían nacido como los animales y vegetales, teniendo cada raza un centro de creación... Pero en su enseñanza se esconden graves errores antropológicos„ [1]. Valos desentrañando y confutando el insigne naturalista con solidez de razones, según que hemos procurado hacer hasta aquí, sin dejar escapatoria á la más ciega terquedad [2]. Con

---

[1] Liv. IV, chap. XIV.

[2] Epilogando el marqués de Nadaillac el asunto interesante de los *Taladros prehistóricos*, añade por vía de conclusión esta sentencia: L'unité de l'espèce humaine, que nos croyances affirment, s'impose au nom de la science, et

esto queda en honroso lugar la tesis católica, desofendida de las arteras argucias inventadas por la arrogancia científica.

---

cette science que l'orgueil humain disait destinée à renverser ce que la révélation enseigne, vient au contraire (admirons les décrets de la Providence) affirmer deux des vérités fondamentales du christianisme. Les progrès de la science établissent chaque jour, qu'il existe en dehors de nous des faits qu'elle ne peut comprendre, des phénomènes qu'elle ne peut expliquer et devant lesquels s'arrête son interrogation émue. *Revue des quest. scientif.*, t. XLVII, 1900, pág. 389.





CAPITULO XLVII.

LA VIDA RACIONAL.

Faciamus hominem ad imaginem... nostram.
(Vers. 26.)

ARTICULO PRIMERO.

1. El origen celeste del alma según los filósofos antiguos.—2. Sentimiento de los Santos Padres en este particular.—3. El alma no se transmite por herencia.—4. El alma humana es principio substancial de la vida racional, sensitiva y vegetativa.—5. Condenación de la doctrina de Günther.

1. Cuán levantada sea la vida del hombre sobre la esfera de las vidas hasta ahora consideradas, infiérese bien del nombre *Señor*, que emplea el inspirado Moisés después de formado Adán. Antes de criarle, se da Dios á conocer á título de Hacedor, pues por tal le nombra Moisés con el atributo genérico de *Elohim*, excelso y adorable por excelencia; pero, criado que fué el hombre, apellídale *Jehová*, nombre sacrosanto, propio de Dios, que suena el ser que por sí mismo existe, inmutable é independiente. La Vulgata le traduce *Señor* para declararnos, como agudamente notó el P. Fr. Luis de León, que si mientras que existieron animales y plantas, no capaces de entender el señorío de su Hacedor ni de reconocerle propiamente por Dios, no había por qué calificarle; pero "nacido el hombre que le podía entender y no le podría ver en esta vida, era necesario que le nombrase" [1].

Ya los Santos Padres al reparar en esta mudanza de vocablos, buscaron de ello la razón. La de Tertuliano viene á ser ésta del Maestro León, que acabamos de apuntar. "Después de hechas las cosas, dice,

---

[1] *Nombres de Cristo*, l. 1, § II.

y en particular el hombre que propiamente había de entender al Señor, es llamado Señor" [1]. Y San Agustín dijo: "Escribiéronse estas palabras para avisar al hombre cuánto le convenga tener por Señor á Dios y vivir debajo de su dominio" [2]. La razón principal es que *Elohim* significa á Dios como á Criador y Gobernador; pero *Jehová* representa la fidelidad de Dios en sus promesas, con que denota la bondad divina en atraer al hombre y en comunicarle la revelación de sus secretos, como en otra parte se dijo [3]. ¿Qué quiere ser esta conveniencia, sino que el alma humana, imagen de Dios, sobrepuja y vence al alma de los brutos cuanto la capacidad de conocer y amar á Dios vence á la de sentir y vegetar? Tal es la excelencia de la vida racional. De ella trataremos brevemente, apuntando las principales prerrogativas de nuestra alma.

Quienquiera que abra los escritos de los filósofos paganos, no podrá menos de quedar atónito viendo con cuánta cordura refieren el origen del alma humana. Platón, en su *Timeo,* introduce á la Causa primera, hablando á los espíritus sobre la formación de los hombres, en esta forma: "Espíritus, emulad mi poderío en vuestro nacimiento; yo os daré la semilla y el principio de aquel animal que se llama divino por su inmortalidad, y poseerá preeminencia: vosotros haced lo demás; unid y trabad lo mortal con lo inmortal".—En el *Fedon,* describiendo el alma humana, dice que es partícipe de la naturaleza divina, que tiene parentesco con Dios, y es invisible, simple é inmortal.—No otra era la doctrina de los pitagóricos, como testifica Cicerón en su diálogo *De senectute,* diciendo: "Oía decir que Pitágoras ni los pitagóricos dudaron jamás ser nuestras almas porción de la mente divina".—De los estoicos hace fe Séneca. "En los cuerpos humanos, dice, gérmenes divinos están esparcidos... Cuando amanezca el día que deba discernir esta mixtura de divino y humano" [4].—Y para resumir en breves términos cuanto creyeron los antiguos, baste el dicho de Macrobio: "Que el origen de las almas proviene del cielo, entre los que rectamente filosofan es sentencia indubitable" [5].

2. Mas si convenían los antiguos en señalar á las almas origen celestial y divino, desconformaban en el tiempo de su creación. Aun en la edad de San Agustín no estaba definida la controversia si las almas proceden propagándose unas á otras, ó si son hechas de nuevo en cada hombre que nace, ó si se están almacenadas en algún lugar secreto, y de allí son enviadas á informar los cuerpos. "Todavía, dice el doctor africano, no ha sido tratada por los católicos escritores esta cuestión, ni expuesta y declarada conforme á la obscuridad y complicación que tiene; y si alguno ya lo ha hecho, no han llegado

---

[1] *Adv. Hermog.*, III.—[2] *De Genes. ad litter.,* l. XI.

[3] Cap. VIII, art. I.—[4] Epist. 73 y 102.

[5] *Somn. Scip.*, l. II, cap. IX.

á nuestras manos sus papeles y tratados„ [1].—"Del origen del alma corren varias opiniones, sin presunción de afirmar las cosas„. Así San Isidoro, arzobispo de Sevilla [2]; y lo mismo repiten San Gregorio [3], San Fulgencio [4], San Euquerio, Salviano y otros. Mas, con todo, ya defendía San Jerónimo abiertamente que era conforme á las enseñanzas de la Iglesia ser las almas criadas en el acto de formarse los cuerpos [5]: acompañáronle en este sentir San Hilario [6], San Ambrosio [7], San Cirilo Alejandrino, San Gregorio Niseno, San Crisóstomo, San Juan Damasceno [8], hasta que el Papa San León Magno condenó el error de Orígenes, que quería las almas todas criadas en el principio del mundo, contra el cual declaró ser doctrina de la Iglesia que son criadas de contado, ni viven antes de estar los cuerpos dispuestos para hospedarlas [9].

3. Una dificultad oponen á esta doctrina los modernos positivistas, que en substancia es como sigue. Si el alma fuera independiente de la materia y se produjera por vía de creación, no recibiría ni conservaría ningún resabio del cuerpo en que entró, ni de las almas de los mayores, y, con todo, las almas de los hijos heredan las costumbres, ingenios, vicios y virtudes de sus padres. Para satisfacer á esta dificultad, veamos lo que heredan los hijos. Heredan ciertamente el natural, el temperamento, las pasiones, los instintos, la salud, la enfermedad, la sensibilidad; pero no heredan el entendimiento, porque éste no depende de órgano corpóreo inmediatamente, como veremos luego, ni de las facultades sensitivas; conque ni directa ni indirectamente se reciben por herencia las facultades propias del alma espiritual. Aun dado que se heredasen las disposiciones intelectuales ó morales, pero no se hereda el uso y el provecho. Dicen que la herencia lo hace todo: falso apotegma. Porque así como en los brutos cada especie tiene determinados y constantes instintos, en los hombres, al revés, reina tanta diversidad, que no hay dos que posean un mismo proceder en la manera de obrar. ¿Quién es el autor de tanta variedad sino el entendimiento que lo ordena y encamina todo á un fin diverso en cada hombre? Que si la generación tiende á hacer unas las cosas, del individuo proviene la diversidad. Dios y los padres comienzan la obra, el hombre la lleva adelante y acaba; de suerte que al libre albedrío débese toda la ejecución del edificio.

"Todo lo que pertenece á la naturaleza de la especie, dice Santo Tomás, se lo dan los padres á los hijos, si ya no hay defecto en la

---

[1] *De lib. arbitr.*, l. III, cap. XXXI.—[2] *De Differ. spirit.*

[3] *Ad Secundin.*, l. IX.—[4] *De Vera prædest.*, l. III, cap. XVIII.

[5] *Contra Rufin.*, l. II; Epist. LXXXI, *Ad Pammach.;* VIII, *Ad Demetriad.;* CXXXIX, *Ad Cyprianum.*

[6] *De Trinitate*, l. X.—[7] *De Paradiso.*

[8] *De Fide orthod.*, l. II, cap. XII.—[9] Epist. XCIII *ad Thurib.*, cap. X.

naturaleza; y si la naturaleza es briosa, también les comunican algunos accidentes individuales, como bondad de ingenio, ligereza de cuerpo„ [1]. La razón es porque, formando un solo ser el alma y el cuerpo, es fuerza que las disposiciones buenas ó malas se pasen del cuerpo al alma, cuando ésta entra á constituir con él una sola substancia. Además, es propio de la generación producir semejanza en el engendrado; la cual semejanza, dice Santo Tomás, "no se hace en razón de la materia, sino de la forma del agente„ [2]. Ahora bien, de dos maneras puede la generación influir en las facultades intelectuales: indirecta y directamente. Indirectamente, cuando, disponiendo los padres y transmitiendo las propiedades de su complexión, preparan el camino para que el alma del hijo se les asemeje y obre como ellos. Directamente, porque, según Santo Tomás, "la diversidad y distinción de grado en las almas proviene de la diversidad del cuerpo; de suerte que, cuanto el cuerpo fuere mejor acondicionado, más noble alma logrará, comoquiera que todo lo que se recibe en alguna cosa se recibe al modo del recipiente; y así, de la diversidad de los cuerpos se sigue la diversidad de las almas.„ *(Cum anima non habeat materiam partem sui, oportet quod diversitas et distinctio gradus in animabus causetur ex diversitate corporis, ut quanto corpus melius complexionatum fuerit, nobiliorem animam sortiatur, cum omne quod recipitur per modum recipientis sit receptum... unde patet quod ex diversitate corporis animarum diversitas resultat)* [3]. "Por esto el hijo viene á recibir la naturaleza tal cual la tiene el padre„ [4]. Los padres cooperan á la creación del alma humana de los hijos, siendo como concriadores, en cuanto disponen la materia, en que Dios por sí crea de nada las almas [5].

De donde se concluye que la parte hereditaria del hombre, que le proviene de sus padres, no es el alma ni sus facultades intelectuales y superiores, sino aquellas disposiciones y habilidades que tocan al cuerpo y penden del órgano corpóreo. No es, pues, el entendimiento ni la voluntad lo que se transmite en la leche y en la sangre, como envuelto en cualidades físicas y fisiológicas. No basta la herencia; es preciso sobreponer alguna cosa original é innata que no se traspasa. Y aun las cosas dichas que pueden transmitirse por generación, de tal manera están en mano del hombre, que puede alterarlas, menoscabarlas y perfeccionarlas, y perderse con ellas á sí y á su familia. Tan falso es que la herencia tenga en los hombres tanto poderío. Por consiguiente, la llamada *herencia psicológica* se compadece tan al justo con la espiritualidad del alma, que no hay por qué ponderar la fuerza de esta dificultad, como hacen los modernos que la estiman insoluble.

---

[1] I p., q. LXXXI, a. 2.—[2] I p., q. CXIX, a. 2.
[3] *II Sent.,* dist. XXXII, q. II, a. 3.
[4] *Ibid.,* dist. XXXIII, q. I, a. I.—[5] *In IV Sent.,* dist. V, q. I, a. 2.

4. Asentado el origen divino del alma, razón será demostrar que es verdadera substancia y principio de nuestra vida. En el día de hoy los biólogos no dejan de reconocer que el movimiento vital tiene en el hombre una causa, que da perfecta unidad al compuesto humano produciendo orden y regularidad en todos sus actos. Pero mandan á los psicólogos silencio y veneración acerca de la índole de dicha causa. Los fisiólogos no hacen gala, antes se avergüenzan de llamar al pensamiento *secreción* del cerebro, siquiera confiesen serles desconocida la causa que engendra el pensamiento; mas así como confiesan paladinamente su ignorancia, y para excusarla echan mano de una causa inaccesible, imposible de averiguar, así también quieren que los filósofos declaren que el autor de los actos vitales en el hombre es desconocido, misterioso y puesto fuera del discurso de nuestro entendimiento; porque, á opinión de los fisiólogos, tan enterados estamos del principio de nuestra vida, como de la causa de la electricidad ó atracción universal. Este raciocinio merecería el desprecio de la verdadera filosofía, si no estuviese zanjado en un fundamento falsísimo que hace mucha resonancia en las polémicas modernas. Porque, en nuestros días, aun escritores menos materialistas caen en la indiscreción de llamar al alma humana *fuerza* derivada de la energía universal. Pero el alma es *causa y principio* de vida, no *fuerza* que se transforme en movimiento inmaterial; es una virtud substancial y activísima, que de sus entrañas saca los bríos inmortales que tiene. Tratemos de corroborar esta verdad.

El alma humana recuerda, piensa, quiere y ejercita todos los actos que á estas tres cabezas pueden reducirse; mas no de manera los ejercita, que agoten el poder de sus facultades, ni de tal modo emplea su vigor que pierda una mínima partecilla de su ser: prueba clara de que es substancia firme y estable, sujeto único de los infinitos actos que en el hombre se manifiestan. Porque, consultada la experiencia, el que siente es el mismo que recuerda lo que sintió; el que raciocina es el propio que quiere raciocinar sobre lo que vió. ¿Y cómo, sin perfecta unidad, subsistiría la conciencia y la íntima presencia del ser uno? Porque el que piensa hoy es el que quiso ayer y el que resuelve querer para mañana: en medio de las oleadas de pensamientos y quereres que van y vienen, hay un ser que no se muda, siente y sabe que siente, razona y sabe que razona, desea y examina sus deseos; es luego substancia el alma, no manojo de ideas, ni amasijo de sensaciones, ni confusión de quereres, como enseñan los materialistas.

Vanos son los esfuerzos empleados en desterrar los vocablos alma, espíritu, principio vital, como si ningún sonido hicieran ó fuesen meras abstracciones: en blanco les han de salir forzosamente sus esperanzas. Desterrar de los libros la noción de alma y de espíritu es sacarla de sus quicios por hacerla fantástica y ridícula; viene á ser como discurrir sobre modificaciones sin substancia modificada, ha-

blar de efectos sin causa, encarecer facultades negando la raíz que las sustenta. ¿Qué hacen, pues, los positivistas, que ponen todo su ahinco en analizar los actos psicológicos, cuando no pueden sufrir la vivísima luz del agente sin entrar en un laberinto de conceptos vanísimos y extravagantes? Llaman al alma *fuerza* por todo consuelo; pero ¿qué fuerza será aquella que en algún ser no resida? ¿Qué suerte de *energía* la que no tiene quien la ejercite ó posea? Porque no es posible decir con Descartes que la facultad se identifica con el ser que de ella está dotado. Luego la fuerza no es la substancia del alma; y, por consiguiente, el que percibe y experimenta mudanzas en sí, el que recuerda sensaciones pasadas, el que piensa y revuelve sobre sus pensamientos, el que quiere y ratifica ó muda su voluntad, es un solo y mismo ser, una substancia, el alma, principio de todos los actos vitales que en el hombre se efectúan.

Porque no solamente es el alma principio de la vida racional; también lo es de la vegetativa y sensitiva. A algunos escritores católicos se les escapó de la pluma el contrario error.

Lo primero, que en el hombre una sea el alma intelectiva y sensitiva, decláralo el sentido íntimo, testificando que los conocimientos y apetitos sensitivos pertenecen al mismo sujeto que los racionales; pues ¿cómo será posible que la noticia de actos inmanentes, cual éstos son, pase de un principio á otro? Y con todo, debería pasar si fuesen dos los principios radicales, porque deberíamos experimentar los actos sensitivos como ajenos, ó al revés. Además, si sola el alma sensitiva fuera forma del organismo, y de esta junta proviniese un compuesto animal substancialmente unido, la unión de dicho compuesto con el alma intelectiva sería muy accidental, no substancial ni verdadera, cual debe ser. Finalmente, la conciencia nos dice que hay lucha entre las operaciones sensitivas y las intelectuales; ¿qué prueba esto, sino que no es doble, sino único, el principio de ellas? Que á ser doble, cada uno, en virtud de su inmanencia, obraría de por sí; el mismo sujeto no se sentiría solicitado á bandos opuestos; la guerra sería de principios, no de operaciones, cuando el hecho es que no tiene lugar la fuerza entre principios, sino entre actos, los cuales, cuando son indeliberados y sensitivos, trabajan por sacudir el yugo y traer á su partido el consentimiento de la voluntad racional, de cuyas revueltas nace la discordia que en nuestro interior perpetuamente sentimos.

Lo segundo, que el principio radical de la vida sensitiva ó intelectiva sea uno con el de la vegetativa, parece también cosa clara. Porque, aplicada la fuerza intelectual con intensidad al estudio, se debilitan las funciones vegetativas; así como un exceso en las operaciones vegetativas desala y trastorna la inteligencia, como cada día lo vemos. Además, pasiones que se despiertan en la parte sensible, hacen efecto en la vegetativa; el miedo estremece el corazón, y, cu-

briendo de carmín el semblante, altera la obra digestiva; el dolor, moviendo á lágrimas, perturba la asimilación; el gozo, ensanchando los vasos, facilita la actividad orgánica. Pues si cada principio ejerce con inmanencia su propia jurisdicción, si cada principio se ayuda para obrar de sus órganos propios, si la vida vegetativa tiene los suyos, que son diversos de los de la vida sensitiva é intelectual, si los unos pertenecen á las funciones de nutrición, los otros á las de relación, ¿con qué facultad podrían los unos impedir la acción de los otros y estorbarse mutuamente las respectivas funciones, si no fuese único el principio que las tres vidas gobierna y rige? Mas aquí es de advertir que "la virtud ejercitada por el alma en cuanto principio vegetativo, no es racional ni sensitiva, sino simplemente vegetativa, que es la más elemental que el alma posee„, como notó el P. Lahousse [1].

5. Afirmar lo contrario sería incurrir en las doctrinas de Baltzer, discípulo de Günther, notadas de temerarias por la Santidad de Pío IX. Porque habiendo presumido Günther defender que el alma no es de suyo forma del cuerpo humano, fué corregido y condenado por Pío IX, como lo dice su carta al cardenal arzobispo de Colonia, de 15 de Junio de 1857. Mas buscando su discípulo Baltzer cómo excusar la condena sin enmendar su propósito, inventó un medio término, declarando que el alma era, cierto, *forma substancial* del cuerpo, como tantas veces habían definido los Papas, pero no era el *único principio* de vida que en nosotros reina. A fin de tenerle la rienda al atrevido burlador, tornó el Papa Pío IX á significar blandamente su dictamen en carta del 30 de Abril de 1860, escrita al obispo de Breslau, en que, después de repetir la condenación de las doctrinas de Günther, añade estas gravísimas palabras en son de queja, ya que no fallando ni condenando como juez: "Se ha reparado que Baltzer en su obra, reducida toda la controversia á si existe para el cuerpo un principio vital distinto realmente del alma racional, ha pasado tan adelante en su temeraria pretensión, que declaró herética la doctrina contraria á la suya, y aun ha intentado demostrarlo largamente, lo cual Nós no podemos menos de reprobar, considerando que la doctrina que pone en el hombre un solo principio vital, es á saber, el alma racional, de la que recibe el cuerpo á la vez movimiento, toda vida y sentido, es muy común en la Iglesia de Dios, y, á juicio de los más de los Doctores y varones autorizados, está tan estrechamente trabada con el dogma de la Iglesia, que es la legítima y sola verdadera interpretación del mismo dogma, y, por consiguiente, no puede ser negada sin error en la fe„. Palabras de grandísimo peso, que tachan de desatentado el empeño de poner en el hombre principio vital distinto del alma. Cayendo en este error Gülther y Baltzer, no hicieron más que vestir con nuevas ropas los errores de Pedro Juan Oli-

[1] *Prælect. Metaphys. specialis*, 1888; *Psychol.*, p. III, cap. XV, art. I, n. 589.

va, condenados por el Concilio de Viena, á quien había precedido el moro Averroes, y á éste el hereje Apolinar en el siglo IV; quien, por haber enseñado que el Hijo de Dios en la Encarnación sólo había tomado el alma sensitiva y no la intelectiva, fué solemnemente reprendido por los Concilios orientales.

ARTÍCULO II.

1. Espiritualidad del alma.—Concepto de espíritu.—2. Existen substancias independientes de la materia.—3. Ideas universales.—4. Relación entre el cerebro y el pensamiento.—Juicio de los Escolásticos en esta parte.—5. El alma humana no depende de la materia.—6. Otra prueba de la espiritualidad.—7. El determinismo de la libertad moral.—8. El progreso de las potencias psíquicas en los tiempos geológicos es una quimera.—9. Ilusiones de Gaudry.—10. El primer paso de la inteligencia comenzó con el hombre.

1. Antes de exponer la espiritualidad del alma, será oportuno declarar los conceptos de alma y de espíritu. "*Alma* llamó Santo Tomás el principio de la vida en las cosas que viven„ [1]; y en otra parte "el primer principio y fuente original de las operaciones vitales„ [2]: definiciones, que, aplicadas al hombre, dicen ser el alma humana el primer principio de las operaciones intelectuales y vitales, comoquiera que el segundo principio de los actos vitales y superiores esté asentado en las potencias. Conforme á esto, para definir el concepto de espíritu, sabido es que muy á menudo se toma la espiritualidad por la simplicidad, de donde nace grandísima confusión de ideas. Porque autores hay que colocan la esencia del espíritu en carecer de extensión de partes, y en no poderse dividir de ninguna manera; otros la cifran en no ser materia ni depender de ella en su esencia; otros la ponen en que pueda penetrar y actuarse en otro ser separado y distinto; otros en no ser sensible ni arrimado á cosa sensible; otros prefieren que el espíritu sea substancia conocedora del sumo bien; otros estiman ser capaz de entender y querer; á otros les basta no ser cuantidad ni inseparable de ella ni con ella perpetuamente unido con enlace natural. Estas nociones obtienen cada una sus patronos en el campo filosófico, los cuales convienen todos entre sí, contra la chusma de materialistas, en que el espíritu no es materia, ni de ella procede, ni tiene con ella que ver.

2. Dejado á la consideración del juicioso lector el examen de estas sentencias, plácenos entender por espíritu "una substancia de suyo independiente del cuerpo, y capaz de percibir todas las cosas„. El espíritu puede estar sin el cuerpo y fuera del cuerpo; esta noble independencia en el ser y en el obrar es la prenda más segura de su

[1] I p., q. LXXV, a. I.—[2] Ibid., a. 2.

prestancia y dignidad. El alma humana es espiritual, porque aunque esté ligada al cuerpo, y obre con él, y necesite en muchos actos su concurso, todavía subsiste independiente y puede vivir sin él en su natural condición [1]; el ser además intelectiva le da eximia perfección sobre la materia, por ser ésta incapaz de pensar.

Pero los materialistas se obstinan en negar que haya cosa alguna independiente de la materia. No será dificultoso hacerles ver palpable su engaño. Lo primero, el hombre es capaz de conocimientos intelectuales, tiene idea de Dios y concepto de los ángeles; de estas cosas cuando discurrían los filósofos gentiles naturalmente, no sólo usaban de abstracción y juzgaban en estas materias, mas también concluían de premisas universales proposiciones muy espirituales y sutiles, ajenas de cosa material, acerca de lo infinito, eterno, honesto y verdadero. De la experiencia de estos efectos es lícito inferir las facultades espirituales que en nosotros residen, así como de las facultades subir á lo espiritual del principio que tales facultades posee. Porque si el hombre tiene poder para desarrimar las cosas y apurarlas de todo lo que es material, como quien sabe lanzarse por las entrañas de los seres á contemplar su esencia inteligible; si está dotado de la facultad de confrontar entre sí dos conceptos abstractos, que los sentidos no alcanzan, para de ellos afirmar ó negar la conveniencia que tienen; si es dueño de llamar á su tribunal dos términos cualesquiera, y, comparados con un tercero, sentenciar y declarar la rigurosa conclusión que del cotejo se infiere; si el hombre, revolviendo sobre sí mismo, discierne sus operaciones, cuenta sus actos; los desaúna y examina, aplaude ó condena, con que viene á ser su conciencia principio y fin, objeto y sujeto del propio conocimiento, si, finalmente, todos estos actos los hace con tanta facilidad y ligereza, á todas horas, en todos tiempos, sin que haya quien pueda irle á la mano, ¿cómo siendo los objetos de estos actos ajenos de materia, puros y acrisolados, no diremos que son sutilísimas y espirituales las facultades que en ellos entienden y se ocupan? Y siendo espirituales las potencias, no hay duda que sea espiritual la substancia en que se reciben y arraigan, porque el modo de obrar remeda y va conforme al modo de ser.

De aquí es que la facultad de inventar sea propiedad del hombre. Cuando Franklin decía que el hombre es un animal que se fabrica instrumentos, decía una gran verdad; porque con singular loa de la razón y libertad, ponderaba el poderío de levantar ciencias y artes, la traza de suplir con el discurso la falta de armas de defensa, el medio de proveer al pudor y decencia y la manera de campear sobre todas las dificultades de la vida física y moral. Es verdad que el mono emplea para romper nueces piedras redondas; mas de su industria es

[1] SUÁREZ, *Metaphys.*, disp. XXXVI, sectio I.

imposible subir al arte de afilar, á la invención del fuego y otros artificios, como intenta Lubbock hacernos creer [1]. Por este camino, ¡cuántos absurdos nacerían! El animal que sale de la línea de su instinto, da en estupidez extremada; lo contrario le sucede al hombre. Por eso los animales que hacen tan asombrosas obras son los que tienen de hecho menos ingeniosidad.

Por el contrario, tan levantada es el alma humana, que si no anduvieran sus actos envueltos en imperfecciones que mostrasen bien el hilo de su limitada condición, vendríamos á pensar, como muchos paganos pensaron, que sus inteligencias pertenecen y tocan al orden divino. Pero ya que no sea divina su substancia, parentesco tiene y semejanza grande con la divinidad. El poder intelectivo no es como las facultades orgánicas, que con el uso se gastan y embotan sus filos; antes cuanto más se usa y afina, más poderío saca, más altamente se remonta y más íntima y totalmente penetra las asperezas de la verdad. Y aunque el hombre, sólo por conducto de los sentidos recibe noticias de los objetos, de arte que sin tenerlas de antemano apercibidas no sabe entender ni querer, como quien ha menester imágenes y representaciones de la fantasía para pensar y discurrir; mas ésos no son sino preparativos y aparatos, útiles para abrir la pûerta, dar salida á las concepciones mentales y disponer la trama con que tejer la tela; los cuales, si son necesarios en el estado presente, no lo son separada el alma del cuerpo; pero con todo, como enseñan Losada [2], De Benedictis [3], Mayr [4], el entendimiento, tomando entre manos la urdimbre de las potencias inferiores y obrando en ella, saca un tejido de discursos muy de otra hechura que el que la imaginación representó, y aun corrige con su agudeza los yerros de los sentidos, con que demuestra la generosidad de sus vuelos y la bizarría de su poder.

3. Este raciocinio nos conduce á la excelencia de los conceptos universales; cuestión importantísima y que conviene poner en su punto. A ningún otro blanco asestan sus dardos los materialistas con más furia que á las ideas universales. Concederán que el hombre conoce los objetos individuos, otorgarán que tiene conceptos de cosas sensibles, confundirán, como Huxley [5], el pensamiento con la memoria, cifrarán la conciencia, como Moleschott [6], en vibración cerebral; mas, en sonando en sus oídos ideas universales, convertidas en espinas las flores, las apodarán de falsas, como las apellidó Stuard Mill, las calificarán de nombres sin sentido, como las califica Tayne [7]: tal es la ojeriza que las tienen. Pero ¿cómo sin ideas generales sería

---

[1] *L'homme avant l'histoire*, chap. XIV.

[2] *De Anima*, disp. II, cap. I.—[3] T. III, l. VIII, q. I, cap. VIII.

[4] Pars IV, disp. IV, q. I, a. 2.—[5] *Revue scientifique*, 1871, p. 579.

[6] *La circulation de la vie.*—[7] *De l'intelligence*, I, 34.

posible la ciencia? Porque ella se ceba, no de nociones individuales, sino de abstractas, y de principios comunes, como la matemática, que cuanto más comprensivos y dilatados son, más alta ciencia constituyen. ¿Cómo sin conceptos universales podríamos raciocinar? Porque el raciocinio no se hace con solas ideas singulares: no, ni nombres comunes, ni definiciones propias, ni noticia de géneros y especies, ni vocabulario, ni lenguaje, ni comunicación de ningún género sería posible sin el uso frecuente de conceptos universales.

¿Qué diremos, pues, del nominalismo, que despoja los nombres de su significación? ¿Qué sonarían las voces comunes si no señalasen notas comunes? ¿Qué indicarían los vocablos abstractos si no representasen propiedades pertenecientes á muchos individuos? Atinadamente Santo Tomás diferencia el entendimiento del sentido, en que éste únicamente hace presa en las cualidades sensibles y de sobrehaz, aquél se engolfa y penetra hasta los tuétanos de las cosas [1]. Pues como la esencia esté entrañada en el concepto universal, porque el entendimiento la extrae, después de desbastarla y purificarla de la maleza de condiciones materiales, y la presenta limpia y resplandeciente, dispuesta á ser amoldada á todos los seres de su misma condición; viene de aquí que, cuando el entendimiento la mira y de asiento la contempla, descubre en lo sensible lo insensible, en la existencia la esencia, en lo material lo inmaterial, en lo concreto lo universal; y por el mismo caso, una potencia que cogiendo altísimo vuelo se levanta por una región superior á los sentidos y señorea cosas tan apartadas de la materia, por ningún modo podrá ser material ó dependiente de cosa parecida. Esto es lo que hace el alma. ¿Cuándo lo universal hizo efecto en los sentidos del cuerpo? y le hace en el alma. ¿Dónde se han visto notas comunes que tengan bulto y figura capaz de causar impresión en los sentidos? y la causan en el alma. Luego no son los conceptos universales obra de potencias orgánicas, ni pueden caer en su jurisdicción y dominio. La sensación se ocupa en lo corpóreo y contingente, el pensamiento vuela por lo inmaterial y necesario; aquélla sigue el estilo grosero de los órganos, éste se alza sobre sí en alas tanto más sutiles cuanto más alejada vive de lo terreno; aquélla para obrar ha menester aparatos de órganos y de objetos á punto, éste sin jarcias de órganos navega por desconocidos mares á explotar veneros de originales productos.

4. Pero el cuerpo tiene su parte en la producción de los pensamientos; los que se labran en el espíritu sin alteración ni concurso de órgano corporal, no se producen regularmente si el cerebro no está dispuesto y en debida sazón, el cual es el motivo más poderoso que esfuerzan los materialistas para negar al alma la espiritualidad; tanto, que Büchner llega á decir que el cerebro y el pensamiento de

---

[1] II II.^{ae}, q. VIII, a. I.

manera andan colgados el uno del otro, que no puede el pensamiento florecer ni ser imaginado sin el favor del cerebro. Para desenvolver enteramente este sofisma, será bien recordar la doctrina de los Escolásticos. Tenían por averiguado que para fraguar el entendimiento sus conceptos debía servirse de la fantasía: ésta le presentaba imágenes, para que él, afinándolas, fabricase especies inteligibles. Era, pues, la fantasía para ellos un instrumento secundario, que servía al alma materiales toscos para su primorosa labor; pero el entendimiento era el agente principal que tenía ocupada su virtud en adelgazar y perfeccionar las ideas. Y, por consiguiente, no querían que el cerebro fuese la fragua donde se forjasen los pensamientos, como enseñan los materialistas; solamente le daban honroso lugar entre las condiciones necesarias para llevar adelante la obra [1]. En tanto grado creían ser esto verdad, que estando impedidos ó lisiados los órganos de los sentidos, decían que el entendimiento quedaba privado de las nociones intelectuales acerca de la materia propia de aquellos órganos, y que, por eso mismo, alterado el órgano de la imaginación no podía el hombre hacer recto uso del entendimiento ni discurrir con aquel tino que pedía su nativa facultad [2].

Descendiendo en particular al cerebro, los materialistas porfían que el entendimiento tenga allí su órgano propio, al modo que le tienen la vista y el oído, y otro tanto piden para la voluntad: de modo que para ellos el cerebro es el molde donde se vacian las ideas y voliciones. Los Escolásticos no discurrían tan toscamente: no enseñaban que el cerebro fuera sujeto inmediato ó intrínseco, sino solamente condición previa y necesaria para que el entendimiento pusiese en obra su virtud. Sin salir de esta diferencia que señala al cerebro lugar secundario, afirmaban resueltamente que la perfección del cerebro dependía en gran parte del ejercicio del entendimiento, y aun el grado y poder del ingenio humano; que cuanto más enteros y perfectos fuesen los sesos, mayor servicio y mejor oficio podrían prestar al hombre en el uso de sus facultades intelectuales [3]. De aquí Santo Tomás deducía que el hombre, por el hecho de ser discursivo, debía poseer un cerebro más voluminoso y cabal que los demás animales; por eso aun entre hombres no media la perspicacia ó la torpeza del entender por la condición del entendimiento, sino por la mayor ó menor habilidad del órgano [4]. En la espinosa cuestión sobre si las facultades intelectuales son más perfectas por ser el cerebro de mayor volumen, ó si el cerebro se hace de mayor volumen á causa del ejercicio de las facultades intelectuales, algunos modernos opinan que,

---

[1] S. THOMAS, I p., q. LXXXIV, a. 6, a. 7.—SUÁREZ, *De Anima*, l. IV, cap. X.

[2] SUÁREZ, *De fine hominis*, disp. II, sect. 2.

[3] D. THOM., I p., q. XCI, a. 3.

[4] CONIMBRICENSES, *De Anima*, cap. I, q. V, a. II.

según el dictamen de los fisiólogos, "el ejercicio desarrolla los órganos", y la cultura de la razón hace crecer el volumen cerebral [1]. No nos toca resolver. Pero concedámosles que de las dimensiones y manera de ser del cerebro penda ordinariamente el poderío de la humana inteligencia; lo cual no es, cierto, fruto de la moderna especulación; pero no les concederá la sana filosofía que esta evidente relación arguya alma material ni derogue un punto á su perfecta espiritualidad.

5. Sirva de confirmación la voz del fisiólogo Claudio Bernard. En la controversia agitada entre los peritos si el cuerpo humano repara de continuo la materia de sus órganos, ó si dura siempre la misma sin mudanza, inclinándose á la incesante renovación, dice así: "Todas las partes del cuerpo van sujetas á un perfecto movimiento de transformación. Cada día perdemos parte de nuestra substancia y substituímos lo perdido por el sustento que tomamos, con que, á la vuelta de unos ocho años, carne y huesos son reemplazados por carne y huesos de nueva compostura... La caja misma del cráneo no encierra en el día de hoy la materia que encerraba unos ocho años ha. ¿Cómo es, pues, que *en medio de tantas mudanzas* nos acordamos de cosas vistas y oídas hace mucho más de ocho años? Si las cosas se quedaron aposentadas é impresas en los lóbulos del cerebro, según quieren ciertos fisiólogos, ¿cómo pueden ellas sobrevivir, habiendo los tales lóbulos desaparecido del todo? ¿Los lóbulos ya no son, y la memoria guarda fielmente custodiado el tesoro de sus ideas? Luego otra cosa hay en el hombre además de la materia: esa cosa es el alma". Ilustre y clarísimo testimonio.

Muy justa es la advertencia que el Dr. D. Antonio Fernández y Fajarnés hace en este lugar de Claudio Bernard [2] para inferir que la memoria, según este fisiólogo, es propia y exclusiva facultad intelectual, y para convencer de error á un doctor en medicina y cirugía, de quien no queremos hacer mención. Conviene distinguir las partes sensitiva é intelectiva que en la memoria concurren. Porque oficio de la memoria es conservar las especies de las sensaciones recibidas y renovarlas á su tiempo, y ésta es memoria sensitiva, que de los órganos depende; pero, además, la memoria conserva y reproduce las ideas intelectuales, y ésta es memoria intelectiva, que en nada difiere de la facultad de entender, como tienen los filósofos [3]. Así, que la memoria sensitiva es orgánica, la intelectiva no; lo cual si hubiera sabido el médico susodicho amonestado por el Dr. Fajarnés, no habría deslizado en teorías peligrosas y vecinas del materialismo.

---

[1] DR. HENRI DESPLATS, *Revue des quest. scientif.*, 1878, p. 259.

[2] *La Psicología celular*, cap. VII.

[3] PALMIERI, *Anthropolog.*, cap. VII, a. VII.—CARDENAL ZIGLIARA, *Psichol.*, l. IV, cap. I, a. III.

6. Otra prueba de la espiritualidad se saca del dominio de la voluntad humana. El hombre, traspasando los límites de la esfera sensible, mueve armas contra los vicios, quebranta sus inclinaciones, enfrena sus codicias, desecha los deleites terrenos, da de mano al horror de la muerte, vence todo el peso que le atrae y convida al amor de lo material; por el contrario, anhela la perfección del espíritu, abraza los dictámenes de la ilustrada razón, sigue los atractivos de la virtud, se complace en cosas espirituales, se goza con bienes invisibles, impaciente corre en pos de la sabiduría, vuela presuroso al bien infinito, descansa en el amor de Dios, tiene como debajo de llave firmes esperanzas de gozar de su presencia, sin que á veces basten promesas, amenazas, tormentos ni muertes para hacerle blandear ni aflojar un punto de la prosecución del intento que una vez acometió. Si, pues, el hombre libremente y por su elección suspira tras las cosas insensibles, y en su posesión descansa, y con su gozo vive en paz, debemos decir que siendo los dichos bienes de metal tan levantado, no es su alma de peor condición, sino de más noble linaje. Los materialistas que aniquilan la grandeza de la libertad humana, no se darán por vencidos á la fuerza de este argumento; mas si advierten que la conciencia, considerada muy de reposo, atestigua claramente que hay en nosotros potencia libre y desembarazada para querer ó no querer, "podrán, dice Suárez, los protervos hallar excusas y pretextos para poner duda en la conclusión, pero bastará mirar despacio y examinar nuestro ordinario modo de proceder para dar solución á todas las objeciones" [1].

Si esto es así, como de verdad lo es, las operaciones del entendimiento y de la voluntad nos declaran con evidencia que la raíz de estas facultades es espiritual y desnuda de toda materia, como lo son ellas propias. Amplia y gallardamente expone el Angélico Doctor esta doctrina en muchos lugares de sus obras, á las cuales podemos asegurar, como á arsenal han acudido por armas contra el materialismo cuantos con él han lidiado.

7. En pro de la espiritualidad del alma suelen alegar los modernos el dicho de Claudio Bernard, por ser de peso la suficiencia de su nombre en el ramo fisiológico. No pongamos dolo en las declaraciones que hace en sus *Lecciones sobre los fenómenos de la vida* acerca del alma, de sus actos simples, de su espiritualidad y libertad; mas, digámoslo con lisura, no es sino muy difícil componer entre sí los términos por él usados. Además de repetir á cada paso la repugnancia de conciliar la filosofía con la fisiología, como en otra parte se dijo, aplica, aun al hombre, su famosa ley del *determinismo,* con tan absoluto rigor, que parece sujetar á su yugo y tiranizar los actos de la vida racional, convirtiéndolos en fatales y necesarios. Porque cla-

[1] *Metaphys.*, disp. XIX, sect. II.

ramente dice que "los fenómenos del alma para mostrarse han menester condiciones materiales puntualmente determinadas„; también añade, que "las manifestaciones del alma estan sujetas á condiciones físico-químicas, que son verdaderas leyes, y no cosas del acaso ó del antojo„. Ni más ni menos que lo asentado acerca de los brutos [1].

Si pues nuestros actos exteriores están atados á leyes y no son productos del antojo, ¿para qué obras queda libertad? Porque nuestro albedrío da muestras de su lozanía en obrar livianamente sin sujeción á ley, sin norma que rija, con soltura y por capricho. ¿Cómo, pues, se compadecen ley y soltura? Dirá M. Bernard que si quiero andar, bien puedo querer; pero no andaré sin echar el paso; y no le echaré, á no menear el pie; y no le menearé, si no encojo primero los músculos de la pierna. ¿Mas qué leyes son ésas que traben los actos del alma? ¿No soy yo señor, aun pudiendo mover el pie, de estarme quedo? ¿No soy mío para determinarme de presente á levantarme dentro de una hora? Soy libre en la actualidad, puedo querer ó no querer, esto ó lo contrario, estoy dotado de esta facultad, pondré mi querer por obra cuando pueda sin estorbo; pero mi voluntad se quedará tan libre si tiene como si deja de tener condiciones anatómicas y físico-químicas; en todo caso, no hay condición ni imposible que pueda mellar la entereza de mi albedrío. Por consiguiente, ó el determinismo es juego de palabras, ó desmorona y arruina la entereza de la humana libertad.

"La buena fe, dice el P. Hahn, le excusó á Claudio Bernard para que hiciese causa común con los enemigos de la libertad humana; es digno de loa por haber hecho popular y agradable la exposición de sus principios; pero, sin notar el mal tercio que á la causa de la verdad hacía, anduvo desacertado en querer reducirlo todo á la medida de su determinismo. Lo que no se nivelaba con él, lo forzaba, oprimía y rodeaba de modo que encajase en su arbitrario molde; y de esta aplicación contranatural hemos visto nacer una teoría, el *determinismo de la libertad moral*, que muestra bien claro su peregrina invención„ [2]. No así pensaba Clemente Alejandrino, cuando escribía: "Una de las más admirables obras de Dios es conservar la naturaleza del hombre en su libertad„ [3]. Añadamos por todo consuelo la reflexión de E. Chauffard: "Ha sido menester mostrar los puntos flacos que tiene la obra de fisiología general acometida por M. Claudio Bernard. Con todo eso, las inconsecuencias y miserias que esta obra descubre no desdoran su carácter doctrinal„ [4].

8. Parecida censura podríamos aplicar á un ingenio francés, que con parecer curtido en el estudio de la paleontología, hasta el extre-

[1] V. cap. XXXII, art. IV.—[2] *Revue des quest. scientifiques*, 1880, p. 490.
[3] L. I, *Pædagog.*, cap. XI.
[4] *La vie, études et problèmes de biologie generale*, 1878, p. 160.

mo de llevarse el renombre de pozo científico, no deja de dar lugar en sus escritos á sabandijas de errores contra la vida racional, que no es justo pasar en silencio. Atrevidos discursos contra las potencias humanas van cundiendo en el campo naturalista en son de magnificar la providencia de Dios. Alberto Gaudry, encariñado con el evolucionismo, metióse á filosofar sobre el progreso de las *potencias psíquicas* de los animales, empezando por los más toscos de los tiempos cámbricos, y acabando en los más perfectos de los cuaternarios, cuyo término y remate glorioso es el hombre [1]. Como quien lleva la balanza en la mano, sin reparar en hacerse regla, medida y juez de imponderables cosas, entra Gaudry con la primera salva diciendo: "Lo que denota el progreso en todos los seres animados es la expansión de las facultades que les son propias y que hallan su coronamiento en las criaturas humanas; dichas facultades son la sensibilidad, la inteligencia, la actividad„. Rompe luego el naturalista con otra borrumbada, donde saca más las uñas, en esta forma: "Chez l'homme, dont la plupart des actes sont volontaires, l'activité est la faculté qui se développe la dernière. Le non-moi agit sur le moi, il excite ma sensibilité. Je me tourne vers le non-moi et sur moi-même; je réfléchis, je fais acte d'intelligence. Je détermine alors ce que je dois faire; non activité entre en jeu. Mais chez les animaux, dont les actes en géneral ne sont pas réfléchis, l'activité précède les faits de sensibilité et surtout d'intelligence. Beaucoup d'êtres ont une grande somme d'activité avant que leur intelligence ait été développée. Je crois donc devoir étudier d'abord l'histoire de l'activité„. Confusión de la actividad con el movimiento espontáneo, de la causa con el efecto, de la inteligencia con la sensibilidad, de la reflexión con el sentido común, de la conciencia con la espontaneidad, de la imagen con el objeto exterior; en una palabra, behetría de mar á mar.

¿Cómo entreteje el autor la historia de la *actividad* en los brutos de las edades geológicas? Helo aquí. Los del terreno primario, ó estanse cogidos á las peñas, ó casi no se rebullen; los peces del secundario comienzan á moverse con una poca de agilidad; los reptiles patudos del jurásico andan á paso más vivo; las aves del cretáceo trepan los aires ligeras; los mamíferos del terciario gozan de fácil movimiento; los del cuaternario arrancan alegres, siguen curso arrebatado, saltan, triscan, galopan, nadan, vuelan, salvo el hombre, que, "si bien es menos corredor, se halla mejor dispuesto que todos á hollarse con lozanía andando erguido„ [2]. Así sube poco á poco, y no de vuelo, la *actividad* de los animales, yendo de menos á más, según la cuenta de Gaudry, en cuya relación falta, entre otras men-

---

[1] Publicóse el libro de Gaudry en la *Revue des Deux Mondes* (15 Février, 1 Mars 1896) con el título *Essai de paléontologie philosophique*, que el mismo año 96 salió á luz en un tomo de 230 páginas.—[2] *Ibid.*, pág. 90.

guas, advertir que el engarrafarse de los moluscos primarios nacía de la actividad interior propia de la vida animal, de que el naturalista hace poco caso. ¿Qué progreso hay de moluscos á peces? Ninguno, por cierto, fuera del exterior, que es asunto de piernas, tentáculos, aletas, alas, músculos, en fin, y columna vertebral. Ordenar un grado tras otro en el ejercicio del movimiento animal, es aparato exterior, no fondo de filosofía.

Ni es más filosófica la historia de la sensibilidad para deducir el orden progresivo de las funciones animales. Emprende el autor de nuevo la escala comenzando por el sentido de la vista. "La visión, dice, fué más perfecta en la era terciaria, porque á la sazón reinaron las aves que poseen la vista más penetrante, y los mamíferos„. ¿De dónde saca el paleontólogo que las aves terciarias gozaron de ojos más perspicaces que los reptiles secundarios? ¿En qué escuela aprendió que los mamíferos alcanzaron á ver mejor que las aves nadadoras del cretáceo?—Pasemos al oído. El aumento del oído se conjetura por el andar del sonido. "El ave canta, la oveja bala, el caballo relincha, el puerco gruñe, el perro ladra, el lobo aúlla, la zorra chilla, el gato maya, el león ruge, el hombre habla„. Conclusión: "Ainsi, au point de vue de la musique comme de la peinture, le monde a progressé„. El ingenio musical se fué desplegando de edad en edad por sus pasos contados: así lo define Gaudry. Pero no demuestra, como era su obligación, que las melodías y gorjeos de las aves secundarias fuesen de inferior calidad que los rebuznos y bramidos de los cuadrúpedos terciarios, porque va todo al revés. Y lo que da garrote apretado al escritor es que el hombre, aunque sea todo orejas, no percibe los sonidos con tanta perfección como innúmeros animales.—Ni es menos sospechoso el progresar del olfato, en los lebreles mucho más vivo que en el hombre; especialmente que nadie puede probar haber la fauna terciaria sentido los olores con más agudeza que la secundaria: guiar la procesión de las fragancias sin cerdear, como lo hace Gaudry, es picarse de filósofo marcial.—Acerca del gusto, se sueña también entendido. Concedámosle que los invertebrados de las edades geológicas se paladeasen con la comida menos perfectamente que los vertebrados; pero ningún buen discurso demuestra que los reptiles deban posponerse á los mamíferos, los moluscos primarios á los peces de la misma edad, como sea cierto que cualquier animal no sólo apaga la natural apetencia con el alimento, mas también toma regosto y se regala comiendo hasta caer en hartura.—El tacto se mejoraba en perfección cada día hasta rematar en el hombre, dice Gaudry; mas no lo prueba, porque dejadas aparte muchas bestias provistas de pluma, pelo, escama, concha, piel, tal vez los insectos del secundario eran más pasibles y estaban sujetos á más peregrinas impresiones de frío y calor, de blandura y aspereza que el mismo hombre. ¿Quién lo alcanza?

9. En resolución, cuando Gaudry, cual si tuviese en la uña los secretos naturales, da por asentado que los sentidos están más sobrepujantes en el hombre que en los brutos, y que en éstos adelantaron prósperamente en notoria mejoría hasta consumada perfección, mezcla una verdad con una mentira. La verdad es, que el discurso de la razón propio del hombre le impele á suplir la limitación de sus sentidos con el socorro de sutiles inventos; la mentira es, que se vea el hombre más crecido y medrado que las bestias en la perfección de los sentidos (siquiera el saber aplicarlos todos con discreción le sea de honra y provecho), y que la naturaleza haya ido siempre de bien en mejor siguiendo orden regular de acrecentamiento sensitivo hasta el hombre. Pero cuanto más adentro penetra Gaudry en el estudio de las potencias humanas, más se le van los pies al resbaladero, por el afán de ladearlas con las de los animales. "Lo que en nosotros pasa, dice, pasa también en los brutos, pero con una fuerza tanto menor cuanto más débil es la *energía del yo*„. Los filósofos del jaez de Gaudry entienden por *energía del yo* la consideración reflexiva, que recogiendo todas sus fuerzas y sentidos vuelve sobre sí misma. Los animales están dotados de sentido común, conviene á saber, sienten apetitos, dolores, placeres; mas no entran dentro de sí á desenvolver sus conciencias ni á reconocer sus actos; andan dentro de sí á lo zonzo, sin hacer reflexión de su vida. No es de maravillar filosofe tan á humo de pajas quien regaló á los brutos un ramo de inteligencia.

Demos atención á sus palabras· "La plus haute de nos facultés, l'intelligence, a été rudimentaire dans les anciens temps géologiques, et elle a été en grandissant jusqu'à l'époque actuelle où elle présente un si merveilleux épanouissement. Les progrès peuvent être constatés, car ils sont liés dans une certaine mesure au développement de la substance nerveuse„ [1].—Aquí no cabe arbitrio en defensa del naturalista. El docto Kirwan quiso escudarle benignamente, interpretando la *inteligencia* á *conocimiento sensitivo* [2]; pero es excusada pretensión hacer sombra con las espaldas á Gaudry, que habla de los pasos seguidos por *nuestra inteligencia* en el crecer desde sus niñeces geológicas hasta su debido vigor actual; menos excusable es la razón, á saber, que los crecimientos de la inteligencia dependen, en cierto modo, de la substancia nerviosa. Dos lunares, que bastan por sí para deslucir el buen nombre del más opinado escritor; porque ni hubo rastro de inteligencia en la turba animal de ninguna edad, ni la inteligencia del hombre está vinculada al desenvolvimiento de la substancia nerviosa. Cierto, los ganglios nerviosos de los vivientes primarios, el encéfalo tenue de los peces y reptiles secundarios, el cerebro reducido de las aves terciarias, el volumen cerebral de los

---

[1] *Ibid.*, chap. VII, pág. 139.

[2] *Revue des quest. scientif.*, 1898, t. XLIII, pág. 23.

mamíferos, son indicios de algún mejoramiento en la materia nerviosa; mas ¿quién ignora que los mamíferos del eoceno estaban dotados de un encéfalo más voluminoso que las aves contemporáneas? ¿Dónde está el cobrar fuerzas de la substancia nerviosa al compás de los tiempos si en el eoceno hay altibajos? En una misma edad crece el sistema nervioso y se queda anudado sin crecimiento. Mas ¿con qué sombra de razón se puede argüir de la mayor capacidad del cèrebro el mayor grado de inteligencia en los animales? Ni aun más perfecta percepción sensible se podrá colegir, como es de notar en las aves (águila, condor), que emballestan la vista, sin pestañear por un buen espacio, con más gallardía y firmeza que el hombre; y así de otros sentidos, como va atrás apuntado.

10. No fué todo materia de nervios lo que constituyó el remate de progresiva evolución, fabulada por Gaudry. No pasó de rudimentos á perfección la inteligencia humana; esos pasadizos acompasados caen por sí al mismo tiempo que se levantan. Si la grandeza del humano ingenio está en pretender la belleza, la verdad, la bondad con vehementes suspiros del alma, en ninguna bestia terciaria ó cuaternaria descubrirá el paleontólogo rastro alguno de semejantes aspiraciones. La estrena de este elemento, no ensayado en toda la escala animal, se hizo en solo el hombre cuando le infundió el Señor de su bella gracia la razón, el entendimiento, la voluntad, la memoria intelectual, potencias superiores dignas de grande admiración, no emanadas del natural progreso. El viso de inteligencia, inventado por Gaudry para venir á parar de los glanglios nérveos al encéfalo del hombre, es necedad á boca llena, porque carece de meollo; si algún progreso se nota en el crecer del volumen cerebral, es progreso ilusorio, fatal en sí, falso respecto de los animales cuanto á la inteligencia, sólo verdadero cuanto á la intención de Dios, que le promovía según sus altos designios. El verdadero crepúsculo de la inteligencia se nació con el hombre, en quien despuntar la aurora, rayar el día y presidir á las noches geológicas con nunca visto resplandor, fué cosa de un solo punto. En el hombre comienza á reir el alba del progreso intelectual. Su instrumento es el *habla:* no aquella suerte de inarticulado lenguaje con que los brutos por gestos y voces, gorjerías y meneos, sonidos y momerías expresan, expresaron y expresarán siempre de igual manera sus percepciones y afectos sensitivos sin despejo ni curiosidad; no, sino el *habla* con voz articulada, exprimida por palabras formales, por escrito, por visajes y garambainas, por telégrafo, por teléfono, es el arma poderosísima con que el hombre, mostrando su cetro y corona sobre la turba animal, progresa en conocimientos, funda ciencias, entabla relaciones con sus semejantes, conquista señoríos, enfrena elementos, reina y triunfa como príncipe de la tierra.

Esforzarse, como lo hace Gaudry, en relatar mejoras intelectuales subiendo desde el humilde molusco hasta el descollado racional,

es lidiar con estantiguas y ponerse á peligro de quedar en opinión de muy simple. Sentía Gaudry el acicate de la dificultad cuando hizo esta declaración: "Tengo de confesar que cuando sigo los pasos de los vivientes por las edades geológicas, desde los tiempos cámbricos hasta su estado actual, me cuesta algún trabajo determinar en dónde principian las facultades que constituyen una criatura entendida. No es fácil señalar la raya entre la sensibilidad física y la sensibilidad moral, entre la actividad involuntaria y la voluntad, entre la inconciencia y la inteligencia„ [1]. ¿Dónde quería descubrir la marca el varón científico, sino donde comenzó á parecer? ¿Y dónde y cuándo pareció la divisa intelectual sino al hacer el hombre su entrada en el mundo? Entonces empezó á lucir el rayo de la inteligencia con empacho del bruto sentido; entonces la voluntad deliberada señaló el término de la espontaneidad ratera; entonces la libertad campeó sobre el instinto, el ingenio sobre la fuerza, la industria sobre la ferocidad, la proceridad moral sobre la proceridad física, la vergüenza sobre la bestialidad, el acatamiento de Dios sobre la torpe mudez, por cuanto el hombre no sólo juntó en sí la flor de las potencias sensitivas desparramadas por todo el reino animal, mas también inauguró el reinado de las potencias espirituales, hasta la sazón no conocidas ni debidas á la cadena de los siglos.

Mala treta le jugó al famoso Gaudry la paleontología; digámoslo mejor, fascinado con su ciencia padeció engaño por haberla tratado como ruin filósofo. Pretendía sacar de abolengo la inteligencia del hombre, teniéndola por echadura venturosa, hereditaria, empollada por el antiguo bruto; por eso trató de pincelar su historia. No tiene lugar en las especies animales tan linda prenda [2]. La novedad y exorbitancia del naturalista nos inducen á una muy seria consideración, que no es justo se nos pase por alto. Si á título de filósofo se metió donde no alcanzaba, si prevaricó los estatutos de la lógica trayendo á conclusión más de lo contenido en las premisas, si anduvo por un despeñadero muy peligroso buscando anchuras y libertades, si le salieron á la pluma tantos engaños que se le antojaban verdades macizas, ¿quién dará peso á su evolucionismo, que sigue las mismas veredas, puesto que su tratado *Essai de paléontologie philosophique* pone la

---

[1] *Ibid.*, pág. 206.

[2] KIRWAN: Si l'on peut constater, dans la marche de l'œuvre créatrice, une progression constante de la structure des êtres animés, de leur développement corporel, de leur activité physiologique, de leur sensibilité et de leur connaissance concrète et particulière, ce n'est qu'à dater de l'apparition de l'homme qu'il peut être question d'*intelligence* dans la véritable et complète acception du terme, celle qui perçoit ce que la connaissance sensible à elle seule ne saurait même soupçonner: l'idée de force, l'idée de cause, l'idée de Dieu. *Revue des quest. scientifiques*, 1898, t. XLIII, pág. 35.

proa y el intento en dejar más asentado y canonizado aquel otro *Les enchaînements du monde animal*, donde el autor desplegó todas las velas de su saber, no sin dar al través en la arena filosófica?

ARTÍCULO III.

1. Es imposible señalar lugar en el cerebro á las facultades intelectivas, por no ser el cerebro órgano del entendimiento.—3. Lo que no tantearon los filósofos pasados lo pretenden los modernos, pero sin sombra de razón ni fundamento.—3. Nueva exposición de las localizaciones cerebrales.—4. Dificultades que se han de vencer para combatir la espiritualidad del alma.—5. Obstinado empeño de los materialistas.—6. La ley de Weber.—7. Diferencia del alma del bruto á la del hombre.

1.. Temerosos los materialistas de que quede el campo por la sana filosofía, ponen todos los andamios y puntales que pueden á su castillo encantado, que ya se bambanea y amenaza dar consigo en el suelo. Vanamente trabajan, si piensan darnos razón, sin salir del cerebro, de todas las operaciones psíquicas. Eminentes fisiólogos han metido las manos en este preciosísimo órgano: Flourens, Magendie, Longet, Foville, Vulpian, Bernard, Bell, Schiff, Müller, Pflüger, y ninguno de ellos ha bastado á señalar en él asiento á las facultades humanas, aun dado que declarasen que la actividad de nuestro entendimiento se ejerce mediante el cerebro, como lo tenían los Escolásticos[1]. ¿Qué digo situar las facultades? Pero ni aun acertaron á diferenciar el sitio de las sensaciones del sitio del movimiento. Con todo eso, la anatomía entabla alguna relación entre el desenvolvimiento de las potencias intelectivas y el de los hemisferios cerebrales. "Al paso que las potencias se perfeccionan en la turba animal y en los individuos de una especie, dice Meckel, la masa cerebral crece para arriba, hacia adelante y á los lados, los hemisferios se ensanchan respecto de las partes inferiores del encéfalo, y el cerebro toma creces sobre el cerebelo"[2]. Estas palabras no han de entenderse á la letra: no son infalibles ni absolutas. ¿Quién ignora que la superficie cerebral del carnero es mayor, á proporción, que la del perro, siendo mucho menor el instinto de aquél respecto de éste? Según la cuenta de M. Broca, los sesos de una mujer de cuarenta y uno á cincuenta años pesan 1.261; los del hombre 1.391. También la capacidad de los cráneos europeos es de 1.460 á 1.530 centímetros cúbicos; la de los negros, de 1.228 á 1.253. No se hartan de revolver cabezas los que se tienen por de algún saber, pero á los materialistas no les sale la pretensión al talle de sus intentos.

Que el cerebro sea fragua del pensamiento, que la fuerza del entender consista definitivamente en la magnitud de los sesos, que la

---

[1] V. cap. XLI, art. II.—[2] *Man. d'anatomie*, 1875, t. I, p. 271.

capacidad de la cabeza demuestre infaliblemente el grado de inteligencia, que los talentos se pesen por adarmes, son proposiciones muy fáciles para decirse, pero tan arduas para probarse que ni se han probado ni se probarán jamás. El fisiólogo Wagner después de observar 960 cabezas, repartiéndolas por orden de pesos, halló que varones de grandísimo ingenio ocupaban muy bajo lugar en la escala de los cerebros [1]. Sin ir tan lejos, abriendo la Historia, ¿no vemos cómo van cayendo unos pueblos del estado de floreciente cultura en el desalmamiento de la barbarie, mientras otros se levantan de su abyección á la cumbre de la policía, sin que por eso tenga menoscabo ni ventaja la forma de los cráneos ni la cantidad de los sesos? ¿Quién, pues, será tan insipiente que quiera medir á pulgadas la rudeza ó la agudeza de los ingenios?

2. Esto no obstante, muchos fisiólogos, dando por puntual la relación entre la masa del cerebro y las potencias del alma, pensaron que en el encéfalo descubrirían forzosamente, demás de los centros de la vida sensitiva, los de la intelectual y moral; vanidad, que les puso en el deseo la pretensión de *localizar las funciones cerebrales*, esto es, de señalar á cada facultad su estancia correspondiente en la masa encefálica. Entre los que tantearon esta empresa en el siglo XVII fué señalado nuestro español el Dr. D. Juan de Huarte de San Juan, en su libro *Examen de los ingenios para las ciencias*, donde al resolver que el cerebro es el instrumento por la naturaleza ordenado para que el hombre fuera sabio y prudente, describe con esmero las condiciones que los sesos han de tener para que puedan cómodamente ser de provecho al alma racional [2]. No señaló este entendido médico el oficio de cada lóbulo; tuvo por más acertado no destinarles tarea particular, y así dice: "Todas las tres potencias están juntas en cada ventrículo, y no está solo el entendimiento en el uno, ni sola la memoria en el otro, ni la imaginativa en el tercero, como los filósofos vulgares han pensado" [3].

Mas por lo que el P. Fr. Luis de Granada, que fué contemporáneo del Dr. Huarte, nos dejó escrito, puede entenderse qué doctrina corría entre los *filósofos vulgares* que concedían algún lugar á las potencias del alma. "Los sentidos exteriores, dice el P. Granada [4], van á rematarse en un sentido común, que tenemos en la primera parte de los sesos... Después de este sentido común está, un poco más adelante, otro seno, que llamamos la imaginación... Después de esta potencia está, un poco más adelante, en los mismos sesos, otro vientrecillo, que en los brutos se llama estimativa, y en los hombres, por ser en ellos más excelente esta facultad, se llama cogitativa, la cual es potencia más espiritual que las pasadas, y por esto puede

---

[1] *Journal des savants*, 1862, p. 233.—[2] *Ibid.*, cap. IV.
[3] *Ibid.*, cap. VIII.—[4] *Introd. al Símbolo de la fe*, p. 1.ª, cap. XXIX.

concebir cosas que no tienen ni figura ni cuerpo... Últimamente, en esta postrema parte de los sesos, que están en el colodrillo, puso la memoria, la cual es más propia del hombre que de los brutos.„ Así discurrían aquellos varones verdaderamente sesudos, que sin tener la experiencia de los modernos, venían casi á proponer sus enseñanzas, sin caer en sus despropósitos.

A fines del siglo pasado, Juan José Gall introdujo su sistema frenológico, repartiendo por el cerebro las facultades y empadronándolas por su orden en determinado lugar. Confrontados los dos sistemas, fácil es de ver que aunque Huarte y Gall juzgaban el cerebro por órgano de las facultades del alma, pero el doctor español no dió en la extravagancia de señalar á operaciones intelectuales órgano y lugar proporcionado. Muy al revés; porque en el capítulo VI de su *Examen de Ingenios* dice así: "El entendimiento hace sus obras sin órgano corporal ni dependencia de él, *in esse et conservari*... Pero porque el entendimiento tiene necesidad de las demás potencias para sus obras, y éstas tienen el cerebro por órgano para obrar, decimos que el cerebro humano ha de tener las condiciones que hemos dicho, para que el ánima racional pueda con él obrar como conviene á las obras de su especie.„ Además, Gall apellidó las facultades humanas según la variedad de los objetos, no según las diferencias de los actos, y á este tenor puso nombre á 27 potencias, deputándoles 27 puntos, á cada una el suyo, en la caja cerebral. No es mucho que el sistema de Gall saliese muy malparado, porque, no fundándose en principios anatómicos ni fisiológicos, no podía menos de padecer baldones y muerte; aun es un pasmo cómo alcanzó en toda Europa tanta celebridad en el espacio de breves años. Quiso enfrascarse en el laberinto de las pasiones para dictar leyes á la parte afectiva del alma; pero, divorciado de la doctrina escolástica, que hasta entonces se había contentado con localizar la sensibilidad, no podía esperar otra suerte sino caer en el descrédito y en su irremediable ruina.

Nuestros neosabios, embravecidos y embriagados con el progreso de sus invenciones, han propuesto llevar más adelante su tema. Pareciéndoles, como es razón, que un órgano, necesario para el ejercicio de las potencias y maravillosamente dispuesto, todas sus partes debe tener ordenadas con gran sabiduría, no se han dado por satisfechos con buscar, como Huarte, el asiento de las funciones de la vida sensitiva, ni, como Gall, el de la vida afectiva, sino que, arrogándose plena jurisdicción para fallar, escudriñando, hechos ojos, los rincones del cerebro, han querido determinar qué seno y parte de él sirve á las facultades intelectivas y morales. Afortunadamente, Flourens, que fué quien más diligencia desplegó en observar el encéfalo de los animales, de sus experiencias sacó que en los hombres no tienen estaciones diversas las diversas facultades, sino que, mediante el cerebro, manifiesta el alma humana su actividad, sin que sea po-

sible decir cómo ni en qué punto tasadamente. Después del año 1873, habiéndose enardecido el estudio de las localizaciones cerebrales, no ha sido el fruto igual á las ansias del deseo.

3. No es de maravillar. El sistema nervioso, que en la criatura se halla formado mucho tiempo antes que el corazón, es la parte del cuerpo humano más llena de sombras, sin embargo de los empeños y conatos de anatómicos y fisiólogos en aclararlas con el estudio de su estructura y funciones. El Dr. Flechsig, catedrático de Psiquiatría en la Universidad de Leipzig, fundado en la conexión que hay entre la substancia cortical del cerebro y las masas grises, llegó á poner en hermosa luz una propiedad hasta el día ignorada, á saber, que las zonas de la corteza cerebral no tenían todas adherencia y unión, por medio de hacecillos de fibras nerviosas, con las masas grises inferiores del eje cerebro-espinal. En dos zonas totalmente distintas reparte el autor la corteza del cerebro: zona de los centros de proyección, zona de los centros de asociación. La primera abraza en su territorio cuatro esferas corticales, en donde reverberan las impresiones que, viniendo de lo exterior ó de lo interior, hacen golpe en los nervios sensitivos, y son la esfera del tacto, del oído, de la vista y del olfato. Cada una de las cuatro se ase y prende al órgano del propio sentido mediante una lazada de fibras nerviosas. De éstas, unas son ascendentes, centrípetas, sensitivas; las otras descendentes, centrífugas, motrices; de suerte que toda la corteza cerebral es el paraje donde rematan las fibras sensitivas y de donde nacen las fibras motrices.

Apartados de los centros de proyección y como pared en medio están los centros de asociación, formando tres isletas ó esferas distintas, con tal arte interpoladas entre las cuatro esferas de proyección, que las dejan solitarias sin comunicación de una con otra [1]. La zona de los centros de proyección, engarzados por trabazones de fibrillas con los centros de asociación, sólo alcanza un tercio de la

[1] El Dr. Flechsig reparte las esferas de proyecciones por la masa cortical en la forma siguiente: la esfera del tacto, la más extensa de todas, ocupa las circunvoluciones centrales, el lóbulo paracentral, la parte vecina á la circunvolución del cuerpo calloso y la parte posterior de las tres circunvoluciones centrales; la esfera del oído comprende el término medio de la primera circunvolución temporal y la porción próxima de esta circunvolución que cubre la fisura de Silvio; la esfera de la vista abarca aquel paraje de la faz interior de cada hemisferio cerebral que rodea la fisura calcarina; la esfera del olfato encierra en sí el trígono olfativo, la substancia perforada anterior, el repliegue unciforme y la parte vecina de la circunvolución del hipocampo.—Las esferas de asociación van distribuídas por el propio autor en tres centros: centro posterior, que comprende gran porción de los lóbulos occipital, parietal y temporal; centro medio, situado en la ínsula de Reil; centro anterior, que señorea la parte anterior del lóbulo frontal.

superficie cortical; los otros dos tercios corresponden á los centros de asociación, enramados también con sus hilillos nerviosos. Esto en el hombre. En los monos superiores va por un igual la extensión de unos y de otros centros; en los demás animales, los centros de asociación estrechan su superficie nerviosa al compás de su inferioridad en la escala zoológica: sólo el hombre descuella entre todos con singular ventaja, por el exceso de los centros de asociación sobre los de proyección.

Pasa luego el Dr. Flechsig á calificar las funciones de los sobredichos centros: los de proyección rigen la vida animal, los de asociación concurren al socorro de la vida racional. Entrambos oficios pareciéronle al ínclito fisiólogo tan evidentes, que no reparó en apellidar los centros de asociación *centros intelectuales, órganos ó instrumentos del pensamiento,* no tomadas las voces en orden á su gramatical propiedad, sino haciendo significación que en las tres antedichas esferas tiene el hombre muy á punto instrumentos aptos para fraguar imágenes sensibles que ayuden á la obra de las espirituales potencias [1]. Porque en todo tiempo será verdad lo anunciado por el Dr. Pitres en el Congreso de Medicina tenido en Nancy el mes de Agosto de 1896, por estas palabras: "Sería andar á caza de quimeras el buscar en el cerebro el sitio del entendimiento, de la memoria, del juicio, de la voluntad". Los desvelos del Dr. Flechsig han cercado con nuevos resplandores la corteza cerebral, reduciendo á mayor y mejor estado su noticia, como quien cazó con su fino ingenio lo que á los otros se les iba por los aires, porque al cabo manifestó que así como las zonas de proyección se enlazan inmediatamente con los órganos de los sentidos, así, por el contrario, las zonas de asociación no se corresponden con ellos, pero comunican con las esferas de proyección mediante sus fibrillas centrípetas y centrífugas [2]; mas con tan

---

[1] De la teoría que estamos aquí declarando dice Kirwan, con su acostumtumbrada rectitud: En adoptant cette théorie, toute hypothétique encore et que n'appuie aucun fait certain, il y a encore fort loin d'elle à la conclusion de l'existence de *sphères intellectuelles, d'organes directs* de la pensée. Ces *centres d'association,* que signale Flechsig, peuvent bien être des centres d'association d'images: or c'est au moyen des images que l'esprit, par voie d'abstraction et de généralisation, s'élève jusqu'à nos idées. Mais cette faculté d'abstraction et de généralisation, qui intervient dans la connaissance sensible pour en faire une connaissance intellectuelle, rationnelle, cette faculté-là n'a pas, ne peut avoir d'organe matériel. *Mémoire présenté au IV.e Congrès scientifique international des catholiques à Fribourg, août,* 1897, § VII.

[2] A. Van Gehuchten, ponderando el mérito del Dr. Flechsig, se expresa por estos términos: Quoi qu'il en soit des découvertes que l'avenir nous réserve, une chose nous paraît acquise, un fait certain, fait important, s'il en fut, et qui marquera dans l'histoire de la neurologie, parce qu'il éclaire d'un jour tout nouveau bien des problèmes de physiologie et de pathologie nerveuse.

viva consonancia los siete centros, de proyección y de asociación, se hallan entre sí hermanados por las redecillas nerviosas, que las impresiones hechas en las esferas sensitivas pasan luego á las zonas de asociación, las cuales reverberan su energía en las primeras, dejando al hombre abastecido de socorros bastantes para correr holgadamente la carrera de la vida animal y racional. Por esto las esferas de asociación merecen renombre de centros superiores, pues tienen debajo su inmediata dependencia la actividad de los centros de proyección, que sólo alcanzan título de inferiores. Por la intervención de éstos le llegan al hombre las impresiones de los sentidos, por la de aquéllos ejerce el hombre señorío absoluto en las potencias espirituales contra el tumulto de los sentidos y la rebeldía de las pasiones; por los inferiores socorre á la parte animal, por los superiores provee y satisface á la parte racional, que no sin motivo es el *telencéfalo* [1] en el hombre, de mayor capacidad y extensión que en los brutos, como va apuntado. Mas para que los centros inferiores hagan su oficio servil acarreando á los superiores provecho, han de gozar unos y otros de cabal perfección. El niño, en los primeros meses de su vida infantil, puede usar de las esferas sensitivas, porque la corteza gris del cerebro las descubre del todo formadas, pues ya lo estaban en el embrión, á beneficio del influjo materno; mas las impresiones recibidas de los sentidos no dejan en el infante rastro de memoria ni de imagen sensitiva, porque los centros superiores se hallan aún como en ciernes, sin el debido desarrollo; de manera que todo cuanto hace la criaturilla ó padece de vital, lo ejecuta por vía de movimientos reflejos, que no tienen relación con la corteza cerebral, como en otra parte se dijo [2]. Mas no bien los centros superiores llegan á la perfección necesaria para que las fibras de asociación se desenrudezcan con la edad y entablen correspondencia con las fibras de proyección, amanece el cerebro del niño sazonado y dispuesto á toda suerte de operaciones psíquicas.

De esta exposición resulta, no solamente la necesidad de los centros inferiores para el ejercicio de los superiores, mas aun la inde-

---

c'est l'existence, dans le cerveau de l'homme, à côté d'une zone pourvue des fibres de projection en rapport immédiat avec nos organes périphériques, d'une vaste région de l'écorce sans relation directe avec les organes du corps, où n'aboutissent que des fibres d'association centripètes et centrifuges en connexion avec les sphères sensorielles, et que tout nous porte à considérer comme le siège exclusif des facultés intellectuelles. *Revue des quest. scientif.*, 1897, t. XLI, pág. 38.

[1] Llámase *telencéfalo* en el vocabulario de fisiología moderna aquella gran porción de la corteza cerebral que, predominando en la eminencia, termina la parte céntrica del sistema nervioso, y consta de los centros superiores é inferiores.

[2] Cap. XXXVII, a. 2.

pendencia de éstos respecto de aquéllos en el hombre adolescente, en cuya cabeza entrambos órdenes de centros tomaron ya el punto debido [1]. Así lo infiere el Dr. Flechsig de su teoría, la cual comprueba aquel antiguo adagio filosófico que dice: Nada conoce el entendimiento que no lo haya granjeado por el viaducto del sentido. Cortas han sido, en verdad, las alas de los ingenios para encaramarse tan alto como lo intenta nuestro Doctor alemán, penetrando las obscuridades del sistema nervioso, de suyo intrincadísimo; pero al fin lo que hace es poner marca y acotación á las regiones de la corteza cerebral deslindando las que tocan á la sensibilidad y las que corresponden á la imaginativa, con el término prefijo y limitado que á cada uno de ambos centros señala.

4. Hasta el año 96 era común sentir de los fisiólogos que las fibras de proyección extendían sus ramificaciones juntamente con las de asociación por la sobrehaz de los hemisferios cerebrales, íntimamente entrelazadas unas con otras, sin ser posible acotar las de asociación con raya fija. ¿Queda vencida la dificultad? ¿Supo muy de cuajo superarla el fisiólogo alemán? Así le pareció al neurólogo belga Van Gehuchten, cuyas flores de elogios esparcidas sobre la teoría de Flechsig hubieron de caer en manos de otro doctor, quedando harto marchitas por la sobajadura que recibieron. El Dr. Déjerine [2], entre los cargos hechos al Dr. Flechsig, analizó una por una las regiones de asociación, y en ellas mostró fibrillas de proyección, contra lo asentado por el Doctor alemán. La discordancia entre los dos no puede ser más notoria [3]. Sea de esto lo que fuere, lleve ó no camino la teoría de Flechsig [4], lo cierto es que de ninguna manera señaló región

[1] A. VAN GEHUCHTEN: Si sur un cerveau d'adulte, nous pouvions enlever les centres de projection sans léser en aucune sorte les centres d'association, nous ne troublerions pas directement le fonctionnement des facultés intellectuelles. L'homme hypothétique pourvu d'un tel cerveau vivrait complètement séparé du monde exterieur, aucune excitation du dedans ni du dehors n'arriverait plus à sa couche corticale, il serait donc complètement incapable d'acquérir des connaissances nouvelles; mais toutes les connaissances antérieurement acquises lui resteraient intactes. *Revue des quest. scientif.*, ibid., pág. 47.

[2] *Sur les fibres de projection et d'association des hémisphères cérébraux. Comptes rendus de la Société de Biologie*, t. IV, 1897.

[3] P. G. HAHN: Nous attendons la fin de ce débat, assurément fort intéressant pour les psychologues aussi bien que pour les physiologistes. S'il reste concentré uniquement sur l'organe matériel, certes il ne nous apprendra jamais pourquoi les actions psychiques existent, mais il peut nous éclairer sur les conditions physiques sans lesquelles elles n'existant pas. *Revue des quest. scientif.*, 1897, t. XLII, pág. 319.

[4] Ya en 1899 testificaba Julio Soury que la teoría de Flechsig: a déjà été profondément modifiée aujourd'hui. *(Revue gén. des sciences pures et apliquées*, t. X, 1899, pág. 51.) Es de temer que padezca otras muchas reformas con el tiempo.

ni esfera particular á los actos intelectivos y volitivos. Si presumió estar muy adelante en la empresa, confiese ha quedado muy atrás. La razón es, porque no hay ni puede haber agregados de *neuronas*[1] que guarden correspondencia con un acto de entendimiento ó de voluntad. Le quedará la ciencia al catedrático de Psiquiatria con reconocimientro perenne el día en que *localice* en los centros de asociación el sentido común, la imaginación, la estimativa, la memoria, facultades orgánicas comunes al hombre y al bruto[2]; pero *localizar* las potencias intelectuales es como detener el sol en su curso, pára en dificultad invencible[3].

Para superarla habrán de aunarse primero entre sí los neurólogos concurriendo en un parecer sobre los centros de asociación propuestos por Flechsig, cuya teoría, por fundarse en el escrutinio de encéfalos muy tiernos, no lleva consigo todo el necesario crédito. Cuando se alíen de mancomún los fisiólogos en favor de la dicha sentencia, si porfían en derivar el pensamiento y volición de actos mecánicos, les será preciso determinar en qué consiste la vibración nerviosa y qué linaje de movimiento requieren los actos intelectivos y volitivos á diferencia de los meramente sensitivos, en cuyo desempeño se hallarán con remedos de veleta bamboleando al impulso

---

1 Dan los modernos el nombre de *neurona* al elemento nervioso que se compone de célula y de ramificaciones celulípetas y celulífugas. Millones de neuronas, como hilicos finísimos, son la tejedura del sistema nervioso, sobrepuestas é independientes, pero entreveradas unas en otras por medio de sus prolongaciones que escuderean la corriente nerviosa hasta la célula, y de la célula como arcaduces la guían al cuerpo celular de las neuronas cercanas.

2 URRABURU, *Psychologia*, 1894, pars. I, lib. I, disp. IV, cap. II, art. II.

3 El Dr. Surbled, haciendo la avanza de lo conquistado y por conquistar en el estudio del cerebro humano, decía en 1897: L'étude de la vie nerveuse est hérissée de dificultés et à peine commencée. D'inmenses travaux restent à faire pour connaître le système nerveux central, particulièrement l'encéphale, et pour en pénétrer le merveilleux fonctionnement. Le cerveau, longtemps fermé aux investigations des physiologistes, a enfin révélé son secret: c'est un *organe des sensibilité et de mouvement*. Sa surface corticale se montre semée de *centres* qui actionnent les muscles ou reçoivent les impressions sensibles des différentes régions de l'économie. Mais les parties profondes de l'organe, les ganglions centraux, le cervelet ou petit cerveau n'ont pas encore dit le rôle important qui leur incombe dans la vie nerveuse. La conscience, le *sensorium commune* des anciens, est à localiser, à analyser dans ses éléments nerveux. Les modes variés de l'imagination et de la mémoire sont profondément ignorés. La sensibilité affective, source féconde des passions, qui s'allie si intimement à notre activité, réclame une place dans l'encéphale. Tel est le pauvre bilan de la science.—En dépit de la belle *doctrine des localisations*, qui jette enfin une lueur sur le problème cérébral, le problème reste très obscur. ¿Que savons-nous de la vie psycho-sensible? Peu de chose ou rien. *Revue des quest. scientif.*, 1897, t. XLII, pág. 99.

de las cuatro hipótesis conocidas, á saber: hipótesis mecánica del vibramiento molecular, hipótesis química de la reacción ondulatoria, hipótesis electrolítica de la descomposición sucesiva, hipótesis eléctrica de la penetrativa corriente; agitados por los bamboleos de estas hipótesis, tendrán los científicos que asegurar su firmeza, escogiendo de común dictamen la más á propósito para encaminar á feliz término las vibraciones nerviosas susodichas, si no se lo estorban otras propiedades ocultas de no imaginada condición.

Otorguémosles que acrediten su ciencia con sobrepujantes victorias; démosles que pasen de vuelo sobre tantas dificultades; quédales por descabezar el paso más trabajoso, esto es, cuál sea la índole, función y oficio particular de cada neurona encefálica, infinitas como son, pues de ellas depende la virtud de cada centro de proyección y de asociación, ya que la estructura histológica de la capa gris en los hemiferios cerebrales se nos muestra tan sencilla y uniforme, que niega á los ojos el menor rastro de luz para apear el ser de las fibrillas nerviosas. Pero admitamos que la sabiduría les aclare el entendimiento, sin dejarlos tropezar en errores acerca de las células nerviosas; concedamos que se les vayan las nubes de los ojos para especular á ciencia cierta la índole de la energía y movimientos celulares; les tocará luego la obligación de indagar qué le acontece á la corteza gris durante el ejercicio del pensar y querer, por cuanto unas veces se trastornan estas potencias psíquicas sin alteración de la corteza gris; otras, al revés, se perturba la corteza gris sin alteración de las potencias psíquicas, como es cosa palmaria, en cuyo conflicto á los fisiólogos incumbe derramar destellos de claridad sobre la relación de las mismas potencias con los elementos nerviosos.

Hagamos cuenta que, vencidas las montañas de tantos inconvenientes, se hallan al cabo de todo á punto de alzar victoriosa bandera; un reventón les corta los pasos en el medio de sus fantaseados triunfos si anhelaban dar con el mecanismo del pensamiento y de la volición. Porque, por más que pongan mil ojos en aposentar en el camarín del cerebro los talleres de la fantasía y de la memoria sensitiva, recluyendo en tal y tal circunvolución las fábricas del habla y de la escritura; mas en esos alojamientos se barajan pareceres científicos de gran nombradía, que cogen por la melena la ocasión de aplicar principios, de ensayar medios, de tirar á fines particulares de donde sacar preciosos intereses, sin acabar de venir á buenas en un sentimiento común.

Pero ya que donde las obras son tan escasas no es razón regateemos con escasez las palabras, démosles por hecho que al fin, metida entre ellos la paz, después de forcejar con los obstáculos antedichos, tratan de mancomún dónde hacer aposento fijo y estable á cada una de las potencias sensitivas; ¿se podrán por ventura alabar de haber alcanzado la fábrica del pensamiento y volición? No por cierto; aun

quédanos á los espiritualistas la mano dulce para extenderla contra los materialistas. La razón es, porque el albergue y taller de las potencias sensitivas sólo puede estimarse preámbulo y como el zaguán del piso principal (séanos lícito decirlo así) donde las potencias intelectivas se espacian holgadamente á puerta cerrada, acogidas á clausura, lejos de la mundanería, contentas con su ser espiritual purísimo, ocupadas en obrar espiritualidades, ajenas infinitamente por la abstracción y universalidad de sus actos, de lo ratero é individuo de los actos sensibles. De forma que los neurólogos hasta el presente no han hecho sino descabezar muy por encima el encéfalo del hombre; apacentando los ojos por la superficie con tanta fatiga, no han dado con el fondo de la verdad; pero les podemos prometer que cuanto más profundo caminen, más vislumbres descubrirán de la espiritualidad del alma. Los biólogos más avisados no se recatan ya de poner muy alta la condición nobilísima de los actos psíquicos [1]. Siglos ha que los espiritualistas pregonan á voces lo que ahora los científicos, cual si salieran del cascarón, comienzan á piar por cosa á todas luces palpable. No acaban ellos, aunque juiciosos y leales, de resolverse á declarar por espiritual el alma humana; conténtanse con negar el origen material de los actos psíquicos. Al paso de la ciencia crecerá en ellos el desengaño. El estudio más esmerado del

---

[1] CARLOS RICHET: Conscience, intelligence, tendance à une perfection plus grande, ce sont des caractères qui n'ont rien de commun avec les caractères des autres vibrations. Il nous paraît que ce sont des phénomènes d'un ordre plus élevé. Cette vibration, dont nous avons étudié les conditions physiques, pénètre dans le monde moral, ce qui établit entre elle et les autres vibrations une différence essentielle. *Revue scientifique*, t. XII, 23 Déc. 1899, pág. 810.—SULLY PRUDHOMME: Les faits de conscience, bien que l'expérience les montre indivisément associés et même subordonnés aux faits d'ordre mécanique, y demeurent néanmoins irréductibles, ce qui, jusqu'à plus ample informé, interdit d'en identifier formellement le substratum à la matière. En réalité, le substratum jusqu'à présent se révèle mécanique et psychique à la fois. *Ibid.*, 9 Déc. 1899, pág. 40.—GAUTIER: Lorsque l'impression matérielle a été ainsi emmagasinée dans la cellule cérébrale, et qu'un nouvel équilibre chimique et physique s'y est établi, les faits de conscience commencent et se succèdent. De l'impression naît la sensation; elle éveille la pensée, qui se développe et peut faire naître la volition. La pensée, la conclusion peut même ne se réveiller que des années après que l'impression matérielle a été produite, et que s'est dissipé le flux d'énergie qui a traversé le cerveau. C'est que la pensée, la volition ne sont pas l'impression, ni l'une des formes passagères et transmuables de l'énergie impressionante. La sensation elle-même n'est pas une conséquence de l'impression qu'elle peut ne pas suivre... L'acte psychique ne résulte donc pas d'une transformation de tout ou partie de l'énergie transmise au cerveau et ayant produit l'impression. *Revue générale des sciences pures et appliquées*, 1897. *Les manifestations de la vie et les forces matérielles*, pág. 295.

cerebro dará en tierra con el materialismo, que va ya muy de rota, pues se deja pisar sin resistencia de sus antiguos fautores.

5. Fueza es prestarles oídos. Aquí los materialistas quieren alzar bandera para embelesar á los incautos con la novedad de sus enseñanzas.

No puede negarse, dicen, que en los hemisferios de los animales hay una zona sensitiva y otra motriz, adonde vienen á parar las impresiones sensibles y los movimientos; y así, por analogía en el hombre también hemos de admitir semejante región. ¿Pero es razonable aclamar la existencia de una zona particular en que vayan á converger los actos espirituales? No falta quien crea que sí [1]. Brown-Séquard, 1876, moviendo armas contra las localizaciones, anunció este principio: "Todas las funciones que dependen del cerebro podrían conservar su vigor, aunque se deshiciese del todo un lóbulo cerebral entero; y, por consiguiente, es imposible probar la localización de los centros de las diversas facultades".—Otros, como Wundt [2], han resuelto que "de los efectos producidos por haber quitado varias partes del encéfalo, no es lícito concluir, como á menudo se hace, que tal parte del cerebro sea órgano de tal función psíquica".—El mismo Duval, materialista, no se atreve á declararse por las localizaciones [3]. A lo más, han llegado los fisiólogos á barruntar que los movimientos de la lengua tienen su centro en aquel punto donde el extremo de la circunvolución frontal ascendente se encuentra con la tercera circunvolución frontal perpendicular, que el centro de la parte inferior de la cara ocupa el extremo inferior de las dos circunvoluciones ascendentes, que los movimientos del brazo se reflejan en el tercio de la circunvolución frontal ascendente, y los de los miembros inferiores en el lóbulo paracentral; mas, al cabo, esa distribución no sale de los límites de la vida sensitiva [4].

No han faltado autores que, llevados de la novedad, hayan fijado en el lóbulo occipital el movimiento: aun más adelante pasó la fantasía del Dr. Luys en el estacionar las potencias; porque en la más superior de las capas grises corticales situó la sensibilidad, en la capa media la inteligencia y en la inferior la voluntad. Que nuestro balear Amer llame el cerebro "instrumento necesario, aquí bajo, de las manifestaciones del alma" [5], y que le estime *órgano instrumental de la inteligencia* en cuanto directamente lo es de la fantasía, y en cuanto indirectamente, por medio de la fantasía, ayuda al ejercicio de la

---

[1] Dr Henry Desplats, *Revue des questions scientifiques*, 1878, p. 276.

[2] *Physiol. humaine*, p. 582.—[3] *Cours de Physiol.*, 1883, p. 103.

[4] Con grande utilidad se leerá el estudio del Dr. Surbled, *L'intelligence et les lobes frontaux du cerveau*, publicado en la *Revue des quest. scientif.*, 1895, t. XXXVIII, pág. 5.

[5] *Dios y el Cosmos*, 1889, p. 337.

virtud intelectiva, se nos alcanza muy de lleno, porque ésta es doctrina de sana filosofía; pero que escritores cualesquiera anden buscando con ansia en qué lugar del cerebro aposentarán las operaciones puramente espirituales, y que, no obstante la falta de experiencias y razones, no vean el despropósito de su pretensión, es cosa difícil de entender, si no es suponiendo gran confusión de conceptos. Muchas y no vulgares plumas han deshecho esos vanísimos vuelos y señalado con el dedo la flaqueza de la fábrica [1].

A más de esto, los materialistas andan muy ufanos creyendo haber hallado en la substancia cenicienta del cerebro una mina de razones con que debelar la espiritualidad del alma; ya nos amenazan con el azote, preparan ya las saetas con que herirnos de muerte. Oigamos las voces de Ferrière: "En estos últimos años se ha averiguado que son muchas y extensas las fuerzas mediante las cuales movemos los miembros y percibimos las cosas externas; y así el alma no puede ser sino extensa y material„ [2]. Es muy gran verdad que los fisiólogos y los anatómicos tratan largamente de "centros motores y perceptivos„, hallados en la substancia gris; mas no tienen por qué triunfar y gozarse con la novedad de su descubrimiento. Hemos visto arriba cómo el P. Fr. Luis de Granada repartía por el cerebro y cerebelo las potencias sensitivas; su doctrina dijimos era la de muchos antiguos y de los Escolásticos de su tiempo. Ya Alberto Magno alojó el sentido común en el primer ventrículo, la estimativa en el segundo, la memoria y fuerza motriz en el tercero. Otros demarcaron diferentemente el territorio de las facultades sensitivas. Pero todos los Escolásticos se ajustaron entre sí en dejar sin arrimo y en pie las facultades espirituales, entendimiento y voluntad. Sabían aquellos varones esclarecidos que las potencias de la vida vegetativa y sensitiva porque son orgánicas, no se ejercitan sino con el concurso de órgano corpóreo, y que cada una debe tener su oficina en parte señalada: no así las espirituales; por eso no se atrevieron á enclavarlas y asegurarlas en el encéfalo.

"Naturalmente no puede suceder que el hombre sea arrebatado á la contemplación de Dios sin que coopere el sentido externo ó interno„, decía el P. Suárez [3]; mas, tratando de las visiones llamadas por los místicos *intelectuales,* confiesa el esclarecido Doctor, con todos los teólogos, que no hay repugnancia en que la mente del hombre sea levantada á la divina contemplación, sin que la fantasía concurra ni coopere en modo alguno, por no ser tan esencial su cooperación que no pueda suplirse suficientemente por la divina virtud [4]. Y

---

[1] *Revue des quest. scientifiques*, 1877, p. 68.

[2] *L'âme est la fonction du cerveau*, 1883.

[3] *De Religione*, lib. II, cap. XIV, n. 3.

[4] *Ibid.*, n. 4.

San Ligorio [1] confirma esta doctrina de los teólogos con las visiones espirituales de Santa Teresa de Jesús.

Mas los materialistas, para quienes todas las potencias son *energías* orgánicas sin diferencia, perdido el respeto á la docta antigüedad, truecan la razón por el sentido, las facultades superiores las humillan á la bajeza de las inferiores, hacen del alma asunto de sesos, y creen que, porque haya "centros motores y perceptivos„, ya el alma no es posible que sea espiritual. Gallardamente el clarísimo Dr. Vicente Liverani, apoyado en las doctrinas de Santo Tomás, desbarata todas las máquinas de Ferrière, diciendo, entre otras cosas: "No se arroja la Escolástica al imperdonable despropósito de confundir el alma con la función del cerebro; únicamente coloca en el cerebro las facultades sensitivas superiores del alma: esto y nada más piden los hechos, la recta razón y la universal creencia de los hombres; y esto es lo que basta para intrepretar la causa, la naturaleza, el mecanismo, los síntomas y la terapéutica de cualquiera suerte de frenopatías crónicas ó agudas„ [2].

Según la doctrina de este esclarecido médico, que es la de los Escolásticos, ¿qué fuerza pueden hacer argumentos asestados con tanta sinrazón contra la espiritualidad del alma? Ninguna por cierto. ¿Demandan los modernos que el cerebro sea indispensable al ejercicio de la vida racional en el estado presente? De plano gustosos se lo otorgan todos los Escolásticos. ¿Quieren que el entendimiento tenga dependencia del cerebro? Ningún filósofo de la Edad Media se la negará. ¿Pretenden que no podamos pensar sin fantasmas y que la imaginativa sea potencia orgánica que deba su obra al cerebro? Verdad palmaria es en buena filosofía. Mas ¿qué concluyen de ahí? ¿Que el entendimieuto es potencia orgánica, como lo son la sensibilidad y la imaginativa? Pero ¿cómo no ven que la dependencia del entendimiento es mediata y la de las facultades orgánicas es inmediata, y que por consiguiente, de tener éstas órgano corpóreo, no se sigue que aquél le deba tener? La congoja aprieta el corazón y no puede el ánimo sufrir que hombres como Tyndall, Bois Reymond, Moleschott, campaneados por oráculos de ciencia, en tocando los términos de la psicología se enreden en un laberinto de dislates con que vienen á confundir las más elementales nociones.

6. Hablan de la *estesimetría*, arte de medir las sensaciones. Fechner, tras de largas experiencias, establece esta fórmula analítica

$$\mathrm{d}y=\frac{\mathrm{k}\,\mathrm{d}x}{x},$$

en que y representa la intensidad de una sensación precedente, x la fuerza de la excitación que le corresponde, k la cantidad constante.

---

[1] *Praxis Confess.*, n. 139.—[2] *Exame critico*, 1819, p. 45.

Integrando la ecuación, resulta $y=k \log x$; la cual dice que la intensidad de una sensación es el logaritmo de su excitación multiplicado por una constante: es decir, que si la excitación crece siguiendo proporción geométrica, la sensación sigue proporción aritmética. Hagamos $x=1$; tenemos $y=0$; para $x=0$, $y=-\infty$: soluciones absurdas; las cuales dicen que á la intensidad como uno no corresponde sensación, y que á una intensidad nula toca una sensación infinita negativamente. Dando valores á la variable, viene la función á dar valores sin cuento entre ambos infinitos. ¿Es concebible tal serie de sensaciones? ¿Es posible? Verdad es que los fisiólogos materialistas, advirtiendo cuán vanos les salían los resultados de su fórmula, establecieron dos límites, inferior el uno, en que la sensación es imperceptible; superior el otro, en que la sensación *se transforma en dolor;* y entre ambos límites extremos se verifica, dicen, la propiedad de crecer la sensación como el logaritmo de la excitación [1]. Pero, fuera de que no ha faltado quien enmendase la expresión algébrica de Fechner [2], Hering [3] y Coutto [4] se conjuraron contra ella poniendo á la vista los absurdos é inconvenientes. ¿De dónde nace el absurdo principal, sino de que Fechner no tiene cuenta con el estado de los órganos, ni con la condición del cuerpo, ni con la virtud sensitiva del alma? Tres cosas que complican extrañamente el problema y hacen que la fórmula antedicha claudique por entrambas partes. Con otras razones vuelve por la sana filosofía D. Antonio Fajarnés, probando que la sensibilidad no se reduce á movimiento físico, y desbaratando la *ley de Weber* formulada por el antedicho Fechner [5].

Pues á la manera que los modernos materialistas llaman á la sensibilidad fuerza molecular, tampoco tienen empacho en apodar con ese nombre la memoria, imaginativa, entendimiento, voluntad, sin otra razón sino porque dependen de órgano corpóreo. ¡Ah! Orgullosos con las grandezas del progreso, han cerrado los ojos á todo rayo de luz y de verdad. ¿Y qué repugnancia no han de causar los despropósitos que con rostro tan sereno escriben en sus libros? ¿cuánto más combatirlos y enojarse con ellos? Decía Tyndall en su discurso de Bel-

---

[1] BEAUNIS, *Nouveaux Éléments de physiologie humaine*, 1881, p. 1355.

[2] DELBŒUF, *Recherches sur la mesure des sensations*, 1873.

[3] *Ueber Fechner's psychophysische Gesetz*, 1877.

[4] *Note on Fechner's law; Journal of physiol.*, t. I.

[5] *Principios de Metafísica: Psicología*, 1889, cap. VII, p. 238.—FARGES: La justesse de la loi de Weber a été niée radicalement par plusieurs observateurs tels que Hering. Un plus gran nombre ne l'adoptent qu'avec des réserves ou des variantes». *Le cerveau, l'ame et les facultés*, 1892, pág. 225.—WUNDT: «Elle s'applique presque exactement aux excitations d'une énergie moyenne; mais dans le voisinage du seuil de l'excitation et de la hauteur de l'excitation, elle présente des écarts extrèmement considérables. *Éléments de Psychologie physiologique*, 1886, pág. 378.

fast: "Pensamos y sentimos, porque tal es la suerte de las combinaciones materiales que hacen que pensemos ó sintamos..., siendo la última razón de todo la *vida cósmica*". ¿Qué será la *vida cósmica* en los labios de Tyndall? ¿Por ventura la vida vegetativa, sensitiva, racional, angélica? ¿Acaso la vida mineral: vida muerta, que ni es muerte ni vida? La humana estulticia ¿es capaz de mayor disparate? Cubramos con el velo de una profunda admiración la soberbia de los positivistas, que perseveran en su ceguedad pensando que ellos solos ven: por qué pensamos, por qué queremos, cómo deseamos, dónde discurrimos, ni lo explican ni lo explicarán todos los mecánicos juntos con sus movimientos reflejos, ni los transformadores químicos con su mágica secreción, ni los positivistas con los fuegos fatuos de la vida cósmica. Analizar los actos de un ser espiritual, contar su generación y progresos, y luego querer persuadir al vulgo sensato que todo es materia y movimiento local, raya en frenesí; es maltratar indignamente el discurso de la razón.

7. De estas propiedades del alma humana podemos ya colegir cuán por extremo se opone y excede su condición á la tosquedad de la materia. Porque el alma es activísima y libérrima en sus operaciones; la materia es pasiva y ciega, y solamente de causas exteriores recibe impulso: el alma piensa y razona sin influjo de agentes externos; la materia no se mueve á sí misma, y movida sigue el impulso recibido: el alma compone sus pensamientos sobre cosas inmateriales; la materia, de objetos materiales se nutre y vive: aquélla se determina por sí propia á obrar; ésta obra necesariamente en virtud de la inercia que tiene: aquélla labra conceptos universales y purísimos; los productos de ésta son toscos y concretos: aquélla es simplicísima y exenta de partes; ésta es extensible, y puesto caso que se conciba compuesta de átomos indivisibles, repugna á cada átomo la pureza y simplicidad del alma: en fin, la región en que el alma espacia su generosidad es altísima y apartada de las cosas sensibles. Cuando, pues, Locke [1] intentó dar á la materia capacidad de pensar, y cuando algunos modernos blasonan igual arrogancia, no hacen sino delirar y hacer pública su insensatez.

No menos desatinadamente discurren los que, para negar al alma humana la excelencia de su condición, la asimilan á la de los brutos, haciéndolas ambas inmateriales y simples. Ciego ha de estar quien no descubra luego la infinita distancia. Porque los animales, por perfectos que sean, obran sujetos á una ley irresistible que los necesita y dirige en todas sus operaciones; los hombres son muy señores de sí, pues gozan de entera libertad: los animales nacen enseñados, sin poder enseñar á otros, en el arte de obrar conforme á sus naturales instintos; los hombres vanse poco á poco, con trabajo aprenden, con

[1] *Ensayo filosófico*, l. IV, cap. III.

facilidad enseñan, y no se hartan de saber: los animales nunca salen de su paso; si alguna cosa aprenden, al hombre se lo debieran agradecer, y ni aun de lo aprendido sacan provecho; los hombres, por el contrario, se glorían de inventar, en saber ponen su ahinco, en instruir á otros cifran su bien, y de tal manera aprovechan, que tal vez sobrepujan los discípulos á sus maestros, los hijos á los padres, los jóvenes á los ancianos: los animales, viviendo atollados en la bronquedad de la materia, en dar pábulo á los sentidos, y á sus apetitos satisfacción, colocan todo su contento; mas los hombres, sin los rayos del ejercicio mental parecen muertos, sin la suavidad de los dulces afectos se les hace áspero y fragoso el camino de la vida, en las altas consideraciones se recrean y viven, en los placeres del espíritu descansan, huelgan y ponen todo su contentamiento. En fin; considerada con atención la índole del alma humana, á causa de su espiritualidad, se aventaja á la de los brutos con preeminencia y traspasa su condición con incomparable hermosura.

Altamente colocaba el señorío de nuestras almas el inmortal León XIII en su Encíclica *Libertas* diciendo con soberana elocuencia: "El hombre puede juzgar de la contingencia, como la llaman, de estos bienes que decíamos, á causa de tener un alma por naturaleza simple, espiritual, capaz de pensar, la cual, por ser de esta naturaleza, no trae su origen de las cosas corpóreas ni depende de ellas en su conservación, antes, creada por Dios sin intermedio alguno, y traspasando á larga distancia la condición común de los cuerpos, tiene un modo de vivir propio suyo, y modo no menos propio de obrar, con lo cual, abarcando con el juicio las razones inmutables y necesarias de lo bueno y lo verdadero, conoce con evidencia no ser en manera alguna necesarios aquellos particulares bienes".

ARTÍCULO IV.

1. Inmortalidad del alma.—2. En qué razones se funda.—La inmortalidad no es facultativa.—3. Estado de separación.—4. Testimonio de la antigüedad.—La metempsicosis.—5. Tradición caldea.—6. Tradición egipcia.—7. Tradición védica, budística, china.—8. Tradición hebrea.

1. Demostrada la espiritualidad del alma, digamos algo sobre su inmortalidad y eterna duración. El llamar al alma inmortal no es decir que no pueda perder el ser, de arte que tenga Dios necesidad absoluta de conservarla, sin quedarle mano para privarla de su concurso y soberana influencia, porque ese linaje de inmutabilidad claro está que no cuadra con la dependencia de los espíritus criados; por eso el aclamarla inmortal tan solamente denota que, mirada en sí, no tiene entidad corruptible ni capaz de mortalidad. Conforme á esto, del ser espiritual se deriva el ser inmortal. Ser espiritual es ser simple, y lo

simple carece de partes, y lo que carece de partes no hay manera de corromperse; si no corrompiéndose el alma viniese á perecer, perecería toda entera; perecer toda entera no puede sino por vía de aniquilamiento; y si así acabara, sería porque Dios, por su soberana voluntad, pondría en ella las manos, lo cual no impide que sea inmortal de su propia condición. En esto es muy de notar cómo difieren el alma del hombre y el alma del bruto. Porque la del bruto, por simple que la supongamos, depende tan de todo en todo de la suerte del organismo que corre su misma fortuna; mas el alma humana, por ser espiritual, no pende en su condición de la materia organizada, aunque de ella dependa en el ejercicio de sus facultades sensitivas[1]: de manera que, siendo tan grande la diferencia que va de la una á la otra, el alma humana subsistirá muerto el hombre y hecha la separación de las dos substancias que le componen.

2. Solamente Dios, á título de Supremo Hacedor, debería emplear los rayos de su incontrastable poder para quitarla de en medio. No lo hará; no porque le falte mano para reducirla á la nada, sino porque lo repugnan su sabiduría y bondad. Porque, por una parte, teniendo nuestra alma aspiración á una vida sin término, y viviendo inquieta hasta dar vado á la amplitud de su deseo; como, por otra parte, el espíritu sea primor y gala del universo y el ser más aventajado en hermosura y perfección, y el que más ennoblece é ilustra todos los seres visibles; así que si nuestra alma suspira por una felicidad eterna, de suerte que sería deleitarse Dios en atormentarla y andar con ella traidor el día que le hiciese imposible su dicha, secándole raíz y ramas, de un golpe desterrando del mundo lo más precioso y perfecto; ¿quién, veamos, recibiría mengua y vendría á menos sino la sabiduría y bondad del augusto Criador!

Cuanto más que el alma humana es de tan fino metal, que menos sujeta va al cuerpo en los actos más nobles y perfectos; y ¿cómo puede ser mortal una substancia que unida al cuerpo tiene como embotados los filos de sus nobilísimas potencias, ni las desenvuelve con aquella gallardía que su condición y naturaleza pide? Perezcan enhorabuena las almas de los brutos, cesen las otras formas substanciales que á la materia están vinculadas si fuera de la materia no pueden subsistir; que el alma humana, aunque actúe la materia y cause en ella los mismos efectos que las formas inferiores, no depende de la materia en la existencia, ni le comunica al cuerpo todas las operaciones de que es autora y ejecutora[2]. Quitarle la vida ¿no sería negarle el fin de sus facultades? Pero los materialistas, como Büchner, sólo suspiran por la materia, con la materia se regalan, en el goce de materia todo lo resumen y fundan. "No podemos admitir,

---

[1] SUÁREZ, *De Anima,* l. I, cap. X.

[2] LIBERATORE, *Il composto umano,* capo IX, art. V.

dice, que el alma de un hombre muerto siga viviendo: es muerta del todo... Lo mejor y más ventajoso que puede el hombre dejar en muriendo, es mayor cantidad de fosfato de cal, sales raras y fecundas, deputadas á formar una riquísima aglomeración de moléculas: así crece el bienestar del humano linaje.„ Con esta avilantez publicó el materialista Büchner la cortedad de su ingenio en una obra, *Fuerza y materia*, elogiada por la prensa libre como el tratado *más filosófico* que en el siglo XIX ha visto la luz [1]. ¿Es maravilla que á hombres de tan ruines sentimientos, la idea de la eternidad les haga temblar las carnes con terribles calofríos, como de sí confiesa Strauss? [2].

Otra razon díctanos la Ética en certificación de esta verdad. El hombre es libre para el bien y para el mal; la conciencia atestigua á cada uno no ser cosa indiferente abrazarse con el vicio ó con la virtud: lo uno es digno de loa, lo otro de vituperio; y consiguientemente, al bien obrar síguese justo galardón, al mal obrar justo castigo, de mano del Supremo Legislador, que quiso guardasen todos los seres orden y obediencia, cada cual en su grado. ¿Qué sería, pues, del mérito si de esta vida se esperase la recompensa? ¿Quién paga acá abajo la condigna pena de sus delitos? Otra vida hay, en que Dios premiará al bueno y hará venganza en el malo según su merecido; de lo contrario, el hombre y la sociedad se satisfarían de los agravios con más equidad que Dios. Además, el hombre fuera el más desgraciado de los animales; porque los brutos siquiera huelgan acá en su tanto, recibiendo de la naturaleza cúmulo de bienes ajustados al talle de su condición, y en habiendo disfrutado la mayor felicidad de que son capaces, cierran los ojos á todo lo visible acabando en cuerpo y alma, sin esperanza de remedio; pero el hombre que vive en el colmo de la miseria, siempre inquieto el corazón, tan anhelante por una vida sin término, que se le erizan los cabellos, y sus labios rehilan, y es puesto en grande agonía de sólo pensar que su vida ha de fenecer tan presto; si acaba sus amargos días sin gloria y sin felicidad, si no le queda más descanso ni otra paz ni bienandanza que la que en este mundo disfrutó, menester será confesar que tiene un fin más desastroso é infinitamente peor que los viles animales. Luego el vivísimo deseo de eternizar sus aficiones no le saldrá en vano, porque es deseo natural infundido por el Criador, y sería contra el apetito del alma el envejecerse y agotarse la flor de su dicha; y así, no pudiendo el alma descaecer por razón del cuerpo, y no teniendo fuera del cuerpo contrario que la substituya, ni habiendo más razón que dure un año, que dos, que mil, que eternamente, si sobrevive al cuerpo, por siglos sin fin ha de durar sin zozobra en la perpetuidad de su ser.

No es posible, llegando aquí, dejar en silencio las lanzas que el mo-

---

1 *Revue scientifique,* 1884, 8 Novembre.

2 *L'ancienne et la nouvelle foi; Confession,* chap. XLI.

nista Haeckel jugó en 1898 contra la inmortalidad del alma, al presentarse en el cuarto Congreso internacional de zoología con ánimo de acabar con los *místicos fantasmas*. De cuatro órdenes de argumentos se componía "la réfutation scientifique, définitive du dogme de l'immortalité de l'âme„ [1]: argumentos anatómicos, argumentos ontogénicos, argumentos fisiológicos, argumentos patológicos; ni media palabra de nuestras ideas abstractas, de las voliciones inmateriales, de los discursos delicados, de las artes y ciencias, de la virtud y religión, del amor y propensión á lo infinito. Toda la argumentación del monista se apoya en el cerebro del hombre; de ahí no sale en su campal batalla, á la sombra del cerebro humano se arroja intrépido contra los espiritualistas, cual si éstos no le diesen de barato casi todo lo contenido en los cuatro órdenes de argumentos dichos, que de ninguna manera convencen el intento de Haeckel, ni tocan á cien mil leguas la inmortalidad del alma. Mas como á los argumentos demostrativos calla el monista la boca, pues no se hizo su lengua para hablar á lo filósofo, dejémosle con el sambenito que le clavó el agudo Delage cuando calificó su teoría "d'exécrable fatras métaphysique, indigne d'un naturaliste de ce siècle„ [2].

¿Qué deberemos, pues, responder á los escritores modernos que han inventado y defendido la *inmortalidad facultativa*, enseñando que gozarán de vida inmortal los que con buenas obras se la aseguren, mas que los malos y cargados de vicios, que pusieron en vida cartel osado y animoso contra Dios, en un soplo serán deshechos y consumidos sin que les quede rastro de vida, pues no la quisieron ganar? ¿Qué pensar de esta inaudita doctrina, propalada por Carlos Lambert? ¿Qué? Que la inmortalidad no es libre, sino necesaria; no *facultativa*, sino esencial y arraigada en el fondo del alma. Ninguna jurisdicción tiene la humana voluntad en la esencia de las cosas. Si el alma es de su esencia inmortal é imperecedera, nada importa que el hombre quiera ó deje de querer la inmortalidad. Dichosa ó desgraciada, perpetua es la vida que le espera, por más que tire coces contra la verdad.

3. No hemos de creer sea estado violento el de la separación; ningún título tiene el alma á la unión perpetua con el cuerpo, por cuanto no es éste complemento intrínseco y necesario de su vida racional. Y aunque, según Suárez [3], es más natural al alma el estado de unión, porque le da lugar á constituir el hombre y le procura el ejercicio de todas las potencias, que por eso estando separada apetece, dice Santo Tomás [4], las ataduras del cuerpo en alguna manera; todavía estando

---

[1] *État actuel de nos connaissances svr l'origine de l'homme.* Traducción hecha por el Dr. Laloy, 1900.

[2] *Structure du protopl. et hérédité,* pág. 464.

[3] *De Anima,* l. VI, cap. IX.—[4] I p., q. LXXVI, a. I.

libre de su pesadez, ni es otro su ser, ni dificultosa su operación, ni padece linaje de violencia [1]; antes tiene más larga esfera en que emplee su vigor, hace los actos intelectivos con más perfección y pureza, granjea conocimientos más ajustados de las cosas espirituales, acrisola sus nociones de cosas corpóreas, acrecienta el caudal de ciencia adquirida y goza más serenamente, libre de pihuelas, los vuelos de su ingénita facultad.

4. Cuán durable sea é incompatible con la muerte el alma del hombre, lo tenían por cierto todos cuantos pueblos profesaron en la antigüedad la metempsícosis, esto es, transmigración de las almas. Porque creyendo que todas ellas habían sido criadas á una en el principio del mundo, hacíanlas traspasar por varios cuerpos, para informarlos hasta que muriesen, y luego peregrinar á otros, sin parar un punto en el soldar la unión y practicar la amistad; aun á trueque de no consentir que fuesen mortales, obligábanlas á pasar por las penas de humillantes y durísimas prisiones. De esta opinión hizo primer inventor á Pitágoras Diógenes Laercio [2]; pero más acertado sentir es que Pitágoras fué el primero que la introdujo ó la propagó en Grecia; porque Heródoto [3], anterior á Diógenes, dejó escrito que los egipcios fueron los primeros defensores de la inmortalidad y de la peregrinación de las almas. ¿Y por qué no diremos con más razón, que los pueblos orientales, antes de los egipcios, habían tratado la metempsícosis como dogma religioso, y que de allá le trajeron los egipcios al son de sus campañas militares? Porque no los persas tan solamente, mas los indios, japoneses, chinos y aun los mejicanos, abrazaron esta patraña como verdad incontrastable, pues aun en el día de hoy hacen gran cuenta de ella las naciones del Oriente.

¿De dónde pudo proceder ese error tan constante y universal sino de una verdad antiquísima, corrompida y maltratada por la ignorancia y superchería? A la primitiva revelación hemos de subir, si queremos dar con el rastro de este increíble desatino. La historia del Edén sugirió á los pueblos la noticia de las almas criadas inmortales en el principio del mundo, y la superstición, junto con la ignorancia, les bastó para designar á cada una albergue acomodado donde morasen en desamparando la residencia que de presente tenían. Erraron en creer que las almas humanas tornaban á comunicar lozana vida á otros cuerpos, aun de animales, cual si les importase menos que fuesen inmortales las bestias, que no que dejasen de serlo las almas de los hombres; erraron en señalar peregrinaciones por castigos á las almas facinerosas; mas no erraron en juzgar que, aun

---

[1] LOSADA: *De Anima,* cap. VII.
[2] *De Vitis philos.,* l. VIII, seg. 13.
[3] L. II, n. 123.
[4] CLAVIJERO: *Hist. ant. de Méjico,* t. I, lib. VI.

muerto el hombre, esperábales á ellas premio debido según la calidad de la vida [1].

No es posible, sin cegarse del todo, dejar de ver cuán eficaz sea el testimonio de los antiguos para corroborar el dogma de la inmortalidad del alma. Cicerón decláralo abiertamente, diciendo: "La opinión de todas las gentes sobre cualquiera cosa debe estimarse ley de naturaleza. ¿Quién llora la muerte de los suyos, si no juzga que ella les arrebata los bienes corporales de acá? Quitado ese juicio, faltaría el duelo que mostramos en el fallecimiento de nuestros amigos y parientes. Mas *naturaleza* nos da de callada insigne prueba de la inmortalidad de nuestros espíritus... Sin grande esperanza de la inmortalidad, ¿quién habría que se entregase á la muerte en obsequio de la patria? Pudo tener Temístocles vida ociosa, pudo tenerla Epaminondas, y, por no cansarme acumulando ejemplos, pude yo también tenerla; mas no sé cómo en el ingenio humano se despierta un natural presentimiento de la eternidad, y este innato sentir se descubre principalmente en los hombres de grande ingenio. Si faltase este natural indicio de los siglos futuros, ¿quién sería tan loco que anhelase vivir siempre entre azares y peligros? Los poetas, los artífices, los filósofos, no menos que los héroes de la patria, suspiran por eternizar la gloria de su nombre después de la muerte. Si el común consentimiento de los hombres es voz de naturaleza, si todos los hombres de todos los países convienen en que prosigue y continúa viviendo alguna cosa que á los muertos pertenecía, debemos juzgar ser conforme á la verdad la inmortalidad de las almas„. Hasta aquí el orador romano. Cómo pudo en el mismo libro I de la citada obra escribir: "Ferécides siro fué el primero que en los libros estampó ser sempiternas las almas de los hombres„, lo entenderá quien considere que Cicerón, á fuer de académico, no se tenía por obligado á ser consecuente en sus doctrinas; sino digamos que Cicerón significó haber sido Ferécides el primero que enseñó por escrito el dogma de la inmortalidad profesado desde el principio del mundo.

5. Vengamos á especificar más por menudo la creencia de los gentiles. Dando principio por la religión caldeo-asiria, hallamos en el *Descendimiento de Istar* al mundo subterráneo, en busca de su marido Tammuz, hartas pruebas de diuturna y permanente duración. El palacio infernal llámase "*mansión obscura, de donde no sale quien una vez entró*„; —"*morada de los privados de luz*„; —"*lugar donde el polvo es comida y el lodo sustento; donde no hay resquicio de luz, sino durables tinieblas; donde los muertos visten plumas como los pájaros; donde la puerta y las cerraduras se hallan cubiertas de polvo*„. Además, el *Palacio eterno* y las *aguas de vida* bastantemen-

[1] CREUZER, *Symbolik*, I, 284.—LUKEN, *Les Tradit. de l'human.*, t. II, p. 238.

te demuestran la diuturnidad de las almas separadas de sus cuerpos, sea cual fuere el paradero final que toque á buenos y á malos [1]. Envejecerse las almas en la lóbrega mansión, y tal vez al cabo de siglos eternizarse gloriosas por la ambrosía del vital licor, clara demostración es de profesada inmortalidad en los documentos de Caldea. Más claro concepto incluye la *Leyenda de Gilgames*, donde una planta milagrosa transfiere los hombres al estado dichoso de los inmortales, como un poco más abajo se dirá, bien que ignoremos qué linaje de estado les tocase en la otra vida á los difuntos así inmortalizados. La dificultad y embarazo en la interpretación de los textos cuneiformes, y tal vez el intento deliberado de los mismos sátrapas atentos á ofuscarlos con ideogramas simbólicos, pueden ser causas de nuestras ignorancias respecto de aquel jaez de inmortalidad; pero los himnos, fábulas, obras de arte y ritos mágicos, que han llegado hasta nosotros, desatan cualquiera duda tocante á la creencia fundamental.

6. En Egipto rayó con más vivo resplandor el dogma de la inmortalidad. El sepulcro era el santuario de los egipcios, halagüeño, no melancólico; manantial de alegrías, no cárcava de horrores. ¿Por qué razón sino porque allende el sepulcro veían los egipcios esmaltada de luces la corona que esperaba á los vencedores de batallas terrenas? ¿Y quiénes eran los vencedores? Los buenos. ¿Y los malos? Cansadas sus almas de batallar, deseslabonadas ya de los cuerpos, con tristísimos azares é infortunios por haber salido malparadas del tribunal de Osiris, al fin caían al golpe de la segunda muerte dando consigo en el abismo de pesadísimas tinieblas [2]. Pero las de los justos, recibida la sentencia de absolución en el tribunal del tremendísimo Juez, se arrojan puras en el océano de la claridad celeste, donde el ilapso divino las transforma en beatíficas deidades [3].

---

[1] LOISY: L'existence de ces eaux prouve que l'on admettait la possibilité des résurrections individuelles... Mais au fond cette existence d'outre-tombe n'est pas autre chose que le tombeau lui-même avec toutes ses horreurs. On suppose que l'être humain n'est pas dêtruit tout entier, et que son ombre languit dans une nuit sans fin. *Revue des religions*, 1891, pág. 126.

[2] MASPERO: Lorqu'après des siècles l'âme touche enfin au terme de ses souffrances, c'est pour subir la seconde mort et retomber dans le néant. *Hist. des peuples de l'Orient*, 1876, chap. 1, pág. 41.—Lo que dice aquí Maspero de la *nada*, es vocablo muy obscuro en la escatologia de los egipcios: los egiptólogos no hallan en qué hacer pie para descifrarle por entero; mas tampoco hay razón bastante para definir que las almas de los malvados caían en la profundidad del no ser, según la doctrina de los egipcios.

[3] DE PRESSENSÉ: L'âme sortie victorieuse de cette dernière épreuve, l'intelligence redescend en elle. L'être humain est reconstitué dans tous ses éléments. Inondé de la clarté céleste, il est dieu parmi les dieux, et finit par devenir une pure intelligence qui voit Dieu et s'absorbe en lui. *L'ancient monde*, 1889, pág. 109.—MASPERO, *Études sur quelques peintures*, 1882, pág. 84.

En tan vergonzosa abyección derrocó á los egipcios el apetito desvariado de soberbia por haber pretendido volar á las cumbres más erguidas del endiosamiento. La vanidad egipcia hurtando el rostro á la eternidad de la pena, sólo se pagaba de la eternidad de la gloria. Para merecerla blasonaban de justos y santos en sus plegarias á los dioses, como lo testifica el *Libro de los muertos*, en cuyo cap. CXXV leemos la fórmula de confesión negativa, donde el egipcio hace glorioso catálogo de las culpas que no cometió, todo con el fin de arrancar después de la muerte sentencia propicia al tribunal de los dioses y de campar con ellos feliz por perpetuas eternidades. Al propio intento de asegurar la inmortalidad bienaventurada se encaminaban las encarnaciones permanentes de la divinidad promovidas por los egipcios. Haciendo cuenta que Dios metía una partícula de su divino ser en el cuerpo del gato, de la serpiente, del cocodrilo, del gavilán, del toro, etc., etc., rendíanles culto con afecto interior de venerar á Dios, no porque los tuviesen por dioses, sino por la partícula divina que en ellos contemplaban, con que estando sus corazones como deshechos de devoción en la presencia de las criaturas, le quitaban al verdadero Dios la gloria de su perfectísima y sacrosanta unidad [1]. ¿Quién les tenía la culpa de tan desaforados excesos? No ciertamente la profesión evidentísima de la inmortalidad, sino la redomada ambición con que de ella abusaban.

7. En el vedismo de la India nació por sí de su culto este dogma, como de su fuente el arroyo. Agni (fuego) y Soma (jugo de una planta), que constituían lo esencial del sacrificio, alcanzaron la excelsitud de dioses en la teología védica. Agni y Soma, divinizados é identificados entre sí, contienen todo el caudal de la vida divina, derramada á raudales por todos los seres mundanos. El hombre posee en su cuerpo calor y jugo vital, es decir, Agni y Soma corren á porfía circulando por las venas humanas; pero por cuanto Agni y Soma son dioses inmortales que moran en el cielo, al cielo deberá el hombre volar á juntarse con la fontana de vida divina cuyos arroyuelos en este mundo alcanzó. Los himnos védicos no cesan de entonar loores á las ansias de vida inmortal [2]. El afán de representarlas inducía los indios á echar los cadáveres en la hoguera, cuyo culebreante humo subía las almas al cielo envueltas en los sagrados ardores. Esta verdad, confirmada por la apoteosis de los *Pitris*, era viejísima en el vedismo, pues ya el primer capítulo del Rig-Veda la conmemora por menor [3].

---

[1] S. Pablo dijo una palabra colmada de científica precisión cuando escribió, hablando de semejantes adoradores: Et mutaverunt gloriam incorruptibilis Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis, et volucrum, et quadrupedum et serpentium. *Rom.*, I, 23.

[2] *Rig-Veda*, VII, 59; X, I, 16.

[3] LAOUENAN: Les aryas croyaient à l'immortalité de l'âme et à l'existence

En el budismo podía haber apeligrado el dogma de la inmortalidad con fatal desventura, puesto que Sakia-Muni no dejó á los suyos ni dios á quien adorasen, ni cosa cierta de vida futura que creyesen, ni concepto claro del alma humana que al pueblo predicasen; mas ellos, no hubo bien Buda con su muerte paladeado el indescifrable Nirvana, entendiéronlo muy al revés, porque, dejándose de perplejidades, comenzaron á echar voz que su maestro estaba muy de majestad luciendo en el paraíso como príncipe entre los dioses bramánicos, por cuyo respeto debíase adoración á las almas de los demás Budas futuros, á quienes la metempsícosis de las transmigraciones penosas era inexcusable remedio para alcanzar el Nirvana; resoluciones, que presuponían implícitamente profesada la inmortalidad del alma [2].

Nos hemos tomado licencia para dejar aparte el zoroastrismo é iranismo, porque el culto de los espíritus, de que trataremos más adelante, nos alzaba la obligación de discurrir sobre la inmortalidad del alma, á manos llenas esparcida en el Avesta. Tampoco será menester escudriñar las tradiciones de la China, en cuyos sacros King gallardea el dogma de la inmortalidad incontaminado, majestuoso, purísimo, sin resabio de metempsícosis, sin olor de renacimientos ni encarnaciones, sin trápala de absorciones y endiosamientos, sin juegos fatuos de fantasías ambiciosas. El culto de los pasados tiene ancianidad venerable en el Imperio de la China. Aun las naciones europeas, que en estos años pensaban arañar lo decrépito y encanecido del Celeste Imperio, hubieron de quedar sin pulsos á vista de la grandeza, suntuosidad y decoro de los templos donde los chinos rinden veneraciones á las memorias de sus abuelos en prenda de la vida inmortal de que gozan sus almas en el otro mundo. Aunque los japoneses no siguieron totalmente á los chinos en la veneración de los mayores, tenían á la grulla y á la tortuga por símbolos de la inmortalidad, como en breve notaremos. Entre los griegos corrió valida esta verdad, y sin menoscabo ya por los tiempos de Homero y Hesíodo; subió de punto en la institución de los juegos olímpicos y de los misterios eleusinos, de cuyas ocasiones se aprovechaban los poetas para hacerla más palpable. Buenos testimonios fueron los filósofos y dramáticos, que la ostentaron más relumbrante y gallarda, á pesar de los amaños de Epicuro, en cuya zahurda hubiera llegado á los umbrales de la vejez. En la flor de la juventud la mantuvieron los roma-

---

d'une vie de bonheur sans fin. Ils n'enterraient pas leurs morts; mais, comme aujourd'hui encore, ils les brûlaient, et pendant que le corps était consumé par les flammes, les parents et les amis qui entouraient le bûcher funèbre, priaient Agni de hâter l'arrivée et l'admission de l'âme dans le monde des justes. *Le brahmmanisme*, 1884, t. I, pág. 266.

[1] OLDENBERG, *Le Bouddha*, 1894, pág. 207, 287.

nos, y tras ellos los germanos, como lo acreditan sus leyendas colmadas de inmortalizados nombres.

8. Todo el género humano profesó la eterna vida de los espíritus. Siendo así, tan uniforme y universal sentimiento, ó procedió de las mismas entrañas de la naturaleza amaestrada por la razón, ó es fruto de la tradición primitiva. Mas ¿cómo pudo arraigarse tan hondamente en los ánimos de hombres diferentes en ingenio, tiempo, lugar, nación, si solamente era dictado por el instinto racional, que aun en cosas más obvias suele desbarrar y torcer el camino de la verdad? Grandes motivos hay para creer que "el dogma de la inmortalidad del alma nació con el género humano, y que á éste, en el momento de aparecer en el mundo, fué comunicado por divina revelación; pues por este único medio pudo asentarse tan tenazmente en los hombres" [1].

Por causa de esto es muy extraña la conjetura de los racionalistas, que pregonan osadamente haber los hebreos ignorado del todo el dogma de la inmortalidad. Si estos adversarios hubieran leído las santas Escrituras con tanto estudio como leen los libros de Confucio y de Zoroastro, habrían, sin duda, caído en pasajes llenos de esta consoladora verdad. Dios dice al patriarca Abraham: yo seré tu galardón, grande sobremanera [2]; Jacob exclama, deshecho en lágrimas, que iría en breve á juntarse con su hijo José [3]; Moisés prohibe á los judíos que consulten á los difuntos [4]; David canta que la muerte de los santos es preciosa en el acatamiento de Dios [5]; Saúl ruega á la Pitonisa que le muestre el rostro del difunto Samuel [6]; el libro del Eclesiástico no respira sino afectos de inmortalidad; nada digamos del libro de Job, que enseña la resurrección de los cuerpos; ni del profeta Abacuc, que abunda en parecidos sentimientos [7]; y, finalmente, ¿qué son los Sapienciales y los Profetas sino predicadores de esta doctrina y amenazadores del juicio de Dios, que á la inmortalidad se endereza y reduce? Cuando, pues, Moisés, al referir la formación del hombre, llamó al alma soplo de Dios y espiración de vida, bien sabía ser el alma, aunque hechura del Criador, imperecedera é inmortal y espíritu simplicísimo que, salido de Dios, á Dios debía tornar. Ni es maravilla que todos los judíos, de muy antiguo, aun antes del cautiverio de Babilonia, profesasen esta verdad. Es muy obvio, y casi no necesita demostración, que Abraham se la transmitió á sus descendientes. Abraham la profesó entre los asirios, sus abuelos, que la tenían por cierta y averiguada, como en estos últimos tiempos lo ha demostrado el docto judío M. J. Halévy copiosa y eruditamente [8].

---

[1] P. LORENZO HERVÁS, *Hist. de la vida del hombre*, l. VI, cap. X.
[2] *Gen.*, XV, 1.—[3] *Ibid.*, XXXVII, 35.—[4] *Deuter.*, XVIII.
[5] *Psalm.*, CXV, 15.—[6] *1 Reg.*, XXVIII.—[7] III, XVI.
[8] *Revue archéol.*, 1 Juillet 1882.

ARTICULO V.

1. Unión del alma con el cuerpo.—2. Qué es el *yo* humano.—3. El alma es forma substancial del cuerpo.—4. Definición de la Iglesia católica.—5. Las doctrinas materialistas descubren la necesidad de remedio.—6. Propónese el remedio principal.

1. Supuestas las dos propiedades sobredichas del alma, espiritualidad é inmortalidad, resta que consideremos el enlace y comunicación que con el cuerpo mantiene. Günther, en nuestros días, ha renovado el error de los antiguos herejes, que partieron en tres porciones el hombre: cuerpo, alma sensitiva y alma racional. Cuán fuera de tino vaya esta división, dícelo el testimonio de la conciencia. En primer lugar, el sentido íntimo avisa á cada cual que el que siente es el mismo con el que piensa, que quien oye no es sino quien quiere oir, que el que ve es uno con el que discurre sobre lo visto; y así de los demás actos del hombre, que no tendrían en su favor tan claro testimonio si de dos principios procediesen. Porque siendo los pensamientos actos inmanentes y las sensaciones ni más ni menos, se afianzarían en sus particulares principios, si éstos fueran dos, tanto que ni poco ni mucho comunicarían entre sí, ni habría remedio que concurriesen en uno para hacer palpable la unidad de conciencia que todos naturalmente experimentamos: luego el principio del sentir es el propio del entender. Lo segundo, el hombre, para ser naturaleza completa y persona cabal, requiere un solo principio que le constituya y unifique; si no, ¿cómo lo animal se adunaría con lo espiritual, y se harían una cosa y participarían de una misma vida? Finalmente, ¿de dónde nace la guerra que dentro de nosotros sentimos, sino de las fuerzas contrarias que pelean en una misma persona y la afligen y conturban? Si la parte sensitiva combatiese por su cuenta, y por la suya la intelectiva, se sentiría el hombre ocupado de encontrados afectos, ardería el furor bélico entre dos enemigos irreconciliables, materia y espíritu, se vería que son dos, pero no apellidarían los dos unidamente sus armas, ni lidiarían en *una* arena, ni levantarían en *un* corazón discordias, ni harían presa los dos en *un* mismo sujeto. Así que con maravillosa razón dijo Santo Tomás: "El alma es el primer principio de aquellas cosas que tienen alguna vida en nosotros" [1].

Sea, pues, el alma principio que da vida al cuerpo y le hace vivir, llevando en adelante la vida vegetativa, y juntamente la sensitiva, y, lo que más es, la intelectiva con todo linaje de actos nobilísimos y excelentes, por los cuales merece, con justo título, el renombre de *alma racional*. Es el alma humana una substancia enriquecida de altísimas virtudes. Ella es poderosa para alentar en el cuerpo vida vegetati-

[1] I p., q. LXXV, a. I.

va, como el alma de las plantas; ella contiene y comunica vigor para los efectos de la vida sensitiva, como la de los brutos; ella, en fin, hace ostentación de su poderío engendrando conceptos y produciendo voliciones por noble y encumbrada manera. Para asistir á todas las funciones de la vida vegetativa y para señorear y presidir las alteraciones corpóreas de la vida sensitiva, debe llenar con su presencia todas y cada una de las partes del cuerpo, tanto aquellas que atañen al sistema nervioso y muscular, como las que nutriéndose caminan á la asimilación perfecta. Y siendo simple y no partida, toda ella debe morar allí donde concurren los rayos de su virtud, dispensándolos con más eficacia al órgano mejor acondicionado. No es nuevo este modo de ser de los espíritus, pues no repugna que doblen y multipliquen su presencia en varios lugares, privilegio que no gozan los cuerpos si no es por particular milagro.

Pero ¿qué manera de unión tiene el alma con el cuerpo? Porque unión accesoria que consista en la sobrehaz, como la del jinete con su cabalgadura, ó como el motor con la máquina, ó la rueda de un reloj con el horario, muchos filósofos se la concedieron; mas cuán impropia sea esa comunicación para dar razón cabal de los efectos que en el hombre pasan, es fácil cosa demostrarlo. Porque al enlazarse el alma con el cuerpo, se hacen uno dos, pero se asen y prenden con unidad tan perfecta, que constituyan nuevo ser, una naturaleza que antes no era, substancial y completa, rica de propiedades no vistas en el alma ni en el cuerpo antes de la unión; porque ahora, de ser uno dos entre sí, resulta un todo natural que á un tiempo vegeta, siente, entiende, y conoce que vive, siente y desea. ¿Qué más, pues, se requiere para que esta perfectísima unión sea substancial, si termina y remata en una substancia nueva compuesta de dos? No así la junta de caballo y caballero, que no produce un ser natural; ni bastaría aquel influjo físico que alma y cuerpo recíprocamente se causasen; porque de influir dos mutua virtud, nacería á lo más ser en uno dos entre sí, mas no ser una y única cosa.

2. El *yo,* pues, según la verdadera filosofía, es un todo substancial, una substancia nueva, completa é individual, que ni es cuerpo ni es espíritu, sino ambas á dos cosas á la vez. El *yo* piensa, quiere, siente, crece, anda, respira, padece, llora, ríe; mas al propio tiempo conoce que es autor de todos estos actos. El *yo* verifica en sí las operaciones esenciales de todos los seres criados, inanimados, organizados y espirituales. Expresaba con límpidas voces esta filosofía del *yo* el maestro Pero Sánchez, diciendo: "Este yo es un agregado de mi cuerpo y de mi alma, y por eso no puedo estar yo sino donde está mi cuerpo y mi alma, porque cada uno de por sí no es yo, sino entrambos juntos" [1]. Por consiguiente, no es el *yo* un ser doblado, com-

[1] *Historia moral y filosófica,* 1589, fol. 349.

puesto de dos substancias de por sí actuadas, sino que de dos con intimidad unidas constituye una actualmente obradora *(ex eis duobus fit una substantia actu existens)* [1]: luego no es un concierto armónico entre las operaciones del alma y los movimientos del cuerpo, como Fenelón pensó [2]; no es la junta de dos cosas hecha por virtud de las leyes naturales, como opinó Malebranche [3]; no es un amontonamiento de mónadas gobernadas por una mónada de superior calidad, como á Leibnitz se le antojó [4]; no es un todo natural en que el alma y el cuerpo sean partes y se favorezcan y ayuden, como imaginaba Bossuet [5]; no es una confusión y mixtura de alma y cuerpo, como porfiaba Descartes; sino que es un ser uno y substancial, que existe de por sí y simplemente *(per se et simpliciter)*, sin ningún linaje de dualidad apartada é individual, sin subsistencia accidental, sin división ni contienda, con entera y perfecta consonancia; de modo que quien se anutrimenta, quien tiene frío, quien llora, quien oye, sea el mismo que conoce, juzga, medita, ama y se levanta á los más delicados conceptos de lo espiritual y divino, pues por esta causa ni el alma ni el cuerpo son en sí substancias completas, ni gozan de individualidad particular antes de venir á completarse, que por esto procede de su unión la substancia individua que se denomina *persona* humana.

Bien expresó esta verdad el Dr. Letamendi, diciendo: "La verdad es que ningún órgano tiene individualidad, y que, por tanto, no es el estómago quien digiere, ni el pulmón quien respira, ni el cerebro quien piensa. En el organismo no hay más *quién* que el individuo, del cual diremos, hablando con racional corrección, que piensa con el cerebro *(remotamente* quiso decir), y respira con el pulmón, y digiere con el estómago, y anda con los pies, y agarra con las manos, y ve con los ojos de la cara, sin que á nadie que tenga sano el juicio se le ocurra hablar de ello en otra forma, como no sea por libertad poética... Sólo á la media-ciencia, que es la más insoportable de las ignorancias, pudo ocurrírsele la insensatez de que el cerebro piensa: ni el vulgo ni los formales pensadores lo han dicho jamás" [6].

3. Tanta es la parte que tiene el alma en la institución de la humana persona, que ha merecido el renombre de *forma del cuerpo;* no precisamente porque determine el cuerpo á una conformidad procurándole organización y manera particular de ser, sino porque, con hacerle particionero de su propia esencia, constituye con él una naturaleza completa, de que ella es la parte más viva y principal. Si atendemos á la vida vegetativa, la más ratera en el hombre, la ma-

[1] SANTO TOMÁS, *Contra Gentes*, l. II, cap. LXIX.
[2] *Lettre II sur la Métaphysique*, chap. II.
[3] *Traité de Morale*, 1.ª partie, chap. X.—[4] *Monadolog.*, § LVII.
[5] *De la Connaissance de Dieu*, cha. III.
[6] *Curso de Patología general*, 1889, t. II, p. 627.

teria es de suyo indiferente á pertenecer al reino orgánico y al inorgánico; del alma ha de recibir la virtud organizadora. En la vida sensitiva el cuerpo de su naturaleza es incapaz de sentir, y al par el alma es insuficiente para ello, si carece de instrumento acomodado; ambos se necesitan y asisten mutuamente; pero el alma es quien determina el cuerpo y le hace sensitivo, levantando su incapacidad á una perfección extraña á la materia. En la vida intelectiva, aunque el alma no deba determinar el cuerpo á ejercicio de actos espirituales, todavía es *forma* del cuerpo, ora porque necesita de la fantasía para entender, ora porque da al viviente animal la dignidad de racional y discursivo. Por muchos títulos tiene el alma merecida la prerrogativa de *forma del cuerpo*, porque penetrando por él y lanzándose por sus apartados secretos le hace vivir, sentir, cooperar á la intelección y participar la excelencia propia de seres espirituales. El alma, pues, es la que da al cuerpo el ser organizado, la que hace al hombre vegetativo, sensitivo y racional, la que actúa la materia habilitándola para operaciones de subidos quilates, la que, en fin, engendra tan perfecta unidad en el cuerpo del hombre, que, no sólo sea uno el que oye y entiende, sino uno mismo el que oye y el que libremente quiere entender que oye y siente.

4. Esta verdad fué definida por la Iglesia católica en varias ocasiones, cuando enseñó que el alma es forma del cuerpo humano, por sí, esencialmente, esto es, dándole su propia esencia. En el Concilio ecuménico celebrado en Viena del Delfinado por los años de 1311 y 1312, el Papa Clemente V condenó, entre otros muchos, un error de los monjes Fraticelos, respecto de la naturaleza humana, por estas formales palabras: "Además, con la aprobación del santo Concilio, reprobamos como errónea y contraria á la verdad de la fe católica toda doctrina ó proposición que afirme ó ponga en duda que la substancia del alma racional ó intelectiva no es verdaderamente y por sí forma del cuerpo humano; definiendo, para que la verdad de la fe llegue á oídos de todos y se cierre la puerta á todos los errores, que cualquiera que en adelante presumiere afirmar, defender ó sostener pertinazmente que el alma racional é intelectiva no es forma del cuerpo humano por sí y esencialmente, sea tenido por hereje„. Dos siglos más adelante, en el Concilio de Letrán, en 1513, León X, en su Constitución, refresca la memoria del decreto de Clemente V, diciendo: "Con la aprobación de este sagrado Concilio, condenamos y reprobamos á todos los que afirmaren ser mortal ó única en todos el alma intelectiva, y á los que lo pongan en duda; porque ella, no sólo es verdadera y esencialmente forma del cuerpo humano, como en el canon de Clemente Papa V, predecesor nuestro de feliz recordación, decretado en el Concilio de Viena, se contiene; pero también inmortal, y, según la muchedumbre de los cuerpos en que se infunde, singularmente multiplicable, multiplicada y digna de multiplicarse„.

Esta misma doctrina, como decíamos en otra parte, inculcó Pío IX en dos cartas pontificales, dada la una al cardenal arzobispo de Colonia en 1857, y la otra al obispo de Breslau en 1860. En la primera leemos la condenación de las doctrinas de Günther tocante á esta cuestión, en que se declara que "sus libros combaten y menoscaban el dogma y la doctrina católica acerca del hombre, que enseña ser el alma racional verdadera por sí, é inmediata forma del cuerpo„. En la segunda carta insiste el Sumo Pontífice en la declaración del mismo concepto, diciendo: "La doctrina que pone en el hombre un solo principio vital, es á saber, el alma racional, de la cual el cuerpo recibe á la vez movimiento, vida y sentido, es muy común en la Iglesia de Dios, y, á juicio del común de los más autorizados Doctores, tan íntimamente enlazada con el dogma de la Iglesia, que es la única y legítima interpretación, y que no puede ser negada sin error en la fe„.

5. De aquí podemos inferir cuán concertadamente se juntan en el hombre y resumen las vidas todas que en las criaturas contemplamos, sin que la una sea de estorbo á la ufanía de la otra. La vida de la planta, la del bruto, la del espíritu, la natural, la sobrenatural, todas se dan la mano subordinadas entre sí con tan soberano vínculo por medio de la unidad substancial, que el ser humano viene á ser planta que siente, animal que razona, hombre con instintos de ángel, ángel que obra á lo divino, siendo lo más admirable que estén tan hermanadas entre sí tantas vidas, con ser distintas y de orden diversísimo, que todas parezcan haber jurado confederación en el conspirar á un fin, en el servir á un mismo dueño, en el regirse por el mismo principio, que es el alma racional. El materialismo ha fantaseado ser el alma la espontánea florescencia de las vidas rastreras que en lo material pululan; ¿cómo una vida de tan baja ralea podía aspirar por sí misma á un orden superior y alcanzar fuerzas para señorear la materia, y, siendo esclava, usurpar el imperio del mundo? El alma espiritual, unida al polvo de la tierra, es capaz de representarnos una acabada imagen de la creación, cifra y suma de todo cuanto hay en el universo de grande, maravilloso, divino.

Tal es la vida racional, conforme los sanos principios de la filosofía nos lo demuestran. Ahora bien: ¿qué concepto hacen los materialistas de la parte más noble de su ser, la razón, que los diferencia de los brutos y les da sobre ellos inmensas ventajas? He aquí algunos de sus dichos ordinarios: "Verdad, realidad y sensibilidad, todo es uno„: Feuerbach.—"Enséñennos el alma; hagan que la veamos; gustemos, olfateemos, toquemos; ¿qué otra cosa queremos?„: Vogt.—"El pensamiento no es más que una vibración cerebral; sin fósforo no hay idea„: Büchner.—"Parécenos que todos los fenómenos psíquicos pueden reducirse al movimiento en el hombre y en los animales„: Beaunis.—En una palabra recopiló Pío IX la doctrina de los materialistas. "No reconocen, dice, otras fuerzas que las que están albergadas

en la materia" [1]. ¿De dónde les viene la pestilencia de esa doctrina? ¿Dónde la bebieron? ¿En las cisternas rotas de los autores paganos? No por cierto. ¿En los pozos de las ciencias naturales? Mucho menos. ¿Acaso en el estudio profundo de altísimas verdades? Tampoco. Pues ¿de dónde dimana tan peregrino frenesí de bestializar al hombre? La soberbia y la ignorancia juntas darán razón de una tan rara monstruosidad. La soberbia: porque, envanecido el hombre con los conocimientos que de la materia ha granjeado, cree tener carta blanca para desestudiar las excelencias del espíritu; estando asido el materialista al objeto favorito de sus especulaciones, que es la ruda materia, tiene por cosa de menos valer el especular las operaciones del alma, por eso las menosprecia desdeñoso. La ignorancia: porque, no teniendo á mano otro nivel con que nivelarnos, acude á las leyes de la naturaleza inorgánica ú orgánica, resultando de la arrogancia del *sabio* y de la torpeza del ignorante una tal confusión de ideas, de principios y de cosas, que solamente la vida honrada, la pureza de costumbres, el dominio de las pasiones, pudieran sacarlos á salvamento de tales atolladeros; mas como lo ordinario sea en ellos responder á las palabras las obras, hácese forzoso que la vida del alma racional y las potencias espirituales embaracen y mortifiquen al hombre materialista, el cual, acosado por todas partes de verdades que se le entran por los ojos y le aturden los oídos, ciego cierra con todos los rayos de luz, y acaba declarando, envuelto en las turbulentas olas de su mísera vida, que el pensamiento es secreción cerebral, la libertad fatalismo, el espíritu materia, y el mundo todo revolcadero y sumidero de materiales operaciones. ¿Cómo proceden en sus discursos? Dando fe ciega á sus sentidos, y negándola á todo lo que no pueden con los sentidos verificar [2]. El mayor castigo que Dios puede hacer en los hombres es dejarlos en manos de su ceguedad.

Muchos y pujantes filósofos espiritualistas, Zeferino González, Alvarez, Cámara, Fernández, Mendive, Urráburu, Miguel Mir, Comellas, Fajarnés, Amer, Orti y Lara, Eleizalde, Polo y Peyrolón, han declarado en España sañuda guerra al materialismo en estos últimos años; ni han sido en Francia, Italia, Alemania, Bélgica, menos belicosos los defensores de Santo Tomás, que, ora en revistas, ora en libros, han denunciado las insanas voces de los materialistas ante el tribunal de la sana filosofía. Las locuras del materialismo tienen á los hombres cansados y ahitos. ¡Que quieran que no, la verdad tendrá que prevalecer sobre los desvaríos de la mentira! No puede ya el materialismo contrastar con la verdad. El espíritu sobrepuja ya, y tiene debajo de sí las heces de la materia. El error es llevado de ven-

---

[1] *Syllab.*, prop. LVIII.

[2] HETTINGER, *Apolog. du Christianisme,* t. I, chap. VI.

cida. Entre los naturalistas que en estos aciagos tiempos han levantado la voz, y emprendido en Francia el camino de la verdad, merece especial mención el Sr. D. Enrique Joly. En su libro titulado *Filosofía comparada* trató de poner barrera firme á las corrientes del materialismo, enseñando la necesidad de juntar la filosofía y la ciencia experimental, para que ambas se sostengan y completen recíprocamente. No podía ser más acertada la intención, y cuán en lo vivo dió este filósofo muéstralo bien la *Revue scientifique* [1] en los baldones con que censuró su obra apenas hubo visto la luz. No es nuestro ánimo analizarla; mucho menos queremos echar la firma á todas las teorías y conclusiones del autor; no es posible aprobar las explicaciones que da de la sensación, de la imaginación, instinto, lenguaje y otras cuestiones metafísicas, cuya resolución pide más caudal de conocimientos escolásticos que los que muestra este escritor; mas, con todo, no podemos no celebrar la suerte de preponderancia que en su pluma toma la filosofía sobre la fisiología moderna, que es toda experimental y de sentidos. "La razón, exclama, es en el hombre un carácter específico, necesario, indivisible; ni puede haber sido efecto de las desviaciones graduales de un tipo inferior.„ Camino le queda que andar al ilustre campeón de la filosofía para arrollar y desbaratar todos los enemigos que tiene en Francia la verdad metafísica. Consuélese con haber puesto el dedo en la llaga y despertado con su denuedo la saña del materialismo. "En nombre del método y de la forma (clamaba la *Revista científica)*, rechazamos briosamente toda suerte de doctrina que intente hacer del alma humana y de la humana psicología una especie de república minúscula de San Marino, en medio de la naturaleza y de la ciencia, tan íntimamente hermanadas.„ Solos estos gritos de desesperación bastan para demostrar la terrible dolencia y la necesidad del remedio.

6. Por fortuna, tan en la mano está el remedio, que parecerá intempestiva toda recomendación. Consiste en la sinceridad de ánimo. Los materialistas y positivistas han arbitrado un estilo de argumentación que desdora el crédito de los más sesudos biólogos. Quémanse éstos las cejas en dar caza á los hondos secretos del encéfalo, no sin graves sospechas de ir apurando la espiritualidad del alma, á tiempo que los materialistas, metidos donde no alcanzan, por ver si, trastornando las atenciones del vulgo, sublevarán los juicios contra los apuradores de verdades, pónense á volar sin alas, álzanse á mayores, gorjean cláusulas rodadas de grandilocuencia, á título de farautes del humano saber. El peligro está en que ni discuten lógicamente, ni profundizan con gravedad, ni aun cuidan de asentar en sólidos cimientos su método de argumentación. Su fundamental principio es éste: no se admita verdad alguna que no nos conste de experiencia sensible.

[1] 1877, p. 929.

Apoyados en ese principio, ¿cómo tratan la espiritualidad é inmortalidad del alma? Como dogmas religiosos, como artículos de fe, sin parte ni sombra de razón, pues no se contienen en los términos de la investigación *científica*. ¿Es sinceridad la suya? No, señor. ¿Por qué? Porque haciendo á todas manos, publican por verdad irrefragable la que saben es patente embustería. ¿Acaso los neurólogos más opinados no cuentan las intelecciones y voliciones por actos psíquicos, de más alto linaje que los mecánicos? Cierto está; van más arriba alegados sus dichos.

Con alegar los materialistas que se les vuela de las manos el fondo de las cosas (pues así responden sesgos, por ir á buscar pimienta), ¿qué hacen sino implícitamente confesar que en las cosas se encierra un fondo que se oculta á la vista más lince? Y porque se oculte á la vista el fondo, ¿quién será tan inconsiderado que presuma demostrar la nulidad del tal fondo? ¿Quién?, el falto de sinceridad, el jugador á dos manos, el hipócrita mañero. ¿Por ventura descubrieron los materialistas y positivistas el fondo de los movimientos siderales? No. Si se les escapa, ¿cómo no le niegan? ¿Dan ellos prueba científica de la gravitación universal? Tampoco. Si no se les entra por los sentidos, ¿por qué no la niegan? De todos los efectos mecánicos, físicos, fisiológicos, biológicos que traen entre manos y pies, ¿saben señalar con el dedo las causas naturales? Ni por asomo. Si no forman de ellas cabal concepto, ¿por qué no las niegan, echándolo todo á casualidad, pues no aciertan con la causalidad? Mas entonces, no siendo bastantes causas mecánicas para calificar la índole especial de los efectos psíquicos, conforme los biólogos lo enseñan, ¿cómo es que los materialistas y positivistas no los quieren ahijar á causas psíquicas proporcionadas, comoquiera que hay en el mundo causas sin cuento, que aunque son no parecen, puesto que las luces, con los reflejos que del interior reverberan á los ojos del más torpe monista, ilustran la espiritualidad é inmortalidad del alma con tanta eficacia, que lo que no se deja oir voceando se deja sentir picando? ¿Por qué, pues, dan ellos del pie al aguijón importuno?

Por la razón dicha; porque son científicos papelistas, porque les falta la sinceridad científica, ó, digámoslo de otra manera, porque sóbrales desenvoltura para embelesar á los motolitos, disfrazándoles la verdad científica y almonedeando por verdad la negra mentira. ¿Hase oído despropósito más brutal que el de Delage, cuando de la *libertad humana* dice así: "C'est un mot qui n'a pas de sens: les penseurs qui y croient se font illusion, quand ils s'imaginent comprendre ce qu'ils affirment„? [1] ¿Hay inconsecuencia más desatinada que la de Haeckel, cuando, de cotejar los fenómenos físicos y químicos del sistema nervioso en el hombre y en el bruto, arguye la ninguna diferencia entre

[1] *Structure du protoplasme et hérédite*, pág. 184.

ambos?[1] Más que garrulidad era menester para enlabiar con marañas á todo un Congreso internacional como el de Cambridge en 1898, cual si no hubiera en el hombre más que nervios y células. El día en que los enemigos del alma hagan profesión de leales, sinceros é hidalgos, se habrá barrido del mundo la basura del materialismo, porque habrán dado la vuelta las fingidas ignorancias pasando á reverentes aclamaciones. La espiritualidad, la inmortalidad y la libertad del alma humana, antes que dogmas religiosos, verdades son de natural discurso, profesadas, demostradas, propugnadas con invictas razones por los sabios de todos los siglos.

---

[1] La conscience et l'exercice des facultés supérieures, aussi bien que les simples actions réflexes, ont pour condition, chez l'homme, les mêmes phénomènes physiques et chimiques dans le système nerveux que chez les autres mamifères. *État actuel de nos connaissances sur l'origine de l'homme*, 1900, pág. 21.—El crítico Juan d'Estienne resume su dictamen sobre el libro de Haeckel llamándole: ouvrage tapageur où l'auteur cherche à en imposer à la foule par l'audace de ses paradoxes et par l'éclat de ses affirmations, que n'appuie aucune preuve sérieuse. *Revue des quest. scientif.*, t. XLVIII, 1900, pág. 380.





CAPITULO XLVIII.

EL REINO ESPIRITUAL.

ARTICULO PRIMERO.

1. Grados de los seres.—2. Importancia del reino espiritual.—3. La existencia de los ángeles consta de la revelación.—4. Voces de las naciones paganas.—Noticias de los ángeles en la religión caldeo-asiria.—5. Tradición egipcia.—Tradición fenicia.—6. Tradición pérsica.—7. Tradición india, china, japonesa.—8. Tradición griega, romana, germánica, americana.—9. Razones generales resumidas por los autores eclesiásticos.—10. Argumentos de Escritura.

1. San Agustín, exponiendo los grados y diferencias de las criaturas, dice: "En las cosas que son comoquiera, y no son lo que Dios, por quien fueron criadas, se anteponen las vivientes á las no vivientes, como también las que tienen facultad de engendrar ó apetecer, á las que carecen de ese movimiento; y en las que viven, se anteponen las que sienten á las que no sienten, como á los árboles los animales; y en las que sienten, se anteponen las que entienden á las que no entienden, como los hombres á las bestias; y en las que entienden, se anteponen las inmortales á las mortales, como los ángeles á los hombres; pero se anteponen así por el orden de naturaleza" [1].—Concuerda con el Doctor africano el Ángel de las Escuelas, cuyas palabras, comentando el cardenal Toledo, dice así: "Si los grados de los seres consideramos, no hallamos más de cuatro, ni pueden ser más en número. El primero, de los que tienen ser y nada más, como los accidentes y substancias inanimadas; el segundo, de los que sobre ser tienen vida, como las plantas; el tercero, de los que á la vida juntan el sentido, como los animales; el cuarto, de los que entienden, ora tengan vida y sentido como los hombres, ora sólo inteligencia, como los ángeles. Que si atendemos á los modos particulares que caben en

---

[1] *De Civit. Dei*, lib. XI, cap. XVI.

estos grados, no tienen cuento, porque Dios puede producir criaturas sin término, y el crecimiento de número y perfección carece de límites„ [1].—A estas palabras del Eminentísimo añade las suyas el Padre Gregorio de Valencia, diciendo: "Si fuera de estos cuatro grados hubiese otro quinto, y es sin duda que Dios podía criarle, sería el mundo más perfecto. Ese grado no existe; y así, en lo que Cayetano pensó que hay en el mundo universo todos los grados posibles de cosas, pues hay estos cuatro, ó se engañó, ó no tuvo título en qué apoyarse para afirmarlo„ [2].

2. Estos testimonios claramente persuaden que á la perfección relativa del universo convenía el grado de vida intelectual ó el reino espiritual; es á saber, un orden de criaturas dotadas de entendimiento y voluntad, dispuestas para tributar á Dios aquel homenaje de reconocimiento y dependencia que quiso su divina Majestad se le ofreciese en el cielo y en la tierra. Fuera del hombre que goza vida racional y tiene su alma dotada de espiritualidad é inmortalidad, era decente que florecieran espíritus puros, poseídos de naturaleza toda inmaterial, subsistentes por sí mismos y enteramente espirituales. Porque á la manera que el universo mundo está enriquecido de substancias corpóreas sin rastro de vida, que son como la escoria de las criaturas; era bien que campeasen y fuesen ornamento ilustre de la creación substancias purísimas ajenas de materia y de facultad material. Tales son los ángeles. Cuanto al grado intelectivo que ocupan, son de más fina condición que las almas humanas, como lo declara el común sentir de los teólogos. Si el alma humana excede á las naturalezas del reino sensitivo con tantas ventajas cuantas lleva éste al mundo intelectual elemental, y aun se eleva y sube sobre entrambos con crecidísimos excesos de hermosura y perfección, de arte que más excelencias contiene un alma sola que todo el resto del mundo corpóreo, ¿cuánta no será la grandeza y perfección de los espíritus angélicos cuando se adelantan y subliman tanto sobre la excelencia de las almas, que, ocupando ellas el ínfimo grado en las substancias capaces de razón, ellos están en el sumo y eminente, tal que no puede nuestro entendimiento hacer adecuado concepto? En el orden de espirituales poseen ciertamente el mismo predicamento que las almas; pero como haya en cada orden lugar á mayor y más alta perfección, debemos decir que en linaje de espiritualidad están embellecidos con más adelantados dones los ángeles que los hombres, que por esta razón componen un reino de por sí, el reino de los espíritus, con su índole propia, oficio propio, virtudes y poderes propios y dignos de toda consideración.

3. La existencia de los ángeles no puede sólidamente evidenciarse por el solo discurso natural; ha de sacarse de la autoridad de las san-

[1] In I p., q. L, a. I.—[2] T. I, disp. IV, q. I, p. 2.

tas Escrituras, Concilios, Santos Padres, y tenerse como emanada de la antigua revelación [1]. Todas las razones que han propuesto los filósofos para convencer la existencia de los espíritus puros, sólo engendran algún crédito, no persuasión demostrativa; ningún argumento hay que no tenga su réplica, ningún hecho que no pueda explicarse, ó por la acción de Dios, ó por almas humanas separadas, ó por ilusión y engaño; la luz de la revelación es la única fuente de donde se derivan los rayos de las noticias que de los ángeles tenemos: y porque la revelación hecha á los primeros hombres del mundo, por vicio de la condición humana en muchas familias se partió en mil pedazos, se corrompió y degeneró, y así degenerada se propagó por todo el ámbito de la tierra, no hay duda sino que en las tinieblas del gentilismo han de hallarse muchas vislumbres del reino espiritual.

Sabida cosa es que el monoteísmo ó culto del verdadero Dios fué la primera forma de religión que usaron los más antiguos pueblos de la tierra, porque cuanto más nos emboscamos en la noche de la antigüedad, con más vivos destellos resplandece el culto del único soberano Dios. Fué por grados, poco á poco, pervirtiéndose de tal manera después del diluvio, que en el intervalo de los mil años siguientes, de que Moisés no hace la más leve mención, nació, cundió y dominó por el mundo la adoración de las deidades paganas [2]. Si algún orden es dado señalar al progreso del politeísmo, el primer paso idolátrico debió de ser el endiosamiento de los ángeles. No consta con argumentos irrefragables; pero bien podemos asentar por muy probable verdad que por este despeñadero vinieron á caer los hombres en el abismo de la idolatría. En los *Estudios filológicos* ratifica su autor español la declaración siguiente: "Hemos dicho que no hubo nunca idolatría en el mundo, salvo algún caso raro de aberración mental„. Enorme falsedad, que en el título del libro [3] halla su cabal refutación, y que señala ya el espíritu racionalista que ha de circular, como en efecto circula, por todas sus páginas. Con todo, á pesar de las contradicciones, errores y demasías de la obra, es toda ella poderosa demostración del reino espiritual de que tratamos. Del cual ya en el libro de Job hallamos la tradición recibida en el Asia. "¿Dónde estabas tú cuando echaba yo los cimientos de la tierra, y cuando los astros de la mañana me cantaban la gala, y todos los hijos de Dios se regocijaban y celebraban mis obras? [4].

4. Cuán derramada estuviese la noticia de los espíritus por todo el

---

[1] P. ARRIAGA, *De Angelis*, dis. I, sect. I.

[2] DAUNOU, *Étud. hist.*, t. VI, 1.ª leçon.—DARRAS, *Hist. de l'Église*, IV époque.

[3] *Los nombres de los dioses*, por Estanislao Sánchez Calvo, 1884, p. 293.

[4] Cap. XXXVIII, 4-7.

orbe antiguo, viene aquí á nuestro propósito declararlo. Los caldeos, que contemplaban en el mundo solas dos partes, superior é inferior, cielo y tierra, á cada parte señalaron su dios, Anu del cielo, Bel de la tierra; y porque el mar y los continentes se reparten la jurisdicción del globo terráqueo, también al mar deputaban el dios Ea. Estos tres dioses mayores, Anu, Bel, Ea, no fueron los primeros que gozaron de ser, pues antes de ellos salieron á luz los dioses Lahmu y Lahamu, Ansar y Kisar, engendrados del caos primitivo, como queda dicho atrás [1]; pero la teología caldea, andando el tiempo, dejada aparte la teogonía, nombró al dios Anu por padre de veintiún personajes divinos, dándole á Anat por hija y esposa, así como á Bel enlazó con Belit, y á Ea con Damkina [2]. Pues de la manera que cada dios mayor tiene su consorte, así á cada pareja divina toca una turba de espíritus que andan, como pajes, tras ella. Los *Igigi* son los espíritus celestes, que van convoyando á Anu y Anat; los *Anunnaki* son los terrestres, que forman el cortejo de Bel y Belit; los infernales hacen acompañamiento á Ea y Damkina.

No nos incumbe aquí especificar el orden riguroso de estos tres géneros de escoltas angélicas, ni disputar si representaron las fuerzas naturales ó las manifestaciones abstractas de las mismas divinas parejas, por cuanto aun los caldeos andaban mal avenidos en señalar á cada una séquito determinado. Anu es dicho "Rey de los Igigi y de los Anunnaki„; Bel es aclamado "Señor, Rey de todos los Anunnaki, padre de todos los dioses„ [3], conforme cuadraba á los príncipes reinantes que los invocaron. Los espíritus de la adivinación mágica tenían dependencia de Ea y Damkina, porque éstos eran los dioses del abismo, del profundo saber, de la ciencia oculta, como reyes de las regiones infernales. Con todo eso, á veces Ninib, símbolo del Sol, "es el Dios guerrero, adalid de los Anunnaki, caudillo de los Igigi„ [4]; el cual Ninib es guerreador justo, enemigo de Nergal, llamado también dios de la guerra, pero Dios exterminador que lleva en su seguimiento los malos espíritus fraguadores de peste, fuego, desolación y calamidad [5], contra los cuales los espíritus benéficos velaban por la seguridad de las casas y por la salud de los individuos [6]. Aunque en la leyenda llamada *Descendimiento de Istar* los malos genios tienen vasallaje á la reina Allat, que lo es del infierno Aral, no dejan por eso los Anunnaki de morar en el palacio tenebroso, para servir las aguas vitales á los penados que terminaron la condena [7].

La fantasía de los caldeos, que llenó el mundo de seres divinos,

---

1 Cap. II, art. I.—2 JENSEN, *Die Kosmologie der Babylonier*, pág. 185.
3 LOISY, *Revue des religions*, 1891, pág. 11.
4 Himno publicado por Jensen, *Kosmologie*, pág. 464.
5 JENSEN, *Kosmologie*, pág. 477.—6 LOISY, *Ibid.*, pág. 198.
7 LOISY, *Revue des religions*, 1891, pág. 125.

multiplicó legiones de espíritus buenos y malos, ocupados en aliviar ó en molestar á los hombres. Los Igigi solían ser siete, los Anunnaki nueve; pero es imposible determinar el número con certeza, porque "los textos cuneiformes no contienen dogma oficial impuesto á los vasallos en común, sino solamente la tradición admitida en tal cual centro religioso„ [1]. Más fácil les fué á los caldeos representar al vivo los genios maléficos que marchaban de vanguardia al mando del dios exterminador Nergal, mensajeros de Namtar, alabarderos de Allat, emperatriz del infierno. En filas de á siete los cuentan las inscripciones; pero es muy de creer que el guarismo *siete* de los textos signifique turbamulta de demonios [2].

Los teólogos caldeos no declaran la índole de los espíritus, pero de las inscripciones poéticas puédese columbrar en qué posesión los tenían. De los genios malvados dice un texto cuneiforme: "Estas son las siete criaturas del cielo,—En los antros del abismo se criaron,—Ni son machos ni hembras.—Son el polvo que vuela ligero.—No toman mujer ni tienen hijos,—No saben obrar bien,—No hacen caso de plegaria ni de oración„ [3]. ¿Quién no ve en estos versos retratada por variedad de metáforas la celeridad, espiritualidad, malicia inveterada, obstinación en el mal, de los espíritus diabólicos? Los efectos terribilísimos que causan los dejan calificados en las palabras siguientes: «Ellos van de casa en casa á dar al traste con todo.—La puerta no los detiene, el cerrojo no les estorba la entrada.—Cuélanse por las rendijas como culebras.—Deslízanse como el viento por el ojo de la llave,—Arrebatan la mujer de los brazos del marido,—Se llevan tras sí al niño de las rodillas paternas,—Sacan al esposo del tálamo conyugal.—Son la desdicha pegada al hombre.—Son demonios rellenos de bellaquería,—Bebedores despiadados de sangre„ [4].

La credulidad caldea veía desparramadas por doquier turbas de espíritus malignos que en el campo, en el monte, en el agua, en el aire, en las entrañas de la tierra tiraban á daño del hombre. Los textos mágicos les dan diversos apodos, *namtar, asak, utuk, alú, ekim, gallú, il, rabis, lamas, labas, lilú, labartú* [5]; nombres que en son

---

[1] LOISY, *Revue des religions*, pág. 199.

[2] Lo que opinó Loisy sobre «ser más probable que los siete espíritus personifiquen los vientos con sus desastrosos influjos» *(Revue des religions,* 1891, pág. 215), no parece acertado, porque tanto califican á los espíritus los nombres de vientos, como los de enfermedades, de bestias, de meteoros, dando á conocer su fuerza espantable, su actividad cruel, su astucia y audacia sin igual.

[3] LOISY, *Rev. des relig.*, 1891, pág. 212.—Vea el curioso de qué manera discurre el canónigo Valbuena *(Egipto y Asia resucitados*, 1895, t. I, página 167) sobre este himno, pues no viene á nuestro propósito entrar en su particular exposición.

[4] *Ibid.*, pág. 214.—[5] AMIAUD, *Records of the Past,* vol. II, pág. 78.

de significar enfermedades, pestes, estragos y desgracias, denuncian por autores suyos á los demonios en figura de fantasmas, sombras, duendes y trasgos. Las fórmulas conjuratorias presuponen que los espíritus perversos hacían domicilio en el cuerpo del hombre por causas diversas, y que sólo arrojándolos de su morada con la introducción de los espíritus buenos, le procuraban los sacerdotes alivio y descanso. Los conjuros se hacían con voz de mando, como decir: "¡Salga el mal espíritu! ¡Váyase á otra parte! Entre en su lugar el espíritu benéfico" [1].

Pero así como los malos demonios acometían á diestro y siniestro haciendo riza á todas manos por casas y heredades, los buenos espíritus atalayaban los daños para prevenirlos mirando por la seguridad de los moradores y por la prosperidad de cosechas y ganados. Figuras de monstruos los representaban, colocadas á la puerta de los palacios, más para defensivos contra los adversarios invisibles, que para ornato y decoración. Donde bien á las claras se descubre que en Babilonia y en Asiria los espíritus se ocupaban en hacer niñerías y burlerías con el desdichado del hombre; el cual si daba sin culpa en manos de los maléficos, sin esfuerzo escapaba de ellas por arte de los benéficos, á vueltas de cuyas supersticiosas marañas la libertad humana llevaba la parte peor. El dogma de los espíritus pertenece á la prístina religión babilónica, bien que la superstición le depravó después con excesos de magia goética frecuentada por los caldeos [2].

Lo que cualquiera extrañará es el espíritu terrorífico encerrado en el fondo de la religión caldea. ¿Por qué el poder pernicioso se ostenta en tanta variedad de formas? ¿Cómo los caldeos mostraban tanta bajeza de temor en el dejarse amedrentar por la infinita chusma de espíritus malévolos, haciendo tan poco caudal de los benévolos, que apenas les tenían señalado nombre fuera de los Igigi y Anunnaki? ¿Es posible que alargasen al poder diabólico la rienda hasta el extremo de verle señorear aun en los tuétanos del mismo hombre? Ábrase la biblioteca de Nínive, publicada por Rawlinson, y se verá á los temblorosos caldeos con sobresaltos de corazón á la sola sospecha del mal espíritu. Sube más de punto el asombro si consideramos la misteriosa eficacia que á la invocación de los dioses concedían para quebrantar las insidias y maleficios diabólicos [3]. ¿Quién no vis-

---

[1] LOISY, *Records of the Past*, pág. 220.

[2] Para más cabal noticia del asunto podrán consultarse las obras siguientes: SAYCE, *Lectures on the origin and growth of religion*, 1887, pág. 450.—LOISY, *Revue des religions*, 1891, § 10.—AMIAUD, *Records of the Past*.—ZIMMERN, *Babylonische Busspsalmen*, pág. 100.—JENSEN, *Kosmologie der Babylonier*.—DELITZSCH, *Beiträge zur Assyriologie*, vol. 1, pág. 625.—LENORMANT, *La magie chez les chaldéens*, 1874.

[3] LENORMANT: «Al nombre divino, de que sólo el dios Ea tiene noticia, todas las cosas rinden vasallaje en el cielo, en la tierra y en los infiernos; hasta

lumbra aquí un esbozo de monoteísmo, bastardeado de su prístina condición? Pues ésta parece haber sido la substancia de la religión babilónica en la antigüedad, extendida después por Asiria, no sin que los caldeos metiesen su bastón de por medio, ordenando el culto espiritual en provecho de su autoridad, como lo hicieron los bramanes en la India, transformando la religión de los Vedas, según la pauta de su particular interés.

5. Ha sido conveniente penetrar el secreto de esta creencia, para que conste cuán en la médula de sus ánimos la tenían entrañada los babilonios, tal vez sin entender de dónde la habían recibido. En la religión egipcia la descubriremos con igual claridad. ¿Qué significa la serpiente Apap, intitulada por otro nombre el malvado Set? ¿Qué representa la imagen del dios Ra, lanza en ristre, hiriendo á la serpiente Apap? En lo natural simboliza la caliente llama del Sol que fecunda la vegetación de Egipto y acaba con la esterilidad, pues no otra cosa venía Set á denotar. Pero en la superficie de las nociones egipcias nos dejaría esa mítica interpretación, si ahondando un poco más no calásemos el significado moral y religioso oculto en la lucha de los naturales elementos. El instinto de la inmortalidad y la aspiración á la vida futura inducían los egipcios á más noble alteza de conceptos espirituales [1]. Las lides frecuentes entre el principio bueno y el malo, entre lo divino y diabólico, que rematan con el triunfo de Ra sobre Set, presuponem y embeben en sí la acción del angel malo.

Más hermosos rayos de luz vierte sobre lo dicho la leyenda resumida por el egiptólogo Wiedemann [2], donde Isis, alevosa enemiga de Ra, le arrebata el poder haciendo que Set y sus secuaces se altivezcan amotinados contra él; pero Horus, hijo de Ra, sacando á luz la conjuración encubierta, postra á los enemigos de su padre y logra sentarse en su trono. No es posible dejar de ver en esta famosísima legendaria revuelta las osadías, desacatos y castigos de los ángeles rebeldes [3].

Sin embargo de estar los fenicios tan casados con sus dioses Baal y Astarte, que no acertaban á sabrosear sus livianos gustos con la veneración de deidades extrañas, llegaron á abrir su solitario panteón al culto de dioses egipcios y babilónicos. ¿Cómo habían de negarse á la noción de los espíritus? En sus excursiones por Grecia hiciéronse con la adoración de los Cabiros [4]. La ocasión parece fué el

---

los dioses se sienten atraillados por la fuerza de este nombre.» *La magie chez les chaldéens*, pág. 4.

[1] De Pressensé, *L'ancien monde*, 1889, pág. 95.

[2] *Geschichte von Alt.—Aegypten*, pág. 37.

[3] No se aleja mucho de esta exposición el egiptólogo Maspero. *Hist. ancienne des peuples de l'Orient*, 1876, pág. 41.

[4] El P. Cara, empeñado en la defensa de los Heteos-Pelasgos, opina que

haber adquirido Esmun el nombre de protector de los navegantes, pues era el dios del fuego cósmico oculto en las aguas del océano celeste. Tenía el dios Esmun siete hijos, que hicieron insigne su nombre de Cabiros por haber dado favor, como su padre, á los que transfretaban y calaban el mundo por medio del timón. En el hecho de la verdad, no obstante que no les viniese de molde á los fenicios el tributar adoración á extranjeras deidades, por ser los Cabiros estimados espíritus de los siete planetas, y afectos á la marinería, hallaron fácil entrada en los santuarios fenicios, como lo demuestran las medallas recogidas en las colonias que Fenicia plantó en las costas de España [1]. Fácil será dar razón de por qué el culto de los espíritus carecía entre los fenicios de símbolos, ritos y fórmulas mágicas. Ocupados aquellos marinos en incomportables trabajos de navegaciones peligrosas, no les quedaba tiempo, como á los babilonios, para pensar en conjuros de espíritus. Los que todas sus fuerzas empleaban en trafagar el mundo por gozar la felicidad de la vida, á trueque de no desempañar su tristeza, tenían por mejor hacer del poder diabólico un manantial de holganza terrena [2].

6. Si los fenicios no dieron cabida á los demonios, los persas colmaron de ellos el mundo. Ardua es de entender la tradición pérsica sobre los ángeles, por andar mezcladas las nociones iránicas con las zoroástricas en el Avesta, que rebosa espíritus en cada página. El dualismo avéstico, así como constituye á Ormuzd por autor de la luz y le concede escuadrón de espíritus buenos sometidos á su mandar, así reduce al servicio de Ariman, dios de las tinieblas, manadas de espíritus malos que se las tienen tiesas á los buenos. No entramos á discutir cuál sea la parte del reino espiritual debida á los antiguos iranios, cuál sea la procedente de los aryas, cuál la introducida por los avésticos; pero es indubitable que antes de la reforma zoroástrica del siglo quinto (A. C.) poseía la Persia conocimiento del mundo espiritual que los avésticos acabaron de poblar, y más sin tasa aún los post-avésticos después del nacimiento de Cristo.

Primer lugar ocupan en el zoroastrismo los Amesha Spentas y los Yázatas. Los Amesha Spentas son seis espíritus que formando el consejo del dios Ormuzd, tienen á su cargo las criaturas llamadas buenas por los mazdeos. Sus nombres son: espíritu de la concordia, de la pureza, del poder, de la sabiduría, de la entereza, de la inmortalidad.

---

los Cabiros son de origen fenicio, «anche i Cabiri sono di origine fenicia». (*Gli Hethei-Pelasgi*, 1894, vol. I, pág. 88); otros opinan diversamente.

[1] ALVARO CAMPANER, *Indicador manual de la numismática española*, 1891, § III y IV.—L. MÜLLER, *Numismatiique*, t. II, pág. 34.

[2] DE PRESSENSÉ: La puissance malfaisante se présente à la Phénicie comme une des manifestations de la puissance de vie et fécondité. *Le monde ancient*, 1889, pág. 147.

Los Yázatas componen un orden inferior: pertenecen casi todos á la reforma zoroástrica: los unos asisten á cosas naturales, los otros representan nociones morales. Contarlos uno por uno fuera tejer intrincadísima relación, molesta y no necesaria, porque basta en general saber que á cada hechura de Ormuzd deputaban los avésticos un espíritu bueno, al fuego, á la luz, al viento, al resplandor, al agua, al monte, río, fuente, campo, llanura, etc., no menos que á cada virtud moral, y así había el espíritu de la obediencia, de la ley, de la justicia, rectitud, piedad, santidad, porque obligación era de los mazdeítas dar culto á todas las criaturas de Ormuzd implorando su favor. Los fravashis tenían lugar aparte, á título de protectores de la familia, de la casa, del individuo [1].

Digna de admiración fué la mitología avéstica por grave, fría y moral en sumo grado. En ella no entran aventuras eróticas, ni empresas fantásticas, ni filiaciones divinas, como en otras mitologías generalmente. Todo el afán de los mazdeos se cifra en la lucha del bien con el mal, de la vida con la muerte. A sostener los fueros del bien y de la vida se endereza el bando de espíritus buenos, que militan debajo del estandarte de Ormuzd; á emplear los aceros del valor contra la vida y á extender el mal físico ó moral por entronizar la muerte, se ordena el campamento de espíritus malos, cuyo caudillo es Ariman, eterno rival de Ormuzd. A millares se cuentan los devas. Con decir que no hay vicio que no tenga su mal espíritu ó deva protector, nos excusaremos de especificar el primer orden. Al segundo pertenecen los devas que vician ó estragan los bienes naturales del hombre: hambre, sed, frío, rayo, viento, lluvia, tempestad, sequía, enfermedad, todas y cada una de las calamidades humanas tienen su deva particular, que ocupa toda su malicia en afligir al pobrecillo del hombre. Las drujes componen la tercera clase, y son los devas burlones, malignos y arteros, tales como el que se apodera de un cadáver (por eso queda contaminado el mazdeíta que toca un cadáver de hombre ó de perro), la druje de la inmunda hechicería, la druje del aojo, la de la molicie que impide la guarda de la ley zoroástrica, y así de otros semejantes.

Demás de las tropas de enemigos que forman la hueste de Ariman, admitió el zoroastrismo una turba de espíritus moradores del aire, á manera de trasgos y duendes que hechizan á los hombres. Finalmente, monstruos fabulosos como culebrones de tres cabezas, de seis fauces, de mil ojos, empleados en destruir la salud y en contaminar la pureza del mundo vomitando ponzoña y acarreando infección y muerte [2]. Una de las diferencias notables entre buenos y malos es-

---

[1] Los nombres y oficios de tanta diversidad de espíritus pueden verse en Harlez (*Avesta*, 1881; introduction, pág. CXVI, etc.)

[2] Véase la introducción de Harlez al *Avesta*, pág. CXXXIV.

píritus es que los malos son machos los unos y hembras los otros no; así los buenos, que pertenecen todos al sexo fuerte, como cuadra á la dignidad de su origen. Inútil empeño sería pedir á los zoroástricos una clara noción de la naturaleza de los espíritus, cuya numerosidad tanto acrecientan; bástales á ellos armar á cada bando de facultades convenientes para el fin de obrar bien ó mal en el mundo.

7. A la antigüedad india no le faltaron barruntos de los ángeles, como de los Vedas se saca. Por tales pueden pasar los dos Azvines, gemelos madrugadores que anunciaban la salida del sol cuando abrían camino á la Aurora *Surya,* yendo delante en sendas celestes carrozas [1]. Los Azvines védicos dieron materia á mitológicas aventuras, en que muestran talle de dioses dotados de compasivas entrañas con los miserables y atentos á sembrar misericordias por el mundo; pero su deidad fué de mero apodo, porque su propia condición era servir de pajes de hacha á su majestad la Aurora. Los Aditías, que eran los hijos de Aditi, podrían igualmente estimarse espíritus buenos, libres de los lazos tendidos por los espíritus perniciosos, como su nombre lo dice [2]. En verdad, el velo de tinieblas que cubre de luto las alegorías míticas del vedismo no deja descubrir centella de luz para establecer algún concepto moral determinado é indubitable, si bien señales y rastros no faltan de espíritus buenos.

Más claros son los indicios de los demonios. Enemigo capital del dios Indra fué Vritra, cuyas batallas campales poetizan los bardos védicos con majestuosas descripciones. A público salía el dios Indra llevando de escolta el escuadrón de los Marutas, capitaneados por Rudra, cuando Vritra (sierpe enroscada en la parda nube), la faz horrenda ardiendo en furor, arremete con asquerosos coletazos al escuadrón luciente, de cuyas armas queda muy maltrecho y corrido. Donde es de notar que Rudra y los Marutas, sus hijos, militaban en el campo de Indra contra el maléfico Vritra, sin embargo que fuesen tenidos por genios del mal, tanto como el mismo Vritra. Hasta llegaron más adelante á ser invocados con plegarias de los hombres para que no molestasen á sus hijos y familias, á campos y apriscos [3]. Si á los poetas védicos se les fué licenciando la pluma en disparates que no tocaban tecla, porque menos la tocaban los desvaríos de los vedistas; pero no se puede poner en duda que la mitología farragosa de los Vedas, aunque sea todo aire y suene conceptos físicos y meteóricos, contiene hartos fondos en que se esconden conceptos morales y religiosos dignos de estima.

Menos obscuridad ofrece la tradición de la China. Por aquellos

---

[1] *Rig-Veda,* I, 22; IV, 52.—BERGAINE, *La religion védique,* 1883, t. III, pág. 432.

[2] MAX MÜLLER, *Origine et développement de la religion,* 1879, pág. 209.

[3] BERGAINE, *La religion védique,* t. III, pág. 195.

pueblos antiguos corrió la noticia de seres invisibles é impalpables, cuya naturaleza no sabían representar en forma determinada, si bien los sujetaron al imperio del dios Shang-ti. Divídense los espíritus chinos en celestes y terrestres. Los celestes se aposentan en el sol, luna, planetas, astros y constelaciones. Los terrestres hacen su domicilio en las llanuras, montes y ríos; cuéntanse entre ellos los patronos del viento, lluvia, nevasca, trueno, rayo, escarcha, etc.; los apadrinadores de los sembrados, aldeas, casas, familias, hogares, puertas, aposentos, y demás temporalidades humanas, muy conforme á las nociones avésticas, aunque las chinas parecen de más remota antigüedad. "Aun en el día de hoy rinde el pueblo chino veneración á las colinas, ríos y fuentes. Los cuatro principales ríos reciben acatamiento con particular culto, no inmediata y directamente ellos, sino los espíritus que esos lugares con sus influencias animan„ [1]. Fundados en buenas razones podemos concluir que los chinos profesaron de tiempo inmemorial la creencia de los espíritus con más acierto que cualquiera otra nación pagana, porque los tuvieron en cuenta de seres invisibles é inmateriales, sometidos al sumo hacedor Shang-ti, deputados por él para asegurar de daño el cielo y la tierra, particularmente consagrados á velar por la observancia de las buenas costumbres, cuya violación los ofendía, y por eso la contrarrestaban con celo y solicitud [2]. No les venía de Confucio esa creencia á los chinos, sino de más alta tradición, corroborada por él con reformas del primitivo culto.

De los chinos debieron de tomar los japoneses en gran parte sus dogmas sobre los espíritus. El sintoísmo, religión antigua propia del Japón, es abundante en nociones mitológicas, cuya substancia se contiene en la religión del celeste Imperio. Los *Kamis*, espíritus, van de mar á mar con devota exuberancia en la mitología japonesa, bien que no se defina su entidad espiritual [3], como no la definieron los chinos, á quienes las astucias de los demonios no daban muy gran cuidado.

El budismo, que de modorras y letargos adoleció desde la cuna, no dió en la sospecha de los espíritus angélicos, ni podía dar quien ninguna cuenta hizo de Dios, porque los cuidados de la humana miseria le barrieron á Buda del corazón todo pensamiento de las tejas arriba. Sus secuaces, aunque anduvieron con aviso en honestar y divinizar la persona del fundador, excusaron las fatigas de buscarle acompañamiento de espíritus familiares que le asistiesen, fuera de unos cuantos mozalbillos fantásticos de que hacen mención las leyendas.

8. Desandemos lo andado para llegar hasta Grecia, donde los es-

[1] Peisson, *Revue des religions*, 1895, pág. 409.
[2] Harlez, *Les croyances religieuses des premiers chinois*, pág. 60.
[3] Castonnet des Fosses, *Revue des religions*, 1895, pág. 399.

píritus angélicos tomaron nombre de *demonios,* daimones. Hesíodo, antiguo intérprete de la tradición helénica, contaba: "Por mandamiento de Júpiter, tres mil inmortales rebozados de nubes rodean la tierra, velando sobre sus obras y distinguiendo al justo del injusto [1]. Los libros filosóficos, en especial de la escuela platónica, solemnizaron con gran claridad los ángeles ó genios. Ellos, opinaba Platón, acompañan al hombre desde la cuna hasta el sepulcro, llevan su alma á la región inferior, presentan sus plegarias á los dioses, y las mercedes de los dioses á los que viven en la tierra [2]. Sabida cosa es con qué candor habla Sócrates (si tal cabía en hombre tan matrero) y celebra el trato que con su genio protector tenía.—El gran Tertuliano, que reventaba de enojo contra toda suerte de genios, calificándolos de malos y falaces, del ángel custodio de Sócrates hacía pública mofa diciendo: "Cuentan que de niño tuvo un ángel por compañero; ciertamente que le desviaba del buen camino„[3].—En lo mismo estuvo Lactancio; hablando en común decía: "Siendo ellos pervertidores de los mortales, se les fingen guardadores, con el fin de que los honren á ellos los hombres, con menoscabo de la honra debida á Dios„ [4]. Quede á la mano del discreto la calificación del ángel socrático; aquí sólo pretendemos colegir, que de las enseñanzas profesadas por los griegos se arguya de algún modo la creencia de los ángeles.

Y que los etruscos y romanos pensasen con los griegos en esta parte, testigos son Virgilio y Horacio [5]; con esta diferencia, que los romanos admitían la intervención de los ángeles buenos y malos indistintamente, mas los griegos no daban tanto lugar á los malos [6]. La religión romana trataba con gran respeto á catervas de diosecillos que bien podrían equipararse á espíritus angélicos. Recibían nombre de *genios.* Porque era fama común entre los romanos que en todas las cosas, especialmente en las que mostraban señales de vida, se aposentaba un espíritu superior distinto del alma vegetativa, animal y humana. Los genios guardaban debajo de sus alas las personas, familias, ciudades, naciones. En el número de los genios pueden contarse los *Penates,* estimados los custodios de las casas; los *Lares,* encargados de lo interior del hogar doméstico; los *Semones,* espíritus patronos de las aldeas; los *Manes,* espíritus asistentes de las almas de los difuntos; á este tono las Ninfas, Oréades, Hénides, Driades, Náyades, Faunos, Sátiros, Silvanos y otra chusma casi infinita de genios, machos y hembras, buenos y malos, terrestres y celestes, aéreos é infernales, que á millaradas henchían el mundo, hasta el extremo de asegurar Petronio que "más fácil era hallar un dios que un

[1] *Obras y días,* 250.—[2] *Fedon,* 107.
[3] Dæmonium dehortatorium a bono. *Apolog.,* cap. XXII.
[4] *Divin. instit.,* lib. I, cap. XIV.—[5] *Eneida,* lib. V, v. 95; *Epist.* II.
[6] LUKEN, *Les traditions de l'humanité,* lib. III, chap. IV.

hombre„ [1]. El culto de semejantes diosecillos, aunque supersticioso á todas luces, se fundaba en la tradición antiquísima bastardeada por los romanos con exageraciones pueriles.

Los germanos representaban por los *elfos* los espíritus. Léese en el Edda: "Los elfos de luz moran en la región celeste; los elfos de tinieblas habitan la tierra, y no semejan á los primeros en la forma ni en los actos. Los elfos de luz son más resplandecientes que el sol; los de tinieblas más negros están que el carbón„ [2]. Mensajeros de Odin y protectores de los mortales eran los *elfos* de los germanos. Si, finalmente, damos vuelta por los pueblos del nuevo mundo, oiremos en Méjico, en el Perú, entre los salvajes del Norte y en los de la Australia parecidas tradiciones, análogo culto, la misma superstición envuelta en la constante creencia de los espíritus malos y buenos, dependientes del Supremo Gobernador del mundo [3]. De todo lo cual se infiere que los pueblos más aferrados á sus nativas costumbres conservaron memoria de los espíritus tan arraigada, que parece no sabían tejer teogonía sin hacerles honroso lugar. Léanse los tratados de Porfirio, de Jamblico, de Clemente Alejandrino, y se hallará la confirmación esplendorosa de esta verdad [4].

9. Supla por todas la autoridad de Eusebio [5]. Fundado en la doctrina de Porfirio, distingue cuatro órdenes de seres que recibían adoraciones de los paganos, y luego prosigue diciendo: "Hecha esta enumeración, enseñan que ha de rendirse culto, primero á los dioses celestes, después á los genios buenos, y finalmente á los héroes, y que es bien aplacar y tener contentos á los malignos y malvados espíritus. Mas en el distinguir estas cuatro clases, todo lo confunden y trastornan, porque la verdad es que sólo veneran las malas mañas de los genios„. En los capítulos siguientes va Eusebio demostrando cómo los gentiles daban culto á los ángeles buenos y á los malos, pretendiendo á los buenos hacerles servicio, á los malos aplacar su enojo, comoquiera que todo el nervio de su argumentación pone el autor en demostrar cómo todos no podían ser buenos, sino ruines y demonios los espíritus que se pagaban de tan viles demostraciones.

Estas noticias claramente manifiestan cuán común y recibida era en Egipto, Caldea, Fenicia, China, Grecia y América la creencia de seres medianeros entre Dios y los hombres. Como temblaban los mortales de espanto al nombre de Dios, faltos de virtud para sufrir

---

[1] *Sat.*, XVII.—S. AGUSTÍN, *De Civit. Dei*, lib. III, cap. XII.—PLINIO: Major coelitum populus etiam quam hominum intelligi potest, cum singuli quoque ex semetipsis totidem deos faciunt, junones geniosque adoptando sibi. Lib. II, cap. VII.

[2] *Dämes*, 15.—[3] LUKEN, *Les traditions de l'humanité*, lib. III, chap. IV.

[4] VOSIO, *Origine et propagat. de l'idolatrie*, p. I, chap. VII, VIII.

[5] *Præpar. evangel.*, lib. IV, V.

con rostro sereno el peso de su tremenda majestad, acosados del miedo traspasaron sus obsequios en lo más excelente de las criaturas, en los ángeles, á quien tenían por dioses secundarios y por ministros del Sumo Criador. Cada reino, cada provincia, cada ciudad servía á su genio tutelar: daban por cierto que moraban en la región del aire, ó en el cielo de los planetas, ó en el firmamento de las estrellas, y aun en lo más alto de la región celeste, constituyendo órdenes diversos según que se allegaban más próximamente á la divinidad. Estos dioses subalternos descendían á la tierra de cuando en cuando, y tomando cuerpo aéreo entraban en comunicación con la región sublunar. Los platónicos daban su genio á cada hombre; á veces tenían por genios las almas humanas que con su cuerpo etéreo uníanse al humano feto. De aquí provino la metempsícosis y el asqueroso panteísmo que echó raíces en las partes de la India, como decíamos en el capítulo pasado, y porque pensaban no era decoroso á la soberanía de Dios abatirse á conversar familiarmente con los hombres, venían á enseñar que, no pudiendo acabar con los genios perversos, se había visto forzado á dar á los habitadores terrestres genios buenos que los defendiesen de las asechanzas de los malos y de ahí les nacía el tenerse por obligados á invocarlos y á darles culto y adoración. Porque los genios celestes tenían á su cargo hacer correr el sol, empujar el curso de las estrellas, desatar las nubes y resolverlas en lluvias, causar terremotos, encender volcanes, mover los cuerpos y obrar acaecimientos asombrosos y extraordinarios; mas ya que no todos los pueblos calificasen de igual manera la condición y vida de estos sus dioses, haciéndoles, quién inmortales, quién mortales, situándolos ahora en los montes, ahora en los senos de la tierra, pero todos los pueblos desvariaron de consuno, tributando á estos nobilísimos espíritus el vasallaje que se debe á su Hacedor, y despeñándose por ahí en un abismo de maldades.

¿Qué otra cosa prueba sino la existencia de los espíritus el crédito de los malos genios tan universalmente esparcidos por toda la gentilidad? Persas, indios, chinos, egipcios, celtas, sármatas, griegos, romanos, todas las naciones hicieron diferencia de ídolos á malos genios: en los ídolos adoraban á los buenos espíritus, y si reverenciaban á los malos era de puro pavor, con ánimo de apartar de sí los azotes de su crueldad: argumento claro de que profesaban la existencia de los ángeles, era el distinguirlos del sumo Dios, á quien acataban como á único de todos los seres, y el considerarlos llamados á ocuparse en provecho de los hombres á las ordenanzas del Supremo Dominador. Todo esto puede verse declarado por Tertuliano[1], San Ireneo[2], Lactancio[3], Arnobio[4], San Agustín[5], Máximo

[1] *Apol.*, XVII.—[2] L. II, *Advers. hæres.*, cap. IX.—[3] *Instit. div.*, l. I, c. III.
[4] *Contra Gent.*, l. I, c. 34.—[5] *Tract. in Jo.*, CVI.

de Tiro [1] y otros muchos escritores antiguos. "Todos los dioses secundarios del politeísmo eran ángeles buenos ó ángeles malos, convertidos en deidades; y esto más era crimen que yerro. Aquí la palabra de San Pablo, los paganos conocieron á Dios, mas no le dieron la gloria y alabanza que le compete, tiene cabal cumplimiento" [2].

10. La revelación, empero, es la que determina y establece con la debida claridad la existencia del reino espiritual. Porque las sagradas Letras, en el Viejo y Nuevo Testamento [3], refieren apariciones de ángeles, y de ellos dicen que son superiores al hombre, custodios y ayos del hombre, felices en el cielo, poderosos en fortaleza, vengadores de los fueros de Dios, adoradores del Hijo de Dios, súbditos del Verbo del Padre: las cuales prerrogativas, más altas que las humanas, demuestran que los ángeles poseen naturaleza racional, que son personas espirituales, y que forman un bienaventurado reino con gran correspondencia y orden, entregados al poder y soberanía de Dios.

Fuera de esto, las mismas Escrituras declaran que hay ángeles malos ó demonios, enemigos de Dios y del hombre, como se ve en Job [4], en los Reyes [5], en la Sabiduría [6], por no alegar citas del Nuevo Testamento, que rebosan en verdad copiosísimamente.

Por lo cual los Santos Padres ambas suertes de opiniones enseñaron, teniendo ésta por doctrina propia de la Iglesia [7], como podrá ver quien quisiere en sus debidos lugares. En particular de los buenos, atinadamente entendieron los Padres lo que no habían alcanzado los filósofos, y lo que repugnaban los herejes, conviene á saber, que los ángeles no habían sido criadores ni demiurgos del mundo, sino meramente criados y sujetos á un soberano designio, de igual manera que los hombres. Por esta razón San Justino [8] nos los propone como encargados de cuidar de las cosas criadas; Hermas [9], como presidiendo á los animales; San Clemente Romano [10], como llevando al cabo una extraordinaria empresa; Clemente Alejandrino [11], como amparadores de las ciudades; San Bernabé [12], como guías y custodios de cada hombre; y, por decirlo en una palabra, así han hablado

---

1 *Orat. de Deo sec. Plat.*

2 GAINET, *Hist. de l'anc. et du nouv. test.*, t. III, chap. II.

3 *Gen.*, XVIII, 1; XXII, 11; XXI, 17; XIX, 1.—*Job.*, III, 25.—*Dan.*, VIII, 16; IX, 21.—*Jud.*, XII, 2.—*III Reg.*, XIX, 5.—*IV Reg.*, I, 3.—*Matth.*, I, 20.—*Luc.*, I, 11.—*Marc.*, XVI, 5.—*Job*, XX, 11.—*Act.*, I, 10; V, 19; XII, 7.—*Hebr.*, I, 6.—*Coloss.*, II, 18; *I Petr.*, III, 22.

4 I, 6.—5 I, cap. XVI, 14.—6 II, 23.

7 SAN AGUSTÍN, *In ps. CIII.*—SAN JUSTINO, *Dialog. cum Triph.*, 57.—TACIANO, *Or. contra Græc.*—EUSEB., *Præpar. Evang.*, l. III, cap. V.—TERTUL., *Apol.*, c. XXII.—LACTANCIO., *Div. Inst.*, l. XI, cap. IX.

8 *Epist. Ad Diognet.*—9 *Pastor*, l. I.—10 *Ad Cor.*, *Epist.* I.

11 *Stromat.*, l. VI, cap. XVII.—12 T. II.

de los ángeles los santos Padres como de una parte principal de la creación, que completa y perfecciona este mundo sensible con admirable proporción y providencia.

ARTÍCULO II.

1. Cuándo fueron criados los ángeles lo calla Moisés, y por qué.—2. Contienda entre los Padres griegos y latinos.—3. El Concilio de Letrán no definió, pero hizo más probable, la creación simultánea. — 4. El sistema moderno ayuda á esclarecer esta disputa.

1. Puesta ya en clara luz la existencia del reino espiritual, síguese la ruidosa contienda cuándo fueron criadas las substancias angélicas. Porque Moisés en el describir el orden de las criaturas reprime tanto la voz que parece pasa de largo la creación de las más principales y sublimes. La razón que da San Jerónimo de este silencio es, que el intento del sagrado escritor era referir el origen del mundo visible [1], porque viendo cuán rudos eran los judíos para penetrar enseñanzas sutiles y delicadas, contentóse con proponerles las cosas más sensibles y aquellas principalmente que en servicio del hombre fueron hechas: en esto contestan San Gregorio [2] y San Cirilo [3]. Otra razón alegan San Atanasio [4], San Crisóstomo y Teodoreto, y es que, como los judíos andaban perdidos por el goce de las cosas materiales, convenía que Moisés los subiese al conocimiento del Criador, á fin de que no se abatiesen á los excesos de la idolatría [5]. Flaca le pareció al Tostado y poco probable esta razón del Crisóstomo; porque los judíos, que antes de recibir de Moisés el libro del Génesis habían tenido noticia de los ángeles aparecidos á Abraham, á Lot, á Agar, á Jacob, como la tradición de los mayores los había informado, no corrían peligro de ser perjudicados con la historia de su creación, antes ese mismo relato les hubiera servido para tener más á raya la inclinación á idolatrar.

Otra manera de responder se le ofreció al ingenio de San Agustín: juzgó que Moisés, tan lejos estuvo de dejar en silencio la creación del reino espiritual, que la insinuó y quiso comprenderla en la creación del cielo y de la luz figurada y genéricamente [6]. Esta razón agradó tanto al venerable Bedá que la puso de relieve en su *Hexámeron*. Finalmente, los santos Basilio, Ambrosio y Juan Damasceno dijeron que Moisés no había hablado palabra de tan excelentes substancias, por cuanto, habiendo sido criadas mucho antes que

---

[1] *Ad Cypr.*, ep. 139.—[2] *Mor.*, l. XXXII, cap. X.
[3] L. II, *Contra Julian.*—[4] *Ad Antioch.*, q. I.
[5] S. CHRYS., hom. II, *In Gen.*
[6] *De Civit. Dei*, l. XI, cap. IX.—*Confes.*, l. XII.—*De Genes. ad litteram*, l. I.

el mundo material, no tenia por qué extender su noticia y fama [1].

Muy acertada parece entre todas la respuesta de Santo Tomás, que dice así: "Según San Agustín, los ángeles no fueron dados al olvido en la primera creación de las cosas, sino que fueron significados por el nombre de *cielo* y de *luz*. Pero digamos que, ó fueron dejados en silencio, ó fueron nombrados en figura de cosas corporales; porque Moisés á gente ruda hablaba que no podía alcanzar la naturaleza incorpórea. Y si les hubiera enseñado que había en el mundo cosas puestas sobre la naturaleza material, habrían tomado pie de ahí para idolatrar, pues á ello eran propensos, y de eso Moisés quería principalmente apartarlos„ [2]. Conforme á estas palabras, podemos resolver que no intentó Moisés dar á entender á los judíos ser los ángeles increados ó eternos; ni tampoco quiso debajo del nombre de *cielo* declararles derechamente su existencia, como en otra parte dijimos, sino que, deseoso de tratar verdad y de iluminar sus entendimientos, implícitamente ingirió y sumariamente cifró en el vocablo *cielo,* que suena á todo lo que no es tierra, la excelencia de los escuadrones celestes [3]. En aquella palabra, *Perfecti sunt cœli et terra et omnis ornatus eorum* [4], muchos intérpretes vieron insinuados los coros de espíritus angélicos, porque *ornato* en el original es (צָבָא) *ejército,* y significaría, como en el *Elohim Zebaoth,* tan usado por los profetas significa, los ejércitos de ángeles y de estrellas, muchedumbre ordenada de ángeles-estrellas, ó de ángeles de las estrellas, ó de ángeles resplandecientes [5].

2. Pero más reñida contienda es entre los Padres griegos y los Padres latinos, en qué tiempo fueron criados los ángeles. Los Padres griegos y algunos latinos que escribieron antes de San Agustín, enseñaron comúnmente que fueron sacados á luz largo tiempo antes del mundo sensible. "Reinó, dice San Basilio, antes de la producción de este mundo un estado de cosas sempiterno, perpetuo y acomodado á las virtudes superiores; entonces fué cuando el artífice de todas las criaturas dió ser á las naturalezas invisibles, y orden á los seres espirituales, cuyos nombres no alcanzamos ni aun podemos barruntar„ [6]. Varias interpretaciones han dado los doctos á este pasaje de San Basilio, entendiéndole Vázquez de un espacio imagina-

[1] Daban por averiguado los Padres que los espíritus angélicos no procedían de Dios por vía de emanación, sino por verdadera creación, como lo enseñan las Escrituras *(Eccl.,* XVIII, 1.—*Esther,* XIII, 10. — *Psalm.,* CXLVIII, 2.—*Dan.,* III, 57.—*II Esdr.,* IX, 6.—*Rom.,* XI, 36.—*Col.,* I, 16.); y aun presuponían que no habían tenido ser desde toda la eternidad, sino en los umbrales del tiempo.

[2] I p., q. LXI, ad I.—[3] PIANCIANI, *Cosmog.,* § LXXXV.—[4] *Gen.,* II, I.

[5] M. SALVADOR, *Inst. de Moïse,* t. II, p. 786.—SUÁREZ, *De op. sex dier.,* l. I, cap. VI.

[6] Hom. I *In Hexaemer.*

río de tiempo *a parte ante* [1]; Suárez, por el contrario, de un estado eterno *a parte post* [2]. Cierto está que San Basilio anduvo ajeno de eternizar los ángeles, pues sólo quiso indicar la existencia y producción de criaturas no expuestas á mudanza, como las que siguen las vicisitudes del tiempo.

Esta opinión de los ángeles precedentes al mundo corpóreo defendieron Orígenes [3], San Gregorio Nacianzeno [4], San Juan Damasceno [5], San Hilario [6], San Ambrosio [7], San Jerónimo [8], San Isidoro [9] y otros, llegando un escritor griego citado por Petavio [10] á dar por cierto que casi todos los maestros de la Iglesia enseñan haber sido los ángeles las augustas primicias de la divina omnipotencia. Pero las razones en que fundan su opinión no parecen de peso; porque el ser los ángeles substancias de orden más aventajado no es título para darles preferencia en la creación, pues lo contrario vemos claramente en lo material; especialmente que de la Escritura no se saca argumento favorable, como lo demuestra el P. Pereira [11]. Por esta razón otros porfiaron que habían sido criados después de los tres reinos naturales, como el alma humana; y juntamente con el hombre pusieron la creación del ángel, según puede verse en la *Catena* de los griegos. Los que así discurrían parece llevaban el propósito de contrastar á la opinión sobredicha, por parecerles que renovaba las ideas de Platón, quien hacía á los ángeles más antiguos que el mundo.

Con todo eso, los Padres que propugnaban la ancianidad de los ángeles sobre las cosas sensibles, cuando descendían á señalar el intervalo que separaba entrambas creaciones, aunque algunos demandasen siglos y siglos [12] con que llenar el vacío, y otros claramente diesen á entender que hablaban de excelencia de dignidad y no de tiempo; mas otros, entre ellos el Nazianzeno [13], el Damasceno [14], Severiano de Gábala [15], San Cesáreo [16], se contentaban con un tan exiguo intermedio de tiempo, que bien puede reputarse por nulo.

A San Epifanio cupo la gloria de fundar la tercera opinión, poniendo á los ángeles salidos de la nada con el universo material juntamente. Hízole fuerza esta razón: el Génesis enseña el principio de toda criatura; luego no pudo haber ángeles antes de cielo y tierra [17].

---

[1] In I p., disp. CCXXXIV, cap. I.—[2] *De Angelis*, l. I, cap. II.
[3] Hom. IV, *in Isaiam*.—[4] *Orat. de Nat. Dom.*
[5] *De orthod. fide*, l. II, cap. III.—[6] *De Trinitate*, l. XII.
[7] *In Hexaemer*, l. I, cap. V.—[8] *Super I cap. ad Tit.*
[9] L. I, *De Summo bono*.—[10] L. I, § 2.
[11] *Comment. in Genes.*, l. I, *ad calcem*.
[12] STO. TOMÁS, *Quæst. disput.*, q. III, a. 18.
[13] *Or.*, XXXVIII.—[14] *De orthod. Fide*, lib. II, cap. III.
[15] *Or.* IV, *De Opific.*—[16] *Dialog.* I, q. 61; *Dialog.* III, q. 123.
[17] *Advers. hæres.*, lib. II, hær. LXV.

En la demanda siguiéronle Teodoro de Mopsuesta, Teodoreto [1] y San Basilio de Seleucia [2]. Dió firmeza á su dictamen San Agustín, enseñando en varios lugares haber sido los ángeles hechos junto con el mundo sensible; si bien ora dice que lo fueron en el primer día [3], ora que antes de todo tiempo y de toda criatura [4]. Súpoles bien esta sentencia á San Gregorio [5], Beda [6], Procopio de Gaza, Ruperto, Hugo de San Víctor, Pedro Lombardo [7], Alberto Magno [8], y á las escuelas de los teólogos posteriores, acaudillados por Santo Tomás [9].

Es muy de considerar, para que veamos las vueltas del humano ingenio, que aquellos mismos Padres que señalaban interminables siglos al origen de los ángeles, luego, al venir á tratar de su comercio con el mundo visible, no reparaban en hacerlos contemporáneos y mellizos con él. San Jerónimo, partidario de la ancianidad angélica, coloca á Lucifer antes de la rebelión en el firmamento, codicioso de sentarse entre los astros [10]. Por igual tenor hablan Atenágoras [11], Clemente Alejandrino [12], San Ambrosio [13], San Hilario [14] y otros muchos, los cuales relacionan la caída de los ángeles con la naturaleza sensible. Luego hacían criados de golpe y á un tiempo los dos mundos, espiritual y corpóreo; si no digamos que entre la tentación y la caída pusieron distancia inmensurable, aunque nunca de ella hicieron particular mención, como era justo que la hiciesen.

3. ¿En qué estima debemos tener tanta diversidad de opiniones? El Concilio Vaticano [15] ha repetido las palabras del Concilio Lateranense IV, y confirmádolas ratificando su decreto: "El verdadero Dios, á la vez en el principio del tiempo crió de nada ambas naturalezas, la espiritual y la corporal, es á saber, la angélica y la mundana; y después, la humana casi común, constituída de espíritu y cuerpo". Leyendo estas gravísimas palabras, ¿qué quiso, pensamos, definir el Concilio Lateranense y el Vaticano ratificar? Cierto, primeramente, la doctrina de la creación de las dos suertes de naturalezas visibles é invisibles, materiales é inmateriales; y en segundo lugar, su dependencia de la divina virtud. Los cánones 4.º y 5.º del Concilio Vaticano condenan á los que negaren proceder de Dios por creación de la nada las cosas finitas, corpóreas y espirituales, error que trataba el Concilio de cortar de raíz; igual intento llevaba el de Letrán, y en

[1] *Quæst. in Genes.*, cap. I, q. 4.—[2] *Orat.*, I.
[3] *De Genes. ad litt.*, lib. II, cap. VIII.—*Confess.*, lib. XII, cap. VII.—*Contra Faust.*, lib. XII, cap. X.—*De Civitate Dei*, lib. XI, cap. VI.
[4] *Confess.*, lib. XI, cap. XV.—*De Temp.*, serm. 251.
[5] *Mor.*, XXXII, cap. XII.—[6] *Hexamer.*, lib. I.
[7] *Sent.*, lib. II, dist. XII.—[8] *Summa Theol.*, p. II, tr. III.
[9] In II, sent., dis. XIII, a. 3; I p., q. LXI, a. 3.
[10] *In Isaiam.*, lib. IV, cap. XIV.—[11] *Legat. pro Christo.*
[12] *Fragment. in Ep. Judæ.*—[13] *Apolog. David*, I, cap. I.
[14] *In psalm.* CXXXII.—[15] *Constit. Dei Filius*, cap. I.

exterminarle emplearon ambos la fuerza de sus decretos. Pero dirimir la contienda que entre los Doctores católicos andaba sobre cuándo fueron criados los ángeles, ni los Padres lateranenses pensaron en ello, ni pusieron en eso las manos; y asimismo los Padres vaticanos tuvieron á bien dejar en su ser la controversia y en libertad de quienquiera su ardua resolución.

No faltaron teólogos que estimasen por de fe, y definida por la Iglesia católica la verdad de la creación de los ángeles juntamente con la materia informe. Salióles al camino Suárez, protestando que no cupo en el Concilio de Letrán semejante intención. "El Concilio, dice, no pronunció tales palabras con ánimo de definir, sino de paso y como por incidente, porque no trazaba en aquel capítulo definir dogmas nuevos, mas únicamente profesar los antiguos; así lo puso Santo Tomás en el cap. XXIII, donde declaró aquella decretal, y así también fué recibido por el común sentido de la Iglesia„ [1]. Con el parecer del P. Suárez concuerda el del P. Pereira; porque, inquiriendo cómo en el Hexámeron no conmemoró Moisés la creación de los ángeles, traídas las dos opiniones contrarias que dijimos, propone la suya, diciendo: "Que los ángeles fueron criados juntamente con el mundo, ni lo dice la Escritura, ni se colige con evidencia, ni importaba que la Iglesia lo definiese. Porque no es de creer que tantos Padres esclarecidos por su antigüedad, doctrina y santidad enseñasen y llenasen sus escritos de cosas contrarias á la fe católica. San Agustín, en verdad, autor principal de esta sentencia, con tanta blandura esfuerza su sentimiento, que no condena el contrario, antes permite que cada cual diga el suyo, como confiese que las substancias espirituales fueron hechuras de Dios y no le fueron coeternas„ [2]. Esto afirma el prudente comentador; si más abajo se inclina á creer que los ángeles fueron, en efecto, criados con la materia elemental, vista la autoridad de Inocencio III y del Concilio Lateranense; en conclusión, defiende que la competencia de tales autoridades no hace cierta ni irrecusable esta opinión, sino que la deja en términos de disputable y libre.

Qué juicio tenía formado Santo Tomás en esta materia, dícenlo claramente las palabras con que trata de probar que "los ángeles salieron á luz con la criatura corpórea„. "Porque los ángeles, dice, son parte del universo; no constituyen de por sí un mundo aparte; tanto ellos como los seres corpóreos concurren á componer una universidad. Lo cual se echa de ver por el orden que una criatura tiene á otra, porque el orden de unas cosas con otras es el bien del universo, y ninguna parte perfecta hay que se separe de su todo. Luego no es probable que Dios, cuyas obras son perfectas, como se dice en el Deuteronomio, 32, criase la criatura angélica aparte primero que las

[1] *De Angelis,* l. I, cap. III.—[2] *Comment. in Genes.,* l. I.

otras. Esto no obstante, no hemos de tachar de errónea la contraria sentencia, especialmente á causa de Gregorio Nazianzeno, cuya autoridad en la enseñanza cristiana es de tanto peso, que ninguno osará inferir calumnia á sus dichos, como tampoco á la doctrina de Atanasio, según dice Jerónimo„ [1].—Comentando este lugar el cardenal Cayetano, defiende al santo Doctor de la censura de algunos que achacaban á descuido é inadvertencia su decisión, cual si hubiese leído mal ó ignorado la decretal del Lateranense. "A mí me parece, dice Cayetano, que á ciencia cierta escribió esto Santo Tomás. Porque las palabras de la decretal han de interpretarse en el sentido en que fueron escritas, antes bien que en el sentido que dan de sí, y, como dice Santo Tomás en la exposición de la dicha decretal, aquellas palabras se pusieron contra el error de Orígenes y de aquellos que enseñan haber producido Dios las criaturas espirituales por su propio respecto, y las corporales por los deméritos de aquéllas„. Conformes con esta explicación, escribieron después Genebrardo, Estio, Vázquez, Petavio, Berti y otros, no tolerando que se notase la sentencia contraria.

Pero, aun con todo eso, no se puede negar que alguna mayor probabilidad alcanzó la opinión de la creación simultánea con el peso del Concilio de Letrán, y ahora con la aprobación del Vaticano. Respecto del Concilio Lateranense, confesábalo el P. Suárez: "De las palabras del Concilio, dice, no pequeña autoridad se le recreció á esta sentencia; y no dejaría de ser temerario quien la contraria defendiese... Ni es esto hacer agravio á los antiguos Padres, porque en su tiempo era punto más controvertido y menos declarado: y puede tal proposición no ser temeraria en un tiempo y serlo en otro, cuandoquiera que intervenga la autoridad de la Iglesia y el común consentimiento„. En parecidos términos dictan su opinión los PP. Valencia [2], Báñez [3], Toledo [4] y otros graves teólogos, los cuales, ya que declaren no ser artículo de fe la creación de los ángeles y la materia cósmica juntamente, no califican de temeraria, como Suárez, la opuesta opinión. "Al presente, común y cierta sentencia es la que pone haber sido criados los ángeles no antes de la creación de la materia, sino juntamente con ella„. Ésta es la calificación del cardenal Mazella [5].

Los autores que seguían la contraria daban á la voz *simul* el sentido de *pariter* (igualmente), y no de *juntamente*, de un golpe, como en realidad suena. Aun si les diéramos esa facultad, ¿qué adelantaban? Porque el *condidit simul de nihilo* significará siempre que crió Dios de nada ambos órdenes, y que los crió al principio de los tiempos; y así el acto creador pide simultaneidad si se han de verificar

---

[1] I p., q. LXI, a. 3.—[2] T. I, q. XII, p. 2.—[3] I p., q. LXI, a. 3.
[4] In I p.. q. XLI.—[5] *De Angelis*, disp. II, a. I.

las palabras del Concilio. Entenderlas de otro modo sería confundir la anterioridad con la antigüedad. El Lateranense intentaba arrancar de cuajo el yerro de los origenistas [1], que establecían el reino espiritual anteriormente al material, porfiando que Dios había criado el universo sensible para enfrenar la desenvoltura y rebeldía de los espíritus, y para encarcelarlos en la vil materia según el grado de culpabilidad que hubiesen incurrido. Si estos errores quería el Concilio condenar, no podía más eficazmente hacerlo que decretando la simultaneidad de ambas creaciones, y quitando así todo rastro de relación entre la fingida culpa de los espíritus y la aparición de las cosas sensibles.

4. Esto se acabará de entender si reducimos á dos las varias interpretaciones que á la expresión *creavit omnia simul* del Eclesiástico solían dar los expositores: la primera entendía por *simul* la simultaneidad de tiempo, la segunda la simultaneidad de idea y traza. Según esto, los unos enseñaban que los ángeles fueron criados á un tiempo con el cielo y la tierra; los otros, que los ángeles fueron criados en común, κοινῇ, por el mismo diseño y plan que el cielo y la tierra. La primera interpretación no podía ofrecer dificultades de monta á los que opinaban haber el mundo recibido forma cabal en seis días de veinticuatro horas, porque el espacio de ciento cuarenta y cuatro horas es tan corto, que las dos creaciones, espiritual y corpórea, podían parecer moralmente simultáneas llevadas al cabo en tan breves términos. Mas á los modernos, que admiten los días-períodos, les ha de ser más dificultosa la primera interpretación que la segunda, si no la exponen con alguna amplitud. Por eso los teólogos que están por los días largos [2] abrazan con preferencia la segunda, avisando que los ángeles no alcanzaron ser mucho tiempo antes que los cuerpos, aunque le lograsen juntamente con la materia corpórea; y así explican la partícula *simul* de los Concilios Lateranense y Vaticano. Lo cual, al cabo de todo, viene á negociar las paces entre las dos opiniones y á concordar los ánimos discordes.

Colocada en este punto la contienda, á disiparla mejor ayudarán las luces de los modernos sistemas. De lo que atrás queda expuesto puede colegirse cuán ardua empresa es, por no decir imposible, declarar los acaecimientos y formación de los reinos mineral, vegetal y animal, sin interpolar entre la creación de la materia y la producción del hombre largo trecho de años y no pocas vueltas de sucesos. Si en la creación de los ángeles concedemos que se pasaron muchos siglos antes que Dios formase al hombre, no contravendremos á las reclamaciones de la ciencia, ni nos alejaremos del sentir de los Padres grie-

[1] Sto. Thomás, *Opusc.* xxiii.
[2] Hurter, *Theol. dogmat.*, 1886, t. ii, n. 238.—Jungmann, *De Deo Creatore*, 1883, n. 77.

gos, ni descabalaremos el decreto lateranense, ni enflaqueceremos la autoridad del Concilio Vaticano, con tal que confesemos haber Dios criado al principio de los tiempos la substancia angélica y la material, todo por junto. Porque es mucha verdad que los antiguos Doctores no ponían larga duración de siglos antes que el hombre existiera; pero, pues pudieron ellos sin nota de herejía anticipar la existencia de los ángeles por indefinidos tiempos, no será mucho que á los modernos se les conceda aquella libertad de opinar que la Edad Media no negó á los suyos en esta parte. Si los Santos Basilio, Nazianzeno, Jerónimo, Hilario, Damasceno, Ambrosio, tuvieron licencia para fingir y acumular siglos sin incurrir en herejía, antes de la creación del universo sensible, con mayor fuerza de razón esles permitido á los modernos, pertrechados con tantos argumentos, asistidos con tan claras luces, guiados por los resplandores de tantas ciencias, pedir y demandar para antes de la formación del hombre los mismos siglos que aquéllos ponían antes de la creación del mundo corpóreo; y consiguientemente podemos resolver sin reparo que los ángeles fueron criados junto con la materia en el principio del mundo, cientos de siglos, si es menester, antes que los reinos naturales se dejaran ver en la tierra. Así abrazamos de buen grado y hacemos propias aquellas palabras de San Jerónimo: "Apenas cuenta seis mil años nuestro linaje, y ¡cuántos tiempos, cuántas vueltas de siglos hemos de pensar antecedieron en que los ángeles, los tronos, las dominaciones y demás virtudes sirvieron á Dios y perseveraron en la flor de su hermosura!„ [1]—Y aquellas otras de San Ambrosio: "Antes de existir el hombre, los querubines y serafines, con la suavidad de sus canoras voces, aclaman: Santo, Santo, Santo„ [2]. Pues luego tanto dista esta exposición de enflaquecer la de los antiguos, que antes le ofrece muchas ventajas y la adapta mejor á las razones científicas, á las observaciones justificadas, á los testimonios indubitables de la geológica verdad: ni es pequeña loa de las ciencias humanas tener correspondencia con las divinas y ayudar con sus luces á la sagrada Teología en la controversia del reino espiritual.

De lo dicho se infiere que puestas á salvo las dos decisiones conciliares (conviene á saber: que la creación del hombre vino después de la del ángel y del mundo corpóreo, y que los ángeles y los cuerpos salieron de la nada en el amanecer del tiempo), poco hace al caso que la voz *simul* se tome como Santo Tomás la entendía, ó como la tomaban otros Doctores, porque importa poco que sea probable según Santo Tomás, ó que sea cierta según Suárez, la creación de los ángeles en el punto de adquirir ser la materia cósmica, así como también poco importa que los dos Concilios *quisiesen* definir, ó dejasen libre, la sentencia de la creación simultánea; ello es que los Pa-

---

[1] *In ep. ad Tit.*, cap. I.—[2] *Præf. in Psal.*

dres del Concilio Vaticano vieron sin linaje de duda cuán convenientemente se confrontaba su declaración con la sentencia de los días-períodos, admitida por muchos de ellos como digna de ser sustentada [1].

ARTÍCULO III.

1. Propiedades de los espíritus.—Relaciones de este reino con el sublunar. — 2. Qué parte tuvieron los ángeles en la formación de los seres organizados y del hombre en particular.— Dictamen de los teólogos Escolásticos. — 3. El cuerpo de Adán no fué fabricado por manos angélicas.— 4. Excelencias del reino espiritual sobre los otros reinos naturales.

1. Discurrir ahora por este nobilísimo reino, y engrandecer la muchedumbre de los ángeles, que tal vez es mayor que la de los hombres, y filosofar sobre la condición de aquella naturaleza inmortal é incontaminada [2], y enaltecer la rara hermosura y la perfecta simplicidad de su ser [3], y describir la alteza de sus jerarquías, y ponderar la excelencia de sus grados, y encarecer la virtud y eficacia de su poder, y señalar los grandes dones que puso en los ángeles la divina bondad, son empresas que sobrepujan la rudeza de nuestras palabras y salen del intento que llevamos en este libro. Pero no pasemos sin mencionar la comunicación que tiene este reino superior y celeste con el sublunar y terrestre. El lazo de unión que junta á los ángeles con los hombres es por el oficio que ejercen de tutores y guías; así lo pregona el sentir de todos los teólogos, sin que eximan á hombre alguno, por vil que sea su condición, de la custodia de algún ángel. Para su altísimo ministerio dotólos la divina sabiduría de virtud proporcionada. Poseen, sin entrar en los términos de las potencias espirituales, acción en las potencias sensitivas y en la máquina del cuerpo humano; como tales están armados de poder incontrastable para causar movimientos en la naturaleza sensible y efectos extraordinarios.

Llenos de maravillosas gracias, con el resplandor de su pureza, con la prerrogativa de la inmortalidad, con la pujanza de su poderío, con la devoción de su asistencia, cortejan, autorizan y cercan la majestad de Dios, y le sirven de ministros y ejecutores de su amorosa providencia. "La custodia de los ángeles, dice Santo Tomás, es una

---

[1] VACANT: Il est d'ailleurs indubitable que les Pères du Vatican ne regardaient point leur déclaration comme inconciliable avec la théorie des jours-périodes, car la plupart d'entre eux admettaient cette théorie, et tous la considéraient au moins comme soutenable. *Dictionn. de la Bible*, 1895, t. I, página 583.

[2] VAZQUEZ, Disp. CLXXXII.—ARRIAGA, *De Ang.*, disp. II.

[3] CARD. MAZZELLA, *De Angelis*, disp. II, a. 2.

manera de ejecución de la Providencia divina para con los hombres„ [1]. Algunos escritores, más atrevidos que religiosos, pensando que le bastaba á Dios la virtud de su omnipotente brazo para llevar adelante el plan de la creación, han tenido por excusados los servicios de los ángeles custodios [2]. En mal hora presumen estos autores que los ángeles, cuando se revezan en beneficio del hombre, suplen el poder de Dios. No le suplen, sino que ejecutan su soberana disposición; siendo ejecutores de sus eternas voluntades, le está muy bien al monarca gobernar el reino por mano de sus ministros; siendo príncipes plenipotenciarios, no hay cosa mejor ordenada que estar los seres inferiores administrados por los superiores; siendo guardas y ayos de los mortales, no hay obra tan importante como procurar que todos los hombres vivan trabados con sacratísimos lazos, y concertados por santísimas leyes con las más sublimes criaturas, de cuyo concierto nazca una perfectísima consonancia de entendimientos y voluntades en alabanza del Supremo Criador. Porque "con tal prudencia y solicitud, dice el P. Lessio, templan ellos las cosas, que entre tantos peligros, visibles é invisibles, entre tantas causas de calamidades que acompañan la humana naturaleza y la cercan de una parte y otra, por dentro y por fuera, pueden seguramente los hombres vivir, si quieren, guardando virtud y aspirar á la eterna bienaventuranza„ [3]. De este modo el hombre, que no halla consuelo en la compañía de los brutos, ni ocupación digna en el cultivo de los campos, al considerar que su custodia corre por cuenta de los privados de Dios, y que por sus manos pasan los despachos que él al cielo endereza, no se mira solitario en este mundo; de arte, que aunque se contemple en el último escalón del orden espiritual, y como lo más vulgar de este reino encumbradísimo, eso no obstante, recrea su ánimo y cría en el pecho segura confianza pensando cómo aquellos príncipes y cortesanos del cielo tienen puestos en todo el reino humano sus cuidados, sus virtudes, sus delicias, sus amores y los momentos eternos de sus preciosísimas vidas [4].

2. Volviendo al propósito principal, una grave disputa se nos ofrece aquí, que servirá para acabar de poner más en claro algunas cuestiones controvertidas [5]. Qué parte tuvieron los ángeles en la fábrica de los vivientes, mayormente en la formación del cuerpo del hombre, es punto tratado comúnmente por los teólogos Escolásticos. Porque autores hubo que, tomando pie de las palabras de Platón en su *Timeo,* imaginaron que los ángeles hicieron de oficiales y ministros en tan señalada obra. Pero la doctrina de San Agustín, que ha servido de pauta á los Doctores y Teólogos es, que ni en el cuerpo

---

[1] I p., q. XCIII, a. 2, a. 6.—[2] TWESTENS, *Dogmat.*, II, p. 346.

[3] *De perfect. divin.*, l. XII, cap. X.

[4] HETTINGER, *Apol. du Christ.*, t. III, chap. III.—[5] V. cap. XL, art. IV.

de Adán ni en el de Eva tuvo mano el poder de los ángeles [1]; y preguntando si algún linaje de servicio prestaron en esta construcción, no lo niega el santo Doctor, mas cuál fuese y en qué consistiese "¿quién, dice, se atreverá á descifrarlo?" Según esto, los teólogos de consuno enseñaban no ser posible atribuir á la intervención de los ángeles la fábrica de los organismos, cuánto menos la del hombre. Lo más que se alargaban algunos á decir es, son palabras de Pereira, "que los ángeles se ocuparon en recoger el polvo, en amasar el barro, en fingir una figura del humano cuerpo; pero sin mezcla de elementos, sin carnes, ni huesos, ni entrañas, ni demás partes de que se compone el hombre: que eso quedó reservado al poder vivificante del soplo divino" [2].

Por esta razón, aquellas palabras *Faciamus hominem* no fueron enderezadas á los ángeles, como juzgaba Filón, pareciéndole que, en la creación del hombre, Dios y los ángeles habían entrado á la parte, criando Dios el alma, y componiendo ellos el cuerpo: cuya sentencia los Santos Basilio, Crisóstomo, Agustín y Cirilo redarguyeron enérgicamente, quitándole todo título de probable, como podrá ver quien quisiere en sus obras [3]. No habla aquí con los ángeles el Señor de la majestad; tratan entre sí las tres augustas personas de llevar á término la obra suspirada por tantos siglos, y aparejada de antemano con tantos sucesos geológicos.

Pues conforme con la sentencia de San Agustín enseña Suárez ser, como decíamos en otra parte [4], "doctrina católica la que tiene que el cuerpo de Adán fué producido inmediatamente por solo Dios" [5]. A su voz concurren todos los teólogos. La razón que alega el Padre Arriaga [6] es, que no teniendo los ángeles de su cosecha otra manera de obrar *ad extra* sino es causando movimiento local, no pueden engendrar calor, humedad, condensación, y los accidentes que disponen y acompañan la organización de los cuerpos, que no son todos ellos efectos de puro movimiento; y decir que fueron los ángeles levantados divinamente á par de instrumentos para efectuar tal producción, es introducir un grandísimo milagro, sin necesidad, especialmente que la Escritura no habla sino de solo Dios.

3. En esta materia es bien con Suárez distinguir el amasamiento del polvo térreo y la organización de la figura humana. Lo primero conceden los teólogos que fué posible á la facultad de los ángeles, porque no se les puede negar el poder de componer del barro una

---

[1] *De Gen. ad litt.*, l. IX, cap. XV.

[2] *Comment. in Genes.*, l. IV; *De format. hom.*, q. II.

[3] AUGUST., *De Civit. Dei*, l. XVI, cap. VI.—AMBROS., *In Hexamer.*, l. VI, cap. VII.—CYRILL., *Adv. Julian.*, l. I.—CHRYSOST., *In Gen.*, cap. II.—BASIL., *In Genes.*, cap. II.—THEODOR., *In Genes.*, q. XX.

[4] Cap. XL, art. IV.—[5] *De op. sex dier.*, l. III, cap. I.—[6] Disp. XXXIV, sect. I.

como estatua, con variedad de miembros, artificiosamente labrada, cual suelen los escultores, lo cual ni hace ni deshace, ni es en pro ni en contra del sagrado texto; pero ni la estatua artificial sería cuerpo humano, ni si Dios no animase aquel bulto con su soplo vivificante tuvieran los ángeles parte alguna en la formación del cuerpo de Adán. Porque disponer su cuerpo, armarle de miembros, y hacerle capaz de hospedar alma racional, no es de ángeles, de sólo Dios es; el cual puede mezclar, alterar y dar infinitas vueltas á la materia, según su soberana voluntad, así como se lo concedió también á los seres organizados por vía de natural generación; mas no pueden eso los ángeles, ni otra alguna criatura por otras vías si Dios no se lo da, como aquí á los ángeles no se lo dió. Ni es buena réplica porfiar que fueron elevados á ser instrumentos de Dios; porque se seguiría que habrían procreado al hombre; lo cual es erróneo, dice Suárez, y contrario á las Escrituras y á los testimonios de los santos Padres; fuera de que se podría también decir que habían cooperado á la formación de las plantas y animales; pero es error grande afirmarlo, porque sería hacer á los ángeles creadores del universo, dado que secundarios y menos principales. Sobre esta cuestión no había debate entre los teólogos Escolásticos.

Lo más que se arroja el P. Arriaga á permitir á la actividad de los ángeles, en el caso de que el hombre no fué formado en un instante, es que tomasen en las manos la masa de barro y modelasen la figura de estatua humana, para que luego asistiese Dios con su infinito poder, la organizase y convirtiese en carne, y le infundiese el principio vital [1]. No concede este teólogo tanta honra á los organismos de los reinos vegetal y mineral, por parecerle que ni la bajeza de los animales consentía que intentasen tan ingeniosa traza, ni era razón que otro artificio se emplease en pro de la humana dignidad. Dios, pues, y los ángeles concurrieron, según Arriaga, en la formación de Adán, los ángeles por especial encargo hicieron la figura, no el cuerpo, del polvo de la tierra, y Dios produjo la organización, volviendo la materia inorgánica en tejidos, huesos, fibras y demás partes orgánicas, y despertando y avivando finalmente todo el conjunto con la creación inmediata del alma.

Suárez, que no admite sucesión de tiempo en esta obra, niega á los ángeles la parte gloriosa que Arriaga les concede en la fabricación de la estatua térrea; mas con todo, reconoce que los que defienden semejante sucesión, que es cuestión opinable, pueden bien cometer á los ángeles el oficio de componer el cuerpo adamítico, no en razón de organizado, sino sólo en razón de materia amasada y de barro configurado para ser convertido en cuerpo animal. Porque fingir «un cuerpo animal formado de antemano, en condición imperfecta,

[1] *De op. sex dier.*, disp. XXXIV, sect. I.

conviene á saber, con sus órganos... no dispuestos aún próximamente á recibir alma racional, sino otra alma menos perfecta y como en camino para la perfecta; eso no puede caer en el poder de los ángeles, porque ni es verosímil que se guardase tal orden en la creación del hombre, ni poseen los ángeles de suyo virtud para hacer un cuerpo animal en estado imperfecto; que la virtud seminal, cuando falta, la puede suplir únicamente la grandeza del divino poder„ [1]. Así discurre el egregio Suárez en el supuesto de la opinión, que él no admite, tolerando en todo caso al ángel la facultad de mezclar polvo y figurar los contornos de una estatua semejable al cuerpo humano: "lo cual, añade, no es necesario, ni tal vez conveniente; y ya que fuera posible, es incierto y muy dudoso„. Vengan aquí los evolucionistas, y carguen, si tienen pecho, al eximio Doctor la responsabilidad de sus vanísimas opiniones, por el afán de hacerle tercero y patrocinador de sus pueriles teorías. Cuán de otra manera asentaba Suárez el pie que le asientan aquellos ingleses y franceses que, habiéndole leído poco y mal, así calumnian sus doctrinas, como en otra parte dijimos.

Más: dice el P. Suárez, como se ve, que dado caso que se admita sucesión de tiempo en la fábrica del cuerpo de Adán, para sobar y delinear el barro, podría encomendárseles á los ángeles alguna parte de esta obra; pero que nunca alcanzaría su ministerio á perfeccionar ni organizar el cuerpo humano. Porque no sólo no estuviera en su mano organizar el cuerpo de Adán, sino que aun cuando el hombre hubiera descendido de una bestia, y de ella hubiera tenido carne y huesos, de modo que hubiese poseído organismo idóneo para recibir alma sensitiva é imperfecta, que allanase el camino y diese lugar á la introducción del alma racional; en tal caso los ángeles no habrían podido cooperar á la formación de este cuerpo adamítico, porque no es de creer ni verosímil que Adán pasase por los grados de animal imperfecto á más perfecto antes de llegar al ser de hombre. Ésta es la sentencia del P. Suárez.

De cuyas palabras, tan perentorias y decisivas, han querido algunos escritores sacar triunfante la opinión de que pudo Adán haber provenido del feto de algún mono, que con tener de mono el alma y de hombre sólo el cuerpo, recibiese un día alma espiritual y quedase hecho un Adán entero y verdadero: ó si no, que siendo mono crecido y acabado, diese el divino poder en un tris á esa bestezuela el ser de hombre, expelida el alma bruta y entrando á informarle el alma racional. Esta exposición, que multiplica los milagros sin necesidad, estaría en manifiesta lucha con las palabras de Suárez, y aun se compondría mal con la extrema sentencia que él no otorga sino á duras penas. Los ángeles, en la doctrina de los teólogos, no tienen

[1] *De op. sex dier.*, cap. 1, n. 14.

más poder físico que el de causar movimientos locales, en cuyo ministerio le son á Dios instrumentos de sus designios: toda otra intervención en la fábrica de los cuerpos se les niega por la Teología. Acudan á la acción de los ángeles aquellos escritores que no ven en los organismos más espectáculos que vaivenes de átomos y mutaciones de fuerzas físico-químicas; invoquen ellos el poderío de los ángeles y su voluntad locomotriz para explicar el origen de los cuerpos organizados; pero no blasonen de andar á la huella de Santo Tomás, ni de los grandes teólogos: despedazar la doctrina de aquellos varones sapientísimos y ampararse con parte de ella, desechando la principal, para luego ufanarse de reverenciar el resplandor de sus luces, es mentir muy á las claras el respeto que se les debe.

4. Poniendo fin á esta materia, la excelencia del reino espiritual sobresale entre todos los demás órdenes de seres. En los escuadrones de lucidísimas jerarquías resplandece la imagen perfecta de la simplicidad y pureza de la divinidad. "La creación de purísimas inteligencias, dice Hettinger, según el concepto que de la creación debemos hacer, parece más conforme á los pensamientos de Dios que la de los seres materiales. Porque si Dios hubiera ceñido su poder á producir el espíritu del hombre, sin crear otros más perfectos, no hallaríamos en todo el universo una imagen que representase al propio la naturaleza y vida divina; por cuanto el alma humana metida y atollada en la materia comunicando con el mundo de los cuerpos, trabajosamente puede despedirse de su vida sensitiva y echar de sí las representaciones mudables y voltarias que la tienen apiolada y la impiden volar á la alteza de la idea eterna y universal" [1]. Este hermoso pensamiento, que es de Santo Tomás [2], le desenvuelve diestramente el docto Raimundo Sabunde en su *Teología natural* [3], y de él trata también el P. Suárez [4], según la gallardía de su poderoso ingenio.

[1] *Apol. du Christ.*, t. III, chap. III.
[2] I p., q. L, a. I; *Contra Gentes*, l. II, cap. XCI.
[3] Cap. CCXVIII.—[4] *Metaphys.*, II, disp. XXXV.





CAPITULO XLIX.

EL PARAÍSO TERRENAL.

Plantaverat autem Dominus Deus Paradisum voluptatis a principio.
(II, 8.)

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Constante tradición del Edén en los pueblos más antiguos.—2. Opinión común de las naciones acerca del árbol del paraíso y de la vida de los primeros hombres.—3. De dónde dimanaron estas creencias.—4. Vocería de los modernos racionalistas contra aquel estado feliz.—5. Dislates del español Calvo.

1. "Había Dios plantado un paraíso de deleites desde el principio, y en él puso al hombre que había formado. Y produjo de la tierra toda suerte de árboles agradables á la vista y sabrosos al paladar: en medio del paraíso el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal: un río salía del lugar de delicias, para regar el paraíso, el cual se divide en cuatro cabezas; el uno se llama Phison, que cerca la tierra de Hevilath, donde se cría el oro, y es preciosísimo; y también se descubre allí el bdelio y la piedra cornerina. El nombre del segundo río es Gehon, que hace sus vueltas por toda la tierra de Etiopia. Llámase el tercero Tigris, que entra en la Asiria; el cuarto es el Eufrates. Tomó, pues, Dios al hombre, y púsole en el paraíso de deleites para que le labrase y guardase. Y le intimó precepto, diciendo: De todo árbol del paraíso podrás comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas: el día que comieres de él, morirás seguramente.„—Hasta aquí el Génesis [1].

El paraíso terrenal, como lugar lleno de regalo y maravillas, ha quedado grabado en la memoria de los pueblos más antiguos. Los indios no señalan al paraíso sitio determinado, considerándole sito al

[1] Cap. II, 8-17.

septentrión hacia el Occidente, en aquella parte de donde sus antepasados llegaron al Indostán. Fingen un monte altísimo, resplandeciente, cubierto de oro, poblado de árboles de semilla celestial, regado por arroyos purísimos y beatificado por el melodioso cantar de lindas avecillas. Cuatro lagos de leche, manteca, suero y aguardiente dan origen á grandes brazos de ríos que riegan los cuatro puntos cardinales. En la cumbre de este monte moran los justos en jardín amenísimo, que tiene plantado en medio el árbol de la inmortalidad. El monte descansa en basamento de oro, de plata, de cobre y de hierro; muévense en derredor el sol, la luna y las estrellas, y cércanle y guárdanle fieros dragones [1]. "Los indios dicen que puso Dios al primer hombre en un jardín de delicias llamado Chorcam, poblado de toda suerte de frutales, entre los que campeaba uno que daba con sus frutos inmortalidad á los que lograban gustarlos." Así el P. Bouchet al obispo de Avranches [2].

Los antiguos persas colocan su paraíso en el centro de la tierra, y le rodean del sol y la luna: nacen de él cuatro ríos que bañan la tierra, dos al Norte y dos al Mediodía. El árbol de la vida lleva el fruto de que se sustentaban los primeros hombres; el que le gustare no morirá. "El hombre, padre del mundo, fué criado y destinado para el cielo, á condición que fuese humilde de corazón y de puros pensamientos y que no invocase á los *Devis:* perseverando en esta disposición, serían felices el hombre y la mujer. Como Arimán intentase corromper la fruta del árbol de la vida, Ormuzd crió diez peces que le rodeasen y defendiesen; uno de ellos rompió la cabeza del sapo que Arimán había puesto á la boca del río que regaba el árbol sagrado [3]".

No son menos importantes las noticias de los chinos. Sitúan el monte de su paraíso al Noroeste, origen de su antigua casta; y en mitad del monte un huerto regado por una corriente amarilla, por nombre *Fuente de la inmortalidad*, que da vida á los que de ella beben. Esta fuente repártese en cuatro canales que derraman fertilidad por los cuatro vientos, y son los manantiales de la vida espiritual. Por esta causa llaman al jardín camino del cielo; pero la conservación de la vida consiste en el fruto del árbol privilegiado. Esto es lo que consta en las *Memorias chinas* escritas por los misioneros de Pekín. Y en los *Anales de filosofía cristiana* [4] leemos lo que sigue: "Los

---

[1] LUKEN, *Les traditions de l'humanité*, t. I, § XV.

[2] *Cartas edificantes*, t. XVIII.

[3] *Zend-Avesta*, t. I, p. 2.—Lo que en este lugar dice Anquetil, traductor chapucero del *Avesta*, se refiere á las tradiciones persianas, sin distinción de antiguas y modernas, puesto que los antiguos persas no conservaban memoria de árbol edénico, como más abajo se dirá.

[4] T. XXVIII, p. 202.

elementos que componen las cosas materiales guardaban inalterable concierto. El hombre, unido á la suprema razón, ejercitaba la justicia sin doblez y con gran regocijo. El cielo le ayudaba, la tierra le sonreía, los animales le miraban con respeto, y vivían con él en una suerte de amistad: ésta era la morada de los inmortales„.

Vengamos á los griegos, que tienen por paraíso el monte Atlas, que esconde su cabeza en las nubes, cercado del sol y de la luna. El jardín de las Hespérides, sembrado de árboles milagrosos y cuajado de frutos de oro, está guarnecido de murallas y custodiado por un dragón que defiende la entrada. La Tierra, cuando la diosa Juno casó con Júpiter, la regaló con un ramo de manzanas, y porque las Hespérides habían osado cogerlas, Juno encargó al dragón que nadie las tocase [1]. Junto á este jardín vivían los hiperbóreos, hombres felices, ajenos de discordias, de enfermedades y muerte: llamáronse macrobios por esta causa, y vivían de solos frutos. Allí moraban pacíficamente Apolo y su hermana Artemisa [2]. Ríos de leche, avenidas de néctar, raudales de miel corrían por aquel felicísimo suelo [3]. Este monte estimábanle los griegos rodeado de agua como una isla, situábanle al Oeste, y no al Norte; pero el Olimpo, que coronaba la montaña, era la mansión de los dioses.

Los germanos fingían su paraíso en el centro de la tierra. Moraban los dioses en la habitación de la holganza, ó digamos Walhalla, donde se debían juntar con Odín los valerosos guerreros. Allí estaba el campo de Ida, en que los dioses habían pasado la edad de oro. Allí se veía el árbol sagrado, que extendía sus raíces por los tres mundos, de cuyas raíces nacían tres fuentes que regaban el cielo, la tierra de los gigantes y el mundo subterráneo. La serpiente mordiscaba el tronco del árbol, en cuyas ramas descansaba el águila, que todo lo rodeaba con su vista.

También los mejicanos imaginaron el paraíso en un monte altísimo, donde residía el espíritu de las aguas, que las derrama por toda la tierra. La pirámide de Cholula, la mayor de Méjico, fué consagrada, según tradición, al primer hombre, Quetzalcoatl, que vió florecer la edad de oro en el país, y había sido llamado al paraíso por Dios Tezcatlipoca para beber el licor de la inmortalidad [4].

Dignos de mención son los egipcios, que han conservado el recuerdo de aquella edad afortunada en que los imitadores de Horus vivían

---

[1] VIRG., *Æneid.*, l. IV.

[2] DIOD. SIC., III, 54.—PLINIO, *Hist. nat.*, IV, 12.—APOLODORO BIBL., II, 5. PAUSANIAS, l. 18, v. 7; X, V.

[3] OVID., *Metamorph.*, l. I.

[4] CLAVIJERO, *Hist. de Méjico*, II, 13.—HUMBOLDT, *Vue des Cordillères*, I p.

vida feliz. Así lo testifican Chabas [1], Rougé [2], Naville [3] y Lepsius [4]. "Léese, dice Vigouroux, en una inscripcion hallada en la isla de Tombos, en la Nubia, lo que sigue: "En los tiempos de los dioses, cuando reinaban los seguidores de Horus, el rey Thotmes dió soplo vital á cualquiera que le siguiese, y sus copiosos favores á los que le preparasen el camino„ [5]. Parecidas memorias guardan los restantes pueblos de la tierra, con esta especialidad, que cuanto son más antiguos, más notable es la conformidad que tienen con la narración mosaica. Dos suertes de paraísos pueden distinguirse, aunque confusamente, en estas tradiciones: uno alto y sublime, circuído de agua, en cuyo derredor voltean y muestran su acatamiento los planetas y estrellas del cielo; otro plantado en la tierra, en una isla afortunada, henchido de felicidad; en el uno moraban los dioses, en el otro vivían los hombres justos; el uno era asiento de la inmortalidad, apartado de la vista de los mortales; el otro albergue de hombres que gozan de paz ocupados en el trabajo; el uno es paradero de hombres endiosados y bienandanza sin término, el otro es camino para alcanzar la felicidad y trocarse en morada de la dicha el día en que se remueven las cosas mundanas.

2. Algunos conceptos, en el número antecedente tocados, conviene aquí poner en su punto, ya que los progresos científicos sirven para enmendar nociones tenidas hace medio siglo en posesión de plausibles, que son ahora estimadas inexactas, en especial tocante al árbol del paraíso, cuya tradición se ha exagerado más de lo justo en libros de poco fondo. Por esto hemos dejado correr las autoridades antedichas, con el intento de ajustar las aserciones á la verdad científica cuanto en materia tan dificultosa nos sea posible. Veamos, pues, qué opinión reinó en la antigüedad acerca del árbol del paraíso. La religión caldeo-asiria dejó memoria de sí, cual ninguna otra, en la representación del árbol de la ciencia, figurada en un cilindro babilónico, cuya letra correspondiente no se ha descubierto hasta hoy. Junto á un árbol, de cuyas tendidas ramas cuelgan sendos frutos, tomaron asiento un hombre y una mujer en ademán de mantener entre sí tela de conversación; el hombre lleva coronada con cuernos la frente, la mujer tiene tras sí una culebra erguida. Ruidoso debate se armó entre los asiriólogos sobre la representación caldea; el término fué concluir que en ella se significaba la narración bíblica [6]. Dictamen tanto más digno de estima, cuanto entre las tradiciones popula-

---

[1] *Études sur l'antiq. histor.*, introd.—[2] *Mém. sur les six prem. dynast.*
[3] *Mythe d'Horus.*—[4] *Denkmäker*, III.—[5] *La Bible*, p. I, l. I, chap. I.
[6] LAYARD, *Monuments of Niniveh*, 1849.—LENORMANT, *Origines de l'histoire*, 1880, t. I, pág. 74.—VIGOUROUX, *Les livres saints*, 1887, t. III, pág. 412. Renan no reparó en fabular que Moisés debió á los caldeos la tradición conservada oralmente entre los judíos. *Hist. du peuple d'Israël*, t. II, pág 344.

res apenas se halla una sola que hable del árbol de la ciencia, sin embargo de conmemorar las más el árbol de la vida; árboles ambos á dos bien distintos en la Sagrada Escritura, puesto que el uno había de dar al hombre una cierta inmortalidad, y el otro sirvió de prueba á la lealtad de nuestros primeros padres[1].

A la representación sobredicha del árbol de la ciencia hace consonancia un texto cuneiforme que menciona otro árbol, venero de inmortalidad. La leyenda de Gilgames le propone á tiempo que el héroe siguiendo su camino, al llegar á casa de Samasnapistim, juntamente con el bien venido, recibe en mesa franca el arbusto llamado *remozaviejos;* "planta divina, que lleva por frutos piedras preciosas, y con sus ramos extendidos roba los ojos al alma„ [2]. Por desdicha la serpiente le arrebató á Gilgames el regalado tesoro, con cuya substancial posesión Samasnapistim y su mujer habían alcanzado el bien durable de la inmortalidad [3]. No sin acertado juicio dice Loisy: "Le

---

[1] SAN AGUSTIN, *De Civit. Dei*, lib. XIII, cap. XX; lib. XIV, cap. XXVI.—SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. XVI *in Genes.*—SANTO TOMÁS, I p., q. XCVII, a. 4; 2.ª 2.ae, q. CLXIV, a. 2, ad 6.—MANGENOT: Ces deux arbres, réels et non mythiques, étaient une production du sol, comme tous ceux qui ornaient le paradis terrestre. *Dictionn. de la Bible*, 1895, t. I, pág. 895.

[2] *Tablilla XI del Poema. Revue des religions*, 1892, pág. 106.

[3] En la epopeya de Gilgames se narra que, después de salvarse en su batel de las aguas del diluvio el héroe, como hubiese escapado de una enfermedad y aportase con el piloto Amel-Ea á las tierras de Samasnapistim, descubrióle éste el secreto de los dioses, enseñándole una planta parecida al espino, cuya substancia daba vida inmortal. Los versos del poema, traducidos por Sauveplane, son del tenor siguiente:

294. Gilgames, s'adressant à Amel-Ea le pilote, lui dit: — Amel-Ea, cette plante est la plante renommée, au cœur de la quelle l'homme trouve la vie. Je veux l'emporter au milieu de Uruk-supuri, je veux en faire manger... qu'il coupe la plante. Elle a nom: Le vieillard est rajeuni. Moi, j'en mangerai à mon tour, ansi reviendrai-je aux jours de ma jeunese.—

300. Ils fournirent d'abord une étape de quarante heures, puis au bout de soixante heures de marche ils firent une libation.
Gilgames vit le puits aux eaux bouillonnantes.

305. Etant descendu au sein du puits, il répandait de l'eau, lorsque un serpent sortit, et lui ravit la plante. Tandis qu'il s'enfuyait il jeta une malédiction. Ce jour-là Gilgames s'assit et pleura. Ces larmes coulèrent sur ses joues.—*Revue des religions*, 1893, pág. 77.

Demás del abate Sauveplane han interpretado con nuevo estudio en estos últimos años la Tableta XI citada, donde se contiene el diluvio, los asiriólogos siguientes: JENSEN *(Kosmologie*, 1890), JEREMÍAS *(Izdubar-Nimrod*, 1891), HALÉVY *(Recherches bibliques*, 1892), LOISY *(Les mythes chaldéens de la création et du déluge*, 1892); los cuales se aprovecharon de los primeros ensayos hechos por Smith, Oppert, Lenormant y Haupt.

paradis chaldéen est un paradis gagné au lieu d'être un paradis perdu„ [1].

De cotejar entre sí la tradición hebrea y la caldea resultan notables conveniencias y desemejanzas. Las conveniencias son las siguientes: en el paraíso caldeo Samasnapistim y su mujer tienen á su disposición y arbitrio un arbusto, que mana de sí intrínsecamente rayos de inmortalidad; Adán y Eva tienen en el paraíso terrenal el árbol de la vida, que la perpetúa con los verdores de una ilimitada felicidad. La serpiente roba á Gilgames la planta de la inmortalidad; la serpiente infernal roba á Adán y Eva con sus viles arterías el don precioso de la justicia y santidad. El dios Bel exclamó: "En adelante Samasnapistim y su mujer serán dioses como nosotros„; la serpiente del Edén prometió á Adán y Eva: "seréis como dioses„; y añadía Jehová: "mirad, ahí tenéis al hombre hecho como uno de nosotros„. Pero dignas de reparo son las desemejanzas. El Génesis introduce en la relación un concepto moral que se echa menos en el poema de Gilgames. A Gilgames se le aguó el contento cuando le llevaron la planta de la vida, mas no recibió por su descuido el competente castigo; Adán y Eva vieron trocada su condición y felicidad por haber quebrantado el precepto de Dios comiendo la fruta prohibida del árbol de la ciencia. El poema caldeo erige el hombre al ser de divino; la Biblia le destinaba á vida inmortal, pero le condenó á vida miserable por haber intentado subir á ser divino [2]. Estas semejanzas y desemejanzas son notas suficientes para dar la debida calificación al uno y al otro relato.

Entre los egipcios, ó el olvido se fué comiendo el árbol de la vida, ó no les llegó la memoria de él; ello es que le pasaron de corrida en sus monumentos. Tampoco les quedó á los persas memoria de los dichos árboles. En el Vendidad, donde se pinta la vida feliz de los primeros hombres, según hemos dicho más arriba, cap. XXXIX, art. III, aunque se celebren árboles y semillas, sepúltanse en la tierra del olvido los de la vida y de la ciencia, si alguna noticia alcanzaron los antiguos iranios. Pero los libros zendos, posteriores al nacimiento de Cristo, narran cómo de miles de simientes formó el dios Ormuzd en medio del mar celeste un árbol llamado *espanta-males* ó *semillero universal*. Al pie de este árbol fabuloso brotó el *gaokerena*, que es antídoto de enfermedades, epitima confortante contra la mortalidad,

---

[1] *Revue de relig.*, 1892, pág. 134.

[2] Cuanto á la situación del paraíso caldeo, las Leyendas le colocan *en la embocadura de los ríos* Tigris, Eufrates y Golfo pérsico, llamado *río* por los babilonios; mas el paraíso del Génesis, aunque tenía alguna conexión con los ríos Tigris y Eufrates, no se sabe si los cuatro mencionados por Moisés (Eufrates, Tigris, Fison y Gihon) nacían de una misma fuente, ni si la tenían en el mismo paraje. LOISY, *Religion Chaldéo-assyrienne. Revue des Relig.*, 1892, pág. 134.

y medicina segura para la venidera final resurrección. El envidioso Arimán crió una descomunal tortuga que echase á perder las raíces del árbol famosísimo; pero Ormuzd, con muy buena cuenta y razón, puso allí al inmenso pez *Karó* para que le custodiase. Mas toda esa fabulería se contiene en el Minokired, libro moderno, de ninguna autoridad tocante á las tradiciones antiguas [1].

Al mismo tenor hemos de discurrir sobre los indios. A noticia de los védicos no llegó el árbol de la vida ó de la ciencia, si bien hicieron ola á su alrededor las nuevas de un árbol místico, que en el otro mundo recoge á la sombra de sus ramos las almas de los Pitris guardadas por Yama, como dicho tenemos arriba, cap. XXXIX. Pero los bramanes, como por ley de encaje, sin tener cuenta con las tradiciones patrias, pintaron muy bien plumeado el árbol del paraíso. Tomada de su mano la pintura, el P. Bouchet describe el Edén, el árbol de la vida, la travesura endiablada de la serpiente, la caída de la pareja humana, la misericordiosa intervención del dios Siva, como podrá ver el curioso en el libro de Laouenan [2]. El propio P. Bouchet llegó á pensar que la veneración que les ha quedado á los indios en el mirar ciertos ríos como materia de culto, les nacía de la memoria que guardaron de los ríos del paraíso terrenal. Con tanta viveza se les asentó á los indios esa pintura, que algunos misioneros no vacilaron en fijar el paraje del paraíso terrestre en el centro del Himalaya ó en la isla de Ceylán. Más aún; tan por entero se les ha enturbiado á ciertos orientalistas la clara luz de la verdad, que no les faltó tiempo para ir por el Asia en busca de los cuatro ríos del Génesis (que imaginaron serían el Oxus, el Ganges, el Indus, el Bramaputra), con intento de hacer más persuasible la tradición de la India [3]. Pero ilusión todo, fantasía y conjetura sin sólido fundamento. El mismo relato del P. Bouchet denota que del bramanismo y no del vedismo salió la invención; advertencia que, si hubiese caído en el pensamiento del P. Bouchet, no hubiera sido su autoridad ocasión á los modernos de extender las velas de su imaginación tan sin medida. Los bramanes, más bebieron en las Escrituras que en los Vedas. Y esto baste para dar en el suelo con el árbol de la inmortalidad y con toda la hojarasca del paraíso terrenal que los indios é indianistas tanto celebran, pues toda la substancia pertenece con propiedad al pueblo hebreo.

A los budistas les sonó en los oídos el remusgo del árbol de la ciencia, que la fábula de Buda les dejó percibir. Porque acosado Sakia-Muni de espantosas dudas, deseoso de resolverlas, toma por guarida

---

[1] HARLEZ, *Avesta*, Introd., pág. CXXXVI.

[2] *Du brahmanisme*, t. I, 17.

[3] El P. Nieremberg trata en seis capítulos de su *Curiosa filosofía*, lib. I, esta materia con la erudición y cuidado que suele.

el *árbol bodi*, higuera sagrada donde, abarracado por siete días continuos, pasa por las puntas de fieras tentaciones del mal espíritu Mara, cuyas arremetidas enfrena valeroso y gallardo [1]. El *árbol místico de la ciencia* quedó entre los budistas por inmortal monumento de su fundador. ¿De dónde sacarían los poetas del *Lalita* un paso tan semejante al del Edén bíblico? ¿Del bramanismo ó del judaísmo, comoquiera que la fábula se escribió poco antes de la era cristiana? ¡Ojalá pudiéramos remitir á la general tradición la higuera sagrada del budismo! Sería el único documento no copiado de la Biblia.

En los anales de la China no hay sombra del árbol de la vida ni de la ciencia. Pero el Japón conservó un no sé qué recuerdo del paraíso terrenal. Un mancebo, hijo de los primeros dioses, vió cierto día á una joven junto á un pino. Perdido de amores por ella, le juró eterna voluntad. Vivían ambos en paz regalada, arrancando hojas del árbol, en cuya copa hacía la grulla su nido y á cuya sombra la tortuga descansaba. Acabóse en agraz la vida de entrambos esposos. Sus almas pasáronse al tronco del pino, que por eso llamóse *pino conyugal*. De noche acechaban las almas de los dos difuntos por las ramas del árbol, sin dejarse ver en figura humana sino es de gente escogida. Pero la tortuga y la grulla, emblemas de la inmortalidad, les servían de compañeras [2].

La mitología helénica no dió entrada al árbol de la vida. En la misma ignorancia estuvo la gente romana. Los germanos tenían el mito del árbol *Iggdrasil* (lleva en sí á Dios), gigante que esconde la copa en los cielos, cuyas hondas raíces son regadas por las cristalinas aguas, cuya corteza y ramaje roen los monstruos y demonios, pero el rocío del cielo vivifica las ramas y los espíritus celestes estorban la destrucción del tronco. Esto se lee en las fábulas heroicas del centón Edda. Odín el hacedor está en la cima del árbol, dice otra descripción; los hombres moran seguros en el jardín *Midgard*, amparados por las ramas del árbol universal [3].

En fin, los mejicanos pintan el árbol del paraíso semejantemente á una cruz con un pájaro encima, por tan artificiosa manera, que los primeros misioneros españoles dieron en creer, contemplando este símbolo, que el apóstol Santo Tomás había evangelizado aquellas tierras y plantado la enseña de nuestra redención; y aun en la *Historia* de Clavijero leemos la opinión de Sigüenza, que toma á Quet-

---

[1] El *Lalita Vistara* contiene las tentaciones de Buda, descritas fantásticamente.—DESGODINS, *Revue des religions*, 1890, pág. 196.

[2] M. H. CASTONNET DES JONES: Le *Pin de Takasago* est principalement représenté aux fêtes qui se donnent à l'occasion d'un mariage. Son but est de célébrer la fidélité conyugale, et quoique cette légende soit fort ancienne, ses auditeurs trouvent toujours un nouveau plaisir à la voir reproduire devant eux. *Revue des religions*, 1895, pág. 397.

[3] BUNSEN, *Dieu dans l'histoire*, 1868, pág. 443.

zalcoatl, figura de Adán, por Santo Tomás Apóstol. Que la vista descubra una suerte de cruces en figuras de dicho personaje, no hay duda; sin embargo, las razones que hicieron fuerza á Vetancurt [1] para abrazar la opinión de Sigüenza, á Torquemada en su *Monarquía India* no le parecieron probables, ni tampoco las creyó suficientes ni sólidas el doctísimo P. Hervás [2]. Sobre la predicación de Santo Tomás Apóstol, en la Nueva España y en el Perú, es cosa que espanta la creencia que reinó durante el siglo xvii, fomentada por escritores sin crítica, llenos de piadosa voluntad. Decían que en varias losas había dejado el santo Apóstol señaladas huellas de su cuerpo, y unas como letras griegas estampadas de mano propia. "Llevóronse los caracteres por todos los conventos, y ninguno supo griego ni hebreo„ [3]. Tomó á cargo D. José Eusebio de Llano Zapata [4] deshacer los signos y figuras de la piedra principal, probando ser supuestos los caracteres y obra de misioneros españoles. El diligentísimo Padre Ricardo Cappa, competente en esta materia, da por asentada la evidencia de tan insigne patraña [5].

3. Pero lo que con más estudio conviene considerar es que estas tradiciones no pueden haber procedido ni traído su origen sino de una fuente única verdadera. Porque ¿dónde podían las gentes aprender la noticia de aquel colmo de bienes que en su paraíso introducían? De la propia experiencia no pudo ser; harto notoria verdad es á todas las generaciones, desde que hay hombres, que no han dejado de cargar sobre la mísera humana gente continuadas discordias, innúmeras enfermedades, torpísimos errores, pasiones sin freno, codicias desapoderadas, afanes por adquirir, temores en conservar, congojas sin cuento en el uso de los bienes de la tierra, derogación absoluta y general de todos aquellos deleites que cada nación contemplaba resumidos en la holganza del Edén. No podía ser más antojadiza tal cumbre de felicidad; aun soñada, fuera delirio. Pues ¿cómo pudieron bárbaros y civilizados dar entrada en sus ánimos á la edad felicísima y celebrarla con tales loores? Especialmente que, aunque los pueblos antiguos no viviesen trabados entre sí con los lazos del comercio que hiciera comunes los intereses, y pasasen de unos en otros las memorias nacionales, cada pueblo se complacía en vestir sus creencias con ropajes cortados al talle de sus aficiones, dejándonos entrever, por entre las galas de su fantasía, el cuerpo desnudo de la purísima verdad. Si, pues, sin revelación ó sin enseñanza de padres á hijos no hubieran dado los hombres en fantasear una paz tan apartada

[1] *Arte del idioma mejicano*, 1973.—[2] *Storia della terra*, p. II, capo II.

[3] *Crónica augustiniana del Perú*, del M. Rdo. P. M. Fr. Antonio de Calancha, lib. II, cap. II.

[4] *Memorias de la América Meridional*, art. XXII.

[5] *Estudios críticos*, 1889, parte segunda. Apéndice V, p. 224.

de las penalidades y miserias presentes, lícito es concluir que una tradición difundida por todo el orbe demuestra bastantísimamente y con toda evidencia atestigua haber sido el hombre en la aurora de su vida colocado en un paraíso de felicidad por la mano de su Criador.

4. Contra esta verdad, aclamada por tantas voces de siglos, levantan las suyas los racionalistas, oponiendo sus baladronadas. «En la Biblia, clama Hegel, se habla de un paraíso; muchos pueblos de la antigüedad ven su paraíso, y de él se lastiman como de cosa perdida. Demos á esta idea el valor que merece. Esa unión del hombre con Dios, la racionalidad, la espiritualidad, son la esencia del hombre sin duda; pero la idea y la esencia no son ningún estado aislado y subsistente aparte, sino que son fundamento á la multitud de estados que se suceden y pasan. Pero los hombres, al querer representar lo que es puro concepto y pura esencia, ordinariamente se engañan, tomándolo por cosa subsistente y realmente concreta, y confunden lo eterno de lo ideal con el torbellino de lo real y perecedero. Así se explica la ciencia perfecta que se quiere atribuir á los primeros hombres acerca de Dios y de las cosas divinas. No hay más en ello que una desvariada ilusión. Lo mismo diremos de esa alta perfección moral que el hombre diz que poseyó en el llamado estado de inocencia. La verdad es que el primer estado de la voluntad no es tanto estado de inocencia como estado de codicias, de brutalidades, de salvajez... El bien... y la virtud son frutos del progreso„ [1]. ¿Qué progreso es éste que tanto exaltan los racionalistas? Un progreso que no para, un adelantar sin término, un correr sin saber adónde, un moverse sin hacer pie ni hallar quietud ni reposo, ¿quién lo entiende, quién lo aprueba? Procuran con artificios, á fin de engañar sus penas, pregonar el progreso indefinido, que, comenzando por el hombre salvaje, le perfeccione por grados, sin más causa que el desarrollo de las fuerzas naturales; y ésta es la verdad histórica, si á sus embustes damos fe; la perfección primitiva es alucinación mental.

Pero, mal que les pese, las voces del linaje humano entero los dejan por vanos é ilusos. Todo el resto de los hombres profesa un estado primitivo de solaz y bienandanza; no lo pueden ellos negar. ¿Osarán negar la realidad y substancia de semejantes aspiraciones? ¿Qué les iba á los pueblos en levantar sobre las estrellas á los primeros hombres del mundo? Al contrario, en cosa que tanto importaba, como era el no engañarse sobre la verdad de su origen, tantos pueblos de consuno nunca hubieran seguido las tinieblas por la luz, ni soñado en diferentes visiones la substancia de un mismo pensamiento. Mas ¿qué digo? ¿No es acaso histórico este punto? Históricos, pues, han de ser los documentos que se aleguen para su prueba, como son, en efecto, documentos históricos las venerandas voces de las teogonías,

[1] *Religionsphilos.*, I, p. 190.

cuyo rastro se pierde en las tinieblas de la antigüedad, puesto que no son más eficaces las pruebas que los racionalistas alegan para hacernos creíbles sus invenciones. "Si esta universal tradición de los pueblos, dice á este propósito el sabio Hettinger, es un mero capricho del amor propio que se lisonjea á sí mismo, ¿cómo los hombres tienen valor para llamarse hijos de pecado, herederos de la antigua prevaricación? ¿Por qué motivo no se han ufanado de haber hecho progresos en la civilización á costa de su ingenio y actividad?„ [1]

5. No sufre la presente ocasión quede sin censura un libro español, poco ha citado, que por lo vano, indigesto y atrevido de sus ideas no merecería nombrarse, si no pusiese á la vista los escollos en que caen aquellos hombres que por ambiciosa pretensión se aficionan á escritos de autores enemigos de nuestra religión sacrosanta. ¡Y cuántos papeles no vemos publicados sin más mérito que la audacia de los yerros que propalan! El autor [2] intenta, al parecer, ridiculizar á todo trance el estado feliz de nuestros primeros progenitores. A trueque de conseguirlo, no repara en vender por verdades inconcusas las que ni honra alcanzan de hipótesis verosímiles. "La ley natural de la evolucion, cuyo carácter de universalidad está demostrado en el mero hecho de ser natural„ [3].—"El monosilabismo ha de ser el primer medio que los hombres tuvieron de comunicarse„ [4].

Tomadas estas dos bases, la evolución y el monosilabismo, cuya verdad nadie ha demostrado hasta el presente, échase el autor á dormir, y sácase de la cabeza este ridículo sueño. "Por primera vez á un individuo de una familia de la edad de piedra se le ocurre coger una vasija, llenarla de agua, y aproximarla al fuego. Al poco rato la familia sentada en el hogar siente un ligero rumor que sale del fondo de la olla *(olla, vasija, puchero, caldera,* son aquí imperdonables anacronismos en la pluma de un evolucionista, y graves insultos á la escuela prehistórica); el ruido crece, se aproximan todos..., el agua está en movimiento, el agua hierve, el agua vive. ¿Es, pues, un ser animado? La familia se contempla atónita... El agua en tanto sigue murmurando su *ber, ber, ber, ber*„ [5].

Hecho pie en este *ber* y en otro *ha* que más adelante le saldrá al paso, pretende el autor llegar al origen del lenguaje. Pero antes va sembrando sus páginas con estos rasgos de audacia racionalística. "La religión y la mitología son contemporáneas de la razón humana„ [6].—"La religión y el culto surgieron lógica y espontáneamente del discurso humano en presencia de la naturaleza animada„ [7].—"Para crear el mito en toda su sencillez, se necesitaba un cerebro

---

[1] *Apol. du Christ.*, t. III, chap. VI.
[2] Estanislao Sánchez Calvo, *Los nombres de los dioses*, 1884.
[3] P. 22.—[4] Ibid.—[5] P. 121.
[6] P. 14.—[7] P. 123.

virgen, sin idea religiosa anterior, sin noticia de ley, sin prejuicio alguno, como debió estar el de los primeros hombres„ [1].

Y rompiendo en muchos puntos la valla, salta con estas manifiestas impiedades: "Ha sido error común de todas las escuelas idealistas considerar en el espíritu humano el mismo grado de *infinidad* y excelsitud en todos los tiempos. Esto no podía ser menos de ser así, dado el principio dominante: el hombre perfecto en cuanto hombre desde el primer día. Algunos filólogos fueron más lejos aún, suponiendo en el principio un estado de perfección superior al actual. No es menester hacer notar la influencia que afirmaciones de tal magnitud, sin otro fundamento que pruebas *a priori* ó una revelación sobrenatural, pudieron ejercer en los sistemas„ [2].—"Es preciso, para ver claro en esta materia, abandonar esa constante preocupación del *fiat*, que persiste aún, aunque perdiendo terreno cada día, sustituída por la creencia en la ley natural de la evolución„ [3].—"El fuego era para el hombre primitivo un dios vivo que se veía nacer, desarrollarse y morir como una criatura; hijo de Dios que se sacrificaba por salvar al género humano„ [4].—"El negro de Guinea, postrado delante de veinte mil fetiches..., ejerce un acto tan agradable á Dios como el cristiano orando á los pies de un crucifijo„ [5].—"Esta adoración del diablo es general y supone un trastorno de la inteligencia, que, sin embargo, se explica bien por la miseria en que viven ó pudieron vivir los antepasados de las tribus americanas„ [6].—En esta conformidad son otras muchas borrumbadas que el autor estampa en su libro.

Las cuales dejaremos pasar por alto, porque es cosa de ver cómo el que parece no haber en su vida saludado la Biblia, va y se mete á interpretarla á lo palurdo no sin asombrar á los doctos, para quienes dice que escribe, con estos groseros dislates: "Jehová no figura en todo el Génesis„ [7].—"El Adán y Eva de los Thibetinos son dioses en cuerpos de monos. ¿Qué se pierde con esto? La dignidad humana queda á salvo, porque mira al cielo y se ve inmortal. ¿No dice la Biblia también que somos dioses?„ [8]—"Cuando el nacimiento de Enós, entonces—dice el Génesis (IV, 26)—los hombres comenzaron á llamarse con nombres de Dios.—Esto no puede significar otra cosa sino que empezaron á distinguirse los hombres por el nombre de sus dioses, lo mismo que después se apellidaron mahometanos ó cristianos„ [9].

Después que ha corrido por todo el mundo antiguo, acompañado de filólogos racionalistas, destrozando nombres de dioses y no viendo en ellos sino transformaciones de *Ha* y *Ber*, pregona su descubrimiento en esta forma: "No parece sino que todo el lenguaje primitivo se redujo á estos dos monosílabos sagrados: *Ha-Ber*„ [10].—Refiriendo el parecer de aquellos lingüistas que reducen á quinientas raí-

---

[1] P. 190.—[2] P. 37.—[3] P. 54.—[4] P. 194.—[5] Ibid.
[6] P. 306.—[7] P. 252.—[8] P. 224.—[9] P. 213.—[10] P. 446.

ces los millones de vocablos aryanos, europeos y semíticos, déjalos por necios negando que pueda ser ése el lenguaje primitivo, por esta singular razón: "Tanto valdría volver otra vez al origen, directa y completamente revelado, del lenguaje. Sería caer de nuevo en el error vulgar de que los hombres empezaron por dar nombre á las personas y á las cosas„ [1].—"La primer pareja humana que rompió a hablar no pudo tener más que una onomatopeya sola, la más natural, la más sencilla, el soplo, la respiración: con ella empezó á expresar su personalidad, sus sucesores, luego todas las otras ideas que hemos estudiado ya„ [2].

Finalmente, mostrando toda la pueril vanidad de que es el hombre capaz, remata su empresa diciendo: "Son estos dos monosílabos *(Ha-Ber)* del soplo y del calor los primeros y sagrados sonidos de la palabra humana, y el origen de todas las mitologías, teologías, religiones y lenguas„ [3].—Tal es la "transcendencia del descubrimiento„ en gracia del cual pide el autor disculpa [4] á sus lectores de no haber extendido la pluma á más amplias explicaciones. La verdad sea, que al que emprende la lectura de estos *Estudios filológicos* cáesele el libro de las manos y se las ata el dolor quitándole el aliento para insistir en tan triste demanda. Ha parecido bien tener advertidos á los estudiosos, para que vean cuán sin rienda corre el error por nuestra pobre España á vueltas de la libertad de pensar.

ARTÍCULO II.

1. Sentencias antiguas sobre la situación del paraíso.—2. Hipótesis de los orientalistas. 3. Tres sentencias modernas más aceptables.

1. El paraíso terrenal es, pues, un hecho histórico irrecusable. Acerca del lugar que ocupó, no pocas son ni vulgares las plumas que se han ejercitado y disputado la palma. Para Filón y Orígenes, que pensaban debía entenderse la relación de Moisés en sentido alegórico, no hay más paraíso que el celeste; ni árboles, sino las virtudes angélicas; ni ríos, sino las aguas de la gracia; ni más frescura y amenidades que la paz de la inocencia. Muchos fueron los Padres, como tantas veces hemos dicho, que condenaron esta libertad de interpretar. San Ambrosio no anduvo muy lejos en esta parte, según parece en su libro *De Paradisso,* de la opinión de los alejandrinos, porque escribiendo á Sabino [5] le asegura que el paraíso no fué lugar alguno terrestre, sino cosa espiritual é inteligible que recreaba el ánimo de Adán. Pero común fué el sentir de todos los demás Padres y escritores eclesiásticos, griegos y latinos, ser el paraíso un sitio corpóreo

[1] P. 521.—[2] P. 523.—[3] P. 526.—[4] P. 519.—[5] Epist. XLII.

y terreno, aunque no derogaba su opinión á que se diese al Edén sentido figurado y místico después del obvio y natural.

Mayor fué la discordancia de pareceres en el señalar el paraje determinado donde se encerraba el paraíso. Porque los unos, Tertuliano, San Basilio, San Juan Damasceno, le juzgaron puesto lejos del trato humano; San Efrén le fijó al otro lado de los mares; San Isidoro en las partes orientales; Ruperto arrimado al cielo; el Tostado entre la luna y los montes más altos; otros discurrieron otras estaciones topográficas; pero la corriente general de los Padres y teólogos puso siempre el Edén y la cuna del linaje humano en la tierra de Armenia, aunque no declarasen determinadamente qué aledaños le limitaban.

"Algunos han pensado, dice Nieremberg, que en la isla de Ceylán estuvo el paraíso. Horta, Argensola y Ludovico Romano lo refieren: sus naturales así están persuadidos. Nombran la cumbre de cierta sierra el pico de Adán; en ella dicen que está figurada la estampa de su pie, de dos palmos, y que lloró é hizo penitencia en aquel lugar... El paraíso ha de caer por Mesopotamia, y no tengo por probable fuese aquella isla; no pasa por ella ni nace allí alguno de aquellos cuatro ríos" [1].

2. En estos últimos tiempos ha ocupado á muchos escritores el pensamiento de designar el paraje del paraíso en la India, en las mesetas del Himalaya. El racionalista Renan fué uno de los más aferrados á este capricho, como quien de su desempeño pensaba sacar en limpio que las razas indias eran anteriores á las semíticas, y por ahí marchitar el vigor de la narración de Moisés [2]. Para dar algún esfuerzo á su invención, de los cuatro ríos nombrados por Moisés, el Tigris, el Eufrates, Gehon y el Phison, los dos primeros, cuyos nombres son harto conocidos y fáciles de determinar en la geografía antigua, presumió Renan que habían sido adulterados por los que copiaron el Génesis, y que sólo el Gehon y Phison merecen ser tenidos por ríos de auténtico renombre. Cuán fútiles eran y sin peso las razones en que apoyaba su dicho, lo entenderá luego quienquiera que sepa leer: con todo eso, como quien cobra más ánimo en la dificultad, rompiendo por el Asia, pasaba muy adentro sin miedo y buscaba en los rincones de la India Oriental cuatro ríos que vinieran á juntarse en uno, y allí ni más ni menos asentó el embeleco de su paraíso. Lo que no se puede fácilmente entender es cómo el católico Francisco Lenormant se arrojó á seguir las pisadas de este impío, fijando también en el centro del Asia el nacimiento del humano linaje [3]. Que Quatrefages, que no era católico, quisiese apoyar con sus razones la

---

[1] *Curiosa filosofía*, l. I, cap. XXXV.

[2] *Hist. des langues sémitiques*, p. 470.

[3] *Les origines de l'hist.*, t. II, p. 40.—*Hist. ancienne de l Orient*, t. I.

teoría de Lenormant [1], bien se explica, viendo cuán suelto anda por el mundo el espíritu de ilusión; mas con todo, Quatrefages, al abonar esta opinión, sólo intenta y quiere que el hombre sea de origen asiático, sin que pueda determinarse en qué paraje vió la primera luz. Pero Lenormant se despeña en discursos para demostrar que la meseta de Pamir en la India fué cabalmente el lugar del paraíso bíblico. "Admito, dice, que la tradición ponga el Edén en Babilonia y en la Caldea; así se explicaría el texto del Génesis; pero esa situación fué la resulta de haber corrido y pasado á la Armenia la memoria que venía de países más orientales... En el llano de Pamir tuvo lugar y se verificó originariamente la relación bíblica sobre el jardín del Edén" [2]. Vea quien quisiere la refutación de esta sentencia en los artículos llenos de erudición que el P. J. Van den Gheyn publicó en 1883, en la *Revista de las cuestiones científicas* [3]: y de camino se verán deshechas las cavilaciones de Herder, que ponía el Edén en Kashmir, de Wellhausen, que le situaba más al Oriente, y de Bertheau, que le buscó más al Norte en los confines del Asia [4].

3. Leyendo con mediana atención el relato de Moisés, se echa luego de ver que los cuatro ríos del paraíso, proviniendo de un origen común, no era posible que distasen entre sí muchos centenares de leguas, y que por tanto el Phison y el Gehon han de hallarse en la tierra por donde corren el Tigris y el Eufrates. Esta manera de considerar la parte topográfica de la relación bíblica ha dado lugar á tres sentencias, que concuerdan cuanto á la región, pero no cuanto al sitio. La primera asienta el paraíso al Norte de la Armenia junto al origen del Eufrates; la segunda en la llanura de Bibilonia; la tercera más al Sur, en el golfo pérsico, hacia la embocadura del Eufrates.

La primera opinión, que pone el paraíso en Armenia, tiene en su favor el Tigris y el Eufrates, que en aquellas cercanías nacen y corren. El Gehon sería el Araxes, que al mar Caspio lleva sus aguas. El Phison podría ser el Fasis, que desemboca en el mar Negro, viniendo del Cáucaso; ó si no el Kur, que junto con el Araxes se precipita en el mar Caspio. Mas dice el Génesis que "el Phison rodeaba la tierra de Hevilath" [5], y que "el Gehon regaba toda la Etiopia" [6]. Fillión en su nuevo Atlas parece identificar la Cólquide con Hevilath, sin

---

[1] *L'unité de l'espèce humaine*, l. IV, chap. XV.

[2] *Hist. ancienne de l'Orient*, t. I, l. I, chap. II, § 5.

[3] Á 20 de Julio y 20 de Abril.

[4] Caso curioso de opiniones raras es el del americano Keane, que coloca la primera cuna del hombre en la región indo-austral, que en el día de hoy se halla hundida en el Océano Índico. Una de las razones es aquella que daba Quatrefages para situar el paraíso en el Asia Central; ésa misma aplícala Keane á la región austral. *Ethnologie, in two parts*, 1896.

[5] II, 11.—[6] II, 13.

bastante motivo; pero menor le hay para situar la Etiopia en el curso del Fasis ó del Kur, ni el Fasis se aproxima á los grandes ríos Tigris y Eufrates; antes los cuatro son vistos nacer de fuentes muy distantes entre sí. El comentador Calmet siguió esta opinión, que era la de muchos Doctores teólogos; pero está llena de escabrosidades. Otros tomaron diferentes veredas. El P. Harduino puso el Edén en la Palestina, junto al lago de Genesaret; Le Clerc cerca de los montes Líbano, Antilíbano y Damasco; pero ¿dónde en semejantes sitios corren cuatro ríos que rieguen el paraíso?

Por esta causa muchos escritores, considerando que el Phison, el Gehon, el Tigris y el Eufrates tienen al presente sus fuentes originales á gran distancia unos de otros, han imaginado que no serían ahora sino arroyos ó riachuelos los llamados ríos por la Escritura. Conforme á esto buscan en la tierra de Jerusalén el lugar del paraíso, donde hallamos cuatro arroyos ó torrentes que desembocan dos en el Mediterráneo y dos en el Jordán y Mar Muerto; con esta singularidad, que nacen todos casi en un mismo punto. En este supuesto, el paraíso terrenal habría caído en la región que actualmente es la ciudad de Jerusalén [1]; lo que es ahora huerto de Getsemaní sería el teatro de la ruina del primer hombre; el árbol de la cruz se habría plantado donde se plantó el árbol de la ciencia del bien y del mal; y, en fin, nuestro divino Salvador hubiera ido con su pasión y muerte desandando en los mismos lugares los pasos por donde el primer hombre perdió con su pecado á toda la naturaleza humana. Ni sería leve prueba de esta conjetura aquella opinión recibida de grandes autores, que en el Calvario estaba enterrado el cuerpo de Adán [2]. En un opúsculo publicado por M. W. Henderson puede verse la exposición de este dictamen [3].

La segunda opinión sigue el erudito Enrique Rawlinson, porfiando que el Edén debe asentarse en tierra de Eridu, en Babilonia, á la cual los himnos caldeos cantan loores por su gran fecundidad y singular hermosura. El Gehon sería entonces el Juha que baña la ciudad de Eridu, el Phison el riachuelo Uñe, y los otros dos ríos Tigris y Eufrates que corren por la llanura de Babilonia. Casi yendo por el mismo camino el crítico Delitzsch pensó que los babilonios habían señalado al Edén su propia ciudad y que la narración bíblica seguía puntualmente la misma situación, cual si el relato de Moisés dependiese de la historia babilónica. El Tigris y el Eufrates no ofrecen dificultad. El Gehon será un canal que rodea la ciudad y se llamó Kahan ó Guhan aproximadamente. El Phison podría ser

---

[1] MOIGNO, *Les splend. de la foi*, t. III, chap. XI.

[2] ORIG., tract. 33 in Matth.—S. CYPR., *Serm. de Resurr.*—S. AMBROS., l. X, in Luc.—AUGUST., serm. 71.—S. CHRYS., hom. 84 in Jo.

[3] *Essay on the identity of the scene of man's creation, fall and redemption.*

otro canal que tomó la denominación común, pues que canal es *pisan*. A Lenormant no le pareció inverosimil esta explicación; mas porfiaba que la tradición de los babilonios se debía á pueblos salidos del Este del Indostán, donde entre los ríos Indo (Phison), Tarim (Tigris), Iaxarte (Eufrates), y Oxus (Gehon) quería que se diese cabida al paraíso.

Las dificultades que este parecer presenta son éstas. La Sagrada Escritura llama Sennaar la llanura de Babilonia, no Edén, así como tampoco la llaman Edén los documentos babilónicos. Además, el Gehon y el Phison en lenguaje de la Biblia no son canales, sino ríos de caudalosa corriente. En fin, en vez de un brazo de agua que entra en el jardín para regarle y luego se divide en cuatro ramas por caminos diferentes, tenemos al revés en Babilonia cuatro brazos que entran en Gan-Duniasch para confluir en uno, y salen después unidos formando un solo caudal. Otros reparos se les notaron ya á los sabios Huet y Bochart cuando propusieron este sistema de situación.

La tercera sentencia coloca el paraíso á orillas del golfo pérsico, donde el Eufrates descarga sus ondas: los otros tres ríos son aquí dificultosos de señalar. Dawson, presidente de la asociación británica [1], imagina que el Phison será el Karun actual, y el Gehon el Kercha. Empero, según los últimos estudios topográficos, el Kercha, y no el Karun, es quien recorre el Luristan (Hevilath), cuando el Génesis declara todo lo contrario. Además, advierte *La Civiltà Cattolica* [2], que no podía el Edén hallarse entre el Schatt-el-Arab y el golfo pérsico, como quiere Dawson, porque esta región es moderna, y en tiempo de Moisés estaba sumida en las aguas. Otros lo niegan del todo [3]. Sea de esto lo que fuere, el discurso de Dawson, defendido por el docto Dessailly [4], sería admisible si la Sagrada Escritura no dijese claramente que "el río salía del Edén, y se repartía en cuatro cabezas" [5], dando á entender que el paraíso estaba situado sobre la corriente de los cuatro ríos, y no en la parte inferior, como quiere este sistema.

Estas tres opiniones que van expuestas, "ya que no resuelvan de lleno la cuestión, sirven siquiera para limitar el campo de las dudas, excluyendo las extrañas hipótesis orientales, oceánicas ó ultraoceánicas, para llamarnos hacia aquella región que fué siempre reputada por cuna del humano linaje" [6]. No es mucho que falten documentos y razones para definir la situación topográfica del paraíso terrenal: tal vez sea ésta una de aquellas cosas que ha querido el Señor tener escondidas á la curiosidad de los mortales, como decía San

---

[1] *The Expositor*, march 1887, p. 201.—[2] Serie XIV, vol. VII, p. 489, 1890.
[3] *La Controverse*, 1887, t. XI, p. 160.
[4] *De l'emplacement du paradis terrestre. Revue du monde catholique*, 1890.
[5] II, 10.—[6] *La Civiltà Cattolica*, 1890, vol. VII, p. 489.

Agustín [1]. El querubín parece estar aún defendiendo, espada en mano, el acceso de este santo lugar.

Finalmente, entre las memorables extravagancias de nuestra edad, queremos citar la invención de Federico Daumer. Puso el Edén bíblico en la Australia. De allí emigraron los primeros hombres á las Américas, y por el estrecho de Behring, superando grandes dificultades, pasaron á Europa y poblaron el Asia. Este viaje, decía el novelero, se cuenta en el libro de los *Números*. Tan obscurecido y embotado tenía el juicio, que estimaba éste su sistema de etnografía tan importante para la historia como el de Copérnico para la astronomía [2]. Daumer, cansado de quebrar lanzas contra el catolicismo, al fin dando de mano á sus impiedades, entró de corazón en el gremio de la Iglesia santa, muriendo fervoroso católico en 1875.

La más probable hipótesis de las dichas es la que sienta el Paraíso en Armenia. Pero aunque sea imposible señalar el sitio por haber trabucado la superficie terrestre tantas revueltas y cataclismos, no nos es lícito tomar color de esa imposibilidad para acusar la relación mosaica. Ignorando, como ignoramos, del todo la geografía de aquellos tiempos, nadie tiene licencia para calumniar. Basta que algún sistema pueda verificar la letra, para que les salga á los críticos en vacío y burlada su pretensión.

ARTÍCULO III.

1. Adán y Eva enriquecidos con la prerrogativa de la inmortalidad.—2. Este don se compadecía bien con lo caduco del cuerpo humano por la virtud del árbol de la vida.—3. Memorias antiguas de este árbol singular.—4. El macrocosmos de la fábula.

1. La existencia del paraíso terrestre y la bienaventurada vida del primer hombre nos apremian á exponer con qué prerrogativas enriqueció Dios esta obra de sus manos. Tales, cierto, hubieron de ser ellas cuales convenían al estado de inocencia en que fueron criados los primeros hombres del mundo, cuya felicidad había de florecer de los dones que tanto en su cuerpo como en su ánimo el Señor atesoraba.

Sea la primera la inmortalidad tocante al cuerpo; no aquella inmortalidad intrínseca y esencial propia de Dios, ni aquella que es incorrupción substancial concedida á los espíritus, ni aquella sobrenatural y perfecta con que serán revestidos los cuerpos glorificados, sino una inmortalidad de inferior jaez, que era sólo facultad de no morir ó el poder de vivir eternamente. Hubiera el hombre quedado con vida por siempre, á no haber caído en la culpa; no por condición

[1] *De Genes. ad litt.*, l. VIII, cap. VII.
[2] VIGOUROUX, *La Bible*, 1879, t. I, p. 76.

natural de su organismo, de suyo frágil y caduco, sino por insigne largueza de Dios, que le había prevenido con todos los remedios contra los males que pudieran poner en contingencia la lozanía de su ser.

Claramente se colige de la santa Escritura el don de inmortalidad. Amenazó el Señor á Adán con la muerte el día que osara comer del árbol vedado [1]; y que lo entendiese de muerte corporal, lo declaran los santos Padres en este lugar: entre ellos San Agustín dice así: "Los que piensan que Adán fué formado de suerte que debía morir sin haber pecado, no por pena de culpa, sino por necesidad de su condición, se esfuerzan en referir aquel dicho, *Moriréis el día que comiereis*, á la muerte del alma y no á la del cuerpo. Mas de esta suerte mueren los infieles, de quienes se dice: *deja que los muertos entierren á sus muertos*. ¿Qué dirán, pues, á estas palabras, *terra est et in terram ibis*, intimadas al primer hombre después del pecado?„ [2]. Aquí enseña el glorioso Doctor que Dios primero arredró al hombre con el temor de la muerte, y á ella, despues de pecar, irremisiblemente le condenó; de ninguna eficacia fuera su amenaza si después le hubiese perdonado toda la pena conminada. El cardenal Belarmino entiende por muerte la del alma y la del cuerpo juntamente, "comoquiera que la inmortalidad del cuerpo, dice, dependiese y naciese de la vida del alma, es decir, de la gracia de Dios y su amistad„. "Y aun siguiendo á San Agustín, añade, tres muertes podemos aquí entender, causa la una de las otras: muerte del alma por el pecado, muerte del cuerpo por la del alma, muerte última por pérdida de la gloria„ [3].

Síguese, pues, que en la sentencia bíblica se contiene la privación de la vida corporal junto con la espiritual, caso de arrojarse Adán á quebrantar el mandamiento divino; y, por consiguiente, la conservación de la vida y la floreciente inmortalidad, si guardaran ambos la divina ley, pues por ambos extremos corre la misma razón. En otros muchos lugares parece clara esta gran verdad. "Por el pecado entró la muerte en el mundo [4]; por causa del pecado el cuerpo murió [5]; por un hombre la muerte, y por otro la resurrección de los muertos [6]; no hizo la muerte Dios, ni se deleita en perder á los vivos„ [7]. Estas criaturas tienen la muerte por pena del pecado, que es muerte del alma; y dicen que poseía el hombre privilegio de la inmortalidad, cuando se le avisaba para que no se pusiera á peligro de verse privado de ella.

2. Mas ¿cómo teniendo Adán cuerpo corruptible y de la misma masa que los nuestros podía ser inmortal? ¿No debía sustentarse é incorporar en sí materias extrañas en orden á su conservación? Para

---

[1] *Gen.*, II, 17.—[2] *De peccator. merit.*, l. I, cap. II.
[3] *De gratia primi hom.*, cap. VIII.—[4] *Rom.*, V, 12.
[5] *Rom.*, VIII, 10.—[6] *I Cor.*, XV, 21.—[7] *Sapient.*, I, 13.

aclarar este enigma, conviene saber que en el vegetar de un miembro concurren tres condiciones: la primera es, que el oxígeno penetre y se mezcle en la sangre; la segunda, que los alimentos nutritivos lleguen debidamente á los órganos; la tercera, que los miembros conserven su conveniente organización. Como la sangre vaya recibiendo y transportando el oxígeno, y acarreando las substancias alimenticias, los tejidos no dejarán de hacer su oficio, la combustión se completará en el fondo de los órganos y la vida reparará sus quiebras al momento; por el contrario, si la sangre no se provee de glóbulos bastantes, si los gases escasean, si el licor vital interrumpe su curso, si la circulación se debilita, los aparatos estarán mal servidos, los miembros perderán las fuerzas, el organismo desmayará y morirá por partes, y, ó el pulmón se estragará y corromperá, ó el bulbo raquídeo se embotará, ó el corazón cansado parará; y aquí no hay por qué confiar, sino que venga la muerte á más andar y acabe con la vida del hombre. Pocos son los casos de muerte sin lesión patológica; casi todos los que mueren pierden la vida á manos de algún desorden orgánico.

Adán era mortal naturalmente y estaba sujeto á las leyes fisiológicas de todo ser organizado; de otra suerte, el morir fuera cosa de milagro. Si le fuera natural la inmortalidad, no se la habría robado la culpa, como no le robó ningún bien físico, pues ni los ángeles soberbios vinieron á perder por su rebeldía sus nativas excelencias; mas porque de la inmortalidad quedó privado, señal es que de su propia condición no le competía tenerla; luego era mortal y perecedero por naturaleza. Confírmalo San Agustín, diciendo: "Adán, por la índole de su cuerpo, era mortal; y era inmortal por merced del Criador, pues que podía no morir: una cosa es no poder morir, y en esa inmortalidad crió Dios algunas naturalezas; otra cosa es poder no morir, y en ésta fué criado Adán" [1]. Para quien considera el temperamento físico de un cuerpo, está claro que el suyo se veía expuesto á las causas intrínsecas que producen en los nuestros dolencias, estorbo de funciones vitales, destrucción de miembros; demás de estar sujeto á las causas intrínsecas que poco á poco consumen los órganos, enflaquecen las partes principales, disuelven los tejidos, meten á saco el alcázar de la vida y le señorean hasta que, apoderada la muerte de los puntos principales, hácese el cuerpo morada inútil del alma.

Pero en concediendo Dios á Adán y Eva la prerrogativa de la inmortalidad, se determinó á mantener siempre vigorosa la organización de sus cuerpos, conservándolos en un ser, por manera que la nutrición tuviese cada día su efecto, la sangre abastecida de glóbulos corriese sin tropiezo á restaurar los bríos gastados, los tejidos se remozasen, las membranas no se marchitasen, los huesos se for-

---

[1] *De Gen. ad litt.*, l. VIII, cap. XXV.

taleciesen, los órganos no perdiesen un punto de su entereza, y la vida fuese adelante sin menoscabo atajando los pasos de la muerte y durando con soberanía al par de los siglos de Dios. A tan portentoso efecto contribuyó el Señor con la merced de sus milagros, ó, para hablar con más propiedad, introduciendo en el gobierno de la especie humana una extraordinaria providencia que de continuo velase por la perennidad de la vida. No habría resplandecido menos la solicitud del Señor en apartar las causas exteriores de ruina, como no se hubiese perdido por ellos el hacerse merecedores de tanta gracia. Porque si hubieran de su voluntad amado los peligros, ó metídose en lazos temerosos, ó puéstose á pique de tragar la muerte, ó llamádosela con sus excesos, no es posible negar sino que habrían entonces experimentado los fatales efectos de su negligencia ó de su alevosa temeridad. Veíanse por su parte obligados á sustentar la vida y á no tentar á Dios con culpables atropellos, y Dios por la suya atendía cuidadoso á quitar la fuerza á las causas que en nosotros producen destemplanza de humores sin estar en nuestra mano, y á que se hiciese fácil y por entero la asimilación y la nutrición, que sin milagro no podían perpetuarse.

A este prodigio podía ayudar maravillosamente el árbol de la vida. Porque dice San Agustín "que el árbol de la vida servía para que la vejez no empeciese al hombre... Porque su cuerpo no era de tal hechura que fuese imposible disolverse; pero el árbol de la vida con su fruto contraminaba la corrupción corporal" [1]. Esta salutífera planta comunicaba vigor á los miembros y restituía su gallardía á las partes gastadas, como el único medicamento confortativo que engendraba salud en todo el hombre. Tenía, cierto, en su mano todos los árboles del paraíso, y licencia para de ellos comer [2]; en efecto, la facilidad de elegir, lo sabroso y rico de los manjares, lo templado del ambiente, aquel "ningún calor, ningún frío, ninguna congoja" de San Agustín [3], todo hacía que ni la pesadumbre le diese amargura, ni el cansancio le fatigase, ni el sueño le fuese gravoso, ni el trabajo le acrecentase pesares, ni alguna enfermedad poco á poco se le cuajase; pero á la virtud portentosa del árbol de la vida debía Adán aquel su descanso y bienestar, su sanidad y contento [4]. Bien será notar aquí que si los bienaventurados Basilio [5] y Ambrosio [6] dijeron que la rosa careció de espinas en el estado de la inocencia, y que el haberlas tenido después fué efecto del pecado, han de entenderse en sentido es-

---

[1] *De Civ. Dei*, l. XIV, cap. VI: *De peccat. merit.*, l. I.—[2] *Gen.*, II, 16.

[3] *De Civit. Dei*, lib. XIV, cap. XXVI.

[4] SUÁREZ, *De op. sex dier.*, l. III, cap. XV.

[5] *In Hexaem.*, hom. V, Hom. de *Paradisso;* Epístola 149; Orat. III de *Peccato.*

[6] *Hexamer.*, lib. III, cap. XI.

piritual y moral, en cuanto á la hermosura y delicia de aquella dichosa edad sucedieron los cuidados y miserias de la presente.

3. Aquí es donde otra vez alzan la voz con nuevos alientos las tradiciones de los pueblos antiguos y nos hablan del árbol de la vida con asombrosa uniformidad. Los asirios daban nombre de *remozaviejos* á la planta de la leyenda que producía inmortalidad; los indios llamaron *homa* al árbol que daba eterno ser á los que de él se alimentaban; los griegos cantaban la ambrosía que comían los dioses y el néctar que bebían y que los tornaban inmortales; los persas apellidaban *soma* al arbusto destinado al sacrificio, atribuyéndole una cierta divinidad; los japoneses y los mejicanos daban cabida al árbol sagrado en sus monumentos, como si nos quisieran declarar que "este árbol es, sin disputa, un emblema de los más sublimes de la religión" [1]. Siempre va acompañado de personajes principales que indican su excelencia: ya figuras regias postradas en el suelo le veneran, ya genios alados le custodian reverentes, unas veces la imagen de Dios señorea las ramas, otras le rodean las siete estrellas de la osa mayor. "Tenemos delante de nuestros ojos uno de los más importantes sucesos de la historia humana; tanto más misterioso cuanto más certificado por los anales de todas las gentes, y archivado en la memoria de todos los pueblos...; un árbol que con su fruto daba la vida. ¡Qué texto tan terrible á las ironías del filosofismo, á los desdenes de la incredulidad!" [2]

¿La virtud le fué á este árbol natural ó sobrenaturalmente concedida? San Agustín y San Buenaventura pensaron que una eficacia que regalase los sentidos, reparase las fuerzas, dilatase los años y confortarse milagrosamente la vida, no podía ser natural. Lo contrario discurrieron Santo Tomás y Hugo de San Víctor con otros muchos Doctores teólogos [3]. "Lo que más á mí persuade es no haber necesidad de fingir sobrenaturalidad. Fuerzas bastantes habría en la naturaleza para aquel efecto, que no era hacer inmortales eternamente, sino alargar la vida hasta determinado espacio, sería por lo menos hasta más de diez mil años... Pero antes de llegar los justos, se traspasarían desapareciéndose como Henoc y Elías, y en cuerpo y alma serían arrebatados al cielo" [4]. Así nuestro P. Juan Eusebio Nieremberg. Mas nadie piense que la virtud de eternizar los días pendiese de sola esta riquísima fruta; antes bien debe atribuirse á la graciosa disposición y voluntad de Dios, que había colmado al hombre con la riqueza de este sobrepujante don, no necesario á su integridad ni debido á su naturaleza. Muy mal y siniestramente discurren aquellos

---

[1] VIGOUROUX, *La Bible*, l. I, chap. III.
[2] DARRAS, *Hist. de l'Église*, I^e ép., chap. III.
[3] PEREIRA, *Comment. in Genes.*, l. IV.
[4] *Curiosa filosofía*, l. I, cap. XXXII.

autores descontentadizos que hacen al hombre ser monstruoso y de peor condición en la actualidad de lo que pide su propia índole, como si los atributos de la naturaleza humana pidieran inmortalidad, impasibilidad y los colmos de tan raras excelencias.

4. Rastréese ahora cuál sería la condición de aquellos cuerpos. "No hay máquina de reloj tan fuerte, tan perfecta, tan constante, que nos dé suficiente idea de la fortaleza y solidez de aquellos cuerpos, y del singular movimiento de los líquidos que por ellos circulaban. Esta concertada consonancia de las partes debía causar buena disposición en el temperamento, de suerte que los humores que inclinan á ira, á tristeza, gozo, no podían turbar con excesos la dicha de aquella tranquilidad. Mucho menos tenían lugar los desórdenes de la gula y otras pasiones corporales; ningún motivo había dentro del hombre que desconcertase sus humores. A estas prerrogativas añádase la perfecta hechura del cuerpo y la bella proporción de sus miembros, en figura, grandeza y demás accidentes que á la hermosura acompañan" [1]. Los talmudistas y mahometanos imaginan á Adán de estatura colosal, y aun le pintan desaforado gigante, con esta diferencia, que los talmudistas le fingen grandioso cuanto va de Oriente á Poniente, y quieren que con parte de su cuerpo enriqueciese toda la creación; y los mahometanos, de cada miembro de su cuerpo hacen brotar diversos órdenes de seres. El hombre macrocosmos fué creencia muy vulgar y recibida por las asiáticas gentes, que hacían derivar de él metales, plantas, ríos, mares y estrellas. Esta imaginación, parto de la fantasía de los pueblos, tenía su fondo de verdad en Adán y Eva, padres del humano linaje; mas no prueba que tuviesen ellos cuerpos de tamaña grandeza. El Adán Cadmon de los judíos era un ser que juntaba en sí entrambos sexos. Asimismo algunos pueblos orientales imaginaron que el cuerpo producido por el caos era hermafrodita, esto es, varón y hembra, por esta causa celebraban la memoria de un ser singular, padre y madre á la vez de toda la creación, naturaleza fecunda, poder sumo de la generación; mas aunque pervirtieron y profanaron con feísimos ritos este venerando símbolo, mereciendo por ello la reprobación universal, no dejaron de profesar en medio de sus abominables abusos la verdad en ellos entrañada, la existencia de Adán y Eva, aquel *masculum et fœminam creavit eos* [2] de Moisés.

---

[1] P. HERVÁS, *Storia della terra*, p. II, capo III.—[2] *Gen.*, I, 27.

ARTÍCULO IV.

1. Dotes del alma: ciencia de Adán.— 2. Rectitud de su voluntad.— 3. Sujeción de sus apetitos á la razón.—4. Bienandanza de nuestros primeros padres.—5. Las memorias antiguas sobre la serpiente confirman maravillosamente lo dicho.

1. Tratando ahora más especificadamente de los dones que recibió el primer hombre, grande fué el tesoro de conocimientos naturales que puso Dios en él así que abrió los ojos á la primera luz. Este es el sentir de los teólogos Escolásticos antiguos y modernos, fundados en el dictamen de los santos Padres, que exponen el capítulo XVII del Eclesiástico y el VII del Eclesiastés, no tan sólo de la ciencia sobrenatural, mas también de la natural. Porque á la manera que Dios crió los animales enriquecidos de aquellas propiedades que convenían á la condición de sus especies, y así como puso en los propios cuerpos de Adán y Eva firmeza y gallardía, con el ornato de la gracia de la inmortalidad; no es menos de creer que infundiese en sus entendimientos aquella sabiduría que á la perfección de su estado cuadraba, tanto más, cuanto por haber de ser padres y maestros de todo el linaje humano, ya que los había hecho en edad adulta y prontos á tener luego sucesión, era muy conveniente les diese aptitud para enseñar y gobernar con acierto la familia, porque si habían de granjear con paciente estudio y á poder de experiencia el conocimiento de la verdad, muy enfadosos fueran los desengaños de la ignorancia en aquel estado de privanza con Dios. No sin razón dijo San Agustín que "... el errar no fué natural á la primera condición del hombre, sino pena del pecado„. ¿Cuán desproporcionada hubiera sido la ignorancia, cuántos tragos de amargura les hubiera hecho gustar, cómo se les hubieran aguado y vertido los gozos de aquella vida, pues el deleite que de la ciencia nace es incomparablemente superior al que engendran las cosas materiales y sensibles?

Este caudal de conocimientos puede asimilarse al que adquiere un hombre con su aplicación á los libros. Porque aunque no fué adquirida la ciencia que Adán poseyó, porque Dios se la estampó en las entrañas con su dedo soberano, de contado, sin esfuerzo del hombre; mas como fuese ciencia humana, que perfeccionaba naturalmente su ingenio, convenía en un todo con la ciencia ganada á fuerza de estudio, excepto en la paciencia que solemos gastar atesorando imágenes, enriqueciendo la memoria y acaudalando conceptos. Ésta fué la obra de Dios, suplir de improviso con el soplo de su espíritu el ímprobo trabajo de los libros. Razón será aseverar con el P. Suárez que, ora fuese la excelencia de su ingenio, ora el noble temperamento de su cuerpo, ya la copia y riqueza de fantasmas, ya la intensidad del hábito del saber que se le infundió, ya, en fin, por gozar de om-

nímoda paz en sus discursos, ello es que la sabiduría de Adán fué mucho más aventajada que la que posee el vulgo de los hombres [1].

Investigando su amplitud y extensión, no será dificultoso entender qué límites la ceñían si vamos en pos de Santo Tomás y medimos, como él, la ciencia del primer padre por la obligación que le corría de enseñar á sus descendientes. Porque "las cosas, dice el santo Doctor, que ni pueden conocerse por natural estudio, ni son menester al gobierno de la vida humana, como pensamientos ajenos, futuros contingentes, número de guijas que yacen en la ribera, y otras tales, no cayeron en la ciencia del primer hombre„ [2]. Pero es de notar que la razón dada por el Angélico Doctor para probar su conclusión no parece de tanta fuerza que necesite al asentimiento. "No puede, dice, un hombre enseñar á otro si no posee ciencia: por esta causa, el primer hombre, de tal manera fué instituído por Dios, que tuviese ciencia de todas aquellas cosas en que el hombre es capaz de ser enseñado; tales son todas las que los hombres pueden naturalmente conocer.„ No apremia mucho esta razón; pues cosa clara es que bien puede un padre educar perfectamente á sus hijos, sin que deba ser docto en cosas naturales, mayormente cuando le asiste la luz de los principios morales y religiosos.

Por esta causa muchos autores, limitando la ciencia perfectísima y universal, que Santo Tomás otorga al primer hombre, sólo le conceden la necesaria para el fin del gobierno doméstico, y para cumplir el oficio de cabeza del humano linaje. No puede negarse que por divina revelación tuvo particular noticia de cosas puestas lejos de la humana enseñanza, como es la condición de los ángeles, el orden de la creación, los nombres de los animales, el curso de los astros, y otras pocas, no de manera que nada le quedase por saber sobre las propiedades de dichas criaturas; pero si algunas verdades naturales alcanzó por divina operación, las más de ellas hubo de sudar en saberlas, y aun del todo las ignoró, porque no volaba por los secretos de la naturaleza con tanta facilidad, que no se le encubriesen mil maravillas, que no le hacía al caso saber.

En esto la opinión del cardenal Cayetano, que juzgaba que Adán no alcanzó conocimientos de los astros, ni de los elementos, ni de los cielos, y que si impuso nombre á los animales, se los daría solamente á las aves y brutos de la tierra, no á los peces del mar, fué comúnmente abandonada por los teólogos [3]; pero no puede negarse que al primer hombre le faltó de todo punto la luz para acertar con el número y con las diferencias de los individuos de tódas las especies, y aun en no pocas especies de animales y vegetales se quedó á obscuras, y sin atinar lo que eran. Esto no obstante, en las cosas que sabía halla-

---

[1] *De op. sex dier.*, l. III, cap. IX.—[2] I p., q. XCIV, a. 3.

[3] PEREIRA, *Comment. in Genes.*, l. V, disp. I.

ba luces de nuevos conocimientos, con los rayos de cuya claridad podía, ejercitando el ingenio, sacar de cuestión y sombra muchas otras verdades con que subir á más perfecta noticia, ora espiando los pasos de las especies é individuos, ora tratando por experiencia, y viendo al ojo lo que ya sabía por especulación, ya, en fin, dando luz á las tinieblas, y coligiendo por lo visible de los efectos la condición de las causas. Para graduar la sabiduría de Adán, solían los Escolásticos poner competencia con Salomón, y preguntar cuál de los dos supo más. Muchos defendían, con Pereira, la prestancia de Adán; otros, con el Tostado, se inclinaban á dar la palma á Salomón; otros, en fin, como Nieremberg, distinguiendo entre ciencia natural y ciencia política, tributaban la gloria de aquélla al primero, la de ésta al segundo [1].

En la cuenta de los dones recibidos inmediatamente de Dios debe entrar el habla: porque que tuviese Adán idioma infuso, con caudal de vocablos bastante para poner á cada animal aquel nombre que dijera mejor con su índole y propiedades, solamente podrá ponerlo en disputa quien negare la ciencia natural infusa, ó quien creyere que un idioma se inventa en breves días sin elementos precedentes, de lo cual va dicho arriba lo más creíble [2]. Mas, no obstante que estuviese Adán prevenido con tantos auxilios para acertar, ¿pudo llegar á cegarse, á caer en imprudencias, á tocar en errores, y hallarse engañado? El P. Suárez es de sentir que, siendo el pecado enorme yerro, y pudiendo Adán pecar, aun en el paraíso, donde gozaba de plena libertad, dueño era de volver las espaldas á la luz, y dar en muchos errores; mas como caer en pecado fuera caer de la cumbre de su inocencia y dar en la ignorancia, por eso defiende Suárez que no se compadecía bien el yerro con la ciencia de Adán [3]. Eso mismo tenía ya advertido San Agustín, cuando dijo que el error era pena del pecado, y la ignorancia ni más ni menos [4].

2. Finalmente: aquella felicidad de nuestros primeros padres, no tan sólo demandaba en el cuerpo el don de la inmortalidad, y en el entendimiento el de la ciencia infusa, pero también en la voluntad la rectitud en el bien. Si su alma fué hecha á imagen de Dios, ¿qué linaje de semejanza tuviera con el candor de aquella lumbre eternal la depravación de la humana voluntad? Cuando claman las Escrituras: "Hizo Dios al hombre recto„, declaran que afianzó sus quereres en un vigor positivo, que los sostenía en la senda del bien y los apartaba del abismo del mal: y consiguientemente los teólogos, con San Ambrosio y San Agustín, tienen que recibió los hábitos infusos de las virtudes morales, para obrar honestamente con facilidad en el orden natural. De la influencia de estos hábitos se recrecía á la voluntad ma-

---

[1] *Curiosa filosofía*, l. II, cap. III.—[2] Cap. XLI, art. V.
[3] *De op. sex dier.*, l. III, cap. X.—[4] *De lib. arbitr.*, l. III, cap. XVIII.

yor poderío para rendirse á la recta razón y contener en su oficio el apetito sensitivo: y si Dios le adornó el entendimiento con los atavíos de la ciencia, ¡cuánto más de creer es que le infundiese las virtudes morales que dicen tanto con la perfección del ser natural! [1].

3. El mayor beneficio concedido á Adán y Eva, fué la sujeción del apetito al imperio de la razón y voluntad. La lucha, que en nosotros es ordinaria é irremediable, nace de la composición de nuestro ser y de la junta estrechísima de los dos contrarios principios, cuerpo y espíritu. La parte sensitiva obra en el entendimiento, el entendimiento endereza la voluntad, ésta ejecuta sus quereres, no de manera que prevenida por las potencias inferiores no se deje á veces abatir á las cosas bajas, ó no tome el partido de su libertad alzando bandera contra el dictamen de la razón. De estos dos estímulos, que aguijan por la pendiente del mal, viéronse libres nuestros primeros padres desde el principio de su vida, gozando de perfecta paz, sin sentir los asaltos de la concupiscencia ni la rebeldía de las pasiones. Con hartura bebían del río de la paz sus potencias; ni las codicias prevenían la razón, ni los sentidos turbaban el sosiego de la voluntad, ni la parte inferior bullía por envolver y anegar el corazón en sus turbulentas olas. El don de la rectitud en las tres potencias superiores y la sujeción de las inferiores se acompañaba en Adán de su señorío universal sobre todos los animales, según que el mismo Criador se le comunicó con larga mano, puesta á sus plantas toda la turba de vivientes para que con su rendimiento le sirviesen.

Enseñan esta doctrina concordemente Belarmino [2], Suárez [3], Ripalda [4], Cassini [5], y otros por lo común; cuya conclusión se saca bien de la doctrina de Santo Tomás. Probando el Doctor Angélico cómo en el hombre se extinguió la centella de la justicia original, dice: "Dios, al principio, á la humana naturaleza sobre la condición de sus constitutivos, había conferido que en la razón resplandeciese una cierta rectitud de original justicia, la cual pudiese el hombre imprimir sin resistencia en sus facultades inferiores. Por haberle dado este don graciosamente y de balde, justamente se le quitó por la ingratitud de su inobediencia; y así, pecando el primer hombre, la naturaleza humana que en él estaba fué dejada á sí misma para que obrase conforme á la condición de sus principios" [6]. De cuyas palabras podemos inferir las consecuencias siguientes: el hombre de suyo viviera sujeto á la concupiscencia; si gozaba de suma quietud, y si la voluntad racional se conservaba sumisa á la disposición del Criador, y las potencias sensitivas, rendidas á la razón y el cuerpo al alma, obra de

---

[1] CARD. MAZZELLA, *De Deo creante*, disp. IV, a. VI.

[2] *De Statu primis hominis*, cap. IV.

[3] *De Gratia*, proleg. IV, cap. II.—[4] *De ente supernat.*, t. III, disp. IX.

[5] *De Statu naturæ puræ*.—[6] In II, dist. II, q. I, a. I.

Dios fué, beneficio de su mano, merced no debida, don sobre la exigencia de la humana naturaleza; ¿qué mucho que en siendo el hombre despojado de tan alto privilegio mostrase la concupiscencia sus mañas, se atreviese contra la razón, tumultuase contra ésta la voluntad y criase bríos la libertad para nuevas maquinaciones?

De estas patentes premisas nace un argumento demostrativo. La concupiscencia le es al hombre natural, como resultante de los dos principios que le componen; antes de apetecer debe entender, y primero que entienda la bondad de una cosa se le ofrece ésta en forma sensible y grata á los sentidos; de aquí la voluntad, que ama el bien sumo, induce á la razón á que canonice por sólido y honesto el bien sensitivo y deleitable; si la razón contiende por la causa de la equidad, crecen los tumultos y discordias de entrambas partes y arde perpetua guerra entre la sensitiva y la racional. Luego fué menester un don particular que, como freno dulce y amoroso, tuviese á raya las potencias sensitivas para que no tomasen armas contra la razón y no le disputasen el imperio á vueltas de sus representaciones. El señorío sobre todas sus pasiones era en Eva y Adán privilegio rarísimo muy diferente de la gracia habitual. En qué consistiese, lo cuestionaban los teólogos. Parece bastaba que la divina Providencia, á las causas capaces de encender con sus llamas el apetito sensitivo, les negase el influjo sobre el cuerpo y alma de Adán, ó que apartase de sus sentidos el encuentro de las ocasiones, ó que templase la impresión de los objetos que pudieran hacer ruido y mella en sus racionales potencias.

4. Maravillosa y menudamente describe San Agustín la felicidad de los padres del linaje humano de la manera siguiente: "Vivía el hombre en el paraíso como quería, en tanto que quería lo que Dios mandaba. Vivía gozando de Dios, con el cual bien era bueno. Vivía sin mengua ó necesidad de cosa, y así tenía en su facultad el poder vivir siempre. Abundaba la comida para que no tuviese hambre, la bebida para que no tuviese sed, hallaba á mano el árbol de la vida para que no le menoscabase la vejez. Ni había linaje de corrupción en su cuerpo, ni por el cuerpo sentía algún género de molestia. No había enfermedad intrínseca, ni por de fuera se temía de alguna herida. Gozaba de suma salud en el cuerpo y de cumplida tranquilidad y paz en el alma. Y así como en el paraíso no reinaba frío ni calor, así en los que en él vivían no había cosa que les ofendiese la buena voluntad por desear ó tener; no había cosa melancólica y triste, nada vanamente alegre. El verdadero gozo se iba perpetuando con la asistencia de Dios, á quien amaban con ardiente caridad, de corazón puro, conciencia buena y fe no fingida. Y entre ambos casados se conservaba fielmente la compañía por medio del casto amor, reinando concorde vigilancia del alma y del cuerpo, y una observancia y guarda del divino precepto sin trabajo. No había cansancio que fatigase al ocio, ni sueño

que oprimiese al que no quería. Donde florecía tanta comodidad en las cosas y tanta facilidad en los hombres, líbrenos Dios que sospechemos que no pudieran engendrar sus hijos sin intervención del torpe apetito, sino al albedrío de la voluntad, con grande tranquilidad del alma y del cuerpo„ [1]. Por igual forma cuenta San Gregorio en el prólogo del tercer Salmo penitencial los bienes que Adán disfrutaba en el paraíso, ni es menos sublime el Damasceno [2] en el describir aquel colmo de felicidad, superior á todo concepto y mucho más realzada que lo que fingió la poesía y superstición de los paganos.

Aquí se hace mucho más evidente que aquella edad de oro cantada por los antiguos poetas, y que en otro lugar tocamos [3], encierra un fondo incomparable de verdad. Es tan unánime el consentimiento de los pueblos en el delinear sombráticamente la fortuna del Edén, que ni el mismo Renan ha podido negar la fuerza que tiene para acreditar la verdad de la edad de oro. "Este uniforme concierto, dice, descansa forzosamente en un atributo general de la humana condición, ó en alguno de sus más profundos instintos„ [4]. Es cierto que el paraíso de los poetas es un paraíso muy menguado, no comparable con el del Génesis; pero nos habla tan claro el gentilismo y cosas nos dice tan elocuentes, que no ha lugar poderse atribuir á invención humana el sujeto de tan vivas tradiciones. La substancia en el Génesis está resumida y autenticada; los adornos accidentales, al estro de los poetas son debidos; la realidad, la Biblia nos la ofrece en toda su pureza; la poesía la engalanó, ó la ignorancia la desfiguró, ó la superstición la afeó con la profanidad de los trajes míticos [5].

5. Por último, confirma cuanto en este capítulo hemos tratado la memoria de la serpiente. El Tifón fenicio es aquel dragón de cien cabezas que pretendió alzar bando contra dioses y hombres, y fué domado por Júpiter, como lo pintan los griegos, y arrojado en el Tártaro profundo. El Arimán de los Persas, creador de la serpiente, acomete y derriba al hombre con males físicos. También los griegos, en la fábula de los cíclopes y gigantes de cien brazos, representaron la arrogancia de los espíritus que se coligaron con los Titanes ó primeros hombres para guerrear contra la divinidad. Pero, hablando más en particular, los lombardos veneraban las serpientes como genios domésticos, atribuyéndoles virtud para cosas prodigiosas; los germanos contemplaban las sierpes cual si pelearan en lugares subterráneos con los héroes del humano linaje; los griegos y romanos reconocían el favor de los genios tutelares en los dragones, hidras y culebras espantables, como se echa de ver en las leyendas de Cecrops, Jason, Teseo, Hércules, Mercurio y en las narraciones de Homero; en fin,

---

[1] *De Civit. Dei*, l. XIV, cap. XXVI.—[2] *De Fide orthod.*, l. II, cap. XI.
[3] Cap. XXXIX, III.—[4] *Hist. des langues sémitiques*, p. 575.
[5] BERTRAND, *Dictionnaire des Religions*, p. 234.

los indios, chinos, babilonios adoraban dragones y sierpes por dioses protectores, considerándolos enemigos de la humana familia. "En una palabra, dice Luken: dondequiera que pongamos los ojos hallamos la serpiente como símbolo de los genios, aun entre la raza negra que da nombre de sierpe al culto que les tributa„ [1].

En fin, la ruina del género humano tuvo confirmación ilustre en la memoria de la serpiente, que precipitada en los abismos se hace dueña del mundo entero y de él recibe universal adoración. Descubrióse poco ha en la India un monumento búdico del siglo IV, dedicado al culto de la serpiente. En el malhadado paganismo vemos las serpientes sujetas á los encantamientos de las hechiceras, y manteniendo, so capa de servil oficio, la realidad de su dilatado imperio. Manilio [2], Nemesio [3], Ovidio [4], Tibulo [5], Séneca [6], Lucilio [7], Petronio [8], Lucano [9], Virgilio [10], refieren cómo las magas encantaban las serpientes y las rompían con los hechizos de su canto. Así que, en resumen, ora los mortales hayan considerado la serpiente como genio favorable, ora como adverso, siempre resulta que "el dogma de la caída de los hombres, por el mal uso que sus primeros autores hicieron del libre albedrío, es una verdad eterna que en ninguna parte resplandece con tanta claridad como en el Génesis. Ella facilita la única solución del espantoso problema que se propone al pensamiento del hombre á todas horas, y que ninguna filosofía religiosa ha podido resolver fuera de los confines de la revelación„ [11].

---

[1] *Les tradit. de l'human.*, § CVII.—[2] Lib. I.—[3] IV Eclog.
[4] *VII Metam.; II Am.*, Eleg. I.—[5] Lib. I.—[6] *In sácr. Med.*
[7] Lib. XX, *Satyr.*—[8] *Satyr.*—[9] *Phars.*, lib. VI.—[10] *Buc., eclog.* VIII.
[11] LENORMANT, *Hist. ancienne de l'Orient*, t. I, chap. II, § 2.





CAPITULO L.

LA VIDA SOBRENATURAL.

ARTÍCULO PRIMERO.

1. Orden natural y sobrenatural.— 2. Cuál sea la verdadera norma, cuáles las falsas, de lo sobrenatural.— 3. Bayanos y jansenistas. — 4. Capacidad del hombre para el fin sobrenatural.— 5. Doctrina de Santo Tomás.

1. Llamamos comúnmente *naturaleza* en un ser todo aquello que en él nace y le acompaña en su nacimiento, conviene á saber, aquella substancia que juntamente con sus propiedades hace que una cosa sea lo que es cuando queda constituída. La *esencia* no tiene respecto á la existencia, dice en abstracto las propiedades de un ser; la *naturaleza,* presupuesta la existencia individua, dice respecto al principio de las operaciones del ser. Claramente lo enseña Santo Tomás: "Aquello por donde una cosa se constituye en el propio género ó especie es lo que significamos por la definición de la *esencia,* y por eso el nombre de esencia se trueca por los filósofos en el nombre de quiddidad; pero el nombre de *naturaleza* parece significar la esencia de una cosa según que tiene orden á la operación de la cosa, comoquiera que ninguna cosa hay que carezca de operación" [1]. Ya antes de Santo Tomás, Aristóteles había definido la naturaleza "principio y causa del movimiento" [2]. Llámese, pues, *naturaleza* el principio substancial de la vida. Según esto, bienes *naturales* son aquellos que constituyen un ser en su estado de substancia individua y que brotan de su propio fin, ora sean genéricos, ora específicos ó individuales: todas las facultades, que van á un fin, los actos de ellas, los medios necesarios para su ejercicio, los efectos de tales facultades y de tales actos, todos éstos son bienes *naturales*.

---

[1] *De ente et essentia*, cap. I.—[2] *Metaphys.*, l. IV, cap. IV.

Por el mero hecho de serlo, entran en los términos de necesarios y debidos, no absolutamente, sino puesta la dispensación y orden de la divina Providencia. Porque, "en el caso que Dios quiera hacer un hombre, es necesario y debido que junte el alma con el cuerpo y le adorne de sentidos y otros aparatos externos é internos; y en esto no decimos ser Dios deudor á las criaturas, sino á su soberana disposición, que por necesidad ha de cumplirse" [1]. De aquí es que, respecto de la naturaleza de una criatura, Dios viene á ser Criador y Proveedor; porque, además de haber sacado aquella substancia de la nada por vía de creación y colmádola de propiedades, la conserva en su ser, alienta sus fuerzas y las encamina á su fin, haciéndolas fecundas y obradoras. El orden natural es el orden de la creación, ni más ni menos.

Por lo dicho podemos graduar la propiedad del nombre *natural: natural* es lo que del nacer se adquiere; *natural,* lo que á la esencia cuadra y acompaña; *natural,* todo cuanto Dios en su criatura como Criador dispone; *natural,* lo que sucede por vía ordinaria en la universidad de las cosas; *natural,* el efecto proporcionado á la virtud de la causa criada; *natural,* la composición física de una substancia; *natural,* lo que de la naturaleza, no de la persona, proviene; *natural,* en fin, y latamente, todo aquel cúmulo de cosas que constituyen una substancia en el grado que le corresponde, y andan conjuntas, y siguen el estilo de su propia constitución [2].

Al revés, llamaremos *sobrenaturales* aquellos bienes que ni nacen de la substancia, ni salen de la naturaleza, ni le son á ella debidos, ni la acompañan y siguen forzosamente, pero como advenedizos le sirven de ornato idóneo para amplificar y enaltecer la substancia; aquellos dones que, procediendo de la mano del Sumo Ordenador por vía de liberal munificencia, subliman la criatura á una condición del todo nueva; aquellas prerrogativas que le son principio de operaciones *realzadas,* y tales que sin ellos la criatura fuera incapaz de obrar *realzadamente;* insignias y bienes, que tan sólo de la bondadosa largueza de Dios pueden derivarse para vestir al hombre de gloria y hermosura. Por esta causa dijo galanamente el P. M. Fray Luis de León: "Aunque todo el bien que vive y luce en la criatura es bien que puso en ella Dios, pero puso en ella Dios unos bienes para que le fuesen propios y naturales, que es todo aquello en que consiste su ser y lo que dello se sigue: y éstos, decimos, que son bienes de naturaleza, porque los plantó Dios en ella, y se nace con ellos, como es el ser y la vida, y el entendimiento y lo demás semejante. Otros

---

[1] STO. TOMÁS, *Contra Gent.*, lib. II, cap. XXIX.

[2] P. RIPALDA, *De ente supernat.*, disp. I, sect. 2.—BELARMINO, *De gratia primi hom.*, cap. V.—SUÁREZ, *De gratia*, proleg. III, cap. II.—SCHRADER, *De tripl. ord.*, n. 58 et seqq.

bienes no los plantó Dios en lo natural de la criatura, ni en la virtud de sus naturales principios para que de ellos naciesen, sino sobrepúsolos él por sí solo á lo natural; y ansí no son bienes fijos ni arraigados en la naturaleza, como los primeros, sino movedizos bienes, como son la gracia y la caridad y los demás dones de Dios, y aquéstos llamamos bienes sobrenaturales y de gracia„ [1].

Si abrimos los escritos de los santos Padres, éste es y no otro el concepto que del orden sobrenatural nos sugieren. Todos ellos á porfía, tratando de las cosas que á esta región pertenecen, llámanlas sobrenaturales (ὑπὲρ φύσιν), sobrehumanas (ὑπὲρ ἄνθρωπον), sobrecreadas (ὑπὲρ κτίσιν), sobrementales (ὑπὲρ ἔννοιαν); cuyos clarísimos testimonios pueden verse en Passaglia [2] y en el P. Schrader [3]; por los cuales bienes queda tan favorecido el ser de las cosas *sobrenaturales*, que son declaradas por sola esta causa sublimarse con infinito exceso sobre las naturales y finitas. La diferencia entre el orden natural y el sobrenatural colígese particularmente de las proposiciones condenadas pór la Santa Sede en la causa de los jansenistas, bayanos y quesnelianos; de cuya condenación se deduce que si el orden natural abraza las propiedades y excelencias que constituyen la naturaleza humana, ó que de ella se derivan ó le son necesarias y debidas; al orden sobrenatural pertenecen las prerrogativas que sobrepujan en grandeza, no comoquiera, sino absoluta, al lustre de la naturaleza criada, porque traen la dignidad de otra más alta alcurnia, porque son riquezas extrañas y sobrepuestas que vencen á todo cuanto las substancias criadas pueden y valen, y así transcienden y se encumbran sobre todo el orden de la creación y ordinaria providencia.

2. Por aquí se entenderá cuán lejos andan del verdadero concepto de las cosas los racionalistas modernos, que dan título de *natural* á lo sensible y de *sobrenatural* á lo inteligible que no cae en los sentidos: pues demás de ser esas notas muy extrínsecas, se dan cosas sobrenaturales harto palpables y sensibles, como los milagros; y las hay que con ser naturales burlan la experiencia de la sensibilidad, como la unión del alma con el cuerpo, las leyes de los elementos materiales, muchas combinaciones químicas, etc. Otros autores apellidan *sobrenatural* la creación y sucesos parecidos, por ser efectos de causa superior á todo lo criado; de modo que ser una cosa obra de Dios y ser sobrenatural, paréceles un mismo concepto. "El primer milagro, dice Guizot, es Dios; el segundo es el hombre; la libertad humana es otro hecho sobrenatural„ [4]. No así hablaron los Padres y Doctores; ni todo lo maravilloso lo denominaron luego con el título de sobrena-

---

[1] *Nombres de Cristo*, l. 1, *Pimpollo.*

[2] *De Deo Creatore*, p. 2, n. 5.—[3] *De triplici ordine*, n. 85.

[4] *Méditations sur la Relig. chrétienne: Revue des Deux Mondes*, 1864, 1 Juillet.

tural, ni todo lo desacostumbrado y prodigioso lo tuvieron por superior á fuerzas criadas.

No es menos desacertado el concepto que de lo sobrenatural hacen los que le cifran en la relación del hombre con Dios, nombrando *natural* todo lo que sale fuera de las obligaciones con la divina Majestad, como si en cualquier estado no hubiera de haber tenido el hombre relaciones con su Criador y conservador: en ese caso, todo linaje de culto sería sobrenatural, aun en el estado de naturaleza pura; lo cual bien se ve cuánto se opone al dictamen de los santos y á la misma razón de las cosas.

Otras normas han discurrido algunos modernos escritores que no pueden admitirse. Así Vock en su *Teología dogmática* [1] dice ser sobrenatural todo cuanto Dios por sí mismo obra, y natural lo que ejecuta mediando las causas segundas: á esa cuenta la creación y conservación serían acciones sobrenaturales, y serían naturales los buenos pensamientos que los ángeles en los hombres despiertan y avivan, que es cosa nueva é inaudita: y no menos lo es calificar de sobrenatural un don de Dios por ser extraordinario, y de natural el que es ordinario y común; porque cosas hay muy usuales y cotidianas, como los sacramentos y la misa, que son de esfera sobrenatural; al contrario de otras, como los milagros, que podrían en ciertos casos parecer naturales, dado que son divinas y puestas fuera del orden físico. A tal extremo llega la preocupación de algunos semisabios, que porque entienden que ciertos escritores tienen á milagro la creación y la cuentan por sobrenatural, cierran ellos contra la creación y la juzgan increíble y fabulosa; no la dieran quizá por tal si llegasen á persuadirse que es una obra muy natural y propia del poder de Dios Criador, como en otra parte dijimos [2].

3. Quien más gravemente deslizó en esta parte fué Bayo, en el siglo XVII, poniendo nombre de naturales á aquellos dones, cualesquiera que fueren, que acompañan la naturaleza del hombre. Concedía Bayo que el hombre había sido criado y enriquecido con los dones de filiación adoptiva, inmortalidad, entereza y demás; pero no creyó que fuesen bienes sobrepuestos á la imperfección de nuestra naturaleza, sino necesarios, arraigados y debidos, y por ello naturales. En mal hora pensó Bayo arrimar á los santos Padres su tan perversa doctrina; porque todos los Padres y Doctores, cuando celebraron por sobrenaturales aquellos admirables privilegios, no los juzgaron tales precisamente porque se concedan ahora á nuestra naturaleza caída, sino porque en la substancia considerados lo son, aun no presupuesta la culpa primera, y lo fueron tanto en Adán como en los ángeles antes de pecar, pues que los Padres llaman colmos de gracias y dones gratuítos aquellos ornamentos y beneficios que acumuló

---

[1] *De gratia*, § 202.—[2] Cap. VIII, art. III.

en ellos la divina munificencia al sacarlos á luz; fuera de que, si vale la distinción de Bayo, también se dirá ser natural la ceguera al hombre, porque con ella vino al mundo el ciego de nacimiento.

Finalmente, los jansenistas pervirtieron las nociones de lo natural y sobrenatural, no midiendo la sobrenaturalidad por la substancia misma de las cosas, sino por la relación que ellas tienen con las obras precedentes. Pero los santos Padres intitularon sobrenaturales los dones según en sí son y mirada sólo su peculiar entidad; por eso mismo los trataron como graciosos y por ninguna razón debidos: de donde, por ser gratuítos, resolvían no tener punto de relación con el mérito de las obras, y, en conclusión, que no hay criatura, por perfecta que sea, á quien se deban de justicia, como se le deben los dones naturales. San Agustín negó que la gracia se conceda á las obras buenas, porque debe ser del todo graciosa; que, á no serlo, dejaría la merced de ser merced y la gracia de ser gracia [1].

4. Declarada la idea del sobrenaturalismo, antes de venir á exponer la augusta institución con que coronó Dios la obra del postrero día colocando al hombre en esta divinal esfera, conviene primero demostrar qué suerte de capacidad había en él para tan soberano encumbramiento. Para inteligencia de esto es de advertir que tiene el hombre entrañada en su alma una potencia que le hace "idóneo para llenar, según el arbitrio del Criador y con su especial merced, un oficio que por su virtud nativa y con sólo el concurso de Dios ordinario no podría llevar á efecto„, como enseña el P. Suárez [2]. Dos cosas son menester para que el hombre ponga en ejecución la potencia obediencial que posee: la primera es que Dios tenga á bien enriquecerle con la soberanía de sus dones; la segunda, que el hombre *pueda* recibirlos en sí sin agravio de su natural condición. Que pueda Dios sacar al hombre de su baja esfera y ponerle en otra más alta, solamente lo disputará quien llegare á dudar que Dios sea dueño de rendir á su señorío las facultades del hombre, obrando en ellas efectos que excedan los términos de su nativa virtud. Y que guarde Dios en las arcas de su infinita esencia caudal de bienes bastante para ilustrar espléndidamente á toda criatura, y que sean ellos comunicables y aptos para perfeccionarla, engrandecerla y ensalzarla á un fin más excelente que el natural, no puede ponerse en cuestión. ¿De dónde nacería la repugnancia y dificultad? ¿Acaso se oponen ó no se compadecen bien facultades humanas y dones divinos? Ninguna suerte de contrariedad hay entre potencias espirituales que deban recibir y riquezas espirituales que puedan ser recibidas; ni es tanta la desproporción entre las mercedes de Dios, por extrema-

[1] *De peccat. orig.*, cap. XXIV; *Contra Faust.*, l. XXVI, cap. V; Sermo XXVI, núm. 4.

[2] *In III p. D. Thomæ*, disp. XXXI, sect. VI.

das que sean y sobre todo encarecimiento, y las aficiones que siente el hombre á abrasarse en amores por todo lo grande y excelso que se le represente posible en razón de descansar en el sumo bien. Dice Santo Tomás: "La divina substancia no está puesta tan fuera del alcance del entendimiento criado, como una cosa extraña y ajena, cual lo está de la vista el sonido..., porque la substancia divina es al cabo el primer inteligible".—"Y según esto, el entendimiento criado puede ser proporcionado para conocer á Dios, de suerte que los hombres, no sólo sean conocedores de Dios mediante las cosas hechas, mas también en el estadio de viandantes sean conocedores de la gracia de Dios por la fe en Cristo Jesús, y en el estadio de término perfectos contempladores del mismo Dios en sí"[1]. No otra cosa compendiosamente significó San Agustín, cuando dijo: "El tener fe y caridad es propio de los fieles; el poder tener fe y caridad es propio de la naturaleza humana"[2].

5. Esta doctrina, recibida por común entre los doctores católicos, puede confirmarse con la que enseña Santo Tomás sobre la imagen de Dios, á cuya semejanza fué hecho el hombre, y está tomada de San Agustín. Porque la razón de ser el hombre hecho á *imagen* de Dios es el estar dotado de entendimiento y voluntad, y poder por estas facultades ser levantado á conocer perfectamente á Dios y á transformarse en *semejanza* suya; pero las criaturas inferiores, en quienes no cabe entendimiento ni *imagen* de Dios, no pueden llegar á semejanza con la divinidad[3]. Y aquí de camino se verá cómo el orden sobrenatural, tan lejos está de envilecer ó abatir la condición del hombre, que antes la realza y perfecciona, engrandeciendo los senos de sus potencias con cúmulo de más exquisitos bienes. Así entienden San Agustín, San Basilio, San Jerónimo y otros aquella palabra "hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra", conviene á saber, que la *imagen* se refiera á los dones naturales, la *semejanza* á los sobrenaturales; sin por eso derogar á que otros Padres expongan esta escritura en diversos sentidos que arriba apuntamos[4], y pueden verse en Cornelio Alápide[5].

---

[1] *Contra Gentes,* lib. III, cap. XXIV.—I p., q. XII, a. I.
[2] *De Prædestin.,* II, cap. V.
[3] I p., q. XXXVIII, a. I; *Contra Gent.,* lib. III, cap. CXLVII; I II.ae, q. CXIII, a. IO.
[4] Cap. XL, art. V.—[5] *In Genes.,* cap. II.

ARTÍCULO II.

A los enemigos del orden sobrenatural se les demuestra con razones históricas y positivas cómo Adán y Eva fueron encumbrados á esta vida excelentísima.

De suma importancia es la materia que tratamos, particularmente en nuestros aciagos días, en que todas las ciencias naturales parecen coligadas y juramentadas contra el orden sobrenatural y divino. Por una parte los panteístas, confundida la naturaleza de Dios con la substancia de las cosas criadas, le roban al Señor su existencia personal, ó fingiendo en Dios necesidad en el obrar, le privan de franca libertad para conceder mercedes; por otra, los supernaturalistas, acusando de flaca é imbécil la criatura racional si no va abastada de gracias sobreañadidas y singulares, no la juzgan sin ellas hábil para caminar á su fin natural: ambos extremos, el uno por exceso, el otro por defecto, dan al través con el orden sobrenatural, porque envileciendo sus bienes, hácenle imposible y frustráneo. En segundo lugar, los tradicionalistas con tanta audacia ponen por tierra las humanas facultades cuando ponderan la importancia de la revelación, que la consideran tan de todo punto necesaria, que el primer hombre sin ella no hubiera podido alcanzar su fin y debida perfección; al revés, los naturalistas, poniendo en alto homenaje la naturaleza del hombre, fingen que se basta á sí propia grandemente y se tiene en su casa el caudal de riquezas necesarias para ser del todo feliz; por tanto, ni ha menester fin de esfera más levantada, ni doctrinas reveladas, ni virtudes infusas, ni beneficios de superior calidad, pues le es suficiente la vida natural para caminar con denuedo en los alcances del propio fin. Ultimamente, los racionalistas, sin empacharse si hay ó no hay dones de orden más excelente, han dado en que no habla con ellos la enseñanza divina, á la cual tapan cautelosos los oídos como á toda verdad que no ajuste conforme á la medida de su natural razón.

Contra estas mentirosísimas opiniones conviene mostremos cómo los bienes sobrenaturales, que no envuelven repugnancia en sí ni traen inconvenientes, antes procuran ventajosa dignidad á la naturaleza del hombre, fueron comunicados á nuestros primeros padres en este misterioso día, levantándolos á un fin de incomparable grandeza. No era de esperar menos de la infinita bondad del Criador, la cual, siendo de suyo infinitamente comunicable y nada codiciosa de sus bienes, sino manirrota y liberalísima, era razón que se dejase llevar del ímpetu de su generosidad en criando seres capaces de tan ricos dones, repartiéndolos á manos llenas con todos, al ver cuánta gloria había de resultarle de la granjería de sus gracias. Mas

veamos las razones históricas y positivas que hacen cierto argumento de la existencia del orden sobrenatural.

Recapitulando las memorias de los pueblos antiguos, ninguno hay que no abra sus primeras páginas con la relación de un orden de cosas extraordinarias, que ahora no conocemos sino por el órgano de la sagrada Escritura. La revelación hecha por Dios á los mortales, y el trato familiar del hombre con la divinidad, son dos sucesos que se clarean en el fondo de todas las primitivas historias y constituyen el colmo de aquella bienhadada sazón, conmemorada en todas las naciones. El impío Voltaire no vaciló en declarar que "estas memorias son el fundamento de la teología en todos los pueblos" [1]. Platón, como está dicho, representa á los primeros hombres, apacentados por Dios y viviendo en perfectísima paz. Varron [2], Ovidio [3], Juvenal [4], Tibulo [5], Virgilio [6], Lucrecio [7] nos han dejado galanas pinturas de los regalos que participaron los primeros hombres del mundo. Homero repartía sendos dioses, á cada héroe el suyo, que les sirvieran de tutores. Confesaba Cicerón que los dioses andaban por doquier mezclados con los mortales. Y la antigüedad, todo cuanto antes había de honroso, decente y serio, lo hacía consistir en la comunicación con los dioses. El día en que los adivinos, decía Cicerón, escudriñando las entrañas de un ave, se miraron á la cara y se echaron á reir, aquel día perdió Roma su poderío, porque le faltó al hombre la piadosa humildad, velo necesario para vivir entre sombras y misterios. Allégnse los germanos, que en el Edda han conservado su figura simbólica, los amigables vínculos que estrechaban á los dioses con los hombres inocentes [8]. De todo lo cual se dijo lo bastante en los capítulos XXXIX y XLIX de este libro.

Además, las cuatro edades encomiadas por los antiguos son de gran monta para nuestro intento. Según los egipcios, la primera edad había sido la más afortunada, puesto que para ponderar la excelencia de una cosa solían decir no haberse visto tal desde los tiempos del dios Ra. En la India la duración de los hombres se dividía en cuatro temporadas: la de la perfección, la del sacrificio, la de la duda, la de la perdición, que es la presente, y rematará con el exterminio del mundo. Hesíodo trae también las cuatro edades, declarando el decaimiento gradual de cada una con los nombres de oro, plata, cobre, hierro. La tradición mazdeíta refiere las cuatro edades de la manera siguiente: en la primera reina la pureza é inocencia; en la segunda comienza la mezcla del mal; en la tercera la victoria es indecisa; en la cuarta el mal sobrepuja y triunfa, pero será vencido y

---

[1] *Quest. sur l'Encyclop.*—[2] *De re rustica*, lib. I, cap. II.
[3] *Metamorph.*, lib. I, 89.—[4] *Satyr.*, VI.—[5] Libr. I, Eleg. III.
[6] *Æneid.*, VIII, 315; *Georg.*, I, 125; *Eclog.*, IV.
[7] *De rerum natura*, V, 923.—[8] SIMROCK, *Mytholog.*, p. 52.

burlado en la resurrección de los muertos. Es muy digno de observar cuán sin reparo abrazaron los pueblos la distinción de estas cuatro edades, y con qué indulgencia toleraron que cada una fuera más corrompida que la antecedente, condenando así la humana libertad á una fatal ignominia, en vez de promover la aspiración á un honroso progreso. Pero Dios, en cuyas manos están las riendas de las naciones, permitía en ellos este extraño proceder, para que por una parte descubriésemos claramente en la tenacidad de sus tradiciones la verdad del orden sobrenatural que los primeros hombres profesaban, y por otra tocásemos con las manos la endiablada soberbia de aquellos pueblos que, con tener presentes los destellos de la antigua dignidad, se abandonaban á las furias de la desesperación, de cuyos arrebatos impedidos por no ver remedio á su abatimiento, daban de ojos en la depravación del panteísmo y emanatismo facineroso.

No así la sagrada Escritura. No hallaréis en ella rastro de las cuatro edades; en vano han hecho diligente pesquisa los críticos: es historia, no ficción; narración de sucesos, no poesía fabulosa; figura profética de cosas futuras, no imaginación simbólica de cosas pasadas. "¡Cuánto más consoladora es la narración bíblica, dice con sumo acuerdo Lenormant, que á primera faz parece tan dura é incomportable á la humana soberbia! ¡Qué luces tan preciosas descubre á las almas! Ella admite que el hombre cayó, poco después de haber sido criado, de su estado de pureza original y de su felicidad edénica" [1]. Así es en verdad: las tradiciones paganas guían al hombre al despeñadero de una desdicha constante; las Escrituras, por el contrario, desde sus primeros capítulos, no bien han referido la desastrosa caída, ofrecen el espectáculo de un levantamiento, sustentan las miserias presentes con la esperanza de una reparación, prometen la venida de un caudaloso Redentor, proponen el designio de una restauración total, que abre á los angustiados las puertas del paraíso perdido. Las tradiciones paganas pregonan pública y rasamente la elevación y la ruina, mas de la restauración hablan con tanta obscuridad, que entre los rayos de escarmientos apenas vibran resplandores de alentada confianza; las Escrituras, al revés, esfuerzan el ánimo con tanto vigor, que aquel orden nobilísimo á cuya excelsitud había sido el hombre sublimado, cuyos bienes, culpable, había justamente perdido, cuyas mejorías por sus merecimientos no podía granjear, en el acto mismo en que se le escapa de las manos se le devuelve graciosamente por los méritos del Hombre-Dios. Con todo eso, no tiene la menor duda que todas las gentes de Europa, Asia, África y América han estado desde la remotísima antigüedad concordes en celebrar la comunicación de bienes divinos hecha á los hombres en el principio del mundo [2].

---

[1] *Hist. anc. de l'Or.*, l. I, chap. II, § 2.—[2] P. SCHADER, *De tripl. ord.*, n. 131.

Ahora, este unánime consentimiento no es posible que carezca de verdad histórica, estando, como vemos, abastecido de condiciones que le hacen merecedor de todo crédito. Errores y mitos han debido acompañar á las primeras tradiciones; pero la substancia quedó en pie, y la substancia se contiene en la realidad del orden sobrenatural. M. de Quatrefages, hablando de la religión de los pueblos, muestra cómo aun los budistas, tenidos en concepto de ateos por E. Burnouf, tan lejos están de serlo que creen en la otra vida, poseen el dogma de premios y castigos, atestan sus leyendas de dioses y de demonios y admiten un ser supremo y perfectísimo [1]. Entrar en el *nirvana* es, dice, "alcanzar un estado espiritual tan alto, que el alma no tiene ya necesidad de pasar por las pruebas de la reencarnación„. Más de maravillar es que entre las poblaciones más miserables de hotentotes, bosquimanes, australianos, reinen las creencias de las almas inmortales, de galardones y penas de la otra vida, de la resurrección de los cuerpos, de espíritus superiores, sin que tales ideas puedan atribuirse al desarrollo intelectual de estos pueblos, como pretenden los que miden la religión de un pueblo con su progreso intelectual. Las llamas de estos conocimientos, aun medio extinguidas, echan de sí esclarecidos rayos de luz que dan á conocer los restos de una civilización desparecida, en que la sublimidad de un estado religioso precedió á la postración y barbarie en que ahora viven sumidos.

La segunda razón de la existencia del orden sobrenatural se toma del fin último que el Señor propuso al hombre, en criándole, para que enderezase á él sus potencias y actos, atento á ser eternamente feliz. Para cuya inteligencia habemos de considerar que la felicidad, esto es, la perfección y junta de todos los bienes, dos cosas mayormente comprende: el bien que hace al hombre feliz y la posesión del mismo bien. El bien que hace al hombre feliz poseyéndole, es Dios; el modo de poseerle puede ser muy vario, según que se contemplen las divinas perfecciones por el rastro de las criaturas, ó según que sean vistas en la misma divina esencia, sea á través de velos, sea sin velos, cara á cara. La felicidad eterna que señaló Dios al primer hombre consiste en la perfecta visión, sin velos ni sombras, de la esencia divina como en sí es: destino magnífico y remontadísimo que, sin la fuerza de la gracia, ni desear ni siquiera imaginar pudiera el hombre ni el ángel. Este es el último fin, donde, como claman las santas Escrituras, mandó Dios al hombre tuviese puesta la mira para dar cabal descanso á las aspiraciones de su corazón. "Vemos ahora como por espejo en obscuridad, clama el Apóstol; mas entonces faz á faz: ahora conozco por partes; después conoceré así como soy conocido„ [2]. Y San Juan: "Somos ahora hijos de Dios: y no parece aún lo que hemos de ser;

[1] *Introduction à l'étude des races humaines*, 1887, p. 252.

[2] I Cor., XIII, 12.

pero sabemos que cuando él apareciere seremos semejantes á él, porque le veremos como él es en sí„ [1].

Tal es el fin de todo hombre; fin que, según San Epifanio [2], "es inaccesible á la naturaleza creada, si Dios con su brazo todopoderoso no se digna fortalecer su incapacidad para que vea al invisible„.—En este sentido, San Agustín, exponiendo un lugar de San Pablo, dice: "Siendo sueldo del pecado la muerte, la vida eterna es pura gracia de Dios, que levanta la naturaleza servil al trato íntimo con su Hacedor„ [3].—Todos los Escolásticos hacen aclamación á esta enseñanza, apoyados en el consentimiento de los Padres y Doctores. De inestimable precio son estas palabras de Santo Tomás: "Como la última felicidad del hombre deba consistir en una altísima operación de su entendimiento, si el entendimiento criado no pudiese alcanzar á ver la esencia divina, una de dos: ó digamos que jamás llegará á poseer la bienaventuranza, ó confesemos que en otra cosa y no en Dios se cifrará su felicidad: lo cual es ajeno de la fe. Porque la última perfección de la criatura racional está en aquello que es principio de su ser; porque en tanto una cosa es perfecta en cuanto se allega á su principio„ [4]. Habla aquí el santo Doctor, no de aquel apetito natural y congénito con que el hombre apetece la felicidad en común y por mayor, sino de aquel apetito elícito y avivado por el conocimiento que la fe le sugiere, y concebido como fácil de alcanzar con los auxilios de la gracia.

Conforme á esto, á dos fines podía el hombre ser ordenado: al natural y al sobrenatural; á la contemplación mediata, y á la visión intuitiva é inmediata de la esencia divina. Fué levantado á este segundo y nobilísimo fin; pudo haber tenido por fin exclusivamente contemplar á Dios en las obras criadas, y ése fuera el propio en el estado de la naturaleza pura; mas en el estado de la presente dispensación, sacándole Dios de los límites de la naturaleza, le enalteció á la región divina concediéndole gozar de su vista clara. Anduvieron, pues, sin tiento aquellos autores que reputaron necesario el destino del hombre á la visión intuitiva, porque sin él, decían, fuera misérrimo y de peor condición que los demás seres; á él inclina la criatura racional con todo el peso de sus propensiones; esto no obstante, sería sobrenatural este fin, repetían, solamente cuanto á los medios y cuanto á las fuerzas necesarias para conseguirle, que habían de ser dadas por Dios según la tasa de su providencia. Pero erraban por muchos conceptos los que tal discurrían, porque suponían un fin natural y medios sobrenaturales, que no es pequeño inconveniente; porque iban contra el común de los teólogos, que estiman graciosa y sobrenatural la elevación á la vista intuitiva; porque hacían debido y necesario, no gratuíto y de pura merced, un fin excelso sobre toda comprensión;

[1] Ep. I, cap. III, 2.—[2] *Hæres.*, LXX.—[3] *Enchirid.*, CLVII.—[4] I p., q. XII.

porque, en fin, abrían portillo y daban la mano á la peste de los jansenistas, que enseñaron ser la visión intuitiva necesaria y debida al hombre inocente.

ARTÍCULO III.

1. Para encaminarse al fin propuesto éranles forzosos medios sobrenaturales.—2. Gracia santificante.—3. En qué punto alcanzó Adán este precioso don.—4. Bienes y efectos de la gracia divina en Adán y Eva.

1. La tercera razón en prueba de la existencia del orden sobrenatural es que, para alcanzar el fin sobredicho, érale forzoso al hombre ser grato á Dios y merecer con su correspondencia un tan incomparable galardón. Y pues la bajeza de nuestro entendimiento no era poderosa á rastrear la noticia de un ser sobrenatural, mucho menos podía hallar medios acondicionados con que llegar al término de su viaje; y, por consiguiente, sin traza ni industria del hombre, hubo Dios de infundirle el don de la gracia que le hiciese santo, justo, recto, amigo, hijo y merecedor de gloria eterna. A Dios le tocaba vestirle del ropaje celestial que transfigurase su alma, la santificase, la endiosase é hiciese templo vivo de la augusta Trinidad. A la verdad, dogma católico es que Adán fué constituído en la gracia santificante antes de caer en pecado, apenas hubo salido de las manos de Dios. El Concilio de Trento lo declara [1]. Bien demuestran á los ojos de todos esta verdad las santas Escrituras en decir: "Dios crió al hombre á imagen y semejanza suya„ [2]. "Crióle á imagen de su semejanza„ [3]. "Hízole recto„ [4]. "Hemos de despojarnos del hombre viejo y vestirnos del nuevo, que fué criado según Dios en justicia y santidad de verdad„ [5]. En todos estos lugares, como interpretan los santos Padres [6], se hace significación de la gracia justificante que recibió el primer hombre en su estado de inocencia. A este propósito, dice el P. Maestro Fr. Luis de León: "Dios cuando formó el primer hombre, y formó en él á todos los que nacemos de él, como en su simiente primera, porque le formó con sus manos solas, y de las manos de Dios nunca sale cosa menos acabada y perfecta, sobrepuso luego á la substancia natural del hombre los dones de su gracia, y figurólo particularmente con su sobrenatural imagen y espíritu, y sacólo, como si dijésemos, de golpe y de una vez acabado del todo, y divinamente acabado. Porque al que, según su facilidad natural, se podía figurar en condiciones y mañas, ó como bruto, ó como demonio, ó como ángel, figuróle él como Dios, y puso en él una imagen suya so-

---

[1] Sess. V, *Decret. de peccat. orig.*, can. I, 2.

[2] *Gen.*, I, 127.—[3] *Sapient.*, II, 23.—[4] *Eccles.*, VII, 30.—[5] *Ephes.*, IV, 23.

[6] PETAVIO, *De opif. sex dier.*, l. II, cap. II.—BELARMINO, *De gratia primi homin.*, cap. II y III.

brenatural y muy cercana á su semejanza, para que así él como los que estábamos en él, naciendo después, la tuviésemos siempre por nuestra, si el primer padre no la perdiese„ [1]. Todo esto es del Maestro León.

2. Pero ¿qué es la gracia justificante? Una participación de la naturaleza divina, responde Santo Tomás. Mediante ella, Dios no nos comunica su propia vida y substancia como la comunica á su Hijo natural, por manera que la gracia no hace dioses, sino endiosados y divinos; mas no por eso deja de ser participación realísima y vitalísima de la divinal esencia. Porque "la gracia, escribe aún el P. Maestro León, es una como deidad, y una como figura viva del mismo Cristo, que, puesta en el alma, se lanza en ella y la deifica, y, si va á decir verdad, es el alma del alma... Entrando en ella, y ganando la llave de ella, que es la voluntad, y lanzándosele en su seno secreto, y, como si dijésemos, penetrándola toda, y de allí extendiendo su vigor y virtud por todas las demás fuerzas del ánimo, la levanta de la afición de la tierra, y convirtiéndola al cielo y á los espíritus que se gozan en él, le da su estilo y su vivienda, y aquel sentimiento y valor y alteza generosa de lo celestial y divino; y, en una palabra, la asemeja mucho á Dios en aquellas cosas que le son á él más propias y más suyas, y de criatura que es suya, la hace hija suya muy semejante; y, finalmente, la hace un otro Dios, así adoptada por Dios, que parece nacido y engendrado de Dios„ [2].

Así habla el P. Maestro León, de cuyas hermosísimas palabras podemos colegir que la gracia planta en el entendimiento humano un entendimiento divino, en el corazón humano un corazón divino, y en la voluntad una voluntad divina, con facultades, potencias, actos, fin y vida celestial y divina; con que se hace el alma capaz de ver á Dios cara á cara y de hablarle boca á boca, y de amarle con la misma caridad con que Dios se ama, y de gozar la bienaventuranza á la manera y estilo que él la goza. El alma en gracia es, pues, un campo lleno de gérmenes celestiales. El Adán divino asienta su morada en ella como en paraíso de deleites: allí vive para defender su dominio y cultivar su jardín. El primer Adán faltó á su deber: no hay peligro que falte el segundo. Mas no está solo, y poco podrá sin su compañera el alma, que es su Eva, y al propio tiempo su verjel: ambos á dos, trabajando juntos, labrarán la humana felicidad; separados uno de otro, engendrarían esterilidad y muerte segura [3].

La gracia santificante era, pues, en Adán el don del Espíritu Santo, que, apoderándose de las potencias de su alma, encendía y avivaba el fuego sagrado del amor de Dios; el cual, de tal manera con sus ardores elevaba el alma y la transformaba en la semejanza

---

[1] *Nombres de Cristo*, l. I; *Padre del siglo futuro*.

[2] *Ibid.*, libro II; *Príncipe de la Paz*.—[3] GAY, *De la Vie*, t. I, 1875, p. 50.

divina, que hacía al hombre justo, santo, agradable, hijo adoptivo, heredero de los bienes eternos, capaz de la clara vista de la divinidad.

3. En qué momento haya sido dotado el hombre de esta inestimable prerrogativa, no ha querido definirlo la Iglesia santa. El Maestro de las Sentencias, Escoto, San Buenaventura, Marsilio, Ricardo, Egidio y algunos teólogos creyeron que Adán fué entronizado en el orden sobrenatural y honrado con el don de la gracia santificante después que hubo salido de las manos de Dios; porque en el acto de su formación solamente recibió una cierta rectitud de alma, junto con la lindeza de cuerpo, hasta que plugo al Señor colmarle de sus divinas mercedes. Pero Alberto Magno, Santo Tomás y casi todos los posteriores teólogos abrazaron como cierta verdad que fué puesto en la esfera sobrenatural y revestido de la gracia en el mismo instante que abrió los ojos á la luz. Con todo, pues no quiso el Concilio Tridentino dirimir esta contienda, según consta en la *Historia del Cardenal Palavicini* [1], no es razón poner mancilla en la doctrina de los antiguos Escolásticos; cuanto más, que todas las pruebas que se acumulan para demostrar que Adán fué criado en justicia y gracia de Dios, ó se fundan en autoridad de escritores, ó no pasan de conjeturas probables [2].

4. Lo que más importa y en que no cabe discusión es, que en siendo el hombre introducido en este paraíso del orden divinal, fué enjoyado con la alteza de aquellos bienes que le hicieron particionero de la naturaleza de Dios: bienes altísimos que le apercibiesen al goce de la divina visión; bienes de santificación, gracia habitual, hábitos de virtudes infusas, dones del Espíritu Santo; gracias actuales, vivas mociones, inteligencias secretísimas; gracias de unión, trato íntimo con Dios, morada de las divinas personas, ilustraciones de misterios, noticias de la soberana Trinidad, conocimiento y amor del Verbo eterno [3]: todas estas realzadas y singularísimas excelencias, ¿quién será tan temerario que no las califique de sobrenaturales y gratuítas, pues es constante no ser de su cosecha la criatura racional hija, sino sierva, no merecedora del consorcio divino, sino digna solamente de aquellos dones que caen en la estrechura de lo natural y finito?

El primer hombre, pues, hecho nueva criatura, imagen y semejanza de Dios, vástago de divina prosapia, cubierto con el manto real de la gracia, empuñando el cetro de oro, caminaba, prosperaba, reinaba en el glorioso Edén, saludado rey de la creación por el festivo trinar de los pájaros, venerado por el solemne rugir de los leones,

---

[1] L. VII, cap. IX.

[2] SUÁREZ, *De op. sex dier.*, l. III, cap. XVII.—CARD. MAZZELLA, *De Deo creante*, disp. IV, a. 3.

[3] STO. TOMÁS, I p., q. XCV, a. 3.—IIª IIae, q. II, a. 7.

acariciado por el blando susurrar de los céfiros, regalado con las suavísimas armonías de las esferas, sustentado con el dulcísimo cebo del árbol de la vida, en medio del concierto universal de toda la creación. ¡Qué regalo en su interior! ¡Qué orden en sus potencias! ¡Cuán sujetos sus sentidos al imperio de la razón! ¡Cuán rendida su voluntad á la voluntad de Dios! ¡Qué paz! ¡Qué concierto! ¡Qué felicidad! La justicia original, la gracia santificante, como freno dulce y poderoso, tenía á raya el ímpetu de las potencias inferiores encadenándolas y sometiéndolas á la dirección de la razón y voluntad [1]. Arrebatada el alma purísima de Adán con los deleites del perfumado Edén, alzaba el vuelo sobre colinas y verjeles, lanzábase por la anchurosa región de los astros, buscando con ojos anhelantes el centro perennal de la vida, y, sediento, bañábase en las corrientes de aquellas infinitas perfecciones. Allí su espíritu ardoroso, centella de luz y de fuego espirada de la boca de Dios, bebiendo raudales de dulcísimos deleites, amaba, adoraba, agradecía con himnos de respetuoso afecto el escondido misterio de la encarnación del Verbo eternal, que columbraba ya como camino indispensable para llegar al término que esperaba gozar en breve por interminable sucesión de siglos. La turba de espíritus angélicos no acertaba á descoger las alas, contemplando atónitos y fuera de sí al hombre, monarca de la tierra, á quien Dios había franqueado sus gracias, haciéndole tantas finezas de amor y esmerándose por él un tantico menos de lo que por ellos habíase esmerado.

ARTÍCULO IV.

El Verbo encarnado fué el fundamento del orden sobrenatural y el fin eminente de toda la creación, segun el testimonio de las Escrituras, de los santos Padres y de la católica razón.

Para más entera noticia de este misterio, preséntase aquí ocasión de inquirir qué parte le cupo al Hijo de Dios en la institución del orden de la gracia, según los inescrutables designios de su providencia. Porque el fin principal que la divina Majestad pretendió en el fundar este linaje de cosas tan alto, ¿quién dudará sino que fué su mayor gloria y la comunicación de sus magníficas bondades? Mas qué fundamento dió á toda la traza de esta institución es lo que queremos aquí tantear, con el favor de su gracia, siguiendo las huellas de los Santos y Doctores teólogos.

Dios, en aquella primera intención que eternalmente concibió de comunicarse á las criaturas dándoles ser, antes que precediese en su soberano consistorio decreto alguno de poner en luz las cosas, considerando que la más perfecta y divina manera de hacer comunicación

[1] STO. TOMÁS, I.ª II.ae, q. LXXXII, a. I.—In II, dist I, q. I, a. I.

de sí y de asentar amistad con sus hechuras era juntar su naturaleza increada con una naturaleza criada, abrazándose con su más íntimo ser y haciendo en ella morada, determinó y tuvo por bien disponer que su amadísimo Hijo franquease su divinidad y tuviese por suya la humanidad, supositando la naturaleza humana en su persona divina; mas fué tan por extremo lo que se regaló con la grandeza de este consejo, que para que no faltase en el mundo quien correspondiese con el Hijo de Dios hecho hombre, y le adorase, y le amase, y sirviese, entre las infinitas cosas que podía criar, escogió lucidísimos escuadrones de ángeles y largas generaciones de hombres que fuesen sus amigos y servidores, adelantando sus finezas con enviar primero los tres reinos, mineral, vegetal y animal, que hiciesen de aposentadores para preparar morada al Hombre-Dios, y servir á su engrandecimiento, á la manera que los medios remotos sirven á sus próximos, y éstos y aquéllos al intento principal se proporcionan y ordenan. "Dios, dice el P. Suárez, en aquella primaria intención y voluntad con que trazó darse á las criaturas, quiso el misterio de la Encarnación, prefiriendo á Cristo nuestro Señor, Dios y hombre, para que fuese coronamiento de todas las obras divinas... Y de aquí se sigue que, si cotejamos la voluntad de la Encarnación y la de permitir el pecado, en razón de causa final la de la Encarnación fué la primera que tuvo" [1].

Esta grandiosa doctrina que el P. Suárez realzó con la agudeza, solidez y erudición de su ingenio, habíala insinuado ya y propuesto más de veinte años antes el P. Maestro Fr. Luis de León en su obra *Los nombres de Cristo*, piélago de admirable sabiduría. "Así como en el árbol la raíz no se hizo para sí, ni menos el tronco que nace y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro, juntamente con las ramas y la flor y la hoja, y todo lo demás que el árbol produce, se ordena y endereza para el fruto que de él sale, que es el fin y como remate suyo; así por la misma manera estos cielos extendidos que vemos, y las estrellas que en ellos dan resplandor, y entre todas ellas esta fuente de claridad y de luz que todo lo alumbra, redonda y bellísima, la tierra pintada con flores y las aguas pobladas de peces, los animales y los hombres, y este universo todo, cuán grande y cuán hermoso es, lo hizo Dios para fin de hacer hombre á su Hijo, y para producir este único y divino fruto que es Cristo, que con verdad le podemos llamar el parto común y general de todas las cosas" [2]. Con parecido símil significó esto mismo después el glorioso Doctor de la Iglesia San Francisco de Sales, diciendo: "Así como la viña principalmente se planta por el fruto, y con ser lo primero que se desea y pretende vemos que se adelantan las hojas y las flores; de la misma suerte el magnífico Salvador nuestro fué lo primero en la intención

---

[1] *De incarnat.*, dist. V, sect. 2.—[2] *Los nombres de Cristo*, lib. I, *Pimpollo*.

divina y en el diseño eterno que la providencia de Dios hizo de la creación temporal de las cosas, y en contemplación de este fruto amabilísimo hizo plantar la viña del mundo, y ordenó que muchas generaciones se sucediesen unas á otras, y como hojas y flores le precediesen„ [1].

Ahora, que para honrar el nacimiento de Cristo crió Dios la majestad de este universo, echando primero las raíces de los elementos materiales y edificando sobre ellos el reino mineral con su variedad infinita de formas y la muchedumbre de globos lucientes, el reino vegetal con su hermosura de árboles y vistosas flores, el reino animal con tanta diversidad de especies é individuos, el reino humano con la sagacidad y habilidades de los hombres, y el reino espiritual con la pureza y resplandor de los seres inmortales; que todo, en fin, lo terreno y lo celeste, lo material y lo espiritual, lo caduco y lo imperecedero, lo recapitulase y sumase Dios en Cristo, como para quien estaba ordenado desde el principio del mundo, divinamente lo dió á entender el Apóstol San Pablo á los colosenses, diciendo: "Él es imagen de Dios invisible, y el engendrado primero que todas las criaturas, porque para él se fabricaron todas, así en el cielo como en la tierra, las invisibles y las visibles, así los tronos como las dominaciones, potentados y principados, todo por él y para él fué criado; y él es el príncipe que va delante de todos, y todas las cosas tienen ser por él„ [2].

No hay por qué dudar que este testimonio hable de Cristo, Dios y hombre. Así lo declaran los Santos Crisóstomo [3], Agustín [4], Jerónimo [5], Gregorio Nazianceno [6]; ni parece sufrir otro sentido el contexto. Porque habiendo los falsos doctores, amigos de la ley mosaica, esparcido por el Asia menor el culto y la religión de los ángeles, igualándolos con Cristo en la dignidad, y enseñando que debían los hombres adorarlos y acercarse por ellos á Dios [7]; San Pablo, esforzándose contra aquellas perversas doctrinas, en esta carta demuestra á los fieles de Colosas que en solo Cristo Hijo de Dios está nuestro remedio y reconciliación con el Padre, y que no han de ser oídos los que dan á los ángeles oficio de medianeros; mas á fin de satisfacer á todos los entendimientos y sacar de raíz las semillas del error, no exalta comoquiera la preeminencia de Cristo, presentándole sólo como imagen del Padre, sino que, pasando de vuelo por las criaturas materiales y espirituales, asienta sobre todas la majestad del Salvador, haciendo se deriven de él gracias, virtudes, poder, y, lo que más es, el ser y substancia misma de ellas. ¿Qué eficacia tendría la argumentación de San Pablo, si pudieran sus adversarios oponer que los

---

[1] *Práctica del amor de Dios*, l. II, cap. V.—[2] *Coloss.*, I, 15.
[3] Hom. XV.—[4] *Contra epist. fundam.*, cap. XXXVII.—[5] *In glosa.*
[6] Orat. XLIII.—[7] TEODORETO, *In Coloss.*

ángeles no dependían de Cristo, ni habían sido criados por su respeto y contemplación? [1]

Entendiólo así el abad Ruperto, y dijo: "El Padre, como tuviese en el sagrario de su pecho al único Hijo, quiso edificarle palacio y proveerle de numerosa familia... que asistiese á su trono y le hiciese compañía... Por esto hizo todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, y pobló el cielo invisible de ejércitos de ángeles, y la tierra de muchas generaciones de hombres" [2]. Parando también el P. M. Fray Luis de León en la palabra *Primogénito* del testimonio alegado, añade este bello comentario: "Y dice que es engendrado primero, que es primogénito, no sólo para decir que antecede en tiempo el que es eterno en nacer, sino para decir que es el original universal engendrado, y como la idea eternamente nacida de todo lo que puede por el discurso de los tiempos nacer y el padrón vivo de todo, y el que tiene en sí y el que deriva de sí á todas las cosas su nacimiento y origen. Y así porque dice esto, añade luego á propósito dello y para declararlo mejor: *Porque en él se produjeron todas las cosas, así las de los cielos como las de la tierra, las visibles y las invisibles. En él* dice que quiere decir *en él* y *por él, en él* primero y originalmente, y *por él* después, como por maestro y artífice" [3]. Este discurso del Maestro León es muy según el sentir de los Padres, que para cerrar la boca á los arrianos y darles en rostro con el abuso que de este lugar hacían, enseñaban y defendían que Cristo era unigénito ante toda criatura, y no de más aventajada naturaleza que todas [4].

Este testimonio del Nuevo Testamento recibe esclarecida confirmación de aquel otro del Viejo, que dice: "El Señor me poseyó en el principio de sus caminos", con todo lo demás [5] que allí va diciendo el sagrado escritor, donde teje los encomios más encumbrados del Hijo de Dios hecho carne, según que lo exponen los Padres griegos y latinos, San Atanasio [6], San Gregorio Nazianceno [7], San Agustín [8] y San Ambrosio [9]. Los Setenta trasladaron: "El Señor me crió principio de sus caminos en orden á sus obras". Si, pues, Cristo fué criado primero que las cosas, y no lo fué, cierto, en el orden ejecutivo, resta que digamos que lo fué en el intencional de Dios. Allégase que *caminos del Señor* son sus acuerdos y las trazas que ideó para el buen gobierno del mundo; como si quisiera significar que Dios, queriendo en Cristo encabezar la fábrica del mundo, puso su predefinición como centro de donde tirar las líneas de su planta divina.

Con grande aviso expuso la interpretación de estos dos lugares de

---

[1] ESTIO, *In ep. ad Coloss. Argum.*—[2] *De Trinit.*, l. III, c. XX.
[3] *Nombres de Cristo*, l. III; *Hijo.*
[4] CHARLES GAY, *De la Vie et des vertues chrétiennes*, tr. I, § I.
[5] *Proverb.*, VIII, 21.—[6] Serm. 3, *contra Arian.*—[7] Orat. XXXVI.
[8] *De Trinit.*, l. I, c. XII.—[9] *De Fide*, l. I, cap. VIII.

los Colosenses y de los Proverbios el Doctor de la Iglesia San Francisco de Sales por estas devotas palabras: "La soberana Providencia, cuando hizo en su eternidad el diseño y montea de todo lo que había de criar, amó ante todas las criaturas y con exceso de amor sumo al más amable objeto de su voluntad, que es nuestro Salvador, y después por su orden á las demás criaturas, según más ó menos pertenecen á su servicio, y al honor y gloria del mismo Salvador. Así que todo lo que se hizo fué hecho por este Hombre-Dios, el cual por eso es llamado *Primogénito de toda criatura,* á quien *poseyó Dios desde el principio de sus caminos* antes que Dios las criase á ellas, criado al principio y antes que fuesen los siglos, porque en él se hicieron todas las cosas y en él tienen su ser y firmeza, y es cabeza de toda la Iglesia, gozando en todo y por todo la primacía" [1]. Por donde ¿quiérese más claro ser Cristo la razón de todas las cosas, la traza de todo el designio del universo, el artífice de toda esta gran máquina, el príncipe de todo lo criado? Así, cuando echaba Dios en Cristo el resto de su omnipotencia y derramaba en él todo aquel océano de su vida infinita, tenía delante de sí los innumerables seres que por él habían de participar los dones de la naturaleza, por él ser enriquecidos con las joyas de la gracia, y por él entrar en posesión de los bienes de la gloria.

En tercer lugar, Cristo es causa final de la justificación y predestinación de los hombres. Dícelo abiertamente San Pablo por estas palabras: "Dios predestinó los hombres á conformarse con la imagen de su Hijo, á fin de que fuese primogénito entre muchos hermanos" [2]. Es á saber: el Padre puso á Cristo por principal dechado á quien deben procurar imitar hombres y ángeles [3]; diónos en Cristo una palabra entera hablada por Dios [4], siendo las criaturas letras imperfectísimas salidas de la boca del Verbo; constituyóle cabeza de un cuerpo inmenso de hermanos [5] que componen la gran familia, cuyo mayorazgo y heredero universal fuese él [6]; y por consiguiente, todas las cosas naturales y sobrenaturales, esperanzas, galardones y gozos, de Cristo hablan, á Cristo dicen y en él vienen á parar. Así se entiende aquella voz de San Pablo tan colmada de sentido: *Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei* [7]. La gloria del cristiano está puesta en ser fin de las cosas criadas; todas sirven á la obra de la gracia, la vida y la muerte, lo presente y lo porvenir, el mundo y los ángeles: *Omnia vestra sunt.* Mas toda esta universalidad de cosas, incluso el hombre, que es su monarca, rinde vasallaje y tiene por señor al Hombre-Dios: *Vos autem Christi.* El cual, como hombre y como Verbo, es obra y propiedad del Padre, *Christus au-*

---

[1] *Tratado del amor de Dios,* l. II, cap. V.—[2] *Rom.,* VIII, 25.
[3] *I Cor.,* III, II.—[4] *Apoc.,* I, 8.—[5] *I Cor.,* I, 18.
[6] *Hebr.,* I, 2.—[7] *I Cor.,* III, 22.

tem Dei, el blanco de todas sus obras, el amado y deseado ante todas, el fin en quien llevó eternamente la mira.

Cuando el amor divino dió traza cómo hacer un hombre Dios, y preparó el don [1] para regalárselo á las criaturas racionales, en cuyo trato hallasen amabilidad incomparable, ya entonces, antes que naciesen seres, determinó dar á su Verbo humanado por esposa una casta generación de hermanos que viviesen del rocío de sus gracias y gozasen del beneficio de su gloria.

Divinamente expresó la ejecución de este pensamiento el poderoso ingenio del Maestro León por estas palabras: "Primero que naciese en carne Cristo, y luego que los hombres, ó luego que los ángeles comenzaron á ser, comenzó á prender en sus corazones dellos su deseo y amor. Porque, como altísimamente escribe San Pablo, cuando Dios primeramente introdujo á su Hijo en el mundo, dijo: Y adórenle todos los ángeles. En que quiere significar y decir, que luego y en el principio que el Padre sacó las cosas á luz y dió ser y vida á los ángeles, metió en la posesión de ellos á Cristo, su Hijo, como á heredero suyo y para quien se crió, notificándoles algo de lo que tenía en su ánimo acerca de la humanidad de Jesús, señora que había de ser de todo y reparadora de todo, á la cual se la propuso delante los ojos para que fuese su esperanza y su deseo y su amor. Así que cuanto son antiguas las cosas, tan antiguo es ser Jesucristo amado de ellas, y, como si dijésemos, en sus amores dél se comenzaron los amores primeros, y en la afición de su vista se dió principio al deseo, y su caridad se entró en los pechos angélicos, abriendo la puerta de ella antes que ningún otro que de fuera les viniese... Y como las demás cosas para ser amadas quieran primero ser vistas y conocidas, á Cristo le comenzaron á amar los ángeles y los hombres sin verle y con solas sus nuevas. Las imágenes y las figuras suyas, ó, diremos mejor aún, las sombras obscuras que Dios les puso delante, y el rumor sólo suyo y su fama les encendió los espíritus con increíbles ardores„ [2]. Hasta aquí este admirable escritor.

Juntemos á su teología la de los Padres antiguos. San Cirilo de Alejandría, comentando el lugar de los *Proverbios,* dice: "Primero que nosotros es fundado Cristo; nosotros somos en él sobreedificados y salvados, antes de comenzar á ser el mundo, en la presencia de Dios, á fin de que, como por disposición divina anteceda la bendición á la maldición, y la promesa de vida á la condenación de muerte, y á la servidumbre del demonio la libertad de la adopción, pueda la naturaleza humana levantarse otra vez de su abatimiento al puesto de la dignidad primera por la gracia de Cristo„.—San Ireneo significa este misterio diciendo: "Como existiese el Salvador, convenía que fuese hecho el que se salvase, para que no fuese vano y vacío el que

[1] *Jo.,* IV, 10.—[2] *Nombres de Cristo,* l. III, *El Amado.*

tenía salud„ [1]. Cuyas palabras muestran claro que, á no ser que supongamos que el hombre no podía existir sino es en traje de pecador, Cristo Salvador fué trazado y constituído primero, y el linaje humano después.—San Atanasio declara por una hermosa comparación cómo el Verbo Encarnado fué un misterio bastante de suyo para, no sólo edificar el orden sobrenatural, mas también reparar su ruina y restituirle á su primer esplendor. "A la manera, dice, que un sabio arquitecto que quiere levantar una casa, y que hace cuenta de repararla, si acaso viniese al suelo, tiene prevenidos y á mano los materiales que son menester, de forma que antes qué la casa se construya están á punto y apercibidos los pertrechos de su reparación; no de otra manera la renovación de nuestra salud en Cristo fué fundada antes de tenerla nosotros, para que en él también pudiésemos ser restaurados. Así que el acuerdo y el propósito fué formado antes del tiempo; y entonces se hizo la fábrica, cuando la necesidad lo pidió, y vino el Salvador„ [2].—La misma semejanza emplea San Cirilo diciendo: "El arquitecto prudente que ha de edificar un palacio duda verosímilmente que con el tiempo padecerá detrimento la alteza del edificio; y por esto abre zanjas holgadas y echa firmísimos cimientos, para que, si algún trastorno reciben las partes superiores, puedan luego repararse, conservando la misma planta y fundamento. No de otra suerte nuestro Criador fundó á Cristo cimiento de nuestra salud, antes del principio del mundo, para que, si cayésemos con prevaricación, en él fuésemos de nuevo levantados„ [3].

Otros autores se podrían traer, si éstos no bastasen, para mostrar la verdad que pretendemos; pero arma á nuestro propósito admirablemente, por ser sabrosísimo al paladar devoto, un himno de San Gregorio Nazianceno, que, entre otras cosas, dice á Cristo: "A ti ¡oh Cristo! se debe que el sol en el cielo con sus resplandores quite á las estrellas su luz: así, en comparación de tu luz, son tinieblas los más claros espíritus. Obra tuya es que la luna, luz de la noehe, vive á veces y muere y torna llena después y concluye su vuelta. Por ti el círculo que llamamos zodiaco, y aquella danza, como si dijésemos, tan ordenada del cielo, pone sazón y debidas leyes al año, mezclando sus partes entre sí y templándolas, como sin sentir, con dulzura. Las estrellas, así las fijas como las que andan y tornan, son pregoneros de tu saber admirable. Luz tuya son todos los entendimientos del cielo que celebran la Trinidad con sus cantos. También el hombre es tu gloria, que colocaste en la tierra como ángel tuyo, pregonero y cantor„ [4].

Haciendo ahora uno de todos estos clarísimos testimonios de la

---

[1] *Advers. hæres.*, cap. XXXIII.
[2] *Or. 2 contra Arian.*—[3] In *Thes.*, l. V, cap. VIII.
[4] Versión del P. Maestro León, *Nombre*, Amado.

Escritura y de los santos Padres, podemos ya concluir que Cristo nuestro divino Salvador fué querido y decretado primero que las criaturas, y éstas por amor de él. "Éste es, exclama San Francisco de Sales, el orden de la Providencia, en cuanto mirando á las Escrituras y á las doctrinas de los antiguos podemos rastrear, según que nuestra flaqueza es capaz de hablar en este misterio„ [1].

Así que Dios estribó en su Verbo encarnado sobre todo otro fin. Ni le faltaban razones poderosísimas para holgarse con él. Porque Cristo es amable de suyo, por ser obra excelentísima que contiene sumaria y eminentemente todas las demás; es obra gloriosísima, porque reverberando los atributos de la Divinidad los pregona y exalta; es obra santísima, porque basta para santificar y endiosar con su gracia ángeles y hombres; es obra perfectísima, porque con las prerrogativas que posee ennoblece el universo completando y perfeccionando el orden natural. De estos principios hácese indubitable que aun no reinando en el mundo la culpa, hubiera pasado adelante el decreto del Verbo hecho carne. ¿Faltaran acaso entonces ángeles y hombres? ¿No habría existido Adán por ventura? Luego tampoco hubiera faltado Cristo, fin principal, gala y prez del universo. No hubiera Cristo faltado, Cristo, gloria de Dios, gloria de los ángeles, gloria de los hombres, gloria del mundo. Mas no habiendo entonces pecados que perdonar ni males que curar, Cristo fuera medio, no remedio; fundamento de entereza, no entibo de ruina; santificador, no redentor; sacerdote de adoración, no víctima de expiación; don de justos, no perdón de pecadores; inmortal, no pasible: pero en todo trance Cristo Jesús, salud, gracia, santificación, vida eterna y nuestro único bien.

ARTICULO V.

1. Fuéle revelada al primer hombre la Encarnación del Hijo de Dios.—2. Sueño de Adán.—3. La unión de Adán y Eva, imagen de este misterio.—4. El mundo da gloria á Dios.—5. La caída y la reparación.—6. De este dogma no quedó memoria en la religión caldea.—7. El Verbo humanado es piedra angular de ambos testamentos.—8. Excelencias de la Redención.—9. Bienes que vienen por Cristo al mundo sensible.—10. La Virgen Madre de Dios.

1. Entronizado, pues, Adán en el centro de las delicias y hecho señor universal de la tierra, entre las gracias que recibió una fué la fe explícita en el misterio de la Encarnación[2], no en cuanto ordenado á librar de culpas por la sangre del Dios hombre, como luego diremos, sino á consumar la felicidad en cuanto medio y camino para la gloria; creía Adán en Cristo Jesús como en autor de la gracia y fuente de la vida sobrenatural á que había sido sublimado. No solamente

[1] *Tr. del Amor de Dios*, l. II, cap. IV.—[2] STO. TOMÁS, II II^{ae}, q. II, a 7.

tuvo conocimiento de este augusto misterio, mas también le profetizó y divinamente le cantó. Su vida era un andar metido en Dios, anegado en los raudales de su dulzura, engolfado y sumido en el piélago de sus bondades, esmerándose en agradecerle los beneficios recibidos. Pero así como cuando la unión mística de amor es fuerte, saca al alma de sí y de sus sentidos, y la traspasa en Dios, ora pasmándola de admiración, ora encendiéndola en afectos, ora embriagándola de purísimo deleite, con tan rara mudanza en el cuerpo, que ni los sentidos ejercitan operación sensitiva, ni los miembros hacen movimiento, ni el hombre da señal de vida, aunque en tornando en sí muy bien se acuerda de lo que experimentó en aquel suave enajenamiento; así por el mismo estilo metióle nuestro Señor á Adán muy adelante en la intimidad de su trato, y aislándole las potencias traspuso tan altamente su espíritu en pureza mental, que transportándole á otro paraíso muy diverso de aquel terrestre, le abrió un camino de luz, y juntamente le descubrió sus secretos por tan admirable manera, que por ninguna se puede bien explicar.

2. Arrobado en éxtasis profundo [1], pasó por su mente esta intelectual visión, según que nos es dado conjeturar. Envióle Dios un sueño extático, en que se le ofreció delante lo que los ángeles contemplaban; durmiendo penetró en el santuario de la divinidad, y transportado recibió inteligencias secretísimas [2]. Llegado á lo alto del éxtasis, veía con vista vivísima de fe cómo el Padre, fuente de toda fecundidad, origen de toda autoridad, manantial de toda paternidad, engendrando á su divino Verbo, comunicábale su inefable esencia y absolutas perfecciones; al contemplar cómo el Verbo era engendrado en el seno del Padre entre eternos resplandores, rastreaba cómo el Hijo amaba al Padre con amor tan vivo y apretado, y se unía con él en lazo tan substancial y divino, que de la unión de entrambos procedía la persona del Espíritu Santo, el cual, siendo amor esencial y don de dones, por incomprensible manera se comunicaba y extendía, y henchía de su virtud cielos y tierra, llegando á juntar entre sí estos dos extremos, y á constituir en la sola persona del Verbo las dos naturalezas, celestial y terrestre, divina y humana. En esta inefable unión del Hijo de Dios con la humanidad columbraba el contemplativo Adán que, en siglos no lejanos, el Verbo del Padre saldría de las entrañas de una purísima doncella por obra del Espíritu Santo, para ser en hecho de verdad el autor y consumador de la vida sobrenatural. Así soñaba Adán.

Y no era todo sueño; era sueño realidad, era éxtasis colmado

---

[1] TERTULIANO, *De anima,* cap. XLV.

[2] S. AGUSTÍN, *De Genes. ad litt.,* l. IX, cap. XIX, XXXVI.—S. JERÓNIMO, ad Ephes., V.—TERTULIANO, lib. *de anima,* cap. I.—STO. TOMÁS, *De Veritate,* q. XIII, a. 2.—SUÁREZ, In III p., q. I, a. 3.

de admirable verdad. Mientras el hombre dormía, acércasele Dios, toma de su costado una costilla, vístela de carne y hermosura, dale vida infundiéndole alma espiritual. Embargados tenía el hombre los sentidos cuando del costado le sacó Dios la mujer; no vió el misterio recóndito de aquella instantánea formación, porque siempre quiso la divina Majestad que sus creaciones fuesen un secreto escondido á la curiosidad de los hombres. Despierta Adán; al ver el sueño realizado, no cabiendo su alma de placer, exclama saludando la obra de Dios, y celebrando el secreto divino: "Este es hueso de mis huesos, y carne de mi carne...„; y pasando á profetizar, olvidado de la esposa que tenía delante de sí, no parando en las gracias de todo el Edén, quitando los ojos de Eva para transcender todo lo criado, y ponerlos en el Esposo de la humana naturaleza, que había de salir de su Padre, y dejar los cielos, y descender á la tierra, y tomar madre, y luego dejarla también para buscarse esposa, la Iglesia, con quien eternamente vivir abrazado y estrechamente unido; en medio de suavísimos transportamientos cantó un sublime epitalamio, prorrumpiendo en estas misteriosas voces: "Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se juntará con su esposa, y serán dos en una carne„[1].

3. Al mismo tiempo, en diciendo *adhærebit uxori suæ,* proclamó la unidad esencial del matrimonio, la cual se constituye por la recíproca potestad que los esposos se dan. Al proferir *erunt duo in carne una,* determinó la unidad efectiva ó el efecto del recíproco entregamiento en orden á los mutuos oficios. El perpetuo é indisoluble vínculo de la sociedad conyugal fué preconizado en estas enfáticas palabras, como lo enseña el Concilio de Trento [2]. De donde la institución de la sociedad doméstica es antecedente á toda humana invención, por ser institución divina; institución fecunda, que manda Dios se perpetúe, diciendo á entrambos: "Creced y multiplicaos„, con que declara y ratifica la facultad que les había dado, y los induce á ejercitar de hecho actos á que su naturaleza los inclinaba. No fué humana esta institución; porque ¿cómo, considerados los dos sexos, tuviera Adán conocimiento natural suficiente para argüir el carácter de unidad é indisolubilidad del enlace matrimonial? Dios fué quien los unió, y lo que Dios trabó no está en mano del hombre desbaratarlo y desunirlo [3].

Mas este enlace de nuestros primeros progenitores simbolizaba el abrazo místico de la divinidad con la humanidad en la persona del Verbo; y le simbolizaba especulativamente, no como el matrimonio cristiano, que representa de hecho y prácticamente tan maravillosa unión; que por eso confiere gracia sacramental, cual no la confería el antiguo, que era sólo figurativo, aunque indisoluble y verdadero con-

---

[1] Gen., II, 23.—[2] Sess. XXIV.—[3] Marc., X, 9.

trato. Figura fué sólo capaz de significar la indisoluble unión de Cristo con su Iglesia, según que San Pablo con alta majestad de voces lo significó: "Y serán, dice, dos en una carne. Gran sacramento es éste; pero entiéndolo yo de Cristo y de la Iglesia„ [1]. "No niega San Pablo, exclama aquí el Maestro León, decirse con verdad de Eva y de Adán aquello, *y serán una carne los dos,* de los cuales al principio se dijo; pero dice que aquella verdad fué semejanza de aqueste otro hecho secreto, y dice que en aquello la razón de ello era manifiesta y descubierta razón; mas aquí dice que es oculto misterio„ [2].

A la verdad, la Iglesia, cuerpo de Cristo, de su carne fué edificada y con el Verbo divino se enlazó cuando el Verbo se hizo carne: el ser, pues, sacada de su divino costado cuando dormía en la cruz el sueño de muerte, significa solamente que recibió acrecentamiento y plenitud su cuerpo místico; por esta razón fué entonces y sigue y seguirá siendo una como amplificación y desenvolvimiento de la unión del Verbo con la humana naturaleza. La formación de Eva fué un efecto anticipado de entrambos enlaces [3]. La Iglesia es la plenitud del Verbo [4], el lleno de la vida del Verbo. En la Iglesia rebosan los poderes del Verbo, su santidad, sus gracias, sus dones, su espíritu; á la Iglesia le ha cabido en suerte el tener por cabeza al Hijo de Dios, como al hombre ser cabeza de la mujer: que por eso llamó San Pablo á Adán *forma futuri* [5], imagen y figura del Adán futuro, del Adán segundo [6], del Adán celestial [7], del Padre del siglo por venir [8]. Porque "Dios, dice el P. Alápide, quiso y decretó que Adán y todas sus cosas fuesen por Cristo, y tipos de Cristo y de las cosas que Cristo había de hacer: y así en el divino decreto resplandeció la mutua relación entre Cristo y Adán. Porque Adán no habría sido criado padre de todos los hombres para transmitirles su justicia é iniquidad, si en eso mismo no hubiera sido tipo y figura de Cristo, que debía ser padre y cabeza de todos los hijos de Dios„ [9].

Lo anunció al mundo el gran Tertuliano con estas imponderables palabras: "Grande era la obra que iba á salir del barro terreno: cada rasgo, cada línea del divino artífice señalado en la arcilla, figuraba á Cristo, que un día habia de ser hombre„ [10]. Y en otra parte prosigue en el mismo pensamiento, y dice: "Si Adán figuraba á Cristo, el sueño de Adán era la muerte de Cristo, que había de dormir muriendo para que de su costado herido fuese figurada y formada la Iglesia, verdadera madre de vivos„ [11].—No menos esclarecidas son estas palabras de San Agustín: "En que al principio de la creación del linaje

---

[1] Ephes., V, 31.—[2] *Nombres de Cristo*, l. II: *Esposo.*
[3] P. MARTÍN, *De Matrimonio,* t. II, p. 73.—[4] *Ephes.,* I, 23.
[5] *Rom.,* VI, 14.—[6] *I Cor.,* XV, 47.—[7] *I Cor.,* XV, 47.—[8] *Is.,* IX, 6.
[9] *In ep. ad Rom.,* V, 14.—[10] *De Resurrectione carnis,* c. V.
[11] *De anima,* cap. XLIII.

humano, de la costilla que quitó Dios al costado del varón que estaba durmiendo, se hiciera la mujer, convenía ya entonces con esta obra profetizar á Cristo y á la Iglesia. Porque aquel sueño del hombre era símbolo de la muerte de Cristo, cuyo costado, estando él difunto colgado en la Cruz, fué abierto con la lanza, y de allí salió agua y sangre, que sabemos que son los Sacramentos con que se edifica la Iglesia. Porque de este término usó también la Escritura donde no dijo: *Formó, fingió,* sino *edificó la costilla en mujer.* Y así también el Apóstol, á lo que es la Iglesia, llama *edificación del cuerpo de Cristo*„ [1]. Hasta aquí San Agustín.

4. Por consiguiente, Dios había representado en Adán las trazas que pensaba llevar á ejecución en su Verbo Encarnado. Porque así como el universo, mundo, antes de nacer Adán, era tosco, vulgar, sin vida razonable, tal en fin, que en abriendo Adán los ojos saltó el mundo de gozo pues podía ya cantar, y en hecho de verdad cantaron por sus labios las criaturas cantos de alabanza al Altísimo Hacedor; así también la naturaleza humana, que era de suyo inhábil para amar sobrenaturalmente, ni capaz, con toda la muchedumbre de criaturas, para honrar y glorificar dignamente al Señor de la majestad, al recibir ahora á Cristo por mayorazgo y por carne de su carne, en teniéndole á él por centro, alma y vida de sus operaciones en el punto de serle dado por cabeza de todos los predestinados, pudo ella en Cristo y por Cristo dar gloria cabal á Dios, tributarle perfecto homenaje de adoración, rendirle culto infinitamente digno, cual se debe á la soberana majestad.

Dar gloria á Dios, ¿quién tal jamás pensó? ¿La criatura vil y miserable glorificar al Sumo Hacedor? ¿En qué pensamiento cupo tal pasmo de maravilla? Con todo, en el lenguaje cristiano ha tomado derecho de propiedad la voz "glorificar á Dios„. San Pablo la pronunciaba con inefable ternura: "alabanza á Dios por Jesucristo„ [2], porque revestidos del espíritu de Cristo, bien podemos llamar á Dios Padre, Padre [3], y exhalar gemidos que le roben el corazón. En nombre y en persona de Jesús tiene el hombre abierto camino hasta el estrado del Padre celeste [4]. Bien podrán estar pertinaces los hombres carnales que no arrostran las cosas espirituales, tachando de presunción el trato íntimo del hombre con el Todopoderoso. ¡Insensatos! No ven que el esclavo, vestido del espíritu de Jesús, tórnase hijo; de terreno, celestial; de pecador, hermano de Cristo, heredero del reino y partícipe de la gloria perdurable...!

5. Pero el primer hombre, juntamente con las mejorías de tantos privilegios, recibió la libertad entera, sin linaje de violencia. Presentóle Dios agua y fuego, y dióle á escoger. Libremente tomó el fuego,

---

[1] *De Civit. Dei.*, II, XXII, cap. XVII.—[2] II Cor., I, 20.
[3] Rom., VIII, 15.—[4] Ephes., II, 18; III, 12.

el agua la desechó; mas el fuego levantó llamaradas que abrasaron su voluntad, nubes de humo que ofuscaron su entendimiento, y el fuego de la tierra encendió los braseros del infierno. Manchada la obra de Dios, perdida la *semejanza,* no quedó sino la *imagen,* fea, desfigurada, sólo capaz de recibir lumbre y hermosura y de ser levantada otra vez á la alteza sobrenatural de donde había caído [1]. Justicia de Dios, que se ejecutó en todos los hombres con infinita equidad. Son aquí muy de observar los efectos de este delito. Dos fuerzas poderosas y contrarias, la naturaleza y la gracia, formaban en Adán, compuestas en proporción admirable, un suavísimo concierto que no le dejaba sentir desorden en las pasiones. El pecado bastó para soltar el nudo misterioso que causaba tanta armonía. Y como de una herida resulta desunión violenta de dos cosas antes unidas, destrabada del alma de Adán por la maldad de la culpa la virtud de la gracia santificante, el hombre, que antes tenía en su mano las riendas de pasiones y sentidos, y á su imperio el instinto de los animales, derribado ahora de su trono, quedó solo, medio muerto, cubierto de heridas, inhábil para caminar al fin sobrenatural; tanto, que vulnerada la razón, levantó cabeza la concupiscencia con brutal desenfreno; vulnerada la ciencia, se puso el error en armas; vulnerada la inmortalidad, empuñó su cetro la muerte; vulnerada la hermosa paz, voló al cielo, y bajó la guerra con el diluvio de males que inundaron el mundo infiel.

6. Detengamos el aliento, siquiera para significar en breves palabras qué valor tiene la tabla cuneiforme, denominada por los asiriólogos *Combate contra Tihamat,* descubierta por Jorge Smith [2]. Compónese de dos fragmentos. El primero describe los preparativos de la pelea; el segundo contiene la caída de la humana pareja. El primero, fuera de un altísimo concepto de Dios uno sin mezcla de politeísmo, contiene entre otras cosas una lista de santísimos preceptos impuestos al hombre. "La tabla caldea, *Deberes del hombre,* muy anterior al Pentateuco de Moisés, puede mirarse como una memoria del primer Código moral dictado por Dios al hombre después del pecado, ó ciertamente como el eco más antiguo, en escritura conocida, de la ley natural impresa por Dios en el corazón humano desde el principio„ [3]. En el segundo fragmento campean singularmente el *Dragón Tiamat* poniendo asechanzas al hombre, y Dios maldiciendo al linaje humano y espantándole con terribles amenazas. En la segunda parte de este último fragmento no se menciona la caída; pero de los cargos que Dios hace al hombre y del estado de inocencia que en el primer fragmento queda descrito, se echa de ver cuán perfecta con-

[1] S. Agustín, *Contra Manich.,* VI.
[2] *The Chaldean Account of Genesis,* 1875.
[3] *La Civiltà Cattolica,* serie X, vol. VII, p. 27.

sonancia tenga la doctrina de los caldeos con la del Génesis en la historia del pecado de Adán.

Qué calificación deba darse á las interpretaciones de Smith, no es dificultoso de rastrear, vista la mucha tierra que ha ganado desde el año 1876 el estudio de la asiriología. El *Dragón Tiamat* causó en los intérpretes de hace veinticinco años [1] una tan peregrina extrañeza, mezclada de embeleso y temor, que no dudaron se alegorizaba en todo el himno la caída del hombre por arte del demonio en figura de serpiente, ni más ni menos como la pinta el Génesis en la historia del Edén. Pero los asiriólogos posteriores, hincando con más sagacidad los ojos en el texto cuneiforme, en medio de tantas sombras y figuras descubrieron á mejor luz un sentido muy ajeno de aquellas galanas interpretaciones [2]. Baste alegar la autoridad del asiriólogo

---

[1] FISCHER, *Heidenthum und Offenbarung*, 1878, pág. 209.—*La Civiltà Cattolica*, ser. X, vol. VII, pág. 29.—VIGOUROUX, *La Bible et les découvertes modernes*, 1879, t. I, pág. 200.

[2] Traslademos la versión de Smith y la de Loisy, catedrático parisiense, para que el curioso, careándolas, eche de ver cuánto va del año 1876 al 1891:

VERSION DE SMITH.	VERSION DE LOISY.
12. El Señor de la tierra apeló á su nombre, el padre Ilu.	12. Bel, le (dieu), père lui a donné le nom de maître des pays.
13. En las filas de los ángeles pronunció la maldición.	13. Nom que les Igigi prononcent dans leurs malédictions.
14. El dios Ea oyó, y su hígado ardió en cólera,	14. En entendant (cela), Ea se réjouit.
15. porque su hombre había corrompido su inocencia.	15. Et il célébra aussi le nom de son fils:
16. Ojalá tanto de Ea como de mí reciba castigo...	16. que son nom soit comme mon nom d'Ea! Qu'il procure l'exécution de mes ordres.
17. Destruir toda mi casta!	17. Qu'il amène (l'accomplissement de) toutes mes lois.
18. En el lenguaje de los cincuenta dioses mayores,	18. Par les titres des cinquante grands dieux
19.* los llamó con sus cincuenta nombres, y se apartó de él rabioso:	19. il énuméra ses cinquante noms, il exalta son rôle:
20. Sea avasallado y destruído de un golpe.	20. Qu'il marche le premier, qu'il soit révélateur!
21. La sabiduría y la ciencia séanle contrarias y nocivas.	21. Que les sages, les savants s'instruisent tous de (ses) conseils!
22. Reine enemistad entre el padre y el hijo, y devórense...	22. Que le père (les) redise et (les) fasse apprendre à son fils!
23. Den parias al rey, al caudillo, al gobernador.	23. Qu'il les révèle au berger, au pasteur,
24. Irriten á Marduk, señor de los dioses.	24. pour qu'il se réjouisse en Marduk, le maître des dieux.

Oppert, que ya en 1878 decía de la traducción de Smith: "Es una de las más desdichadas que hasta la hora presente hemos visto. Ningún razonable fundamento apoya esa interpretación, hecha con el solo fin de sacar á plaza la serpiente del Génesis en los textos cuneiformes„ [1]. Toda buena razón persuade á los actuales asiriólogos que el himno sobredicho, largamente amplificado en las tablillas cuneiformes, representa en forma dramática la creación del mundo y la lucha de los elementos; en esta viva representación Marduk hace papel de sol; Tiamat, en forma de dragón femenino, simboliza el caos; los demás personajes simbólicos figuran las fuerzas cósmicas y los contrarios tenebrosos, parecidamente á la descripción hecha por Hesíodo en su Teogonia [2]. Del hombre guardan silencio hasta hoy los monumentos asirios. El dogma de la primera caída no halla apoyo en la religión asirio caldea, como poco ha se creyó. Cojamos ahora el hilo de nuestro interrumpido discurso.

7. El pecado de Adán, robándole la gracia santificante, desbarató las trazas de esta primera dispensación, y dió con el designio divinal en el suelo. No le faltaban á Dios providencias en sus consejos eternos; para remedio del mal tomó otra más excelente que la primera. Entre los infinitos ingenios que su sabiduría ideó, el más glorioso, el más digno de su amor fué disponer que, de los mismos hijos de Adán

---

25. Produzca la tierra y no le sea de provecho.	25. Que son pays soit fertile, que lui-même soit heureux!
26. Burlado le salga el deseo y su voluntad no se cumpla.	26. Sa parole est stable, son ordre irresistible:
27. Ningún dios haga caso de él cuando abre la boca;	27. Aucun dieu ne change ce qu'il a décidé.
28. Quebrantadas se vean sus costillas, y no halle remedio;	28. S'il jette un regard de colère, il ne tourne pas la tête.
29. Ningún Dios le acoja en medio de su pesada angustia:	29. Dans l'impétuosité de son courroux, il n'a point d'égal parmi les dieux.
30. Séale arrancado el corazón y conturbado el espíritu.	30. Son cœur est profond...
31. Al pecado y al mal sea inclinado...	31. ... La faute et l'iniquité devant lui...
(*Chaldean Account of Genesis*, página 83.)	(*Revue des religions*, 1891, página 508.)

Cotejadas entre sí ambas versiones, la segunda convierte en loores de Marduk las maldiciones fulminadas contra el hombre en la primera, ninguna mención hace del hombre á cuya pureza y corrupción alude la primera.

[1] *Traduction de quelques textes assyriens*. Congr. internat. de Florence, 1878, pág. 234.

[2] Loisy, *Études sur la religion chaldéo-assyrienne*, art. VI. *Revue des religions*, 1891, pág. 481.

culpable naciese uno que con la virtud de sus merecimientos reparase los daños ocasionados por la primera prevaricación. La caída pide rescate, el rescate redentor. El Verbo del Padre se vestirá de carne, no comoquiera humana, sino culpable y cubierta de heridas: volveráse pecador sin la vileza de la culpa; haráse cargo y saldrá por fiador de todos los pecados y pecadores; cubierta su inocencia con el personaje del pecador universal, se dejará padecer tormentos y muerte como reo ante el tribunal de la divina justicia. No entendió Adán en aquel místico sueño el misterio de la Redención; pero oyó y entendió la promesa luego que se vió despojado del manto de la gracia; entonces comenzó á esperar al Redentor. Porque en oyendo aquellas amenazantes palabras dichas por Dios á la serpiente: "La descendencia de la mujer te quebrantará la cabeza", los que por su abominable delito á rayos merecían que los hiciesen mil pedazos y que los hundieran en los infiernos, viendo ahora cuán fino se mostraba el Señor con ellos y con su prosapia, deshechos en lágrimas de ternura, alentaron en su pecho la confianza de un futuro Reparador. ¿Pudo la bondad de Dios singularizarse más? ¿Pudo su sabiduría trazar designio más glorioso? ¿Pudo su poder proveer de remedio al mal volviéndole en bien, y el bien en mejor, llegando al cabo con esta empresa más generosamente? No hay duda; esta obra desfloró, digámoslo así, los atributos de Dios, y recogió en sí y concertó lo más extremo y sumo de todos, hermanando lo más fino del rigor con lo más acendrado de la ternura y compasión. Así la justicia y la clemencia se abrazaron al pie del árbol tremendo, y se dieron ósculo de paz; que si el pecado del primer Adán fué pecado de la naturaleza humana, la santidad del segundo Adán viene á ser la santificación de la naturaleza caída.

La promesa del Edén es el primer eslabón de un encadenamiento de vaticinios. La historia del cielo y de la tierra será de hoy más la historia de Jesús Redentor. Las sagradas Letras no hablarán sino del Hijo de la Virgen. El Viejo Testamento le presentará como un germen escondido; el Nuevo nos ofrecerá el fruto maduro. El Dios-hombre es el alfa y el ómega de todas las Escrituras, la expectación de todos los justos. Adán y Eva se gozaron ya con su noticia; Noé entenderá con más claridad su venida [1]; Abraham se alegrará contemplando su día en lontananza [2]; Jacob le aclamará príncipe [3]; Balaam pregonará su realeza [4]; Moisés le anunciará legislador [5]; David cantará las glorias de su reinado [6]; Miqueas realzará la generación eterna [7]; Isaías celebrará la virginidad de su madre [8]; Malaquías le verá entrar en el templo [9]; Jeremías contará su pasión y

[1] *Gen.*, IX, 26.—[2] *Ibid.*, XII, 3.—[3] *Ibid.*, XLIX, 8.
[4] *Núm.*, XXIV, 17.—[5] *Deut.*, XVIII, 18.—[6] *Ps.*, II.
[7] *Mich.*, V, 2.—[8] *Is.*, VII, 14.—[9] *Mal.*, III, 14.

muerte [1]; Daniel señalará el tiempo de su venida [2]; en fin, San Pablo, sumando todos los dichos de entrambos Testamentos, le llamará "piedra angular, fundamento de apóstoles y profetas„ [3].

8. De este inmenso beneficio del Redentor había de reflorecer esta gloria, que "no tuvo tanta eficacia el delito como el don„; ni causó tanto daño Adán, que mayor provecho no recibiésemos de Cristo. Porque si Adán tuvo gracia en cierto modo accidental, nosotros poseemos la substancial divinidad; si en Adán fué la gracia mudable é inconstante, en nosotros echa tan hondas raíces, que muchas almas gozan de Dios que jamás la perdieron; si en Adán estuvo á merced del libre albedrío, en nosotros ayuda poderosamente á enfrenar la inconstancia del libre albedrío; si en Adán no era premio de méritos, en nosotros es justo valor de obras divinas; si á Adán le hacía justo, amigo, hijo adoptivo, á nosotros logra hacernos hermanos del Hijo natural, cuya excelsa dignidad es el título de nuestra nobleza; si en el paraíso terrenal no existieran guerras de pasiones bravas, ahora, las que hay, la gracia las corona de ilustrísimas victorias; si entonces faltaran allí miserias, las de acá las convierte la gracia en escuela de virtudes; en fin, Cristo nos aplica con su espíritu su infinita santidad, como una segunda naturaleza; nuestra vida terrestre es el plantel del paraíso celeste; la fe nos ingerta en Cristo sobre el tronco de la divinidad; el bautismo nos traspasa la savia espiritual; los demás sacramentos bañan nuestras almas con su rocío; la palabra divina nos sirve de luz; la gracia actual nos aviva y conforta; la Iglesia católica, en fin, cultiva y protege en nosotros la naturaleza divina de manera, que hasta que nos revistamos de ella espiritual, íntima, total y verdaderamente, el espíritu de Cristo no dejará influir virtud en nuestras almas por todos estos arcaduces, y en ellas morará hasta que se acabe la vida, como en su templo, santificando, espiritualizando, divinizando.

Consta, pues, que nuestra deificación en Cristo y por Cristo es la verdad fundamental de la religión verdadera, la substancia de la historia humana, el timbre sobre modo ilustre de la realeza del hombre, la credencial de su legitimidad, el memorial de sus imprescriptibles derechos; deificación gloriosa, única, salvadora y de absoluta necesidad, por cuya virtud el Padre que está en los cielos, no por afán de acrecentar su gloria, sino impulsado del deseo de comunicarla, tuvo á bien extender el círculo de la familia divina y condecorar al hombre y al ángel en el tiempo con el título magnífico de *hijo,* que sólo da á su Verbo entre los eternos resplandores de santidad.

5. Y porque en el Verbo divino hecho hombre se juntan en admirable consorcio la humanidad y divinidad, es á saber, la vida divina,

---

[1] *Jer.*, XI.—[2] *Dan.*, IX.—[3] *Ephes.*, II, 20.

la vida racional, la vida sensitiva y la vida vegetativa, formando un todo completo que resume la Creación enteramente, debemos decir que Cristo es la cifra que representa muy al vivo la universalidad de las cosas creadas é increadas. Dice el P. Juan Eusebio Nieremberg una cosa de mucha ponderación, que no conviene pasar de aquí sin repetirla. "Es, sin duda, que si hubiera muchos mundos fuera de éste, pudieran tener los demás grande envidia á este mundo, donde el Criador de todo encarnó y anduvo y vivió. Dice Alejandro de Alés que la Encarnación da hermosura al mundo. Yo no dudo que si Dios criara otro mundo con criaturas más excelentes y perfectas mil veces que las de éste, de modo que la luz del sol fuera mil veces mayor, la hermosura de los cielos, la claridad de las estrellas, el resplandor de la luna, la amenidad de los campos y todo cuanto hay excediese con mil ventajas á lo que ahora vemos, no sería tan admirable este mundo, tan hermoso, tan precioso como el nuestro, por sola la perfección de la obra de la Encarnación, aunque Cristo no tuviera, como tiene ahora, los cuatro dotes de gloria; y admirara más y deleitara más este mundo á quien conociese con viveza esta obra, que el otro mundo tan admirable careciendo de ella. Pues estando ahora glorioso en el cielo, ¿qué será su vista sola? Será más gustosa, más admirable y hermosa que la de millones de mundos más hermosos.„ Todo esto escribe este varón sapientísimo en su *Prodigio del amor divino* [1].

Grandemente se honran todas las naturalezas con la vecindad de Dios-hombre, la cual sola basta para llenar de gloria y de gozo millares de mundos que hubiera. Todos los grados de seres quedan en Cristo tan infinitamente ennoblecidos, que aquella infinita perfección que por sí ninguna de ellas podría tener, aquella sed de mejoría que cada una parece que anhela, aquella plenitud de ser que todas con ímpetu buscan, en el engrandecimiento de Cristo hallarán la plenitud de su perfección. "Cristo (dice hermosamente un moderno escritor) es para los demás seres la garantía, la esperanza y el principio de la consecución del ideal hacia el que se encaminan, según la libre y sabia disposición de Dios. Cristo, sentado en la cúspide de la inmensa obra de la creación, recibe los homenajes de todos los seres que la componen. Todos, sin excepción alguna, le están sujetos, todos sirven para su gloria, y en cuanto cumplen sus mandatos cooperan al logro de sus nobilísimos designios. Cristo á su vez es el que ha de restaurar todas las cosas, el que ha de traer el complemento de todas ellas [2]. Llevando á la plenitud de la gloria los hijos de Dios, será causa de aquella última grandeza y elevación del mundo material que antes hemos expuesto. Cristo, Rey de la creación, la conduce á su más encumbrado ideal: toda ella le sirve, toda ella es bendecida y magnificada por Cristo. De este modo, en la mayor amplitud

[1] L. I, cap. VIII, § IV.—[2] *Ad Ephes.*, I.

y en la esfera más elevada se realiza en Cristo la ley de unión„ [1].

10. Cuán grande sea la honra que le haya tocado por suerte á nuestra tierra y á todo el universo mundo en la persona de la Sacratísima Virgen María nuestra Señora, podrá manifestarlo la lengua que supiere hablar dignamente de tan augusta Princesa, cuya excelsitud se pierde de vista, porque sobrepuja en dones y gracias á todas las criaturas juntas del cielo y de la tierra, por ser su dignidad la más alta que á pura criatura puede caber y Dios otorgar. Porque si Dios proporciona el tesoro de los dones que á las criaturas reparte, á los oficios á que las levanta, como la dignidad de Madre de Dios sea la más encumbrada de todas las dignidades, por cuanto la calidad de Madre de Dios es la cumbre adonde puede llegar una pura criatura, porque otorga un cierto derecho sobre el Verbo encarnado; era menester que la plenitud de gracias concedidas á María excediese á la que han alcanzado los Santos, que comenzase allí donde remataba la santidad de ellos, que poseyese en el primer instante de su concepción el caudal de bienes atesorados en las demás criaturas, y que se aventajase inmensamente á toda conocida santidad. ¿Qué mucho que aun antes de nacer recibiese el uso de la razón, el don de la impecabilidad, y ejercitase actos de fe y acatamiento profundo á los decretos divinos? ¿Qué será cuando llegue á madurez esta soberana Princesa? ¿Quién ensalzará dignamente á la Madre de Dios, que por tener el principado entre todas las criaturas, ocupa cielos y tierra con su inefable grandeza? Ella, habiendo hollado y deshecho la cabeza de la infernal serpiente, es alegría del universo, medianera de los hombres, Reina de los ángeles, trono de Dios, más esclarecida que el sol, más hermosa que la luna, escogida del Verbo, amada del Padre, Esposa del Espíritu Santo, pasmo y lustre de todos los bienaventurados; en fin, Madre de Dios. ¡Jesús y María! ¿Pueden concebirse grandezas ideales más esplendorosas y cercadas de maravillas? ¿Podía el universo sensible y espiritual preciarse de posesión más honrosa?

---

[1] D. Antonio Comellas, *Demostración de la armonía entre la Religión católica y la ciencia*, 1880, parte 1.ª, sección tercera, cap. III.



DIA SÉPTIMO.

ERA ACTUAL.



CAPITULO LI.

LA VIDA DIVINA.

Requievit die septimo ab universo opere quod patrarat.

(Cap. II, 2.)

ARTÍCULO PRIMERO.

1. El descanso de Dios.—Cuánto tiempo duró.—2. En qué consiste la vida divina. 3. Su presencia sobre todas las vidas.—4. Qué actos la hacen ostensible.

1. Acabó Dios en el séptimo día, ó en el sexto, como leen los Setenta y el Samaritano, la obra que había trazado hacer, y descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho [1]. El día séptimo fué consagrado por el Señor al descanso. Cuándo empezó, cuándo rematό el sábado divinal, no lo declaran las Escrituras; pero de su silencio podemos inferir que comenzó Dios á descansar así que hubo sacado á luz y edificado la compañera del hombre. Cuándo, dónde acaba, entre qué términos corre este sábado solemne, es secreto que ignoramos. "El término del sábado, es decir, del período en que cesó Dios de hacer cosas nuevas, no le veo yo ciertamente, dice el Padre Pianciani; pasadas veinticuatro horas después de la formación de la mujer, el descanso divino no tuvo fin, no cesó aquella cesación. Porque en descansando un día solar no fabricó nuevos seres, á la manera que nuestros oficiales mecánicos, que tras el descanso del domingo vuelven el lunes á la tarea de su oficio. Aun ahora paréceme á mí que dura aquel día de laborioso descanso, en que el Padre celestial *usque modo operatur,* conservando las cosas criadas y las leyes establecidas, pues al mismo tiempo que dura cesa, porque no produce nuevas suertes de substancias ni causa aquellos trastornos grandes

---

[1] Cap. II, 12.

y extraordinarios que no convienen al presente estado de cosas, como convenían en aquellos períodos en que una formación abría camino para nuevos sucesos. Sí; grande es el día séptimo sin tarde y sin ocaso, como dice San Agustín [1]. Hasta el presente dura, y durará, Dios queriendo, mientras perseverare en la tierra el actual orden de cosas„ [2].

Estas palabras del P. Pianciani hacen hermosa consonancia con las que nos dejó escritas Eusebio de Cesarea, tomadas de Aristóbulo, filósofo hebreo. Dicen así: "Lo que en la ley tenemos, que Dios descansó el séptimo día, no ha de entenderse, como los más quisieron, cual si nada Dios en adelante hiciera, sino que acabó de constituir los grados y órdenes de todas las cosas para que se propagasen de igual conformidad por perpetua sucesión de siglos. Porque significa el sagrado escritor que en el espacio de seis días fué criado por Dios el cielo y la tierra y todo lo que en el ámbito de ellos se contiene, señalando á cada cosa el orden y tiempo que le compete; pero constituídas las cosas en su lugar y sazón, Dios las conserva después sin alteración alguna. El día séptimo quiso que fuese para nosotros fijo y solemne, como señal del orden septenario, para que por él vengamos al conocimiento de las cosas divinas y humanas. La universalidad de animales y plantas se revuelve en un círculo de semanas. Aquel sábado llamamos descanso„ [3].

Confirman este esclarecido testimonio las alabanzas que tributaron al día séptimo los antiguos escritores, como Hesíodo, que le llamó *día sagrado;* Homero, *día santo;* Lino, *día de feliz agüero y de fiesta;* Calímaco, *día perfecto entre todos los días.* De cuyos encomios, que pueden leerse en el mismo Eusebio en el lugar alegado, hácese indubitable que todas las naciones, judíos y gentiles, desde el uno al otro confín del orbe, magnificaron la institución hebdomadaria en memoria del sábado divino, como arriba tratamos [4]. Alberto Dupaigne discurrió, con poco acierto, que el día séptimo es el día sin noche de la visión gloriosa, y juzgó, temerario, que andamos todavía en el día sexto, en que Dios ostenta la magnificencia de su poder, conservando y perpetuando las obras criadas, hasta que, terminada la peregrinación del tiempo, dé principio el sábado perennal de la gloria, y la creación alcance su más alto punto de engrandecimiento [5].

Hora es, pues, de alzar la mano de nuestra tarea y de levantar los ojos al divino descanso, á aquella sosegada é inmanente vida del Sumo Hacedor, en que ocupa su inefable y bienaventurada eternidad. Y porque la vida de las substancias simplicísimas y espirituales

---

[1] *Confes.*, l. XII, cap. XXXVI.—[2] *Cosmogonía*, § LXXX.
[3] *Præp. Evang.*, l. XII, cap. XII.—[4] Cap. V.
[5] *Les Montagnes*, 1877, chap. VII, p. 341.

se manifiesta en los actos de entender y querer, será bien tantear en qué linaje de obras vitales ejercita Dios su sabiduría y voluntad; lo que haremos según la poquedad de nuestras fuerzas, confiando en las de arriba, después de apuntar someramente en qué la vida divina consiste y se debe cifrar.

2. Si consideramos la condición de los seres que viven, que está en moverse á obrar, hallaremos ser en Dios tanto más perfecta la vida cuanto se mueve más espontánea y libremente sin depender de otro alguno en la inmanencia de su operación. Y si tan vivamente obra Dios que á ningún otro ser deba su movimiento, y si el movimiento de un ser espiritual consiste en los actos de entendimiento y voluntad, consiguiente es que el ser divino sea la misma verdad substancial con que se mueve el entendimiento, y la misma esencial bondad con que su querer se actúa; mas quien así entiende y así quiere, y tan altamente vive, mejor será digamos que no se mueve viviendo, sino que sencillamente es la pura verdad entendiéndose y el puro amor amándose, con acto sempiterno é inmutable [1].

En esto es cosa muy de considerar cómo la perfección de la vida divina sube y vuela por cima de las otras vidas que hasta aquí hemos declarado. Porque como la perfección de la vida se tome de la inmanencia de los actos proporcionalmente, de forma que cuanto menos mudanza hubiere en los actos del ser viviente, tanto será su vida más real; siendo el estilo de Dios obrar inmanentemente sin sombra de mutabilidad, no hay dudar sino que posee lo más alto y perfecto de la vida. Y al decir *obrar* no queremos tanto especificar operaciones que muestren á los ojos la vida, cuanto señalar aquella substancia eminente, que con la operación se identifica é iguala por ser la vida nombre substantivo, como lo enseña Santo Tomás [2], y lo declaró Aristóteles cuando dijo: "Vivir para los que viven es ser„ [3]. Pues como sea Dios el ser por excelencia, ni quepa en él cosa que no le tenga sumamente sin mezcla de limitación, cuádrale por soberana manera el vivir y ser la vida subsistente: que "si Dios no fuese vida subsistente se seguiría ser viviente por participación y, ser eso se reduciría á ser otra cosa que vivió antes que él„ [4], como sabiamente dice el Doctor Angélico.

Diferenciándose, pues, los vivientes de los que no lo son en tener dentro de sí el principio de sus movimientos por propiedad suya [5], ¿cómo podrá dudarse que debemos atribuir vida soberana al Ser divino, que es piélago sin fondo de todas las perfecciones? Dado que los seres que viven se actúen y obren con más noble manera que los que carecen de vida, esa actuación y operativa facultad dében-

[1] KLEUTGEN, *De Deo*, p. I, l. I, q. I, a. 8.

[2] I p., q. XVIII, a. 2.—[3] *De anima*, l. II, cap. V.

[4] *Contra Gentes*, l. I, cap. XCVIII.—[5] SUÁREZ, *De anima*, l. I, cap. IV.

sela á la fuente manantial de toda operación y facultad, que es Dios nuestro Señor, al cual, por el mero hecho, es necesario conceder vida formalmente perpetua. Mas si en Dios ponemos vida formalmente tal, menester será que su vida se marque con el timbre de perfección simplicísima, cual pueda caer en una esencia actualísima y de todo punto inalterable. Porque toda la substancia de la vida en esto consiste: que el viviente tenga de su propia cosecha y no mendigado ni prestado el vivir, como en otra parte probamos [1]; ¿y no nos dicen á voces las criaturas que para perfeccionarse en su especie se ven necesitadas á buscar sustento y arrimo fuera de sí, y que para ello tienen que moverse, y que con la fatiga de sus movimientos declaran aquella incesante lucha con la necesidad que por sí mismos no pueden satisfacer? Si, pues, hay un ser que no necesite ajeno favor para sustentar la vida, ése tal vivirá sin necesidad de moverse para salir de sí y gozará de perfectísima vida, no siendo deudor á ser alguno de su propia y vital substancia. Así lo entendió Santo Tomás, cuando dijo: "Aquel ser cuyo es entender por su naturaleza, y á quien lo que naturalmente tiene no se le determina por otro ser, es el que obtiene el grado de vida más excelente; tal es Dios" [2].

3. De aquí se deduce que así como las plantas, que todo lo reciben de fuera, viven vida muy limitada, y tal, que apenas merece el nombre de vida; y como los brutos, que poseen conocimiento sensible que los adiestra á procurarse la perfección, pero por carecer de fin deliberado todavía tienen vida bruta y grosera; y como los seres racionales, que ordenan sus movimientos á su fin propio y dependen menos de lo exterior, viven más exquisita y perfectamente; así también Dios, que ninguna necesidad tiene de cosa que le venga de fuera, alienta vida soberanamente perfecta y absoluta, porque entendiéndose á sí mismo se mueve sin salir de su esencia y se actúa con operación improducta, inmanentísima é indistinta del mismo Dios. Este linaje de vida realzada remedan, encendiéndose en su imitación, las criaturas en cuanto compete á su flaco posible, como agudamente lo notó el Padre Mauro por estas palabras: "Las plantas y los animales participan del generante una pequeñísima porción de substancia, siendo producidos en estado imperfectísimo; pero luego granjean toda la perfección por sí, nutriéndose con sus facultades vitales, creciendo, perfeccionando los órganos y alcanzando estado perfecto. De igual forma, los animales sintiendo se hacen por sí mismos sensibles; y por la misma vía los seres intelectivos. De arte que al modo que Dios es de suyo todas las cosas, los seres inteligentes se hacen en cierta medida todas las cosas de suyo también. El hombre, que de todos los animales es el único que vive vida racional, que es más divina, nace desprovisto é inerme, comoquiera que los demás salen á luz vestidos y bien

---

[1] Cap. XXI, art. I, II.—[2] I p., q. XVIII, a. 3.

armados, para que por la razón y por las manos se procure vestidos y armas, y tenga de su habilidad é ingenio lo que los brutos tienen de naturaleza„ [1]. Hasta aquí el P. Mauro.

Si comparamos la vida en el ser inteligente y en Dios, notaremos cuán por extremo sobrepuja la una á la otra. Porque el ser inteligente se ve solicitado por un fin que le es distinto y extrínseco, y así es movido por la fuerza del fin, y á él tiende y corre presuroso; pero Dios, que se tiene á sí mismo por fin, se mueve sin ser movido: la criatura inteligente, en el entender y querer depende del objeto externo y del divino concurso; pero Dios por su propio conocimiento, sin extraña intervención, se determina y obra, bastándole su infinita naturaleza para eternalmente moverse: la criatura intelectual juntamente participa de Dios los movimientos que ejecuta, sin cuya voluntad permanecería en absoluta inacción; pero Dios se entiende y se ama sin recibir de nadie conocimiento y amor, él se es su amor, él se es su conocimiento, él se tiene de suyo con absoluta propiedad todo cuanto para vivir necesita; y, por consiguiente, no sólo vive vida perfecta y acabada, sino que él mismo es vida esencial, vida eminente, fuente y manantial de toda vida. "Vida es Dios, dice doctamente el P. Lessio, y no vida comoquiera, sino vida capital y eterna, y la llenez y universidad de la vida, origen y acabamiento, principio y fin de la vida: en su vida, aun las cosas que no viven tienen vida. Porque él es esencia sobrevital y vida sobreesencial, conteniendo de antemano en sí eminentísima y simplicísimamente y abrazando causalmente, y formando, conservando y rematando fuera de sí según su especie toda substancia vital. Él se es su vital operación, conviene á saber, su inteligencia, su amor, su gozo, su bienaventuranza„ [2].

4. Siendo vida subsistente y esencial, por la misma causa es fuente caudalosa de todas las vidas que en el mundo son y puede haber; porque contiene en su esencia la razón y las perfecciones de todas, y es su causa ejemplar y autor; y no sólo autor, pero también protector, conservador y próvido restaurador de toda vida [3]. No es, empero, Dios alma del mundo, ni vida universal, como soñaron los fatuos de los antiguos y fingen algunos más fatuos modernos, en el sentido propio y literal de la palabra, como si Dios fuera el principio inmediato que ejecuta y obra en los seres mundanales: esta locura la hemos reprendido en otro lugar. Que por ser causa remota de las operaciones vitales, se llame Dios vida del mundo metafóricamente, no desdora la majestad de su realísima vida, como no desdora el decir San Pablo: "en él vivimos, nos movemos y somos„ [4], refiriéndolo á la divina presencia que á todas partes asiste y en todas se actúa.

---

[1] *In quæst. philos.*, vol. III, q. XXII.—[2] *De perf. divin.*, l. VI, cap. V.

[3] *Ps.*, XX, 5; XXVI, 1.—*Ezech.*, XXXVII; *Joan.*, V, 21; *Apoc.*, XI, 11.—*Joan.*, I, 3.—[4] *Act.*, XVII, 28.

Por esta razón, el P. Suárez, á la dificultad cómo siendo la vida de Dios entender y querer, pueden participarla seres como los árboles, faltos de razón, responde generalmente que porque la vida de Dios está en acto substancial y perfectísimo, y las de las criaturas en actos accidentales y limitados, ninguna de ellas puede decirse que vive como vive Dios; mas si decimos que tienen parte en la vida divina, deberá entenderse así, que Dios intrínsecamente está siempre en acto último y perfecto de sí, pero las criaturas pueden constituirse de suyo en acto segundo imperfecto. Y viniendo al caso de las plantas, añade: "Respondemos que aunque en Dios no hay más actos vitales que entender y querer, á nuestra manera de concebir, pero en estos actos se encierran muchas razones más ó menos comunes, según las cuales pueden los árboles tener, á par de vivientes, alguna proporción y concernencia con Dios. Porque en Dios en hecho de verdad no cabe más grado de vida que el entender que es el único que participan las naturalezas intelectivas; sin embargo de esto, también los animales tienen su parte en la vida divina, porque ya que no semejen el entender de Dios, en cuanto es entender, á lo menos le remedan y figuran debajo de razón más abstracta, cual es el conocer. Pues así también los vegetales, puesto que no convengan con la intelección de Dios, so razón de conocimiento, tienen otra conveniencia más abstracta y común, que es constituirse por sí mismos, ó digamos obrar cerca de sí, tomando el obrar latamente, en cuanto dejamos aparte la eficiencia, ó ser en acto por la esencia" [1].

La misma doctrina enseñó el P. Lessio por estas magníficas palabras: "De aquella fuente sobrevital, todos los seres que de alguna manera viven, toman vida y sacan sus vitales facultades y movimientos, unos más excelentes, otros menos, cada uno en su grado y por su orden. De él toda vida de plantas, de animales, de hombres, de demonios, de ángeles, toda vida natural y sobrenatural, de este siglo y del futuro, temporal y eternal, deriva, florece y alienta. Finalmente, así como él es el ser sobreesencial de todos los que existen, así es vida sobrevital de todos los que viven, como lo dice San Dionisio, capítulo VI de los *Nombres divinos*" [2]. Y luego, juntando la vida esencial de Dios y la participada de las criaturas, añade gravemente: "Atribúyese á Dios la vida, especialmente á causa de su inteligencia y sabiduría; porque ésta es la primera y suma vida, ó la vital operación, de que toda otra vida procede. Pues de la sabiduría nace el amor; y por ella todas las demás cosas fueron criadas y formadas. Después en su sabiduría todas las cosas viven; porque el ser entendidas y formadas con entendimiento es la substancia y vida de las cosas inteligibles, y la intelección de una cosa es la misma cosa de un modo inteligible. Así es que la sabiduría divina es vida de to-

[1] *De anima*, l. I, cap. IV.—[2] *De perf. divin.*, l. VI, cap. V.

dos los seres, y por ellos Dios vive para sí y para todos, y todos viven para él, y están presentes, y lucen, y duran en él invariablemente de toda eternidad en toda eternidad„ [1].

ARTÍCULO II.

1. Vida de Dios *ad extra*.—2. El entendimiento divino conoce todos los actos necesarios y libres de las criaturas.—3. De qué manera los conoce.—4. La divina voluntad libremente se termina en las cosas criadas.—5. Voluntad de beneplácito y de permisión.—6. El poder divino ejecutor de los quereres de Dios.—7. Creación y conservación de los seres.—8. El divino descanso es ocupación continuada.—9. El mundo microscópico demuestra el divino poder.

1. Acto vitalísimo de Dios es la inteligencia, tanto en él más perfecta que la de los seres intelectivos, cuanto dista más infinitamente que ellos de lo tosco de la materia aquel purísimo y simplicísimo ser que abarca en sí todo ser y toda perfección. No solamente es sabia, pero la misma sabiduría increada; "todo mente, todo razón, todo espíritu activo, todo luz„, como habla San Ireneo [2]; y San Agustín, "en la admirable simplicidad, dice, de su naturaleza, no es una cosa saber y otra ser, sino que saber y ser son una y misma cosa [3]„. La inteligencia es en Dios substancial y subsistente, ni más menos que su divino ser, sin que le falte grado ni entidad á la perfección del entendimiento: todo lo comprende y profunda de golpe enteramente con la purísima é invariable mirada de sus vivísimos ojos.

En primer lugar, el alma, por más que se entere de sus actos, no recibe en sí el resplandor de su esencia, aunque revolviendo sobre ellos sienta ser ella principio de sus conocimientos y voliciones; no así, sino por más alta manera, Dios, cuyo ser es actuarse, no mediando linaje alguno de reflexión, tiene esencialmente enlazado consigo su propio conocimiento, porque su virtud intelectiva es por extremo fecunda al par de su inteligibilidad, que sobrepuja á la razón de todo entendimiento, por lo cual, sobre poseer conciencia de sí, colmadísimamente comprende é intuitivamente penetra el océano sin orillas de su insondeable esencia. Por este motivo su ser es objeto formal y primario de su sabiduría, puesto que no hay causa ni razón fuera de ella que le determine á entender y amar.

Todas las demás cosas las entiende en cuanto figura en sí y tiene traspasados á sí los rayos de ellas; que si no las viese todas embebidas en su ser, á sí propio tampoco totalmente se conociera. Sin fatiga logra puntual noticia de las cosas mínimas y ocultísimas, que fueron, son, serán y pueden por tiempo ser, porque todas las que de alguna

---

[1] *De perf. divin.*, l. VI, cap. V.—[2] Lib. II, cap. XXVIII.
[3] *De Trinit.*, l. XV, cap, XIII.

manera son, tienen la entidad sumida en el abismo de la divinidad con exceso y eminencia; y Dios, que contempla con aquellos acicaladísimos ojos la hermosura de su ser, no puede no ver con igual claridad las cosas que en él se representan, por manera que alcanza de vista la suma de pensamientos que en cabezas de hombres se han fraguado, ni sólo discierne los más menudos movimientos que en las entrañas de los animales se excitan, mas sabe distinta y tasadamente el cómo, el cuándo, el porqué y la razón de ser de cada acto vital y orgánico; pero aún pasa más adelante, pues le hacen efecto, y se asientan vivamente en su soberano entendimiento, cual si presentes fueran, todos los afectos, quereres, sentimientos y mudanzas que en los siglos por venir han de pasar en ángeles y hombres por toda la eternidad.

"Hermosísimo teatro, exclama atónito el P. Juan Eusebio Nieremberg, es el de la sabiduría divina, en la cual conoce Dios infinitos mundos semejantes á éste, y otros desemejantes totalmente; infinitas especies de animales, peces y aves diversas de las de ahora, é infinitos individuos debajo de cada especie; y no sólo infinitos, sino infinidades de infinitos. No puede el entendimiento humano tener concepto de un infinito; pero en el entendimiento y sabiduría divina caben infinidades de infinitos, y no es más en ella que una gota de rocío que cae en el Océano. Están, pues, en la capacidad de su sabiduría, sin embarazo alguno, clara y distinta y particularmente, muchas maneras y géneros de infinitos, porque está la multitud de individuos, la cual es infinita en cada especie, y multitud de especies, que en cada género también es infinita, y los géneros también son infinitos; y no sólo conoce todas estas naturalezas, sino cuantos sucesos, movimientos y acciones en todo género pueden caber en tanta infinidad de individuos" [1]. El mismo concepto expresó el Padre Leonardo Lessio en sus *Perfecciones divinas* [2], casi con las propias palabras, declarando que Dios conoce muchedumbre infinita de cosas. Y dado que un número infinito no pueda especificarse ni ponerse en acto, porque, por más que se diga, resta siempre que poner; empero "Dios, dice Santo Tomás, no así conoce el infinito ó los infinitos, como quien cuenta parte tras parte; conócelos por junto, y á la vez, y no sucesivamente" [3].

2. Sobre toda razón es la noticia que tiene Dios de las cosas. Desnudos y patentes están á sus purísimos ojos los actos libres que han de hacer las criaturas racionales: con tender los ojos por los largos trechos del tiempo y por las futuras soledades del espacio, no hay determinación de criatura que se escape á la agudeza de su vista; tanto, que negarle á Dios el conocimiento cierto de las cosas futuras cuales-

[1] *De la hermosura de Dios*, lib. II, cap. I.
[2] Lib. VI, cap. II.—[3] I p., q. XIV, a. 12.

quiera, es, en concepto de San Agustín, como poner en su esencia las manos y despojarle de su divinidad [1]; porque siendo acto purísimo, si granjease con el tiempo noticias nuevas, se perfeccionaría de alguna suerte, con que luego decaería de su infinita perfección. Pero lo que realza más la sabiduría de Dios es el conocer, no sólo cuanto ángeles y hombres libremente querrán hacer en lo sucesivo, mas también lo que harían y querrían hacer si tales ó tales circunstancias los rodeasen. De esta ciencia pocas veces hablaron los antiguos escritores; no por eso deja de ser cierto é infalible en Dios el conocimiento de los futuros condicionados, que aun los hombres por presentimientos y conjeturas saben de algún modo rastrear. Si veneramos en Dios una providencia que guía á su término el curso de las cosas humanas, según el orden que él mismo estableció, ¿cómo podía escoger orden y guiar al fin propuesto las cosas, si ignorase las obras que habían de ejecutar los seres libres, puestos en determinadas condiciones? [2]

3. Ahora, á quien deseare saber cómo Dios conoce tanta infinidad de cosas, responde la Teología católica que la esencia divina, "que tiene en sí la semejanza de todo ser y de todas sus diferencias" [3], es la lumbre donde ve Dios y entiende todas las cosas; porque, como la esencia divina sea la causa primera, eficiente, final y ejemplar de todo lo que algún ser participa, contemplando en ella Dios, descubre en sus vivísimos resplandores el orden y las naturalezas de todos los seres finitos, de cuyas operaciones, sin discurso ni trabajo, mira delante de sí las más remotas consecuencias. Bien dijo Santo Tomás: "Dios, con su entendimiento, se entiende á sí principalmente, y en sí entiende todas cosas" [4]. Pues las cosas futuras las conoce Dios con sus penetrantes ojos, no como futuras, que entonces habría en él orden de presente y porvenir, mas como presentes, á causa de su soberana eternidad, que equivale, abraza y está presentísima á todo tiempo y momento [5]. Trae el P. Nieremberg una muy buena comparación, como tomada de Santo Tomás, en el lugar arriba citado, que declara más lo dicho. "El que está en medio de un teatro, dice, no ve junto todo lo que hay en él, porque si ve lo que está delante, no ve lo que tiene á las espaldas; pero el que no estuviese en el teatro, sino sobre el teatro, levantado y eminente á todo, de una vista viera lo que se contenía en aquel espacio. A este modo el Omnipotente Dios" [6].

En el modo de conocer los futuros condicionados libres queda realzada maravillosamente la ciencia de Dios. Porque teniendo ellos

---

[1] *De Civit Dei*, l. V, cap. IX.
[2] P. PEDRO FONSECA, *Metaphys.*, lib. VI, cap. II, v. 4; P. MOLINA, disp. XIV.
[3] SANTO TOMÁS; *Contra Gentes*, l. II, cap. XCVIII.
[4] *Contra Gentes*, l. I, cap. LVII.
[5] SANTO TOMÁS, *Quæst. Disp. De ver.*, q. II, a. 12.
[6] *Hermosura de Dios*, lib. II, cap. I.

alguna manera de ser, es decir, condicionada, que es algo más que no ser futuros, como bien lo pondera el P. Casajoana [1], son, sin duda, conocidos de Dios, no en ningún decreto que sea absoluto por parte de Dios y condicionado por parte de la criatura, sino en sí mismos, en aquella presencialidad que poseen y que les viene de ser en sí verdaderos y cognoscibles. No es éste lugar de extender las razones á tal punto que excedan los términos prescritos y usurpemos la jurisdicción á la sagrada ciencia á quien esto incumbe. Lea quien quisiere al sobredicho P. Casajoana, que trata esta materia sólida y cumplidamente [2], siguiendo las huellas de los grandes teólogos Pedro de Arrubal [3], Valencia [4], Vázquez [5], Tirso González [6], Gormaz [7], Marín [8], Mayr [9] y otros, comúnmente de nuestra sagrada religión.

4. El segundo acto vital de Dios es su soberana voluntad. Siendo sumo inteligente, no puede no ser sumo queriente; y fuera de pertenecer esta perfección á las naturalezas espirituales, ¿cómo ejercitaría Dios su poder, justicia y misericordia si de voluntad estuviese ajeno? Pues porque la voluntad es en él acto puro, que no difiere de su esencia, y el amor es el primario y radical acto de la voluntad, resulta de ahí ser la divina esencia amor y caridad consumada, de donde síguese que Dios se ama á sí mismo principal y necesariamente, ya por tener en sí la fuente original de todo bien, ya por ser océano infinito y sin término de bondades [10]; pero no de tal manera arde en fuego de amor y se deleita y baña en los olores suavísimos de su amabilísima esencia, que no se aplique con solicitud tierna y vivísima al amor de las criaturas, que son huellas de sus infinitas perfecciones, y en tanto tienen alguna sombra de ser, en cuanto reverberan destellos de la divina bondad; al contrario, por ser Dios todo rayos de amor, y por abrasarse en vivas y eternales llamas para con su infinita bondad, el mismo ardor con su herida amorosa estimula su espíritu para que se ponga á tiernamente amar las cosas que la representan, como agudamente concluye Santo Tomás [11] en el lugar referido.

No ha menester Dios actos distintos para querer; porque "á la manera que el entender divino es uno, pues no ve sino uno en muchas cosas, también es uno el divino querer, y simple, porque á las cosas no las trata ni las tiene afecto sino por una razón, que es su

[1] *Disquisit.* IV, *De Deo uno*, 1889, cap. III, a. IV, thes. XXXI.
[2] *Ibid.*, thes. XXXII.
[3] *Comentar. ac disputat.*, in I p. *Divi Thomæ*, disp. XLIV, etc.
[4] In I p. D. Th., q. XIV.—[5] In I p., D. Th., disp. LXVII.
[6] *Selectar. Disputat.*, t. I, disp. XIII.
[7] *Cursus Theolog.*, t. I, tract. *De Deo*, disput. XI, XIII.
[8] *Theolog. speculativæ*, tract. I, disp. XII.
[9] *Theolog. scholastica*, t. I, tract. I, disp. III, quæst. IV.
[10] STO. TOMÁS, *Contra Gentes*, l. I, cap. LXXIV.
[11] *Contra Gentes*, l. I, cap. LXXV.

bondad„ [1]. De estas palabras de Santo Tomás se saca que no hay en Dios más título que su bondad infinita, que apremie su voluntad á mostrar eficaz amor ó á dejar de mostrarle. El asentar amistad con las criaturas y amarlas con extremo es en Dios fineza de balde y graciosa, por motivo de que, aunque las operaciones internas del amor divino sean necesarias y esenciales, no lo son, sino libérrimas y gratuítas, las que pone fuera de sí, comoquiera que podría poner otras y aun contrarias á las que hace. El Concilio Vaticano contra Günther, que quiso enseñar haber Dios criado el mundo de necesidad, vencido del amor que se tiene, ha definido: "Dios con libérrimo acuerdo crió las cosas mundanas„ [2]. No puede ser más obvia la razón. Dios necesariamente de continuo se abrasa en amor de sí para consigo, por ser su esencia el principio sumo y el más excelso fin de todo lo amable; pero las otras cosas, en tanto le cautivan la voluntad, en cuanto echan resplandores y hacen manifestación de sus eternos atributos; mas como por infinitos grados que participen y por millares de maneras que reflejen la bondad suma, nunca llegarán, no digo á agotar su infinita amabilidad, mas ni á representarla dignamente, sino que la manifestarán siempre en sombras y figuras; síguese que Dios, como quien á cada cosa señala el grado de imitación que debe emular, no pudiendo parar en una ni en todas juntas, que si fueran sinnúmero quedaríanse muy atrás en la representación de la hermosura divina, ha de obrar libremente en la elección de las cosas que saca á luz, por ser indigno de tan gran majestad el atarse á la condición de cosas caducas, por más que fuesen en número y grado infinitas. Ni debe espantarnos el decir que más perfecta voluntad es aquella que se deshace en deseos de lo mejor; porque así como en Dios tan perfecto es el acto de crear plantas como el de sacar á luz ángeles, tampoco su voluntad es por eso mejor porque se emplee en mayor suma de bienes, comoquiera que la medida de sus quereres sea el amor subsistente del sumo Bien.

5. En Dios pueden considerarse dos suertes de voluntades: una de complacencia, con que establece y manda que se cumpla lo por su majestad deseado; otra de permisión, con que sufre pacientísimamente, ó deja que sea ó que se haga lo que su bondad rehusa. Está claro que en queriendo Dios que una cosa se ajuste á la disposición absoluta de su infinita voluntad, llévase á término sin falta ninguna; pero si quiere condicionalmente y mediante causa segunda, su querer no tiene en su pecho tan hondas raíces, que de necesidad se deba ejecutar; mas como quiera que fuere, la divina voluntad siempre dominará y pasará adelante, estando, como está, puesta en que se guarde el orden secretísimo de su soberana providencia. Así puede el Señor permitir males, no por la culpa y desorden moral que traigan con-

[1] I p., q. XIX, a. 2.—[2] Const. *De fide*, cap. I, can. V.

sigo, sino por la proporción que puedan tener al cumplimiento de sus divinos acuerdos, pues como bien dice San Agustín, no "permitiría Dios males si no fuera tan poderoso y bueno que de ellos sacase bienes„ [1]: de cuyas palabras se sigue cuán bueno es en Dios el tolerar la maldad.

6. En tercer lugar, la vida divina, no sólo consta de sabiduría y de voluntad infinita, sino lo que la inteligencia dirige y la voluntad ordena, lo pone en obra el poder. Porque, como dice Santo Tomás, "el poder se pone en Dios como diverso de la ciencia y del querer, sólo racionalmente, en cuanto el poder importa razón de principio que ejecuta lo que manda la voluntad dirigida por el entendimiento: tres cosas, que en él una misma son; si no, digamos que la ciencia ó la voluntad, según que es principio efectivo, tiene razón de poder; de arte, que la consideración de la ciencia y de la voluntad antecede en él á la consideración de la potencia, como la causa antecede al efecto„ [2]. La omnipotencia de Dios, que, como su esencia, amor y entender, es toda infinita, extiende su jurisdicción al ámbito universal de las cosas actuales, futuras, posibles y futuribles. Todo rinde vasallaje á su soberana potestad, la cual no por gobernar mediante causas segundas es menos inmediata y presente, porque tan esencial es la dependencia que tiene toda criatura del Supremo Señor, que sin su asistencia sería inhábil para existir, cuanto más para obrar; de suerte, que si á las cosas les faltase el brazo de Dios, que las sustenta, como destituídas de fundamento caerían en su ruina y se resolverían en la misma nada que antes eran. Tan de Dios es la criatura, tan absoluto Señor es él de ella, que nada puede dar de sí ni prestar que no pertenezca primero á Dios por más de un título; así de su luz participa toda luz, con su hermosura se engalana toda hermosura, su poder asiste á todo poder, con su vida alienta toda vida, de su esencia recibe virtud toda esencia, quedándose su divino poder tan entero cual si con derramarse tan magníficamente en la creación no hubiera salido de sí.

7. Primeramente, el poder divino se basta á sí mismo tan del todo, que no ha menester sujeto que reciba y salga al encuentro á su acción. Crear puede; aunque no pudiese crear más mundos que éste, había para quedar deslumbrados con la grandeza de su incomprensible Omnipotencia; ¿qué será, pudiendo dar ser á otros cuentos sin cuento de mundos más perfectos y excelentes que el nuestro, ya en la corpulencia y lindeza de los astros, ya en la hechura y calidad de los animales, ya en la composición y gentileza de los cuerpos humanos, ya en la variedad y eficacia de las leyes del universo? Lo que más enmudece la lengua, y ataja las palabras, y desmaya el discurso de nuestra razón, es poder Dios deshacer en un pensamiento lo he-

---

[1] *Enchirid.*, cap. XI.—[2] I p., q. XV, a. I.

cho, aniquilar lo criado, desandar lo andado con igual facilidad, y de nuevo fabricar esta gran máquina y otras cien, millares y millares de veces, sin mengua ni fatiga de su inagotable poderío.

No explica con menos elocuencia el dominio de Dios la conservación que la creación. Si Dios no continuase aquel primer impulso que dió á la materia cósmica en el día primero, dejando de influir inmediatamente en el sostenimiento de todas las cosas singulares, se desordenaría todo el ornato del mundo hasta el punto de repentinamente destrabarse y fenecer la universidad de las cosas. Graciosamente y sin respeto á su interés emplea Dios la majestad de su influjo, pero sin su soplo se apagaría la llama de toda vida, toda existencia quedaría desflorada y sin vigor. Hermosamente lo demuestra San Agustín por estas palabras: "Puede entenderse que Dios descansó en el séptimo día, cesando de producir nuevos géneros de cosas, porque en adelante no crió más. Hasta el presente y en lo sucesivo obra la administración de los mismos géneros ya criados, mas no de tal manera que prive de la presencia y solicitud de su poder á los cielos, á la tierra y cosas hechas, las cuales si les quitase su influencia se desharían y tornarían nada. Porque el poder del Criador es causa que subsistan las criaturas; que si de la mano las soltara, dejarían de ser y caerían en el abismo de lo que antes eran. No es este mundo como la fábrica de un edificio, que queda en pie y dura aun muerto el que le construyó: si Dios le substrae su gobierno y providencia, en un pestañear de ojos acabará y dará al través. Por esto, cuando el Señor dice: *Mi padre hasta ahora sigue obrando,* demuestra una cierta continuación de su obra y la conservación, que contiene y administra todo el universo mundo" [1]. Todo esto es de San Agustín.

8. En este eterno descanso del Criador resplandece su supremo dominio de varias maneras, ora sustentando las criaturas en el firmísimo arrimo de su divinidad, ora teniéndolas colgadas sobre el abismo de la nada y preservándolas de caer en él, ora dando virtud á sus potencias y cualidades para que obren, ora, en fin, apretando de continuo sus partes y habilitando sus fuerzas para que conserven la unidad de su ser y de su fin. El concurso de Dios en la conservación de las cosas no es un influjo general é indeterminado, como pensaron algunos; es especial y concreto: aquella misma acción con que Dios crió, con ésa perpetúa la existencia de los seres [2]. Aun aquellas cosas que producidas por causas segundas, en cesando éstas siguen durando en su ser, son confortadas por Dios con influjo determinado, cual si sólo él las hubiese producido. El dominio de Dios tanto resplandece en haber sacado de la nada la materia del mundo, cuanto en conservarla para que no cese, atrayéndola hacia sí, renovando sin cesar su natu-

[1] *De Genes. ad lit.*, l. IV, cap. XII.
[2] LESSIO, *De perf. divinis*, l. X, cap. IX; *De summo Bono*, l. III, n. 31.

raleza, teniendo adheridas entre sí las partes corpóreas, y haciendo que eche de sí nuevas formas de producciones. Por manera, que ninguna criatura que Dios preserve puede fallecer, así como ninguna puede alargar los días de su existencia si él no se lo da, ya que sería absurdo conservarse un ser á sí propio sin la divina asistencia. Así que el influjo de Dios no es de menor importancia en la conservación, que fué en la creación de las cosas, por ser la conservación continuada creación, puesto que su potestad no se ha de estimar de menos quilates, ni otra que aquella primera que llamó á la existencia las cosas que no la tenían, como se saca de San Agustin en el lugar citado, y de Santo Tomás [1], y lo prueban entre otros Doctores el cardenal Cayetano [2], Durando [3], Escoto [4], Molina [5], Vázquez [6], Suárez [7] y Lessio [8], erudita y copiosamente.

9. Demostración esplendorosa de tan inmenso poder nos suministran las ciencias naturales. El mundo microscópico descubierto por los modernos, á poder de desojarse escudriñando la casi infinita numerosidad de sus individuos, manifiesta cuán insondables misterios tiene Dios engastados en un espacio menudísimo. ¿Hay prodigio comparable con el órgano del oído, tan corto en magnitud cuan preñado de maravillas? Las fibras de Corti, que rematan en el nervio acústico, están dispuestas y derramadas con tal artificio, que siendo ellas tres mil, distribuídas en siete octavas, á razón de 33 fibras por semitono, dan de sí todos los sones posibles, de arte que excitadas por una vibración cualquiera, denuncian con facilidad la más leve diferencia del sonido. Y sin entrar en esta teoría de Helmholtz, ¿qué sabiduría y poder no requiere este sistema de cuerdas, hecho á manera de arpa, delicado cuanto sutil? ¿Hay mecanismo más portentoso que el oído medio? Con ser la cadena de huesecillos tamañísima, en vibrando la membrana del tímpano, comunica sus temblores al mango del martillo, éste da en el yunque, el yunque empuja el estribo á la ventana oval, la ventana obra sobre el líquido del vestíbulo; así con rapidísima sucesión de movimientos llega á tocar las fibras de Corti aquella vibración del cuerpo sonoro que por medio del aire hirió el tímpano del oído. ¿Qué diremos de la retina, expansión del nervio óptico, compuesta, con ser tan delgada, de ocho ó diez telillas de finísimo tejido? Capa de los palillos ($0^{mm},0018$ ancho—$0^{mm},070$ largo), capas granulosas, capa de células nerviosas, capa de fibras nerviosas, membrana hialina, zona de Zinn, membrana limitante; todas las cuales finísimas telas sobrepuestas son necesarias para que se pinten las imágenes en el fondo del ojo y tenga efecto el acto de la visión.

---

[1] I p., q. CIV, a. 2.—[2] In I p., *D. Thomæ*, l. c.
[3] In II, dist. I, q. 2.—[4] In II, dist. I, q. 5.
[5] In I p., cap. X, a. V, disp. I.—[6] In I p., disp. LXXII.
[7] *Metaphysic.*, disp. XXI.—[8] *De perf. div.*, l. X, cap. IV.

¿Quién que haga examen de este misterio no confesará exceder esta obra los límites de la humana comprensión?

Espantados andan y sin saber de sí los que al ver la fábrica de un organismo, especulan cuántos portentos traen de continuo entre manos. En un milímetro cúbico de sangre, que puede colgar en la punta de un alfiler, descúbrense cinco millones de glóbulos; de ellos colorados, de ellos blancos, destinados á producir los bermejos: además hematoblastos, más pequeños aún; microcitos, glóbulos bermejos degenerados; vesículas elementares, que nacen de los glóbulos blancos; granulaciones grasientas; corpúsculos puntiformes; placas de pigmento; cristales de hemoglobina; elementos extraños, bacterias, etcétera, etc.; es decir, en una gotica de sangre cabe un mundo de seres, dotados de fuerzas maravillosas, con su peso, número y medida; en un tan reducido espacio hacen generosa demostración de sí la sabiduría, la voluntad y poder de nuestro Señor, dejando atónitos, pensativos y fuera de sí á los hombres estudiosos que tanta maravilla contemplan.

ARTÍCULO III.

1. Vida de Dios *ad intra*.—2. La comunicabilidad divina.—3. El Padre engendra al Hijo. 4. El Padre y el Hijo espiran al Espíritu Santo.—5. Dios reveló su vida íntima en el Viejo Testamento por sus profetas; en el Nuevo por su Verbo humanado para llevar al cabo la idea del universo.—6. Restauración acabada por el Hijo de Dios hecho hombre.—7. La Iglesia católica promueve este gran intento.—8. Esfuerzos de León XIII. 9. El sabatismo.—10. La creación segunda será coronamiento de la primera.—11. Gozo de la vida divina.

1. Ésta es la vida de Dios, vida *ad extra*, ocupada en el cuidado de las criaturas, vida toda puesta en derramar bondades; pero que ni es comunicación de bien infinito, ni es fecundidad suma, porque no se da la divina esencia, pues sólo á las criaturas se les reparte el ser caduco que tienen. Otra más alta vida goza Dios, vida *ad intra*. ¿Da vida él y carecerá de vida íntima? Vida tiene en su eterno descanso: fuera de los términos de este mundo deleznable, posee Dios vida interna y esencial: el inmutable se mueve, el incomunicable comunica, el autor de la vida vive. Y como haya distancia infinita de las criaturas á Dios, en nada turba la serenidad de aquella reposada vida el rebullicio de las cosas criadas. Vive, pues, Dios; no solitario, ya que en la unidad de la esencia subsisten tres personas divinas; ni vive estéril, que quien fuerza concede para engendrar, no había de quedarse sin Hijo, ni el autor de toda fecundidad había de ser infecundo [1]. A la condición de la bondad pertenece el ser comunicativa, y que cuanto mayor es el bien poseído, mayor sea su comunicación; de don-

[1] *Isaias*, LXVI, 9.

de á la bondad infinita tócale comunicación llena y de todas maneras perfecta. La cual comunicación no puede consistir en hacer participantes de ser y de vida las criaturas que pueblan el cielo y la tierra: cortedad fuera ésta de parte de Dios, comoquiera que, aun puesto caso que nuestro mundo fuese el más perfecto de todos, que no lo es, y rebosase en lindezas, ¿qué serían todas ellas sino menos que un átomo de polvo en el divino acatamiento?

2. Otra más alta comunicación, sin tasa, ni modo, ni límite era menester á la medida de la capacidad de Dios, á que no se pudiese añadir ni comparar cosa más subida; por eso hay en Dios suma fecundidad, porque hay suma comunicación, comunicación de deidad infinita. Su vida propia, esencial y personal consiste en que, siendo Dios infinitamente uno y necesariamente único, es á la vez Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres adorables personas y un solo Dios verdadero, indistintas en cuanto á la naturaleza, distintas, real y formalmente, en cuanto á las relaciones de origen. Misterio altísimo; con el abismo de su infinita luz reverberados nuestros ojos, se cerrarían y se harían del todo ciegos para no creer, si la misma inapeable alteza no tuviese rastro y olor de ser cosa de Dios y verdad, supuesto que del Altísimo altísimamente debemos sentir, y cuanto más divinas son las cosas, más altas é incomprensibles ha de estimarlas el hombre.

3. Dios se entiende á sí mismo: entendiéndose comprende toda la razón de su inteligibilidad, que es infinita; es luego infinita la inteligencia divina. Y á la manera que el entendimiento criado produce un entender que no es su ser, sino accidente distinto de la esencia inteligente; por contraria manera el entendimiento increado engendra, entendiéndose, un concepto substancial, no accidental, de sí mismo, una imagen intelectual igualísima, un ser intencional dotado de substancia, un verbo inmanente y realísimo, que da de sí generosamente la misma deidad en cuanto entendida. Así la intelección substancial que produce al Verbo, y el mismo Verbo producido, son dos personas realmente distintas, Padre é Hijo; mas no de forma que pueda decirse que en cuanto el inteligente y el entendido poseen la misma deidad, sean dos substancias, sino una sola, y dos relaciones. Unión inseparable y comunicación plenísima, que hace al Hijo imagen adecuada del Padre, retrato de su substancia, resplandor de su gloria, candor de luz eterna, espejo sin mácula, fuente de sabiduría, alegría de los cielos, dechado de toda criatura.

4. Entenderse Dios es amarse. Pues así como entendiendo el Padre su esencia, engendra por su infinita fecundidad al Verbo sù semejante, así amándose el Padre y el Hijo, encendidos en mutua llama de caridad, por virtud de aquella estrecha unión, cual nunca cupo en entendimiento criado, por inefable y bienaventurada manera, espiran como término intrínseco el supremo y eternal amor, no por afecto sólo, sino por efecto y suma realidad; el cual, puesto caso que se iden-

tifique con la esencia divina y esté lleno de su infinita substancia, con todo, el Hijo procede por vía de entendimiento y no de amor, y el Espíritu Santo por vía de amor y no por entendimiento. El entender se presupone al querer en su orden de razón formal, porque se ama el bien en cuanto conocido, no al revés: así es Dios; entendiéndose se agrada y se ama, y no al revés [1]: que por eso la formal razón del amor se funda en la formal razón del entendimiento, que es acto purísimo y simplicísimo. Pues como el Padre comunique al Verbo todo el caudal de sus atributos, excepto la razón de Padre, y por el mero hecho también la facultad de exhalar amor, y como la espiración del amor presuponga la inteligencia, de ahí viene á ser que el amor divino, que es el Espíritu Santo, deba emanar del Padre y del Hijo á la vez como de un principio, y no sólo del Padre que engendró al Verbo, mas también del mismo Verbo entendido y engendrado del Padre; mas siendo este amor recíproco espirado por ambos á dos, no accidente, sino substancia, y ésa infinita, igual con la del Padre y del Hijo, síguese ser la persona del Espíritu Santo Dios tan perfecto, poderoso y sabio como el Padre y el Hijo lo son, abrazo regaladísimo, ósculo suavísimo, vínculo apretadísimo, paz serenísima, amor abundoso, raudal de gracia, mar de dulzuras, don de dones y raíz de gozo inefable.

Tres personas hay, pues, en la única y absoluta esencia. La noción de relativo distingue bien las personas, la noción de absoluto unifica la esencia. En la alteza de estos conceptos se desalienta la admiración, cae como aturdida la flaqueza de nuestro entendimiento, y el hombre, sumido en el piélago de tantas maravillas, no acierta á dar gracias á la incomprensible bondad de aquel Señor, que tuvo á bien revelarnos los secretos de su vida íntima y personal.

De muy antiguo puso Dios cuidado en dar á conocer á los hombres la alteza de su incomprensible Trinidad y correr tantico el velo que cubre su infinito resplandor. Del número ternario, dijo Aristóteles: "Usamos de este guarismo para el culto de los dioses, habiéndolo aprendido de la naturaleza" (πρὸς τάς ἁγιαστείας χρώμεθα τῶν θεῶν τῷ ἄριθμῷ τοῦτῷ παρά τῆς φύσεως εἰληφοτες) [2]. Y Plutarco: "El número tres es el principal de todos los números" (ὁ παντῶν ἀριθμῶν πρῶτος τέλειος ἡ μεν τριὰς) [3].

5. Barruntos eran éstos, que de muy lejos iban preparando los ánimos de los gentiles al suave resplandor de la fe. Ninguna gente pagana acertó á columbrar, mucho menos á profesar, la verdad de este incomprensible misterio. Los racionalistas modernos, á trueque de hacer de la mentira verdad, y sospechoso el dogma que el cristianismo profesa, porfían en mostrarnos trinidades en las religiones anti-

---

[1] CARD. FRANZELIN, *De Deo Trino*, thes. XXVII.

[2] *De Cœlo*, lib. I, cap. I.—[3] Lib. IX, *Symp.*, cap. III.

guas. Falsa é impíamente el escritor español arriba censurado, se arrojó á decir del dios de los egipcios: "Su Dios era uno en esencia, y no único en persona; á la vez el padre, la madre, el hijo de Dios, tres personas que son Dios en Dios, y que lejos de dividir la unidad de la naturaleza divina, concurren todas tres á su infinita perfección... La teología cristiana apenas tendría nada que pedir al Dios de los egipcios...„ [1] Con más torpeza é impiedad formula el nuevo teólogo su tesis general asentando esta blasfemia: "Los dioses tienen este punto de contacto con la Trinidad cristiana, que son muchas las personas y un solo Dios verdadero. No considerarlos así, es un motivo de error que vicia todos los sistemas„ [2]. No es éste lugar de responder al ignorante según el tamaño de su ignorancia. El olvido del catecismo y la maldita afición á libros perversos van dando lugar á la publicación de tales impiedades, inauditas en nuestra península, con gran descrédito de los que las propalan.

Con más claridad que á los gentiles descubrió Dios á su pueblo escogido la grandeza de la Tríade gloriosa. No que el pueblo hebreo hiciese profesión de creer este augusto misterio; pero en los libros del Testamento Viejo vemos con cuánto ahinco procuraba Dios adestrar los varones más sabios y amigos suyos, como arriba tocamos [3], debajo de figuras y símbolos, en el conocimiento de las tres augustas personas. Uno de los destellos más ilustres de la revelación de este misterio se contiene en el capítulo del Génesis, que vamos á dejar de las manos, en aquellas magníficas palabras: Y dijo Dios: "Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra„. Donde las voces imperiosas *hagamos* y *nuestra* denotan acción mancomunada, comunicación de intentos, acuerdo común y unión de voluntades. Ni vale ni repugna á esto el dictamen de Gesenio ni de los rabinos citados por Buxtorfio, ni de otros cualesquiera literatos, que para crédito de erudición han dado en llamar *plural majestático* al plural de este versículo: ni es menos intempestivo y descaminado el entender el *faciamus* como alocución dirigida á los ángeles que, según antes decíamos [4], nada tuvieron que ver en la formación del hombre. Las voces de los santos Padres concuerdan y corresponden las unas á las otras con tan maravillosa unidad, que hacen fuerza á todos los entendimientos humanos y cierran la puerta á todas las dudas [5]; sin tocar ahora otros infinitos lugares que despiden encendidos rayos de este soberano misterio.

Pero queremos aquí señalar una de las principales glorias de la Iglesia española. La profesión del todo explícita y cabal del misterio de la augustísima Trinidad, viniendo de las Iglesias orientales, estu-

---

[1] ESTANISLAO SÁNCHEZ CALVO, *Los nombres de los dioses*, p. 231.
[2] *Ibid.*, p. 425.—[3] Cap. VIII, art. I.
[4] Cap. XLVIII, art. III.—[5] PETAVIO, *De Trinit.*, l. II, cap. VII.

vo en vigor en España ya á mediados del siglo V, en 447 [1]. El Concilio tercero de Toledo (á 8 de Mayo de 589), por mandado del rey Recaredo, ordenó que el Credo constantinopolitano se cantase en todos los templos de la Península, y se rezase por el pueblo antes del Padre nuestro [2]: en el Concilio Toledano cuarto (633), y en el sexto (638), y en los siguientes, se repitió y encomendó la misma profesión y creencia [3]. Pronto el ejemplo de la Iglesia española fué el fermento que sazonó las de la Galia y de la Germania, que abrazaron el *Filioque* á fines del siglo VIII [4]. La Iglesia romana parece que no introdujo la adición de esta augusta voz hasta mediados del siglo IX. Por manera que la nación española puede preciarse de haber sido la primera de todo el Occidente que admitió y pregonó en toda su amplitud y extensión el soberano misterio de la inefable Trinidad [5].

Si, pues, Dios no hubiese tenido por bien revelarnos los arcanos de su vida interior, ignoraríamos qué hace en aquella su eterna bienaventuranza, qué piensa, qué dice, qué ama, cómo goza, de qué vive: nuestra ruin naturaleza, sin esa ciencia que tanto la enaltece, sin participar de la maravillosa suavidad de estas clarísimas conveniencias, ¡qué vida tan mísera y apocada pasaría! Dios, pues, por un exceso de bondad, que sobrepuja todo sentido y admiración y vence todo agradecimiento, ha querido hablarnos de su vida, decirnos quién es, cómo vive, de qué se constituye, qué relaciones tiene, qué palabras pronuncia, qué amor alimenta en el secreto de su pecho, cuáles son las correspondencias y consonancias de su vida personal y bienaventurada. En derramar su corazón en nuestra cortedad no se ha mostrado escaso, ni ha querido andar á medias palabras, sino que, traspasando los límites de nuestro flaco discurso, diósenos de mil amores á sí mismo: el Padre nos entregó á su unigénito Hijo, hízonos presente de su Verbo, y el Verbo encarnó por nosotros. Aquel Verbo, substancial y plenariamente henchido de la divinidad, Dios como el Padre, rebosando vida divina, ha venido á tratar y conversar con los hombres, para prender en la tierra y arraigar en esta vida humana los principios de la vida que goza Dios en su eterna felicidad. Mas ¿con qué intento? A fin de hacernos hijos del Excelso y ponernos en posesión de su propia bienaventuranza, para que, juntamente con las tres adorables Personas, todos los hombres, todos los ángeles y la naturaleza toda, mediante el Verbo humanado, compongan un cuerpo entero por infinidades de siglos eternos.

6. A este fin ideal camina el mundo universo. En el principio de los

---

[1] LABBÉ, L. III, p. 1465.

[2] *Colección de Can. de la Igl. esp.*, por D. Juan Tejada y Ramiro, t. I, página 230.—LABBÉ, T. V, p. 1000.

[3] LABBÉ, t. V. p. 1741.—[4] IBID., t. VII, p. 994.

[5] WIRCEBURG., *Tract. de Deo Uno et Trino*, 1852, p. 437.

tiempos crió Dios la materia elemental en estado de caos. Aquella inmensa nebulosidad, encendida por el soplo divino, fué dotada de inefable eficacia y enriquecida de firmísimas leyes con que salir de tinieblas, vestirse de claridad, ponerse arrebolada y despertar con su vista el júbilo de los seres espirituales que acababan de salir á luz [1]. Aquel hermoso resplandor, subiendo de punto, remató en incendio universal: templóse la fragua, y al amor de su lumbre forjóse el reino inorgánico, el más imperfecto de todos; redondeóse nuestro globo, la atmósfera érale manto, las aguas lecho, la superficie lugar de descanso; mas no descansó. Entró luego la vida en el mundo; la más tosca la primera, figurada en un reino entero, el reino de los vegetales. La luz del sol, que rayaba en medio del reino sideral, alumbrando las esferas de todo el sistema, juntamente con la apacible luz de la luna, daba prisa con el calor á la vida sensitiva representada en el reino animal, y fomentaba la propagación de una prodigiosa fauna, que debía presto perder el ser para dar cabida á otra mucho más perfecta y acondicionada al servicio y conveniencia del hombre. Dispuestos los elementos, viene á la tierra el ser privilegiado á presidir la naturaleza sensible, á honrar con su vida racional la obra del Criador y á propagar el reino humano, siguiendo las trazas de la sabiduría infinita. Al hombre, sacándole Dios de la vileza de su ser natural, levántale al ser de la gracia, y hácele de siervo hijo y partícipe de su vida gloriosa. El primer hombre, esa vida sobrenatural, que por privilegio había recibido, por sus impías manos ¡desventurado! á sí propio se la quitó; pero le fué devuelta en la esperanza de su Reparador, que había de supositar la naturaleza humana en su Persona divina, á condición que el mísero trabajase por ganar el perdón de su culpa y granjear la alteza de hijo de Dios que primero había poseído.

Entre tanto, en el mundo corpóreo resonó el golpe de la gran caída. Las cosas materiales, buenas en sí, por ser obras de Dios, quedaron en su manera contaminadas por la malicia del hombre y por la envidia de Lucifer. Los espíritus infernales infestaron todo el ámbito de lo criado; la tierra levantóles templos, los metales ornaron sus altares, los minerales y vegetales se emplearon en su infame culto, las bestias y los frutos se consumieron en sus torpes sacrificios; montes y ríos, bosques y mares, fuentes y llanuras se vieron profanadas é inficionadas al contacto de la universal corrupción. ¿Qué más? El sol, la luna, planetas y astros del firmamento, primores del divino poder, fueron á un tiempo escarnecidos por las blasfemias del gentilismo, y hechos ídolos de corazones bajos y villanos: la creación, cuan grande es, en una palabra, vió derrocada su hermosura por aquel aire violento y pestilencial, y puesto su lustre y perfección al servicio de la vanidad y de la malicia, y en lucha abierta con la voluntad de su Hacedor,

[1] *Job*, XXXVIII, 7.

llevando la bandera el pecado y la malignidad de los hombres [1]. No mirando la divina bondad con aquel favor especial de antes al hombre y á cuanto le rodeaba, quedó el mundo entregado á las consecuencias que trajo consigo la prevaricación de su rey y dominador. Y así "los más sublimes y grandiosos espectáculos, las escenas maravillosas y las armonías incomparables del universo viéronse perturbadas por los dolores, ayes y miserias inenarrables de la humanidad, y por esa atmósfera horrible en que las blasfemias del malvado, las lágrimas y arrepentimiento del penitente y las bendiciones de los justos confunden los ecos para hacer más evidentes las consecuencias de la prevaricación humana" [2].

Venida la plenitud de los tiempos, fué devuelto el mundo á su antiguo esplendor. La restauración comprendió ángeles, hombres y seres todos criados. El Verbo eterno, juntando consigo un espíritu criado en unidad de Persona, consagró la nobleza de todos los espíritus, cuya hidalguía alegró con las nuevas de la redención, y la beatificó con el fraternal abrazo de su divinidad. El hombre, lisiado en alma y cuerpo, fué también consagrado en alma y cuerpo por la sangre del adorable Redentor, con cuya gracia se vió hecho templo de Dios, hijo del Altísimo y heredero de la gloria. La naturaleza material fué renovada y purificada por la presencia de la divinidad; aire, fuego, aguas, cumbres, astros, cielos, recibieron una suerte de bautismo en la sangre del Hombre-Dios, y quedaron admitidos y consagrados otra vez al culto del verdadero Dios y al engrandecimiento de su eterna majestad.

Desde entonces el hombre no se basta á sí mismo, no halla en sí arbitrios que le llenen las medidas del deseo, ni en el orden físico, ni en el intelectivo, ni en el moral; ya todo le parece pequeño para sus alardes de grandeza, muérese de ansias de vivir, aspira á su ideal engrandecimiento, todo se le va en querer ser eternamente feliz. Sabe que pues los ángeles gozan ya la bienaventuranza viendo á Dios cara á cara, el mismo galardón le aguarda á él si le procura con solicitud. Sabe cierto que su Redentor vive, y espera en el postrero día volver á tomar la vida con inefable resplandor, vestidas sus heladas cenizas de dotes de gloria, y sus molidos huesos con ropaje de inmortalidad; así confía por sus propios ojos ver á su Salvador teniendo parte, cuerpo y alma, en aquella bienaventurada vida. Sabe que las criaturas todas suspiran por un estado mejor, mal halladas con el rastrero de sus vidas y con las inquietudes de sus continuos vaivenes. Sabe que "las criaturas todas están esperando con vivas ansias la manifestación de los hijos de Dios. Porque se ven sujetas á la vanidad, no de su grado sino por aquel que las sometió con esperanza; porque serán también

[1] GUITTON, *L'homme relevé de la chute*, t. II, chap. XXI.
[2] P. M. MIR, *Harmonía*, cap. VIII.

ellas libertadas de la servidumbre de la corrupción á la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas están gimiendo y como con dolores de parto. Y no solamente ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos ya las primicias del Espíritu; aun nosotros suspiramos de lo íntimo del corazón, aguardando la adopción de los hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo„ [1].

Todo esto sabe el hombre, por más que parezca ignorarlo: arrebatado de un instinto superior, atiende á la especulación, ejercita las ciencias, perfecciona las artes, señorea la materia, funda instituciones, acaudala conocimientos, y, ocupadas de continuo las manos en deshacer la figura del mundo que pasa, sigue como la sombra al cuerpo en pos de la ideal perfección á que sin cesar aspira. Todo el universo se afana por ir tras una perfección que le falta, anhelando con todas sus fuerzas por un engrandecimiento que sea su descanso y solaz.

Copiosamente expone este pensamiento D. Antonio Comellas y Cluet por estas graves palabras: "Todos los hombres somos hermanos, y nuestro Padre es el Padre celestial. Todos hemos sido criados por Dios á imagen y semejanza suya, como los hijos son una imagen de su padre; todos somos regidos y gobernados por Dios, como los individuos de una familia están sometidos al gobierno solícito y amoroso de su padre. Y no sólo los hombres, sino los ángeles y los hombres juntamente constituímos una gran familia que tiene por Padre al mismo Dios; porque á éste debemos el ser, de éste somos imagen y por él estamos gobernados, tanto los unos como los otros. La naturaleza pertenece también á esta gran familia, no porque sea hija de Dios, sino por ser morada é instrumento de los hijos de Dios. La naturaleza no tiene la dignidad de la filiación divina que tenemos nosotros, porque no es imagen de Dios... Pero la naturaleza es la habitación de los hombres y de los ángeles, y á unos y otros suministra medios para su engrandecimiento. El hombre recibe de la naturaleza alimento corporal y encuentra en la misma un punto de partida para los diversos momentos de la ciencia y para su desarrollo moral. El ángel ha encontrado en la naturaleza ocasión de tener un conocimiento experimental más vasto de las obras de Dios, y se ha visto inducido á admirar y gozar la hermosura y bondad del divino Hacedor... Así, pues, el universo, ese gran todo compuesto de innumerable familia de los hijos de Dios (ya sean hombres, ya sean ángeles), y de la naturaleza (que les suministra habitación y medios ó instrumentos para su adelanto), está sometido al cetro de Dios, y por éste va dirigido á la perfección... Grandioso es el universo por la imponente unidad que mantiene enlazados á tantos millones de seres; y bellísimo por las corrientes de amor que se extienden de un confín á

[1] *Rom.*, cap. VIII, 19-23.

otro confín„ [1]. Tal es el término final adonde enderezan sus pasos todos los seres del mundo.

7. A fin de dar feliz cumplimiento á esta afanosa aspiración bajó el Hijo de Dios á la tierra y nos habló de su Padre y de su soberano Espíritu: no le quedó traza por tentar á trueque de descubrir al mundo la grandeza, soberanía, atributos, relaciones y efectos de las tres divinas Personas de la augusta Trinidad, mayormente la noche antes de subir á la cruz y de consumar el sacrificio de la redención. Y para no dejar cosa que no hiciese en orden á descubrir al mundo los senos de su secretísima vida, instituyó en la Iglesia católica una cátedra, con privilegio propio de interpretar y dictar á los fieles todo cuanto convenga al perfecto conocimiento de los misterios de la divinidad: cátedra, que, asentada sobre piedra firme, contra la cual ni ríos de errores, ni vientos de persecuciones, ni lluvias de crímenes, ni poderes infernales pueden prevalecer, siempre combatida, nunca vencida, tiene la llave y posee las arcas de los tesoros del Verbo, resuelta á hacer en favor de la verdad divina cuantos esfuerzos cabe imaginar, por llevar adelante la santificación de los hombres, á costa de cualquier sacrificio.

Muy á las claras lo hemos visto en nuestros días. No bien hubo ascendido León XIII á la majestad del solio pontificio, como tendiese su vista de águila por el universo católico, al reparar cuán turbados trae los pueblos la falsa ciencia, acometió la empresa de una cruzada intelectual en razón de combatir los sofismas del error y de señalar los manantiales de donde dimana la verdadera sabiduría. Para dar afortunada cima á este designio, sin mellar un punto la entereza de la verdad, después de hacer patentes los desastres del naturalismo, causa principal de tantos males, trató de poner remedio batiendo en ruina este enemigo del orden sobrenatural con Letras-Encíclicas llenas de consoladora doctrina. La base en que ha de estribar todo orden es la autoridad de la Iglesia; León XIII avivó y despertó su amor en los pechos católicos [2]: las teorías socialistas hacían tala en el campo de los fieles; León XIII las condenó y anatematizó [3], oponiendo á sus pestilentes errores el fin sobrenatural de los hombres: la ciencia superficial, con calumnias y raterías, desacreditaba la verdad religiosa; León XIII restauró en su debido punto la filosofía católica, dándole por guía á Santo Tomás de Aquino [4]: la sociedad doméstica se desviaba del recto camino; León XIII ofre-

---

[1] *Demostración de la armonía entre la religión católica y la ciencia*, 1880, parte 1.ª, sección 2.ª, cap. IV.

[2] *Inscrutabili Dei consilio*, 21 Abril 1878.

[3] *Quod apostolici muneris*, 21 Diciembre 1878.

[4] *Æterni Patris*, 4 Agosto 1879.

cióle abonada fianza de seguridad en el matrimonio cristiano [1]: la sociedad civil corría inminente peligro de ruina; León XIII paró el golpe, autorizando sus derechos y recordando sus deberes [2]: las sociedades secretas traían sobresaltada la paz de los Estados; León XIII miró por el bienestar común, apellidando á las armas contra ellas [3]: la libertad política atropellaba el bien social y desfloraba el vigor de las sagradas instituciones; León XIII fijó los límites entre la autoridad y la libertad, denunciando los abusos del poder civil [4]: los liberales, con voz de libertad, ponían sin tiento las manos en lo sagrado, atrevíanse á la autoridad eclesiástica, corrían sin freno por el campo del error, corrompíase la masa del pueblo por esta ponzoñosa levadura; León XIII sube otra vez al trono de su soberanía, insiste en declarar el verdadero concepto de libertad, quita la máscara al corriente liberalismo y le reprueba y baldona, ensanchando el ánimo de los verdaderos católicos [5]: para que todos viesen con entera claridad cuál era el camino seguro, y en los trastornos políticos que nos afligen supiéramos qué partido tomar, señaló el beatísimo Padre distintamente los deberes de los cristianos respecto del orden social [6]: cuando la clase obrera se despeñaba por la pendiente de una mal entendida libertad, la paternal solicitud de León XIII le dictó reglas de cristiana justicia, y á los gobiernos y señores las obligaciones y conducta que con los jornaleros habían de seguir [7], sin que la condición de los jornaleros fuese parte para eximirlos del influjo moral y religioso que constituye la dignidad del hombre cristiano [8]: no contento con tomar segura resolución en favor de la clase trabajadora, vuelve los ojos á la esclavitud de los negros de África, deplorando y baldonando la inhumanidad de sus inicuos opresores [9]; para reducir los pueblos todos á la concordia y paz con que los brinda la benignidad de la Iglesia católica [10], espolea la confianza de los fieles en la Virgen María, Madre de Dios, por medio de la dulcísima y eficacísima devoción del Rosario [11], cuyas leyes y preeminencias determina más de asiento [12]: mas porque importaba que el mundo quedase firme en la persuasión de la eminente unidad de la Iglesia santa [13], regida por el Espíritu Santo [14]; por eso el mismo Sumo Pontífice, tomando la mano, pregonó estas dos ca-

---

[1] *Arcanum divinæ sapientiæ*, 10 Febrero 1880.

[2] *Diuturnum illud*, 20 Junio 1881.—[3] *Humanum genus*, 20 Abril 1884.

[4] *Immortale Dei*, 1.º Noviembre 1885.—[5] Encícl. *Libertas*, 20 Junio 1888.

[6] 10 Enero 1890.—[7] *Rerum novarum*, 25 Mayo 1891.

[8] Encíclica *Graves de Communi*, 18 Enero de 1901.

[9] *Catholicæ Ecclesiæ*, 20 Noviembre 1890.

[10] *Præclara gratulationis*, 20 Junio 1894.

[11] *Magnæ Dei Matris*, 8 Septiembre 1892. — *Adjutricem populi*, 5 Septiembre 1895.—*Diuturni temporis*, 5 Septiembre 1898.

[12] *Ubi primum*, 2 Octubre 1898.

[13] *Notissimum vobis*, 29 Junio 1896.—[14] *Divinum illud*, 9 Mayo 1897.

tólicas verdades, para cuya enseñanza y la de otros dogmas trató muy en particular con los obispos de Italia [1], con los de Oriente [2], con los de Polonia [3], con los del Brasil [4], con los de los Estados Unidos [5], con los de Inglaterra [6], con los de Escocia [7], sin perdonar á ningún afán en orden á moverlos á todos con oportunas advertencias, á cultivar la juventud, á promover los derechos eclesiásticos, á mantener en su vigor la unidad de la fe contra los serpeantes errores, hasta que, finalmente, constituída la prohibición y censura de libros [8], con paternal persuasiva indujo los hombres á consagrarse al culto del Sacratísimo Corazón de nuestro Señor Jesucristo [9], único verdadero Redentor de todo el humano linaje [10]. ¿Podía acaso el Sumo Pontífice con Letras, Constituciones, Encíclicas, Epístolas Apostólicas convencer los entendimientos, ganar las voluntades, atajar las ignorancias y errores con más persuasivos discursos? Con igual entereza se opusieron los Romanos Pontífices en todo tiempo frente por frente al triunfo del error, á la licencia del vicio, tomando razón por la verdadera doctrina y volviendo por la incolumidad de los hijos de Dios.

Por medio de la Iglesia católica el Hijo de Dios comunica á la tierra la posesión de su substancia y santifica las almas con la unción del Espíritu Santo. ¡Tanta es la copia que ha querido hacer Dios de sí á los mortales! Así son hechos hijos del Excelso por adopción verdaderamente, recibiendo comunicada la naturaleza divina; con que siendo hijos, son luego herederos del reino celeste, dignos de reinar en su trono y de que les quepa en suerte la vida bienaventurada. Y ellos, guiados por el espíritu, dando muerte con el espíritu á las obras de la carne, sembrando en espíritu, combatiendo con armas de luz, viviendo vida de fe escondida con Cristo en Dios, yendo en pos de la incorruptibilidad, vienen á conseguir la vida eterna, donde beben finalmente y se hartan sin cansancio y con plenitud en la fuente perennal de la vida, que es Dios.

9. "Réstale al pueblo de Dios un sabatismo„, clamaba San Pablo [11]: no aquel instituído por Moisés para descanso del trabajo servil en memoria de las obras de la Creación, ni tampoco aquel sabatismo frí-

---

[1] *Inimica vis*, 8 Diciembre 1892.

[2] *Ad extremas Orientis oras*, 24 Junio 1893.—*Orientalium dignitas ecclesiarum*, 30 Noviembre 1894.

[3] *Caritatis providentiæque Notræ*, 24 Junio 1893.—[4] 2 Julio 1894.

[5] *Longinqua Occeani spatia*, 6 Enero 1895.—*Testem benevolentiæ*, 22 Enero 1899.

[6] *Apostolicæ curæ*, 8 Septiembre 1896.

[7] *Caritatis studium*, 25 Julio 1898.

[8] *Officiorum ac munerum*, 24 Enero 1897.

[9] *Annum sacrum*, 25 Mayo 1899.

[10] *Tametsi futurum*, 1 Noviembre 1900.—[11] *Hebr.*, IV, 3.

volo de los pasatiempos de acá, sino el del reino de los cielos en el consorcio de la gran familia. Este es el sabatismo de Dios. La naturaleza humana salida de las manos y boca de Jehová, tornará finalmente al corazón de Dios; emanada del no ser, volverá á la suma realidad. La vida camina á la muerte, la muerte espera la inmortalidad, la inmortalidad tiene su remate en el restablecimiento universal. Día vendrá en que esta creación, tan llena de maravillas, sea en los labios de los escogidos himno de gloria á la bondad del Sumo Hacedor [1].

10. Entonces todas las cosas presentes serán renovadas. Este primer cielo, esta primera tierra, este mar y las cosas que ahora vemos, se desvanecerán de nuestros ojos, y resplandecerá una segunda creación, un cielo nuevo, una tierra nueva. Entre estas dos creaciones se encierra toda la Escritura: entrambas comprenden del uno al otro cabo toda la obra de Dios. La primera creación encabeza el primer libro; la segunda corona el último [2] con pasmosa consonancia. En la nueva universidad de bienes infinitos no habrá sol ni luna, porque la claridad de Dios la iluminará con la gran lumbrera que será el Cordero [3]. En aquel nuevo paraíso, el árbol de la vida, plantado á las orillas del río que tiene su nacimiento en el trono de Dios, conservará con la virtud de sus hojas y frutos en frescura y lozanía la inmortalidad de las gentes por años sin fin [4]. No habrá noche, porque la luz de Dios esclarecerá á los inmortales [5] y llenará de bienandanza el reino de los cielos. En la vida de Dios, como en fuente inagotable, apagarán su sed los que la tienen de felicidad, y verán colmados sus deseos cumplidísimamente, gozando de la vista clara de Dios [6].

11. "¡Oh admirable divinidad, cuán admirable vida tienes! Toda está llena de gozos, que no te costaron trabajo; llena de gusto, sin contrapeso de peligros; llena de suavidad, sin riesgo de penas; llena de bienes, sin experiencia de algún mal. Todo eres dulzura, todo paz, todo descanso, todo gusto, todo vida, todo bien y todo bienaventuranza, todo vida bienaventurada y beatificadora, y todo vida mía. Con razón te engrandecen tus Escrituras con llamarte Dios vivo; porque, respecto de tu vida, cualquier otra vida no lo parece, y sin la tuya nada vive. Tu vida es verdadera y vitalísima, vida causadora de todas las vidas. Vivid, vivid, Dios mío, pues me importa á mí más que el vivir; impórtame el ser, impórtame el alma, impórtame el cuerpo, impórtame la salvación. Vivid, vivid, vida mía, pues importa tu vida más que la mía y de todas las criaturas. Huélgome, y el corazón se me salta de placer, que tengas por esencia y necesidad de tu ser lo que debía ser deseo de todo ser y diligencia de todas las naturalezas. Huélgome que por esencia tengas el vivir eternamente, pues por tu

[1] *Hebr.*, IV, 2.—[2] *Apoc.*, XXI, 1, 5.—[3] *Ibid.*, XXI, 23.
[4] *Ibid.*, XXII, 1, 2.—[5] *Ibid.*, 5.—[6] *Ibid.*, XX, 1, 6.

vida debíamos dar todas las nuestras, que de ella dependen. ¡Viva, viva Dios tan bueno!, y todos los ángeles digan: ¡viva! Aclámenle todas las naturalezas. Decid, elementos, decid: ¡viva Dios tan poderoso! Decid, plantas y prados, decid: ¡viva Dios tan suave! Decid, peces; decid, aves; decid, animales, decid: ¡viva Dios tan sabio! Decid, cielos; decid, estrellas; decid, planetas: ¡viva Dios tan hermoso! Decid, hombres, decid: ¡viva Dios tan misericordioso! Decid, espíritus soberanos, decid á voces, decid: ¡viva Dios tan grandioso, viva Dios tan liberal, viva Dios tan inmenso! Decid á una, elementos, plantas, peces, aves, animales, cielos, hombres y ángeles, decid: ¡viva Dios tan bueno, viva Dios tan admirable, viva Dios vivo, viva Dios eterno, viva Dios bienaventurado, viva un Dios que es causa de todas las vidas! De él procede toda la vida de la naturaleza, de él mana toda vida de gracia, de él sale toda vida de gloria. ¡Viva Dios, en quien viven todas las vidas! ¡Oh clarísima fuente de vida, cuya redundancia vital es una infinita plenitud de todo vivir! ¡Oh Dios mío y vida mía!, hermosea la vida de mi naturaleza con la vida de tu gracia, y á la vida de gracia perfecciónala en mí con la vida de gloria: resucita mi espíritu, vivifica siempre mi alma con tus dones y gracias para que viva sólo para ti y en ti„ [1].

[1] P. Juan Eusebio Nieremberg, *De la Hermosura de Dios*, l. II, capítulo XII, § III.





CAPITULO LII.

CONCLUSIÓN DE LA OBRA.

ARTICULO PRIMERO.

1. El dogma de la creación es el fundamento de las ciencias naturales.—2. El racionalismo y el materialismo son insuficientes para levantar el edificio de la ciencia.—3. La doctrina de los positivistas y monistas consiste en meras negaciones.—4. Los amigos de la evolución y del progreso indefinido.—5. Todos estos errores, por haber negado la creación, han vilipendiado la filosofía, y traído espantoso desorden.

1. La vida sobresubstancial de Dios, coronamiento de las vidas criadas, brota y consta clarísimamente de las divinas Escrituras. El Hexámeron, en especial, desplegando á nuestros ojos los grandes sucesos de los reinos naturales y las virtudes de las cosas, nos hace que formemos un alto concepto de la vida del Criador; no es posible leer este capítulo y no sentirse el ánimo espantado, enternecido, lleno de asombro y de humilde reconocimiento. Porque Dios, por su majestad de Criador, no es un ser indiferente á las cosas criadas, no es un artífice sin relaciones con el artefacto, no es un señor ajeno al trato de sus vasallos. No: Dios, por medio de la creación, ha instituído con las criaturas correspondencias íntimas y esenciales, tan secretas y apretadas, que no hay en lo criado semejanza de estas comunicaciones. Ser, vivir, vivir eternamente, ¿quién vadeará con el pensamiento la grandeza de estas comunicaciones?

Porque de tres maneras dependen del Ser infinito las criaturas. Él es respecto de ellas causa efectriz, ejemplar y final. Primeramente, las criaturas son obra de la divina omnipotencia: Dios, no sólo hizo de nada toda la substancia de cada ser, pero á cada substancia añadió los atavíos que la ponen hermosa en su perfección; así las cosas criadas miran á Dios intrínseca y esencialmente, sin cuya dependencia, ¿cómo pudieran ser concebidas y declaradas? Lo segun-

do, Dios es su causa ejemplar: son ellas unos como reflejos de las divinas perfecciones, las cuales remedan y representan cuanto más al propio pueden, cada una en su manera, con viveza y perfección. El mundo universo, ¿qué otra cosa es sino un pregonero de las excelencias del Criador, un libro patente en que se leen los atributos de la divinidad, un espejo purísimo en que se revén y remiran los pensamientos del soberano Sol, cuyos rayos, con atención considerados. dan clara noticia del infinito y no comparable Autor que todo lo crió? Últimamente, es causa final de las criaturas, porque todas fueron hechas para su gloria: con tan maravilloo artificio están trabados y compuestos entre sí los reinos naturales, que el mineral sirve al vegetal, éste se ordena al animal, éste mira al humano, y el humano y espiritual á conocer, alabar, amar eternamente al Criador [1].

De aquí se sigue estar el Hexámeron poseído de singular majestad; porque pone á nuestra vista los designios del Hacedor con ordenada conveniencia, comenzando por el reino más elemental y abatido, pasando al vegetal, que es menos tosco, subiendo al animal como á más noble, y rematando en el hombre, en cuya dignidad descansa y termina la obra de Dios, según aquello de Pascal: "Todos los cuerpos, el firmamento, la tierra y los reinos no valen tanto como el mundo de las almas; porque éstas lo conocen todo y á sí mismas; y los cuerpos nada„ [2]. Mucho antes se le había amanecido al ingenio de Aristóteles este pensamiento: "La naturaleza corpórea, por grande que sea su valor, es más abatida que el hombre por razón del entendimiento„ [3]. Quedáronse cortos estos autores, pudiendo haber añadido que el hombre sobrepuja con infinitas ventajas á todo el resto del mundo corpóreo, por contener en sí con eminencia todas cuantas perfecciones hay esparcidas en las criaturas sensibles, por infinitas que fuesen.

Por esta causa, la primera página del Génesis pesa tanto más á los ojos de la sana razón que todos los volúmenes de los filósofos y naturalistas, cuanto por ser fundamento de nuestras relaciones con Dios, nos da á conocer la condición de su omnipotencia y amor con más plenitud que otra ninguna cosmogonía. ¿Quién cotejará este primer capítulo con todas las obras de la filosofía pagana, que no quede admirado de la distancia inmensa que de uno á otro va?

Todos los sagrados libros asientan por principio la creencia en un Dios Criador; mayormente los Salmos y los Sapienciales [4], representan con vivísimas descripciones la magnificencia de las obras divinas encerradas en el Hexámeron. Esto denota que, deseando Dios enseñar á los hombres y señalarles con el dedo el fundamento que

---

[1] LESSIO, *De Perfect. div.*, l. XII, c. XIX.
[2] *Pens.*, II, art. X.—[3] *Metaphys.*, l. IV, 6.
[4] *Psal.* XXXII, LXXXVIII, CXLVIII; *Eccli.* XVII, XVIII, XXX.

debían poner si querían alzar con provecho el edificio de la ciencia, dispuso con soberano acuerdo que á cada página refrescasen los autores inspirados la memoria del Dios Criador, que fuera apoyo á los sabios en sus especulaciones científicas, y consuelo á los ignorantes en las tinieblas de su cortedad. No acertaron los judíos á levantar monumentos de saber; no era ése su ministerio. Destinados á mantener vivas las antiguas tradiciones, y á figurar y dar á luz la gloria del futuro Mesías, bastábales tener á la vista los prodigios del divino poder; para nosotros, que somos más felices que ellos, estaba reservada tan incomparable dicha.

2. Pues como la noción de Dios Criador deba ser el principio fundamental de toda ciencia, aquellos que destierran á Dios del mundo, ó que excluyen su noticia del santuario del humano saber, no pueden sino poner su propia razón por fundamento de las leyes que rigen el mundo, y afianzar en sí mismos el porqué de todo cuanto los rodea. Este es el racionalismo que hace tiempo roe las entrañas de la moderna Alemania y extiende su ponzoña por lás comarcas de Europa. No es menos feroz el materialismo, que tras de celebrar una especie de existencia de Dios, la pervierte luego en el cultivo de la ciencia; cultivo sin principios, sin otras leyes que las de la materia, sin más apoyo que el movimiento local. De aquí no es de maravillar que Moleschott condene por errónea la hipótesis que defiende estar la naturaleza sabiamente ordenada [1]. Quien niega el orden natural de las cosas, ¿qué presume sino despedirse de la existencia ó de la ordenanza del Supremo Hacedor, si en cierto sentido la admite? Y negada la disposición y orden del mundo, ¿no se vendrá á tierra el concierto de las fuerzas mundanas? ¿Qué es el concierto sino la unidad causada en la multitud?

3. La ciencia positivista, siguiendo su instinto empírico, hincados en la materia los ojos y mirándose á las manos de continuo, emplea sus aceros en especular las propiedades inmediatas de los cuerpos, no las fuerzas íntimas que los armonizan y constituyen. Así Augusto Comte juzga "propio de gente ajena de estudio científico, entender en averiguar qué fuerza traba la armonía de los astros, qué cosa es la gravedad de los cuerpos terrestres" [2]. Errada censura; porque ya que no se logre descubrir la índole de la gravitación, el mismo ardor de descubrirla es caminar á nuevos descubrimientos, como lo testifica la experiencia de tres siglos. Frutos amargos de la negación del Supremo Criador son otros tantos clamores con que el positivismo lastima nuestros oídos. La constancia de las leyes físicas nadie dirá que sea absolutamente necesaria, y que no puedan existir otros mundos gobernados por leyes diversas. Pero los positivistas claman sin

---

[1] *La circulation et la vie*, lettre XVII.

[2] *Cours de philos. positive*, t. I, leçon XXIV.

cesar que la constancia de las leyes naturales es basa deleznable, que no puede servir á la solidez de las ciencias [1]. ¿Qué seria de la química, de la mecánica, de la astronomía, si sus leyes padeciesen alteraciones incesantes? ¿Qué sería de los acuerdos de Dios? ¿Quién, pues, acogerá benigno los dichos de los positivistas cuando porfían que los sucesos que se efectúan en astros desconocidos se cumplen sin ley fija y por acaso? [2] Los patronos de esta doctrina claramente se ve que, parando sólo en apariencias, tienen el mundo por amontonamiento de hechos faltos de trabazón, y le consideran cual cúmulo de cosas accidentales, sin substancia ni solidez, sin causa ni razón suficiente. Y siendo así, comoquiera que sin la hermosura de la unidad, sin el primor de la armonía, sin el vigor de la constancia, sin la eficiencia de la causalidad, no sean posibles ni leyes que merezcan el nombre de tales, ni naturalezas que obren eficazmente, ni efectos que puedan ser explicados, ¿qué linaje de edificio podrá levantarse sobre tan livianos cimientos? ¿Cómo se podrá fundar ciencia que indague las causas últimas de las cosas?

Una de las más graves posiciones del monismo es la que despoja la materia de su inercia, y la atavía con la virtud de obrar por sí. La inercia de la materia es la base de las ciencias experimentales. Dotarla de facultades psíquicas y de propiedades activas, no es sino meter en las ciencias una espantosa confusión. Mas el afán de hacer de la física y de la fisiología un solo ramo gobernado por unas leyes, ha traído á los monistas al extremo de pensar que la materia, de ruda y muerta se vuelve organismo vivo, mediante fáciles trueques, con que los seres animados no son sino materia tosca llegada por sí á sazón; de ahí el colegir luego que el animal es, ni más ni menos, un puñado de materia sujeta á leyes físicas; y por el mismo hilo sacan á pocos lances que también las facultades todas del hombre se reducen á propiedades de la substancia cerebral, á concreciones raquídeas, y los pensamientos y quereres á excreciones de materia. Por este derrotero han echado muchos que pasan plaza de grandes ingenios en ciencias físicas y naturales.

Cuando Tyndall definía la materia diciendo ser "la aurora y el poder de todas las formas y de todas las cualidades de la vida" [3], ¿qué otra cosa hacía sino quitar á la materia su inercia y adornarla de un poderío oculto y milagroso? Más paladinamente declaró este desolador concepto, diciendo: "Remontando el pensamiento sobre toda demostración experimental, yo descubro en la materia la promesa y el poder de engendrar toda vida". Es verdad que en el mismo discurso de Belfast tuvo la destreza de simular que corregía su dicho, cuan-

[1] LITTRÉ, *Journal des débats*, 6 Février 1866.
[2] H. TAYNE, *Le positivisme anglais*, p. 102.
[3] *Revue scientifique*, 1874, 19 Sept.

do daba por asentado el origen de la vida fuera de los dominios de la materia; pero el dañado intento que llevaba de dar á beber á la juventud católica de Irlanda con más disimulo el veneno del materialismo ateo fué quien le enseñó tan mañosa traza; porque, con el achaque de esa simulación, no dejó cosa en su asiento, ni verdad filosófica que no atropellase, ni artículo de fe que no mordiese, ni dogma venerando que no conculcase, remitiendo á los resplandores de lo por venir la comprobación de todo cuanto decía. El materialismo hizo resonar su clarín por toda la redondez de la tierra, poniendo sobre las nubes el discurso de Tyndall. "Este discurso, repetía un periódico americano, demuestra estar muy vecino el escobazo que la ciencia ha de dar á los últimos escombros de los dogmas religiosos... Ahora conviene echar por el suelo y barrer la diferencia entre el alma y el cuerpo, la inmortalidad personal del hombre, su excelencia sobre las cosas naturales y todo cuanto estos dogmas traen consigo.„

No de otra manera discurría Carlos Vogt en sus *Cartas fisiológicas,* haciendo gala de vil materialismo y estableciendo que entre cuerpos orgánicos é inorgánicos no hay más que trasiego incesante de materia.—Con igual desenfado escribía el sensualista Moleschott: "Uno de los más comunes atributos de la materia es poder, en casos favorables, ponerse en movimiento de por sí„ [1].—Pero como á M. Du Bois-Reymond, libre pensador alemán, en un discurso pronunciado en 1875 en la Asociación de Naturalistas alemanes, le faltase pecho valeroso para confesar que basta el encéfalo para declarar todos los actos del entendimiento, pues la experiencia y el discurso de la razón se lo disuadían, parecióle ser la mejor respuesta á esta perplejidad nuestra total ignorancia, y así dijo: "Sobre la cuestión qué es la fuerza y la materia y cómo engendran el pensamiento, más vale resignarnos al dicho común: lo ignoramos„.—De esta total ignorancia no se empachaba Virchow, antes la confesaba sin rodeos, cuando escribía: "El naturalista tiene únicamente noticia de los cuerpos y de sus propiedades; lo demás es para él transcendental, y lo transcendental es á sus ojos un devaneo del espíritu„ [2]. Y en el Congreso de Rostock, en 1872, declaraba guerra á toda noción filosófica y teológica, á todo resabio de religión. "No hay conveniencia posible, decía, entre los hombres que, abastecidos de observaciones, consideran los cuerpos celestes en vía de evolución perpetua, y entre los que se representan el cielo como una región toda azul y poblada de seres imaginarios.„ En el mismo sentir hablan otros sensualistas, copiando los dichos de Locke, Condillac, De la Mettrie, La Haye, Holbach y de otros corifeos de la filosofía imprudente del siglo XVIII. No sin razón dibujó San Agustín el ingenio de estos escritores en estas pala-

[1] *Le circulat. de la vie,* lettre XVII.

[2] *Archiv. pour les études pathol.,* II, p. 9.

bras: "El hombre material toma la experiencia sensible por medida de sus conocimientos" [1].

4. Contra la doctrina de la creación pretendió también alzar bandera la doctrina de la fatal evolución [2]; por una parte Haeckel quiso tirar la cuerda y fingir cómo los átomos materiales, en la hipótesis de Darwin, llegaron á formar la hermosura del universo sin intervención de otro artífice; por otra, el crítico Strauss no tenía vocablos con que significar que Darwin había dado con una fuerza excelentísima, capaz de suplir y suplantar la omnipotencia de Dios [3]. Hemos visto en capítulos antecedentes cuán deleznable, accidental y engañosa es la base del transformismo, no tan sólo para explicar la fundación y crecimiento del reino orgánico, mas también para la generación del reino inorgánico y sidéreo; ¿con qué apariencia de verdad se dice, pues, que una ley imaginada por Darwin, una ley que obra sin orden ni disposición, falta de fin, ajena de dirección, sin razón suficiente, reemplaza la creación, hurta el cuerpo á la causa primera, excusa la acción de la divinidad? Verdaderamente, los que cierran los ojos á la obra de Dios caen lastimosamente en lo más ridículo del absurdo.

Vienen á la postre los amigos del progreso: niegan la obra de Dios, porque les parece que las criaturas todas se perfeccionan por grados, caminando de bien en mejor y corriendo por una cáfila infinita de creaciones hasta la más perfecta, que será el coronamiento de todas. Y pues las cosas son las que por sí mismas se transforman y salen fuera de sí para transportarse á más alta perfección, fuerza es que se aventajen al Criador y puedan infinitamente más que él. Así se enredan en este laberinto, sin atinar con la salida, los que echan á Dios del teatro del mundo. ¿Qué ciencia puede nacer de la consideración de las cosas sensibles, que no sea desdichada y vanísima? Sin la noción del espíritu, con la sola percepción de la materia, ¿qué conceptos universales podrá el hombre alcanzar? Sin la noticia del Criador, ¿qué leyes establecer? ¿Ni qué orden divisar? ¿Ni qué unidad descubrir? ¿Ni qué verdad aclamar? Si no tiene cuenta con estos elementos, ¿de qué se compone la ciencia? ¿Qué hombre se preciará de poseerla?

5. La desgracia más deplorable que podía sobrevenir á nuestro siglo es el estudio de los que se apellidan *sabios*, por emancipar las ciencias naturales del saludable influjo de la filosofía. Entre los cultivadores de las ciencias racionales y los especuladores de las experimentales se ha encendido una lucha tan encarnizada, que no pudiera ser mayor si entrambas fueran irreconciliables. Oigamos á E. Joly,

---

[1] Serm. 242, *in Pascha*.

[2] HAECKEL, *Revue scientifique*, 2 dec. 1882.

[3] *Le ancienne et la nouvelle loi*, p. 162.

uno de los amigos de la conciliación. "He aquí adónde llega en nuestros días la filosofía experimental, ó, como dicen, la psicología comparada, que todavía está en la cuna. La filosofía, tal como se enseñó hasta el presente, ¿tendrá valor para alargarle la mano en su fatal camino, por más que parezca fecundo en aventuras? ¿O acaso, rehusando estipular pacto con su joven hermana, se dejará sujetar por ella hasta el punto de perder su autonomía y la autoridad que gozaba en los tiempos de la Escolástica? La verdad es que, hace años, la filosofía experimental tiende á deslustrar el oficio de la filosofía especulativa y á usurparle el imperio intelectual y moral que parecía tocarle exclusivamente. ¿Es esto un bien? ¿Es un mal? El tiempo lo dirá. Yo firmemente creo que en el día de hoy sería provechosísima á entrambas á la vez una alianza estrecha y franca: por ella suspiro yo con todas mis ansias„ [1].

Cuán de otra manera discurría Claudio Bernard. "Para hallar la verdad, decía, bástale al sabio ponerse en el acatamiento de la naturaleza y hacerla preguntas por el método experimental y con auxilio de los medios de investigación más perfectos. Yo juzgo que entonces el mejor sistema filosófico es no tener ninguno„ [2]. Ni es esto lo más doloroso. Ponen los modernos su ahinco en hacernos creer que ya que del menosprecio de la filosofía nos viene como llovido el bien de los adelantamientos científicos, cuanto más divorciada viva de la metafísica la ciencia experimental, más ciertos y duraderos serán sus bienes y sus triunfos. ¿Quién no ve, por lerdo que sea, cuánta ruina amenaza á la verdadera ciencia si por este camino han de seguir los *sabios* modernos?

Y ¡justo castigo de Dios! la filosofía, que profesaba y señalaba antes las relaciones esenciales entre la criatura y el Criador, poco á poco no solamente se fué cansando de asistir en traje de sierva á la sagrada Teología, sino que, deshecha en deseos de libertad, alzóse con el título de señora, tratóse como independiente, y aun osó echar en cara á la Teología su teocrática opresión. ¡Justo castigo de Dios! La filosofía, después de sacudir el yugo de la religión, ella que por tantos siglos había llevado el cetro sin rivales, acariciada aun por los enemigos de la fe, se ha visto en nuestros días hecha el ludibrio de la escuela positivista, escarnecida por la chusma materialista y tratada por los ateos de fantástica y presuntuosa. Es la mayor miseria y afrenta que á la filosofía le podía alcanzar. Porque los monistas, los mecánicos, los positivistas, los materialistas y la caterva de empíricos, cerrando con todas las nociones que transcienden el territorio sensible, han decretado no recibir ni estimar idea ninguna de causa, substancia, fin, verdad, principio, ser, que no se les entre por los ojos, que

---

[1] M. Joly, *Revue scientifique*, 1876, p. 605.

[2] *Introd. à l'étude de la médecine expérimentale*, III, chap. IV.

no halague los sentidos, que no se contenga en los cortos límites de lo corporal y visible.

Para salir al cabo con su intento, arrebatados por no sé qué espíritu de vértigo, desechado todo otro estudio, trabajan sin darse manos en el campo de la naturaleza material; los ingenios que hace poco holgaban de extender las alas y de espaciarse por la región de la historia, de la crítica, de la filología, de la erudición, de la estética, ya no reparan en abatirse á huesos descarnados, consumen su vida en cavernas de fósiles, sustentan su admiración en simas impenetrables, convierten su afición á los misterios de la biología, ocupan sus potencias en los arcanos de la fisiología, el escrutinio de la química orgánica arrebata y lleva tras sí todas sus ansias; por este nuevo estudio buscan minas y contraminas con que mover guerra á la metafísica y á la religión sobrenatural. Cansados y hartos de ver cuán mal les iba con su crítica histórica, con su exégesis racionalista, con su lingüística comparada, arrollados y vencidos en este campo por las armas de la teología y filosofía, han solicitado favor de las ciencias experimentales para asentar en ellas sus trincherones de defensa y los baluartes de destrucción. "La ciencia natural, clamaba el desvariado Strauss, ha abierto la brecha, por donde una posteridad más afortunada que nosotros deberá acabar por siempre jamás con el orden sobrenatural„ [1]. Al ver en armas esta conjuración, exclamaba el marqués de Nadaillac, temeroso y asombrado: "En el estado de turbación en que vive la sociedad moderna, en medio del desorden de ideas que nos aflige, la ciencia se ha vuelto más dogmatizadora, más imperiosa que lo fué la religión. Millares de alumnos tiene que hablan con énfasis de la ciencia moderna, sin á veces saber de ella el *a b c*. Digo mal: les han enseñado que la ciencia moderna es la negación de la Creación, la negación del Criador, y admiten sin acuerdo y aplauden sin prudencia todo aquello que va enderezado á tener por hipótesis improbable la acción divina„ [2].

Muy significativas son las palabras con que el ingenioso escritor William Hurrel Mallock pinta la obra de zapa de los nuevos exterminadores. "La creencia en Dios y en el orden sobrenatural, no tan sólo se ha puesto en disputa en nuestros días, pero se ve en cierta manera aniquilada por la acción devastadora de la ciencia. En el día de hoy se califica de dudoso todo cuanto no se demuestra experimentalmente... Las formas de incredulidad que hoy trabajan no harán á medias su obra: ó se harán potentísimas, ó serán aniquiladas. Los hombres que la promueven forman concepto que saldrán con ello, y la gente que nos rodea empieza á creérselo así„ [3]. Estremécese la mano

[1] *L'ancienne et la nouvelle loi*, § 54.
[2] *L'origine et le développement de la vie sur le globe*, p. 55.
[3] *¿Is live worth living?*, p. 212.

de pavor al trasladar estas no menos enfáticas voces de otro escritor citado por el mismo Mallock. "Jamás, dice, calamidad más espantable ha invadido los dominios del linaje humano: nunca en la historia del hombre se cuenta desgracia mayor que la que pueden antever desde ahora los que miran á lo por venir: ella adelanta como una borrasca preñada de exterminio, incontrastable por su pujanza, asolando nuestras más caras esperanzas, pervirtiendo nuestrás más preciadas creencias y sepultando debajo de sus olas nuestras vidas en imponderable desolación."

He aquí cómo nuestro Donoso Cortés anunciaba más ha de cuarenta años la traza de los amigos del progreso, enemigos mortales de la Creación: "Realizar en este bajo suelo el bello ideal de una perfección absoluta: aquí tienen su origen todas esas aspiraciones voraces é insensatas de los hombres turbulentos, y todas esas deslumbradoras utopias que ensordecen el mundo como címbalos huecos y resonantes. La escuela liberal, compuesta de trabajadores flojos, ha tomado para sí, en la obra común, el encargo de pulimentar los gobiernos. Las escuelas socialistas, compuestas de obreros intrépidos é infatigables, sabiendo que el reino de Dios padece fuerza, han resuelto hacer irrupción en él tomándolo por asalto. Cuando ese gran día se levante, todo se transfigurará en la tierra, y en el cielo, y en los infiernos; el Dios católico, que en esta gran tragedia del mundo representa el papel del tirano, será reducido á prisiones; el antiguo dragón, aherrojado hoy con cadenas, subirá á lo alto, iluminando los nuevos horizontes con los resplandores y cambiantes de sus sonoras escamas: el primero es el mal, vencedor del bien en los tiempos paradisíacos; el segundo es el bien, que prevalecerá sobre el mal en las edades socialistas. Por lo que hace á la tierra, será transfigurada en aquella nueva Jerusalén, de que han tenido una vaga noticia todas los gentes, cuyos muros espléndidos estarán asentados en piedras preciosas" [1].

Faltarían á la pluma vocablos para los sentimientos del alma, y fuera más conveniente venerar en alto silencio los secretos juicios de Dios, si no nos pusiésemos á considerar que este desorden y maldad de nuestros tiempos es la última estación del humano envilecimiento. Los protestantes, desechada la autoridad de la santa Iglesia, tuvieron respeto á la Biblia. Los deistas del siglo XVIII, menospreciada la autoridad de la Biblia, guardaron respeto á Dios. Pero los positivistas del siglo XIX, dejada aparte la autoridad de Dios, trataron con respeto y divinizaron la materia; y los monistas de estos últimos años ya no guardan términos ni respeto sino con lo que se les entra por las puertas de los sentidos. "En el día de hoy, decía el Padre Causette, toda la filosofía se ha perdido y engolfado en la histo-

[1] T. III, *Bosquejos histórico-filosóficos*, 7.º, p. 415.

ria natural, y la historia natural ha venido á parar á una blasfemia universal„ [1]. Ésta es la civilización que corre y cunde por nuestra infeliz Europa. Y como es incomprensible sobre toda comprensión que pueda el hombre de estudio llegar á más profunda bajeza, y como los negadores de la creación y mofadores de toda autoridad no hacen más que dar vueltas, vendados los ojos, repitiendo las mismas necedades en torno de su estupidez, fundadamente juzgamos que este estado de abyección pasará presto, como pasa un público azote, y que amanecerán días alegres, en que la verdad de la creación y la autoridad del Hexámeron sea acatada, loada y fervorosamente defendida por los naturalistas más eminentes y más extraños á la fe.

ARTÍCULO II.

Los fundadores y propagadores de las ciencias modernas estribaron en el dogma de la creación. — Cítanse los dichos de los principales sabios de los tres últimos siglos.

Recréase y cobra fuerzas nuestra confianza considerando cuán diferente camino siguieron los sabios de ilustre linaje, los fundadores y corifeos de las modernas ciencias, á cuya vista se nos abre un nuevo horizonte que, con serena claridad, excluye miedos y promete parabienes. De tres siglos á esta parte no son pocos, sino muchísimos, los que han tomado por fundamento de sus investigaciones científicas la unidad de Dios y la creación de las cosas, y, por consiguiente, la diferencia entre el espíritu y la materia, entre el Criador y la criatura. Sobre este presupuesto, cuerdamente filosofando, y teniendo cuenta con los hechos que la experiencia sensible les ponía á la vista, caminaron derechos á la luz de la verdad y fundaron las ciencias que tanto enaltecen la dignidad humana; porque, no andándose por las ramas, como los recientes enemigos de la creación, sino acudiendo á la raíz de toda sabiduría, lograron, regándola y beneficiándola, hacer brotar copiosos ramos, recoger sabrosos frutos y traer á feliz término los desvelos de su estudio. Como no queremos hablar á bulto, sino tasada y terminantemente, será razón, para poner esfuerzo en los corazones flacos, trasladar aquí los sentimientos de tan excelentes varones, con que queden quebrantadas por el suelo las fuerzas enemigas.

Copérnico, sabio de primer orden, se fundaba en la sabiduría del Criador para establecer los movimientos armoniosos de las esferas. "El mundo, decía, ha sido criado por el más perfecto y regular de todos los artífices„ [2].—Arrebatado Keplero de admiración, y engolfa-

[1] *Le Bon sens de la foi*, 1872, 2.ᵉ partie, livre III, chap. II.

[2] *De revolut. orb. cœlest.*, *Præfat.*

do en la contemplación de las maravillas celestes, exclamaba: "Bienaventurados aquellos á quienes es dado levantarse á los cielos: allí aprenden á tener en poco lo que les parecía precioso, y á poner por cima de todo las obras de Dios: allí hallan en su consideración verdadero gozo y alegría real... Gracias te doy, Señor, porque has querido me goce yo y me extasíe en la meditación de las obras de tus manos... ¡Cuán inmenso es nuestro Señor! Cielo, sol, luna, planetas. celebrad su gloria con las lenguas de vuestras naturalezas... Cantadle loores, armonías celestes...; y tú, alma mía, entona himnos á la gloria del Eterno mientras te dure la vida„ [1].—Bacon, lleno el pecho de mil júbilos, le desahogaba diciendo: "Los tres grados por donde la ciencia se levanta á la unidad corresponden y consuenan con aquellas tres exclamaciones: Santo, Santo, Santo; porque Dios es Santo en la muchedumbre de sus obras, Santo en el orden de ellas, Santo en su concordia y armonía„ [2].—Hacíale eco Descartes, filosofando á su modo, cuando decía: "Si no supiésemos que cuanto hay en nosotros de real y verdadero viene de un ser perfecto é infinito, por claras y distintas que fuesen nuestras ideas no tendríamos razón ninguna que nos asegurase tener ellas la perfección de ser verdaderas„ [3].

De la claridad del mismo principio concluía Galileo: "Prohibir toda ciencia astronómica, ¿qué otra cosa sería sino condenar cien lugares de la santa Escritura, que nos enseña cómo la gloria y grandeza de Dios se manifiestan maravillosamente en toda la creación y se leen divinamente en el libro abierto del cielo?„ [4]—Bañado de gozo el esclarecido Newton, incansablemente repetía: "El Señor del cielo rige y gobierna todas las cosas, no cual si fuese alma del mundo, sino como soberano del universo: todas las gobierna, las que son y las que pueden ser. Un Dios sin soberanía, sin providencia y sin fin en sus obras, sería el acaso ó la naturaleza ciega„ [5].—De cuyas palabras se sigue que el transformista Draper calumnió á Newton cuando afirmó que, según él, "el sistema solar no es interrumpido por intervenciones providenciales, sino que está debajo el dominio de las leyes irresistibles, que á la vez son resultado de la necesidad matemática„ [6].—Muy claramente enseñaba Leibnitz la contraria tesis, diciendo: "Las leyes mundanas no dependen del principio de la necesidad, sino del principio de la conveniencia; es á saber, de la elección de la sabiduría; y ésta es una de las más perentorias pruebas de la existencia de Dios para los que pueden ahondar con la consideración estos misterios„ [7].

---

[1] ROUGEMONT, *Hist. de l'astronomie*, p. 88.
[2] *De dignit. et augment. scientiar.*, l. III, cap. IV.
[3] *Disc. sur la méthode*, 4 p.—[4] MAX. PARCHAPPE, *Galilée*, p. 137.
[5] *Princip. Mathem.*—[6] *Hist. de los Conflictos*, 1876, cap. IX, p. 247.
[7] *Princip. natur.*, l. II, p. I.

El filósofo Kant, respondiendo á los reparos que á su *Teoría del cielo* ponían sus adversarios, decía: "¿Es acaso posible que tantos elementos, dotados de naturaleza propia, puedan por sí engendrar un todo tan ordenado? Y si le engendran, ¿no prueba eso que tienen un origen común, el cual no puede ser otro que una inteligencia suprema y todopoderosa, que repartió á cada elemento propiedades anteviendo ya las combinaciones futuras? La materia no es libre de salirse del plan ordenado por su Criador„ [1].—Juntemos al filósofo Kant el naturalista Linneo, quien abre su *Sistema dé la Naturaleza* con esta gravísima alusión: "A Dios sempiterno, inmenso, sapientísimo, todopoderoso, vi tras mí al despertar, y quedéme espantadísimo„.

Viniendo al pasado siglo, veamos cómo los más excelentes ingenios, estribando en la solidez de los mismos principios, no solo se regocijaban en el alma de que Dios fuese Criador, pero hallaban gran contento en publicar esta verdad. Sea el primero el clarísimo Ampère, cuyo corazón rebosaba este sentimiento cuando escribía: "La existencia del alma y de Dios es una posición demostrada, y no hay, en todo cuanto no es de inmediata intuición, cosa de mayor certeza que la que descansa en la evidencia de una posición demostrada„ [2].—El reputado físico solía descubrir su pecho católico al insigne escritor Ozanam, que por su medio vino á la verdadera fe; alargando pláticas sobre cosas naturales, se levantaba Ampère á la contemplación de su divino Autor, y, cogiendo entre ambas manos la ancha cabeza, exclamaba como fuera de sí: "¡Cuán grande es Dios, Ozanam, cuán grande es Dios!„[3].—Confirmación del dicho de Ampère es la declaración del químico Liebig, quien, engañado en una aplicación de la química á la agricultura, confiesa el yerro por estas palabras: "Sometido que hube los hechos á nuevo examen, hallé la causa de mi error. Había yo pecado contra la sabiduría del Criador, y recibida tengo la pena de mi pecado. Quería yo perfeccionar su obra, y, ciego, creí que en la admirable cadena de las leyes que gobiernan la vida en la redondez de la tierra y la conservan firme y pujante, faltaba un anillo, que yo, flaca y vil criatura, debía suplir y reemplazar. No daba en la cuenta que todo estaba perfectamente proveído, y por tan maravillosa manera, que la posibilidad de esa ley ni aun había caído en humano pensamiento„ [4]. Testimonio singu-

---

[1] *Hist. nat. gén. et théorie du ciel.*, *Préface.*

[2] *La phylos. des deux Ampère*, publiée par BARTH. ST-HILAIRE, p. 155.

[3] VALSON, *Quelques pages de la vie d'Ampère*, *La Controverse*, 1882, t. II, pág. 397.—Estaba Ampère con las congojas de la muerte cuando un amigo suyo le dijo si quería le leyesen un capítulo del *Kempis;* el moribundo respondió: «El *Kempis* le sé todo de memoria de cabo á rabo». *Ibid.*

[4] *Chimie appliqué à l'agriculture et à la phisiologie;* Introd.

lar, que muestra cuánto dilataba su alma el gozo de la soberanía de Dios.

Señalado es el que del sabio Fresnel da su historiador, diciendo así: "La existencia de Dios y su Providencia, la libertad y la inmortalidad del alma humana, las grandes enseñanzas espiritualistas de donde estas preciosas verdades en su opinión se derivan, era la materia ordinaria de su meditación, y esperaba que el trabajo y la reflexión llegarían á dar á sus convicciones el vigor que causa el asentimiento universal„ [1].—Engrandecía el mismo dictamen por estas palabras el egregio Roberto Mayer delante de los naturalistas alemanes que se juntaron en Inspruk en 1869: «El físico francés Adolfo Hirn, que con Joule, Colding, Holtzmann y Helmholtz ha descubierto el equivalente mecánico del calor, admite la conclusión, tan verdadera cuanto bella para mí, á saber: que hay tres categorías de seres, la materia, la fuerza, el alma ó el principio espiritual. Admitido que fuera de los objetos materiales existen fuerzas, sólo falta dar un paso más para reconocer y admitir la existencia de los seres espirituales... Ni la materia ni la fuerza pueden pensar, sentir y querer; el hombre piensa„. Y añadía luego: "Sin la armonía eterna establecida por Dios entre el mundo subjetivo y el mundo objetivo, estériles y vanos serían todos nuestros pensamientos„ [2].

Agustín Cauchy, muerto en 1857, el más esclarecido matemático de su tiempo, hizo glorioso alarde de generosa creencia en el insigne testimonio que nos dejó escrito, por estas palabras: "Yo soy cristiano, quiero decir, yo creo en la divinidad de Jesucristo al modo que creyeron Copérnico, Descartes, Newton, Fermat, Leibnitz, Pascal, Grimaldi, Euler, Boschowich, todos los mayores astrónomos, todos los mayores físicos, todos los mayores geómetras de los siglos pasados. Y con la máxima parte de ellos yo soy también católico; y si alguno quisiera saber de mí la razón de mi fe, yo se la daría gustoso, y entonces verían que mi persuasión no nace de preocupaciones heredadas, sino de investigación profunda. Católico soy sincero, como lo eran Corneille y Racine, La Bruyère, Bossuet, Bourdaloue, Fenelon; como lo fueron y siguen siéndolo muchos varones de los más afamados de nuestro siglo, que subieron á grande honra la ciencia, la filosofía, la literatura, y dieron más esplendor y lustre á nuestras academias. Yo entro á la parte del arraigado convencimiento que han mostrado de palabra, por obra y por escrito tantos sabios de alta nombradía, los Haüy, los Laennec, los Ampère, los Freycinet, los Coriolis; y si excuso el nombrar á otros, puedo aseverar el suavísimo placer que sentía en hallar hidalguía y generosidad de pecho cristiano en mis ilustres amigos, como en el inventor

[1] *Notice sur Verdet*, par A. De la Rive, p. 16.
[2] *Revue des cours scientifiques*, 1870, 22 Jan.

de la cristalografía (el abate Haüy), y en el autor inmortal de la electricidad dinámica (Ampère)„.—"Cultivad con esmero las ciencias abstractas y las ciencias naturales; dad caza, si es posible, á los hondos secretos de este mundo; hojead y traed entre ojos los anales de las naciones, las historias de los pueblos antiguos; consultad en toda la superficie del globo los monumentos viejísimos de los siglos pasados; que yo tan lejos estoy de recelar vuestras pesquisas y averiguaciones, que las avivaré sin descanso aplicándoos la espuela, porque nunca temí que la verdad traiga discordia consigo misma, ó que los hechos y monumentos amontonados por vosotros tengan encuentro ni oposición con los libros sagrados„ [1].

Del insigne Faraday quédanos este elocuentísimo dictamen: "Dudar de las verdades divinas es abandonar la vida á la ventura; creer en ellas es lastrarla y asegurarla„. "Tales eran, añade Dumas, la persuasión y la norma de Faraday„ [2].—No le iba en zaga el secretario perpetuo de la Academia de Ciencias en significar su recto sentir; antes con celo ardiente echaba en cara á los ánimos apocados su flaqueza á vista del peligro, diciendo: "El materialismo moderno, contento con resucitar las fórmulas de Epicuro y de Lucrecio, estima el mundo por producto casual de la disposición de los átomos, mira al hombre como á último parto de la evolución de las formas orgánicas, tiene ser la vida modificación espontánea de la fuerza, juzga el nacimiento principio de un fenómeno, la muerte como su fin. Cuando esta lastimosa filosofía nos vende la justicia por una convención social y fruto de la educación, la caridad y la amistad por formas de egoísmo; quienquiera que tuviere alma no podrá pasar por junto á la ciencia vuelta la cabeza al otro lado, no le es lícito mirar con indiferencia las cosas y decir: ¿á mí qué me importa?„ [3].—En otra parte, el mismo Dumas decía: «Fuera del alma, de su origen y de su fin, cosas que tocan á la fe, el resto del mundo toca á la ciencia... Dejemos á Dios el alma... y caminemos á la conquista del universo„ [4].

El afamado Becquerel asienta el poder criador y conservador en esta forma: "Debemos admitir la existencia de un poder creador, que se mostró en ciertas épocas, y que en el día de hoy obra perpetuando las especies vivientes„ [5].—Con sin par denuedo, Dawson, belicoso adversario de la evolución en América, afirmaba: "La vida no es el producto de las leyes físicas de la materia; el desenvolvimiento de los cuerpos orgánicos no puede apearse cómo es, si no se admite la existencia de un poder invisible, anterior á la existencia del mundo, á quien se debe la creación de las cosas, y que obra sin cesar en la conservación de ellas de una manera permanente. En este

---

[1] Lodiel, *Nos raisons de croire*, 1895, pág. 543.
[2] *Élog. hist. de Michel Faraday*.—[3] *Ibid.*
[4] *Revue scientifique*, 1876, 26 Avril.—[5] *Ibid.*

punto danse la mano la ciencia natural y la teología, sin que nadie tenga derecho de separarlas„ [1].—Œrstet, observador estudioso de las leyes del magnetismo, después de asentar en su obra *L'esprit de la nature*, ser propiedad de la investigación científica buscar al increado en las cosas criadas, demuestra cómo es propiedad de la ciencia desenvolverse en el camino de la religión. — D'Homalius d'Halloy, que fué repetidas veces presidente de la Academia Real de Ciencias en Bélgica, en su discurso de 16 de Diciembre de 1866, resumía las bases de su saber en esta forma: "En la cosmogonía del Génesis debemos ver la consagración de grandes principios, especialmente la existencia de Dios omnipotente anterior á la materia, y la creación de ésta por Él. A nuestro entendimiento cuesta concebir estos dos principios; pero más difícil de concebir es cómo existió el universo tan admirablemente ordenado y dispuesto sin que existiese antes un ser todopoderoso: ni la razón ni la ciencia pueden oponer dificultad á la aceptación de estos dos principios„ [2].

El egregio matemático Gabriel Stokes se gloriaba diciendo: "Tanteemos sin recelo el encadenamiento de un eslabón con otro, cuanto nos sea dable, pero procuremos no echar por alto la causa primera en el estudio de las causas segundas: no cerremos los ojos á las razones admirables que en su favor nos ofrece á cada paso el estudio de los seres organizados„ [3].—El gran Berzelius ratifica la misma doctrina. "Una fuerza incomprensible, dice, y ajena de la materia muerta, introdujo el principio de vida en la naturaleza orgánica. Todo cuanto á ésta pertenece demuestra un fin sapientísimo, y nos descubre una inteligencia superior„ [4].—El físico Plateau mostraba no ser la ciencia enemiga de la religión, sino su natural aliada y servidora. "Algunos hechos, decía, incompletos ó mal interpretados, pueden á primera faz despertar dudas, y, puestos en manos diestras de enemigos osados, tal vez turben el sosiego de los ánimos; pero pronto la verdad se hace lugar, los descubrimientos se completan, los hechos se explanan y brindan á la verdad religiosa con el refuerzo de una inopinada demostración„ [5].—Baumgartner, otro físico célebre, exponía su sentir, diciendo así: "A la filosofía toca apoyar en pruebas directas la existencia de un principio inmaterial en el hombre, de orden superior y directamente contrario á la materia... El estudio de las ciencias naturales, cuerdamente dirigido, es la más firme salvaguardia contra toda suerte de errores, y conduce, más que ninguna otra humana disciplina, á reconocer en la inmensidad de la natura-

---

[1] *Revue scientifique*, 1872.

[2] MOIGNO, *Les splend. de la foi*, vol. III, chap. XII.

[3] *Ibid.*—[4] *Ibid.*

[5] DELSAULX, *Les travaux scientifiques de Joseph Plateau. Revue des quest. scientifiques*, 1884, t. XVI, pág. 436.

leza el magnífico templo del todopoderoso Dios„ [1].—Testificaba esta incomparable verdad el químico M. Cheuvreuil, diciendo: Estoy convencido de que existe un ser divino, criador de estas dos armonías: la que rige al mundo inanimado y se cifra en la mecánica celeste y en la ciencia de los fenómenos moleculares, y la armonía que preside al mundo organizado. Jamás he sido materialista; pues que en ningún tiempo de mi vida he podido conceptuar que esta doble armonía haya sido efecto del acaso„ [2].—Samuel Haughton: "La inteligencia divina, decía, que trazó el plan de todas las cosas, presidió á su desenvolvimiento„ [3].

Por este mismo camino combatía al evolucionismo exagerado el botánico Naudin. "Dios podía hacer el mundo de infinitas maneras; pero importa á la teología que le criase de golpe sin intervención de causas segundas, ó por vías más lentas de sucesivos fenómenos. Sea cual fuere la hipótesis que se prefiera, ello es que la vida hubo de tener algún principio en nuestro planeta„ [4].—"Cuanto más aprovechamos en el conocimiento de la naturaleza, decia Oswaldo Heer, con más profunda razón nos persuadimos á que la creencia de un Criador todopoderoso y sapientísimo, que hizo de nada el cielo y la tierra según diseño eterno y preconcebido, es la única que puede declarar los enigmas de la naturaleza y de la vida humana. No sólo el corazón del hombre, mas también las cosas criadas, dan testimonio de la existencia de Dios„ [5].—Augusto de la Rive magnificaba la grandeza del Criador y encendía los corazones de sus discípulos al fin del curso de física en 1860, diciendo: "Si algo he aprendido en los muchos años de mi estudio favorito, es que Dios obra de continuo, y que su mano, que todo lo crió, cuida con solicitud de todo el universo. Esta Providencia, que mantiene en equilibrio las fuerzas de la naturaleza y dirige los astros por sus órbitas, no quita los ojos de cada uno de nosotros. No hay cosa que nos suceda sin la voluntad de Aquel que nos guarda. Esta profunda convicción hace que el alma cristiana descanse en paz„ [6].—Wurtz, químico excelente: "El entendimiento humano, decía, persuadido de que las cosas no tienen en sí propias su razón de ser, su fundamento y origen, es forzado instintivamente á subordinarlas á una causa primera, única y universal, que es Dios„ [7].—"Si estuviésemos privados de los conceptos de la fe, protestaba M. Pasteur, las ciencias perderían la grandeza que les viene

1 *Cosmos*, t. XIII, p. 265.
2 Sesión de la Academia de Ciencias, 1874, 31 Agosto.
3 MOIGNO, *Les splend. de la foi*, vol. III, chap. XII.
4 *Les espèces affines et la théorie de l'Evolution.*
5 *Le monde primitif. de la Suisse*, 1872.
6 NAVILLE, *La Physique moderne*, 1883, p. 208.
7 *Revue scientif.*, 1874, 22 Aôut.

de sus relaciones con las verdades infinitas... Yo pregunto: ¿Qué linaje de descubrimiento es poderoso para arrebatar al alma humana estas tan altas disposiciones?„ [1]

El eminente ingeniero Silvino Thós, arrebatado en la contemplación de las sendas gloriosas que nuestra edad ha descubierto á la humana investigación, pregonaba en alta voz cómo en el poema universal de las criaturas "aparece esplendente á nuestro espíritu la idea de un Ser grande, majestuoso, inmenso; de un Ser distinto, real, perfectísimo; de un Ser inmaterial, purísimo, supremo; Ser de los seres, Verdad de verdades, Dios providente, Dios sapientísimo. Dios omnipotente, Dios inmutable y eterno, presidiendo á la Creación, que es todo luz, todo orden, todo armonía; armonía de causas, armonía de medios, armonía de efectos, universal concierto de fuerzas y de trabajos, que á él se dirigen como fuente primera, como único centro, principio y fin de todo lo criado„ [2].

No tendría término nuestra empresa, si hubiésemos de recoger aquí todas las firmas de los varones esclarecidos que en el transcurso de tres siglos han merecido el augusto nombre de sabios en los ramos de las ciencias naturales; quédense, pues, en silencio los testimonios de Barrande, Biot, Jamin, Mariotte, Volta, Lavoisier, Haüy, Gratiolet, Récamier, Leverrier, Nadaillac, Lapparent, Arcas, Vilanova, Almera, Arcelin y otros sin cuento, católicos á macha martillo, gloria de la ciencia y de la fe. Y porque faltan voces con que significar la perfecta conveniencia que entre todos siempre reinó en el punto substancial que tratamos, basten los dichos para demostrar cómo los fundadores y mantenedores de la física, astronomía, matemática, geología, botánica, química y demás disciplinas recientes han procedido siempre en sus indagaciones científicas, asegurados en el principio de un Dios criador y conservador de las cosas criadas, de cuya consideración filosófica y racional subieron al esplendor de sus teorías y á la gloria de inmortales propugnadores de la verdad.

---

[1] *Discours de réception à l'Acad. Française.*

[2] *El Agua en la tierra*, 1878, p. 296.

ARTÍCULO III.

1. El dogma de un Dios criador fué especial de la Iglesia católica desde sus primeros albores.—2. Disputas de los santos Padres.—3. Los doctores Escolásticos fundan en él la distinción de los reinos naturales.—4. Los sabios posteriores sobre él edifican el fundamento de la ciencia.—5. Empeño de los modernos en confundir y desterrar la diferencia esencial de los reinos.—6. Necesidad de fundar la ciencia moderna en la distinción.—7. La ciencia, si ha de ser sólida, debe ir fundada en el dogma de la creación.—8. Verdad del Hexámeron de Moisés.

1. Detengámonos á examinar de dónde les vino á estas claras lumbreras el acierto en levantar el edificio de sus conocimientos sobre la verdad de un Dios Criador. Muy á las claras señaló de esto la razón el librepensador M. Du Bois-Reymond en presencia de los naturalistas alemanes en Colonia, diciendo sin ningún reparo: "Aunque suene á paradoja, debo afirmar que la ciencia moderna es deudora de su origen al cristianismo... La idea de Dios corriendo de siglo en siglo, de generación en generación, ha tenido tanta influencia sobre el humano saber, que, presentándose al entendimiento del hombre como única razón de las cosas, le inflamó en el deseo de conocerlas„ [1]. No podía el ingenio más despierto discurrir con mayor tino. Siendo la creación el principio y origen de todo ser y la unidad de Dios criador y conservador del universo el más sólido fundamento de la hermosura y armonía de las leyes naturales, era necesario que sobre la base de esta verdad erigiese el hombre los monumentos de todas las ciencias.

En este venerando principio gira y se sustenta, como en su propio quicio, toda la doctrina de los Padres de la Iglesia. Cuando San Pablo se presentó á los miembros del Areópago de Atenas, empleados en inquirir novedades, en el primer razonamiento que les hizo, les habló de esta manera: "Dios, que hizo el mundo y las cosas que en él hay, aunque es Señor del cielo y de la tierra, no mora en templos materiales, ni se paga de figuras artificiosas; como si de algo necesitase el que á todos da vida, respiración y todas las cosas„... [2]. Y así prosigue poniendo á la consideración de aquellos varones el principio de la verdadera sabiduría, y dándoles á entender que la profanación de este sacrosanto misterio conduce al abismo de tinieblas, en que ellos vivían envueltos, por más que de aventajados filósofos se preciasen y honrasen.

2. De igual manera San Clemente Romano, discípulo del Apóstol San Pedro y compañero de San Pablo, escribiendo á los fieles de Corinto, póneles la causa y origen del mundo, y la razón de la estabili-

[1] *Revue scientifique*, 1878, p. 676.—[2] *Act. apost.*, XVII, 24.

dad y concierto de sus leyes en la suprema voluntad del único Hacedor. Sus palabras son éstas: "Pongamos los ojos en el Padre y Criador de todo el mundo, y detengamos la consideración en sus magníficos dones y en los beneficios de su paz. Contemplemos con el pensamiento, y miremos con los ojos del espíritu, aquella su pacientísima voluntad. Consideremos cómo para con toda criatura se muestra mansa y tratable. Los cielos, movidos por su ordenanza, se le sujetan y rinden pacíficamente. El día y la noche hacen la carrera que les ordenó sin estorbarse el uno á la otra. El sol y la luna y los coros de estrellas, según su mandato, voltean las órbitas por él señaladas en mucha concordia y sin faltar á sus debidos tiempos. La tierra fecunda, á la medida de su voluntad produce en las convenientes estaciones abundante sustento para hombres y fieras, y para los animales que en ella hay, sin repugnancia y sin alterar las leyes por Dios establecidas. Los senos inescrutables del abismo, y los juicios inenarrables del profundo, cuelgan igualmente de sus órdenes. La mole corpulenta del inmenso mar, al encrespar y amontonar sus aguas siguiendo su disposición, no traspasa los términos en que la circunscribió, sino que pone en ejecución el decreto impuesto, cuando le dijo: Hasta aquí llegarás y quebrantarás la hinchazón de tus ondas. El Océano, invadeable á los hombres, y las partes del mundo que están al otro lado, caen debajo de las mismas leyes. Las estaciones de la primavera, estío, otoño, invierno, se suceden una tras otra con uniforme sosiego. Los vaivenes de los vientos, á tiempo hacen su oficio sin resistencia ni obstáculo. Las fuentes perennes, criadas para el uso y la sanidad, ofrecen sin cesar á la vida humana sus copiosos raudales. Finalmente, los animales más pequeños forman compañías en concordia y paz. Todas estas cosas el grande Artífice y Señor de todo mandó hacerlas en quietud y concierto, para bienestar y salud de todos; pero sobreabundantemente para nosotros, que nos acogemos á sus misericordias por medio de Nuestro Señor Jesucristo, á quien sea gloria y majestad por los siglos de los siglos. Amén" [1]. En la dulcedumbre que fluye por estos renglones, ¡cómo se siente el vigor de la razón principal que tratamos!

Con su divina elocuencia el gran Dionisio Areopagita expuso también este dogma por estas gravísimas palabras: "Llámase Todopoderoso (παντοκράτωρ) por ser asiento y fondo en que todas las cosas se afirman y reclinan; en él todas las criaturas estriban, se fundan y componen; de él, como de fecundísima raíz, todas florecen; á él, como á centro potentísimo, todas convergen y miran; en él, como en solar anchísimo, descansan y se sustentan; él todas las eslabona y atrae con orden y conexión aventajada; ni las deja huir de sí, porque, apartadas, no se desquicien y perezcan" [2].

---

[1] *Epist. I ad corinth.*, cap. XIX, 20.—[2] *De div. nom.*, cap. X.

Siguiendo esta norma de los escritores apostólicos, los santos Padres emprendieron con la secta de los gnósticos un encarnizado combate, que no llevaba más fin que poner en resplandeciente evidencia la doctrina sobre la unidad de Dios y la creación de la materia mundana. Así San Ireneo, confutando el politeísmo, desenmarañaba la confusión de nociones que las sectas sobre la materia eterna propalaban [1]. San Teófilo de Antioquía, presupuesta la existencia de Dios increado y omnipotente, se esforzaba en demostrar cómo el concepto de creación trae consigo la producción de una cosa viniendo del abismo de la nada [2]. San Justino amontonaba razones para poner en claro la diferencia entre el Criador y el Ordenador en la constitución del universo [3]. San Atanasio atribuía á Dios la creación *ex nihilo*, como distintivo del divino poder y prerrogativa de su absoluto dominio [4]. Eusebio de Cesarea calificaba de absurda é impía la hipótesis de la materia eterna y actuosa [5]. San Agustín apoyaba la posibilidad de la creación en la omnipotencia de Dios, que no reconoce imposibles [6]. Y para no ser infinito en acumular testimonios, todos los Padres, cada cual en su grado, establecieron por dogma inconcuso la verdad de la creación, anteponiéndola á toda ciencia humana y divina como necesario fundamento. Y esto conviene que lo consideren atentamente aquellos críticos que, sin suficiente motivo, se dan á pensar que los santos Padres carecieron de alteza de ideas para discurrir sobre la creación científica y metafísicamente: el título de Dios Criador era el que les sugería razones y daba victoria en sus peleas con las herejías nacientes.

3. Mas este principio, aunque necesario para echar las zanjas de la ciencia, no bastaba de por sí para la construcción del edificio. Porque, así como el que aplica su cuidado á la investigación de las causas inmediatas de los fenómenos, y en ellas hace pie sin pasar más adelante y sin apoyarse en la causa primera, que es Dios, en vez de edificar ciencia, levantará torres de viento y gastará y consumirá sus aceros en fantásticas quimeras; así, por el contrario, asentado el firme cimiento en la verdad de la creación, menester es observar de cerca las cosas, ejercitar el humano ingenio en el escrutinio de las causas próximas, rastrear por ellas la índole de las más altas, y de causa en causa subir ordenadamente hasta Dios, sin embarazarse en métodos *a priori*, que traban las fuerzas y retardan los vuelos del humano saber. Mucho pudieron y grandemente ayudaron en esta empresa los Escolásticos de los siglos medios, con su afán de especular, con el rigor de su lógica, con la firmeza de sus principios. Y puesto caso que la autoridad de Aristóteles érales á muchos de ellos razón

---

[1] *Advers. hæres.*, l. II, 10.—[2] *Ad Autolycum*, II, 10.
[3] *Exhort. ad Græc.*, cap. XXII.—[4] *De Incarn. Verbi*, cap. XXII.
[5] *Præp. Evangel.*, l. VII, cap. XIX.—[6] *De Civit. Dei*, l. VII, cap. XXII.

bastante para la explicación de los hechos, y en este humillante cepo vióse preso y aherrojado el poder de muchos ingenios, no hay duda sino que en los quince primeros siglos dió la ciencia natural pasos muy largos, si bien lentos y mal seguros. La falta de seguridad no venía de la flaqueza del cimiento, venía de la índole de la fábrica; porque, aunque fundados en la verdad de la creación, ocupaban muchos sabios sus desvelos en quiméricos estudios y en locas teorías; erraron, sí, en la interpretación de las causas de muchos fenómenos, pero su yerro no fué tan desatentado que no hubiese remedio de enderezarle y corregirle. Flaqueaban aquellas doctrinas, no por su base y asiento fundamental, sino más bien por la calidad de la misma edificación.

Por eso, entre la obra de los Escolásticos del siglo XIII al XVI, y en los cultivadores de las ciencias del siglo XVII, no hay tanta distancia como algunos críticos han querido suponer; antes linaje de ingratitud fuera no confesar cuán grande parte tuvieron aquellos varones esclarecidos en los vuelos que éstos tan súbitamente tomaron. "Cuando nos hablan, dice á este propósito Naville, de la Edad Media como de un tiempo de noche cerrada, y la contraponen el renacimiento repentino de luz, engáñanse los escritores. Ese golpe teatral no es histórico: y es hora ya que entiendan todos que la época que fabricó las catedrales llevó á efecto una obra científica digna de toda veneración. El instrumento intelectual se había apercibido con lentitud, la observación y la experiencia debian ofrecerle materiales indispensables; empero la muchedumbre de las observaciones y experiencias dió la confirmación , no la base, á las grandes teorías, que en el día de hoy consideramos por verdaderas" [1]. Esta cordura de Naville es una terrible quemazón que marca con nota de temerario el arrojo de Don Manuel José Quintana, el cual, muy pagado del espíritu filosófico de *la razón universal*, de *la autoridad de la razón*, no sabiendo cómo desfogar su saña contra los frailes, con subir hasta la coronilla de las estrellas los errores de Locke, Condillac y Montesquieu, abofeteó públicamente la doctrina de los Escolásticos, denostándola con los apodos de *caos tenebroso y semibárbaro*, *escandaloso atraso*, *lastimosa nulidad*, *profundo lodazal*, *espantoso silencio*, *impostura*, *charlatanismo* [2]. En la arrogancia de estos dicterios pretendía el semideísta vaciar su odio contra la religión, á sombra de apadrinar la causa del asqueroso liberalismo; pero lo que hizo fué poner en evidencia su mazorral ignorancia y su malísima fe. No; algo más que *ergotizar sobre intrigas de dialéctica y teología*, algo más que *sistema de cavilosidades pueriles*, algo más que *arte de embrollar to-*

---

[1] *La physique moderne*, IIIe étude, p. 150.

[2] *Discurso pronunciado en la Universidad Central el día de su instalación*, 7 de Noviembre de 1822.

das las cuestiones, les debemos á los Escolásticos; mucho más que eso dieron de sí las Universidades de España en los siglos XVI y XVII, como en el decurso de este libro se ha podido advertir; de buena gana les hacemos cortesía por haber enaltecido é ilustrado, ya que otro beneficio no les debiese la ciencia, con las luces de sus ingenios la doctrina del Hexámeron.

En tanto grado es esto verdad, que, recibiéndole de los santos Padres, dieron por asentado y firme el repartimiento de las cosas en órdenes ó reinos distintos. En primer lugar, separaron perfectamente el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus, que son las dos partes de que debía constar el mundo de los hombres, á cuya final existencia y provecho conspiraban los reinos inorgánico y orgánico. El hombre era, en voto de los Escolásticos, el prototipo ideal que Dios había tomado por norma en la fábrica del universo y en el modelar la estructura de los reinos naturales, como agudamente pensó el anatómico Ricardo Owen [1], y antes que él lo habían barruntado Elías de Beaumont, Burmeister y otros insignes naturalistas; pero no solamente los Escolásticos enseñaron la partición de los seres animados é inanimados, más también decretaron la solemne división de las cosas criadas en minerales, vegetales y animales, concediendo vida vegetativa á las plantas, sensitiva á los brutos, racional á los hombres, espiritual á los ángeles, y haciendo de ellas otras tantas categorías diferentes entre sí y distantes infinitamente de la inerte y ruda materia. Afirmado el dogma de la creación y desechado el absoluto y eterno poderío de la materia, considerando cuánta gloria reportaba al poder, saber y amor del Criador la categórica distinción de las criaturas, sin apartar los ojos del libro de la naturaleza tuvieron por bien de hacer diferencia del reino elemental al mineral, del mineral al vegetal, del vegetal al animal, del animal al humano, del humano al angélico, y cifraron en las prerrogativas de estos seis reinos las maravillas de la creación y las demostraciones de la divina Bondad. Discurrían que, siendo el acto de la creación libérrimo en el beneplácito del Criador, y no pudiendo una criatura sin disposición suya salirse de los términos prescritos por la infinita sabiduría, á solo Dios tocaba limitar cada orden de seres y constituirle en su propia esfera, señalando número y condición á las cualidades que habían de acompañar su individual entidad, la cual constituída, era fuerza que se desenvolviese el plan divino con inalterable sosiego.

Cebaban aquellos claros ingenios los ojos de la consideración en el espectáculo grandioso dibujado por el Hexámeron de Moisés, y sin quitar de la vista la condición de las cosas, al poder del brazo divino se remitían para dar razón de las diferencias de seres. El *fiat* del

[1] *Principes d'ostéologie comparée.*

primer día, encendiendo la llama de la luz en la materia informe, anunciábales la formación del reino elemental; el *fiat* del segundo día, arqueando la bóveda celeste y dando forma á la redondez de la tierra, engendraba el reino inorgánico; el *germinet terra* del día tercero, alcatifando el suelo de hierbas, ponía las bases del reino vegetal; el *fiant luminaria* del día cuarto daba orden á las estrellas que hiciesen presencia en público, y dejasen ver aquellos sus escuadrones del reino sidéreo, formado ya juntamente con el mineral; el *producant aquæ* del día quinto, cuajando de muchedumbre de bestias aire, tierra y mar, pregonaba el reino animal; finalmente, el *producat terra* del día sexto, poblando de mamíferos el globo, ponía fin y perfección á la categoría de los brutos; y el augusto *faciamus hominem,* juntando en amigable consorcio el espíritu y la materia, daba la primacía con preferencia al reino humano, último coronamiento de toda la naturaleza inferior [1].

En esta obra postrera se contenían grandes misterios: la formación inmediata del hombre, la fábrica de la mujer, la creación del alma racional, la constitución del lenguaje, la fundación de la sociedad conyugal y doméstica, la elevación del género humano al orden sobrenatural, eran otras tantas instituciones divinas, en que ninguna parte había tenido la diligencia de la criatura, emanadas de la libre disposición del Sumo Hacedor. Por manera que, admitido el dogma de la creación, y leyendo en el Hexámeron de Moisés, sin perder de vista la naturaleza criada, con incomparable razón discurrieron los santos Padres y doctores Escolásticos, y con incontrastable firmeza mantuvieron y á los siglos por venir transmitieron la esencial diferencia de los reinos naturales y las prerrogativas del humano linaje sobre todos los demás seres.

4. Si juntamos, pues, ahora en un solo haz los rayos de tan esclarecidas antorchas, si á los resplandores de los Padres y teólogos añadimos los destellos de los luminares científicos que arriba hemos apuntado, podemos finalmente colegir que en medio de distinguirse con una hermosísima variedad de luces, se conforman todas en orden á componer y echar de sí esta esplendorosa verdad, conviene á saber, la infinita distancia entre el Criador y la criatura, la esencial diferencia entre la materia y el espíritu, la excelencia de las instituciones divinas sobre las formaciones naturales. Tal es la doctrina que en el discurso de diezinueve siglos ha florecido y dominado entre los más poderosos ingenios. A estas verdades fundamentales conviene se proporcionen todas las verdades científicas, con ellas deben guardar conexión los sistemas y teorías, por ellas deberán subir los sabios á la dignidad y veneración de tales, porque al paso que de ellas se apartaren ó con ellas tuvieren disonancia y contrariedad, á ese paso per-

[1] STO. TOMÁS, II, dist. I, q. XI, a. 3.

derán la estimación, caerán en vergonzosa ignominia, se desvanecerán sin remedio, y verán envueltos en desolación y ruina sus sistemas, como castillos sobre arena fabricados.

5. Ahora, pues, ¿cómo enfrente de estos gigantes fundadores y cultivadores de las ciencias naturales se levantan los pigmeos de nuestros días, para osados negar aquellos principios que dieron gravedad á la ciencia, pues presumen publicar la incompatibilidad entre la materia y el espíritu, entre las fuerzas inorgánicas y las fuerzas orgánicas, entre las instituciones naturales y las instituciones divinas, entre la vil criatura y el Supremo Criador? Por causa de esto, la congojosa solicitud con que los modernos empíricos pretenden llevar por un rasero todas estas diferencias esenciales, con la esperanza de ver reducidos á la unidad órdenes celebrados hasta hoy por distintos y disonantes, es tristísimo presagio.

Porque el reino vegetal es pregonado hechura de fuerzas físico-químicas, la vida sensitiva es igualada con la vegetativa, entre el animal y el hombre quieren descubrir conformidad perfectísima, en una palabra, el imperio universal quisieran que cogiese debajo de su jurisdición y amparo los reinos particulares, llevando cetro divino y corona imperial la materia activa, imperiosa y eterna. La química, exclaman, será mentís al dogma de la creación: no advierten, incautos, que si un laboratorio de química posee su manipulante que aprendió con estudio á componer las preparaciones y á valerse de artificio para transformar elementos, también la naturaleza sensible, vasto laboratorio de acciones moleculares, ha de tener por fuerza su químico inteligente y en sumo grado diestro, que de partes inertes y viles saque substancias compuestas, vivificadas por un principio nuevo y desconocido, superior al poderío del humano ingenio. Si la empresa de los modernos evolucionistas consiste en salir al cabo con una mecánica universal que carezca de motor que dé el impulso, si toman á pechos producir sin principio vital seres vivientes, si se ponen á obrar alteraciones mágicas y á engendrar todo un mundo de maravillas sin otros poderes que los de la materia inerte; bien debemos concluir que tendrán más caudal de fe de lo que demandan nuestras tradiciones y los fueros de nuestra antigua religión [1].

¿Lograrán dar cima á su empresa? ¿Levantarán el edificio de la ciencia? No levantarán sino torres de intentos soberbios, que al mejor sabor de sus autores se vengan abajo con estruendo fragoroso. Quisieron escalar el cielo, y defenderse del poder de Dios Criador y conservador del mundo; buscaron ser nombrados en la tierra y vivir á su querer solícitos por su propia gloria y no por el bien de la verdad; con lo cual merecieron justamente que el Señor de las ciencias, de cuyas obras abusaron, en tal extremo confundiese su lenguaje y

[1] HETTINGER, *Apol. du christ.*, chap. IV.

todo les saliese al revés, que tras la molestia de tantos trabajos y experimentos, ni se entendiesen unos con otros, ni entendiesen las trazas de Dios, ni entendiesen las cosas que en las manos tenían, ni se entendiesen ellos á sí propios, de suerte que se les fuera la vida en remendar teorías, sin dar con una que les llenase el hipo, para que cuando menos se recataban los tomase debajo el andamio alzado sin solidez, quedando sepultados en las ruinas de sus vanísimas invenciones.

6. Las ciencias experimentales pasan en nuestros días por un período de anarquía funestísima: han mirado con menosprecio la relación entre el Criador y la criatura, relación apretada por extremo, la más esencial, la más íntima y firme, la más real y única, la más importante y provechosa, la sola que podía y debía reducir las ciencias á unidad y orden; ¿qué mucho que, quitado de en medio el lazo de unión, destrabada la armazón del edificio científico, dé consigo en tierra, y sólo se vean ramos destrozados, hechos mil trizas, sin concierto ni hermosura? ¿Qué maravilla que, no teniendo estos hombres más gobernalle que su menguado juicio, cada ola los lleve sin resistencia á dar en peñas de desbaratados errores? La naturaleza camina ordenada y rectamente; ella misma procura salir al encuentro y hacer entrar en razón al que la vuelve las espaldas: la verdad hace fuerza á los que la niegan, y oblígalos á ponerse en contradicción consigo mismos.

Esto decimos, porque es achaque de la ciencia infantil levantar alboroto contra la verdad revelada; pero al compás que la ciencia crece y se hace mayor, dejándose de melindres y niñerías, y despedido de los ojos el sueño, va ella con sus propias manos deshaciendo los castillos de viento que cuando niña levantó. Porque las ciencias experimentales en su infancia no saben sino juegos de niños, castillos de naipes, palacios encantados, por ser muy menguada la vista del hombre y sobrada la prisa que se da en querer formular leyes y pregonar axiomas con tan escasas experiencias; mas como la fe sea inconmovible, por tener echadas muy hondas raíces en la veracidad de Dios, viene á ser que la ciencia, con el madurar de los años, se hace cuerda y da de mano á los antojos y corajinas pueriles, cual conviene á gallarda y prudente matrona [1]. En este proceso del humano discurso y en el ejemplo de sapientísimos varones fundamos nuestra firme confianza que los enemigos de la creación retrocederán de sus extravíos, y mirarán mejor por su honra. Los llamados sabios, que no profesaron el dogma de la creación y la diferencia entre la materia y el espíritu, ó bien tuvieron con su razón reñidísima pelea, ó dieron mucho que reir á los doctos y concienzudos.

[1] FR. CASSANO, *I misteri della scienza ed i misteri della fede*, 1874, capo XVI.

7. Vueltos en su acuerdo los negadores de la creación, y puesta la consideración en la primera página del Génesis, lo que su turbia vista no podía antes sufrir, verán luego, trocada la afición, cuánto deslumbra sus entendimientos con la viveza de la luz. Entrando más adentro en la sosegada lectura, observarán con qué cautela expone Moisés en lenguaje vulgar los grandes acaecimientos de la historia terrestre: y cayendo pronto en la cuenta de cómo no gasta la pluma en descripciones superfluas que hurten el cuerpo al examen científico, sino que, con firme propósito, en cada palabra esmalta un aserto, en cada frase una conclusión, sacarán de este examen, que ya que indique sucesos tan famosos y generales, no los pondera ni amplifica, bastándole dejarlos bien de asiento definidos. Llegando aquí, ¿qué hombre habrá, si es de ánimo generoso, que trate con menosprecio el dicho de un escritor que ni es liviano, ni rastrero, ni titubea, ni echa el pie en vacío, ni desciende de aquella alteza de los sucesos generales, y que, puesto delante su fin teológico, usa de la ciencia profana con tanto seso, cual si no fuera posible duda en la verdad de lo que tan de corrida asevera?

Pues el *sabio,* que se componía mal con el dogma de la creación, si empezó á persuadirse, con imparcial juicio, cuán sin tiento ponía dolo en la narración bíblica; cuando pensativo considere, viendo cogidos los pasos de sus argucias, con cuánta llaneza describe Moisés, con cuánta firmeza ratifica, con cuánta libertad anuncia cosas puestas sobre la humana comprensión, y que solamente las edades por venir, al cabo de cuarenta siglos, habían de estimar y alcanzar; levantará el pensamiento y preguntará, perdida la vista en medio del resplandor de tanta luz: ¿á quién, hombre que tal escribe, pudo tener por guía y maestro? ¿acaso á su ingenio propio, sazonado de humano saber? Es de toda imposibilidad imposible, responderá; porque ningún ingenio de hombre hubiera subido por grados de ciencia á un orden de sucesos tan extraños y fuera del discurso natural como en el de este libro ha podido notarse. Tantos Doctores y expositores han sudado en la interpretación de estas anomalías, y nunca como en nuestros tiempos se había dado de ellas tan cabal explicación; y un relato inapeable para tantos ingenios, ¿diremos haber sido obra de uno solo?

8. ¿En qué pensamiento de hombre cabe ordenar una página con tal disposición, que entre dos creaciones instantáneas y perfectas, la de la materia y la del hombre, se desenvuelva lenta y ordenadamente el vastísimo plan de los seis días, siguiendo la ley del progreso, de manera que en las creaciones divinas resplandezca la ejecución instantánea, en el progreso natural la pausada sucesión, en aquéllas la intervención inmediata de la causa primera, en el progreso la concurrencia de las causas segundas, en aquéllas la sencillez y sublimidad, en éste la grandiosidad y concierto? ¿Podía el bajo entendimiento del hombre disponer con tanto encaje y propiedad cosas tan

misteriosas y divinas? Cansado el *sabio* de bracear en este golfo sin suelo de maravillas, pues apenas hay palabra en el Hexámeron que no esté preñada de ellas, después de dar á las cosas todas las vueltas posibles para componer puntualmente la primera página del Génesis con la historia científica de la tierra, no hallará al fin otro remedio que tomar puerto y descansar en la divina revelación. Sin la obra de la revelación, ninguno explicará jamás el pasmo de esta consonancia. Luego la creación, según que se contiene en el primer capítulo del Génesis, es, á todas luces, irrecusable verdad [1].

[1] P. Castelein, *La prem. page de Moïse*, 1884, VIII[e] *Confér.*

A. M. D. G.

ÍNDICE

DE LOS

AUTORES ALEGADOS EN ESTE TOMO.

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LAS

COSAS MAS NOTABLES CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

DÍA QUINTO.

ERA CENOZOICA.

CAPÍTULO XXXI.

El reino animal.

CAPÍTULO XXXII.

La vida sensitiva.

CAPÍTULO XXXIII.

El alma de los brutos.

CAPÍTULO XXXIV.

La fauna primitiva.

Págs.

CAPÍTULO XXXV.

La generación espontánea.

CAPÍTULO XXXVI.

Las especies animales.

Págs.

CAPÍTULO XXXVII.

El instinto de los animales.

DÍA SEXTO.

ERA MODERNA.

CAPÍTULO XXXVIII.

La fauna terciaria.

CAPÍTULO XLI.

El reino humano.

CAPÍTULO XLII.

El hombre terciario.

CAPÍTULO XLIII.

El hombre cuaternario.

CAPÍTULO XLIV.

La antigüedad del hombre.

Págs.

CAPÍTULO XLV.

Edad del linaje humano.

CAPÍTULO XLVI.

Unidad de la especie humana.

Págs.

CAPITULO XLIX.

El paraíso terrenal.

CAPÍTULO L.

La vida sobrenatural.

Págs.

DIA SÉPTIMO.

ERA ACTUAL.

CAPÍTULO LI.

La vida divina.

CAPÍTULO LII.

Conclusión de la obra.

FE DE ERRATAS.

TOMO PRIMERO.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
223	26	no podemos, no, pasmarnos	no podemos no pasmarnos.

TOMO SEGUNDO.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
38	18	son algas	son esquizófitas ó protófitas.
282	9	טוט	טיט
421	45	pág. 477	pág. 377.

LICENCIA DEL RDO. P. PROVINCIAL.

Cum opus, cui titulus est La Creación *a* P. Joanne Mir et Noguera, *nostræ Societatis Sacerdote compositum, aliqui ejusdem Societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint, et in lucem edi posse probaverint, facultatem concedimus, ut typis mandetur, si ita iis ad quos pertinet, videbitur.*

In quorum fidem has litteras manu nostra subscriptas et sigillo Societatis munitas dedimus.

Barcinone kalend. Junii, anni 1902.

Loco ✠ sigilli.

Aloysius Adroer, S. J.,
Provincialis prov. Aragoniæ.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NÓS EL DR. D. VICTORIANO GUISASOLA Y MENÉNDEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA, SENADOR DEL REINO, CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, ETC., ETC., Y EN SU NOMBRE NÓS EL DR. D. ALEJO IZQUIERDO Y SANZ, DEÁN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE ESTA CORTE, GOBERNADOR ECLESIÁSTICO DE LA MISMA DIÓCESIS S. P., ETC., ETC.

HACEMOS SABER: Que venimos en conceder y concedemos nuestra licencia para que en esta Diócesis pueda imprimirse y publicarse la obra titulada *La Creación*, escrita por el PADRE JUAN MIR, de la Compañía de Jesús, mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada y, según la censura, nada contiene contrario al dogma católico y sana moral, debiendo presentar en esta Secretaría de Cámara dos ejemplares de la citada obra.

En testimonio de lo cual expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 12 de Septiembre de 1903.

† *Dr. Alejo Izquierdo.*



Lugar del sello.

Por mandado de S. E. I.

Dr. Raimundo Victorero,

Secretario.

Véndese la presente obra, que consta de dos tomos, en casa del Editor, D. Gregorio del Amo, calle de la Paz, núm. 6, Madrid, al precio de **12** pesetas en rústica, y **15** en pasta.

En la misma se hallarán las siguientes del mismo autor:

El Milagro.—Un tomo en 4.° mayor, 12 pesetas en rústica, y 14 en pasta.

La Religión.—Un tomo en 4.°, 8 y 10 pesetas.

Frases de los autores clásicos españoles.—Un tomo en 4.° mayor, 12 y 14 pesetas.

La Profecía.—(En prensa.) Constará de tres tomos.

DE OTROS AUTORES.

La Religión católica vindicada de las imposturas racionalistas, por el P. Mendive, de la Compañía de Jesús, con un prólogo de D. Juan Manuel Orti y Lara. Cuarta edición, corregida y aumentada por su autor. Un tomo en 4.° de cerca de 1.000 páginas, 8 y 10 pesetas.

Jesucristo y la Iglesia Romana.—Estudios crítico-bíblicos sobre Jesucristo como fundador de la Iglesia, y sobre ésta en calidad de institución de Jesucristo, por el P. Lino Murillo, de la Compañía de Jesús. Primera parte: *Jesucristo.* Tres volúmenes en 4.°, 15 y 19 pesetas. Segunda parte: *La Iglesia romana.* Tres tomos en 4.°, 20 y 24 pesetas.

Apologista católico (El).—Vindicación de la Iglesia católica, considerada en sus dogmas, en su constitución, en sus hombres y en sus luchas y triunfos; segunda edición del *Manual del Apologista,* notablemente aumentada y corregida por el Dr. D. Niceto Alonso Perujo, presbítero, canónigo doctoral de la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia. Dos tomos en 4.° de más de 400 páginas cada uno, 8 y 9,50 pesetas.

La vida orgánica en sí misma y en sus manifestaciones.— Conferencias del P. Plácido Angel R. Lemos. Carta-prólogo de D. F. Romero Blanco, catedrático de Anatomía descriptiva y Embriología, y rector de la Universidad de Santiago. Un tomo en 8.° mayor, 3 y 4 pesetas, en tela.

Respuestas populares á las objeciones más comunes contra la Religión; obra escrita en italiano por el P. Segundo Franco, de la Compañía de Jesús, y traducida por D. José María Carulla, abogado del Ilustre Colegio de Madrid. Quinta edición, aprobada, corregida y extraordinariamente aumentada por el autor. Dos tomos en 8.° mayor, 5 y 6,50 pesetas.

La Cosmogonía de Moisés comparada con los hechos geológicos, escrita en francés por Marcel de Serrés, traducida por una sociedad de sacerdotes; obra dedicada al Clero. Tres tomos en 4.°, 10 y 12,50 pesetas.

La Creación, la Redención y la Iglesia ante la ciencia, la crítica y el racionalismo, por el P. R. Martínez Vigil, del Orden de Predicadores, Obispo de Oviedo. Dos tomos en 4.°, 9 y 12 pesetas.

Diccionario de antigüedades cristianas.—Comprende desde los principios del Cristianismo hasta la Edad Media exclusive, conteniendo: 1.° El estudio de los usos y costumbres de los primeros cristianos, virtudes, culto, instituciones. 2.° Estudio de los monumentos, arquitectura, iconografía, numismática. 3.° Vestidos y muebles, etc. Obra escrita en francés por M. el abate Martigny, canónigo de Belley (Francia), socio correspondiente de la Sociedad Nacional de Anticuarios de Francia, y traducida de la última edición francesa por D. Rafael Fernández Ramírez, Licenciado en Medicina y Cirugía. Obra ilustrada con 675 grabados en el texto, y dedicada al Emmo. Cardenal Fr. Zeferino González. Un tomo en folio, 20 y 23 ptas.

